JEAN M. AUEL

Los Hijos de la Tierra®

LOS CAZADORES DE MAMUTS

Ayla ha abandonado el valle que por tantos años la ha cobijado. Acompañada de Jondalar, el hombre al que salvó la vida, va a entrar en contacto por primera vez con aquellos que el Clan del Oso Cavernario consideraban «los otros». Al principio, sólo existe desconfianza aunque Ayla pronto aprende a confiar en Talut y Tulie, jefes del campamento Mamutoi que les cobija. Pero a pesar de que pronto es aceptada gracias a su poder sobre los animales y a sus conocimientos de medicina, el hecho de haber sido criada con los hombres del Clan, a quienes los Mamutoi desprecian considerándoles simples animales, levantará también muchas suspicacias. Ayla deberá mostrar toda la pureza de su corazón hasta que por fin llegue a ser aceptada. Y aún entonces deberá descubrir cuán engañoso y difícil puede ser el amor, atrapada entre sus sentimientos por Jondalar y la atracción por Ranec, sensible y hábil tallista.

Una novela apasionante que describe las complejas relaciones en la dura época glacial y que ofrece un detallado panorama de las costumbres, habilidades, creencias y hábitos de esos humanos primitivos.

Jean M. Auel

Los cazadores de mamuts

Los hijos de la tierra - 3

ePub r1.1
Titivillus 26.06.15

Título original: *The Mammoth Hunters*
Jean M. Auel, 1985
Traducción: Edith Zilli

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A MARSHALL,

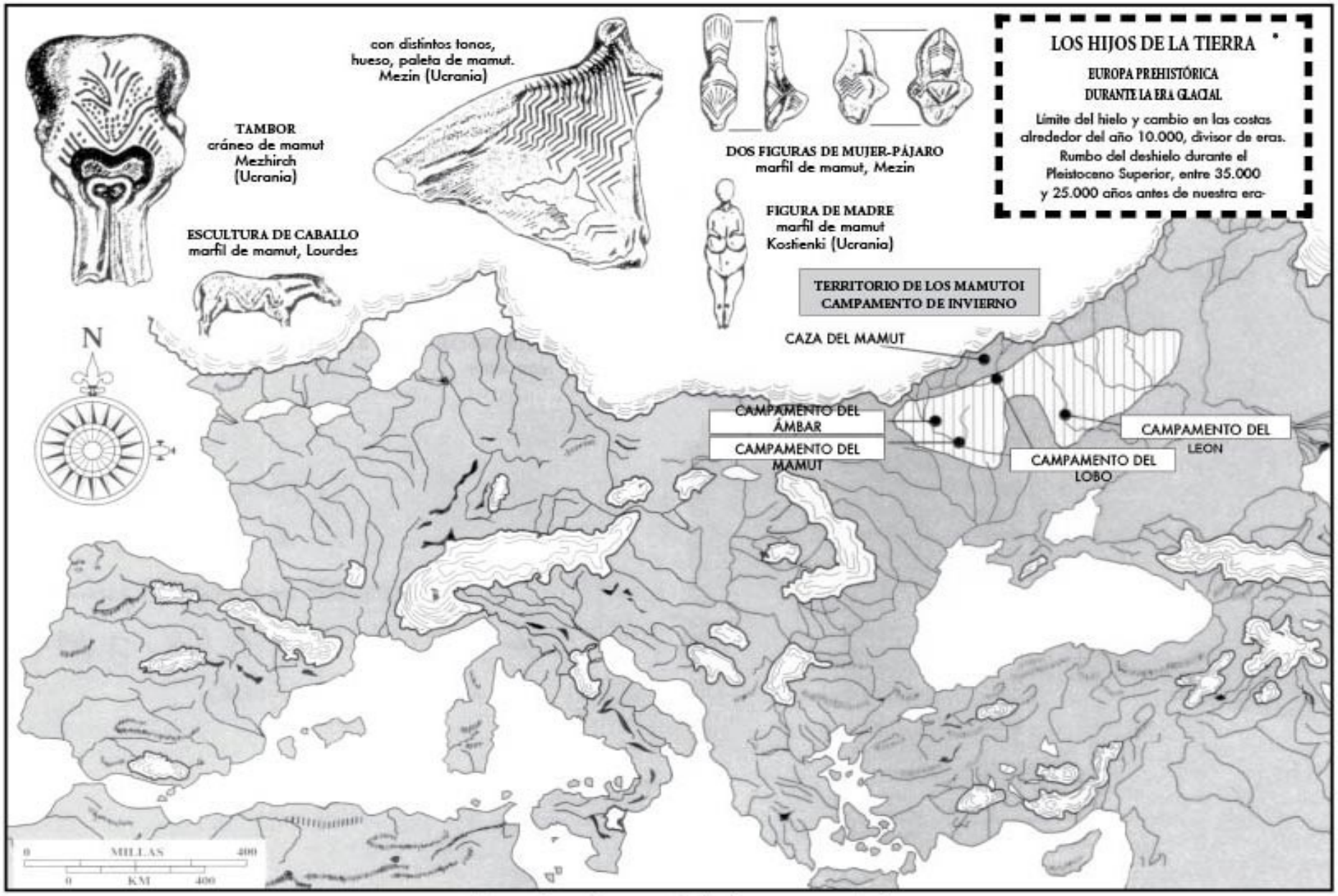
que se ha convertido en un hombre del que cabe estar orgulloso,

y a BEVERLYHER,

que prestó su ayuda,

y a CHRISTOPHEN, BRIAN y MELISSA

con amor.



Mapa diseñado por Rafael Palacios, según Auel

ebookelo.com - Página 6

Agradecimientos

Nunca habría podido contar esta historia sin los libros y la documentación de los especialistas que trabajaron en los emplazamientos de investigación, recogiendo los utensilios de nuestros antepasados prehistóricos; para ellos, mi más profunda gratitud. A varias personas debo un agradecimiento especial. He disfrutado con las discusiones, la correspondencia y los documentos, plenos, no sólo de hechos, sino también de ideas y teorías. Sin embargo, debo aclarar que quienes me proporcionaron informaciones y me ofrecieron ayuda no son responsables, en modo alguno, por los puntos de vista o las ideas expresadas en este relato. Es una obra de ficción, una historia imaginada. Los personajes, los conceptos y las descripciones culturales me corresponden por completo.

Mi sincera gratitud, ante todo, para David Abrams, profesor de antropología y extraordinario director de excursiones, y a Diane Kelly, estudiante de antropología y experta en relaciones humanas, que planeó y dispuso nuestros viajes particulares de investigación a las excavaciones y los museos de Francia, Austria, Checoslovaquia y la Unión Soviética, además de acompañarnos en ellos.

Mi agradecimiento y gran aprecio al doctor Jan Jelinek, director del Anthropos Institute, Brno, Checoslovaquia, por el tiempo que me dedicó en mostrarme muchos de los auténticos utensilios de Europa oriental que aparecen en su libro, *The Pictorial Encyclopedia of the Evolution of Man* (The Hamlyn Publishing Group, Ltd., London).

También estoy agradecida a la doctora Lee Porter, de la Universidad del Estado de Washington, y al destino que la puso, con su acento norteamericano, en nuestro hotel de Kiev. Estaba allí para estudiar fósiles de mamut, entrevistándose con la misma persona que nosotros habíamos tratado desesperadamente de visitar. Ella eliminó toda la burocracia y nos concertó la reunión.

Estoy en deuda con el doctor J. Lawrence Angel, conservador de Antropología Física en la Smithsonian Institution, por muchos motivos: por algunas palabras positivas y alentadoras con respecto a mis libros; por proporcionarme una visión «entre bastidores» y explicarme algunas diferencias y similitudes entre los huesos del Neanderthal y los huesos humanos modernos; sobre todo, por sugerirme nombres de personas que podían proporcionarme más información y ayuda.

Aprecio profundamente los esfuerzos especiales de la doctora Ninel Kornietz, experta rusa en el paleolítico superior ucraniano, que fue amable y bondadosa, aun cuando fuera avisada con poca antelación. Con ella vimos utensilios en dos museos, y me proporcionó justamente el libro que yo había estado buscando: un texto sobre los instrumentos musicales hechos con huesos de mamut por los hombres del período geológico glaciar y una grabación de sus sonidos. El libro estaba en ruso, y debo un profundo agradecimiento a la doctora Gloria Y’Edynak, exayudante del doctor Angel (quien sabe ruso, incluida la terminología técnica de la paleoantropología), por haber

conseguido un traductor para ese libro y especialmente por haberlo revisado y agregado los términos técnicos correctos. También le estoy agradecida por su traducción de artículos ucranianos en los que se comparan los diseños actuales de los tejidos locales con los tallados en los utensilios del periodo geológico glaciar.

A Dorothy Yacek-Matulis debo un gran aprecio por su buena traducción, legible y útil, del libro de música con instrumental óseo de mamut ruso. La documentación me ha resultado inestimable.

He de dar también las gracias al doctor Richard Klein, autor de *Ice-Age Hunters of The Ukraine* (University of Chicago Press), quien amablemente me proporcionó más documentos e información sobre los antiguos pueblos de la región.

Estoy especialmente agradecida a Alexander Marshack, investigador del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard, y autor de *The Roots of Civilization* (McGraw-Hill Book Co.), por los ejemplares resultados de sus estudios microscópicos, realizados sobre piezas artísticas y elementos del paleolítico superior ucraniano, que se publicaron en *Current Anthropology*, material de su libro, aún sin publicar, sobre los pueblos de Europa oriental durante el periodo glaciar.

Mi más sincera gratitud a la doctora Olga Soffer, del departamento de Antropología de la Universidad de Wisconsin, quien es, probablemente, la mayor experta estadounidense sobre la población glaciar de Rusia, por la larga, interesante y útil conversación que mantuvimos en el vestíbulo del Hilton y por su documentación: «Patterns of Intensification as Seen from de Upper Paleolithic Central Russian Plain», de *Prehistoric Hunters-Gatherers: The Emergence of Social Complexity*, T. Douglas Price y James A. Brown, editors (Academic Press, 1985).

Un profundo agradecimiento al doctor Paul C. Paquet, coeditor de *Wolves of the World* (Noyes Publications), por interrumpir sus vacaciones para responder a mi llamada y por las largas discusiones sobre los lobos y la posibilidad de su domesticación.

Gracias, otra vez, a Jim Riggs, antropólogo y profesor en las clases de «Habilidades de la vida aborigen». Continúo utilizando la información que obtuve de él.

Estoy en deuda con tres personas que leyeron un grueso original sin previo aviso y me proporcionaron útiles comentarios desde el punto de vista del lector: Karen Auel, quien leyó el primer borrador y quedó cautivada, haciéndome saber que la historia valía mucho; Doreen Gandy, poetisa y docente, quien se las compuso para leerlo en las postrimerías del año escolar, sin perder en absoluto su penetración habitual, y Cathy Humble, quien logró, otra vez, hacer observaciones sagaces.

Mi especial gratitud a Betty Prashker, mi correctora, cuyas percepciones valoro; sus comentarios y sugerencias dieron bien en el blanco.

No hay palabras suficientes para agradecer a Jean Naggar, amiga, confidente y agente literaria inigualable, que consigue superar mis más insensatas expectativas.

Mi sincero agradecimiento a los departamentos de producción y arte de Crown

Publishers, cuyo cuidado y minuciosa artesanía redunda, invariablemente, en libros bellos y bien hechos.

Estoy también agradecida a Judith Wilkes, mi secretaria y ayudante de oficina, de cuya inteligencia he pasado a depender, y que me alivia el peso de la correspondencia, en constante aumento, para que pueda escribir.

Y a Ray Auel…

Campamento del León

Zona de entrada: almacenamiento de combustible, utensilios y vestimentas exteriores.

PRIMER HOGAR: fogata para cocinar y espacio para reuniones.

SEGUNDO: *Hogar del León*
Talut, jefe
Nezzie
Danug
Latie
Rugie
Rydag

TERCERO: *Hogar del Zorro*
Wymez
Ranec

CUARTO: *Hogar del Mamut*: espacio para ceremonias, reuniones, proyectos, visitantes
Mamut-chamán
Ayla
Jondalar

QUINTO: *Hogar del Reno*
Manuv
Tronie
Tornec
Nuvie
Hartal

SEXTO: *Hogar de la Cigüeña*
Crozie
Fralie
Frebec
Crisavec
Tasher

SÉPTIMO: *Hogar del Uro*
Tulie, jefa
Barzec
Deegie

Druwez
Brinan
Tusie
(Tarneg)

Capítulo 1

Ayla, temblando de miedo, se estrechó contra el hombre alto que la acompañaba, en tanto los desconocidos se aproximaban. Jondalar la rodeó protectoramente con un brazo, pero ella seguía estremecida.

«¡Es tan grande!», pensó ella boquiabierta, mirando al hombre que precedía al grupo; tenía el pelo y la barba de color fuego. Ayla nunca había visto a nadie tan grande. Hasta Jondalar parecía pequeño en comparación, aunque lo cierto es que era mucho más alto que la mayoría. El pelirrojo que se acercaba a ellos no era sólo alto: era enorme, un oso humano. Tenía el cuello abultado; su tórax era más amplio que el de dos hombres comunes, y sus macizos bíceps equivalían al muslo de cualquier persona.

Ayla echó un vistazo a Jondalar y no vio miedo alguno reflejado en su cara, pero notó que sonreía con cautela. Le eran desconocidos; en sus largos Viajes había aprendido a ser cauteloso con los desconocidos.

—No recuerdo haberte visto antes —dijo el hombrón, sin preámbulos—. ¿De qué Campamento eres?

Ayla se dio cuenta de que no hablaba el idioma de Jondalar, sino uno de los otros que él le había estado enseñando.

—De ninguno —dijo Jondalar—. No somos Mamutoi —soltó a Ayla y dio un paso adelante, extendidas ambas manos con las palmas hacia arriba para mostrar que no ocultaba nada, en saludo de amistad—. Soy Jondalar de los Zelandonii.

Las manos no le fueron aceptadas.

—¿Zelandonii? Qué extraño… Espera, ¿no había dos forasteros hospedados en ese pueblo del río que vive hacia el oeste? Creo haber oído un nombre parecido.

—Sí, mi hermano y yo vivíamos con ellos —admitió Jondalar.

El hombre de la barba flamígera permaneció pensativo un rato. Después, inesperadamente, se lanzó hacia Jondalar y estrechó al rubio alto en un abrazo capaz de quebrarle los huesos.

—¡Entonces somos parientes! —tronó, con una amplia sonrisa que confirió calidez a su expresión—. ¡Tholie es hija de mi prima!

La sonrisa volvió a Jondalar, algo trémula.

—¡Tholie! Una mujer Mamutoi llamada Tholie era familiar de mi hermano. Ella me enseñó tu idioma.

—¡Por supuesto, ya te lo he dicho! ¡Somos parientes! —El gigante cogió las manos de Jondalar, rechazadas antes—. Soy Talut, jefe del Campamento del León.

Ayla notó que todo el mundo sonreía. Talut le mostró los dientes en una sonrisa y la observó apreciativamente.

—Veo que ahora no viajas con tu hermano —dijo el hombre.

Jondalar volvió a rodearla con un brazo; ella vio cómo aparecía en su frente una fugaz arruga de dolor antes de hablar.

—Se llama Ayla.

—Nombre extraño. ¿Es del pueblo del río?

Jondalar quedó sorprendido por la brusquedad de la pregunta, pero, al recordar a Tholie, sonrió para sus adentros. La mujer baja y fornida que él conocía guardaba muy poco parecido con ese hombre enorme que tenía ante sí, en la ribera, pero ambos estaban tallados del mismo pedernal: mostraban idéntica franqueza, el mismo candor nada tímido, casi ingenuo. No supo qué decir. No sería fácil explicar lo de Ayla.

—No. Ha estado viviendo en un valle, a varias jornadas de aquí.

Talut pareció desconcertado.

—No sé de ninguna mujer llamada así que viva en la zona. ¿Estás seguro de que es Mamutoi?

—Estoy seguro de que no lo es.

—Entonces, ¿de qué pueblo es? Sólo nosotros, los cazadores del mamut, vivimos en esta región.

—No tengo pueblo —dijo Ayla, levantando el mentón con aire de desafío.

Talut la estudió intrigado. Ella había pronunciado aquellas palabras en su idioma, pero la cualidad de su voz, el modo de pronunciar los sonidos, eran… extraños. Desagradables no, pero sí desacostumbrados. Jondalar hablaba con el acento de un idioma que no era el suyo, pero la diferencia en el modo de hablar de la mujer iba más allá del acento. El hombrón sintió aguzado su interés.

—Bueno, éste no es sitio para hablar —dijo, por fin—. Nezzie desatará sobre mí la ira de la Madre misma si no os invito a visitarnos. Los visitantes siempre traen un poco de entusiasmo y hace tiempo que no tenemos visitas. El Campamento del León os dará la bienvenida. Jondalar de los Zelandonii y Ayla sin Pueblo, ¿queréis venir?

—¿Qué te parece, Ayla? ¿Te gustaría visitarles? —preguntó Jondalar, hablando en zelandonii para que ella pudiera responder con franqueza, sin temor a ofender—. ¿No es hora de que conozcas a tu propia gente? ¿No es eso lo que Iza te indicó que hicieras? ¿Buscar a tu pueblo?

No quería parecer demasiado ansioso, pero llevaba mucho tiempo sin conversar con nadie más y le seducía aquella visita.

—No sé —dijo ella, frunciendo el ceño, indecisa—. ¿Qué pensarán de mí? Él ha querido saber cuál era mi pueblo. Yo no tengo pueblo. ¿Y si no les gusto?

—Les gustarás, Ayla, créeme. Sé que sí. Talut te invitó, ¿verdad? A él no le molestó que no tuvieras pueblo. Además, no podrás saber si te aceptan o si te gustan a menos que les des una oportunidad. Con gente como ellos debiste de haberte criado, ¿sabes? No es necesario que nos quedemos por mucho tiempo. Podremos marcharnos cuando queramos.

—¿Podremos marcharnos cuando queramos?

—Por supuesto.

Ayla bajó la vista al suelo, tratando de decidirse. Quería ir, pues se sentía atraída hacia ellos y experimentaba cierta curiosidad por conocerlos mejor. Pero también

sentía un apretado nudo de miedo en el estómago. Al levantar la vista, vio a los dos desmelenados caballos de la estepa que pastaban la jugosa hierba de la llanura, cerca del río. Su temor se intensificó.

—¿Y qué haremos con Whinney? ¿Y si ellos quieren matarla? ¡No puedo permitir que nadie haga daño a Whinney!

Jondalar no había pensado en la yegua. ¿Qué diría aquella gente?

—No sé qué harán, Ayla, pero no creo que la maten si les decimos que es algo especial, que no se debe comer —recordó su sorpresa y su sobrecogimiento inicial al descubrir la relación de Ayla con el animal. Sería interesante ver cómo reaccionaban ellos—. Se me ocurre una idea.

Talut no comprendía lo que Ayla y Jondalar estaban diciendo, pero sabía que la mujer se mostraba reacia y que el hombre estaba tratando de convencerla. También notó que ella hablaba aquel otro idioma con el mismo acento raro. El jefe sacó la conclusión de que era el idioma del hombre, pero no el de ella.

Estaba cavilando sobre el enigma de la mujer (con cierto deleite, pues disfrutaba con lo nuevo y extraño, y lo inexplicable le parecía un desafío), cuando el misterio cobró una dimensión totalmente distinta. Ayla emitió un silbido alto y agudo. De pronto, una yegua pajiza y un potrillo de pelaje pardo, de rara intensidad, galoparon hacia el grupo, en dirección a la mujer. ¡Y permanecieron quietos mientras ella los tocaba! El hombrón reprimió un escalofrío de respeto religioso. Aquello iba más allá de cuanto él conocía.

«¿Será Mamut?», se preguntó con mayor aprensión. Alguien con poderes especiales. Muchos de los que Servían a la Madre aseguraban poseer magia para llamar a los animales y dirigir la caza, pero él nunca había visto a nadie que dominara de ese modo a las bestias, al punto de hacerlas acudir a una señal. Ella tenía un talento inigualable. Resultaba un poco atemorizante, pero ¡cuánto podía beneficiarse un Campamento con semejantes poderes! Cazar sería más fácil.

Talut apenas comenzaba a reponerse de su sorpresa cuando la joven le causó otra. Prendida a las rígidas crines de la yegua, saltó a lomos del animal y se sentó a horcajadas. La boca del hombrón se abrió a impulsos de la estupefacción que le embargaba, al ver que la yegua, con Ayla sobre el lomo, galopaba a orillas del río. Seguidas por el potrillo, ambas corrieron por la cuesta hasta las estepas. La maravilla reflejada en los ojos de Talut podía observarse también en el resto del grupo, sobre todo en una niña de doce años, que se adelantó hacia el jefe, recostándose contra él como si buscara apoyo.

—¿Cómo ha hecho eso, Talut? —preguntó, con la vocecita llena de asombro, respeto y algo de ansiedad—. Aquel caballito estaba tan cerca que casi hubiera podido tocarlo.

La expresión de Talut se ablandó.

—Tendrás que preguntárselo a ella, Latie. O tal vez a Jondalar —dijo, volviéndose hacia el alto desconocido.

—Yo mismo no estoy seguro —replicó éste—. Ayla mantiene una comunicación especial con los animales. Crió a Whinney desde que era una potrilla.

—¿Whinney?

—Es el nombre que ha dado a la yegua, tal como yo puedo pronunciarlo. Cuando lo dice ella, parece como si fuera un caballo. El potrillo se llama Corredor. El nombre se lo puse yo, ella me lo pidió. Así llamamos los Zelandonii a quien corre mucho; también al que se esfuerza por ser el mejor. La primera vez que vi a Ayla, estaba ayudando a la yegua a parir el potrillo.

—¡Vaya espectáculo! Nunca creí que una yegua dejara acercarse a nadie en ese momento —dijo uno de los hombres.

La demostración tuvo el efecto que Jondalar esperaba. Entonces le pareció el momento adecuado de sacar a relucir los temores de Ayla.

—Creo que ella querría visitar tu Campamento, Talut, pero teme que vosotros deis caza a sus caballos y, como no tienen miedo a la gente, sería muy fácil matarlos.

—Parece haber adivinado lo que yo estaba pensando, pero ¿quién no lo haría?

Talut observó a Ayla, que reaparecía a la vista como un extraño animal, mitad humano y mitad caballo. Era una suerte no haberlos visto de improviso; se habría sentido… enervado. Por un momento se preguntó cuál sería su aspecto a lomos de su caballo, cuando ya de por sí resultaba imponente. De inmediato, al imaginarse a horcajadas de un caballo de la estepa, fuerte pero bajo, soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Sería más fácil que yo llevara a esa yegua que conseguir que ella me llevara a mí! —observó.

Jondalar rió entre dientes. No era difícil seguir el pensamiento de Talut. Algunos sonrieron o rieron por lo bajo, y el forastero comprendió que todos habían estado pensando en montar. Lo cual no era sorprendente. También se le ocurrió a él, cuando vio por primera vez a Ayla a lomos de Whinney.

Ayla observó la expresión de sobresaltada sorpresa en los rostros del grupo. De no haber sido porque Jondalar la estaba esperando, habría seguido galopando hasta llegar a su valle. Había conocido demasiada reprobación en su niñez por actos considerados inaceptables; y demasiada libertad más adelante, mientras vivía sola, como para someterse a las críticas por seguir sus propias inclinaciones. Estaba dispuesta a decir a Jondalar que, si deseaba visitar a aquella gente, lo hiciera, porque ella regresaba al valle.

Pero al volver vio que Talut aún reía por lo bajo, imaginándose montado en la yegua. Entonces lo pensó mejor. La risa se había convertido en algo precioso para ella. En los tiempos vividos con el Clan no se le había permitido reír, pues eso ponía a la gente nerviosa e incómoda. Sólo con Durc, en secreto, había podido reír con ganas. Fueron Bebé y Whinney los que le enseñaron a disfrutar de la sensación de la

risa. Pero Jondalar había sido la primera persona que la compartió abiertamente con ella.

Contempló a su compañero, que reía tranquilamente con Talut. Él levantó la vista con una sonrisa, y la magia de sus ojos vívidos, increíblemente azules, tocaron dentro de ella un punto muy hondo, que resonó con un fulgor cálido y cosquilleante; Ayla sintió un gran impulso de amor hacia Jondalar. No podía volver al valle sin él. La mera idea de vivir sin Jondalar le presionaba la garganta, ahogándola, lastimándola con el dolor ardiente de las lágrimas contenidas.

Mientras cabalgaba hacia ellos notó que, si bien Jondalar no era tan corpulento como el pelirrojo, tenía casi la misma altura que los otros tres hombres y una complexión más atlética. De pronto notó que uno de los otros era todavía un adolescente. Y quien les acompañaba, ¿era una niña? Se sorprendió a sí misma observando subrepticiamente al grupo, tratando de no clavar la vista en él.

Los movimientos de su cuerpo indicaron a Whinney que debía detenerse; pasó la pierna por encima del lomo y se deslizó al suelo. Ambos caballos parecieron ponerse nerviosos ante la proximidad de Talut; entonces ella acarició a Whinney y rodeó con el brazo el cuello de Corredor. Necesitaba la presencia familiar y tranquilizadora de los animales tanto como ellos la suya.

—Ayla sin Pueblo… —dijo el jefe. No estaba seguro de que fuera un modo correcto de llamarla; sin embargo, dado el extraño talento de aquella mujer, bien podía serlo—. Jondalar dice que temes el daño que puedan sufrir tus caballos si nos visitas. Digo aquí que, en tanto Talut sea el jefe del Campamento del León, ni la yegua ni su cría sufrirán daño alguno. Me gustaría que vinieras y trajeses a los animales —su sonrisa se ensanchó en una carcajada—. ¡De lo contrario, nadie nos creería!

Ayla se sentía ya más tranquila al respecto, y sabía que Jondalar deseaba hacer esa visita. No tenía verdaderos motivos para negarse y le atraía la risa fácil y amistosa del corpulento pelirrojo.

—Sí, yo voy —dijo.

Talut asintió, sonriendo. Le intrigaban aquella mujer, su acento y su asombrosa manera de entenderse con los caballos. ¿Quién era Ayla, la mujer sin Pueblo?

Ayla y Jondalar, acampados junto al impetuoso río, habían decidido aquella mañana, antes de encontrarse con el grupo del Campamento del León, que ya era tiempo de retornar. El curso de agua era demasiado grande para cruzarlo sin dificultad; tampoco valía la pena, si pensaban dar la vuelta y desandar el camino. La estepa, al este del valle en donde Ayla había vivido sola durante tres años, era más accesible, pero la joven no se había molestado en recorrer con frecuencia el dificultoso sendero que salía del valle, hacia el oeste; por lo tanto, conocía muy poco aquella zona. Aunque en un principio partieron con rumbo hacia el oeste, no se habían fijado meta alguna y acabaron viajando hacia el norte; después, hacia el este, mucho más allá del territorio que Ayla había recorrido en sus cacerías.

Jondalar la convenció para que efectuara la exploración con él, a fin de acostumbrarla a viajar. Quería llevarla consigo, pero su patria estaba lejos, hacia el oeste. Ella se había mostrado reacia; la asustaba abandonar su valle seguro para vivir con gente desconocida, en un lugar extraño. Aunque él estaba deseoso de regresar, después de haber estado viajando durante tantos años, se había resignado a pasar el invierno con ella, en el valle. El viaje de retorno sería largo; bien podía durar un año entero, y era preferible, de todos modos, partir a finales de primavera. Estaba seguro de que, para entonces, la habría convencido de que le acompañara. Ni siquiera deseaba pensar en cualquier otra alternativa.

Ayla le había encontrado malherido, casi muerto, al iniciarse la estación calurosa que ahora está declinando; Ayla comprendió enseguida la tragedia que él había sufrido. Se enamoraron mientras ella le devolvía la salud, aunque tardaron mucho en superar las barreras de sus culturas, tan distintas. Todavía se hallaban cada uno de ellos en la fase de aprender las costumbres y los usos del otro.

Ayla y Jondalar terminaron de levantar el campamento y, para sorpresa e interés de los que esperaban, cargaron sus provisiones y equipos en la yegua, en vez de llevarlos a la espalda en sacos o armazones. A veces montaban los dos en la fuerte yegua, pero Ayla pensó que Whinney y su potrillo se pondrían menos nerviosos si la tenían a la vista. Los dos caminaron tras el grupo; Jondalar llevaba a Corredor con una larga soga, atada a un freno que él mismo había inventado. Whinney seguía a Ayla sin necesidad de guía alguna.

Siguieron durante varios kilómetros el curso del río, cruzando un ancho valle que descendía desde los prados circundantes. La hierba enhiesta les llegaba hasta el pecho, con la semillas maduras cabeceando al viento, henchido en olas doradas que seguían el frío ritmo de las ráfagas caprichosas, provenientes de los grandes glaciares del norte. Unos cuantos pinos y abedules, torcidos y nudosos, se acurrucaban en las estepas abiertas a lo largo de los ríos, buscando con las raíces la humedad cedida a los vientos agostadores. Cerca del río, los juncos aún estaban verdes, aunque el viento helado repiqueteaba entre las ramas caducas, desprovistas de follaje.

Latie se retrasaba para echar, de vez en cuando, un vistazo a los caballos y a la mujer; por fin divisaron a varias personas más allá de un meandro. Entonces la niña echó a correr, pues quería ser la primera en anunciar a los visitantes. Ante sus gritos, la gente se volvió y quedó boquiabierta.

Otras personas estaban saliendo de algo que, a los ojos de Ayla, semejaba un gran agujero en la ribera, una especie de cueva, pero distinta de cuantas había visto hasta entonces. Parecía haber brotado en la cuesta que descendía hacia el río, pero no tenía la forma desigual de la roca o las barracas de tierra. Sobre el techo crecía la hierba, pero la abertura era demasiado regular y tenía un aspecto extraño, antinatural. Se trataba de un arco perfectamente simétrico.

De pronto, en un profundo plano emocional, se dio cuenta de algo. ¡No era una cueva y aquella gente no era del Clan! No eran como Iza, la única madre que ella

podía recordar, ni como Creb o Brun, bajos y musculosos, de ojos grandes, sombreados por tupidas cejas, con la frente inclinada hacia atrás y una mandíbula prominente sin barbilla. Aquellas personas eran como ella, como la que le diera el ser. Su madre, su verdadera madre, debía de haberse parecido a aquellas mujeres. ¡Eran los Otros! ¡Ése era su lugar! Aquella apreciación le provocó un arrebato de entusiasmo y un cosquilleo de miedo.

Un aturdido silencio saludó a los forasteros y a sus extrañísimos caballos cuando llegaron a la residencia invernal permanente del Campamento del León. De pronto, todos parecieron hablar al mismo tiempo.

—¡Talut! ¿Qué nos has traído ahora?

—¿De dónde sacasteis esos caballos?

—¿Qué les habéis hecho?

Alguien se dirigió a Ayla:

—¿Cómo haces para que no se vayan?

—¿De qué Campamento son, Talut?

Aquella gente ruidosa y gregaria se adelantó en grupo, ansiosa de ver y tocar tanto a los forasteros como a los animales. Ayla quedó abrumada y confusa. No estaba habituada a tanta gente, así como tampoco estaba habituada a oír hablar, sobre todo a que todos hablaran al mismo tiempo. Whinney se iba apartando de costado, moviendo las orejas y con el cuello arqueado, tratando de proteger a su aterrado potrillo, intimidado por la gente que se apretujaba en torno.

Jondalar notó la confusión de Ayla y el nerviosismo de los caballos, pero no podía dárselo a entender a Talut y a los suyos. La yegua sudaba y agitaba la cola, moviéndose en círculos. De pronto, no pudo soportarlo más y se alzó de manos, relinchando de miedo; sus duros cascos, lanzados por el aire, echaron a la gente hacia atrás.

La inquietud de Whinney centró la atención de Ayla. La llamó por su nombre, con un sonido que era como un relincho consolador, haciendo los gestos de que se había servido para comunicarse antes de que Jondalar le enseñara a hablar.

—¡Talut! Nadie debe tocar a los caballos a menos que Ayla lo permita. Sólo ella sabe dominarlos. Son mansos, pero la yegua puede mostrarse peligrosa si se la provoca o si cree que su hijo corre algún riesgo. Podría lastimar a alguien —advirtió Jondalar.

—¡Atrás! Ya habéis oído —gritó Talut, con voz tonante, haciendo callar a todos. Cuando gente y caballos se tranquilizaron, continuó, con voz más normal—: La mujer se llama Ayla. La he prometido que los caballos no sufrirán daño alguno si venían a visitarnos. Lo prometí como jefe del Campamento del León. Éste es Jondalar de los Zelandonii, pariente, hermano del compañero de Tholie —por fin, con una sonrisa de satisfacción, agregó—: ¡Qué visitantes ha traído Talut!

Hubo gestos de asentimiento. Todos permanecieron en derredor, mirando con auténtica curiosidad, pero lo bastante lejos como para evitar los cascos de la yegua.

Aunque los forasteros se hubieran marchado en ese momento, ya habían provocado el interés y los comentarios se prolongarían durante años. En las Reuniones de Verano se había hablado de dos hombres desconocidos que estaban en la región, viviendo con la gente del río, al sudoeste. Los Mamutoi comerciaban con los Sharamudoi y desde que Tholie, que era pariente suya, había elegido a un hombre del río, el Campamento del León se había interesado aún más. Pero nadie esperaba que uno de los forasteros llegara a su Campamento, y mucho menos con una mujer que tenía cierto dominio mágico sobre los caballos.

—¿Te sientes bien? —preguntó Jondalar a Ayla.

—Asustaron a Whinney y también a Corredor. ¿Suele la gente hablar siempre así, todos al mismo tiempo? ¿Hombres y mujeres a la vez? Es turbador. Y gritan tanto… ¿Cómo distingues lo que alguien está diciendo? Tal vez hubiera sido mejor haber vuelto al valle.

Estaba abrazada al cuello de su yegua, apoyada contra el animal, obteniendo consuelo al tiempo que lo brindaba. Jondalar comprendió que Ayla estuviera tan inquieta como los caballos. Aquella multitud ruidosa le había causado una fuerte impresión. Quizá no conviniera quedarse demasiado tiempo; quizá fuese mejor comenzar con dos o tres personas tan sólo, hasta que se acostumbrara a estar entre gente como ella. Pero se preguntó qué cabría hacer si no se habituaba jamás. Bueno, por el momento estaban allí. Ya se vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—A veces las personas hablan alto y todas a un tiempo, pero, en general, habla una sola. Y creo que ahora pondrán más cuidado con los caballos, Ayla —dijo, mientras ella comenzaba a descargar los cestos sujetos a los flancos del animal por medio de un arnés que había hecho con tiras de cuero.

Mientras tanto, Jondalar llevó a Talut a un lado para decirle, en voz baja, que tanto Ayla como los caballos estaban un poco nerviosos y necesitaban tiempo para acostumbrarse a todos.

—Sería mejor que, por un rato, los dejaran solos.

Talut, comprensivo, caminó entre los miembros del Campamento, conversando con unos y otros. Todos se dispersaron para ocuparse de distintas tareas: preparar la comida, trabajar con cueros o herramientas; así podían observar con cierto disimulo. Ellos también estaban intranquilos. Los forasteros eran interesantes, pero una mujer capaz de magia tan poderosa podía hacer algo inesperado.

Sólo unos cuantos niños se quedaron a observar con ávido interés, mientras ellos descargaban los fardos. A Ayla no le molestaban. Llevaba años enteros sin ver un niño, desde que se separara del Clan, y sentía tanta curiosidad como ellos. Liberó a Corredor del arnés y de la brida; luego dio a los dos animales unas palmaditas a modo de caricias. Después de rascar con ganas al potrillo y abrazarlo afectuosamente, levantó la vista. Latie miraba con avidez al potro.

—¿Tú quieres tocar caballo? —preguntó Ayla hablando con dificultad el idioma de los Mamutoi.

—¿Podría?

—Ven. Dame mano. Yo muestro.

Cogió la mano de Latie y la sostuvo contra el apelmazado pelo de invierno del potro. Corredor giró la cabeza para olfatear a la niña y la tocó con el hocico. La sonrisa de gratitud de Latie era todo un regalo.

—¡Le gusto!

—Él gusta que rasquen también. Así —observó Ayla, indicando a la criatura los lugares donde mayor comezón sentía el potrillo.

Corredor estaba encantado con aquellos mimos y no dejó de demostrarlo; Latie no cabía en sí de alegría. El potrillo la había atraído desde un principio; Ayla les volvió la espalda para ayudar a Jondalar; no vio, pues, que se aproximaba otro niño. Cuando giró en redondo, ahogó una exclamación: sintió que su rostro se demudaba.

—¿No importa si Rydag toca al caballo? —preguntó la niña—. No sabe hablar, pero yo sé que lo desea.

Rydag siempre provocaba sorpresa en la gente, y ella lo sabía.

—¡Jondalar! —llamó Ayla, con un susurro ronco—. Esa criatura. ¡Podría ser mi hijo! ¡Parece Durc!

Él, al volverse, abrió los ojos con atónita sorpresa. Era un niño de espíritus mezclados.

Los cabezas chatas (aquéllos a los que Ayla siempre llamaba «el Clan») eran, para casi todos, animales; los niños como aquél eran considerados por la mayoría como «abominaciones», mitad animales, mitad humanos. Para él había sido un desagradable golpe enterarse de que Ayla había dado a luz a un hijo híbrido. Por lo común, la madre de semejante criatura era una paria, descastada por miedo a que atrajera otra vez al maligno espíritu animal, haciendo que otras mujeres alumbraran nuevas abominaciones. Algunos ni siquiera querían admitir que existían; descubrir a uno viviendo allí, con la gente, era algo más que inesperado: era asombroso. ¿De dónde había salido aquel niño?

Ayla y el pequeño se miraban mutuamente, sin prestar atención a nada más. «Es delgado para ser medio Clan», pensó Ayla. «Por lo común son de huesos grandes y musculosos. Ni siquiera Durc era tan delgado. Está enfermo». Su mirada de mujer adiestrada en la medicina le reveló que era un problema de nacimiento, algo que afectaba a ese músculo fuerte que latía dentro del pecho, haciendo mover la sangre, supuso. Pero archivó esos datos sin pensar en prestarles mayor atención. Estaba observando con mayor interés el rostro y la cabeza, en busca de las similitudes y las diferencias entre aquella criatura y su propio hijo.

Los ojos pardos, grandes e inteligentes, eran como los de Durc, incluso en la expresión de antigua sabiduría, muy superior a la edad. Sintió una punzada de nostalgia y un nudo en la garganta. Pero había también dolor y sufrimiento, no siempre físico, jamás experimentados por Durc. Se sintió llena de compasión. Las cejas del niño no eran tan pronunciadas, apostilló tras un estudio detallado. Durc tenía

las protuberancias supraorbitales bien desarrolladas incluso a los tres años, al marcharse ella; sus ojos y su ceño saliente eran del Clan, pero la frente era como la de aquel niño: no echada hacia atrás y achatada, como la del Clan, sino alta y curvada como la suya.

Sus pensamientos comenzaron a divagar. Durc ya tendría seis años, edad suficiente para ir con los hombres cuando practicaran con las armas de caza. Pero sería Brun quien le enseñara a cazar, no Broud. Al recordar a Broud sintió un arrebato de ira. Jamás olvidaría al hijo de la compañera de Brun, el hombre que había alimentado tal odio contra ella que no cejó hasta que pudo quitarle a su bebé, por puro rencor, expulsándola del Clan. Cerró los ojos; el dolor de los recuerdos la atravesaba como un cuchillo. No podía creer que volvería a ver a su hijo alguna vez.

Al abrir los ojos vio a Rydag y aspiró profundamente.

¿Qué edad tendría aquel niño? «Es pequeño, pero parece tener la edad de Durc», pensó, comparándolos nuevamente. Rydag tenía la piel clara; su pelo era oscuro y rizado, pero más claro y suave que la espesa pelambre castaña, más común en el Clan. La mayor diferencia entre él y el hijo de Ayla radicaba en el cuello y el mentón. Su niño tenía el cuello largo, como ella (a veces se ahogaba con la comida, cosa que no ocurría con los bebés del Clan), y el mentón hundido, pero visible. Aquella criatura, en cambio, tenía el cuello corto del Clan y la mandíbula saliente. Entonces recordó lo que había dicho Latie: no sabía hablar.

De pronto, en un momento de comprensión, adivinó lo que debía ser la vida de ese niño. Una cosa era que una niña de cinco años, tras perder a su familia en un terremoto y ser encontrada por un clan de personas incapaces de manejar un lenguaje articulado, aprendiera el idioma de los signos que ellos utilizaban para comunicarse, y otra muy distinta vivir entre gente parlante y no poder hablar. Recordó sus primeras frustraciones al no poder comunicarse con las personas que la habían recogido. Peor aún, ¡qué difícil había sido hacerse entender por Jondalar, antes de aprender nuevamente a hablar! ¿Y si no hubiera podido aprender?

Hizo una señal al niño, un simple gesto de saludo, uno entre los primeros que había aprendido mucho tiempo atrás. Hubo en los ojos del pequeño un resplandor de entusiasmo; luego sacudió la cabeza, desconcertado. Ella comprendió que no había aprendido el lenguaje del Clan, basado en gestos, pero tal vez retenía algún vestigio de la memoria del Clan: había reconocido la señal por un instante; de eso estaba segura.

—¿Puede tocar al caballito? —preguntó Latie, otra vez.

—Sí.

Ayla cogió la mano del niño. «Es tan liviano, tan frágil», pensó. Y comprendió el resto: no podía correr como los otros. No podía jugar a los bruscos y normales juegos de empellones y riñas, como cualquiera. Sólo podía mirar… y desear.

Con una ternura que Jondalar nunca le había visto en la expresión, Ayla levantó al pequeño y le puso sobre el lomo de Whinney. Tras indicar a la yegua, por medio de

una señal, que la siguiera, los paseó lentamente por todo el campamento. Se produjo una pausa en la conversación: todo el mundo había callado para mirar a Rydag montado en el animal. Aunque se hablaba acerca de ello, nadie había visto a una persona montada, a excepción de Talut y los que le habían acompañado hasta el río. Nadie había pensado nunca en la posibilidad de semejante cosa.

Una mujer grande y maternal salió de la extraña vivienda. Al ver a Rydag sobre la misma yegua que se había encabritado tan cerca de ella, su primera reacción fue correr en su auxilio. Pero, al acercarse, cobró conciencia del drama silencioso que se desarrollaba ante ella.

El rostro del pequeño estaba lleno de gozo y maravilla. ¿Cuántas veces había contemplado lo que hacían los otros niños, con ojos ávidos, incapacitado para imitarlos por su debilidad o su diferencia? ¿Cuántas veces había anhelado hacer algo para que le admiraran o le envidiasen? Ahora, por primera vez, todos los niños del Campamento, y también los adultos, le miraban con evidentes deseos de estar en su lugar.

La mujer surgida de la vivienda se preguntó si era posible que aquella desconocida hubiera entendido al niño con tanta celeridad, aceptándole tan fácilmente. Al ver el modo con que Ayla observaba a Rydag, comprendió que así era.

Ayla notó que la mujer la estaba estudiando y le sonrió. La otra le devolvió la sonrisa y se detuvo a su lado.

—Has hecho muy feliz a Rydag —le dijo, alargando los brazos hacia el pequeño que la forastera levantaba del caballo.

—Es poco —dijo Ayla.

La mujer asintió.

—Me llamo Nezzie.

—Yo nombre Ayla.

Las dos mujeres se observaron con atención, sin hostilidad, pero tanteando el terreno para una futura relación.

En la mente de Ayla se atropellaban las preguntas que deseaba hacer con respecto a Rydag, pero vacilaba; no estaba segura de que fuera correcto preguntar. ¿Era Nezzie la madre del niño? En ese caso, ¿cómo había alumbrado un niño de espíritus mezclados? Ayla volvió a plantearse la cuestión que le inquietaba desde el nacimiento de Durc: ¿cómo se iniciaba la vida? La mujer sólo sabía que el bebé estaba allí cuando le cambiaba el cuerpo con el crecimiento de éste. ¿Cómo entraba en ella?

Creb e Iza creían que la vida nueva se iniciaba cuando la mujer tragaba los espíritus totémicos de los hombres. Jondalar pensaba que la Gran Madre Tierra mezclaba los espíritus de un hombre y una mujer, para ponerlos dentro de la mujer cuando ella quedaba embarazada. Pero Ayla tenía su propia opinión. Al notar que su hijo tenía algunas características suyas y algunas del Clan, comprendió que en ella no había crecido ninguna vida antes de que Broud la penetrara a la fuerza.

El recuerdo la hizo estremecer, pero el hecho de que fuera tan doloroso le impedía

olvidarlo. Había llegado a creer que había alguna relación entre el miembro que el hombre introducía en el sitio por donde nacían los bebés y el principio de la vida en una mujer. Cuando se lo contó a Jondalar, a éste le pareció una idea extraña y trató de convencerla de que era la Madre quien creaba la vida. Ella no le creyó del todo. Ahora volvía a preguntárselo. Había crecido en el Clan; era una de ellos, a pesar de su aspecto diferente. Aunque le hubiera disgustado tanto, Broud no había hecho sino ejercer sus derechos. Pero ¿cómo era posible que un hombre del Clan hubiera forzado a Nezzie?

Sus pensamientos se interrumpieron ante la conmoción provocada por la llegada de otro pequeño grupo de cazadores. Un hombre, al acercarse, echó su capucha hacia atrás. Tanto Ayla como Jondalar ahogaron una exclamación de asombro: ¡el hombre era de tez oscura! El color de su piel era de un castaño intenso, casi como el de Corredor, lo cual ya resultaba raro en un caballo. Ninguno de los dos había visto, hasta entonces, una persona de piel oscura.

Tenía el cabello negro, con rizos apretados y elásticos que formaban un casquete lanudo, como la piel de un cordero negro. También sus ojos negros; chisporroteaban de gozo cuando sonreía, mostrando los dientes blancos, brillantes, y una lengua sonrosada que contrastaba con su piel oscura. Sabía que provocaba conmoción en quienes le veían por primera vez, y eso le gustaba.

Por lo demás, era un hombre perfectamente común, de complexión mediana, apenas uno o dos dedos más alto que Ayla. Pero su vitalidad contenida, su economía de movimientos y cierta confianza en sí mismo creaban la impresión de que sabía lo que deseaba y no perdía tiempo en averiguarlo. Cuando vio a Ayla, el fulgor de sus ojos aumentó.

Jondalar reconoció aquella mirada como una señal de atracción. Su frente se arrugó formando varios surcos, pero ni la mujer rubia ni el hombre moreno se dieron cuenta. Ella estaba cautivada por el color inhabitual del hombre y le miraba fijamente, con la franca maravilla de una criatura. Y él se sentía atraído tanto por el aura de inocencia que esa reacción dejaba traslucir como por la belleza de la forastera.

De pronto, Ayla notó que estaba mirándole con fijeza; ruborizada hasta el carmesí, bajó la vista al suelo. De Jondalar había aprendido que hombres y mujeres podían mirarse a los ojos sin ofensa, sobre todo por parte de una mujer. Sin embargo, su educación, las costumbres del Clan, reforzadas una y otra vez por Creb e Iza para hacerla más aceptable, le hacían sentirse abochornada.

De cualquier modo, su azoramiento no hizo sino aumentar el interés del hombre moreno. Con frecuencia despertaba en las mujeres una atención desacostumbrada. La sorpresa inicial de su aspecto parecía provocar la curiosidad femenina sobre otras posibles diferencias. A veces se preguntaba si todas las mujeres, en las Reuniones de Verano, se sentían obligadas a averiguar personalmente si él era, en verdad, un hombre como todos. En realidad, no se oponía. Pero la reacción de Ayla le intrigaba

tanto como a ella su color. No estaba habituado a que las mujeres adultas, de llamativa belleza, se ruborizaran ante él con el pudor de las niñas.

—Ranec, ¿te han presentado a nuestros visitantes? —preguntó Talut, acercándose.

—Todavía no, pero estoy esperando… impaciente.

El tono de su voz hizo que Ayla le mirara a los ojos profundos y negros, llenos de deseo… y humor sutil. Se introdujeron en ella hasta un punto que sólo Jondalar había tocado hasta entonces. El cuerpo femenino respondió con un cosquilleo inesperado, que llevó hasta sus labios una leve exclamación, agrandando los ojos de color azul grisáceo. El hombre se inclinó hacia delante, dispuesto a cogerle las manos. Pero antes de que se hicieran las presentaciones de costumbre, el forastero alto se interpuso entre ambos y, con el ceño muy fruncido, adelantó las manos.

—Soy Jondalar de los Zelandonii —dijo—. La mujer con quien viajo se llama Ayla.

Ayla estaba segura de que algo perturbaba a Jondalar, algo relacionado con el hombre oscuro. Habituada a interpretar las posturas y las actitudes, observaba atentamente a Jondalar en busca de pistas sobre las que basar su propia conducta. Pero el lenguaje corporal de quienes se expresaban con palabras era mucho menos significativo que el del Clan, cuyos miembros se comunicaban por medio de gestos, y ella aún no confiaba en sus percepciones. Aquellas personas parecían, a un tiempo, más fáciles y más difíciles de interpretar, como en el caso del brusco cambio de actitud en Jondalar. Comprendió que estaba enojado, pero sin saber por qué.

El hombre cogió las manos de Jondalar y las estrechó con firmeza.

—Yo soy Ranec, amigo mío: el mejor tallista del Campamento del León, entre los Mamutoi… y también el único —agregó, con una sonrisa, como burlándose de sí mismo. Luego añadió—: Si viajas con una compañera tan bella, no te extrañes de que llame la atención.

Entonces le tocó a Jondalar sentirse abochornado. La amistosa franqueza de Ranec le hizo sentirse como un patán: con un dolor familiar, recordó a su hermano. Thonolan había mostrado la misma confianza para con todos; siempre era el primero en presentarse cuando se encontraban con otros en su Viaje. A Jondalar siempre le había preocupado hacer cosas tontas; no le gustaba iniciar una relación de manera incorrecta. Como mínimo, acababa de pasar por mal educado.

Pero aquel súbito enojo le había sorprendido, cogiéndole desprevenido. Para él, la punzada ardiente de los celos era una emoción nueva; al menos, llevaba tanto tiempo sin experimentarla que no la esperaba. Se habría apresurado a negarlo, ya que su condición de hombre alto y apuesto, su inconsciente atractivo y su sensibilidad en los Placeres le habían acostumbrado, por el contrario, a que fueran las mujeres las que se mostraran celosas y se disputaran sus atenciones.

¿Por qué le molestaba que otro hombre mirara a Ayla? Ranec tenía razón: era de esperar, siendo ella tan hermosa. Y Ayla tenía derecho a elegir. El hecho de que él

fuera el primer hombre de su raza conocido por ella no significaba que fuese el único en atraerla. Ayla le vio sonreír a Ranec, pero notó que la tensión de sus hombros no se había relajado.

—Ranec no le da importancia, aunque no acostumbra a negar sus otras habilidades —estaba diciendo Talut, mientras le precedía hacia la extraña cueva, que parecía hecha de tierra y brotaba en la ribera—. Él y Wymez se parecen en este aspecto, aunque no en otros. Wymez también se resiste a admitir su habilidad como fabricante de herramientas; igual que este hijo de su hogar a reconocer la bondad de sus tallas. Ranec es el mejor tallista de todos los Mamutoi.

—¿Tenéis un buen fabricante de herramientas? ¿Y un tallista de pedernal? —preguntó Jondalar, contento e interesado. Su arrebato de celos había desaparecido ante la posibilidad de encontrarse con otra persona hábil en su propio oficio.

—Sí, y también es el mejor. El Campamento del León es famoso. Tenemos el mejor tallista, el mejor fabricante de herramientas y el Mamut más anciano —declaró el jefe.

—Y un jefe tan corpulento que todos se declaran de acuerdo con él, aunque no lo estén —agregó Ranec, con una sonrisa irónica.

Talut también sonrió, conociendo como conocía la tendencia del hombre moreno a rechazar las alabanzas de sus tallas. Eso no impedía que Talut se vanagloriase, pues estaba orgulloso de su Campamento y no vacilaba en proclamarlo.

Ayla observaba la sutil relación entre los dos hombres: el mayor, un gigante de pelo flamígero y claros ojos azules; el otro, oscuro y compacto. Comprendía también el profundo vínculo de afecto y lealtad que compartían, aunque fueran tan distintos. Ambos eran cazadores del mamut; ambos, miembros del Campamento del León, de los Mamutoi.

Caminaron hacia la arcada que Ayla había visto antes. Parecía abrirse hacia una colina, tal vez a una serie de ellas, incorporadas a la pendiente que daba al gran río. Ayla había visto que la gente entraba y salía por allí. Por lo tanto, debía de ser una cueva, algún tipo de vivienda. Sin embargo, parecía hecha completamente de tierra. Aunque bien apisonada, en algunos sitios dejaba crecer la hierba, sobre todo en el fondo y los laterales. Se confundía tan bien con el panorama que, descartando la entrada, resultaba difícil distinguirla.

Al inspeccionarla mejor, notó que la cima redondeada del montículo era depósito de varios objetos curiosos. Y entonces vio uno en especial, justo sobre la arcada, que la dejó sin aliento.

¡Era el cráneo de un león de las cavernas!

Capítulo 2

Ayla estaba escondida en una diminuta hendidura, abierta en la muralla de roca dura, con la vista fija en la garra de un enorme león de las cavernas que se estiraba hacia ella. Aulló de miedo y dolor cuando las uñas encontraron su muslo desnudo y trazaron en él cuatro cortes paralelos. El Espíritu del Gran León Cavernario la había escogido, marcándola para demostrar que él era su tótem (así lo había explicado Creb), después de una prueba mucho más dura de lo que incluso un hombre podía soportar, aunque ella era sólo una niña de cinco años. Una sensación de tierra estremecida bajo los pies le provocó una oleada de náuseas.

Sacudió la cabeza para borrar el vívido recuerdo.

—¿Qué pasa, Ayla? —preguntó Jondalar, notando su inquietud.

—Acabo de ver ese cráneo —respondió ella, señalando el adorno colgado sobre la puerta— y me he acordado de cuando fui elegida. ¡El León Cavernario es mi tótem!

—Nosotros somos el Campamento del León —anunció Talut con orgullo, aunque ya lo había dicho.

Si bien Talut no les comprendía cuando hablaban en el idioma de Jondalar, notó el interés que les causaba el talismán del campamento.

—El león cavernario tiene un fuerte significado para Ayla —explicó Jondalar—. Dice que el espíritu del gran felino la guía y la protege.

—Entonces os sentiréis cómodos aquí —Talut dedicó una sonrisa a la mujer, complacido.

Ella reparó en que Nezzie había cogido en brazos a Rydag y volvió a pensar en su hijo.

—Creo que sí —dijo.

Antes de entrar, la joven se detuvo a examinar el arco de ingreso; sonrió al descubrir cómo se había logrado su perfecta simetría. Era simple, pero a ella no se le habría ocurrido. Dos grandes colmillos de mamut, provenientes de un mismo animal o de ejemplares de igual tamaño, habían sido firmemente clavados en tierra, con las puntas enfrentadas entre sí y unidas en lo alto del arco, dentro de una funda hecha con una sección hueca y corta de un hueso de la pata.

Cubría la entrada una pesada cortina hecha con cuero de mamut. La abertura era bastante alta; el mismo Talut, que apartó la cortina, pudo entrar sin agachar la cabeza. La arcada daba a una espaciosa zona de ingreso, con otro simétrico arco de colmillos y otra cortina de cuero situada justo enfrente. Descendieron hasta encontrarse en un vestíbulo circular, cuyas gruesas paredes se curvaban hacia arriba, formando una bovedilla.

Mientras lo cruzaban, Ayla reparó en las paredes laterales, que parecían ser un mosaico de huesos de mamut; estaban cubiertas de vestimenta exterior, colgada en cuñas, junto con varios utensilios. Talut retiró la cortina interior, cruzó la arcada y

sostuvo el cuero para dejar paso a sus huéspedes.

Ayla volvió a descender y se detuvo, asombrada, sobrecogida por la impresión de aquellos objetos desconocidos, extraños y de colores intensos. Gran parte de lo que veía le resultaba incomprensible, por lo que se aferró a lo que tenía sentido para ella.

El espacio en donde estaban tenía, cerca del centro, un gran hogar. Encima de éste se asaba un enorme pedazo de carne, atravesado por una vara larga. Cada extremo de la vara descansaba en una hendidura tallada en la rodilla de un hueso de pata de mamut pequeño, clavado en tierra. Del asta mayor de un venado se había obtenido una horquilla, convertida en una manivela, por medio de la cual un niño hacía girar la carne. Era uno de los que se habían quedado para observar a Ayla y a Whinney. Ella, al reconocerle, le sonrió. El niño le devolvió la sonrisa.

Al acostumbrarse sus ojos a la penumbra interior, la sorprendió la amplitud de aquel alojamiento limpio y confortable. El hogar era sólo el primero de toda una serie de ellos, que se extendía por el centro de una estancia larga, en una vivienda que sobrepasaba los veinticuatro metros de longitud y medía casi seis de anchura.

«Siete fuegos», contó Ayla para sí, apretando los dedos contra la pierna, con disimulo, mientras pensaba en las palabras de contar que le había enseñado Jondalar.

En el interior hacía calor. Los fuegos calentaban la vivienda semisubterránea más de lo que solían calentar las cuevas a las que ella estaba habituada. En realidad, aquello era bastante abrigado; notó que varias personas, hacia el fondo, estaban vestidas con ropas livianas.

Sin embargo, en la parte trasera no faltaba luz. El techo tenía más o menos la misma altura en toda su longitud: unos tres metros y medio, con agujeros para el humo sobre cada fuego; esos agujeros dejaban pasar también la luz. Cruzaban el techo vigas hechas con huesos de mamut, de las que pendían ropas, utensilios y comida, mientras que para la parte central se habían utilizado astas de reno entrecruzadas.

De pronto, Ayla captó un olor que le hizo la boca agua. «¡Carne de mamut!», pensó. No había probado la rica y tierna carne de mamut desde que abandonara la cueva del Clan. Pero también había otros deliciosos aromas de cocina; algunos familiares, otros no, todos se combinaban para recordarle que tenía hambre.

Mientras les conducían a lo largo de un pasillo cuidadosamente apisonado, que corría por medio de la estancia, junto a varios hogares, Ayla reparó en varios bancos anchos que sobresalían de las paredes, sobre los que se amontonaban las pieles. Algunas personas se habían sentado en ellos para descansar o conversar. Se dio cuenta de que la miraban al pasar. Había más arcos hechos con colmillos de mamut a ambos lados; se preguntó adónde llevarían, pero no se atrevió a preguntar.

«Es como una cueva», pensó, «una cueva grande y cómoda». Pero los colmillos arqueados, los largos huesos de mamut utilizados como postes, soportes y muros, le hicieron comprender que no se trataba de una cueva natural. ¡Alguien la había construido!

La primera zona, en donde se estaba preparando el asado, era más grande que el resto, y también la cuarta, adonde Talut les condujo. A lo largo de las paredes había varios bancos para dormir, descubiertos y aparentemente sin usar; allí era posible ver cómo estaban construidos.

Al excavar el suelo se habían dejado anchas plataformas de tierra, justo por encima del nivel de éste, a ambos lados, sostenidas estratégicamente con huesos de mamut. Otros huesos cruzaban la superficie de la plataforma; los espacios entre ellos se habían rellenado con hierba seca, a fin de que el conjunto levantara y sostuviese los jergones de cuero blando, rellenos de lana de mamut y otros materiales mullidos. Añadiéndoles varias pieles, las plataformas se convertían en cálidos y cómodos asientos o camas.

Jondalar se preguntó si el hogar al que les conducían estaría desocupado. Parecía desnudo, pero tenía la sensación de que alguien vivía en él, a pesar de las plataformas vacías.

En el hogar ardían las brasas; en algunos bancos se apilaban pieles y cueros, y de las cuñas pendían hierbas secas.

—Los visitantes generalmente se hospedan en el Hogar del Mamut —explicó Talut—, siempre que Mamut no se oponga. Se lo preguntaré.

—Pueden quedarse, por supuesto, Talut.

La voz provenía del banco vacío. Jondalar giró en redondo, mirando fijamente hacia uno de los montones de pieles, que se estaban moviendo. Dos ojos relumbraron en una cara marcada, sobre el pómulo derecho, con cheurones tatuados que caían en los surcos y zurcían las arrugas de una increíble vejez. Lo que él había tomado por la piel de un animal resultó ser una barba blanca. Dos piernas largas y flacas, hasta entonces cruzadas, se descruzaron para apoyarse en el suelo.

—No te sorprendas, hombre de los Zelandonii. La mujer sabía que yo estaba aquí —dijo el anciano, con voz fuerte, que apenas denotaba su avanzada edad.

—¿Es cierto, Ayla? —preguntó Jondalar.

Pero ella parecía no oírle. Ayla y el anciano se hallaban absortos, mirándose mutuamente como si cada uno buscara el alma del otro. De pronto, la joven se dejó caer al suelo frente al viejo Mamut, cruzando las piernas, con la cabeza inclinada.

Jondalar quedó intrigado y abochornado. Ella utilizaba el silencioso lenguaje de señales que, según le había contado, empleaba la gente del Clan para comunicarse. Ese modo de sentarse era la postura de deferencia y respeto asumida por una mujer del Clan para pedir permiso antes de expresarse.

Hasta entonces sólo una vez la había visto en aquella postura: al tratar de decirle algo muy importante, que no lograba comunicarle de otro modo, cuando las palabras que él le había enseñado no eran suficientes para expresar sus sentimientos.

Se preguntó cómo era posible que algo se expresara con más claridad mediante gestos y ademanes que con palabras, pero mayor había sido su sorpresa al saber que aquellas personas se comunicaban, después de todo.

Sin embargo, lamentaba que Ayla hubiera hecho aquello. Enrojeció al verla usar en público las señales de los cabezas chatas. Habría querido correr a levantarla, antes de que los otros la vieran. Aquella postura le hacía sentirse incómodo, era como si ella le estuviera ofreciendo la reverencia y el homenaje debidos a Doni, la Gran Madre Tierra.

Para Jondalar era algo privado y personal, sólo entre ellos, algo que no debía exhibirse ante los demás. Una cosa era hacerlo con él, cuando estaban solos, pero ahora debía causar una buena impresión en aquellas personas. Él quería que Ayla les gustara; no convenía que conocieran su historia.

Mamut fijó en él una mirada aguda. Luego la volvió hacia Ayla y la estudió por un momento. Por fin se inclinó para darle unas palmaditas en el hombro.

Ayla levantó la vista y vio los ojos sabios, afectuosos, en un rostro estriado por finas arrugas y suaves bolsas. El tatuaje del pómulo derecho le dio la fugaz impresión de que la cuenca ocular estaba oscurecida y de que faltaba el ojo. Por un segundo creyó que aquel hombre era Creb. Pero el santo anciano del Clan que, con Iza, la habían criado y atendido, estaba ya muerto, y también Iza. ¿Quién era, entonces, aquel hombre que evocaba en ella sentimientos tan poderosos? ¿Qué hacía ella sentada a sus pies, como una mujer del Clan? ¿Y cómo había sabido él dar la respuesta adecuada del Clan?

—Levántate, querida. Más tarde hablaremos —dijo el Mamut—. Necesitas tiempo para comer y descansar. Éstas son camas, lugares para dormir —indicó los bancos, como si supiera que ella necesitaba explicaciones—. Por allí hay más pieles y jergones.

Ayla se levantó graciosamente. El observador anciano detectó en el movimiento años de práctica, y agregó aquel nuevo dato a su creciente conocimiento de la mujer. Aquel breve encuentro le había servido para averiguar más cosas sobre Ayla y Jondalar de las que nadie sabía en el Campamento.

Claro que contaba con una ventaja: él estaba mejor informado que sus compañeros acerca del lugar de donde Ayla provenía.

El asado de mamut había sido llevado al exterior, en una bandeja hecha con un gran hueso pélvico, junto con varias raíces, verduras y frutas. Disfrutarían de la comida a la luz del sol poniente. La carne estaba tan rica y tierna como Ayla la recordaba, pero cuando la comida fue servida, pasó un momento difícil. No conocía el protocolo. En ciertas ocasiones, habitualmente las más formales, las mujeres del Clan comían apartadas de los hombres. Sin embargo, lo normal era sentarse en grupos familiares; de todos modos, aun entonces se servía primero a los hombres.

Ayla no sabía que los Mamutoi honraban a sus huéspedes ofreciéndoles el trozo escogido en primer término; tampoco sabía que, según dictaba la costumbre, como muestra de respeto hacia la Madre, una mujer tomaba el primer bocado. Cuando

sacaron la comida, Ayla se entretuvo, manteniéndose detrás de Jondalar, mientras observaba a los otros tratando de no llamar la atención. Hubo un instante de confusión; todo el mundo esperaba que la joven comenzara, mientras que ella trataba de esconderse.

Algunos miembros del Campamento captaron su estratagema y, con sonrisas maliciosas, la tomaron a broma. Para Ayla, aquello no tenía nada de divertido. Sabía que estaba haciendo algo incorrecto; la actitud de Jondalar no le servía de ayuda: él también trataba de instarla a cumplir con el papel que le correspondía.

Mamut acudió en su ayuda. La cogió del brazo y la condujo hacia la bandeja repleta de gruesas tajadas de mamut.

—Se supone que tú debes comer primero, Ayla —dijo.

—¡Pero si soy mujer! —protestó ella.

—Por eso mismo. Es nuestra ofrenda a la Madre, y es mejor que una mujer la acepte en su nombre. Coge el mejor trozo, no por ti, sino para honrar a Mut —explicó el anciano.

Ella le miró, primero con sorpresa, luego con gratitud. Cogió un plato (una pieza de marfil ligeramente curvo, tallada en un colmillo) y, con gran seriedad, eligió la mejor tajada.

Jondalar le sonrió con un gesto de aprobación, mientras los demás se adelantaban para servirse. Cuando hubo terminado, Ayla dejó el plato en el suelo, como había visto hacer a los otros.

—Hace un momento creí que ibas a enseñarnos una danza nueva —dijo una voz, a su espalda. Ayla, al volverse, se encontró con los ojos oscuros del hombre de tez oscura. Aunque la palabra «danza» le era desconocida, aquella ancha sonrisa resultaba amistosa, de modo que se la devolvió.

—¿Nadie te ha dicho que eres muy bella cuando sonríes? —preguntó él.

—¿Bella? ¿Yo? —Ayla se echó a reír, sacudiendo la cabeza, incrédula.

Jondalar se lo había dicho una vez, casi con las mismas palabras, pero Ayla no estaba en absoluto convencida. Mucho antes de llegar a mujer, era más delgada y más alta que quienes la criaban. Su aspecto era muy diferente debido a su frente abultada y al hueso extraño que tenía bajo la boca, que Jondalar llamaba mentón; por eso se creía grande y fea.

Ranec la observaba, intrigado. Ella rió con infantil abandono, como si creyera, en verdad, que él había dicho algo divertido. No era la respuesta que el hombre moreno esperaba.

Una sonrisa tímida, tal vez, o una invitación consciente y provocativa. Pero los ojos de color azul grisáceo no mostraban malicia alguna; tampoco había timidez en el modo en que ella echaba la cabeza hacia atrás, apartando la larga cabellera.

Antes bien, se movía con la gracia fluida y natural de los animales: un caballo, tal vez un león. Había en ella un aura, una cualidad indefinible, pero con elementos de completo candor y franqueza; sin embargo, ocultaba un misterio profundo. Parecía

inocente como un niño, abierta a todo, pero era mujer de pies a cabeza: una mujer alta, deslumbrante, bella sin términos medios.

La observó con interés y curiosidad. Su cabellera, espesa y larga, naturalmente ondulada, tenía un intenso brillo de oro, como el de un henar agitado por el viento; sus ojos eran grandes, bien espaciados, enmarcados por pestañas algo más oscuras que los cabellos. Con la experiencia de todo escultor, examinó la estructura nítida y elegante de la cara, la gracia musculosa de su cuerpo. Cuando sus ojos se posaron en los senos turgentes y las caderas incitantes, adquirieron una expresión que desconcertó a Ayla.

Ella, ruborizada, apartó la vista. Jondalar le había dicho que era correcto, pero no estaba segura de que le gustara mirar de frente a las personas. Se sentía indefensa, vulnerable. Jondalar se encontraba de espaldas a ella, pero su actitud fue más reveladora que las palabras: estaba enojado. ¿Por qué? ¿Qué había hecho ella para provocar su enojo?

—¡Talut! ¡Ranec! ¡Barzec! ¡Mirad quiénes vienen! —gritó una voz.

Todo el mundo se volvió a mirar. Varias personas se aproximaban desde lo alto de la cuesta. Nezzie y Talut echaron a andar colina arriba, en tanto un joven se destacaba del grupo para correr hacia ellos. Se encontraron a medio camino y se abrazaron con entusiasmo. Ranec corrió al encuentro de otro; aunque el saludo fue más contenido, se adivinaba un cálido afecto en los brazos que estrecharon a un hombre de cierta edad.

Ayla, con una extraña sensación de vacío, vio que el resto del Campamento abandonaba a sus huéspedes, en su ansiedad por saludar a los parientes y amigos que volvían, todos hablando y riendo al mismo tiempo. Ella era Ayla sin Pueblo. No tenía adónde ir, ni hogar al que regresar, ni clan que la recibiera con besos y abrazos. Iza y Creb, los que la amaron, habían muerto, y ella estaba muerta para aquéllos a los que amaba.

Uba, la hija de Iza, había sido como su propia hermana; eran de una misma familia por el amor, ya que no por la sangre. Pero Uba cerraría el corazón y la mente si volvía a verla, se negaría a dar crédito a sus ojos, no la vería. Broud había maldecido a Ayla con la muerte. Por tanto, ella estaba muerta.

Y Durc, ¿se acordaría de ella siquiera? Había sido preciso dejarle con el clan de Brun. Aunque hubiera podido llevárselo, habrían estado solos los dos. Si algo le hubiera pasado a ella, el niño habría quedado solo. Era mejor dejarle con el Clan. Uba le amaba y le cuidaría. Todo el mundo le amaba… menos Broud. Pero Brun le protegía y le enseñaría a cazar. Al crecer sería fuerte y valiente, tan hábil como ella con la honda, rápido para la carrera y…

De pronto se fijó en un miembro del Campamento que no había corrido cuesta arriba. Rydag estaba de pie junto a la vivienda, con una mano sobre un colmillo; miraba con ojos redondos al grupo riente y feliz, que desandaba el camino.

Ayla los vio con los ojos del niño: abrazados por la cintura, con los pequeños a

cuestas, mientras otros niños brincaban, rogando que los cogieran en brazos. Ella notó que Rydag respiraba con fuerza; la excitación era excesiva.

En el momento en que echaba a andar hacia él, vio que Jondalar avanzaba en la misma dirección.

—Iba a llevarle allá —dijo él. También había reparado en el niño; los dos tenían la misma idea.

—Sí, llévale —dijo ella—. Whinney y Corredor pueden volver a ponerse nerviosos con tanta gente nueva. Iré a quedarme con ellos.

Jondalar levantó al niño de cabellos oscuros y se lo montó en los hombros, avanzando con él cuesta arriba, hacia la gente del Campamento. El joven a quien Talut y Nezzie habían recibido con tanto afecto era, aproximadamente, de la misma altura que Jondalar; alargó los brazos hacia el pequeño, saludándole con evidente alegría. Luego le trasladó a sus propios hombros para bajar hacia el alojamiento. «Le quieren», pensó Ayla. Y recordó que también la habían amado a ella, a pesar de sus diferencias.

Jondalar notó que les observaba y le sonrió. Ella sintió una oleada tal de afecto por aquel hombre cariñoso y sensible que se avergonzó de haber experimentado, momentos antes, tanta lástima de sí misma. Ya no estaba sola; tenía a Jondalar. Amaba hasta el sonido de su nombre y sus pensamientos se llenaron de él, de los sentimientos que él le inspiraba.

Jondalar. El primero de los Otros que viera jamás, hasta donde podía recordar; el primero con un rostro como el de ella y unos ojos azules como los de ella… Sólo que eran más azules: sus ojos eran tan azules que costaba creerlo.

Jondalar. El primer hombre, de cuantos había conocido, más alto que ella misma; el primero en reír con ella; el primero en verter lágrimas de dolor… por el hermano que había perdido.

Jondalar. El hombre que le había sido dado por su tótem como presente, llevado sin duda hasta el valle donde ella se había asentado al abandonar el Clan, cansada de buscar a Otros como ella.

Jondalar. El que le había enseñado a hablar otra vez con palabras, no sólo con los gestos del Clan. Jondalar, cuyas manos sensitivas sabían dar forma a una herramienta, rascar a un potrillo o montarse a un niño en los hombros. Jondalar, que le había enseñado las alegrías del cuerpo y que la amaba, y a quien ella amaba como no había creído que fuera posible amar.

Caminó hacia el río, hasta el meandro donde había atado a Corredor, valiéndose de una soga larga, a un árbol achaparrado. Se limpió los ojos húmedos con el dorso de la mano, sobrecogida por aquella emoción que todavía le resultaba tan nueva. Buscó su amuleto, un saquito de cuero que colgaba de su cuello, y palpó los objetos que contenía mientras pensaba en su tótem.

—Espíritu del Gran León Cavernario, Creb decía siempre que era difícil vivir con un tótem poderoso. Tenía razón. Las pruebas han sido siempre difíciles, pero siempre

valieron la pena. Esta mujer está agradecida por la protección y por los dones de su poderoso tótem. Por las dádivas interiores, como las cosas aprendidas, y por las de aquéllos a quien ama, como Whinney y Corredor, y Bebé, y sobre todo por Jondalar.

Whinney se acercó a ella en cuanto la vio junto al potrillo y resopló suavemente a modo de saludo. Ella apoyó la cabeza en el cuello de la yegua. Se sentía cansada, exhausta. No estaba habituada a encontrarse entre tanta gente, a tantos acontecimientos, a un grupo tan ruidoso. Le dolía la cabeza, le palpitaban las sienes, sentía una fuerte presión en el cuello y en los hombros. Whinney se recostó contra ella. Corredor fue a reunirse con ellas y sumó su propio peso por el otro costado, hasta que Ayla se sintió aplastada entre los dos. Pero no le importó.

—¡Basta! —dijo, al fin, dando una palmada en el flanco al potrillo—. Te estás poniendo demasiado grande, Corredor, para estrujarme así. ¡Mira lo crecido que estás! ¡Casi tanto como tu madre! —Le rascó un poco; después frotó a Whinney, dándole palmaditas, hasta que notó la presencia de sudor seco—. A ti también te es difícil, ¿verdad? Más tarde te cepillaré con cardas secas. Pero aquí llega gente, así que probablemente volverás a llamar la atención. Será más fácil cuando se acostumbren a verte.

Ayla, sin darse cuenta, había vuelto a utilizar el lenguaje privado que había creado en los años que pasara sola, con los animales por única compañía. Se componía, en parte, de gestos aprendidos del Clan y, en parte, de variaciones sobre las pocas palabras que los miembros de aquél hablaban, imitaciones de ruidos de animales y vocablos sin sentido, como los que había empleado con su hijo. Para cualquier otra persona, las señales de sus manos habrían pasado inadvertidas y sus murmullos habrían parecido una serie de gruñidos y sílabas repetidas. Quizá nadie lo habría tomado por lenguaje.

—Es posible que también Jondalar quiera cepillar a Corredor —de pronto se le ocurrió una idea inquietante. Cogió de nuevo su amuleto y trató de ordenar sus pensamientos—. Gran León Cavernario, Jondalar también es ahora tu elegido; tiene en la pierna las cicatrices de tu marca, igual que yo.

Sus pensamientos volvieron al antiguo lenguaje silencioso que sólo se formulaba con las manos, el adecuado para hablar con el mundo espiritual.

—Espíritu del Gran León Cavernario: ese hombre elegido no sabe de totems. No sabe de pruebas, no conoce los rigores de un tótem poderoso, ni los dones y el aprendizaje. Incluso a esta mujer, que sabe, le han resultado difíciles. Esta mujer ruega al Espíritu del León Cavernario…, suplica que este hombre…

Ayla se interrumpió. No estaba segura de lo que deseaba pedir. No quería solicitar al Espíritu que no pusiera a prueba a Jondalar, pues de ese modo perdería los beneficios que tales pruebas siempre brindaban; ni siquiera pedía que fuera blando con él. Después que ella misma, tras sufrir tan duros rigores, adquiriera habilidades y comprensiones inusitadas, había llegado a creer que los beneficios obtenidos guardaban estrecha relación con la severidad de la prueba. Ordenó sus ideas y

continuó:

—Esta mujer suplica al Espíritu del Gran León Cavernario que ayude al hombre elegido a conocer el valor de su poderoso tótem, a saber que, por difícil que pueda parecerle, la prueba es necesaria.

Por fin terminó y dejó caer las manos.

—¿Ayla?

Giró en redondo y se encontró con Latie.

—Sí.

—Parecías… ocupada. No quise interrumpirte.

—Ya he terminado.

—A Talut le gustaría que llevaras los caballos. Ya ha dicho a todos que no deben hacer nada sin tu permiso, que no los asusten ni los pongan nerviosos… Creo que ha inquietado a más de uno.

—Iré —dijo Ayla y sonrió—. ¿Tú gusta volver caballo?

La cara de Latie se dilató en una amplia sonrisa. Cuando sonreía así se parecía a Talut.

—¿Puedo? ¿De verdad?

—Tal vez gente no nerviosa cuando ve tú en Whinney. Ven. Aquí roca. Ayudo tú subir.

Cuando Ayla apareció tras el recodo, seguida por una yegua adulta con la niña sobre el lomo y por un potrillo inquieto, todas las conversaciones se interrumpieron. Los que ya habían visto antes una escena parecida, aunque todavía asombrados, disfrutaban del aturdido desconcierto que reflejaba el rostro de los recién llegados.

—Ya lo ves, Tulie, ¡te lo he dicho! —exclamó Talut dirigiéndose a una mujer de pelo oscuro, que se le parecía en tamaño, ya que no en el colorido. Era más alta que Barzec, el hombre del último hogar, que estaba junto a ella y la abrazaba por la cintura. Cerca de ellos estaban los dos hijos de aquel hogar, de trece y ocho años, y la hermana de seis, a quien Ayla había sido presentada poco antes.

Cuando llegaron a la vivienda, Ayla desmontó a Latie y acarició a Whinney, que dilataba las fosas nasales ante el olor de los desconocidos. La niña corrió hacia un joven desgarbado y pelirrojo, que aparentaba unos catorce años, aunque era casi tan alto como Talut, si bien su cuerpo aún no se había desarrollado del todo. Sin tener en cuenta la edad, era casi idéntico a él.

—Ven y te presentaré a Ayla —dijo Latie, arrastrándole hacia la mujer de los caballos.

Él se dejó arrastrar. Jondalar se había acercado para mantener quieto a Corredor.

—Éste es Danug, mi hermano —explicó Latie—. Ha estado lejos mucho tiempo, pero ahora se quedará en casa, pues ya sabe todo lo necesario para obtener el pedernal. ¿Verdad, Danug?

—No lo sé todo, Latie —contestó el muchacho, algo azorado.

Ayla sonrió.

—Te saludo —dijo alargando las manos.

Eso le azoró aún más. Era el hijo del Hogar del León y habría debido ser el primero en saludar a la visitante, pero estaba sobrecogido por la belleza de aquella forastera que ejercía tanto poder sobre los animales. Cogió las manos extendidas, murmurando un saludo. Whinney eligió el momento para resoplar y alejarse; entonces él soltó rápidamente las manos de la mujer al notar que, por alguna razón, la yegua no le aprobaba.

—Whinney aprenderá más pronto a reconocerte si le das palmaditas y dejas que te olfatee —dijo Jondalar, percibiendo la incomodidad del joven. Estaba en una edad muy difícil: ya no era un niño, pero tampoco un hombre todavía—. ¿Has estado aprendiendo a obtener pedernal? —preguntó, para entablar conversación, tratando de tranquilizar al muchacho, mientras le enseñaba cómo acariciar al animal.

—Trabajo el pedernal. Wymez me ha enseñado desde que era niño —dijo el joven, con orgullo—. Es el mejor, pero quiso que yo aprendiera algunas otras técnicas y el modo de apreciar la piedra en bruto.

Al deslizarse la conversación por cauces más familiares, Danug dejó aflorar su natural entusiasmo.

Los ojos de Jondalar se encendieron con sincero interés.

—Yo también trabajo el pedernal, y aprendí el oficio con un hombre que es el mejor. Cuando tenía tu edad vivía con él, cerca de una mina de pedernal que él había encontrado. Me gustaría que algún día me presentaras a tu maestro.

—Entonces permíteme que lo haga yo, pues soy el hijo de su hogar… y el primero, aunque no el único, en utilizar sus herramientas.

Jondalar se volvió al oír la voz de Ranec, y notó que todo el Campamento se había agrupado en derredor. Junto al hombre de piel morena estaba el anciano al que había saludado con tanta efusión. Era de la misma altura, pero Jondalar no apreció otro parecido. El más anciano tenía el pelo lacio y castaño claro, con vetas grises, y sus ojos eran de un azul común. Tampoco había similitudes entre sus facciones y las de Ranec, tan exóticas. La Madre debía de haber elegido al espíritu de otro hombre para el hijo de su hogar. Pero ¿por qué habría elegido a uno de un color tan poco corriente?

—Wymez, del Hogar del Zorro en el Campamento del León, Maestro de Pedernal de los Mamutoi —dijo Ranec, con exagerado empaque—, te presento a nuestros visitantes: Jondalar de los Zelandonii, otro de tus colegas, al parecer —Jondalar percibió el deje de… No estaba seguro. ¿Era humor o sarcasmo? Algo así—. Y su hermosa compañera, Ayla, mujer sin Pueblo, pero de gran encanto… y misterio.

Su sonrisa atrajo los ojos de Ayla, intrigada por el contraste entre los dientes blancos y la piel oscura; los ojos negros centellearon con expresión inteligente.

—Os saludo —dijo Wymez, tan simple y directo como Ranec había sido rebuscado—. ¿Trabajas la piedra?

—Sí, tallo el pedernal —replicó Jondalar.

—He traído algunas piedras excelentes, recién extraídas. Todavía no están secas.

—Tengo en mi hatillo una maza y un buen cincel —dijo el Zelandonii inmediatamente interesado—. ¿Tú usas cincel? —Ranec dirigió a Ayla una mirada dolorida, en tanto la conversación se desviaba rápidamente hacia el oficio compartido.

—Podría haberte dicho que iba a ocurrir esto —dijo—. ¿Sabes qué es lo peor de vivir en el hogar de un fabricante de herramientas? No es encontrarse siempre trozos de piedra en las pieles, sino tener siempre la piedra en las conversaciones. Y cuando Danug demostró interés… Desde entonces no he oído hablar sino de piedra y más piedra.

La cálida sonrisa de Ranec desmentía su queja; por lo visto, todos conocían sus protestas, pues nadie le prestó atención, salvo Danug.

—No sabía que eso te molestase tanto —dijo el joven.

—No le molesta —aclaró Wymez—. ¿No te das cuenta de que Ranec está tratando de impresionar a una mujer bonita?

—En realidad, te estoy agradecido, Danug. Creo que, hasta que tú apareciste, él tenía la esperanza de convertirme en tallista de pedernal —manifestó Ranec, para tranquilizar a Danug.

—No, desde que comprendí que sólo te interesabas por mis herramientas para tallar el marfil con ellas. Y eso fue poco después de que llegáramos aquí —Wymez sonrió y agregó—: Y si es molesto encontrarse trozos de pedernal en la cama, deberías probar el polvo de marfil en la comida.

Los hombres, tan distintos, se sonreían mutuamente. Ayla se sintió aliviada al comprobar que estaban bromeando amistosamente. También había notado que, a pesar de las diferencias de color y facciones, se parecían en la sonrisa y en la forma de mover el cuerpo.

De pronto se oyeron gritos en el interior de la casa larga.

—¡No te entrometas, vieja! Esto es entre Fralie y yo.

Era una voz de hombre, el hombre del sexto hogar, el penúltimo. Ayla recordó que se lo habían presentado.

—¡No sé por qué te escogió a ti, Frebec! ¡Nunca debí permitirlo! —chilló la mujer.

Súbitamente apareció una anciana en la arcada; arrastraba consigo a una joven llorosa. Las seguían dos niños aturdidos: uno, de siete años; el otro, de dos, con el trasero desnudo y el pulgar en la boca.

—Todo es culpa tuya. Ella te presta demasiada atención. ¿Por qué no dejas de entrometerte?

Todo el mundo les volvió la espalda. Habían oído lo mismo demasiadas veces. Pero Ayla lo observaba todo, asombrada. Ninguna mujer del Clan se habría atrevido a discutir así con un hombre.

—Frebec y Crozie han empezado otra vez; no te preocupes —dijo Tronie.

Era la mujer del quinto hogar, el del Reno, según recordó Ayla. Estaba situado después del Hogar del Mamut, en donde ella y Jondalar se alojaban. La mujer sujetaba a un bebé contra el pecho.

Ayla había sido presentada poco antes a la joven madre vecina y se sentía atraída por ella. Tornec, su compañero, levantó al pequeño de tres años, que se apretaba contra la mujer, sin aceptar todavía al bebé que le había reemplazado junto al pecho de su madre. Eran una pareja cordial y enamorada; Ayla se alegró de estar hospedada junto a ellos y no junto a los que reñían. Manuv, que vivía con ellos, se había acercado a hablarle mientras comían, contándole que había sido el hombre del Hogar cuando Tornec era joven; era hijo de una prima de Mamut. Dijo que pasaba mucho tiempo en el cuarto hogar, y eso alegró a Ayla, quien se entendía bien con los mayores.

No se sentía cómoda, en cambio, con el hogar del otro lado, el tercero. Allí vivía Ranec, quien lo llamaba Hogar del Zorro. El hombre moreno no le caía mal, pero Jondalar actuaba de modo extraño cuando le tenía cerca. Sin embargo, era un hogar pequeño, con sólo dos hombres. Como ocupaba poco espacio en la casa larga, ella se sentía más cerca de Nezzie y Talut, los del segundo hogar, y de Rydag. También le gustaban los otros niños del Hogar del León, el de Talut: Latie y Rugie, la hija menor de Nezzie, próxima en edad a Rydag. Ahora que conocía a Danug, también él le gustaba.

Talut se aproximó con la mujer corpulenta. Barzec y los niños les acompañaban, por lo que Ayla supuso que formaban pareja.

—Ayla, quiero presentarte a mi hermana, Tulie, del Hogar del Uro, la Mujer Que Manda del Campamento del León.

—Te saludo —dijo la mujer, alargando ambas manos a la manera formal—. En el nombre de Mut, te doy la bienvenida.

Como hermana del jefe, era su igual y tenía conciencia de sus responsabilidades.

—Te saludo, Tulie —replicó Ayla, tratando de no mirarla con fijeza.

Cuando Jondalar pudo ponerse en pie por primera vez, se había llevado una gran sorpresa al descubrir que la superaba en altura. Pero aún más asombroso resultaba ver una mujer más alta. Ayla siempre había sobrepasado a todos los del Clan. Pero la jefa era más que alta: era musculosa y de aspecto fuerte. El único que la superaba en tamaño era su hermano. Ella tenía el porte que sólo la estatura y la corpulencia pueden dar, y la innegable seguridad de una mujer madre y jefa, completamente confiada y dueña de su propia vida.

Tulie notó, extrañada, el acento de su visitante, pero había otro problema que le interesaba más. Con la franqueza típica de los suyos, no vaciló en sacarlo a relucir.

—Cuando invité a Branag a volver con nosotros, no sabía que el Hogar de Mamut estaría ocupado. Él y Deegie se unirán este verano. El joven sólo pasará aquí unos pocos días; sé que ella deseaba tenerle para sí durante ese tiempo, lejos de sus hermanos. Puesto que tú eres una huésped, Deegie no te lo preguntará, pero le

gustaría hospedarse en el Hogar de Mamut con Branag, si tú no te opones.

—Es grande Hogar. Muchas camas. No opongo —dijo Ayla. Le hacía sentirse incómoda que le consultaran. Aquélla no era su casa.

Mientras conversaban, una joven salió de la vivienda, seguida por un hombre. Ayla miró dos veces. La muchacha tenía aproximadamente su misma edad, pero era corpulenta y un poco más alta. Su cabellera, de color castaño intenso, y su rostro amistoso la hacían bonita; por lo visto, su joven acompañante la encontraba muy atractiva. De cualquier modo, Ayla no prestó mucha atención a su aspecto físico: tenía la vista clavada en la vestimenta de la joven.

Llevaba pantalones-polainas y una túnica de cuero, cuyo color era muy similar al de su pelo: una túnica larga, profusamente decorada, de tonalidad ocre rojizo oscuro, abierta por delante y cerrada con un cinturón. El rojo era sagrado para el Clan; entre las pertenencias de Ayla, sólo el saquito de Iza había sido teñido de ese color. Contenía las raíces utilizadas para hacer la bebida que se tomaba en las ceremonias especiales. Ella aún lo llevaba consigo, cuidadosamente guardado en su bolsa de medicinas, junto con varias hierbas secas con propiedades curativas. ¿Una túnica entera hecha de cuero rojo? Resultaba difícil de creer.

—¡Es tan bella! —dijo Ayla, antes de que las presentasen formalmente.

—¿Te gusta? Es para mis Nupcias, cuando nos unamos. Me la dio la madre de Branag; tenía que ponérmela para enseñársela a todos.

—¡Yo nunca ver cosa así! —exclamó Ayla, abriendo mucho los ojos.

La joven quedó encantada.

—Tú eres la que llaman Ayla, ¿verdad? Yo soy Deegie y él se llama Branag. Dentro de pocos días tiene que marcharse —agregó, entristecida—, pero después del verano próximo estaremos juntos. Vamos a vivir con mi hermano, Tarneg. Ahora él vive con su mujer y la familia de ella, pero quiere instalar un Campamento nuevo y ha insistido en que yo tome un compañero, para contar con una jefa.

Ayla vio que Tulie sonreía y hacía gestos de asentimiento a su hija. Entonces recordó la petición.

—Hogar tiene mucho sitio, muchas camas vacías, Deegie. ¿Estarás Hogar del Mamut con Branag? Él visitante también…, si Mamut no niega. Es hogar de Mamut.

—Su primera mujer era la madre de mi abuela. He dormido muchas veces en su Hogar. A Mamut no le molestará, ¿verdad? —agregó la joven al verle.

—Tú y Branag podéis quedaros, por supuesto, Deegie —dijo el anciano—. Pero recuerda que tal vez no puedas dormir mucho.

Deegie sonrió, ilusionada, en tanto Mamut proseguía:

—Como tenemos visitas, Danug ha vuelto después de un año de ausencia, se acercan tus Nupcias y Wymez ha logrado éxito en su misión de traficante, creo que hay motivos para que esta noche nos reunamos en el Hogar del Mamut y contemos historias.

Todo el mundo sonrió. Esperaban el anuncio, pero eso no había disminuido las

expectativas. Sabían que toda reunión en el Hogar del Mamut significaba el relato de las experiencias vividas, cuentos y leyendas, tal vez otros entretenimientos; esperaban con júbilo la velada, pues estaban ansiosos de tener noticias de otros Campamentos y escuchar otra vez las historias ya conocidas. Además, les interesaba ver cómo reaccionaban los forasteros ante la vida y las aventuras de los miembros del Campamento, y también escuchar lo que ellos tuvieran para relatar.

Jondalar también sabía en qué consistían aquellas reuniones. Eso le preocupó. ¿Contaría Ayla ciertos detalles de su propia historia? Y después, ¿sería igualmente bien recibida en el Campamento del León? Pensó llevarla aparte para ponerla sobre aviso, pero sabía que con eso no lograría sino enfadarla y llenarla de inquietud. En muchos aspectos, era como los Mamutoi: directa y franca al expresar sus sentimientos. De cualquier modo, prevenirla no serviría de nada; ella no sabía mentir. Cuando más, podía negarse a hablar.

Capítulo 3

Ayla dedicó parte de la tarde a frotar a Whinney con un trozo de cuero blando y unas cardas secas. Eso la relajó a ella tanto como al animal.

Jondalar trabajaba distendido a su lado, provisto igualmente de unas cardas para rascar los puntos de mayor comezón de Corredor, en tanto le peinaba el apelmazado pelaje invernal; sin embargo, el potrillo prefería correr a quedarse quieto. El pelo interior, suave y abrigado, se había espesado mucho; eso recordó al hombre que muy pronto llegaría el frío, lo que le llevó a preguntarse dónde pasarían el invierno. Aún no estaba seguro de lo que pensaba Ayla con respecto a los Mamutoi, pero, al menos, los caballos y los miembros del Campamento comenzaban a aceptarse mutuamente.

Ayla también notaba que las tensiones se suavizaban, pero la preocupaba pensar en dónde pasarían la noche los caballos mientras ella estuviera dentro de la vivienda. Estaban acostumbrados a compartir una cueva con ella. Jondalar le aseguraba que no les pasaría nada, pues los caballos estaban habituados a la intemperie. Por fin, decidió atar a Corredor cerca de la entrada, sabiendo que Whinney no se alejaría mucho sin su potrillo y que la despertaría si se presentaba algún peligro.

El viento se tornó frío con la puesta del sol. Cuando Ayla y Jondalar entraron en la vivienda, había en el aire un atisbo de nieve. Pero el Hogar del Mamut, instalado en el centro del refugio semisubterráneo, era cómodo y abrigado. La gente se estaba reuniendo.

Muchos se habían detenido a picar las sobras frías de la comida, que habían sido llevadas adentro: chufas blancas y feculentas, zanahorias silvestres, moras y tajadas de mamut asado. Cogían las verduras y la fruta con los dedos o bien utilizaban palillos a manera de pinzas, pero Ayla notó que cada uno, exceptuando a los niños más pequeños, contaba con un cuchillo para la carne. Le extrañó que se pudiera coger entre los dientes una gran tajada y cortar un trocito con un golpe de cuchillo hacia arriba… sin perder la nariz.

Los concurrentes se iban pasando pequeños odres pardos para agua (las vejigas y los estómagos impermeables de diversos animales), de los cuales bebían con gran placer. Talut le ofreció un sorbo. Olía a fermento y resultaba un tanto desagradable; le dejó en la boca un sabor algo dulce, pero fuerte y ardiente. Cuando le ofrecieron un segundo trago, lo rechazó. No le gustaba. Jondalar, en cambio, parecía disfrutar de la bebida.

La gente, entre risas y charlas, se instalaba en las plataformas o en pieles y esterillas tendidas en el suelo. Ayla había vuelto la cabeza para escuchar un diálogo cuando la intensidad del alboroto decreció notablemente. Al volverse, vio que el viejo Mamut estaba de pie tras el hogar, en donde ardía una pequeña fogata. Cuando todas las conversaciones cesaron, concentrada ya en él la atención general, el anciano cogió una pequeña antorcha apagada y la sostuvo sobre las llamas hasta que se encendió. En el silencio expectante de alientos contenidos, aplicó la llama a una lamparilla de

piedra, situada en un nicho de la pared posterior. La mecha de liquen seco chisporroteó en la grasa de mamut y provocó una llamarada, que iluminó una pequeña imagen de marfil tallado que representaba a una mujer generosamente dotada.

Ayla sintió un cosquilleo como si la reconociera, aunque nunca había visto otra figura similar. «Es lo que Jondalar llama donii», se dijo. «Dice que contiene el Espíritu de la Gran Madre Tierra. O una parte de él, quizá, porque parece muy pequeña para contenerlo todo. Pero ¿qué tamaño tiene un espíritu?».

Su mente vagó hacia otra ceremonia, cuando le dieron la piedra negra que llevaba en la bolsa de los amuletos que colgaba de su cuello. El pequeño trozo de bióxido de manganeso contenía un trozo del espíritu de cuantos componían el Clan mayor, no sólo su propio clan. Se la habían entregado al hacerla mujer curandera, y ella dio, a cambio, una parte de su propio espíritu; de ese modo, si salvaba una vida, esa persona no tenía obligación de darle algo equivalente a cambio, porque ya lo había hecho por anticipado.

Aún le preocupaba recordar que no había devuelto los espíritus tras recibir la maldición de muerte. Creb los había tomado de Iza, al morir la vieja curandera, para que no la acompañaran al mundo de los espíritus; pero nadie los había tomado de Ayla. Si ella poseía un trozo del espíritu de todos los del Clan, ¿acaso Broud habría hecho recaer también sobre ellos la maldición de muerte?

«¿Estoy muerta?», se preguntó como tantas veces. No lo creía así. Había aprendido que el poder de la maldición de muerte residía en la fe: cuando los seres amados ya no reconocían la existencia de una persona, cuando no se tenía adónde ir, daba igual morir. Pero ¿por qué ella no había muerto? ¿Qué le había impedido renunciar? Más importante aún: ¿qué pasaría con el Clan cuando ella muriera de verdad? ¿Acaso su muerte podía dañar a los que amaba? ¿Tal vez a todo el Clan? El saquito de cuero pesaba con la carga de la responsabilidad, como si el destino de todo el Clan colgara de su cuello.

Un sonido rítmico la arrancó de sus cavilaciones. Mamut golpeaba con un asta en forma de martillo sobre un cráneo de mamut, pintado con símbolos y líneas geométricas. Ayla creyó detectar una cualidad más allá del ritmo; observó y escuchó con atención. La cavidad intensificaba el sonido con ricas vibraciones, pero se trataba de algo más que la simple resonancia del instrumento. Cuando el viejo chamán golpeaba en diferentes zonas, marcadas sobre el tambor de hueso, cambiaban el tono y la intensidad, con variaciones tan complejas y sutiles que era como si Mamut hiciera hablar al cráneo.

Con un sonido bajo y lento, el anciano comenzó a entonar un cántico, en tonos menores, perfectamente modulados. Mientras tambor y voz se entretejían en un intrincado diseño sonoro, otras voces se agregaron, aquí y allá, ajustándose al módulo tonal establecido, aunque con variaciones independientes. El ritmo del tambor comenzó a repetirse con un sonido similar al otro lado de la habitación. Era Deegie,

que estaba golpeando sobre otro cráneo. También Tornec empezó a dar golpecitos con un martillo de asta en otro hueso de mamut: una clavícula, cubierta de líneas a intervalos regulares y de cheurones pintados de rojo. La grave resonancia tonal de los tambores y el sonido más agudo de la escápula llenaron el refugio con un sonido bello, espectral. El cuerpo de Ayla palpitaba al compás del ritmo; notó que otros también movían el cuerpo al compás del sonido. De pronto, todo cesó.

El silencio estaba cargado de expectación, pero se dejó que se desvaneciera por sí mismo. No había planes para una ceremonia formal, sólo para una reunión amistosa, con intención de pasar una velada agradable en mutua compañía, haciendo lo que mejor hace la gente: hablar.

Tulie comenzó anunciando que se había llegado a un acuerdo y que las nupcias de Deegie y Branag quedarían formalizadas el verano siguiente. Hubo palabras de aprobación y felicitaciones, aunque todos esperaban eso. La joven pareja irradiaba felicidad. Después, Talut pidió a Wymez que les relatara su misión comercial; así se enteraron de que comprendía intercambios de sal, ámbar y pedernal. Varias personas hicieron preguntas o comentarios. Mientras, Jondalar escuchaba con interés. Ayla no comprendía de qué se trataba; decidió que más tarde preguntaría a su compañero. A continuación, Talut inquirió sobre los progresos de Danug, para incomodidad del joven.

—Tiene talento y mano diestra. Con algunos años más de experiencia será muy bueno. Ellos lamentaron que se marchara. Ha aprendido bien; valía la pena pasar un año lejos —informó Wymez.

El grupo pronunció nuevas frases de aprobación. Luego se produjo una pausa, colmada de pequeños diálogos privados, hasta que Talut se volvió hacia Jondalar, provocando oleadas de entusiasmo.

—Dinos, hombre de los Zelandonii, ¿cómo has llegado a sentarte en el refugio del Campamento del León, entre los Mamutoi? —preguntó.

Jondalar tomó un sorbo de aquella bebida fermentada y echó un vistazo en derredor, observando a la gente, que esperaba con impaciencia. Luego dedicó una sonrisa a Ayla. «¡No es la primera vez que hace esto!», adivinó ella, con alguna sorpresa, dándose cuenta de que él estaba creando el clima y el tono previos a su narración. También ella se acomodó para escuchar.

—Es una larga historia —comenzó Jondalar.

La gente asentía. Eso era lo que deseaba oír.

—Mi pueblo vive muy lejos de aquí, muy lejos hacia el oeste, más allá de la fuente donde nace el Río de la Gran Madre que desemboca en el Mar de Beran. Nosotros también vivimos cerca de un río, como vosotros, pero el nuestro fluye hacia las Grandes Aguas del oeste.

»Los Zelandonii son un gran pueblo. Lo mismo que vosotros, somos Hijos de la Tierra, a la que llamáis Mut; nosotros la llamamos Doni, pero es la misma Gran Madre Tierra. Cazamos y traficamos. A veces hacemos largos Viajes. Mi hermano y

yo decidimos hacer uno de esos Viajes —por un momento, Jondalar cerró los ojos; la frente se le contrajo de dolor—. Thonolan…, mi hermano…, estaba lleno de risas y amaba las aventuras. Era un elegido de la Madre.

El dolor era real. Todo el mundo comprendió que no era una afectación para adornar el relato. Incluso sin que él lo dijera, adivinaron la causa. También ellos solían decir que la Madre se llevaba pronto a sus elegidos.

Jondalar no había tenido intención de exteriorizar así sus sentimientos; el dolor le sobrevino inesperadamente, dejándole algo abochornado. Pero una pérdida como aquélla era comprendida universalmente. Su involuntaria demostración le granjeó la simpatía general, provocando en todos un sentimiento de cordialidad superior a la curiosidad y la cortesía que se dispensaba a los extranjeros no belicosos.

Aspiró profundamente y trató de proseguir el hilo de su historia.

—En un principio, el Viaje era de Thonolan. Yo pensaba acompañarle sólo durante un breve trecho, hasta el hogar de algunos parientes, pero al fin decidí ir con él. Cruzamos un pequeño glaciar, que es la fuente de Donau, el Río de la Gran Madre, y decidimos que lo seguiríamos hasta el final. Nadie nos creyó, y no estoy seguro de que habláramos en serio. Pero seguimos marchando. Cruzamos muchos afluentes y conocimos a muchos pueblos.

»Cierta vez, durante el primer verano, nos detuvimos a cazar. Mientras secábamos la carne, nos encontramos de improviso rodeados de hombres que nos apuntaban con sus lanzas…

Jondalar había recuperado su ritmo y tenía al Campamento absorto. Era un buen narrador; sabía mantener el interés del relato. Hubo gestos de asentimiento, murmullos de aprobación, palabras de aliento; con frecuencia, hasta gritos de entusiasmo. «Los que hablan con palabras nunca guardan silencio, ni siquiera cuando escuchan», pensó Ayla.

Estaba tan fascinada como los demás, pero, de pronto, se descubrió estudiando a los oyentes. Los adultos tenían a los niños más pequeños en el regazo; los más crecidos se habían reunido en grupo y contemplaban al carismático extranjero con ojos brillantes. Danug, en especial, parecía hipnotizado. Se inclinaba hacia delante, con extasiada atención.

—Thonolan entró en el cañón, pensando que no había peligro, puesto que la leona se había ido. Y entonces oímos el rugido de un león.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Danug.

—Tendréis que preguntarle el resto a Ayla. Después de eso, no recuerdo mucho más.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Ayla quedó desconcertada. No esperaba aquello y nunca había hablado ante una multitud semejante. Jondalar le sonreía. De pronto se le había ocurrido que era el mejor modo de habituarla a hablar: obligarla a hacerlo. No sería la última vez que le preguntarían por sus experiencias. Como todos tenían presente su dominio sobre los caballos, la historia sería más creíble. Era una

historia apasionante, que aumentaría su misterio… y tal vez, si se contentaban con ello, no saldría a relucir lo de sus orígenes.

—¿Qué pasó, Ayla? —preguntó Danug, subyugado todavía por la narración.

Rugie, que se había mostrado tímida y reservada con su hermano mayor, después de tan larga ausencia, recordó los tiempos en que escuchaban juntos los cuentos y decidió subir a su regazo. Él la recibió con una sonrisa distraída, estrechándola contra sí, pero sin apartar de Ayla su mirada curiosa.

La joven contempló aquellos rostros vueltos hacia ella y trató de hablar. Pero tenía la boca seca, aunque sus palmas estuvieran húmedas.

—Sí, ¿qué pasó? —repitió Latie, que estaba sentada cerca de Danug, con Rydag en su regazo.

Los grandes ojos pardos del pequeño estaban llenos de entusiasmo. También él abrió la boca para preguntar, pero nadie pudo comprender sus sonidos…, con excepción de Ayla. Aunque no captara las palabras en sí, el sentido era claro. Ella había oído sonidos similares y hasta sabía pronunciarlos. Los del Clan no eran mudos, si bien su habilidad para articular era limitada. Por eso habían desarrollado un rico y amplio lenguaje gestual y sólo utilizaban las palabras para dar énfasis. Comprendió que el niño pedía la continuación de la historia y que, para él, las palabras tenían significado. Ayla sonrió, dedicándole su relato.

—Yo estaba con Whinney —comenzó.

Su modo de pronunciar el nombre de la yegua había sido siempre una imitación del relincho suave de un caballo. Las gentes del refugio no comprendieron que se trataba del nombre; pensaron que era un maravilloso adorno del relato y sonrieron, alentándola a proseguir con palabras aprobatorias.

—Ella pronto tiene caballo pequeño. Muy grande —dijo Ayla, poniendo las manos frente a su vientre para indicar que la preñez de la yegua estaba muy avanzada. Hubo sonrisas de entendimiento—. Todos los días corremos. Whinney necesita salir. No rápido, no lejos. Siempre ir este, mas fácil ir este. Demasiado fácil, nada nuevo. Un día vamos oeste, no este. Ver lugar nuevo —continuó Ayla, dirigiendo sus palabras a Rydag.

Jondalar le había estado enseñando el Mamutoi, así como los otros idiomas que conocía, pero no lo hablaba con tanta fluidez como el de los Zelandonii, el primero que aprendiera. Su modo de hablar era extraño, con una diferencia difícil de explicar; luchaba con las palabras y eso le hacía sentirse tímida. Pero, al pensar en el niño que no podía expresarse en absoluto, se veía obligada a imitarle. Porque él se lo había pedido.

—Oigo león.

No hubiera podido decir por qué lo hizo. Tal vez fue la mirada de Rydag, llena de expectativa, o el modo en que él giró la cabeza para escuchar, o un acto instintivo. El hecho es que, tras la palabra «león», agregó un gruñido amenazador, que sonó exactamente a león. Se oyeron exclamaciones de miedo, risitas nerviosas y sonrientes

palabras de aprobación. Su capacidad de imitar los ruidos de los animales era inigualable y sazonaba con un sabor inesperado el relato. Jondalar asentía y aprobaba sonriente.

—Oigo hombre gritar —miró a Jondalar y sus ojos se llenaron de dolor—. Paro. ¿Qué hacer? Whinney grande con cría —reprodujo los gritos de una cría y fue recompensada con una gran sonrisa de Latie—. Preocupo yegua, pero hombre gritar. Oigo león otra vez. Escucho —se las compuso para que su rugido de león sonara juguetón—. Es Bebé. Entonces entro cañón. Sé que yegua no será herida.

Ayla advirtió miradas de desconcierto. La palabra que había pronunciado no les era familiar, aunque Rydag habría podido conocerla en circunstancias diferentes. Había explicado a Jondalar que con ella designaban los del Clan a los recién nacidos y niños de corta edad.

—Bebé es león —dijo, tratando de explicar—. Bebé es león yo conocer. Bebé es… como hijo. Entro cañón, hago león irse. Encuentro hombre muerto. Otro hombre, Jondalar, muy mal herido. Whinney lleva al valle.

—¡Ja! —exclamó una voz, burlonamente. Al levantar los ojos, Ayla vio que era Frebec, el hombre que antes había estado discutiendo con la vieja—. ¿Vas a decir que ordenaste a un león que se alejara de un hombre herido?

—No cualquier león. Bebé —explicó ella.

—¿Qué es eso…, esa palabra que estás diciendo?

—Bebé es palabra del Clan. Es niño pequeño. Doy nombre león cuando vive conmigo. Bebé es león que yo conozco. Yegua conoce también. No miedo.

Ayla estaba preocupada. Algo andaba mal, sin que ella supiera qué.

—¿Vivías con un león? No lo creo —se burló él.

—¿Que no lo crees? —El enfado de Jondalar era evidente. Aquel hombre estaba acusando a Ayla de mentir, y él sabía demasiado bien que esa historia era muy cierta —. Ayla no miente —agregó, poniéndose de pie para desatar el cordón atado a la pierna y el muslo, desfigurados por cicatrices de un rojo vivo—. Ese león me atacó, y Ayla no sólo me libro de él, sino que también es una curandera de gran habilidad. Sin ella, habría seguido a mi hermano al otro mundo. Y os diré algo más: la vi montar a aquel león, tal como monta a su yegua. ¿Me llamarás mentiroso?

—No se llama mentiroso a ningún huésped del Campamento del León —dijo Tulie, fulminando a Frebec con la mirada, en un intento por atemperar una escena que podía resultar desagradable—. Me parece evidente que fuiste malherido y hemos visto a esta mujer…, a Ayla…, montada a caballo. No veo motivos para dudar de ti o de ella.

Hubo un silencio tenso. Ayla miraba a uno y a otro, confundida. La palabra «mentiroso» no le era familiar y no comprendía por qué Frebec no la había creído. Ayla estaba criada entre personas que se comunicaban con movimientos. Aparte de las señales, el lenguaje del Clan incluía posturas y expresiones que ampliaban el significado y lo matizaban. Era imposible mentir de manera eficaz con todo el

cuerpo. Si acaso, un individuo podía abstenerse de mencionar algo, pero hasta eso se sabía, aunque estaba permitido para proteger la intimidad. Ayla no sabía mentir. Nunca había aprendido a hacerlo.

Pero sí supo que algo iba mal. Podía leer el enojo y la hostilidad que acababan de brotar, tan fácilmente como si lo hubieran proclamado a gritos. También sabía que se esforzaban por contenerse. Talut vio que Ayla miraba al hombre de piel oscura y apartaba los ojos. Y, de pronto, se le ocurrió cómo aliviar las tensiones y volver a los relatos.

—Ha sido una historia interesante, Jondalar —tronó, clavando en Frebec una mirada dura—. Siempre es interesante saber de Viajes largos. ¿Te gustaría escuchar un historia de otro Viaje largo?

—Sí, mucho.

Surgieron sonrisas entre los asistentes, a medida que todos se distendían. El relato que iban a escuchar era uno de los favoritos del grupo y pocas veces se presentaba la oportunidad de compartirlo con gente que no lo conociera.

—Es la historia de Ranec —aclaró Talut.

Ayla miró al hombre moreno, expectante.

—Me gustaría saber cómo hombre de piel oscura viene vivir Campamento del León —dijo.

Ranec le sonrió, pero se volvió hacia el hombre de su Hogar.

—Es la historia de mi vida, pero a ti te corresponde contarla, Wymez —dijo.

Jondalar había vuelto a sentarse; no estaba muy seguro de que le gustara el giro que estaba tomando la conversación (o tal vez el interés de Ayla por Ranec), pero todo era preferible a la hostilidad casi abierta. Además, él también estaba interesado.

Wymez se reclinó en el asiento, hizo una señal afirmativa a Ayla y, con una sonrisa dedicada a Jondalar, comenzó:

—Tenemos algo más en común que la afición por la piedra, joven. También yo hice un largo Viaje en mi juventud. Viajé al sur con rumbo este, más allá del Mar de Beran, hasta las costas de un mar mucho más grande, más hacia el sur. Ese Mar del Sur tiene muchos nombres, pues son muchos los pueblos que habitan en sus costas. Viajé rodeando su extremo este y giré hacia el oeste, por la costa sur, atravesando tierras de muchos bosques, donde el aire es más cálido y la lluvia más abundante que aquí.

»No trataré de contaros todo lo que me ocurrió. Lo dejaremos para otro día. Os contaré la historia de Ranec. Mientras viajaba hacia el oeste, conocí muchos pueblos y viví con algunos de ellos, aprendiendo nuevas costumbres; no obstante, tarde o temprano me sentía incómodo y reanudaba el Viaje. Quería saber hasta dónde podía llegar en dirección oeste.

»Al cabo de varios años llegué a un lugar, no lejos de tus Grandes Aguas, Jondalar, según creo, pero después de cruzar el estrecho donde el Mar del Sur confluye en ellas. Allí encontré a cierta gente con la piel tan oscura que parecía negra,

y allí también conocí a una mujer. Una mujer que me atrajo. Al principio, tal vez, porque era distinta… con sus ropas exóticas, su color, sus ojos oscuros y centelleantes. Su sonrisa era irresistible… y su modo de bailar, de moverse… Era la mujer más excitante que he conocido jamás.

Wymez hablaba de un modo directo, con un tono de voz neutro, pero la historia era tan apasionante que no requería dramatismos. Sin embargo, la actitud de aquel hombre fornido, silencioso y reservado cambió perceptiblemente al mencionar a la mujer.

—Cuando ella aceptó unirse a mí, decidí quedarme allí, con ella. Siempre me había interesado labrar la piedra, incluso de muchacho, y aprendí a hacer puntas de lanza a su estilo. Hacen saltar ambos lados de la piedra, ¿comprendes, Jondalar?

—Sí, como para las hachas.

—Pero aquellas puntas no eran tan gruesas y toscas. Tenían una buena técnica. Yo también les enseñé algunas cosas. Y me sentí muy satisfecho de aceptar sus costumbres, sobre todo cuando la Madre bendijo a la mujer con un niño, un varón. Ella me pidió que le diera nombre, según se acostumbra allí. Yo elegí Ranec.

«Eso lo explica», pensó Ayla. «La madre era de piel oscura».

—¿Y por qué decidiste volver? —preguntó Jondalar.

—Pocos años después de nacer Ranec comenzaron las dificultades. Las gentes de piel oscura con quienes yo estaba viviendo se habían trasladado allí desde un sitio más al sur, y algunos Campamentos vecinos no querían compartir los terrenos de caza. Las costumbres eran diferentes. Estuve a punto de convencerles para que se reunieran a discutirlo, pero algunos jóvenes acalorados de ambos bandos prefirieron pelear. Una muerte llevó a otra por venganza y, más adelante, a atacar los Campamentos.

»Establecimos buenas defensas, pero ellos eran más. Aquello se prolongó y ellos nos seguían matando, uno tras otro. Al cabo de un tiempo, la presencia de una persona de piel más clara que la suya comenzó a provocar miedo y odio. Aunque yo me consideraba uno de ellos, comenzaron a desconfiar de mí y hasta de Ranec. Su piel era más clara que la de los demás y sus facciones tenían una configuración distinta. Hablé con la madre de Ranec y decidimos partir. Fue una triste despedida, pues dejábamos a la familia y a muchos amigos, pero no estábamos seguros allí. Algunos de los más fanáticos trataron de impedir que nos fuéramos, pero, con la ayuda de otros, escapamos en medio de la noche.

»Viajamos hacia el norte, hasta los estrechos. Yo sabía que allí vivían personas capaces de construir pequeños botes, que utilizaban para cruzar las aguas abiertas. Nos habían advertido que la temporada no era la adecuada y que, aun con las mejores condiciones, la travesía era difícil. Pero me pareció que debíamos escapar y decidí correr el riesgo. Fue una decisión equivocada.

La voz de Wymez prosiguió, tensa y dominada:

—El bote volcó. Sólo Ranec y yo logramos cruzar, con un hatillo de pertenencias

de su madre —hizo una pausa antes de continuar con la historia—. Aún estábamos lejos de casa y nos llevó tiempo, pero por fin llegamos durante una Reunión de Verano.

—¿Cuánto tiempo estuviste lejos? —preguntó Jondalar.

—Diez años —dijo Wymez, y sonrió—. Provocamos un verdadero alboroto. Nadie esperaba volver a verme, mucho menos con Ranec. Nezzie ni siquiera me reconoció, pero mi hermana era sólo una niña cuando partí. Ella y Talut acababan de celebrar sus Nupcias y estaban instalando el Campamento del León, con Tulie, sus dos compañeros y sus hijos. Me invitaron a unirme a ellos. Nezzie adoptó a Ranec, aunque todavía es el hijo de mi hogar, y le cuidó como si fuera suyo, aun después de nacer Danug.

Cuando dejó de hablar, tardaron un momento en comprender que había terminado. Todos querían oír más. Aunque casi todos habían escuchado muchas de sus aventuras, él siempre parecía tener nuevos relatos o giros nuevos para los antiguos.

—Creo que Nezzie sería la madre de todos, si pudiera —dijo Tulie, recordando la época de su retorno—. Por entonces yo amamantaba a Deegie y Nezzie no se cansaba de jugar con ella.

—¡Por mí hace más que servirme de madre! —dijo Talut, con una sonrisa juguetona, dando unas palmadas en el amplio trasero de su mujer. Había traído otra bolsa de aquella fuerte bebida y la pasó, después de tomar un trago.

—¡Talut! ¡Haré más que servirte de madre, ya lo creo! —replicó ella, tratando de fingirse enojada, aunque conteniendo la risa.

—¿Prometido? —replicó él.

—Ya sabes lo que he querido decir, Talut —añadió Tulie, haciendo caso omiso de las obvias insinuaciones de la pareja—. Ni siquiera pudo dejar morir a Rydag. Es tan enfermizo que habría sido mejor para él.

La vista de Ayla se desvió hacia el niño. El comentario de Tulie le había afligido. Aquellas palabras no habían tenido intención de herir, pero Ayla comprendió que al niño no le gustaba que hablaran como si él no estuviera presente. Y tampoco podía hacer nada por evitarlo. No podía expresar a Tulie sus sentimientos; ella, sin mala intención, suponía que, por el hecho de que el niño no pudiera hablar, tampoco podía entender.

Ayla quería preguntar también por la historia de aquella criatura, pero le pareció un atrevimiento. Jondalar lo hizo en su lugar, aunque también era para satisfacer su propia curiosidad.

—Nezzie, ¿por qué no nos hablas de Rydag? Creo que a Ayla le interesaría de un modo especial, y también a mí.

Nezzie se inclinó para tomar al niño del regazo de Latie y sentarle en el suyo, mientras ordenaba sus pensamientos.

—Habíamos salido a cazar megaceros, ese venado gigantesco de grandes astas —

comenzó—, y planeábamos construir un cercado para encerrarlos, pues ésa es la mejor forma de cazarlos. Cuando descubrí que aquella mujer estaba escondida cerca de nuestro campamento de caza, me pareció extraño. Pocas veces se ve a las mujeres de los cabezas chatas, y nunca solas.

Ayla escuchaba atentamente.

—Tampoco huyó al ver que la miraba, aunque sí cuando traté de acercarme. Entonces vi que estaba embarazada. Como se me ocurrió que podía estar hambrienta, dejé algunos alimentos cerca de su escondrijo. Por la mañana habían desaparecido; en vista de ello, dejé algunos más antes de que levantáramos el campamento.

»Al día siguiente me pareció verla varias veces, pero no estaba segura. Por fin, aquella noche, mientras estaba amamantando a Rugie junto al fuego, la vi de nuevo. Me levanté para tratar de acercarme. Ella volvió a huir, pero se movía como si sufriera y comprendí que se hallaba con los dolores de parto. No supe qué hacer. Quería ayudarla, pero ella seguía corriendo y comenzaba a oscurecer. Se lo dije a Talut, y él reunió a algunas personas para buscarla.

—Eso también fue extraño —dijo Talut, interviniendo en el relato de Nezzie—. Yo creía que iba a ser preciso rodearla, pero cuando le grité que se detuviera, se limitó a sentarse en el suelo, esperando. No parecía tenerme demasiado miedo; cuando le hice señas para que se acercara, se puso en pie y me siguió, como si supiera lo que debía hacer y comprendiera que yo no iba a hacerle daño.

—No sé siquiera cómo podía caminar, sufría tanto… —continuó Nezzie—. Comprendió enseguida que yo deseaba ayudarla, pero no sé si pude prestarle mucha ayuda. Ni siquiera era seguro que viviera lo suficiente para dar a luz. Pero no dio un solo grito. Por fin, cerca del amanecer, nació su hijo. Me sorprendió ver que era de espíritus mezclados. Aun siendo tan pequeño, se veía que era diferente.

»La mujer estaba tan débil que, para infundirle deseos de vivir, le enseñé a su hijo para que viera que estaba vivo. Parecía ansiosa por verlo, pero creo que estaba casi muerta; quizá perdió mucha sangre. Era como si se diera por vencida. Murió antes de que saliera el sol.

»Todo el mundo me dijo que dejara al niño para que muriese con su madre, pero yo estaba amamantando a Rugie y tenía mucha leche. No me costaba gran cosa darle el pecho también a él —le abrazó protectoramente—. Sé que es débil. Tal vez debí dejarle, pero no amaría más a Rydag si fuera mío. Y no lamento habérmelo quedado.

Rydag miró a Nezzie con sus grandes ojos pardos, relucientes; luego le rodeó el cuello con los bracitos flacos, apoyando la cabeza en su pecho. Nezzie le abrazó y le meció.

—Algunos dicen que es un animal porque no puede hablar, pero yo sé que lo entiende todo. Y no es tampoco una «abominación» —agregó, mirando a Frebec con enfado—. Sólo la Madre sabe por qué los espíritus que le hicieron fueron mezclados.

Ayla luchaba por contener las lágrimas. No sabía cómo reaccionaría el grupo ante las lágrimas; sus ojos acuosos siempre habían molestado a la gente del Clan. Al

contemplar a la mujer con el niño la abrumaron los recuerdos. Se moría por abrazar a su hijo y lloraba otra vez por Iza, que le había servido de madre, aunque ella era tan diferente del Clan como Rydag del Campamento del León. Sobre todo, habría querido explicar a Nezzie lo conmovida y agradecida que estaba, en nombre de Rydag… y en el suyo propio. Inexplicablemente, sintió que hacer algo por Nezzie sería un modo de pagar su deuda con Iza.

—Nezzie sabe —dijo con suavidad—. Él no es animal, no cabeza chata. Es hijo del Clan e hijo de Otros.

—Ya sé que no es un animal, Ayla —dijo Nezzie—, pero ¿qué es el Clan?

—Gente, como madre de Rydag. Vosotros decir cabezas chatas, ellos dicen Clan —explicó Ayla.

—¿Cómo que ellos dicen Clan? —intervino Tulie—. ¡Si no saben hablar!

—No dicen muchas palabras. Pero hablan. Hablan con manos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Frebec—. ¿De dónde sacaste tanta sabiduría?

Jondalar aspiró hondo y contuvo el aliento, esperando la respuesta.

—Yo vivía con Clan antes. Yo hablaba como Clan. No con palabras. Hasta que Jondalar vino. El Clan es mi Pueblo.

Hubo un silencio estupefacto al quedar en claro el sentido de sus palabras.

—¡O sea que has vivido con los cabezas chatas! ¡Has vivido con esos animales inmundos! —exclamó Frebec, disgustado, levantándose de un salto para retroceder —. No me extraña que no sepa hablar como corresponde. Si vivió con ellos es tan mala gente como esa gente. ¡Animales, nada más, todos ellos! Incluida esa perversión mezclada que vive contigo, Nezzie.

El Campamento se alborotó. Incluso en el supuesto de que alguien hubiera estado de acuerdo con él, Frebec había llegado demasiado lejos. Acababa de faltar a la cortesía debida a los visitantes y hasta había insultado a la compañera del jefe. Bien es cierto que para él había sido siempre una vergüenza pertenecer al Campamento que había aceptado la «abominación de espíritus mezclados»; además, todavía le escocían las pullas que lanzó la madre de Fralie en la última pelea. Necesitaba descargar en alguien su irritación.

Talut rugió en defensa de Nezzie y de Ayla. Tulie, por su parte, se apresuró a defender el honor del Campamento. Crozie, sonriendo con malicia, arengaba a su yerno y regañaba a Fralie, mientras los otros expresaban sus opiniones en voz alta. Ayla paseó la mirada por todos ellos; habría querido taparse los oídos con las manos para no oír tanto alboroto.

De pronto, Talut alzó su vozarrón pidiendo silencio. Fue un bramido tan potente que todo el mundo calló, sorprendido. Entonces se oyó el tambor de Mamut, con un efecto tranquilizador, sedante.

—Antes de que se diga nada más —dijo Talut al callar el tambor—, deberíamos escuchar a Ayla.

Los concurrentes se inclinaron hacia delante, dispuestos a escuchar con avidez

para saber más cosas sobre aquella misteriosa visitante. Ayla no estaba segura de querer seguir hablando para aquella gente ruidosa y grosera, pero no vio otra alternativa. Por fin, alzó un poco el mentón. «Si queréis saber, os lo diré», pensó. Pero estaba decidida a marcharse por la mañana.

—Yo no…, yo no recuerdo vida joven —comenzó—. Sólo terremoto y león cavernario, que hacer cicatrices en mi pierna. Iza cuenta que me encuentra junto al río… ¿Cómo dice, Mamut? ¿No despierta?

—Desmayada.

—Iza me encontró junto a río desmayada. Más o menos edad de Rydag. Menos. Cinco años, tal vez. Herida pierna por león cavernario. Iza es… curandera. Cura mi pierna. Creb…, Creb es Mog-ur, como Mamut, hombre santo…, conoce mundo de Espíritus. Creb enseña hablar como Clan. Iza y Creb…, todo el Clan… me cuida. Yo no del Clan, pero me cuidan.

Ayla se esforzaba por recordar cuanto Jondalar le había enseñado de aquel idioma. No le había gustado el comentario de Frebec sobre su dificultad para hablar, como tampoco el resto de sus palabras. Miró a Jondalar y notó que tenía la frente arrugada. Sin duda quería que tuviera cuidado con algo. No estaba muy segura acerca del motivo de su preocupación, pero tal vez no fuera necesario mencionarlo todo.

—Me crío con Clan, pero parto… para buscar Otros, como yo. Soy… —se interrumpió para pensar en la palabra de contar correspondiente— catorce años. Iza dice que Otros viven norte. Busco mucho tiempo, no encuentro nadie. Entonces encuentro valle y quedo, preparo invierno. Mato caballo para carne; después veo yegua pequeña, su cría. No tengo pueblo. Yegua pequeña es como bebé, cuido yegua pequeña. Después encuentro león pequeño, herido. Cojo león también, pero él crece, va, busca pareja. Vivo en valle tres años, sola. Después viene Jondalar.

Ayla dejó de hablar. Nadie dijo nada. Su explicación, tan simple, sin adornos, sólo podía ser cierta. Sin embargo, costaba creerla. Planteaba más preguntas de las que respondía. ¿Era posible que ella hubiera sido adoptada y educada por los cabezas chatas? ¿Y que ellos hablaran o, al menos, tuviesen un medio de comunicación? ¿Podían ser tan humanos? Y ella, ¿qué? Si había sido criada por cabezas chatas, ¿era humana?

Durante el silencio que se produjo, Ayla observó a Nezzie y al niño. De pronto, recordó un incidente de sus primeros días en el Clan. Creb había estado enseñándole a comunicarse con gestos de las manos, pero había uno, en especial, que ella había aprendido sola. Era enseñado con frecuencia a los bebés, y lo usaban siempre los niños para dirigirse a las mujeres que les cuidaban. En ese momento recordó lo que Iza había sentido al verle hacer, por primera vez, aquella señal para ella.

Se inclinó hacia delante y dijo a Rydag:

—Quiero mostrar palabra. Palabra dice con manos.

Él se incorporó, reflejándose en sus ojos el interés y el entusiasmo. Había comprendido palabra por palabra, como siempre, y aquella referencia al lenguaje de

las manos le provocaba difusas inquietudes.

Mientras todos observaban, Ayla hizo un gesto, un movimiento determinado con las manos. Rydag intentó imitarla, arrugando el ceño, intrigado. De pronto, desde algún sitio muy profundo dentro de él surgió la comprensión y se reflejó en su rostro. Corrigió su propio ademán, mientras Ayla, sonriente, asentía con la cabeza. Entonces Rydag se volvió hacia Nezzie e hizo otra vez el gesto. La mujer miró a Ayla.

—Dice a Nezzie: «madre» —explicó la muchacha.

—¿Madre? —repitió Nezzie. Y cerró los ojos, parpadeando para contener las lágrimas, mientras estrechaba contra sí a la criatura que había cuidado desde su nacimiento—. ¡Talut! Lo has visto. Rydag acaba de llamarme madre. ¡Nunca creí que algún día Rydag me llamaría madre!

Capítulo 4

En el Campamento reinaba cierto desánimo. Nadie sabía qué decir ni qué pensar. ¿Quiénes eran aquellos desconocidos, tan súbitamente aparecidos entre ellos? El hombre aseguraba proceder de un lugar lejano, al oeste; eso era más fácil de creer que lo dicho por la mujer, quien contaba haber vivido tres años en un valle cercano y, para mayor asombro, con un grupo de cabezas chatas anteriormente. El relato de la mujer amenazaba toda una estructura de cómodas creencias, pero costaba trabajo ponerlo en duda.

Nezzie había llevado a Rydag a la cama, con lágrimas en los ojos, después de su primera palabra expresada mediante gestos. Todo el mundo tomó su actitud como una señal de que la velada había terminado y cada cual se retiró a su hogar. Ayla aprovechó la oportunidad para deslizarse al exterior. Después de ponerse la pelliza, una túnica de piel con capucha, salió de la vivienda.

Whinney, al reconocerla, relinchó suavemente. Ayla avanzó a tientas en la oscuridad, guiándose por los resoplidos de la yegua, hasta dar con ella.

—¿Todo va bien, Whinney? ¿Estás cómoda? ¿Y Corredor? No más que yo probablemente —dijo Ayla, tanto con el pensamiento como con el lenguaje especial que empleaba con los animales.

Whinney sacudió la cabeza, agitando delicadamente los cascos, y apoyó la cabeza en el hombro de la mujer, mientras ella se abrazaba al cuello peludo, con la frente apoyada en la yegua que había sido, durante tanto tiempo, su única compañía. Corredor se acercó también, y los tres se apretujaron, felices por estar juntos, descansando por un instante de las nuevas experiencias.

Tras asegurarse de que los caballos estaban bien, Ayla bajó a la orilla del río. Le hacía bien estar fuera del albergue, lejos de la gente. Aspiró hondo. El aire nocturno era frío y seco. Cuando echó hacia atrás la capucha de piel, estirando el cuello, la cabellera le chisporroteó a causa de la carga estática.

La luna nueva, rehuyendo al gran compañero que la mantenía atada, había vuelto su ojo brillante hacia las distantes profundidades, cuyas luces arremolinadas tentaban con promesas de ilimitada libertad, pero ofrecían sólo el vacío cósmico. Unas leves nubes altas cubrían las estrellas más débiles, pero sólo conseguían velar a las más decididas, haciendo que el cielo, negro como el hollín, pareciera suave y cercano.

Ayla se encontraba inmersa en un torbellino de emociones contradictorias. Aquéllos eran los Otros que tanto había buscado, los de su raza de nacimiento. Sin duda debería haberse criado entre gente así, sintiéndose cómoda y a gusto, de no ser por el terremoto. En lugar de ello, fue criada por el Clan. Conocía las costumbres del Clan; en cambio, las de su propio pueblo le eran extrañas. Sin embargo, de no haber sido por el Clan, ni siquiera habría llegado a adulta. No podía volver con ellos, pero tampoco tenía la sensación de estar allí en su casa.

Aquellas personas eran demasiado ruidosas y alborotadoras. Iza habría dicho que

no tenían educación. Como aquel tal Frebec, que hablaba cuando no correspondía, sin pedir permiso, y por si fuera poco, todos tenían la fea costumbre de gritar y hacer uso de la palabra al mismo tiempo… Talut era el jefe, pero hasta él debía gritar para hacerse oír. Brun nunca había tenido que gritar; sólo alzaba la voz para advertir a alguien de un peligro inminente. Todo el mundo, en el Clan, se mantenía más o menos a la vista del jefe, de tal modo que, a la menor señal y en cuestión de segundos, se le podía prestar una atención total.

La forma en que aquella gente hablaba de los del Clan, tratándolos de cabezas chatas y de animales, tampoco agradaba a Ayla. ¿No se daban cuenta de que también eran personas? Un poco diferentes, quizá, pero personas de todos modos. Nezzie lo sabía. A pesar de lo que dijeran los demás, ella había reconocido a la madre de Rydag como a una mujer, y al niño recién nacido como a un bebé. «Es mezclado, como mi hijo», pensó Ayla, «y como la niña de Oda en la Reunión del Clan». ¿Cómo pudo la madre de Rydag tener un niño de espíritus mezclados?

«¡Espíritus! ¿Son realmente los espíritus los que hacen a los bebés? ¿Es cierto que el tótem de un hombre se impone al de la mujer, haciendo crecer una criatura en su seno, como piensa el Clan? ¿O es acaso la Gran Madre quien elige y combina los espíritus de un hombre y una mujer, poniéndolos dentro de ella, como piensan Jondalar y este otro pueblo? ¿Por qué sólo yo pienso que es el hombre y no un espíritu el que inicia el crecimiento del bebé en el interior de la mujer? El hombre, que lo hace con su órgano…, con su virilidad, como lo llama Jondalar. ¿Por qué, si no, se unen hombres y mujeres como lo hacen?

»Cuando Iza me habló de la medicina, dijo que fortalecía su tótem y que eso había evitado durante muchos años que tuviera bebés. Tal vez fuera así, pero cuando yo vivía sola no la tomaba y no hubo ningún bebé que empezara en mí. Sólo cuando llegó Jondalar se me ocurrió buscar esa planta de hilos dorados y la raíz de salvia de antílope…

»Cuando Jondalar me demostró que no siempre dolía… cuando me enseñó lo maravilloso que podía ser estar juntos para el hombre y para la mujer… ¿Qué pasaría si yo dejara de tomar la medicina secreta de Iza? ¿Tendría un bebé? ¿Tendría un bebé de Jondalar si él metiera su virilidad allí, en el sitio por donde vienen los bebés?».

La idea provocó un cálido rubor en su cara y un cosquilleo en sus pezones. «Hoy ya es demasiado tarde», pensó. «Esta mañana he tomado la medicina, pero si mañana preparo sólo una infusión corriente…, ¿podría empezar a crecer el bebé de Jondalar? Pero no hay por qué esperar. Podríamos intentarlo esta noche…».

Sonrió para sus adentros. «Sólo quieres que te toque, que ponga la boca sobre la tuya y en…». Se estremeció anticipadamente, cerrando los ojos para que su cuerpo recordara las sensaciones que él sabía provocar.

—¿Ayla? —Una voz masculina estalló a su lado.

El sonido la hizo dar un respingo. No había oído los pasos de Jondalar, y el tono empleado por él no armonizaba con sus sentimientos. Apagó su ardor. Algo le tenía

preocupado desde el momento mismo de la llegada y a Ayla le gustaría saber lo que era.

—Sí.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó bruscamente él.

¿Qué estaba haciendo realmente?

—Disfrutar de la noche, respirar y pensar en ti —respondió, con la explicación más completa que logró formular.

No era la contestación que Jondalar esperaba, aunque no sabía con certeza qué clase de respuesta esperaba. Había estado tratando de luchar contra el enfado y la ansiedad que le revolvían el estómago cada vez que aparecía el hombre de piel oscura. Ayla parecía encontrarle muy interesante y Ranec no se recataba de mirarla. Jondalar, esforzándose por reprimir su enfado, se dijo que era ridículo atribuirle otras intenciones. Ella necesitaba otros amigos. Él había sido el primero, pero no por eso debía ser el único que ella deseara conocer.

Sin embargo, al oírla preguntar por la historia de Ranec, Jondalar enrojeció de ira, estremeciéndose de pánico al mismo tiempo. ¿Qué necesidad tenía ella de preguntar por aquel fascinante extranjero si no le interesaba? El hombre alto tuvo que refrenar el impulso de llevársela de allí, molesto por haber experimentado semejante sensación. Ella tenía derecho a elegir a sus amigos, y sólo eran eso: amigos. No habían hecho más que conversar y mirarse.

Al verla salir a solas, seguida por los ojos oscuros de Ranec, Jondalar se apresuró a ponerse la pelliza para salir tras ella. La vio de pie junto al río y, por alguna razón que no habría podido explicar, tuvo la seguridad de que estaba pensando en Ranec. Por eso su respuesta le cogió por sorpresa. Luego se distendió con una sonrisa.

—Debería haber sabido que, si preguntaba, recibiría una respuesta completa y sincera. Respirar y disfrutar de la noche… Eres maravillosa, Ayla.

Ella le devolvió la sonrisa. No estaba segura de lo que había hecho, pero, en cualquier caso, el hombre la sonreía y su voz revelaba que estaba contento. Los cálidos pensamientos que la habían asaltado minutos antes renacieron en ella; avanzó entonces hacia él. Aun en medio de la noche oscura, donde las estrellas apenas alumbraban lo suficiente para distinguir un rostro, Jondalar percibió su estado de ánimo por el modo de moverse. Y respondió de igual modo. Un momento después ella estaba en sus brazos, buscando su boca, y todas las preocupaciones desaparecieron. Ayla comprendió que iría a cualquier parte, viviría con cualquier pueblo, aprendería todas las costumbres extrañas, siempre que estuviera junto a Jondalar.

Al cabo de un rato levantó la vista.

—¿Recuerdas cuando te pregunté cuál era tu señal? ¿Cómo debía decírtelo cuando deseaba que me tocaras y quisiera tu virilidad en mí?

—Sí, lo recuerdo —respondió él, sonriendo divertido.

—Dijiste que te besara o que lo pidiese, simplemente. Te lo estoy pidiendo.

¿Puedes preparar tu virilidad?

Era tan seria, tan ingenua y tan atractiva… Jondalar se inclinó para besarla otra vez, estrechándola tanto que ella casi pudo ver el azul de sus ojos y el amor que reflejaban.

—Ayla, mi extraña y bella mujer —dijo—, ¿sabes cuánto te amo?

Pero mientras la abrazaba sintió una punzada de culpabilidad. Si tanto la amaba, ¿por qué se sentía avergonzado de lo que ella hacía? Cuando aquel Frebec se apartó de ella, asqueado, creyó morirse de vergüenza por haberla llevado al Campamento, por ser su compañero. Un momento después se odiaba por ello. La amaba. ¿Cómo iba a avergonzarse de la mujer a la que amaba?

Ranec, el hombre oscuro, no se avergonzaba. De qué modo la miraba, con sus dientes blancos y sus ojos chispeantes, riendo, bromeando, instándola. Al pensar en ello, Jondalar tenía que contener el impulso de golpearle. Cada vez que lo recordaba se renovaba el impulso. La amaba tanto que no soportaba tan siquiera la posibilidad de que ella pudiera desear a otro, quizá a alguien que no se avergonzara de ella. La amaba como nunca había creído que fuera posible amar. Pero ¿cómo podía avergonzarse de la mujer a quien amaba?

Jondalar volvió a besarla con más fuerza, estrechándola hasta hacerle daño. Luego, con un ardor casi frenético, la besó en el cuello.

—¿Sabes lo que se siente cuando nunca se ha amado a una mujer y se sabe, por fin, que es posible enamorarse? Ayla, ¿no sientes lo mucho que te amo?

Era tan sincero y ferviente que Ayla experimentó una punzada de miedo, no por sí misma, sino por él. Le amaba más de lo que habría podido expresar, pero el amor que él sentía por ella no era lo mismo. No porque fuera más fuerte, sino porque era más insistente, más lleno de exigencia. Como si él temiera perder lo que, por fin, había conseguido. El tótem de cada uno, sobre todo si era poderoso, tendía a saber y a poner a prueba tales miedos. Ella buscó la manera de desviar aquel torrente de fuertes emociones.

—Noto que estás bien preparado —dijo sonriente.

Pero él no respondió con una actitud más frívola, como ella esperaba. Por el contrario, volvió a besarla con fiereza, ciñéndola hasta hacerle temer por sus costillas. Un momento después hurgaba por debajo de la pelliza, buscándole los pechos mientras intentaba desatar el cordón de sus pantalones.

Ella no le había conocido nunca así, tan necesitado, tan ansioso, tan implorante en sus anhelos. Solía mostrarse más tierno, más considerado para con los requerimientos femeninos. Conocía el cuerpo de Ayla mejor que ella misma y disfrutaba con su propia habilidad. Pero aquella vez sus impulsos eran más poderosos. Ella, reconociendo la situación, se entregó a él, perdiéndose en aquella fuerte expresión de amor. Estaba tan dispuesta como él. Dejó caer la prenda que le cubría las piernas y le ayudó a hacer otro tanto.

Sin apenas darse cuenta se encontró tendida de espaldas, en el duro suelo de la

ribera. Antes de cerrar los ojos tuvo una vaga visión de estrellas borrosas. Jondalar estaba encima de ella, besándola ansiosamente. Su lengua horadaba, exploraba como si esperara encontrar así lo que tan ardientemente buscaba su miembro rígido. Se abrió a él, guiándole hacia sus profundidades húmedas e invitantes.

Incluso en su frenesí, él se maravilló de lo perfectamente que coincidían sus cuerpos. Por un momento se esforzó en contenerse, trató de ejercer sobre sí el dominio al que estaba acostumbrado, pero al fin se dejó ir. Cuando sintió la cumbre de lo maravilloso, con un inexpresable estremecimiento, gritó el nombre de ella.

—¡Ayla! Oh, Ayla mía, ¡te amo!

—Jondalar, Jondalar…

Él ejecutó unos pocos movimientos más y, con un gemido, sepultó la cara en el cuello de la mujer, inmóvil, cansado. Ayla sintió que una piedra se le clavaba en la espalda, pero no le prestó atención.

Al cabo de un rato él se incorporó para mirarla, frunciendo el ceño a causa de la preocupación que le embargaba.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué?

—Ha sido demasiado rápido. No te he preparado, no te he dado Placeres.

—Ya estaba dispuesta, Jondalar, y tuve Placeres. ¿Acaso no te lo había pedido? Tu Placer me da Placer. Me da Placer tu amor.

—Pero no lo sentiste al mismo tiempo que yo.

—No lo necesitaba. Tuve sentimientos diferentes, Placeres diferentes. ¿Es siempre necesario?

—No, supongo que no —reconoció él, frunciendo el ceño. Luego volvió a besarla, lentamente—. Además, la noche no ha terminado. Vamos, levántate, que hace frío. Busquemos una cama abrigada. Deegie y Branag ya han cerrado sus cortinas. No volverán a verse hasta el verano próximo y se sienten ávidos de Placeres.

Ayla sonrió.

—Pero no tanto como lo estabas tú —aunque no podía verle, le pareció que él se ruborizaba—. Te amo, Jondalar. Amo todo lo que haces. Hasta tu ansioso… —sacudió la cabeza—. No, eso no está bien, no es la palabra.

—Lo que quieres decir es «ansia», me parece.

—Amo hasta tus ansias. Sí, eso. Al menos conozco tus palabras mejor que las Mamutoi —hizo una pausa—. Frebec dijo que yo no hablaba bien. ¿Alguna vez aprenderé a hablar bien, Jondalar?

—Tampoco yo hablo el mamutoi muy bien. No es el idioma con el que crecí. Pero Frebec sólo busca pendencias —dijo Jondalar, mientras la ayudaba a levantarse—. ¿Por qué será que en todas las cuevas, en todos los campamentos, en todos los grupos hay siempre un camorrista? No le prestes atención: nadie se la presta. Hablas muy bien; me asombra tu facilidad para aprender idiomas. Antes de que pase mucho tiempo hablarás el mamutoi mejor que yo.

—Tengo que aprender a hablar con palabras. Ahora tengo otra cosa —dijo ella, con suavidad—. No conozco a nadie que hable el lenguaje con el que crecí.

Y cerró los ojos por un momento, asaltada por una sensación de vacío. La rechazó y empezó a ponerse los pantalones. De pronto se detuvo y volvió a quitárselos.

—Espera. Hace mucho tiempo, cuando me hice mujer, Iza me dijo todo lo que una mujer del Clan necesita saber sobre los hombres y las mujeres, aunque parecía difícil que yo encontrara compañero y me hiciese falta saberlo. Los Otros pueden no pensar igual; ni siquiera las señales de los hombres y mujeres son las mismas. Pero voy a pasar una primera noche en un sitio de los Otros y siento que debo purificarme después de nuestros Placeres.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a lavarme en el río.

—¡Hace frío, Ayla! Y está oscuro. Podría ser peligroso.

—No iré lejos, sólo aquí, en la orilla.

Dejó caer la pelliza y se quitó por la cabeza la túnica interior.

El agua estaba fría. Jondalar la observaba desde la orilla, mojándose sólo lo suficiente para apreciar lo helada que estaba. La idea de Ayla le hizo recordar los actos purificadores de los Primeros Ritos, y decidió que tampoco le vendría mal un poco de limpieza. Cuando ella salió estaba temblando. La envolvió en sus brazos para calentarla, secándola con la piel de bisonte de su propia pelliza; después la ayudó a ponerse la ropa.

Ayla, vivificada, estremecida y fresca, caminó con él hacia el albergue. Cuando entraron, casi todos se estaban acomodando para dormir. Los fuegos habían quedado reducidos a brasas y las voces eran suaves. El primer hogar estaba vacío, aunque todavía quedaban restos del asado. Mientras recorrían silenciosamente el pasillo central, Nezzie salió y les paró.

—Sólo quería darte las gracias, Ayla —dijo, echando un vistazo a una de las camas alineadas contra la pared.

Ayla siguió la dirección de su mirada y vio tres formas pequeñas en una cama grande. Latie y Rugie la compartían con Rydag. Danug ocupaba otra. Talut, estirado en toda su estatura, se incorporó sobre un codo, esperando a Nezzie en la tercera. Ayla le devolvió la sonrisa, sin saber cuál era la respuesta adecuada.

Mientras Nezzie trepaba a la cama, junto al gigantesco pelirrojo, Jondalar y su compañera trataron de seguir su camino silenciosamente, para no molestar a nadie, pero Ayla notó que alguien la observaba y miró hacia la pared. Dos ojos brillantes y una sonrisa les contemplaban desde la cavidad oscura. Ella sintió que los hombros de Jondalar se tensaban y se apresuró a apartar la vista. Creyó oír una risa sofocada, pero pensó que podían ser ronquidos provenientes de la cama opuesta.

En el cuarto hogar, una de las camas estaba oculta tras una pesada cortina de cuero que la separaba del pasillo, aunque detrás se percibían ruidos y movimientos. Ayla se fijó en que casi todas las camas de la casa larga tenían cortinas similares

atadas a las vigas, hechas con huesos de mamut, o a los postes laterales, aunque no todas estaban corridas. La cama de Mamut, en la pared opuesta a la de ellos, estaba abierta. Aunque el anciano se había tendido allí, Ayla adivinó que no dormía.

Jondalar encendió una astilla con una brasa del hogar y, protegiéndola con la mano, se acercó a un nicho abierto sobre la plataforma donde dormirían. Allí había una piedra gruesa y bastante plana, con una depresión en forma de platillo, medio llena de grasa. Encendió una mecha de juncos retorcidos para iluminar la pequeña estatuilla de la Madre, instalada tras la lámpara de piedra. Luego desató los cordones que sostenían la cortina subida y, en cuanto ésta cayó, llamó a Ayla por señas.

Ella subió a la plataforma, donde se amontonaban las pieles suaves. Sentada en medio, oculta por la cortina y a la luz de la llama parpadeante, se sentía protegida y en la intimidad, como si aquel rincón fuera sólo para ambos. Recordó la pequeña cueva que había encontrado cuando era niña, adonde solía ir cuando deseaba estar sola.

—Son muy inteligentes, Jondalar. A mí no se me habría ocurrido una cosa así.

Jondalar se tendió junto a ella, complacido por su admiración.

—¿Te gusta la cortina cerrada?

—Oh, sí. Hace que una se sienta sola, aun sabiéndose rodeada de gente. Sí, me gusta —su sonrisa era radiante.

Él hizo que se acostara a su lado y la besó ligeramente.

—Qué hermosa eres cuando sonríes, Ayla.

Ella le miró a la cara, encendida de amor; miró sus ojos irresistibles, violáceos a la luz del fuego, y su pelo amarillo, largo, desordenado sobre las pieles; su mentón fuerte y su frente alta, tan distintos de la mandíbula plana y la frente aplastada de los hombres del Clan.

—¿Por qué te afeitas la barba? —preguntó, pasándole los dedos por el mentón.

—No sé. Estoy habituado. En verano es más fresco y pica menos. Pero suelo dejarla crecer en el invierno. Mantiene la cara caliente cuando uno está a la intemperie. ¿No te gusta afeitada?

Ella arrugó el ceño, desconcertada.

—No me corresponde a mí decirlo. La barba es cosa del hombre, puede cortársela o no, como guste. Sólo te lo he preguntado porque nunca antes había visto a un hombre con la barba rasurada. ¿Por qué preguntas si me gusta o no?

—Porque quiero complacerte. Si te gusta la barba, la dejaré crecer.

—No importa. Tu barba no tiene importancia. Tú sí. Me das place…, Placeres…, me complaces —se corrigió.

Él sonrió a la vista de sus esfuerzos.

—También a mí me gustaría darte Placeres.

La atrajo hacia sí y volvió a besarla. Ella se acurrucó a su lado. Jondalar se incorporó para mirarla.

—Como la primera vez —dijo—. Hasta con una donii que nos custodia.

Y levantó la vista hacia la hornacina, donde el fuego iluminaba la talla en marfil de la maternal figura.

—Es la primera vez… en un sitio de los Otros —dijo ella, cerrando los ojos, llena de expectativa y solemnidad.

Él tomó su cara entre las manos para besarla en los párpados. Después la contempló unos instantes; sin duda era la mujer más hermosa de cuantas había conocido. Había en ella algo exótico; sus pómulos eran más altos que los de las mujeres zelandonii; sus ojos, más espaciados, enmarcados por tupidas pestañas, más oscuras que la espléndida cabellera, del color del pasto en otoño. Su mandíbula era firme, con el mentón levemente afilado.

En el hueco de su garganta tenía una leve cicatriz. Depositó allí un beso que la hizo estremecerse de placer. Se irguió un poco y la contempló de nuevo antes de besarla en la punta de la nariz recta, en las comisuras de aquella boca de labios carnosos en los que se dibujaba un amago de sonrisa.

La sentía absolutamente tensa. Como un pájaro, inmóvil pero vibrante, tenía los párpados cerrados y permanecía expectante sin moverse. Él la miraba mientras saboreaba el momento. Finalmente aplicó los labios a su boca, solicitó la entrada y se sintió bien recibido. Esta vez no había empleado la fuerza, sino sólo la ternura.

Vio que abría los ojos, que le sonreía. Se desprendió de su túnica y ayudó a Ayla a que se quitara la suya. Delicadamente la empujó hacia atrás y empezó a acariciarla con los labios, comenzando por la punta de sus senos. Ella ahogó un grito y se preguntó cómo la boca de Jondalar podía despertar semejantes sensaciones en determinados puntos de su cuerpo que él no había tocado aún.

Al poco su respiración se hizo entrecortada. Gemía de placer mientras él la acariciaba por todo el cuerpo. Empezó a experimentar escalofríos cada vez más violentos. Jondalar desató la cinta que sujetaba sus polainas mientras sus labios y su lengua se aventuraban cada vez más lejos; sintió cómo vibraba su cuerpo. Cuando se detuvo en su avance, ella dejó escapar un ligero grito de decepción.

Jondalar, a su vez, se despojó de sus polainas, circunstancia que aprovechó ella para acariciarle. No podía dejar de sorprenderse al verla tan familiarizada con su virilidad, mientras que tantas otras mujeres se habían asustado. Al mismo tiempo se sentía feliz de poder controlarse.

—Ayla, esta vez quiero darte Placeres —dijo, apartándola un poco.

Ella le miró con ojos dilatados, oscuros y luminosos. Apartó la cabeza. Él la obligó a echarse sobre las pieles y volvió a besarla en los labios, en la garganta, en los senos…, después más abajo, cada vez más abajo… Todo su cuerpo se estremeció, se levantó un poco y lanzó un grito. A Jondalar le encantaba complacerla, sentir el modo como ella respondía a su habilidad. Era como elaborar una delgada lámina partiendo de un bloque de sílex. Le causaba un júbilo especial saber que había sido el primero en darle Placeres. Ayla sólo había conocido la violencia y el dolor hasta que él despertara en ella el Don del Placer, que la Gran Madre Tierra había dado a Sus hijos.

La exploró tiernamente con la lengua, con los labios. Comenzó a moverse contra él, con gritos, con movimientos convulsivos de la cadera, hasta que él comprobó que estaba dispuesta. Se tendió hacia él.

—Jondalar…, ah…, Jondalar…

Ayla estaba fuera de sí; para ella no existía nada en el mundo más que Jondalar. Ella le deseaba, le guiaba, ansiaba sentirse penetrada…

Cuando estuvo dentro de ella, le hubiera gustado prolongar aquel momento, pero cada uno de sus movimientos les llevaba al borde del paroxismo. Sus cuerpos relucían de sudor a la luz vacilante de la lámpara. El ritmo de vida se precipitaba. Un espasmo incontrolado, casi inesperado, les condujo al orgasmo. Durante un instante se quedaron como suspendidos, como si intentasen convertirse en un solo cuerpo, antes de derrumbarse, exhaustos.

Se quedaron inmóviles, tratando de recuperar el aliento. La lámpara vaciló y la llama volvió a avivarse antes de apagarse. Al cabo de un rato, Jondalar se tendió junto a ella, en un estado de duermevela, entre el sueño y la vigilia. Pero Ayla aún estaba bien despierta, con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando, por primera vez en años, los ruidos de la gente a su alrededor.

De una cama cercana llegaba un murmullo de voces bajas: un hombre y una mujer. Algo más allá, se alzaba la fuerte respiración del chamán dormido. En el hogar vecino roncaba un hombre. En el primero sonaban los inconfundibles gruñidos rítmicos de Talut y Nezzie al compartir los Placeres. Un bebé lloró; alguien murmuró frases consoladoras hasta que el llanto cesó de pronto. Ayla sonrió; sin duda le habían acallado dándole el pecho. Más lejos hubo un estallido de voces coléricas, inmediatamente silenciadas. Más lejos aún, retumbó una tos seca.

Las noches siempre habían sido lo peor de sus años solitarios en el valle. Durante el día nunca faltaba algo con que mantenerse ocupada, pero por la noche pesaba en ella el vacío desolador de su cueva. Al principio, cuando sólo oía el sonido de su propia respiración, hasta le costaba conciliar el sueño. Con el Clan siempre se estaba con alguien, y el peor castigo era imponer la soledad, el ostracismo, la maldición de muerte.

Ella sabía demasiado bien que era, en verdad, un castigo terrible. Lo supo mejor que nunca en aquel momento, tendida en la oscuridad, oyendo en derredor los ruidos de la vida, con el calor de Jondalar a su lado. Por primera vez desde que conociera a aquella gente, a quien llamaba «los Otros», se sintió en su hogar.

—¿Jondalar? —llamó, suavemente.

—Hummm.

—¿Duermes?

—Todavía no —murmuró él.

—Esta gente es agradable. Tenías razón: necesitaba venir a conocerles.

El cerebro de Jondalar se despejó rápidamente. Había abrigado la esperanza de que, cuando Ayla conociera a su propia gente, cuando ya no le fueran tan

desconocidos, dejaría de tenerles miedo. Hacía muchos años que él estaba lejos del hogar: el Viaje de retorno sería largo y difícil. Ella debía desear acompañarle. Sin embargo, el valle se había convertido en su casa; le ofrecía cuanto necesitaba para vivir, y allí tenía a los animales como sustitutos de la compañía humana. Ayla no quería partir; deseaba, por el contrario, que Jondalar se quedara con ella.

—Ya lo sabía, Ayla —dijo, cálida, persuasivamente—; sabía que bastaría con que les conocieras.

—Nezzie me recuerda a Iza. ¿Cómo crees que quedaría embarazada la madre de Rydag?

—¿Quién sabe por qué la Madre le dio un hijo de espíritus mezclados? La Madre siempre actúa de un modo misterioso.

Ayla guardó silencio durante un rato.

—No creo que la Madre le diera los espíritus mezclados. Creo que conoció a un hombre de los Otros.

Jondalar frunció el ceño.

—Tú piensas que los hombres tienen algo que ver con el principio de la vida, pero ¿cómo es posible que una cabeza chata conociera a uno de los Otros?

—No lo sé. Las mujeres del Clan no viajan solas y se mantienen lejos de los Otros. Los hombres no quieren a los Otros cerca de sus mujeres. Piensan que los bebés empiezan por el espíritu totémico de un hombre y no quieren que el espíritu de un hombre de los Otros se acerque demasiado. Y las mujeres les tienen miedo. Siempre se cuentan historias nuevas, en las reuniones del Clan, acerca de personas que han sido perseguidas o heridas por los Otros, sobre todo las mujeres.

»Pero la madre de Rydag no temía a los Otros. Nezzie dice que les siguió dos días. Y acompañó a Talut cuando él se lo indicó. Cualquier otra mujer del Clan habría huido de él. Probablemente conocía a alguien que la trató bien o, al menos, no la hizo daño, pues no sintió miedo de Talut. Cuando necesitó ayuda, ¿qué la hizo pensar que los Otros podían brindársela?

—Tal vez el hecho de ver a Nezzie amamantando a su hija —sugirió Jondalar.

—Es posible. Pero eso no explica que estuviera sola. Se me ocurre un solo motivo: que fue maldecida y expulsada de su Clan. Las mujeres del Clan rara vez reciben la maldición: no está en ellas provocarla. Tal vez tuvo algo que ver con un hombre de los Otros…

Ayla hizo una pausa antes de agregar, pensativa:

—La madre de Rydag debió de desear mucho a su bebé. Le hizo falta verdadero coraje para acercarse a los Otros, incluso en el caso de que ya conociera a un hombre. Sólo al ver al bebé, creyéndole deforme, se dio por vencida. A los del Clan tampoco les gustan los niños de espíritus mezclados.

—¿Por qué estás tan segura de que conocía a un hombre?

—Porque acudió a los Otros para alumbrar a su bebé; eso significa que no tenía Clan que la ayudara; por algún motivo, pensó que Nezzie y Talut lo harían. Tal vez le

conociera después, pero estoy segura de que un hombre le dio Placeres… o quizá la usó sólo para aliviar sus necesidades. Ella tuvo un niño de espíritus mezclados, Jondalar.

—¿Por qué crees que es el hombre quien inicia la vida?

—Si lo piensas bien te darás cuenta, Jondalar. Mira al muchacho que ha venido hoy, a Danug. Es igual a Talut, sólo que más joven. Creo que Talut le dio vida al compartir Placeres con Nezzie.

—¿Significa eso que tendrá otro hijo sólo porque esta noche han compartido Placeres? —apuntó Jondalar—. Los Placeres se comparten a menudo. Son un Don de la Gran Madre Tierra, y Ella se siente honrada cuando se comparten con frecuencia. Pero las mujeres no tienen un hijo cada vez que comparten su Don. Si un hombre aprecia los Dones de la Madre, Ayla, la honra. Entonces es posible que ella decida tomar su espíritu para mezclarlo con la mujer que él elige por compañera. Si es su espíritu, el niño puede parecerse a él, como Danug o Talut. Pero es la Madre quien decide.

Ayla frunció el ceño en la oscuridad. Aquél era un problema que aún no había resuelto.

—No sé por qué las mujeres no tienen un hijo todas las veces. Tal vez sea preciso compartir los Placeres muchas veces antes de que se inicie un bebé, o sólo en ciertas ocasiones. Tal vez sólo cuando el tótem de un hombre es muy poderoso y derrota al de la mujer. O tal vez sea cierto que la Madre elige, pero Ella elige al hombre y hace más poderosa su virilidad. ¿Podrías decir, con seguridad, cómo elige? ¿Sabes por qué se mezclan los espíritus? ¿No podrían mezclarse dentro de la mujer, cuando comparten Placeres?

—Nunca he entendido de eso —reconoció Jondalar—, pero supongo que puede ser así —ahora tenía el ceño fruncido. Guardó silencio por tanto tiempo que Ayla le creyó dormido, pero, al rato, habló de nuevo—: Ayla, si lo que piensas es cierto, tal vez estemos iniciando un bebé en ti cada vez que compartimos los Dones de la Madre.

—Creo que sí —dijo Ayla, encantada ante la idea.

—¡Entonces no podemos hacerlo más! —exclamó Jondalar, incorporándose de golpe.

—Pero ¿por qué? Quiero un bebé iniciado por ti, Jondalar —la consternación de Ayla era evidente.

Él se volvió para abrazarla.

—Lo mismo quiero yo, pero ahora no. Para volver a mi casa debemos hacer un viaje muy largo. Podríamos tardar un año o más. Sería peligroso que viajaras tan lejos estando embarazada.

—Entonces, ¿por qué no volvemos a mi valle?

Jondalar temía que, si regresaban al valle para que ella tuviera su hijo sin correr riesgos, no viajarían nunca jamás.

—No me parece buena idea, Ayla. No debes estar sola cuando llegue el momento. Yo no sabría ayudarte; necesitas estar con mujeres. Las mujeres pueden morir al dar a luz —dijo, con voz angustiada, pues había visto cómo había ocurrido poco tiempo antes.

Ayla comprendió que era cierto. Ella había estado cerca de la muerte al alumbrar a su hijo; sin Iza no habría sobrevivido. No era el momento adecuado para tener un bebé, aunque fuera de Jondalar.

—Sí, tienes razón —reconoció, presa de una aplastante desilusión—. Puede ser difícil… Me… me gustaría tener alguna mujer cerca.

Jondalar volvió a sumirse en un largo silencio. Luego, con la voz casi quebrada por la ansiedad, dijo:

—Ayla, tal vez…, tal vez no debamos compartir la misma cama si… Pero a la Madre la honra que compartamos su Don.

¿Cómo explicarle sinceramente que no hacía falta dejar de compartir los Placeres? Iza le había advertido que no debía revelar a nadie lo de la medicina secreta, mucho menos a un hombre.

—No creo que haga falta preocuparse —dijo—. No estoy segura de que sea el hombre el origen de los niños. Además, si la Gran Madre lo decide, puede decidirlo en cualquier momento, ¿no?

—Sí, y eso me preocupa. Pero si rehusamos su Don, tal vez se enoje. Quiere que se la honre.

—Si ella lo decide, Jondalar, decidido estará. Si llega el momento, tomaremos una decisión. No quisiera que la ofendieses.

—Sí, tienes razón, Ayla —manifestó él, algo aliviado.

Con una punzada de pena, Ayla decidió seguir tomando la medicina secreta que impedía la concepción. Pero esa noche soñó que tenía bebés, algunos de pelo largo y rubio, otros que se parecían a Rydag y a Durc. Cerca del amanecer tuvo un sueño que cobró otra dimensión, ominosa y espectral.

En ese sueño tenía dos hijos varones, aunque nadie habría podido adivinar que eran hermanos. Uno era alto y rubio, como Jondalar; el otro, el mayor, era Durc; ella lo sabía, aunque su rostro estaba en sombras. Los dos hermanos se aproximaban desde direcciones opuestas, en medio de una pradera desierta, desolada, barrida por el viento. Ella experimentaba una gran ansiedad; iba a pasar algo terrible, algo que ella debía impedir. De pronto, con horror, supo que uno de sus hijos mataría al otro. Mientras ambos se acercaban entre sí, trató de alcanzarles, pero una muralla gruesa, viscosa, la mantenía atrapada. Ya estaban casi frente a frente, con los brazos levantados como para descargar un golpe. Entonces, gritó.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¿Qué te pasa? —preguntó Jondalar, sacudiéndola.

Súbitamente, Mamut apareció ante él.

—Despierta, hija, ¡despierta! —ordenó—. Es sólo un símbolo, un mensaje. ¡Despierta, Ayla!

—¡Pero uno de ellos morirá! —gritó ella, conmocionada aún por el sueño.

—No es lo que piensas, Ayla —dijo Mamut—. Tal vez no signifique que un… hermano… vaya a morir. Debes aprender a buscar en tus sueños el significado real. Tienes el Talento y es muy fuerte, pero te falta adiestrarlo.

La vista de Ayla se despejó, permitiéndole ver dos caras preocupadas ante ella. Eran dos hombres altos: uno, joven y apuesto; el otro, viejo y sabio. Jondalar levantó una astilla encendida del hogar para ayudarla a despertar. Ella se incorporó, ensayando una sonrisa.

—¿Te sientes bien ahora? —preguntó Mamut.

—Sí. Sí. Lamento haberos despertado —dijo Ayla, utilizando la lengua zelandonii, sin recordar que el anciano no la comprendía.

—Más tarde hablaremos —replicó él, con una sonrisa suave, y volvió a acostarse.

Ayla vio que en la otra cama ocupada descendía la cortina. Ella y Jondalar se acomodaron de nuevo. Se sentía algo abochornada por haber provocado semejante conmoción. Se acurrucó junto a Jondalar, con la cabeza apoyada en el hueco del hombro, agradeciendo su calor y su presencia. Ya estaba casi dormida cuando, de pronto, volvió a abrir los ojos.

—Jondalar —preguntó en un susurro—, ¿cómo ha podido saber Mamut que yo soñaba con mis hijos, y que un hermano mataba al otro?

Pero él ya se había dormido.

Capítulo 5

Ayla despertó sobresaltada y permaneció inmóvil, escuchando. Una vez más oyó el agudo gemido. Alguien parecía sufrir mucho. Preocupada, apartó la cortina para echar un vistazo al exterior. Crozie, la anciana del sexto hogar, estaba en pie, con los brazos extendidos en una actitud de suplicante desesperación, calculada para granjearse la conmiseración de su gente.

—¡Me daría una puñalada en el pecho! ¡Me mataría! ¡Volvería a mi propia hija contra mí! —chillaba Crozie, como si la estuvieran matando, con las manos apretadas sobre el seno. Varias personas se pararon a observar—. Le doy mi propia carne, salida de mi propio cuerpo…

—¡Tú no me diste nada! —aulló Frebec—. ¡Yo pagué el Precio Nupcial que pediste por Fralie!

—¡Una miseria! Podría haber obtenido mucho más por ella —le espetó Crozie. Su lamento no fue más sincero que el anterior grito de dolor—. Vino a ti con dos hijos, prueba del favor de la Madre. Tú menoscabaste su valor con tu limosna. Y el valor de sus hijos. Y ahora, ¡mírala! Bendecida otra vez. Te la di por bondad, por la bondad de mi corazón…

—Y porque ninguna otra persona quería hacerse cargo de Crozie, ni siquiera con la doble bendición de tu hija —agregó una voz cercana.

Ayla se volvió para ver quién había hablado. La joven que el día anterior vistiera la bella túnica roja estaba sonriéndole.

—Si habías pensado en dormir hasta tarde, puedes olvidarlo —dijo Deegie—. Hoy empiezan temprano.

—No. Me levanto —dijo Ayla. Miró en derredor. La cama estaba vacía y, exceptuando a las mujeres, no había nadie más—. Jondalar levantó. —Buscó sus ropas y comenzó a vestirse—. Despierto. Creo mujer herida.

—No hay nadie herido. Al menos con heridas a la vista. Pero siento pena por Fralie —dijo Deegie—. Es difícil verse en medio, como ella.

Ayla sacudió la cabeza.

—¿Por qué ellos gritan?

—No sé por qué tienen que pelear sin cesar. Supongo que ambos quieren el favor de Fralie. Crozie se está haciendo vieja y no quiere que Frebec socave su influencia. Pero él es un hombre tozudo. Antes no tenía gran cosa y no quiere perder su nueva posición. En realidad, Fralie le dio mucho valor en el grupo, a pesar de su bajo Precio Nupcial.

Como el interés de la visitante saltaba a la vista, Deegie se sentó en una plataforma-lecho, mientras Ayla se vestía, y siguió contándole.

—De cualquier modo, no creo que ella llegue a hacerle a un lado. Me parece que le tiene cariño, aunque él suele comportarse de un modo horrible. No fue fácil conseguir a otro hombre, a alguien que estuviera dispuesto a cargar con su madre.

Todo el mundo supo a qué atenerse a partir de la primera vez; ningún otro quiso tratar con Crozie. Esa vieja puede gritar cuanto quiera que regaló a su hija, pero fue ella misma quien depreció el valor de Fralie. A mí me disgustaría mucho que entre los dos me amargaran la vida de ese modo. Pero tengo suerte: aunque voy a un Campamento establecido en vez de iniciar uno nuevo con mi hermano, Tulie será bien recibida.

—¿Tu madre va contigo? —preguntó Ayla, desconcertada.

Comprendía que cualquier mujer se uniera al clan de su compañero, pero lo de llevar a su madre era una novedad.

—Me gustaría que lo hiciera, pero no creo que acepte. Creo que prefiere quedarse aquí. Y no se lo reprocho. Es mejor ser la Mujer Que Manda de un Campamento propio que la madre de otra en uno distinto. Pero la voy a echar de menos.

Ayla escuchaba fascinada. No entendía siquiera la mitad de lo que Deegie estaba diciendo; tampoco estaba segura de comprender la otra mitad.

—Triste dejar madre y pueblo —dijo—. ¿Pero tú tienes pareja pronto?

—Oh, sí, el verano próximo. En la Reunión de Verano. Por fin mi madre lo arregló todo. Estableció un Precio Nupcial tan alto que me dio miedo; pensé que nunca podrían pagarlo, pero ellos estuvieron de acuerdo. Lo duro es esperar. ¡Si al menos Branag no tuviera que irse ahora mismo! Pero le esperan. Prometió regresar enseguida…

Las dos jóvenes se dirigieron hacia la entrada de la casa larga, en amistosa compañía; Deegie seguía conversando, Ayla escuchaba con avidez.

La zona de acceso estaba más fresca, pero sólo al retirar la cortina de la arcada frontal y recibir la ráfaga de aire frío se dio cuenta de lo mucho que había bajado la temperatura. El gélido viento le echó la cabellera hacia atrás y agitó el cuero de mamut que cubría la entrada. Durante la noche había caído un ligera nevada. Una súbita brisa, en dirección contraria, levantó los finos copos y los arremolinó, arrojándolos a huecos y depresiones, para levantar otra vez los cristales de hielo y arrojarlos al espacio abierto. Ayla sintió en la cara el escozor de los diminutos fragmentos helados.

Sin embargo, el interior estaba mucho más caldeado que una cueva. Sólo hacía falta la pelliza de piel para salir; si se permanecía dentro no era preciso usar prendas de abrigo adicionales. Oyó que Whinney relinchaba. La yegua y su potrillo, todavía embridado, se habían alejado de la gente y sus actividades hasta donde era posible. Ayla echó a andar hacia ellos, pero antes se volvió para sonreír a Deegie. La joven le devolvió la sonrisa y fue en busca de Branag.

La yegua pareció aliviada ante la proximidad de Ayla y la saludó sacudiendo la cabeza. La mujer retiró la brida a Corredor y caminó con ellos hacia el río, doblando por el meandro. Whinney y Corredor se tranquilizaron al perder de vista el Campamento; después de algunas mutuas muestras de afecto, los caballos se dedicaron a pastar la hierba seca y quebradiza.

Antes de iniciar el regreso, Ayla se detuvo detrás de una mata y desató el cordón

que le ceñía la prenda inferior en la cintura. Pero aún no sabía del todo cómo actuar para que las perneras no se mojaran al orinar. Tenía el mismo problema desde que usaba aquellas ropas. Las había cosido en verano, imitando la que hiciera para Jondalar, copiadas de las que había desgarrado el león. Pero sólo al iniciar aquel Viaje exploratorio comenzó a ponérselas. Al ver a Jondalar tan complacido con su nuevo atuendo, decidió abandonar la cómoda vestimenta de cuero que solían usar las mujeres del Clan. Sin embargo, aún no había descubierto cómo arreglárselas en sus necesidades perentorias y no deseaba consultarlo con Jondalar. ¿Qué podía saber un hombre de lo que hacían las mujeres?

Se quitó los ajustados pantalones, para lo cual tuvo que quitarse también las polainas que envolvían la parte inferior de las perneras; luego se abrió de piernas, agachada del modo habitual. Mientras hacía equilibrios sobre un solo pie para volver a ponerse la prenda, reparó en el manso río y cambió de idea. Se sacó por la cabeza la pelliza y la túnica, se quitó del cuello el amuleto y bajó por el barranco hacia el agua. Debía completar su rito de purificación y siempre le había gustado nadar por la mañana.

Pensaba enjuagarse la boca y lavarse la cara y manos en el río. No conocía los medios utilizados por aquel pueblo para la higiene. Cuando era necesario, si la leña estaba enterrada bajo hielo y escaseaba el combustible, cuando el viento soplaba con fuerza en el interior de la cueva o cuando el agua estaba tan congelada que costaba romperla, aunque sólo fuera para beber, Ayla podía prescindir de lavarse, pero en general prefería estar limpia. Y en el fondo de su mente seguía pensando en el rito, en la ceremonia de purificación después de la primera noche pasada en la cueva (o el albergue) de los Otros.

Contempló el agua. La corriente discurría con celeridad por el canal principal, pero charcos y remansos estaban cubiertos por una transparente película de hielo, que blanqueaba en los bordes. Un saliente del barranco, apenas cubierto de hierba descolorida y marchita, se adentraba en el río, formando un quieto estanque entre dicho lugar y la orilla. En él crecía un abedul solitario, reducido al tamaño de un arbusto.

Ayla caminó hacia el estanque y entró en él, haciendo añicos el perfecto cristal de hielo que lo cubría. El agua fría le provocó un escalofrío; aferrada a una esquelética rama del abedul para sostenerse, se adentró en la corriente. Un rudo golpe de viento helado castigó su piel desnuda, poniéndole la carne de gallina y arrojándole el pelo a la cara. Ayla apretó los dientes castañeteantes y penetró a mayor profundidad. Con el agua casi a la cintura, se salpicó la cara y, por fin, después de otra brusca exclamación provocada por el frío, se sumergió hasta el cuello.

A pesar de sus temblores, estaba habituada al agua fría; pronto sería imposible bañarse. Cuando salió, se quitó el agua del cuerpo con las manos y se vistió con prontitud. Un calor cosquilleante reemplazó al frío entumecedor, en tanto subía la cuesta. Se sentía renovada y llena de vigor, y sonrió al sol cansado que se impuso, por

un momento, al cielo encapotado.

Al aproximarse al Campamento, se detuvo en los límites de una zona pisoteada, cerca del albergue, donde varios grupitos de personas estaban ocupadas en diversas tareas.

Jondalar estaba conversando con Wymez y Danug; no cabían dudas sobre el tema de conversación de los tres tallistas de pedernal. No lejos de ellos, cuatro personas desataban los cordones que sostenían un cuero de venado (ahora suave, flexible, casi blanco) en un armazón rectangular hecho con costillas de mamut, atadas entre sí. A corta distancia, Deegie estiraba vigorosamente un segundo cuero, atado a un armazón similar, castigándolo con la punta redondeada de otra costilla. Ayla sabía que se trabajaba el cuero mientras éste se estaba secando; era un modo de reblandecerlo. Sin embargo, atarlo a armazones como aquéllos, hechos con huesos de mamut, era un método nuevo para ella. Interesada, se fijó en los detalles del proceso.

Cerca del borde exterior, siguiendo los contornos de la piel, se habían practicado una serie de pequeñas ranuras, por las que pasaba un cordón, atado al armazón y tensado para mantener el cuero tirante. El armazón estaba apoyado contra el albergue; se le podía dar la vuelta para trabajar por ambos lados. Deegie estaba apoyada con todo su peso en la costilla, impulsando el extremo redondeado contra el cuero, como si quisiera perforarlo. Pero el cuero, fuerte y flexible, cedía sin romperse.

Otros se dedicaban a actividades que no le resultaban familiares a Ayla, mientras el resto del grupo colocaba fragmentos óseos de un mamut en varios pozos excavados en el suelo. Había huesos y marfil esparcidos por todas partes. La joven levantó la vista al oír que alguien llamaba: Talut y Tulie caminaban hacia el Campamento, llevando a hombros un gran colmillo de marfil, aún prendido al cráneo de un mamut. Muchos de los huesos no pertenecían a animales cazados por ellos, sino que eran fruto de hallazgos ocasionales en la estepa o, en su mayoría, procedentes de los montones acumulados en los meandros estrangulados de los ríos, donde las aguas precipitadas depositaban los restos.

Ayla notó que otra persona observaba la escena a poca distancia. Con una sonrisa, fue a reunirse con Rydag. Se llevó una gran sorpresa al ver que el niño le devolvía la sonrisa. La gente del Clan no sabía sonreír. Toda expresión que mostrara los dientes, dadas las facciones de aquel pueblo, denotaba hostilidad, extremo nerviosismo o miedo. Por eso el gesto del niño pareció, por un momento, fuera de lugar. Pero Rydag, criado con otro pueblo, había aprendido el significado más amistoso de la expresión.

—Buenos días, Rydag —dijo Ayla.

Al mismo tiempo hizo el gesto de saludo del Clan, con la leve variación que se adoptaba para dirigirse a un niño. Ayla notó, una vez más, un destello de entendimiento ante la señal de su mano. «¡El niño recuerda!», pensó. «Tiene la memoria, estoy segura. Conoce las señales; sólo haría falta recordárselas. No es como yo, que tuve que aprenderlas».

Recordó la consternación de Creb e Iza al descubrir lo difícil que era para ella, en comparación con los niños del Clan, recordar esas cosas. Tenía que esforzarse para aprender y memorizar; a los del Clan, en cambio, sólo había que hacerles una demostración. Algunos pensaban que Ayla era muy estúpida, pero, con el transcurso del tiempo, ella aprendió a memorizar con prontitud para no hacerles perder la paciencia.

Jondalar, en cambio, había quedado atónito ante su habilidad. Comparada con la de los Otros, su memoria adiestrada era una maravilla y potenciaba su capacidad de aprendizaje. Al joven le sorprendía, por ejemplo, la facilidad con que ella aprendía nuevos idiomas, al parecer sin esfuerzo. Pero no había sido fácil adquirir esa capacidad y, si bien ella había aprendido a memorizar rápidamente, nunca llegó a comprender del todo qué era la memoria del Clan. Entre los Otros, ninguno podía; era una diferencia básica entre ellos.

Los del Clan, provistos de un cerebro aún más grande que los que les siguieron, no poseían menos inteligencia, sino una inteligencia de distinto tipo. Aprendían de recuerdos que eran, en ciertos aspectos, similares al instinto, pero más conscientes, y que, al nacer, estaban acumulados en el fondo de aquel gran cerebro, con todo cuanto sus antepasados habían aprendido. No necesitaban aprender los conocimientos y las habilidades necesarias para la vida: los recordaban. De niños, sólo era necesario recordarles lo que ya sabían, para que se acostumbraran al proceso. Ya adultos, sabían cómo recurrir a aquel depósito de memoria.

Recordaban con facilidad, pero sólo mediante un gran esfuerzo podían captar lo nuevo. Una vez que se aprendía algo diferente (un nuevo concepto entendido por fin o una creencia aceptada), jamás se olvidaba y se transfería a la prole. No obstante, aprendían y cambiaban con lentitud. Iza había llegado a comprender, si no a explicarse, la diferencia existente entre ella y Ayla, mientras le enseñaba su oficio de curandera. Aquella criatura extraña no recordaba tan bien como ellos, pero aprendía con mucha mayor prontitud.

Rydag dijo una palabra. Ayla no la comprendió de inmediato, pero un segundo después la reconoció: ¡era su propio nombre! Su nombre, pronunciado de un modo que en otro tiempo le había sido familiar, tal como lo decían algunos miembros del Clan.

El niño, como ellos, no podía articular debidamente; vocalizaba, pero le era imposible reproducir algunos sonidos importantes, necesarios para hablar el idioma del pueblo con el cual vivía. Eran los mismos sonidos con los que Ayla había tenido dificultades por falta de práctica. Se trataba de una limitación del aparato vocal de los miembros del Clan y de quienes les habían precedido; por eso habían desarrollado, en cambio, un amplio lenguaje de signos y gestos con los que expresar los pensamientos de su vasta cultura. Rydag entendía a los Otros, a los que vivían con él: comprendía el concepto de lenguaje, pero no lograba hacerse entender por ellos.

Entonces el pequeño hizo el gesto que había dedicado a Nezzie la noche anterior:

llamó «madre» a Ayla. Ella sintió que el corazón le latía más de prisa. La última persona que le había dedicado ese signo había sido su hijo, y Rydag se parecía tanto a Durc que, por un momento, creyó ver a su niño en aquella criatura. Quería creer que era Durc, levantarle en sus brazos y decir su nombre. Cerró los ojos y contuvo el impulso de llamarle, estremecida por el esfuerzo.

Cuando volvió a abrirlos, Rydag la miraba con una expresión de inteligencia, antigua y anhelante, como si la comprendiera, como si se supiera comprendido por ella. A pesar de todos sus deseos, Rydag no era Durc, lo mismo que ella no era Deegie. Recobrando de nuevo el dominio sobre sí misma, aspiró profundamente.

—¿Quieres más palabras? ¿Más señales de manos, Rydag? —preguntó.

Él asintió enfáticamente.

—Recuerdas «madre», desde anoche…

Él respondió haciendo la señal que tanto había conmovido a Nezzie… y a ella misma.

—¿Sabes ésta? —preguntó Ayla, ejecutando el gesto de saludo. Vio cómo luchaba con una idea que parecía a punto de captar—. Es saludo. Dice «buen día», «hola». Así —lo repitió con la variación que había empleado un momento antes—, es cuando persona mayor habla con pequeña.

Él frunció el ceño. Luego repitió el gesto y le sonrió, con su sorprendente sonrisa. Hizo ambos signos; después de pensar durante un momento, ejecutó un tercero y la miró, curioso, sin saber si había hecho algo que tuviera sentido.

—¡Sí, Rydag, está bien! Yo soy mujer, como madre, y éste el modo de saludar a la madre. ¡Te acuerdas!

Nezzie vio a Ayla con el niño. Rydag le había causado más de una preocupación cuando consideraba que hacía demasiados esfuerzos; por eso nunca le perdía de vista. Se sintió atraída por la joven y el niño, y trató de observar lo que hacían. Ayla, al verla, reparó en su expresión de curiosidad y preocupación y la llamó.

—Enseño a Rydag lenguaje del Clan, pueblo de madre —explicó—. Como palabra anoche.

Rydag, con una gran sonrisa que dejó al descubierto sus dientes, extrañamente grandes, dedicó a Nezzie un gesto cuidadosamente estudiado.

—¿Qué significa eso? —preguntó ésta, mirando a Ayla.

—Rydag dice: «Buen día, madre» —explicó la joven.

—¿«Buen día, madre?». —Nezzie hizo un movimiento que se parecía vagamente al ejecutado por Rydag—. ¿Eso significa «buen día, madre»?

—No. Siéntate aquí. Te enseñaré. Así —Ayla hizo el gesto—, significa «buen día». Así —hizo la variación—, «buen día, madre». Él a mí puede hacer el mismo gesto. Sería «mujer maternal». Tú puedes así —Ayla ejecutó otra variación— para decir «buen día, niño». Y así, para «buen día, hijo mío». ¿Comprendes?

Ayla repitió todas las variaciones, bajo la mirada observadora de Nezzie. La mujer lo intentó otra vez, con ciertos titubeos. Aunque a su ademán le faltaba soltura,

tanto para Ayla como para Rydag resultó evidente que intentaba decir: «Buenos días, hijo mío».

El niño, que estaba de pie a su lado, alargó los bracitos delgados para rodearle el cuello. Nezzie le abrazó, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas a punto de saltársele; el propio Rydag tenía los ojos húmedos, cosa que sorprendió a Ayla.

Entre todos los miembros del clan de Brun, sólo a ella le goteaban los ojos de emoción, aunque los sentimientos del resto tuvieran la misma intensidad. Su hijo era tan capaz como ella de vocalizar; aún le dolía el corazón al recordar cómo la había llamado cuando la obligaron a partir. Pero Durc no derramaba lágrimas para expresar su dolor. Rydag, como su madre del Clan, no podía hablar, pero cuando sus ojos se inundaban de amor, en ellos brillaban las lágrimas.

—Hasta ahora nunca había podido hablarle… y saber con certeza si me comprendía —comentó Nezzie.

—¿Quieres más signos? —preguntó Ayla, con suavidad.

La mujer asintió, sin soltar al niño; no se atrevió a hablar por miedo a perder el control de sí misma. Ayla ejecutó otra serie de signos y variaciones, mientras Nezzie y Rydag se concentraban, tratando de captarlos. Y luego, otros. La hijas de Nezzie, Latie y Rugie, junto con los hijos menores de Tulie, Brinan y su hermanita Tusie, próximos en edad a Rugie y Rydag, se acercaron para averiguar lo que estaba pasando; después se les agregó Crisavec, de siete años, hijo de Fralie. Pronto todos se entusiasmaron con lo que parecía ser un estupendo juego nuevo: hablar con las manos.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con casi todos los juegos que divertían a los niños del Campamento, Rydag parecía sobresalir en éste. Ayla no podía enseñarle con suficiente celeridad. Sólo hacía falta una demostración; al poco tiempo, él mismo añadía las variaciones, los matices y sutilezas. Ella tuvo la sensación de que todo estaba allí, dentro del pequeño, llenándole y pugnando por salir al exterior; sólo hacía falta una diminuta abertura; una vez liberado, no habría posibilidad de ponerle freno.

Lo que aumentaba el entusiasmo era que los niños de su edad también estaban aprendiendo. Por primera vez en su vida, Rydag podía expresarse con facilidad, y nada era bastante para él. Los niños con los que había crecido aceptaron fácilmente su capacidad de «hablar» con fluidez de aquel modo. También antes se comunicaban con él. Sabían que era diferente, que le costaba hablar, pero aún no habían adquirido el prejuicio, común a los adultos, según el cual carecía de inteligencia. Latie, como suelen hacer las hermanas mayores, llevaba años traduciendo sus «balbuceos» a las personas mayores del Campamento.

Cuando todos se cansaron de aprender y corrieron a aplicar los nuevos conocimientos a un juego en serio, Ayla notó que Rydag les corregía; los otros se volvían hacia él para confirmar el significado de sus gestos y ademanes. El niño había hallado un nuevo sitio entre sus iguales.

Todavía sentada junto a Nezzie, Ayla les vio intercambiar rápidos gestos silenciosos. Sonrió, imaginando lo que habría pensado Iza de saber que los niños de los Otros hablaban como el Clan, entre gritos y risas. Y se le ocurrió pensar que, de algún modo, la vieja curandera habría comprendido.

—Parece que tienes razón —dijo Nezzie—. Ésta es su manera de hablar. Nunca le había visto aprender algo con tanta celeridad. Yo no sabía que los cabez… ¿Cómo les llamas tú?

—Clan. Ellos dicen Clan. Significa… familia…, el pueblo…, humanos. El Clan del Oso Cavernario, pueblo que honra al Gran Oso Cavernario; vosotros decir Mamutoi, cazadores del mamut que honran a la Madre.

—Clan… No sabía que ellos hablaban así. Y no sabía que se pudieran decir tantas cosas con las manos. Nunca vi tan feliz a Rydag —la mujer vaciló; Ayla comprendió que buscaba una manera de decir algo más. Esperó, para darle la oportunidad de ordenar sus pensamientos—. Me sorprende que lo hayas aceptado con tanta rapidez —continuó Nezzie—. Algunos le rechazan porque es de espíritus mezclados y casi todos se sienten algo incómodos con él. Pero tú pareces conocerle bien.

Ayla hizo una pausa antes de replicar. Estudiaba a la mujer, insegura con respecto a lo que diría. Por fin tomó una decisión.

—Yo conocí a alguien como él. Mi hijo. Mi hijo Durc.

—¡Tu hijo! —Había sorpresa en la voz de Nezzie, pero no se detectaba en ella ninguna señal de repulsión, que tan evidente resultara en Frebec, al hablar de los cabezas chatas y de Rydag, la noche anterior—. ¿Tuviste un hijo de espíritus mezclados? ¿Dónde está? ¿Qué fue de él?

La angustia oscureció el rostro de Ayla. Mientras vivía sola, en su valle, había mantenido muy sepultados los recuerdos de su hijo, pero la aparición de Rydag los había despertado. Las preguntas de Nezzie avivaron dolorosas emociones que la cogieron por sorpresa. Ahora tendría que enfrentarse a ellas.

Nezzie era tan abierta y franca como el resto de los suyos. Sus preguntas habían surgido espontáneamente, pero no carecía de sensibilidad.

—Disculpa, Ayla. Debí haberme dado cuenta…

—No preocuparte, Nezzie —dijo Ayla, parpadeando para contener las lágrimas —. Siempre cuando hablo de hijo… Es… dolor… pensar en Durc.

—No hables de él, si no quieres.

—Alguna vez preciso hablar de Durc —Ayla hizo una pausa antes de lanzarse—. Durc está con Clan. Cuando ella murió, Iza, mi madre, como tú con Rydag…, ella me dice ir al norte, buscar mi Pueblo. No Clan, los Otros. Durc es muy pequeño todavía. No voy. Más tarde, Durc tres años, Broud me hace marchar. No sé dónde viven los Otros, no sé dónde iré, no puedo llevar Durc. Doy Uba, hermana. Ella ama Durc, cuida. Ahora él hijo Uba.

Ayla se interrumpió, pero Nezzie no supo qué decir. Le habría gustado hacer más preguntas, pero no quería presionar, pues estaba claro que para la joven era muy duro

hablar de un hijo amado que había debido abandonar. Ayla continuó por su propia voluntad.

—Tres años no veo Durc. Él tiene ahora… seis. ¿Como Rydag?

Nezzie asintió.

—No hace aún siete años que nació Rydag.

Ayla hizo una pausa; parecía concentrada en sus pensamientos. Luego prosiguió:

—Durc es como Rydag, pero no. Durc es del Clan en los ojos; igual yo, en la boca —sonrió irónicamente—. Debería ser al revés. Durc hace palabras; puede hablar, pero Clan no. Mejor si Rydag habla, pero no puede. Durc es fuerte —los ojos de Ayla adquirieron una expresión lejana—. Corre veloz. Mejor corredor, como dice Jondalar —miró a Nezzie con los ojos llenos de tristeza—. Rydag débil. De nacimiento. ¿Débil en…?

Se pudo la mano en el pecho; no conocía la palabra.

—A veces le cuesta respirar —dijo Nezzie.

—Problema no es respirar. Problema es sangre. No, sangre no…, tuc-tump —dijo, apretando un puño contra el pecho, frustrada por su falta de vocabulario.

—El corazón. Eso es lo que dice Mamut: que tiene débil el corazón. ¿Cómo lo sabes?

—Iza era curandera, mujer de medicinas. La mejor de Clan. Ella enseña como hija. Yo curandera.

Jondalar había dicho que Ayla era mujer de medicina, recordó Nezzie. La sorprendía enterarse de que los cabezas chatas tuvieran alguna noción de medicina, pero tampoco se sabía que pudieran hablar. Y el contacto con Rydag le había hecho comprender que, aun sin el don de la palabra, no era un animal estúpido, como tantos creían. Aunque Ayla no fuera Mamut, bien podía saber algo de curar.

Las dos mujeres levantaron la vista. Sobre ellas se había proyectado una sombra.

—Mamut me manda a decir si puedes ir a hablar con él, Ayla —dijo Danug. Concentradas ambas en la conversación, no habían visto al joven alto que se aproximaba—. Rydag está muy entusiasmado con ese juego que le has enseñado —continuó—. Según dice Latie, quiere preguntarte si me enseñarás también a mí algunos signos.

—Sí, sí, yo enseña. Yo enseña cualquiera.

—Yo también quiero aprender más palabras con las manos —dijo Nezzie, en tanto se levantaban.

—¿Mañana? —preguntó Ayla.

—Sí, mañana por la mañana. Pero todavía no has comido nada, tal vez será mejor que comamos algo antes. Ven conmigo y te buscaré algo. Para Mamut también.

—Tengo hambre —dijo Ayla.

—También yo —agregó Danug.

—¿Cuándo no tienes hambre tú? Entre tú y Talut, creo que seríais capaces de comeros un mamut entero —observó Nezzie, con los ojos llenos de orgullo al

contemplar a su hijo tan alto y atractivo.

Mientras las dos mujeres caminaban junto con Danug hacia el albergue, los demás, al ver que echaban a andar, parecieron tomar su iniciativa como una señal para hacer una pausa e ir a comer. Todos se quitaron la ropa exterior para colgarla en las perchas del vestíbulo. Fue un almuerzo sin formalidades; algunos cocinaron en sus propios hogares; otros se reunieron en el primer hogar, donde estaba el fuego principal y varios otros más pequeños. Hubo quienes comieron restos fríos de mamut; otros, carne o pescado cocidos con raíces o verdura, en una sopa espesada con cereales silvestres, toscamente molidos, arrancados de entre la hierba de la estepa. De cualquier modo, casi todos acabaron por trasladarse a la zona común, mientras bebían una infusión caliente antes de salir otra vez.

Ayla, sentada junto a Mamut, observaba las actividades con mucho interés. Todavía la sorprendía el ruido que hacían al hablar y reír a un mismo tiempo, pero comenzaba a acostumbrarse. Más aún, le maravilló la desenvoltura con que las mujeres se movían entre los hombres. No había allí jerarquías estrictas ni orden alguno para cocinar y servir los alimentos. Todos parecían servirse solos, exceptuando los más pequeños, que lo hacían con ayuda de los mayores.

Jondalar fue a sentarse con cuidado en la esterilla de hierba extendida al lado de Ayla; tenía en equilibro entre las manos una taza flexible y sin asa, tejida con heno endurecido, con un diseño en colores contrastantes; estaba llena de tisana de menta.

—¿Te has levantado temprano? —preguntó ella.

—Sí, no quise molestarte. Dormías profundamente.

—Despierto cuando creo alguien herido, pero Deegie dice que vieja… Crozie… siempre habla a gritos con Frebec.

—Gritaba tanto que hasta yo les oí fuera —dijo Jondalar—. Frebec podrá ser un camorrista, pero no sé si echarle todas las culpas a él. Esa vieja chilla más que un cuervo. ¿Quién puede vivir con ella?

—Creo alguien herido —insistió Ayla, pensativa.

Jondalar la miró intrigado. No parecía que estuviera repitiendo su equivocada impresión del despertar.

—Tienes razón, Ayla —dijo Mamut—. Hay viejas heridas que aún duelen.

—Deegie lástima por Fralie —Ayla se volvió hacia Mamut; no tenía reparos en plantearle sus preguntas, aunque, en general, no quería demostrar su ignorancia—. ¿Qué es Precio Nupcial? Deegie dijo Tulie pidió alto Precio Nupcial por ella.

Mamut hizo una pausa antes de responder, ordenando cuidadosamente sus pensamientos para que ella comprendiera. Ayla observaba con curiosidad su cabeza blanca.

—Podría darte una respuesta sencilla, Ayla, pero no es tan fácil como parece. Hace muchos años que pienso en esto. No es fácil comprender y explicar cómo es uno mismo, cómo es el propio Pueblo, ni siquiera cuándo se es uno de ésos a quienes los otros acuden en busca de respuestas —cerró los ojos, concentrándose—. Sabes

qué es la posición social, ¿verdad? —empezó.

—Sí —dijo Ayla—. En el Clan, jefe tiene posición más alta; después, cazador escogido; después, otros cazadores. Mog-ur tiene posición alta, también, pero diferente. Es… hombre de mundo de los espíritus.

—¿Y las mujeres?

—Las mujeres posición compañero, pero mujer curandera tiene posición propia.

Los comentarios de Ayla sorprendieron a Jondalar. A pesar de todo lo que ella le había revelado sobre los cabezas chatas, aún le costaba creer que pudiera comprender un concepto tan complejo como el rango.

—Ya me parecía —dijo Mamut, en voz baja. Y siguió explicando—: Nosotros reverenciamos a la Madre, hacedora y sustentadora de toda la vida. Personas, animales, plantas, agua, árboles, rocas, tierra, Ella es quien todo lo alumbra. Ella lo creó todo. Cuando convocamos al espíritu del mamut, al del venado o al del bisonte, pidiendo permiso para cazarlos, sabemos que es el espíritu de la Madre el que les dio vida. Es un espíritu lo que hace que nazca otro mamut, otro venado, otro bisonte para reemplazar a los que Ella nos da como alimento.

—Nosotros decimos que es el Don de la Vida de la Madre —dijo Jondalar, intrigado. Le interesaba comparar las costumbres de los Mamutoi con las de los Zelandonii.

—Mut, la Madre, ha elegido a las mujeres para mostrarnos cómo Ella misma ha tomado el espíritu de la vida en Sí misma para crear nueva vida, a fin de reemplazar a los que llama a su lado —continuó el hombre santo—. Los niños lo aprenden a medida que crecen, por medio de leyendas, cuentos y canciones, pero tú ya has superado esa fase, Ayla. Aunque nos gusta escuchar esos cuentos incluso cuando somos adultos, tú necesitas comprender las corrientes que mueven todo esto y lo que yace debajo, para entender las razones en que se basan nuestras costumbres. Entre nosotros, el rango de cada uno depende de su madre, y el modo de demostrar este valor es el Precio Nupcial.

Ayla asintió fascinada. Jondalar había tratado de explicarle lo de la Madre, pero en boca de Mamut sonaba muy razonable, mucho más fácil de entender.

—Cuando los hombres y las mujeres deciden formar una unión, el hombre y su Campamento ofrecen infinidad de regalos a la madre de la mujer y a su Campamento. La madre o la Mujer Que Manda del Campamento son quienes fijan el precio, diciendo cuántos regalos hacen falta; ocasionalmente, alguna mujer puede fijar su propio precio, pero eso depende de mucho más que su simple capricho. Ninguna mujer quiere ser infravalorada, pero su precio tampoco debe ser tan alto que el hombre elegido y su Campamento no puedan o no quieran pagarlo.

—¿Y por qué pagar por una mujer? —preguntó Jondalar—. ¿No la convierte eso en una mercancía, como la sal, el pedernal, el ámbar?

—El valor de una mujer es mucho más que eso. El Precio Nupcial es lo que un hombre paga por el privilegio de vivir con una mujer. Un buen Precio Nupcial

beneficia a todos. Da a la mujer un alto rango; revela a todos el elevado concepto que de ella tienen el hombre que la pide y su propio Campamento. Honra al Campamento del hombre, demostrando que son pudientes y que pueden permitirse el pago. Honra al Campamento de la mujer, otorgándoles estima y respeto, y les da algo a modo de compensación por perderla cuando ella se marcha, como lo hacen algunas jóvenes, para incorporarse a otro Campamento. Pero lo más importante es que les ayuda a pagar un buen Precio Nupcial cuando uno de sus propios hombres quiere a una mujer; de ese modo hace alarde de su riqueza.

»Los niños nacen con el rango de la madre; por tanto, un alto Precio Nupcial les beneficia. Aunque el Precio Nupcial se paga en regalos, y algunos de esos regalos son para que la pareja inicie con ellos la vida en común, el verdadero valor es el rango, la alta estima en que se tiene a una mujer, tanto en su propio Campamento como en los otros. Dicho valor es el que ella otorga a su compañero y a sus hijos.

Ayla seguía desconcertada, pero Jondalar hacía gestos de asentimiento; comenzaba a comprender. Los detalles, específicos y complejos, no eran los mismos, pero las características generales de parentesco y el sistema de valores no eran demasiado diferentes con respecto a los de su propio pueblo.

—¿Cómo se calcula el valor de una mujer para establecer un buen Precio Nupcial? —preguntó el Zelandonii.

—El Precio Nupcial depende de muchas cosas. Todo hombre tratará siempre de buscar a una mujer con el rango más alto que él pueda permitirse, pues, al abandonar a su madre, asumirá el rango de su compañera, quien es o será madre. La mujer que ha demostrado su maternidad tiene un valor más alto; por tanto, las mujeres con hijos son muy buscadas. Con frecuencia, los hombres tratan de aumentar el valor de su posible pareja, pues eso les beneficia. Cuando dos hombres rivalizan por una mujer muy apreciada, pueden combinar sus recursos (siempre que se entiendan bien y ella esté de acuerdo); así aumentan aún más el Precio Nupcial.

»A veces, un hombre se une a dos mujeres, sobre todo tratándose de hermanas que no desean separarse. En este caso adquiere el rango de la más encumbrada y es tratado con el máximo respeto, lo cual proporciona cierto rango adicional: esto demuestra que es capaz de mantener a dos mujeres y a la progenie futura de ambas. De las muchachas gemelas se piensa que son una bendición especial; rara vez se las separa.

—Cuando mi hermano buscó mujer entre los Sharamudoi, ésta tenía lazos de parentesco con una joven llamada Tholie, que era Mamutoi. Ella me dijo una vez que había sido «robada», aunque estuviera de acuerdo en ello —dijo Jondalar.

—Nosotros comerciamos con los Sharamudoi, pero no tenemos las mismas costumbres. Tholie era una mujer de alto rango. Cederla a otros no significaba sólo perder a alguien que era valiosa en sí (y ellos pagaron un alto Precio Nupcial), sino también a alguien que habría dado a sus hijos y a su compañero el valor recibido de su madre; ese valor habría sido intercambiado, con el correr del tiempo, entre todos

los Mamutoi. No había modo de compensar esto. Era como si su valor nos fuera robado. Pero Tholie estaba enamorada y decidida a unirse al joven Sharamudoi; por tanto, permitimos que nos la «robaran».

—Deegie dice madre de Fralie hizo Precio Nupcial bajo —observó Ayla.

El anciano cambió de postura. Intuía la intención de la pregunta; no iba a ser fácil responder. Casi todo el mundo comprendía intuitivamente sus costumbres, pero habrían sido incapaces de explicarlas con tanta claridad como Mamut. En la situación de éste, muchos se habrían mostrado reacios a explicar creencias que, normalmente, se divulgaban enmascaradas en cuentos ambiguos, temiendo que una exposición franca y detallada de los valores culturales los despojara de misterio y poder. A él mismo le resultaba incómodo hacerlo, pero ya había sacado ciertas conclusiones y tomado determinadas decisiones con respecto a Ayla. Deseaba que comprendiera aquellos conceptos cuanto antes.

—La madre puede mudarse al hogar de cualquiera de sus hijos —explicó—. Si lo hace (y habitualmente espera a ser vieja), suele irse a vivir con una hija que aún viva en el mismo Campamento. Lo normal es que el hombre se traslade al Campamento de la mujer, pero puede volver al Campamento de su madre o vivir con una hermana, si así lo desea. Con frecuencia, el hombre se siente más cerca de los hijos de su compañera, los hijos de su hogar, pues vive con ellos y les enseña; pero sus herederos son los hijos de su hermana; al envejecer, a ellos les corresponde atenderle. Por lo común, los ancianos son bien recibidos, pero no siempre, desgraciadamente. Fralie es la única hija que le queda a Crozie; por tanto, donde ella vaya, irá la madre. La vida no ha sido generosa con Crozie; la edad no la ha dulcificado. Es obstinada y pocos hombres están dispuestos a compartir un hogar con ella. Al morir el primer compañero de Fralie, ella tuvo que bajar una y otra vez el Precio Nupcial de su hija; eso le duele y aumenta su amargura.

Ayla asintió con la cabeza en señal de que comprendía. Pero, acto seguido, frunció el ceño, preocupada.

—Iza me dijo de mujer vieja, vive con clan de Brun antes de encontrarme. Vino de otro clan. Muere compañero, no hijos. No tiene valor, no rango, pero siempre comida, siempre lugar junto al fuego. Si Crozie no tiene Fralie, ¿dónde va?

Mamut estudió la pregunta por un momento. Quería que su respuesta fuera completamente ajustada a verdad.

—Crozie sería un problema, Ayla. Por lo general, el que no tiene parientes es adoptado por otro hogar, pero ella es tan desagradable que pocos la recibirían. Probablemente tendría suficiente para comer y sitio donde dormir en cualquier Campamento, pero al cabo de cierto tiempo le pedirían que se fuera, tal como pasó con su propio Campamento al morir el primer hombre de Fralie.

El viejo chamán continuó con una mueca:

—Frebec tampoco es muy agradable. El rango de su madre era muy bajo; ella tenía poco que ofrecer, salvo su afición por la bouza; por eso él tampoco tenía mucho

con que empezar. Su Campamento no quería a Crozie y a nadie le importaba que él se fuera. Se negaron a pagar. Por eso el Precio Nupcial de Fralie fue tan bajo. Si están aquí es sólo por Nezzie. Ella convenció a Talut de que los defendiera y fueron aceptados. Algunos, ahora, lo lamentan.

Ayla asintió. Eso aclaraba un poco la situación.

—Mamut, ¿qué…?

—¡Nuvie! ¡Nuvie! ¡Oh, Madre, se está ahogando! —aulló súbitamente una mujer.

Varias personas rodeaban a su hija, de tres años, que tosía y escupía tratando de respirar. Alguien le dio unos golpes en la espalda, pero de nada sirvió. Otros se acercaron, tratando de brindar consejos. Pero nadie sabía qué hacer. Mientras tanto, la niña, a la vista de todos, pugnaba por respirar y se iba poniendo azul.

Capítulo 6

Ayla se abrió paso a empellones entre el gentío. Cuando llegó al lado de la niña, la encontró casi inconsciente. Sentada en el suelo, con ella en el regazo, le hurgó en la boca con un dedo, tratando de hallar la obstrucción. Como sus esfuerzos no dieron resultado, se puso de pie, con la criatura colgada cabeza abajo, sostenida por la cintura, y la golpeó con fuerza entre los omóplatos. La cogió después por detrás, rodeando con sus brazos el torso de la desmayada pequeña y la apretó con energía, bruscamente.

Todo el mundo había dado un paso atrás, conteniendo la respiración; aquella mujer parecía saber lo que hacía; era una lucha a vida o muerte por despejar la garganta de la niña. Nuvie había dejado de respirar, aunque su corazón aún latía. Ayla la dejó en el suelo y se arrodilló junto a ella. Cogió una prenda de vestir, la pelliza de la pequeña, y se la colocó debajo del cuello para mantenerle la cabeza hacia atrás y la boca abierta. A continuación, cerrándole con los dedos las fosas nasales, puso la boca sobre la de la niña y aspiró con todas sus fuerzas, ejerciendo fuerte succión. Mantuvo la presión hasta quedar sin aliento.

De pronto, con un chasquido ahogado, sintió que un objeto volaba hasta su boca, casi atascándole su propia garganta. Ayla se incorporó y escupió un trozo de hueso, con carne pegada. Aspiró profundamente, apartándose la cabellera, y volvió a cubrir con su boca la de la pequeña, para insuflar en los pulmones inmóviles el aliento vivificador. El pechito subió. Ayla repitió los movimientos varias veces más.

De pronto, la niña volvió a toser y escupir. Por fin aspiró profunda, agitadamente, por sí misma.

Ayla la ayudó a sentarse en cuanto la vio respirar. Sólo entonces notó que Tronie sollozaba de alivio al ver a su hija viva.

Ayla se puso la pelliza y echó la capucha hacia atrás para mirar la hilera de hogares. En el último, el Hogar de los Uros, Deegie estaba cerca del fuego, cepillando hacia atrás su opulenta cabellera castaña; mientras conversaba con alguien que estaba en una de las plataformas, recogió su pelo en un rodete. Ayla y Deegie se habían hecho buenas amigas en los últimos días; habitualmente salían juntas por la mañana. La muchacha clavó una horquilla de marfil en sus cabellos; era una varilla fina y larga, hecha con un colmillo de mamut y bien pulida. Al ver a Ayla, la saludó con la mano, haciéndole una señal que indicaba: «Espérame. Saldremos juntas».

Tronie estaba sentada en una cama, en el hogar vecino al del Mamut, dando de mamar a Hartal. Sonrió a Ayla y la llamó con un gesto. Ayla entró en la zona llamada Hogar del Reno, se sentó a su lado y se inclinó hacia el bebé, arrullándole y haciéndole cosquillas. El niño soltó el pecho por un momento, entre risitas y puntapiés; luego volvió a mamar.

—Ya te conoce, Ayla —dijo Tronie.

—Hartal bebé sano y feliz. Crece rápido. ¿Dónde Nuvie?

—Manuv se la llevó hace un rato. Me ayuda tanto con ella que me alegro de que viva con nosotros. Podría haberse quedado con la hermana de Tornec. Los viejos y los niños siempre parecen entenderse bien, pero Manuv pasa casi todo su tiempo con la pequeña y no sabe negarle nada. Sobre todo ahora, después de haber estado tan cerca de perderla—. La joven madre se puso al bebé contra el hombro para darle palmaditas en la espalda. Después se volvió hacia Ayla—. No he tenido oportunidad de hablar contigo a solas. Quería darte las gracias otra vez. Te estamos tan agradecidos… Cuánto miedo tuve de que… Aún tengo pesadillas. Yo no sabía qué hacer. Y no sé cómo me las habría arreglado si no hubieras estado tú.

Se ahogó con las lágrimas que le subían a los ojos.

—Tronie, no hables. Soy mujer de medicina, no necesito des las gracias. Es mi… No sé palabra. Tengo conocimiento…, es necesario… para mí.

Ayla vio que Deegie se acercaba cruzando el Hogar de la Cigüeña; notó que Fralie estaba mirándola. Ésta tenía grandes ojeras y parecía más cansada de lo normal. Ayla, que la había estado observando, se extrañaba de que, ya avanzado el embarazo, siguiera vomitando a menudo, y no sólo por la mañana. Habría querido examinarla con más atención, pero Frebec había armado un escándalo a la primera mención. Aseguraba que el haber salvado a alguien de atragantarse no significaba necesariamente que supiera curar. El solo hecho de que ella lo dijera no le convencía. Eso dio pie a nuevas discusiones con Crozie. Por fin, para cortar la pelea, Fralie declaró que se sentía bien y que no necesitaba la atención de Ayla.

La joven sonrió alentadoramente a la acosada mujer. Después recogió una bolsa para agua, vacía, y caminó junto a Deegie hacia la entrada. Cuando pasaron por el Hogar del Zorro, Ranec levantó la vista hacia ellas. Ayla tuvo la clara sensación de que la había seguido con los ojos hasta la arcada interior y tuvo que contener el impulso de volverse.

Cuando apartaron la cortina exterior, Ayla parpadeó ante el inesperado fulgor de un sol intenso en un cielo violentamente azul. Era uno de esos cálidos y suaves días de otoño que aparecen como raro presente que merece ser atesorado en la memoria como defensa contra la estación de los vientos crueles, las tormentas desatadas y el frío riguroso. Ayla sonrió, agradecida; de pronto recordó algo en lo que no pensaba desde hacía años: Uba había nacido un día así, el primer otoño que ella pasó con el clan de Brun.

El albergue y la zona nivelada de enfrente estaban excavados en una cuesta que daba al oeste, a media altura. Desde la entrada se gozaba de un amplio panorama; allí se detuvo Ayla un momento, sólo para observar. El río impetuoso centelleaba, brindándole un rumoroso y líquido acompañamiento al juego mutuo de la luz y el agua; más allá, en una lejanía borrosa, Ayla divisó otros barrancos similares. El río ancho y veloz, que abría un canal en las vastas estepas, corría entre murallas de tierra

erosionada.

Desde la cima redondeada de la meseta hasta la amplia planicie aluvial, el fino suelo loéssico estaba esculpido por profundos barrancos: obra de la lluvia, la nieve fundida y el deshielo de los grandes glaciares del norte en primavera. En esta desolación se erguían algunos pinos y alerces, escasos y diseminados entre la aplastada maraña de arbustos sin follaje que cubría el suelo más bajo. Corriente abajo, a lo largo de la orilla, se mezclaban distintos tipos de juncos. Corriente arriba, el meandro bloqueaba la vista, pero Whinney y Corredor pastaban en las inmediaciones el seco heno que cubría el resto de aquel desnudo paisaje.

A los pies de Ayla aterrizó un pegote de tierra. Al levantar la vista, sorprendida, se encontró con los ojos de Jondalar, vívidamente azules. Talut estaba a su lado, con una amplia sonrisa. La muchacha se sorprendió al ver varias personas más en lo alto del albergue.

—Sube, Ayla. Te echaré una mano —dijo Jondalar.

—Ahora no; después. Acabo de salir. ¿Qué hacer ahí arriba?

—Estamos poniendo los botes de escudilla sobre los agujeros para el humo —declaró Talut.

—¿Qué?

—Vamos. Yo te lo explicaré —dijo Deegie—. Estoy a punto de desbordarme.

Las dos jóvenes caminaron hasta un barranco cercano, en cuya empinada ladera se había excavado algunos escalones que conducían a varios omoplatos de mamut de gran tamaño, en cada uno de los cuales se había abierto un agujero; estaban asegurados sobre una parte más profunda de la garganta. Ayla se plantó en una de aquellas paletas y, después de desatar la cintura de su prenda inferior, se la bajó para agacharse encima del agujero, junto a Deegie. Una vez más se preguntó cómo no se le habría ocurrido aquella postura, teniendo como tenía tantos problemas con sus ropas; después de ver a su amiga una sola vez le parecía algo simple y lógico. El contenido de los cestos nocturnos se arrojaba igualmente por la garganta, con otros desechos, para que el agua lo barriera todo en primavera.

A continuación bajaron al río, junto a un ancho barranco. Por el centro corría un hilo de agua, cuya fuente, hacia el norte, ya se había congelado. Cuando volviera la temporada, aquella zanja encauzaría un torrente tumultuoso. Cerca de la orilla se habían instalado varios cráneos de mamut invertidos y algunos cazos de mango largo, toscamente hechos con tibias.

Las dos mujeres llenaron los cráneos con el agua del río. De un saquito que llevaba consigo, Ayla sacó unos pétalos marchitos (los pétalos azulados de la flor de ceanothus, rica saponífera) y los compartió con su amiga. Al frotarse con ellos la piel mojada se formaba una sustancia espumosa, levemente áspera, que dejaba un suave perfume en las manos y en la cara. Ayla arrancó una ramita, masticó uno de los extremos y la utilizó para frotarse los dientes, costumbre que había copiado de Jondalar.

—¿Qué es bote de escudilla? —preguntó otra vez, mientras regresaban, llevando entre ambas el estómago impermeable de un bisonte lleno de agua fresca.

—Los utilizamos para cruzar el río, cuando no está muy tumultuoso. Se empieza por hacer un armazón de hueso y madera, en forma de escudilla, que sirve para dos o tres personas; después se cubre con cuero, habitualmente de uro, bien engrasado y con el pelo hacia afuera. Las astas de megacero, algo recortadas, sirven como remos… para impulsar por el agua —explicó su compañera.

—¿Por qué botes de escudilla arriba del albergue?

—Allí se guardan siempre cuando no los utilizamos, pero en invierno los aprovechamos para cubrir con ellos los orificios para el humo, a fin de que la lluvia y la nieve no puedan penetrar. Están atándolos hacia abajo, a través de los agujeros, para que el viento no se los lleve. Pero hay que dejar un espacio de salida para el humo y colocarlos de forma que sea posible moverlos y sacudirlos desde dentro, por si se amontona la nieve.

Mientras caminaban, Ayla pensó en lo contenta que estaba de conocer a Deegie. Uba había sido para ella como una hermana y la quería, pero era menor, la verdadera hija de Iza; esa diferencia era inevitable. Ayla no había conocido nunca a nadie de su misma edad que pareciera comprender cuanto ella decía, con tantas cosas en común.

Dejaron en el suelo la pesada bolsa de agua y se detuvieron a descansar un rato.

—Ayla, enséñame a decir con señales «Te amo»; quiero decírselo a Branag cuando vuelva a verle —dijo Deegie.

—Clan no tiene esa señal.

—¿Acaso no se aman? Cuando hablas de ellos haces que parezcan tan humanos…

—Sí, se aman, pero son discretos… No, ésa no es la palabra…

—Creo que quieres decir «sutiles».

—Sutiles… para mostrar sentimientos. La madre puede decir hijo: «Me llenas de felicidad». —Ayla mostró a su compañera el signo correspondiente—. Pero mujer no debe tan abierta… No. ¿Franca? —Esperó a que Deegie confirmara la palabra elegida antes de continuar—: Franca… sobre sentimiento por hombre.

La joven mamutoi estaba intrigada.

—¿Y qué debe hacer? Yo tuve que revelar a Branag lo que sentía por él cuando descubrí que me estaba observando en las Reuniones de Verano, igual que yo a él. No sé qué habría hecho de no poder decírselo.

—Mujer Clan no dice: muestra. Mujer hace cosas por hombre amado: cocina comida él gusta, hace infusión favorita de mañana, para él despierta. Hace ropa especial, cuero muy suave, o ropa de pies con piel dentro, abrigada. Muestra que está muy atenta para aprender costumbres, humor, conoce, cuida.

Deegie asintió.

—Es un buen modo de decir a alguien que le amas. Es agradable hacer cosas el uno por el otro. Pero ¿cómo sabe la mujer si él la ama? ¿Qué hace el hombre por la

mujer?

—Una vez, Goov ponerse en peligro para matar leopardo de las nieves que asustaba a Ovra, acechaba muy cerca cueva. Ella sabe que él hizo por ella, aunque él da cuero a Creb, Iza hace abrigo para mí.

—¡Eso sí que es sutil! No creo haber comprendido —rió la muchacha—. ¿Cómo saber que lo hizo por ella?

—Ovra dijo a mí después. Entonces yo no sabía, muy joven, todavía aprendiendo. Señales de manos no todo lenguaje de Clan. Mucho más dice cara, y ojos, y cuerpo. Modo de caminar, girar cabeza, músculos de hombros, si sabes, dice más que palabras. Mucho tiempo aprender lenguaje de Clan.

—Me sorprende. ¡Con lo rápido que estás aprendiendo el mamutoi! Te observo y cada día hablas mejor. Ojalá tuviera tu facilidad para los idiomas.

—Todavía no bien. Muchas palabras no sé, pero pienso en decir palabras a manera de Clan. Escucho palabras y miro aspecto cara, advierto sonido de palabras, cómo éstas se juntan, cómo cuerpo mueve… y trato de recordar. Cuando enseño a Rydag y a otros señales de mano, yo también aprendo. Aprendo tu idioma, más. Debo aprender, Deegie —agregó, con un fervor que revelaba su tesón.

—Para ti no es sólo un juego, ¿verdad?, como las señales de las manos para nosotros. Es divertido pensar que podemos ir a las Reuniones de Verano y hablarnos sin que nadie se dé cuenta.

—Me alegro que todos divertirse y querer saber más. Por Rydag. Él ahora divertirse, pero no juego para él.

—No, supongo que no—. Iban a coger otra vez la bolsa de agua, pero Deegie se detuvo, clavando la vista en Ayla—. Al principio no comprendía por qué Nezzie quería quedárselo. Después me fui acostumbrando y llegué a tomarle cariño. Ahora es uno de nosotros; si no estuviera aquí, le echaría de menos, pero no se me había ocurrido que él pudiera tener necesidad de hablar. Creía que una idea semejante ni siquiera le pasaría por la imaginación.

Jondalar, de pie a la entrada del albergue, contemplaba a las dos mujeres que se aproximaban enfrascadas en su conversación. Le complacía que Ayla se adaptara tan bien. Cuando pensaba en ello, le parecía asombroso que, de todos los grupos con los que podían haber tropezado, fuera justamente éste el único que tenía un niño de espíritus mezclados; probablemente era lo que les hacía sentirse mejor dispuestos a aceptarla. Pero en una cosa había estado en lo cierto; Ayla no vacilaba en revelar su historia.

Bueno, al menos no les había dicho nada de su hijo. Una cosa era que alguien como Nezzie abriera su corazón a un huérfano y otra muy distinta recibir a una mujer cuyo espíritu se hubiera mezclado con el de un cabeza chata, a una mujer que había dado a luz una abominación. Existía siempre el temor soterrado de que esto volviera a repetirse; si ella atraía a ciertos espíritus no convenientes, bien podrían éstos desviarse hacia las otras mujeres del grupo.

De pronto, aquel hombre alto y apuesto enrojeció. «Ayla no considera que su hijo sea una abominación», pensó mortificado. Él se había apartado, lleno de asco, al enterarse de su existencia. Eso enfureció a Ayla. Jondalar nunca la había visto tan enojada. Pero un hijo era un hijo, y ella, desde luego, no se avergonzaba de haberlo tenido. «Tiene razón. Doni me lo dijo en un sueño. Los cabezas chatas, los del Clan… también son hijos de la Madre. Basta fijarse en Rydag. Es mucho más inteligente de lo que yo imaginaba. Su aspecto es algo diferente, pero, aun así, es humano y muy simpático». Después de haber pasado algunos ratos con el pequeño, había descubierto lo inteligente y maduro que era, hasta el punto de dar muestras de cierto ingenio irónico, sobre todo cuando se mencionaba su diferencia o su debilidad.

Jondalar advertía el sentimiento de adoración en los ojos del niño cada vez que Ayla aparecía ante él. Ella le había dicho que los niños de aquella edad, dentro del Clan, eran casi adolescentes, más o menos como Danug, pero también cabía pensar que su debilidad podía haberle hecho madurar con antelación.

«Ella tiene razón. Yo sé que tiene razón cuando habla de esa gente. Pero… si al menos no los mencionara…, sería mucho más fácil. Si no lo dijera, nadie se daría cuenta».

De inmediato se reconvino: «Ella lo considera su pueblo, Jondalar». Y sintió que la cara le ardía otra vez, enfurecido por sus propios pensamientos. «¿Qué pensarías tú si alguien te ordenara no hablar de la gente entre la que te criaste? Si ella no se avergüenza de contarlo, ¿por qué tú sí? Las cosas no han salido tan mal. Frebec no es más que un camorrista. Pero Ayla no sabe lo que la gente puede ser capaz de hacer contra uno y contra quienquiera que esté contigo. Tal vez es mejor que no lo sepa. Quizá no ocurra nada. Ella ya ha conseguido que casi todos los de este Campamento hablen como los cabezas chatas. Hasta yo».

Al ver el gran deseo que casi todos demostraban por aprender el lenguaje del Clan, también Jondalar había tomado parte en las improvisadas lecciones cada vez que alguien hacía una pregunta al respecto. La diversión del nuevo juego terminó por contagiársele: se hacían señales a distancia, compartían chistes en silencio, decían una cosa en voz alta y, por señas, otra distinta, a espaldas de alguien. Resultaba sorprendente que aquel lenguaje mudo fuera tan profundo y completo.

—Tienes la cara enrojecida, Jondalar. ¿Qué estabas pensando? —preguntó Deegie, burlona, cuando llegaron a la arcada.

No se esperaba la pregunta, y al recordar la vergüenza experimentada minutos antes, su embarazoso rubor subió de punto.

—Sin duda he estado demasiado cerca del fuego —murmuró, volviéndoles la espalda.

«¿Por qué Jondalar dice palabras que no son ciertas?», se preguntó Ayla, sin que se le pasara por alto que el joven tenía la frente arrugada y los ojos azules muy inquietos. «No ha enrojecido por el fuego, sino por los sentimientos. Justo cuando creo que he comenzado a aprender, él hace algo que no comprendo. Le observo, trato

de prestar atención. Todo parece estupendo y de pronto, sin motivo, él se enoja. Me doy cuenta de que está enojado, pero no acierto a comprender la causa. Es como el juego de decir una cosa con palabras y otra por señas. Como cuando dice palabras agradables a Ranec, pero su cuerpo dice que está enojado. ¿Por qué Ranec le enoja? Y ahora algo le perturba, pero él dice que es el calor del fuego. ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Por qué no lo comprendo? ¿Aprenderé algún día?».

Los tres se volvieron para entrar y estuvieron a punto de chocar con Talut, que salía del albergue.

—Iba a buscarte, Jondalar —dijo el jefe—. No quiero perderme un día tan hermoso. Wymez hizo algunas exploraciones fortuitas al venir. Dice que vieron un rebaño de bisontes. Después de comer iremos a cazarlos. ¿Te gustaría participar?

—¡Claro que sí! —respondió Jondalar, con una gran sonrisa.

—He pedido a Mamut que estudie el tiempo y efectúe una Búsqueda del rebaño. Dice que las señales son buenas y que el hato no se ha alejado gran cosa. También ha dicho algo más que no he comprendido: «El camino de entrada es también el camino de salida». ¿Le encuentras sentido?

—No, pero no me extraña. Los que Sirven a la Madre dicen con frecuencia cosas que no comprendo —Jondalar sonrió—. Hablan con sombras en la lengua.

—A veces me pregunto si ellos mismos saben lo que quieren decir —convino Talut.

—Si salimos a cazar, me gustaría enseñarte algo que podría ser útil —Jondalar le llevó hasta la plataforma que ambos ocupaban en el Hogar del Mamut. Recogió un puñado de lanzas ligeras y un instrumento desconocido para Talut—. Ideé esto en el valle de Ayla, y desde entonces lo utilizamos siempre para cazar.

Ayla permanecía a un lado, observándolo todo; sintiendo que se acumulaba una horrible tensión en ella. Deseaba que la incluyeran en la cacería, pero no sabía con certeza lo que pensaba aquella gente de las mujeres cazadoras. En el pasado, la caza le había ocasionado muchos disgustos. Las mujeres del Clan tenían prohibido cazar, hasta tocar las armas, pero ella había aprendido sola a usar la honda, a pesar de la prohibición; una vez descubierta, el castigo fue severo. Después de soportarlo, hasta la permitieron cazar, dentro de ciertos límites, para apaciguar el poderoso tótem que la había protegido. Pero aquello había sido un motivo más para que Broud la odiara y, a fin de cuentas, contribuyó a su expulsión.

Sin embargo, la honda había aumentado sus posibilidades de vivir sola en el valle, proporcionándole incentivo y valor para mejorar su destreza. Ayla había sobrevivido sólo por las habilidades aprendidas como mujer del Clan, su inteligencia y coraje, cosas todas ellas que le permitieron satisfacer sus propias necesidades. Pero la caza había llegado a simbolizar para ella más que la tranquilidad de bastarse sola; era la independencia y la libertad, sus consecuencias naturales. No renunciaría fácilmente a ella.

—Ayla, ¿por qué no coges tú también tu lanzavenablos? —sugirió Jondalar. Se

volvió hacia Talut—. Yo tengo más potencia, pero Ayla es más certera que yo; os demostrará mejor que yo lo que se puede hacer con esto.

Ayla soltó el aliento (lo había estado reteniendo sin darse cuenta) y fue en busca de su lanzavenablos y sus proyectiles, mientras Jondalar conversaba con Talut. Aún le costaba creer que aquel hombre de los Otros aceptara con tanta facilidad su deseo y su destreza de cazadora, alabándola con tanta naturalidad. Parecía dar por sentado que también Talut y el Campamento del León lo aceptarían. Echó un vistazo a Deegie, preguntándose qué pensarían las mujeres.

—Si vais a probar un arma nueva, Talut, deberías avisar a mi madre. Ya sabes que ella querrá verla —observó Deegie—. Será mejor que yo también vaya a buscar mis lanzas y mis zurrones. Y una capa, porque lo más probable es que pasemos la noche fuera.

Después del desayuno, Talut llamó por señas a Wymez y se sentó en cuclillas cerca de una pequeña fogata, en el hogar de la cocina, bien iluminado por la luz que penetraba por el tragahumos. En el suelo habían clavado un utensilio hecho con la tibia de un venado. Tenía forma de cuchillo o de daga afilada, con un borde recto, sin filo, que salía desde la articulación y llegaba hasta un punto determinado. Talut lo sostuvo por la articulación y alisó la tierra con el borde plano; después le dio la vuelta para hacer marcas y líneas en la superficie alisada, utilizando la punta. Varias personas se reunieron en derredor.

—Wymez dijo que había visto a los bisontes no lejos de los tres grandes salientes del nordeste, cerca del afluente del río pequeño, que desemboca corriente arriba — explicó el jefe, mientras dibujaba un tosco mapa de la región.

No era una reproducción visual aproximada, sino un dibujo esquemático. Tampoco era necesario representar la situación con exactitud, pues los del Campamento del León conocían la zona; su dibujo sólo servía de recordatorio, para ilustrar a los presentes acerca de un sitio ya conocido. Consistía en marcas convencionales y líneas que representaban detalles distintos del paraje o ideas sobrentendidas.

Su mapa no mostraba la ruta que seguía el agua por la región; no era una perspectiva a vista de pájaro. Por tanto, dibujó varias líneas en zigzag para indicar el río y las agregó a ambos lados de una línea recta, para señalar un afluente.

Ellos sabían de dónde venían los ríos y adónde conducían; también que era posible seguirlos hasta ciertos destinos. Lo mismo ocurría con otros accidentes geográficos, aunque los salientes rocosos, por ejemplo, sufrían menos alteraciones. En una tierra tan próxima al glaciar, pero sujeta a los cambios estacionales de las latitudes inferiores, el hielo y la escarcha permanente provocaban alteraciones drásticas en el paisaje. A excepción de los ríos más grandes, el deshielo del glaciar podía cambiar un curso de agua de una estación a otra, así como las colinas de hielo, que se fundían en verano formando pantanos. Los cazadores de mamuts concebían el terreno físico como un todo, en el cual los ríos eran sólo un elemento más.

Talut tampoco pensaba en dibujar líneas a escala para indicar la longitud de un río o de una senda, en kilómetros o en pasos. Esas medidas lineales tenían poco significado. Para ellos, la distancia no se calculaba por lo lejos o lo cerca que estuviera un punto, sino por el tiempo que se tardaba en llegar allí, y eso se indicaba mejor por medio de una serie de líneas que representaran el número de días o alguna otra marca indicadora de números o tiempo. Aun así, un sitio podía estar más cerca o más lejos para una persona que para otra, o bien variar la distancia de una estación a otra, según el tiempo que se invirtiera en el viaje. Cuando viajaba todo el Campamento, la distancia se calculaba por el tiempo que el trayecto requería para el más lento. El mapa de Talut era perfectamente claro para los miembros del grupo, pero Ayla lo contemplaba con desconcertada fascinación.

—Indícame dónde estaban, Wymez —pidió Talut.

—Por el lado sur del afluente —respondió el otro, cogiendo el cuchillo de dibujo para agregar algunas líneas—. Es rocoso, con salientes escarpados, pero la llanura aluvial es amplia.

—Si seguís río arriba, no habrá muchas salidas por ese lado —observó Tulie.

—¿Qué opinas, Mamut? —preguntó Talut—. Dijiste que no se habían alejado mucho.

El viejo chamán tomó el cuchillo de dibujo e hizo una pausa, con los ojos cerrados.

—Hay un arroyo que viene hacia aquí, entre el segundo y el último saliente —dijo, mientras dibujaba unas rayas—. Es probable que avancen hacia allí, buscando una salida.

—¡Conozco el lugar! —dijo Talut—. Si se sigue corriente arriba, la llanura aluvial se estrecha y luego queda encerrada entre rocas altas. Es un buen sitio para atraparlos. ¿Cuántos son?

Wymez cogió la herramienta y trazó varias líneas a lo largo del borde. Después de una breve vacilación, añadió una más.

—Vi esta cantidad, estoy casi seguro —dijo, clavando el cuchillo en tierra.

Tulie recogió el hueso y agregó otras tres.

—Yo vi este número más atrás; uno parecía bastante joven, o débil tal vez.

Danug cogió el instrumento y agregó una última línea.

—Creo que eran gemelos. Yo vi otro extraviado. ¿Tú viste dos Deegie?

—No recuerdo.

—Sólo tenía ojos para Branag —intervino Wymez, con una indulgente sonrisa.

—Ese sitio está a medio día de aquí, ¿verdad? —preguntó Talut.

Wymez asintió.

—Medio día a buen paso.

—Entonces deberíamos partir ahora mismo —el jefe hizo una pausa, pensativo—. Hace tiempo que no voy por allí. Me gustaría conocer la disposición del terreno. Tal vez…

—Alguien dispuesto a correr podría adelantarse, echar una ojeada y reunirse con nosotros en el camino —propuso Tulie, adivinando el pensamiento de su hermano.

—Es un trayecto largo —el jefe miró a Danug.

El desgarbado jovencito iba a hablar, pero Ayla fue más rápida.

—Para caballo no. Caballo corre mucho. Yo puedo ir con Whinney, pero no conozco lugar —dijo.

Talut, después de una primera sorpresa, le dedicó una amplia sonrisa.

—¡Podríamos darte un mapa! Como éste —dijo, señalando el dibujo trazado en el suelo. Miró en torno y cogió un trozo de marfil roto que descubrió cerca del montón de huesos para combustible. Después sacó su afilado cuchillo de pedernal—. Mira, vas con rumbo norte hasta que llegues al arroyo grande —comenzó a trazar líneas en zigzag para indicar agua—. Antes tienes que cruzar uno más pequeño. No vayas a confundirte.

Ayla frunció el ceño.

—No comprendo mapa —dijo—. Antes no haber visto mapa.

Talut, con expresión desilusionada, dejó caer el trozo de marfil.

—¿Y si la acompañara alguien? —sugirió Jondalar—. La yegua puede cargar con dos. Yo he montado con ella.

Talut volvió a sonreír.

—¡Buena idea! ¿Quién quiere ir?

—¡Yo! Yo conozco el camino —anunció una voz.

Inmediatamente, otra:

—Yo sé por dónde ir. Acabo de venir de allí.

Latie y Danug habían hablado casi al mismo tiempo. Varios más parecían a punto de imitarles. Talut paseó la mirada entre ellos y acabó por encogerse de hombros.

—Elige tú —dijo a Ayla.

Ella contempló al joven; era casi tan alto como Jondalar, con el rojo pelo de Talut y la sombra de una barba incipiente. Luego, a la niña alta y delgada; aún no era una mujer, pero faltaba poco; su pelo, rubio oscuro, era algo más claro que el de Nezzie. En los ojos de ambos había una esperanza anhelante. Ayla no supo a cuál elegir. Danug era casi un hombre y habría sido preferible inclinarse por él, pero Latie tenía algo que le hacía pensar en sí misma. Recordó las ansias que se reflejaban en su rostro al ver a los caballos por primera vez.

—Creo que Whinney irá más rápido si no mucho peso. Danug es hombre —dijo, dirigiendo al muchacho una cálida sonrisa—. Esta vez, mejor Latie.

Danug asintió, azorado, y se apartó un poco; buscaba el modo de dominar la súbita mezcla de emociones que acababa de abrumarle. Aunque muy desilusionado por no ir, la deslumbrante sonrisa de Ayla, su manera de llamarle «hombre» le había hecho subir la sangre a la cabeza, acelerándole el corazón… y provocándole una embarazosa tensión en las ingles.

Latie corrió a ponerse las pieles de reno, cálidas y ligeras, que se ponía para

viajar. Preparó su zurrón, agregó la comida y el agua que Nezzie le había preparado y estuvo lista para partir antes de que Ayla hubiera acabado de vestirse. Observó a Jondalar, ocupado en ayudar a Ayla a sujetar los cestos laterales al lomo de Whinney, con el arnés ideado por aquélla. La joven puso en un cesto la comida y el agua que le entregaba Nezzie, junto con sus cosas; en el otro, el zurrón de Latie. Luego se aferró a las crines para montar a horcajadas. Jondalar ayudó a la niña a sentarse delante de Ayla.

Desde el lomo de la yegua amarilla, Latie contempló a la gente del Campamento, mirando hacia abajo, con los ojos desbordantes de felicidad. Danug se acercó con cierta timidez, para entregar a Latie el fragmento de marfil.

—Toma, he completado el mapa que Talut empezó, para facilitaros el viaje.

—Oh, gracias, Danug —agregó Ayla, con su cautivadora sonrisa. El rostro del muchacho se puso casi tan rojo como su pelo. Cuando la mujer y la niña partieron a lomos de la yegua, él las saludó con la mano, con la palma hacia adentro, para indicar: «Volved pronto».

Jondalar retenía con un brazo al potrillo, que forcejeaba por seguirlas, con la cabeza en alto y el hocico al viento. El otro brazo fue a rodear los hombros del jovencito.

—Has sido muy amable. Sé que deseabas ir y estoy seguro de que podrás montar a caballo en otra ocasión.

Danug se limitó a asentir. En aquel momento no pensaba precisamente en montar a caballo.

Una vez que llegaron a las estepas, Ayla guió a la yegua con sutiles movimientos del cuerpo y Whinney se lanzó al galope con rumbo norte. El suelo se iba borrando bajo el rápido golpear de los cascos de la yegua; a Latie le costaba creer que estuviera corriendo por la estepa a lomos de un caballo. La sonrisa de júbilo que tenía al partir permanecía aún en sus labios, aunque a veces cerraba los ojos, inclinada hacia delante para sentir el viento en la cara. Sentía una euforia indescriptible. Nunca había soñado que algo pudiese ser tan excitante.

Los demás cazadores se pusieron en marcha tras ellas, poco después de su partida. Todos los que estaban en condiciones y bien dispuestos se agregaron al grupo. El Hogar del León contribuyó con tres cazadores. Latie era muy joven; hacía muy poco tiempo que se le permitía acompañar a Talut y a Danug. Su madre había demostrado años atrás el mismo afán por participar, pero ahora salía de caza muy rara vez; prefería quedarse a cuidar de Rugie y de Rydag, y ocuparse también de los otros pequeños. Desde que adoptó a Rydag, había participado en muy pocas cacerías.

El Hogar del Zorro contaba sólo con dos hombres, y tanto Wymez como Ranec cazaban; en cambio, del Hogar del Mamut sólo participaron los visitantes, Ayla y Jondalar. Mamut era demasiado viejo.

Manuv habría querido ir, pero se quedó para no retrasar al grupo. También Tronie se quedó, con Nuvie y Hartal. Salvo en ocasiones especiales en que los niños servían de ayuda, ya no participaba en cacerías. Por tanto, Tornec fue el único cazador del Hogar del Reno, así como Frebec fue el único del de la Cigüeña. Fralie y Crozie permanecieron en el campamento, con Crisavec y Tasher.

Tulie se las había arreglado para participar en las cacerías cuando aún tenía hijos pequeños, y el Hogar del Uro estaba bien representado. Además de la jefa iban Barzec, Deegie y Druwez. Brian hizo lo posible para convencer a su madre de que le dejara ir, pero tuvo que quedarse con Nezzie, así como con su hermana Tusie, contentándole con la promesa de que pronto tendría la edad suficiente.

Los cazadores subieron juntos la cuesta. En cuanto llegaron a la pradera, Talut impuso la marcha rápida.

—También a mí me parece que el día es demasiado hermoso como para desperdiciarlo —dijo Nezzie, dejando con firmeza su taza. El grupo se había reunido ante el hogar exterior, tras la partida de los cazadores, para terminar los restos del desayuno y tomar una infusión—. Los granos están maduros y secos. Tenía ganas de salir a cosechar en estos últimos días de buen tiempo. Si vamos hacia los pinos del arroyuelo, podremos recoger también algunos piñones maduros. ¿Quién quiere acompañarme?

—No creo que Fralie deba caminar tanto —dijo Crozie.

—Oh, madre —protestó Fralie—, un paseíto me sentará bien. Cuando el tiempo empeore tendremos que pasar muchos días dentro. Y no falta mucho para eso. Me gustaría ir, Nezzie.

—En ese caso será mejor que te acompañe, para ayudarte con los niños —dijo Crozie, como si hiciera un gran sacrificio, aunque le complacía la idea de salir.

Tronie no disimuló su entusiasmo.

—¡Qué buena idea, Nezzie! Puedo poner a Hartal en la mochila para coger en brazos a Nuvie si se cansa. Nada me gustaría tanto como pasar el día fuera.

—Yo me encargo de Nuvie —decidió Manuv—. No tienes por qué cargar con dos. Pero creo que lo primero que haré será coger piñones, mientras vosotros cosecháis el grano.

—Me parece que yo también iré con vosotros, Nezzie —intervino Mamut—. Tal vez a Rydag no le moleste acompañar a este viejo. Y hasta puede enseñarme alguno de los signos de Ayla, ya que los hace tan bien.

—Tú muy bien señales, Mamut —dijo Rydag, con ademanes—. Aprendes rápido. Tal vez tú enseñar a mí.

—Podemos enseñarnos mutuamente —respondió Mamut, por el mismo medio.

Nezzie sonrió. El anciano nunca había tratado al niño de espíritus mezclados de forma distinta a los otros niños del Campamento, salvo para brindarle más atenciones

a causa de su debilidad. Con frecuencia le ayudaba a cuidarle. Entre Mamut y el pequeño parecía existir un vínculo especial, y la mujer sospechó que el anciano sólo iba con ellas para mantener ocupado a Rydag mientras los demás trabajaban. También cuidaría de que nadie le obligara, inadvertidamente, a caminar más aprisa de lo que le convenía; si notaba al niño demasiado fatigado, aminoraría el paso, culpando de ello a su edad avanzada. Lo había hecho en otras ocasiones.

Cuando todos estuvieron reunidos ante la entrada del albergue, con cestos para cargar y recolectar, sacos de cuero, bolsas para el agua y alimentos para el almuerzo, Mamut sacó una pequeña estatuilla de marfil, que representaba a una mujer madura, y la clavó en el suelo, delante de la entrada. Dijo algunas palabras que sólo él conocía y agregó gestos evocaticos. El albergue quedaría desierto; por eso invocaba al espíritu de Mut, la Gran Madre, para que custodiara y protegiera la vivienda en ausencia de todos sus ocupantes.

Nadie violaría la prohibición de entrar representada por la estatuilla de la Madre ante la puerta. A menos que fuera absolutamente necesario, nadie osaría afrontar las consecuencias que, según la creencia general, acarreaba un acto semejante. Aun en caso de extrema necesidad (si alguien estaba herido o perdido en una ventisca, necesitado de abrigo), aquel que lo hiciera tomaría medidas inmediatas para apaciguar a la protectora, posiblemente furiosa y vengativa. La persona en cuestión, su familia y su Campamento pagarían una compensación superior al valor de cualquier cosa utilizada tan pronto como les fuera posible. Se harían donaciones y regalos a los miembros del Hogar del Mamut para aplacar al espíritu de la Gran Madre con oraciones y explicaciones, con promesas de buenas acciones o futuras compensaciones. La medida de Mamut era más eficaz que cualquier cerrojo.

Cuando el anciano se apartó de la entrada, Nezzie se echó un cesto a la espalda y ajustó la correa a su frente. Después levantó a Rydag y le acomodó sobre su amplia cadera, para llevarle cuesta arriba. Empujando ante sí a Rugie, Tusie y Brinan, inició el ascenso hacia la estepa. Los demás la siguieron; pronto la otra mitad del Campamento cruzaba las praderas abiertas para pasar el día cosechando los granos y semillas que habían sido sembrados para ellos por la Gran Madre Tierra. Aquel trabajo, la contribución de los recolectores a la despensa común, no era considerada menos valiosa que la de los cazadores. Pero ni una ni otra representaban sólo trabajo. La compañía y la solidaridad hacían del trabajo una diversión.

La yegua cruzó chapoteando un arroyo de poca profundidad, pero antes de que llegaran a otro curso de agua, al mayor, Ayla hizo que aminorara la marcha.

—¿Éste es arroyo que seguimos? —preguntó Ayla.

—No lo creo —repuso Latie, y consultó las marcas hechas en el trozo de marfil —. No, mira esto: es el pequeño, el que cruzamos. Ahora cruzaremos éste también. En el siguiente cambiaremos de dirección para seguirlo corriente arriba.

—No parece hondo aquí. ¿Buen sitio para cruzar?

Latie miró a un lado y a otro.

—Algo más arriba hay un lugar mejor. Sólo tendremos que quitarnos las botas y remangarnos los pantalones.

Se encaminaron corriente arriba, pero, al llegar al amplio vado, donde el agua, al estrellarse, formaba espuma contra las rocas salientes, Ayla no se detuvo. Hizo que Whinney entrara en el agua y dejó que ella escogiera el camino. Ya en el otro lado, la yegua partió al galope. Latie sonreía otra vez.

—¡Ni siquiera nos hemos mojado! —exclamó—. Sólo unas cuantas salpicaduras.

Cuando llegaron al siguiente curso de agua, Ayla puso a la yegua rumbo este y permitió que tomara un paso más descansado. Sin embargo, aquel trote lento era mucho más veloz que la marcha humana, aun a la carrera, de modo que avanzaron con celeridad. El terreno iba cambiando; gradualmente se tornaba más escarpado y ganaba en altura. Latie se sorprendió de que Ayla se detuviera, señalando un arroyo procedente del lado opuesto, formando una amplia V con el que estaban siguiendo. La niña no esperaba encontrar tan pronto el afluente, pero Ayla, que había reparado en la turbulencia, estaba alerta. Desde donde se encontraban podían ver tres grandes salientes graníticos, una cara mellada en la orilla opuesta y dos más en la que ellas estaban, río arriba, en donde se unían formando un ángulo.

Siguiendo aquel brazo del arroyo, notaron que se desviaba hacia los salientes; al acercarse al primero, vieron que el curso de agua corría entre ellos. A poca distancia, Ayla divisó varios bisontes oscuros que pastaban entre los juncos aún verdes, cerca del agua. Señaló hacia ellos, susurrando al oído de Latie:

—No hables fuerte. Mira.

—¡Allí están! —exclamó la niña, sofocando un chillido, en un esfuerzo por dominar su entusiasmo.

Ayla miró a uno y otro lado; luego se humedeció un dedo en la boca y lo alzó para comprobar la dirección del viento.

—Viento sopla de bisontes a nosotros. Bueno. No bueno molestarlos hasta momento de cazar. Bisontes conocen caballos. Con Whinney podemos acercarnos más, pero no mucho.

Ayla guió a la yegua, dando un cuidadoso rodeo, para investigar más arriba. Una vez satisfecha, regresó por el mismo camino. Una hembra grande y vieja levantó la cabeza y les echó un vistazo sin dejar de rumiar. Tenía rota la punta del cuerno izquierdo. La mujer aminoró la marcha y dejó que Whinney recuperara sus movimientos naturales, mientras sus jinetes contenían el aliento. La yegua se detuvo y bajó la cabeza para comer algunas briznas de hierba. Como los caballos no suelen pastar cuando están nerviosos, este acto pareció tranquilizar al bisonte, que también siguió alimentándose. Ayla rodeó al pequeño rebaño con toda la celeridad posible y puso a Whinney al galope, río abajo. Cuando llegaron a las señales indicadas, volvieron hacia el sur. Tras cruzar el arroyo siguiente, se detuvieron para que

Whinney bebiera agua, haciendo ellas lo mismo, y luego continuaron viaje sin cambiar el rumbo.

El grupo de cazadores acababa de pasar el primer arroyuelo cuando Jondalar notó que Corredor tiraba de su freno en dirección a una nube de polvo que avanzaba hacia ellos. Entonces dio un golpecito en el hombro de Talut y se la señaló. El jefe distinguió a Ayla y a Latie, que galopaban hacia ellos. No tuvieron que esperar mucho tiempo para que la yegua y amazonas se detuvieran en medio de ellos. La sonrisa de Latie era de éxtasis; los ojos le centelleaban y sus mejillas estaban encendidas de entusiasmo. Después de que Talut la ayudara a bajar, Ayla pasó la pierna sobre el lomo y se dejó caer al suelo, mientras todos se reunían en derredor.

—¿No los habéis encontrado? —preguntó Talut, expresando la inquietud de todos.

Sólo otra persona habló, casi al mismo tiempo, pero en tono diferente:

—Seguro que no —se burló Frebec—. Ya me imaginaba yo que andar corriendo a caballo no serviría de nada.

Latie le contestó con sorprendido enfado:

—¿Cómo que no? Descubrimos el lugar y hasta hemos visto a los bisontes.

—¡No vas a decirme que habéis tenido tiempo de ir y volver! —Frebec sacudió la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Dónde están esos bisontes? —preguntó Wymez a la hija de su hermana, sin prestar atención a Frebec, anulando así su comentario burlón.

Latie sacó el pedazo de marfil guardado en el cesto que Whinney cargaba sobre el flanco izquierdo. Luego, con el cuchillo de pedernal que llevaba a la cintura, se sentó en el suelo y comenzó a trazar nuevas marcas en el mapa.

—El horcajo del sur pasa entre dos salientes rocosos, por aquí —dijo.

Wymez y Talut se sentaron a su lado, asintiendo, mientras Ayla y varios más la rodeaban.

—Los bisontes estaban al otro lado de los salientes, donde se abre la llanura aluvial. Todavía quedan pastos verdes cerca del agua. Vi cuatro pequeños…

Hizo cuatro marcas paralelas cortas, mientras lo decía.

—Creo, cinco —corrigió Ayla.

Latie levantó la vista hacia ella e hizo una señal afirmativa; mientras agregaba otra marca, comentó:

—Tenías razón con respecto a los gemelos, Danug. Y son pequeños. También había siete hembras… —miró nuevamente a Ayla, en busca de confirmación. La mujer hizo un gesto afirmativo. Entonces Latie añadió otras siete líneas paralelas, algo más largas—. Creo que sólo cuatro tenían cría —pensó por un momento—. Había algunos más, un poco más lejos.

—Cinco adultos jóvenes —agregó Ayla—. Y dos o tres más. No seguro. Tal vez

más que no vemos.

La niña hizo cinco marcas, ligeramente más largas y algo apartadas de las primeras; por fin agregó tres, entre los dos grupos, haciéndolas más pequeñas. En la última marcó una pequeña señal en forma de Y para indicar que había terminado, que aquél era el número total de bisontes contados. Sus marcas se habían sobrepuesto a otras hechas en el marfil con anterioridad, pero no tenía importancia. Ya habían cumplido su finalidad.

Talut cogió el trozo de marfil y lo estudió. Luego miró a Ayla.

—¿Habéis visto hacia dónde se encaminaban?

—Río arriba, creo. Vamos alrededor rebaño, cuidado, no molestar. No huellas otro lado, pasto no comido —dijo ella.

El jefe asintió e hizo una pausa, obviamente para pensar.

—Dices que disteis un rodeo. ¿Os alejasteis mucho río arriba?

—Sí.

—Por lo que yo recuerdo, la llanura aluvial se estrecha hasta desaparecer y las rocas altas se cierran sobre el arroyo. No hay modo de salir. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí… Pero tal vez modo de salir, sí.

—¿Cómo?

—Antes de rocas altas, costado empinado, árboles, arbustos espesos con espinas, pero cerca de rocas hay arroyo seco. Como camino empinado. Es camino de salida, creo —dijo.

Talut frunció el ceño. Después miró a Wymez y a Tulie, lanzando una carcajada.

—¡El camino de salida es también el camino de entrada! ¡Como dijo Mamut!

Wymez puso cara de desconcierto, pero un momento después sonreía ligeramente. Tulie les miró a ambos. Por fin apareció en su rostro una luz de comprensión.

—¡Claro! Podemos entrar por allí, construir un corral para atraparlos, ir por el otro lado y obligarles a meterse en él —dijo, explicándoselo a todos los demás—. Alguien tendrá que vigilar para que no nos olfateen y vuelvan río abajo mientras estamos construyendo la barrera.

—Parece trabajo adecuado para Danug y Latie —dijo Talut.

—Creo que Druwez puede ayudarles —indicó Barzec—. Si creéis que hace falta más ayuda, iré yo mismo.

—¡Bien! —aceptó Talut—. ¿Por qué no vas con ellos, Barzec, y sigues el arroyo corriente arriba? Conozco un modo más rápido de llegar al extremo trasero. Cortaremos desde aquí. Vosotros los mantendréis rodeados. En cuanto tengamos la trampa lista, retrocederemos para ayudaros a conseguir que se metan en el cercado.

Capítulo 7

El lecho del arroyo era una ringlera de barro seco y rocas, que atravesaba una colina escarpada y boscosa. Conducía hasta una planicie aluvial, nivelada y estrecha, junto a un torrente que pasaba entre rocas, en una serie de rápidas y pequeñas cascadas. Ayla, después de bajar a pie, volvió por los caballos. Tanto Whinney como Corredor estaban habituados al empinado sendero que conducía a su cueva del valle, por lo que descendieron sin ninguna dificultad.

La joven liberó a Whinney de los cestos y el arnés para que pudiera pastar en libertad, pero a Jondalar le preocupaba dejar a Corredor sin ronzal; ni Ayla ni él podían dominarlo bien sin aquella atadura, y estaba lo bastante crecido como para mostrarse rebelde cuando se le antojaba. Como el ronzal no le impedía pastar, ella aceptó dejárselo puesto, aunque habría preferido soltarlo por completo.

Eso la hizo pensar en la diferencia que existía entre Corredor y su madre. Whinney siempre había ido y venido a su antojo, pero Ayla pasaba todo su tiempo con ella, pues no tenía a nadie más. Corredor tenía a Whinney, pero su contacto con Ayla era menor. Tal vez sería conveniente que ella o Jondalar pasaran más tiempo con el caballo y trataran de enseñarle.

La barrera ya estaba en construcción cuando ella bajó a ayudar. La estaban haciendo con los materiales que podían encontrar: cantos rodados, huesos, árboles y ramas, todo entremezclado. La rica y variada vida animal de las frías planicies se renovaba constantemente, y los huesos esparcidos en el paraje eran arrastrados con frecuencia por los arroyos ocasionales, que los amontonaban al azar. Una rápida inspección llevó a descubrir un montón de huesos a poca distancia; los cazadores se dedicaron a cargar grandes tibias y costillares, y a trasladarlos hacia el centro de actividad: una zona próxima al lecho del arroyo seco. La barrera necesitaba ser lo bastante fuerte como para contener al hato de bisontes, pero no se haría de ella una estructura permanente. Se la utilizaría una sola vez; de todos modos, difícilmente resistiría a la primavera, época en que el arroyo se convertía en un torrente impetuoso.

Ayla vio que Talut balanceaba un hacha enorme, con una gigantesca cabeza de piedra, como si fuera un juguete. Se había quitado la túnica y sudaba copiosamente, en tanto se abría paso entre arbolillos tiernos y rectos, derribándolos uno tras otro con dos o tres golpes. Tornec y Frebec, encargados de recogerlos, no podían seguir su ritmo arrollador. Tulie estaba supervisando la colocación de cada elemento, provista de un hacha casi tan grande como la de su hermano, que manejaba con la misma facilidad, rompiendo árboles y huesos para encajarlos en un sitio determinado. Pocos hombres podían rivalizar en fuerza con ella.

—¡Talut! —llamó Deegie. Cargaba un extremo de un colmillo de mamut, que medía casi cinco metros. Wymez y Ranec sostenían la parte media y el otro extremo —. Hemos encontrado algunos huesos de mamut. ¿Quieres romper este colmillo?

El enorme pelirrojo sonrió.

—Este viejo monstruo debió de vivir mucho y bien —comentó, cuando lo dejaron en el suelo, mientras se colocaba a horcajadas sobre el colmillo.

Sus enormes músculos se abultaron al levantar el hacha. El aire resonó con los golpes, mientras astillas y fragmentos de marfil volaban en todas direcciones. Ayla quedó fascinada ante la facilidad con que manejaba la pesada herramienta, pero la hazaña resultaba aún más asombrosa a los ojos de Jondalar, por un motivo que nunca había tenido en cuenta: Ayla estaba más habituada a ver cómo los hombres ejecutaban prodigios de fuerza muscular. Los hombres del Clan, aunque más bajos que ella, estaban dotados de unos músculos grandes y poderosos; hasta las mujeres eran muy robustas, y la vida que Ayla llevó mientras crecía, efectuando las mismas tareas que ella, le había hecho desarrollar unos músculos insólitamente fuertes para sus huesos, más finos.

Talut dejó el hacha y se cargó al hombro una mitad del colmillo, para llevarlo hacia el cerramiento en construcción. Ayla asió la enorme herramienta y trató de moverla; le habría sido imposible utilizarla. Incluso para Jondalar era demasiado pesada: estaba hecha a la medida del corpulento jefe. Entre los dos cargaron la otra mitad del colmillo y siguieron a Talut.

Jondalar y Wymez ayudaron a colocar los engorrosos fragmentos de marfil, apuntalándolos con piedras; constituirían una sólida barrera para cualquier bisonte enfurecido. Ayla acompañó a Deegie y a Ranec en busca de huesos. Jondalar se volvió para observar al grupo, luchando por tragarse la rabia que sentía al ver al hombre de piel oscura que caminaba junto a Ayla y hacía un comentario que provocaba las risas de sus compañeras. Talut y Wymez repararon en el rostro encendido de cólera del joven y apuesto visitante e intercambiaron una mirada significativa, pero sin pronunciar palabra.

El último elemento de la barrera era el portón. A un lado del hueco abierto en el cercado clavaron un arbolillo resistente, desprovisto de ramas. Hicieron un hoyo a manera de base y lo rodearon de piedras para que se mantuviera derecho. Lo reforzaron atándolo con correas a los pesados colmillos de mamut. El portón en sí fue construido con tibias, ramas y costillas, atadas firmemente a dos ramas cruzadas. Después, mientras unos lo sostenían en su sitio, otros ataron un extremo al poste, por varias partes, utilizando una atadura cruzada que le permitía girar sobre sus goznes de cuero. Cerca del otro extremo amontonaron cantos rodados y huesos pesados, para empujarlos contra el portón una vez que éste quedara cerrado.

Todo estuvo listo por la tarde, con el sol todavía alto. Como todos trabajaban al unísono, la construcción de la trampa se llevó a efecto en un plazo de tiempo asombrosamente breve. Entonces se reunieron alrededor de Talut para ingerir los alimentos secos que habían llevado consigo; mientras tanto, hacían nuevos planes.

—Lo difícil será hacerles cruzar el portón —dijo Talut—. Si logramos que pase uno, lo más probable será que los otros le sigan. Pero si pasan la barrera y se quedan

revolviéndose en este pequeño espacio, al final irán hacia el agua. El arroyo es caudaloso en este punto; algunos no pasarán, pero eso no nos sirve de nada. Los perderemos. Todo lo más, quedará algún bisonte ahogado río abajo.

—Tendremos que bloquearlos —dijo Tulie—; no permitirles que se salgan de la trampa.

—¿Cómo? —preguntó Deegie.

—Podríamos construir otro cercado —sugirió Frebec.

—¿Y cómo sabéis bisonte no irá agua cuando llegar cercado? —inquirió Ayla.

Frebec la observó con expresión despectiva, pero Talut se le adelantó a responder.

—Buena pregunta, Ayla. Además, no hay muchos materiales para construir otro.

Frebec clavó en la muchacha una mirada oscura, airada. Sentía que ella le había hecho quedar como un estúpido.

—Cualquier cosa que pudiéramos levantar para bloquear el paso sería útil —prosiguió Talut—, pero creo que alguien debería hostigarlos desde allá. Sería un puesto peligroso.

—De eso me encargo yo. Es un buen sitio para usar ese lanzavenablos del que os hablé —dijo Jondalar, mostrando un raro instrumento—. No sólo arroja una lanza a mayor distancia, sino con más fuerza que la mano. Con buena puntería, basta una lanza para matar instantáneamente, a poca distancia.

—¿Es posible? —se interesó Talut—. Más tarde hablaremos de eso. Ahora, si quieres, puedes ocupar ese puesto. Creo que yo también iré.

—Y yo —agregó Ranec.

Jondalar le miró con el ceño fruncido. No le gustaba mucho participar junto a aquel hombre que tan interesado se mostraba por Ayla.

—Yo también me apostaré aquí —dijo Tulie—. Pero en vez de construir otro cercado, deberíamos levantar burladeros separados para que cada cual pueda guarecerse detrás de ellos.

—O para correr a refugiarse —añadió Ranec—. ¿Quién te dice que no terminarán ellos persiguiéndonos a nosotros?

—Hablando de perseguir —dijo Talut, al tiempo que verificaba la altura del sol —, ahora que hemos decidido cómo actuar cuando lleguen aquí, ¿cómo haremos para que vengan? Hay que caminar mucho para alcanzarlos por detrás. Tal vez no nos baste lo que queda de día.

Ayla escuchaba con el mayor interés. Recordó a los hombres del Clan, cuando hacían planes de caza, y sus propios deseos de participar, sobre todo después de haber iniciado las prácticas con su honda. Esta vez ella formaba parte de los cazadores. Teniendo en cuenta que Talut había prestado atención a su comentario anterior y que todos habían aceptado de buen grado su propuesta de adelantarse a explorar, se sintió animada a hacer otra sugerencia.

—Whinney es buena para eso —dijo—. Perseguí muchas manadas con Whinney. Puedo ir alrededor de bisontes, buscar Barzec y otros, perseguir bisontes aquí pronto.

Vosotros esperar, acosar hasta trampa.

Talut la observó. Luego consultó a los otros cazadores con la mirada y volvió a fijar sus ojos en ella.

—¿Estás segura de poder hacerlo?

—Sí.

—¿Y cómo los rodearás? —preguntó Tulie—. A estas alturas deben de habernos olfateado; si no se van es porque Barzec y los muchachos los tienen acorralados. ¿Cuánto tiempo podrán retenerlos? ¿No les harás tomar la dirección opuesta si vas hacia ellos desde aquí?

—No creo. Caballo no molesta mucho a los bisontes, pero hago gran rodeo si vosotros querer. Caballo más rápido que uno camina —dijo Ayla.

—¡Tienes razón! Eso no puede negarse: Ayla podría cubrir ese recorrido mucho antes a caballo que nosotros a pie —reconoció Talut. Luego frunció el ceño, concentrado—. Creo que deberíamos permitirle actuar a su modo, Tulie. ¿Qué importancia tiene siempre que la cacería dé buen resultado? Nos vendría bien, sobre todo si el invierno se presenta largo y riguroso: contaríamos con más variedad de alimentos, aunque en realidad tenemos bastantes provisiones almacenadas. Si perdiéramos esta manada, no sufriríamos en absoluto.

—Cierto, pero después de tanto trabajo…

—No sería la primera vez que nos quedáramos con las manos vacías después de trabajar duro —Talut hizo otra pausa—. Lo peor que puede pasar es que perdamos la manada. En cambio, si resulta, estaremos ante un festín antes del oscurecer, y camino de casa por la mañana.

Tulie asintió.

—Está bien, Talut. Haremos lo que dices.

—Lo que propone Ayla, querrás decir. Adelántate, Ayla. Trata de atraer a esos bisontes hacia aquí.

Ayla, sonriendo, llamó a Whinney con un silbido. La yegua relinchó y se acercó al galope, seguida por Corredor.

—Jondalar, sujeta al potrillo —indicó la mujer, corriendo hacia la yegua.

—No olvides tu tiralanzas —le recordó él, alzando la voz.

Ayla se detuvo lo justo para recogerlo, junto con algunas lanzas; luego, con un movimiento tantas veces practicado, montó de un salto y se puso en marcha. Durante un buen rato, Jondalar estuvo demasiado ocupado en retener al potrillo, al que no le gustaba verse impedido de participar con su madre en una buena carrera. Debido a esta circunstancia, el hombre se libró de ver la expresión con que Ranec observaba a Ayla.

La mujer galopó a lo largo de la planicie aluvial, junto al arroyo rápido y ruidoso que había excavado un corredor sinuoso entre las escarpadas colinas. La hierba alta y los arbustos desnudos se aferraban a las laderas, suavizando la rugosidad del terreno, pero bajo el loess que llenaba las grietas se ocultaba un corazón de roca. Los salientes

rocosos revelaban el carácter esencialmente granítico de la región, dominada por colinas bajas que se elevaban hasta las peladas cimas rocosas.

Ayla aminoró la marcha al acercarse a la zona en donde había visto a los bisontes, pero ya no estaban allí. Probablemente habían percibido la creciente actividad y cambiado de dirección. En eso, al traspasar un parapeto, divisó a los animales y, algo más allá, a Barzec, de pie junto a algo que parecía un pequeño mojón.

El pastizal, más verde entre los esbeltos y desnudos árboles próximos al agua, había atraído a los bisontes hacia el valle estrecho; pero, una vez que pasaron los salientes gemelos que flanqueaban el arroyo, no tenían otra salida y se vieron obligados a adentrarse. Barzec y los cazadores más jóvenes habían visto a los bisontes diseminados a lo largo del arroyo, deteniéndose aún de vez en cuando para pastar, pero avanzando sin cesar hacia el pasaje. Les habían perseguido para obligarlos a entrar otra vez, pero con eso sólo podían detenerlos momentáneamente; los animales se agruparon con más determinación en un segundo intento por abandonar el valle. La decisión y la frustración podían llevarles a provocar una estampida.

Los cuatro cazadores se habían apostado allí para impedir que se fueran, pero sabían que les sería imposible contener una estampida. No podían seguir obligándolos a entrar, pues costaba demasiado esfuerzo; además, Barzec temía que se lanzaran en la otra dirección antes de que la trampa estuviera lista. El montón de piedras al lado del cual se encontraba Barzec cuando Ayla le vio servía para mantener erguida una rama resistente. Un trozo de tela, sujeta a ésta, batía al viento. Había visto montones similares, alrededor de huesos o ramas, a intervalos bastante cortos entre el saliente y el agua; de cada uno habían colgado una piel de dormir o una prenda de ropa. Hasta habían aprovechado incluso árboles pequeños y matas, cualquier cosa de la que pudieran sujetar algo que ondeara al viento.

Los bisontes miraban recelosos las extrañas apariciones, sin saber hasta qué punto representaban una amenaza. No querían volver por donde habían venido, pero tampoco seguir avanzando. Esporádicamente, algún animal se acercaba hacia uno de aquellos objetos, pero retrocedía al ver que ondeaba. Se estaban inmovilizando justo donde Barzec quería; Ayla quedó impresionada por la inteligencia puesta a contribución por éste.

Hizo que Whinney se acerca al saliente rocoso, tratando de rodear lentamente al rebaño, para no romper aquel precario equilibrio. Notó que la vieja hembra del cuerno roto avanzaba con cautela. No le gustaba aquella inmovilidad y parecía dispuesta a intentar la salida.

Barzec, al divisar a Ayla, echó un vistazo a los otros cazadores, que estaban a su espalda, antes de volver a mirarla con el ceño fruncido. Después de tanto esfuerzo, no era cuestión de que ella ahuyentara a los animales en la dirección indebida. Dialogó por un momento con Latie, que se había puesto a su lado, pero no apartó de la mujer y el caballo su mirada aprensiva durante los largos segundos que tardaron en llegar

hasta él.

—¿Dónde están los otros? —preguntó.

—Esperando —respondió Ayla.

—¿Y qué esperan? ¡No podemos retener eternamente a estos bisontes!

—Esperan que nosotros persigamos.

—¿Y cómo los perseguimos? ¡Somos demasiado pocos! Ya están a punto de escapar. No sé cuánto tiempo más podremos mantenerlos aquí; ni hablar de obligarles a retroceder. Tendremos que provocar una estampida.

—Whinney perseguirá —dijo Ayla.

—¡La yegua…!

—Hace antes, pero mejor si vosotros persigue también.

Danug y Druwez, que estaban apostados un poco más lejos vigilando el rebaño y arrojaban alguna que otra piedra a los animales que se enfrentaban a los batidores, se acercaron para escuchar. Estaban sorprendidos como Barzec, pero, al aflojar la vigilancia, ofrecieron una oportunidad que puso fin a la conversación.

Por el rabillo del ojo, Ayla vio que un macho joven y enorme echaba a correr, seguido por varios más. Un instante más y se perdería todo. La joven hizo girar a Whinney, dejó caer la lanza y el tirador y corrió tras el animal, arrebatando al pasar la túnica que ondeaba en una rama.

Corrió en línea recta hacia el animal, inclinada hacia delante, agitando la prenda. El bisonte agachó la testuz y trató de esquivarla. Whinney giró otra vez, mientras Ayla agitaba el cuero ante la cara del animal. El siguiente movimiento de desviación hizo que el bisonte retrocediera hacia el valle angosto, en pos de los animales que habían seguido aquel camino, mientras Whinney y Ayla le perseguían, agitando la túnica de cuero.

Otro animal emprendió la carrera, pero la muchacha logró que girara en redondo. Whinney parecía saber por anticipado cuál de los bisontes sería el siguiente en intentarlo, pero era tanto su intuición como las señales inconscientes de la mujer lo que ponían a la yegua frente a cada animal. En un principio, el adiestramiento de la yegua no había supuesto un esfuerzo consciente; cuando Ayla subió a su lomo por primera vez fue por puro impulso, sin que se le ocurriera dirigirla ni dominarla. Eso ocurrió poco a poco, al aumentar el entendimiento mutuo; la manejaba por medio de la tensión de sus piernas e imperceptibles movimientos del cuerpo. Aunque llegó a aplicarlos intencionalmente, subsistía un elemento de sutil interacción entre la mujer y su monta; con frecuencia se movían como si compartieran la misma mente.

En cuanto Ayla avanzó, los otros se dieron cuenta de la situación y se precipitaron a detener el rebaño. No era la primera vez que Ayla perseguía a un grupo de animales con Whinney, pero no habría podido hacerles cambiar de dirección sin ayuda. Las grandes bestias gibosas eran mucho más difíciles de dominar de lo que ella creía. Era casi como si algún instinto les advirtiera de que las esperaba una trampa.

Danug corrió en ayuda de Ayla, aunque ella, concentrada en detener al macho

joven, apenas reparó en él. Latie vio que uno de los gemelos emprendía la carrera. Arrancó la rama que sobresalía de un montón de piedras y la piel que ondeaba al viento y se precipitó hacia él para cortarle el paso. A fuerza de golpes en los ollares, le obligó a retroceder, mientras que Barzec y Druwez se ocupaban de una hembra tirándole piedras y agitando una piel. Por fin, los esfuerzos conjuntos desviaron la incipiente desbandada. La vieja hembra con el cuerno roto y unos pocos más lograron escapar, pero la mayoría corrió por la planicie aluvial del pequeño río, curso arriba.

Respiraron con más tranquilidad cuando el pequeño rebaño dejó atrás los salientes graníticos; pero tenían que seguir persiguiéndolos. Ayla se detuvo el tiempo indispensable para recoger su lanza y su lanzavenablos y acto seguido volvió a montar.

Talut acababa de tomar un trago de agua cuando creyó oír una especie de rumor, como un tronar lejano. Volvió la cabeza corriente abajo y escuchó unos instantes, pues no esperaba tan pronto al rebaño. Por fin apoyó la oreja contra el suelo.

—¡Ya vienen! —gritó, levantándose de un salto.

Todo el mundo corrió en busca de sus lanzas. Cada cual se apostó en el sitio escogido. Frebec, Wymez, Tornec y Deegie se dispersaron por un lado de la empinada pendiente, listos para lanzarse desde atrás y bloquear el portón. Tulie estaba más cerca de la entrada, en el lado opuesto, con el propósito de cerrar el portón una vez que los bisontes estuvieran dentro del corral.

En el espacio comprendido entre la barrera y la tumultuosa corriente se situó Ranec, a unos cuantos pasos de Tulie, y ésta, a su vez, guardaba parecida distancia respecto a Jondalar, apostado casi al borde mismo del agua. Talut eligió un sitio algo por delante de su huésped. Cada uno tenía un trozo de cuero o tela para agitarlo ante los animales, con la esperanza de desviarlos, pero también una lanza preparada. Todos, salvo Jondalar.

El instrumento de madera, estrecho y plano, que sostenía en la mano derecha, medía aproximadamente lo mismo que su brazo, desde el codo a la punta de los dedos. Tenía una ranura en el centro, a modo de tope de retroceso, un gancho en un extremo y en el otro dos lazos de cuero a ambos lados para pasar los dedos. Lo sostenía horizontalmente y encajó el extremo emplumado de una lanza ligera, rematada en una afilada punta de hueso, en el gancho de la parte trasera. Luego, sosteniendo el arma en su sitio con el pulgar y el índice introducidos en los lazos, cogió una segunda lanza con la mano izquierda, preparado para ponerla en su sitio si hacía falta efectuar un segundo lanzamiento.

Esperaron. Nadie hablaba, y en aquella silenciosa expectación, cualquier pequeño ruido adquiría amplia resonancia. Gorjeaban los pájaros, comunicándose entre ellos. El viento agitaba las ramas secas. Se oía el chapoteo de las cascadas sobre la roca y el zumbido de las moscas. El tamborileo de las pezuñas se hizo perfectamente audible.

Por fin, dominando el estruendo que se acercaba, se oyeron mugidos, gruñidos, resoplidos y gritos humanos. Todos forzaron la vista para divisar al primer bisonte

que apareciera tras el recodo del arroyo, pero no fue sólo uno. De pronto, el rebaño entero de enormes animales peludos, color castaño oscuro, con largos y mortíferos cuernos negros, galopaba en línea recta hacia ellos.

Cada cual concentró todas sus fuerzas y se preparó para el ataque. A la cabeza marchaba el gran macho joven que había estado a punto de huir. Al ver el cercado, giró en redondo, hacia el agua… y hacia los cazadores que le cerraban el paso.

Ayla, que seguía muy de cerca al rebaño, había preparado su lanzavenablos al doblar el meandro, sin saber exactamente qué hacer. Vio que el primer macho viraba directamente hacia Jondalar, seguido por varios más.

Talut corrió hacia el animal, agitando una túnica, pero el peludo macho estaba harto de cosas que ondeaban al viento y no se dejó ahuyentar. Sin pensarlo dos veces, Ayla se inclinó hacia delante y Whinney avanzó a galope tendido. Esquivando a los otros bisontes, se lanzó contra el gran macho y arrojó su lanza, en el momento en que Jondalar hacía otro tanto. Una tercera lanza voló al mismo tiempo.

La yegua pasó velozmente junto a los cazadores, salpicando a Talut, al tocar el borde del agua. Ayla aminoró la marcha hasta detenerse y regresó a toda prisa. Para entonces todo había terminado. El gran bisonte yacía en el suelo. Los que venían detrás redujeron el paso; los que estaban cerca de la pendiente no tuvieron más remedio que entrar en el cercado. En cuanto el primero traspasó la abertura, los otros le imitaron sin que fuera necesario azuzarles mucho. Tulie siguió al último y empujó el portón. En cuanto éste quedó cerrado, Tornec y Deegie hicieron girar un voluminoso canto rodado contra él. Wymez y Frebec lo ataron a los postes, mientras Tulie empujaba otro canto rodado junto al primero.

Ayla desmontó, todavía estremecida. Jondalar estaba arrodillado al lado del macho, junto con Talut y Ranec.

—La lanza de Jondalar le ha entrado por el cuello, atravesándole la garganta. Creo que eso habría sido suficiente para matarlo, aunque también la tuya lo habría hecho, Ayla. Por cierto, ni siquiera te he visto llegar —comentó Talut, algo asombrado por la hazaña—. Tu lanza está clavada muy hondo entre las costillas.

—Pero lo que hiciste fue peligroso, Ayla. Podrías haber resultado herida —observó Jondalar. Parecía enojado, pero era la reacción al miedo experimentado por ella. Por fin miró a Talut, señalando una tercera lanza—. ¿De quién es ésta? Ha sido bien lanzada: se hundió en el pecho. Ésta también le habría matado.

—Es la de Ranec —dijo Talut.

Jondalar se volvió hacia el hombre moreno y ambos se midieron con la mirada. Tal vez tuvieran diferencias y rivalidades, pero ante todo eran seres humanos, hombres que compartían un mundo bello, aunque áspero y primitivo; sabían que la supervivencia dependía del mutuo apoyo.

—Te doy las gracias —dijo Jondalar—. Si mi lanza hubiera fallado, te debería la vida.

—No, a menos que la de Ayla hubiera fallado también. Ese bisonte ha muerto tres

veces. No tenía la menor posibilidad contra ti. Parece que estás destinado a vivir. Tienes suerte, amigo mío; la Madre parece estar de tu parte. ¿Eres en todo tan afortunado? —y Ranec miró a Ayla con los ojos llenos de admiración, o algo más.

A diferencia de Talut, el hombre moreno la había visto llegar, sin preocuparse del peligro de los afilados cuernos, con el pelo al viento, los ojos llenos de terror y furia, dominando al caballo como si fuera una extensión de su propio ser; era como un espíritu vengador o como la madre de todas las criaturas vivientes defendiendo a su prole. Se diría que le importaba muy poco ser destripada, al igual que su montura. Parecía un Espíritu de la Madre, capaz de dominar al bisonte con la misma facilidad que a su yegua. Ranec nunca había visto una mujer igual; aquella mujer era todo lo que él deseaba: una mujer bella, fuerte, temeraria, amante, protectora. Una mujer de pies a cabeza.

Jondalar vio su expresión admirativa y se le retorcieron las entrañas. Ayla no podía menos de fijarse en él, responderle… Temía perderla por culpa de aquel hombre de piel oscura, tan atractivo, y no sabía qué hacer al respecto. Con los dientes apretados y la frente fruncida por el enfado y la frustración, les volvió la espalda, en un intento por disimular sus sentimientos.

Había visto a otras personas reaccionar de aquel modo; provocaban en él pena y cierto desdén. Era una conducta infantil, falta de experiencia y de sensatez; él se creía por encima de tales sentimientos. Ranec había actuado para salvarle la vida. Era un hombre. ¿Quién podía reprocharle que se sintiera atraído por Ayla? ¿Acaso ella no tenía derecho a elegir? Se odió por abrigar aquellos sentimientos, pero no podía evitarlos. Arrancó su lanza clavada en el bisonte y echó a andar.

La matanza había comenzado. Los cazadores, protegidos por el cercado, arrojaban sus lanzas contra los animales aturdidos que se revolvían en el interior de la trampa. Ayla buscó un sitio conveniente al que encaramarse y desde allí observó a Ranec, que arrojaba su arma con fuerza y precisión. Una hembra enorme cayó de rodillas. Druwez arrojó otra al mismo animal y desde otra dirección llegó una tercera. La bestia dejó caer la gran testuz entre las patas. Los lanzavenablos no tenían allí utilidad alguna. Aquel método era más eficaz.

De pronto, un macho se lanzó contra el cercado, con toda la fuerza de varias toneladas de peso. La madera se hizo astillas, las ataduras se desgarraron y los postes perdieron su estabilidad. Ayla notó que la barrera se estremecía y pegó un salto. Toda la estructura se tambaleó: ¡el bisonte tenía los cuernos atrapados! En sus esfuerzos por liberarse, sacudía toda la empalizada, que a punto estuvo de romperse.

Talut trepó al inestable portón y, con un solo golpe de su enorme hacha, partió el cráneo de la poderosa bestia. La sangre le salpicó el rostro; los sesos saltaron. El bisonte cayó, con los cuernos aún clavados, arrastrando consigo el portón debilitado y al mismo tiempo a Talut.

El corpulento jefe brincó ágilmente de la estructura derribada y, alejándose algunos pasos, descargó un golpe demoledor contra la cara del último bisonte que

seguía en pie. El portón había cumplido con su cometido.

—Ahora viene el trabajo —dijo Deegie, señalando el espacio rodeado por la cerca.

Los animales abatidos parecían montones de lana oscura. Ella se acercó al primero, desenvainando su afilado cuchillo de pedernal, y lo montó a horcajadas para abrirle el cuello. De la yugular manó sangre roja, que formó alrededor de su hocico un charco de un tono carmesí más oscuro, que se fue agrandando lentamente y tiñó de negro la tierra de un pardo grisáceo.

—Talut —llamó la muchacha, al acercarse a otro montón de piel, aún estremecido —, ven a rematar a éste, pero trata de dejar los sesos más o menos enteros. Quiero aprovecharlos.

Talut despachó rápidamente al agonizante.

Después siguió la sangrienta labor de retirar entrañas, desollar y descuartizar. Ayla ayudó a Deegie a dar la vuelta a una hembra para dejar su vientre a la vista. Jondalar también echó a andar hacia ellas, pero Ranec estaba más cerca y llegó primero. Jondalar se quedó mirando, preguntándose si necesitarían ayuda o si una cuarta persona no haría sino estorbar.

Abrieron el vientre hasta la garganta, separando las ubres llenas de leche. Ayla de un lado y Ranec del otro la emprendieron con la caja torácica; ambos tiraron hasta quebrarlo. Luego Deegie se metió a medias dentro de la cavidad, todavía caliente, y entre los tres extrajeron los órganos internos. Todo se hizo con celeridad, para que los gases intestinales no echaran a perder la carne. Por fin, se ocuparon de la piel.

Por lo visto, no necesitaban ayuda. Jondalar vio que Latie y Danug luchaban con la caja torácica de un animal más pequeño. Apartó a la niña y lo desgarró con ambas manos, en un solo esfuerzo rabioso. Pero el descuartizamiento resultó ser una labor pesada, que acabó con la cólera de Jondalar.

Ayla no ignoraba el procedimiento para desollar, pues lo había hecho sola muchas veces. Una vez separada la piel alrededor de las patas, era fácil separarlo; lo más limpio y eficaz era despegarlo con el puño desde dentro o arrancarlo a tirones. Para cortar los ligamentos se utilizaba un cuchillo especial, con mango de hueso y hoja de pedernal, afilada por ambas partes, pero redondeada y sin filo en la punta, para no atravesar el pellejo. Ayla estaba tan habituada a usar cuchillos y herramientas sin mango que se sentía algo torpe, aunque era evidente que, en cuanto se acostumbrara a ellos, dominaría su manejo.

Se retiraron los tendones de patas y lomo, que servirían para muchas cosas, desde coser hasta preparar lazos. El pellejo se convertiría en cuero o en piel sin curtir. El pelo largo y apelmazado servía para hacer cuerdas o sogas de diversos tamaños, redes para pescar o lazos para cazar pájaros y pequeños animalitos en el buen tiempo. Se recogieron todos los sesos y también algunos cascos, de los que se obtendría cola al hervirlos con huesos y fragmentos de cuero crudo. Los grandes cuernos, que alcanzaban hasta los tres metros, eran algo precioso: sus macizas puntas servían como

palancas, cuñas, punzones y dagas. La parte hueca, retirando el extremo, se convertiría en tubos cónicos para avivar el fuego o en embudos para llenar las bolsas de líquidos, polvos o semillas y para vaciarlas después. Una parte central, si se dejaba algo de la parte sólida en el fondo, serviría de taza. Con estrechos cortes transversales se lograban horquillas, brazaletes o argollas.

También guardaron los hocicos y las lenguas, bocados escogidos, así como el hígado. A continuación cortaron las reses en siete pedazos: dos cuartos traseros, dos cuartos delanteros, la parte media dividida por la mitad y el enorme cogote. Los intestinos, estómagos y vejigas, una vez lavados, se enrollaron junto con los cuernos. Más tarde los inflarían para evitar que se encogieran, a fin de utilizarlos como envases para grasas y líquidos, o flotadores para las redes de pesca. Se aprovechaban todas las partes, pero sólo cogieron las mejores y las más útiles; lo que podían llevar.

Jondalar había atado a Corredor a un árbol, cuesta arriba, para mantenerlo fuera del peligro y donde no molestara. Whinney acudió a su lado en cuanto Ayla la dejó en libertad, ya acorralados los bisontes. Tras ayudar a Latie y a Danug con el primer bisonte, Jondalar fue en busca del potrillo, pero lo encontró alterado por la proximidad de tantos animales muertos. A Whinney tampoco le gustaba, pero estaba más acostumbrada. Ayla les vio acercarse. Al mismo tiempo se dio cuenta de que Barzec y Druwez caminaban río abajo; al parecer, con la prisa por obligar a los bisontes a dar la vuelta y meterse en la trampa, habían dejado los zurrones atrás.

Se dirigió hacia ellos.

—¿Barzec, vas por zurrones? —preguntó.

—Sí, y por las mudas. Partimos con tanta prisa… Pero no lo lamento. Si tú no les hubieras hecho girar, los habríamos perdido sin duda alguna. Lo que hiciste con tu caballo fue una proeza. Nunca lo habría creído si no lo hubiera visto. Pero me sabe mal haber dejado todo allá. Con tantos bisontes muertos, acudirán todos los animales carnívoros de la región. Mientras esperábamos vi huellas de lobo que parecían frescas. A los lobos les encanta mascar cuero. A los glotones también, y se ensañan; los lobos, en cambio, lo hacen por divertirse.

—Iré con caballo por todo.

—¡No se me había ocurrido! Cuando hayamos terminado, a los carniceros les quedará mucho que comer, pero no me hace ninguna gracia dejarles ahí lo superfluo.

—Pero escondimos los zurrones, no lo olvides —le recordó Druwez—. Ella sola no podrá encontrarlos.

—Es cierto —dijo Barzec—. Creo que tendremos que ir nosotros en persona.

—¿Druwez sabe dónde? —preguntó Ayla.

El muchacho miró a Ayla y asintió. Ella le invitó con una sonrisa:

—¿Quieres venir en caballo conmigo?

La cara de Druwez se iluminó de gozo.

—¿Puedo?

Ella buscó con la vista a Jondalar y le hizo señas de que se acercara con los

caballos.

—Voy a ir con Druwez en busca de los zurrones y lo que dejaron atrás al iniciar la persecución —le dijo, hablando en zelandonii—. Dejaré que Corredor también nos acompañe. Un buen galope servirá para calmarle. A los caballos no les gustan los cadáveres. A Whinney le ocurría lo mismo al principio. Hiciste bien en dejarle puesto el ronzal, pero ahora debemos enseñarle a ser como ella.

Jondalar sonrió.

—Es una buena idea, pero ¿cómo lo harás?

Ayla frunció el ceño.

—No estoy segura. Whinney me obedece porque quiere, porque somos buenas amigas, pero en cuanto a Corredor, no sé. Se ha aficionado a ti, Jondalar. Tal vez te obedezca. Creo que nos convendría intentarlo.

—Estoy dispuesto —manifestó él—. Me gustaría poder montarlo algún día, como tú montas a Whinney.

—También a mí me gustaría, Jondalar —Ayla recordó sus antiguas esperanzas de que aquel hombre rubio de los Otros se encariñara con el potrillo de Whinney, para que así se animara a quedarse con ella en su valle. Por eso le había pedido que le pusiera nombre al animal.

Barzec, que estaba esperando sin entender aquel idioma, acabó por impacientarse un poco.

—Bueno, si vais vosotros a buscarlo, yo iré a ayudar con los bisontes.

—Un momento, ayudaré a Druwez para que monte y te acompañaré —dijo Jondalar.

Ambos le ayudaron a subir y se quedaron mirando cómo se alejaban.

Empezaba a anochecer cuando Ayla y el jovencito volvieron, por lo que ambos se apresuraron a prestar ayuda. Más tarde, mientras lavaba largos intestinos a la orilla del río, Ayla recordó haber hecho ese trabajo con las mujeres del Clan. De pronto cayó en la cuenta de que, por primera vez, había participado en una cacería como miembro aceptado del grupo.

Cuando era niña había querido acompañar a los hombres, aun sabiendo que a las mujeres les estaba prohibido cazar. Pero se honraba tanto a los cazadores por sus proezas, parecía todo tan excitante por lo que contaban, que soñaba con participar, sobre todo cuando deseaba escapar de una situación desagradable o delicada. Aquél fue el inocente comienzo que la llevaría a situaciones mucho más complicadas de lo que hubiera podido imaginar. Más adelante se le permitió cazar con honda, aunque los otros tipos de armas seguían siendo tabú; desde entonces comenzó a prestar atención, en silencio, cuando los hombres discutían sus estrategias. Los hombres del Clan no hacían casi ninguna otra cosa aparte de cazar, hablar de cacerías, fabricar armas para la caza y participar en los ritos de los cazadores. Las mujeres del Clan

desollaban y descuartizaban las presas, preparaban los cueros para confeccionar vestimentas y ropa de abrigo, conservaban y cocinaban la carne y, además, se encargaban de hacer vasijas, cuerdas, esterillas y diversos objetos domésticos, además de recoger plantas para comer, como medicinas y para otros usos.

El clan de Brun era casi tan numeroso como el Campamento del León, pero sus cazadores rara vez cazaban más de uno o dos animales en cada expedición. Por tanto, era preciso hacerlo con más frecuencia. En aquella época del año salían casi todos los días, para almacenar lo más posible en previsión del invierno. En el Campamento del León, en cambio, era la primera vez que la gente salía de caza desde la llegada de Ayla. Ella se hacía preguntas a sí misma, pero nadie más se preocupaba por ello.

Interrumpió su labor para mirar a los que estaban desollando y descuartizando a un rebaño entero. Como de cada animal se encargaban dos o tres personas, el trabajo se efectuaba en un tiempo mucho más corto de lo que ella hubiera podido imaginarse. Eso la hizo pensar en las diferencias entre ellos y los del Clan.

La mujeres Mamutoi cazaban junto a los hombres; en consecuencia, había más cazadores. No obstante, en aquel grupo había nueve hombres y sólo cuatro mujeres, pues las madres de hijos pequeños rara vez cazaban, a pesar de lo cual no cambiaba la situación. Con más miembros, la cacería era más efectiva; por añadidura, el trabajo de descuartizar y desollar se hacía con mayor eficacia al participar los hombres. Eso parecía lógico, pero Ayla tenía la sensación de que estaba pasando por alto un punto esencial. En realidad, el factor primordial era que los Mamutoi tenían otra forma de pensar. No eran tan rígidos, no estaban tan atados por las reglas que decidían sobre lo que era correcto y sobre cuanto se había hecho antes. Las funciones eran más difusas; la conducta de hombres y mujeres, menos definida y estricta. Todo parecía depender más bien de las inclinaciones personales y de lo que diera mejores resultados.

Jondalar le había dicho que, entre los suyos, a nadie se le prohibía cazar; también que si bien la caza era importante y casi todos participaban, al menos de jóvenes, nadie estaba obligado a hacerlo. Los Mamutoi, al parecer, tenían costumbres similares. Él había tratado de explicarle que algunas personas podían tener otros talentos, otras habilidades igualmente valiosas, como él mismo, por ejemplo, que había aprendido a trabajar el pedernal y tenía fama de buen artesano. En su caso, pues, como podía cambiar sus herramientas y puntas de lanza por lo que le hiciera falta, no necesitaba cazar si no deseaba hacerlo.

Ayla, sin embargo, no acababa de entenderlo. ¿Qué clase de ceremonia de virilidad realizaban si no importaba que un hombre cazara o no? Los hombres del Clan habrían estado perdidos si hubieran creído que la caza no era esencial para ellos. Un niño no se convertía en hombre en tanto no cazara su primer animal importante. Y entonces pensó en Creb, que nunca había cazado ni podía hacerlo, pues le faltaba un ojo y un brazo, además de ser cojo. Había sido el más grande de los mog-ures, el hombre más sabio del Clan, pero nunca tuvo la ceremonia de la virilidad. En el fondo, no se le consideraba hombre. Quizá sí, Ayla estaba convencida de que lo era.

Aunque ya estaba oscuro cuando terminaron, ninguno de los ensangrentados cazadores vaciló en quitarse la ropa y encaminarse hacia el arroyo. Las mujeres se lavaron un poco alejadas de los hombres, pero ambos grupos estaban a la vista. Las pieles enrolladas y las reses en canal habían sido colocadas en medio de fogatas, a fin de alejar a los depredadores y a los carroñeros. A poca distancia habían amontonado leña seca y verde, sobrante de la empleada en la construcción del cercado. Sobre una fogata se asaba un buen trozo de carne, y varias tiendas de campaña bajas habían sido instaladas en torno.

La temperatura descendió rápidamente tan pronto como la oscuridad se cernió sobre ellos. Ayla se alegró de que Tulie y Deegie la hubieran prestado algunas prendas, aunque desiguales y de distinto tamaño, mientras las suyas, lavadas para quitar la sangre, se secaban junto al fuego. Dedicó algún tiempo a los caballos, hasta asegurarse de que estuvieran cómodos y tranquilos. Whinney se mantenía dentro del círculo luminoso proyectado por el fuego donde se asaba la carne, pero lo más lejos posible de las reses apiladas y del montón de restos abandonados más allá, desde donde llegaban, de vez en cuando, gruñidos y gritos de animales.

Cuando los cazadores se hartaron de comer bisonte, bien tostado por fuera y medio crudo cerca del hueso, avivaron el fuego y se dedicaron a conversar, mientras tomaban una infusión caliente.

—Deberíais haber visto cómo se las arregló Ayla para que ese rebaño girase —decía Barzec—. No sé cuánto tiempo habríamos podido contenerles. Estaban cada vez más nerviosos y, cuando ese macho echó a correr, creí que los perderíamos.

—Creo que es de justicia agradecerle a Ayla el éxito de esta cacería —dijo Talut.

Ella se ruborizó ante los desacostumbrados elogios, pero sólo a medias por timidez. El hecho de que se reconocieran su talento y sus habilidades la inundaba de una cálida alegría. Era la aceptación que había ansiado toda su vida.

—¡Y qué tema de comentarios tan formidable para las Reuniones de Verano! —agregó Talut.

La conversación fue languideciendo. Talut recogió una rama seca, la partió en dos y puso ambos trozos en el fuego. Se produjo una erupción de chispas que iluminó los rostros de los reunidos.

—No siempre se tiene tanta suerte —comentó Tulie—. ¿Recordáis aquella vez en que estuvimos a punto de atrapar a un bisonte blanco? Lástima que se nos escapara.

—Sin duda gozaba de alguna protección especial. Tenía la certeza de que lo atraparíamos. ¿Has visto alguna vez un bisonte blanco? —preguntó Barzec a Jondalar.

—He oído hablar de ellos y hasta vi una piel —replicó éste—. Entre los Zelandonii, los animales blancos son sagrados.

—¿También los zorros y los conejos? —preguntó Deegie.

—Sí, pero no tanto. Hasta las perdices blancas lo son. Nosotros creemos que han sido tocados por Doni; por eso, los que nacen blancos y permanecen de este color

todo el año, son más sagrados —explicó Jondalar.

—Para nosotros también tienen un significado especial los animales blancos. Por eso el Hogar de la Cigüeña tiene un rango tan alto… habitualmente —aclaró Tulie, echando una mirada algo desdeñosa a Frebec—. La gran cigüeña del norte es blanca, y las aves son las mensajeras especiales de Mut. Los mamuts blancos tienen poderes fuera de lo común.

—Jamás olvidaré la cacería del mamut blanco —dijo Talut. Unas miradas cargadas de atención le alentaron a proseguir—. Cuando el explorador vino a decirnos que había visto a aquella hembra, todos nos excitamos. Darnos un mamut hembra blanco es el más alto honor que puede hacernos la Madre. Además, era la primera cacería de una Reunión de Verano; si la atrapábamos, sería buena suerte para todos.

»Los cazadores que quisieron participar tuvieron que someterse a duras pruebas de purificación y ayuno, para que todos fuéramos aceptables, y el Hogar de Mamut nos impuso limitaciones, incluso para después. Pero todos queríamos ser elegidos. Yo no era mucho mayor que Danug ahora, pero tan corpulento como él. Tal vez por eso me eligieron, y fui uno de los que la alancearon. Como en el caso del bisonte que se lanzó contra ti, Jondalar, nadie sabe qué lanza fue la que acabó con ella. Tal vez la Madre no quería que ninguna persona, ningún Campamento, se hiciera acreedor de un honor excesivo. El mamut blanco era de todos. Así era mejor. No hubo envidias ni resentimientos.

—He oído hablar de una raza de osos blancos que, por lo visto, viven muy al norte —intervino Frebec, para no quedar al margen de la conversación. Tal vez nadie pudiera atribuirse la muerte del mamut blanco, pero eso no impedía que existieran envidias o resentimientos. Todos los elegidos para integrar la partida habían alcanzado mayor rango en aquella sola oportunidad que Frebec en toda la vida.

—A mí también me han hablado de ellos —agregó Danug—. Mientras estaba en la mina de pedernal, vinieron algunos visitantes de Sungaea para intercambiar mercancías por sílex. Una de las mujeres era narradora, una gran narradora, y ella nos habló de la Madre del mundo, y de los hombres-hongo, que siguen el sol por la noche, y de muchos otros animales. También nos habló de los osos blancos. Viven entre los hielos, según dijo, y sólo comen animales marinos, pero se cree que son mansos, lo mismo que el gran oso cavernario, que no come carne. No como el oso pardo, tan cruel.

Danug no reparó en la mirada de irritación que Frebec le dirigía. No había sido su intención interrumpirle; simplemente le complacía tener algo que aportar a la conversación.

—Hombres de Clan vienen de cacería una vez y hablan rinoceronte blanco —dijo Ayla.

Frebec, aún más irritado, la miró con el ceño fruncido.

—Sí, los blancos son raros —dijo Ranec—, pero también los negros son

especiales.

Se había sentado algo apartado del fuego; su rostro apenas era visible en la sombra, exceptuando los dientes blancos y el pícaro brillo de sus ojos.

—Tú eres raro, ya lo creo, y te encanta demostrarlo en las Reuniones de Verano a todas las mujeres que quieran averiguarlo —comentó Deegie.

Ranec se echó a reír.

—¿Qué culpa tengo yo si las hijas de la Madre son tan curiosas? No te gustaría que desilusionara a ninguna, ¿verdad? Pero no hablaba por mí, sino de los gatos negros.

—¿Qué gatos negros? —preguntó Deegie.

—Wymez, tengo un vago recuerdo de un gato negro y grande —dijo entonces Ranec, volviéndose hacia su compañero de hogar—. ¿Sabes algo de eso?

—Debió de impresionarte mucho. No imaginaba que lo recordaras —replicó Wymez—. Eras poco más que un bebé, pero ¡cómo gritó tu madre! Te habías alejado. En el momento en que ella te vio, vio también a ese enorme gato negro, parecido a un leopardo de las nieves, sólo que más grande. Saltó de un árbol y ella pensó que iba a atacarte. Tal vez el grito le asustó o no era ésa su intención, porque siguió su camino. Pero ella corrió a buscarte y pasó mucho tiempo antes de que te permitiera alejarte de nuevo.

—¿Había muchos gatos negros donde vivías? —preguntó Talut.

—Muchos no, pero había. Vivían en las selvas y cazaban por la noche, de modo que rara vez se dejaban ver.

—Serían tan raros como los leopardos blancos aquí, ¿no? Los bisontes son oscuros, y algunos mamuts, pero nunca negros del todo. El negro es especial. ¿Cuántos animales negros hay? —preguntó Ranec.

—Hoy, cuando ir con Druwez, ver lobo negro —dijo Ayla—. Nunca vi lobo negro antes.

—¿Era negro de verdad o sólo oscuro? —inquirió Ranec, muy interesado.

—Negro. Más claro vientre, pero negro. Lobo solitario, creo —agregó Ayla—. No veo otras huellas. En manada es… bajo rango. Se va, tal vez busca otro lobo solitario, hace nueva camada.

—¿Bajo rango? ¿Cómo sabes tanto de lobos? —preguntó Frebec.

En su voz había un dejo de burla, como si no quisiera creerla, pero también auténtico interés.

—Cuando aprendo a cazar, cazo sólo carnívoros. Sólo con honda. Observo mucho, mucho. Aprendo conocer lobos. Una vez veo loba blanca en manada. Otros lobos no gustar. Ella irse. Otros lobos no quieren lobo mal color.

—Ese lobo era negro —afirmó Druwez, con intención de defender a Ayla, sobre todo después del excitante paseo a caballo—. Yo también lo vi. Al principio no estaba seguro, pero era un lobo enteramente negro. Y creo que estaba solo.

—Hablando de lobos, esta noche deberíamos montar guardia. Si hay uno negro

por aquí, con mayor motivo —observó Talut—. Alguien tendrá que pasarse la noche en observación y vigilando.

—Necesitamos descanso —agregó Tulie, levantándose—. Mañana nos espera un largo viaje.

—Yo montaré la primera guardia —anunció Jondalar—. Cuando me canse despertaré a alguien.

—Puedes despertarme a mí —dijo Talut.

Jondalar asintió.

—Yo también vigilo —dijo Ayla.

—¿Por qué no montas guardia con Jondalar? Es una buena idea hacerlo en pareja. Así, uno mantiene despierto al otro.

Capítulo 8

—Anoche hizo frío. Esta carne está medio congelada —observó Deegie, atando un cuarto trasero al armazón que iba a cargarse a la espalda.

—Mejor así —dijo Tulie—. Pero no podemos llevar tanto. Tendremos que dejar algo.

—¿No podríamos levantar un túmulo sobre el resto con piedras del cercado? —sugirió Latie.

—Podemos, y tal vez convendría hacerlo. Es una buena idea —dijo Tulie. Estaba preparando para sí una carga tan enorme que a Ayla le pareció imposible que pudiera llevarla por muy robusta que fuera—. Pero si el tiempo cambia, acaso no volvamos a buscarlo hasta la primavera. Sería mejor si estuviera más cerca del albergue. Los animales no se acercan tanto y podríamos vigilar, pero aquí, a campo abierto, los leones cavernarios y hasta un glotón decidido podrían apoderarse de la carne.

—¿Y si vertemos agua sobre el montón para congelarlo sólidamente? Eso lo defendería de los animales. Es difícil escarbar en un montón de piedras congeladas, incluso con picos y mazas —dijo Deegie.

—Eso lo defendería de los animales, sí, pero ¿cómo lo protegerías del sol, Deegie? —preguntó Tornec—. Nadie puede garantizar que siga helando. La estación apenas está en sus comienzos.

Ayla escuchaba, contemplando cómo aquel montón de carne disminuía a medida que todo el mundo cargaba la mayor cantidad posible. No estaba habituada a disponer de tantos alimentos como para escoger sólo lo mejor. Durante su vida con el Clan había dispuesto siempre de comida suficiente y pieles para vestirse, para dormir y para otros usos, pero pocas cosas se desperdiciaban. Aun sin saber cuánto quedaría allí, ya era tanto lo que habían arrojado al montón de desechos que la afligía pensar que tendrían que dejar aún más, y era evidente que a los demás tampoco les gustaba la idea.

Vio que Danug cogía el hacha de Tulie y, blandiéndola con tanta facilidad como la mujer, cortaba un leño en dos para echarlo a la última fogata. Se acercó a él lentamente.

—Danug —dijo en voz baja—, ¿ayudarme?

—Hum…, ah…, sí —tartamudeó éste tímidamente, enrojeciendo hasta las orejas.

La voz de aquella mujer era tan grave, tan cálida, y su acento extraño resultaba tan exótico… Le había cogido desprevenido: no la había sentido acercarse. El mero hecho de estar tan cerca de su belleza le aturdía inexplicablemente.

—Necesito… dos postes —dijo ella, levantando dos dedos—. Árboles jóvenes río abajo. ¿Cortar para mí?

—Eh…, claro. Te cortaré un par de árboles.

Mientras caminaban hacia el meandro del riachuelo, Danug fue relajándose, pero no dejaba de mirar la cabeza rubia de la mujer que marchaba a su lado, un paso por

delante. Ella eligió dos alisos, aproximadamente del mismo tamaño; cuando Danug los hubo derribado, le indicó que podara las ramas y cortara las puntas para que tuviera idéntica longitud. Para entonces, la timidez del atractivo adolescente había desaparecido.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó.

—Muestro.

Con un silbido estridente, imperativo, Ayla llamó a Whinney. La yegua galopó hacia ella, con el arnés y las alforjas ya puestos. A Danug le parecía extraño ver una manta de cuero y dos cestos colgados del lomo, pero eso no parecía molestar al animal ni aminorar su paso.

—¿Cómo lograste que hiciera eso? —preguntó el muchacho.

—¿Hacer qué?

—Que venga cuando le silbas.

Ayla arrugó el ceño, pensando.

—No estoy segura, Danug. Hasta que Bebé venir, yo sola en el valle con Whinney. Ella única amiga. Crecer con mí y aprender, yo de ella, ella de mí.

—¿Es cierto que hablas con ella?

—Aprendemos, ella y yo, Danug. Whinney no habla como tú. Yo aprendo… sus signos, sus señales. Ella, míos.

—¿Como las señales de Rydag quieres decir?

—Un poquito. Animales, gente, todos tienen señales; tú también, Danug. Tú dices palabras, señales decir más. Tú hablas cuando no sabes que hablas.

Danug frunció el ceño. No estaba seguro de que le gustara el giro de la conversación.

—No comprendo —dijo, apartando la vista.

—Ahora hablamos —continuó Ayla—. Palabras no decir, pero señales decir… quieres montar a caballo. ¿Verdad?

—Bueno…, eh…, sí, me gustaría.

—Entonces, monta a caballo.

—¿Lo dices en serio? ¿Puedo, de veras, pasear a caballo? ¿Como Latie y Druwez?

Ayla sonrió.

—Ven. Necesita piedra grande para ayudar a subir primera vez.

Ayla acarició a Whinney, dándole palmaditas y hablándole con el idioma especial y palabras que habían desarrollado entre ambas: una combinación de señales y palabras del Clan, sonidos sin sentido que había inventado con su hijo, ruidos de animales, que ella imitaba a la perfección. Explicó a Whinney que Danug deseaba cabalgar; le indicó que hiciera el paseo emocionante pero no peligroso. El jovencito había aprendido algunas señales del Clan que Ayla había enseñado a Rydag y a otros miembros del Campamento y se sorprendió al comprender algunas que formaban parte de su comunicación con el animal, lo que incrementó su enorme respeto. Era,

pues, cierto que ella hablaba con los caballos; sin embargo, como Mamut cuando invocaba a los espíritus, utilizaba un lenguaje místico, poderoso y esotérico.

La yegua, entendiera o no las explicaciones, comprendió, por las señales de Ayla, que se esperaba de ella algo especial. El joven alto al que la mujer ayudaba a subir a su lomo era, para Whinney, como el hombre a quien había llegado a tratar con toda confianza. Sus largas piernas colgaban hasta cerca del suelo y no le transmitía indicaciones de dirección ni de control.

—Sujeta crines —indicó Ayla—. Si quieres correr, te inclinas adelante un poquito. Si quieres parar o más despacio, sientas derecho.

—Entonces, ¿no vas a montar conmigo? —dijo Danug, con un dejo de miedo temblándole en la voz.

—No necesita —replicó ella, y dio una súbita palmada en el flanco de Whinney.

La yegua partió con un brusco arrebato de velocidad. Danug se sintió arrojado hacia atrás, pero se aferró a las crines para enderezarse y se abrazó al cuello del animal con desesperación. Mas como, cuando Ayla montaba, el inclinarse hacia delante era una señal que exigía mayor velocidad, el resistente caballo de las llanuras frías se lanzó hacia la planicie aluvial, que por entonces ya le resultaba bastante familiar, saltando por encima de troncos y matas, sorteando rocas salientes y árboles ocasionales.

Al principio Danug quedó tan petrificado que no hizo sino mantener los ojos bien cerrados y sujetarse. Pero no tardó en comprobar que no se caía, aunque los músculos poderosos de la yegua le hacían rebotar a cada paso, y se arriesgó a abrir un poco los ojos. El corazón le palpitaba de entusiasmo, mientras observaba cómo los árboles, las matas y el suelo se convertían en imágenes borrosas a causa de la velocidad. Sin dejar de sujetarse, levantó la cabeza para mirar en derredor.

Apenas podía creer que hubieran hecho un recorrido tan largo. ¡Los grandes salientes rocosos que franqueaban el arroyo estaban allí delante! Oyó vagamente un silbido agudo, muy atrás, y de inmediato notó cierta diferencia en el paso del caballo. Whinney irrumpió entre las rocas y giró en un amplio círculo, aminorando un poco la marcha para desandar el trayecto. Danug seguía aferrado a sus crines, pero con menos miedo. Quería ver adónde iban y adoptó una posición más erguida, que Whinney interpretó como una señal de reducir la velocidad.

Cuando la yegua se fue acercando, la sonrisa que iluminaba la cara de Danug recordó a Ayla la de Talut, sobre todo cuando éste se sentía satisfecho de sí mismo. Ayla veía en aquel muchacho al jefe. Whinney se detuvo caracoleando y Ayla la condujo hasta la roca, para que Danug pudiera bajarse. Nunca había imaginado que se pudiera correr de tal modo a lomos de un caballo (eso iba más allá de su imaginación) y la experiencia superaba con creces sus más disparatadas suposiciones. Jamás la olvidaría.

Su júbilo hacía sonreír también a Ayla cada vez que le miraba. Sujetó los postes al arnés de Whinney. Cuando volvieron al campamento provisional, el muchacho seguía

sonriendo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Latie—. ¿Por qué sonríes así?

—He montado en caballo —respondió Danug.

Latie, también sonriente, asintió comprendiendo su estado de ánimo.

Casi todo lo que se podía llevar al albergue estaba ya atado a los armazones o envuelto en las pieles, que serían colgadas de fuertes varas llevadas a hombros entre dos personas. Aún quedaban piezas de carne y pieles enrolladas, pero no tantas como Ayla había pensado. Tal como ocurría en el caso de las cacerías y el descuartizamiento, resultaba fácil abarcar más si todos trabajaban juntos.

Algunas personas notaron que Ayla no se encontraba allí preparando una carga para sí y se preguntaron adónde habría ido. Cuando Jondalar la vio regresar con Whinney, que arrastraba los postes, adivinó lo que tenía pensado. La muchacha aparejó las varas de forma que los extremos más gruesos se cruzaran sobre la cruz del animal y las sujetó al arnés. Los extremos más estrechos se abrían en ángulo hacia atrás hasta descansar en el suelo. Ayla dispuso entre ambos postes una improvisada plataforma, hecha con la cubierta de la tienda de campaña, tendida sobre unas ramas transversales. Todos interrumpieron su tarea para observarla, pero nadie adivinó sus propósitos hasta que comenzó a poner sobre aquella plataforma el resto de la carne amontonada.

Después de llenar también los cestos, metió el sobrante en un zurrón para llevarlo a la espalda. Cuando hubo terminado, para sorpresa de todos, no quedaba nada en el montón. Tulie se quedó mirando a Ayla y a la yegua, con manifiesta admiración.

—Nunca se me hubiera ocurrido utilizar un caballo para llevar una carga —dijo —. En realidad, nunca se me ocurrió utilizar los caballos para nada que no fuera comer… hasta ahora.

Talut echó tierra al fuego y lo esparció para asegurarse de dejarlo apagado. Luego cargó su pesada mochila a la espalda, el zurrón sobre el hombro izquierdo y levantó la lanza para echar a andar, seguido del resto de los cazadores. Desde el primer encuentro con ellos, Jondalar se preguntaba por qué los Mamutoi fabricaban sus mochilas para cargar sobre un solo hombro. Lo comprendió enseguida al ajustar cómodamente el cuévano a la espalda antes de cargar la mochila sobre su hombro izquierdo; de ese modo podían cargar sus mochilas bien repletas; por lo visto, con frecuencia transportaban grandes cantidades.

Whinney caminaba detrás de Ayla, con la cabeza próxima al hombro de la mujer. Jondalar, llevando a Corredor del ronzal, marchaba a su lado. Talut se retrasó un poco para ponerse a su altura. Mientras caminaban intercambiaron algunas palabras. De cuando en cuando Ayla sorprendía miradas dirigidas tanto a ella como a su cabalgadura. Al poco rato, el pelirrojo comenzó a tararear una rítmica melodía; pronto estaba vocalizando sonidos al compás de sus pasos.

Hus-na, dus-na, tish-na, kish-na.

Pec-na, sec-na, ja-na-niá.
Hus-na, dus-na, tish-na, kish-na.
Pec-na, sec-na, ja-na-niá.

El resto del grupo le imitó, repitiendo las sílabas y el tono. De pronto, con una pícara sonrisa, Talut miró a Deegie y cambió las palabras, aunque manteniendo el tono y el paso.

¿Qué desea la linda Deegie?
Branag, Branag, ven a compartir mi lecho.
¿Dónde va la linda Deegie?
A retornar a las pieles vacías de su lecho.

Deegie se ruborizó, pero sonreía mientras todo el mundo lanzaba risitas de complicidad. Repitieron la estrofa una vez, respondiendo a coro a la primera pregunta de Talut, y luego se le unieron en el estribillo. Lo mismo hicieron tras la segunda pregunta antes de unir sus voces con la de Talut para el estribillo.

Hus-na, dus-na, tish-na, kish-na.
Pec-na, sec-na, ja-na-niá.

Lo cantaron varias veces hasta que el gigantesco pelirrojo improvisó otros versos, ahora dedicados a Wymez.

¿A qué se dedica Wymez en invierno?
A elaborar herramientas, a distraerse.
¿A qué se dedica Wymez en verano?
A recuperar el tiempo en que no ha podido hacer nada.

Todo el mundo rió, salvo Ranec, que rugió literalmente. Cuando los asistentes repitieron la estrofa, Wymez, por lo general poco expresivo, enrojeció al máximo sin enfadarse. Todo el mundo sabía que el fabricante de herramientas aprovechaba las Reuniones de Verano para compensar su vida absolutamente célibe durante el invierno. Jondalar disfrutaba tanto como los demás con aquellas bromas veladamente intencionadas. Ayla, en cambio, tardó en hacerse cargo de la situación y del tono humorístico del juego, sobre todo al notar el azoramiento de Deegie. Por fin se dio cuenta de que todo se hacía sin mala intención y con buen humor y empezó a entender las bromas. Las risas eran de por sí contagiosas. Al igual que los demás, también ella rió la estrofa dedicada a Wymez.

Cuando se hizo el silencio, Talut inició otra vez el estribillo y todos le imitaron,

expectantes.

Hus-na, dus-na, tish-na, kish-na.
Pec-na, sec-na, ja-na-niá.

Talut miró a Ayla con una sonrisa satisfecha y entonó.

¿Quién en Ayla busca cálido afecto?
Dos querrían compartir sus pieles.
¿Quién será el dichoso elegido?
Blanco o negro, ella elegirá entre los dos.

Ayla se sintió complacida de que la incluyeran en el juego; aunque no comprendía del todo el significado de la estrofa, se sonrojó al oír que hablaban de ella. Al rememorar la conversación de la noche anterior, sospechó que lo de blanco y negro debía de referirse a Ranec y Jondalar. La carcajada gozosa de Ranec confirmó sus sospechas, pero la preocupaba la tensa sonrisa de Jondalar, que ya no se divertía con el juego.

Fue Barzec quien entonó ahora el estribillo y también él sonrió a Ayla, anticipando a quién iba dirigido el tema de su estrofa.

¿Cómo elegirá Ayla entre los dos colores?
El negro es excelente, también el blanco lo es.
¿Cómo elegirá Ayla su amante?
Los dos pueden calentar sus pieles por la noche.

Mientras que todos repetían la estrofa, Barzec miró de refilón a Tulie, que le compensó con una mirada de tierno amor. Jondalar, en cambio, frunció el ceño sin poder seguir disimulando. No le gustaba la idea de compartir a Ayla con otro, mucho menos con el atractivo tallador de marfil. Fue ahora Ranec quien repitió el estribillo, coreado por los demás.

Hus-na, dus-na, tish-na, kish-na.
Pec-na, sec-na, ja-na-niá.

De entrada no miró a nadie: quería mantener a su auditorio unos momentos en suspenso. De repente dedicó una amplia sonrisa, sobre el fondo de su sorprendente dentadura, a Talut, el instigador de aquella justa de ingenioso humor. Todo el mundo se echó a reír de antemano en la seguridad de que lanzaría una puntada bien afilada a

quien había aguijoneado a los demás.

¿Quién es tan grande, tan pesado, tan fuerte y tan prudente?
Es la cabeza rubicunda en el Campamento del León, el bruto.
¿Quién maneja un instrumento tan pesado y grande como él?
Es el amigo de todas las mujeres. ¡Es Talut!

El corpulento jefe recibió la insinuación con un gran sonrojo. Los demás repitieron la estrofa a voz en grito y Talut repitió el estribillo. Mientras regresaban al Campamento del León, el rítmico canto marcaba sus pasos y las risas aliviaban el peso de la carga.

Nezzie salió del albergue, dejando caer la cortina tras de sí, y miró al otro lado del río. El sol estaba bajo hacia el oeste; se disponía a hundirse en un alto cúmulo de nubes, cerca del horizonte. Miraba hacia arriba, sin saber del todo por qué, pues no esperaba aún a los cazadores: habían partido apenas el día anterior y tendrían que pasar al menos dos noches fuera de casa. Sin embargo, algo la hizo mirar otra vez. ¿Qué movimiento era aquél, en la cima del sendero que conducía a las estepas?

—¡Es Talut! —gritó, al ver la silueta familiar recortándose contra el cielo. Volvió la cabeza hacia el interior, anunciando—: ¡Han vuelto! ¡Talut y los otros han vuelto!

Y corrió cuesta arriba para salirles al encuentro.

Todo el mundo salió a la carrera del albergue para saludar a los cazadores y ayudar a hombres y mujeres a liberarse de sus cargas: no contentos por cazar, habían traído ellos mismos el producto de sus esfuerzos. Pero lo que más les sorprendió fue ver al caballo, que arrastraba tras de sí un bulto demasiado pesado incluso para el más fuerte de ellos. Todos se reunieron en torno de Ayla, que retiraba más bultos de los cestos laterales. La carne y las otras partes de bisonte fueron pasando de mano en mano y llevadas de inmediato a la vivienda, donde quedaron almacenadas en un habitáculo semisubterráneo.

Cuando ya habían entrado todos, Ayla cuidó de que los caballos estuvieran cómodos: retiró el arnés de Whinney y el ronzal de Corredor. Aunque no parecía afectarles el hecho de pasar la noche al aire libre, la mujer seguía preocupándose por dejarlos solos cuando ella entraba en el albergue. Mientras el tiempo se mantuviera más o menos benigno, no estaba mal. Un poco de frío no la inquietaba, pero estaban en la estación de los cambios inesperados. ¿Qué sucedería si se desencadenaba una fuerte tormenta? ¿Dónde se refugiarían entonces los caballos?

Levantó la vista, algo preocupada. En lo alto se deslizaban unas nubes desflecadas, de colores brillantes. El sol se había puesto poco antes, dejando tras de sí un dosel de tonos estridentes. Ayla se quedó contemplando aquellos matices efímeros hasta que desaparecieron y el azul diáfano del cielo se tornó gris.

En el momento de entrar, antes de apartar la cortina interior que separaba el hogar de la cocina, oyó por casualidad un comentario sobre ella y el caballo. Todos estaban en derredor comiendo y conversando tranquilamente, pero la conversación cesó al aparecer ella. Se sintió incómoda al entrar en el primer hogar y ver que todos la miraban. Entonces Nezzie le entregó un plato de hueso y la charla se reanudó. Ayla empezó a servirse antes de pararse a mirar a su alrededor. ¿Dónde estaba la carne de bisonte que acababan de traer? No había rastro de ella por ninguna parte. Seguramente la habían guardado, pero ¿dónde?

Ayla empujó la pesada cortina de piel de mamut que cubría la entrada. Apenas se encontró en el exterior, fue a buscar los caballos. Una vez segura de que estaban bien, trató de localizar a Deegie y la saludó con una sonrisa cuando se acercó. Aunque era temprano, la muchacha había prometido enseñarle cómo se curtía el cuero al estilo de los Mamutoi. Ayla estaba especialmente interesada en averiguar el proceso empleado para teñir el cuero de rojo, como la túnica de Deegie. Jondalar había dicho que el blanco era sagrado para los Zelandonii; del mismo modo, el rojo era sagrado para Ayla, pues así lo consideraba el Clan. En la ceremonia del nombre se utilizaba una pasta de almagre, óxido rojo de hierro mezclado con grasa, preferiblemente de oso cavernario; una porción de almagre era lo primero que se metía en el saquito de los amuletos cuando se daba a conocer el tótem de una persona. Desde el comienzo hasta el final de la vida, el almagre se empleaba para muchos ritos, incluyendo el último, el del entierro. El saquito que contenía las raíces utilizadas para hacer la bebida sagrada era lo único rojo que Ayla había poseído en su vida; junto con su amuleto, constituía su mayor tesoro.

Nezzie salió del albergue llevando un gran trozo de cuero manchado por el uso.

—¡Oh, Deegie! —exclamó al ver juntas a las dos jóvenes—, necesito que alguien me ayude. Se me ocurrió hacer un gran guiso para todo el mundo. En vista de que la cacería de bisontes tuvo tanto éxito, Talut ha dicho que deberíamos hacer un festín para celebrarlo. ¿Quieres preparar esto para cocinar? He puesto brasas encendidas en el hoyo, junto al hogar grande, y el armazón ya está listo. Hay una bolsa de estiércol seco para colocar sobre las brasas. Enviaré a Danug y a Latie a buscar agua.

—Por uno de tus guisos, Nezzie, te ayudaré cuanto quieras.

—¿Puedo colaborar? —preguntó Ayla.

—¿Y yo? —se ofreció Jondalar, que se había aproximado para hablar con Ayla y había oído la conversación.

—Podéis ayudarme a sacar algunos alimentos —propuso Nezzie, mientras se volvía para entrar de nuevo en la vivienda común.

La siguieron hasta una de las arcadas constituidas por colmillos de mamut que se abrían a lo largo de los muros interiores. Ella retiró una rígida cortina formada por una piel de mamut a la cual se le había dejado el pelo, con la doble capa de pelaje

rojizo hacia el exterior. Detrás pendía una segunda cortina. Cuando Nezzie la apartó notaron una ráfaga de aire frío. Al escudriñar la zona en penumbra, distinguieron un foso grande, del tamaño de un cuarto pequeño. Tenía casi un metro de profundidad por debajo del nivel del suelo y estaba casi lleno de pequeñas reses y piezas de carne, todo ello congelado.

—¡Una despensa! —exclamó Jondalar, sosteniendo las pesadas cortinas mientras Nezzie descendía—. Nosotros también conservamos la comida congelada, pero no tan cerca. Construimos nuestros albergues bajo los salientes del acantilado o frente a alguna cueva. Pero allí es difícil mantener la carne congelada, de modo que la dejamos en el exterior.

—Clan tiene la carne congelada en invierno dentro de pozo, bajo montón de piedras —dijo Ayla; comprendía ahora qué se había hecho de la carne de bisonte traída el día anterior.

Tanto Nezzie como Jondalar pusieron cara de sorpresa. No se les había ocurrido que los del Clan guardaran carne para el invierno y aún se quedaban asombrados cuando Ayla mencionaba actividades tan avanzadas, tan humanas. Pero también a Ayla le habían sorprendido los comentarios de Jondalar sobre el sitio en donde él vivía. Suponía que todos los Otros vivían en el mismo tipo de albergues; no comprendía que aquella construcción de tierra fuese tan rara para él como para ella.

—Nosotros no tenemos tantas piedras en derredor como para hacer montículos —explicó Talut, con su voz tonante. Todos miraron al gigantesco pelirrojo que se acercaba y relevó a Jondalar del cuidado de una de las cortinas—. Deegie me ha dicho que piensas hacer un guiso, Nezzie —prosiguió, con una sonrisa complacida—. Se me ocurrió venir a ayudar.

—Este hombre huele la comida antes de ponerla al fuego —rió Nezzie, mientras revolvía en el interior del pozo. Jondalar aún seguía interesado en aquel sistema de almacenaje.

—¿Cómo hacéis para mantener la carne congelada de este modo? Dentro del albergue no hace frío —observó.

—En el invierno, la tierra se congela como una roca, pero en verano se puede excavar. Cuando construimos un albergue, cavamos lo suficiente como para llegar a la parte de la tierra que está siempre congelada, a fin de utilizarla como despensa. Eso mantiene los alimentos fríos incluso en verano, aunque no siempre estén congelados. En otoño, cuando el tiempo empieza a refrescar, la tierra se hiela. Entonces la carne se hiela en los pozos y nosotros iniciamos el almacenamiento. El cuero del mamut mantiene el frío fuera y el calor dentro —explicó Talut—. Lo mismo que el mamut cuando lo lleva puesto —añadió, con una gran sonrisa.

—A ver, Talut, coge esto —dijo Nezzie, tendiéndole un trozo duro, escarchado, de color pardo rojizo, con una gruesa capa de grasa amarillenta en un lado.

—Yo cojo —se ofreció Ayla, alargando la mano. Talut tomó la diestra de Nezzie y, aunque ella no era precisamente menuda, el vigoroso gigante la sacó como si fuera

una criatura.

—Tienes frío. Voy a tener que calentarte —le dijo. La rodeó con los brazos, levantándola del suelo para hundirle la nariz en el cuello.

—Basta, Talut. ¡Bájame! —le regañó ella, aunque le brillaba la cara de satisfacción—. Tengo mucho que hacer. No es el momento oportuno.

—Dime cuándo será el momento oportuno si quieres que te baje.

—Tenemos visitas —reprochó ella, pero le echó los brazos al cuello y le susurró algo al oído.

—¡Ésa sí es una promesa! —rugió el hombrón, depositándola en el suelo. Le dio unas palmaditas en el amplio trasero, mientras la azorada mujer se componía la ropa, tratando de recobrar su dignidad. Jondalar miró a Ayla con una sonrisa y la abrazó por la cintura.

«Otra vez ese juego», pensó Ayla. «Dicen una cosa con palabras y otra con sus gestos». Sin embargo, ya era capaz de apreciar el buen humor y el fuerte amor secreto que Talut y Nezzie compartían. De pronto notó que demostraban su amor sin evidenciarlo demasiado, como los del Clan, diciendo algo que significaba otra cosa. Con este nuevo punto de vista, captó un concepto importante que clarificaba y resolvía muchas de las preguntas que la inquietaban; esto la ayudó a comprender mejor el sentido del humor.

—¡Este Talut! —dijo Nezzie, tratando de mostrarse severa, aunque su sonrisa complacida lo desmentía—. Si no tienes otra cosa que hacer, Talut, puedes ayudar a recoger raíces —dirigiéndose a la joven, añadió—: Te mostraré dónde las guardamos, Ayla. La Madre ha sido generosa este año; la temporada resultó buena y recogimos muchas.

Rodearon una plataforma de dormir hasta llegar a otra arcada protegida por una cortina de cuero.

—Las raíces y las frutas se almacenan más arriba —dijo Talut a los visitantes, retirando la cortina para mostrarles varios cestos llenos de provisiones: chufas, nudosas y pardas, ricas en almidón, zanahorias silvestres, de color amarillo claro, suculentos tallos de ciertos juncos y otros alimentos acumulados a nivel del suelo, junto al borde de un pozo más profundo—. Duran más si se mantienen fríos, pero la congelación los ablanda. En estos pozos guardamos también las pieles, hasta que alguien desee trabajarlas, huesos para hacer herramientas y algo de marfil para Ranec. Él dice que congelado se mantiene más fresco y fácil de trabajar. El marfil sobrante y los huesos para el fuego están acumulados en el hogar de entrada y en los fosos exteriores.

—Ahora que me acuerdo, necesito una choquezuela de mamut para el guiso. Eso le da sabor y lo espesa —dijo Nezzie, que estaba llenando un cesto grande con diversas verduras—. ¿Y dónde habré puesto yo esas flores secas de cebolla?

—Siempre pensé que para sobrevivir al invierno, a los vientos y a las tormentas más fuertes, eran necesarias paredes de piedra —observó Jondalar, en tono de

admiración—. Nosotros construimos refugios dentro de las cuevas, contra los muros. Vosotros no tenéis cuevas; ni siquiera árboles para construir refugios. ¡Lo hacéis todo con mamuts!

—Por eso el Hogar del Mamut es sagrado. Cazamos también otros animales, pero nuestra vida depende del mamut —dijo Talut.

—Cuando vivía con Brecie, en el Campamento del Sauce, al sur de aquí, no vi ninguna estructura como ésta.

—¿También conoces a Brecie? —interrumpió Talut.

—Brecie y algunos de su Campamento nos sacaron a mi hermano y a mí de las arenas movedizas.

—Ella y mi hermana son viejas amigas —contó Talut—. También están emparentadas por el primer compañero de Tulie. Nos criamos juntos. Ellos llaman a su lugar de verano Campamento del Sauce, pero viven en el Campamento del Alce. Las viviendas de verano son más frágiles, no como éstas. El Campamento del León es un sitio para invernar. El Campamento del Sauce baja con frecuencia al Mar de Beran para buscar pescado, moluscos y sal con la que traficar. ¿Qué hacías tú allí?

—Thonolan y yo estábamos cruzando el delta del Río de la Gran Madre. Ella nos salvó la vida.

—Tendrás que contarnos esa historia más tarde. Todo el mundo quiere saber noticias de Brecie —dijo Talut.

Jondalar se dio cuenta de que casi todos sus relatos incluían también a Thonolan. Lo deseara o no, tendría que hablar de su hermano. No sería fácil, pero era preciso acostumbrarse o dejar de hablar.

Cruzaron el Hogar del Mamut, que, además de por el pasillo central, estaba delimitado por las separaciones hechas con hueso de mamut y cortinas de cuero, al igual que todos. Talut reparó entonces en el lanzavenablos de Jondalar.

—Buena demostración la que nos hicisteis los dos —comentó—. Aquel bisonte se paró en seco.

—Con esto se puede hacer mucho más —aseguró Jondalar, deteniéndose para recoger el instrumento—. Arroja una lanza con más potencia y a más distancia.

—¿De verdad? Entonces podrías hacernos otra demostración —propuso el jefe.

—Me gustaría, pero tendríamos que subir a las estepas para apreciar mejor la distancia. Creo que os llevaríais una sorpresa —Jondalar se volvió hacia Ayla—. ¿Por qué no traes el tuyo?

Ya fuera, Talut vio que su hermana se encaminaba hacia el río y le anunció a gritos que iban a comprobar la nueva arma de Jondalar. Todos echaron a andar cuesta arriba. Cuando llegaron a las planicies abiertas, la mayor parte del Campamento se había unido a ellos.

—¿A qué distancia puedes arrojar una lanza, Talut? —preguntó Jondalar, cuando llegaron a un sitio adecuado para la demostración—. ¿Quieres hacer una prueba?

—Por supuesto, pero ¿para qué?

—Quiero demostrarte que yo puedo arrojarla más lejos.

Esta afirmación fue coreada por una carcajada general.

—Será mejor que elijas a otro para medirte con él —aconsejó Barzec—. Ya sé que eres corpulento y bien formado y probablemente fuerte, pero nadie puede arrojar la lanza a mayor distancia que Talut. ¿Por qué no se lo demuestras, Talut? Dale una oportunidad para que vea a lo que se expone. Así podrá competir dentro de sus posibilidades. Yo podría ser un buen adversario. Tal vez el mismo Danug.

—No —dijo Jondalar, con un fulgor en los ojos, pues aquello estaba tomando visos de auténtica competición—. Si Talut es el mejor entre vosotros, sólo Talut servirá. Y apostaría a que puedo arrojar la lanza más lejos… de no ser porque no tengo nada que apostar. En realidad, apostaría a que con esto también Ayla puede arrojar una lanza más lejos, más rápido y con más precisión que Talut.

Hubo un zumbido de asombro entre los reunidos, como respuesta a la afirmación de Jondalar. Tulie miró a los visitantes; estaban demasiado confiados y tranquilos. Ambos deberían tener claro que no eran adversarios a la altura de su hermano, y hasta era dudoso que pudieran enfrentarse a ella misma. Tulie era casi tan alta como el hombre rubio y quizá más fuerte, aunque el brazo largo de Jondalar le otorgaba cierta ventaja. ¿Qué podían saber ellos que ella no supiera? Se adelantó.

—Te daré algo con qué apostar —dijo—. Si ganas, tendrás derecho a reclamarme algo, dentro de lo razonable. Y si está en mi poder, te lo concederé.

—¿Y si pierdo?

—Me darás el mismo derecho.

—¿Estás segura de querer jugarte una futura reclamación, Tulie? —preguntó Barzec a su pareja, con el ceño fruncido por la preocupación que de repente le había asaltado.

Una apuesta formulada en términos tan imprecisos, se decía preocupado, llevaba aparejado un pago más oneroso que de ordinario, no tanto porque el ganador podía presentar unas exigencias abusivas, que bien podía ocurrir, sino porque el perdedor debía asegurarse de que la apuesta estaba saldada y que no se repitiesen las reclamaciones. ¿Y quién sabía lo que podría pedir aquel extranjero?

—¿Una reclamación futura? Sí —replicó ella. Pero no agregó que estaba segura de no perder. En todo caso, si él ganaba, si era realmente capaz de hacer lo que decía, ella no perdería nada, puesto que el Campamento tendría acceso a un arma valiosa. Si perdía, tendría que satisfacer la reclamación que ella le hiciera—. ¿Qué piensas tú, Jondalar?

La mujer era astuta, pero Jondalar sonrió. No era la primera vez que apostaba por un derecho futuro; eso siempre añadía sabor al juego e interés para los espectadores. Por otra parte, deseaba compartir con otros el secreto de su descubrimiento, ver qué aceptación tenía y cómo funcionaba en una cacería en grupo. Era el paso lógico para seguir probando el arma. Con un poco de experiencia y práctica, cualquiera podía utilizarla; eso era lo mejor. En cualquier caso, llevaba tiempo practicar y aprender la

técnica, y para eso se requería mucho entusiasmo. La apuesta ayudaría a que surgiera… y él tendría un derecho futuro sobre Tulie. No le cabía la menor duda.

—¡De acuerdo! —dijo.

Ayla observaba aquel reto verbal. Aunque no acababa de comprender lo que aquella apuesta implicaba, salvo que se trataba de una cierta competencia, sabía que algo se ocultaba bajo la superficie.

—Pongamos algunos blancos aquí, para apuntar contra ellos, y varias marcas —propuso Barzec, disponiéndose a dirigir la competición—. Druwez, tú y Danug traed algunos huesos largos para plantarlos como postes.

Sonrió mientras los dos muchachos bajaban la cuesta a la carrera. Danug, tan parecido a Talut, era mucho más alto que su compañero, aunque sólo le llevaba un año. A sus trece, Druwez comenzaba a presentar una constitución musculosa y compacta, similar a la de Barzec.

Barzec estaba convencido de que aquel muchacho y la pequeña Tusie eran la progenie de su propio espíritu, así como Deegie y Tarneg eran, probablemente, del de Darnev. Sobre Brinan no estaba seguro; apenas había pasado ocho años desde su nacimiento y era difícil determinarlo. Mut podía haber elegido algún otro espíritu y no el de uno de los dos hombres del Hogar del Uro. Se parecía a Tulie y era pelirrojo, como Talut, su hermano; pero tenía personalidad propia. Darnev había tenido la misma impresión. Barzec sintió un nudo en la garganta y, por un momento, lamentó profundamente la ausencia del otro compañero de su pareja. Sin Darnev nada era lo mismo. Aunque habían pasado ya dos años, aún le lloraba tanto como Tulie.

Cuando las tibias de mamut quedaron clavadas, señalando la línea de tiro, rematadas por colas de zorro colorado y tocadas con cestos tejidos con hierbas teñidas de distintos colores en un extremo, el día comenzaba ya a tomar un aire de celebración. Partiendo desde cada poste se pusieron manojos de hierba larga, atados con cordeles, a intervalos regulares. Los niños corrían por aquella pista improvisada, aplastando la hierba con los pies y delineando mejor aún el espacio. Otros trajeron lanzas. Alguien tuvo la idea de rellenar un viejo jergón con hierbas y estiércol de mamut seco, para usarlo como blanco móvil.

Durante los preparativos, que parecían complicarse por sí mismos, Ayla comenzó a preparar el almuerzo para Jondalar, para Mamut y para ella. Pronto se sumaron todos los del Hogar del León, a fin de que Nezzie pudiera preparar su guiso de carne estofada. Talut ofreció su bebida fermentada, y todos tuvieron la impresión de que se trataba de una ocasión especial, pues él sólo sacaba su bouza para los invitados y las celebraciones. A continuación, Ranec anunció que prepararía un plato especial. Si a Ayla le sorprendió que supiera cocinar, a los otros les alegró. Tornec y Deegie dijeron que, puesto que aquello parecía un festival, bien podían… hacer algo. Ayla no comprendió la palabra, pero fue recibida con más entusiasmo que la especialidad de Ranec.

Una vez terminado el almuerzo y recogidas las cosas, la habitación se quedó

vacía. Ayla fue la última en salir. Al dejar caer la cortina de la arcada exterior notó que ya era media mañana. Los caballos se habían acercado un poco más; Whinney meneó la cabeza y la saludó con un resoplido. Las lanzas las habían dejado arriba, en la estepa, pero ella conservaba la honda, que pendía de su mano con una bolsita de guijarros redondos, recogidos a la orilla del río. No llevaba ningún cordel atado a la cintura del que pudiera colgar la honda ni pliegues en la túnica para transportar los proyectiles. La túnica y la pelliza que vestía eran lisas.

Todo el Campamento estaba en la pendiente de la competición y casi todos se encontraban ya en la cima de la cuesta en espera de que comenzara. También ella echó a andar, pero entonces vio a Rydag. El niño aguardaba, con toda paciencia, a que alguien reparara en él y le llevase en brazos, pero quienes solían ocuparse de ello (Talut, Danug y Jondalar) estaban ya en la estepa.

Ayla le sonrió e iba a levantarle cuando tuvo una idea. Giró en redondo y silbó para llamar a Whinney. La yegua y el potrillo se acercaron al galope, complacidos, pues Ayla no les había dedicado mucho tiempo durante los últimos días. Tanta gente le ocupaba el día entero. La muchacha resolvió cabalgar todas las mañanas, al menos mientras el tiempo lo permitiera. Luego cogió en brazos a Rydag y le puso a lomos de la yegua para que Whinney cargara con él cuesta arriba.

—Sujétate de las crines para no caer hacia atrás —le advirtió.

El niño asintió con la cabeza, se aferró a la gruesa pelambre oscura que dominaba la cruz del animal y dio un suspiro de felicidad.

Cuando Ayla llegó al lugar de la competición, la tensión del ambiente era palpable. Eso le hizo comprender que, a pesar del aire festivo, la prueba se había convertido en un asunto serio; la apuesta hacía que fuera algo más que una mera demostración. Dejó a Rydag montado sobre Whinney, para que pudiera verlo cómodamente, y ella permaneció de pie junto a los caballos para mantenerlos quietos. Aunque comenzaban a sentirse más tranquilos cerca de la gente, la yegua percibía la tensión general. Corredor, como siempre, percibía la tensión a través de su madre.

Todos deambulaban, expectantes; algunos arrojaban sus propias lanzas a lo largo de la pista, ahora ya bien apisonada. Aunque nadie había determinado cuándo debería comenzar la prueba, todo el mundo pareció adivinar el momento exacto para despejar la pista y guardar silencio. Talut y Jondalar estaban de pie entre los dos postes, contemplando la distancia a cubrir. Tulie esperaba junto a ambos. Jondalar había dicho al principio que hasta Ayla podía superar a Talut con su lanza, pero parecía algo tan descabellado que habían hecho caso omiso de tal comentario. La muchacha se limitó a observar la escena con ávido interés, desde uno de los laterales como una espectadora más.

Las lanzas de Talut eran más grandes y más largas que las de los demás, como si sus poderosos músculos necesitaran peso y masa para emplearse. Sin embargo, Ayla recordó que las lanzas del Clan eran aún más pesadas y voluminosas, si bien menos largas. También reparó en otras diferencias. Las lanzas del Clan estaban hechas para

clavar empujando; las de los Mamutoi, en cambio, como las de ella y las de Jondalar, estaban hechas para ser arrojadas por el aire y todas tenían plumas. El Campamento del León prefería sujetar tres en el extremo, mientras que Jondalar sólo empleaba dos. Las lanzas que ella se había fabricado en el valle en sus tiempos de soledad tenían puntas afiladas endurecidas al fuego, similares a las del Clan. Jondalar daba forma al hueso y lo afilaba hasta convertirlo en una punta que sujetaba a la vara. Los Cazadores de Mamut, al parecer, se inclinaban por las puntas de pedernal.

Sumida en estas atentas observaciones, estuvo a punto de perderse el primer tiro de Talut. Éste había retrocedido unos cuantos pasos; de pronto, tomando carrerilla, arrojó el arma con poderoso impulso. La lanza silbó junto a los espectadores y aterrizó con un golpe seco; su punta quedó medio enterrada en el suelo, con la vara vibrando por efecto del impacto. Saltaba a la vista lo que los admirados compañeros de Campamento opinaban de su hazaña. Hasta Jondalar quedó sorprendido. Esperaba un tiro largo, pero el gigante había sobrepasado ampliamente sus cálculos. No era de extrañar que aquella gente hubiera dudado de sus afirmaciones.

Jondalar midió la distancia a pasos regulares para saber lo que debía superar y volvió a la línea de tiro. Con el lanzavenablos sostenido en sentido horizontal, apoyó el extremo trasero de la vara en la ranura que recorría el artefacto en toda su longitud e hizo coincidir el agujero practicado en el extremo de la lanza con el pequeño gancho sobresaliente en la punta posterior de su invento. Pasó el índice y el pulgar por los aros de cuero instalados en el otro extremo a fin de mantener la lanza y el lanzador en perfecto equilibrio. Por fin apuntó, tiró hacia atrás y disparó.

Al hacerlo, el extremo posterior del lanzavenablos se levantó, agregando sesenta centímetros a la longitud del brazo masculino y sumando el impulso de este suplemento a la fuerza del tiro. Su lanza pasó silbando y, para sorpresa de los espectadores, superó con creces a la del jefe, que seguía clavada en el suelo. En lugar de clavarse en la tierra, aterrizó en sentido horizontal y se deslizó un trecho. Gracias al artefacto, Jondalar había duplicado sus propios tiros y, si bien no duplicaba la distancia alcanzada por Talut, la superaba en buena medida.

De pronto, antes de que los presentes pudieran recobrar el aliento y medir la diferencia entre ambos tiros, otra lanza voló silbando a lo largo de la pista. Tulie, sobresaltada, miró hacia atrás y vio a Ayla en la línea de partida, con el artefacto todavía en la mano. Desvió la vista a tiempo de ver la caída de la lanza.

Si bien Ayla no había igualado el tiro de Jondalar, la joven superaba la distancia lograda por Talut. La expresión de Tulie fue de total incredulidad.

Capítulo 9

—Tienes un derecho futuro sobre mí, Jondalar —manifestó Tulie—. Admito que llegué a creer, siquiera fuese remotamente, que podrías vencer a Talut, pero nunca imaginé que la mujer pudiera hacer lo mismo. Me gustaría ver ese…, eh…, ¿cómo lo llamas?

—Lanzavenablos. No sé de qué otro modo llamarlo. La idea se me ocurrió un día observando a Ayla manejar su honda. Pensé: «Si pudiera arrojar una lanza así de lejos y de rápido, con tanta precisión como ella arroja la piedra con su honda…». Y empecé a buscar el modo de hacerlo.

—No es la primera vez que mencionas su habilidad. ¿Tan bien lo hace? —preguntó Tulie.

Jondalar sonrió.

—Ayla, ¿por qué no coges tu honda y haces una demostración?

Ayla arrugó el ceño. No estaba habituada a esas exhibiciones públicas. Había perfeccionado su técnica en secreto; una vez que, a regañadientes, se le concedió permiso para cazar, siempre había salido sola. Tanto el Clan como ella se sentían incómodos cuando Ayla cogía un arma de caza a la vista de todos. Jondalar fue el primero en cazar con ella y en verla desplegar su destreza. Ayla miró un instante a su sonriente compañero. Le vio tranquilo, confiado; no detectaba señales que la recomendaran negarse.

Entonces hizo un gesto afirmativo con la cabeza y fue en busca de su honda y su saco de piedras, que había entregado a Rydag para arrojar la lanza. El niño la sonreía, todavía a lomos de Whinney, encantado por la sensación que ella acababa de provocar.

Al buscar un blanco adecuado, reparó en las costillas de mamut clavadas en tierra y apuntó primero hacia ellas. El ruido sonoro, casi musical, de los guijarros contra el hueso no dejó lugar a dudas de que había acertado en el blanco. Pero eso era demasiado fácil. Miró de nuevo en derredor, en busca de otro blanco. Estaba habituada a disparar contra pájaros y animales pequeños, no contra objetos.

Jondalar la sabía capaz de mucho más que golpear postes. Al recordar cierta tarde de verano, su sonrisa se acentuó. También miró a su alrededor después de desprender con el pie algunos terrones del suelo.

—¡Ayla!

Ella se volvió hacia la pista y le vio de pie, con las piernas separadas y los brazos en jarras; sostenía en equilibrio un terrón en cada hombro. Ayla frunció el ceño. Jondalar había hecho algo similar anteriormente, utilizando dos piedras, pero a ella no le gustaba verle correr aquel riesgo. Un guijarro lanzado por una honda podía ser fatal. Sin embargo, pensándolo bien, era más peligroso en apariencia que en la realidad. Dos objetos inmóviles eran blanco fácil para ella, que no había fallado tiros similares en varios años. ¿Por qué iba a errar precisamente ahora? ¿Sólo porque los

objetos estaban sostenidos por un hombre…, un hombre al que ella amaba?

Cerró los ojos, aspiró hondo y volvió a asentir con la cabeza. Después de sacar dos piedras del saco que había dejado a sus pies, unió los dos extremos de la tira de cuero y ajustó una de las piedras a la gastada concavidad del centro, con la otra piedra preparada en el hueco de la mano. Levantó la vista.

Un silencio nervioso se apoderó del grupo, colmando los espacios vacíos entre los espectadores. Nadie pronunció palabra. Nadie se atrevía a respirar siquiera. Todo era quietud, descontando la tensión que vibraba en el aire.

Ayla se concentró en el hombre y en los terrones que sostenía sobre los hombros. Cuando inició el movimiento, los presentes adelantaron el cuerpo, tensos. Con la gracia ágil y los movimientos sutiles del cazador adiestrado, que ha aprendido a ocultar sus intenciones en lo posible, la joven hizo girar el primer proyectil y lo lanzó.

Aun antes de que la primera piedra hubiera llegado a su destino, la segunda estaba ya preparada. El duro terrón que Jondalar sostenía en el hombro derecho estalló por efecto del impacto. De inmediato, antes de que nadie pudiera darse cuenta, el segundo pulverizó el bultito pardo-grisáceo del hombro izquierdo, en medio de una nube de polvo. Todo había ocurrido con tanta celeridad que algunos espectadores tuvieron la sensación de haberse perdido algo o de que se trataba de un juego de manos.

Era un juego de manos, una muestra de habilidad que pocos habrían podido igualar. Nadie había enseñado a Ayla cómo usar la honda; ella había aprendido sola, observando en secreto a los hombres de Brun, mediante la práctica y corrigiendo errores. Esa técnica de disparar inmediatamente una segunda piedra era un medio de autodefensa, ideado después de haber estado a punto de perder la vida ante un lince, tras haber fallado el primer tiro. Casi todo el mundo habría dicho que era imposible, pero ella no lo sabía: no había tenido a nadie que se lo dijera.

Aunque no tenía conciencia de ello, difícilmente habría quien pudiese competir con su destreza. En realidad no le importaba en absoluto. Para ella carecía de interés compararse con otro para ver quién era el mejor. Sólo competía consigo misma, para mejorar su propia habilidad. Conocía su capacidad; cuando se le ocurría un procedimiento nuevo, tal como el del tiro doble o el de cazar a caballo, ensayaba varios enfoques; cuando descubría alguno que parecía dar resultado, lo practicaba hasta dominarlo.

En toda actividad humana, sólo unas pocas personas, a fuerza de concentración, práctica y muchas ganas, pueden alcanzar tanta destreza como para sobrepasar a los demás. Era el caso de Ayla con su honda.

Hubo un momento de silencio en tanto los presentes soltaban el aliento retenido. Luego, murmullos de sorpresa. De pronto, Ranec comenzó a golpearse los muslos con las manos; al poco rato el Campamento entero estaba aplaudiendo del mismo modo. Ayla, que no sabía qué significaba aquello, consultó a Jondalar con la vista. Como él sonreía, radiante, comenzó a comprender que los aplausos eran una señal de

aprobación.

Tulie también aplaudía, aunque de un modo más discreto, para no mostrarse demasiado impresionada. Sin embargo, Jondalar sabía que lo estaba.

—Si crees que esto ha sido una maravilla, observa esto otro —exclamó Jondalar dirigiéndose a Tulie, al tiempo que se agachaba para recoger otros dos terrones. Advirtió que Ayla le observaba y que ya tenía otras dos piedras preparadas.

Lanzó al aire los dos terrones al mismo tiempo. Ayla reventó primero uno y luego el otro, en un estallido de polvo. Jondalar arrojó otros dos, que se volatizaron antes de tocar el suelo.

Talut irradiaba entusiasmo.

—¡Qué bien lo hace! —exclamó.

—Lanza dos tú mismo —le indicó Jondalar.

Cruzó una mirada con Ayla, recogió otros dos terrones y los levantó para mostrárselos. Ella sacó cuatro guijarros del saco: dos en cada mano. Hacía falta una coordinación excepcional sólo para colocar sucesivamente cuatro guijarros en una honda y para lanzarlos uno tras otro antes de que los terrones tocaran el suelo, pero hacerlo con precisión era un verdadero desafío para su habilidad. Jondalar oyó que Barzec y Manuv apostaban entre sí. Manuv estaba a favor de Ayla; después de haberla visto salvar la vida de la pequeña Nuvie, estaba seguro de que aquella mujer era capaz de todo.

Jondalar lanzó sus dos terrones, uno tras otro, con toda la fuerza de su mano derecha, en tanto Talut hacía lo mismo con los otros dos, lanzándolos a la mayor altura posible.

Los dos primeros, uno de Jondalar y otro de Talut, estallaron en rápida sucesión, pero pasar los otros dos guijarros de una mano a la otra representaba una pérdida de tiempo. El segundo terrón de Jondalar estaba ya en descenso y el de Talut aminoraba la celeridad del ascenso cuando Ayla tuvo lista la honda. Apuntó hacia el blanco más bajo, que iba cobrando velocidad en su caída, y disparó una piedra. Perdió más tiempo del debido viendo cómo daba en el blanco antes de sujetar el extremo suelto de la honda. Ahora tendría que darse mucha prisa.

Con un movimiento suave puso el último guijarro en la honda y, con una velocidad increíble, la hizo girar otra vez, deshaciendo el último terrón un segundo antes de que tocara el suelo.

El Campamento estalló en gritos de aprobación y felicitaciones, sin dejar de aplaudir contra los muslos.

—¡Vaya demostración, Ayla! —dijo Tulie, con cálido acento de alabanza—. Creo que nunca he visto nada parecido.

—Gracias —respondió Ayla, ruborizada de placer por la reacción de la Mujer Que Manda.

Otras personas se agolparon a su alrededor, llenándola de cumplidos. Ella sonreía con timidez, pero buscaba a Jondalar con la vista, algo incómoda por tantas

atenciones. Su compañero hablaba con Wymez y Talut, quien tenía a Rugie sobre los hombros y a Latie a un costado. Al tropezar con su mirada, la sonrió sin abandonar la conversación.

—¿Cómo aprendiste a manejar así la honda? —preguntó Deegie.

—¿Y dónde? ¿Quién te enseñó? —agregó Crozie.

—Me gustaría que me enseñaras —añadió tímidamente Danug.

El joven estaba de pie detrás del grupo, mirando a Ayla con adoración. Desde la primera vez que la vio, Ayla había despertado emociones juveniles en el muchacho. Le parecía la más hermosa de las mujeres; su admirado Jondalar, el más afortunado de los hombres. Pero después de su cabalgada y de aquella nueva demostración de destreza, el naciente interés acababa de convertirse en enamoramiento.

Ayla le sonrió, vacilante.

—Podrías enseñarnos algo al respecto —sugirió Tulie—, cuando tú y Jondalar nos hayáis explicado el manejo de los lanzavenablos.

—Sí. Me gustaría saber usar la honda como tú; pero lo que me interesa mucho más es ese lanzavenablos, ver si tiene suficiente precisión —agregó Tornec.

Ayla retrocedió. Tantas preguntas y la gente que se agolpaba en torno de ella la estaban poniendo nerviosa.

—Lanzavenablos tiene precisión… si mano tiene precisión —dijo, recordando la dedicación con que ella y Jondalar habían practicado para dominar el instrumento. Nada tenía precisión de por sí.

—Así es siempre. La mano y la vista hacen al artista, Ayla —dijo Ranec, cogiéndole la mano, mientras la miraba a los ojos—. No sabes lo bella y graciosa que estabas. Eres una artista con la honda.

Aquellos ojos oscuros la cautivaban, obligándola a tomar conciencia de la fuerte atracción que traslucían y que provocaban en ella una reacción tan antigua como la vida misma. Pero los latidos de su corazón trasmitían una advertencia: aquel hombre no era el adecuado. No era el que ella amaba. Los sentimientos que Ranec provocaba en ella eran innegables, pero de distinta naturaleza.

Se esforzó por apartar la vista, buscando frenéticamente a Jondalar. Y le halló. Estaba mirándoles con fijeza. Sus ojos, azules, estaban llenos de fuego, hielo y dolor.

Ayla apartó su mano de la de Ranec y retrocedió. Aquello era demasiado. Las preguntas, el amontonamiento de gente, las emociones incontrolables le resultaban insoportables. Se le formó un nudo en el estómago; el pecho le palpitaba y le dolía la garganta. Necesitaba huir. Al ver a Whinney con Rydag aún sentado sobre su lomo, recogió el saco de guijarros con una mano y, sin pensarlo dos veces, corrió hacia la yegua.

Montó de un salto y envolvió al niño con un brazo protector, inclinándose hacia delante. Las señales trasmitidas por la presión y el movimiento, más la sutil e inexplicable comunicación entre la yegua y la mujer, comunicaron a Whinney su necesidad de huir. Partió de un brinco, cruzando las planicies abiertas a todo galope.

Corredor les seguía, acoplándose a la marcha de su madre sin dificultad alguna.

Los miembros del Campamento se quedaron sorprendidos. En su mayoría no tenían la menor idea de por qué Ayla había corrido hacia su caballo, y sólo unos pocos la habían visto galopar. La mujer, con la larga cabellera rubia volando a sus espaldas, pegada al lomo de la yegua, era un espectáculo asombroso y sobrecogedor; más de uno habría cambiado gustosamente su sitio por el de Rydag. Nezzie sintió una punzada de preocupación por el niño, pero inmediatamente comprendió que Ayla no permitiría que sufriese daño alguno y se relajó.

Rydag ignoraba cuál era la causa de que le concediera un privilegio tan grande, pero sus ojos centelleaban de alegría. Aunque el entusiasmo le aceleró un poco el corazón, no sentía miedo, pues le rodeaban los brazos de Ayla; sólo experimentaba la asombrosa maravilla de volar en el viento.

La huida y el familiar contacto con su yegua aliviaron la tensión de Ayla. Al relajarse reparó en el corazón de Rydag, que latía contra su brazo, con su ritmo peculiar, poco claro y ronco. Experimentó una momentánea preocupación, preguntándose si no habría sido una imprudencia montar con él. Luego notó que las palpitaciones, aunque anormales, no eran forzadas.

Refrenó al caballo y le hizo describir un amplio círculo para regresar. Al acercarse al lugar de la competición, pasaron a poca distancia de dos perdices de la nieve, cuyo plumaje moteado aún no había adquirido por completo la blancura invernal. Estaban escondidas en las hierbas altas, pero el paso de los caballos las espantó y echaron a volar. Por pura costumbre, Ayla preparó la honda en cuanto las vio alzar el vuelo. Al bajar la vista vio que Rydag tenía dos piedras en la mano, sacadas de la bolsita que llevaba consigo. Las cogió y, guiando a Whinney con los muslos, derribó sucesivamente a las gordas aves, que volaban a baja altura.

Cuando Whinney se detuvo, ella desmontó con Rydag en los brazos. Le dejó en el suelo y fue en busca de las perdices. Después de retorcerles el cuello, las ató por las patas con algunas briznas fibrosas de hierba. Las perdices de la nieve podían volar a gran distancia y a buena velocidad, pero no iban hacia el sur. En cambio, echaban un plumaje espeso y blanco, que les servía de abrigo y camuflaje; emplumadas hasta las patas, que les servían de raquetas, soportaban la gélida estación alimentándose de semillas y ramitas; cuando se desencadenaban las ventiscas, excavaban pequeñas cuevas en la nieve para esperar allí a que amainara.

Ayla colocó a Rydag de nuevo sobre el lomo de la yegua.

—¿Quieres llevar las perdices? —preguntó por señas.

—¿Me lo permites? —respondió él de la misma manera.

Su júbilo era más revelador que sus gestos. Nunca había corrido sólo por el placer de correr, y acababa de experimentarlo por vez primera. Nunca había cazado ni comprendía del todo las sensaciones complejas que se experimentaban al ejercitar conjuntamente la inteligencia y la habilidad en busca del alimento, para sí y para los suyos. Aquella experiencia era lo más parecido, probablemente la única que tendría

en su vida.

Ayla, sonriente, colgó las aves en la cruz del caballo, delante de Rydag, y echó a andar hacia el lugar de la competición, seguida por el animal. No tenía prisa por llegar; aún estaba inquieta, recordando la mirada furiosa de Jondalar. «¿Por qué se enoja tanto?», se preguntó. Estaba sonriéndole, muy complacido, y de pronto, cuando Ranec… Se ruborizó al pensar en los ojos oscuros, en la voz suave. «¡Oh, los Otros!», pensó, sacudiendo la cabeza como para despejarse la mente. «¡No entiendo a estos Otros!».

El viento, que soplaba desde atrás, le arrojaba rizos de pelo a la cara. Fastidiada, los apartó con la mano. Había pensado varias veces en hacerse trenzas otra vez, como cuando vivía sola en el valle; pero a Jondalar le gustaba suelto. A veces le resultaba un engorro. Luego, con un acceso de irritación, se dio cuenta de que aún llevaba la honda en la mano, pues no tenía dónde guardarla. Ni siquiera podía llevar su saco de medicinas en esas ropas que tanto gustaban a Jondalar; en otros tiempos lo habría atado al cordel que cerraba su túnica.

Al levantar la mano para volver a apartarse el pelo, reparó de nuevo en la honda y se detuvo. Echó su cabellera hacia atrás y se rodeó la cabeza con la blanda tira de cuero. Después de sujetar por debajo el extremo suelto, sonrió complacida. Parecía una buena solución: aún tenía el pelo suelto, pero la honda impedía que le cayera sobre los ojos, y la cabeza parecía un buen lugar para llevar el arma.

Casi todos supusieron que el salto con que Ayla había montado a caballo, la carrera y la rápida caza de las perdices formaban parte de la demostración. Ella prefirió no sacarles de su error, pero trató de no mirar a Jondalar ni a Ranec.

Jondalar, en cambio, había adivinado su inquietud y sabía que la culpa era suya. Se reprendió mentalmente, pero le estaba costando controlar sus emociones, confusas y desconocidas; tampoco sabía cómo pedir disculpas. Ranec, por su parte, no había captado la profundidad de su turbación. Estaba seguro de provocar alguna sensación en ella y sospechaba que podía haber contribuido a su desconcertante carrera hacia el caballo, pero esas reacciones le parecían ingenuas y encantadoras. Se sentía cada vez más atraído y comenzaba a preguntarse si el vínculo que la unía al hombre alto y rubio sería muy fuerte.

Los niños corrían otra vez por la pista. Nezzie se hizo cargo de Rydag y de las perdices, mientras Ayla dejaba a los caballos en libertad de alejarse para pastar. Varias personas, a partir de un amistoso desacuerdo, habían iniciado una competición informal consistente en arrojar lanzas, que terminó en otro tipo de actividad, desconocida para ella. Se trataba de un juego. Ayla comprendía los concursos, las competiciones, pues ponían a prueba habilidades necesarias: quién era capaz de arrojar una lanza a mayor distancia o quién corría a mayor velocidad. Sin embargo, no llegaba a entender el sentido de una actividad cuyo único objeto era la simple diversión, donde el perfeccionamiento de la habilidad era algo secundario.

Se trajeron varios aros del albergue. Estaban hechos de cuero crudo trenzado y

envuelto en heno endurecido; tenían el diámetro de un muslo. También formaban parte del equipo unas varas emplumadas por un extremo y afiladas por el otro, como si fueran lanzas livianas, pero sin puntas de hueso ni de pedernal.

El juego consistía en hacer rodar los aros por el suelo, mientras se arrojaban las varas contra ellos. Cuando alguien detenía un aro haciendo pasar la vara por el agujero y clavándola en tierra, los gritos y los aplausos testimoniaban la aprobación general. El juego, que también incluía palabras de contar y lo que llamaban «apuesta», despertó un entusiasmo que dejó fascinada a Ayla. Jugaban tanto los hombres como las mujeres, pero todos se turnaban, como para comparar la actuación de cada cual como si compitieran entre sí.

Por fin llegaron a una misteriosa conclusión, y varias personas se encaminaron hacia el albergue. Deegie iba entre ellas, arrebatada de entusiasmo. Ayla se le acercó.

—Esto se está convirtiendo en un festival —comentó Deegie—. Competiciones, juegos… Y parece que vamos a disfrutar de un verdadero festín. El guiso de Nezzie, la bouza de Talut, el plato especial de Ranec. ¿Qué piensas hacer con las perdices?

—Tengo modo especial de cocinar. ¿Te parece que hago?

—¿Por qué no? Sería otro plato especial para el festín.

Antes de llegar al albergue, los preparativos para la comida se hicieron patentes en los deliciosos olores de cocina, que se esparcían como promesas tentadoras. El guiso de Nezzie era el principal responsable; burbujeaba lentamente en el gran cuero de cocinar, vigilado, en esos momentos, por Latie y Brinan, aunque todo el mundo parecía estar dedicado a preparar algo. Ayla había observado con gran interés los preparativos del estofado y cómo lo realizaban Nezzie y Deegie.

En un hoyo grande, excavado cerca de un hogar, se pusieron brasas encendidas sobre una capa de cenizas acumuladas en el fondo. Sobre las brasas se volcó otra capa de estiércol de mamut seco y pulverizado. Encima, sustentado por un armazón, colocaron un gran cuero de mamut lleno de agua. Las brasas, que ardían lentamente bajo el estiércol, comenzaron a calentar el agua; cuando el estiércol prendió llama, su volumen se había consumido lo suficiente como para que el cuero ya no estuviera en contacto con él, sino colgado del armazón. El cuero transpiraba poco a poco, aunque ya estaba a punto de ebullición, y así se evitaba que el cuero ardiera. Cuando el combustible se consumió, se mantuvo el guiso hirviendo gracias al complemento de piedras del río, calentadas al rojo en el hogar, tarea de la que se encargaban algunos niños.

Ayla desplumó las dos perdices y las limpió con un pequeño cuchillo de pedernal. No tenía mango, pero una de las aristas había sido enromada para evitar cortaduras. Justo detrás de la punta se había practicado una muesca. Se colocaba el dedo pulgar y el corazón a cada uno de los lados y el índice sobre la muesca, de forma que el cuchillo se manejaba con facilidad. Se trataba de un utensilio para trabajos ligeros, no para cortar carne o cuero. Ayla había aprendido a manejarlo desde su llegada al Campamento y lo encontraba muy cómodo.

Solía cocinar las perdices en un hoyo cubierto con piedras, dentro del cual encendía una fogata; la dejaba arder por completo y colocaba las aves en el hoyo, tapándolo a continuación. Pero en aquella región no era fácil conseguir piedras grandes, de modo que decidió adaptar a su propósito el hoyo utilizado para hacer el guiso. Tampoco era la estación de las legumbres que a ella le gustaba emplear —uña de caballo, ortiga, cardillo—, ni la de los huevos de perdiz con que solía rellenarlas. No obstante, algunas de sus hierbas medicinales, sabiamente utilizadas, servían tanto para condimentar como para curar, y el heno en el que había envuelto las aves aportaba un aroma sutil. Cuando estuviese listo no sería exactamente el plato favorito de Creb, pero sí algo sabroso.

Al terminar de limpiar las aves entró en busca de Nezzie, que estaba en el primer hogar, ocupada en encender el fuego.

—Quiero cocinar perdices en hoyo, como tú el guiso. ¿Puedo brasas? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Necesitas alguna otra cosa?

—Tengo hierbas secas. Gusta verduras frescas, pero no temporada.

—Puedes buscar en la despensa. Hay algunas otras legumbres que a lo mejor te sirven y tenemos un poco de sal —sugirió Nezzie.

Sal. Ayla no había cocinado con sal desde que se fuera del Clan.

—Sí, sal, sí. Tal vez legumbres. Veo. ¿Dónde encuentro brasas?

—Yo te daré algunas en cuanto tenga esto en marcha.

Ayla observó a Nezzie, que encendía el fuego; en un principio no le prestó mucha atención, pero aquello acabó por intrigarla. Sabía, aunque nunca se había parado a pensarlo, que los Mamutoi no disponían de muchos árboles y utilizaban huesos a manera de combustible; el hueso no arde con facilidad. Nezzie había sacado una pequeña brasa de otra fogata y con ella encendió algunas vainas de semillas, recolectadas para usarlas como yesca. Luego agregó un poco de estiércol seco, que levantó una llama más fuerte y ardiente; por fin, pequeños trozos de hueso, que no prendieron con facilidad.

Nezzie sopló sobre el fuego para mantenerlo ardiendo, mientras movía un mango que la joven no había visto hasta entonces. Se oyó un leve silbido de viento y algunas cenizas volaron en derredor; de súbito, la llama cobró fuerza. Entonces las astillas de hueso comenzaron a chamuscarse en los bordes y acabaron por estallar en llamas. Ayla comprendió de golpe el origen de algo que le llamó vagamente la atención desde que llegó al Campamento del León: el olor del humo no era el acostumbrado.

Ella había quemado estiércol seco de vez en cuando y conocía su fuerte y penetrante olor, pero normalmente se servía de combustible de origen vegetal y estaba más habituada al olor del humo de leña. El combustible utilizado por la gente del Campamento del León era de origen animal. El olor del hueso quemado tenía una cualidad diferente, que recordaba al de un trozo de carne abrasada. Combinado con el estiércol, que también se empleaba en grandes cantidades, producía un olor característico que impregnaba todo el albergue. No era realmente desagradable, pero

sí extraño, y eso provocaba en ella una leve desazón. Ahora que había identificado la causa, se sentía aliviada de cierta tensión indefinible.

Sonrió mientras observaba a Nezzie, que echaba más hueso y ajustaba la manivela para avivar más la llama.

—¿Cómo hacer eso? —preguntó—. ¿Fuego más ardiente?

—También el fuego necesita respirar, como nosotros, y el viento es la respiración del fuego. La Madre nos lo enseñó cuando hizo de nosotras, las mujeres, las guardianas del hogar. Ya lo ves: cuando das tu aliento al fuego, cuando soplas sobre él, la llama arde mejor. Nosotros cavamos una zanja desde el hogar hasta el exterior, para que entre el viento. Esa zanja se forra con tripas de animal, bien infladas antes de que se sequen, y se cubre con huesos; después se pone otra vez la tierra encima. La zanja de este hogar se extiende por allí, por debajo de esas esterillas de hierba. ¿La ves? —Ayla siguió la dirección del dedo y asintió—. Termina aquí —continuó Nezzie, mostrándole un cuerno de bisonte, ahuecado, que sobresalía por un orificio practicado en un lateral de la fosa, por debajo del nivel del suelo—. Pero no siempre se necesita la misma intensidad de viento. Depende de cómo esté soplando afuera y de cuánto fuego desees. Por aquí se bloquea el viento o se deja que penetre.

Y Nezzie le mostró la manivela, sujeta a una especie de válvula de hueso fino.

El concepto parecía simple, pero se trataba de una idea ingeniosa, un verdadero logro técnico, esencial para la supervivencia. Sin ella, los Cazadores de Mamuts no habrían podido vivir en las estepas subárticas, salvo en algunos lugares aislados, pese a lo abundante de la caza. Todo lo más habrían sido si acaso clanes migratorios. En una tierra casi desprovista de árboles, cuyos inviernos eran los característicos de las zonas donde los glaciares invadían las tierras, aquel hogar con entrada de aire les permitía quemar hueso, único combustible existente en grandes cantidades, y habitar allí todo el año.

En cuanto Nezzie tuvo el fuego bien encendido, Ayla revisó las despensas en busca de algo con que rellenar las perdices. Le tentaron algunos embriones secos, obtenidos de huevos de pájaros, pero probablemente había que remojarlos y no estaba segura de cuánto tiempo se necesitaría para ello. Pensó usar zanahorias silvestres o arvejas, pero cambió de idea.

De pronto vio una vasija que contenía aún farro y verduras que había hervido aquella misma mañana. Lo habían dejado a un lado para el almuerzo, por si a alguno le apetecía; estaba espeso y asentado. Ayla lo probó. A falta de sal, la gente prefería sabores fuertes. Ella había condimentado la pasta con salvia y menta, agregando raíces amargas, cebollas y zanahorias silvestres a los granos de centeno y cebada.

Con un poco de sal y semillas de girasol, que había visto en un recipiente, y grosellas…, quizá también uña de caballo y brotes de rosal, que llevaba en su saco de curandera, constituiría un relleno interesante. Ayla preparó las aves, las rellenó, las envolvió en heno fresco y las enterró en un hoyo, con algunas brasas de hueso, cubriéndolas de cenizas. Después fue a ver lo que estaban haciendo los demás.

A la entrada del albergue se estaba desarrollando una intensa actividad; casi todos los miembros del Campamento se habían congregado allí. Al acercarse vio que entre todos habían recolectado grandes montones de espigas, cargadas de granos. Algunos sacudían los tallos para liberar el cereal de la paja. Otros le quitaban la cascarilla, para lo cual arrojaban los granos al aire desde anchos cedazos hechos con mimbres de sauce. Ranec ponía las semillas en un mortero hecho con una pata de mamut ahuecada. Luego cogió un colmillo de mamut, cortado en sentido transversal, que servía de mano, y comenzó a moler el grano.

Pronto Barzec se quitó la pelliza y, de pie frente a él, cogió el pesado colmillo y golpeó a su vez, alternándose ambos en la tarea. Tornec comenzó a batir palmas al compás de los golpes y Manuv inició un estribillo repetitivo:

Ai-ah wu-wu, Ranec machaca el grano, ¡yah!
Ai-ah wu-wu, Ranec machaca el grano, ¡neh!

Deegie intervino alternando el golpe, con una frase contrastante:

Neh neh neh neh, Barzec se lo hace fácil, ¡yah!
Neh neh neh neh, Barzec se lo hace fácil, ¡neh!

Pronto comenzaron los otros a golpearse los muslos; las voces masculinas cantaban con Manuv, mientras las femeninas se unían a la de Deegie. Ayla sintió el fuerte ritmo y canturreó por lo bajo, sin decidirse a participar, pero disfrutando de la escena.

Al cabo de un rato, Wymez, que también se había quitado la pelliza, se acercó a Ranec y le reemplazó sin perder el ritmo. Manuv fue igualmente rápido para cambiar el estribillo; en el golpe siguiente cantó una estrofa distinta:

Nah nah wi-yi, Wymez coge la mano, ¡yah!

Cuando Barzec pareció cansado, Druwez ocupó su lugar y Deegie cambió la frase. Después fue Frebec quien tomó el relevo. Finalmente se detuvieron para verificar los resultados de sus esfuerzos y echaron el grano molido en un tamiz de juncos trenzados. Mientras lo sacudían, echaron más cereal en el mortero. En esa ocasión fueron Tulie y Deegie quienes se hicieron cargo del colmillo, mientras Manuv creaba una estrofa para ambas, pero cantando la parte femenina con una voz de falsete que hizo reír a todos. Más tarde, Nezzie reemplazó a Tulie. Ayla, obedeciendo a un impulso, se puso junto a Deegie, cosa que provocó sonrisas y señales de aprobación.

Deegie golpeó con la mano del mortero y en seguida la soltó. Nezzie la levantó

entre sus manos mientras Ayla ocupaba el lugar de la muchacha. Oyó un «¡ya!» en el momento en que la mano volvía a caer y asió la gruesa columna de marfil. Era más pesada de lo que esperaba, pero la levantó mientras Manuv cantaba:

Ai-ah wa-wa, Ayla es bienvenida, ¡nah!

Estuvo a punto de dejar caer el colmillo. No esperaba aquel espontáneo gesto de amistad. En el compás siguiente, cuando todo el Campamento lo repitió al unísono, se conmovió tanto que le fue preciso parpadear para contener las lágrimas. Para ella era más que un mensaje de cálida amistad y de afecto, era la aceptación. Había encontrado a los Otros y ellos le daban la bienvenida.

Tronie reemplazó a Nezzie; al cabo de un rato, Fralie dio un paso hacia el mortero, pero Ayla sacudió la cabeza y la embarazada retrocedió dócilmente. La muchacha se alegró aunque aquel gesto era la confirmación de sus sospechas: Fralie no se sentía bien. Continuaron moliendo el grano hasta que Nezzie les interrumpió para volcarlo en el tamiz y llenar nuevamente el mortero.

Entonces fue Jondalar quien se dispuso a participar en la tediosa y difícil tarea de moler el grano silvestre a mano, facilitada por la diversión y el esfuerzo conjunto. Pero frunció el ceño al ver que también Ranec se adelantaba. De pronto, la tensión existente entre el hombre moreno y el visitante rubio hizo que la amistosa atmósfera se cargara con una sutil corriente de animosidad.

Todos la advirtieron cuando los hombres, pasándose el pesado colmillo, empezaron a acelerar el ritmo. Los estribillos cesaron al aumentar ellos la velocidad, pero algunos dieron en marcar el ritmo con los pies y las palmadas en los flancos se tornaron más potentes, más secas. Imperceptiblemente, Jondalar y Ranec fueron incrementando la fuerza de los golpes junto con el ritmo; en vez de un esfuerzo conjunto, aquello se convirtió en una contienda de dos energías y de dos voluntades. El mortero golpeaba con tanta fuerza que rebotaba hacia las manos del adversario, caía otra vez y volvía a rebotar.

El sudor se perló en la frente de ambos, les corrió por la cara, penetró en sus ojos. Empapó sus túnicas, pero ellos seguían exigiéndose mutuamente, golpeando el mortero cada vez más de prisa, con más fuerza. Aquello parecía como si fuera a prolongarse eternamente, sin que ninguno de los dos cediera. Ambos respiraban con dificultad y daban las primeras señales de tensión y fatiga, pero no estaban dispuestos a darse por vencidos; al parecer, cada uno de ellos habría preferido la muerte.

Ayla estaba fuera de sí al verlos esforzarse tanto. Miró a Talut con pánico en los ojos. El jefe hizo una señal a Danug. Ambos avanzaron hacia los dos empecinados que parecían decididos a matarse.

—¡Es hora de ceder el turno a los demás! —tronó Talut, apartando a Jondalar de un empellón para apoderarse de la mano del almirez.

Danug lo arrebató de entre las manos de Ranec cuando rebotó.

Ambos estaban tan aturdidos por el agotamiento que no parecieron darse cuenta de que la contienda había terminado. Se retiraron a tropezones, jadeantes. Ayla habría querido correr en su ayuda, pero la indecisión la contuvo. Sabía que, de algún modo, ella era la causa de la lucha; si acudía primero a uno de ellos, el otro se sentiría despreciado. También los del Campamento estaban preocupados, pero no se decidían a ofrecer su ayuda. Temían que si expresaban su preocupación, la competencia entre ambos dejaría de ser un juego para revestir el carácter de una rivalidad que nadie deseaba tomar en serio.

Mientras Jondalar y Ranec comenzaban a recuperarse, la atención general se desvió hacia Talut y Danug, que seguían moliendo el grano… y haciendo de ello otra competición, amistosa, pero no por eso menos intensa. Talut sonreía a aquella joven copia de sí mismo, mientras golpeaba el mortero de hueso con aquella mano de marfil. Danug, sin sonreír, repetía el golpe con sombría decisión.

—¡Bien, Danug! —gritó Tornec.

—No tiene la menor oportunidad —replicó Barzec.

—Danug es joven —observó Deegie—. Talut cederá el primero.

—Pero el muchacho no tiene la resistencia de Talut —afirmó Frebec.

—No tiene todavía la fuerza de Talut, pero Danug tiene una gran resistencia —observó Ranec.

Por fin había recobrado el aliento lo suficiente como para participar en la conversación. Aunque afectado aún por el esfuerzo, veía en aquella competición una manera de restar importancia a su contienda con Jondalar.

—¡Vamos, Danug! —gritó Druwez.

—¡Puedes ganar! —agregó Latie, contagiada por el entusiasmo, sin saber si lo decía por Danug o por Talut.

De pronto, un fuerte golpe del muchacho quebró el mortero de hueso.

—¡Bueno, basta ya! —les regañó Nezzie—. No es cuestión de romper el mortero. Ahora hará falta hacer otro, y creo que te corresponde hacerlo a ti, Talut.

—¡Tienes razón! —exclamó el jefe, radiante de alegría—. Ha sido una estupenda competición, Danug. Te has vuelto fuerte mientras estabas lejos. ¿Has visto lo que ha hecho ese muchacho, Nezzie?

—¡Sí, esto! —protestó Nezzie, retirando el contenido del mortero roto—. ¡El grano está hecho polvo! Yo sólo quería que lo partierais para tostarlo y almacenarlo. Esto no se puede tostar.

—¿Qué clase de grano es? Preguntaré a Wymez, porque creo que el pueblo de mi madre preparaba algo con el grano pulverizado —dijo Ranec—. Si nadie lo quiere, me llevaré un poco.

—Es trigo en su mayor parte, pero hay algo de centeno y avena mezclados. Tulie ya tiene suficiente para hacer las tortas de cereal que a todos nos gustan tanto. Sólo falta cocerlas. Talut quería un poco de cereal para mezclarlo con las raíces de juncos que utiliza para su bouza. Pero si lo quieres, puedes llevártelo todo. Te lo has ganado.

—También Talut. Si quiere un poco, dáselo —manifestó Ranec.

—Coge lo que necesites, Ranec. Yo me quedaré con las sobras —respondió el jefe—. La fécula de juncos que tengo en maceración ha comenzado a fermentar. No sé lo que pasaría si agregase esto, aunque sería interesante probarlo.

Ayla observaba tanto a Jondalar como a Ranec, para asegurarse de que ambos estaban bien. Al ver que su compañero se quitaba la túnica empapada para humedecerse con agua antes de entrar en el refugio, comprendió que no experimentaba consecuencias penosas. Entonces se sintió un poco ridícula por haberse preocupado tanto. Después de todo, Jondalar era un hombre fuerte y vigoroso; un poco de esfuerzo no le venía mal, y tampoco a Ranec. Pero evitó a ambos. Sus propios sentimientos, las actitudes de aquellos hombres, la tenían confundida; necesitaba tiempo para reflexionar.

Tronie salió por la arcada exterior, con cara de tener demasiado que hacer. Llevaba a Hartal montado en la cadera y una bandeja de hueso llena de cestos y utensilios al otro lado. Ayla corrió hacia ella.

—¿Ayudo? ¿Cojo Hartal? —preguntó.

—¡Oh!, ¿me harías ese favor? —aceptó la joven madre, entregándole el bebé—. Todo el mundo está preparando platos especiales y yo también quería hacer algo para el festín, pero he estado muy atareada. Y ahora Hartal se ha despertado. Le di de mamar, pero no quiere volver a dormirse.

Tronie buscó sitio para acomodarse, junto al gran hogar exterior. Con el bebé en la cadera, Ayla observaba cómo descascarillaba las pipas de girasol que cogía de un cesto y echaba después en una bandeja. Con una choquezuela (a Ayla le pareció que era de un rinoceronte lanudo) redujo las semillas a pasta. Una vez que hubo hecho lo mismo con varios cestos de semillas, llenó otro canasto con agua. Cogió dos huesos largos y rectos, tallados a propósito, y los manejó con una sola mano para retirar diestramente algunas piedras calientes de la fogata. Al caer en el agua provocaron un siseo y una nube de vapor. Una vez enfriadas, las retiró para reemplazarlas por otras hasta que el agua rompió a hervir. Entonces agregó la pasta de girasol. Ayla estaba intrigada.

El calor liberó el aceite de las semillas. Tronie lo recogía con un cazo grande para ponerlo en otra vasija, hecha con corteza de abedul. En cuanto hubo retirado la mayor cantidad posible, agregó al agua hirviente un cereal silvestre, de una variedad que Ayla no pudo identificar, y ciertas semillas negras. Lo condimentó con algunas hierbas y agregó más piedras calientes para mantenerlo hirviendo. Apartó las vasijas de corteza para que se enfriaran hasta que la manteca adquiriera consistencia. Con la punta del cucharón, Tronie se la dio a probar a Ayla y ésta la encontró deliciosa.

—Está muy rica con las tortas de Tulie —dijo Tronie—. Por eso quería hacerla. Y puesto que tenía agua hirviendo, se me ocurrió preparar algo para el desayuno de mañana. Después de un gran festín nadie tiene ganas de cocinar, pero los niños, por lo menos, tendrán hambre. Gracias por ayudarme con Hartal.

—Gracias no, un gusto. Mucho tiempo sin coger bebé.

Al decirlo, Ayla comprendió que era cierto. Se sorprendió mirando atentamente a Hartal para compararle con los niños del Clan. Hartal no tenía el entrecejo saliente, pero tampoco los bebés del Clan lo tenían completamente desarrollado. Su frente era más recta, su cabeza más redonda. Sin embargo, a tan corta edad, su aspecto no era muy distinto; la diferencia estribaba en que Hartal reía y hacía gorgoritos, mientras que los bebés del Clan producían menos sonidos.

Cuando la madre se alejó para lavar los utensilios que había utilizado, el bebé se alteró un poco. Ayla hizo que saltara sobre sus rodillas y le cambió de posición, poniéndole frente a sí. Mientras le hablaba, observó el interés de sus reacciones. Eso le mantuvo calmado por un rato, pero al fin volvió a llorar. Entonces Ayla le distrajo silbando. El niño, sorprendido, dejó de llorar para prestarle atención; la muchacha repitió el juego, imitando el canto de un pájaro.

Mientras vivía a solas en el valle, Ayla había pasado muchas tardes practicando los gorjeos y los cantos de algunos pájaros. Había llegado a imitarlos tan bien que algunas variedades acudían a su llamada. Pero aquellas aves no habitaban sólo en el valle.

Mientras silbaba para entretener al bebé, algunas aves se posaron en las cercanías y comenzaron a picotear las semillas caídas de los cestos de Tronie. Ayla, al reparar en su presencia, volvió a silbar y alargó un dedo. Superada la desconfianza inicial, un gorrión más valiente que los demás se posó en él. Cautelosamente, con silbidos que serenaban e intrigaban al animalito, Ayla lo acercó al bebé para que lo viera. Una risa encantada y una manita regordeta alargada hacia el pájaro asustaron a éste y se fue volando.

Y entonces, para sorpresa de Ayla, se oyeron unos aplausos. El ruido hizo que levantase la vista hacia los rostros de varios miembros del Campamento, que la sonreían.

—¿Cómo lo haces, Ayla? —preguntó Tronie—. Sé que algunas personas saben imitar a un pájaro o a cualquier animal, pero tú lo haces tan bien que les engañas. Nunca supe de nadie que tuviera tanto dominio sobre los animales.

Ayla se ruborizó, como si la hubieran sorprendido haciendo algo… incorrecto, como si la hubieran atrapado en el delito de ser diferente. A pesar de las sonrisas y la aprobación, se sentía incómoda. No sabía cómo responder a la pregunta de Tronie, cómo explicar que, cuando se vive enteramente sola, se tiene todo el tiempo del mundo para practicar el silbo de los pájaros. Cuando no se tiene a nadie en el mundo, un caballo y hasta un león pueden ofrecer compañía. Cuando no se sabe si hay en la tierra otro ser humano como una, se busca contacto de cualquier manera con los demás seres vivientes.

Capítulo 10

Por la tarde, temprano, se produjo una pausa en las actividades del Campamento. Aunque la comida principal solía ser la del mediodía, casi todos la pasaron por alto o se limitaron a mordisquear los restos de la mañana, reservándose para el festín, que prometía ser delicioso a pesar de lo improvisado. Reinaba cierta distensión. Algunos se acostaron para dormir la siesta; otros vigilaban la comida de vez en cuando y unos pocos conversaban en voz baja. Pero en el ambiente se notaba un indudable entusiasmo general y todo el mundo esperaba con ansia aquella velada fuera de lo normal.

Dentro del albergue, Ayla y Tronie escuchaban a Deegie, quien estaba contando detalles de su visita al Campamento de Branag y los arreglos para su Unión. Al principio, Ayla prestó mucha atención, pero cuando las otras dos jóvenes empezaron a hablar de parientes y amigos totalmente desconocidos para ella, se levantó, con la excusa de vigilar la cocción de las perdices. La conversación sobre el próximo enlace de Deegie y Branag le había hecho pensar en sus relaciones con Jondalar. Él decía amarla, pero nunca le había propuesto una Unión ni mencionado los ritos matrimoniales, cosa que la intrigaba.

Se acercó al hoyo donde se cocían las aves y verificó con la mano si se mantenía el calor. De pronto se dio cuenta de que Jondalar estaba con Wymez y Danug en el lugar donde éstos trabajaban, alejados del paso habitual. No era difícil adivinar de qué hablaban. La zona estaba sembrada de esquirlas y trocitos de pedernal. Ayla se preguntaba con frecuencia cómo podían dedicar tanto tiempo a hablar de piedras. No cabía duda de que a aquellas alturas ya se habrían dicho todo cuanto tenían que decirse.

Ella no era una experta, pero antes de la llegada de Jondalar había fabricado sus propias herramientas de piedra para satisfacer sus necesidades. De niña había aprendido las técnicas observando a Droog, el fabricante de los utensilios del Clan. Pero desde el primer momento notó que el talento y la habilidad de Jondalar las superaban ampliamente. Había cierta similitud en cuanto a la sensibilidad respecto al oficio y quizá también en cuanto a una relativa habilidad. Pero los métodos de Jondalar y los útiles de que se servía eran muy superiores a los del Clan. Los métodos de Wymez despertaban su curiosidad y desde hacía tiempo deseaba pedirle permiso para observarle mientras trabajaba. Entonces decidió que había llegado el momento.

Jondalar reparó en ella en cuanto salió del albergue, pero trató de disimular. Estaba seguro de que ella le evitaba desde su demostración con la honda en las estepas y no deseaba obligarla a soportar su presencia. Al ver que Ayla se encaminaba hacia ellos, sintió en el estómago un nudo de ansiedad, temeroso de que cambiara de idea, de que fuera una mera impresión.

—Si no molesto, ¿puedo ver hacer herramientas? —preguntó Ayla.

—Por supuesto. Siéntate —respondió Wymez, sonriendo en señal de bienvenida.

Jondalar se distendió visiblemente, relajando el ceño y aflojando la crispación de su mandíbula. Danug trató de decir algo al ver que la joven se sentaba a su lado, pero su sola presencia le dejaba sin habla. Jondalar, al descubrir en sus ojos la adoración que sentía, reprimió una sonrisa de indulgencia. Había llegado a sentir verdadero afecto por el muchacho y sabía que su enamoramiento juvenil no representaba amenaza alguna. Podía permitirse adoptar una actitud protectora de hermano mayor.

—¿Tu técnica es de uso común, Jondalar? —preguntó Wymez, continuando la conversación que Ayla había interrumpido.

—Más o menos. Casi todos desprenden lascas de un riñón preparado para convertirlas en otras herramientas: cinceles, cuchillos, raspadores o puntas para las lanzas más pequeñas.

—¿Y para las lanzas grandes? ¿Vosotros cazáis mamuts?

—A veces, pero no estamos especializados en eso, como vosotros. Las puntas para las lanzas más grandes se hacen de hueso; a mí me gusta emplear la tibia de la pata delantera del venado. Se emplea un cincel para darle forma, haciendo ranuras en el contorno, y se trabaja hasta que el hueso se rompe. Después se le da la forma debida con un raspador. Con piedra arenisca mojada se puede obtener una punta fuerte y aguda.

Ayla, que le había ayudado a hacer esas puntas de lanza, estaba impresionada por su efectividad. Eran largas y mortíferas. Cuando la lanza era arrojada con fuerza, sobre todo con los lanzadores, penetraba profundamente. Más ligeras que las que ella había utilizado antes de su llegada y que estaban copiadas de las empleadas por el Clan, las de Jondalar estaban hechas para ser lanzadas y no para herir de cerca.

—La punta de hueso penetra hondo —reconoció Wymez—. Si aciertas en un punto vital, mata enseguida, aunque sin mucha sangre. Pero es difícil dar en un punto vital tratándose de mamuts y rinocerontes. La piel es recia; el pellejo, espeso. Aunque la punta penetre entre dos costillas, tiene que atravesar mucha grasa y mucho músculo. El ojo ofrece buen blanco, pero es pequeño y está siempre en movimiento. Al mamut se le puede matar de un lanzazo en la garganta, pero es peligroso; hay que acercarse demasiado. En cambio, la punta de pedernal tiene filos agudos. Cortan con más facilidad los cueros gruesos y hacen sangrar mucho; eso debilita al animal. Si puedes hacer que sangre, la panza o la vejiga es el mejor sitio para apuntar. No es tan rápido, pero sí mucho más seguro.

Ayla estaba fascinada. Hacer herramientas era muy interesante, pero ella nunca había cazado mamuts.

—Tienes razón —dijo Jondalar—, pero ¿cómo se consigue una punta recta en una lanza grande? Cualquiera que sea la técnica para separarla, siempre sale curvada. Está en la naturaleza de la piedra. No se puede arrojar una saeta que tenga la punta curva; se pierde puntería, penetración y, probablemente, la mitad de la potencia. Por eso las puntas de pedernal son pequeñas. Cuando se quita lo suficiente para conseguir una punta recta, no queda mucho.

Wymez sonreía, asintiendo con la cabeza.

—Eso es cierto, Jondalar, pero quiero enseñarte algo.

Abrió un hatillo pesado, envuelto en piel, que tenía a su espalda y sacó una enorme cabeza de hacha, del tamaño de una maza, hecha con un nódulo entero. Tenía un extremo redondeado y el otro extremo estaba constituido por un filo bastante grueso, terminado en punta.

—Sin duda tú mismo has hecho algo parecido a esto —agregó.

Jondalar sonrió.

—Sí, he fabricado hachas, pero ninguna tan grande como ésa. Debe de ser para Talut.

—En efecto; iba a sujetarla a un hueso largo para Talut… o tal vez para Danug —dijo Wymez, sonriendo al adolescente—. Se usan para romper los huesos de mamut o para desprender los colmillos. Hace falta un hombre poderoso para blandirlas. Talut las maneja como si fueran palillos, y creo que Danug puede hacer lo mismo.

—Puede. Cortó postes a mí —dijo Ayla, mirando a Danug con afecto, lo que hizo que éste esbozara una tímida sonrisa y se ruborizase. También ella había elaborado y usado hachas, pero ninguna tan grande como aquélla.

—¿Cómo haces las hachas? —preguntó Wymez.

—Suelo comenzar por desgajar una lasca gruesa con la maza; luego retoco ambos lados para sacarles filo y punta.

—Los Aterianos, el pueblo de la madre de Ranec, trabajan las puntas de lanza para convertirlas en bifaces.

—¿Bifaces? ¿Hacen saltar lascas en los dos lados, como para hacer un hacha? Pero, para que sea razonablemente recta, habrá que empezar con una lasca gruesa y no con una lámina delgada. ¿No resulta demasiado incómodo para una punta de flecha?

—La punta es a veces gruesa y pesada, pero mucho mejor que el hacha. Y muy eficaz para los animales que ellos cazan. Pero tienes razón: para matar a un mamut o un rinoceronte se necesita una punta de pedernal que sea a la vez larga, recta, sólida y delgada. ¿Cómo la harías? —preguntó Wymez.

—Retocándola por ambos lados. Es el único modo. Tratándose de una lasca tan gruesa, aplicaría presión en sentido plano para conseguir aristas finas en ambas caras. Pero para eso se requiere una maestría tremenda —dijo Jondalar como si estuviera reflexionando: trataba de imaginarse la manera en que realizaría un arma así.

—Exactamente. El problema está en la maestría y en la calidad de la piedra.

—Sí. Tendría que ser fresca. Dalanar, el hombre que me enseñó vive cerca de un acantilado de creta que contiene pedernal al nivel del suelo. Tal vez sus piedras servirían. Pero aun así resultaría difícil. Hicimos juntos algunas hachas muy buenas, pero no sé cómo se conseguiría una punta de lanza apropiada con ese sistema.

Wymez buscó otro paquete envuelto en una hermosa piel fina. Lo abrió con cuidado y dejó al descubierto varias puntas de pedernal.

Los ojos de Jondalar se dilataron sorprendidos. Miró a Wymez y a Danug, que sonreía orgulloso de su mentor. Luego cogió una de las puntas y la hizo girar una y otra vez en sus manos con ternura, casi acariciándola.

El pedernal parecía resbaladizo al tacto; tenía una suavidad no demasiado oleosa y un lustre que reflejaba la luz del sol en sus múltiples facetas. El objeto tenía la forma de una hoja de sauce, con simetría casi perfecta en todas sus dimensiones; ocupaba toda la palma de la mano, desde la base hasta la punta de los dedos, terminando en una punta a cada lado, con una anchura de cuatro dedos en la parte central. Al ponerla de canto sobre la mano, Jondalar notó que, en efecto, no presentaba la característica forma arqueada: era completamente recta; en el centro tenía el grosor de un meñique.

Estudió el filo con aire profesional. Era agudo, apenas denticulado por las cicatrices de las muchas laminillas desprendidas. Deslizó la punta de los dedos por la superficie y palpó las pequeñas aristas dejadas por otras laminillas similares, cortadas para dar a la punta aquella forma tan pura, tan precisa.

—Es demasiado bella para emplearla como un arma —dijo Jondalar—. Es una obra de arte.

—Ésta no se empleará para ningún arma —dijo Wymez, complacido por los elogios—. La hice como muestra, para probar la técnica.

Ayla estiraba el cuello para contemplar las exquisitas herramientas, sin atreverse a tocarlas. Nunca las había visto tan bellas. Las había de distintos tamaños y tipos. Había algunas más en forma de hoja de sauce; otras eran asimétricas, con uno de sus lados cortante, marcadamente sesgado y terminado en una especie de tallo que podía ser incrustado en un mango y servir a modo de cuchillo. Y las había también más simétricas, con una especie de seta en el centro, que podían servir como puntas de lanza o como cuchillos de otra especie.

—¿Quieres examinarlas más de cerca? —preguntó Wymez.

La muchacha, con los ojos brillantes y maravillados, las cogió una por una, como si fueran piedras preciosas. Les faltaba muy poco para serlo.

—Pedernal… liso…, vivo —observó—. No vi pedernal así antes.

Wymez sonrió.

—Has descubierto el secreto, Ayla —reconoció—. Eso es lo que hace posible la fabricación de estas puntas.

—¿Hay pedernal de este tipo en las cercanías? —preguntó Jondalar, incrédulo—. Yo tampoco he visto nunca nada similar.

—No, me temo que no. De todos modos, podemos conseguir pedernal de buena calidad. Hacia el norte hay un Campamento grande que vive cerca de una mina. Es allí donde estuvimos Danug y yo. Pero esta piedra ha recibido un tratamiento especial… por medio del fuego.

—¡El fuego! —exclamó Jondalar.

—Sí. El calentamiento transforma la piedra. Eso es lo que le da esa suavidad, esa

vida —miró a Ayla—. Y al calentarla, la piedra adquiere esas cualidades especiales —mientras hablaba cogió un nódulo de pedernal que mostraba señales claras de haber estado en el fuego. Estaba tiznado, con partes chamuscadas; la corteza exterior, de creta, presentaba un color mucho más intenso al ser golpeada con la maza—. La primera vez fue un accidente: un trozo de pedernal cayó en la fogata, una de esas grandes fogatas que, como sabéis, hacen falta para quemar hueso.

Ayla asintió, con aire convencido. Jondalar se encogió de hombros; no había prestado mucha atención, pero como ella parecía saberlo, estaba dispuesto a aceptarlo.

—Iba a retirar la piedra del fuego, pero Nezzie decidió utilizarla como apoyo para una fuente, a fin de recoger la grasa del asado que estaba preparando. Al final la grasa empezó a arder y estropeó una bonita fuente de marfil. Le hice otra, ya que aquello resultó ser un golpe de buena suerte. Pero al principio estuve a punto de descartar la piedra. Estaba completamente quemada, como ésta, y no la utilicé hasta que me quedé escaso de material. Al abrirla pensé que estaba estropeada. Mirad y veréis por qué.

Wymez entregó a cada uno un trozo.

—El pedernal está más oscuro y no tiene esa suavidad al tacto —observó Jondalar.

—Por aquel entonces estaba yo experimentando con puntas de lanza aterianas, tratando de mejorar su técnica. Como estaba experimentando ideas nuevas, pensé que no importaría si la piedra no era perfecta. Pero, al iniciar el trabajo, noté de inmediato la diferencia. Ocurrió poco después de mi retorno, cuando Ranec aún era un niño. Desde entonces he estado perfeccionándola.

—¿A qué diferencia te refieres? —preguntó Jondalar.

—Prueba y verás, Jondalar.

Éste cogió su percutor, una piedra oval mellada, deformada por el uso, que ajustaba perfectamente en el hueco de su mano, y comenzó a golpear la corteza para liberarla de creta, como primer paso.

—Cuando se calienta mucho el pedernal antes de trabajarlo —continuó Wymez, mientras Jondalar se afanaba—, se tiene mucho más dominio sobre el material. Aplicando presión, se pueden desprender lascas mucho más pequeñas, finas y largas. En realidad, es posible dar a la piedra casi todas las formas que se deseen.

Wymez se envolvió la mano izquierda con un pequeño trozo de cuero, a fin de protegerla de las aristas cortantes; luego cogió otro pedazo de pedernal, recién desprendido de un núcleo quemado, para hacer una demostración. Con la mano derecha asió un pequeño retocador de hueso; apoyó la punta contra el borde del pedernal y efectuó un fuerte movimiento hacia delante y hacia abajo. De esa forma desprendió una esquirla pequeña, larga y plana, y se la pasó. Jondalar la cogió para hacer una prueba por su cuenta. Quedó visiblemente sorprendido ante el resultado.

—¡Tengo que enseñárselo a Dalanar! ¡Es increíble! Él ha mejorado algunos

procedimientos, pues tiene una habilidad natural para manejar la piedra. Como tú, Wymez. Pero tú haces lo que quieres con esto. ¿Y dices que es obra del calor?

Wymez asintió.

—No diría yo que puedes hacer lo que quieres, puesto que sigue siendo piedra, y, por tanto, mucho menos maleable que el hueso. Pero si sabes trabajar el pedernal, calentarlo te lo facilita mucho.

—Me pregunto qué se lograría por percusión directa. ¿Has tratado de usar un trozo de hueso o asta con punta para dirigir la fuerza del golpe asestado con el percutor? Por este sistema se obtendrían hojas más largas y delgadas.

Ayla pensó que también Jondalar poseía una habilidad natural para aquel trabajo. No obstante, por encima de todo se percibía, en su entusiasmo y su espontáneo deseo de compartir el descubrimiento con Dalanar, un vehemente deseo de volver al hogar. En el valle, en medio de sus vacilaciones ante la idea de enfrentarse a los desconocidos Otros, Ayla había pensado que Jondalar sólo deseaba partir para estar con otras personas. Hasta este momento no había comprendido cuán grande era su nostalgia. Aquello supuso una brutal revelación: comprendió que él jamás sería feliz en otra parte.

Ella echaba de menos desesperadamente a su hijo y a sus seres amados, pero nunca había sentido nostalgia como la de Jondalar: aquel deseo de volver a un sitio familiar, a la gente conocida y a las costumbres habituales. Ella había abandonado el Clan sabiendo que jamás podría regresar. Para ellos estaba muerta. Si la veían, la tomarían por un espíritu maligno. Ahora estaba convencida de que nunca volvería aunque le fuera posible hacerlo. Aunque vivía desde hacía tan poco tiempo en el Campamento del León, se sentía más cómoda y a gusto con ellos que en todos los años pasados con el Clan. Iza estaba en lo cierto: ella no era Clan. Había nacido de los Otros.

Extraviada en sus pensamientos, se perdió parte de la discusión. Volvió en sí al oír su nombre pronunciado por Jondalar.

—… Creo que la técnica de Ayla es más parecida a la de ellos. Con ellos la aprendió. He visto algunas de sus herramientas, pero sólo al verla fabricarlas comprendí cómo las hacían. No carecen de habilidad, pero media mucha distancia entre dar forma a un núcleo de piedra y ejercer sobre él la presión adecuada. Eso es lo que diferencia una herramienta toscamente tallada y una lámina ligera bien conseguida.

Wymez asintió, sonriente.

—Si se pudiera hallar el modo de hacer una hoja recta… De cualquier forma que lo hagas, el filo del cuchillo nunca vuelve a ser tan agudo una vez que se retoca.

—He estado pensando en este problema —dijo Danug, interviniendo en la conversación—. ¿Y si se hiciera una ranura en un hueso o en una asta para incrustar en ella pequeños filos, lo bastante pequeños como para que resultaran casi rectos?

Jondalar reflexionó sobre aquella idea por un momento.

—¿Cómo los harías?

—Tal vez empezando con un núcleo pequeño —sugirió el muchacho, algo vacilante.

—Podría ser, Danug, pero quizá un núcleo pequeño sea difícil de trabajar —observó Wymez—. Se me ha ocurrido comenzar con una hoja más grande y fragmentarla en otras más pequeñas…

Ayla comprendió que jamás se cansarían de hablar del pedernal. Aquel material y sus posibilidades les fascinaba. Cuanto más aprendían, mayor era el interés que sentían. Ella sabía apreciar el sílex y su elaboración, incluso pensaba que las puntas que Wymez les había mostrado eran las más perfectas que había visto en su vida, tanto por su belleza como por su utilidad, pero nunca había oído analizar el asunto con tanto detalle. Entonces recordó su propia fascinación por la ciencia y la magia curativa. Los ratos que había pasado con Iza y Uba, mientras la curandera les enseñaba sus conocimientos, constituían uno de sus recuerdos más felices.

Al advertir que Nezzie salía del albergue, se levantó para ver si podía prestarle ayuda. Como los tres hombres sonreían y charlaban cuando se fue, pensó que no habían notado su marcha. Esto no era enteramente cierto, porque si bien ninguno de ellos lo comentó en voz alta, interrumpieron su conversación mientras observaban cómo se alejaba.

«Es una joven magnífica», pensó Wymez. «Inteligente, con muchos conocimientos, que se interesa por todo. Si fuera Mamutoi, se le fijaría un alto Precio Nupcial. ¡Qué rango daría a su pareja y transmitiría a sus hijos!».

Los pensamientos de Danug seguían aproximadamente la misma dirección, aunque no tan claramente formulados. Pensó vagamente en el Precio Nupcial, en ritos matrimoniales y hasta en pareja compartida, pero no creía tener la menor posibilidad. En cualquier caso, lo que anhelaba era estar cerca de ella.

El deseo de Jondalar era mucho más fuerte. Si se le hubiera ocurrido una excusa razonable, se habría levantado para seguirla; pero temía apegarse demasiado a ella. Recordó sus propias reacciones cuando las mujeres le acosaban para conseguir su amor; eso le infundía deseos de evitarlas y despertaba su compasión. Él no deseaba que Ayla le compadeciera, sino que le amase.

De pronto, una amarga bocanada de bilis le subió a la garganta: el hombre de piel oscura había salido del albergue y la miraba, sonriendo. Jondalar trató de reabsorberla, de dominar su contrariedad. Nunca había experimentado unos celos tan furiosos y se odió por ello. Peor aún: estaba seguro de que la misma Ayla le detestaría si se enteraba de tales sentimientos. O le compadecería, lo cual le desagradaba aún más. Cogió un gran nódulo de pedernal y lo partió en dos con su percutor. El bloque tenía una falla, todo él estaba entreverado de vetas calcáreas. Jondalar siguió golpeándolo hasta partirlo en trozos cada vez más pequeños.

Ranec vio que Ayla se alejaba de la zona de los talladores de piedra y se dirigía hacia el cuarto semisubterráneo. No podía negar la excitación y el entusiasmo crecientes que sentía al verla. Le había atraído desde un principio por la perfección de las formas que recreaban su sentido estético, no sólo por su belleza, sino también por la gracia sutil y no calculada de sus movimientos. Él tenía muy buena vista para esos detalles y no detectaba en Ayla rastro alguno de afectación. Se movía con un perfecto dominio de sí misma, con una desenvoltura que resultaba completamente natural, innata, emanaba de ella una cualidad para la que no encontraba una palabra más apropiada que «porte». Le dedicó una cálida sonrisa. No resultaba fácil ignorarle; Ayla le devolvió la sonrisa con igual calidez.

—¿Te has llenado los oídos de pedernal? —preguntó.

El tono de la pregunta dispensaba de dar una respuesta. Ayla detectó el doble sentido y lo tomó por el lado humorístico.

—Sí, hablan de pedernal. Hacer filos, hacer herramientas. Puntas. Wymez hace puntas bellas.

—¡Ah! Os ha enseñado sus tesoros, ¿no? Tienes razón, son bellas. No sé si Wymez lo sabe, pero es mucho más que un artesano: es un artista.

Un surco arrugó la frente de Ayla. Recordó haberle oído usar esa palabra para describir el modo en que ella manejaba la honda, pero no estaba segura de comprender su sentido.

—¿Tú eres artista? —preguntó.

Ranec esbozó una mueca irónica. La pregunta tocaba el meollo de un tema muy sensible para él.

Los Mamutoi creían que la Madre había creado, en primer lugar, un mundo de espíritus, y que los espíritus de todas las cosas eran perfectos. Luego, los espíritus produjeron copias vivientes de sí mismos para poblar el mundo común. El espíritu era el modelo, el molde primigenio del que se derivaban todas las cosas, pero ninguna copia podía ser tan perfecta como el original; ni siquiera los propios espíritus podían hacer copias perfectas. Por eso cada cosa era diferente.

Los seres humanos eran únicos, más parecidos a la Madre que los demás espíritus. La Madre había dado a luz una copia de Sí misma y la había llamado Espíritu de la Mujer. Después había hecho que naciera de su seno un Espíritu del Hombre, al igual que todo hombre nacía de la mujer. A continuación, la Gran Madre había llevado al espíritu de la mujer perfecta a mezclarse con el espíritu del hombre perfecto y de ese modo hizo nacer muchos espíritus de hijos, todos diferentes. Pero Ella Misma se encargaba de elegir el espíritu del hombre concreto que debía mezclarse con el de una mujer concreta antes de insuflar en la boca de esa mujer su propio aliento vital, que daría origen a la concepción. Y a unos pocos de Sus hijos, hombres y mujeres, les concedía dones especiales.

Ranec se llamaba a sí mismo tallador, fabricante de objetos tallados a imagen de seres vivos o espirituales. Las tallas eran objetos útiles: personificaban a los espíritus, dándoles un aspecto visual, comprensible, y eran elementos esenciales de ciertos ritos, especialmente las ceremonias realizadas por los Mamutoi. Quienes creaban esos objetos eran tenidos en gran estima. Eran artistas de talento elegidos por la Madre.

Muchos pensaban que las personas capaces de crear o decorar objetos, para dotarlos de una cualidad superior a la meramente utilitaria, eran artistas. En opinión de Ranec, en cambio, no todos los artistas estaban igualmente dotados, o tal vez no dedicaban el mismo afán a su trabajo. Muchos hacían figuras y animales toscos; a su modo de ver, tales representaciones eran un insulto a los espíritus y a la Madre que los había creado.

A juicio de Ranec, lo bello era lo mejor, el ejemplo más acabado de cualquier cosa, al igual que cualquier cosa bella era el mejor y más perfecto ejemplo del espíritu, su esencia misma. Ésta era su religión. Además, en el fondo de su alma de esteta sentía que la belleza poseía un valor intrínseco y creía que en todo existía belleza en potencia. Si bien algunas actividades u objetos podían ser meramente funcionales, consideraba que todo aquel que se acercara a la perfección en cualquier actividad era un artista; los resultados de su actos contenían la esencia de la belleza. Pero el arte radicaba tanto en la actividad en sí como en los resultados. Las obras de arte no eran sólo el producto terminado, sino la idea, la acción y el proceso que las creaba.

Ranec buscaba la belleza, como si se tratara de una búsqueda sagrada, con sus propias manos hábiles, pero más aún con sus ojos, sensibles por naturaleza. Sentía la necesidad de rodearse de ella. Por eso comenzaba a ver en Ayla una obra de arte, la más perfecta expresión de la mujer que podía imaginar. No era sólo su aspecto lo que la hacía hermosa. La belleza no era una representación estática: era la esencia, el espíritu que la animaba. Se expresaba mejor a través del movimiento, de la conducta y del talento. Una mujer hermosa era una mujer dinámica y completa. Aunque no lo dijera con esas palabras, Ayla empezaba a representar para él la perfecta encarnación del Espíritu de la Mujer original. Era la esencia de la mujer, la esencia de la belleza.

El hombre de piel morena, de ojos risueños e ingenio irónico, que había aprendido a disimular sus profundos anhelos, se esforzaba por crear la perfección y la belleza en su propia obra. Por sus esfuerzos se le aclamaba como el mejor tallador, como un artista preeminente; sin embargo, como muchos perfeccionistas, nunca se sentía completamente satisfecho con sus propias creaciones. Se negaba a considerarse a sí mismo como un artista.

—Soy tallador —dijo a Ayla. Y, al ver su desconcierto, agregó—: Algunos dicen que cualquier tallador es un artista —vaciló un momento, preguntándose cómo juzgaría ella su obra—. ¿Quieres ver algunas de mis tallas?

—Sí —respondió Ayla.

Esta respuesta simple y directa le paralizó unos instantes; luego echó la cabeza

hacia atrás y rió con ganas. Por supuesto, ¿qué otra cosa podía decir ella? Con los ojos entornados por la risa, la hizo pasar al albergue.

Jondalar les vio cruzar juntos la arcada y sintió que un gran peso se desplomaba sobre él. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el pecho, deprimido.

Alto y apuesto como era, nunca le había faltado la atención femenina, pero como no llegaba a comprender qué cualidad suya le hacía tan atractivo, no tenía confianza en sí mismo. Era fabricante de herramientas, se sentía más cómodo con lo físico que con lo metafísico, prefería aplicar su considerable inteligencia a los aspectos técnicos de la presión y la percusión sobre el sílice cristalino homogéneo: el pedernal. Percibía el mundo en términos físicos.

Por eso mismo, se expresaba físicamente, era más expresivo con las manos que con las palabras. No era ciertamente incapaz de hablar; lo que sucedía era que no estaba demasiado capacitado en ese terreno. Había aprendido a narrar con gracia, pero no era rápido en las respuestas ingeniosas y en las réplicas matizadas de humor. Era serio y reservado; no le gustaba hablar de sí mismo. Sin embargo, escuchaba con sensibilidad, propiciaba las confesiones y las confidencias de los demás. Entre los suyos tenía fama de buen artesano, y sus mismas manos, tan capaces de dar a la piedra dura la forma de una buena herramienta, eran también hábiles para descubrir los puntos sensibles en el cuerpo de una mujer. Era otra expresión de su naturaleza física que le había valido asimismo mucho renombre, aunque no tan abiertamente. Las mujeres le buscaban afanosas y todos bromeaban sobre «su otro oficio».

Había aprendido esa habilidad tal como aprendiera a tallar el pedernal. Sabía dónde tocar, era receptivo a las señales sutiles y le producía placer proporcionar Placer. Sus manos, sus ojos, su cuerpo entero hablaban con más elocuencia que sus palabras. Si Ranec hubiera sido mujer, habría dicho que Jondalar era un artista.

Jondalar había llegado a sentir auténtico afecto por algunas mujeres y disfrutaba físicamente de ellas, pero no supo lo que era el amor hasta conocer a Ayla, y no estaba seguro de que ella le amara de verdad. ¿Cómo habría podido estarlo, si la muchacha no tenía base de comparación? No había conocido a otro hombre antes de encontrarle a él. En Ranec reconocía a un hombre excepcional, dotado de un notable encanto; veía también en él las señales de la creciente atracción que Ayla le inspiraba. Si había algún hombre capaz de conquistar el amor de Ayla, ése era Ranec. Jondalar había viajado por medio mundo antes de descubrir a una mujer de la que pudiera enamorarse. Ahora que la había encontrado, ¿la perdería tan pronto?

Pero ¿acaso no merecía perderla? ¿Podía llevarla consigo, sabiendo lo que su gente pensaba de las mujeres como ella? A pesar de todos sus celos, comenzaba a preguntarse si era la pareja adecuada para Ayla. Se decía a sí mismo que debía ser honesto con ella, pero en el fondo de su alma se preguntaba si podría soportar el estigma de amar a quien no debía.

Danug notó su angustia y miró a Wymez con ojos preocupados. El fabricante de herramientas se limitó a asentir con un gesto de connivencia. También él había amado a una mujer de exótica belleza, pero Ranec era el hijo de su hogar. Y estaba tardando demasiado en encontrar mujer para establecer y formar una familia.

Ranec condujo a Ayla hasta el Hogar del Zorro. Ella pasaba muchas veces al día por allí, pero siempre había evitado cuidadosamente las miradas a los sectores privados; era una costumbre adquirida durante su vida con el Clan y que se aplicaba también en el Campamento del León. Dada la distribución abierta del albergue, la intimidad no era tanto cuestión de puertas cerradas como de consideración, respeto y tolerancia mutua.

—Siéntate —indicó él, señalándole una plataforma cubierta de pieles suaves y espesas. Ella miró en derredor, ahora que no le parecía incorrecto satisfacer su curiosidad.

Aunque dos hombres compartían el hogar, vivían en lados opuestos del pasillo central, dando cada uno a su espacio un carácter individual y único.

La zona del fabricante de herramientas tenía un aspecto de simplicidad indiferente. Había un jergón, algunas pieles y una cortina de cuero colgada al desgaire, que parecía no haber sido bajada en años. De las perchas colgaban algunas ropas; otras estaban amontonadas en la parte de la plataforma que se extendía a lo largo de la pared, más allá de la separación, a la cabecera de la cama. La zona de trabajo ocupaba la mayor parte de la habitación y estaba sembrada de bloques, fragmentos y astillas de pedernal en torno a una pata de mamut utilizada unas veces como asiento y otras como yunque. En la plataforma de dormir, por el lado de los pies, se veían varios martillos de piedra y hueso. Los únicos objetos decorativos eran una figurita de marfil que representaba a la Madre, en un nicho de la pared, y a su lado, un cinto, decorado con complicados motivos, del que colgaba una falda de hierba, seca y marchita. Ayla comprendió, sin necesidad de preguntar, que había pertenecido a la madre de Ranec.

En contraste, la parte del tallador era suntuosa y de buen gusto. Ranec era un coleccionista, pero muy selectivo. Todo estaba elegido con cuidado y dispuesto para mostrar sus mejores cualidades, completando la riqueza del conjunto. Las pieles del lecho invitaban al tacto y lo gratificaban con su excepcional suavidad. Las cortinas, que pendían a ambos lados en cuidadosos pliegues, eran de aterciopelada piel de ante; olían vaga, pero agradablemente, al humo de abeto que les daba un intenso color tostado. El suelo estaba cubierto de esterillas hechas con hierbas aromáticas, exquisitamente tejidas formando diseños multicolores.

Sobre una prolongación de la plataforma-cama había cestos de distintos tamaños y formas; los más grandes contenían ropas, dispuestas de modo tal que exhibían decorativos adornos hechos de cuentas, plumas y piel. En algunos de los cestos o

colgando de las perchas se veían brazaletes de marfil tallado, collares hechos con dientes de animales, conchas y moluscos de mar o de agua dulce, cánulas de calcárea, cuentas y pendientes de marfil, natural o coloreado, aunque predominaban los objetos de ámbar. Decoraba la pared un gran trozo de colmillo de mamut, grabado con extraños motivos geométricos. Las armas de caza y las ropas de abrigo que pendían de las perchas completaban el efecto de una total armonía.

Cuanto más paseaba su mirada en torno a ella, más objetos interesantes descubría. Pero, al margen de las tallas esparcidas por toda la zona de trabajo, lo que más pareció atraer su atención y quedársele grabada fue una estatuilla de la Madre, tallada en marfil, soberbiamente ejecutada y colocada en un nicho.

Ranec la observaba, tomando nota de dónde se detenía su mirada. Cuando los ojos de Ayla se posaron finalmente en él, sonrió. Tomó asiento delante de su yunque de trabajo, una tibia de mamut clavada en el suelo de tal suerte que la articulación de la rodilla, levemente cóncava, le llegaba a la altura del pecho cuando se acomodaba sobre una esterilla. En la superficie horizontal, entre una variedad de buriles y cinceles de sílex que usaba para tallar, se veía la figura sin terminar de un pájaro.

—Ésta es la pieza en la que estoy trabajando —explicó, observando la expresión de Ayla.

Ella tomó cautelosamente con las dos manos la escultura de marfil y la volvió de un lado y de otro, para examinarla mejor. Intrigada, volvió a mirar una de las caras y después la otra.

—Es pájaro si miro así. Pero ahora —la puso de costado— ¡es mujer!

—¡Maravilloso! Lo has descubierto enseguida. Es algo que he estado tratando de resolver desde hace tiempo. Pretendía plasmar la transformación de la Madre, Su forma espiritual. Quiero mostrarla cuando toma forma de pájaro para volar desde aquí al mundo de los espíritus, pero sin dejar de ser la Madre, una mujer. ¡Trato de dar cuerpo a ambas formas al mismo tiempo!

Los ojos oscuros de Ranec relampagueaban; estaba tan excitado que se atropellaba al hablar. Ayla sonrió ante su entusiasmo. Era una faceta de su carácter hasta entonces desconocida para ella; por lo general parecía mucho más distendido, hasta cuando reía. Por un momento le hizo pensar en Jondalar, en los tiempos en que elaboraba el proyecto del lanzavenablos. Al recordarlo, frunció el ceño. Aquellos días de verano, en el valle, parecían muy lejanos. En la actualidad Jondalar no sonreía casi nunca, y cuando lo hacía, se mostraba enfadado momentos después. Ayla tuvo la súbita sensación de que a Jondalar no le gustaría verla allí, conversando con Ranec, pendiente de su alegría y de su entusiasmo. Eso la hizo sentirse desdichada y algo contrariada.

Capítulo 11

—¡Ah!, Ayla, estabas ahí —dijo Deegie, que atravesaba el Hogar del Zorro—. Vamos a empezar con la música. Ven. Y tú también, Ranec.

Deegie había reunido a casi todos los miembros del Campamento según iba pasando junto a ellos. Ayla notó que Deegie llevaba el cráneo y Tornec la escápula pintada con líneas y formas geométricas de color rojo. Había empleado otra vez aquella palabra que no le resultaba familiar. Ayla y Ranec siguieron a los demás al exterior.

Unas nubes deshilachadas se deslizaban por el cielo oscurecido hacia el norte. El viento entreabría la piel de las capuchas y las pellizas, pero la gente reunida en círculo no parecía percatarse de ello. El hogar exterior, construido con montículos de tierra y algunas rocas, para aprovechar el viento del norte, ardió con más fuerza al agregar más huesos y algo de leña. Pero el fuego era una presencia invisible, superada por el resplandor refulgente que descendía hacia el oeste.

Algunos huesos grandes, que parecían abandonados al azar, cobraron una clara finalidad cuando Deegie y Tornec se sentaron en ellos, junto a Mamut. Deegie dispuso el cráneo marcado de tal modo que quedara suspendido encima del suelo, sustentado por detrás y por delante por otros huesos grandes. Tornec colocó la escápula en posición vertical y se puso a golpearla en varias partes con un instrumento similar a un martillo hecho de un asta de ciervo, cambiando levemente su posición.

Ayla quedó atónita ante los sonidos que producía, diferentes de los que había oído en el interior. Era como un redoble de tambores, pero ese sonido tenía tonos distintos, no se parecía a nada de lo que ella había oído hasta entonces; no obstante, le recordaba una cualidad obsesivamente familiar. En su variabilidad, le recordaba las voces humanas, algo así como los sonidos que a veces ella murmuraba en voz baja para sí, pero más claros. ¿Era aquello la música?

De pronto se destacó una voz. Ayla, al volverse, vio a Barzec, con la cabeza echada hacia atrás, emitiendo un grito alto y ululante que perforó el atardecer. Descendió a una vibración grave, que anudó la garganta de Ayla, y acabó con un agudo estallido del aire, dejando pendiente algo así como una pregunta. A manera de respuesta, los tres músicos iniciaron un rápido golpeteo sobre los huesos de mamut, que repetían el sonido emitido por Barzec, igualándolo en tono y sentimiento, de un modo que Ayla no habría podido explicar.

Pronto se unieron otros al canto, no con palabras, sino con tonos y modulaciones de sus voces, acompañados por los instrumentos de hueso. Al cabo de un rato, la música cambió, adquiriendo poco a poco un aire diferente; se tornó más lenta y deliberada; la nueva tonalidad creaba una sensación de tristeza. Fralie empezó a cantar con voz aguda y dulce, esta vez empleando palabras. Contaba la historia de una mujer que había perdido a su pareja y a su hijo. Aquello conmovió

profundamente a Ayla, haciéndole pensar en Durc, y le llenó los ojos de lágrimas. Al levantar la cabeza vio que no era la única que experimentaba aquella emoción, pero se conmovió todavía más al mirar a Crozie, que miraba impasible al infinito, sin expresión alguna, pero con ríos de lágrimas corriéndole por las mejillas.

Cuando Fralie repitió las últimas frases de la canción, Tronie se unió a su canto; luego, Latie. En la repetición siguiente cambió la frase; Nezzie y Tulie, que tenían una voz grave de contralto, cantaron con ellas. La frase cambió una vez más, se agregaron nuevas voces y la música volvió a cambiar de carácter. Se convirtió en un relato sobre la Madre y una leyenda popular de los Mamutoi sobre el mundo de los espíritus y sus comienzos. Cuando las mujeres llegaron al punto en el que nacía el Espíritu del Hombre, los hombres sumaron sus voces; se alternaron las voces masculinas y femeninas, y se originó un amistoso espíritu de competencia.

La música se tornó más veloz, más rítmica. En un arrebato de exuberancia, Talut se quitó su prenda de pieles y aterrizó en el centro del grupo, bailando y haciendo chasquear los dedos. Entre risas, gritos de aprobación, palmadas en los muslos y batir de pies, los demás le alentaron a iniciar una danza atlética; golpeaba el suelo con los pies y daba grandes saltos al compás de la música. Barzec, para no ser menos, se unió a él. Cuando ambos empezaban a cansarse, Ranec entró al relevo. Su danza era más rápida, de figuras más complejas, lo que le valió un aumento de las aclamaciones y nutridos aplausos. Antes de detenerse llamó a Wymez, quien al principio se resistió; por fin, ante la insistencia general, bailó con movimientos totalmente diferentes.

Ayla reía y gritaba como los demás, disfrutando de la música, de las canciones y de la danza, pero más aún del entusiasmo general y la diversión ambiente, que la inundaban de sensaciones agradables. Druwez saltó al interior del círculo con un ágil despliegue acrobático. Brinan trató de imitarle, pero a su danza le faltaba el brío que le imprimía su hermano mayor. De cualquier modo, como todos aplaudieron sus esfuerzos, Crisavec, el hijo mayor de Fralie, se sintió alentado a hacer otro tanto.

Tusie decidió entonces que quería bailar, y Barzec, con una sonrisa complacida, la cogió de las manos para danzar con ella. Talut le imitó atrayendo a Nezzie hacia el círculo. Jondalar trató de convencer a Ayla, pero ella se resistió. De pronto, notando que Latie miraba a los bailarines con ojos relucientes, le instó a que la invitara.

—¿Quieres ensañarme los pasos, Latie? —preguntó él.

La muchachita le dedicó una sonrisa agradecida. «La sonrisa de Talut», se dijo Ayla otra vez, mientras ellos, asidos de la mano, se movían entre los demás. Latie era alta y esbelta para sus doce años; sus movimientos eran graciosos. Comparándola con las otras mujeres, con la visión de alguien ajeno al grupo, Ayla se dijo que pronto sería muy atractiva.

Otras mujeres se sumaron al baile. Cuando la música volvió a cambiar de ritmo, casi todos se amoldaron al nuevo compás. Algunos comenzaron a cantar y Ayla se vio impulsada a asirse de las manos de los otros e incorporarse al círculo. Con Jondalar a un lado y Talut al otro, avanzó hacia delante y hacia atrás, en redondo,

cantando y bailando, en tanto la música, cada vez más rápida, les arrastraba a todos.

Por fin, con el último grito, la música cesó. Todos reían y charlaban tratando de recobrar el aliento, tanto los músicos como los bailarines.

—¡Nezzie, esa comida! ¿Todavía no está lista? ¡Llevo el día entero olfateándola y me muero de hambre! —gritó Talut.

Nezzie señaló con la cabeza la enorme mole de su compañero.

—Miradle, el pobrecito está muerto de hambre —todos rieron entre dientes—. Sí, la comida está lista. Sólo esperábamos a que todos estuvieran dispuestos a comer.

—Bueno, yo sí estoy dispuesto —replicó Talut.

Mientras unos iban en busca de sus platos, otros, los que habían cocinado, sacaron la comida. Los utensilios para comer eran pertenencias individuales. Los platos solían estar hechos de huesos planos, de la pelvis o del hombro, de bisontes y venados; las tazas y las escudillas se hacían tejiendo pequeños cestos de urdimbre muy tupida, impermeable, o con los huesos frontales de los venados, una vez retiradas las astas. Ciertas conchas de bivalvos, conseguidas como la sal, por trueque a viajeros que llegaban hasta el mar o que vivían en sus riberas, se usaban como cazos o cucharas. Los huesos pélvicos del mamut servían como fuentes y bandejas.

La comida se servía con grandes cucharones, tallados en hueso, marfil, asta o cuerno, y con varas rectas hábilmente manejadas como pinzas. Otras varas se usaban para comer, junto con los cuchillos de pedernal. La sal, escasa y muy apreciada a tanta distancia de la costa marítima, se servía por separado, en la más rara y bella concha de molusco.

El guiso de Nezzie era tan espeso y delicioso como su aroma lo había proclamado; iba acompañado de pequeñas tortas de grano molido, preparadas por Tulie y cocidas en la salsa hirviente. Aunque dos perdices no daban mucho de sí para saciar el apetito de todo el Campamento, todos probaron las de Ayla, tan tiernas que se deshacían; la combinación de condimentos, aunque desacostumbrada para los paladares de los Mamutoi, fue bien recibida por los comensales, que lo acabaron todo. La propia Ayla decidió que el relleno de cereales le gustaba.

Ranec trajo su plato hacia el final de la comida; fue una sorpresa para todos, pues no se trataba de su especialidad habitual. Lo que ofreció a todos fue un montón de tortitas crujientes. Ayla, después de probar una, cogió una segunda.

—¿Cómo haces esto? —preguntó—. Es muy sabroso.

—A menos que se celebren más competiciones de vez en cuando, no creo que pueda repetirlo —respondió él—. He empleado el grano pulverizado mezclándolo con grasa de mamut; luego he añadido moras y convencí a Nezzie para que me diera un poquito de miel. He cocinado las tortitas sobre rocas calientes. Wymez dice que el pueblo de mi madre empleaba grasa de jabalí para cocinar, pero no estaba seguro de cómo se hacía. Como yo ni siquiera me acuerdo de los jabalíes, se me ocurrió reemplazar su grasa por la de mamut.

—El gusto casi igual —dijo Ayla—, pero nada con este sabor. Desaparece en

boca —miró pensativamente al hombre de piel oscura, ojos negros y pelo rizado; a pesar de su apariencia exótica, era tan Mamutoi del Campamento del León como cualquiera de los otros—. ¿Por qué cocinas?

Él se echó a reír.

—¿Por qué no? En el Hogar del Zorro somos sólo dos y a mí me gusta, aunque casi siempre me contento con compartir el hogar de Nezzie. ¿Por qué lo preguntas?

—Hombres de Clan no cocinan.

—Son muchos los hombres que no cocinan si no tienen necesidad.

—No, hombres de Clan no capaces de cocinar. No saben. No recuerdos de cocinar.

Ayla no estaba segura de estar haciéndose entender, pero en aquel momento pasó Talut repartiendo su bebida fermentada. Además, Jondalar la estaba mirando, aunque trataba de disimular su inquietud. Ella alargó una taza de hueso, que Talut llenó de bouza. La primera vez que la probó no le había gustado mucho, pero como a todos parecía entusiasmarles, volvió a probar otra vez.

Talut, después de servir a todos, cogió su plato y fue a servirse la tercera ración de guiso.

—¡Talut! ¡No me digas que quieres más! —dijo Nezzie, con un tono de falsa protesta que Ayla ya había aprendido a reconocer como su forma de expresar lo orgullosa que se sentía de él.

—Es que te has superado a ti misma. Es el mejor guiso que he comido en mi vida.

—Otra vez exagerando. Lo dices para que no te trate de glotón.

—Vamos, Nezzie —protestó Talut, dejando su plato. Todos sonreían, mirándose con aire de entendimiento—. Cuando te digo que eres la mejor de las cocineras, lo digo en serio —y la levantó para restregarle con la nariz la parte posterior del cuello.

—¡Talut, grandísimo oso! ¡Bájame!

Él obedeció, no sin antes acariciarle un pecho y mordisquearle el lóbulo de una oreja.

—Creo que tienes razón. ¿Quién tiene ganas de comer más estofado? Me parece que voy a terminar la cena contigo. ¿No me hiciste antes una promesa? —replicó con una fingida inocencia.

—¡Talut! ¡Eres peor que un toro en celo!

—Primero soy un glotón, después un oso, ahora un uro —soltó una gran risotada —. Pero tú eres la leona. Ven a mi hogar —dijo, haciendo ademán de alzarla en vilo para llevarla al albergue.

Ella cedió súbitamente, riendo.

—¡Oh, Talut! ¡Qué aburrida sería la vida sin ti!

El gigante sonrió. En los ojos de ambos había tanto amor, tanta complicidad, que su pasión se esparcía en derredor. Ayla percibió ese resplandor y, en el fondo de su alma, comprendió que aquel estrecho vínculo había surgido tras una vida de experiencias compartidas, durante la cual habían aprendido a aceptarse mutuamente

tal como eran.

Pero la felicidad de la pareja provocó en ella pensamientos inquietantes. ¿Alguna vez gozaría ella de esa compenetración? ¿Llegaría a comprender tan bien a otra persona? Sumida en sus pensamientos, con la vista perdida más allá del río, compartió con los otros un momento de silencio; el ancho y desierto paisaje iniciaba un despliegue sobrecogedor.

Hacia el norte, las nubes habían ampliado su territorio cuando el Campamento del León dio por terminado su festín. Presentaban ahora una amplia superficie reflectante a un sol en rápida retirada. En una ardiente llamarada de gloria, proclamaban su triunfo a lo largo del lejano horizonte, haciendo gala de su victoria en estandartes anaranjados y escarlatas, sin prestar atención al oscuro aliado, la otra parte del día. El orgulloso despliegue de colores flameantes fue una fiesta de corta duración. El inexorable avance de la noche vino a debilitar el volátil fulgor, reduciendo los tonos agresivos a pálidos matices de rojo carmesí y de cornalina. El rosa vivo pasó al malva grisáceo, viró al púrpura ceniciento y, finalmente, sucumbió al negro de hollín.

El viento aumentó con la llegada de la noche. El cálido abrigo de la vivienda era una incitación tentadora. A la luz mortecina, cada uno fregó su vajilla con arena y la enjuagó con agua. Los restos del guiso se guardaron en un cuenco. El gran cuero de cocinar fue lavado del mismo modo y puesto a secar en el armazón. Una vez en el interior, todos se quitaron las prendas de abrigo para colgarlas en las perchas, reanimaron los fuegos y echaron más leña.

Hartal, el bebé de Tronie, alimentado y satisfecho, se durmió inmediatamente, pero Nuvie, la pequeña de tres años, que luchaba por mantener los ojos abiertos, quería a toda costa quedarse con quienes comenzaban a congregarse en el Hogar del Mamut. Ayla cogió en brazos a la niña muerta de sueño y, ya completamente dormida, se la llevó a Tronie, antes de que la joven madre tuviera tiempo de ir a buscarla.

En el Hogar de la Cigüeña, Tasher, el niño de Fralie, que tenía dos años, quería mamar, a pesar de que había comido del plato de su madre. Al cabo de un momento comenzó a gimotear inquieto. Eso convenció a Ayla de que su madre había perdido la leche. Apenas acababa de dormirse cuando estalló una discusión entre Crozie y Frebec; los gritos la despertaron. Fralie, demasiado cansada para gastar energías en enojarse, se lo puso en el regazo, pero Crisavec, el de siete años, la miró con el ceño fruncido.

Brinan y Tusie se lo llevaron al pasar por delante del hogar. Fueron a reunirse con Rugie y con Rydag. Los cinco eran más o menos de la misma edad, se pusieron a hablar por medio de palabras y de señas, entre risitas. Por fin se amontonaron en una plataforma desocupada, junto a la que compartían Ayla y Jondalar.

Druwez y Danug estaban juntos, cerca del Hogar del Zorro. Latie se había detenido a corta distancia, pero ellos o no la habían visto o no querían dirigirle la palabra. Ayla vio que, al fin, volvía la espalda a los muchachos y, con la cabeza baja,

se alejaba hacia los niños menores. Todavía no era mujer, pero Ayla calculó que no le faltaba mucho; estaba en la edad en que las niñas necesitan otras niñas de su edad para conversar, pero en el Campamento del León no las había y los muchachos la ignoraban.

—Latie, ¿sienta conmigo? —la invitó.

El rostro de la niña se iluminó y se sentó a su lado.

Por el pasillo venía el resto de los que componían el Hogar del Uro. Tulie y Barzec se reunieron con Talut, que estaba conferenciando con Mamut. Deegie se sentó frente a Latie y le sonrió.

—¿Dónde está Druwez? —preguntó—. Siempre pensé que, para encontrarle, había que buscarte a ti.

—¡Oh! Está hablando con Danug —respondió la niña—. Ahora están siempre juntos. Me alegré mucho cuando volvió mi hermano, pensando que los tres tendríamos mucho de que hablar. Pero ellos sólo quieren conversar entre sí.

Deegie y Ayla intercambiaron una mirada de connivencia. Había llegado el momento en que era preciso mirar bajo una nueva luz las amistades hechas en la infancia, para reajustarlas en el esquema de las relaciones adultas entre hombres y mujeres; era un período confuso y solitario. Ayla se había sentido excluida y aislada, de un modo u otro, durante la mayor parte de su vida. Comprendía muy bien lo que era sentirse sola, aun estando rodeada de personas afectuosas. Más tarde, en su valle, había hallado el modo de aliviar una soledad aún más desesperada. Entonces recordó el entusiasmo con que la niña solía contemplar los caballos.

Miró a Deegie y luego a Latie, para incluirla en la conversación.

—Día muy ocupado. Muchos días muy ocupados. Necesito ayuda. ¿Puedes ayuda, Latie? —preguntó.

—¿Ayudarte? Por supuesto. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Antes, todos los días cepillo caballos, hago correr. Ahora no tanto tiempo, pero caballos necesitan. ¿Puedes ayudarme? Yo enseñarte.

—¿Quieres que te ayude a atender a los caballos? —preguntó, en un susurro de sorpresa—. ¡Oh, Ayla! ¿Me lo permitirás?

—Sí. Mientras yo aquí, sería mucha ayuda.

Todos se habían agolpado en el Hogar del Mamut. Talut y Tulie, con otros varios, hablaban con Mamut sobre la cacería de bisontes. El anciano había efectuado la Búsqueda y estaban estudiando la conveniencia de que lo intentara otra vez. Puesto que la cacería había sido un éxito, se preguntaban si sería posible repetirla pronto. Él accedió a complacerles.

El gigantesco jefe volvió a servir su bouza, la bebida fermentada que hacía partiendo del almidón de ciertas raíces, mientras Mamut se preparaba para la Búsqueda. Al pasar, llenó la taza de Ayla. Ella había bebido casi toda la taza anterior, aunque se sentía culpable de haber tirado una porción. Ahora, después de olfatearla y hacerla girar en la taza, aspiró hondo y la bebió de un trago. Talut, sonriente, volvió a

llenarle la vasija. Ayla le respondió con una sonrisa inexpresiva y volvió a beber. Al pasar de nuevo, Talut vio su taza vacía y la llenó por tercera vez. No le apetecía, pero era demasiado tarde para negarse. La muchacha cerró los ojos y tragó el fuerte líquido. Se estaba acostumbrando al sabor, pero aún no comprendía por qué gustaba tanto a todo el mundo.

Mientras esperaba se sintió invadida por una especie de mareo; le zumbaban los oídos y sus percepciones se tornaron confusas. Tornec, sin que ella se percatara, inició un golpeteo rítmico y tonal en la escápula de mamut; Ayla tuvo la sensación de que el sonido provenía de su interior. Sacudió la cabeza y trató de prestar atención. Se concentró en Mamut, que estaba tragando algo, y tuvo una vaga sensación de que era una sustancia peligrosa. Habría querido impedírselo, pero no se movió. Él era Mamut; debía saber lo que estaba haciendo.

El anciano alto y flaco, de barba blanca y largo pelo canoso, se sentó cruzado de piernas ante otro tambor de cráneo de mamut. Tomó un martillo de asta de ciervo y, después de hacer una pausa para escuchar, tocó junto con Tornec e inició un cántico. Otros repitieron el estribillo. Muy pronto, casi todos estaban profundamente concentrados en una secuencia hipnótica, que consistía en frases repetitivas, salmodiadas en un ritmo palpitante, con escasas variaciones tonales, alternadas con un tamborileo arrítmico, más modulado que las voces. Otro tambor se agregó a la música, pero Ayla sólo reparó en que Deegie ya no estaba a su lado.

El batir de los tambores se ajustaba al que resonaba en la cabeza de Ayla. Ella creyó oír algo más que el cántico y los golpeteos. Los tonos cambiantes, las diversas cadencias, las alteraciones de registro y volumen, comenzaban a sugerir voces, voces que la hablaban. Y esas voces parecían decir algo casi comprensible, pero que ella no lograba entender. Trató de concentrarse, se esforzó por escuchar, pero no tenía la mente clara. Cuanto más lo intentaba, más lejos de lo comprensible parecían estar las voces de los tambores. Por fin renunció y se dejó arrastrar por el vertiginoso mareo.

Entonces oyó de nuevo los tambores y, de súbito, se sintió transportada.

Viajaba muy de prisa por las planicies desnudas y heladas. En el pasaje desierto que se extendía a sus pies, todo estaba oculto bajo una capa de nieve barrida por el viento, salvo los objetos de gran volumen. Poco a poco fue notando que no estaba sola. Un compañero de viaje veía la misma escena y, de un modo inexplicable, ejercía cierto control sobre la velocidad y la dirección de ambos.

Entonces, muy a lo lejos, como si se tratara de un faro remoto, un punto de referencia, oyó voces que cantaban y tambores que parecían conversar entre sí. En un momento de lucidez oyó una palabra, dicha en un fantasmagórico staccato que recordaba algo el tono y la resonancia de una voz humana, aunque sin reproducirla con exactitud.

—Rettáarrdennlaa —y otra vez—: Rettáarrdenlaa…

Ayla sintió que su velocidad disminuía; al bajar la vista vio que unos cuantos bisontes se acurrucaban en un terraplén. Los enormes animales resistían con estoica resignación la terrible ventisca, con la nieve adherida a la pelambre apelmazada y la cabeza baja, como aplastada por los poderosos cuernos negros que se abrían hacia fuera. Sólo el vapor que surgía de sus hocicos sugería que se trataba de criaturas vivientes y no de accidentes del terreno.

Ayla se sintió atraída hacia ellos; se acercó lo bastante como para contarlos y ver cada animal por separado. Un ejemplar joven se apartó algunos pasos para apoyarse contra su madre; una hembra vieja, que tenía el cuerno izquierdo roto en la punta, sacudió la cabeza con un resoplido; un macho apartó la nieve con la pezuña para mordisquear una mata de hierba marchita. A distancia se oía un aullido: el viento, quizá.

El panorama volvió a expandirse cuando retrocedieron. Ayla captó entonces la breve imagen de silenciosas siluetas cuadrúpedas que avanzaban sigilosamente y con decisión. El río fluía entre salientes gemelos, por debajo de los bisontes acurrucados. Corriente arriba, la llanura aluvial donde los animales habían buscado refugio se estrechaba entre barrancos; el río circulaba por una profunda garganta de rocas melladas, para abrirse luego en rápidos y pequeñas cascadas. La única salida era un desfiladero rocoso, escape para las inundaciones de primavera, el cual conducía de nuevo a la estepa.

—Hogaaaaar…

La larga vocal resonó en el oído de Ayla, con vibraciones intensificadas. Volvía a avanzar otra vez, a toda velocidad, como un rayo por encima de la planicie.

—¡Ayla! ¿Estás bien? —preguntó Jondalar.

La muchacha sintió que una sacudida espástica le conmocionaba el cuerpo. Al abrir los ojos se encontró con dos pupilas muy azules que la observaban con expresión preocupada.

—¿Eh?…, sí, creo que sí.

—¿Qué ha pasado? Latie dice que te caíste hacia atrás en la cama. Te pusiste rígida y comenzaste a sentir convulsiones. Después te quedaste dormida y nadie pudo despertarte.

—No sé…

—Viniste conmigo, Ayla; eso fue todo.

Ambos se volvieron hacia la voz de Mamut.

—¿Ir contigo? ¿Adónde? —preguntó Ayla.

El anciano clavó en ella una mirada inquisitiva. «Está asustada», pensó. «No es de extrañar; no esperaba esto. La primera vez produce miedo, aun cuando estamos preparados. Pero no se me ocurrió avisarla. No sospechaba que su capacidad natural sería tan grande. Y ni siquiera tomó el somuti. Su don es demasiado poderoso. Es

preciso adiestrarla, por su propio bien, pero ¿hasta dónde puedo ser explícito ahora? No quiero que considere su Talento como una carga que tiene que soportar toda la vida. Quiero que lo tome como un don, aunque implique graves responsabilidades… Pero La Madre no suele brindar Sus Dones a quienes no pueden aceptarlos. Sin duda, la Madre reserva un destino especial para esta joven».

—¿Dónde crees que hemos estado, Ayla? —preguntó el viejo chamán.

—No estoy segura. Afuera… Estaba en la ventisca… Veo bisontes. Cuerno roto… Junto río.

—Lo viste todo con claridad. Me sorprendió sentir tu presencia cerca de mí. Pero debí haber imaginado que podía ocurrir. Sabía que tenías potencial. Tienes un don, Ayla, pero necesitas iniciación y guía.

—¿Don? —La muchacha se incorporó. Por un instante sintió un escalofrío de miedo. No quería poseer dones especiales. Sólo deseaba una pareja e hijos, como Deegie, como cualquier otra mujer—. ¿Qué clase de don, Mamut?

Jondalar vio que estaba pálida. «Parece tan asustada, tan vulnerable», pensó, rodeándola con un brazo. Sólo quería estrecharla contra sí, protegerla de todo daño, darle amor. Ayla se recostó contra su calor, sintiendo que su aprensión disminuía. Mamut tomó nota de aquel sutil cambio y lo sumó a sus consideraciones sobre la misteriosa joven que había aparecido de repente entre ellos. ¿Por qué entre ellos?, se preguntaba.

No creía que Ayla hubiera llegado al Campamento del León por pura casualidad. Los accidentes y las coincidencias no jugaban un gran papel en su concepto del mundo. Mamut estaba convencido de que todo tenía una finalidad, una dirección, una razón de ser, estuviera o no al alcance de su comprensión. Y estaba seguro de que la Madre tenía sus motivos para haber conducido a Ayla hasta ellos. Había adivinado astutamente algunas cosas sobre ella. Ahora sabía más sobre sus antecedentes y se preguntaba si uno de esos motivos no sería él mismo, pues él era quien mejor podía comprenderla.

—No puedo decirte con seguridad qué clase de don, Ayla. Un don de la Madre puede adoptar muchas formas. Al parecer, tienes el don de curar. Probablemente tu dominio sobre los animales sea también un don.

Ayla sonrió. Si la magia curativa aprendida de Iza era un don, lo aceptaba con gusto. Y si Whinney, Corredor y Bebé eran otros tantos dones de la Madre, estaba agradecida. Tenía la convicción de que el Gran León Cavernario se los había enviado. Tal vez la Madre tuviera también algo que ver.

—Y por lo que he sabido hoy, diría que tienes el don de la Búsqueda. La Madre ha sido generosa contigo.

Jondalar arrugó el ceño, preocupado. Un exceso de atenciones por parte de Doni no siempre era algo deseable. Con mucha frecuencia le decían que él había sido muy favorecido, pero nunca le había proporcionado mucha felicidad. De pronto recordó las palabras de la anciana curandera que servía a la Madre en el pueblo de los

Sharamudoi. La Shamud le había dicho, en cierta ocasión, que había sido favorecido por la Madre para que ninguna mujer pudiera resistírsele, ni siquiera la propia Madre. Ése era el Don que había recibido. Pero le advirtió que debía andarse con cuidado, pues los dones de la Madre no eran una bendición absoluta: los elegidos estaban en deuda con Ella. ¿Acaso significaba que Ayla también lo estaba respecto a la Madre?

La muchacha no estaba muy segura de alegrarse por aquel último don.

—No conozco Madre ni dones. Creo León Cavernario, mi tótem, enviar Whinney.

Mamut se mostró muy sorprendido.

—¿El León Cavernario es tu tótem?

Ayla reparó en su expresión, recordando lo difícil que había sido para el Clan creer que una hembra pudiera tener la protección de un poderoso tótem masculino.

—Sí, me lo dijo Mog-ur. León Cavernario elige mí y hace marca. Yo enseño.

Ayla se desató el cordel de la cintura y abrió su túnica lo suficiente como para exponer su muslo izquierdo, con las cuatro cicatrices paralelas dejadas por una afilada garra, prueba de su encuentro con un león de las cavernas.

Las marcas eran antiguas; habían cicatrizado mucho tiempo atrás, según notó Mamut. ¿Cómo era posible que una niña hubiera podido escapar a un león cavernario?

—¿Cómo te hiciste esa herida? —preguntó.

—No recuerdo…, pero sueño.

—¿Qué sueño es ése? —se interesó Mamut.

—Vuelve a veces. Estoy en un lugar oscuro, pequeño. Luz por pequeña abertura —cerró los ojos y tragó saliva—. Algo tapa luz. Tengo miedo. Gran garra de león entra, uñas afiladas. Grito, despierto.

—Hace poco soñé con leones cavernarios —dijo Mamut—. Por eso quería saber cómo era tu sueño. Soñé con un grupo de leones cavernarios que tomaban el sol en las estepas, en un caluroso día de verano. Había dos cachorros. Uno de ellos, una hembra, trataba de jugar con el macho, un animal grande, de melena rojiza. Levantó una pata y le pegó en la cara con suavidad, casi como si sólo quisiera rozarle. El macho la apartó de un empellón; luego la sujetó contra el suelo y la lavó con su lengua larga y áspera.

Tanto Ayla como Jondalar estaban extasiados.

—De pronto —prosiguió Mamut— se producía una perturbación. Un rebaño de renos corría directamente hacia ellos. Al principio pensé que estaban atacando (los sueños, con frecuencia, tienen significados más profundos de lo que parece). Pero aquellos renos estaban impulsados por el pánico; al ver a los leones, se dispersaron. El cachorro macho fue arrollado. Cuando todo acabó, la leona trató de que el leoncito se levantara, pero no pudo reanimarlo, de modo que se marchó con la joven hembra, el macho y el resto de la manada.

Ayla parecía en trance.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mamut.

—¡Bebé! Bebé era hermano. Cazo renos. Después cachorrito herido. Llevo cueva, curo, crío como bebé.

—¿El león cavernario que criaste había sido arrollado por renos? —A Mamut le tocaba ahora quedarse estupefacto. No podía tratarse de una mera coincidencia o de una simple similitud de escenarios. Podía apreciar una poderosa significación. Su primer impulso había sido interpretar el sueño por su valor simbólico, pero allí había mucho más de lo que él creía. Era algo que iba más allá de la Búsqueda y de sus experiencias anteriores. Tenía que meditarlo profundamente y sintió la necesidad de saber más.

—Ayla, si no te importa responder…

Les interrumpió una áspera discusión.

—¡Y a ti no te importa nada de Fralie! ¡Ni siquiera pagaste un Precio Nupcial decente! —chilló Crozie.

—¡Y a ti no te importa nada que no sea tu dichoso rango! Estoy harto de oír hablar del Precio Nupcial que he pagado. Pagué lo que pedías cuando ningún otro quería hacerlo.

—¿Cómo que ningún otro? ¿Qué dices? ¡Me suplicaste que te la diera! Dijiste que cuidarías de ella y de sus hijos, que me recibirías bien en tu hogar…

—¿Y no lo he hecho? —gritó Frebec.

—¿A esto le llamas recibir bien? ¿Cuándo me has mostrado respeto? ¿Cuándo me has honrado como corresponde a una madre?

—¿Y tú, cuándo me has respetado? Diga lo que diga, tú me lo discutes.

—Si alguna vez dijeras algo inteligente, nadie tendría por qué discutirte nada. Fralie merece más. Mírala, llena de la bendición de la Madre…

—Madre, Frebec, por favor, dejad de reñir —intervino Fralie—. Lo único que quiero es descansar un poco…

Estaba ojerosa y pálida. Eso preocupó a Ayla. Con su experiencia de curandera, notaba que aquella furiosa discusión angustiaba a la embarazada. Sin poder resistir más, se acercó al Hogar de la Cigüeña.

—¿No veis que Fralie está mal? —dijo cuando tanto la vieja como el hombre hicieron una pausa lo suficientemente larga como para permitirle hablar—. Necesita ayuda. Vosotros no ayudáis. Vosotros ponéis enferma. No bien esta pelea para embarazada. Hace perder bebé.

Crozie y Frebec la miraron sorprendidos. La anciana fue la primera en reaccionar.

—¿No lo ves? ¿No te lo dije? A ti no te importa nada Fralie. Ni siquiera permites que hable con esta mujer, que algo sabe de eso. Si pierde el bebé, será por culpa tuya.

—¡Qué entiende ella de esto! —se burló Frebec—. Criada por un atajo de animales sucios, ¿qué puede saber de medicina? Y trae animales aquí. Ella misma no es sino un animal. Tienes razón: no voy a permitir que Fralie se acerque a esta abominación. ¡Quién sabe qué malos espíritus ha traído a este albergue! ¡Si Fralie pierde el bebé, será por culpa de ella! ¡De ella y sus malditos cabezas chatas!

Ayla retrocedió como si hubiera recibido un golpe físico. Aquella oleada de insultos la dejó sin aliento. El resto del Campamento había enmudecido. En medio de aquel elocuente silencio, la muchacha emitió un sollozo ahogado, dio media vuelta y salió a toda prisa del albergue. Jondalar cogió las pellizas de ambos y corrió tras ella.

Ayla apartó la pesada cortina de la arcada exterior para enfrentarse al viento ululante. La tormenta que durante todo el día había amenazado desencadenarse, ya estaba allí, sin lluvia ni nieve, pero bramando con feroz intensidad más allá de las gruesas paredes del albergue. Sin barreras que detuvieran sus ráfagas salvajes, la diferencia de presiones atmosféricas provocada por las grandes murallas de hielo glaciar, situadas al norte, empujó a los vientos huracanados hacia las vastas estepas.

La muchacha llamó a Whinney con un silbido y oyó su relincho a poca distancia. La yegua y su potrillo, que se habían mantenido resguardados en un lateral de la vivienda, surgieron de la oscuridad.

—¡Ayla! ¡No pensarás cabalgar en medio de esta tormenta! —exclamó Jondalar, saliendo del albergue—. Toma, te he traído la pelliza. Hace frío aquí fuera. Ya debes estar medio congelada.

—¡Oh, Jondalar, no puedo seguir aquí! —gimió la muchacha.

—Ponte la pelliza, Ayla —insistió él, ayudándola a enfilarse la prenda por la cabeza.

Luego la cogió en sus brazos. Había estado esperando desde hacía mucho tiempo una escena como la que Frebec acababa de hacer. Sabía que era inevitable si ella hablaba tan abiertamente de su vida con el Clan.

—No puedes irte ahora —dijo—. Con esta tormenta, no. ¿Adónde irías?

—No lo sé. No me importa —sollozó—. Lejos de aquí.

—¿Y Whinney? ¿Y Corredor? No pueden andar con este tiempo.

Ayla se aferró a Jondalar sin responder. Pero, en otro plano de su conciencia, había advertido que los caballos buscaban refugio cerca del albergue. La preocupaba no tener una cueva en donde los animales pudieran protegerse de las tormentas, como siempre. Y Jondalar tenía razón: no era posible partir en una noche como aquélla.

—No quiero quedarme, Jondalar. En cuanto la tormenta amaine, quiero volver al valle.

—Si tú lo quieres, Ayla, volveremos. Cuando amaine la tormenta. Pero ahora debemos volver adentro.

Capítulo 12

—Mira cuánto hielo tienen adherido al pelaje —dijo Ayla, tratando de apartar con la mano los carámbanos que pendían de los largos mechones de Whinney.

La yegua resopló, levantando una nube de vapor caliente en el frío aire matinal, que el viento glacial disipó inmediatamente. La tormenta había amainado, pero el cielo seguía teniendo un aspecto siniestro.

—¡Pero si los caballos siempre pasan el invierno al aire libre! —objetó Jondalar, tratando de mostrarse razonable—. Por lo común no viven en cuevas, Ayla.

—Y son muchos los que mueren durante el invierno, aunque se refugien en lugares protegidos cuando el tiempo es tormentoso. Whinney y Corredor siempre han tenido un sitio abrigado y seco cuando lo necesitaban. No viven en rebaños, no están habituados a estar siempre a la intemperie. Éste no es buen lugar para ellos… ni para mí. Dijiste que podíamos partir cuando quisiéramos. Quiero volver al valle.

—Ayla, ¿acaso no nos han recibido bien? ¿No han sido casi todos buenos y generosos?

—Sí, nos han recibido bien. Los Mamutoi tratan de ser generosos con sus huéspedes, pero aquí somos sólo visitantes y es hora de partir.

Jondalar arrugó la frente, preocupado, mientras restregaba los pies contra el suelo, con la vista baja. Quería decir algo, pero no sabía cómo expresarse.

—Ayla…, eh…, te dije que podía ocurrir algo así… si hablabas sobre…, bueno…, sobre la gente con la que vivías. Las personas, en su mayoría, no…, no piensan de ellos lo mismo que tú —levantó la vista—. Si no hubieras dicho nada…

—¡Yo habría muerto de no ser por el Clan, Jondalar! ¿Vas a decir que debo avergonzarme de los que me cuidaron? ¿Crees que Iza fue menos humana que Nezzie? —estalló Ayla.

—No, no, no es eso lo que he querido decir, Ayla. No digo que debas avergonzarte. Sólo que… no hace falta hablar de ellos a gente que no comprende.

—No estoy segura de que tú mismo comprendas. ¿De qué debo hablar, en tu opinión, cuando me preguntan quién soy, de qué pueblo? ¿De dónde vengo? Ya no soy del Clan, porque Broud me maldijo y para ellos he muerto. ¡Pero ojalá que así fuese! Al menos ellos acabaron por aceptarme como curandera. No me habrían impedido ocuparme de una mujer que necesita atenciones. ¿Sabes lo terrible que es verla sufrir y no poder ayudarla? ¡Soy curandera, Jondalar! —dijo, con un estallido de frustración y de impotencia. Y se volvió, furiosa, hacia los caballos.

Latie salió del albergue. Al ver a Ayla con los animales, se aproximó con prontitud.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó, con una amplia sonrisa.

Ayla, recordando que había pedido ayuda a la joven la noche anterior, trató de dominarse.

—No creo que necesita ayuda ahora. No me quedo, vuelvo valle pronto —dijo

hablando el idioma de la niña.

Latie quedó destrozada.

—Oh, bueno…, supongo que, en ese caso, no haría más que molestar.

Ya se dirigía hacia el arco de entrada cuando Ayla vio su desilusión y la detuvo.

—Pero los caballos necesitan cepillar. Llenos de hielo. ¿Tal vez tú ayuda hoy?

—¡Oh, sí! —respondió la niña, sonriendo de nuevo—. ¿Qué puedo hacer?

—¿Ves, aquí, en tierra, cerca de albergue, tallos secos?

—¿Te refieres a esta carda? —preguntó Latie, cortando un tallo rígido con una cabeza terminal seca y rodeada de espinas.

—Sí, traigo del río. Es buen cepillo. Rompe, así. Envuelve mano con trozo cuero, pequeño; así fácil sujetar —explicó Ayla.

Luego le enseñó cómo sujetar la carda para peinar el apelmazado pelaje invernal, largo y espeso, de Corredor. Jondalar permanecía a poca distancia, para tranquilizar al animal hasta que se habituara a la muchachita, mientras Ayla rompía y apartaba el hielo adherido a Whinney.

La presencia de Latie puso fin de momento a la conversación, y Jondalar se alegró de ello. Había dicho más de lo debido, y con poco tacto; ahora no sabía cómo resolver la situación. No quería que Ayla se fuera en aquellas circunstancias, por miedo a que jamás quisiera volver a salir del valle si regresaba allí. Por mucho que la amara, no estaba seguro de poder pasar todo el resto de la vida a solas con ella. Y tampoco creía que fuera conveniente para la joven. «Se estaba llevando tan bien con los Mamutoi», pensó. «No tendría ningún problema para adaptarse en cualquier sitio, ni siquiera con los Zelandonii. Si al menos no dijera nada de… Pero tiene razón: ¿qué puede decir cuando le preguntan de dónde viene?». Y sabía que, si la llevaba a su hogar, todo el mundo se lo preguntaría.

—¿Les cepillas siempre el hielo del pelaje, Ayla? —preguntó Latie.

—No, siempre no. En valle, caballos en cueva cuando tiempo malo. Aquí no hay lugar caballos. Me voy pronto. Pronto vuelvo al valle, cuando tiempo mejorar.

Dentro del refugio, Nezzie había atravesado la zona de cocinar y el hogar de entrada; estaba junto a la arcada exterior, a punto de salir, cuando les oyó hablar fuera y se detuvo a escuchar. Temía que Ayla quisiera marcharse tras el altercado de la noche anterior: eso pondría fin a las lecciones del lenguaje por señas tanto para Rydag como para el Campamento. Ella había notado ya cierta diferencia en la forma en que los demás trataban al niño, ahora que resultaba posible hablar con él. Exceptuando a Frebec, por supuesto. «Lamento haber pedido a Talut que los invitara a vivir con nosotros. Claro que, si yo no hubiera dicho nada, ¿dónde estaría Fralie ahora? No está bien; este embarazo le está resultando difícil».

—¿Por qué te marchas, Ayla? —preguntó Latie—. Podríamos hacerles un cobertizo aquí mismo.

—Tiene razón —intervino Jondalar—. No costaría mucho instalar una tienda, un cobertizo, cualquier cosa, cerca de la entrada, para protegerlos de los peores vientos y

de las nevadas.

—Creo Frebec no gusta tener animal tan cerca.

—Frebec es sólo uno, Ayla.

—Pero Frebec es Mamutoi. Yo no.

Nadie refutó esa afirmación, pero Latie se ruborizó de vergüenza en nombre de su Campamento.

En el interior, Nezzie dio media vuelta hacia el Hogar del León. Talut, que acababa de despertar, echó a un lado las pieles y se sentó en el borde de la cama. Después de rascarse la barba y desperezarse con un enorme bostezo, hizo un gesto de dolor y miró a Nezzie con una sonrisa tímida.

—Anoche bebí demasiada bouza —confesó, mientras cogía la túnica para ponérsela.

—Talut, Ayla piensa irse en cuanto despeje —dijo Nezzie.

El gigante frunció el ceño.

—Es lo que yo me temía. Lástima grande. Yo tenía la esperanza de que pasaran el invierno con nosotros.

—¿No podríamos hacer algo? ¿Por qué tienen que marcharse por el mal genio de Frebec, si todos los demás queremos que se queden?

—No sé qué podemos hacer. ¿Has hablado con ella, Nezzie?

—No. La he oído hablar fuera. Le decía a Latie que aquí no había sitio para los caballos, que estaban habituados a entrar en su cueva cuando amenazaba tormenta. Latie dijo que podíamos hacer un refugio, y Jondalar sugirió una tienda de campaña o algo así cerca de la entrada. Entonces Ayla contestó que a Frebec no le gustaba tener a un animal tan cerca. Y sé que no se refería a los caballos.

Talut se encaminó hacia la entrada, seguido de su mujer.

—Podríamos hacer algo para los caballos —dijo él—. Pero si ella quiere irse, no podemos obligarla a quedarse. Ni siquiera es Mamutoi. Y Jondalar es Zel…, Zel…, no sé qué.

Nezzie le interrumpió:

—¿Por qué no la hacemos una Mamutoi? Dice que no tiene Pueblo. Podríamos adoptarla. Tú y Tulie podríais hacer una ceremonia para aceptarla definitivamente en el Campamento del León.

Talut reflexionó un momento.

—No estoy muy seguro, Nezzie. No se puede hacer Mamutoi a cualquiera. Todos han de estar de acuerdo, y haría falta exponer buenas razones para explicarlo al Consejo, en la Reunión de Verano. Además, has dicho que se va.

Talut apartó la cortina y corrió al barranco.

Nezzie permaneció ante la arcada, observándole; luego posó su mirada en la alta mujer que peinaba el pelaje del caballo de color pajizo. Mientras la estudiaba con atención, se preguntó quién sería. Si Ayla había perdido a su familia en la península del sur, podía tratarse de una Mamutoi. Cerca del Mar de Beran acampaban, durante

el verano, algunos grupos de ellos, y la península no estaba muy lejos de allí. Pero Nezzie no estaba nada segura. Los Mamutoi sabían que aquél era territorio de los cabezas chatas y, por norma, no se acercaban; además, Ayla tenía rasgos que no parecían mamutoi. Tal vez su familia pertenecía a los Sharamudoi, el pueblo del río que vivía hacia el oeste, o a los Sungaea, entre los cuales había estado Jondalar, que vivían en el noroeste, aunque quizá no llegaran a viajar tan al sur hasta llegar al mar. Tal vez fuera hija de extranjeros llegados de otra parte. Era difícil adivinarlo. Pero una cosa resultaba cierta: Ayla no era una cabeza chata… y, sin embargo, ellos la habían aceptado.

Barzec y Tornec salieron del albergue, seguidos por Danug y Druwez. Saludaron a Nezzie por señas, como Ayla les había enseñado; se estaba convirtiendo en una costumbre en el Campamento del León, y Nezzie la fomentaba. El siguiente en salir fue Rydag, que la saludó también por señas, sonriente. Ella respondió al saludo, pero, al abrazarle, perdió su propia sonrisa. El niño tenía mala cara; parecía hinchado, pálido, más fatigado que de costumbre. Tal vez estuviese a punto de enfermar.

—¡Jondalar, estabas ahí! —exclamó Barzec—. He fabricado uno de esos lanzavenablos y vamos a probarlo en la estepa. Le he dicho a Tornec que, con un poco de ejercicio, se le pasaría el dolor de cabeza que le ha dejado el exceso de bebida de anoche. ¿Quieres venir?

Jondalar miró a Ayla. Era difícil que resolvieran nada aquella mañana, y Corredor parecía satisfecho con las atenciones de Latie.

—Está bien. Voy a buscar el mío —dijo.

Mientras esperaban, Ayla notó que tanto Danug como Druwez parecían ignorar los esfuerzos que hacía Latie por atraer su atención, aunque el joven y desgarbado pelirrojo le lanzaba alguna que otra mirada, sonriéndole con timidez. Cuando su hermano y su primo se alejaron con los demás, la niña les siguió tristemente con la mirada.

—Podrían haberme invitado —murmuró por lo bajo.

Luego volvió a cepillar a Corredor con decisión.

—¿Quieres aprender lanzavenablos, Latie? —preguntó Ayla, recordando los lejanos tiempos en que veía marcharse a los cazadores, lamentando no poder acompañarles.

—Podrían haberme invitado. Siempre venzo a Druwez cuando jugamos a aros-y-dardos, pero ya ni me miran.

—Yo enseño, si quieres, después que caballos cepillados.

La niña levantó la vista hacia ella. No había olvidado la sorprendente demostración que Ayla hiciera con el lanzavenablos y la honda; también había notado que Danug le sonreía. Y entonces se le ocurrió una idea: Ayla no trataba de llamar la atención; simplemente, hacía lo que deseaba, pero lo hacía tan bien que, fuera lo que fuese, la gente se veía forzada a fijarse en ella.

—Me gustaría que me enseñaras, Ayla —dijo. Tras una pausa, preguntó—:

¿Cómo llegaste a hacerlo tan bien? Me refiero a la honda y al lanzavenablos.

Ayla caviló un momento antes de responder:

—Quiero mucho y practico… mucho.

Talut se aproximaba caminando desde el río, con el pelo y la barba mojados, entornados los ojos.

—¡Ay! ¡Ay, mi cabeza! —exclamó, con un gemido exagerado.

—¿Por qué te has mojado la cabeza, Talut? —protestó Nezzie—. Con este frío… vas a enfermar.

—Ya estoy enfermo. Hundí la cabeza en el agua para tratar de calmar este dolor de cabeza. ¡Ooooh!

—Nadie te obligó a beber tanto. Ve adentro a secarte.

Ayla le miró con preocupación, algo sorprendida de que Nezzie pareciera tratarle con tan poca compasión. También ella había despertado con dolor de cabeza y cierto malestar en el estómago. ¿Era consecuencia de la bebida, aquella bouza que a todos gustaba tanto?

Whinney levantó la cabeza, relinchó y le dio un topetazo. El hielo del pelaje no molestaba a los caballos, aunque en grandes cantidades podía resultar pesado, pero disfrutaban con el cepillado y las atenciones; la yegua acababa de notar que Ayla, sumida en sus pensamientos, no proseguía con la tarea.

—Basta, Whinney. Quieres que te preste atención, ¿verdad? —dijo la joven, empleando el tipo de comunicación que solía emplear con los caballos.

Aunque no era la primera vez que la oía expresarse así, no por eso quedó menos impresionada cuando Ayla emitió una perfecta imitación del relincho de la yegua; notó también el lenguaje de los signos, ahora que estaba más habituada, si bien no llegaba a comprender todos los gestos.

—¡Hablas con los caballos! —exclamó.

—Whinney es amiga —dijo Ayla, pronunciando el nombre de la yegua como lo hacía Jondalar, pues a la gente del Campamento parecía resultarle más cómodo oír una palabra que un relincho—. Por mucho tiempo, única amiga —dio unas palmadas a la yegua y otras al potrillo—. Creo que cepillo basta. Ahora vamos a buscar lanzavenablos y practicar.

Al entrar en el albergue pasaron junto a Talut, cuyo aspecto era lamentable. Una vez en el cuarto hogar, Ayla recogió su lanzavenablos y un puñado de lanzas. Al salir, su vista cayó sobre los restos de la infusión de milenrama que había preparado para su dolor de cabeza. La umbela y las quebradizas hojas plumosas de la planta seguían prendidas al tallo, pero ya estaban secas. El sol y la lluvia habían privado a la planta, aromática y muy perfumada cuando estaba fresca, de una parte de sus propiedades. Pero Ayla recordó que la había preparado y secado algún tiempo atrás. Mezclada con corteza de sauce, curaba tanto las náuseas como el dolor de cabeza.

Tal vez le venga bien a Talut, pensó. Pero a juzgar por lo mucho que se quejaba, se preguntó si sería más eficaz el preparado de cornezuelo que hacía para las

migrañas más tenaces. En todo caso, ésta era una medicina realmente fuerte.

—Toma, Talut, para dolor de cabeza —dijo, de camino hacia la salida.

Él sonrió débilmente, pero cogió la taza y bebió su contenido. No esperaba gran cosa de éste, aunque agradecía la solidaridad que los otros no parecían dispuestos a ofrecerle.

La mujer rubia y la niña subieron juntas la cuesta, dirigiéndose hacia el terreno apisonado donde se habían desarrollado las competiciones. Cuando llegaron a la estepa, vieron que los cuatro hombres que les habían precedido estaban practicando en un extremo y se dirigieron hacia el otro. Whinney y Corredor las siguieron; Latie sonrió al ver que el potrillo la saludaba con un pequeño relincho, sacudiendo la cabeza. Mientras Ayla enseñaba a Latie cómo arrojar una lanza, él se dedicó a pastar junto a su madre.

—Cógelo así —indicó la joven, sosteniendo el estrecho instrumento de madera, de unos sesenta centímetros de largo, en posición horizontal. Puso los dedos índice y mayor de la mano derecha en los lazos de cuero—. Luego colocas la lanza —continuó, apoyando la varilla, que medía alrededor de un metro ochenta, en una hendidura que recorría el arma en toda su longitud. Acomodó el extremo posterior contra el gancho, cuidando de no aplastar las plumas. Luego, sosteniendo la lanza con firmeza, tiró hacia atrás y soltó. La larga extremidad móvil del lanzador se levantó, aumentando la longitud y liberando la fuerza de una palanca. La lanza se disparó con una fuerza y una velocidad excepcionales. Después entregó el lanzavenablos a Latie.

—¿Así? —preguntó la niña, sosteniéndolo como Ayla le había explicado—. Pongo la lanza en esta ranura, paso los dedos por los lazos para sujetar el aparato y apoyo el extremo de la lanza contra él.

—Bien. Ahora, arroja.

Latie despidió la lanza a buena distancia.

—No es tan difícil —comentó, complacida con su actuación.

—No. Arrojar lanza no difícil —concedió Ayla—. Difícil es mandar lanza donde tú querer.

—Acertar, quieres decir, como cuando introducimos el dardo en el aro.

Ayla sonrió.

—Sí. Necesita práctica, para dardo en el aro…, introducir en el aro.

Había visto que Frebec se acercaba a ver lo que hacían sus compañeros y, de pronto, cobró conciencia de que aún no hablaba correctamente aquel idioma y necesitaba practicarlo. Pero ¿qué importancia tenía si no pensaba quedarse?

Latie siguió practicando de acuerdo con sus instrucciones. Ambas estaban tan concentradas en su tarea que no repararon en los hombres, quienes habían abandonado sus ejercicios para observarlas.

—¡Muy bien, Latie! —comentó Jondalar, al ver que la niña daba en el blanco—. ¡Quizá termines por hacerlo mejor que nadie! Creo que estos muchachos se han cansado de practicar y prefieren venir a ver cómo disparas.

Danug y Druwez parecían molestos. Había algo de verdad en aquellas bromas, pero la sonrisa de Latie fue radiante.

—Seré mejor que nadie en esto. No pararé hasta conseguirlo —dijo.

Todos decidieron que ya habían practicado bastante, para empezar, y volvieron al albergue. Al acercarse a la arcada de acceso, vieron salir precipitadamente a Talut.

—¡Ayla, estabas aquí! ¿Qué tenía ese brebaje que me has dado? —preguntó, acercándose.

Ella dio un paso atrás.

—Milenrama, algo de alfalfa, algunos hojas de frambuesa y…

—¿Has oído eso, Nezzie? ¡Averigua cómo lo prepara! Me curó el dolor de cabeza. ¡Estoy como nuevo! —Talut miró en derredor—. ¿Nezzie?

—Bajó al río con Rydag —anunció Tulie—. Esta mañana parecía cansado y Nezzie no estaba de acuerdo en que se alejara. Pero como él quiso acompañarla… o quizá estar con ella; no identifiqué muy bien la señal. Le dije que iría a ayudarla, para que no cargase con el niño y con el agua al mismo tiempo. Ahora mismo me dirigía allí.

Los comentarios de Tulie llamaron la atención de Ayla por más de un motivo. Se sentía algo preocupada por Rydag, pero sobre todo detectaba un cambio evidente en la actitud de Tulie hacia él. Ahora le llamaba por su nombre, no simplemente «el pequeño», y hablaba de lo que él había dicho. Para ella se había convertido en una persona.

—Bueno —vaciló Talut, sorprendido de que Nezzie no estuviera por allí cerca. De inmediato se reprochó su afán posesivo y rió entre dientes—. ¿Me enseñarás a prepararlo, Ayla?

—Sí —respondió ella—. Con gusto.

El pelirrojo quedó encantado.

—Ya que preparo la bouza, debo saber preparar el remedio para la mañana siguiente.

Ayla sonrió. A pesar de su gran tamaño, había algo tierno en el gigantesco jefe. Sin duda alguna, sería temible si se le hacía enfadar. Era tan ágil y rápido como fuerte; tampoco le faltaba inteligencia, pero había en él una evidente tendencia a la afabilidad. Se resistía a enfadarse. Si bien no le importaba bromear a expensas de otro, con la misma facilidad se reía de sus propios fallos. Trataba los problemas humanos de la gente a su cargo con auténtico interés, y su compasión se extendía mucho más allá de su propio Campamento.

De pronto, un chillido agudo atrajo la atención de todos en dirección al río. Bastó una mirada para que Ayla se lanzara a la carrera cuesta abajo, seguida por varias personas más. Nezzie estaba arrodillada junto a una figura pequeña, gimiendo de angustia. Tulie, de pie junto a ella, parecía afligida y desolada. Cuando Ayla llegó, Rydag estaba inconsciente.

—¿Nezzie? —preguntó la muchacha, con la expresión de inquerir lo que había

ocurrido.

—Estábamos subiendo la cuesta —explicó Nezzie—. Empezó a respirar con dificultad y decidí llevarle en brazos. Pero cuando estaba dejando la bolsa de agua en el suelo le oí gritar de dolor. Cuando levanté la vista estaba así, tendido.

Ayla se agachó para examinar a Rydag con cuidado. Primero apoyó contra su pecho la mano; luego, el oído, mientras palpaba su cuello cerca de la mandíbula. Miró a Nezzie con ojos preocupados y se volvió hacia la jefa.

—Tulie, lleva a Rydag a albergue, a Hogar de Mamut. ¡Rápido! —ordenó.

Y se adelantó precipitadamente, dirigiéndose a todo correr a la plataforma que se alzaba a los pies de su cama; revolvió sus pertenencias hasta encontrar una extraña bolsa, hecha con la piel entera de una nutria, con las patas, la cola y la cabeza aún intactas. Volcó su contenido sobre la cama y buscó entre los paquetes y los saquitos amontonados, observando la forma del envase, el color y el tipo del cordón que lo cerraba, el número y la separación de los nudos hechos en cada uno de ellos.

Su mente volaba. «Es su corazón, yo sé que es su corazón. No parecía latir bien. ¿Qué debo hacer? No sé gran cosa sobre el corazón, porque en el clan de Brun nadie tenía esos problemas. Debo recordar lo que me explicaron Iza y aquella otra curandera en la Reunión del Clan. Dijo que dos personas, en su clan, tenían problemas de corazón. Primero piensa, decía siempre Iza, dónde está el mal. Está pálido e hinchado. Le cuesta respirar y sufre. Su pulso es débil. Su corazón debe trabajar con más potencia, latir con más fuerza. ¿Qué es lo mejor que se le puede dar? ¿Datura, tal vez? No creo. ¿Eléboro? ¿Belladona, beleño, dedalera? Dedalera…, hojas de dedalera. Pero es tan fuerte que podría matarle. De cualquier modo morirá si no le doy algo fuerte para que su corazón vuelva a funcionar. ¿Y cómo lo utilizo? ¿Hago una cocción o una infusión? ¡Oh! Ojalá recordara cómo lo preparaba Iza. ¿Dónde está la dedalera? ¿O no tengo?».

—¿Qué pasa, Ayla?

Levantó la vista hacia el Mamut, que estaba a su lado.

—Rydag…, el corazón. Lo traen. Busco… planta, tallo alto, flores hacia abajo… purpúreas, manchas rojas dentro. Hojas grandes, como piel abajo. Hace corazón… empujar, ¿comprendes?

Se sentía desesperada por la falta de vocabulario, pero se había expresado con más claridad de lo que suponía.

—Por supuesto. Digital, también se llama dedalera. Es muy fuerte…

Ayla cerró los ojos y aspiró profundamente.

—Sí, pero necesario. Debo pensar. Cuánto… ¡Aquí bolsa! Iza dice: «Lleva siempre».

En ese momento entró Tulie, llevando al pequeño en brazos. Ayla arrebató una piel de su cama y la tendió en el suelo, cerca del fuego, para que la mujer acostara allí a Rydag. Nezzie venía pisándole los talones. Todo el mundo se agolpó en derredor.

—Nezzie, quita pelliza. Abre ropa. Talut, demasiada gente aquí. Haz espacio —

Ayla no se daba cuenta de que estaba dando órdenes. Abrió el saquito de cuero que tenía en las manos y olfateó el contenido. Luego miró al viejo chamán, preocupada. Por fin, tras echar una ojeada al niño inconsciente, su rostro se endureció para tomar las decisiones que consideraba adecuadas.

—Mamut, necesito fuego ardiente. Latie, busca piedras de cocinar, cuenco de agua, taza de beber.

Mientras Nezzie aflojaba las ropas del niño, Ayla enrolló otras pieles para ponérselas debajo de la cabeza y levantársela. Talut estaba obligando a todos a retirarse para que Rydag tuviera aire y Ayla más espacio para actuar. Latie alimentaba desesperadamente el fuego que Mamut acababa de encender, tratando de que las piedras se calentaran cuanto antes.

Ayla comprobó el pulso de Rydag; era difícil de encontrar. Apoyó el oído contra su pecho. La respiración era débil y desigual. Necesitaba ayuda. Le echó la cabeza hacia atrás para abrir los conductos y aplicó su boca contra la del niño. Luego le insufló aire en los pulmones, como había hecho con Nuvie.

Mamut la observó un rato. Parecía demasiado joven para tener tanta habilidad como curandera. Y había tenido un momento de indecisión, aunque breve. Ahora, tranquila, estaba concentrada en el pequeño, dando órdenes con serena seguridad.

Asintió para sí y se sentó detrás del cráneo de mamut, donde inició una mesurada cadencia, acompañada de un cántico lento que, extrañamente, tuvo la virtud de aliviar en parte la tensión que Ayla experimentaba. El resto de los presentes le acompañaban en el cántico de curación; para todos era un alivio sentir que colaboraban de forma beneficiosa. Tornec y Deegie agregaron los sones de sus instrumentos; también Ranec apareció con unos aros de marfil, que chocaban entre sí. La música de tambores, canto y anillas no era demasiado potente, sino más bien una especie de pulsación dulce y tranquilizadora.

Por fin echó el agua a hervir. Ayla midió cierta cantidad de hojas secas de digital en la mano y las echó al agua que borboteaba en el cuenco. Esperó a que comenzara la infusión, tratando de mantener la calma, hasta que el color del líquido y su propia intuición le dijeron que estaba bien. Vertió parte de la preparación en una taza y, con la cabeza de Rydag en sus rodillas, cerró los ojos un momento. Aquella medicina no se podía administrar a la ligera. Una dosis indebida podía matarle y la potencia concentrada en las hojas variaba con cada planta.

Al abrir los párpados vio dos ojos intensamente azules, llenos de amor y preocupación. Dedicó a Jondalar una fugaz sonrisa de gratitud antes de probar con la punta de la lengua la preparación para probar su punto. Por fin aplicó la amarga cocción a los labios del niño.

Rydag se atragantó con el primer sorbo, pero eso le animó levemente. Trató de sonreír a Ayla para demostrarle que la reconocía, pero, en contrapartida, hizo una mueca de dolor. Ella le hizo beber otro poco, lentamente, mientras observaba con cuidado sus reacciones: los cambios de color y la temperatura de la piel, el

movimiento de sus ojos, el ritmo y la intensidad de su respiración. Los miembros del Campamento observaban, preocupados. Nadie había comprendido lo importante que el niño se había vuelto para ellos hasta aquel momento en que su vida peligraba. Había crecido entre ellos. Pertenecía al grupo, y últimamente habían comenzado a comprender que no era tan diferente de los demás.

Ayla no hubiera podido decir con certeza cuándo cesaron los cánticos y el ritmo, pero el leve sonido articulado por Rydag, al aspirar profundamente, resonó como un bramido de victoria en el silencio absoluto del ambiente.

Ayla advirtió en sus mejillas un leve rubor cuando aspiró hondo por segunda vez. Al mismo tiempo sintió que sus tensiones se aliviaban. La música empezó de nuevo, con un ritmo distinto; se oyó el grito de un niño, murmullos de voces. Ella dejó la taza, controló el pulso del cuello, le palpó el pecho. Rydag respiraba con más facilidad y el dolor había disminuido. Al levantar los ojos vio que Nezzie le sonreía entre lágrimas. No era la única.

Mantuvo al niño en sus brazos hasta asegurarse de que descansaba cómodamente; después, simplemente porque lo deseaba. Si cerraba los ojos a medias, casi conseguía olvidar a los habitantes del Campamento. Casi podía imaginar que aquel niño, tan parecido a su hijo, era realmente el que ella había dado a luz. Las lágrimas que le mojaban las mejillas las derramaba tanto por sí misma, por el hijo que echaba de menos, como por el que tenía en brazos.

Por fin, Rydag se quedó dormido. La dura prueba le había dejado extenuado, lo mismo que a Ayla. Talut le cogió en brazos para llevarle a la cama, mientras Jondalar ayudaba a Ayla a ponerse en pie. La rodeó con sus brazos, y ella se abandonó contra su pecho, exhausta y agradecida por aquel apoyo.

En los ojos de casi todos había lágrimas de alivio, pero costaba hallar las palabras apropiadas. Nadie sabía qué decir a la joven que había salvado al niño. Se acercaron con sonrisas, gestos de aprobación, contactos cálidos y algunos murmullos, poco más que sonidos articulados. Era más que suficiente. En ese momento, Ayla se habría sentido incómoda con demasiadas alabanzas y frases de gratitud.

Después de asegurarse de que Rydag descansaba cómodo y abrigado, Nezzie se acercó a ella.

—Creía que le habíamos perdido. No puedo creer que esté durmiendo —dijo—. Tu remedio era bueno.

Ayla asintió con la cabeza.

—Sí, pero fuerte. Debe tomar todos los días un poco, no mucho. Con otro remedio. Yo prepararé. Haces como infusión, pero dejas hervir un poco primero. Yo enseño. Dale taza pequeña de mañana, otra antes de dormir. Orina más de noche, hasta que hinchazón baja.

—¿Le curará este remedio, Ayla? —preguntó Nezzie, esperanzada. Ayla alargó la mano para ponerla en la suya y la miró fijamente.

—No, Nezzie, no remedio para curar —replicó, con un dejo de tristeza en la voz

firme.

Nezzie agachó la cabeza en señal de aquiescencia. Lo sabía desde un principio, pero el remedio de Ayla había causado una reacción tan milagrosa, que no podía desterrar la esperanza.

—Medicina ayuda. Hace Rydag siente mejor. No tanto dolor —continuó Ayla—. Pero no tengo mucho. Dejo mucha medicina en el valle. No creo alejamos por mucho tiempo. Mamut conoce dedalera, puede tener.

Mamut alzó la voz.

—Mi don es el de la Búsqueda, Ayla. No estoy dotado para la curación, pero la Mamut del Campamento del Lobo es una buena curandera. Podemos enviar a alguien para ver si ella tiene, cuando el tiempo mejore. Eso sí, pasarán varios días.

Ayla esperaba que su provisión de hojas de digital con las que preparaba el remedio durara hasta que alguien pudiese salir en busca de más, pero lamentaba más aún no tener consigo el resto de sus propios preparados. No se fiaba de los métodos ajenos. Ella siempre ponía mucho cuidado al secar las grandes hojas aterciopeladas; lo hacía lentamente, en un lugar oscuro y fresco, para conservar los principios activos en la medida de lo posible. En realidad hubiera querido tener a mano todas sus hierbas, tan bien identificadas, pero estaban almacenadas en su pequeña cueva del valle.

Lo mismo que Iza, Ayla siempre llevaba consigo el saco de nutria, que contenía raíces y cortezas, hojas, flores, frutas y semillas. De cualquier modo, todas aquellas cosas servían apenas para primeros auxilios. En su cueva contaba con una farmacopea completa, a pesar de que, viviendo sola, poco uso podía darle. Sólo el adiestramiento y la costumbre la obligaban a recolectar plantas medicinales según iban éstas apareciendo con el correr de las estaciones. Era algo casi tan automático como caminar.

Conocía otras muchas utilidades de las plantas, desde las fibras para hacer cuerdas hasta sus propiedades alimenticias, pero le interesaban sobre todo sus propiedades medicinales. No podía resistirse a coger una planta cuyas virtudes curativas conocía; tenía centenares de ellas.

Estaba tan familiarizada con la vegetación que las plantas desconocidas la intrigaban. Buscaba similitudes con las que conocía y sabía clasificarlas por categorías dentro de las categorías mayores. Era capaz de identificar tipos y familias similares, pero sabía que el parecido no implicaba necesariamente reacciones similares; por eso experimentaba cautelarmente en su propia persona, partiendo de sus conocimientos y experiencia.

También era meticulosa con las dosis y los métodos de preparación. Sabía que una infusión, preparada con sólo verter agua hirviente sobre hojas, flores y frutos, extraía principios y esencias aromáticos y volátiles. La ebullición, que tenía como efecto la cocción, eliminaba los principios extractivos, resinosos y amargos; resultaba más eficaz con materiales duros, tales como cortezas, raíces y semillas. Sabía también

cómo extraer los aceites esenciales, gomas y resinas de una planta; cómo preparar cataplasmas, emplastos, tónicos, jarabes, ungüentos y bálsamos, empleando grasas o agentes espesantes. Sabía mezclar ingredientes, reforzar o diluir las mezclas según las necesidades.

Los propios procedimientos comparativos que aplicaba a las plantas le permitían descubrir las similitudes entre los animales. Si Ayla poseía un cierto conocimiento del cuerpo humano y de sus funciones, era el fruto de una larga serie de conclusiones a las que había llegado tras una serie de ensayos, así como de una amplia comprensión de la anatomía animal adquirida a través del estudio de las bestias que cazaba. Había llegado a determinar sus similitudes con el hombre.

Ayla era a la vez botánica, farmacéutica y médica; su magia derivaba de las esotéricas tradiciones transmitidas y mejoradas de generación en generación, durante cientos, miles, tal vez millones de años, entre cazadores y recolectores cuya existencia misma dependía del conocimiento íntimo de la tierra en donde vivían y de sus productos.

Apoyándose en recursos, llegados desde la noche de los tiempos y transmitidos por Iza, y ayudados por su congénita capacidad de análisis, y de su percepción intuitiva, Ayla podía diagnosticar y tratar casi todas las enfermedades y heridas. Hasta efectuaba pequeñas operaciones, utilizando un afiladísimo cuchillo de pedernal. Pero su medicina dependía, primordialmente, de los complejos activos de las plantas curativas. Pero si bien era hábil, no podía efectuar grandes operaciones para corregir un defecto congénito del corazón.

Mientras miraba al niño dormido, tan parecido a su propio hijo, experimentó un profundo sentimiento de alivio y gratitud al pensar que Durc había nacido sano y fuerte. Pero eso no disminuía el dolor de verse obligada a decir a Nezzie que ningún remedio podría curar a Rydag.

Aquella tarde, Ayla revisó sus paquetes y saquitos de hierbas para preparar la mezcla que había prometido a Nezzie, bajo la mirada silenciosa de Mamut. Nadie podía dudar ahora de su capacidad como curandera, ni siquiera Frebec, aunque no estuviera dispuesto a admitirlo, ni Tulie, quien no se había manifestado tan rudamente pero que —el anciano lo sabía muy bien— en su fuero interno había sido muy escéptica. Ayla parecía una joven corriente, bastante atractiva, incluso para los ojos del anciano que estaba convencido de que había en ella mucho más que eso; probablemente, ella misma ignoraba el verdadero alcance de su potencial.

«Qué vida tan difícil —y fascinante— ha llevado», pensó. «Parece muy joven, pero tiene ya más experiencia que la que mucha gente podrá acumular en toda su vida. ¿Cuánto tiempo convivió con ellos? ¿Cómo llegó a ser tan hábil para la medicina?». Sabía que rara vez se enseñaban tales conocimientos a alguien que no hubiera nacido en el Clan, y ella era una extraña, más extraña de lo que la mayor parte de la gente llegaría a entender. Y allí estaba con su inesperado talento para la Búsqueda. ¿Qué otras posibilidades desconocidas había encerradas en ella? ¿Qué

conocimientos aún no utilizados? ¿Qué secretos todavía ocultos?

«En una crisis saca a relucir toda su fuerza», pensó, recordando las órdenes que la había visto dar a Tulie y a Talut. «Hasta a mí», sonrió. Y nadie había protestado. El liderazgo era en ella natural. ¿Qué adversidades la habían puesto a prueba para darle tanta presencia de ánimo con tan corta edad? «La Madre tiene planes para ella, de eso estoy seguro. Pero ¿qué decir de ese joven, Jondalar? Está indudablemente bien dotado, pero sus dones no tienen nada de extraordinarios. ¿Cuáles son las intenciones de Ayla con respecto a él?».

En el momento en que la muchacha guardaba el resto de sus hierbas, Mamut reparó de pronto en su saco de nutria. Le resultaba familiar. Si cerraba los ojos, casi podía ver uno tan parecido que le traía todo un montón de recuerdos.

—¿Me permites que lo vea, Ayla? —preguntó, deseoso de observarlo con mayor detenimiento.

—¿Esto? ¿Mi bolsa de medicinas?

—Siempre quise saber cómo estaban hechas.

Ayla le entregó el extraño saco; al hacerlo se fijó en unos bultos artríticos que deformaban sus viejas manos largas y flacas.

El anciano examinó atentamente el saco. Mostraba signos de desgaste: seguramente lo usaba desde hacía algún tiempo. No estaba confeccionado uniendo unas piezas con otras, sino empleando la piel entera de un solo animal. En lugar de abrir el abdomen de la nutria, que era el procedimiento normal de desollar una bestia, se le había practicado un corte en la garganta, dejando la cabeza prendida por detrás mediante una banda de piel. Por la garganta se habían extraído las entrañas y los huesos, se había vaciado el cráneo, por lo que había quedado un tanto hundido. Después se había metido la piel en salmuera. Alrededor del cuello se habían practicado, a intervalos regulares y sirviéndose de una lezna de sílex, unos agujeros para pasar por ellos una cinta que cerraba el orificio. El resultado era una bolsa de piel de nutria, suave e impermeable. La cola y las patas seguían intactas; la cabeza servía de tapa.

Mamut se lo devolvió.

—¿Lo has hecho tú?

—No, Iza, curandera del clan de Brun, mi… madre. Ella enseña a mí cuando niñita dónde crecen plantas, cómo hace medicinas, cómo usa. Estaba enferma, no va Reunión de Clan. Brun necesita curandera. Uba demasiado joven. Yo única.

Mamut meneó la cabeza indicando que había comprendido. De pronto la miró fijamente.

—¿Cómo era el nombre que has pronunciado hace un momento?

—¿Mi madre? ¿Iza?

—No, el otro.

Ayla pensó un instante.

—¿Uba?

—¿Quién es Uba?

—Uba… hermana. No hermana de verdad, pero como hermana para mí. Es hija de Iza. Ahora es curandera… y madre de…

—¿Es un nombre frecuente? —interrumpió Mamut, con una voz en la que se percibía un matiz de excitación.

—No…, no creo… Creb pone Uba. Madre de la madre de Iza mismo nombre. Creb e Iza misma madre.

—¡Creb! Dime, Ayla, ¿este Creb tenía un brazo enfermo y caminaba renqueando?

—Sí —replicó Ayla, sorprendida. ¿Cómo era posible que Mamut lo supiera?

—¿Y tenía otro hermano? Más joven, pero fuerte y saludable.

Ayla frunció el ceño ante aquella rociada de preguntas.

—Sí, Brun. Era jefe.

—¡Gran Madre! No lo puedo creer. Ahora comprendo.

—Yo no comprendo —dijo Ayla.

—Ven, siéntate. Quiero contarte una historia.

La condujo a un sitio junto al hogar, cerca de su propia cama. Él se encaramó en el borde de la plataforma, mientras ella tomaba asiento en una esterilla, clavando en él una mirada expectante.

—Una vez, hace muchísimos años, siendo yo muy joven, tuve una extraña aventura que cambió mi vida —dijo Mamut. Ayla sintió de repente un extraño escalofrío a flor de piel. Tuvo la sensación de que casi sabía lo que iba a decirle—. Manuv y yo somos del mismo Campamento. El hombre al que su madre eligió como compañero era primo mío. Crecimos juntos y, como suelen hacer los adolescentes, hablamos de hacer un Viaje juntos. Pero, el verano en que íbamos a partir, él cayó enfermo. Muy enfermo. Yo estaba ansioso por marcharme, pues habíamos planeado ese viaje años enteros. Aunque confiaba en que él mejoraría, la enfermedad se prolongó. Por fin, en las postrimerías del verano, decidí partir solo. Todo el mundo me aconsejó que no lo hiciera, pero yo estaba impaciente.

»Teníamos pensado rodear el mar de Beran y seguir la costa este del gran Mar del Sur, más o menos como hizo Wymez. Pero la estación estaba ya tan avanzada que decidí acortar camino por la península y la conexión del este hacia las montañas.

Ayla asintió. El clan de Brun había seguido la misma ruta para ir a la Reunión del Clan.

—No hablé con nadie de mi plan, pues era territorio de los cabezas chatas y habría provocado muchas objeciones. Me pareció que, si iba con mucho cuidado, podría evitar los encuentros, pero no conté con un accidente. Todavía no sé muy bien cómo ocurrió: caminaba a lo largo de un barranco, junto a un río; era casi un acantilado. De pronto resbalé y caí. Debí permanecer inconsciente bastante tiempo. Cuando recobré el sentido ya caía la tarde. Me dolía la cabeza y estaba aturdido, pero lo peor era el brazo. Tenía el hueso dislocado y roto; sufría muchísimo.

»Avancé a tropezones por la orilla del río, sin saber adónde iba. Había perdido el

zurrón y ni siquiera pensé en volver a buscarlo. No sé durante cuánto tiempo caminé, pero ya empezaba a oscurecer cuando divisé una fogata. No se me ocurrió que estaba en la península. Al ver a algunas personas junto al fuego, me acerqué.

»Imagino la sorpresa que se llevarían al verme llegar tambaleante. Pero para entonces mi delirio era tal que no sabía dónde me encontraba. Mi asombro llegó después. Desperté en un ambiente nada familiar, sin tener la menor idea de cómo había llegado allí. Al descubrir que tenía una cataplasma en la cabeza y el brazo en cabestrillo, recordé la caída y me alegré de haber sido encontrado por un Campamento que disponía de un buen curandero. Cuando apareció la mujer, Ayla, podrás imaginar mi espanto al descubrir que estaba en el campamento de un Clan.

Ayla también estaba espantada.

—¡Tú! ¡Tú el hombre de brazo roto! ¿Conoces Creb y Brun? —preguntó atónita. La abrumó una oleada de emociones que arrancaron lágrimas de sus ojos. Era como recibir un mensaje del pasado.

—¿Has oído hablar de mí?

—Iza cuenta. Antes de nacer ella, la madre de su madre cura hombre con brazo roto. Hombre de los Otros. Creb cuenta también. Dice Brun me deja estar con clan porque sabe ese hombre, tú, Mamut, que Otros son hombres también —Ayla se interrumpió, mirando fijamente el pelo blanco, la cara arrugada del venerable anciano —. Iza ya camina en mundo de espíritus. No nacida cuando tú vienes…, y Creb… era niño, no todavía elegido por Ursus. Creb era viejo cuando muere. ¿Cómo puedes estar vivo?

—Yo mismo me he preguntado por qué la Madre quiso concederme tantas estaciones. Creo que acaba de darme Su respuesta.

Capítulo 13

—¿Talut? ¿Duermes? —susurró Nezzie al oído del enorme pelirrojo al tiempo que le sacudía.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —preguntó él, despertando sobresaltado.

—¡Chist!, no despiertes a todos. Talut, no podemos dejar que Ayla se vaya. ¿Quién atenderá a Rydag la próxima vez? Creo que deberíamos adoptarla, hacerla parte de nuestra familia, convertirla en una Mamutoi.

Él levantó la cabeza y vio que los ojos de su mujer centelleaban al reflejo de las brasas rojas.

—Sé que te preocupas por el niño, Nezzie. Yo también, pero ¿es tu amor motivo suficiente para convertir a una desconocida en una de los nuestros? ¿Qué podría decir yo al Consejo?

—No es sólo por Rydag. Ella es curandera, una buena curandera. ¿Acaso los Mamutoi tenemos tantos curanderos que podamos permitirnos perder a una tan buena? Mira lo que ha pasado en unos pocos días. Salvó a Nuvie de morir sofocada… Sí, ya sé que Tulie lo atribuye a una simple técnica aprendida, pero tu hermana no puede decir lo mismo con respecto a Rydag. Ayla sabía lo que estaba haciendo. Eso era medicina curativa. Y también tiene razón con respecto a Fralie. Hasta yo me doy cuenta de que este embarazo es difícil para ella y de que todas esas peleas le hacen daño. ¿Y tu dolor de cabeza?

Talut sonrió.

—Eso fue más que magia curativa. ¡Eso fue asombroso!

—¡Chist! Vas a despertar a todo el Campamento. Ayla no es sólo una Mujer Que Cura. Mamut dice que también tiene el don de la Búsqueda, aunque sin haber sido iniciada. Y mira lo que hace con los animales. No me extrañaría que fuera también una Llamadora. Piensa en lo que ganaría el Campamento si resultara que no sólo puede buscar animales para cazar, sino que también puede llamarlos.

—No sabes nada de eso, Nezzie. Son sólo suposiciones tuyas.

—Pero no son suposiciones mías lo que hizo con esas armas. Sé que, si fuera Mamutoi, obtendría un buen Precio Nupcial. Con todo lo que puede ofrecer, ¿cuánto crees que valdría como hija de tu hogar?

—Hummm, si fuera Mamutoi e hija del Hogar del León… Pero tal vez no quiera convertirse en Mamutoi, Nezzie. ¿Qué me dices de ese joven, Jondalar? Es obvio que entre ambos hay sentimientos profundos.

Nezzie llevaba algún tiempo pensando en el asunto y tenía la respuesta preparada:

—Pregúntaselo también a él.

—¡A los dos! —estalló Talut, incorporándose.

—¡Chist! Baja la voz.

—Pero él tiene pueblo. Dice que es Zel…, Zel…, lo que sea.

—Zelandonii —susurró Nezzie—. Pero su pueblo vive muy lejos de aquí. ¿Qué

necesidad tiene de hacer un viaje tan largo para retornar si encuentra un hogar entre nosotros? De cualquier modo, nada cuesta proponérselo también a él. Ese arma que inventó es motivo suficiente para satisfacer a los Consejos. Y Wymez dice que es experto en la fabricación de herramientas. Si mi hermano le da una recomendación, sabes que los Consejos no se negarán.

—Cierto…, pero, Nezzie —objetó Talut, tendiéndose otra vez—, ¿cómo sabes que aceptarán quedarse?

—No lo sé, pero puedes proponérselo, ¿verdad?

A media mañana, Talut salió del albergue. Ayla y Jondalar se estaban alejando del campamento con los caballos. No había nieve, pero la escarcha matinal aún persistía en parches de un blanco cristalino; el aliento les envolvía la cabeza de vapor. En el aire gélido y seco crepitaba la electricidad estática. Para combatir el frío, el hombre y la mujer iban vestidos con pellizas de piel con las capuchas bien cerradas en torno del rostro y unas polainas, también de piel, embutidas en una especie de botas sujetas a la pierna por medio de correas.

—¡Jondalar, Ayla! ¿Os vais? —llamó, corriendo para reunirse con ellos.

Ayla hizo un gesto afirmativo; Talut perdió su sonrisa, pero Jondalar replicó:

—Sólo vamos a que los caballos hagan un poco de ejercicio. Volveremos poco después del mediodía.

No mencionó que también buscaban un sitio privado donde discutir a solas, sin interrupciones, si volverían o no al valle de Ayla. Jondalar quería convencerla de que no abandonaran el Campamento.

—Bueno. Me gustaría organizar unas prácticas de tiro con ese arma cuando el tiempo mejore. Quiero ver cómo funciona y qué puedo hacer con ella —dijo Talut.

—Creo que te llevarás una sorpresa cuando sepas manejarla —respondió Jondalar, sonriente.

—No se trata de hacerlo nosotros solos. Estoy seguro de que vosotros la manejáis muy bien, pero se requiere práctica y no tendremos mucho tiempo para adquirirla antes de que llegue la primavera —hizo una pausa, pensativo.

Ayla esperaba, con la mano en la cruceta de la yegua, oculta bajo las crines. De la manga de su pelliza pendía un pesado mitón de piel, sujeto por un cordón. El cordón pasaba a lo largo de la manga, por detrás del cuello, y descendía por el brazo opuesto, sujeto al otro mitón. Eso permitía quitárselos con rapidez, si hacía falta manejar la mano desnuda, sin temor de perderlos. En una tierra tan fría y de vientos tan violentos, un mitón perdido podía representar una mano inútil o incluso la muerte. El potrillo resoplaba de entusiasmo, hocicando a Jondalar con impaciencia. Todos parecían ansiosos por ponerse en camino; si le permitían terminar, era sólo por cortesía. Por eso Talut decidió ir al grano.

—Anoche estuve conversando con Nezzie y esta mañana he consultado a algunos

otros. Nos sería útil contar con alguien que nos enseñe a usar esas armas.

—Vuestra hospitalidad ha sido más que generosa. Sabes que me encantaría enseñaros a usar el lanzavenablos. Es poco en correspondencia con todo lo que habéis hecho por nosotros —dijo Jondalar.

Talut hizo un gesto afirmativo y prosiguió:

—Me dice Wymez que eres hábil con el pedernal, Jondalar. A los Mamutoi siempre nos es útil una persona capaz de fabricar buenas herramientas. Y Ayla tiene muchas habilidades que serían una bendición para cualquier Campamento. No sólo es hábil con el lanzavenablos y la honda, sino, y en esto tenías razón… —dejó de dirigirse a Jondalar para volverse hacia Ayla— también como curandera. Nos gustaría que os quedarais con nosotros.

—Tenía la esperanza de que pasaríamos el invierno con vosotros, Talut, y agradezco tu ofrecimiento, pero no sé qué piensa Ayla —replicó Jondalar, sonriente, con la seguridad de que la propuesta de Talut no podía llegar en mejor momento. ¿Cómo no aceptar? Sin duda, el ofrecimiento de Talut significaba mucho más que el mal carácter de Frebec.

Talut se dirigió entonces a la joven.

—Tú ya no tienes pueblo, Ayla, y Jondalar vive muy lejos, tal vez a más distancia de la que le apetecería cubrir si encontrara un hogar aquí. Nos gustaría que los dos os quedarais, pero no sólo durante el invierno, sino para siempre. Os invito a ser de los nuestros, y no hablo sólo de mí. Tulie y Barzec estarían dispuestos a adoptar a Jondalar en el Hogar del Uro; Nezzie y yo queremos que seas hija del Hogar del León. Como Tulie es la Mujer Que Manda y yo soy el Hombre Que Manda, eso os daría a ambos un alto rango entre los Mamutoi.

—¿Estás diciendo que queréis adoptarnos? ¿Queréis que seamos Mamutoi? —estalló Jondalar, algo aturdido, ruborizado por la sorpresa.

—¿Me quieren? ¿Me adoptan? —preguntó Ayla. Había estado escuchando la conversación, no del todo segura de dar crédito a sus oídos—. ¿Quieren a Ayla sin Pueblo para Ayla de los Mamutoi?

El gran pelirrojo sonrió.

—Sí.

Jondalar se quedó sin palabras. Ofrecer hospitalidad a los desconocidos podía ser cuestión de tradición y orgullo, pero ningún pueblo tenía la costumbre de incorporar extranjeros a su tribu y a su familia, al menos sin haberlo pensado antes seriamente.

—Yo…, eh…, no sé… qué decir —balbuceó—. Me siento muy honrado. Es muy halagador que le hagan a uno una oferta así.

—Sé que los dos necesitáis tiempo para pensarlo. No esperaba otra cosa. No lo hemos comentado con todos, y es preciso que todos los miembros del Campamento estén de acuerdo, pero esto no será problema, dado todo lo que podéis aportar y la recomendación de Tulie y la mía. Quería saber primero lo que vosotros opinabais. Convocaré una reunión si aceptáis.

Los dos contemplaron silenciosamente al corpulento jefe, que volvía al albergue. Habían pensado buscar un sitio en donde conversar, en la esperanza de resolver los problemas que sentían surgir entre ambos. La inesperada invitación de Talut introducía una dimensión totalmente nueva en sus pensamientos, en las decisiones que necesitaban tomar y en su vida toda. Sin mediar palabra, Ayla montó en Whinney y Jondalar saltó tras ella, seguidos por Corredor, e iniciaron el ascenso de la cuesta y la travesía de la planicie, cada uno perdido en sus pensamientos.

Ayla se había conmovido hasta lo inexpresable. Con frecuencia, viviendo con el Clan, se había sentido aislada; pero no era nada comparado con la dolorosa soledad, con el desesperado vacío experimentado después, ya sin ellos. Hasta la llegada de Jondalar no había contado con nadie: sin hogar, sin familia, sin pueblo ni raíces, sabía que jamás volvería a ver a su Clan. Tras el terremoto que la dejara huérfana, el terremoto que sobrevino el día de su expulsión daba a su aislamiento una profunda sensación de cosa definitiva.

Por debajo de sus sensaciones fluía un miedo intenso y elemental, combinación del terror primordial de la tierra sacudida y del dolor convulsivo de la criatura que lo ha perdido todo, hasta el recuerdo de aquéllos a quienes debía la vida. Nada asustaba tanto a Ayla como aquellos desgarradores movimientos terrestres. Parecían indicar siempre cambios en su vida, casi tan brutales y violentos como los que se producían en la tierra. Era casi como si el suelo mismo le dijera qué podía esperar… o se estremeciera por simpatía.

Empero, tras perderlo todo por primera vez, el Clan se había convertido en su pueblo. Ahora, si así lo quería, podía volver a tener un pueblo. Podía ser Mamutoi; ya no estaría sola.

¿Y Jondalar? ¿Cómo podría elegir un pueblo diferente al suyo? ¿Querría él quedarse y ser Mamutoi? Ayla lo ponía en duda. Estaba segura de que él deseaba retornar a su propio hogar. Pero tenía miedo de que todos los Otros se comportaran con ella como Frebec. No quería que ella hablara del Clan. ¿Qué sucedería si la llevaba consigo y no la aceptaban? Tal vez en su pueblo todos fueran como Frebec. Ella no pensaba dejar de mencionar a los suyos, como si le fuera posible avergonzarse de Iza, de Creb, de Brun y de su hijo. ¡No pensaba avergonzarse de las personas a las que amaba!

¿Qué era preferible? ¿Acompañar a Jondalar y arriesgarse a que la consideraran como un animal? ¿O quedarse donde la aceptaban, donde se deseaba su presencia? El Campamento del León había aceptado a un niño de espíritus mezclados como su propio hijo… Y de pronto se le ocurrió una idea: si habían aceptado a uno, ¿por qué no a otro? ¿A un niño que no era débil ni enfermizo, que podía aprender a hablar? El territorio mamutoi se extendía hasta el Mar de Beran. ¿Acaso Talut no había dicho que por allí había cierto Campamento del Sauce? La península en donde vivía el Clan no estaba lejos. Si ella se convertía en Mamutoi, tal vez, algún día, fuera posible… Pero ¿y Jondalar? ¿Y si él se marchaba? Ayla sintió un profundo dolor en la boca del

estómago con sólo pensarlo. Se preguntó si soportaría la vida sin Jondalar. No conseguía poner orden en sus sentimientos.

También él se debatía entre deseos contradictorios. Apenas tenía en cuenta el ofrecimiento que le habían hecho, como no fuera para buscar un modo de rechazarlo sin ofender ni a Talut ni a los Mamutoi. Él era Jondalar de los Zelandonii, y sabía que su hermano había estado en lo cierto: jamás sería otra cosa. Quería volver al hogar, pero eso era más un escozor persistente que una necesidad urgente. Resultaba imposible pensar en otros términos. Su hogar estaba muy lejos, le llevaría un año entero salvar la distancia.

Su gran preocupación interior era Ayla. Aunque nunca le habían faltado compañeras bien dispuestas, en su mayoría deseosas de establecer un vínculo duradero, a ninguna la había deseado tanto como a Ayla. Entre las mujeres de su propio pueblo y las que había conocido en sus viajes, ninguna le había provocado ese estado anímico que había advertido en otros, sin experimentarlo él mismo, hasta el día en que conoció a Ayla. La amaba más de lo que hubiera creído posible. Ella era cuanto deseaba en una mujer y aún más. No soportaba la idea de vivir sin ella.

Pero también sabía lo que era concitar la desgracia sobre sí mismo. Y las cualidades mismas que le atraían (aquella combinación de inocencia y sabiduría, de honestidad y misterio, de confianza en sí y de vulnerabilidad) eran el resultado de las mismas circunstancias que podían hacerle sentir, nuevamente, el dolor de la desgracia y el exilio.

Ayla había sido criada por gentes del Clan, personas cuyas diferencias eran inexplicables. Para casi todo el mundo, los que Ayla llamaba «clan» no eran humanos, sino animales, pero no como los otros animales, creados por la Madre para las necesidades de Sus criaturas. Todos reconocían similitudes entre ellos y los cabezas chatas, aunque no las admitieran, pero esas características humanas no despertaban sentimientos de hermandad. Antes bien, parecían una amenaza, por lo que se prefería subrayar las diferencias. Para las personas como Jondalar, el Clan era una especie bestial, abominable, que ni siquiera entraba en el gran panteón de las creaciones de la Gran Madre, como si hubiera sido engendrada por algún gran espíritu maligno y misterioso.

Sin embargo, el reconocimiento de la condición humana de todos estaba más en los hechos que en las palabras. Los antepasados de Jondalar habían ocupado territorios del Clan, unas pocas generaciones antes; con frecuencia se asentaron en buenos sitios para vivir, abundantes de caza, obligando al Clan a buscar otras regiones. Pero así como las manadas de lobos se dividen un territorio, defendiendo cada una su parcela de las otras, aunque no de otros animales, ya se trate de presas o de depredadores, entre el Clan y los Otros la aceptación de los límites del territorio de cada uno representaba el reconocimiento del hecho de que eran de la misma especie.

Jondalar había llegado a comprender, al mismo tiempo que iba tomando conciencia de sus sentimientos hacia Ayla, que toda vida era creación de la Gran

Madre Tierra, incluidos los Cabezas Chatas. Sin embargo, aun amándola, estaba convencido de que Ayla, entre los suyos, sería una desarraigada. No sólo su vinculación con el Clan la convertía en paria, sino que se la vería como una abominación inconcebible, condenada por la Madre porque había dado a luz un niño de espíritus mezclados, mitad animal y mitad humano.

Este tabú era general. Todos los pueblos que Jondalar había encontrado en sus viajes tenían la misma creencia, aunque en algunos era más fuerte que en otros. Algunos llegaban a no admitir la existencia de esos vástagos bastardos; otros consideraban la situación como una broma de mal gusto. Por eso le había asombrado tanto ver a Rydag en el Campamento del León. Estaba seguro de que la situación no había sido fácil para Nezzie, quien debía de haber soportado duras críticas y prejuicios. Sólo alguien serenamente confiado y muy seguro de su posición se habría atrevido a enfrentarse a los detractores, haciendo que prevaleciera su compasión y su humanidad. Pero Nezzie ni siquiera había mencionado al hijo del que Ayla le hablara, mientras intentaba convencer a los otros para que la aceptaran.

Ayla no alcanzaba a medir la intensidad del sufrimiento de Jondalar cuando Frebec la había puesto en ridículo, aunque la realidad era que él se había esperado una reacción más violenta. Sin embargo, ese sufrimiento no obedecía sólo al hecho de que se hubiera puesto en lugar de Ayla. Esa furiosa confrontación le había recordado otros momentos en que se había dejado llevar por sus emociones, dejando aflorar un intenso dolor, profundamente sepultado. Le mortificaba más aún su propia e inesperada reacción. Ésa era la causa de su angustia. A Jondalar todavía le corroían los remordimientos porque, por un momento, le había mortificado verse relacionado con ella, la persona a quien Frebec cubría de invectivas. ¿Cómo podía amar a una mujer y al mismo tiempo avergonzarse de ella?

Desde aquellos terribles momentos de su juventud, Jondalar se había esforzado por dominarse, pero ahora parecía incapaz de contener los conflictos que le atormentaban. Quería llevar a Ayla consigo, a su hogar. Quería presentarla a Dalanar y a la gente de su Caverna. A su madre, Marthona, a su hermano mayor y a su hermana pequeña, a sus primos, a todos los Zelandonii. Quería que todos la recibieran bien para establecer con ella su propio hogar, un sitio donde ella pudiera tener hijos que quizá fueran de su mismo espíritu. No había otra persona en la tierra a quien deseara, pero le acobardaba pensar en el desprecio que podía acumular sobre sí por presentar a su gente semejante mujer, y no se decidía a exponerla a aquella situación.

Especialmente si no era necesario. Si ella no hablaba del Clan, nadie se enteraría. Pero ¿qué podía decir Ayla cuando alguien la preguntaba cuál era su pueblo, de dónde venía? Las criaturas que la habían criado representaban la única familia que conocía…, a menos que aceptara la propuesta de Talut. Así podría ser Ayla de los Mamutoi, como si hubiera nacido entre ellos. Su forma peculiar de decir algunas palabras pasaría sólo por ser un acento extranjero. «¿Quién sabe?», pensó. «Tal vez

es, en realidad, Mamutoi. Sus padres pueden haberlo sido. Ella no sabe quiénes eran.

»Pero si ella se convierte en Mamutoi, tal vez decida quedarse. Y en ese caso, ¿podré quedarme yo también? ¿Aprenderé a aceptar a estas gentes como si fueran los míos? Thonolan lo hizo. ¿Acaso amaba a Jetamio más que yo a Ayla? Pero los Sharamudoi eran el pueblo de su mujer. Ella había nacido allí. Los Mamutoi, en cambio, no son el pueblo de Ayla, como no son el mío. Si ella es feliz aquí, podría ser feliz con los Zelandonii. Pero si se convierte en uno de ellos, tal vez no quiera venir conmigo a mi hogar. No le costaría mucho encontrar pareja aquí. Ranec, por cierto, estaría decididamente dispuesto».

Ayla sintió que él la estrechaba posesivamente y se preguntó qué le estaría pasando. Reparó en una línea de vegetación delante de ellos, que debía de indicar la existencia de un río pequeño, y azuzó a Whinney en aquella dirección. Los caballos, una vez olfateada el agua, necesitaban poco acicate. Cuando llegaron al arroyo, Ayla y Jondalar desmontaron para buscar un sitio cómodo donde sentarse.

El curso de agua estaba algo congelado en las orillas, pero eso era sólo el comienzo. La orla blanca que se había formado, capa a capa, partiendo de las oscuras aguas turbulentas del centro de la corriente, se iría ampliando a medida que avanzara la estación hasta que se reiniciara el ciclo. Entonces las aguas volverían a estallar en un arrebato de libertad.

Ayla abrió un pequeño saco, hecho de cuero virgen rígido, donde llevaba comida para los dos: un poco de carne seca que parecía de uro y un cestito de moras y ciruelas pasas. Sacó un nódulo de pirita de hierro, de color gris tirando a cobrizo, y un trozo de pedernal para encender una pequeña fogata sobre la cual hervir agua para una infusión. Jondalar volvió a maravillarse ante la facilidad con que se encendía el fuego con ese procedimiento. Era magia, milagro. Nunca había visto algo semejante antes de conocer a Ayla.

Los nódulos de pirita de hierro, la piedra del fuego, sembraban la rocosa playa de su valle. Ella había descubierto por casualidad que, al golpearlas con un trozo de pedernal, se desprendía una chispa lo bastante durable como para encender fuego. Esto sucedió un día en que su fuego se apagara. Sabía cómo encender fuego siguiendo el laborioso procedimiento empleado por la mayoría de la gente: haciendo girar un palo sobre una plataforma de madera hasta que, por efecto de la fricción, el aumento de calor producía una brasa. Ayla sabía cómo hacerlo y, de hecho, así lo hacía hasta que un buen día, en lugar de coger un trozo de sílex que utilizaba como martillo, cogió, por equivocación, un trozo de pirita de hierro y saltó una chispa.

Jondalar aprendió la técnica de ella; al trabajar con el pedernal había visto saltar chispas pequeñas, pero las consideraba como el espíritu viviente de la piedra, liberado por el proceso, y nunca se le había ocurrido utilizarlas para encender fuego. Claro que él no vivía solo en un valle, sobreviviendo a duras penas; estaba rodeado de personas que siempre mantenían el fuego encendido. Además, las chispas que saltaban del sílex no duraban lo suficiente para producir llama. En el caso de Ayla,

había sido la conjunción fortuita del sílex y de la pirita lo que había propiciado el nacimiento de una chispa capaz de producir una llama. De cualquier modo, había comprendido de inmediato el valor del procedimiento y de las piedras de fuego que permitían encender fuego tan rápida y fácilmente.

Mientras comían, festejaron las travesuras de Corredor, que instaba a su madre a un juego de persecuciones; los dos caballos terminaron revolcándose en un banco de arena, protegido del viento y calentado por el sol. Tanto Ayla como Jondalar evitaban cuidadosamente exteriorizar sus pensamientos, pero la risa les distendió a ambos, y la intimidad de que disfrutaban les hizo pensar en la intimidad de su valle. Cuando la infusión estuvo preparada, ya se hallaban dispuestos a enfrentarse con las cuestiones más delicadas.

—A Latie le gustaría ver jugar así a esos dos caballos —comentó Jondalar.

—Sí. Los caballos le gustan, ¿verdad?

—Tú también le gustas, Ayla. Se ha convertido en una verdadera admiradora tuya. —Jondalar vaciló antes de continuar—: Son muchos los que te admiran aquí. En realidad, no quieres volver a vivir sola en el valle, ¿verdad?

Ayla bajó la vista a la taza que tenía en las manos, removiendo los restos del líquido, y bebió el último sorbo.

—Es un alivio estar otra vez solos. No sabía lo agradable que podía ser alejarse de toda esa gente, y todavía tengo en la cueva del valle algunas cosas que me gustaría traer. Pero tienes razón. Ahora que conozco a los Otros no quiero vivir siempre sola. Me gustan Latie, Deegie, Talut y Nezzie. Me gustan todos… menos Frebec.

Jondalar suspiró, aliviado. Lo peor había sido fácil.

—Frebec es sólo uno. No puedes permitir que una sola persona lo eche todo a perder. Talut… y Tulie… no nos habrían invitado a quedarnos con ellos si no te tuvieran aprecio, si no pensaran que tienes algo valioso que ofrecer.

—Tú también tienes algo valioso que ofrecer, Jondalar. ¿Quieres quedarte y convertirte en Mamutoi?

—Han sido amables con nosotros, mucho más de lo que requiere la simple hospitalidad. Podría quedarme, sobre todo durante el invierno y más aún, y me encantaría darles cuanto esté en mi mano. Pero ellos no necesitan mis herramientas de pedernal. Wymez es mucho mejor que yo; Daneg no tardará en igualarle. En cuanto al lanzavenablos, ya saben cómo se hace. Con un poco de práctica podrán usarlo. Y yo soy Jondalar de los Zelandonii…

Se interrumpió. Sus ojos adquirieron una expresión distante, como si estuviera mirando a la lejanía. Luego se volvió por el mismo trayecto que había recorrido imaginariamente y su frente se llenó de surcos, mientras buscaba una explicación.

—Debo retornar… algún día… aunque sea sólo para decir a mi madre que mi hermano ha muerto… y para dar a Zelandoni la posibilidad de buscar su espíritu y guiarlo al otro mundo. No puedo ser Jondalar de los Mamutoi sabiendo que he soslayado mi obligación.

Ayla le observó con atención. Sabía que él no deseaba quedarse, no tanto por sus obligaciones como porque quería volver al hogar.

—¿Y tú? —preguntó Jondalar, tratando de mantener neutrales el tono y la expresión—. ¿Quieres quedarte y ser Ayla de los Mamutoi?

Ella cerró los ojos, buscando un modo de expresarse. Tenía la sensación de no poseer el suficiente vocabulario o de que sus palabras no fueran las idóneas.

—Desde la maldición de Broud, dejé de tener pueblo, Jondalar. Esto me hizo sentirme vacía. Me gustan los Mamutoi y los respeto; con ellos me siento a gusto. El Campamento del León es… como el clan de Brun: casi todos son buenos. No sé cuál fue mi pueblo antes del Clan, y no creo que lo sepa nunca. Pero a veces, por las noches, pienso…, deseo que hayan sido los Mamutoi —miró fijamente al hombre, sus cabellos rubios y lisos que contrastaban con la piel oscura de su capucha, su hermoso rostro, que ella encontraba «bello», aun cuando Jondalar le había dicho que no empleara esa palabra referida a los hombres, su cuerpo fuerte y sensible, sus manos grandes, expresivas, y sus ojos azules tan sinceros, tan preocupados—. Pero antes que los Mamutoi llegaste tú. Tú llenaste el vacío y me colmaste de amor. Quiero estar contigo, Jondalar.

En los ojos del hombre se desvaneció la preocupación, reemplazada primero por esa fácil calidez a la que ella se había acostumbrado en el valle y luego por el deseo magnético y exigente que la hacía reaccionar, como si su cuerpo obrara por reacción espontánea. Sin darse cuenta, se sintió atraída hacia él. La boca de Jondalar encontró la suya.

—Ayla, Ayla mía, cuánto te amo —exclamó él, con un sollozo ahogado, mezcla de angustia y alivio.

La estrechó contra su pecho, con fuerza, pero también con suavidad, mientras se sentaban en el suelo; era como si no quisiera soltarla nunca más, pero como si al mismo tiempo temiera que fuera a romperse. Aflojó el abrazo apenas lo suficiente para besarle la frente, los ojos, la punta de la nariz, la boca. Su deseo iba en aumento. Hacía frío, no tenían abrigo ni refugio, pero la deseaba.

Desató la cinta de cuero que sujetaba la capucha de Ayla y dejó al descubierto su cuello y su nuca, al tiempo que sus manos se deslizaban por debajo de la pelliza y de la túnica en busca de la piel caliente, de la redondez de sus senos, cuyos pezones se endurecieron. Mientras él la acariciaba, la joven dejó escapar un gemido. A continuación le desató los pantalones, fue introduciendo los dedos hasta encontrar lo más secreto de su intimidad. Ayla se apretó estrechamente contra él.

Ella, a su vez, buscó bajo la pelliza y la túnica de Jondalar para desatar el nudo de sus pantalones, cogió entre los dedos su virilidad en erección y la acarició despaciosamente. Él lanzó un largo suspiro al tiempo que ella se inclinaba sobre él para proseguir con mayor precisión sus caricias.

Le oyó gemir, ahogar un grito, antes de recobrar el aliento y rechazarla suavemente.

—Espera, Ayla. Te deseo —dijo.

—Tendría que quitarme las polainas y el calzado —observó ella.

—No. Hace demasiado frío. Pero puedes darte la vuelta. ¿Recuerdas?

—Como Whinney y su garañón —susurró Ayla.

Se puso de rodillas y se inclinó hacia delante. Por un momento, aquella postura la hizo pensar no en Whinney y su ansioso semental, sino en Broud, en la sensación de verse arrojada al suelo y violada. Pero el amoroso contacto de Jondalar no era igual. Ella misma se bajó las polainas y se ofreció totalmente a él. La invitación era casi irresistible, pero él dominó la urgencia de su deseo. Entonces la aprisionó con su cuerpo para trasmitirla su calor y se puso a acariciarla hasta el centro mismo del placer. Cuando la sintió dispuesta, cuando la oyó gritar, no pudo resistir más. La poseyó largamente, sabiamente, hasta que le sobrevino una magnífica liberación.

Entonces, sin desprenderse, sin aflojar los brazos, la arrastró consigo y se quedaron tendidos de costado. Por fin, una vez recuperados, se apartaron y Jondalar se incorporó. Se estaba levantando viento. Miró con aprensión el cúmulo de nubes.

—Debería lavarme un poco —dijo Ayla, levantándose—. Estas polainas son nuevas, me las ha dejado Deegie.

—Cuando volvamos, puedes dejarlas fuera para que se congelen. Después las cepillarás.

—El arroyo todavía tiene agua.

—¡Pero está helada, Ayla!

—Lo sé. Me daré prisa.

Pisando el hielo con cuidado, se puso de cuclillas cerca del agua para lavarse con la mano. Jondalar la esperaba en la ribera para secarla con la piel de su pelliza.

—No quiero que eso se hiele —dijo, con una enorme sonrisa, acariciándola.

—Ya te encargarás tú de mantenerlo caliente —replicó ella, devolviéndole la sonrisa, mientras se acomodaba la ropa.

Éste era el Jondalar que ella amaba. El hombre capaz de hacerla vibrar, de inundarla de un dulce calor, con una simple mirada, con el simple contacto de sus manos, el hombre que conocía su cuerpo mejor que ella misma y que podía despertar en ella emociones hasta entonces no experimentadas, el hombre que había logrado que olvidara el tormento sufrido cuando Broud la forzaba, que la había enseñado lo que eran los Placeres, lo que debían ser. El Jondalar al que ella amaba era alegre, tierno, amante. Lo había sido en el valle y así seguía siéndolo cuando se encontraban solos. ¿Por qué era tan diferente en el Campamento de León?

—Te estás haciendo muy hábil con las palabras, mujer. Va a costarme no dejarme superar por ti en mi propio idioma —le rodeó la cintura con los brazos, mirándola con amor y orgullo—. Te desenvuelves bien con los idiomas, Ayla. Me cuesta aceptar que aprendas tan de prisa. ¿Cómo lo haces?

—Es preciso. Ahora éste es mi mundo. No tengo pueblo. Para el Clan estoy muerta. No puedo volver atrás.

—Podrías tener un pueblo. Podrías ser Ayla de los Mamutoi, si así lo quisieras. ¿Lo quieres?

—Quiero estar contigo.

—Una cosa no quita la otra. El hecho de que alguien te adopte no significa que no puedas irte… algún día. Podríamos quedarnos aquí… por un tiempo. Y si algo me ocurriera, que bien pudiera suceder, como tú sabes perfectamente, no te vendría nada mal contar con un pueblo que te quiera.

—Entonces, ¿no te molestaría?

—No, no me molestaría, si esto es lo que deseas.

Ayla creyó detectar en su voz una pequeña vacilación, pero él parecía sincero.

—Soy sólo Ayla, Jondalar. No tengo pueblo. Si me adoptan, tendré a alguien. Seré Ayla de los Mamutoi —se apartó un paso—. Necesito pensarlo.

Le volvió la espalda y se dirigió hacia el zurrón que había traído. «Si voy a partir pronto con Jondalar, no debo aceptar», pensó. «No sería justo. Pero él ha dicho que está dispuesto a quedarse. Por un tiempo. Tal vez, después de vivir con los Mamutoi, cambie de idea y quiera establecer aquí su hogar». Pero Ayla se preguntó si no estaría buscando excusas.

Metió la mano dentro de su pelliza para tocar su amuleto y envió un pensamiento a su tótem:

—León Cavernario, ojalá hubiera un modo de saber qué es lo correcto. Aunque amo a Jondalar, también quiero tener un pueblo propio. Talut y Nezzie quieren adoptarme, quieren hacerme hija del Hogar… del León. ¡Y del Campamento del León! Oh, Gran León Cavernario, ¿acaso me has guiado hasta aquí sin que yo me diera cuenta?

Giró en redondo. Jondalar aún estaba de pie en donde ella le había dejado. La observaba en silencio.

—Estoy decidida. ¡Quiero hacerlo! Seré Ayla del Campamento del León de los Mamutoi.

Notó que una arruga fugaz cruzaba por la frente de Jondalar antes de que sonriera.

—Bueno, Ayla. Me alegro por ti.

—Oh, Jondalar, ¿será lo más conveniente? ¿Crees que todo saldrá bien?

—Eso nadie puede decirlo. Quién sabe… —replicó él, acercándose, con la mirada puesta en el cielo amenazante—. Espero que sí… por el bien de los dos —se abrazaron con fuerza por un instante—. Me parece que lo mejor será que regresemos.

En el momento en que Ayla iba a coger su saco para ordenar su contenido, algo le llamó la atención. Se hincó sobre una rodilla para recoger una piedra de color dorado intenso y la quitó el polvo, para mirarla mejor. Completamente encapsulado dentro de la piedra, que comenzaba a entibiarse al tacto, había un insecto alado, entero.

—¡Mira esto, Jondalar! ¿Alguna vez has visto algo semejante?

Él cogió el objeto y lo observó con atención. Luego miró a la joven con cierto respeto religioso.

—Es ámbar. Mi madre tiene una piedra así y le atribuye gran valor. Éste puede ser aún más valioso —Ayla le miraba fijamente, como aturdida. No creía haber dicho nada que pudiera sorprenderla tanto—. ¿Qué te pasa, Ayla?

—Es una señal. Una señal de mi tótem, Jondalar. El espíritu del Gran León Cavernario me dice que he tomado la decisión correcta. ¡Quiere que yo sea Ayla de los Mamutoi!

Mientras los dos volvían al albergue, la fuerza del viento se intensificó. Aunque apenas era pasado el mediodía, la luz del sol se había empañado por las nubes de polvo de loess que se levantaban desde el suelo helado. Pronto apenas les fue posible ver el camino. En derredor restallaban los relámpagos, en el aire seco y gélido, entre el rugir de los truenos. Corredor se alzó de manos, asustado, cuando un rayo, seguido de un trueno, estalló muy cerca. Whinney relinchaba. Desmontaron para calmar al nervioso potrillo y continuaron a pie, guiando a los caballos.

Cuando llegaron al Campamento, los vientos soplaban huracanados. La tormenta de polvo ennegrecía el cielo y les quemaba la piel. En el momento en que se acercaban al albergue semisubterráneo, una silueta emergió de la ventosa oscuridad, sujetando algo que ondeaba y forcejeaba como si estuviera dotado de vida.

—¡Al fin habéis llegado! Empezaba a preocuparme —dijo Talut, gritando para hacerse oír entre los truenos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Podemos ayudar? —preguntó Jondalar.

—Hemos hecho un cobertizo para los caballos de Ayla, al ver que se acercaba una tormenta. No pensábamos que sería una tormenta seca. El viento se lo ha llevado todo. Creo que será mejor hacerlos entrar. Pueden quedarse en el sector de la entrada —dijo Talut.

—¿Es así siempre? —preguntó el visitante, sujetando un extremo del gran cuero que, supuestamente, debía servir de rompevientos.

—No. Hay años en que no se producen tormentas de polvo. Esto pasará en cuanto caiga una buena nevada —respondió Talut—. ¡Entonces sólo tendremos celliscas! —agregó, con una carcajada.

Agachó la cabeza para entrar en el refugio, apartando el pesado cuero de mamut para que Ayla y Jondalar pudieran entrar con los caballos.

Los animales se pusieron nerviosos al verse en aquel lugar desconocido, tan lleno de olores no familiares, pero la ruidosa tormenta les gustaba aún menos y confiaban en Ayla. El alivio fue inmediato en cuanto se libraron del viento y se acomodaron con prontitud. La muchacha se sintió agradecida hacia Talut por haber tenido aquella idea, aunque también algo extrañada. Al cruzar la segunda arcada notó el frío que sentía en su cuerpo. En el exterior, mortificada por el polvo, no se había dado cuenta, pero el viento y la baja temperatura la habían congelado hasta los tuétanos.

El viento seguía aullando fuera del albergue, haciendo repiquetear las cubiertas de los

agujeros para el humo y agitando las pesadas cortinas. Súbitas ráfagas levantaban el polvo, haciendo que el fuego del hogar en donde se cocinaba avivara su llama. La gente se reunió en grupos en torno del primer hogar para terminar la cena, tomar una infusión o conversar, esperando que Talut diera la señal para que comenzara la velada.

Por fin, el jefe se levantó para dirigirse hacia el Hogar del León. Volvió portando un bastón de marfil, más alto que él mismo, ahusado hacia arriba. Estaba decorado con un pequeño objeto en forma de rueda con radios, que había sido fijado al báculo en dos terceras partes de su longitud. La mitad superior de la rueda llevaba prendida una especie de abanico de blancas plumas de cigüeña, mientras que de la mitad inferior pendían enigmáticos saquitos, objetos de marfil tallado y trozos de piel. Mirando con mayor atención, Ayla advirtió que el báculo estaba hecho con un único y largo colmillo de mamut, enderezado por un procedimiento desconocido. ¿Cómo era posible, se preguntaba, quitarle la curva a un colmillo de mamut?

Todo el mundo guardó silencio para escuchar al jefe. Miró a Tulie, y ésta asintió con la cabeza. Entonces dio cuatro golpes en el suelo con el báculo.

—Tengo una importante cuestión que exponer al Campamento del León —comenzó—. Algo que es del interés de todos. Por eso tomo la palabra con el Báculo Que Habla, para que todos escuchen con atención y nadie interrumpa. Quien desee expresar su opinión sobre este asunto puede solicitar el Báculo Que Habla.

Se produjo un susurro de excitación, en tanto todos se incorporaban, dispuestos a escuchar.

—Ayla y Jondalar llegaron al Campamento del León hace poco tiempo. Al contar los días que llevan aquí, me sorprendió que fueran tan pocos, pues ya parecen viejos amigos, como si estuvieran en su propia casa. Creo que casi todos vosotros pensaréis lo mismo. Dados nuestros cordiales sentimientos de amistad para con nuestro pariente, Jondalar, y para con su amiga, Ayla, yo esperaba que ellos prolongaran su visita y pensaba invitarles a pasar el invierno con nosotros. En el breve tiempo que llevan aquí nos han demostrado algo más que amistad. Ambos nos han hecho partícipes de sus habilidades y de sus valiosos conocimientos, que nos brindaron sin reservas, como si fueran de los nuestros.

»Wymez considera a Jondalar como hábil fabricante de herramientas. Ha compartido generosamente sus conocimientos con él y con Danug. Más aún, ha traído consigo una nueva arma de caza, un lanzavenablos, que aumenta a un tiempo el alcance y la potencia de una lanza.

Hubo asentimientos y comentarios de aprobación. Ayla notó que los Mamutoi rara vez escuchaban en silencio, pues participaban activamente con sus comentarios.

—Ayla es portadora de muchos talentos singulares —continuó Talut—. Es diestra y certera con el lanzavenablos y con su propia arma, la honda. Mamut dice que es una Buscadora, aunque sin adiestrar, y Nezzie piensa que también podría tener el don de la Llamada para los animales. Tal vez no sea así, pero lo que sí es cierto es que puede

hacer que los caballos la obedezcan y la permitan montar en ellos. Hasta nos ha enseñado un modo de hablar sin palabras, cosa que nos ayuda a comprender a Rydag. Pero lo más importante, tal vez, es su habilidad para curar. Ya ha salvado la vida a dos niños… ¡Y tiene un remedio maravilloso para el dolor de cabeza!

El último comentario provocó una carcajada general.

—Ambos traen tantas cosas que el Campamento del León, los Mamutoi en general, no podemos perderlos. Les he pedido que permanezcan con nosotros no sólo durante el invierno, sino para siempre. En el nombre de Mut, Madre de todas las cosas… —Talut golpeó firmemente el suelo con el bastón, una sola vez— pido que se unan a nosotros y que todos los aceptemos como Mamutoi.

Talut hizo una señal a Ayla y a Jondalar, quienes se levantaron para acercarse, con la formalidad de una ceremonia ensayada. Tulie, que esperaba a un lado, se puso junto a su hermano.

—Pido el Báculo Que Habla —dijo. Talut se lo entregó—. Como la Mujer Que Manda del Campamento del León, manifiesto mi acuerdo con lo que ha dicho Talut. Jondalar y Ayla serían valiosos incorporados al Campamento del León y a los Mamutoi —se dirigió al hombre alto y rubio—. Jondalar —dijo, dando tres golpes con el báculo—, Tulie y Barzec han pedido que seas hijo del Hogar del Uro. Hemos hablado por ti. ¿Qué respondes, Jondalar?

Él se acercó y tomó el bastón que Tulie le ofrecía y dio otros tres golpes contra el suelo.

—Soy Jondalar de la Novena Caverna de los Zelandonii, hijo de Marthona, antigua Mujer Que Manda de la Novena Caverna, nacido en el hogar de Dalanar, jefe de los Lanzadonii —como era una ocasión oficial, había decidido dar su nombre y su filiación completa, cosa que provocó sonrisas y gestos de aprobación. Todos aquellos nombres extranjeros daban a la ceremonia un aire exótico e importante—. Esta invitación me honra en sumo grado, pero debo ser justo y decir que tengo graves obligaciones. Algún día debo retornar a los Zelandonii. Debo informar a mi madre de la muerte de mi hermano y que se lo comunique también a Zelandoni, nuestro Mamut, con el fin de que pueda iniciarse la Búsqueda de su espíritu para guiarlo al mundo de los espíritus. Doy gran valor a nuestro parentesco y me siento tan reconfortado por esta amistad que no deseo partir. Deseo estar con vosotros, amigos y parientes, todo el tiempo que pueda.

Jondalar devolvió el bastón a Tulie.

—Nos entristece que no puedas unirte a nuestro hogar, Jondalar, pero comprendemos tus obligaciones. Tienes nuestro respeto. Puesto que estamos emparentados por intermedio de tu hermano, compañero de Tholie, nos harás felices quedándote todo el tiempo que desees —dijo Tulie, y pasó el bastón a Talut.

—Ayla —dijo, dando tres golpes contra el suelo—, Nezzie y yo queremos adoptarte como hija del Hogar del León. Hemos hablado en tu favor. ¿Qué respondes?

Ayla tomó el bastón y golpeó tres veces.

—Soy Ayla. No tengo pueblo alguno. Es un honor y un placer que me invitéis a convertirme en una de los vuestros. Me sentiría orgullosa de ser Ayla de los Mamutoi —dijo, pronunciando el discurso que había ensayado muchas veces.

Talut volvió a tomar el bastón y dio cuatro golpes.

—Si no hay objeciones, daré por cerrada esta reunión extraordinaria.

—Pido el Báculo Que Habla —dijo una voz entre el público.

Todo el mundo levantó la vista, sorprendidos de ver a Frebec, que tomaba el bastón de manos del jefe para golpear tres veces el suelo.

—No estoy de acuerdo. No quiero a Ayla —dijo.

Capítulo 14

Los moradores del Campamento del León enmudecieron. Luego hubo un murmullo de escandalizada sorpresa. El jefe había apoyado a Ayla, con pleno acuerdo de la jefa. Aunque todos conocían lo que Frebec pensaba de la extranjera, nadie parecía compartir su opinión. Más aún: el Hogar de la Cigüeña no estaba en condiciones de oponerse, pues habían sido aceptados por el Campamento del León poco tiempo antes, después de haber sido rechazados por muchos otros, gracias a la defensa de Nezzie y Talut. El Hogar de la Cigüeña había gozado, en otros tiempos, de un alto rango, y en algunos otros Campamentos se habían manifestado dispuestos a apoyarlos; pero en todos hubo desacuerdos, y los desacuerdos no podían existir. Todos tenían que estar de acuerdo. Dado el apoyo de los jefes, aquella oposición por parte de Frebec parecía una ingratitud. Nadie se esperaba aquello, y Talut menos aún que nadie.

La conmoción se calmó rápidamente cuando Talut tomó el bastón y lo sacudió en alto, invocando su poder.

—Frebec tiene el Báculo. Dejémosle hablar —pidió, devolviéndole la vara de marfil.

Frebec golpeó el suelo tres veces y continuó:

—No quiero a Ayla porque no creo que haya aportado lo suficiente para hacer de ella una Mamutoi —hubo un murmullo de objeciones, sobre todo después de las alabanzas de Talut, pero no bastó para interrumpir al orador—. ¿A cualquier desconocido que venga de visita se le invita a convertirse en Mamutoi?

Pese a la autoridad representada por el bastón, a los del Campamento les costaba dejar hablar.

—¿Cómo que no tiene nada que aportar? —protestó Deegie con rabia—. ¿Qué me dices de su habilidad como cazadora?

Su madre, la Mujer Que Manda, no había aceptado a Ayla de buenas a primeras, sino después de cautelosas consideraciones. ¿Cómo era posible que Frebec se opusiera?

—¿Qué importancia tiene que cace? —objetó Frebec—. No es ésa una razón suficiente. ¿Vamos a convertir en uno de nosotros a todo recién llegado que sepa cazar? De cualquier modo, no va a cazar por mucho tiempo. Sólo hasta que tenga hijos.

—¡Tener hijos es lo más importante! Eso le dará más prestigio aún —estalló Deegie.

—¿Crees que no lo sé? Pero ni siquiera sabemos si puede tener hijos. Y si no los tiene, de poco valdrá. Pero aquí no se habla de tener hijos, sino de cazar. El solo hecho de que cace no es razón suficiente para hacer de ella una Mamutoi —insistió Frebec.

Mamut miró a Frebec con cierta sorpresa. Aunque estaba en total desacuerdo con

él, debía reconocer que el argumento era inteligente: lo malo era que estaba mal orientado.

—¿Y qué me dices del lanzavenablos? No negarás que es un arma de gran valor, y ella lo maneja con mucha habilidad. Ya está enseñando a otros a usarla —dijo Tornec.

—No fue ella quien la trajo, sino Jondalar, y él no va a unirse a nosotros.

Danug alzó la voz.

—Podría ser una Buscadora y hasta una Llamadora. Hace que los caballos la obedezcan. Hasta cabalga en uno.

—Los caballos fueron hechos para alimentarnos. La Madre nos los dio para que los cazáramos, no para que viviéramos con ellos. Ni siquiera estoy seguro de que sea correcto montarlos. Y nadie sabe con certeza quién es Ayla. Puede que sea Buscadora o tal vez Llamadora. Podría ser la Madre misma venida a la Tierra, pero podría no serlo. ¿Desde cuándo el «podría ser» se considera motivo para adoptar a alguien?

Nadie pudo rebatir esta objeción. Frebec comenzaba a crecerse con la atención que estaba concentrando.

Mamut le observaba con cierta sorpresa. El chamán estaba en desacuerdo con él, pero tenía que reconocer que los argumentos de Frebec eran hábiles. Era una pena que hiciera tan mal uso de su celo.

—Ayla ha enseñado a Rydag a hablar, cosa que nadie pudo hacer antes —gritó Nezzie, participando en el debate.

—¡Hablar! —se burló él—. Si quieres puedes decir que ese montón de gestos es «hablar». Yo no. No se me ocurre nada más inútil que hacer señales estúpidas a un cabeza chata. Esto no es tampoco motivo para aceptarla. Antes bien, para rechazarla.

—Y a pesar de las pruebas evidentes, supongo que tampoco la consideras curandera —comentó Ranec—. Te darás cuenta, supongo, de que si expulsas a Ayla bien puedes lamentarlo cuando Fralie dé a luz y no haya quien la ayude.

Ranec siempre había sido una anomalía para Frebec. A pesar de su alto rango y su renombre como tallista, él no sabía cómo considerar a ese hombre de piel oscura y no se sentía cómodo a su vera. Tenía la sensación de que Ranec le trataba con desdén, y se burlaba de él, cuando empleaba ese tono irónico y sutil. Eso no le gustaba. Además, probablemente su piel oscura era una anormalidad.

—Tienes razón, Ranec —manifestó, en voz bien alta—. No creo que sea curandera. ¿Cómo podría ser curandera quien se crió con esos animales? Y Fralie ya ha tenido otros hijos. No veo por qué esta vez tenga que ser diferente. A menos que tener aquí a esa mujer-animal traiga mala suerte. Ese niño cabeza chata ya ha rebajado el rango de este Campamento. ¿No os dais cuenta de que ella no hará sino empeorar las cosas? ¿Para qué queremos a una mujer criada por animales? ¿Y qué pensaría la gente si alguien entrara aquí y encontrara esos caballos dentro del albergue? No, no quiero que una mujer-animal, criada por los cabezas chatas, forme parte del Campamento del León.

Este comentario provocó un verdadero alboroto, pero Tulie alzó la voz por encima de los demás.

—¿En qué te basas para decir que el Campamento ha visto disminuido su rango? Rydag no rebaja mi rango. Todavía soy la voz principal en el Consejo de las Hermanas. Y tampoco Talut ha perdido prestigio.

—La gente se refiere a nosotros diciendo: «el Campamento del Cabeza Chata». A mí me avergüenza decir que soy miembro de él —replicó Frebec a gritos.

Tulie se irguió con todo su volumen ante aquel hombre de menuda contextura.

—Puedes irte cuando quieras —manifestó, con el tono más frío de su voz.

—¡Mira lo que has ganado! —chilló Crozie—. Fralie está esperando un hijo y tú vas a hacer que la echen, con este frío, sin tener dónde ir. ¿Por qué, por qué acepté esa Unión? ¿Cómo pude creer que serías un compañero adecuado para mi hija, pagando tan poco Precio Nupcial? Mi pobre hija, mi pobre Fralie…

Los gemidos de la vieja quedaron ahogados por el tumulto de voces enfurecidas y réplicas airadas contra Frebec. Ayla les volvió la espalda para dirigirse hacia el Hogar del Mamut. Al pasar por delante del Hogar del León, vio que allí estaba Rydag, observándolo todo con ojos tristes. Cambió de idea y se sentó a su lado, le palpó el pecho y le observó con atención, hasta asegurarse de que estaba bien. Después, sin tratar de decir nada, pues no sabía qué decir, le sentó en su regazo, meciéndole mientras entonaba una melodía monótona por lo bajo. Así había mecido a su hijo; así también se había mecido ella en su cueva del valle, hasta conciliar el sueño.

—¿Es que nadie respeta el Báculo Que Habla? —rugió Talut, imponiéndose al alboroto. Sus ojos echaban fuego. Estaba furioso. Ayla no le había visto nunca tan enojado, pero admiró su autodominio al oírle seguir hablando—. Crozie, nadie expulsará a Fralie a la intemperie. Al sugerir que podía ser así, me insultas a mí e insultas al Campamento del León.

La anciana le miró boquiabierta. En realidad, no había pensado que expulsarían a Fralie. Sólo quería meterse con Frebec, sin calcular que los otros podían sentirse insultados. Tuvo la decencia de ruborizarse, cosa que sorprendió a algunos, pero ella no ignoraba las normas de buena conducta. Después de todo, Fralie había heredado su rango. Crozie contaba con una alta estima por derecho propio; al menos, así había sido antes de que perdiera tanto y comenzara a amargar la vida de todo el mundo. Aún podía reclamar la distinción, ya que no la sustancia.

—Frebec, puedes sentirte avergonzado por pertenecer al Campamento del León —prosiguió Talut—. Pero si este Campamento ha perdido rango es por haber sido el único que te aceptó. Tal como ha dicho Tulie, nadie te obliga a seguir aquí. Quedas en libertad para marcharte cuando quieras, pero nadie te expulsará, considerando que tu mujer está enferma y va a dar luz durante el invierno. Tal vez no hayas visto a muchas mujeres embarazadas, pero aunque no te des cuenta, las dolencias de Fralie no se deben únicamente a su embarazo. Hasta yo puedo adivinarlo. Pero no es para eso para lo que se ha convocado la reunión. Te guste o no, nos guste o no, eres

miembro de este Campamento. He declarado mi deseo de adoptar a Ayla en mi hogar, de hacerla Mamutoi. Todos deben estar de acuerdo y tú te opones.

Para entonces Frebec había empezado a sentirse muy inquieto. Una cosa era sentirse importante por presentar una objeción y rebatir todos los argumentos; otra muy distinta que le recordaran la humillación y el abatimiento que tuvo que soportar cuando trató de establecerse con su nueva y atesorada esposa, tan deseable, que le había proporcionado un elevado rango.

Mamut le observaba con atención. Frebec nunca se había destacado mucho. Tenía poco rango, puesto que su madre poco podía darle, ningún logro de que envanecerse y pocos talentos que valieran la pena. No se le odiaba, pero tampoco se le tenía mucho aprecio. Parecía un hombre bastante mediocre, de capacidad común. Sin embargo, Mamut acababa de detectar su habilidad en la discusión; sus argumentos, aunque falsos, tenían lógica. Quizá fuera más inteligente de lo que todos pensaban; por lo visto, tenía grandes aspiraciones. La unión con Fralie había sido una verdadera hazaña para alguien como él. Merecía la pena que se le estudiara más a fondo.

De entrada, hacer una oferta por una mujer de aquella categoría era señal de no poca audacia. Entre los Mamutoi, el Precio Nupcial era la base de los valores económicos. El lugar de un hombre en la sociedad estaba en relación directa con el de la madre que le había parido y con el de la —o las— que le podía atraer por su posición, por sus hazañas de cazador, por sus habilidades, sus cualidades, su encanto personal, para que se emparejaran con él. Frebec había encontrado una mujer de gran prestigio dispuesta a ser su compañera. Era como si hubiera encontrado un tesoro y no estaba dispuesto a que se le escapara.

Pero, se preguntaba Mamut, ¿qué había inducido a Fralie a aceptarle? Seguro que otros hombres habían hecho sus ofertas. Frebec había venido a acrecentar sus dificultades. Con un compañero tan poco valioso y una madre tan desagradable como Crozie, tanto en su Campamento como en el de Frebec les habían rechazado, al igual que todos los demás, aun cuando Fralie estaba encinta y tenía un rango importante. Crozie, por su parte, en sus momentos de acaloramiento, le apostrofaba, le insultaba, con lo que venía a complicar la situación de su familia.

Frebec se mostró agradecido cuando el Campamento del León les admitió: había sido de los últimos que tantearon. Si los demás les habían rechazado no fue porque tuvieran poco rango, sino porque se les consideraba extraños. Talut tenía la habilidad de considerar que lo raro era algo especial y no anormal. Durante toda su vida había gozado de un rango elevado; buscaba algo diferente y lo encontraba en lo que no era habitual. Era ésta una cualidad que fomentaba en su Campamento. Él mismo era el hombre más corpulento jamás conocido, no sólo entre los Mamutoi, sino entre todos los pueblos de la región. Tulie, la mujer más importante, la más fuerte. Mamut, el anciano de más edad. Wymez, el mejor tallador de pedernal. Ranec no era sólo el de piel más oscura, sino también el que hacía las mejores tallas. Y Rydag, el único niño cabeza chata. Talut deseaba contar con Ayla, que cuando menos era excepcional con

los caballos y tenía además otros dones y talentos, y no le molestaba Jondalar, el hombre que había recorrido la mayor distancia.

Frebec, en cambio, no aspiraba a lo excepcional, tanto más cuanto que se sabía el mínimo en todo. Seguía empeñado en hacerse un lugar entre la gente común y había terminado por hacer una virtud de lo que en él había de más ordinario. Era Mamutoi: por lo tanto, superior a quienes no lo eran, mejor que los diferentes. Ranec, con su piel oscura y su genio satírico, no era un verdadero Mamutoi, pues no había nacido entre ellos. Frebec sí, y por eso era superior a esos animales, esos cabezas chatas. Aquel niño al que Nezzie amaba tanto no tenía rango alguno, pues había nacido de una cabeza chata.

Y aquella Ayla, que había llegado con sus caballos y con aquel esbelto extranjero, ya había encandilado los ojos desdeñosos del oscuro Ranec, asediado por todas las mujeres a pesar de su indiferencia, o quizá por ello. Ni siquiera le había dedicado una mirada, como si supiera que no era digno de su atención. Poco importaba su talento, sus dones, su belleza; por fuerza él tenía que ser superior a ella: él era Mamutoi y ella no. Peor aún: ella había vivido con los cabezas chatas. ¡Y ahora Talut quería hacer de ella una Mamutoi!

Frebec sabía que aquella desagradable escena había sido provocada por él. Había demostrado que era tan importante como para impedir que la joven fuera aceptada por los Mamutoi, pero lo que había conseguido era que el jefe, aquel gigante, se enfureciera como nunca; ahora estaba un tanto asustado al ver a aquel oso enorme tan enfadado. Talut era muy capaz de levantarle en vilo y partirle en dos. Cuando menos, podía expulsarle. En su caso, ¿por cuánto tiempo podría conservar a una compañera que tenía tan alto rango?

Sin embargo, y a pesar del enojo que apenas podía dominar, Talut le trataba con más respeto del que Frebec estaba acostumbrado a recibir. Sus comentarios no habían sido ignorados o desoídos.

—No me importa que tus objeciones sean razonables o no —prosiguió el jefe, fríamente—. Creo que ella posee muchos talentos singulares que podrían beneficiarnos. Tú te has declarado en desacuerdo, diciendo que nada de valor puede ofrecernos. No sé si es posible ofrecer algo cuyo valor alguien no pueda negar si desea negarlo…

—Talut —intervino Jondalar—, disculpa mi interrupción mientras sostienes el Báculo Que Habla, pero se me ocurre algo que es indiscutible.

—¿De veras?

—Sí, creo que sí. ¿Puedo hablar contigo a solas?

—Tulie, ¿quieres hacerte cargo del Báculo Que Habla? —preguntó Talut.

Y se dirigió hacia el Hogar del León en compañía de Jondalar. Les siguió un murmullo de curiosidad. El joven se acercó a Ayla para hablar con ella. La muchacha hizo un gesto de asentimiento, dejó a Rydag y corrió al Hogar del Mamut.

—¿Estás dispuesto a apagar todos los fuegos, Talut? —preguntó Jondalar.

El jefe frunció el ceño.

—¿Todos los fuegos? Afuera hace frío y sopla el viento. Todo esto podría enfriarse rápidamente.

—Lo sé, pero puedes creer que valdrá la pena. Para que Ayla haga su demostración con pleno efecto, necesitamos oscuridad. No hará frío por mucho tiempo.

Ayla volvió con algunas piedras. Talut paseó la mirada entre los dos y acabó por hacer una señal de asentimiento. Aunque costara algún esfuerzo, el fuego podía volver a encenderse. Regresaron juntos al primer hogar, en donde Talut habló en privado con Tulie. Hubo una discusión en la que participó Mamut. Después, Tulie habló con Barzec, quien llamó a Druwez y a Danug. Los tres se pusieron las pellizas y salieron, llevando grandes cestos de urdimbre tupida.

El murmullo de la conversación reflejaba gran excitación. Estaba ocurriendo algo especial, que cargaba el ambiente de expectativa, casi como antes de una ceremonia solemne. Nadie esperaba esas consultas secretas ni aquellas demostraciones misteriosas.

Barzec y los muchachos volvieron muy pronto, con los cestos llenos de tierra suelta. Empezando por el extremo más alejado, el Hogar de Uro, fueron dispersando las brasas amontonadas y los pequeños fuegos que aún subsistían en los agujeros donde se hacía fuego y sofocaron las llamas con puñados de tierra. Los miembros del Campamento se pusieron nerviosos al darse cuenta de lo que ocurría.

A medida que el largo albergue iba oscureciéndose, las conversaciones cesaron una tras otra. Por fin reinó el silencio. Más allá de las paredes, el viento aullaba con fuerza; las ráfagas frías traían consigo un aliento amenazador. Si bien el fuego era algo a lo que todos daban gran importancia, aun cuando lo consideraban normal, comprendieron que dependían de él para vivir al ver que las fogatas se apagaban una tras otra.

Por fin sólo quedó encendido el gran hogar en donde se hacía la cocina. Ayla tenía preparados los elementos para encender el fuego. Ante una señal de Talut, Barzec, percibiendo el dramatismo del momento, echó el resto de la tierra sobre las llamas, lo que provocó un grito ahogado en todos los presentes.

Un instante después, el albergue quedó sumido en la oscuridad. No era tanto una ausencia de luz como una plenitud de oscuridad. Una negrura absoluta, profunda, sofocante, que ocupaba el espacio vacío, sin estrellas, sin astros relucientes, sin nubes nacaradas, espejeantes. No era posible verse la mano ante los ojos. No había dimensiones, ni sombras, ni siluetas. El sentido de la vista había perdido todo su valor.

Se oyó el llanto de un niño, acallado por su madre. Después, una respiración profunda, un arrastrar de pies, una tos. Alguien habló en voz baja y recibió la respuesta de una voz más grave. El fuerte olor a hueso quemado se mezclaba con otros olores, otros tufos, otros aromas: cuero, comida, alimentos almacenados,

esterillas de hierba, pasto seco. Y el olor de la gente, de los cuerpos, de los pies y de alientos cálidos.

El Campamento esperaba en la oscuridad y se preguntaba qué iría a pasar, si no con miedo, al menos con cierta aprensión. El tiempo se alargaba preñado de inquietud. ¿Por qué se tardaba tanto?

La elección del momento había quedado a cargo de Mamut, cuya especialidad, como una segunda naturaleza, era crear efectos dramáticos, casi un instinto para adivinar el momento exacto. Ayla sintió un golpecito en el hombro. Era la señal que estaba esperando. Tenía en una mano un trozo de pirita de hierro; en la otra, pedernal; en el suelo, delante de ella, un pequeño montón de hierba seca. En la profunda oscuridad del albergue, cerró los ojos, tomó aliento y golpeó la pirita de hierro con el pedernal.

Surgió una gran chispa. En la oscuridad absoluta, aquel tenue fulgor iluminó sólo a la joven arrodillada durante un momento, provocando varias exclamaciones de asombro entre los miembros del Campamento. Cuando la chispa se apagó, Ayla volvió a golpear las piedras, esta vez más cerca de la yesca inflamable que había preparado. La chispa cayó en el material. Ayla se inclinó para soplar. Un momento después surgían las llamas, entre los ah y los oh de los presentes.

La muchacha agregó al fuego astillas de madera, cogidas de una pila cercana; cuando hubieron prendido, añadió leños mayores. Después dejó que Nezzie retirara la tierra y cenizas del hogar para trasladar el fuego a él. Reguló la válvula de la tubería que admitía el aire del exterior y los huesos volvieron a arder. Los miembros del Campamento notaron entonces que todo el proceso había exigido poco tiempo. ¡Eso era magia! ¿Cómo había hecho Ayla para crear el fuego con tanta celeridad?

Talut agitó el Báculo Que Habla y golpeó tres veces contra el suelo.

—¿Todavía hay alguien que se opone a que Ayla se convierta en Mamutoi y en miembro del Campamento del León? —preguntó.

—¿Nos enseñará a hacer este acto de magia? —replicó Frebec.

—No sólo nos lo enseñará, sino que ha prometido dar una de sus piedras de fuego a cada hogar de este Campamento —fue la respuesta.

—En ese caso, no tengo nada que objetar —dijo Frebec.

Ayla y Jondalar revolvieron sus zurrones hasta juntar todos los nódulos de pirita de hierro que tenían; luego seleccionaron seis de los mejores. La noche anterior había vuelto a encender todos los hogares, mostrándoles el procedimiento, pero estaba cansada y era demasiado tarde para buscar las piedras antes de acostarse.

Las seis piedras de color amarillo grisáceo, con un brillo metálico, componían un montoncito insignificante sobre la plataforma-cama. Sin embargo, representaban la diferencia entre la aceptación y el rechazo de Ayla. Nadie hubiera dicho que en el corazón de aquellos pedruscos se ocultaba tanta magia.

Ayla los recogió y los sostuvo entre las manos, mirando a Jondalar.

—Si todos me querían, ¿por qué dejaban que una sola persona se opusiera a mi adopción? —preguntó.

—No lo sé con certeza —respondió él—. Pero en un grupo como éste, cada uno debe vivir con todos los demás. Si una persona no agrada a otra, pueden provocarse sentimientos muy perjudiciales, sobre todo cuando el mal tiempo mantiene a todo el mundo dentro durante muchos días. La gente termina tomando partido, las discusiones llevan a peleas y alguien puede resultar herido… o peor que eso. De ahí nace la furia y el deseo de venganza. A veces, el único modo de evitar una tragedia mayor es deshacer el grupo… o pagar un alto precio y expulsar a quien provoca el conflicto.

Su frente se arrugó de dolor. Cerró los ojos por un momento, mientras Ayla se preguntaba a qué podía deberse aquel sufrimiento.

—Pero Frebec y Crozie discuten sin cesar y eso no gusta a nadie —observó ella.

—Los demás miembros del Campamento sabían a qué atenerse o al menos tenían alguna idea de esas discusiones antes de aceptarlos. Todo el mundo tuvo la oportunidad de negarse, de modo que a nadie se puede culpar. Una vez que se toma una decisón, se tiende a pensar que es responsabilidad de uno conseguir que aquello funcione, sobre todo si se tiene en cuenta que aquello sucede sólo durante el invierno. En verano es más fácil hacer cambios.

Ayla asintió. No estaba segura de que Jondalar se alegrara de verla convertida en Mamutoi, pero lo de mostrar las propiedades de las piedras de fuego había sido idea suya. Ambos se dirigieron al Hogar del León para entregar las piedras. Allí estaban Talut y Tulie, sumidos en una profunda conversación. Nezzie y Mamut participaban de vez en cuando, pero parecían más inclinados a escuchar.

—Aquí están las piedras del fuego que prometí —dijo Ayla, cuando levantaron la cabeza—. Podéis repartirlas hoy.

—Oh, no —dijo Tulie—, hoy no. Las reservamos para la ceremonia. De eso estábamos hablando. Formarán parte de los regalos. Tenemos que darles un valor, para poder calcular que más será necesario dar. Deben tener un valor muy alto, no sólo por sí mismas y para el trueque, sino por el rango que te darán.

—¿Qué regalos? —preguntó Ayla.

—Es la costumbre, al adoptar a alguien —explicó Mamut—, que se intercambien regalos. La persona adoptada recibe regalos de todos y, en nombre del hogar que la adopta, se distribuyen regalos a los otros hogares del Campamento. Pueden ser cosas pequeñas, sólo un recuerdo, u objetos muy valiosos. Depende de las circunstancias.

—Creo que las piedras de fuego son muy valiosas; serían regalo suficiente para cada hogar —dijo Talut.

—Estaría de acuerdo —manifestó su hermana— si Ayla ya fuera Mamutoi, con un valor establecido. Pero en este caso estamos tratando de fijar su Precio Nupcial. Todo el Campamento se beneficiará si podemos justificar un valor alto para ella.

Como Jondalar ha declinado la adopción, al menos por ahora… —la sonrisa de Tulie, destinada a demostrar que no sentía animosidad alguna contra él, resultaba casi coqueta, pero sin dobles intenciones; simplemente expresaba su seguridad de ser atractiva y deseable—. Por mi parte, será un placer contribuir con algunos regalos.

—¿Qué clase de regalos? —preguntó Ayla.

—Oh…, pueden ser muchas cosas —explicó Tulie—. Las pieles son bonitas y también la ropa: túnicas, calzones, calzado. O el cuero para hacerlos. Deegie tiñe el cuero de una manera muy bella. También regalamos ámbar y conchas, o cuentas de marfil, para hacer collares y decorar ropas. Los dientes largos de lobo y de otros carnívoros son muy valiosos, así como las estatuillas de marfil. El pedernal, la sal… También se puede regalar comida, sobre todo para almacenar. Y cualquier cosa bien fabricada: cestos, esterillas, cinturones, cuchillos. Creo que es importante regalar lo más posible; de ese modo, cuando todos muestren tus regalos en la Reunión, parecerá que gozas de abundancia y eso dará idea de tu rango. No importa que la mayoría los hayan regalado Talut y Nezzie por ti.

—Tú, Talut y Nezzie no tenéis que regalar por mí. Tengo cosas para regalar —dijo Ayla.

—Sí, por supuesto, tienes las piedras del fuego, que son lo más valioso. Pero no parecen muy impresionantes. Más adelante la gente comprenderá su valor, pero la primera impresión es lo importante.

—Tulie tiene razón —dijo Nezzie—. Casi todas las jóvenes pasan años haciendo y acumulando regalos para repartir en su Unión o si las adoptan.

—¿Los Mamutoi adoptan a mucha gente? —preguntó Jondalar.

—A los extranjeros no —dijo Nezzie—, pero sí a otros Mamutoi. Todo Campamento necesita a dos hermanos, varón y mujer, para que sean el Hombre Que Manda y la Mujer Que Manda, pero no todos los hombres tienen la suerte de contar con una hermana como Tulie. Si le sucede algo al uno o al otro, o si un joven o una joven quieren iniciar un nuevo Campamento, es posible adoptar una hermana o un hermano. Pero no te preocupes. Tengo muchas cosas para que regales, Ayla, y hasta Latie ha ofrecido algunas cosas suyas.

—Pero yo tengo cosas para regalar, Nezzie. Tengo cosas en cueva del valle —dijo Ayla—. Pasé años haciendo muchas cosas.

—No es necesario que vuelvas allá. —Para sus adentros, Tulie pensaba que esos objetos, dada su crianza entre los cabezas chatas, serían muy primitivos. ¿Cómo decir a la joven, sin ofenderla, que sus regalos bien podían no ser los adecuados?

—Quiero volver —insistió Ayla—. Otras cosas necesito. Plantas para curar. Comida almacenada. Y comida para caballos —se volvió hacia Jondalar—. Quiero regresar.

—Supongo que podríamos, si nos apresuramos y no nos detenemos durante el trayecto…, siempre que el tiempo aclare.

—Por lo general, después de un primer frío como éste, tenemos buen tiempo —

dijo Talut—. Pero es impredecible. Puede cambiar en cualquier momento.

—Bueno, si contamos con algunos días buenos podremos correr el riesgo y volver al valle —manifestó Jondalar, y fue recompensado con una bella sonrisa de Ayla.

También él quería buscar algunas cosas. Esas piedras de fuego habían causado una verdadera impresión, y la ribera rocosa del valle, en un recodo del río, estaba sembrada de ellas. Algún día esperaba retornar a los suyos, para compartir con ellos cuanto había aprendido y descubierto: las piedras de fuego, el lanzavenablos y, para Dalanar, la técnica de Wymez para calentar el pedernal. Algún día…

—Volved pronto —saludó Nezzie, levantando la mano con la palma hacia ella para despedirles.

Ayla y Jondalar respondieron al saludo. Montados sobre Whinney, con Corredor detrás, atado de una soga, dominaban a las gentes del Clan del León que se habían reunido para despedirles. Por mucho que la excitara la idea de volver al valle que la había albergado durante tres años, Ayla experimentó una punzada de pena al abandonar a aquellas personas que ya eran como su familia.

Rydag y Rugie, uno a cada lado de Nezzie, se apretaban contra ella mientras agitaban la mano. Ayla no pudo dejar de advertir el poco parecido que existía entre ambos. La una era una pequeña reproducción de Nezzie; el otro, mitad Clan. Sin embargo, se habían criado como hermanos. De repente, Ayla recordó que Oga había amamantado a Durc junto con Grev, su propio hijo. Grev era plenamente Clan; Durc lo era sólo a medias, pero la diferencia entre ambos era igualmente notable.

Hizo avanzar a Whinney mediante una presión de las piernas, con un imperceptible cambio de posición. Estas señales se habían convertido en ella en una segunda naturaleza; apenas se daba cuenta de que así dirigía al animal. Giraron y comenzaron a subir la pendiente.

El viaje de regreso no fue tan pausado como el de venida. Avanzaban a un buen ritmo constante, sin desviarse para explorar ni para cazar. Tampoco se detenían demasiado temprano para descansar o para disfrutar de los Placeres. Como cuando dejaron el valle tenían pensado regresar, habían tomado nota de ciertos detalles geográficos: salientes rocosos, elevaciones y valles o cursos de agua, pero el cambio de estación había alterado el paisaje.

La vegetación había cambiado en parte de aspecto. Los valles protegidos en donde se habían detenido a la ida habían experimentado un cambio estacional que producía una desagradable impresión de extrañeza. Los abedules y los sauces árticos habían perdido su follaje; sus ramas desnudas, agitadas por el viento, parecían miembros sin vida. En su lugar destacaban las coníferas —epiceas, alerces, abetos— corpulentas y desafiantes con toda la vitalidad de sus verdes agujas. Hasta los mismos arbustos resinosos de las estepas, aislados, maltratados por el viento, parecían

comparativamente más consistentes. Pero más confusión provocaban los cambios ocasionados en la superficie terrestre por el permafrost.

Permafrost, tierra permanentemente congelada, es cualquier parte de la corteza terrestre que permanezca helada durante todo el año desde la superficie hasta los profundos lechos rocosos. Hace mucho tiempo, en aquellas regiones tan al sur del polo, este fenómeno fue provocado por láminas de hielo que abarcaban continentes enteros, de dos o tres kilómetros de espesor. Se requiere una compleja interacción del clima, de la superficie y de las condiciones subterráneas para provocar y mantener el congelamiento del suelo. El sol tiene su efecto, así como el agua, la vegetación, la densidad de la tierra, el viento y la nieve.

Las temperaturas, tan sólo algunos grados más bajas que las que, posteriormente, traerían un clima más templado, bastaban para que la masa de los glaciares invadiera las tierras y favoreciera la formación del permafrost en latitudes más hacia el sur. Los inviernos eran largos y fríos; las tormentas ocasionales provocaban fuertes nevadas y ventiscas, pero, durante toda la estación, la cantidad de nieve era relativamente poco abundante, con muchos días claros. Los veranos eran cortos, con algunos días tan calurosos que desmentían la proximidad de las enormes masas gélidas, pero generalmente eran frescos, nublados y con poca lluvia.

Aunque algunas partes del suelo estaban siempre congeladas, el permafrost no era un estado permanente y sin cambios, sino tan inconstante como las estaciones. En lo más intenso del invierno, cuando el suelo estaba helado en profundidad, la tierra parecía pasiva, dura e impenetrable, pero aquella apariencia resultaba engañosa. Al cambiar la estación, la superficie se ablandaba; esa capa blanda era de pocos centímetros allí donde una vegetación muy abundante, un suelo muy denso o sombra muy escasa resistían el suave calor del verano, pero de algunos metros en las pendientes soleadas, con un buen drenaje y poca vegetación.

Sin embargo, esa capa dúctil era una ilusión. Por debajo de la superficie seguía reinando la garra de acero del invierno. El hielo impenetrable se movía; con el deshielo y la fuerza de la gravedad, los suelos saturados y su carga de rocas y árboles se deslizaban sobre el estrato de tierra congelada, lubricada por el agua. Así se producían deslizamientos y socavones a medida que se calentaba la superficie. Donde el deshielo no hallaba salida se originaban pantanos y lagunas.

Cuando el ciclo volvía a iniciarse, la capa activa volvía a endurecerse, pero su semblante gélido ocultaba un corazón inquieto. Las contracciones y las extremadas presiones provocaban alzamientos, sacudidas y quebraduras. La tierra endurecida se resquebrajaba, se agrietaba, se empapaba de hielo, del que después se liberaba escupiéndolo en grandes bloques. Estas presiones llenaban de barro los agujeros, lo que provocaba que aflorara lodo formando ampollas y vejigas. Al expandirse el agua congelada se originaban en las tierras pantanosas montículos de hielo fangoso (pingos) que llegaban a alcanzar los sesenta metros de altura y diámetros mucho mayores.

Al desandar el trayecto, Ayla y Jondalar descubrieron que el relieve del paisaje había cambiado, tornando confusos sus puntos de referencia. Ciertos arroyuelos que ellos creían recordar habían desaparecido al congelarse la fuente. Había colinas de hielo donde antes no existían y grupos de árboles en las talik, isletas de capas no congeladas, rodeadas de permafrost, dando una impresión engañosa de un valle pequeño donde ellos no recordaban ninguno.

Jondalar no estaba familiarizado con el terreno; más de una vez tenía que fiarse de la buena memoria de Ayla. La muchacha, en caso de duda, seguía el instinto de Whinney. La yegua la había llevado de regreso más de una vez y parecía saber hacia dónde iba. A veces montados los dos, otras veces turnándose o descabalgando para dar descanso al animal, siguieron adelante hasta que se vieron obligados a detenerse para pasar la noche. Armaron un sencillo campamento, con una pequeña fogata, la tienda de cuero y las pieles de dormir. Prepararon una papilla caliente con cereales silvestres triturados y Ayla hizo una buena infusión caliente.

Por la mañana bebieron otra infusión para calentarse, mientras preparaban las cosas. En el camino se alimentaron de pequeñas tortas hechas de carne seca y molida, y pequeñas frutas disecadas, mezcladas con grasa. Con excepción de una liebre, que Ayla derribó con su honda, no cazaron, pero complementaron la comida de viaje que Nezzie les había dado con los aceitosos y nutritivos piñones recogidos en el trayecto, tras arrojarlos al fuego para que reventaran.

Según el terreno iba cambiando, tornándose más rocoso y escarpado, con barrancos y profundos cañones, Ayla experimentaba un entusiasmo creciente. El territorio tenía un aire familiar, como el paisaje abierto al sur y al oeste de su valle. Por fin vio una escarpada que mostraba un diseño especial de diferentes colores en sus estratos; el corazón le dio un brinco.

—¡Mira, Jondalar! ¡Mira eso! —gritó, señalando con el dedo—. ¡Casi hemos llegado!

Hasta Whinney parecía entusiasmada; no hizo falta azuzarla para que apretara el paso. Ayla buscó otro punto de referencia: un saliente rocoso cuya forma peculiar hacía pensar en una leona agazapada. Al encontrarla, giraron hacia el norte hasta llegar al borde de una empinada cuesta, sembrada de grava y piedras sueltas. Allí se detuvieron a mirar hacia abajo. En el fondo fluía un río pequeño, en dirección este, centelleando al sol; sus aguas lanzaban rayos que salpicaban las rocas. Desmontaron para bajar, con mucho cuidado. Los caballos comenzaron a cruzar el río y se detuvieron a beber, mientras Ayla buscaba las piedras salientes que siempre había usado para cruzar a saltos. Al llegar a la otra orilla, también ella bebió.

—El agua es mejor aquí. ¡Mira qué clara se desliza! —exclamó—. No tiene nada de lodo. Se puede ver el fondo. ¡Y mira, Jondalar, aquí están los caballos!

Jondalar sonrió con afecto ante tanta exuberancia; el valle largo y familiar le provocaba una sensación similar de encontrarse en casa. Los vientos ásperos y el frío glacial de las estepas azotaban con menos rigor la protegida hondonada y, aun sin el

follaje de verano, se veía una vegetación más rica y abundante. La pendiente que acababan de descender volvía a ascender hasta terminar en una muralla de roca pura, en dirección hacia la izquierda del valle. Una amplia franja de árboles y malezas bordeaba la ribera opuesta del arroyo, antes de espaciarse más allá, convirtiéndose en una pradera donde el heno dorado se henchía en oleadas bajo el sol de la tarde. A la derecha, la manta de hierba alta ascendía gradualmente hasta las estepas al tiempo que se estrechaba; hacia el fondo del valle, la pendiente se hacía cada vez más empinada, hasta convertirse en la segunda pared de una garganta angosta.

A medio camino, un pequeño rebaño de caballos de la estepa había dejado de pastar para mirar hacia los viajeros. Uno de ellos relinchó. Whinney agitó la cabeza a modo de respuesta. La manada dejó que se aproximaran hasta que estuvieron bastante cerca. Después, como el extraño olor de los humanos continuara avanzando, giraron al unísono, en medio de un tronar de cascos, con las colas y las crines al aire, subieron al galope la suave pendiente hasta ganar la estepa. Los dos humanos, que iban a lomos de la yegua, se detuvieron a observarlos. Lo mismo hizo el joven potro sujeto por la soga.

Corredor, con la cabeza en alto y las orejas dirigidas hacia delante, les siguió hasta donde la cuerda se lo permitía; luego, con el cuello bien estirado y las fosas nasales abiertas, los observó hasta perderles de vista. Whinney le llamó con un pequeño relincho para reiniciar el descenso hacia el valle. Se fue hacia ella y la siguió.

A buena marcha, la joven pareja y las bestias se dirigieron río arriba hacia la estrecha desembocadura del valle. Vieron cómo el riachuelo contorneaba brutalmente, hacia la derecha, en un tumulto de torbellinos, una avanzada de la muralla y una playa cubierta de rocas. Al otro lado había un gran amasijo de rocas, maderos arrojados por las aguas, huesos, astas, cuernos y colmillos de toda índole. Algunos eran esqueletos de animales caídos de las estepas o de animales atrapados por la inundación y arrojados contra la muralla.

Ayla se moría de impaciencia. Se deslizó al suelo desde el lomo de Whinney y subió corriendo por un sendero, empinado y estrecho, hasta lo alto de la pared, que formaba una cornisa frente a una cavidad abierta en el acantilado. Estaba a punto de entrar a la carrera, pero se detuvo en el último momento. Allí había vivido sola; su supervivencia se debía a que nunca, ni por un momento, olvidaba estar alerta a cualquier peligro posible. No eran sólo los humanos los que usaban las cuevas. Pegándose a la pared exterior, se quitó la honda de la cabeza y se inclinó para recoger algunos guijarros.

Con mucha precaución, miró hacia el interior. Sus ojos sólo encontraron oscuridad, pero su nariz detectó un leve olor a leña quemada mucho tiempo antes y el olor a almizcle, un poco más reciente, de los glotones; pero tampoco era tan reciente. Traspasó la entrada de la cueva y dejó que su vista se acostumbrara a la penumbra.

Sentía la presión de las lágrimas que le colmaban los ojos y se esforzó vanamente

por contenerlas. Allí estaba su cueva, su casa. Todo era muy familiar; sin embargo, el sitio donde había vivido durante tanto tiempo parecía desierto y abandonado. La luz que entraba por el agujero superior le demostró que su olfato no se había equivocado; una inspección más atenta le arrancó una exclamación de horror. La cueva estaba en total desorden. Algún animal, quizá más de uno, había entrado allí y dejado por todas partes pruebas de su presencia. Había que averiguar la extensión del daño.

En aquel momento apareció Jondalar ante la entrada, seguido por Whinney y Corredor. La cueva había sido también la vivienda de la yegua y la única que Corredor conociera hasta la visita del Campamento del León.

—Parece que hemos tenido visita —dijo Jondalar, al reparar en la devastación—. ¡Esto es un desastre!

Ayla soltó un gran suspiro y se enjugó una lágrima.

—Será mejor que encienda el fuego y algunas antorchas para ver qué ha quedado. Pero primero descargaré a Whinney para que pueda descansar y pastar.

—¿Te parece conveniente dejarles así, en completa libertad? Corredor parecía con ganas de seguir a aquellos caballos. Tal vez fuera mejor atarlos —observó Jondalar, que tenía malos presentimientos.

—Whinney siempre ha gozado de libertad —respondió Ayla, algo escandalizada —, no puedo atarla; es amiga mía. Se queda a mi lado porque así lo desea. Cierta vez, cuando quiso un potro, se fue con una manada. La eché tanto de menos que no sé qué habría hecho de no ser por Bebé. Pero regresó. Se quedará y mientras ella esté aquí, tampoco se irá Corredor, al menos hasta que crezca. Bebé me abandonó. Corredor también podría hacer lo mismo, así como los hijos abandonan el hogar de la madre cuando crecen. Pero los caballos son diferentes de los leones. Creo que si se convierte en un amigo, como Whinney, se quedará.

Jondalar asintió.

—Está bien, los conoces mejor que yo —después de todo, Ayla era la experta, la única experta, en lo que concernía a los caballos—. ¿Qué te parece si yo hago fuego mientras tú la descargas?

Jondalar se acercó al sitio donde Ayla tenía siempre la leña y los elementos para encender el fuego, sin darse cuenta de lo familiar que se le había hecho la cueva en el breve verano pasado allí con ella. Mientras tanto, se preguntaba cómo hacer de Corredor un buen amigo. Aún no comprendía del todo cómo se comunicaba Ayla con Whinney para hacerla ir donde ella quisiera, cuando iban de excursión, ni por qué permanecía siempre cerca, aun teniendo libertad para marcharse. Tal vez no lo comprendería nunca, pero estaba dispuesto a intentarlo. Mientras tanto, no vendría mal tener a Corredor atado con una soga, al menos mientras viajaban por donde hubiera otros caballos.

Una revisión minuciosa de la cueva y su contenido les bastó para reconstruir la historia de lo ocurrido. Un glotón y una hiena habían estado en la cueva en diferentes momentos, pues sus huellas estaban entremezcladas; uno de ellos había vaciado por

completo un depósito de carne seca. Un cesto de cereales recogidos para Whinney y Corredor, que había quedado más o menos a la vista, estaba mordisqueado en varios puntos. A juzgar por las huellas, varios tipos de roedores pequeños —ratones de campo, pikas, ardillas, gerbos, hamsters gigantes— habían aprovechado ese regalo del cielo, del que apenas quedaba algún grano. Bajo un montón de heno encontraron un nido colmado de botín. Sin embargo, casi todos los cestos de granos, raíces y frutas secas, que estaban guardados en hoyos excavados en el suelo de la cueva o protegidos por rocas apiladas, habían sufrido mucho menor daño.

Ayla se alegró de que sus cueros blandos y sus pieles, curtidos en aquellos años, estuvieran guardados en un cesto resistente, bajo un montón de piedras. Aquella protección había resultado demasiado fuerte para las bestias, pero el sobrante de las ropas que Ayla había hecho para Jondalar y para sí, antes de la partida, estaba reducido a trizas. Otro montículo de piedras, que contenía, entre otras cosas, un recipiente de cuero crudo lleno de grasa, cuidadosamente almacenada en tripas de venado, había sido objeto de repetidos asaltos; una esquina estaba desgarrada por la acción de dientes y garras y uno de los embutidos había sido roto, pero el montículo había resistido.

Además de buscar la comida almacenada, los animales habían hurgado en otras zonas, derribando pilas de vasijas, hechas a mano, de madera pulida, y canastos o esterillas tejidos con sutiles diseños; habían defecado en varios sitios y provocado un desorden total por todas partes. Pero el daño en sí no era tanto como parecía a simple vista; la amplia farmacopea de Ayla, compuesta de hierbas medicinales desecadas y de remedios a base de plantas, estaba esencialmente intacta.

Hacia el anochecer, Ayla se sentía mucho mejor. La cueva estaba nuevamente limpia y en orden; tras comprobar que las pérdidas no eran tan grandes, habían cocinado y consumido una comida; después exploraron el valle para descubrir qué cambios se habían producido. Con fuego en el hogar, pieles extendidas sobre heno limpio en la depresión que Ayla utilizaba como cama y los caballos cómodamente instalados en su sitio, al otro lado de la entrada, Ayla pudo sentirse, por fin, a gusto.

—Me cuesta creer que he vuelto —dijo, sentada en una esterilla, frente al hogar —. Tengo la impresión de que he estado ausente mucho tiempo, pero no ha sido tanto realmente.

—No, no ha sido mucho.

—Tal vez me parece tanto por lo mucho que he aprendido. Me alegro de haberte acompañado, Jondalar, y de haber conocido a Talut y a los Mamutoi. ¿Sabes cuánto miedo tenía de encontrarme con los Otros?

—Sé que te preocupaba, pero estaba seguro de que si llegabas a conocerles, te gustarían.

—No era sólo miedo de encontrarme con la gente, sino de encontrarme con los Otros. Para el Clan eran eso. Aunque toda mi vida me habían repetido que nací entre ellos, aún me consideraba parte del Clan. Incluso después de la maldición, cuando

supe que no podría volver, los Otros me daban miedo. Fue peor cuando Whinney vino a vivir conmigo; no sabía qué hacer. Temía que no me permitieran quedarme con ella, que la mataran para comer. Y temía que no me permitieran cazar. No quería volver a vivir con gentes que me prohibieran hacer lo que me gustaba ni que me obligasen a hacer lo que no quería.

De pronto, el recuerdo de sus temores y ansiedades le llenó de inquietud y nerviosismo. Se levantó para acercarse a la boca de la cueva y apartó el pesado rompevientos. Afuera, en el saliente que formaba un amplio porche frente a la cueva, la noche era clara y fría. El duro brillo de las estrellas centelleaba en un cielo intensamente negro, con una luz tan cortante como el viento. Se frotó los brazos y se los ciñó al cuerpo, mientras caminaba hasta el extremo del saliente.

Cuando comenzaba a temblar, una piel le envolvió los hombros. Se dio la vuelta y se encontró frente a Jondalar. Éste la encerró en sus brazos y ella se acurrucó en su calor. Él se inclinó para besarla.

—Aquí hace frío —dijo—. Vuelve dentro.

Ella se dejó llevar, pero se detuvo tras el pesado cuero que le había servido de tienda desde el primer invierno.

—Ésta era mi tienda… No, no, la tienda de Creb —se corrigió—. Pero él no la usaba nunca. Yo sí, cuando me elegían para acompañar a los hombres a las cacerías a fin de que descuartizáramos las presas y ayudáramos a llevarlas. Pero la tienda no me pertenecía. Era de Creb. La traje conmigo al partir, pensando que a él no le habría molestado. No podía preguntárselo. Estaba muerto, pero, aun estando vivo, no me habría visto. Acababan de maldecirme —por su cara se deslizaban algunas lágrimas, pero parecía no darse cuenta—. Yo estaba muerta. Pero Durc me vio. Era demasiado pequeño para saber que, supuestamente, no debía verme —sollozaba de nuevo—. Oh, Jondalar, yo no quería dejarle. Pero tampoco podía llevármelo conmigo. No sabía qué iba a ser de mi vida.

Él no supo qué decir ni qué hacer; se limitó a abrazarla y dejarla llorar.

—Quiero volver a verle. Cada vez que veo a Rydag pienso en Durc. Ojalá estuviera aquí conmigo. Ojalá nos adoptaran a los dos los Mamutoi.

—Es tarde, Ayla. Estás cansada. Ven a acostarte —dijo Jondalar, conduciéndola hacia las pieles.

Pero se sentía intranquilo. Aquellos pensamientos estaban fuera de la realidad y no quería fomentarlos.

Ella se dejó guiar dócilmente. En silencio, su compañero le ayudó a quitarse las ropas. Luego la empujó suavemente hacia atrás y la cubrió con las pieles. Agregó leña al fuego y amontonó las brasas del hogar, para que duraran más tiempo, antes de desnudarse rápidamente y acostarse junto a ella. La rodeó con un brazo, mientras la besaba con ternura y suavidad, rozando apenas sus labios.

El efecto era placentero y provocó en ella una respuesta estremecida. Con el mismo contacto ligero, comenzó a besarle la cara: las mejillas, los ojos cerrados y

nuevamente los labios. Con una mano le echó hacia atrás la barbilla y la acarició de la misma forma el cuello y la nuca. Ayla se esforzó por permanecer quieta; en vez de sentir cosquillas, oleadas de exquisito fuego siguieron a esos contactos delicados, dispersando su humor melancólico.

Con la punta de los dedos siguió la curva de su hombro, la línea de su brazo. Después, lentamente, ascendió hasta la axila, lo que provocó en ella una sacudida que puso en tensión sus nervios. La experimentada mano que dibujaba las curvas de su cuerpo rozó de pasada un pezón que se endureció súbitamente por efecto del placer.

Jondalar no pudo resistir; se inclinó para aprisionar el pezón entre sus labios. Ella se apretó contra él. Sintió que estaba dispuesta. Percibió su olor femenino y sintió en sus ingles una creciente tensión casi dolorosa. No llegaba a saciarse nunca de ella y ella parecía estar siempre dispuesta a recibirle. Que él supiera, nunca le había rechazado. En cualquier circunstancia, dentro o fuera, bajo las cálidas pieles o sobre la tierra helada, allí estaba ella para él, no sólo aquiesciente, sino activa, con urgencias. Sólo durante su período lunar se mostraba a veces reticente, como incómoda. En esos casos, él respetaba sus deseos y dominaba sus impulsos.

En el momento en que su mano empezó a acariciar el muslo de la joven, sintió cómo se ofrecía a él; su deseo alcanzó una violencia tal que hubiera podido poseerla inmediatamente. Pero quería que el placer fuera largo y refinado. Quizá fuera aquélla la última vez durante el invierno en que se encontraran solos en un lugar seco y abrigado. Cierto que en la morada de los Mamutoi no se privaban de hacerlo, pero aquella soledad en pareja enriquecía los Placeres con un especial aliciente de libertad y de intensidad.

Refinó sus caricias y advirtió cómo la respiración de Ayla estallaba en gritos, en gemidos, y cómo se arqueaba todo su cuerpo. «¡Oh! Cómo la deseo… pero todavía no…».

Sus labios dejaron en libertad el pezón turgente, buscaron la boca, la besaron firmemente, la exploraron. Se paró un instante para dominarse un poco y se quedó mirando su cara hasta que abrió los ojos.

A plena luz, los ojos de Ayla eran de un gris azulado, como el sílex de buena calidad pero ahora, eran oscuros, tan inundados de amor y de deseo que sintió cómo el corazón se le encogía dolorosamente. Puso el dorso de su dedo índice sobre la mejilla de ella y, siguiendo la línea de su mandíbula, llegó hasta los labios.

No se cansaba de mirarla, de tocarla, como si quisiera grabar en su memoria todos sus rasgos. También ella levantó los ojos hacia los de Jondalar, de un azul tan brillante que se volvían de color violeta a la luz de las llamas, como si quisiera anegarse en ellos. Aun cuando lo quisiera, no podría negarse a él… y no lo quería.

La besó antes de dejar que su lengua corriera a lo largo de su garganta y hasta el surco que se abría entre sus senos. Aprisionó sus redondeces con las dos manos. Ayla gemía dulcemente; sus hombros y sus brazos estaban petrificándose. Cuando los labios avanzaron audazmente hacia abajo, hacia lo más secreto de su ser, se tendió

hacia él, gritó su deseo.

Las urgencias se acentuaban en él, pero, haciendo un esfuerzo supremo, se dominó una vez más y puso a contribución todo su arte de amar para besarla más íntimamente aún. Ella gritó su nombre y, finalmente, hecho todo él un temblor, la penetró. Se entregó a él con todo el ardor que él ponía en poseerla y ambos alcanzaron al mismo tiempo el paroxismo de su placer.

Estaban demasiado agotados para moverse. Jondalar seguía echado sobre Ayla; a ella siempre le gustaba, en momentos así, sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo. Respiraba en él su propio olor, que siempre le recordaba el ardor con el que había sido poseída y la causa de su deliciosa languidez. Seguía dominada aún por el arrebato de los Placeres. Jamás había imaginado que su cuerpo pudiera experimentar semejantes deleites. No había conocido más que una posesión degradante nacida del odio y del desprecio. Hasta la llegada de Jondalar ignoraba que pudiera existir otra cosa.

Finalmente se retiró, la besó en un seno y después en el ombligo y se levantó. Ella hizo lo mismo y puso más piedras a calentar en el fuego.

—¿Quieres llenar este cesto de agua, Jondalar? Creo que el odre grande está lleno —dijo, mientras se acercaba al rincón más alejado de la cueva, el que utilizaba cuando hacía demasiado frío para hacer sus necesidades afuera.

Al regresar retiró las piedras del fuego, tal como había aprendido de los Mamutoi, y las dejó caer en el agua del cesto impermeable. La roca siseó, desprendiendo vapor al contacto con el agua. Retiró las piedras para volverlas a colocar en el fuego, reemplazándolas por otras calientes.

Cuando el agua estuvo hirviendo, puso cierta cantidad en una vasija de madera, a la que agregó varias flores secas de saponaria, parecidas a las lilas. Un perfume penetrante inundó el aire; al sumergir un trozo de cuero, la solución de la planta saponífera hizo una leve espuma, que desaparecía sin necesidad de enjuague, dejando un aroma agradable. Él la observó mientras se lavaba la cara y el cuerpo, bebiendo la belleza de sus movimientos, lo que despertó en él el deseo de volver a empezar.

Dio a Jondalar un trozo de piel de conejo y le acercó la vasija. Era una costumbre que ella había inaugurado después de la llegada de Jondalar y que éste había adoptado. Mientras Jondalar se lavaba, Ayla inspeccionó nuevamente sus hierbas, feliz de tener a su disposición toda su provisión. Para preparar la infusión eligió distintas combinaciones para cada uno. Para sí misma comenzó con las raíces habituales para evitar el embarazo, aunque se preguntó por un momento si no debía dejar de tomarlas, para ver si se iniciaba un bebé en su interior. A pesar de las explicaciones de Jondalar, seguía convencida de que era el hombre y no su espíritu el que iniciaba la vida. Cualquiera que fuera la causa, la magia de Iza parecía dar resultado; la maldición femenina (o su lunación, como decía Jondalar) seguía presentándose regularmente. Sería bueno tener un bebé fruto de los Placeres compartidos con Jondalar, pero tal vez era mejor esperar. Si él decidía convertirse

también en Mamutoi, entonces, tal vez…

Iba a agregar a su poción una hierba para fortalecer el corazón y el aliento, buena también para la leche materna, pero se decidió por la salvia, que mantenía equilibrados los ciclos femeninos. Para la salud general y para dar más gusto, agregó trébol y brotes de rosal. En la infusión de Jondalar puso ginseng, para el equilibrio masculino, la energía y la resistencia, y añadió un tonificante y depurativo, y raíces de regaliz, pues le había visto fruncir el ceño, señal de preocupación y tensiones; para calmar los nervios agregó también una pizca de manzanilla.

Después de reacomodar las pieles, dio a Jondalar una taza de madera que ella había confeccionado y que a él le gustaba mucho. Algo ateridos, volvieron a la cama, terminaron la infusión y se acurrucaron juntos.

—Hueles bien, como las flores —dijo él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Tú también.

Él la besó con suavidad; luego más prolongadamente.

—La infusión estaba sabrosa. ¿Qué tenía? —preguntó, besándole el cuello.

—Sólo manzanilla y algunas cosas para que te sientas bien, fuerte y resistente. No sé los nombres de todas esas plantas.

Jondalar la besó con más ansias y ella respondió del mismo modo. Él se incorporó sobre un hombro y se quedó mirándola.

—¿Tienes una idea, Ayla, de lo asombrosa que eres? —ella sonrió sacudiendo la cabeza—. Cada vez que te deseo estás dispuesta. Nunca me rechazaste, aunque cuanto más te poseo, más te deseo.

—¿Y eso te asombra? ¿Que te desee tanto como tú a mí? Conoces mi cuerpo mejor que yo misma, Jondalar. Me has hecho sentir Placeres cuya existencia ignoraba. ¿Cómo no iba a entregarme a ti siempre que lo desees?

—Pero casi todas las mujeres pasan por momentos en que no están de humor o no les resulta apetecible hacer el amor. Cuando está escarchando en las estepas o en la húmeda ribera de un río, si la cama está a pocos pasos. Pero tú nunca me dices «no». Nunca me dices «espera».

Ella cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, tenía el ceño levemente fruncido.

—Así me criaron, Jondalar. Una mujer del Clan jamás dice que no. Cuando un hombre le hace la señal, esté donde esté, deja cuanto tenga entre manos para satisfacer sus necesidades. No importa qué hombre sea, aunque le resulte odioso, como lo era Broud para mí. Tú sólo me das alegría, Jondalar, nada más que placer. Me encanta que me desees, en cualquier momento, en cualquier lugar. Si me quieres poseer, no habrá momento en que no esté disponible para ti. Te deseo siempre. Te amo.

Él la estrechó bruscamente, con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—¡Ayla, Ayla! —exclamó, en un susurro ronco, con la cabeza escondida en el cuello femenino—. Pensé que jamás me enamoraría. A mi alrededor todo el mundo encontraba una mujer para aparearse, para formar un hogar, una familia. Yo no hacía

sino envejecer. Hasta Thonolan encontró a una mujer durante el Viaje. Por eso nos quedamos con los Sharamudoi. Yo conocí a muchas mujeres, muchas me gustaron, pero siempre faltaba algo. Pensé que era culpa mía, que la Madre no me permitía enamorarme. Creí que ése era mi castigo.

—¿Tu castigo? ¿Por qué? —preguntó Ayla.

—Por…, por algo que pasó hace mucho tiempo.

Ella no insistió. Eso también formaba parte de su crianza. Entre las personas que hablaban con gestos y expresiones, no resultaba posible mentir. Todo se interpretaba con demasiada facilidad, pues el lenguaje del cuerpo lo denunciaba. Pero siempre era posible no mencionar aquello que uno deseaba ocultar. Aunque hasta eso se adivinaba, habitualmente estaba permitido, para bien de la intimidad y como muestra de cortesía.

Capítulo 15

Una voz le llamaba: la voz de su madre, desde la lejanía, titubeante a través de un viento caprichoso. Jondalar se hallaba en su hogar, pero su hogar le parecía extraño: familiar y desconocido a un tiempo. Alargó la mano hacia el lado. ¡El lugar estaba vacío! Lleno de pánico, se incorporó de un brinco, totalmente despierto.

Al mirar en derredor reconoció la cueva de Ayla. El rompevientos de la entrada estaba suelto por un extremo y se agitaba a impulsos de las ráfagas heladas, pero el sol penetraba a raudales por la entrada y el agujero superior. Se puso rápidamente los calzones y la túnica. Un momento después descubría que, junto al fuego, humeaba una taza de caldo; a un lado encontró una ramita recién cortada, desprovista de su corteza.

Sonrió. «¿Cómo se las arregla?», se preguntó. «¿Cómo hace Ayla para tener la infusión caliente esperándome al despertar?». Cuando menos allí, en su cueva, no fallaba nunca. En el Campamento del León, donde siempre sucedía algo, las comidas se compartían. Él tomaba una infusión matinal en el Hogar del León o bien en el primer hogar, en donde se cocinaba, al menos con tanta frecuencia como en el Hogar del Mamut, y generalmente le acompañaba alguien. En estas ocasiones no podría decir si Ayla tenía o no lista la infusión cuando él despertaba, pero, al pensarlo mejor, descubrió que sí. No era costumbre de la muchacha hacer de ello algo especial. La taza estaba allí, como tantas otras cosas que preparaba para él, sin que fuera necesario pedírselas.

Jondalar cogió la taza y tomó un sorbo. Tenía menta; ella sabía que le gustaba la menta por las mañanas; también un poco de manzanilla y algo más que no identificó. La bebida tenía un tinte rojizo; ¿brotes de rosa, tal vez?

«Qué fácil es volver a las viejas costumbres», pensó. Se había convertido en un juego eso de adivinar lo que Ayla ponía en la infusión de la mañana. Tomó la ramita y mascó el extremo antes de salir, para emplearlo como cepillo para limpiarse los dientes. Se enjuagó la boca con un sorbo de infusión y lo escupió desde el borde hacia el saliente, donde se detuvo para orinar, pensativo, observando el arco líquido humeante.

El viento no era fuerte; el sol de la mañana, reflejado en las rocas claras, daba una impresión de calor. Avanzó por el suelo desigual hasta el límite de la balconada y dirigió su mirada hacia el riachuelo que corría allá abajo. Los bordes se estaban congelando, pero la corriente era aún veloz en el meandro que la desviaba, a cierta distancia, de su curso normal hacia el sur para llevarla hacia el este antes de dejarla que recuperara su orientación primitiva. A la izquierda, el apacible valle se extendía a lo largo del río. Whinney y Corredor pastaban a poca distancia. Hacia la derecha, en cambio, el paisaje era muy diferente. Más allá del montón de huesos, al pie de la muralla y tras la playa rocosa, las altas paredes de piedra se estrechaban sobre el río, formando una profunda garganta. Recordó que una vez había nadado contra la

corriente, hasta el pie de una tumultuosa cascada.

Ayla apareció de repente por la empinada cuesta.

—¿Adónde has ido? —preguntó él, sonriendo.

Dio algunos pasos más y su pregunta halló respuesta sin necesidad de palabras. Ayla llevaba dos perdices de las nieves, gordas y casi blancas, colgando de las patas emplumadas.

—Estaba ahí, donde estás tú, y las vi en la pradera —dijo, mostrándoselas—; se me ocurrió que sería agradable comer carne fresca, para variar. Tengo el fuego encendido en el hoyo de cocinar, allá en la playa. Voy a desplumarlas y en cuanto terminemos de desayunar, las cocinaré. Ah, he encontrado otra piedra de fuego. Aquí la tienes.

—¿Hay muchas en la playa? —preguntó él.

—No tantas como antes, quizá. A ésta tuve que buscarla.

—Más tarde bajaré a ver si encuentro algunas más.

Ayla entró para terminar de preparar el desayuno, que consistía en cereales cocinados con una variedad de arándanos que ella había encontrado en los arbustos ya sin follaje. Los pájaros no habían dejado muchos; tuvo que emplearse a fondo para reunir unos puñados, pero estaba complacida con su hallazgo.

—¡Era eso! —exclamó Jondalar, acabando otra taza de infusión—. ¡Pusiste arándanos en la infusión! Menta, manzanilla y arándanos.

Ella asintió con una sonrisa y el joven quedó muy satisfecho por haber resuelto el pequeño enigma.

Tras el desayuno, ambos bajaron a la playa. Mientras Ayla preparaba las aves para asarlas en el horno de piedra, Jondalar inició la búsqueda de los pequeños nódulos de pirita ferrosa. Aún estaba buscando cuando Ayla volvió a la cueva. También halló unos trozos de pedernal, de buen tamaño, que puso a un lado. Al promediar la mañana ya había acumulado un pequeño montón de piedras de fuego, pero ya estaba aburrido de rebuscar por aquel lecho rocoso. Entonces rodeó el saliente de la muralla. Al ver a la yegua con su potrillo a cierta distancia, echó a andar en aquella dirección.

Al acercarse notó que ambos miraban hacia la estepa. En la cima de la cuesta había varios caballos que les observaban. Corredor dio algunos pasos hacia la manada salvaje, con el cuello arqueado y el hocico tembloroso. Jondalar reaccionó sin pensar.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! —gritó, corriendo hacia los caballos salvajes con los brazos en alto.

Los caballos, asustados, dieron un salto atrás y emprendieron la huida, entre relinchos y resoplidos. El último, un semental de color pajizo, se lanzó a la carga en dirección al hombre, pero después de alzarse de manos, como a manera de advertencia, partió al galope tras los otros.

Jondalar volvió hacia Whinney y Corredor. Ambos estaban nerviosos. También ellos se habían sobresaltado, percibiendo el pánico de la manada. El joven dio unas palmaditas a Whinney y rodeó con un brazo el cuello de Corredor.

—No es nada, pequeño —dijo—. No quería asustarte, pero tampoco quise que ellos te llevaran antes de que nos hiciéramos buenos amigos —rascó con afecto la cabeza del animal—. Imagínate lo que ha de ser montar un semental como ése, el amarillo. Seguramente sería rebelde, pero tampoco se dejaría rascar así, ¿verdad? ¿Qué debo hacer para que me dejes subir sobre tu lomo y vayas adonde yo quiera? ¿Por dónde comenzar? ¿Convendría intentarlo ahora o esperar algún tiempo más? Todavía no estás del todo desarrollado, pero no te falta mucho. Será mejor que se lo pregunte a Ayla. Ella ha de saberlo. Whinney parece entenderse siempre con ella. Me gustaría saber si tú y yo llegaremos a entendernos, Corredor.

Cuando, por fin, Jondalar echó a andar hacia la cueva, Corredor le siguió, dándole juguetones cabezazos y hociqueándole la mano, cosa que agradó mucho al hombre. Al parecer, el potrillo también quería entablar amistad. Le siguió hasta la cueva y entró con él.

—Ayla, ¿tienes algo que pueda dar a Corredor? ¿Un poco de cereal, por ejemplo?

La muchacha estaba sentada cerca de la cama, rodeada por una buena variedad de objetos.

—¿Por qué no le das algunas de esas manzanitas que he puesto en ese cuenco grande? Las he examinado y algunas están magulladas.

Jondalar tomó un puñado de las pequeñas frutas, redondas y ácidas, para dárselas a Corredor, de una en una. Después de darle algunas palmaditas más, trató de acercarse a Ayla, pero el amistoso animal no se apartó de él.

—¡Saca a Corredor de aquí, Jondalar! ¡Podría romper algo!

Al girar en redondo, tropezó con el potrillo.

—Basta ya, Corredor —dijo, volviendo con él al otro lado de la cueva, donde solían permanecer los caballos. Pero, al menor ademán de apartarse, el animal volvía a seguirle. En un segundo intento no tuvo mejor suerte—. Ahora que nos hemos hecho tan amigos, ¿cómo hago para quitármelo de encima?

Ayla había estado observando la escena y sonriendo.

—Intenta poner un poco de agua en su cuenco o un puñado de cereal en su comedero.

Jondalar hizo ambas cosas y consiguió, por fin, distraerle. Entonces se acercó a Ayla, vigilando cuidadosamente su espalda para asegurarse de que el potrillo no le seguía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Trato de decidir lo que llevaré conmigo y lo que dejaré en la cueva —explicó ella—. En tu opinión, ¿qué podría darle a Tulie en la ceremonia de adopción? Debe ser algo especialmente bonito.

Jondalar miraba las cosas que Ayla había fabricado para mantenerse ocupada durante las largas noches y los interminables inviernos pasados a solas en la cueva. Durante su estancia en el Clan ya habían elogiado su habilidad, la calidad de sus labores, y en los años vividos en el valle tuvo poco más que hacer. Por eso dedicaba a

cada proyecto mucho tiempo y una atención especial. Los resultados lo demostraban.

El joven tomó un cuenco de entre una pila. Era engañosamente sencillo, de forma casi perfectamente circular, hecho con un solo trozo de madera. La terminación era tan suave que parecía vivo. Ella le había explicado su modo de hacerlos. El procedimiento era, esencialmente, el que él ya conocía; la diferencia estaba en el cuidado y la atención prestada a los detalles. En primer lugar, le daba la forma aproximada desvaratando la pieza con una azulea de piedra; después la perfeccionaba con un cuchillo de pedernal. Utilizando una piedra redondeada y arena, pulía la madera por dentro y por fuera, hasta que apenas pudiera percibirse prácticamente ninguna desigualdad, y lo terminaba con helecho cola de caballo.

Sus canastos, fueran de trama abierta o impermeables, tenían la misma simplicidad y belleza. No utilizaba colores ni tinturas, pero lograba una textura interesante cambiando el estilo de la trama y empleando fibras de distinta coloración natural. Las esterillas para el suelo mostraban las mismas características. Las sogas y los cordeles de nervios y corteza, cualquiera que fuera su tamaño, resultaban parejos y uniformes, así como las largas correas, cortadas en espiral de una sola pieza de cuero.

Las pieles con las que elaboraba el cuero eran suaves y blandas, pero lo que más impresionaba a Jondalar eran las pieles curtidas con pelo. No era difícil dar flexibilidad a la piel de ante raspando el granulado tanto por el lado del pelo como por el interior, pero las pieles resultaban generalmente más rígidas cuando se dejaba el pelo. Las de Ayla no sólo eran espléndidas por la cara exterior, sino de una suavidad aterciopelada por su cara interior.

—¿Qué piensas regalar a Nezzie? —preguntó Jondalar.

—Comida, como esas manzanas, por ejemplo, y recipientes para guardarlas.

—Es una buena idea. Y en cuanto a Tulie, ¿qué pensabas darle?

—Como está muy orgullosa de los cueros que prepara Deegie, no creo que sea apropiado regalarle otros. Y no quiero darle alimentos, como a Nezzie. Nada práctico. Es la Mujer Que Manda. Debería ser algo especial para que lo luzca en las grandes ocasiones, como ámbar o conchas, pero no tengo nada de eso.

—Claro que tienes —observó Jondalar.

—Se me ocurrió regalarle el ámbar que encontré, pero es una señal de mi tótem. No puedo ponerla en otras manos.

—No me refería al ámbar. Probablemente ha de tener mucho. Dale una piel. Fue lo primero que mencionó.

—Pero también debe tener muchas pieles.

—Pero no tan bellas como las tuyas, Ayla. Nunca en mi vida había visto algo así. Estoy seguro de que ella tampoco. Es decir: yo vi una, hecha por una cab…, por una mujer del Clan.

Hacia el atardecer, Ayla había tomado algunas decisiones difíciles, y el trabajo acumulado en varios años estaba distribuido en dos montoncitos. El más grande quedaría abandonado allí junto con la cueva y el valle. El más pequeño era el que llevaría consigo…, así como sus recuerdos.

Fue una tarea larga, cansada, torturante a veces, que la dejó agotada. Y ese estado de ánimo contagió a Jondalar, quien se sorprendió pensando en su hogar, su pasado y su vida como no lo hacía desde muchos años atrás. Su mente se obstinaba en vagar por recuerdos dolorosos, que creía olvidados, que desearía borrar de su memoria. Se preguntó por qué volvían en aquel momento.

La cena fue una comida silenciosa. Entre comentarios esporádicos, hacían profundos silencios, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Las aves están deliciosas, como de costumbre —comentó Jondalar.

—Así le gustaban a Creb.

No era la primera vez que mencionaba este detalle. Aún costaba creer que hubiera aprendido tanto de aquellos cabezas chatas. Sin embargo, bien pensado, ¿por qué no podían cocinar como cualquiera?

—Mi madre es buena cocinera. A ella también le gustarían.

Jondalar estaba pensando mucho en su madre, en los últimos tiempos, se dijo Ayla. Aquella mañana, según confesó él mismo, se había despertado soñando con ella.

—Cuando yo era pequeño, le gustaba preparar comidas especiales…, siempre que no estuviera atareada con los asuntos de la Caverna.

—¿Los asuntos de la Caverna?

—Ella era la jefa de la Novena Caverna.

—Ya me lo habías dicho, pero nunca comprendí. ¿Era como Tulie, quieres decir? ¿Una Mujer Que Manda?

—Algo así, pero no había ningún Talut, y la Novena Caverna es mucho más grande que el Campamento del León; sus habitantes son más. —Jondalar hizo una pausa y cerró los ojos para concentrarse—. Quizá hasta cuatro personas contra una.

Ayla trató de calcular cuántas serían, pero resolvió averiguarlo más tarde, con marcas en el suelo. ¿Cómo era posible que vivieran tantas personas juntas? Casi componían una Reunión del Clan.

—En el Clan ninguna mujer podía ser jefe —comentó.

—Marthona llegó a jefa a la muerte de Joconnan. Según me dijo Zelandoni, formaba parte de la jefatura a tal punto que, al morir Joconnan, todos se volvieron a ella. Mi hermano Joharran nació en el hogar de él. Ahora es el jefe, pero Marthona sigue siendo su consejera…, al menos cuando yo partí.

Ayla frunció el ceño. Él le había hablado ya anteriormente de su familia, sin que ella llegara a comprender todas las relaciones de parentesco.

—¿Tu madre era pareja de…, cómo has dicho? ¿Joconnan, dijiste?

—Sí.

—Pero tú siempre hablas de Dalanar.

—Porque yo nací en el hogar de él.

—Entonces tu madre también era pareja de Dalanar.

—Sí. Ya era la Mujer Que Manda cuando se aparearon. Estaban muy unidos; aún se cuentan historias sobre Marthona y Dalanar y se cantan canciones tristes sobre su amor. Zelandoni me contó que se querían demasiado. Dalanar no quería compartirla con la Caverna. Llegó a odiar el tiempo que ella dedicaba a las tareas de la jefatura, pero Marthona sentía la responsabilidad sobre sí. Por fin cortaron el nudo y él se marchó. Más adelante, Marthona estableció otro hogar con Willomar; entonces dio a luz a Thonolan y a Folara. Dalanar viajó al nordeste, descubrió una mina de pedernal y conoció a Jerika; allí fundó la Primera Caverna de los Lanzadonii.

Guardó silencio durante un rato. Como parecía sentir la necesidad de hablar sobre su familia, Ayla le escuchaba, aun cuando estaba repitiendo cosas que ya le había contado. Ella se levantó para llenar las tazas con los restos de la infusión y echó leña al fuego; después se sentó sobre las pieles, en un extremo de la cama, y contemplando la luz parpadeante que arrojaba sombras sobre el rostro pensativo de Jondalar.

—¿Qué significa Lanzadonii? —preguntó.

Jondalar sonrió.

—Significa simplemente… pueblo…, hijos de Doni…, hijos de la Gran Madre Tierra, que viven en el nordeste, para ser exacto.

—Tú viviste allí, ¿verdad? Con Dalanar.

Él cerró los ojos. Apretaba los dientes con tanta fuerza que los músculos de su mandíbula se crisparon; en su frente se formaron surcos de dolor. Ayla le había visto con esta expresión otras veces y quedó intrigada. Ya durante el verano la había hablado de este período de su vida, pero sus recuerdos le trastornaban y ella sabía muy bien que se refugiaba en la reserva. Ella sintió en el aire una gran tensión, que se iba acumulando sobre Jondalar, como cuando la tierra se hincha antes de estallar desde las grandes profundidades.

—Sí. Pasé allí tres años —Jondalar se incorporó de un súbito brinco, derramando su infusión, y se alejó hacia la parte trasera de la cueva—. ¡Oh, Madre, fue terrible!

Puso un brazo sobre la pared rocosa y apoyó en él la cabeza, en la oscuridad, tratando de dominarse. Luego volvió sobre sus pasos, la vista fija en el lugar donde se había derramado la infusión, e hincó una rodilla para recoger la taza. La hizo girar entre las manos, contemplando el fuego.

—¿Tan horrible era vivir con Dalanar? —preguntó Ayla, por fin.

—¿Vivir con Dalanar? No —parecía sorprendido ante la pregunta—. No era esto lo horrible. Él se alegró de verme. Me dio cordialmente la bienvenida y me enseñó el oficio, al mismo tiempo que a Joplaya. Me trataba como a un adulto… y nunca dijo una palabra sobre el asunto.

—¿Qué asunto?

Jondalar aspiró profundamente.

—El motivo por el que me enviaron allá —dijo, con la vista clavada en la taza.

Al acentuarse el silencio, la respiración de los caballos inundó la cueva; el chisporroteo del fuego rebotaba contra los muros de piedra. Jondalar dejó la taza y se levantó.

—Siempre fui física y moralmente mayor que la edad que tenía —recorría arriba y abajo a grandes pasos el espacio despejado, alrededor del fuego—. Maduré joven. Sólo tenía once años cuando se me apareció la donii por primera vez, en un sueño…, y tenía la cara de Zolena.

Otra vez ese nombre. La mujer que tanto representaba para él. La había mencionado anteriomente, pero sólo de pasada, con evidente inquietud. Ayla no comprendía por qué le angustiaba tanto.

—Todos los hombres jóvenes la querían para mujer-donii; todos querían que ella les iniciara. Se esperaba de ellos que la desearan o que desearan a otra como ella —giró en redondo para situarte frente a Ayla—. ¡Pero no que la amaran! ¿Sabes lo que significa enamorarse de tu mujer-donii?

Ayla sacudió la cabeza.

—Ella debe enseñarte, ayudarte a comprender el Gran Don de la Madre, a fin de prepararte para cuando te llegue el turno de convertir a una joven en mujer. De todas las mujeres se espera que actúen como mujeres-donii al menos una vez, cuando son mayores, así como todos los hombres pueden compartir los Primeros Ritos de una joven por lo menos una vez. Es un deber sagrado en honor de Doni —bajó la vista—. Pero una mujer-donii representa a la Gran Madre; no puedes enamorarte de ella y quererla como pareja —volvió a mirarla—. ¿Comprendes eso? Está prohibido. ¡Es como enamorarte de tu madre, como desear aparearte con tu propia hermana! Perdona, Ayla, ¡es algo así como querer aparearse con una cabeza chata!

En unas cuantas zancadas alcanzó la entrada de la cueva. Apartó el rompevientos, pero de pronto dejó caer los hombros y retrocedió, como si hubiera cambiado de idea. Se sentó junto a ella y miró a lo lejos.

—Yo tenía doce años y Zolena era mi mujer-donii y yo la amaba. Ella me amaba también. Al principio fue sólo porque ella sabía exactamente cómo complacerme, pero después hubo más. Con ella podía hablar de cualquier cosa; nos gustaba estar juntos. Ella me enseñó cómo son las mujeres, lo que despierta su placer. Y yo aprendí bien la lección porque la amaba y deseaba complacerla. Me encantaba darle gusto. No era nuestra intención enamorarnos; al principio ni siquiera nos lo dijimos. Más adelante tratamos de guardar el secreto. Pero yo la quería como pareja. Quería vivir con ella, quería que sus hijos fueran los hijos de mi hogar.

Parpadeó y Ayla percibió un brillo húmedo en las comisuras de los ojos, que miraban fijamente las llamas.

—Zolena no hacía más que repetirme que yo era demasiado joven, que se me

pasaría. Casi todos los hombres cumplen los quince años, cuando menos, antes de buscar pareja en serio. Yo no me sentía demasiado joven, pero mis deseos no importaban. No podía aparearme con ella. Era mi mujer-donii, mi consejera, mi maestra; ella no debía dejar que yo me enamorara de ella. La censuraron a ella más que a mí, pero eso lo empeoró todo. ¡No la habrían culpado de nada de no haber sido por mi estupidez!

Las últimas palabras las había literalmente escupido.

—Había otros hombres que la deseaban persistentemente. Tanto si ella los deseaba como si no. Uno, en especial, se pasaba la vida molestándola: Ladroman. Ella había sido su mujer-donii algunos años antes. Supongo que no se le puede criticar que la deseara, pero ella ya no sentía interés alguno por él. Comenzó a seguirnos, a vigilarnos. Una vez nos descubrió juntos y la amenazó. Dijo que, si ella no le acompañaba, contaría a todo el mundo lo nuestro.

»Ella trató de tomárselo a risa; le dijo entonces que hiciera lo que quisiera, pues no había nada criticable en ello ya que era mi mujer-donii. Yo habría debido imitarla, pero cuando aquel hombre se burló de nosotros, repitiendo palabras que nos habíamos dicho en privado, me enojé. No, no fue un simple enojo; perdí los estribos y me enfurecí. Le golpeé.

Jondalar golpeó la tierra con el puño una otra y vez.

—No podía parar de pegarle. Zolena trató de detenerme, pero tuvo que buscar a otra persona para que nos separara. Fue una suerte que obrara así. De lo contrario, creo que le habría matado.

Jondalar se levantó, volviendo a caminar arriba y abajo.

—Entonces se descubrió todo. Los más sórdidos detalles. Ladroman lo contó en público, delante de todo el mundo. Me molestó descubrir que nos observaba desde hacía mucho tiempo, que lo había oído todo. Zolena y yo fuimos interrogados… —el simple recuerdo le hizo ruborizarse— Nos condenaron a los dos, pero lo peor, para mí, fue que la consideraran responsable a ella. Y para colmo de males, era el hijo de mi madre, la jefa de la Novena Caverna. La había deshonrado. Toda la Novena Caverna estaba soliviantada.

—¿Qué hizo tu madre? —preguntó Ayla.

—Lo que debía hacer. Ladroman estaba malherido. Había perdido varios dientes. Eso le dificultaba la masticación, y a las mujeres no les gustan los hombres desdentados. Mi madre tuvo que pagar una fuerte multa por mí, a manera de indemnización. Como la madre de Ladroman insistiera, accedió a enviarme lejos.

Se interrumpió y cerró los ojos, tenía la frente surcada de arrugas por el efecto del doloroso recuerdo.

—Esa noche lloré —era evidente que admitirlo le resultaba difícil—. No sabía adónde me enviarían. Ignoraba si mi madre había enviado un mensajero para que preguntara a Dalanar si estaba dispuesto a recibirme.

Tomó aliento y continuó:

—Zolena se marchó antes que yo. Siempre se había sentido atraída por los Zelandonii y se fue para unirse a Los Que Sirven a la Madre. Yo también pensé en hacer lo mismo, tal vez como tallista, pues por entonces creía tener algún talento para ello. Pero llegaron noticias de Dalanar, y antes de que me diera cuenta, Willomar me llevaba a los Lanzadonii. En realidad, yo no conocía a Dalanar. Él se fue cuando yo era aún pequeño; sólo nos veíamos en las Reuniones de Verano. No sabía qué me esperaba, pero Marthona había hecho lo correcto.

Jondalar se interrumpió nuevamente y se acurrucó cerca del fuego. Luego tomó una rama partida, seca y quebradiza, para echarla a las llamas.

—Hasta mi partida, la gente me esquivaba, me colmaba de injurias. Algunos apartaban de mí a sus hijos, para que no se vieran expuestos a mi mala influencia, como si pudieran corromperse con sólo mirarme. Sé que lo merecía, que había hecho algo terrible, y sentía deseos de morir.

Ayla esperaba, limitándose a observarle en silencio. No comprendía del todo las costumbres a que se refería, pero sufría por él, con una simpatía derivada de su propio dolor. También ella había quebrantado tabúes, pagando sus severas consecuencias, pero había aprovechado la lección. Tal vez porque era diferente desde un comienzo, había aprendido a preguntarse si lo que había hecho era realmente malo. Así llegó a comprender que cazar no tenía nada de malo, ya fuera con honda, con lanza o con cualquier otra arma, simplemente porque el Clan creyera que las mujeres no debían cazar, y no se odió por haberse opuesto a Broud contraviniendo todas las tradiciones.

—Jondalar —dijo, compadeciéndole al verle con la cabeza gacha, derrotado y lleno de remordimientos—. Hiciste algo terrible al castigar tan duramente a aquel hombre…

Él hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—… Pero ¿qué hubo de malo entre tú y Zolena?

Él levantó la vista, sorprendido por la pregunta. Esperaba de ella desprecio, sarcasmo, el mismo desdén que sentía por sí mismo.

—¿No comprendes? Zolena era mi mujer-donii. Deshonramos a la Madre, la ofendimos. Fue algo vergonzoso.

—¿Por qué? Todavía no sé qué hicisteis de malo.

—Ayla, cuando una mujer asume ese aspecto de la Madre para iniciar a un hombre joven, acepta una responsabilidad importante. Le está preparando para la virilidad, para que sea un hacedor de mujeres. Doni ha dictaminado que sea responsabilidad del hombre abrir a la mujer, prepararla para aceptar los espíritus de la Gran Madre Tierra, a fin de que pueda convertirse en madre. Es un deber sagrado. No se trata de una relación común y corriente, que cualquiera pueda mantener en cualquier momento. No se la puede tomar a la ligera.

—¿Tú la tomaste a la ligera?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿dónde estuvo el mal?

—Profané un rito sagrado. Me enamoré.

—Te enamoraste. Y Zolena también. ¿Qué tiene eso de malo? ¿No te inundaba de calor y te sentías a gusto con esos sentimientos? Tú no lo planeaste. Ocurrió, eso es todo. ¿No es natural enamorarse de una mujer?

—Pero no de aquella mujer. No comprendes —protestó Jondalar.

—Es cierto, no comprendo. Broud me forzó. Era cruel y odioso; era precisamente eso lo que le proporcionaba placer. Después tú me enseñaste lo que debían ser los Placeres: indoloros, agradables y satisfactorios. Amarte me colmaba de calor y me hacía sentirme feliz también a mí. Pensé que el amor siempre hacía sentir así. Y ahora me dices que puede ser malo amar a alguien, que puede causar gran dolor.

Jondalar echó al fuego otro poco de leña, preguntándose cómo podría hacer que lo entendiera. Se puede amar a la madre, pero sin desear aparearse con ella. Y no se puede desear que la propia mujer-donii tenga los hijos del hogar de uno. No sabía qué decir, pero el silencio estaba cargado de tensión.

—¿Por qué dejaste a Dalanar para volver? —preguntó Ayla, al cabo de un rato.

—Mi madre mandó buscarme… No, había más que esto. Yo quería retornar. Por muy bueno que Dalanar fuera para conmigo, por mucho que me gustaran Jerika y Joplaya, mi prima, ya no me sentía a gusto, aquél no era mi hogar. No estaba seguro de que algún día pudiera regresar. Estaba muy preocupado, pero deseaba hacerlo. Juré no volver a perder nunca más el dominio de mí mismo.

—¿Y te alegraste de volver?

—Ya no era lo mismo, pero al cabo de pocos días me sentí mejor de lo que esperaba. La familia de Ladroman había abandonado la Novena Caverna. Como no estaba allí para recordar el asunto a los demás, los otros lo olvidaron. No sé qué habría hecho yo si él hubiera estado allí. Ya era bastante desagradable verle en las Reuniones de Verano. Siempre que le veía me acordaba de mi desafortunada acción. Cuando también Zolena retornó, algo después, hubo muchas murmuraciones al principio. Yo tenía miedo de verla otra vez, pero al mismo tiempo lo deseaba. No podía evitarlo, Ayla, aun después de todo lo ocurrido. Creo que todavía la amaba.

Su mirada suplicaba comprensión. Volvió a levantarse y a caminar.

—Pero ella había cambiado mucho. Ya ocupaba un rango superior entre los Zelandonii. Era en realidad La Que Sirve a la Madre. Al principio me resistí a creerlo. Quería ver hasta qué punto había cambiado, si aún sentía algo por mí. Quería estar a solas con ella y tracé planes para conseguirlo. Esperé al siguiente festival en honor de la Madre. Ella debió de haberlo adivinado, pues trató de evitarme, pero más tarde cambió de idea. Al día siguiente había algunos escandalizados, aunque en un festival era completamente correcto compartir Placeres con ella —lanzó un resoplido de desdén—. No tenían por qué preocuparse. Ella me dijo que aún me tenía cariño, que deseaba lo mejor para mí, pero que no era igual. En realidad ya no me deseaba.

Con amarga ironía, prosiguió:

—La verdad, según creo, es que todavía me quiere. Ahora somos buenos amigos,

pero Zolena sabía lo que quería… y lo consiguió. Ya no se llama Zolena. Antes de que yo iniciara mi Viaje se convirtió en Zelandoni: la Primera entre Las Que Sirven a la Madre. Poco después partí con Thonolan. Creo que fue por eso por lo que quise irme.

Se acercó otra vez a la entrada y se detuvo a contemplar el exterior, por encima del rompevientos. Ayla se levantó para acercarse a él. Con los ojos cerrados, sintiendo el viento en la cara, escuchó la respiración regular de Whinney y la de Corredor, más nerviosa. Jondalar aspiró profundamente. Luego fue a sentarse sobre una esterilla, junto al fuego, pero sin hacer ademán alguno de echarse a dormir. Ayla le siguió y puso agua en un cesto de cocinar, mientras las piedras se calentaban al fuego. Él no parecía aún dispuesto a acostarse. No había terminado.

—Lo mejor de mi retorno fue encontrarme con Thonolan —dijo, prosiguiendo su relato—. Había crecido en mi ausencia. A partir de entonces nos hicimos amigos y comenzamos a realizar muchas cosas juntos.

Jondalar se interrumpió, con el rostro transido de dolor. Ayla recordó lo penosa que había sido para él la muerte de su hermano. Él se dejó caer a su lado, con los hombros abatidos, exhausto. Ella no sabría decir qué le había llevado a hablar del pasado, pero intuía que la tensión había estado acumulándose en él.

—Ayla…, cuando regresemos, ¿crees poder hallar… el sitio en donde Thonolan… murió? —preguntó Jondalar, volviendo hacia ella sus ojos inundados y su voz entrecortada.

—No estoy segura, pero podemos intentarlo. —Ayla agregó algunas piedras calientes y recogió algunas hierbas sedantes.

De pronto recordó todo el miedo y toda la preocupación que sintió la primera noche que él pasó en su cueva: no estaba segura de que pudiera sobrevivir. Había llamado a su hermano, y Ayla, aun sin comprender las palabras, sabía que estaba preguntando por el hombre muerto. Cuando, por fin, ella consiguió hacerle comprender lo que había pasado, él desahogó su terrible dolor entre sus brazos.

—Aquella primera noche, ¿sabes cuánto tiempo hacía que no lloraba? —preguntó. Ella se sobresaltó: se diría que había adivinado sus pensamientos, pero era evidente que acababa de referirse a Thonolan—. Desde entonces, desde que mi madre me dijo que debía marcharme. ¿Por qué tuvo que morir, Ayla? —agregó, con voz tensa y suplicante—. Thonolan era menor que yo. No debió haber muerto tan joven. No pude soportar la idea de que se había ido. Cuando comencé a llorar, mi llanto parecía no tener fin. No sé qué habría hecho sin ti, Ayla. Nunca te lo dije; creo que me daba vergüenza…, vergüenza de haber perdido el control otra vez.

—No es vergonzoso llorar, Jondalar…, ni amar.

Él apartó la vista.

—¿Eso crees? —Su voz tenía un dejo de autodesprecio—. ¿Ni siquiera cuando lo haces en tu propio beneficio, perjudicando a otros?

Ayla frunció el ceño, desconcertada. Él se volvió hacia el fuego.

—El verano siguiente a mi retorno se me eligió, en la Reunión de Verano, para los Primeros Ritos. Yo estaba preocupado, como la mayoría de los hombres. Uno tiene miedo de hacer daño a la mujer, y yo no soy menudo. Siempre hay testigos para verificar que la muchacha ha sido abierta, pero también para asegurarse de que no se le ha hecho daño. Uno tiene miedo de no poder demostrar su virilidad, de que sea preciso buscar a otro hombre en el último momento, lo que le cubriría a uno de vergüenza. Pueden ocurrir muchas cosas. Pero debo estar agradecido a la Zelandoni —su risa sonó cáustica—. Hizo exactamente lo que debe hacer una mujer-donii. Me aconsejó… y dio resultado.

»Pero esa noche yo pensaba en Zolena, no en la Zelandoni. Después vi a aquella jovencita asustada y me di cuenta de que tenía mucho más miedo que yo mismo. Y se asustó más aún cuando me vio desnudo. A muchas les pasa eso la primera vez. Pero recordé lo que Zolena me había enseñado: cómo prepararla, cómo dominarme, como darle Placeres. Resultó maravilloso verla transformarse de una muchachita intimidada y nerviosa en una mujer receptiva y bien dispuesta. Se mostró tan agradecida y cariñosa… Esa noche sentí que la amaba.

Cerró los ojos, con ese gesto de dolor que Ayla había visto con tanta frecuencia en los últimos tiempos. Luego volvió a levantarse de un salto y volvió a caminar por la cueva.

—¡No aprendo nunca! Al día siguiente comprendí que, en verdad, no la amaba… ¡Pero ella estaba enamorada de mí! No debía enamorarse de mí. Así como yo no debía enamorarme de mi mujer-donii. Yo tenía que hacerla mujer, enseñarle lo que eran los Placeres, pero no enamorarla. Traté de no herir sus sentimientos, pero cuando logré hacérselo comprender, me di cuenta de que la había desilusionado.

Se detuvo frente a ella, casi gritando:

—¡Es un acto sagrado hacer de una niña una mujer, Ayla! Un deber, una responsabilidad, ¡y yo había vuelto a profanarlo! —Echó a andar otra vez—. Y no fue la última vez. Me dije que no volvería a hacerlo, pero en la segunda oportunidad ocurrió lo mismo. Decidí no aceptar jamás ese papel, pues no lo merecía. Pero volvieron a elegirme y no pude negarme. Lo deseaba. Me elegían con frecuencia, y yo comencé a esperar esas ocasiones con ansias; me encantaban los sentimientos de amor de esa noche, aunque al día siguiente me detestara por haber utilizado a esas jóvenes y al rito de la Madre en beneficio propio.

Se detuvo cogido a uno de los postes que sostenían el secadero de hierbas y miró fijamente a Ayla.

—Al cabo de un par de años me di cuenta de que algo andaba mal y comprendí que la Madre me estaba castigando. Los hombres de mi edad iban encontrando compañeras; se establecían y mostraban con orgullo a los hijos de sus hogares. Yo, en cambio, no encontraba a ninguna mujer a la que pudiera amar de esa manera. Conocía a muchas, gozaba de su compañía y de sus Placeres, pero sólo me enamoraba cuando no debía hacerlo: durante los Primeros Ritos… y sólo por esa

noche.

Dejó caer la cabeza. Se la hizo levantar una suave risa que le sorprendió.

—Oh, Jondalar, pero si te has enamorado. Me amas, ¿verdad? ¿No comprendes? El castigo no era tal. Me estabas esperando. Te dije que mi tótem te trajo a mí. Tal vez también la Doni. Pero has tenido que cubrir un largo camino. Has tenido que esperar. Si te hubieras enamorado antes, jamás habrías venido. Jamás me habrías encontrado.

«¿Será verdad?», se preguntó Jondalar. Deseaba creerlo así. Por primera vez desde hacía años sintió aligerarse la carga de su espíritu. Una luz de esperanza cruzó su rostro.

—¿Y Zolena, mi mujer-donii?

—No creo que haya estado mal amarla, pero aun si eso iba en contra de vuestras costumbres, sufriste un castigo, Jondalar. Te alejaron del hogar. Eso ya ha pasado. No tienes por qué seguir recordando y castigándote.

—Pero las jóvenes, en los Primeros Ritos, que…

La expresión de Ayla se tornó severa.

—¿Sabes, Jondalar, lo horrible que es verse forzada la primera vez? ¿Sabes lo que es odiar y verse obligada a soportar algo que no es un Placer, sino un horrible y repugnante dolor? Tal vez no hubieras debido enamorarte de esas mujeres, pero para ellas ha de haber sido maravilloso que las trataras con suavidad, experimentar los Placeres que tan bien sabes dar y sentirse amadas en esa primera vez. Si les diste siquiera un poco de lo que me das a mí, les dejaste un bello recuerdo para atesorarlo durante el resto de su vida. ¡Oh, Jondalar, no les hiciste ningún daño! Hiciste siempre lo correcto. ¿Por qué crees que te elegían con tanta frecuencia?

Jondalar comenzó a liberarse de la carga de vergüenza y autodesprecio que durante tanto tiempo llevara profundamente sepultada en él. Empezaba a pensar que tal vez su vida tenía un sentido y una finalidad las dolorosas experiencias de su niñez. En la catarsis de la confesión, comprendió que sus actos no habían sido, tal vez, tan desdeñables como él pensaba, que tal vez era digno… Y quiso sentirse digno de verdad.

Pero era difícil deshacerse de aquella carga emocional que había soportado durante tanto tiempo. Sí, finalmente había encontrado una mujer a la que amar. Ella era lo que siempre había deseado. ¿Pero si la llevaba consigo y ella descubría que había sido criada por cabezas chatas? O peor aún, ¿que tenía un hijo de espíritus mezclados, un monstruo? ¿Se vería cubierto de lodo por haber introducido entre los suyos a semejante mujer? De sólo pensarlo le subieron los colores a la cara.

¿Sería honrado exponerla a ello? ¿Si la rechazaban cubriéndola de insultos? ¿Y si él no la defendía, si dejaba que se comportaran así? Se estremeció. No, jamás permitiría que la trataran de esa forma. La amaba. Pero ¿y si no tenía valor para hacerlo? Pero ¿por qué fue a Ayla a la que tuvo que encontrar y amar? La explicación que ella daba era demasiado simple. No era fácil descartar su creencia de que la Gran

Madre le estaba castigando por su sacrilegio. Tal vez Ayla tuviera razón, tal vez Doni le había llevado hasta ella. ¿Y no era un castigo, en sí, que esa hermosa mujer amada no fuera más aceptable para su pueblo que la primera de la que se había enamorado? ¿No era una ironía de la suerte haberse enamorado de una paria, madre de una abominación?

Pero los Mamutoi tenían creencias similares y no la rechazaban. El Campamento del León iba a adoptarla, aun sabiendo que había sido criada por los cabezas chatas. Hasta habían admitido a un niño de espíritus mezclados. Tal vez no convenía que la llevara a su propio hogar. Ella podía ser más feliz entre los Mamutoi. Tal vez también él debiera quedarse. Permitir que Tulie le adoptara. Frunció la frente. Pero él no era Mamutoi, era Zelandonii. Los Mamutoi eran buena gente, de costumbres similares, pero no eran su pueblo. Aun así, ¿qué podía ofrecer a Ayla allí? No tenía relaciones, ni familia, ni parientes entre aquella gente. ¿Y qué podía ofrecerla si se la llevaba a su hogar?

Atormentado por tantas ideas encontradas, de pronto se sintió exhausto. Ayla vio cómo la expresión de su rostro se apagaba y sus hombros se hundían.

—Es tarde, Jondalar, bebe un poco de esto y acostémonos —dijo Ayla entregándole una taza.

Él asintió. Después de beber la infusión caliente, se quitó la ropa y desapareció entre las pieles. Ayla se tendió a su lado, observándole, hasta que se alisaron las arrugas de su frente y su respiración se tornó regular. Para ella, empero, el sueño tardó más en llegar. La inquietud de Jondalar la preocupaba. Era una suerte que le hubiera contado tantas cosas de su juventud. Llevaba tiempo convencida de que algunos recuerdos le causaban gran angustia; tal vez la conversación le había aliviado, pero algo seguía molestándole. No le había dicho todo, y esa reserva provocaba en la muchacha una profunda inquietud.

Permaneció despierta, tratando de no perturbarle, mientras seguían esperando que llegara el sueño. ¿Cuántas noches había pasado a solas en esta cueva sin poder dormir? De pronto se acordó del manto. Salió silenciosamente de la cama y revolvió entre sus pertenencias hasta encontrar una suave pieza de cuero, que se acercó a la mejilla. Era una de las pocas cosas que había traído consigo, sacada de entre los escombros de la cueva, al marcharse del Clan. La había usado para llevar a Durc cuando era bebé y para sostenerle en su cadera un poco más adelante. No sabía por qué la conservaba. No era necesaria. Sin embargo, más de una vez, estando sola, se había mecido abrazada a ella hasta conciliar el sueño. Pero no desde que Jondalar estaba con ella.

Formó una bola con el viejo cuero, la apretó contra su pecho y se acurrucó contra él. Luego cerró los ojos y se quedó dormida.

—Es demasiado, aun con los travesaños y los cestos de carga que lleva Whinney.

¡Necesito dos caballos para llevarme todo esto! —se lamentaba Ayla, contemplando el montón de hatillos que deseaba llevar consigo—. Tendré que dejar otras cosas, pero ya las he revisado tantas veces que no sé qué más puedo dejar.

Miró en derredor, tratando de encontrar una solución a su dilema. La cueva parecía desierta. Todo lo útil que no llevaría consigo estaba guardado en agujeros y montículos de piedra, por si algún día deseaban volver a buscarlo, aunque no parecía que fuera a suceder. Lo que quedaba a la vista era sólo un montón de desechos. Hasta el secadero de hierbas estaba vacío.

—Ya tienes dos caballos. Es una lástima que no puedas emplearlos a ambos —observó Jondalar, contemplando a los dos animales, que comían su ración de heno junto a la entrada.

Ayla quedó pensativa. Aquel comentario le había dado una buena idea.

—Sigo pensando en Corredor como en un potrillo, pero está casi tan grande como Whinney. Tal vez pueda llevar una pequeña carga.

Jondalar manifestó un interés inmediato.

—Me estaba preguntando cuándo estaría lo bastante crecido como para hacer alguna de las cosas que hace Whinney y cómo le enseñarías a hacerlas. ¿Cuándo montaste a Whinney por primera vez? ¿Y cómo se te ocurrió la idea?

Ayla sonrió.

—Un día estaba corriendo con ella, lamentándome de no poder igualar su velocidad, y de pronto se me ocurrió. Al principio se asustó un poco y echó a correr, pero ya me conocía. Se detuvo cuando se cansó; no parecía estar molesta. ¡Fue maravilloso! ¡Tenía la sensación de que corría como el viento!

Jondalar la miraba. Al recordar aquella primera cabalgada, sus ojos centelleaban, su aliento se hizo anhelante. También él había sentido lo mismo la primera vez que Ayla le permitiera montar a Whinney y ahora compartía su excitación. De pronto sintió un súbito deseo de aquella mujer. Siempre le sorprendía la facilidad con que se le despertaban sus deseos hacia ella. Pero Ayla no pensaba más que en Corredor.

—¿Cuánto tardaríamos en acostumbrarle a llevar algo? Yo monté a Whinney antes de que se me ocurriera echarle una carga, de modo que no me costó mucho. Pero si empezara con una carga pequeña, tal vez resultaría más fácil hacerle aceptar a continuación un jinete. Veamos si encuentro algo con qué practicar.

Revolvió el montón de desechos, retirando pieles, algunos cestos, rocas que había utilizado para alisar cuencos o elaborar utensilios y los palos con que había llevado la cuenta de los días pasados en el valle.

Se detuvo un momento, con un palo en la mano, y puso un dedo sobre cada una de las primeras marcas, como le había enseñado Creb tanto tiempo antes. Tragó saliva al recordar al mago. Jondalar había utilizado esas marcas para confirmar el tiempo que ella había pasado allí y para ayudarle a aprender las palabras que él utilizaba para contar los años de su vida. Por entonces, a principios de verano, tenía diecisiete; al final del invierno o en la primavera, agregaría otro. Él había dicho que

tenía veinte años y uno más, agregando que era viejo. Había iniciado su Viaje tres años antes, al tiempo que ella abandonaba el Clan.

Lo recogió todo y se encaminó hacia fuera, llamando con su silbido a Whinney y a Corredor. Ambos pasaron un rato acariciando y rascando al potrillo. Luego Ayla cogió un cuero curtido; dejó que el animal lo olfateara y lo mascara un poco y le frotó con él. Por fin se lo puso en el lomo, colgando. Corredor aferró un extremo con los dientes y se lo quitó, pero se lo entregó a Ayla para jugar otra vez. Ella volvió a cruzárselo sobre el lomo. Después lo hizo Jondalar, mientras Ayla buscaba una correa larga y preparaba algo. Todavía le colocaron el cuero sobre el lomo varias veces más y dejaron que se lo quitara con los dientes. Whinney relinchó, observando con interés la escena y también ella recibió un poco de atención.

Por fin, cuando le tocó a ella la vez, Ayla sujetó el cuero con una larga correa por debajo del vientre. Esta vez, cuando Corredor trató de quitárselo con los dientes, no le fue tan fácil. Al principio aquello no le gustó, coceó para deshacerse de él, pero luego dio con un extremo suelto y comenzó a tirar con los dientes hasta quitárselo por debajo de la correa. Después buscó el nudo y forcejeó con la dentadura hasta desatarlo. Entonces recogió el cuero y lo dejó caer a los pies de Ayla, para hacer lo mismo con la correa. La muchacha y su compañero se echaron a reír, mientras el caballito correteaba con la cabeza erguida, muy satisfecho de sí mismo.

En la siguiente oportunidad, Corredor dejó que Jondalar le atara el cuero al lomo y caminó con él puesto un rato, antes de jugar a quitárselo. Para entonces parecía estar perdiendo el interés. Cuando Ayla volvió a atárselo, él lo dejó estar, mientras recibía sus caricias y sus mimos. Por fin Ayla cogió el dispositivo de adiestramiento que acababa de idear: dos cestos atados de modo tal que pendieran a ambos lados, con algunas piedras para añadir peso y dos palos salientes, como los extremos delanteros de los travesaños de una angarilla.

Cuando lo puso sobre el lomo de Corredor, el potrillo echó las orejas hacia atrás y volvió la cabeza para ver qué era aquello. No estaba habituado a sentir un peso en el lomo, pero sí a experimentar algunas presiones, puesto que muchas veces se le habían recostado contra el cuerpo. La experiencia no le era totalmente desconocida, pero lo más importante era que confiaba en la mujer, al igual que en su madre. Ayla le dejó los cestos en su sitio, mientras le daba palmaditas, rascándole y hablándole. Después se los quitó, junto con el cuero y la correa. El caballo volvió a olfatearlos y dejó de prestarles atención.

—Tal vez tengamos que quedarnos aquí un día o dos para acostumbrarle; volveré a repetir todo esto, pero creo que dará resultado —dijo Ayla, radiante de placer, mientras volvían a la cueva—. Tal vez no lleve una carga sobre travesaños, como Whinney, pero creo que podrá cargar algunas cosas en el lomo.

—Sólo espero que el buen tiempo se mantenga algunos días más.

—Si no utilizamos a Whinney para montar, Jondalar, podemos colocarle encima un fardo de heno. Lo he atado bien —gritó Ayla, llamando al hombre que buscaba por última vez piedras de fuego en el lecho rocoso.

También los caballos estaban abajo. Whinney, preparada con los travesaños y los cestos, además de un bulto cubierto con cuero en la grupa, esperaba con paciencia. Corredor se mostraba más nervioso por los cestos que pendían a sus flancos y la pequeña carga atada a su lomo. Todavía no estaba habituado a llevar pesos, pero el caballo de la estepa era un animal fuerte y resistente, habituado a vivir a la intemperie y de excepcional potencia muscular.

—Si llevas grano para ellos, ¿para qué quieres el heno? Allá hay más pasto del que puedan comer todos los caballos del mundo.

—Pero cuando nieva mucho o, peor aún, cuando se forma hielo en la superficie, les cuesta arrancarlo. Y el exceso de cereal hace que se hinchen. Conviene tener una provisión de heno para varios días. En el invierno, los caballos pueden morir de hambre.

—Tú no dejarías pasar hambre a esos caballos aunque tuvieras que romper el hielo y cortar la hierba con tus propias manos, Ayla —rió Jondalar—. Pero montar o caminar me da lo mismo —su sonrisa desapareció al levantar la vista hacia el claro cielo azul—. Con la carga que llevan los caballos, tardaremos bastante más que al venir.

Jondalar inició el duro ascenso hacia la cueva, llevando otras tres de aquellas piedras, de aspecto tan insignificante. Al llegar a la entrada, encontró a Ayla allí, con lágrimas en los ojos. Depositó las piritas en un saco, cerca de su mochila, y se detuvo junto a ella.

—Éste era mi hogar —dijo la muchacha, sobrecogida por lo definitivo de su pérdida—. Era mi propio nido. Mi tótem me trajo hasta aquí, dándome una señal —alargó la mano hacia el saquito de cuero que llevaba colgando del cuello—. Me sentía solitaria, pero aquí hacía mi voluntad, lo que era preciso. Ahora el Espíritu del León Cavernario quiere que me vaya —levantó la vista hacia su alto compañero—. ¿Crees que volveremos alguna vez?

—No —respondió él. Su voz tenía una sonoridad hueca. Estaba mirando la pequeña cueva, pero veía otro sitio, en otro tiempo—. Incluso cuando vuelves a un mismo lugar, ya no es el mismo.

—Entonces, ¿por qué quieres retornar ahora, Jondalar? ¿Por qué no te quedas y te conviertes en Mamutoi?

—No puedo. Es difícil de explicar. Sé que no será lo mismo, pero los Zelandonii son mi pueblo. Quiero mostrarles las piedras de fuego. Quiero enseñarles a cazar con el lanzavenablos. Quiero que vean lo que se puede hacer con el pedernal después de calentarlo. Son cosas importantes, que pueden resultar muy beneficiosas, y yo deseo

llevarlas a mi pueblo —clavó la vista en el suelo y bajó la voz—. Quiero que, al mirarme, me consideren digno de ellos.

Ayla estudió aquellos ojos expresivos y preocupados, lamentando no poder borrar el dolor que en ellos veía.

—¿Tan importante es lo que piensen? ¿No es más importante que tú mismo sepas quién eres?

Entonces recordó que el León Cavernario era también el tótem de Jondalar, que él había sido elegido por el poderoso Espíritu de este animal lo mismo que ella. Sabía que no era fácil vivir con un tótem poderoso, que las pruebas eran difíciles; pero los dones, el conocimiento que de ellas se derivaba, siempre valían la pena. Creb le había dicho que el Gran León Cavernario nunca elegía a nadie que no fuera digno.

En vez de emplear las mochilas de los Mamutoi, pequeñas y para un solo hombro, escogieron los pesados zurrones de viaje, como el que había traído Jondalar, diseñados para llevarlos a la espalda, con correas sobre los dos hombros. Era preciso asegurarse de que se pudieran poner y quitar las capuchas de las pellizas. Ayla había agregado otra correa que cruzaba sobre la frente, para asegurar mejor la carga, aunque prefería usar su honda para ese cometido. Dentro llevaban los alimentos, el material para encender fuego, la tienda y las pieles de dormir.

Jondalar llevaba también dos nódulos de pedernal, de buen tamaño, cuidadosamente seleccionados entre los varios que había encontrado en el lecho rocoso del río y un saco lleno de piedras de fuego. Además, cada uno de ellos llevaba lanzas y propulsores. Ayla había puesto varios guijarros escogidos en un saco y, bajo su pelliza, atada a una correa sujeta a su túnica, su bolsa de medicinas.

El heno, con el que Ayla había formado un fardo redondo, iba atado a la yegua. Examinó a ambos caballos con aire crítico, sus patas, su postura y sus movimientos, para asegurarse de que no estuvieran sobrecargados. Después de echar una última mirada al empinado sendero, iniciaron el descenso del largo valle. Whinney seguía a Ayla; Jondalar llevaba a Corredor de una soga. Cruzaron el pequeño río cerca de las piedras salientes. Ayla estuvo a punto de retirar parte de la carga que llevaba Whinney para facilitarle el ascenso de la cuesta pedregosa, pero la fuerte yegua lo efectuó sin mayores dificultades.

Una vez en las estepas del oeste, Ayla tomó un camino diferente del que habían seguido a la ida. Se equivocó en un giro y tuvieron que retroceder, hasta que descubrió el camino que estaba buscando. Por fin llegaron a un cañón sin salida, sembrado de enormes cantos rodados, que habían sido desgajados de las paredes graníticas por el corte afilado de la escarcha, el calor y el tiempo. Observando a Whinney por si diera señales de nerviosismo (el cañón había sido, en otros tiempos, morada de leones cavernarios), se adentraron hacia la pendiente cubierta de grava suelta que lo cerraba.

Cuando Ayla encontró a los dos hermanos, Thonolan ya había muerto y Jondalar estaba gravemente herido. Exceptuando una súplica al Espíritu de su León

Cavernario, para que guiara al difunto al otro mundo, no había tenido tiempo de llevar a cabo los ritos de inhumación, pero no podía dejar el cadáver expuesto a los animales de presa. Después de arrastrarlo hasta un extremo, utilizó su pesada lanza para mover una roca que sostenía una acumulación de piedras sueltas. Mientras el pequeño alud sepultaba al modo del Clan el cuerpo ensangrentado y sin vida de aquel hombre al que no conocía y jamás podría conocer, sintió pena por él: era un hombre como ella, un hombre de los Otros…

Jondalar se detuvo al pie del montículo, buscando el modo de localizar la sepultura de su hermano. Tal vez Doni ya había encontrado a Thonolan, puesto que le había llamado a sí tan prematuramente. Pero él sabía que la Zelandoni trataría de hallar el sitio donde descansaba el espíritu de Thonolan para guiarlo, si era posible. ¿Cómo decirle dónde estaba este sitio si ni siquiera habría podido encontrarlo por sí mismo?

—Jondalar… —musitó Ayla. Jondalar notó que tenía un saquito de cuero en la mano—. Me has dicho que el espíritu de Thonolan debería retornar a Doni. No conozco el modo de actuar de la Gran Madre Tierra, sólo sé de los espíritus totémicos del Clan. Pedí a mi León Cavernario que le guiara hasta su mundo. Tal vez sea el mismo lugar, o tal vez tu Gran Madre conoce ese sitio, pero el León Cavernario es un tótem poderoso; tu hermano no carece de protección.

—Gracias, Ayla. Sé que hiciste lo que estaba en tu mano.

—Tal vez tú no comprendes, así como yo no comprendo a Doni, pero el León Cavernario también es tu tótem ahora. Él te eligió, así como me eligió a mí, y te marcó igual que a mí.

—No es la primera vez que me lo dices, pero no estoy seguro de comprender lo que eso significa.

—Tuvo que elegirte, puesto que te condujo hasta mí. Sólo un hombre con un tótem de León Cavernario es lo bastante fuerte para una mujer con un tótem de León Cavernario. Pero hay algo más que debes saber. Creb siempre me dijo que no era fácil vivir con un tótem poderoso. Su Espíritu te pone a prueba para saber si eres digno. Es muy duro, pero ganas más de lo que piensas —le tendió el saquito—. He hecho un amuleto para ti. No es necesario que lo lleves colgado al cuello, como yo, pero deberías llevarlo contigo. He puesto en él un trozo de ocre rojo, para que tenga un pedazo de tu espíritu y un pedazo de tu tótem, pero creo que tu amuleto debería contener algo más.

Jondalar frunció el ceño. No quería ofenderla, pero no estaba seguro de querer llevar aquel amuleto de un tótem del Clan.

—Creo que deberías coger un guijarro de la tumba de tu hermano. Un poco de su espíritu permanecerá en él y podrás llevarlo a tu pueblo.

Surcos de consternación se dibujaron sobre la frente del joven, pero se desvanecieron súbitamente. ¡Por supuesto! Eso podía ayudar a la Zelandoni en la búsqueda de este sitio, en estado de trance. Tal vez los tótems del Clan tenían más

importancia de lo que él había pensado. Después de todo, ¿acaso Doni no había creado los espíritus totémicos de todos los animales?

—¿Cómo sabes exactamente lo que debes hacer, Ayla? ¿Cómo pudiste aprender tanto allí donde te criaste? Sí, guardaré tu amuleto y pondré en él un guijarro de esta tumba.

Contempló la grava, hecha de pequeñas piedras sueltas, y de aristas cortantes, que se acumulaba al pie de la muralla en su equilibrio inestable. Había sido formada por las mismas fuerzas que habían desprendido losas y bloques de la pared vertical del cañón. De pronto, una piedra cedió a la cósmica fuerza de la gravedad y rodó por aquel pedregal hasta los pies de Jondalar. Él la recogió.

A primera vista parecía ser igual que todos los demás inocuos fragmentos de granito quebrado y de rocas sedimentarias. Sin embargo, al darle la vuelta, se llevó la sorpresa de ver una opalescencia brillante allí donde se había quebrado la piedra. Desde el centro de la lechosa piedra blanca fulgían luces de un rojo vivo; vetas reverberantes de azules y verdes danzaron y centellearon al sol, según él la moviera hacia uno u otro lado.

—Mira esto, Ayla —dijo, mostrándole el fragmento de ópalo—. Viéndolo por el dorso, no la distinguirías de una piedra común, pero mira aquí, donde se rompió. Los colores parecen provenir de muy adentro, y son muy luminosos. Parece viva.

—Tal vez lo está. O tal vez sea un trozo del espíritu de tu hermano —fue la respuesta.

Capítulo 16

Un remolino de aire frío se enroscó bajo el borde de la tienda; un brazo desnudo desapareció rápidamente bajo las pieles. El viento silbaba por la solapa que cerraba la abertura. Una arruga de preocupación surcó una frente dormida. Otra ráfaga agitó la solapa, haciéndola restallar, y abrió paso al viento ululante. Ayla y Jondalar despertaron sobresaltados. El joven ató el extremo suelto, pero el viento, que había aumentado sin cesar durante la noche, les perturbó el sueño con sus jadeos y gruñidos, aullando en torno del pequeño refugio de cuero.

Por la mañana tuvieron que forcejear contra las ráfagas para plegar la tienda. Recogieron sus avíos a toda prisa, sin molestarse en encender fuego. Se limitaron a beber agua fría de un arroyo helado y comieron alimentos secos. El viento cesó al promediar la mañana, pero reinaba en la atmósfera cierta tensión, como si lo peor estuviera por venir.

Cuando se reinició el viento, alrededor del mediodía, Ayla detectó en el aire un olor nuevo, casi metálico, que era más ausencia de olores que sensación en sí. Olfateó el ambiente, girando la cabeza en todas direcciones para evaluar la situación.

—Este viento trae nieve —gritó, para hacerse oír en medio del rugido constante —. La estoy oliendo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jondalar.

Pero el viento se llevó las palabras. Ayla las comprendió más por los movimientos de los labios que por haberlas oído, y se detuvo hasta que su compañero la alcanzó.

—Estoy olfateando una nevada. Tenemos que hallar refugio antes de que llegue —dijo Ayla, escrutando la vasta llanura con ojos preocupados—. Pero ¿dónde podemos protegernos por aquí?

Jondalar, igualmente ansioso, estudió la estepa desnuda. Entonces recordó el arroyo casi congelado junto al cual habían acampado la noche anterior. No lo habían cruzado; por muchos meandros que tuviera, aún debía estar a la izquierda. Forzó la vista a través del polvo levantado por el viento, pero no se veía nada con claridad. Al azar, se volvió hacia la izquierda.

—Tratemos de hallar ese riachuelo —sugirió—. En la ribera habrá árboles o barrancos que ofrezcan alguna protección.

Ayla asintió y le siguió. Whinney tampoco pareció oponerse.

La sutil cualidad que la mujer había percibido en el aire e interpretado como olor a nieve no la había engañado. No pasó mucho tiempo cuando un polvo blancuzco se arremolinaba con diseños caprichosos, dando una forma más definida al viento. Pronto dio paso a copos más grandes, que dificultaron aún más la visión.

Pero cuando Jondalar creyó ver un contorno de formas vagas delante de ellos y se detuvo para tratar de identificarlas, Whinney apretó el paso; todos siguieron su ejemplo. Unos árboles bajos, inclinados, y algunos matorrales marcaban la orilla del arroyo. El hombre y la mujer podrían haberse agazapado bajo ellos, pero la yegua

continuó marchando corriente abajo hasta llegar a un recodo, donde el agua había cavado un barranco de suelo endurecido. Whinney instó a su potrillo a tenderse junto al saliente, que rompía la fuerza del viento, y permaneció del lado exterior para protegerle.

Ayla y Jondalar se apresuraron a retirar las cargas de los animales y levantaron la pequeña tienda, casi entre las patas de la yegua. Después se arrastraron al interior para esperar el fin de la tormenta.

Aun al socaire del barranco, la tormenta amenazaba con arrebatar aquel precario refugio. El rugiente vendaval soplaba desde todos los lados al mismo tiempo, como decidido a penetrar de algún modo. Con frecuencia lo conseguía. Las ráfagas de viento se filtraban por debajo de los bordes, se colaban por los agujeros, en el punto donde el cortavientos se unía a la tienda y donde la solapa del orificio de los humos no ajustaba bien. A veces iban acompañadas de nieve. La pareja se metió bajo las pieles para conservar el calor. Conversaron. Incidentes de la niñez, relatos, leyendas, personas conocidas, costumbres, ideas, sueños, esperanzas: al parecer nunca se les acababan los temas de conversación. Al llegar la noche compartieron Placeres. Después se quedaron dormidos.

En algún momento, en medio de la oscuridad, el viento interrumpió sus ataques contra la tienda.

Ayla se despertó. Con los ojos abiertos, permaneció tendida, mirando la oscuridad y tratando de dominar su pánico creciente. No se sentía bien, le dolía la cabeza; aquel silencio sofocado parecía pesar en el aire viciado de la tienda. Algo andaba mal, sin que ella supiera qué. Percibió cierta familiaridad en la situación, una especie de recuerdo, como si la hubiera vivido anteriormente, pero no del todo. Era como un peligro que ella hubiera debido reconocer, pero ¿cuál? De pronto, sin poder soportarlo más, se incorporó y retiró las abrigadas pieles que cubrían al hombre tendido a su lado.

—¡Jondalar, Jondalar! —llamó, sacudiéndole.

No hacía falta. Él había despertado al incorporarse ella.

—¿Qué pasa, Ayla?

—No sé. ¡Algo anda mal!

—No veo que pase nada —observó él. Sin embargo, era obvio que algo tenía a Ayla muy preocupada. Por lo común, ella conservaba la calma y el dominio de sí, aun frente a un peligro inminente. No había animal de presa que provocara expresión tan aterrorizada en sus ojos—. ¿Por qué crees que pasa algo malo?

—He tenido un sueño. Estaba en un sitio oscuro, más oscuro que la noche, y me ahogaba, Jondalar. ¡No podía respirar!

El rostro del joven adquirió la expresión preocupada que le era familiar, en tanto estudiaba la tienda una vez más. No era habitual en Ayla manifestar tanto miedo; tal

vez algo andaba mal. La tienda estaba oscura, pero no tanto; se filtraba una débil luz. Nada parecía estar fuera de lugar; el viento no había desgarrado nada ni soltado las cuerdas. Más aún, ni siquiera se le oía soplar. No había movimiento alguno. La quietud era total…

Echó las pieles a un lado y gateó hasta la entrada para desatar la solapa de la tienda, con lo que puso al descubierto una pared de nieve blanda, que se metió en el interior sólo para dejar a la vista otra pared igual detrás de la cavidad.

—¡Estamos sepultados, Jondalar! ¡Estamos sepultados en la nieve!

Los ojos de Ayla se agrandaron, llenos de terror; su voz se quebraba bajo la tensión por dominarse. Jondalar la estrechó contra sí.

—Está bien, Ayla. No pasa nada —murmuró, nada convencido de lo que estaba diciendo.

—¡Está muy oscuro! ¡No puedo respirar!

Su voz sonaba extraña, remota, como si viniera desde muy lejos. Había quedado paralizada entre sus brazos. Él la depositó sobre las pieles; notó que tenía los ojos cerrados, aunque seguía exclamando, con la misma voz misteriosa, distante, que estaba oscuro y que no podía respirar. El hombre, desconcertado, sintió un poco de miedo, por él y por ella. Estaba ocurriendo algo extraño, que nada tenía que ver con aquella manta de nieve; algo igualmente terrorífico.

Reparó en su mochila, que estaba cerca de la abertura, cubierta en parte por la nieve, y se quedó mirándola fijamente un segundo. De pronto se arrastró hasta ella. Después de retirar la nieve, buscó una lanza. Erguido sobre las rodillas, desató la cubierta que protegía el agujero para el humo, abierto cerca del centro, e introdujo por él el extremo romo de la lanza, empujando hacia arriba. Sobre las pieles de dormir cayó un bloque blanco, pero el pequeño reducto se inundó de sol y aire fresco.

El cambio de Ayla fue inmediato. Se relajó visiblemente y no tardó en abrir los ojos.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—He atravesado la nieve con una lanza, por el agujero para el humo. Tendremos que salir cavando, pero tal vez la capa no sea tan alta como parece —la miró con atención, preocupado—. ¿Qué te ha pasado, Ayla? Me tenías inquieto. Repetías que no podías respirar. Creía que te ibas a desmayar.

—No sé. Tal vez fue por falta de aire.

—Creo que no era para tanto. A mí no me costaba tanto respirar. Y parecías muy asustada. No recuerdo haberte visto nunca tan asustada.

Ayla se sentía incómoda por ese interrogatorio. Se sentía extraña y algo mareada; creyó haber tenido un sueño desagradable, pero no encontró explicación alguna.

—Cierta vez, cuando tuve que abandonar el clan de Brun, la nieve cubrió la abertura de la pequeña cueva en donde me había refugiado. Desperté en la oscuridad y el aire estaba viciado. Tal vez fue por eso.

—Quizá tuviste miedo de que volviera a ocurrir lo mismo —dijo Jondalar.

Pero, sin saber por qué, no llegaba a creerlo. Ayla tampoco.

El gigantesco pelirrojo aún estaba fuera, trabajando, aunque el crepúsculo se desvanecía rápidamente en oscuridad. Fue el primero en ver la extraña procesión que iniciaba el descenso de la cuesta. En primer término venía la mujer, avanzando pesadamente por la nieve profunda, seguida por una yegua, que traía la cabeza gacha por el agotamiento; llevaba una carga en el lomo y arrastraba otra carga sobre unos travesaños. El potrillo, que también transportaba sus bultos, iba guiado por una soga, tras el hombre que seguía a la yegua. Para él era más fácil la marcha, pues la nieve ya había sido apisonada por quienes iban delante, si bien Jondalar y Ayla se habían turnado, relevándose para darse mutuamente descanso.

—¡Nezzie! ¡Han vuelto! —gritó Talut, saliéndoles al encuentro.

Apisonó la nieve para ayudar a Ayla en los últimos tramos del camino y les condujo no a la entrada familiar, en la parte frontal, sino al centro de la casa larga. Para sorpresa de los recién llegados, durante su ausencia se había agregado otra construcción a la estructura anterior. Era parecida al vestíbulo de entrada, pero más grande, o tal vez sólo parecía más amplia porque estaba vacía y sin terminar del todo. Desde allí se abría otra entrada, directamente al Hogar del Mamut.

—Esto es para los caballos, Ayla —anunció Talut, cuando estuvieron dentro. La aturdida incredulidad de la muchacha le provocó una sonrisa de satisfacción—. Después de la última tormenta de viento me di cuenta de que el cobertizo no sería suficiente. Ya que tú y tus caballos vais a vivir con nosotros, debíamos hacer algo más resistente. ¡Creo que debe llamarse el «Hogar de los Caballos»!

Los ojos de Ayla se llenaron de lágrimas. Aunque estaba cansada hasta los huesos, se sentía feliz por haber llegado y al mismo tiempo abrumada de gratitud. Nadie se había tomado nunca tanto trabajo por ella. En su vida con el Clan nunca se había sentido del todo aceptada, nunca había formado realmente parte del grupo que la rodeaba. Estaba segura de que no se le hubiera permitido tener caballos con ella, mucho menos construirles un albergue.

—Oh, Talut —dijo, con voz ahogada.

Y estiró los brazos para echarlos al cuello del pelirrojo, oprimiendo su mejilla fría contra la del gigante. Como Ayla había parecido siempre tan reservada con él, esa espontánea expresión de afecto representaba una deliciosa sorpresa. Talut la abrazó, dándole palmaditas en la espalda y sonriendo con evidente placer, muy satisfecho de sí mismo.

Casi todo el Campamento del León se agolpó en derredor de ellos, en el nuevo anexo, para dar la bienvenida a la pareja, como si fueran verdaderos miembros del grupo.

—Estábamos preocupados por vosotros —dijo Deegie—, sobre todo por la nevada.

—Habríamos llegado antes si Ayla no se hubiera empeñado en traer tantas cosas

consigo —explicó Jondalar—. Estos dos últimos días no me sentía muy seguro de que pudiéramos llegar.

Ayla ya estaba descargando a los caballos por última vez. Jondalar fue a prestarle ayuda. Los misteriosos bultos despertaron una gran curiosidad.

—¿Has traído algo para mí? —preguntó Rugie, al fin, formulando en voz alta lo que todos estaban pensando.

Ayla sonrió a la pequeña.

—Sí, traído algo. Traído regalo para cada uno —respondió, lo que hizo que todos se preguntaran cuál sería su regalo.

—¿Para quién es eso? —preguntó Tusie, cuando Ayla comenzó a cortar las ataduras del bulto más grande.

Ayla echó una mirada a Deegie y ambas sonrieron, tratando de que la hermanita menor no detectara la complicidad del gesto: en la voz de la pequeña se reconocían el tono y las inflexiones de Tulie.

—También traído algo para los caballos —respondió la muchacha, mientras abría el fardo de heno—. Esto para Whinney y Corredor.

Cuando lo hubo esparcido, empezó a desatar la carga sujeta a los travesaños.

—Debo llevar dentro resto de las cosas.

—No es necesario que lo hagas ahora —dijo Nezzie—. Todavía no te has quitado el abrigo exterior. Entra a tomar algo caliente y a comer algo. Por el momento todo está seguro aquí.

—Nezzie tiene razón —agregó Tulie. Tenía tanta curiosidad como el resto del Campamento, pero los paquetes podían esperar—. Necesitáis descansar y comer algo. Parecéis exhaustos.

Jondalar sonrió a la jefa, agradecido, mientras seguía a Ayla al interior del albergue.

A la mañana siguiente, Ayla contó con muchas manos que la ayudaron a llevar sus bultos al interior, pero Mamut había sugerido, en voz baja, que no descubriera sus regalos hasta la ceremonia de aquella noche. Ayla estuvo de acuerdo, sonriendo, pues comprendía el misterio y la expectación que el chamán deseaba mantener. Pero a Tulie le fastidiaron las respuestas evasivas, cada vez que trataba de averiguar qué había traído, si bien trató de disimular su contrariedad.

Una vez que los paquetes estuvieron amontonados en una de las plataformas vacías, tras las cortinas cerradas, Ayla gateó hacia el espacio privado, encendió las lámparas de piedra y las dispuso de modo que proporcionaran una buena iluminación. Entonces examinó y distribuyó los regalos, efectuando pequeños cambios en las decisiones que había tomado anteriormente. Cuando apagó las lámparas y dejó caer las cortinas a su espalda, estaba totalmente satisfecha.

Cruzó la nueva abertura practicada en el espacio que antes ocupara una plataforma desocupada. El suelo del anexo era más alto que el del albergue, por lo que se habían practicado tres amplios peldaños, de unos veinte centímetros, para

facilitar el acceso. Ayla se detuvo para estudiar el anexo. Los caballos no estaban allí. Whinney había aprendido a apartar con el hocico los rompevientos de cuero sólo con que Ayla se lo mostrara una sola vez. Corredor había aprendido el sistema observando a su madre. Siguiendo la impulsiva necesidad de controlarlos, como una madre a sus hijos —una parte de su espíritu la tenía siempre concentrada en sus caballos—, la joven se dirigió hacia la arcada de colmillos de mamut y apartó la pesada colgadura de cuero para mirar hacia fuera.

El mundo había perdido forma y definición; un color parejo, sin sombras ni formas, cubría todo el paisaje en dos tonos: un cielo azul, denso y vibrante, sin un asomo de nubes, y la nieve blanca, cegadora, que reflejaba el refulgente sol de la mañana ya avanzada. Ayla entornó los ojos ante el resplandor blanco, única evidencia de la tormenta que les había castigado duramente durante días enteros. Poco a poco, según su vista se acostumbraba a la luz y un sentido congénito de la profundidad y de la distancia venía a precisar sus percepciones, fue captando otros detalles. El agua, que seguía corriendo en el medio del río, centelleaba con más brillantez que las riberas, cubiertas de nieve, mezclada con láminas de hielo en los bordes de la corriente. A poca distancia, unos misteriosos montículos blancos tomaban la forma de huesos de mamut y montones de materiales de acarreo.

Se alejó unos pocos pasos para mirar hacia el recodo del río, donde los caballos gustaban de pastar, apenas fuera de la vista. Al sol hacía calor y la superficie de nieve relumbraba, algo fundida. Los caballos tendrían que apartar la fría capa con los cascos para hallar el pasto seco. Ayla estaba a punto de silbar cuando Whinney levantó la cabeza y la divisó. La saludó con un relincho, mientras Corredor aparecía detrás de ella. Ayla respondió con un relincho similar.

La joven iba a iniciar la marcha cuando notó que Talut la observaba, con una expresión peculiar, de respeto casi religioso.

—¿Cómo supo la yegua que habías salido? —preguntó.

—Creo que no supo, pero caballo tiene buena nariz, huele lejos. Buen oído, oye lejos. Cualquier cosa mueve, ella ve.

El hombre asintió. Dicho de ese modo parecía simple y lógico, pero aun así…, entonces sonrió feliz de que hubieran regresado. Estaba ansioso por completar la adopción de Ayla. Ella tenía mucho que ofrecer. Sería una adquisición valiosa y bien acogida entre los Mamutoi.

Ambos volvieron al anexo. En el momento en que entraban, Jondalar salía del albergue.

—Ya he visto que tus regalos están listos —dijo, con una gran sonrisa, avanzando hacia ellos.

Disfrutaba de la expectación causada por los misteriosos paquetes y con el hecho de estar al tanto de la sorpresa. Había oído a Tulie manifestar sus dudas por la calidad de los regalos, pero él no tenía dudas al respecto. Aunque los objetos no fueran familiares entre los Mamutoi, la buena artesanía es buena artesanía en cualquier

parte, y no dudaba de que la de Ayla sería reconocida como tal.

—Todo el mundo se pregunta qué has traído, Ayla —dijo Talut, que gustaba como nadie de la expectación y el entusiasmo.

—No sé si mis regalos suficiente —dijo ella.

—Lo serán, por supuesto. No te preocupes por eso. Lo que hayas traído será suficiente. Bastaría sólo con las piedras de fuego. Y aun sin ellas, bastaría contigo —dijo Talut. Y agregó, con una sonrisa—: ¡Podría bastar con darnos un motivo para organizar una gran celebración!

—Pero tú dijiste intercambiar regalos, Talut. En Clan, a cambio, se da algo misma clase, mismo valor. ¿Qué suficiente para vosotros, que hacer este hogar para caballos? —objetó Ayla, contemplando el anexo—. Es como cueva, pero vosotros hacer. No sé cómo la gente hace cueva así.

—Eso mismo me he preguntado yo —agregó Jondalar—. Admito que nunca he visto nada igual, aunque conozco muchísimos albergues: los de verano, los que se construyen dentro de una roca o bajo un saliente rocoso, por ejemplo. Pero éste es sólido como la roca misma.

Talut se echó a reír.

—Es preciso, si queremos vivir aquí, sobre todo en el invierno. Con la fuerza que tiene el viento, cualquier otra cosa volaría —su sonrisa se evaporó; algo parecido al amor le inundó la cara—. La tierra de los Mamutoi es rica en caza, en pesca, en los alimentos que crecen solos. Es una tierra bella y fuerte. No querría vivir en ninguna otra —la sonrisa volvió a él—. Pero hacen falta refugios fuertes para vivir aquí, y no tenemos muchas cuevas.

—¿Cómo hacer cueva, Talut? —preguntó Ayla, recordando la búsqueda de Brun hasta hallar una cueva adecuada para su clan, su propio desamparo hasta encontrar un valle que tuviera una habitable—. ¿Cómo hacer lugar así?

—Si queréis saberlo, os lo diré. No es ningún secreto —afirmó el jefe, sonriendo con placer, encantado por aquella admiración—. El resto del albergue se hizo más o menos del mismo modo, pero para agregar esto empezamos por contar un determinado número de pasos desde la pared, ante el hogar del Mamut. Cuando llegamos al centro del espacio que nos pareció suficiente, clavamos un palo en el suelo; allí donde pondríamos el hogar, si hiciera falta uno. Después cortamos una soga de esa misma distancia, sujetamos un extremo al palo y, con el otro extremo, marcamos un círculo para señalar dónde iría la pared.

Talut ampliaba la explicación con gestos, midiendo los pasos y atando una cuerda imaginaria a un palo inexistente.

—Después retiramos la tierra y la hierba con cuidado, para dejarlas a un lado, y excavamos una profundidad igual a mi pie —Talut mostró un pie increíblemente largo, pero estrecho y bien formado, enfundado en un zapato blando y cómodamente ajustado, para aclarar mejor su comentario—. A continuación delimitamos la amplitud de la plataforma que se usa como cama o para almacenar cosas, y un poco

más para la pared. Desde el borde interior de esa plataforma, cavamos un poco más, dos o tres pies como los míos, para obtener un suelo a nivel inferior. La tierra iba siendo amontonada uniformemente alrededor del contorno, formando un terraplén que sirviera para sostener la pared.

—Eso significa cavar mucho —dijo Jondalar, observando el recinto—. Diría que la distancia entre una pared y la opuesta es de unos treinta pies como los tuyos, Talut.

El jefe dilató los ojos, sorprendido.

—¡Acertaste! La medí exactamente. ¿Cómo lo has adivinado?

Jondalar se encogió de hombros.

—Así, a simple vista.

Era más que eso: otra manifestación de su conocimiento instintivo del mundo físico. Podía calcular acertadamente las distancias a simple vista y medir el espacio con las dimensiones de su propio cuerpo. Conocía la longitud de su paso y la anchura de su mano, el alcance de su brazo y lo que abarcaba entre sus dedos; podía medir un objeto pequeño mediante el grosor de su uña, o la altura de un árbol midiendo a pasos la sombra que arrojaba. No se trataba de algo aprendido, sino de un don innato, desarrollado con el uso. Nunca se le había ocurrido plantearse dudas al respecto.

Ayla también se maravilló de lo mucho que había habido que cavar. Como había hecho muchos fosos para trampas, tenía perfecta idea del trabajo requerido y se mostró curiosa.

—¿Cómo cavas tanto, Talut?

—Como se hace siempre. Empleamos picos para romper el suelo y palas para recogerlo, excepto para la capa compacta de la superficie, que se corta con el borde afilado de un hueso plano.

La expresión desconcertada de Ayla demostró claramente que no había comprendido. Talut supuso que no conocía los nombres de las herramientas y franqueó la arcada, para volver con algunos instrumentos. Todos tenían mangos largos. Uno era un trozo de costilla de mamut, con asentado filo en un extremo. Parecía una azada de hoja larga y curva. Ayla la examinó con atención.

—Como palo de cavar, creo —dijo, buscando confirmación en los ojos de Talut.

Él sonrió.

—Sí, es un pico. También empleamos a veces palos afilados. Son más fáciles de hacer en un apuro, pero esto se maneja con más comodidad.

Luego le mostró una pala, hecha con la parte ancha de una gigantesca asta de megacero, hendida a lo largo por el centro esponjoso, modelada y afilada. Se utilizaban las astas de animales jóvenes, pues las del venado gigante adulto llegaban a los tres metros y medio de longitud; eran, por lo tanto, demasiado grandes. El mango se sujetaba mediante un cordón fuerte, pasado por tres pares de agujeros practicados en el centro. Se utilizaban con el lado esponjoso hacia abajo, no para cavar, sino para recoger la tierra ahuecada con el pico, o también para retirar la nieve. También tenía una segunda pala, más curva, hecha con la sección exterior del marfil de un colmillo

de mamut.

—Se llaman palas —dijo Talut, repitiendo el nombre.

Ayla asintió. Había empleado piezas planas de hueso y asta de ante, más o menos del mismo modo, pero sus herramientas no tenían mangos.

—Por suerte, el tiempo se ha mantenido bueno unos días después de vuestra partida —continuó el jefe—. De todos modos, no pudimos cavar tanto como lo hacemos de costumbre, porque el suelo ya está duro por debajo. El año próximo podremos excavar un poco más y hacer algunos fosos para almacenamiento. Tal vez hasta un baño de vapor, cuando volvamos de la Reunión de Verano.

—¿No ibais a cazar otra vez cuando el tiempo mejorara? —se extrañó Jondalar.

—La caza del bisonte fue muy fructífera y Mamut no tiene mucha suerte con su Búsqueda. Sólo encuentra los pocos bisontes que se nos escaparon, y no vale la pena ir tras ellos. Decidimos, en cambio, hacer la ampliación para que los caballos tuvieran donde estar, ya que Ayla y su yegua nos ayudaron tanto.

—Pico y pala hace más fácil, Talut, pero es trabajo…, mucho cavar —dijo Ayla, sorprendida y algo abrumada.

—Eramos muchos para hacerlo, Ayla. A casi todo el mundo le pareció buena la idea. Todos querían ayudar… para darte la bienvenida.

La joven sintió un súbito arrebato de emoción y cerró los ojos para dominar las lágrimas de gratitud. Jondalar y Talut, por consideración, apartaron la vista.

Jondalar examinó las paredes intrigado aún por la construcción, y comentó:

—Se diría que excavasteis también bajo las plataformas.

—Sí, para los soportes principales —confirmó Talut, señalando seis enormes colmillos de mamut, acuñados en la base con huesos más pequeños, vértebras y falanges, y con las puntas dirigidas hacia el centro. Estaban espaciados a intervalos regulares a ambos lados de los dos pares de colmillos empleados para las arcadas. Esas piezas fuertes, largas y curvadas, eran los elementos estructurales primarios del albergue.

Mientras Talut continuaba describiendo la construcción del refugio semisubterráneo, Ayla y Jondalar se sentían cada vez más impresionados. Era mucho más complejo de lo que habían imaginado. A medio camino entre el centro y los soportes de colmillos había seis postes de madera: árboles desbastados, desnudos de corteza y con horquetas en la parte alta. Por la parte exterior, contra el fondo del terraplén, se erguían cráneos de mamut, sostenidos por escápulas, caderas, vértebras y varios huesos largos estratégicamente situados. La parte superior de la pared estaba formada, principalmente, por escápulas, paletas y pequeños colmillos de mamut, ensamblados con el techo, que estaba sostenido por vigas de madera, dispuestos transversalmente, entre el círculo exterior de huesos y el interior de postes. El mosaico de huesos, deliberadamente escogidos y hasta conformados a propósito, estaban puestos a manera de cuña y sujetos a los fuertes colmillos, configurando así una pared curva que se ensamblaba como las piezas de un puzle.

En los valles era posible hallar algo de madera, pero para la construcción era mucho más abundante la provisión de huesos de mamut. De todos modos, los mamuts que ellos cazaban contribuían sólo con una pequeña porción de los huesos necesarios. La gran mayoría de los materiales provenían de los prodigiosos montones de restos apilados en el recodo del río. Algunos huesos habían sido hallados en las estepas cercanas, donde los animales depredadores devoraban reses enteras. Pero las praderas abiertas les proporcionaban sobre todo materiales de otra especie.

Año tras año, los renos migratorios perdían sus astas, reemplazadas por nuevas ramas; año tras año, los Mamutoi las recogían. Para completar el albergue se ataban entre sí las astas de renos, formando una fuerte estructura de soportes entrelazados que sostenía el techo abovedado, dejando en el centro un agujero para permitir la salida del humo. Después se traían del valle ramas de sauce, con las que se formaba una gruesa esterilla bien atada para cubrir las astas; de este modo se formaba un techo y, al mismo tiempo, una base sólida. Por encima se tendía una capa de hierbas, aún más gruesa y dispuesta en bandas solapadas para que el agua corriera sobre ellas. Se las ataba a las ramas de sauce y a las paredes de hueso, desde lo alto hasta el suelo. Sobre ese soporte iba una capa de tierra apelmazada, parte de la cual provenía del suelo retirado para acondicionar el anexo; el resto procedía de las proximidades.

Las paredes de la estructura tenían entre sesenta y noventa centímetros de espesor, pero faltaba una última capa de material para terminar el anexo.

Mientras los tres admiraban la nueva estructura, Talut concluyó su detallada explicación.

—Tenía esperanzas de que el tiempo mejorara —dijo, haciendo un amplio gesto hacia el claro cielo azul—. Tenemos que terminar esto. De lo contrario, no sé cuánto podrá durar.

—¿Cuánto tiempo dura un albergue como éste? —preguntó Jondalar.

—Tanto como yo, a veces más. Pero los albergues son viviendas de invierno. Habitualmente los abandonamos en el verano, para asistir a la Reunión de Verano, para la gran cacería de mamuts y para hacer otros desplazamientos. El verano es para viajar, para recoger plantas y semillas, cazar y pescar, dedicarse al tráfico o a las visitas. Al irnos dejamos aquí casi todas nuestras cosas, pues todos los años volvemos. El Campamento del León es nuestra sede.

—Si esto va a ser el refugio de los caballos, será mejor que lo terminemos mientras haya tiempo —intervino Nezzie.

Ella y Deegie dejaron en el suelo el gran pellejo de agua que habían traído desde el río, parcialmente helado. Al rato llegó Ranec, trayendo herramientas para cavar y arrastrando un gran cesto, lleno de tierra húmeda y compacta.

—No sé de nadie que haya hecho un refugio, ni siquiera una ampliación, tan avanzado el año —dijo.

Barzec le seguía de cerca.

—Será una prueba interesante —manifestó, dejando un segundo cesto de barro,

que había cogido de un determinado sitio de la ribera.

También aparecieron Danug y Druwez, cada uno con otro cesto de barro.

—Tronie ha encendido el fuego —dijo Tulie, mientras recogía sin ayuda alguna el pesado pellejo de agua traído por Nezzie y Deegie—. Tornec y algunos otros están amontonando nieve para fundirla, una vez que tengamos esta agua caliente.

—Quiero ayudar —dijo Ayla, preguntándose hasta qué punto podría hacerlo. Todo el mundo parecía saber exactamente qué le correspondía hacer; ella, en cambio, no tenía la menor idea de lo que estaba pasando, mucho menos de la ayuda que podía prestar.

—Sí —dijo Jondalar—, ¿podemos ayudar en algo?

—Claro que sí —comentó Deegie—, pero voy a buscarte una prenda vieja, Ayla. Es un trabajo sucio. ¿Talut o Danug tienen algo para Jondalar?

—Yo le buscaré algo —dijo Nezzie.

—Si todavía estáis tan bien dispuestos cuando hayamos terminado —agregó Deegie sonriendo—, podéis venir a ayudar en la construcción del albergue nuevo que vamos a hacer Tarneg y yo para iniciar nuestro Campamento… cuando me aparee con Branag —concluyó, sonriendo.

—¿Alguien ha encendido los fuegos en los baños de vapor? —preguntó Talut—. Después de esto, todo el mundo querrá limpiarse, sobre todo si esta noche hay celebración.

—Wymez y Frebec los encendieron temprano por la mañana. Ahora han ido por más agua —dijo Nezzie—. Crozie y Manuv fueron con Latie y los pequeños en busca de ramas de pino para perfumar los baños. Fralie también quería ir, pero no me pareció bien que anduviera trepando colinas, así que le encargué cuidar a Rydag. También se ha hecho cargo de Hartal. Mamut está muy ocupado preparando algo para la ceremonia de esta noche. Creo que tiene planeada una sorpresa.

—Ah… Mamut me encargó decirte, Talut, que hay buenas señales para salir de cacería dentro de pocos días. Quiere saber si debe efectuar una Búsqueda —dijo Barzec.

—¡Sí que hay buenas señales para una cacería! —confirmó el jefe—. ¡Mirad esa nieve! Blanda por debajo, medio derretida arriba. Si tenemos una buena helada, se formará una corteza de hielo; cuando la nieve está en estas condiciones, los animales siempre quedan varados. Sí, creo que sería una buena idea.

Todo el mundo se había encaminado hacia el hogar, donde se había puesto un gran cuero sin curtir, lleno de agua helada traída del río, directamente sobre las llamas, sostenido por un armazón. Esa agua era sólo para empezar a derretir la nieve que se estaba echando en el cuero. A medida que se derretía, se iban retirando cestos de agua para verterla en otro cuero crudo, manchado y sucio, que forraba una depresión en el suelo. A eso se agregó la tierra especial, traída de la ribera, hasta formar con el agua una pasta de pegajosa arcilla.

Varias personas treparon al anexo cubierto de hierba seca, con cestos

impermeables llenos de lodo, y comenzaron a volcar la mezcla por los costados. Ayla y Jondalar, después de observarlos un rato, no tardaron en imitarlos. Otros, en la parte baja, esparcían el lodo para que toda la superficie quedara cubierta por una gruesa capa.

La arcilla áspera y viscosa no absorbería agua, pues era impermeable. La lluvia, el aguanieve, la nieve fundida no podrían penetrar. Aun mojada, era impermeable. Al secarse, y tras un largo uso, la superficie se endurecía mucho; con frecuencia se la utilizaba para almacenar objetos y utensilios. Cuando el tiempo era agradable, esa parte alta era un buen sitio para descansar, recibir visitas, entablar largas discusiones o meditar en silencio. Cuando llegaban visitantes, los niños trepaban allí para observarlos sin molestar, y todo el mundo se encaramaba a lo más alto para ver a distancia.

Mezclaron más arcilla, que Ayla llevó en un cesto pesado; por el camino volcó parte, especialmente sobre sí misma. No importaba. Ya estaba tan llena de barro como todo el mundo. Deegie tenía razón: era un trabajo sucio. Al terminar los costados, se apartaron del borde y comenzaron a revestir la parte superior. Pero la superficie de la bóveda, cubierta de ese cieno resbaladizo, se tornó traicionera.

Ayla vertió lo que restaba en su cesto y observó cómo se iba filtrando poco a poco. Al darse la vuelta, sin fijarse en dónde ponía el pie, perdió el equilibrio y cayó ruidosamente en la arcilla fresca que acababa de volcar. Resbaló por el borde redondeado del techo y se deslizó por el costado del anexo, con un grito involuntario.

En el momento en que llegaba al suelo se sintió atrapada por dos brazos fuertes. Sobresaltada, se vio frente al rostro enlodado y riente de Ranec.

—Es una manera como cualquier otra de extender la arcilla —dijo, sosteniéndola mientras recobraba la compostura. Y agregó, sin soltarla—: Si quieres probarlo otra vez, te estaré esperando aquí.

Ella sintió calor allí donde él tocaba la piel fresca de su brazo. Tenía la perfecta conciencia de aquel cuerpo apretado contra el suyo. Los ojos oscuros, centelleantes y hondos de Ranec estaban llenos de un anhelo que provocó, en el centro de su feminidad, una respuesta inesperada. Ayla se estremeció levemente; ruborizada, bajó la vista y se apartó.

Al echar un vistazo a Jondalar, confirmó lo que esperaba ver. Estaba enojado. Tenía los puños apretados y le latían las sienes. Ayla se apresuró a apartar la vista. Ahora comprendía algo mejor esos enfados; sabía que eran una expresión de su miedo: miedo de perderla, miedo del rechazo. Pero, de todos modos, se sentía un tanto irritada por sus reacciones. No había podido evitar el resbalón y era de agradecer que Ranec hubiera estado allí para sujetarla. Volvió a ruborizarse, recordando la respuesta que le había provocado aquel largo contacto. Eso también había sido inevitable.

—Ven, Ayla —dijo Deegie—. Talut dice que ya basta y los baños de vapor están listos. Vamos a quitarnos este barro y a prepararnos para la celebración. Es en tu

honor.

Las dos jóvenes entraron en el albergue por el nuevo anexo. Al llegar al Hogar del Mamut, Ayla se volvió súbitamente hacia su compañera.

—¿Qué es baño de vapor, Deegie?

—¿Nunca has tomado un baño de vapor?

—No —Ayla sacudió la cabeza.

—¡Oh, te encantará! Será mejor que te quites esa ropa enlodada en el Hogar del Uro. Las mujeres suelen utilizar el baño de vapor de la parte trasera. A los hombres les gusta éste.

Mientras hablaba, Deegie señaló una arcada abierta tras la cama de Manuv, entre el Hogar del Reno y el de la Cigüeña.

—¿No es para almacenamiento?

—¿Creías que todos los cuartos laterales eran para almacenamiento? Claro, no lo sabías, ¿verdad? Es que pareces ya una de los nuestros; cuesta recordar que estás con nosotros desde hace poco —se detuvo para mirar a Ayla—. Me alegro de que te incorpores al Campamento. Creo que estabas hecha para esto.

Ayla sonrió tímidamente.

—Yo también me alegro. Y me alegro que tú aquí, Deegie. Es bonito conocer mujer… joven… como yo.

Deegie le devolvió la sonrisa.

—Lo sé. Lástima que no hayas llegado antes. Después del verano me iré. Casi me da pena irme. Quiero ser la Mujer Que Manda de mi propio Campamento, como mi madre, pero voy a echarla de menos. Y a ti también. A todos.

—¿Vas lejos?

—No lo sé. Todavía no lo hemos decidido —dijo Deegie.

—¿Por qué lejos? ¿Por qué no construir albergue cerca?

—No lo sé. Casi nadie lo hace, pero supongo que podría hacerlo. No se me ocurrió —manifestó Deegie, con extrañada sorpresa. Como en ese momento llegaban al último hogar del albergue, agregó—: Quítate esas cosas sucias y déjalas ahí, en el suelo.

Las dos se quitaron las ropas enlodadas. Ayla percibió que, desde detrás de un cuero rojo suspendido de una arcada de colmillos y más baja, en la pared más alejada de la estructura, brotaba cierto calor. Deegie agachó la cabeza y entró la primera. Ayla la siguió, pero se detuvo un momento antes de entrar, con la cortina apartada, tratando de ver.

—¡Date prisa y cierra! ¡Estás dejando escapar el calor! —protestó una voz, desde el interior en penumbra, algo ahumado y lleno de vapor.

Ella se apresuró a entrar y dejó caer la cortina. En vez de frío notó calor. Deegie la guió por una tosca escalera, hecha con huesos de mamut puestos contra la pared de tierra de un foso, que tenía unos noventa centímetros de profundidad. El suelo estaba cubierto por varias pieles suaves. Ayla esperó a que su vista se habituara y miró en

derredor. El espacio así excavado era de unos dos metros de ancho y tres de largo. Consistía en dos secciones circulares unidas, cada una con su bajo techo abovedado; donde ella estaba, pasaba a quince o veinte centímetros de su cabeza.

En el suelo de la sección más grande relumbraban brasas de hueso. Las dos jóvenes cruzaron la parte más pequeña para reunirse con las demás. Ayla vio entonces que las paredes estaban recubiertas de pieles. En el suelo del espacio más amplio se habían colocado huesos de mamut, cuidadosamente espaciados. Eso permitía caminar por encima de las brasas ardientes. Más tarde, cuando volcaran el agua en el suelo para producir vapor o para lavarse, el líquido caería por debajo de los huesos, sin que los pies tocaran el barro.

En el hogar central había más brasas, que proporcionaban a la vez calor y la única fuente de luz, exceptuando una vaga línea luminosa que se filtraba por el agujero para el humo. Las mujeres, desnudas, se habían sentado en derredor del hogar, en bancos improvisados con huesos planos colocados sobre otros que servían de soportes. Contra una pared se alineaban recipientes con agua. Grandes canastos sólidos y tejidos apretadamente contenían agua fría mientras que de estómagos de animales, sostenidos por cornamentas de cérvidos, brotaba vapor. Alguien cogió una piedra al rojo de la fogata y la dejó caer en uno de los estómagos llenos de agua. Del recipiente brotó una nube de vapor con aroma de pino que envolvió todo el ambiente.

—Puedes sentarte entre Tulie y yo —dijo Nezzie, apartando su amplio cuerpo a un lado para hacerle sitio.

Tulie se apartó hacia el otro costado. Ella también era corpulenta, pero la mayor parte de su tamaño estaba compuesto de músculo puro, aunque sus formas plenas y femeninas no dejaban dudas con respecto a su sexo.

—Primero quiero quitarme un poco el barro —dijo Deegie—. Tal vez Ayla también. ¿La habéis visto resbalar por el techo?

—No. ¿Te hiciste daño, Ayla? —preguntó Fralie, algo preocupada. Se la veía incómoda a causa de su avanzado embarazo.

Deegie se echó a reír antes de que Ayla pudiera responder.

—Ranec la recibió en sus brazos. Y no parecía nada apenado por el suceso.

Hubo sonrisas y signos de complicidad. Deegie cogió un recipiente hecho con un cráneo de mamut para mezclar en él agua caliente y fría, a la que añadió una ramita de pino; de un montículo oscuro cogió un puñado de cierta sustancia blanda y entregó otro a Ayla.

—¿Qué es esto? —preguntó ésta, palpando la sedosa textura del material.

—Lana de mamut —dijo Deegie—. Es el pelo interior que les crece en invierno y que pierden a montones cada primavera, a través del pelo exterior, más largo. Queda atrapado en árboles y arbustos. Sumérgelo en agua y úsalo para quitarte el barro.

—Pelo barro también. Debo lavar.

—Nos bañaremos bien después de sudar un rato.

Entre nubes de vapor, Ayla tomó asiento entre Deegie y Nezzie. Deegie se reclinó

hacia atrás, con los ojos cerrados, y soltó un suspiro de satisfacción. Ayla, en cambio, se preguntaba por qué se habían sentado todas a sudar y observaba a las demás. Latie, que estaba sentada al otro lado de Tulie, le sonrió. Ella respondió con otra sonrisa.

Hubo un movimiento a la entrada. Ayla, al sentir la brisa fresca, cobró conciencia de lo acalorada que estaba. Todas se volvieron para ver quién entraba. Bajaron Rugie y Tusie, seguidas por Tronie, que llevaba en brazos a Nuvie.

—Tuve que dar de mamar a Hartal —anunció Tronie—. Tornec se empeñó en llevarle al baño de sudor y yo no quería que metiera bulla.

¿No se permitía entrar allí a los hombres, se preguntaba Ayla, ni siquiera a los bebés?

—¿Todos los hombres están en el baño de sudor, Tronie? —preguntó Nezzie—. Tal vez debería llevar a Rydag.

—Ya lo hizo Danug. Creo que los hombres querían tener a todos los machos, esta vez, aun a los niños.

—Frebec llevó a Tasher y a Crisavec —precisó Tusie.

—Es hora de que empiece a tomarse más interés por esos niños —rezongó Crozie —. ¿No fue por eso por lo que te apareaste con él, Fralie?

—No, madre, no fue sólo por eso.

Ayla quedó sorprendida. Nunca había oído a Fralie declararse en desacuerdo con su madre, siquiera vagamente. Nadie pareció darse cuenta. Tal vez allí, entre mujeres, no le preocupaba tomar partido. Crozie estaba recostada hacia atrás, con los ojos cerrados; el parecido con su hija era sorprendente. En realidad, se le parecía demasiado. Exceptuando el vientre, hinchado por el embarazo, Fralie estaba tan delgada que parecía tener la edad de su madre. Tenía los tobillos hinchados, lo cual no era buena señal. Ayla lamentó no poder examinarla. Y de pronto comprendió que allí podría hacerlo.

—Fralie, ¿tobillos hinchan mucho? —preguntó con cierta vacilación.

Todas se incorporaron, esperando la respuesta de la muchacha como si comprendieran de pronto lo que Ayla acababa de pensar. Hasta Crozie miró a su hija sin decir una palabra.

Fralie, con la vista clavada en sus pies, parecía examinar sus tobillos, pensativa. Por fin, levantó la vista.

—Sí. Últimamente se me hinchan mucho.

Nezzie exhaló un suspiro de alivio y todas experimentaron el mismo sentimiento.

—¿Siempre mal la mañana? —insistió Ayla, inclinándose hacia delante.

—Con los dos primeros no me sentía tan mal a estas alturas.

—Fralie, ¿me dejas… mirar?

La mujer paseó su mirada entre sus compañeras. Nadie dijo palabra. Nezzie le sonrió con un gesto afirmativo, instándola en silencio a acceder.

—Bueno —dijo Fralie.

Ayla se levantó rápidamente. Le estudió los ojos, olfateó su aliento y le tocó la

frente. Estaba demasiado oscuro como para ver gran cosa y el calor era demasiado como para apreciar la temperatura del cuerpo.

—¿Acuesta? —pidió.

Todas se apartaron para que Fralie pudiera tenderse. Ayla palpó, escuchó y examinó con minuciosidad y obvia destreza, mientras las otras la observaban curiosamente.

—Más mal que por la mañana, creo —comentó al terminar—. Preparo algo, ayuda comida no subir. Ayuda sentir mejor. Ayuda hinchazón. ¿Tomarás?

—No sé —dijo Fralie—. Frebec vigila todo lo que como. Creo que está preocupado por mí, pero no quiere reconocerlo. Preguntará de dónde lo saqué.

Crozie tenía los labios apretados, como si estuviera conteniéndose para no hablar; temía que si intervenía, Fralie tomara partido por Frebec y rechazara la ayuda de Ayla. Nezzie y Tulie intercambiaron una mirada. No era normal en Crozie dominarse tanto.

—Creo sé manera —dijo Ayla.

—No sé qué pensaréis vosotras —intervino Deegie—, pero yo tengo ganas de lavarme y salir. ¿Qué te parecería una zambullida en la nieve, Ayla?

—Parecería bien. Demasiado calor aquí.

Capítulo 17

Jondalar apartó la cortina que pendía delante de la plataforma de dormir que compartía con Ayla y sonrió. La joven estaba sentada en el centro, con las piernas cruzadas; su piel desnuda relucía, rosada, mientras se cepillaba la cabellera.

—Me siento tan bien —dijo, devolviéndole la sonrisa—. Deegie dijo que me encantaría. ¿Te ha gustado el baño de vapor?

Él se acomodó a su lado, dejando caer la cortina. También su piel estaba sonrosada y reluciente, pero había acabado de vestirse y de atarse el pelo en la nuca. El baño de vapor le había refrescado tanto que hasta había pensado en rasurarse; sin embargo, se limitó a recortarse la barba.

—Siempre me gusta —contestó.

No pudo resistir la tentación de cogerla en sus brazos para besarla y acariciar su cuerpo cálido. Ella respondió de buen grado, entregándose al abrazo; él la oyó emitir un suave gemido cuando se inclinó para mordisquearle un pezón.

—Gran Madre, qué tentadora eres, mujer —comentó, apartándose—. Pero ¿qué pensará la gente cuando llegue al Hogar del Mamut para tu adopción y nos encuentren compartiendo Placeres, en lugar de estar vestidos y preparados?

—Podemos decirles que vuelvan más tarde —respondió ella, sonriente.

Jondalar rió con ganas.

—Serías capaz, ¿no?

—Bueno, me hiciste tu señal, ¿verdad? —En el semblante femenino había una expresión traviesa.

—¿Qué señal?

—¿No recuerdas? La señal que un hombre hace a una mujer cuando la desea. Dijiste que ya me daría cuenta; después me besaste y me tocaste. Acabas de hacerme tu señal. Y cuando un hombre hace la señal a una mujer del Clan, ella nunca se niega.

—¿Es cierto que nunca se niega? —preguntó él, sin creerlo del todo.

—Eso es lo que la enseñan, Jondalar. Así debe comportarse una mujer del Clan —respondió ella, con perfecta y absoluta seriedad.

—Hum, ¿eso significa que la decisión corre de mi cuenta? Si yo digo que nos quedemos aquí compartiendo Placeres, ¿harás esperar a todos?

Estaba tratando de mostrarse serio, pero los ojos le chispeaban de júbilo por lo que consideraba una broma entre los dos.

—Sólo si me haces tu señal —respondió Ayla, de la misma forma.

Jondalar la cogió en sus brazos y volvió a besarla, sintiendo su cálida respuesta. Le asaltó la tentación de averiguar si aquello era una broma o si hablaba en serio, pero la soltó contra su voluntad.

—No se trata de lo que yo prefiera, sino de lo que me parece mejor. Tienes que vestirte. La gente no tardará mucho en llegar. ¿Qué piensas ponerte?

—En realidad, no tengo nada, salvo algunas prendas al estilo del Clan, el atuendo

que he usado hasta ahora y otro par de polainas. Ojalá pudiera cambiar. Deegie me mostró lo que va a ponerse. Es tan bonito… Nunca he visto nada igual. Me dio uno de sus cepillos al ver que me peinaba con carda —Ayla mostró las duras cerdas de mamut, fuertemente atadas por un extremo con cuero duro a modo de mango, con la forma de un ancho pincel ahusado—. También me regaló algunas sartas de cuentas y conchas. Creo que voy a ponérmelas en el pelo, como ella.

—Será mejor que te deje para que te prepares —dijo Jondalar, abriendo la cortina para marcharse.

Se inclinó para besarla otra vez y se levantó. Al soltar la cortina permaneció inmóvil un momento contemplándola con la frente fruncida. En el valle de Ayla era posible hacer lo que ambos deseaban, cuando les apetecía. Y ella se estaba preparando para ingresar en un grupo que vivía a gran distancia de los Zelandonii. ¿Qué pasaría si deseaba quedarse allí? Jondalar tuvo la deprimente sensación de que, a partir de aquella noche, nada volvería a ser igual.

Cuando iba a marcharse, Mamut le hizo señas. El joven se acercó al viejo chamán.

—Si no estás ocupado, te agradecería que me ayudaras —dijo Mamut.

—Con mucho gusto. ¿Qué puedo hacer por ti?

Desde el fondo de una plataforma para almacenamiento Mamut le indicó cuatro largas pértigas. Al mirarlas más de cerca, Jondalar descubrió que no eran de madera, sino de marfil macizo: colmillos de mamut, enderezados y moldeados. El viejo le dio también una gran maza de piedra. Jondalar la examinó con detenimiento, pues nunca había visto nada similar. Estaba completamente cubierta de cuero crudo. El tacto le reveló que alrededor de la piedra se había practicado un surco circular por el cual pasaba una flexible rama de sauce, atada a un mango de hueso. La maza entera había sido envuelta con cuero mojado sin curtir, el cual se había encogido al secarse y sujetaba con firmeza el mango a la piedra.

El anciano le condujo hacia el hoyo para el fuego y levantó una esterilla de hierbas para mostrarle un agujero, de unos quince centímetros de diámetro, lleno de piedras pequeñas y pedazos de hueso. Entre los dos lo vaciaron. Jondalar cogió una de las pértigas de marfil e introdujo el extremo en el hoyo. Mientras Mamut lo sostenía, Jondalar aplicó piedras y huesos a manera de cuña, hundiéndolos con la maza. Cuando el poste quedó bien clavado, pusieron otros varios hasta formar una especie de arco alrededor del hogar, pero a cierta distancia de éste.

Después, el anciano trajo un paquete que desenvolvió cuidadosamente con reverencia, para sacar una lámina membranosa, bien enrollada, que parecía pergamino. Al desplegarla quedaron al descubierto diversas figuras de animales: un mamut, pájaros y un león cavernario, entre otros, además de extrañas figuras geométricas. Sujetaron esta lámina a los postes de marfil, creando un biombo translúcido, apartado del fuego. Jondalar retrocedió algunos pasos para apreciar el efecto global. Después miró con más atención, curioso. Los intestinos, una vez

abiertos, vaciados y secos, solían ser translúcidos, pero aquel biombo estaba hecho de otro material. Creyó adivinar de qué se trataba, pero no estaba seguro.

—Esto no está hecho con intestinos, ¿verdad? Habría sido necesario coserlos y aquí veo una sola pieza —Mamut asintió—. Entonces debe tratarse de la capa membranosa que cubre por dentro el pellejo de un animal muy grande, extraído entero mediante algún sistema especial.

El viejo sonrió.

—Un mamut —dijo—. Una hembra de mamut blanca.

Jondalar dilató los ojos y volvió a mirar el biombo, con gran respeto.

—Cada Campamento recibió una parte de la mamut blanca, puesto que había entregado su espíritu durante la primera cacería de una Reunión de Verano. Casi todos los Campamentos querían algo blanco. Yo pedí esto; lo llamamos «piel de sombra». Tiene menos sustancia que cualquiera de las otras partes blancas y no se puede exhibir para que todos vean sus poderes, pero creo que lo sutil es más poderoso. Esto es más que un pequeño trozo, encerraba el espíritu interior del animal entero.

Brinan y Crisavec irrumpieron de golpe en el Hogar del Mamut, persiguiéndose por el pasillo que venía desde el Hogar del Uro y el Hogar de la Cigüeña. Al caer enredados, luchando, estuvieron a punto de rodar contra el delicado biombo, pero se detuvieron ante la flaca pantorrilla de una pierna larga, que les cerraba el paso. Levantaron la vista directamente hacia la figura del Mamut, y ambos ahogaron una exclamación. Luego miraron al anciano.

Jondalar no vio expresión alguna en la cara de Mamut, pero los dos niños, de siete y ocho años, se levantaron precipitadamente y, esquivando con cuidado el biombo, se alejaron caminando hacia el primer hogar, como si hubieran recibido una dura reprimenda.

—Parecían contritos, casi asustados, pero tú no has pronunciado una palabra. Y nunca he notado que te tuvieran miedo —observó Jondalar.

—Han visto el biombo. A veces, al mirar la esencia de un espíritu poderoso, ves tu propio corazón.

Jondalar sonrió, asintiendo, pero no creía haber comprendido lo que el viejo chamán quería decir. «Habla como un Zelandoni», pensó, «con sombras en la lengua, como lo hacen con frecuencia los que tienen esa vocación». De todos modos, no tenía muchos deseos de ver su propio corazón.

Al pasar por el Hogar del Zorro, los niños saludaron con la cabeza al tallista, que les miró con una sonrisa. La sonrisa de Ranec se acentuó al volver a fijar su atención en el Hogar del Mamut, hacia donde observaba desde hacía rato. Ayla acababa de aparecer; de pie frente a la cortina, daba tirones a su túnica para acomodarla. Aunque su piel oscura no lo reflejó, el rostro de Ranec enrojeció al verla. Sintió que los latidos de su corazón se aceleraban y se estremeció de deseo.

Cuanto más la veía, más exquisita la encontraba. Los largos rayos del sol, que

penetraban por el agujero del humo, parecían enfocar deliberadamente sobre ella su luz reverberante. El tallista quiso grabar en su memoria aquel momento, llenarse los ojos de ella, colmándola para sus adentros de ardientes elogios. La espesa cabellera caía en ondas suaves alrededor de su cara, como una nube dorada que jugara con los rayos del sol; sus movimientos, nada estudiados, representaban la quintaesencia de la gracia. Nadie sospechaba los tormentos que él había sufrido en su ausencia, ni la felicidad que experimentaba porque iba a ser uno de ellos. Frunció el ceño al ver que Jondalar se acercaba para abrazarla, posesivo, bloqueándole la vista.

Caminaron juntos hacia él para dirigirse al primer hogar. Ayla se detuvo para contemplar el biombo; se quedó visiblemente impresionada, admirada. Jondalar se rezagó al pasar por el Hogar del Zorro. Ranec vio que Ayla enrojecía de contento al verle, pero enseguida bajó la vista; Jondalar no disimulaba su enfado y sus celos, en tanto que Ranec se esforzaba por mostrarse lleno de confianza y cinismo. Los ojos del tallista se desviaron automáticamente hacia la serena mirada del hombre que marchaba detrás de Jondalar, el anciano que representaba la esencia de la espiritualidad en el Campamento, y por algún motivo se sintió desconcertado.

Al acercarse al primer hogar, Ayla comprendió por qué no había visto grandes preparativos para el festín. Nezzie estaba supervisando el vaciado de un hoyo para asar, abierto en el suelo, lleno de hojas marchitas y heno humeante; los aromas que surgían del foso hacían la boca agua a todo el mundo. Los preparativos se habían iniciado antes de que todos fueran a buscar arcilla, y la comida se cocinó mientras ellos trabajaban. Ahora sólo faltaba servirla a los miembros del Campamento, siempre dispuestos a hacer gala de un apetito voraz.

Primero se sirvieron ciertas raíces redondas y duras, que soportaban bien las cocciones largas; siguieron cestos llenos con una mezcla de tuétano, moras y varios cereales triturados, junto con aceitosos piñones. El resultado, tras haber cocido horas al vapor, tenía una consistencia de budín que conservaba la forma del cesto una vez fuera de éste. No era dulce, aunque las moras le daban un delicioso sabor frutal, pero sí delicioso. Después sacaron una pierna entera de mamut, impregnada de vaho y de una gruesa capa de grasa, que se deshacía de tierna.

Como el sol se estaba poniendo y el viento era cada vez más fuerte, todos corrieron al interior del albergue, cargados con la comida. Esta vez, ante la invitación a tomar el primer bocado, Ayla no se mostró tan tímida. El banquete era en su honor; aunque todavía le costaba sentirse el centro de atención, le hacía feliz conocer los motivos.

Deegie fue a sentarse a su lado, y Ayla no pudo por menos de contemplarla. La muchacha se había recogido la espesa cabellera castaño-rojiza, trenzándola sobre la cabeza, con una sarta de cuentas de marfil, talladas a mano, que lanzaban destellos contrastantes. Vestía una especie de túnica larga, de cuero flexible, que le caía desde el cinturón en suaves pliegues; estaba teñida de un intenso color marrón, con un acabado brillante. No tenía mangas, pero era ancha a la altura de los hombros, dando

la impresión de mangas cortas. Flecos hechos con largos pelos rojizos de mamut le caían por la espalda y por delante, donde se observaba un corte en forma de V, llegándole más abajo de la cintura.

Realzaba el escote una triple hilera de cuentas de marfil y un collar de pequeñas conchas cónicas, espaciadas por tubos cilíndricos de caliza y trozos de ámbar. En el antebrazo derecho, Deegie lucía un brazalete de marfil, con un diseño geométrico que se repetía en el cinturón en tonos rojos, amarillos y pardos, tejido con pelos de animal. Del cinturón pendían un cuchillo de pedernal con mango de marfil, con su vaina de cuero crudo, y la parte inferior de un cuerno de uro negro, en forma de taza, talismán del Hogar del Uro.

La falda había sido cortada en diagonal, comenzando en los costados por arriba de las rodillas, hasta terminar en pico por delante y por detrás. El ruedo estaba decorado por tres hileras de cuentas de marfil, una banda de piel de conejo y otra banda de piel confeccionada con los lomos rayados de varias ardillas. De este borde pendían más flecos hechos con pelo largo de mamut, que llegaban hasta la mitad de la pantorrilla. Como la muchacha no llevaba polainas, las piernas asomaban entre los flecos, cubiertas por sus botas altas, de color pardo oscuro, que en la parte correspondiente al pie eran de tipo mocasín y que tenían un brillo excepcional.

Ayla se encontró preguntándose cómo harían para que el cuero brillara de aquel modo, mientras que el que ella usaba tenía la textura natural y suave del ante. No se cansaba de mirar a Deegie, llena de admiración. Le parecía la mujer más hermosa que había visto en su vida.

—Deegie, hermosa… ¿túnica?

—Podrías llamarla así. En realidad, es un vestido de verano que me hice para la Reunión del último año, cuando Branag se me declaró. Iba a ponerme otra cosa, pero cambié de idea. Sabía que estaríamos dentro y que, con las celebraciones, haría calor.

Jondalar fue a reunirse con ellas; por lo visto, también él encontraba muy atractiva a Deegie. Cuando la sonrió, el encanto que le hacía irresistible expresó su admiración, provocando la invariable respuesta. Deegie le sonrió con calor, invitadoramente.

Talut se les acercó con una enorme bandeja llena de comida. Ayla quedó boquiabierta. El jefe lucía un sombrero fantástico, tan alto que llegaba a rozar el techo. Estaba fabricado con cuero teñido de distintos colores, diferentes tipos de piel (incluida una larga cola de ardilla que le colgaba por la espalda) y los extremos delanteros de dos colmillos de mamut, relativamente pequeños, los cuales sobresalían a ambos lados de su cabeza, unidos en el medio como los de la arcada del albergue. La túnica, que le caía hasta las rodillas, era de un marrón intenso, al menos en las partes que quedaban a la vista, pues la pechera estaba ricamente decorada por un complejo diseño de cuentas de marfil, dientes de animales y diversas clases de conchas.

Lucía además un pesado collar hecho con garras de león cavernario y un canino,

intercalados con ámbar; en el pecho, una placa de marfil, con enigmáticas incisiones. Un ancho cinturón de cuero negro ceñía su cintura por medio de correas que terminaban, por delante, en unas borlas. De él pendían una daga, un cuchillo de pedernal y un objeto redondo, en forma de rueda, del que colgaba un saquito, algunos dientes y la borla del rabo de un león cavernario. Unos flecos de pelo de mamut, que casi barrían el suelo, revelaban que sus polainas estaban tan adornadas como la túnica.

Su brillante calzado negro ofrecía un interés especial, no por los motivos que lo decoraban, puesto que carecía de ellos, sino por la ausencia de toda costura visible. Daba la impresión de que se trataba de una sola pieza de cuero suave, justo de la medida de su pie. Aquél era uno más de los enigmas que Ayla aspiraba a resolver más adelante.

—¡Jondalar! Veo que has encontrado a las dos mujeres más bellas de la reunión —dijo Talut.

—En efecto —respondió el joven, sonriendo.

—Apostaría a que estas dos pueden hacerse valer en cualquier reunión —continuó el jefe—. Tú que has viajado, ¿qué opinas?

—No lo discuto. He visto muchas mujeres, pero en ninguna parte más bellas que aquí.

Al decir esto, Jondalar miraba directamente a Ayla. Luego sonrió a Deegie, que se echó reír. Disfrutaba del juego, pero no albergaba dudas sobre los sentimientos del visitante. Y Talut siempre le hacía cumplidos exagerados. Ella era de su casta, su legítima heredera, hija de su hermana, quien a su vez era hija de la propia madre del jefe. Él amaba a los hijos de su hogar y proveía sus necesidades, pero eran de Nezzie, herederos de Wymez, el hermano de ésta. Nezzie había adoptado también a Ranec, puesto que su madre había muerto, y eso hacía de él tanto el hijo del hogar de Wymez como su legítimo vástago y heredero, pero se trataba de una excepción.

Todos los miembros del Campamento habían acogido de buen grado la oportunidad de exhibir sus galas; Ayla trataba de no fijar sus ojos en ellos para contemplarlos a sus anchas. Llevaban túnicas de diversa longitud, con o sin mangas, de una gran variedad de colores y con adornos individuales. Las de los hombres eran más cortas, más decoradas y estaban complementadas por algún tipo de sombrero. Las mujeres, en general, habían optado por el bajo cortado en V, aunque la prenda de Tulie se parecía, antes bien, a una falda con cinturón, usada con polainas. La muchacha no usaba sombrero, pero su cabellera estaba peinada y decorada con tal profusión que era como si lo llevara.

Entre todas las túnicas, la más singular era la de Crozie. En vez de terminar en punta delante, estaba cortada en diagonal en toda su amplitud, con una punta redondeada a la derecha y una incisión, redondeada también, a la izquierda. Pero lo más asombroso era su color. El cuero era blanco, no como el blanco del marfil, sino como el de la nieve; entre otros adornos, lucía las plumas blancas de la gran cigüeña

septentrional.

Hasta los niños habían sido ataviados para la ceremonia. Cuando Ayla vio a Latie al fondo del grupo que la rodeaba a ella y a Deegie, la invitó a acercarse para mostrarle su atuendo; en realidad, deseaba invitarla a quedarse con ellas. Latie, admirada por la aplicación que Ayla había dado a las cuentas y a las conchas de Deegie, resolvió disponer las suyas del mismo modo. Ayla sonrió; como no se le ocurriera mejor manera de lucirlas, había acabado por enroscar las sartas entre sí para envolvérselas a la cabeza, cruzando la frente, tal como hacía con la honda. Todos se apresuraron a incluir a Latie en las bromas, y la niña sonrió cuando Wymez le dijo que estaba encantadora, un cumplido inusitado para el lacónico fabricante de herramientas. En cuanto la niña se unió a ellos, Rydag la siguió de inmediato, y Ayla lo sentó en su regazo. El pequeño llevaba una túnica parecida a la de Talut, aunque mucho menos ornamentada, pues no habría podido cargar con una ínfima parte de tanto peso. El atuendo ceremonial de Talut pesaba varias veces más que el propio Rydag. Pocos hombres habrían sido capaces de sostener ni siquiera el sombrero.

Ranec, en cambio, tardaba en aparecer. Ayla notó varias veces su ausencia y le buscó con la vista. Al fin la cogió por sorpresa. Todos habían disfrutado exhibiendo sus ropas ante ella, para ver su reacción, pues Ayla no disimulaba su admiración. Ranec había estado observándola de lejos y quiso causar un efecto inolvidable, por lo que volvió al Hogar del Zorro para cambiarse. Después de vigilarla desde el Hogar del León, acababa de deslizarse a su lado mientras estaba distraída con la conversación. Cuando ella se volvió de pronto, descubriéndole allí, su mirada de asombro le reveló que había logrado el efecto buscado.

El corte y el estilo de su túnica eran originales; la cintura estrecha y las amplias mangas delataban su origen extranjero: no era una prenda de los Mamutoi. Había pagado un precio muy alto para conseguirla, pero desde la primera vez que la vio sospechó que la iba a necesitar. Algunos años atrás, uno de los del Campamento del Norte había realizado un viaje de negocios hacia una población situada al oeste, en cierto modo emparentada con los Mamutoi. El jefe había recibido la túnica como prenda de los lazos que les unían y de futuras relaciones de amistad. No estaba dispuesto a deshacerse de ella, pero Ranec se había mostrado tan interesado y había ofrecido un precio tan elevado que no pudo negarse a sus pretensiones.

La mayoría de las prendas de los miembros del Campamento del León estaban teñidas en tonos marrones, rojos o amarillos oscuros, profusamente decorados con cuentas de marfil, dientes, conchas y ámbar y realzadas con pieles y plumas. La túnica de Ranec era de un tono marfileño cremoso, más suave que el blanco puro, lo que creaba un asombroso contraste con su piel oscura. Pero lo más llamativo era la ornamentación. Tanto la espalda como la pechera habían sido utilizados como base de unas pinturas, ejecutadas con púas de puercoespín y finos cordones con los colores primarios, brillantes, violentos.

La pechera mostraba el retrato abstracto de una mujer sentada, hecha con círculos

concéntricos rojos, anaranjados, azules, negros y marrones; un conjunto de círculos representaba el vientre; dos más, los pechos. Arcos de otros círculos dentro de círculos indicaban las caderas, los hombros y los brazos. La cabeza era un triángulo, con la barbilla en punta y la parte superior aplanada; en vez de facciones, mostraba enigmáticas líneas. En el centro de los círculos que representaban los pechos y el vientre había un granate, obviamente para indicar el ombligo y los pezones. En los bordes que limitaban la superficie aplanada de la cabeza llevaba incrustadas piedras de colores: turmalinas verdes y rosas, granates, aguamarinas. La espalda mostraba a la misma mujer vista desde atrás, con círculos concéntricos enteros o parciales representando nalgas y hombros. La misma serie de colores se repetía varias veces en el amplio borde de las mangas.

Ayla quedó pasmada, enmudecida, con los ojos muy abiertos. Hasta Jondalar estaba sorprendido. Había viajado mucho, conocido a gentes diferentes con distintas indumentarias de diario o de ceremonia. Estaba familiarizado con la técnica del bordado a púa y admiraba el procedimiento del teñido, pero nunca había visto una prenda tan impresionante ni con tanto colorido.

—Ayla —dijo Nezzie, retirándole el plato—, Mamut quiere hablar contigo un momento.

Al levantarse la muchacha, todos comenzaron a recoger los restos de la comida y los platos, a fin de prepararse para la ceremonia. Durante el largo invierno que apenas había comenzado, se celebrarían buen número de festines y ceremonias, para dar interés y variedad a este período relativamente inactivo: la celebración de los Hermanos y Hermanas, el banquete de la Noche Larga, el certamen de las Risas y varios festivales en honor de la Madre. Sin embargo, la adopción de Ayla era una ocasión inesperada y, por tanto, más apreciada aún.

Mientras todos iniciaban la marcha hacia el Hogar del Mamut, Ayla preparó los materiales para encender fuego, tal como el anciano la había indicado. Luego esperó, súbitamente nerviosa y excitada. Se le había explicado el desarrollo de la ceremonia, en líneas generales, para que supiera qué esperar y lo que se esperaba de ella; pero no se había criado con los Mamutoi. Sus inclinaciones y sus normas de conducta no formaban parte de su naturaleza. Al parecer, Mamut se había dado cuenta de su preocupación y había tratado de tranquilizarla, pero ella seguía atormentándose ante el temor de hacer algo inadecuado.

Sentada en una esterilla, cerca del hogar, observó a los que la rodeaban. Por el rabillo del ojo vio que Mamut bebía de un solo trago el contenido de una taza. Notó que Jondalar estaba sentado en la plataforma de dormir de ambos, solo. Parecía preocupado y no muy feliz, lo cual la llevó a preguntarse si no cometía un error al convertirse en Mamutoi. Cerró los ojos y elevó un pensamiento a su tótem. Si el Espíritu del León Cavernario no lo quería así, ¿le habría enviado una señal?

Comprendió que la ceremonia estaba a punto de iniciarse cuando Talut y Tulie se acercaron para ponerse a ambos lados de ella. Mamut volcó cenizas frías en el último

fuego que ardía en el recinto. Aunque el ritual ya se había celebrado en ocasiones anteriores y los del Campamento sabían a qué atenerse, la espera en la oscuridad era una experiencia desconcertante. Ayla sintió una mano en el hombro y provocó la chispa, que hizo estallar un coro de suspiros de alivio.

Cuando el fuego quedó bien encendido, se incorporó. Talut y Tulie se adelantaron un paso, uno a cada lado, cada cual con una vara de marfil en las manos. Mamut permanecía detrás de Ayla.

—En el nombre de Mut, la Gran Madre Tierra, nos hemos reunido para recibir a Ayla en el Campamento del León de los Mamutoi —dijo Tulie—. Pero hacemos más que dar la bienvenida a esta mujer en el Campamento del León. Llegó aquí como extranjera; deseamos hacer de ella una de nosotros, convertirla en Ayla de los Mamutoi.

Talut habló a continuación:

—Somos cazadores del gran mamut lanudo, que nos ha sido dado por la Madre. El mamut es alimento, abrigo, refugio. Si honramos a la Madre, ella hará que el Espíritu del Mamut se renueve y retorne en cada temporada. Si la deshonramos y no sabemos apreciar el Don del Espíritu del Mamut, el mamut se marchará para no volver. Así se nos ha dicho.

»El Campamento del León es como el gran león cavernario: cada uno de nosotros pisa sin miedo y con orgullo. También Ayla pisa sin miedo y con orgullo. Yo Talut, del Hogar del León, jefe del Campamento del León, ofrezco a Ayla un sitio entre los Mamutoi del Campamento del León.

—Es un gran honor el que se le ofrece. ¿Qué la hace digna de tanta distinción? —inquirió una voz, entre los allí reunidos.

Ayla reconoció la voz de Frebec. Por suerte, le habían dicho que la pregunta formaba parte de la ceremonia.

—Por el fuego que ves, Ayla ha demostrado su valor. Ha descubierto un gran misterio, una piedra de la que se puede extraer fuego, y ha ofrecido gratuitamente su magia a cada uno de los hogares —respondió Tulie.

—Ayla es mujer de grandes dones y talentos —agregó Talut—. Al salvar vidas, ha demostrado su valía como curandera hábil. Al traer comida, ha demostrado su valía como cazadora, con la honda y con un arma nueva, llegada con ella, el lanzavenablos. Por los caballos que están detrás de esta arcada, ha probado su maestría como dominadora de animales. Traería estima a cualquier hogar y prestigia al Campamento del León. Es digna de los Mamutoi.

—¿Quién habla en favor de esta mujer? ¿Quién será responsable de ella? ¿Quién le ofrecerá el parentesco de su Hogar? —invocó Tulie, en voz alta y clara, mirando a su hermano.

Sin embargo, antes de que Talut pudiera responder, se oyó otra voz.

—¡El Mamut habla en favor de Ayla! ¡El Mamut se hará responsable! ¡Ayla es hija del Hogar del Mamut! —dijo el viejo chamán, con una voz más grave, más fuerte

y más autoritaria de lo que Ayla hubiera sospechado nunca.

Se oyeron exclamaciones sorprendidas y murmullos en la oscuridad. Todos pensaban que sería adoptada por el hogar del León. Aquello era algo inesperado… ¿o quizá no? Ayla nunca había dicho que fuera chamán ni que deseara serlo; no se comportaba como si estuviera familiarizada con lo desconocido y lo incognoscible; no estaba iniciada para manejar poderes especiales. No obstante, era una Mujer Que Cura. Poseía un dominio especial sobre los caballos y, tal vez, sobre otros animales. Podía ser una Buscadora, tal vez una Llamadora. Aun así, el Hogar del Mamut representaba la esencia espiritual de aquellos hijos de la Tierra que se denominaban a sí mismos cazadores de mamuts. Ayla ni siquiera sabía expresarse bien en el idioma de los Mamutoi. ¿Cómo podía, sin conocer sus costumbres, sin saber nada de Mut, interpretar para ellos las necesidades y los deseos de la Madre?

—Talut iba a adoptarla, Mamut —observó Tulie—. ¿Por qué debe ir al Hogar del Mamut? No se ha dedicado a Mut y no está adiestrada para servir a la Madre.

—No he dicho que lo esté ni que lo vaya a estar jamás, Tulie, aunque está mejor dotada de lo que imaginas y sería lo más prudente prepararla, por su propio bien. Tampoco he dicho que será hija del Hogar del Mamut; he afirmado que es hija del Hogar del Mamut. Nació para él, elegida por la propia Madre. Sólo ella puede decidir si quiere ser adiestrada o no, pero eso no importa en absoluto. Ayla no necesita dedicarse a la Madre; eso no está en sus manos. Adiestrada o no, su vida estará al servicio de la Madre. Hablo en su favor no para prepararla, a menos que ella lo desee. Quiero adoptarla como hija de mi Hogar.

Mientras escuchaba al anciano, Ayla experimentó un súbito escalofrío. No le gustaba la idea de que su destino hubiera sido decretado, fuera de su alcance, elegido para ella a la hora de nacer. ¿Qué significaba eso de que había sido elegida por la Madre, de que su vida transcurriría en servicio suyo? ¿Acaso también era una escogida por la Madre? Creb le había dicho, al explicarle lo que eran los tótems, que había un motivo para que el Espíritu del Gran León Cavernario la hubiera escogido. Dijo también que necesitaría una poderosa protección. ¿Significaría aquello ser escogida por la Madre? ¿Por eso necesitaba protección? ¿O quería decir que, si se convertía en Mamutoi, el León Cavernario dejaría de ser su tótem, de protegerla? Este pensamiento resultaba inquietante. Ella no quería perder su tótem. Sacudió la cabeza, tratando de sacudirse aquel mal presentimiento.

Si Jondalar se sentía inquieto con respecto a aquella adopción, el repentino giro de los acontecimientos aumentó su intranquilidad. Oyó los comentarios en voz baja de los presentes y se preguntó si sería cierto que Ayla iba a ser una de ellos. Incluso cabía en lo posible que fuera una Mamutoi antes de extraviarse; Mamut decía que había nacido para el Hogar del Mamut.

Ranec estaba radiante. Quería que Ayla formara parte del Campamento, pero si la adoptaba el Hogar del León, sería su hermana. Y él no tenía ningún deseo de tenerla por hermana. Quería unirse a ella, cosa imposible entre hermanos. Como ambos

serían hijos adoptivos y no compartían, obviamente, la misma madre, había pensado buscar otro hogar en adopción para seguir cortejándola, por mucho que le disgustara cortar su vínculo con Nezzie y Talut. Pero si la adoptaba el Hogar del Mamut, eso no sería necesario. Le complacía especialmente el hecho de que fuera adoptada como hija de Mamut y no como alguien destinada a Servir, aunque ni siquiera eso le habría hecho desistir.

Nezzie se sentía algo desilusionada, pues ya consideraba a Ayla como hija suya. Pero lo más importante era que la muchacha permaneciera entre ellos. Si Mamut la quería adoptar, eso la haría aún más aceptable para el Consejo, en la Reunión de Verano. Talut le echó una mirada; como ella asintiera, cedió ante Mamut. Tulie tampoco tenía ninguna objeción que hacer. Los cuatro conferenciaron apresuradamente, y Ayla se manifestó de acuerdo. Por algún motivo que no acertaba a definir, le gustaba ser la hija de Mamut.

Cuando volvió a reinar el silencio en el albergue en penumbra, Mamut levantó la mano, con la palma hacia dentro.

—¿Quiere la mujer, Ayla, adelantarse?

La muchacha se acercó, con las rodillas temblorosas y el estómago revuelto.

—¿Quieres formar parte de los Mamutoi? —preguntó él.

—Sí —respondió Ayla, con voz entrecortada.

—¿Honrarás a Mut, la Gran Madre, reverenciando a todos Sus Espíritus, especialmente al Espíritu de Mamut, sin ofenderlo jamás? ¿Te esforzarás en ser digna de los Mamutoi, en honrar al Campamento del León, respetando siempre al Mamut y a lo que su Hogar del Mamut representa?

—Sí —apenas podía decir palabra. No estaba segura de poder cumplir con todo aquello, pero al menos lo intentaría.

Mamut se volvió hacia los presentes.

—¿Acepta el Campamento a esta mujer?

—La aceptamos —respondieron todos al unísono.

—¿Hay alguien que la rechace?

Hubo un prolongado silencio. Ayla no estaba muy segura de que Frebec no alzara su voz oponiéndose, pero nadie replicó.

—Talut, jefe del Campamento del León, ¿quieres grabar la marca? —El tono de Mamut sonaba solemne.

Cuando Ayla vio que el pelirrojo sacaba su cuchillo de la vaina, su corazón se aceleró. No se lo esperaba. No sabía lo que iba a hacer Talut con el cuchillo, pero sin duda no le gustaría. El corpulento jefe le cogió un brazo, apartó la manga y trazó rápidamente una marca recta en el antebrazo, haciendo brotar la sangre. Ayla sintió el dolor, pero no hizo ni una sola mueca. Con la sangre aún fresca en el cuchillo, Talut hizo una incisión recta en el trozo de marfil que pendía de su propio cuello, sostenido por Mamut, dejando una marca roja. Luego el anciano pronunció algunas palabras que Ayla no entendió. Ignoraba que los demás tampoco las comprendían.

—Ayla es ahora una más entre la gente del Campamento del León, una más entre los Cazadores de Mamuts —dijo Talut—. Esta mujer es y será por siempre Ayla de los Mamutoi.

Mamut cogió un cuenco pequeño y vertió un líquido irritante en la incisión de su brazo (ella comprendió que se trataba de una solución antiséptica), antes de ponerla de cara al grupo.

—Demos la bienvenida a Ayla de los Mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar del Mamut…

Hizo una pausa y añadió:

—Elegida por el espíritu del Gran León Cavernario.

El grupo repitió las palabras. Ayla se dio cuenta de que, por segunda vez en su vida, era recibida y aceptada, convertida en miembro de un pueblo cuyas costumbres apenas conocía. Cerró los ojos, oyendo en su mente el eco de aquellas palabras. Y entonces captó su significado. ¡Mamut había incluido su tótem! ¡Ya no era Ayla del Clan, no había perdido su tótem! Seguía bajo la protección del León Cavernario. Más aún: ya no era Ayla Sin Pueblo. ¡Era Ayla de los Mamutoi!

Capítulo 18

—Siempre podrás hacer valer tu pertenencia al santuario del Hogar del Mamut, Ayla, donde quiera que estés. Por favor, acepta este símbolo, hija de mi hogar.

Mamut se quitó del brazo un aro de marfil, tallado con líneas en zigzag, y ató los extremos perforados al brazo de Ayla, por debajo del pequeño corte. Luego le dio un cálido abrazo.

Ayla, con lágrimas en los ojos, fue a la plataforma-cama donde estaban dispuestos sus regalos, los limpió y cogió un cuenco de madera. Era redondo y sólido, pero de una finura uniforme; no lucía pinturas ni talla; tan sólo un diseño sutil de la misma veta, simétricamente equilibrado.

—Por favor, acepta regalo cuenco de medicinas de hija de hogar, Mamut —dijo —. Y si permites, hija de hogar llenará el cuenco cada día con medicina para dolores en junturas de dedos, brazos y rodilla.

—¡Ah! Me encantaría contar este invierno con algún remedio para aliviar mi artritis —declaró él, con una sonrisa, mientras pasaba el cuenco a Talut, quien lo estudió con un gesto de asentimiento y lo entregó después a Tulie.

La jefa lo examinó con aire crítico; al principio le pareció demasiado simple por la falta de adornos a los que estaba habituada. Pero al mirarlo con más atención, deslizando las yemas de los dedos por la pulida superficie, reparó en la perfección de su forma y simetría; era, sin duda, una obra bien ejecutada, tal vez la mejor muestra de artesanía en su clase que había visto en su vida. Conforme el cuenco pasaba de mano en mano, despertaba interés y curiosidad entre la gente, que se preguntaba si los otros presentes que la muchacha había traído serían tan bellos y originales.

A continuación se adelantó Talut, para dar a Ayla un gran abrazo, y le entregó un cuchillo de pedernal con mango de marfil, en una funda de cuero crudo teñido de rojo. El marfil presentaba un intrincado diseño, similar al del cuchillo que Deegie lucía en su cinturón. Al sacar el cuchillo de su vaina, la muchacha adivinó inmediatamente que la hoja había sido hecha por Wymez y sospechó que el mango había sido tallado por Ranec.

Ayla ofreció a Talut una pesada piel oscura, que provocó en el hombrón una amplia sonrisa cuando desplegó aquella gran capa que estaba hecha con la piel entera de un bisonte. Cuando se lo puso sobre los hombros, el espeso pelaje le hizo parecer aún más corpulento, efecto que le complació. Luego reparó en el modo en que se adaptaba a sus hombros, cayendo en dóciles pliegues, y examinó con atención el interior suave y blanco del cálido manto.

—¡Mira esto, Nezzie! —exclamó—. ¿Habías visto alguna vez un cuero tan suave bajo una piel de bisonte? ¡Y qué cálido es! No quiero que se utilice para hacer otras prendas, ni siquiera una pelliza. Lo voy a usar tal como está.

Ayla sonrió al observar su satisfacción, contenta de que su regalo fuese tan apreciado. Jondalar, algo más atrás, miraba por encima de varias cabezas agazapadas,

disfrutando igualmente de aquella reacción; la esperaba, pero no por eso se alegraba menos de que sus previsiones se vieran realizadas.

Nezzie dio a Ayla un caluroso abrazo y le entregó un collar de conchas acaracoladas, cuyos tamaños y colores habían sido gradualmente ordenados, separados por pequeños fragmentos de dura tibia de zorro ártico; colgando en el centro, a modo de pendiente, se veía un gran colmillo de león cavernario. Ayla lo sostuvo mientras Tronie se lo ataba a la espalda; luego bajó la vista para admirarlo, levantando el diente del león, maravillada por la forma en que había sido perforado en la raíz.

Acto seguido la joven apartó la cortina frente a la plataforma y sacó un cesto muy grande, cubierto, que puso a los pies de Nezzie. Parecía bastante sencillo, ya que las hierbas con que estaba tejido no habían sido teñidas; ningún motivo geométrico de color, ninguna figura de pájaro o animales decoraba los laterales ni la tapa. Pero fijándose bien, la mujer reparó en el diseño sutil y en la destreza de la artesanía. Sin duda era lo bastante impermeable como para servir en la cocina.

Al levantar Nezzie la tapa para examinarlo por dentro, todo el campamento expresó su sorpresa. El cesto estaba dividido en secciones, mediante flexible corteza de abedul, y lleno de comida. Había allí pequeñas manzanas duras, zanahorias silvestres, dulces y sabrosas, nudosas y mondadas chufas ricas en almidón, cerezas deshuesadas y desecadas, brotes de «hemerocallis» desecados pero aún verdes, rechonchos y tiernos granos de arveja en sus vainas desecadas, setas secas, tallos secos de cebollas verdes y algunas legumbres no identificadas. Nezzie la sonrió satisfecha después de examinar la selección. Era un regalo perfecto.

A continuación se aproximó Tulie. Su abrazo de bienvenida no carecía de afecto, pero era más formal; presentó su regalo con un ademán que, sin demostrar afectación, delataba un adecuado sentido de lo ceremonioso. Su regalo consistía en un pequeño recipiente, exquisitamente decorado. Había sido tallado en madera, en forma de una cajita de bordes redondeados. Tenía tallas pintadas de peces y trozos de conchilla pegados. El conjunto daba la impresión de un fondo marino lleno de peces y plantas subacuáticas. Cuando Ayla levantó la tapa, descubrió la finalidad de aquella caja tan preciosa: estaba llena de sal.

Tenía cierta idea del valor de la sal. Durante su vida con el Clan, que habitaba una zona próxima al mar de Beran, había considerado la sal como algo corriente. Resultaba fácil de obtener y hasta se curaban algunos pescados con ella; tierra adentro, en cambio, allá en su valle, le había costado bastante acostumbrarse a la falta de sal. El Campamento del León estaba aún más lejos del mar que su valle. Tanto la sal como las conchas eran traídas desde grandes distancias. Sin embargo, Tulie le regalaba toda una caja de sal. Era un obsequio raro y costoso.

Ayla se sentía algo intimidada al entregar su regalo a la Mujer Que Manda; esperaba que Jondalar no se hubiera equivocado al sugerírselo. La piel escogida era de un leopardo de las nieves, concretamente de uno que pretendió arrebatarle una

pieza que ella había cobrado el verano en que ella y Bebé aprendían a cazar juntos. Pensaba contentarse con ahuyentarlo, pero el cachorro de león cavernario tenía otras ideas. Ayla se limitó a arrojarle una piedra con su honda; sin embargo, antes de que Bebé y el leopardo, joven pero ya adulto, se enzarzaran en una lucha que parecía inevitable, se apresuró a abatir al felino de un segundo disparo de su honda.

Era evidente que Tulie no lo esperaba, y sus ojos delataron su alegría. Pero sólo cuando sucumbió a la tentación de echársela sobre los hombros notó sus características únicas, la calidad que Talut había comentado. Era increíblemente suave por dentro. Por lo común, las pieles eran más rígidas que el cuero, pues sólo podían ser tratadas por una cara con los rascadores empleados para proporcionarlas flexibilidad y suavidad. Además, el método de los Mamutoi las hacía más duraderas y resistentes que aquélla, pero no tan suaves y blandas. Tulie quedó más impresionada de lo que esperaba y decidió averiguar qué técnica empleaba Ayla.

Wymez se aproximó con un objeto envuelto en piel suave. Al abrirlo, la muchacha se quedó sin aliento. Era una magnífica punta de lanza. Como las que ella admiraba tanto. Centelleaba a la luz del fuego como una gema de facetas labradas, confiriéndole mayor valor aún. Su regalo para él era una sólida esterilla, hecha de hierbas, en la que podría sentarse para trabajar. En su mayoría, los cestos y las esterillas de Ayla no tenían diseños de colores, pero durante el último invierno pasado en su cueva había empezado a experimentar con diferentes hierbas de distintos colores naturales. El resultado, en combinación con sus habituales diseños de tramados, producía en este caso el efecto sutil pero identificable de un enjambre de estrellas; a ella le gustó mucho cuando lo hizo. Ahora, cuando estaba eligiendo los objetos que iba a regalar, las llamas que irradiaban desde el centro la habían hecho pensar en las bellas puntas de lanza de Wymez, y la textura del tejido la habían recordado las menudas lascas que hacía saltar del pedernal; se preguntó si él se daría cuenta.

Después de examinarla, él la obsequió con una de sus raras sonrisas.

—Es hermosa —dijo—. Me recuerda los trabajos que solía hacer la madre de Ranec. Tejía las hierbas como nadie. Supongo que debería conservarla colgada en la pared, pero prefiero utilizarla. Me sentaré en ella cuando trabaje, y eso me ayudará a fijar en mi mente lo que pretendo conseguir.

Su abrazo de bienvenida no había sido, en absoluto, tan premioso como su expresión verbal. Ella comprendió que, bajo su reserva exterior, Wymez era un hombre de amistosa cordialidad y sentimentalmente receptivo.

No se había establecido un orden determinado para entregar los regalos. La siguiente persona que Ayla vio, de pie junto a la plataforma, en espera de que le dedicara su atención, fue Rydag. Se sentó junto al niño para devolverle su enérgico abrazo. Luego él abrió la mano y le tendió un tubo largo y redondeado: el hueso hueco de un pata de pájaro, con algunos agujeros practicados a lo largo. Ella lo cogió y le dio vueltas entre las manos, sin adivinar cuál era su finalidad. Rydag volvió a

cogérselo para llevárselo a la boca y sopló. El hueso emitió un sonido agudo y penetrante. Ayla hizo la prueba, sonrió, y después entregó al niño una capucha cálida e impermeable, confeccionada con una piel de glotón al estilo del Clan. Pero, al vérsela puesta, sintió un dolor desgarrador: le recordaba demasiado a Durc.

—Yo le di un silbato como éste para que me llamara en caso necesario —explicó Nezzie—. A veces no tiene suficiente aliento para gritar, pero sí para hacer sonar un silbato. Éste lo ha hecho con sus propias manos.

Deegie la sorprendió con el atuendo que había pensado ponerse aquella noche; al ver la expresión con que Ayla lo había mirado, había decidido que ése fuera su regalo. La joven se quedó sin palabras; se limitó a contemplarlo con los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca tenido nada tan bonito.

Entregó a Deegie su propio regalo: una pila de cestos y varios cuencos de madera, de diversos tamaños, que se podían utilizar como tazas para beber o como escudillas para sopa, y hasta para cocinar; podría usarlos en su hogar cuando se uniera a Branag. En una región donde la madera era tan escasa, los utensilios se fabricaban preferentemente con hueso y marfil, por lo que esos cuencos constituían un presente especial. Ambas, encantadas, se abrazaron con el cariño de dos hermanas.

Frebec, para demostrar que no le negaba un regalo decente, la obsequió con un par de botas de piel, altas hasta la rodilla, decoradas con plumas cerca de la parte superior. Ayla se alegró de haber elegido para él algunas de sus mejores pieles de reno cobradas en verano. El pelo del reno era hueco y constituía un aislante natural. La piel de verano era la preferida, pues pesaba muy poco y resultaba ser la más práctica y la más confortable para las cacerías en climas fríos. Con las piezas que acababa de entregarle, se podía confeccionar perfectamente una túnica y un pantalón, tan ligeros y abrigados que sólo en pleno invierno, cuando el frío fuera más riguroso, necesitaría el complemento de alguna prenda exterior. Él apreció como los otros la calidad de la piel, pero no hizo comentarios; su abrazo fue un tanto envarado.

Fralie le dio unos mitones de piel, que hacían juego con las botas, y Ayla le correspondió con un bello cuenco de madera para cocinar, en el que había un saquito de hojas secas.

—Espero gustará esta tisana, Fralie —dijo, mirándola fijamente a los ojos, como para dar más énfasis a sus palabras—. Bueno una taza por la mañana, cuando despertar, y tal vez por la noche, antes de dormir. Si gusta, daré más cuando acaba.

Fralie asintió con la cabeza. Se abrazaron. Frebec las miró con suspicacia, pero Ayla no había hecho sino darle un regalo, y difícilmente cabía quejarse de lo que Fralie acababa de recibir del miembro más reciente del Campamento del León. Ayla no se sentía del todo feliz en aquellas circunstancias; hubiera preferido tratar a Fralie directa y abiertamente, pero era mejor emplear un subterfugio que no ayudarla en absoluto, y Fralie no quería ponerse en una situación en la que tuviese que elegir entre su madre y su pareja.

Crozie fue la siguiente en adelantarse, con un gesto de aprobación para la muchacha. Luego le entregó un pequeño saco de cuero, cosido por los costados y fruncido en la boca. Estaba teñido de rojo y primorosamente decorado con pequeñas cuentas de marfil, además de un bordado blanco con triángulos apuntados hacia abajo. Decoraban el fondo circular pequeñas plumas de cigüeña blanca. Como Ayla se limitaba a admirarlo sin hacer ademán de abrirlo, Deegie le indicó que lo hiciera. Dentro había cordones y hebras hechas con pelo de mamut, tendones, pieles de animal y fibras vegetales, todo cuidadosamente enmadejado o enroscado en falanges de hueso. El bolso de costura contenía también hojas afiladas y punzones para cortar y perforar. La muchacha quedó encantada. Quería aprender el modo en que los Mamutoi hacían y decoraban su ropa.

Cogió de su plataforma un pequeño cuenco de madera, con una tapa bien ajustada, y se lo entregó a la anciana. Al abrirlo, Crozie la miró con expresión de desconcierto: estaba lleno de una materia grasa, de un blanco puro, marmóreo, muy suave: grasa animal, incolora, inodora e insípida, la cual había sido desprendida en agua caliente. Al olfatearla sonrió, todavía intrigada.

—Hago agua de rosa, de pétalo…, mezclo… otras cosas —trató de explicar Ayla.

—Por eso tiene tan rico olor, supongo, pero ¿para qué sirve? —preguntó Crozie.

—Para manos, cara, codos, pies. Sentir bien. Hace suave —dijo Ayla. Tomó un poco con el dedo, lo frotó en el dorso de la mano vieja, arrugada y reseca de la mujer. Una vez absorbido por la piel, Crozie se tocó la mano y cerró los ojos, palpando la piel suavizada. Cuando la vieja gruñona abrió los ojos, Ayla creyó ver en ellos un nuevo brillo, aunque no se advirtieran lágrimas en ellos. Pero cuando la mujer le dio un vigoroso abrazo de bienvenida, la muchacha la sintió temblar.

Cada regalo intercambiado hacía que todos esperaran con más ansias el siguiente, y Ayla disfrutaba tanto con lo que daba como con lo que recibía. Sus obsequios eran tan singulares para ellos como los del Campamento lo eran para ella. Nunca se había sentido tan amada, tan bien recibida. Si pensaba en ello, corría el riesgo de verter lágrimas de regocijo.

Ranec se había quedado atrás adrede, a la espera de que todos la hubieran entregado sus regalos. Quería ser el último, para que su obsequio no quedara confundido entre los otros; deseaba que entre todos los regalos escogidos, únicos, que hubiera recibido, el suyo fuera el más memorable. Al ordenar sus cosas en la plataforma tan llena como al comenzar, Ayla vio el presente que había elegido para Ranec. Tuvo que pensar un momento para recordar que aún no había intercambiado regalos con él. Con el objeto en las manos, se volvió para buscar con la vista al hombre de piel oscura y se encontró ante los dientes blancos de su burlona sonrisa.

—¿Te has olvidado del mío? —preguntó.

Estaba tan cerca de ella que podía ver las grandes pupilas negras y, por primera vez, leves surcos de luz convergente en el pardo oscuro de sus ojos, profundos, líquidos, exigentes. El calor que emanaba de él la dejó desconcertada.

—No…, oh…, no olvidé… Toma —dijo, recordando que tenía el regalo en las manos.

Se lo tendió. Los ojos de Ranec reflejaron su placer ante las frescas y espesas pieles blancas de zorro ártico que se le ofrecían. Aquel momento de vacilación dio a Ayla la oportunidad de recobrar el dominio de sí misma. Cuando él volvió a mirarla, sus pupilas brillaban con una expresión traviesa.

—Pensé tú olvidar —bromeó, con una sonrisa.

Él también sonrió, tanto por la prontitud con que ella había captado la broma como porque eso le daba pie para presentar su obsequio.

—No, no te he olvidado. Toma.

Y sacó el objeto que tenía oculto a la espalda. Ella bajó la vista hacia la pieza de marfil tallado que él acunaba entre las manos y no pudo creer en lo que veía. Ni siquiera trató de cogerla cuando Ranec liberó sus manos de las pieles blancas que aún sostenían. Le daba miedo tocarla, y miró al tallista totalmente maravillada.

—Ranec —balbuceó, vacilante, con la mano extendida. Él tuvo que obligarla casi a coger el objeto—. ¡Es Whinney! ¡Es como si tú coger Whinney pequeña! —Hizo girar entre sus manos el exquisito caballo de marfil, que medía apenas seis o siete centímetros. La escultura tenía un toque de color: ocre amarillo en el pelaje, carbón molido en las patas, las crines y el lomo, imitando la capa de Whinney—. Mira, orejitas igual, y cascos, y cola. Hasta manchas como de pelo. Oh, Ranec, ¿cómo haces?

El hombre moreno no habría podido sentirse más feliz al darle el abrazo de bienvenida. Su reacción era, exactamente, la que estaba esperando, la que había soñado, y el amor con que la observaba era tan evidente que los ojos de Nezzie se llenaron de lágrimas. Miró de soslayo a Jondalar y vio que también él lo había notado; tenía la angustia grabada en el rostro. La mujer meneó la cabeza, perspicaz.

Cuando todos los regalos hubieron sido entregados, Ayla fue con Deegie al Hogar del Uro, para ponerse el nuevo atuendo. Desde que Ranec consiguió su exótica túnica, Deegie había tratado de copiar el color; consiguió al fin aproximarse y, con cuero color crema, había hecho una túnica de mangas cortas, con escote en V y borde de la misma forma, polainas haciendo juego y cinturón de cordones tejidos a mano, con colores similares a los que decoraban la túnica. El verano transcurrido al aire libre había proporcionado un fuerte bronceado a la piel de Ayla, aclarando su pelo rubio casi hasta el tono del cuero. El traje le sentaba como si hubiera sido hecho especialmente para ella.

Con la ayuda de Deegie, Ayla se puso el brazalete de marfil regalado por Mamut, se ciñó al talle el cuchillo de Talut con su funda de cuero rojo y se colocó al cuello el collar de Nezzie. Pero cuando la joven Mamutoi insinuó que se quitara el viejo y manchado saquito de cuero que llevaba colgando sobre el pecho, Ayla se negó terminantemente.

—Es mi amuleto, Deegie. Tiene Espíritu del León Cavernario, de Clan, de mí.

Pequeñas cosas, como talla de Ranec de pequeña Whinney. Creb dijo, si pierdo amuleto, tótem no puede encontrar a mí. Moriré —trató de explicar.

Deegie reflexionó un momento, observándola. Aquel sucio saquito estropeaba todo el efecto. Hasta el cordón que lo sujetaba a su cuello estaba gastado, pero le sugirió una idea.

—¿Qué haces cuando se gasta, Ayla? Este cordón parece a punto de romperse.

—Hago saquito nuevo, nuevo cordón.

—Entonces no es la bolsa lo importante, sino lo que contiene, ¿verdad?

—Sí.

Deegie miró en derredor y, de pronto, divisó el bolso de costura que Crozie había regalado a Ayla. Lo cogió, lo vació cuidadosamente en una plataforma y se lo tendió.

—¿Hay algún motivo para que no puedas usar esto? Podemos sujetarlo con una sarta de cuentas, una de las que llevas en la cabeza, y colgártelo del cuello.

Ayla cogió el bello bolso decorado y lo observó. Después cerró la mano en torno al saquito familiar y sintió el consuelo que siempre le proporcionaba el amuleto del Clan. Pero ya no formaba parte del Clan. No había perdido su tótem. El Espíritu del León Cavernario seguía protegiéndola, las señales que había recibido conservaban toda su importancia, pero ahora era Mamutoi.

Cuando Ayla volvió al Hogar del Mamut era, de pies a cabeza, una verdadera Mamutoi, elegante y muy bella, una Mamutoi de elevado rango y evidente valía. Todas las miradas aprobaron el porte del miembro más reciente del Campamento del León. Pero dos pares de ojos la miraban con algo más que aprobación. El amor y el deseo relucían en los ojos oscuros y risueños llenos de esperanza, así como en las pupilas de un azul incomparable, brillante, veladas por una tristeza angustiada.

Manuv, con Nuvie en el regazo, sonrió afectuosamente a Ayla cuando ésta pasó por delante de ella para ir a guardar la ropa que antes llevaba. La joven correspondió con una sonrisa radiante. Se sentía tan llena de alegría, que a duras penas podía contenerse. Ahora era Ayla de los Mamutoi y haría todo lo necesario para serlo por completo. En ese momento vio a Jondalar, que conversaba con Danug; él estaba de espaldas, pero el regocijo de la muchacha se derrumbó. Tal vez fuera su postura, la inclinación de los hombros: algo, en un plano subliminal, la hizo detenerse. Jondalar no era feliz. Pero ¿qué podía hacer ella, precisamente entonces?

Corrió en busca de las piedras de fuego. Mamut le había indicado que esperara hasta más tarde para repartirlas. Una ceremonia apropiada daría a las piedras la importancia debida, realzando su valor. Recogió las pequeñas piedras metálicas y las llevó al hogar. En el trayecto pasó por detrás de Tulie, que conversaba con Nezzie y Wymez, y oyó lo que aquélla les decía.

—… Yo no tenía ni idea de que poseyera tanta riqueza. Basta mirar esas pieles. La piel de bisonte, las de zorros blancos y esa de leopardo de las nieves… No se ven muchos por aquí.

Ayla sonrió, recobrando la alegría. Sus regalos habían sido aceptables y

apreciados.

El viejo de los misterios no había estado ocioso. Mientras ella se cambiaba, Mamut había hecho otro tanto. Tenía el rostro pintado con unas líneas blancas en zigzag, que acentuaban su tatuaje, y llevaba puesta, a modo de capa, la piel de un león cavernario, el mismo cuya cola lucía Talut. El collar de Mamut estaba hecho con breves secciones ahuecadas de un pequeño colmillo de mamut, intercaladas con colmillos de distintos animales, incluido uno de león cavernario, similar al de Ayla.

—Talut está planeando una cacería, de modo que voy a efectuar una Búsqueda —dijo el chamán—. Acompáñame, si puedes… y si lo deseas. En todo caso, convendría que estuvieras preparada.

Ayla asintió, pero el estómago le dio un vuelco.

Tulie se acercó al hogar y sonrió a Ayla.

—No sabía que Deegie iba a regalarte ese vestido —dijo—. No sé si hace unos días habría estado de acuerdo con su decisión, pues trabajó mucho para hacerlo. Pero debo admitir que te sienta muy bien, Ayla.

La joven sonrió, sin saber qué respuesta darle.

—Por eso se lo di —dijo Deegie, acercándose con su instrumento musical de cráneo—. Estaba tratando de encontrar el procedimiento para que el cuero curtido fuera tan claro. Puedo hacer otro conjunto.

—Estoy listo —anunció Tornec, que llegaba también con su instrumento de hueso de mamut.

—Bien. Podéis comenzar en cuanto Ayla inicie la distribución de las piedras —dijo Mamut—. ¿Dónde está Talut?

—Sirviendo su brebaje —respondió Tornec, sonriente—, y con mucha generosidad. Dice que ésta debe ser una celebración como corresponde.

—¡Y lo será! —afirmó el corpulento jefe—. Toma, Ayla. Aquí tienes una taza. Después de todo, esta fiesta es en tu honor.

Ayla probó la bebida; su paladar no acababa de aceptar aquel sabor fermentado, pero al resto de los Mamutoi parecía encantarles. Decidió, por tanto, tomarle el gusto. Quería ser una de ellos, hacer lo que ellos hicieran, acostumbrarse a lo que a ellos les gustase. Bebió todo el contenido de la taza; Talut se la volvió a llenar.

—Talut te dirá cuándo debes iniciar la distribución de las piedras, Ayla. Antes de entregarlas, haz que salte una chispa de cada una de ellas —indicó Mamut.

Ella asintió. Su vista se fijó en la taza que tenía en la mano y apuró su contenido, sacudiendo la cabeza por lo fuerte de la bebida. Luego dejó la taza para coger las piedras.

—Ahora Ayla es miembro del Campamento del León —dijo Talut, en cuanto todos estuvieron sentados—, pero tiene un presente más que ofrecer. Para cada hogar una piedra para hacer fuego. Nezzie es la guardiana del Hogar del León. Ayla le dará la piedra para que la custodie.

Ayla se acercó a Nezzie, golpeando la pirita ferrosa como pedernal para obtener

una chispa brillante. Luego le dio la piedra.

—¿Quién es el guardián del Hogar del Zorro? —continuó diciendo Talut, mientras Deegie y Tornec comenzaban a golpear sus instrumentos de hueso.

—Yo. Ranec es el guardián del Hogar del Zorro.

Ayla le llevó una piedra y la golpeó. Pero en el momento de recibir la piedra, él susurró, con voz cálida:

—Las pieles de zorro son las más suaves y bellas que he visto en mi vida. Las pondré en mi cama y pensaré en ti todas las noches, cuando sienta esa suavidad contra mi piel desnuda.

Y le tocó la cara delicadamente con el dorso de la mano. Para ella fue como un impacto físico.

Retrocedió, confundida, mientras Talut preguntaba por el guardián del Hogar del Reno. Tuvo que golpear dos veces la piedra para obtener una chispa en beneficio de Tronie. Fralie recibió la piedra para el Hogar de la Cigüeña. Cuando entregó una a Tulie y otra a Mamut, para el Hogar del Mamut, Ayla se sentía mareada y más que dispuesta a sentarse cerca del fuego, donde Mamut le indicó.

Los tambores empezaban a hacer su efecto. El sonido era tranquilizador y apremiante a un tiempo. El albergue estaba a oscuras; la única luz provenía de una pequeña fogata, amortiguada por el biombo. A poca distancia se oía una respiración, y Ayla buscó su origen. Acurrucado cerca del fuego había un hombre… ¿o era un león? La respiración se convirtió en un gruñido grave, parecido al gruñido de advertencia de un león cavernario, aunque no igual, para el receptivo oído de la muchacha. El tamborileo vocalizado recogió el sonido, dándole resonancia y profundidad.

De pronto, con un gruñido salvaje, la figura-león dio un salto y una silueta leonina traspasó el biombo. Sin embargo, estuvo a punto de detenerse con una sacudida ante la involuntaria reacción de Ayla, quien desafió a la sombra con otro rugido, tan realista y amenazador, que arrancó una exclamación a casi todos los espectadores. La silueta recobró la postura del león y respondió con el gruñido tranquilizador del animal que retrocede. Ayla emitió un furioso bramido de victoria; luego, una serie de «jnc, jnc, jnc», cada vez más atenuados, como si el animal se alejara.

Mamut sonrió para sí. «Su imitación es tan perfecta que engañaría a un verdadero león», pensó, complacido de que ella se hubiera unido tan espontáneamente a su juego. Ayla no sabía por qué lo había hecho, pero, tras aquel primer desafío improvisado, resultó entretenido hablar con Mamut en el lenguaje de los leones. No había hecho nada semejante desde que Bebé la abandonara en el valle.

Los tambores habían dado énfasis a la escena, pero ahora seguían a la silueta que se movía sinuosamente tras el biombo. Ella estaba lo bastante cerca como para darse cuenta de que quien creaba el efecto era Mamut, pero, aun así, se dejó cautivar por aquel efecto; no obstante, se preguntaba cómo el anciano artrítico, normalmente

entumecido, podía moverse con tanta facilidad. Entonces recordó que le había visto tomar algo, un poco antes, y sospechó que se trataba de un fuerte calmante. Probablemente pagaría las consecuencias al día siguiente.

De pronto, Mamut salió de un salto de detrás del biombo y se sentó en cuclillas junto a su cráneo de mamut. Marcó en él un ritmo veloz durante unos instantes y se detuvo súbitamente. Luego cogió una taza en la que Ayla no había reparado hasta entonces, bebió un poco, se acercó a la muchacha y se la ofreció. Ayla, sin pensarlo siquiera, tomó un sorbo seguido de otro, aunque el sabor era fuerte, almizclado y desagradable. Alentada por los tambores parlantes, pronto comenzó a sentir los efectos.

Las llamas que danzaban detrás del biombo daban a los animales pintados una sensación de movimiento. Para entonces Ayla ya estaba en trance; concentró en ellos toda su atención y apenas oía, muy lejanas, las voces del Campamento, que iniciaban un cántico. Lloraba un bebé, pero el llanto parecía provenir de algún otro mundo, en tanto ella se sentía arrastrada por el extraño parpadeo de los animales sobre el biombo. Casi parecían vivos, a medida que la música de los tambores poblaba la mente de la muchacha de cascos galopantes, terneros que mugían y bramidos de mamuts.

De pronto, dejó de existir la oscuridad. Un sol brumoso iluminaba la planicie nevada. Un pequeño hato de bueyes almizcleros se apretujaba para resistir a la ventisca. Al deslizarse Ayla hacia ellos, percibió que no se encontraba sola. Mamut estaba con ella. La escena cambió. La tormenta había cesado, pero por las estepas danzaban torbellinos de nieve arrastrados por el viento, como fantasmales apariciones. Ella y Mamut se alejaron de aquella soledad desoladora. Entonces reparó en unos cuantos bisontes que permanecían estoicamente de pie, a sotavento de un estrecho valle, tratando de mantenerse al abrigo del viento. Ella corría a toda prisa por el valle del río, que labraba profundos barrancos. Siguieron un afluente que se estrechaba para formar más adelante un empinado cañón, y divisó el conocido sendero que subía desde el lecho seco de un arroyo estacional.

Luego se encontró de repente en un sitio oscuro, mirando hacia abajo, donde había una fogata pequeña y varias personas reunidas alrededor de un biombo. Oyó un lento estribillo, una constante repetición de sonidos. Cuando parpadeó ante unas caras borrosas, distinguió a Nezzie y a Talut, junto a Jondalar. La miraban con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —preguntó Jondalar, hablando en zelandonii.

—Sí, sí, estoy bien, Jondalar. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estaba?

—Tendrás que decírmelo tú.

—¿Cómo te sientes? —inquirió Nezzie—. Mamut siempre pide esta tisana cuando acaba.

—Me siento bien —respondió, incorporándose para coger la taza.

En realidad, estaba algo cansada y un poco mareada, pero no indispuesta.

—No creo que esta vez te hayas asustado, Ayla —dijo Mamut, acercándose.

Ayla sonrió.

—No, no estoy asustada. Pero ¿qué hacemos?

—Buscamos. Me parecía que eras una Buscadora. Por eso eres hija del Hogar del Mamut. Tienes otros dones naturales, Ayla, pero necesitas adiestramiento —vio cómo fruncía el ceño—. Ahora no te preocupes por eso. Habrá tiempo para pensar en ello.

Talut sirvió a Ayla otro poco de su bebida y llenó varias tazas más, mientras Mamut les hablaba de la Búsqueda; explicándoles adónde habían ido y lo que habían visto. Ella tragó el brebaje de un golpe (así no tenía un sabor tan desagradable) y trató de prestar atención, pero la bebida parecía subírsele muy pronto a la cabeza. Su mente vagaba. Notó que Deegie y Tornec aún seguían tocando sus instrumentos, pero con tonos tan rítmicos e incitantes que sentía deseos de moverse al compás. Recordó entonces la Danza de las Mujeres del Clan. Concentrarse en lo que decía Mamut le resultaba cada vez más difícil.

Se dio cuenta de que alguien la observaba y giró en redondo. Cerca del Hogar del Zorro estaba Ranec, mirándola fijamente. Él le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. De pronto apareció Talut para llenarle la taza otra vez. Ranec se adelantó y presentó su propia taza. Talut se la llenó y volvió a enfrascarse en la conversación.

—Esto no te interesa, ¿verdad? —dijo Ranec en voz baja, acercándose al oído de Ayla—. Vamos allá, donde Deegie y Tornec están tocando sus instrumentos.

—Creo no. Hablan caza.

Ayla prestó oído de nuevo a la conversación, pero había perdido tanto de ella que no sabía ya por dónde iban, y a ellos parecía no importarles que Ayla les escuchara o no.

—No perderás nada. Más tarde nos hablarán a todos de eso. Escucha —dijo Ranec, haciendo una pausa para que se oyeran los palpitantes sonidos musicales procedentes del otro lado del hogar—, ¿no preferirías ver cómo toca Tornec? Es muy diestro, desde luego.

Ayla se volvió hacia el sonido, atraída por el rítmico golpeteo. Echó un vistazo al grupo que trazaba sus planes. Luego miró a Ranec y su rostro se iluminó con una sonrisa radiante.

—¡Sí! ¡Prefiero ver Tornec! —dijo, muy complacida consigo misma.

Se levantaron, pero Ranec, que estaba muy cerca, la detuvo.

—No sigas sonriendo, Ayla —dijo, muy serio y grave.

—¿Por qué? —Su sonrisa se borró, preguntándose con honda preocupación si habría dicho o hecho algo incorrecto.

—Porque eres tan encantadora cuando sonríes que me dejas sin aliento. ¿Y cómo quieres que camine a tu lado si pierdo el aliento?

Ayla recobró la sonrisa ante aquel cumplido, pero la idea de que su sonrisa pudiera impedirle respirar la hizo reír abiertamente. Era una broma, por supuesto, aunque no estaba del todo segura. Se dirigieron hacia la nueva entrada al Hogar del

Mamut.

Jondalar les observó mientras se aproximaban. Había estado esperándola, disfrutando entretanto de los ritmos y la música, pero no le gustaba nada verla dirigirse hacia los músicos con Ranec. Los celos le subieron a la garganta; sintió la urgente necesidad de golpear a aquel hombre, que se atrevía a cortejar a la mujer a la que amaba. Pero Ranec, a pesar de su aspecto diferente, era un Mamutoi y pertenecía al Campamento del León. Jondalar era sólo un huésped. Todos defenderían al miembro de su propio grupo, y él estaba solo. Trató de razonar y dominarse. Ranec y Ayla no hacían sino caminar juntos. ¿Qué tenía eso de malo?

Desde el principio había tenido sentimientos contradictorios acerca de la adopción de la joven. Le gustaba que ella perteneciera a algún pueblo, puesto que así lo deseaba y, en realidad, de ese modo sería más aceptable para los Zelandonii. La había visto muy feliz mientras intercambiaban los regalos, y se alegraba por ello. Pero se sentía, al mismo tiempo, lejos de todo; le preocupaba como nunca la posibilidad de que ella no quisiera abandonar el Campamento, y se preguntó si no habría hecho mal en rechazar su propia adopción.

En cualquier caso, al principio se había sentido partícipe de la adopción de Ayla, pero ahora era como un extraño, incluso para ella. Ayla se había convertido en Mamutoi. Aquélla era su fiesta, su noche, para ella y para el Campamento del León. Él no le había hecho regalo alguno ni recibido nada a cambio. Ni siquiera se le había ocurrido, aunque ahora lamentaba no haberlo hecho. Pero no tenía regalo alguno que ofrecer ni a ella ni a nadie. Había llegado sin nada, no había dedicado tiempo a confeccionar y acumular objetos. En sus viajes había aprendido mucho, pero aún no había tenido oportunidad de sacar provecho a los conocimientos adquiridos. Lo único que había traído consigo era a Ayla.

Con el rostro ensombrecido, Jondalar la veía sonreír y divertirse con Ranec. Se sentía como un intruso incómodo.

Capítulo 19

Al terminar la conversación, Talut volvió a repartir su bebida fermentada, hecha con el almidón de la raíz de ciertos juncos y otros varios ingredientes, con los que experimentaban sin cesar. La animación fue en aumento. Mientras Deegie y Tornec tocaban, los demás cantaban, unas veces en grupo, otras en solitario. Ambos tocaron para que otros cantaran. Algunos bailaron, pero no del modo desbocado que Ayla había visto anteriormente, sino con movimientos sutiles, sin moverse de un mismo lugar, siguiendo el ritmo, y con frecuencia acompañándose con la voz.

Ayla se fijó varias veces en Jondalar, que permanecía algo más retirado. En diversas ocasiones trató de aproximarse a él, pero, por una u otra razón, nunca lo lograba. Había tantas personas que parecían competir para atraer su atención… La bebida de Talut le había hecho perder parcialmente el dominio de sí misma; se distraía con facilidad.

Durante un rato reemplazó a Deegie haciendo sonar el cráneo musical, animada por el entusiasmo generalizado, y evocó algunos ritmos del Clan, que eran complejos y característicos; para el Campamento del León resultaban inhabituales y enigmáticos. Si Mamut había tenido alguna duda sobre los orígenes de Ayla, los recuerdos suscitados por su música la eliminó por completo.

Ranec se levantó para bailar y cantó una canción humorística, llena de insinuaciones y de dobles sentidos, sobre los Placeres de los Dones, dedicada a Ayla. Lo cual despertó anchas sonrisas y miradas perspicaces; era lo bastante alusiva como para que Ayla se ruborizara. Deegie le enseñó a bailar y cantar la respuesta satírica, pero al terminar, cuando se esperaba una insinuación de acuerdo o de rechazo, la nueva integrante del grupo se interrumpió. No podía hacer una cosa ni la otra. No alcanzaba a comprender aquel juego sutil. No quería desanimar a Ranec, pero tampoco quería dejar entrever que le disgustaba. Ranec sonrió. Bajo el disfraz del humor, esa canción solía ser utilizada como medio para descubrir, sin pasar vergüenza, si el interés amoroso era mutuo o no. Él no se habría dejado desalentar ni siquiera por un rechazo directo; cualquier cosa menos una negativa le parecía prometedora.

Ayla estaba embriagada por la bebida, las risas y las atenciones. Todo el mundo quería que ella participara, todos querían hablarle, escucharla, rodearla con un brazo y sentirla cerca. No recordaba haberse divertido tanto en su vida, como no recordaba tampoco haber disfrutado de tanta amistad y tanta aceptación. Y cada vez que se volvía se encontraba una sonrisa espléndida, arrebatada, unos ojos oscuros relumbrantes, concentrados en ella.

Según avanzaba la velada, el grupo comenzó a disminuir. Los niños se fueron quedando dormidos y hubo que acostarlos. Fralie se había retirado temprano, por

sugerencia de Ayla, y el resto del Hogar de la Cigüeña la siguió poco después. Tronie, quejándose de dolor de cabeza (no se había sentido bien aquella noche), se fue a su hogar para amamantar a Hartal y se quedó dormida. Jondalar también desapareció, para tenderse en la plataforma-cama, esperando a Ayla, sin dejar de observarla.

Wymez se mostró desacostumbradamente locuaz, tras ingerir algunas tazas de bouza; contó varias leyendas e hizo algunos comentarios provocativos a Ayla, a Deegie y a todas las mujeres, sucesivamente. De pronto, Tulie empezó a encontrarle interesante, después de tanto tiempo, y respondió a sus bromas. Acabó invitándole a pasar la noche en el Hogar del Uro, con ella y con Barzec. Desde la muerte de Darnev no había compartido su lecho con un segundo hombre.

Wymez decidió que podía ser una buena idea dejar el Hogar a disposición de Ranec; de paso, demostraría también que una mujer podía elegir a dos hombres. No era ciego a la situación que se estaba creando, aunque parecía difícil que Ranec y Jondalar pudieran llegar a un acuerdo. Pero la mujerona le parecía especialmente atractiva aquella noche, y, además, era una jefa de alto rango del que podía hacerle a él partícipe. ¿Quién sabía los cambios que se podrían efectuar si Ranec decidía cambiar la composición del Hogar del Zorro?

Cuando los tres se hubieron alejado hacia la parte trasera del albergue, Talut no tardó en llevarse a Nezzie al Hogar del León. Deegie y Tornec estaban completamente dedicados a experimentar con sus instrumentos, sin prestar atención a nada más, y Ayla quiso escuchar algunos de sus ritmos. De pronto se dio cuenta de que ella y Ranec estaban conversando a solas, y eso despertó su timidez.

—Creo todos han acostado —dijo, con voz algo gangosa.

Estaba sintiendo los efectos de la bouza. Al levantarse, se tambaleó. Casi todas las lámparas estaban apagadas y el fuego ya no levantaba llama.

—Tal vez deberíamos hacer lo mismo —dijo él sonriendo.

Ayla percibió la muda invitación que centelleaba en sus ojos y se sintió atraída, pero no sabía qué decisión tomar.

—Sí, estoy cansada —dijo, encaminándose hacia su plataforma.

Ranec la cogió de la mano para retenerla.

—No te vayas, Ayla —dijo.

Su sonrisa había desaparecido y su voz tenía un tono insistente. Ella giró hacia atrás. Un momento después, él la tenía entre sus brazos, oprimiendo duramente sus labios contra los de ella. Ayla entreabrió la boca; la respuesta de Ranec fue inmediata. Besó su boca, su cuello, su garganta. Buscó sus senos y acarició sus caderas y sus muslos, y se aventuró hasta lo más secreto de su ser. Parecía como si no pudiera saciarse de ella, como si la quisiera poseer de inmediato. Por el cuerpo de Ayla circularon inesperadas oleadas de excitación. Él la estrechó, ella sintió un duro y cálido bulto y un súbito ardor en sí misma entre las piernas.

—Ayla, te quiero. Ven a mi cama —dijo Ranec, con compulsiva urgencia.

Y ella, mostrándose mucho más complaciente de lo esperado, le siguió.

Jondalar había pasado toda la velada observando a la mujer a la que amaba. Cuanto más la veía reír, bromear y bailar con su nuevo pueblo, más extraño se sentía. Pero era en especial el oscuro tallista quien le irritaba. Habría querido dar rienda suelta a su ira, interponerse, llevarse a Ayla, pero ahora ella estaba en su hogar, aquélla era la noche de su adopción. ¿Qué derecho tenía él para inmiscuirse en la celebración? Sólo le quedaba poner cara de resignación, ya que no de placer; se sentía desdichado, y fue a la plataforma-cama ansiando que llegase el olvido mediante un sueño que no podía conciliar.

Desde su rincón oscuro y cerrado, vio que Ranec abrazaba a Ayla y se la llevaba hacia su lecho. No podía creerlo. ¿Cómo era posible que ella fuera con otro hombre mientras él la esperaba? Ninguna mujer había elegido a otro si él la deseaba. ¡Y aquélla era la mujer a la que él amaba! Sintió el impulso de levantarse de un brinco, arrebatar a Ayla y descargar su puño en aquella boca sonriente.

Entonces recordó los dientes rotos, la sangre; recordó el tormento de la vergüenza y el exilio. Aquél no era su pueblo. Le expulsarían, sin duda, y en la noche helada de las estepas periglaciares no había adónde ir. ¿Y cómo podía irse a parte alguna sin su Ayla?

Pero ella había hecho su elección. Había elegido a Ranec, haciendo uso de su derecho a escoger a quien quisiera. El mero hecho de que Jondalar la estuviera esperando no la obligaba a irse con él. Elegía a un hombre de su propio pueblo, a un Mamutoi que cantaba, bailaba, reía y flirteaba con ella. ¿Quién podía culparla? ¿Cuántas veces había elegido él mismo a una mujer con la cual acababa de reír y divertirse?

Pero ¿cómo podía ella hacerle esto? ¡Era la mujer a la que amaba! ¿Cómo podía elegir a otro si él la amaba? Jondalar estaba lleno de desesperación, pero no podía hacer otra cosa que tragarse sus amargos celos y ver a la mujer a la que amaba dirigirse a la cama de otro hombre.

Ayla no estaba razonando con claridad; su mente estaba enturbiada por la bebida de Talut y no cabía duda de que se sentía atraída por Ranec. Pero no fue por esos motivos por lo que acompañó al hombre moreno. Le hubiera seguido de todos modos. Estaba criada por el Clan y se le había enseñado a satisfacer sin demora a quien se lo ordenara, a cualquier hombre que le indicara con una seña su deseo de copular con ella.

Si un hombre del Clan daba dicha señal a una mujer, se esperaba de ella que prestara el servicio, lo mismo que debía llevarle comida o agua. Si bien se consideraba muestra de cortesía solicitar los servicios de la mujer a su pareja o al hombre con quien solía asociarse con más frecuencia, no era en modo alguno obligatorio. Además, el permiso se otorgaba sin darle mayor importancia. La mujer estaba a las órdenes de su hombre, pero no con exclusividad. El lazo entre ambos era para beneficio mutuo, basado en la compañía y con frecuencia, al cabo de un tiempo,

en el afecto. Pero era inconcebible mostrar celos o emociones fuertes. Una mujer no era menos propiedad de su compañero porque prestara servicio a otro hombre, y él no amaría menos a los hijos de su compañera. Asumía cierta responsabilidad para con ellos, en cuanto a cuidados y adiestramiento, pero lo que cazaba era para el Clan y toda la comida, lo que se cosechaba y lo que se cazaba, se compartía por igual.

Ranec había dado a Ayla lo que ella interpretaba como «señal» de los Otros: la orden de satisfacer sus necesidades sexuales. Cualquier mujer del Clan, correctamente educada, no habría tenido la menor intención de negarse. Ella echó una mirada hacia su propia cama, pero no vio los ojos azules, llenos de dolor y sorpresa. De haberlos visto, se hubiera quedado sorprendida.

Cuando llegaron al Hogar del Zorro, el ardor de Ranec no se había enfriado, pero ahora que Ayla estaba bajo su dominio, se serenó un tanto aun cuando no terminaba de hacerse a la idea de que ella estuviera allí. Se sentaron en la plataforma, entre las pieles blancas que ella le había regalado. Ayla se dispuso a desatar su cinturón, pero Ranec se lo impidió.

—Quiero desnudarte con mis propias manos, Ayla. He soñado mucho con esto. Quiero que sea perfecto —dijo.

Ella aceptó, encogiéndose de hombros. Ya había notado que Ranec era diferente de Jondalar en ciertos aspectos, y eso despertaba su curiosidad. No se trataba de juzgar cuál de los dos era el mejor, sino de anotar las diferencias.

Ranec pasó un rato mirándola.

—Eres muy bella —dijo, por fin, mientras se inclinaba para besarla.

Sus labios eran blandos, aunque podían tornarse duros al besarla con fuerza. Ella reparó en su mano oscura contra las pieles blancas y le acarició el brazo con suavidad. Su piel era, al tacto, como cualquier otra piel.

Ranec comenzó por quitarle las cuentas y las conchas que llevaba en la cabellera; luego la peinó con los dedos y acercó el pelo a su cara, para sentir su tacto y su olor.

—Bella, muy bella —murmuró.

Le quitó el collar y el nuevo saco del amuleto, para dejarlos cuidadosamente junto a las cuentas, en el banco de almacenamiento, a la cabecera de la cama. Después le desató el cinturón, se puso de pie y la atrajo contra sí. De pronto comenzó a besarle la cara y el cuello, al tiempo que acariciaba su cuerpo por debajo de la ropa, como si no pudiera esperar. Acarició un pezón con la punta de los dedos. Ayla sintió su cuerpo recorrido por un escalofrío. Percibió su excitación y se inclinó hacia él, entregándose.

Él interrumpió sus caricias, aspiró profundamente, le quitó la túnica y la plegó con cuidado antes de dejarla con las otras cosas. Después se limitó a mirarla, como si tratara de aprendérsela de memoria. La hizo girar hacia un lado y hacia otro, llenándose los ojos como si también ellos necesitaran satisfacción.

—Perfecta, perfecta. Mira esos pechos, plenos pero bien formados, como deben ser —dijo, deslizando la punta de su dedo por el perfil de su busto.

Ella cerró los ojos y se estremeció ante el tierno contacto. De pronto sintió una

boca húmeda contra su pezón y experimentó una impresión profunda.

—Qué perfecto —susurro él, pasando al otro pecho.

Aplastó su rostro entre los dos senos, juntando uno con otro para abarcar con sus labios los dos pezones a la vez. Ella echó la cabeza hacia atrás, se apretó contra él y colocó sus manos en la cabeza de su compañero mientras sus dedos gozaban de aquel contacto nuevo de una cabellera tan espesa, de rizos tan apretados.

Aún estaban de pie cuando él retrocedió para mirarla, con una sonrisa, mientras se desprendía de su cinturón y de sus polainas. Hizo que se sentara, se quitó la túnica y la colocó sobre la de la joven. Después se arrodilló frente a ella para quitarle uno de los zapatos de estilo mocasín, para interiores.

—¿Tienes cosquillas? —preguntó.

—Poquito, abajo, en las plantas.

—¿Te gusta esto? —Le frotó el pie con suavidad, pero con firmeza, presionando el empeine.

—Me gusta —él le besó el empeine—. Me gusta —repitió ella, con una sonrisa.

Él le devolvió la sonrisa, le quitó el otro mocasín y le restregó el pie. Le quitó también las polainas y las colocó, junto con los mocasines, con lo demás. Ranec volvió a levantarla para poder observarla así, desnuda, contra las últimas brasas del Hogar del León. La hizo girar de nuevo de un lado y de otro.

—¡Oh, Madre, qué hermosa, qué perfecta! Tal como yo me lo figuraba —murmuró, más para sí mismo que para ella.

—No soy hermosa, Ranec —reconvino la muchacha.

—Deberías verte, Ayla. Y no dirías eso.

—Dices bonito, piensas bonito, pero no soy hermosa —insistió ella.

—Eres la mujer más encantadora que nunca he visto.

Ella se limitó a asentir. Que él pensara lo que quisiera. No podía impedírselo.

Después de haber saciado los ojos, Ranec empezó a tocarla con suavidad, delineándola con la punta del dedo desde distintos ángulos. Después, con más detalle, rastreó la estructura de los músculos bajo la piel. De pronto se detuvo, se despojó de las prendas que aún le quedaban y las dejó allí donde cayeron. Entonces la cogió en sus brazos para experimentar el contacto de todo su cuerpo contra el suyo. También ella lo sentía y respiraba su agradable olor masculino. La besó en la boca, en el cuello y en la cara, mordisqueándole los hombros mientras murmuraba por lo bajo:

—Qué maravillosa, qué perfecta. Ayla, te deseo con todos los sentidos. Quiero verte, tocarte, abrazarte. Oh, madre, qué bella…

Sus manos volvieron a posarse sobre los senos de la joven y sus labios sobre los pezones. Volvió a gruñir de placer. Se arrodilló, enlazó sus piernas con los brazos y colocó las manos sobre la suave piel de sus dos prominencias gemelas. La acarició con más precisión y ella dejó escapar un gemido.

La acostó en su cama, entre las pieles suaves, lujosas, acariciantes. Él se tendió a su lado, pellizcándola con los labios, mientras acariciaba los repliegues de su

feminidad, haciéndola gemir. La cogió la mano y se la puso sobre su órgano viril. Era más de lo que había imaginado, y cuando ella empezó a emplear las técnicas tan recientemente aprendidas, exclamó:

—¡Oh, Ayla, Ayla, eres Ella! Ya lo sabía. Me honras.

De pronto se incorporó.

—Te quiero, no puedo esperar más. Ahora, por favor —dijo, con un susurro tenso y ronco.

Ella giró el cuerpo para ofrecerse a él. La penetró con fuerza, con ansiedad. Ayla arqueó su cuerpo, tratando de ajustarse a su ritmo, hasta que le oyó lanzar un súbito suspiro de alivio y le sintió laxo sobre ella. Ayla tardó un poco más en relajarse.

Al cabo de un rato, Ranec se retiró y se quedó apoyado sobre su brazo para mirarla.

—Temo que no he sido tan perfecto como lo eres tú —dijo.

Ella frunció el ceño.

—No entiendo «perfecto», Ranec. ¿Qué es perfecto?

—He sido demasiado apresurado. Eres tan maravillosa, tan perfecta en todo lo que haces, que estuve dispuesto demasiado pronto. No pude esperar, y creo que para ti no ha sido tan perfecto.

—Ranec, esto es Don de Placer, ¿no?

—Sí, ése es uno de los nombres.

—¿Crees que no Placer para mí? Tuve Placeres. Muchos.

—Muchos, pero no el Placer perfecto. Si esperas un poquito, creo que volveré a estar dispuesto.

—No necesario.

—Tal vez no sea necesario, Ayla, pero yo lo deseo —dijo él, inclinándose para besarla—. Casi podría ahora —agregó, acariciándola. Ella brincó ante un contacto íntimo, estremecida—. Lo siento. Estabas casi lista. Si hubiera podido dominarme un poco más…

Ayla no respondió. Él siguió besándole el pecho y acariciándola. Un momento después estaba otra vez dispuesta, moviendo sus caderas, estrechándose contra él. De pronto llegó el alivio. Ranec sintió en la mano algo húmedo y caliente. Entonces la vio relajada.

Ella sonrió.

—Creo ahora Placeres perfectos —dijo.

—No del todo. La próxima vez, quizá. Espero que haya muchas próximas veces, Ayla —corrigió él, tendiéndose a su lado, con una mano apoyada en el vientre de la muchacha.

Ella frunció el ceño, desconcertada. Se preguntó si no estaría comprendiendo mal algún detalle.

En la penumbra, Ranec observaba su mano oscura contra la piel clara de la muchacha. Sonrió. Le gustaba el contraste de su intenso color contra la blancura de

las mujeres con las que compartía Placeres. Dejaba una impresión que ningún otro hombre podía producir, y las mujeres se percataban de ello. Siempre hacían algún comentario y no se olvidaban de él. Se alegró de que la Madre hubiera querido darle aquel tono oscuro, que le hacía distinto, inolvidable.

Le gustaba sentir el vientre de Ayla bajo su mano. Le gustaba más aún saber que ella estaba allí, junto con él, en su cama. Había esperado, deseado, soñado con aquel momento, y ahora, aun teniendo a Ayla a su lado, le parecía imposible.

Al cabo de un rato subió su mano acariciante hasta el pecho femenino y sintió que el pezón se endurecía. Ayla, cansada, con la cabeza algo dolorida, había empezado a dormitar. Cuando él volvió a besarla, comprendió que la deseaba, que le estaba dando nuevamente la señal. Experimentó un momento de fastidio y, por un instante, el impulso de negarse. Eso la espantó, obligándola a despertar por completo. Cuando él le cogió un pezón entre los labios, dejó de experimentar ese fastidio. La recorrían sensaciones placenteras que llegaban hasta el sitio del Placer Perfecto.

—Ayla, bella Ayla —murmuró Ranec. Luego se incorporó para mirarla—. Oh, Madre, no puedo creer que estés aquí, tan adorable. Esta vez será perfecto.

Jondalar, rígido en la cama, con los dientes apretados, deseaba desesperadamente atacar con los puños al tallista, pero se esforzó por permanecer inmóvil. Ella le había mirado directamente antes de irse con Ranec. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver aquella cara, que le miraba de frente para luego alejarse.

«¡Ella elige, ella elige!», se repetía. Decía que le amaba, pero ¿cómo podía siquiera saberlo? Cierto que se había interesado por él, tal vez hasta hubiera llegado a amarle cuando estaban solos en el valle; por entonces, ella no conocía a nadie más. Era el primer hombre que encontraba. Pero ahora conocía a otros; ¿por qué no iba a enamorarse de cualquier otro hombre? Trató de convencerse de que lo justo era permitirle conocer y elegir por sí misma. Pero no podía quitarse de la mente la idea de que, aquella noche, había preferido a otro.

Desde que retornara de la casa de Dalanar, el hombre alto, musculoso, casi bello, había tenido mujeres en abundancia. Una mirada invitante de sus increíbles ojos bastaba para que la mujer deseada fuera suya. En realidad, hacían todo lo posible para incitarle: le seguían, hambrientas, esperando una invitación. Pero ninguna mujer podía borrar la memoria de su primer amor ni superar su carga de culpabilidad al respecto. Y ahora, la única mujer en el mundo a la que había llegado a amar, estaba en el lecho de otro hombre.

La simple idea de que estuviera con otro le hacía sufrir, pero cuando oyó los inconfundibles sonidos del Placer compartido con Ranec, sofocó un gemido, golpeó la cama con los puños y se dobló por el medio, atormentado. Era como tener una brasa encendida en el vientre. Sentía el pecho oprimido y la garganta ardiendo; respiraba ahogando sollozos, como si estuviera sofocándose en una atmósfera ahumada. La presión le hizo soltar ardientes lágrimas por la comisura de los ojos, aunque los apretó como pudo.

Por fin, todo terminó; cuando estuvo seguro de ello, pudo descansar un poco. Pero al rato volvió a oírlos y ya no lo pudo soportar. Se levantó de un salto; permaneció indeciso por un momento, antes de correr al anexo nuevo. Whinney irguió las orejas y se volvió hacia él, pero el hombre salió a toda carrera.

El viento le empujó contra la pared del albergue. La brusca acometida del frío le dejó sin aliento, devolviéndole brutalmente la conciencia del sitio en donde estaba. Miró al río helado y a las nubes que cruzaban frente a la luna, arrastrando sus bordes mellados. Dio algunos pasos hacia el exterior. Cuchillos de frío le atravesaron la túnica y parecieron llegar hasta los huesos.

Volvió a entrar, estremecido; arrastrando los pies, pasó junto a los caballos y entró nuevamente en el Hogar del Mamut. Aguzó el oído, tenso, pero al principio no oyó nada. Luego le llegó un rumor de respiración, gemidos, gruñidos sordos. Miró su cama-plataforma y el anexo, sin saber hacia dónde ir. No soportaba estar dentro; fuera no sobreviviría. Por fin, incapaz de tolerar más aquella situación, cogió sus pieles de dormir y cruzó la arcada hacia el anexo de los caballos.

Whinney resopló, sacudiendo la cabeza. Corredor, que estaba tendido, levantó la cabeza para saludarle con un suave relincho. Jondalar tendió sus pieles en el suelo, juntó a él, y se acostó. En el anexo hacía frío, pero no tanto como fuera. No se sentía el viento, algo de calor llegaba a filtrarse desde la habitación contigua y también los caballos generaban calor. Además, la respiración de los animales cubría los ruidos de otros jadeos. Aun así, pasó casi toda la noche despierto, recordando sonidos, reviviendo escenas reales o imaginarias, una y otra vez.

Ayla despertó con los primeros rayos del sol, que se filtraban por algunas hendiduras entre el agujero para el humo y su cubierta. Alargó la mano para tocar a Jondalar y quedó desconcertada al encontrarse con Ranec. Con el recuerdo de la noche anterior le vino la certeza de que iba a sufrir un fuerte dolor de cabeza, efecto de la bouza de Talut.

Saltó de la cama, deslizándose, recogió las ropas que Ranec había acomodado con tanta pulcritud y corrió a su propia cama. Jondalar tampoco estaba allí. Miró hacia las otras camas del Hogar del Mamut. Deegie y Tornec dormían en una; se preguntó si habrían compartido Placeres. Luego recordó que Wymez había sido invitado al Hogar del Uro y que Tronie no se sentía bien. Tal vez Deegie y Tornec habían considerado más conveniente dormir allí. No tenía importancia, pero ¿dónde estaba Jondalar?

Recordó que no le había visto desde las últimas horas de la velada. Alguien le había visto acostarse, pero ¿dónde estaba ahora? Volvió a reparar en Deegie y Tornec. «Él también ha de estar durmiendo en otro hogar», pensó. Tuvo la tentación de verificarlo, pero nadie parecía estar despierto y no quería molestar a nadie. Intranquila, se cubrió con las pieles de la cama vacía y, al cabo de un rato, volvió a conciliar el sueño.

Cuando despertó otra vez, el agujero para el humo estaba descubierto y permitía la entrada de una luz brillante. Quiso incorporarse, pero un dolor enorme y palpitante en las sienes la hizo caer hacia atrás, con los ojos cerrados. «Será que estoy muy enferma o bien es por culpa de la bouza», pensó. «¿Por qué a todos les gusta tanto si les hace sentirse tan mal?». Entonces recordó la celebración. No tenía recuerdos claros de todo, pero sí de haber estado tocando ritmos en el tambor, de haber cantado y bailado, aunque no sabía cómo. Se había reído mucho, hasta de sí misma, al descubrir que no tenía voz para cantar; no le había importado en absoluto ser el centro de atención. Lo cual no era habitual en ella, que normalmente prefería permanecer aparte y observar, aprendiendo y practicando a solas. ¿Acaso era la bouza lo que cambiaba las inclinaciones naturales, tornando a la gente menos cautelosa, más atrevida? ¿Era por eso por lo que la gente la bebía?

Volvió a abrir los ojos y se levantó con mucho cuidado, sujetándose la cabeza con las manos. Orinó en el cesto de interior: un canasto de urdimbre tupida, lleno hasta la mitad de estiércol seco y pulverizado de animales rumiantes, que absorbía el líquido y la materia fecal. Se lavó las manos con agua fría y, después de avivar el fuego, puso a calentar algunas piedras. Se vistió con las ropas que había hecho antes de abandonar el valle; ahora le parecían simples y feas aunque antes las consideraba muy originales y bien elaboradas.

Siempre moviéndose con cautela, tomó varios paquetes de su bolsa de medicinas y mezcló corteza de sauce, milenrana, betónica y manzanilla en diversas proporciones. Llenó de agua fría el cesto de cocinar que utilizaba para la infusión matutina, agregó piedras calientes hasta que hirvió el contenido y echó las hierbas y la corteza. Después, acurrucada frente al fuego, con los ojos cerrados, esperó a que la infusión se asentara. De pronto se incorporó; le dolía la cabeza, pero no le prestaba atención, y alargó la mano hacia su saco de hierbas medicinales.

«Estaba a punto de olvidarme», pensó, sacando las plantas anticonceptivas que constituían el secreto de Iza. Ya fuera que ayudasen a su tótem a luchar contra el espíritu de un tótem de hombre, como pensaba Iza, o que de algún modo se opusieran a la esencia del órgano masculino, como ella sospechaba, Ayla no quería correr el riesgo de iniciar un embarazo en aquellos momentos. Todo estaba demasiado inestable. Había deseado un bebé comenzado por Jondalar, pero mientras esperaba que la infusión estuviera lista, se preguntó cómo sería un bebé donde se mezclaran ella y Ranec. «¿Como él, como yo? ¿O un poquito de cada uno? Probablemente un poquito de cada uno, como Durc… y Rydag». Ambos eran mezclas. Un hijo del oscuro Ranec sería diferente, también, pero nadie lo consideraría una abominación, se dijo, con un dejo de amargura. Nadie pensaría que fuera un animal. Podría hablar, reír y llorar, como todo el mundo.

Sabiendo lo mucho que Talut había apreciado su remedio, después de haber abusado de la bouza la vez anterior, Ayla preparó en cantidad suficiente para varias personas. Después de beber su parte, salió en busca de Jondalar.

El nuevo anexo, que daba directamente al Hogar del Mamut, estaba resultando muy confortable; por alguna razón, Ayla se alegró de no tener que pasar por el Hogar del Zorro. Los caballos estaban fuera, pero, al pasar por su sitio, vio las pieles de viaje de Jondalar, enrolladas junto a la pared, y se preguntó cómo habrían llegado hasta allí.

Al apartar la cortina para salir por la segunda arcada vio a Talut, a Wymez y a Mamut, que conversaban con Jondalar. Su compañero estaba de espaldas a ella.

—¿Cómo cabeza, Talut? —preguntó al acercarse.

—¿Estás ofreciéndome tu medicina para después de un festejo?

—Duele cabeza. Hice infusión. Hay más dentro —dijo ella.

Y se volvió hacia Jondalar con una gran sonrisa, feliz de haber dado con él. Por un instante, su sonrisa provocó una respuesta parecida, pero sólo por un instante. El rostro de Jondalar se nubló con un ceño oscuro y fruncido; sus ojos se llenaron de una expresión que ella no le había visto nunca. Ayla dejó de sonreír.

—¿Tú también quieres infusión, Jondalar? —preguntó, confusa y angustiada.

—¿Por qué supones que lo necesito? No bebí gran cosa anoche, pero no creo que te fijaras —replicó él, con voz tan fría y distante que a ella le costó reconocerla.

—¿Dónde estabas? Te busqué temprano, pero no estabas en la cama.

Él le volvió la espalda y se alejó. Ayla miró a los otros hombres. Advirtió azoramiento en la cara de Talut. Wymez parecía incómodo, pero no del todo apenado. Mamut tenía una expresión indescifrable.

—Ah…, creo que voy a tomar esa infusión que me has ofrecido —dijo Talut, desapareciendo rápidamente en el albergue.

—Quizá yo también tome una taza —agregó Wymez, siguiéndole.

«¿Qué he hecho de malo?», se preguntó Ayla. La inquietud que sentía se convirtió en un duro nudo de ansiedad en la boca del estómago.

Mamut, que la estaba estudiando, dijo:

—Creo que deberías venir a hablar conmigo, Ayla. Más tarde, cuando podamos estar solos un momento. Ahora tu infusión atraerá a muchos visitantes al hogar. ¿Por qué no comes algo?

—No tengo hambre —dijo Ayla, con el estómago revuelto.

No quería empezar la vida con su nuevo pueblo haciendo algo incorrecto, y no sabía por qué Jondalar estaba tan irritado. Mamut le sonrió, tranquilizador.

—Debes tratar de comer algo. Queda carne de mamut de tu festín. Y creo que Nezzie te guardó uno de esos panes cocidos al vapor.

Ayla asintió. Mientras caminaba hacia la entrada principal del albergue, preocupada e inquieta, buscó a los caballos con esa parte de su mente que siempre se ocupaba de ellos. Al ver que Jondalar estaba con los animales, se sintió un tanto aliviada. Con frecuencia encontraba consuelo en los animales cuando se sentía preocupada; con un pensamiento no del todo preciso, deseó que aquella compañía acabara por mejorar el humor de Jondalar.

Pasó por el vestíbulo y entró en el hogar que hacía de cocina. Nezzie estaba sentada allí, con Rydag y Rugie, comiendo. Sonrió al ver a Ayla y se levantó. A pesar de sus amplias proporciones, Nezzie era atractiva y de movimientos graciosos; la muchacha pensó que debía de ser bastante fuerte.

—Toma un poco de carne. Iré a buscar el pan que guardé para ti. Es el último. Y toma una taza de infusión caliente, si quieres. Tiene laurel y menta.

Ayla partió unos trozos de pan húmedo para Rydag y para Rugie, mientras se sentaba entre ellos y Nezzie, pero se limitó a picotear su propia comida.

—¿Pasa algo, Ayla? —preguntó la mujer. Sabía que así era y tenía una idea aproximada de la causa.

Ayla la miró con ojos preocupados.

—Conozco costumbre Clan, Nezzie, no Mamutoi. Quiero aprender ser buena Mamutoi, pero no sé qué mal. Creo anoche hago algo mal.

—¿Por qué lo crees?

—Cuando salgo, Jondalar enojado. Creo Talut no contento. Wymez, tampoco. Se van pronto. Dime qué hecho mal, Nezzie.

—No hiciste nada malo, Ayla, a menos que ser amada por dos hombres sea malo. Algunos se sienten posesivos cuando experimentan fuertes sentimientos hacia una mujer. No quieren que ella esté con otros hombres. Jondalar cree tener derecho sobre ti y está enojado porque compartiste el lecho con Ranec. Pero no es sólo Jondalar. Creo que Ranec siente lo mismo y sería igualmente posesivo, si pudiera. Le he criado desde niño y nunca le vi tan cautivado por una mujer. Creo que Jondalar trata de disimular sus sentimientos, pero no puede evitar dejarlos entrever. Si dejó traslucir su enojo, probablemente Talut y Wymez se sintieron incómodos. Tal vez por eso se retiraron tan pronto.

»A veces gritamos mucho o nos gastamos bromas. Nos enorgullecemos de nuestra hospitalidad y nos gusta hacer amigos, pero los Mamutoi no exteriorizan mucho sus sentimientos más profundos. Eso puede provocar dificultades, y tratamos de evitar disputas, de impedir peleas. El Consejo de las Hermanas llega a mirar con malos ojos las incursiones que a los jóvenes les gusta realizar contra otros pueblos, como los Sungaea, y están tratando de prohibirlas. Las Hermanas dicen que eso es provocar otras incursiones como represalia, y ya han resultado muertas algunas personas. Dicen que es mejor traficar que incursionar. El Consejo de los Hermanos es más permisivo. Casi todos hicieron algunas incursiones en su juventud; consideran que es, simplemente, un modo de ejercitar los músculos jóvenes y de buscar aventuras.

Ayla ya no escuchaba. La explicación de Nezzie, en vez de aclararle las cosas, las confundía aún más. ¿Jondalar estaba enojado porque ella había respondido a la señal de otro hombre? ¿Era eso motivo para enojarse? Ningún hombre del Clan se habría permitido una reacción tan emocional. Sólo Broud había demostrado algún interés por ella, y únicamente porque sabía que esto disgustaba a la muchacha. Pero muchos

se preguntaban por qué se liaba con una muchacha tan fea, y él mismo habría recibido de buen grado a cualquier otro hombre que se interesara por ella. Pensándolo bien, comprendió que el interés de Ranec había molestado a Jondalar desde un principio.

Mamut apareció por la entrada, caminando con visible dificultad.

—Nezzie, prometí llenar el cuenco de Mamut con remedio para artritis —recordó Ayla.

Se levantó para ayudarle, pero él la rechazó.

—Adelántate. Te sigo. Sólo tardaré un poco más que tú.

Ella corrió a través del Hogar del León y del Zorro, aliviada de verlos vacíos, y avivó el fuego del Hogar del Mamut. Mientras revisaba sus medicamentos, recordó las muchas veces que había aplicado compresas y emplastos a las doloridas articulaciones de Creb, después de darle sus bebidas calmantes. Era un aspecto de la medicina que conocía muy bien.

Esperó a que Mamut descansara cómodamente, sorbiendo una infusión caliente. Cuando hubo calmado en gran parte sus dolores se decidió a formularle sus preguntas. Resultaba relajante tanto para ella como para el viejo chamán aplicar sus conocimientos, su talento y su inteligencia a la práctica de su arte y aquellos momentos la habían calmado un tanto. Aun así, cuando tomó su taza para sentarse frente a Mamut, no supo cómo comenzar.

—Mamut, ¿tú mucho tiempo con Clan? —preguntó, por fin.

—Sí. Una mala fractura tarda mucho en curarse. Por entonces quería saber más, de modo que permanecí con ellos hasta que partieron para asistir a la Reunión del Clan.

—¿Aprendes costumbres Clan?

—Algunas.

—¿Sabes señal?

—Sí, Ayla. Conozco la señal que el hombre da a la mujer —hizo una pausa, como si reflexionara. Luego continuó—: Te diré algo que nunca he contado a nadie. Había allí una joven que ayudaba a cuidarme mientras mi brazo cicatrizaba. Después que me admitieron en una ceremonia de cazadores y me permitieron cazar con ellos, me entregaron a esa mujer. Sé cuál es la señal y lo que significa. La empleé con ella, aunque al principio no me sentía demasiado cómodo. Ella era una cabeza chata y no me resultaba muy atractiva, sobre todo porque me habían contado muchas cosas sobre esa gente, en mi niñez. Pero yo era joven y saludable; y suponía que debía comportarme como cualquier hombre del Clan.

»Cuanto más se prolongaba mi estancia allí, más atractiva me parecía. No sabes lo placentero que resulta tener a alguien dispuesto a atender tu menor necesidad, tu menor deseo. Sólo más tarde descubrí que ella tenía pareja. Era segunda mujer; su primer compañero había muerto y otro de los cazadores la tomó, con cierta reserva, pues provenía de otro clan y no tenía hijos. Al partir, me costó dejarla allí, pero

consideré que sería más feliz con el Clan que conmigo y con mi pueblo. Además, no estaba seguro de que se me recibiera bien si volvía con una cabeza chata. Muchas veces me he preguntado qué habría sido de ella.

Ayla cerró los ojos, inundada de recuerdos. Parecía extraño descubrir cosas de su clan de boca de aquel hombre, al que conocía hacía tan poco tiempo. Ajustó el relato que escuchaba con lo que sabía del clan de Brun.

—Nunca tiene hijos, siempre segunda mujer, pero siempre alguien toma. Muere en terremoto, antes me encuentran a mí.

Él asintió. También a él le alegraba poder dar por cerrado un episodio importante de su pasado.

—Mamut, Nezzie dice Jondalar enojado porque yo voy cama de Ranec. ¿Cierto?

—Creo que es cierto.

—¡Pero Ranec me da señal! ¿Cómo Jondalar enojado si Ranec me da señal?

—¿Dónde aprendió Ranec la señal del Clan? —preguntó Mamut, sorprendido.

—Señal de Clan no, señal de Otros. Cuando Jondalar encuentra mi valle, me enseña Primeros Ritos y Don de Placer de Gran Madre Tierra Doni, pregunto su señal. Él pone boca en mía, hace beso. Pone mano en mí, hace… sentir Placer. Dice así sabré cuándo quiere a mí; dice ésa es señal. Ranec me da señal anoche. Después dice: «Te quiero. ¡Ven a mi cama!». Ranec me da la señal. Hace orden.

Mamut miró al techo y dijo:

—¡Oh, Madre! —Después bajó la vista a Ayla—. No comprendes, muchacha. Ranec te dio, sin duda, una señal de que te deseaba, pero no era una orden.

Ayla le miró profundamente desconcertada.

—No comprendo.

—Nadie puede ordenar nada, Ayla. Tu cuerpo te pertenece; la elección corre por tu cuenta. Tú decides qué quieres hacer y con quién hacerlo. Puedes ir a la cama de quien te plazca, mientras el hombre esté bien dispuesto (y en cuanto a eso no veo problemas), pero no tienes por qué compartir Placeres con un hombre que no desees. Jamás.

Ella hizo una pausa para reflexionar sobre sus palabras.

—¿Y si Ranec ordena otra vez? Dice quiere a mí otra vez, muchas veces.

—No dudo que lo desee, pero no puede ordenártelo. Nadie puede darte órdenes Ayla. Contra tu voluntad, nunca.

—¿Ni siquiera hombre hago Unión? ¿Jamás?

—No creo que permanecieras apareada mucho tiempo en esas circunstancias. Pero no, ni siquiera el hombre con quien estás apareada puede darte órdenes. Tu compañero no es tu dueño. Sólo tú puedes decidir.

—Cuando Ranec da señal, Mamut, ¿no tengo ir?

—En efecto —el anciano observó su ceño fruncido—. ¿Lamentas haber compartido su cama?

—¿Lamenta? —Ella sacudió la cabeza—. No, no lamenta. Ranec es… bueno. No

es duro… como Broud. Ranec… cuida a mí…, hace buenos Placeres. No. No lamenta Ranec. Lamenta por Jondalar. Lamenta Jondalar enojado. Ranec hace buenos Placeres, pero Ranec es… no Jondalar.

Capítulo 20

Ayla volvió la cabeza a un lado, inclinada contra el viento aullante, tratando de protegerse la cara de la nieve impulsada por el vendaval. Cada paso hacia delante encontraba la violenta oposición de una fuerza que sólo resultaba visible por la masa blanca arremolinada contra ella. Ante el furor de la ventisca, haciendo frente al latigazo de los copos, entreabrió los ojos, se desvió y dio algunos pasos más. Sacudida por la feroz tormenta, volvió a mirar en dónde se encontraban. Hacia delante distinguió una forma lisa, redondeada. Fue un alivio tocar, por fin, el sólido arco de marfil.

—¡Ayla! ¡No debiste salir con tal ventisca! —dijo Deegie—. Pudiste extraviarte a pocos pasos de la entrada.

—Pero sopla así durante muchos, muchos días, y los caballos siempre salen. Quiero saber adónde van.

—¿Lo has averiguado?

—Sí. Gustan pacer en lugar cerca del recodo. Viento sopla menos, nieve no cubre tan alto hierba seca. Sopla de otro lado. Tengo un poco de grano, pero no queda hierba. Los caballos saben donde está hierba, hasta con ventisca. Daré agua aquí, cuando vuelven.

Ayla golpeó los pies contra el suelo y sacudió la nieve de la pelliza que acababa de quitarse. Fue hacia el Hogar del Mamut y la colgó en una de las perchas.

—No lo vais a creer. ¡Ha salido con este tiempo! —anunció Deegie a varias personas, congregadas en el cuarto hogar.

—Pero ¿por qué? —preguntó Tornec.

—Caballos necesitan comer, y yo… —comenzó Ayla.

—Me parecía que estabas ausente desde hacía un rato —observó Ranec—. Cuando pregunté a Mamut, dijo que te había visto ir al hogar de los caballos, pero te busqué y no estabas.

—Todo el mundo te estaba buscando, Ayla —dijo Tronie.

—Cuando Jondalar notó que no estaban tu pelliza ni los caballos, pensó que habrías salido con ellos —continuó Deegie—. Entonces decidimos buscarte fuera. Y cuando salí a ver cómo estaba el tiempo, te vi llegar.

Mamut la regañó suavemente:

—Debes avisar a alguien si sales con mal tiempo, Ayla.

—¿No sabes que la gente se preocupa si estás fuera con una ventisca como ésta? —protestó Jondalar, más enojado aún.

Ayla trató de contestarle, pero todos hablaban al mismo tiempo. Al ver tantas miradas fijas en ella, se ruborizó.

—Lo lamento. No quería preocupar. Vivo sola mucho tiempo. Nadie se preocupa. Voy y vengo cuando quiero. No estoy acostumbrada a la gente, a que alguien se preocupa —dijo, mirando a Jondalar y a los otros. Mamut vio que Ayla arrugaba la

frente cuando el hombre rubio le volvió la espalda.

Jondalar sintió que sus mejillas enrojecían cuando se alejó de todas aquellas personas que se preocupaban por Ayla. Tenía razón: había vivido sola y se había defendido muy bien. ¿Qué derecho tenía él para criticar sus comportamientos, para reprenderla por no haber dicho a nadie que salía? Pero también él se había asustado cuando advirtió que no estaba allí, que probablemente se había aventurado en medio de la cellisca. Había conocido períodos de mal tiempo —los inviernos eran excepcionalmente fríos y duros en la región en donde había pasado su juventud—, pero nunca había visto condiciones tan rigurosas. Tenía la impresión de que aquella tempestad estaba causando estragos desde mediados del invierno.

Nadie había temido más por ella que Jondalar, pero no quería exteriorizar su intensa preocupación. Apenas había hablado con ella desde la noche de su adopción. Al principio, angustiado por el dolor de verla elegir a otro, se había encerrado en sí mismo, indeciso con respecto a sus propios sentimientos. Tenía unos celos locos, pero dudaba de su amor hacia ella. Había sentido vergüenza de haberla traído consigo y también de pensar así.

Ayla no había vuelto a compartir las pieles de Ranec, pero todas las noches Jondalar temía que lo hiciese. Eso le ponía tenso y nervioso. Acabó manteniéndose alejado del Hogar del Mamut hasta que ella se acostaba. Cuando, por fin, se reunía con ella en la plataforma, le volvía la espalda y se resistía al deseo de tocarla, temeroso de perder el dominio de sí mismo, de derrumbarse y suplicar amor.

Pero Ayla no comprendía el porqué de ese rechazo. Cuando trataba de conversar con él, Jondalar respondía con monosílabos o se fingía dormido; si le rodeaba con un brazo, le sentía rígido e indiferente. Era como si ya no la quisiera, y todavía se convenció más cuando puso sus propias pieles por separado para no sentir el ardoroso contacto de su cuerpo. Incluso durante el día se mantenía distanciado de ella. Wymez, Danug y él habían dispuesto un sitio en el hogar de cocinar para trabajar el pedernal. Allí pasaba Jondalar la mayor parte del día; no soportaba trabajar con Wymez en el Hogar del Zorro frente a la cama que ella había compartido con Ranec.

Al cabo de un tiempo, tras haber sufrido repetidos rechazos a sus insinuaciones, Ayla se sintió desconcertada, confundida, y se distanció de él. Sólo entonces comprendió Jondalar que el distanciamiento entre ambos era culpa suya, pero no sabía cómo resolver el dilema. Por mucha experiencia que tuviera en cuestión de mujeres, no era ducho en el amor. Se percató de que era reacio a decirle lo que sentía por ella. Se acordaba de las jóvenes que le perseguían declarándole sus fuertes sentimientos cuando él nada sentía por ellas. Eso le hacía sentirse incómodo, le daba deseos de huir. Y como no deseaba que Ayla experimentara lo mismo con respecto a él, se mantenía apartado.

Ranec sabía que la pareja no compartía Placeres. Tenía dolorosa conciencia de lo que hacía Ayla en todo momento, aunque tratara de disimular. Sabía cuándo se acostaba y cuándo despertaba, qué comía y con quién hablaba. Pasaba el mayor

tiempo posible en el Hogar del Mamut. Entre quienes se reunían allí, las ingeniosidades de Ranec, a veces dirigidas a uno u otro miembro del Campamento del León, eran motivo frecuente de ruidosas carcajadas. Sin embargo, se mostraba escrupulosamente cauteloso para no denigrar a Jondalar, aunque Ayla no estuviera cerca.

El visitante conocía la soltura de Ranec con las palabras y reconocía que ése no era su punto fuerte. Aquella habilidad, junto con sus músculos compactos y su natural confianza en sí mismo, hacían que el hombre rubio, tan dramáticamente apuesto, se sintiera como un patán junto al hombre moreno.

A medida que avanzaba el invierno fueron empeorando los malentendidos entre Jondalar y Ayla. El joven temía perderla por completo ante aquel joven moreno, exótico, ingenioso y encantador. Trataba de convencerse de que, para ser justo, debía dejar que Ayla eligiera, que no tenía derecho a exigirle nada. Pero se mantenía al margen, pues no deseaba presionarla en la elección. Tenía miedo de no ser el escogido y no quería darle la oportunidad de que le rechazara.

A los Mamutoi no parecía preocuparles aquel tiempo horrible. Tenían abundantes provisiones almacenadas y se entretenían con las habituales ocupaciones de invierno, cómodos y protegidos en su vivienda semisubterránea. Los miembros más ancianos solían reunirse en torno al hogar destinado a cocina para tomar una infusión caliente, contar historias, evocar recuerdos e intercambiar chismes; a veces se dedicaban a los juegos de azar, con fichas de marfil o hueso tallado, cuando no estaban atareados con algún proyecto. Los más jóvenes se congregaban en el Hogar del Mamut, entre risas, bromas y canciones, para practicar con los instrumentos musicales. Los propios niños eran bien recibidos en todas partes.

Era el tiempo del ocio. Tiempo para hacer herramientas y armas, utensilios y joyas; tiempo para tejer canastos y esterillas, esculpir el marfil y el hueso, para fabricar cordones, sogas, correas y redes; tiempo para hacer y decorar prendas de vestir.

Ayla se interesaba por el procedimiento mediante el que los Mamutoi preparaban y coloreaban sus cueros. También le intrigaban los bordados de colores, con plumas y con cuentas. Para ella, la ropa decorada y cosida era algo novedoso.

Un día se dirigió a Deegie:

—Dijiste enseñarías cómo hacer cuero rojo cuando yo preparo piel. Creo que piel de bisonte está lista —dijo.

—Muy bien, voy a demostrártelo —manifestó Deegie—. Veamos cómo está.

Ayla fue a la plataforma de almacenamiento, próxima a su cama, y desplegó un cuero crudo completo. Era increíblemente suave al tacto, blando y casi blanco. Deegie lo examinó con aire crítico. Había observado el procedimiento de Ayla sin comentarios, pero con gran interés.

Para empezar, Ayla había cortado la gruesa pelambrera a ras de la piel sirviéndose de un cuchillo afilado; después lo colgó de una gran tibia de mamut y lo raspó con un trozo de pedernal sin corte. Lo raspó por dentro, para eliminar los restos de grasa y los vasos sanguíneos, y por fuera, a contrapelo, quitando la capa superficial y el granulado de la piel. El procedimiento de Deegie era distinto. Deegie lo habría enrollado y colocado cerca del fuego durante algunos días, a fin de provocar un principio de putrefacción que facilitara el desprendimiento del pelo. Para conseguir un cuero tan suave y flexible como el de Ayla, lo habría atado a un marco para raspar el pelo y el grano.

En el siguiente paso Ayla había tomado en consideración una sugerencia de Deegie. Después de remojar y lavar, había pensado frotar el cuero con grasa para suavizarlo, según su costumbre; pero su amiga le enseñó a hacer una pasta líquida con los sesos putrefactos del animal y empapar el cuero en ella. Ayla quedó sorprendida ante los resultados. Era perceptible la suavidad y la elasticidad que adquirían aquellos tejidos, incluso mientras los estaba frotando. Pero sólo después de escurrir por completo el cuero comenzaba el verdadero trabajo. Había que tensarlo constantemente mientras se secaba: la calidad del cuero así procesado dependía del esmero puesto en esa etapa.

—Tienes buena mano para el cuero, Ayla. El cuero de bisonte es pesado, pero éste no. Tiene una textura maravillosa. ¿Ya has decidido qué vas a hacer con él?

—No —Ayla sacudió la cabeza—. Pero quiero hacer cuero rojo. ¿Qué piensas? ¿Calzado?

—Es lo bastante grueso para hacerlo, pero también lo suficientemente flexible como para una túnica. Vamos a colorearlo. Después resolverás qué hacer con él —dijo Deegie. Mientras caminaban juntas hacia el último hogar, preguntó—: ¿Qué harías con ese cuero si no quisieras colorearlo?

—Lo pondría sobre un fuego con mucho humo, para que el cuero no se pone tieso otra vez si se moja por la lluvia o nadando —dijo Ayla.

Deegie asintió con la cabeza.

—Es lo que haría yo también. Pero lo que vamos a hacer con ese cuero servirá para que la lluvia no penetre.

Al atravesar el Hogar de la Cigüeña, pasaron junto a Crozie. Eso recordó a Ayla algo que tenía intención de preguntar desde hacía tiempo.

—Deegie, ¿sabes hacer cuero blanco también? ¿Como la túnica de Crozie? Gusta rojo, pero después gustaría aprender blanco. Conozco alguien que creo gustaría blanco.

—El blanco es difícil de conseguir, si quieres un tono de nieve. Crozie podría enseñártelo mejor que yo. Necesitarías creta… Wymez puede tener un poco, porque el pedernal se presenta con la creta y los nódulos que él consigue del norte tienen una costra blanca por fuera.

Las dos jóvenes volvieron al Hogar del Mamut con pequeños morteros y sus

respectivas manos, más varios terrones de ocre rojo de varios tonos. Deegie puso grasa a derretir y dispuso los trocitos alrededor de Ayla. Había trozos de carbón vegetal para el negro, manganeso para lograr un negro azulado y azufre de un amarillo brillante; además de ocres de distintas tonalidades: pardos, rojos, castaños y amarillos. Los morteros eran huesos naturalmente ahuecados, con el frontal de un venado, o trozos excavados en granito o basalto, como las lámparas. Las manos de mortero estaban hechas con hueso duro o marfil, exceptuando uno que era una piedra alargada.

—¿Qué tono de rojo prefieres, Ayla? ¿Rojo intenso, rojo sangre, rojo amarillo… que es más o menos como el sol?

Ayla no sabía que había tanto para escoger.

—Rojo rojo —respondió.

Deegie estudió los colores.

—Creo que si utilizamos éste —dijo, cogiendo un trozo que tenía el colorido intenso de un ladrillo— y agregamos un poco de amarillo, para realzar más el rojo, obtendremos un bonito color que creo te gustará.

Puso el trocito de ocre rojo en el mortero de piedra y mostró a Ayla cómo se hacía para molerlo muy fino. Después hizo que moliera el amarillo en otro cuenco. En un tercero, mezcló los dos colores hasta quedar satisfecha con el tono. Después agregó la grasa caliente, que hizo virar el color hacia un matiz brillante que arrancó una sonrisa a Ayla.

—Sí, ese rojo. Es un rojo bonito —dijo.

A continuación, Deegie cogió una larga costilla de venado, partida en sentido longitudinal con el fin de que el interior poroso del hueso quedara en la parte convexa. Utilizándolo por el lado esponjoso, lo untó con un poco de grasa ya enfriada y frotó el cuero preparado, presionando con fuerza. A medida que la coloración natural se introducía en los poros, la piel de bisonte iba adquiriendo un suave lustre. Por la cara granulada la herramienta de lustrado y los agentes colorantes le conferían un brillo intenso y uniforme.

Después de observar un rato, Ayla cogió otra costilla y repitió la técnica, mientras Deegie la observaba, al tiempo que hacía algunas observaciones. Cuando hubieron terminado una esquina del cuero, interrumpió a Ayla para verter unas gotas de agua en aquella parte.

—Mira —dijo, levantando la esquina—, el agua se desliza, ¿ves?

El agua iba corriéndose formando gotas sin dejar marcas en el acabado impermeable.

—¿Has decidido ya qué vas a hacer con tu pieza de cuero rojo? —preguntó Nezzie.

—No —dijo Ayla. Había desplegado el cuero de bisonte para mostrárselo a Rydag y para admirarlo ella misma. Era suyo, pues había tratado y teñido el cuero

con sus propias manos. Por primera vez poseía algo rojo en tanta cantidad, y a fe que el producto resultaba de un agradable color muy intenso—. El rojo era sagrado para el Clan. Se lo daría a Creb… si pudiera.

—Es el rojo más intenso que he visto. A quien se vista con él se le verá desde lejos.

—También es suave —dijo Rydag, por medio de señas. Con frecuencia iba al Hogar del Mamut para visitarla, y ella le recibía de buen grado.

—Deegie me enseñó primero a hacer suave con cerebro —dijo Ayla, sonriéndole —. Antes usaba grasa. Difícil de hacer, y manchas, a veces. Mejor usar cerebro de bisonte —hizo una pausa, con expresión pensativa, y preguntó—: ¿Sirve para todo animal, Deegie? —y como su amiga asintiera—: ¿Cuánto cerebro se debe emplear? ¿Cuánto para reno, cuánto para conejo?

—Mut, la Gran Madre, en Su infinita sabiduría —replicó Ranec, con un asomo de sonrisa—, siempre da a cada animal el cerebro suficiente para que pueda conservar su piel.

La suave risa gutural de Rydag sorprendió a Ayla por un momento. Luego sonrió.

—Algunos tienen cerebro suficiente, no los atrapan.

Ranec rió y Ayla hizo otro tanto, complacida por haber comprendido la gracia. Se estaba sintiendo mucho más familiarizada con el lenguaje mamutoi.

Jondalar, que acababa de entrar en el Hogar del Mamut, vio a Ayla riendo con Ranec y sintió un nudo en el estómago. Mamut le vio cerrar los ojos, como atacado por un súbito dolor. Después miró a Nezzie y sacudió la cabeza.

Danug, que venía siguiendo al visitante, le vio detenerse y apoyarse en un poste, con la cabeza gacha. Los sentimientos de Ranec y Jondalar hacia Ayla y el problema que esta situación generaba eran evidentes para todos, aunque la mayoría prefiriera ignorarlo. No querían inmiscuirse, con la esperanza de que los tres lo resolvieran por su cuenta. A Danug le gustaría poder ayudar de alguna manera, pero no sabía cómo. Ranec era como un hermano, puesto que Nezzie lo había adoptado, pero Jondalar le era simpático y se compenetraba con su angustia. También él experimentaba fuertes sentimientos por la bella mujer recién adoptada por el Campamento del León, aunque no pudiera definirlos. Más allá de los rubores inexplicables y las sensaciones físicas que le provocaba su proximidad, sentía cierta afinidad con ella. También Ayla parecía turbada ante ciertas situaciones, como solía ocurrirle a él cuando se enfrentaba a los nuevos cambios y complicaciones de su vida.

Jondalar aspiró profundamente y se irguió para proseguir la marcha hacia su zona. Ayla le siguió con la vista; le vio acercarse a Mamut y entregarle algo. Ambos intercambiaron algunas palabras antes de que Jondalar se retirara a paso rápido, sin haber dicho una palabra a su compañera. La muchacha había perdido el hilo de la conversación que continuaba a su alrededor. Cuando Jondalar se marchó, corrió hacia Mamut, sin escuchar la pregunta que Ranec le hacía, sin ver la fugaz desilusión que se reflejó en su rostro. El joven moreno hizo una broma, que ella tampoco oyó, para

disimular su fastidio. Pero Nezzie, siempre sensible a las sutilezas de sus sentimientos más hondos, notó el sufrimiento en sus ojos y le vio apretar los dientes, irguiendo los hombros con decisión.

Hubiera querido aconsejarle, proporcionarle el beneficio de su experiencia y la sabiduría adquirida con la edad, pero se mordió la lengua. Cada uno debía habérselas con su propio destino.

Como los Mamutoi convivían dentro de un mismo ámbito durante largos períodos, tenían que aprender a tolerarse mutuamente. En el albergue no había una intimidad real, exceptuando la de los propios pensamientos; por eso ponían mucho cuidado en no entrometerse en los pensamientos ajenos. Trataban de no hacer preguntas personales y de no ofrecer ayuda o consejo cuando nadie los pedía. Tampoco intervenían en las discusiones privadas a menos que se les pidiera mediar, o cuando la situación, descontrolada, se convertía en un problema para todos. En cambio, cuando advertían que se estaba creando una situación problemática, se mantenían discretamente disponibles esperando, con paciencia y buena voluntad, a que un amigo se dispusiera a comentar las supuestas preocupaciones, aprensiones o frustraciones. No juzgaban ni criticaban; imponían pocas restricciones a las conductas personales, mientras no hirieran o perturbaran gravemente a otros. La solución válida de un problema era la que funcionara y satisficiera a todos los implicados. Trataban con cuidado a las almas ajenas.

—Mamut… —comenzó Ayla. De pronto se dio cuenta de que no sabía con exactitud lo que iba a decir—. Eh…, creo que es buen momento para hacer remedio para artritis.

—No veo inconveniente —dijo el anciano, sonriendo—. Hacía años que no pasaba un invierno tan bueno. Aunque sólo sea por eso, Ayla, me alegro de que estés aquí. Déjame guardar este cuchillo que he ganado a Jondalar y me pondré en tus manos.

—¿Ganaste cuchillo a Jondalar?

—Crozie y yo estábamos jugando con huesecitos. Jondalar, que estaba observando, parecía interesado, de modo que le invité a jugar. Dijo que le gustaría, pero que no tenía nada para apostar. Le respondí que, con su talento para trabajar el pedernal, siempre tendría algo, y le propuse apostar contra un cuchillo especial que yo deseaba, hecho de una determinada manera. Perdió. No es prudente apostar contra El Hombre Que Sirve. —Mamut rió entre dientes—. Aquí está el cuchillo.

Ayla asintió. La respuesta satisfacía su curiosidad, pero lo que le gustaría era que le dijera por qué Jondalar no le dirigía la palabra. Los que habían estado admirando el cuero teñido de rojo por Ayla se dispersaron, abandonando el Hogar del Mamut. Sólo quedó Rydag, que se reunió con la muchacha y el chamán. Le resultaba reconfortante verla atender al anciano, y se acomodó en una esquina de la cama.

—Primero haré fomentos calientes —dijo ella, y comenzó a mezclar ingredientes en un cuenco de madera.

Mamut y Rydag vieron cómo medía, mezclaba, calentaba agua.

—¿Qué pones en los fomentos? —preguntó Mamut.

—No conozco las palabras para las plantas.

—Descríbemelas. Tal vez yo pueda decirte cómo se llaman. Conozco algunas plantas medicinales. Tuve que aprender un poco.

—Una es más alta que rodilla —explicó Ayla—. Tiene hojas grandes, no verde brillante. Como polvo arriba. Hojas crecen primero con tallo, después hacen grandes, terminan en punta. Por abajo, hoja suave, como piel. Las hojas son buenas para muchas cosas. Las raíces también, sobre todo para huesos rotos.

—¡Consuelda! Tiene que ser la consuelda. ¿Qué más le pusiste? Esto es interesante.

—Otra planta, más pequeña, no llega a rodilla. Hojas como punta de lanza pequeña, verde oscuro brillante, verde también en invierno. Tallo sube entre hojas. Florecitas color claro, con manchitas rojas adentro. Buenas para hinchazones y para sarpullido.

Mamut sacudió la cabeza.

—Hojas que se mantienen verdes en invierno…, flores manchadas. No creo conocerla. Como no sea la que nosotros llamamos gualteria manchada…

Ayla asintió:

—¿Quieres conocer otras plantas? —preguntó.

—Sí, anda, descríbeme otra.

—Planta grande, más que Talut, casi árbol. Crece en tierras bajas cerca de ríos. Frutitas purpúreas, que están en planta también en invierno. Hojas tiernas buenas para comer, grandes y viejas son amargas, pueden descomponer. Raíz seca, en fomentos, buena para hinchazón y para dolor. Pongo frutitas secas en la infusión para tu artritis. ¿Conoces nombre?

—No, no creo. Pero mientras tú conozcas la planta, me basta. Tus remedios para la artritis me han hecho mucho bien. Eres diestra para atender a los ancianos.

—Creb era anciano. Era cojo y tenía dolores de artritis. Aprendí de Iza a cuidar. Después ayudaba a otros del Clan —Ayla hizo una pausa y levantó la vista de su preparación—. Creo Crozie también sufre dolores de vejez. Quiero ayudar. ¿Crees que se opone, Mamut?

—No le gusta admitir los achaques. En su juventud era una orgullosa belleza, pero creo que tienes razón. Podrías preguntarle, sobre todo si encuentras un modo sin herir su vanidad. Es lo único que le queda.

Ayla asintió. Cuando la preparación estuvo lista, Mamut se quitó la ropa.

—Cuando estás descansado, con fomentos —dijo Ayla—, tengo el polvo de una raíz para poner en brasas, así hueles. Te hará sudar y es buena para dolor. Después, antes de que duermes, esta noche, tengo enjuague nuevo para frotar articulaciones. Jugo de manzana y raíz caliente…

—¿Rábano silvestre? ¿Esa raíz que usa Nezzie para sazonar la comida?

—Creo que sí, con jugo de manzana y bouza de Talut. Te hará la piel caliente y por dentro también.

Mamut se echó a reír.

—¿Cómo conseguiste que Talut te dejara poner su bouza sobre la piel y no por dentro?

Ayla sonrió.

—Le gusta «medicina para después de la fiesta». Le prometí hacerlo siempre —explicó, mientras aplicaba un emplasto espeso, gomoso y caliente sobre las doloridas articulaciones del anciano.

Él se recostó cómodamente, con los ojos cerrados.

—Este brazo buen aspecto —comentó Ayla, mientras trabajaba en el brazo que había sufrido la fractura—. Creo se rompió feo.

—Fue una mala fractura —confirmó Mamut, abriendo otra vez los ojos. Echó un vistazo a Rydag, que escuchaba todo en silencio. Mamut no había hablado de aquella contingencia sino con Ayla. Hizo una pausa, pero asintió con decisión—. Es hora de que lo sepas, Rydag. Cuando era joven, durante un Viaje, caí por un acantilado y me rompí el brazo. Quedé aturdido; al fin llegué a un campamento de cabezas chatas, gente del Clan. Durante un tiempo viví con ellos.

—¡Por eso aprendes pronto los signos! —dijo Rydag con las manos y sonrió—. Te creía muy inteligente.

—Soy muy inteligente, jovencito —respondió Mamut, devolviéndole la sonrisa —, pero recordaba algunos y Ayla me los refrescó.

La sonrisa de Rydag se ensanchó. Exceptuando a Nezzie y a la familia del Hogar del León, Ayla y Mamut eran sus preferidos; les amaba como a nadie en el mundo, y nunca había sido tan feliz como desde la llegada de la joven. Por primera vez en su vida podía hablar, podía hacerse entender y hasta provocar sonrisas. Mientras observaba a Ayla, que seguía atendiendo a Mamut, él mismo reconoció su destreza. Cuando Mamut miró hacia él, le dijo por medio de gestos:

—Ayla es buena curandera.

—Las curanderas del Clan son muy hábiles, Rydag. De ellas aprendió Ayla. Nadie podría haberme compuesto mejor el brazo. La piel estaba desprendida, llena de tierra, y la carne perforada por el hueso parecía un trozo de asado. Aquella mujer, Uba, la limpió y la puso en su sitio. Ni siquiera tuve inflamación, pus y fiebre. Cuando el brazo se curó pude usarlo perfectamente, y sólo en estos últimos años me duele de vez en cuando. Ayla aprendió de la nieta de esa mujer. Me dijeron que se la consideraba la mejor.

—Sí. Iza era la mejor, como madre y abuela —concluyó Ayla. No había prestado atención al silencioso diálogo entre el niño y el anciano—. Sabía todo lo que madre sabía. Tenía recuerdos de madre y de abuela.

Ayla acercó a la cama de Mamut algunas piedras del hogar, cogió varias brasas con dos palos y las puso sobre las piedras, luego esparció sobre ellas el polvo de una

raíz. Mientas ceñía los cobertores alrededor de Mamut, para conservar el calor, él se incorporó sobre un codo para mirarla, pensativo.

—Los miembros del Clan son diferentes de los demás de una manera que la gente no llega a comprender. No se trata de que no hablen o de que hablen por otros medios. Es que la manera misma de pensar es distinta. Si Uba, la mujer que me cuidaba, era la abuela de tu Iza, y ella aprendió de los recuerdos de su madre y de su abuela, ¿cómo aprendiste tú, Ayla? Tú no tienes los recuerdos del Clan —Mamut notó en ella un rubor azorado y percibió una leve exclamación de sorpresa. Luego, la muchacha bajó la vista—. ¿O sí los tienes?

Ayla volvió a mirarle y a bajar los ojos.

—No, no tengo recuerdos del Clan —dijo.

—¿Pero…?

—¿Qué quiere decir «pero»? —inquirió ella, con expresión cautelosa, casi asustada. Y volvió a bajar la vista.

—No tienes los recuerdo del Clan, pero… algo tienes, ¿verdad? ¿Algo que te viene del Clan?

Ayla mantuvo la cabeza inclinada. ¿Cómo era posible que él lo supiera, si ella nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Jondalar? Apenas si lo admitía para sus adentros, pero después de aquello no había vuelto a ser la misma. A veces le venían las cosas…

—¿Tiene algo que ver con tu destreza de Mujer Que Cura? —preguntó Mamut.

Ella levantó la vista y sacudió la cabeza.

—No —respondió, suplicándole con la mirada que la creyera—. Iza me enseña. Yo era muy joven, no todavía como Rugie cuando ella empieza. Iza sabía yo no tenía recuerdos, pero me hace recordar, me hacer decir y decir hasta que no olvido. Es muy paciente. Algunos dicen inútil enseñar: demasiado estúpida, no puede retener. Ella dice no, sólo diferente. No quiero ser diferente. Necesario retener. Digo para mí, de nuevo y de nuevo, hasta cuando Iza no me enseña. Aprendo a recordar, a mi modo. Necesario aprender rápido para no crean estúpida.

Rydag tenía los ojos muy abiertos y redondos. Comprendía como nadie lo que ella había sentido, pero no conocía a nadie que hubiera sentido lo mismo, y no lo esperaba en alguien como Ayla.

Mamut la miraba con asombro.

—Entonces memorizaste los «recuerdos» que Iza heredó del Clan. Es toda una hazaña. Datan de generaciones y generaciones atrás, ¿no?

Rydag escuchaba ahora con suma atención, percibiendo que iba a aprender algo muy importante para él.

—Sí —dijo Ayla—, pero no aprendí todos los recuerdos. Iza no podía enseñarme todo lo que sabía. Dijo no sabe cuánto sabe, pero enseña a aprender, a experimentar, probar con cuidado. Así, cuando soy más vieja, dijo yo soy su hija, curandera de su estirpe. Yo pregunto: ¿Cómo puedo reclamar su estirpe? No soy verdadera hija. Ni

siquiera soy Clan, no tengo recuerdos. Ella dice tengo otra cosa, tan buena como recuerdos; quizá mejor. Iza creía yo nacía con estirpe de curanderas de los Otros, la mejor estirpe, como la suya era la mejor. Por eso soy curandera de su estirpe. Dijo algún día yo seré la mejor.

—¿Sabes lo que quiso decir? ¿Sabes el don que posees? —preguntó Mamut.

—Sí, creo. Cuando alguien está enfermo, yo veo enfermedad. Miro ojos, color de cara, olor de aliento. Pienso. A veces sé mirando, nada más; otras veces sé qué pregunta hacer. Después hago medicina para ayudar. No siempre misma medicina. A veces medicina nueva, como bouza para la artritis.

—Tu Iza puede haber tenido razón. Las mejores curanderas tienen ese don —dijo Mamut. De pronto se le ocurrió una idea—. He notado una diferencia entre tú y los curanderos que conozco, Ayla. Tú usas plantas medicinales y otros tratamientos para curar. Los curanderos mamutoi convocan también la asistencia de los espíritus.

—No sé mundo de espíritus. En Clan sólo mog-ures saben. Cuando Iza necesita ayuda de espíritus, llama Creb.

Mamut miró intensamente a los ojos de la joven.

—Ayla, ¿te gustaría tener la ayuda del mundo de los espíritus?

—Sí, pero no tengo mog-ur que llamar.

—No hace falta que llames a nadie. Puedes ser tu propio mog-ur.

—¿Yo? ¿Mog-ur? Pero soy mujer. Una mujer de Clan no puede ser mog-ur —exclamó Ayla, espantada por la sugerencia.

—Pero tú no eres una Mujer del Clan. Eres Ayla de los Mamutoi. Eres hija del Hogar del Mamut. Los mejores curanderos Mamutoi conocen a los espíritus. Eres buena Mujer Que Cura, Ayla, pero ¿cómo puedes ser la mejor sin la ayuda del mundo de los espíritus?

Ayla sintió un gran nudo de ansiedad agarrado a su estómago. Era una curandera, una buena curandera; Iza había asegurado que llegaría a ser la mejor. Mamut decía ahora que no se podía ser la mejor sin la ayuda de los espíritus, y sin duda tenía razón. Iza siempre pedía ayuda a Creb, ¿no?

—Pero no conozco mundo de espíritus, Mamut —dijo, desesperada y al borde del pánico.

Mamut se inclinó hacia ella, percibiendo que el momento era el adecuado y extrajo de alguna fuente de su interior el poder de coerción.

—Sí lo conoces —dijo autoritario—. ¿Verdad, Ayla?

Los ojos de la muchacha se dilataron de miedo.

—¡No quiero conocer mundo de espíritus! —exclamó.

—Sólo temes ese mundo porque no lo comprendes. Yo puedo ayudarte a comprenderlo. Puedo ayudarte a utilizarlo. Naciste para el Hogar del Mamut, para los misterios de la Madre; no importa dónde hayas nacido ni a dónde vayas. No puedes hacer nada: te ves atraída por ese mundo, te busca. No puedes huir, pero con adiestramiento y comprensión lo dominarás. Puedes hacer que los misterios obren por

ti, Ayla. No puedes luchar contra tu destino, y tu destino es Servir a la Madre.

—¡Soy curandera! Éste es mi destino.

—Sí, tu destino es ser Mujer Que Cura. Pero eso es ya Servir a la Madre. Y algún día puedes ser llamada a servirla de otra manera. Necesitas estar preparada. Ayla, quieres ser la mejor de las curanderas, ¿verdad? Hasta tú sabes que algunas enfermedades no se curan sólo con medicinas y tratamientos. ¿Cómo curas a alguien que ya no desea vivir? ¿Qué medicina proporciona a alguien la voluntad de recuperarse de un accidente grave? Cuando alguien muere, ¿qué tratamiento dar a los que quedan atrás?

Ayla inclinó la cabeza. Si alguien hubiera sabido qué hacer por ella a la muerte de Iza, tal vez ella no habría perdido su leche, no habría tenido que entregar a su hijo a otras mujeres que podían darle de mamar. ¿Sabría qué hacer si ocurría lo mismo a alguien que estuviera bajo su cuidado? ¿Acaso el conocer el mundo de los espíritus la ayudaría a hallar una solución?

Rydag observaba la tensa escena, consciente de que, por el momento, se habían olvidado de él. Tenía miedo de moverse, de desviar la atención de Ayla y del anciano de algo muy importante, aunque no acababa de comprender de qué se trataba.

—¿Qué temes, Ayla? ¿Qué ocurrió para que te alejaras de este modo? Cuéntame —dijo Mamut, con voz cálida y persuasiva.

Ayla se levantó súbitamente y reunió las pieles para ajustarlas al cuerpo del viejo chamán.

—Hay que cubrir, mantener caliente para que fomentos ayuden —dijo, visiblemente perturbada.

Mamut se recostó, dejándole que completara el tratamiento sin más objeciones. Comprendía que necesitaba tiempo. Ayla comenzó a pasearse, nerviosa y agitada, con los ojos perdidos en el espacio o en alguna visión interior. De pronto giró en redondo para mirarle de frente.

—¡Yo no quería! —dijo.

—¿Qué cosa no querías? —preguntó Mamut.

—Entrar en cueva. Ver mog-ures.

—¿Cuándo entraste en la cueva, Ayla?

Mamut conocía las restricciones impuestas a las mujeres que participaban en los ritos del Clan. Ella debió de hacer algo que estaba prohibido: había roto algún tabú.

—En Reunión del Clan.

—¿Fuiste a una Reunión del Clan? Se organiza una cada siete años, ¿verdad?

Ayla asintió.

—¿Cuándo fue esa Reunión?

Tuvo que pensarlo; la concentración le despejó un poco la mente.

—Durc acababa de nacer entonces, en la primavera. En verano serán siete años. En verano hay Reunión del Clan. El Clan irá a Reunión, traerá Ura. Ura y Durc aparearán. ¡Pronto mi hijo hombre!

—¿Es verdad eso, Ayla? ¿Tendrá sólo siete años al aparearse? ¿Tu hijo será hombre a tan corta edad? —preguntó Mamut.

—No, no tanto. Tal vez tres, cuatro años más. Es como… Druwez. No hombre todavía. Pero madre de Ura pidió Durc para Ura. Ella también hija de espíritus mezclados. Ura vivirá con Brun y Ebra. Cuando Durc y Ura con edad suficiente, aparean.

Rydag miró a Ayla, incrédulo. No comprendía del todo, pero una cosa parecía segura: ¡ella tenía un hijo de espíritus mezclados, como él, que vivía con el Clan!

—¿Qué pasó en la Reunión del Clan, hace siete años, Ayla? —preguntó Mamut.

No quería dejar el tema, puesto que parecía tan cerca de conseguir la conformidad de Ayla para comenzar la iniciación, aunque ella había sacado a relucir algunos puntos enigmáticos. Estaba convencido de que adiestrarla era no sólo importante, sino esencial, para el bien de la propia muchacha.

Ayla cerró los ojos, con expresión dolorida.

—Iza está demasiado enferma para ir. Dice a Brun que yo soy curandera, Brun hace ceremonia. Ella me enseña a masticar raíz para hacer bebida para mog-ures. Dice sólo, no puede mostrar. Es demasiado… sagrado para hacer como práctica. Mog-ures, en Reunión del Clan, no me quieren, no soy del Clan. Pero nadie más sabe, sólo estirpe de Iza. Finalmente dicen sí. Iza me enseña no tragar jugo cuando masco, escupe en cuenco, pero no puedo. Trago un poco. Más tarde, turbada, entro en cueva, sigo fuegos, encuentro mog-ures. No me ven, pero Creb sabe.

Agitada otra vez, dio en pasearse.

—Está oscuro, como agujero hondo, y estoy cayendo —encogió los hombros y se frotó los brazos, como si tuviera frío—. Entonces viene Creb, como tú Mamut, pero… más. Él…, él…, él me lleva con él. —Guardó silencio, paseándose durante un rato. Por fin se detuvo y siguió hablando—. Más tarde, Creb está muy enojado y triste. Y yo soy… diferente. Nunca digo, pero a veces pienso vuelvo allá y estoy… asustada.

Mamut esperó, por si hubiera terminado. Tenía una vaga idea de lo que ella había experimentado, pues se le había permitido presenciar una ceremonia del Clan. Utilizaban ciertas plantas de un modo peculiar y él había experimentado algo insondable. A pesar de todos sus intentos, jamás había podido repetir la experiencia, aun después de convertirse en Mamut. Iba a decir algo cuando Ayla volvió a hablar.

—A veces quiero tirar raíz, pero Iza dice es sagrada.

Él tardó un momento en comprender el significado de este comentario, pero el impacto estuvo a punto de hacer que se incorporara.

—¿Quieres decir que tienes esa raíz contigo? —preguntó, conteniendo su entusiasmo con dificultad.

—Cuando parto, llevo bolsa de medicinas. La raíz está en bolsa, en saquito rojo especial.

—Pero ¿todavía se la puede usar? Dices que han pasado más de tres años desde

que te fuiste. ¿No habrá perdido su potencia en este tiempo?

—No, preparada de modo especial. Cuando raíz se seca, dura mucho tiempo, muchos años.

—Ayla —comenzó Mamut, tratando de formular su frase del modo debido—. Podría ser una verdadera suerte que todavía la tengas. Como sabes, el mejor modo de superar un miedo es enfrentarse a él. ¿Estarías dispuesta a preparar otra vez esa raíz, sólo para ti y para mí?

Ayla se estremeció de sólo pensarlo.

—No sé, Mamut. No quiero, tengo miedo.

—No te pido que lo hagas ahora mismo. Antes necesitas cierta iniciación y estar preparada. Y deberá ser para una ceremonia especial, de significación profunda. Tal vez en el Festival de Primavera, el comienzo de la vida nueva —vio que temblaba otra vez—. Todo depende de ti, pero no tienes por qué decidirlo ahora. Sólo te pido que me permitas comenzar tu iniciación y tu preparación. Cuando llegue la primavera, si no te sientes dispuesta, puedes decir que no.

—¿Qué es iniciación? —preguntó Ayla.

—Primero tendrás que aprender ciertas canciones y estribillos, y a usar el cráneo de Mamut. Además de aprender el significado de ciertos símbolos.

Rydag, que la observaba con atención, la vio fruncir el ceño. Deseó con todas sus fuerzas que accediera. Acababa de aprender sobre el pueblo de su madre cosas que nunca había sabido, pero deseaba saber más. Si Mamut y Ayla planeaban una ceremonia con ritos del Clan, sin duda tendría esa oportunidad.

Cuando Ayla abrió los ojos había en ellos una expresión preocupada. Pero tragó saliva con fuerza e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, Mamut. Trataré de enfrentarme a miedo a mundo de espíritus, si me ayudas.

Mamut volvió a recostarse. No advirtió que Ayla apretaba el saquito decorado que le colgaba del cuello.

Capítulo 21

—¡Ju, ju, ju! ¡Son tres! —gritó Crozie, con una pizca de risa maliciosa, contando los discos que habían caído en la escudilla de madera con la cara marcada hacia arriba.

—Te toca otra vez —dijo Nezzie. Estaban sentadas en el suelo, junto al círculo nivelado de seca tierra loéssica, donde Talut había trazado los planes para la cacería —. Todavía te faltan siete. Apuesto dos más.

Hizo otras líneas en la superficie alisada del foso de dibujo. Crozie levantó la escudilla y sacudió a un tiempo los siete discos de marfil. Eran pequeños y de forma levemente convexa, de modo tal que se balanceaban sobre cualquier superficie plana; una de las caras era lisa, la otra estaba marcada con líneas y colores. Crozie, sosteniendo la ancha escudilla de mimbre cerca del suelo, arrojó las piezas al aire. Luego movió hábilmente el recipiente por encima de la esterilla que delimitaba la zona de juego y atrapó los discos en él. En esta ocasión, cuatro de los discos presentaron la cara marcada hacia arriba y sólo tres su cara lisa.

—¡Mira esto! ¡Cuatro! Sólo faltan tres. Apostaré cinco más.

Ayla, sentada en otra esterilla a poca distancia, bebía a pequeños sorbos una infusión en una escudilla de madera, mientras observaba cómo la anciana agitaba de nuevo los discos. Crozie volvió a lanzar los discos y volvió a recogerlos en el aire. Esta vez fueron cinco los que presentaron la cara marcada.

—¡He ganado! ¿Quieres probar de nuevo, Nezzie?

—Bueno, una vez más —respondió la mujer, arrojando los discos al aire para atraparlos con el cestito plano.

—¡Ahí está el ojo negro! —exclamó Crozie, señalando un disco que había mostrado su cara negra—. ¡Has perdido! Con esto me debes doce. ¿Quieres jugar otra partida?

—No. Hoy tienes demasiada suerte —dijo Nezzie, levantándose.

—¿Y tú, Ayla? —preguntó la anciana—. ¿Quieres jugar una partida?

—No sirvo para ese juego —dijo Ayla—. A veces no atrapo todas las piezas.

Había observado muchas veces el juego durante la fría y prolongada estación, pero había jugado poco y sólo para practicar. Sabía que Crozie no lo hacía por distracción, sino muy en serio, demostrando poca paciencia con los jugadores ineptos o indecisos.

—Bueno, ¿y a los huesecitos? Para eso no hace falta habilidad.

—Jugaría, pero no sé qué apostar —dijo Ayla.

—Nezzie y yo jugamos con tanteo y arreglamos cuentas después.

—Ahora o después, no sé qué apostar.

—Has de tener algo que apostar sin duda —dijo Crozie, un tanto impaciente por seguir jugando—. Algo de valor.

—¿Y tú apuestas algo mismo valor?

La anciana asintió bruscamente con la cabeza.

—Por supuesto.

Ayla frunció el ceño, concentrándose.

—Tal vez… pieles, o cuero, o algo que hacer. ¡Espera! Se me ocurre una cosa. Jondalar juega con Mamut y apuesta habilidad. Cuando pierde hace cuchillo especial. ¿Se puede apostar habilidad, Crozie?

—¿Por qué no? Lo marcaré aquí —Crozie alisó el suelo con el canto de su cuchillo. Cogió dos objetos del suelo, a su lado, y los enseñó, uno en cada mano—. Contaremos tres marcas por juego. Si aciertas, tienes una marca. Si no, la marca es mía. La primera que llegue a tres gana la partida.

Ayla miró los dos metacarpos de buey almizclero, uno pintado con líneas rojas y negras, el otro de color natural.

—Debo elegir el blanco, ¿verdad? —preguntó.

—Así es —confirmó Crozie, con un destello calculador en los ojos—. ¿Estás lista? —Frotó ambas manos, con los huesos en el medio, pero echó un vistazo a Jondalar, que estaba sentado con Danug en la zona de trabajo—. ¿Es cierto que es tan hábil? —preguntó, señalándole con la cabeza.

Ayla fijó la vista en la cabeza rubia, inclinada hacia el muchacho pelirrojo. Cuando volvió la atención al juego, Crozie tenía ambas manos a la espalda.

—Sí, Jondalar hábil.

¿Acaso Crozie había tratado deliberadamente de distraerla? Observó a la anciana con cuidado, reparando en la leve inclinación de los hombros, en el modo de erguir la cabeza, en la expresión de su rostro.

Crozie volvió a poner las manos delante y las alargó hacia ella, con un hueso escondido en cada puño. Ayla estudió la cara arrugada, que se había tornado inexpresiva, y las manos artríticas, de nudillos blancos. ¿Una de las manos no estaba algo más cerca del pecho? Ayla eligió la otra.

—¡Perdiste! —se jactó Crozie, abriendo la mano para mostrar el hueso rojo y negro. Trazó una rayita en el suelo—. ¿Estás lista para otra ronda?

—Sí —dijo la muchacha.

En esta oportunidad Crozie comenzó a tararear para sus adentros, mientras frotaba los huesos entre las palmas. Por un momento cerró los ojos, pero luego clavó la vista en el techo, como si viera algo interesante cerca del agujero para el humo. Ayla sintió la tentación de buscar con la vista aquello tan fascinante, pero recordó la treta anterior y volvió a bajarla, justo a tiempo de descubrir que la astuta anciana echaba una ojeada entre las manos antes de ponerlas rápidamente a la espalda. Por la vieja cara cruzó una fugaz aviesa sonrisa de complacencia. El movimiento de brazos y hombros daba la impresión de que las manos escondidas se estaban moviendo. ¿Acaso Crozie pensaba que Ayla había visto alguno de los huesos y estaba cambiándolos de sitio? ¿O sólo quería hacérselo creer así?

La joven comprendió que el juego no constituía una mera diversión; resultaba más interesante practicarlo que mirar. Crozie volvió a presentar sus puños apretados.

Ayla la observó con atención, aunque sin que se notara. Para empezar, no era cortés mirar a otro con fijeza; en un plano más sutil, no le convenía dejar que Crozie advirtiera lo que estaba buscando. Resultaba difícil de adivinar, pues la vieja era experta en el juego, pero parecía que un hombro estaba algo más alto que el otro, ¿y la otra mano no estaba algo retirada? Ayla eligió la mano que Crozie parecía querer que eligiera, la que no correspondía.

—¡Ja, perdiste otra vez! —dijo la anciana, regocijada. Y se apresuró a agregar—: ¿Estás lista?

Antes de que Ayla pudiera asentir, ya tenía las manos tras la espalda y volvía a ofrecérselas para que escogiera; pero en esta ocasión se había inclinado hacia delante. Ayla se resistió, sonriendo. La vieja siempre estaba haciendo cambios, tratando de que no se pusiera de manifiesto. La muchacha eligió la mano que le pareció correcta y fue recompensada con otra marca en el suelo. En la ronda siguiente, Crozie volvió a cambiar de posición, con las manos bajas, y Ayla volvió a equivocarse.

—¡Son tres! He ganado. Pero no se puede tentar la suerte en una sola partida. ¿Quieres jugar otra?

—Sí, me gustaría jugar otra.

Crozie sonrió, pero como Ayla acertara dos veces seguidas, su expresión se hizo mucho menos complacida. Con el ceño fruncido, frotó los huesos por tercera vez.

—¡Mira aquello! ¿Qué es? —preguntó, señalando con la barbilla, en un flagrante intento de distraer a su adversaria.

Ayla apartó la vista; cuando volvió a mirar, la vieja sonreía otra vez. La muchacha se tomó tiempo para elegir la mano que tenía el hueso blanco aunque ya lo había decidido de antemano. No quería ensañarse con Crozie, pues ya había aprendido a interpretar las señales inconscientes de su cuerpo y sabía con tanta claridad como si la propia anciana se lo hubiera dicho, en qué mano estaba el hueso blanco.

A Crozie no le habría gustado saber que se estaba denunciando con tanta facilidad, pero Ayla contaba con una ventaja muy poco corriente: estaba muy habituada a observar e interpretar detalles sutiles de la postura del cuerpo y la expresión del rostro de un modo casi instintivo. Constituía una parte esencial del lenguaje del Clan: transmitían los más mínimos matices del significado. Había notado que los movimientos y las posturas del cuerpo también tenían un sentido incluso entre los que se comunicaban sobre todo mediante sonidos verbales, aun cuando se hicieran inconscientemente.

Demasiado ocupada en aprender el idioma oral de su nuevo pueblo, no había hecho un esfuerzo especial por interpretar aquel idioma inconsciente; ahora que hablaba con fluidez, si bien no con total corrección, podía incorporar su habilidad para la comunicación a ciertas matizaciones idiomáticas que, normalmente, no eran consideradas como parte integrante del habla. El juego que estaba disputando con Crozie le hacía caer en la cuenta de que se podía comprender mucho mejor a la gente como ella aplicando los conocimientos aprendidos en el Clan. Y si en el Clan no se

podía mentir porque el lenguaje del cuerpo era imposible de ocultar, mucho menos podían los Otros ocultarle sus secretos. Ni siquiera sabían que estaban «hablando». Todavía no era capaz de interpretar por completo las señales corporales de los Otros, pero… todo se andaría.

Eligió la mano que encerraba el hueso blanco. Con un mohín de irritación, Crozie marcó una tercera línea para Ayla.

—Ahora la suerte está de tu parte —comentó—. Ya que yo he ganado una partida y tú otra, podríamos darnos por empatadas y olvidarnos de la apuesta.

—No —dijo Ayla—. Apostamos habilidad. Tú ganas mi habilidad, que es medicina. Te doy. Quiero tu habilidad.

—¿Cuál? —inquirió Crozie—. ¿Mi habilidad para el juego? Es lo que mejor se me da, en estos tiempos, y ya me has ganado. ¿Qué quieres de mí?

—No, para juego, no. Quiero hacer cuero blanco —dijo Ayla.

Crozie quedó boquiabierta.

—¿Cuero blanco?

—Cuero blanco, como la túnica tú pusiste para adopción.

—Hace años que no lo hago.

—Pero ¿puedes hacer?

—Sí —los ojos de Crozie se suavizaron con una expresión distante—. Aprendí de niña, gracias a mi madre. Antes era sagrado para el Hogar de la Cigüeña; al menos, eso dice la leyenda. Nadie más podía usarlo… —sus pupilas volvieron a endurecerse —. Pero eso fue antes de que el Hogar de la Cigüeña cayera tan bajo que hasta el Precio Nupcial es una limosna —miró fijamente a la joven—. ¿Qué representa el cuero blanco para ti?

—Es bello —los ojos de la anciana volvieron a dulcificarse involuntariamente—. Y blanco es sagrado para alguien —concluyó Ayla, mirándose las manos—. Quiero hacer túnica especial, como a alguien gusta. Túnica especial blanca.

Ayla no vio que Crozie desviaba la vista hacia Jondalar; por casualidad, en ese momento el joven las miraba fijamente; apartó los ojos de inmediato, como si estuviera avergonzado. La anciana miró de nuevo a la muchacha, que seguía con la cabeza baja.

—¿Y qué me das tú a cambio? —preguntó.

—¿Me enseñarás? —Ayla levantó la vista, sonriendo. Vio un destello de avaricia en aquellos viejos ojos, pero también algo más, algo distante, más dulce—. Haré medicina para el reumatismo —dijo—, como para Mamut.

—¿Y quién te ha dicho que lo necesito? —le espetó Crozie—. Yo no soy tan vieja como él.

—No, no tan vieja, Crozie, pero tienes dolor. No dices tienes dolor, te quejas otras cosas, pero yo sé porque soy Mujer Que Cura. La medicina no puede curar huesos doloridos, nada cura, pero hace sentir mejor. Fomentos calientes hacen fácil moverse y flexionar. Y haré medicina para dolor, una para mañana, otra para otras horas —

enseguida, percibiendo que la anciana quería poner a salvo su orgullo, agregó—: Necesito hacerte medicina para pagar apuesta. Es mi habilidad.

—Bueno, supongo que necesitas pagar tu apuesta —dijo Crozie—, pero quisiera algo más.

—¿Qué? Haré, si puedo.

—Quiero más de ese sebo blanco que suaviza la piel seca, dejándola tersa… y joven —dijo, en voz baja. De inmediato irguió la espalda, agregando con voz cortante —: Siempre se me ha agrietado la piel en invierno.

Ayla sonrió.

—Haré. Ahora di cuál mejor cuero para hacer blanco. Preguntaré a Nezzie si hay en habitaciones frías.

—La piel de venado. La de reno es buena, aunque es preferible usarla con el pelaje, como abrigo. Cualquier venado sirve: el ciervo común, el alce, el megacero. Pero antes de conseguir el cuero crudo necesitas otra cosa.

—¿Qué?

—Tienes que juntar tus aguas.

—¿Qué aguas?

—Las que orinas. No sólo las tuyas, sino las de cualquiera, aunque lo mejor es la propia. Comienza a juntarlas ahora, aun antes de tener el cuero. Hay que dejarlas un tiempo en sitio abrigado.

—Suelo orinar detrás de la cortina, en cesto con estiércol de mamut y cenizas. Se arroja fuera.

—No lo hagas en el cesto. Guárdala en un cráneo de mamut o en un cesto impermeable. Cualquier cosa que no pierda.

—¿Para qué necesita esa agua?

Crozie hizo una pausa y estudió a la joven antes de responder.

—Estoy envejeciendo y no tengo a nadie —dijo, por fin—, salvo a Fralie. Pero ahora ya ni eso. Habitualmente, la mujer pasa sus secretos a sus hijos y a sus nietos, pero Fralie no tiene tiempo ni le interesa mucho trabajar el cuero; prefiere el bordado y las cuentas. Además, no tiene hijas. Sus varones… todavía son niños. ¿Quién sabe? Pero mi madre me transmitió esa estabilidad, y yo debería pasársela… a alguien. Es difícil tratar el cuero virgen, pero he notado tu capacidad. Las pieles y cueros que trajiste demuestran habilidad y esmero, y eso es lo que se necesita para hacer cuero blanco. Hace muchos años que no me he preocupado de hacerlo, y nadie ha demostrado mucho interés. Pero como tú me lo has preguntado, te lo diré.

La anciana se inclinó para coger entre las suyas la mano de Ayla.

—El secreto del cuero blanco está en el agua que haces, aunque te parezca extraño. Si se la deja un tiempo en un lugar cálido, se transforma. Entonces, si mojas el cuero en ella, todos los restos de grasa se desprenden junto con las manchas. El pelo sale más fácilmente, la piel se deteriora más lentamente y se mantiene suave aun sin ahumarla, de modo que no se pone morena. Más aún; esas aguas blanquean el

cuero virgen, aunque sin llegar a una auténtica blancura. Después de lavarlo y escurrirlo varias veces, queda listo para darle el tinte blanco.

Crozie no habría podido explicar que la urea, principal componente de la orina, se descompone en un ambiente cálido, tornándose amoniacal. Sólo sabía que, una vez rancia, se convertía en otra cosa, en algo que disolvía la grasa y actuaba como decolorante, además de proteger el cuero contra la putrefacción bacteriológica. No hacía falta conocer los porqués ni el nombre de amoníaco para saber que daba resultado.

—Y creta…, ¿tenemos creta? —preguntó Crozie.

—Wymez tiene. Dice que su pedernal venía de un barranco de creta; todavía tiene varias piedras cubiertas de eso —respondió Ayla.

—¿Por qué hablaste de la creta con Wymez? —preguntó la anciana, suspicaz—. ¿Cómo sabías que yo accedería a enseñarte?

—No sabía. Hace mucho tiempo quiero hacer túnica blanca. Si tú no enseñas, probar sola, pero no sabía necesario juntar aguas y no habría pensado. Me alegro me enseñes hacerlo bien —explicó Ayla.

—Hummm —fue el único comentario de la anciana, que estaba convencida, aunque no deseaba admitirlo—. Y no dejes de preparar ese sebo —de pronto agregó —: Haz también un poco para el cuero. Creo que sería bueno mezclarlo con la creta.

Ayla apartó la cortina para mirar hacia fuera. El viento del atardecer gemía, modulando un horrible canto fúnebre, acompañamiento adecuado para lo triste y descolorido del paisaje, bajo el cielo cubierto. Andaba buscando algún alivio contra aquel frío que la mantenía enclaustrada, pero la opresiva estación parecía no terminar nunca. Whinney resopló. Ayla se volvió al tiempo que Mamut entraba en el hogar de los caballos. Ella le saludó con una sonrisa.

Desde el comienzo había sentido un profundo respeto por el viejo chamán, pero desde que comenzara su iniciación, ese respeto se había convertido en amor, debido, en parte, a que percibía una fuerte similitud entre este anciano alto, delgado, increíblemente viejo, y el bajo, tullido y tuerto hechicero del Clan: no se trataba de un parecido físico, sino interior. Era casi como si hubiera encontrado otra vez a Creb, o por lo menos una réplica. Ambos profesaban una profunda reverencia y una gran comprensión del mundo de los espíritus, aun cuando los espíritus a los que reverenciaban tuvieran nombres diferentes; ambos podían convocar a poderes sobrecogedores, aunque ellos fueran físicamente frágiles. Y ambos eran sabios en cuanto a las reacciones de la gente. Tal vez la razón más fuerte del amor fuera que tanto Mamut como Creb la habían acogido con bondad, la habían ayudado a comprender, habían hecho de ella una hija de su Hogar.

—Te estaba buscando, Ayla. Se me ocurrió que estarías aquí, con tus caballos.

—Miraba hacia fuera suspirando por que llegue la primavera —dijo Ayla.

—Ésta es la época en que casi todos empiezan a desear un cambio, algo nuevo que hacer o ver. Se aburren, duermen más. Creo que por eso abundan tanto las celebraciones y los festines en esta última parte del invierno. Pronto vendrá el Festival de la Risa; a casi todos les gusta.

—¿Qué es el Festival de la Risa?

—Lo que su nombre dice. Todos tratan de hacer reír a los demás. Algunos se ponen ropas divertidas o prendas al revés; otros hacen muecas, actúan de modo extravagante, inventan bromas o se juegan malas pasadas. Y si alguien se enoja, los demás se ríen de él con más ganas. Casi todos esperan esta fecha con ansias, pero ningún festival es tan deseado como el de Primavera. Por eso, en verdad, te estaba buscando —dijo Mamut—. Aún te queda mucho por aprender hasta que llegue.

—¿Por qué es tan especial el festival de Primavera? —preguntó Ayla, nada segura de esperarlo con impaciencia.

—Por muchos motivos. Es nuestra celebración más solemne y alegre. Marca el fin del frío prolongado e intenso, el principio del calor. Se dice que si se observa el ciclo de las estaciones durante todo un año, se comprende lo que es la vida. Casi todos cuentan tres estaciones. La primavera es la estación del nacimiento; en el brotar de sus aguas nacientes, en los desbordamientos de primavera, la Gran Madre vuelve a traer la vida nueva. El verano, la estación cálida, es el momento del crecimiento y el desarrollo. El invierno es la «pequeña muerte». En primavera la vida vuelve a renovarse, a renacer. Tres estaciones bastan para casi todo, pero el Hogar del Mamut cuenta cinco. Cinco es el número sagrado de la Madre.

A pesar de sus reservas iniciales, Ayla estaba fascinada por la iniciación sobre la que tanto había insistido Mamut. Estaba aprendiendo mucho: nuevas ideas, nuevos pensamientos, nuevos modos de pensar. Era estimulante descubrir y pensar tantas cosas nuevas, verse incluida y no excluida. En sus tiempos con el Clan no había podido alcanzar el conocimiento de los espíritus, de los números, ni siquiera de la caza, pues todo esto quedaba reservado a los hombres. Sólo los mog-ures y sus acólitos los estudiaban en profundidad, y ninguna mujer podía ser mog-ur. Ni siquiera se las admitía en las conversaciones sobre temas tales como espíritus o números. Cazar también fue tabú para ella, pero al menos no se prohibía a las mujeres escuchar; se suponía, simplemente, que no eran capaces de aprender.

—Me gustaría que repasáramos las canciones y los cánticos que hemos estado practicando. Y quiero empezar a enseñarte algo especial: símbolos. Creo que te resultarán interesantes. Algunos son sobre medicina.

—¿Símbolos de medicina? —preguntó Ayla.

Le interesaban, por supuesto. Entraron juntos en el Hogar del Mamut.

—¿Vas a hacer algo con el cuero blanco? —preguntó el anciano, poniendo las esterillas junto al fuego, cerca de su cama—. ¿O piensas guardarlo, como el rojo?

—Sobre el rojo todavía no sé, pero con el blanco quiero hacer una túnica especial. Aprendo a coser, pero soy muy torpe. El cuero blanco salió tan perfecto que no

quiero estropearlo. Deegie me enseña, y también Fralie, cuando Frebec no le complica las cosas.

Ayla redujo a astillas algunos huesos para echarlos a las llamas, en tanto Mamut sacaba de entre sus cosas una sección de marfil oval, bastante fina, de superficie grande y curvada; había sido cortada de un colmillo de mamut con un cincel aplicado hasta practicar un profundo surco. Mamut sacó de la fogata un trozo de hueso carbonizado, en tanto Ayla buscaba un cráneo de mamut y un palillo de asta. Con ambos en la manos, se sentó junto al anciano.

—Antes de practicar con el tambor, quiero explicarte ciertos símbolos que utilizamos para ayudarnos a memorizar cosas, como canciones, relatos, proverbios, sitios, fechas, nombres, todo lo que deseamos retener en la memoria —comenzó Mamut—. Tú nos has enseñado a hablar con señas de las manos y con gestos. Me he dado cuenta de que has observado que también nosotros empleamos ciertos gestos, si bien los empleamos menos que el Clan, como los que hacemos con la mano para despedir a alguien o para que venga a nuestro lado. Utilizamos otros símbolos manuales, sobre todo cuando describimos algo o contamos una historia; también cuando Quien Sirve dirige una ceremonia. He aquí uno fácil que te resultará familiar; se parece a un símbolo del Clan.

Mamut hizo un movimiento circular con la mano, mostrando la palma hacia fuera.

—Eso significa «todo» o «todos» —explicó. Después cogió un trozo de hueso carbonizado—. Lo mismo puedo hacer con este trozo de carbón sobre el marfil, ¿ves? —dijo, dibujando un círculo—. Ahora bien, este símbolo significa «todo». Cuando lo veas, aunque no haya sido trazado por otro Mamut, sabrás que significa «todo».

Al anciano chamán le gustaba enseñar a Ayla. Ella era inteligente y aprendía con celeridad. Más aún, aprender le causaba un placer evidente. Su rostro iba reflejando sus sentimientos, su curiosidad e interés, la pura maravilla de comprender.

—¡No se me habría ocurrido nunca! ¿Se puede aprender eso? —preguntó.

—Algunos conocimientos son sagrados; sólo son transmitidos a quienes han sido admitidos en el Hogar del Mamut. Pero casi todos están a disposición de quien demuestre interés. Suele ocurrir que los más interesados acaben por dedicarse al Hogar del Mamut. Los conocimientos sagrados suelen ocultarse tras un segundo significado y hasta tras un tercero. Casi todos saben que este símbolo —trazó un círculo en el marfil— significa «todo» o «todos», pero también tiene otro sentido. Entre los muchos símbolos que representan a la Gran Madre, éste es uno de ellos. Significa Mut, la Creadora de Toda Vida. Hay muchas otras líneas y formas que tienen un significado —prosiguió—. Ésta significa «agua».

Y trazó una línea en zigzag.

—Eso estaba en el mapa, cuando cazamos bisonte —observó Ayla—. Creo quería decir «río».

—Sí, puede representar «río». El significado cambia según cómo, dónde o con

qué se dibuje —hizo otro zigzag, con algunas líneas adicionales—. Si está así, significa que el agua no es potable. Y como el círculo, tiene un segundo significado. Es el símbolo de los sentimientos, las pasiones y el amor; a veces es el símbolo del odio. También recuerda un proverbio nuestro: «Cuando el río corre en silencio, el agua que pasa es profunda».

Ayla frunció el entrecejo; tenía la sensación de que el proverbio tenía algo que ver con ella.

—Casi todos los curanderos dan significados a los símbolos para ayudarse a recordar, para recordar los proverbios, por ejemplo. En este caso, esos proverbios se refieren a la medicina, al arte de curar. Por lo común, nadie más los entiende —prosiguió Mamut—. Yo no conozco muchos, pero cuando vayamos a las Reuniones de Verano conocerás a otros curanderos; ellos te dirán más.

Ayla estaba vivamente interesada. Recordaba haber conocido a otras curanderas en las Reuniones del Clan y lo mucho que de ellas había aprendido. Todas le revelaban sus tratamientos y remedios; hasta le enseñaron nuevos ritmos, pero lo mejor era compartir con las demás las propias experiencias.

—Me gustaría aprender más —dijo—. Sólo conozco la medicina del Clan.

—Creo que sabes más de lo que piensas, Ayla. En todo caso, mucho más de lo que los otros curanderos podrán imaginarse al principio. Algunos podrían aprender mucho de ti, pero espero comprendas que tal vez tarden en aceptarte plenamente.

El anciano vio que fruncía el ceño otra vez, lamentando no poder hacer más fácil esa primera presentación. Se le ocurrían varias razones que dificultarían su aceptación por otros Mamutoi, sobre todo en grupos numerosos. Pero todavía no había por qué preocuparse al respecto; por lo tanto, cambió de tema.

—Me gustaría preguntarte algo sobre la medicina del Clan. ¿Todo se basa en los recuerdos? ¿O hay algún modo de ayudarse a recordar?

—Cómo es la planta, en semilla, brote y madura; dónde crece, para qué sirve, cómo se mezcla, prepara y usa: todo eso es de memoria. También recordamos otros tipos de tratamiento. Se me ocurrían modos nuevos de emplear algo, pero eso es porque sé cómo se usa.

—¿No utilizas símbolos ni recordatorios?

Ayla reflexionó un momento. Luego, sonriente, se levantó para ir en busca de su saco de medicinas. Volcó el contenido frente a sí; era un buen surtido de saquitos y paquetes, cuidadosamente atados con cordones y pequeñas correas. Eligió dos de ellos.

—Éste tiene menta —dijo, mostrando uno a Mamut—; éste, brotes de rosal.

—¿Cómo lo sabes? No los has abierto ni olfateado.

—Lo sé porque la menta tiene un cordón hecho con la corteza fibrosa de cierto arbusto y tiene dos nudos en un extremo. El cordón de los brotes de rosal está tejido con pelos largos de cola de caballo; éste tiene tres nudos en hilera, muy juntos. También puedo oler las diferencias si no estoy resfriada, pero algunos remedios muy

fuertes tienen poco olor. Se mezclan con hojas de plantas que tengan poco remedio y mucho olor, para no equivocarse. Diferente cordón, diferentes nudos, diferente olor, a veces diferente envoltura. Son recordatorios, ¿no?

—Ingenioso, muy ingenioso —dijo Mamut—. Sí, son recordatorios. Pero aun así debes recordar qué cordones y qué nudos tiene cada cosa, ¿verdad? De cualquier modo, es un buen medio para asegurarse de estar utilizando el remedio adecuado.

Ayla estaba acostada, tenía los ojos abiertos, pero no se movía. Todo estaba oscuro, exceptuando el débil resplandor de las brasas cubiertas de ceniza. Jondalar se acostó, tratando de molestarla lo menos posible al pasar por encima de ella. Ella había pensado en correrse hacia el lado interior, pero decidió no hacerlo; no quería facilitarle las cosas cuando se acostara o se levantara tan en silencio. Él se envolvió en sus propias pieles y permaneció de costado, frente a la pared, sin moverse. Ayla adivinó que no dormía; se moría de ganas de alargar la mano y tocarle, pero ya se había visto rechazada más de una vez y no quería arriesgarse de nuevo. Sufría cuando él decía que estaba cansado, se fingía dormido o no contestaba.

Jondalar esperó a que la respiración de Ayla le indicara que, por fin, se había dormido. Entonces se volvió quedamente entre las pieles, incorporándose sobre un codo, para llenarse los ojos de ella. Tenía la cabellera revuelta sobre las pieles, un brazo fuera y un pecho al descubierto. De ella emanaba un dulce calor, un vago aroma femenino. Sintió un estremecido deseo de tocarla, pero estaba seguro de que a ella no le gustaría que perturbara su sueño.

Tras su furinbunda reacción la noche en que Ayla estuvo con Ranec, Jondalar temía que ella ya no le quisiera. Cada vez que se rozaban por accidente, ella se echaba atrás. Más de una vez había pensado en acostarse en otra cama y hasta otro hogar, pero por incómodo que le resultara dormir a su lado, mucho peor sería dormir lejos de ella.

Un liviano rizo que cruzaba su rostro, se movía con cada respiración. Jondalar lo apartó con suavidad; luego se recostó cuidadosamente y pudo, por fin, relajarse. Cerró los ojos y se quedó dormido al compás de aquella respiración.

Ayla despertó con la sensación de que alguien la estaba mirando. Los fuegos habían sido reavivados y la luz del día entraba por los agujeros para el humo, parcialmente descubiertos. Al volver la cabeza, se encontró con los ojos oscuros e intensos de Ranec, que la contemplaba desde el Hogar del Zorro. Ella le sonrió, soñolienta, y su recompensa fue una enorme sonrisa encantada. Estaba convencida de que, a su lado, las pieles estarían vacías, pero aun así alargó la mano para asegurarse. Por fin echó a un lado los cobertores y se incorporó. Sabía que Ranec esperaría a que ella estuviera levantada y vestida antes de pasar a visitarla en el Hogar del Mamut.

Al principio se había sentido incómoda al saberse observada constantemente. En cierto modo, resultaba halagador y aquellas atenciones no ocultaban malicia alguna. Pero dentro del Clan se consideraba descortés mirar más allá de las piedras que limitaban el sector en que vivía otra familia. En la caverna del Clan no había más intimidad que en el albergue de los Mamutoi, pero las atenciones de Ranec le parecían como un entrometimiento en su intimidad y acentuaban las tensiones que ella provocaba. Siempre había alguien cerca. Durante el tiempo en que vivió con el Clan las cosas habían sucedido así, pero estas gentes tenían unas costumbres a las que ella no estaba aún habituada. A veces las diferencias eran mínimas, pero cuando se vivía en aquella promiscuidad, eran más evidentes. Quizá fuera que ella se había hecho más sensible. De vez en cuando sentía ganas de alejarse. Después de tres años de soledad en el valle, jamás habría imaginado que, en algún momento, desearía volver a estar sola, pero, a veces, echaba de menos la libertad de aquel aislamiento.

Ayla realizó apresuradamente sus tareas rutinarias de todas las mañanas; apenas tomó unos bocados de la comida sobrante de la noche anterior. Como los agujeros sólo se abrían cuando hacía buen tiempo, sintió deseos de salir con los caballos. Cuando apartó la cortina del anexo, vio allí a Jondalar y a Danug. Entonces se detuvo a pensarlo mejor.

El cuidado de los caballos, dentro o fuera del anexo, según las incidencias del tiempo, le permitía liberarse de la gente y tener un momento para sí. Pero también a Jondalar parecía gustarle estar con ellos. En estos casos, Ayla solía mantenerse a distancia, pues él se marchaba, invariablemente, para dejarla con los animales, murmurando algo sobre su deseo de no molestar. Y ella quería darle tiempo para que se dedicara a los caballos. No sólo establecía un vínculo entre los dos, sino que el cuidado compartido de los animales representaba algún tipo de comunicación entre ella y Jondalar, por limitada que fuera. El deseo de Jondalar de estar con ellos, su forma de tratarlos, daban a Ayla la impresión de que la compañía de los animales le era más necesaria que a ella.

Por fin entró en el hogar de los caballos. Tal vez, en presencia de Danug, Jondalar no tuviera tanta prisa en retirarse. Al acercarse ella le vio retroceder y se apresuró a decir algo para entablar conversación.

—¿Ya has pensado cómo enseñar a Corredor, Jondalar? —preguntó al tiempo que sonreía a Danug a manera de saludo.

—¿Enseñarle qué? —preguntó él, algo desconcertado.

—Enseñarle a dejar que montes en él.

Jondalar había estado pensando en el tema. En realidad, acababa de hacer un comentario sobre el particular a Danug, en un tono que pretendía fuera indiferente. No quería revelar su fuerte deseo de montar en el animal; sobre todo cuando se sentía anulado por su incapacidad de asimilar la atracción que Ayla sentía por Ranec, se imaginaba galopando por las estepas a lomos de Corredor, libre como el viento. Aun así, no estaba seguro de tener derecho a ello. Tal vez ella preferiría que fuera Ranec

quien montara al potrillo de Whinney.

—Lo he pensado, pero no sé si…, cómo comenzar —dijo Jondalar un tanto dubitativo.

—Creo que podrías seguir haciendo lo que iniciamos en el valle: acostumbrarle a sostener un peso en el lomo, a llevar cargas. Pero no sé cómo podrías enseñarle a ir donde quieres. Sigue la soga, pero ¿cómo va a seguir la soga cuando estés sobre su lomo?

Ayla hablaba deprisa, haciendo sugerencias que se le ocurrían sobre la marcha para atraer su interés. Danug observaba a ambos, lamentando no poder decir algo que contribuyera a arreglar súbitamente la situación, no sólo entre ellos, sino para todo el mundo. Cuando la muchacha dejó de hablar se estableció un incómodo silencio. El jovencito se apresuró a llenar el vacío.

—Tal vez podría sostener la soga desde atrás, cuando está sentado en el lomo, en vez de sujetarse a las crines —sugirió.

De pronto, como si alguien hubiera golpeado un trozo de pedernal con pirita ferrosa dentro de un espacio oscuro, Jondalar pudo visualizar exactamente lo que Danug había dicho. En vez de retroceder, como si estuviera dispuesto a salir corriendo a la menor oportunidad, cerró los ojos y arrugó la frente, concentrado.

—¡Oye, eso podría funcionar! —exclamó. Inmerso en el entusiasmo que le sugería la idea, olvidó momentáneamente su incertidumbre con respecto al futuro—. Tal vez podría sujetar algo a su ronzal y sostenerlo desde atrás. Un cordón fuerte… o una correa… o dos, tal vez.

—Tengo algunas correas estrechas —dijo Ayla, advirtiendo que parecía menos tenso. Gozaba al ver su interés por adiestrar al joven potro y le interesaba ver los resultados—. Voy a buscarlas. Están dentro.

Jondalar siguió tras ella por la arcada interior, hacia el Hogar del Mamut, pero, de pronto, se detuvo. Ranec, que estaba conversando con Deegie y Tronie, acababa de dedicar a Ayla la más seductora de sus sonrisas. Jondalar sintió que se le revolvía el estómago; cerró los ojos, con los dientes apretados, y retrocedió hacia la abertura. Ayla giró en redondo para darle un rollo de cuero flexible, cortado en una tira estrecha.

—Es fuerte —dijo—. Lo hice el invierno pasado —clavó la vista en aquellos ojos azules, atormentados, que revelaban dolor, confusión, indecisión—, antes de que vinieras a mi valle, Jondalar. Antes de que el Espíritu del Gran León Cavernario te eligiera y te condujera hasta allí.

Él cogió el rollo y salió apresuradamente. No podía permanecer allí. Cada vez que el tallista iba al Hogar del Mamut, él se veía obligado a salir, no podía estar cerca cuando el hombre de piel oscura estaba con Ayla, y eso ocurría con mucha frecuencia últimamente. Les observaba desde lejos cuando los jóvenes del Campamento se reunían en el área ceremonial para trabajar más cómodamente, intercambiar ideas y métodos. Les escuchaba practicar música, cantar, hacer bromas, reír. Y cada vez que

oía la risa de Ayla acoplada a la de Ranec, el mero sonido le arrancaba un gesto de dolor.

Dejó el rollo de correas cerca del ronzal de Corredor, cogió su pelliza de la percha y salió al exterior, saludando a Danug con una inexpresiva sonrisa. Con las manos metidas en los mitones que colgaban de las mangas, subió hacia las estepas.

El fuerte viento impulsaba una masa gris por el cielo; era lo normal en aquella estación. El sol lucía de vez en cuando entre las nubes rasgadas, aunque con poca incidencia sobre la temperatura, muy por debajo del punto de congelación. La capa de nieve era delgada. El aire seco absorbía la humedad de los pulmones, convirtiéndola en nubes de vapor. No pasaría mucho tiempo fuera, pero el frío le calmaba su insistente exigencia de poner la supervivencia por encima de cualquier otra consideración. No sabía por qué Ranec le inspiraba un rechazo tan fuerte. Se debía, en parte, a su temor a tener que abandonar a Ayla, en parte también a que su imaginación se los representaba juntos. Al mismo tiempo tenía una fuerte sensación de culpabilidad, pues no se decidía a aceptar a Ayla sin reservas. Había en él algo que le inducía a creer que Ranec la merecía más que él. Pero una cosa, cuanto menos, parecía segura: Ayla deseaba que él, no Ranec, adiestrara a Corredor.

Danug vio que Jondalar comenzaba a subir la cuesta y volvió a entrar a paso lento. Corredor relinchó y sacudió la cabeza al verle pasar. Danug miró al caballo con una sonrisa. Para entonces a casi todo el mundo le gustaba tener allí a los animales; los acariciaban y les hablaban, aunque no con tanta familiaridad como Ayla. Parecía ya algo natural tener a los caballos en el nuevo albergue. Qué fácil era olvidar el asombro que sintieron cuando los vieron por primera vez. Al cruzar la segunda arcada, vio a Ayla de pie, junto a su plataforma-cama.

Tras un momento de indecisión se acercó a ella.

—Fue a caminar por la estepa —dijo a la muchacha—. No es buena idea salir cuando el tiempo está frío y ventoso, pero el día no es tan malo como otras veces.

—¿Tratas de decirme que Jondalar está bien, Danug?

Ayla le sonreía. Se sintió estúpido por un momento. Por supuesto que Jondalar estaba bien; había viajado mucho y era muy capaz de cuidarse solo.

—Gracias —dijo ella— por tu ayuda y por deseo de ayudarnos.

Y le tocó la mano. La tenía fresca, pero el contacto hizo que el muchacho sintiera calor. Experimentó esa tensión especial que en él despertaba, pero en un plano más profundo; sintió entonces que ella le ofrecía otra cosa: su amistad.

—Creo que voy a salir a revisar mis trampas —balbuceó.

—Prueba así, Ayla —dijo Deegie.

Con mucha destreza, perforó un agujero en el borde del cuero, con un hueso pequeño, duro y sólido, de la pata de un zorro ártico, naturalmente afilado, cuya punta había sido endurecida puliéndola con arenisca. Luego puso un trozo de tendón

sobre el agujero y, con la punta del punzón, lo pasó al otro lado. Prendió con los dedos el extremo, por el lado opuesto, y tiró de él. Hizo otro agujero en el sitio correspondiente del otro cuero que estaba cosiendo y repitió la operación.

Ayla cogió los dos trozos que usaban para practicar. Con un cuadrado de dura piel de mamut a la manera de dedal, empujó el hueso afilado, haciendo una pequeña perforación. Luego trató de empujar el tendón a través del agujero y de pasarlo al otro lado, pero no lograba dominar la técnica y acabó totalmente frustrada una vez más.

—¡Creo que no aprenderé jamás, Deegie! —gimió.

—Sólo tienes que practicar, Ayla. Yo lo estoy haciendo desde que era niña y me resulta fácil, naturalmente. Pero ya aprenderás si insistes. Es igual que hacer pequeños tajos con una punta de pedernal y pasar correas finas, como cuando haces ropas de trabajo. Y con eso no tienes muchos problemas.

—Pero resulta mucho más difícil con tendón y agujeros pequeños. No puedo pasar esos tendones. ¡Me siento tan torpe! No sé cómo hace Tronie para coser cuentas y plumas de ese modo —dijo Ayla, mirando a Fralie que estaba haciendo girar un cilindro de marfil, largo y fino, en la hendidura de un bloque de gres—. Yo esperaba que me enseñara, para decorar la túnica blanca cuando la termine. Pero ni siquiera sé si seré capaz de coserla como quiero.

—Lo harás, Ayla —dijo Tronie—. Tú puedes hacer todo lo que te propongas.

—¡Salvo cantar! —precisó Deegie.

Todas rieron, excepto Ayla. Aunque hablaba con voz grave y agradable, cantar no era uno de sus dones naturales. Tenía una variedad tonal limitada, suficiente para la discreta monotonía de los cánticos, y tenía buen oído. Detectaba cualquier desafinación y silbaba bien, pero el dominio de la voz estaba fuera de su alcance. El virtuosismo de Barzec, por ejemplo, la dejaba maravillada. Podría estar escuchándole el día entero, si él hubiera consentido en cantar durante tanto tiempo. También Fralie tenía una voz clara, alta y dulce, que Ayla escuchaba con deleite. En realidad, casi todos los miembros del Campamento del León sabían cantar. Ayla, no.

Todos bromeaban sobre su modo de cantar y sobre su voz, incluyendo comentarios sobre su acento, aunque se trataba, más bien, de su modo peculiar de pronunciación. Ella se reía tanto como cualquier otro. No sabía cantar y lo reconocía. Aunque bromeaban con respecto a su voz, a nivel individual alababan su forma de hablar. Se sentían halagados de que hubiera dominado su idioma con tanta fluidez en tan poco tiempo. Y las bromas hacían que se sintiese integrada en el grupo.

Todo el mundo tenía algún rasgo o singularidad que los demás aprovechaban como pretexto para la diversión: la corpulencia de Talut, el color de piel de Ranec, la fuerza de Tulie. Sólo Frebec se ofendía; entonces las bromas a costa de su susceptibilidad se hacían a sus espaldas, en el lenguaje de las señas. El Campamento del León también había aprendido con fluidez el lenguaje del Clan, sin siquiera darse cuenta, si bien en una versión modificada. En consecuencia, Ayla no era la única que experimentaba la cordialidad de dicha integración, pues también Rydag participaba

en las diversiones.

Ayla le miró de refilón. Estaba sentado en una esterilla, con Hartal en el regazo; mantenía distraído al inquieto bebé con un montón de huesos, casi todos vértebras de venado, para que no gateara tras su madre y desparramara las cuentas que ella engarzaba junto con Fralie. Rydag era hábil con los bebés. Tenía paciencia para jugar con ellos y entretenerles todo el tiempo que fuera necesario.

Él le sonrió.

—No eres la única que no sabe cantar, Ayla —dijo, por medio de señas.

Ella le devolvió la sonrisa, pensando que también era verdad. Rydag no sabía cantar, ni hablar, ni correr y jugar. Ni vivir con plenitud. A pesar de sus remedios, no sabía por cuánto tiempo estaría con vida. El niño podría morirse aquel mismo día o sobrevivir aún varios años. Sólo cabía amarle día a día, con la esperanza de poder seguir amándole al siguiente.

—¡Hartal tampoco sabe cantar! —agregó él, riendo con su extraña risa gutural.

Ayla rió entre dientes, sacudiendo la cabeza con regocijante extrañeza. Rydag, adivinando sus pensamientos, acababa de hacer una gracia sagaz y divertida.

Nezzie, que estaba de pie, junto al hogar, les contemplaba sonriendo. «Tal vez no sepas cantar, Rydag, pero hablar sí», pensó. El niño estaba enhebrando varias vértebras en un grueso cordón y las sacudía para distraer al bebé. De no ser por el lenguaje de las señas, que eran una manifestación de su inteligencia y su compresión, nunca se le habría permitido atender a Hartal para que la madre pudiera trabajar, ni siquiera en presencia de ella. ¡Qué cambio había provocado Ayla en la vida del niño! Ya nadie ponía en duda su condición de ser humano esencial, salvo Frebec, y Nezzie estaba segura de que lo hacía más por tozudez que por convicción.

Ayla continuaba luchando con el punzón y la hebra. Si al menos pudiera lograr pasarla y cogerla por el otro lado como le había enseñado Deegie, pero la habilidad de Deegie se basaba en años de experiencia, de la que ella estaba muy lejos. Dejó caer los trozos de cuero sobre el regazo, frustrada, y comenzó a observar a las otras, que hacían cuentas de marfil.

Si se aplicaba un golpe seco en un colmillo de mamut de modo seco, en el ángulo debido, se desprendía una sección fina y curva. Con ayuda de buriles se practicaban surcos en la sección desprendida; repasando una y otra vez las marcas señaladas, se conseguían piezas más pequeñas. Con ellas se formaban toscos cilindros, sirviéndose de cuchillos y raspadores que desprendían virutas rizadas; después se alisaban con piedra arenisca mojada. Para aserrarlos en trozos más pequeños se empleaban dentadas hojas de pedernal provistas de un mango. Finalmente se pulían los bordes.

El último paso consistía en practicar en ellos un agujero en el centro para enhebrarlos en una sarta o coserlos a una prenda. Para ello se empleaba una herramienta especial, consistente en una punta de pedernal, fina y larga, meticulosamente elaborada por un artesano hábil e insertada en el extremo a una varita larga y estrecha, suave y perfectamente recta. La punta del taladro se colocaba

en el centro de un pequeño disco de marfil; luego, como si se tratara de hacer fuego, se hacía girar el cilindro entre las palmas de las manos, aplicando presión hacia abajo, hasta que el agujero quedaba perforado.

Ayla observó a Tronie, concentrada en hacer un agujero perfecto. De pronto pensó que aquello exigía demasiado trabajo para lograr algo sin aparente utilidad. Las cuentas no servían para conseguir ni preparar alimentos; tampoco hacían más abrigadas o más útiles las prendas a las que se cosían. Pero comenzaba a entender por qué se las daba tanto valor. El Campamento del León no podría permitirse emplear tanto tiempo y esfuerzo en fabricarlas si no tuviera garantizado abrigo, comodidades y seguridad, además de la alimentación adecuada. Sólo un grupo cooperativo y bien organizado podía almacenar lo suficiente para satisfacer sus necesidades y dedicar el ocio a hacer cuentas. Por lo tanto, cuantas más elaboraran, más evidente sería que el Campamento del León era un asentamiento próspero y un lugar deseable para vivir, y más respeto y rango les merecía de los otros Campamentos.

Ayla volvió a coger los trozos de cuero que había depositado en sus rodillas y el punzón para agrandar un poco el último agujero. Por fin pudo hacer que pasara el tendón, pero el resultado no tenía la pulcritud de las apretadas puntadas de Deegie. Volvió a levantar la vista, descorazonada. Rydag enhebró otra vértebra haciendo pasar la cuerda por el agujero central; cogió otra vértebra y volvió a pasar la cuerda rígida por el agujero.

Ayla aspiró profundamente y reanudó su labor. Pasar la punta de la lezna a través del cuero no era tan difícil; el hueso se introducía casi hacia el otro extremo. «Si pudiera sujetar el tendón a esto —se dijo—, sería fácil…».

Hizo una pausa para examinar con atención el pequeño punzón. Luego miró a Rydag, que ataba los extremos de la cuerda y agitaba el improvisado sonajero. Vio que Tronie hacía girar rápidamente el taladro entre las manos, mientras Fralie pulía un cilindro de marfil en la hendidura de un bloque de piedra arenisca. Cerró los ojos y recordó a Jondalar haciendo puntas de lanza de hueso el verano pasado en el valle…

Volvió a mirar el punzón de hueso.

—¡Deegie! —gritó.

—¿Qué pasa? —inquirió la joven, sobresaltada.

—¡Creo que ya sé cómo hacerlo!

—¿Hacer qué?

—Pasar el tendón por el agujero. ¿Por qué no practicamos un agujero en el extremo posterior de un punzón y después pasamos la hebra por ese agujero? Tal como Rydag ha enhebrado esas vértebras en su cuerda. Así se puede empujar el punzón hasta pasar al otro lado y la hebra seguirá tras él. ¿Qué te parece? ¿Funcionaría?

Deegie cerró los ojos por un momento. Luego cogió el punzón de manos de Ayla y lo examinó.

—Tendrá que ser un agujero muy pequeño.

—Tronie está haciendo agujeros pequeños en esas cuentas. ¿Tendría que ser mucho más estrecho?

—Este hueso es muy duro. No sería fácil hacer un agujero. Y no veo ningún lugar apropiado.

—¿No podríamos hacerlo con un colmillo de mamut o huesos de otro tipo? Jondalar hace con huesos puntas de lanza estrechas y largas; después las pule y las afila con piedra arenisca, como hace Fralie las cuentas. ¿No podríamos hacer algo así como una punta de lanza diminuta y perforar un agujero en el otro extremo?

Ayla estaba tensa de entusiasmo. Deegie volvió a pensar.

—Deberíamos pedir a Wymez o a alguien que nos hiciera un taladro más pequeño, pero… podría funcionar. ¡Creo que podría funcionar!

Casi todo el mundo parecía haberse dado cita en el Hogar del Mamut. Se reunían en grupos de tres o cuatro, conversando, pero el ambiente estaba cargado de expectativa. De algún modo había circulado la noticia de que Ayla iba a probar el nuevo pasahebras. En su creación habían trabajado varias personas, pero como la idea original era de Ayla, sería ella la primera en utilizarlo.

Wymez y Jondalar habían trabajado a dúo para fabricar un taladro de pedernal lo bastante pequeño para perforar el agujero. Ranec, después de seleccionar el marfil, había moldeado varios cilindros pequeños, largos y puntiagudos. Ayla los había pulido y afilado a su satisfacción, pero los agujeros los había hecho Tronie.

Ayla percibía el entusiasmo general. Cuando sacó el tendón y los cueros con que practicaba, todo el mundo se reunió en derredor, sin ningún disimulo. La fibra de ciervo, dura y seca, parda como cuero viejo y gruesa como un dedo, parecía un palito. Fue golpeado hasta quedar convertido en un manojito de hebras blancas, que se separaron fácilmente en filamentos. La muchacha, consciente del dramatismo del momento, hizo subir de grado la expectación al examinar cuidadosamente las hebras. Por fin retiró una, la mojó en la boca para ablandarla y levantó el pasahebras con la mano izquierda, examinando el pequeño agujero con aire crítico. Podría resultar difícil hacer pasar el hilo por aquella perforación. Entretanto, el nervio se había ido secando y endureciéndose, lo que facilitaría la operación. Ayla empujó cuidadosamente el filamento a través del agujero y soltó un pequeño suspiro de alivio cuando logró que asomara por el lado opuesto. Entonces levantó la pequeña lanza de marfil con su hebra colgando del extremo más grueso.

A continuación tomó el trozo del gastado cuero que estaba usando para practicar y clavó la punta cerca de un borde, haciendo una perforación. Pero en esa oportunidad la empujó sin miedo y sonrió al ver que arrastraba todo el hilo tras de sí. Levantó la pieza para mostrarla a todo el mundo, lo que provocó una maravillada exclamación general. Luego cogió el otro pedazo de cuero y repitió el proceso, aunque tuvo que emplear un trozo de piel de mamut como dedal a fin de atravesar con la punta el

pellejo, más grueso y duro. Juntó las dos piezas y, de un tirón, ejecutó una segunda puntada; después levantó la obra para exhibirla.

—¡Funciona! —dijo, con una gran sonrisa de victoria.

Y entregó el cuero y la aguja a Deegie, para que diera unas cuantas puntadas.

—Sí que funciona. A ver, madre, prueba tú —confirmó la muchacha, entregando a la jefa el cuero y el pasahebras.

También Tulie dio unas cuantas puntadas e hizo un ademán de aprobación. Luego se la pasó a Nezzie, quien hizo la prueba y cedió el turno a Tronie. Tronie, a su vez, se la entregó a Ranec, quien intentó perforar ambos lados del cuero de una sola pasada, pero tropezó con la dificultad de atravesar el más grueso.

—Creo que si haces una pequeña punta de pedernal —dijo, pasándoselo ahora a Wymez— será más fácil perforar el cuero grueso. ¿Qué te parece?

Wymez lo intentó y se mostró de acuerdo.

—Sí, este pasahebras ha sido una gran idea.

Todos los miembros del Campamento probaron el nuevo utensilio y fueron del mismo parecer. Era mucho más fácil coser con algo que tirara de la hebra, en vez de empujarla.

Talut sostuvo en alto la pequeña herramienta, examinándola desde todos los ángulos, y asintió con admiración. Una varilla larga y fina, con una punta en un extremo y un agujero en el otro: era un invento cuya utilidad saltaba a la vista. Se preguntó cómo era posible que a nadie se le hubiera ocurrido antes. Parecía simple y obvio, una vez que se tenía ante los ojos, pero muy efectivo.

Capítulo 22

Ocho cascos hollaban al unísono el suelo endurecido. Ayla, bien agachada sobre la cruceta de la yegua, entornaba los ojos contra el viento glacial que le quemaba la cara. Montaba con ligereza, manteniendo la tensión de sus rodillas y sus caderas en perfecto acuerdo con los poderosos músculos del caballo lanzado al galope. Advirtiendo el cambio de ritmo de los otros cascos, miró de refilón a Corredor. El potrillo se había adelantado, pero ahora se estaba retrasando, con inconfundibles señales de cansancio. Ella frenó gradualmente a Whinney y el otro animal también hizo un alto. Envueltos por las emanaciones de vaho provocado por la respiración acelerada, los caballos bajaron la cabeza. Estaban cansados, pero había sido una buena carrera.

Ayla, erguida y balanceándose al compás de su yegua, se dirigió hacia el río a buen paso; estaba disfrutando de la salida. Hacía frío, pero el día era magnífico; el resplandor del sol incandescente se acentuaba por el efecto del hielo centelleante y la blancura de una cellisca reciente.

Aquella mañana, al asomarse a la entrada del albergue, había decidido sacar a los caballos para realizar con ellos una larga galopada. El aire mismo la tentaba a salir. Parecía más ligero, como si se hubiera desprendido de una gran carga opresiva. Tuvo la sensación de que el frío no era tan intenso, aunque nada había cambiado visiblemente: el hielo seguía siendo tan sólido y los copos de nieve arrojados por el viento tan duros como siempre.

Ayla carecía de medios seguros para saber que la temperatura había aumentado y que el viento soplaba con menor fuerza, pero detectaba estas sutiles diferencias. Aunque podría interpretarse como intuición, en realidad era una aguda sensibilidad. Para quienes vivían en climas extremadamente fríos, el menor signo de bonanza era perceptible y, con frecuencia, saludado con exuberante optimismo. Aún no era primavera, pero se aflojaba ya el puño implacable del frío intenso, y esa levísima tibieza traía consigo la promesa de que la vida volvería a brotar.

Sonrió al ver que el joven potro se adelantaba elásticamente, con el cuello arqueado y la cola erguida. Seguía pensando en Corredor como el potrillo al que había ayudado a nacer, pero ya había dejado de serlo. Aunque no estuviera del todo desarrollado, ya era más grande que su madre y todo un caballo de carreras. Le encantaba correr y lo hacía a buena velocidad, pero había una diferencia en el galope de los dos caballos. Invariablemente, Corredor era más veloz que su madre en una carrera corta y le sacaba una buena ventaja al principio, pero Whinney tenía mayor resistencia. Era capaz de mantener durante más tiempo un galope tendido; si la distancia era larga, inevitablemente conseguía alcanzar a su hijo, le rebasaba y seguía su regular andadura.

Ayla desmontó, pero se detuvo antes de apartar la cortina para entrar en el albergue. Con frecuencia utilizaba los caballos como excusa para salir, y aquella

mañana había sido un verdadero alivio que el clima permitiera realizar una carrera larga. Por feliz que le hiciera tener otra vez un pueblo, verse aceptada por él y compartir sus actividades, de vez en cuando necesitaba estar sola, sobre todo cuando las incertidumbres y los malentendidos sin aclarar acentuaban las tensiones.

Fralie pasaba mucho tiempo en el Hogar del Mamut, entre los jóvenes, para fastidio de Frebec. Ayla había oído discusiones en el Hogar de la Cigüeña; más que discusiones eran arengas de Frebec, que voceaba sus quejas por la ausencia de Fralie. No quería que su compañera se aficionara demasiado a Ayla, y era indudable que la embarazada se mantendría a mayor distancia para garantizar la paz. Eso preocupaba a Ayla, sobre todo porque Fralie había confesado tener pérdidas de sangre. Ayla advirtió a la joven que podía perder el bebé si no descansaba y le prometió algunas medicinas. Empero, resultaría más difícil atenderla si Frebec rondaba por allí en plan guerrero. Además, lo de Jondalar y Ranec la transtornaba cada vez más. Jondalar se mostraba distante, pero, en los últimos días, había vuelto, en parte, a ser el mismo de siempre. Pocos días antes, Mamut le había pedido que fuera a su hogar para hablar de una herramienta especial, pero el chamán estuvo ocupado todo el día. Sólo tuvo tiempo para conversar con él por la noche, cuando toda la gente joven ya estaba reunida en el Hogar del Mamut. Ambos se sentaron aparte, pero las risas y las bromas les llegaban con claridad.

Ranec dedicaba a Ayla más atenciones que nunca; pero, tras aquellas bromas y provocaciones amistosas, la estaba instando a compartir de nuevo su lecho. A ella seguía resultándole difícil negarse abiertamente; tenía demasiado inculcada la obligación de acceder a los deseos masculinos como para que pudiera superarla con facilidad. Aplaudía sus bromas (cada vez comprendía mejor sus golpes de humor, incluso las intenciones serias que ocultaban), pero esquivaba con habilidad las implícitas invitaciones, mientras todos reían a expensas de Ranec. Él también reía, disfrutando del ingenio de Ayla. Aquella tranquila forma de amistad la atraía, le resultaba reconfortante estar con él.

Mamut notó que también Jondalar sonreía e hizo un gesto de aprobación. El artesano de herramientas había estado rehuyendo las reuniones de los jóvenes; se limitaba a mirarle desde cierta distancia y las risas no hacían más que aumentar sus celos. No sabía que la causa era, con frecuencia, el rechazo de Ayla a las insinuaciones de Ranec.

Al día siguiente, Ayla advirtió que Jondalar le sonreía por primera vez demasiado prolongadamente, lo que la dejó sin aliento y con el corazón latiendo aceleradamente. En los días siguientes, él fue a acostarse más temprano, en lugar de esperar a que ella estuviera dormida. Aunque ella no se decidía a insinuarse y él vacilaba en buscarla, Ayla tenía la esperanza de que Jondalar estuviera superando lo que tanto le afligía. Sin embargo, Ayla tenía miedo de abrigar esperanzas.

Después de aspirar profundamente, la muchacha apartó la pesada cortina y la sostuvo para que entraran los caballos. Sacudió su pelliza y la colgó de una percha.

Al entrar, cosa poco habitual, encontró el Hogar del Mamut casi desierto. Sólo estaba allí Jondalar, conversando con el chamán. Ayla, agradablemente sorprendida, se dio cuenta en aquel momento de lo poco que le había visto últimamente. Se acercó rápidamente, sonriendo, pero el adusto ceño de Jondalar le aflojó las comisuras de la boca. No parecía alegrarse mucho de verla.

—¡Has pasado toda la mañana fuera y sola! —barbotó—. ¿No sabes que es peligroso salir sola? Preocupas a la gente. Un rato más y alguien habría tenido que salir a buscarte.

No dijo que el preocupado era él, ni que era él quien estaba pensando en salir a buscarla. Ayla retrocedió ante tanta vehemencia.

—No estaba sola. Estaba con Whinney y Corredor. Y fuera no hace tanto frío, hace sol —la irritaba aquel enojo; no se daba cuenta de que ocultaba un miedo casi insoportable por ella—. No es la primera vez que salgo sola en pleno invierno, Jondalar. ¿Con quién crees que salía cuando vivía en el valle?

«Tiene razón», pensó Jondalar. «Sabe cuidarse sola. ¿Qué derecho tengo yo a decirle cuándo puede salir y adónde puede ir? Mamut no parecía muy preocupado cuando me preguntó dónde estaba Ayla, y eso que ella es la hija de su Hogar. Debí haberle prestado más atención», pensó, avergonzado por haber hecho una escena sin motivos.

—Eh…, bueno…, voy a echar un vistazo a los caballos —murmuró, retrocediendo para correr hacia el anexo.

Ayla le siguió con la mirada. ¿Acaso pensaba que ella no los estaba cuidando bien? Se sintió confundida y perturbada. Le resultaba imposible comprender a aquel hombre.

Mamut la estaba observando con atención. Su dolor y su inquietud eran evidentes. ¿Por qué sería que a los enamorados les costaba tanto comprender sus propios problemas? Sintió la tentación de ponerles frente a frente, de obligarles a ver lo que era obvio para todo el mundo, pero se abstuvo de hacerlo. Ya había hecho todo lo que creyó oportuno. Desde un principio había percibido una tensión soterrada en el Zelandonii y estaba convencido de que el problema no era tan claro como parecía. Lo mejor sería dejar que ellos lo resolvieran por su cuenta. Aprenderían más de la experiencia si se les permitía buscar por sí mismos la solución. Pero sí podía instar a Ayla a hablar con él del asunto o, cuando menos, ayudarla a descubrir las posibles soluciones, a conocer sus propios deseos y sus propias posibilidades.

—¿Dices que no hace tanto frío, Ayla? —preguntó.

La pregunta tardó un momento en abrirse paso por entre el laberinto de pensamientos apremiantes que la preocupaban.

—¿Qué? Ah, sí…, creo que sí. No se trata de que haga más calor, sino que no parece hacer tanto frío.

—Ya me estaba yo preguntando cuándo quebraría Ella la espalda al invierno —dijo Mamut—. Me parecía que el momento debía estar próximo.

—¿Quebrar la espalda? No comprendo.

—Es sólo un dicho, Ayla. Siéntate y te contaré un cuento sobre la Gran Madre Tierra, la que creó todo lo viviente —dijo el anciano, sonriendo.

Ayla se sentó junto a él, en una esterilla tendida cerca del fuego.

—La Madre Tierra, en una gran batalla, arrancó una fuerza vital al Caos, que es un vacío inmóvil y helado, como la muerte; partiendo de él, creó la vida y el calor. Pero siempre debe luchar por la vida que creó. Cuando está llegando la estación fría, sabemos que se ha iniciado la batalla entre la Madre Tierra, que quiere dar cálida vida, y la fría muerte del Caos. Pero antes Ella debe atender a Sus hijos.

Ayla empezaba a interesarse por el relato y sonrió alentadoramente.

—¿Qué hace por ellos?

—A algunos les pone a dormir, a otros les viste abrigadamente para que resistan el frío, a otros les encomienda juntar comida y cueros. Según el tiempo se va haciendo cada vez más frío, tenemos la impresión de que la muerte está ganando y la Madre se ve arrinconada más y más. En lo peor de la estación fría, cuando la Madre está librando un combate de vida o muerte, nada se mueve, nada cambia, todo parece muerto. En nuestro caso, sin un albergue donde vivir y comida acumulada, en el invierno ganaría la muerte; a veces, si la batalla dura más que de costumbre, eso es lo que ocurre. En esa estación nadie sale. Se hacen cosas, se cuentan leyendas o se conversa, pero la gente trata de no salir y duerme más. Por eso se llama al invierno la pequeña muerte.

»Por fin, cuando el frío ha hecho retroceder a la Madre todo lo posible, Ella ofrece resistencia. Puja y puja hasta que quiebra la espalda al invierno. Eso significa que la primavera volverá. Pero aún no es primavera. La lucha ha sido larga y Ella necesita descansar para que renazca la vida. De cualquier modo, uno sabe que ha ganado. Se huele, se siente en el aire.

—¡Eso fue! ¡Lo sentí, Mamut! ¡Por eso quise llevarme a los caballos para que corrieran! ¡La Madre quebró la espalda al invierno! —exclamó Ayla, pues la leyenda parecía explicar exactamente lo que ella sentía.

—Creo que es hora de celebrarlo. ¿No te parece?

—Oh, sí, creo que sí.

—¿Te importaría ayudarme? —Mamut hizo una pausa apenas suficiente para que Ayla asintiera—. No todos perciben Su victoria todavía, pero ya lo harán. Podemos observar juntos las señales y decidir cuál es el momento oportuno.

—¿Qué señales?

—Cuando la vida empieza otra vez a surgir, cada uno lo percibe de distinta manera. Algunos se sienten felices y quieren salir, pero como aún hace demasiado frío, se tornan irritables. Quisieran percibir las vibraciones de la vida, pero todavía quedan muchas tormentas por delante. El invierno sabe que todo está perdido y se enfurece como nunca; la gente también lo percibe y se enfurece del mismo modo. Me alegra que me hayas avisado. Entre este momento y la primavera es cuando todos

estarán más inquietos. Creo que tú lo notarás, Ayla. Es entonces cuando conviene organizar una celebración. Eso da a la gente motivos para expresar alegría en lugar de enfado.

«Sé que ella lo notará», pensó Mamut, al ver que fruncía el ceño. «Yo apenas comenzaba a notar la diferencia y ella ya la ha detectado. Sabía que estaba bien dotada, pero su capacidad sigue asombrándome y estoy seguro de que aún no he descubierto todo su alcance. Tal vez no lo descubra nunca; sus capacidades pueden ser mucho más grandes que las mías. ¿Qué es lo que dijo de aquella raíz y de la ceremonia de los mog-ures? Me gustaría que estuviera preparada… ¡La ceremonia de caza con el Clan! Eso me cambió; sus efectos fueron intensos, todavía están en mí. Ella también tuvo una experiencia similar. ¿Pudo haberla cambiado, avivando sus tendencias naturales? Tal vez… ¿Será demasiado pronto para usar la raíz en el Festival de Primavera? Tal vez convenga esperar hasta que ella haya trabajado conmigo en la Celebración de la Espalda Quebrada… o a la siguiente. Habrá muchas hasta la primavera…».

Deegie se dirigía hacia el Hogar del Mamut, bien abrigada para salir al exterior.

—Tenía la esperanza de encontrarte, Ayla. Quiero revisar esas trampas que puse para ver si ha caído algún zorro blanco con el que terminar la pelliza de Branag. ¿Me acompañas?

Ayla, que acababa de despertar, levantó la vista hacia el agujero para el humo, parcialmente descubierto.

—Parece que el día es agradable. Espera que me vista.

Apartó sus cubiertas y se incorporó, bostezando, desperezándose. Luego fue al sector separado con cortinas, cerca del anexo. En el trayecto pasó junto a una cama en la que dormían seis niños, amontonados como una camada de lobeznos. Vio que Rydag abría sus grandes ojos pardos y le sonrió. Volvió a cerrarlos y se acurrucó entre la menor, Nuvie, que estaba a punto de cumplir los cuatro años, y Rugie, quien se acercaba a los ocho. Crisavec, Brinan y Tusie también estaban en el montón; en los últimos tiempos, Ayla había visto también allí a Tasher, el menor de Fralie, que aún no tenía los tres cumplidos. Latie, que se acercaba a la adolescencia, jugaba cada vez menos con ellos.

Se malcriaba a los niños con benevolencia. Podían comer y dormir cuando y donde quisieran. Pocas veces respetaban los espacios territoriales de los adultos, pues todo el albergue les pertenecía. Podían reclamar la atención de cualquier miembro adulto del Campamento, y generalmente eran bien acogidos como una diversión, pues nadie tenía prisa para nada. Si los niños demostraban interés por algo en especial, siempre había un adulto dispuesto a prestarles ayuda o darles explicaciones. Si deseaban coser cueros, se les daban herramientas, tendones y restos de material. Si querían fabricar instrumentos, tenían a su disposición trozos de pedernal y martillos

de piedra o hueso.

Peleaban, se revolcaban por el suelo o inventaban juegos, que solían ser versiones de las actividades de los adultos. Hacían pequeños hogares en los que aprendían a servirse del fuego. Fingían cazar, atravesando trozos de la carne almacenada, y los cocinaban. Cuando el juego llegaba a imitar las actividades copulatorias, los adultos sonreían con indulgencia. No había aspecto de la vida normal que se considerara reprensible; todo formaba parte de la instrucción necesaria para convertirse en adulto. El único tabú era la violencia, sobre todo la extremada o gratuita.

Al vivir tan estrechamente relacionados, nada podía destruir a un Campamento o a un pueblo entero como la violencia, sobre todo cuando los Mamutoi se veían confinados en un albergue durante todo un invierno. Ya fuera por casualidad o adrede, todas las costumbres, los modales y las prácticas se encaminaban a mantener la violencia reducida al mínimo. Las normas de conducta establecidas permitían una amplia variedad de diferencias individuales en actividades que, por lo general, no conducían a ella o que resultaban ser desahogos aceptables de las emociones fuertes. Se alentaba la habilidad individual y la tolerancia; los celos y la envidia eran objeto de comprensión, pero no eran aprobados. Las competiciones, incluidas las discusiones, eran utilizadas activamente como alternativas, pero de un modo ritualizado, bajo estricto control y dentro de unos límites precisos. Los niños aprendían rápidamente las reglas básicas: gritar era tolerable; golpear, no.

Ayla volvió a sonreír mientras verificaba el contenido de la gran bolsa de agua; los niños se habían acostado muy tarde la noche anterior. Le gustaba tener niños en derredor.

—Debería traer nieve antes de irnos. No hay mucha agua y hace tiempo que no nieva. Ya resulta difícil encontrar nieve limpia en las cercanías.

—No perdamos tiempo —dijo Deegie—. En nuestro hogar hay agua y también en el de Nezzie. Traeremos más al regresar —se estaba poniendo la abrigada ropa exterior, en tanto Ayla se vestía—. Tengo la bolsa con el agua y un poco de comida. Si no tienes hambre, podemos salir ahora mismo.

—La comida puede esperar, pero necesito una infusión caliente —la prisa de Deegie la estaba contagiando. El albergue apenas había comenzado a despertarse, y pasar un rato a solas con Deegie le apetecía enormemente.

—Creo que Nezzie ya la tiene preparada; no creo que se moleste si tomamos una taza.

—Pero ella prepara menta por la mañana. Quiero simplemente agregarla otra cosa…, algo que suelo tomar por la mañana. Y creo que también llevaré mi honda.

Nezzie insistió en que ambas comieran algunos cereales cocidos y les dio también carne asada para que se la llevaran. Talut quiso saber qué dirección iban a tomar y dónde estaban colocadas las trampas. Cuando salieron por la entrada principal, el día ya se estaba levantando; el sol emergía de un cúmulo de nubes, sobre el horizonte, para comenzar su viaje por un cielo despejado. Ayla advirtió que los caballos ya

habían salido; no podía reprochárselo.

Deegie hizo a Ayla una demostración del rápido movimiento del pasador que convertía el círculo de cuero, prendido a un marco oval en el que se habían entretejido unas ramas de sauce, en un cómodo anclaje para sujetar las raquetas de nieve. Con un poco de entrenamiento, Ayla no tardó en deslizarse sobre la nieve al lado de su amiga.

Jondalar las vio partir desde la entrada del anexo. Con el ceño fruncido, echó una mirada al cielo y pensó en seguirlas, pero cambió de idea. Había algunas nubes, pero nada que presagiara peligro. ¿Por qué se preocupaba tanto por Ayla cada vez que ella salía del albergue? Era una ridiculez seguirla. Después de todo, no iba sola, la acompañaba Deegie, y las dos jóvenes eran perfectamente capaces de cuidarse por sí mismas, aunque nevara… o algo peor. No tardarían en descubrir que alguien las estaba siguiendo. Y si querían estar solas, él no haría sino estorbar. Dejó caer la cortina y volvió al interior. Pero no pudo quitarse de la mente la sensación de que Ayla corría peligro.

—¡Oh, mira, Ayla! —gritó Deegie, de rodillas, examinando el cuerpo cubierto de piel blanca. Petrificado por el hielo, pendía de un nudo corredizo bien sujeto a su cuello—. Puse otras trampas. Vamos corriendo a verlas.

Ayla quería quedarse a examinar la trampa, pero la siguió.

—¿Qué piensas hacer con esa piel? —preguntó cuando la alcanzó.

—Depende de cuántas consiga. Quería hacer una orla para la pelliza de Branag, pero también le estoy haciendo una túnica roja… no tan espléndida como la tuya… Será de mangas largas y lleva dos cueros. Estoy tratando de que el segundo salga del mismo color que el primero. Creo que voy a decorarla con piel y dientes de zorro blanco. ¿Qué te parece?

—Será muy bonita, ya lo creo —respondió Ayla. Avanzaron por la nieve durante un rato, al cabo del cual Ayla prosiguió—: ¿Qué piel te parece mejor para una túnica blanca?

—Depende. ¿Quieres añadir otros colores o prefieres que sea toda blanca?

—Toda blanca, creo…, pero no estoy muy segura.

—Las pieles de zorros blancos serían muy adecuadas.

—Se me ocurrió, pero… no me parece apropiado.

No era el color lo que preocupaba a Ayla. Recordaba haber regalado zorros blancos a Ranec durante su ceremonia de adopción, y no quería recordar aquellos momentos.

La segunda trampa había saltado, pero estaba vacía. El nudo corredizo había sido cortado a mordiscos y se veían huellas de lobos. En la tercera había un zorro congelado, pero medio comido, la piel estaba inutilizada. Una vez más, Ayla señaló las huellas.

—Parece que no hago sino alimentar a los lobos —dijo Deegie.

—Creo que es uno solo, Deegie —observó Ayla.

La muchacha comenzaba a temer que no conseguiría otra piel en buenas condiciones, aun cuando la cuarta trampa hubiera atrapado un zorro. Corrieron al sitio donde estaba instalada.

—Debería estar por ahí, cerca de esas matas —dijo, al acercarse a un bosquecillo —, pero no veo…

—¡Ahí está, Deegie! —gritó Ayla, adelantándose a la carrera—. Está bien. ¡Y mira qué cola!

—¡Perfecta! —Deegie suspiró de alivio—. Quería dos, por lo menos —retiró el zorro congelado del nudo corredizo, lo ató junto con el primero y los colgó de una rama.

Estaba más tranquilla, ahora que contaba con sus dos pieles.

—Tengo hambre. ¿Por qué no comemos algo?

—Yo también tengo hambre, ahora que lo dices.

Estaban en un bosquecillo ralo, más abundante en matas que en árboles, formado por un arroyuelo que se había abierto paso por entre gruesos depósitos de suelo loéssico. En el valle, durante el largo invierno, dominaba una sensación de yermo y triste agotamiento. Era un sitio feo, de negros, blancos y grises uniformes. La cubierta de nieve, quebrada por las matas leñosas, era vieja y compacta, pero las numerosas huellas le daban un aspecto sucio. Las ramas quebradas dejaban al decubierto la madera herida, mostrando los estragos del viento, la nieve y los animales hambrientos. Los sauces y los alisos tocaban casi el suelo, abrumados por el peso del clima, de la estación, hasta quedar reducidos a poco más que unos arbustos desmedrados. Algunos abedules raquíticos seguían en pie, enjutos y desgarbados; sus ramas desnudas se frotaban ruidosamente unas con otras a impulsos del viento, como reclamando a gritos la alegría de un toque de verdor. Las propias coníferas habían perdido todo color. Los abetos atormentados, cuya corteza aparecía manchada de ronchas de liquen grisáceo, parecían deslavazados. Los altos alerces oscuros se desplomaban bajo su carga de nieve.

Sobre una pequeña elevación destacaba un montículo de nieve, armado de cañas largas y espinas agudas, obra de exploradores enviados el verano anterior para reclamar nuevos territorios. Ayla lo anotó en su memoria, no como un impenetrable seto espinoso, sino como un sitio donde buscar frambuesas y plantas medicinales en las temporadas correspondientes. Más allá del paisaje desteñido y exhausto, veía la esperanza oculta; por otra parte, después de tan largo confinamiento, cualquier paisaje, aun el invernal, resultaba prometedor, sobre todo si brillaba el sol.

Las dos jóvenes amontonaron nieve para formar asientos en lo que, durante el verano, sería la ribera de un arroyuelo. Deegie abrió su zurrón y sacó la comida preparada; lo más importante era el agua. Abrió un envoltorio de corteza y entregó a Ayla una pasta compacta de nutritiva mezcla de frutas secas, carne y energética grasa, esencial para viajeros.

—Anoche mi madre preparó algunas tortas con piñones y me dio una —dijo,

abriendo otro paquete y partiendo un trozo para Ayla, pues era el bocado favorito de su amiga.

—Tendré que preguntar a Tulie cómo las prepara —dijo Ayla, dando un mordisco antes de desenvolver el asado de Nezzie y repartirlo—. Esto parece un festín. Sólo harían falta algunas verduras frescas.

—Eso sería perfecto. No veo la hora de que llegue la primavera. Una vez que festejemos la Celebración de la Espalda Quebrada, la espera se hace cada vez más pesada —replicó Deegie.

Ayla estaba disfrutando de aquella amistosa salida; hasta empezaba a sentir calor en aquella leve depresión del terreno, protegida de los vientos. Desató el cordón de su cuello para echarse la capucha atrás y se acomodó la honda atada a la cabeza. Con los ojos cerrados, volvió la cara al sol, viendo el contorno circular del orbe centelleante contra el fondo rojo de sus párpados. Al abrirlos, otra vez tuvo la sensación de que veía con más claridad.

—¿Siempre hay luchas cuerpo a cuerpo en las Celebraciones de la Espalda Quebrada? —preguntó—. Nunca he visto a nadie luchar sin mover los pies.

—Sí. Es para honrar…

—¡Mira, Deegie! ¡Es primavera! —interrumpió Ayla, levantándose de un salto para correr hacia un sauce próximo.

Cuando su compañera se reunió con ella, señaló un asomo de brotes a lo largo de una ramita tierna; uno de ellos había estallado en un verde brillante, demasiado prematuro para sobrevivir. Las mujeres se sonrieron mutuamente, maravilladas por el descubrimiento, como si acabaran de inventar la primavera. El lazo corredizo aún pendía en el aire, a poca distancia del sauce.

Ayla lo levantó.

—Qué modo tan inteligente de cazar. No hace falta buscar a los animales. Haces una trampa y vienes después a buscarlos. Pero ¿cómo lo haces? ¿Y cómo sabes que será un zorro lo que va a quedar atrapado?

—Es fácil de hacer. Ya sabes que los tendones se ponen duros cuando se los moja y se dejan secar, como el cuero no curtido.

Ayla asintió.

—Haces un lacito en un extremo —continuó Deegie, señalándola la punta—. Luego coges el otro extremo y lo pasas por ahí, formando otro lazo, lo bastante amplio como para que pase una cabeza de zorro. Lo mojas y lo dejas secar con el lazo formado, para que se mantenga abierto. Después tienes que ir a donde haya zorros; habitualmente, a un lugar donde los hayas visto o atrapado anteriormente. Mi madre me enseñó este sitio. Los zorros suelen seguir los mismos trayectos cuando están cerca de sus madrigueras. Para instalar la trampa, sigues un rastro de zorro; allí por donde pasa entre arbustos o cerca de los árboles, pones el lazo verticalmente, cruzando el paso a la altura de la cabeza, y lo sujetas bien, así.

Deegie iba haciendo demostraciones mientras explicaba. Ayla observaba con

arrugas de concentración en la frente.

—Cuando el zorro corre a lo largo del paso, la cabeza entra por el lazo; el animal, al correr, se lo cierra en torno del cuello. Cuanto más forcejea, más lo cierra. No dura mucho. Después, el único problema es encontrar el zorro antes que lo haga otro. Danug me ha estado contando cómo hacen las trampas los del norte. Dice que arquean un árbol joven y lo atan al lazo, para que se suelte en cuanto el animal queda atrapado. De ese modo el árbol vuelve a su lugar y mantiene al zorro colgando lejos del suelo.

—Me parece una buena idea —dijo Ayla, mientras volvían a su asiento.

De pronto, levantó la vista y, para sorpresa de Deegie, se quitó la honda de la cabeza.

—¿Dónde hay una piedra? —susurró, revisando el suelo—. ¡Allí!

Con un movimiento tan veloz que Deegie apenas pudo seguirlo, cogió la piedra, la puso en su honda y la arrojó. Su compañera oyó caer la piedra, pero sólo al llegar a los asientos vio el blanco alcanzado por el proyectil. Era un armiño blanco, pequeña comadreja de unos treinta y cinco centímetros de longitud en total; pero doce de esos centímetros correspondían a una cola peluda y blanca, terminada en una punta negra. En el verano, aquel animalito alargado tenía un suave pelaje pardo, blanco por debajo, pero en el invierno adquiría una blancura sedosa y pura, que contrastaba con el hocico negro, con los ojos penetrantes y la punta de la cola.

—¡Estaba robando nuestro asado! —dijo Ayla.

—Ni siquiera lo vi en medio de tanta nieve. Tienes buena vista —observó Deegie —. ¡Qué rápida eres con esa honda! Me pregunto por qué te interesan las trampas, Ayla.

—La honda es buena para cazar cuando tienes la presa a la vista, pero la trampa caza por ti cuando ni siquiera estás presente. Es útil conocer ambas cosas —replicó Ayla, tomando la pregunta en serio. Se sentaron a terminar la comida. La mano de Ayla se desviaba una y otra vez para frotar la piel suave y espesa de la pequeña comadreja.

—El armiño tiene una piel muy bonita —comentó.

—Como casi todos los de su familia —completó Deegie—. Las martas, los visones y hasta los glotones tienen bonito pelaje. No son tan suaves, pero muy buenos para hacer capuchas, si no quieres que la escarcha se te adhiera a la cara. Pero difícil cazarlos con trampas y tampoco se pueden cazar con lanza. Son rápidos y crueles. Tu honda parece dar muy buen resultado, aunque todavía no sé cómo lo has hecho.

—Aprendí a usar la honda cazando este tipo de animales. Al principio sólo cazaba carnívoros, pero sólo a los que nos robaban, y comencé por aprender sus costumbres.

—¿Por qué? —preguntó Deegie.

—Como no estaba autorizada a cazar, no mataba ningún animal que sirviera como alimento, pero sí a los que nos robaban la comida —soltó una risa que parecía

un resoplido—. Pensaba que de este modo no transgredía la norma.

—¿Por qué no te dejaban cazar?

—Porque a todas las mujeres del Clan se les prohíbe cazar. Sin embargo, al fin me autorizaron a usar la honda —Ayla hizo una pausa para recordar—. ¿Sabes que maté un glotón mucho antes de matar un conejo?

Aquella ironía la hizo sonreír. Deegie meneó la cabeza, asombrada. Qué extraña infancia parecía haber tenido aquella mujer.

Se levantaron para marcharse. Mientras Deegie iba en busca de sus zorros, Ayla recogía el suave armiño blanco. Pasó la mano a lo largo del cuerpo, hasta la punta de la cola. De pronto exclamó:

—¡Esto es lo que necesito! ¡Armiños!

—Pero si ya los tienes —observó su compañera.

—Para la túnica blanca, quiero decir. Quiero hacerle una orla de armiño blanco y poner las colas. Me gustan esas colas terminadas en una punta negra.

—¿Y de dónde vas a sacar armiños suficientes para decorar una túnica? Ya viene la primavera; pronto cambiarán otra vez de color.

—No necesito muchos. Y donde hay uno, casi siempre hay otros. Los cazaré. Ahora mismo. Necesito algunas piedras.

Comenzó a apartar la nieve, en busca de piedras, en la ribera del arroyo congelado.

—¿Ahora? —se extrañó Deegie.

Ayla se detuvo para mirarla. En su entusiasmo, había llegado casi a olvidar la presencia de Deegie. Ella podía dificultar la tarea de encontrar pistas y seguirlas.

—No tienes por qué esperarme, Deegie. Vuelve al Campamento. No me perderé.

—¿Cómo que vuelva? Por nada del mundo me perdería esto.

—¿Puedes guardar un silencio absoluto?

Deegie sonrió.

—No es la primera vez que cazo, Ayla.

La muchacha se ruborizó, comprendiendo que había dicho algo incorrecto.

—No es eso lo que…

—Ya lo sé —dijo Deegie, y volvió a sonreír—. Puedo aprender bastante de quien mataba glotones antes de cazar conejos. Los glotones son los animales más crueles, malvados y temerarios, incluidas las hienas. Los he visto ahuyentar a un leopardo de su propia presa, y hasta son capaces de hacer frente a los leones cavernarios. Trataré de no molestar. Si te parece que estoy ahuyentando a los armiños, me lo dices y te esperaré aquí. Pero no me pidas que vuelva al Campamento sin ti.

Ayla sonrió con alivio. Era maravilloso contar con una amiga que la comprendía tan pronto.

—Los armiños son tan malos como los glotones, Deegie, sólo que más pequeños.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Todavía nos queda un poco de asado. Podría sernos útil, pero antes hay que

encontrar huellas… y una buena provisión de piedras.

Una vez que Ayla hubo reunido varios proyectiles apropiados en el saco atado a su cinturón, cogió el zurrón y se lo echó sobre el hombro izquierdo. Luego se detuvo a estudiar el paisaje, buscando el mejor sitio por donde comenzar. Deegie se mantenía un paso detrás de ella, dejándole tomar la iniciativa. Casi como si pensara en voz alta, Ayla empezó a murmurar:

—Las comadrejas no hacen madriguera. Aprovechan lo que encuentran, incluso una cueva de conejos… después de matar a sus ocupantes. A veces creo que no les haría falta madriguera si no fuera por la cría. Viven moviéndose; cazan, corren, trepan, se levantan sobre las patas traseras para mirar. Y matan constantemente, día y noche, aun después de haber comido, aunque después abandonen allí su presa. Comen de todo: ardillas, conejos, pájaros, huevos, insectos y hasta carne podrida, aunque prefieren cazar y comer carne fresca. Despiden un horrible olor a almizcle cuando se las acorrala; no proyectan un líquido como la mofeta, pero hieden igual. Y hacen un sonido como éste… —Ayla emitió un grito que parecía una mezcla de aullido estrangulado y de gruñido—. En la estación de los Placeres, silban.

Deegie estaba atónita. En pocos segundos había aprendido más sobre los armiños que en toda su vida. Ni siquiera sabía que emitían algún sonido.

—Son buenas madres y tienen muchas crías: dos camadas… —Ayla se interrumpió para encontrar la palabra adecuada—. Diez. A veces más. Otras veces, sólo unas pocas. La cría permanece junto a la madre hasta estar casi completamente crecida —volvió a detenerse para estudiar el paisaje, con aire crítico—. A estas alturas del año, la camada ha de estar todavía con su madre. Busquemos huellas pequeñas… creo cerca de cañaveral.

Echó a andar hacia el montículo de nieve que cubría, más o menos, aquella maraña de tallos y vástagos. Deegie la siguió, preguntándose cómo podía saber tanto, a pesar de que era poco mayor que ella. Había notado algunos fallos en el modo de hablar de Ayla, única señal de su excitación. Y eso le hizo reparar en lo bien que había aprendido el idioma. Aunque rara vez hablaba con celeridad, su mamutoi era casi perfecto, exceptuando el modo de emitir ciertos sonidos. Deegie pensó que difícilmente perdería aquel acento… y que era mejor así, pues le daban una personalidad característica más humana.

—Busca huellas pequeñas de cinco dedos…, a veces sólo se ven cuatro. Dejan las huellas más pequeñas de todos los carnívoros y las patas de atrás pisan la huella de las delanteras.

Deegie se retrasó unos pasos para no pisar el delicado rastro. Con lentitud y cautela, Ayla estudiaba el paraje circundante a cada paso que daba: el suelo cubierto de nieve, cada tronco caído, cada ramita de abedul desnudo, las pesadas ramas de abeto cargadas de agujas oscuras. De pronto sus ojos interrumpieron aquella vigilancia constante, inmovilizados por una escena que la dejó sin aliento. Mientras bajaba el pie, con lentitud, sacó del zurrón un trozo grande de bisonte asado, medio

crudo, y lo depositó en el suelo, frente a sí. Luego retrocedió con cuidado, metiendo la mano en el saco de piedras.

Deegie, sin moverse, buscó con la vista lo que su compañera había divisado. Por fin reparó en cierto movimiento. Eran varias siluetas blancas que se movían sinuosamente en dirección a ellas. Se desplazaban con asombrosa rapidez, al tiempo que salvaban los montones de ramas y hierbas secas, trepando a los árboles y volviendo a descender inmediatamente, pasando a través de la maleza, husmeando cada agujero, cada grieta, y devorando cuanto encontraban a su paso. Deegie nunca se había preocupado por estudiar a aquellos voraces carnívoros y los observó fascinada. De vez en cuando se levantaban sobre las patas traseras, alertas los ojos negros y brillantes, con las orejas erguidas para captar cualquier ruido; empero, el olor de la presa indefensa les atraía irremediablemente.

Aquellos ocho o diez animalillos invadieron nidos de topos y ratones, se infiltraron por debajo de las raíces donde hibernaban salamandras y sapos; se lanzaban como dardos tras los pájaros pequeños, demasiado hambrientos y ateridos como para salir volando; con la cabeza balanceándose hacia atrás y hacia delante. Sus ojos negros, que semejaban perlas, brillaban de avidez. Se lanzaban con mortal precisión a la base del cuello o la vena yugular. Atacaban sin miramientos; eran los asesinos más eficaces y sanguinarios del reino animal. De pronto, Deegie se alegró mucho de que fueran pequeños. No parecía haber motivo alguno para aquella destrucción gratuita, como no fuera el ansia de matar… o quizá la necesidad de mantener alimentado aquel cuerpecito en constante movimiento.

La tajada de carne medio cruda atrajo a los armiños, que no vacilaron en dar cuenta de ella. De pronto se produjo la confusión: duras piedras aterrizaron entre los animales, derribando a algunos de ellos. El inconfundible olor a almizcle invadió el aire. Deegie, absorta en la observación de los animales, no había visto los meticulosos preparativos y los lanzamientos de Ayla.

Súbitamente, como salido de la nada, un gran animal oscuro brincó entre las comadrejas blancas; Ayla quedó atónita al oír un gruñido amenazador. El lobo buscaba la carne del bisonte, pero se vio frenado por dos armiños audaces y temerarios. Después de retroceder apenas unos pasos, el carnívoro de pelaje negro vio un armiño fuera de combate y se apoderó de él.

Pero Ayla no estaba dispuesta a permitir que el recién llegado devorara sus armiños; había sido demasiado el esfuerzo que había tenido que hacer para conseguirlos. Eran sus presas y las quería para la túnica blanca. Cuando el lobo se alejó al trote, con el animalito en la boca, la muchacha fue tras él.

Los lobos también eran carnívoros, y ella los había estudiado con tanta atención como a las comadrejas mientras aprendía a manejar la honda. Además, los comprendía. Sin dejar de correr tras el animal, cogió una rama caída. Un lobo solitario solía ceder ante un ataque decidido; quizá dejara caer el armiño.

Si se hubiera tratado de toda una manada, aunque sólo fuera de dos lobos, no

habría intentado aquel ataque temerario, pero cuando el lobo negro se detuvo para reacomodar la presa en su boca, Ayla se lanzó tras él con la rama, levantándola para aplicar un golpe violento. La rama no parecía un arma apropiada; sólo pensaba asustar al animal y hacerle soltar el armiño. Pero fue ella la asustada; el lobo dejó caer la presa y, con un fiero gruñido, saltó amenazadoramente contra ella.

Su reacción instintiva fue lanzar la rama por delante, para detener al lobo. Por un momento estuvo tentada de huir. Al echarlo hacia atrás, el leño, frío y quebradizo, se partió al chocar contra un árbol. Sólo le quedó en la mano un muñón podrido. Empero, el extremo roto se clavó en la cara del animal. Bastó para detenerle; también el lobo había estado fingiendo, pues no tenía muchas ganas de atacar. Después de recoger el armiño muerto, salió del bosquecillo.

Ayla estaba asustada, pero también furiosa. No podía permitir que le robaran su armiño, y se lanzó en persecución del lobo una vez más.

—¡Déjalo! —gritó Deegie—. ¡Tienes bastante! ¡Deja que el lobo se lo lleve!

Pero Ayla no le prestó atención. El lobo se encaminaba hacia terreno abierto, seguido de cerca por ella. Sin dejar de correr, metió la mano en su saco y descubrió que sólo le quedaban dos piedras. Como el gran carnívoro no tardaría en ganar distancia, debía probar una vez más. Puso una piedra en su honda y la arrojó contra el canino. La segunda terminó la labor iniciada por la primera: ambas dieron en el blanco. Ayla experimentó una enorme satisfacción al ver que el lobo se derrumbaba: un animal que no volvería a robarle nada. Mientras corría en busca de su armiño, decidió llevarse también la piel del lobo. Sin embargo, cuando Deegie se reunió con ella, la encontró sentada junto al lobo negro y al armiño blanco. No se movía. La expresión de su rostro preocupó a Deegie.

—¿Qué pasa, Ayla?

—Debí dejar que se llevara la presa. Debía haber adivinado que tenía motivos para querer aquella carne asada, aunque los armiños la defendían. Los lobos conocen lo sanguinarias que son estas bestezuelas. Tratándose de un animal solitario en sitio poco conocido, prefiere retroceder sin atacar. Debía haber dejado que se llevara el armiño.

—No comprendo. Tienes tu armiño y, por añadidura, una piel de lobo negro. ¿Por qué dices que debiste dejarle el armiño?

—Mira —indicó Ayla, señalando el vientre del animal—. Está amamantando. Tiene cachorros.

—¿No es muy pronto para que las lobas tengan crías? —se extrañó Deegie.

—Sí, está fuera de temporada. Y es una loba solitaria. Por eso le costaba tanto encontrar comida suficiente. Y por eso quería la carne asada y el armiño. Mira esas costillas. Los lobeznos la han estado agotando; es pura piel y huesos. Si viviera con una manada, los otros la ayudarían a alimentar a sus cachorros. Pero si viviera con una manada, no tendría cachorros. Sólo la jefa de la manada suele tener crías y además ésta no es del color debido. Los lobos se habitúan a ciertos colores y marcas.

Ésta es como la loba blanca que yo solía observar cuando los estaba estudiando. A aquélla tampoco la querían. Siempre trataba de complacer a los jefes, macho y hembra, pero ellos no querían verla cerca. Cuando la manada creció mucho, ella se fue. Tal vez se cansó de que nadie la quisiera.

Ayla bajó la vista hacia la loba negra.

—Lo mismo que ésta —añadió—. Tal vez por eso quería tener crías, porque estaba sola. Pero no debió tenerlos a esta altura del año. Creo que es la que vimos cuando estábamos cazando bisontes, Deegie. Debe de haber dejado la manada para buscar un macho solitario, a fin de iniciar una manada propia, como se hace siempre. Pero a los solitarios la vida les resulta muy dura. A los lobos les gusta cazar en grupo y se ayudan unos a otros. El macho dominante ayuda a la hembra dominante a cuidar a sus cachorros. Deberías ver cómo juegan con los lobeznos. Pero ¿dónde está su macho? ¿Habrá tenido alguno? ¿Se murió?

A Deegie le sorprendió que Ayla estuviera al borde del llanto por una loba muerta.

—Todos tienen que morir en algún momento, Ayla. Todos volvemos a la Madre.

—Lo sé, Deegie, pero ella fue diferente desde el principio y después se encontró sola. Debería haber tenido derecho a algo en la vida: un compañero, una manada a la cual pertenecer, al menos algunos lobeznos.

Deegie creyó comprender a qué se debía aquella intensa pena por una loba negra y escuálida: Ayla se estaba identificando con el animal muerto.

—Pero llegó a tener cachorros, Ayla.

—Y ahora ellos también van a morir. No tienen manada que les cuide, ni siquiera un macho jefe. Sin madre, morirán —de pronto, Ayla se levantó de un salto—. ¡No voy a permitir que mueran!

—¿Qué estás pensando? ¿Adónde vas?

—Voy a buscarlos. Voy a rastrear la guarida de la loba negra.

—Podría ser peligroso. Tal vez haya otros lobos en derredor. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo estoy, Deegie. Me basta con mirarla.

—Bueno, si no puedo hacerte cambiar de idea, sólo me queda una cosa, Ayla.

—¿Qué?

—Si pretendes que camine por estos andurriales buscando lobos contigo, al menos carga tú con tus armiños. —Deegie dejó caer las cinco comadrejas blancas que llevaba en su zurrón—. ¡Bastante tengo con llevar mis zorros!

Sonreía con toda la cara, encantada. Ayla hizo otro tanto, llena de afecto.

—¡Oh, Deegie, los has traído hasta aquí!

Las dos se abrazaron para expresar la plenitud de su amor y amistad.

—Una cosa es indudable, Ayla: ¡contigo nadie se aburre! —Deegie ayudó a guardar los armiños en el zurrón de Ayla—. ¿Qué vas a hacer con la loba? Si no nos la llevamos, otros lo harán, y la piel de lobo negro no es muy común.

—Me gustaría llevarla, pero primero quiero encontrar a los cachorros.

—Está bien, me la cargaré yo —dijo Deegie, echándose el cuerpo exánime sobre su hombro—. Más tarde, si tenemos tiempo, la desollaré —iba a hacer otra pregunta, pero cambió de idea. Pronto descubriría qué pensaba hacer Ayla si encontraba algún lobezno vivo.

Tuvieron que volver al valle para buscar el rastro correcto. La loba se había esmerado en cubrir sus huellas, consciente de lo precaria que era la vida de su camada abandonada sin protección. Deegie creyó varias veces haber perdido el rastro, a pesar de ser hábil en seguirlos. Pero Ayla persistía hasta localizarlo otra vez. Cuando encontraron el sitio en que, según Ayla, debía estar la guarida, el sol anticipaba ya el comienzo del atardecer.

—Quizás tú estés segura de que aquí está la guarida, Ayla, pero te seré franca: no veo señales de vida.

—Así debe ser si están solos. Si hubiera señales de vida, eso sólo crearía problemas.

—Tal vez tengas razón, pero si hay cachorros ahí dentro, ¿cómo piensas hacerlos salir?

—Creo que sólo hay un modo: tendré que entrar a buscarlos.

—¡No puedes, Ayla! Una cosa es observar lobos desde lejos y otra entrar en sus guaridas. ¿Y si los cachorros no están solos? Podría haber otro adulto por aquí.

—¿Has visto alguna huella de adulto junto a las de la negra?

—No, pero aun así no me gusta la idea de que entres en la guarida.

—No he venido hasta aquí para irme sin haber averiguado si hay lobeznos aquí. Tengo que entrar, Deegie.

Ayla dejó su zurrón y se encaminó hacia el pequeño agujero negro abierto en la tierra. Era una vieja guarida, abandonada mucho antes por su mala situación, pero también lo único que la loba negra había podido encontrar al morir su macho, un viejo lobo solitario atraído por su celo temprano y vencido en una pelea. Ayla echó cuerpo a tierra y comenzó a penetrar, retorciéndose.

—¡Espera! —la llamó Deegie—. Toma mi cuchillo.

La muchacha hizo una señal de asentimiento y reinició la entrada con el cuchillo entre los dientes. Al principio el suelo descendía por una pendiente y el pasaje era estrecho. De pronto se encontró varada y tuvo que retroceder.

—Será mejor que nos vayamos, Ayla. Se está haciendo tarde. Si no puedes entrar, ¿qué remedio queda?

—No —respondió Ayla, quitándose la pelliza por encima de la cabeza—. Entraré.

Se estremeció de frío al introducirse en la guarida. No fue fácil, pero logró pasar la primera sección, donde el túnel descendía. Cerca del fondo, el suelo se nivelaba, había más espacio, pero la guarida parecía desierta. Como su propio cuerpo impedía el paso de la luz, tardó un momento en acostumbrar los ojos a la oscuridad. Estaba ya a punto de retroceder cuando creyó oír un sonido.

—Lobo, lobito, ¿estás ahí? —llamó.

De repente, recordando los largos ratos dedicados a observar y escuchar a los lobos, emitió un gemido complaciente. Prestó atención. Una suave queja surgió del rincón más oscuro y profundo de la guarida y Ayla sintió ganas de gritar de alegría.

Se arrastró como un gusano para acercarse al ruido y volvió a gemir. La respuesta sonó más próxima. De pronto vio dos ojos relucientes. Pero cuando alargó la mano hacia el cachorro, éste retrocedió con un gruñido. Ayla sintió el aguijonazo de unos dientes en la mano.

—¡Ay! Te quedan ganas de pelear —dijo. Y sonrió—. Pero también ganas de vivir. Vamos, ven, lobito. Todo saldrá bien. Vamos —alargó la mano hacia el lobezno, repitiendo su gemido suplicante, y palpó una bola de pelusa. Después de afirmarse bien, arrastró hacia ella al cachorro, que gruñó y se resistió todo el trayecto. Por fin reculó hacia el exterior de la guarida.

—¡Mira lo que he encontrado, Deegie! —exclamó, con una sonrisa triunfante, mientras alzaba al pequeño lobezno peludo y gris.

Capítulo 23

Jondalar estaba fuera del albergue, paseándose entre la entrada principal y el anexo de los caballos. A pesar de la abrigada pelliza, una prenda vieja de Talut, sintió el descenso de la temperatura al tocar el sol el horizonte. Había subido varias veces la cuesta, en la dirección tomada por Ayla y Deegie, y estaba pensando hacerlo otra vez.

Desde que las viera partir aquella mañana, le costaba dominar su ansiedad. Cuando comenzó a pasearse, preocupado, en las primeras horas de la tarde, los demás habitantes del albergue sonrieron con condescendencia. Pero ya no era él el único en preocuparse. También Tulie había subido varias veces la cuesta y Talut hablaba de formar un grupo para buscarlas con antorchas. Hasta Whinney y Corredor parecían nerviosos.

Cuando el brillante fuego del oeste se escondió tras un cúmulo de nubes, que pendía casi sobre el horizonte, el sol adquirió la forma de un círculo rojo, perfectamente definido; semejaba un cuerpo ultraterrestre, sin profundidad ni dimensión, demasiado perfecto y demasiado simétrico para pertenecer a aquel entorno natural. Sin embargo, aquel astro resplandeciente coloreaba las nubes y confería un tinte salutífero al rostro, pálido y parcial, de su otro compañero ultraterrestre, todavía bajo en el cielo por oriente.

En el momento en que Jondalar iba a subir nuevamente la cuesta, dos siluetas aparecieron en la parte más alta, recortadas contra un intenso fondo violeta, sombreado de añil profundo. Una sola estrella refulgía en lo alto. Lanzó un gran suspiro de alivio, reclinándose en los colmillos de la arcada, aturdido por la súbita liberación de sus tensiones. Estaban a salvo. Ayla estaba a salvo.

Pero ¿por qué habían permanecido tanto tiempo ausentes? No estaba bien que hubieran tenido preocupado a todo el mundo. ¿Qué podía haberlas retenido hasta esas horas? Tal vez se vieron en algún apuro. Había hecho mal en no seguirlas.

—¡Han llegado! ¡Han llegado! —gritaba Latie.

Todos salieron del albergue a la carrera, a medio vestir; los que estaban afuera, ya abrigados, se precipitaron a su encuentro.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Es casi de noche. ¿Dónde habéis ido? —preguntó Jondalar, en cuanto Ayla llegó al albergue.

Ella le miró, atónita.

—Déjalas primero que entren —dijo Tulie.

Deegie comprendió que su madre estaba disgustada, pero habían pasado todo el día fuera, estaban cansadas y el frío iba en aumento. Las recriminaciones vendrían después, cuando Tulie estuviera segura de que ambas estaban indemnes. Las hicieron pasar al hogar de la cocina.

Deegie, contenta de liberarse de su carga, dejó caer al suelo el cadáver de la loba negra, que, al endurecerse, había adquirido la forma de su hombro. Hubo exclamaciones de sorpresa. Jondalar palideció: no cabía duda de que se habían visto

en apuros.

—¡Es un lobo! —exclamó Druwez, mirando a su hermana con un respeto casi religioso—. ¿De dónde lo has sacado?

—¡Oh! Espera a ver lo que trae Ayla… —advirtió Deegie, sacando los zorros blancos de su zurrón.

Ayla, por su parte, estaba dejando en el suelo los armiños congelados, pero los cogía con una sola mano, manteniendo la otra contra el vientre, con mucho cuidado.

—¡Qué bonitos armiños! —dijo Druwez, no tan impresionado por las comadrejas blancas como por el lobo negro, aunque no deseaba ofender.

Ayla le sonrió, luego desató la correa que usaba como cinturón alrededor de la pelliza y sacó una pelotita de pelo gris. Todo el mundo se acercó a mirar. De pronto, la pelota se movió.

El lobezno había dormido cómodamente contra el cálido cuerpo de Ayla, bajo la prenda exterior, pero la luz, el ruido y los olores desconocidos le asustaron. Gimiendo, trató de acurrucarse contra la mujer cuyo olor se le había hecho familiar. Ella depositó a la peluda criaturita en la tierra suelta del foso que usaban para dibujar. El cachorrito dio unos pasos, tambaleante, y se agachó para dejar un charco, que fue rápidamente absorbido por el polvo seco.

—¡Es un lobo! —exclamó Danug.

—¡Un bebé lobo! —precisó Latie, con los ojos llenos de deleite.

Ayla notó que Rydag se acercaba para mirar al animalito. El niño alargó una mano; el cachorro la olfateó y luego la lamió. La sonrisa de Rydag era un puro regocijo.

—¿De dónde has sacado ese lobito, Ayla? —preguntó, por medio de señas.

—Es una larga historia —respondió ella—. Te la contaré más tarde.

Se quitó rápidamente la pelliza. Nezzie se hizo cargo de ella y le entregó una taza de infusión caliente, que la muchacha agradeció con una sonrisa antes de tomar un sorbo.

—No importa de dónde lo haya sacado, sino lo que piensa hacer con él —comentó Frebec.

Ayla sabía que éste dominaba el lenguaje de las señas, aunque asegurase que no. Por lo visto, había entendido la pregunta de Rydag.

—Lo voy a criar, Frebec —dijo ella, con los ojos fulgurantes de desafío—. Maté a la madre —agregó, señalando la loba negra—, y voy a cuidar de este bebé.

—No es un bebé. ¡Es un lobo! Un animal que puede herir a la gente —replicó Frebec.

Ayla rara vez se mostraba tan tajante ni con él ni con nadie. Frebec había descubierto que la muchacha solía ceder en las pequeñas cosas para evitar conflictos, si él se mostraba desagradable. No esperaba un enfrentamiento directo y aquello no le gustó, sobre todo al darse cuenta de que no iba a salirse con la suya.

Manuv miró al cachorrito y luego a Frebec. Su rostro esbozó una amplia sonrisa.

—¿Temes que este animal te haga daño? —Su bulliciosa carcajada hizo que Frebec enrojeciera de ira.

—No es eso lo que quería decir. Pero es cierto que los lobos pueden herir a la gente. Primero los caballos, ahora un lobo. ¿Qué vendrá después? No soy un animal y no quiero vivir con animales.

Se alejó a grandes zancadas; no estaba dispuesto a comprobar lo que prefería el resto del Campamento: si a él o a Ayla con sus animales, en el caso de ser necesario tomar una decisión.

—¿Queda algo de carne de ese asado, Nezzie? —preguntó Ayla.

—Debes estar muerta de hambre. Te prepararé un plato.

—No es para mí, sino para el lobezno.

Nezzie trajo una tajada de carne asada, preguntándose cómo se las compondría para que un animalito tan pequeño la comiera. Pero la joven recordaba una lección aprendida mucho tiempo antes: los bebés pueden comer cualquier cosa que coma la madre, siempre que se la convierta en algo suave y fácil de tragar. Una vez había alimentado a un cachorro de león, herido por añadidura, con carne y caldo en vez de leche. Los lobos también eran carnívoros; recordó que los adultos solían masticar y tragar la comida para llevarla a la guarida, donde la regurgitaban para sus crías. Pero no hacía falta masticarla si se tenían manos y un cuchillo afilado. Después de cortar la carne hasta obtener una pulpa, Ayla la puso en una escudilla y agregó agua caliente, para acercar la temperatura a la de la leche materna. El cachorro había estado olfateando los bordes del foso de dibujo, pero parecía tener miedo a aventurarse más allá. Ayla se sentó en la esterilla y alargó la mano, llamándole con suavidad. Había sacado al pequeño de un sitio frío y solitario, dándole calor y consuelo; el animal, que ya asociaba su olor con la seguridad, caminó tambaleándose hacia la mano extendida.

Primero le levantó para examinarle. Un escrutinio atento reveló que se trataba de un macho; tenía muy poca edad, quizá no más de una luna. Se preguntó si habría tenido hermanos y, en ese caso, cuándo habrían muerto. No se le apreciaban heridas ni mostraba señales de desnutrición, aunque la loba estaba muy flaca. Al pensar en las terribles dificultades que la madre había debido vencer para mantener con vida a ese único cachorro, recordó una difícil prueba que también ella tuvo que afrontar. Eso la confirmó en su decisión. En lo posible, mantendría vivo al hijo de la loba, costara lo que costase, y ni Frebec ni nadie se lo impedirían.

Con el cachorro en el regazo, Ayla hundió el dedo en la escudilla de carne picada y lo acercó al hocico del animalito. Estaba hambriento; después de olfatear, le lamió el dedo hasta dejarlo limpio. Ella volvió a hundir su dedo en el alimento y él se lo volvió a lamer con avidez. Así continuó alimentándole, hasta sentir que su pequeño vientre estaba bien redondo. Entonces le acercó un poco de agua al hocico, pero el lobezno apenas la probó. Después le llevó al Hogar del Mamut.

—Creo que en aquel banco hay unos cestos viejos —dijo Mamut, que la había

seguido.

Ella le sonrió. El anciano sabía exactamente lo que estaba pensando. Revolviendo un poco, halló un cesto grande, para cocinar, que se estaba desarmando por un extremo; lo colocó en la plataforma próxima a la cabecera de su cama, pero en cuanto dejó al cachorro en su interior, el animal gimió, tratando de salir. Volvió a levantarle y echó una mirada en derredor, sin saber de qué podría echar mano para solucionar el problema. Sentía la tentación de ponerle en su cama, pero ya había pasado por eso; resultaba muy difícil quitarles la costumbre cuando crecían y también era posible que Jondalar no quisiera compartir su cama con un lobo.

—No está a gusto en el cesto. Probablemente echa de menos a la madre o a otros lobeznos para dormir —dijo, dirigiéndose a Mamut.

—Dale algo tuyo, Ayla —aconsejó Mamut—. Algo blando, cómodo, personal. Ahora tú eres su madre.

Ella asintió, revisando sus escasas pertenencias. No poseía gran cosa: su bonito atuendo, regalado por Deegie; el que se había hecho en el valle, antes del viaje, y algunas prendas usadas que le habían dado los del Campamento para que pudiera cambiarse. Cuando vivía con el Clan, y aun sola, en el valle, había llegado a tener varias túnicas, pero…

En un rincón de la plataforma descubrió la mochila que había traído del valle. La revisó; allí estaba el manto de Durc, pero, después de pensarlo un momento, volvió a plegarlo y lo guardó. No soportaba la idea de deshacerse de él. Por fin encontró su vieja túnica al estilo del Clan: un gran cuero blando y suave, con el que se envolvía el cuerpo sujetándolo con una larga correa. Había usado una idéntica hasta el día en que abandonó el valle con Jondalar; parecía haber transcurrido mucho tiempo desde entonces. Forró con el cuero el cesto y acomodó al lobezno dentro. Después de olfatearlo, el animalito se acurrucó y no tardó en dormirse profundamente.

De pronto, Ayla cobró conciencia de que estaba cansada y hambrienta; tenía la ropa aún mojada por la nieve. Se quitó las botas y el forro hecho con lana de mamut, para ponerse ropa seca y el suave calzado para interiores que Talut le había enseñado a hacer. La había intrigado el par que viera lucir al jefe durante la ceremonia de su adopción, pero en aquel entonces no sabía cómo estaban hechos.

El procedimiento se basaba en una característica natural del alce o del venado: las patas traseras flexionan tanto la articulación que se adaptan a la forma natural del pie humano. Se cortaba el cuero por encima y por debajo de la coyuntura, y se extraía de una sola pieza. Una vez curado, se cosía el extremo inferior, dándole el tamaño deseado; el otro extremo se envolvía y se ataba con cordones por encima del tobillo. El resultado era una mezcla de media-mocasín sin costuras, cálido y cómodo.

Después de cambiarse, Ayla entró en el anexo para ver cómo estaban los caballos. Su intención era tranquilizarles, pero notó en la yegua cierta vacilación, cierta resistencia a sus caricias.

—Olfateas al lobo, ¿verdad, Whinney? Tendrás que acostumbrarte a él. Y tú

también, Corredor. El lobo se quedará algún tiempo con nosotros. —Alargó las manos y dejó que ambos caballos la olfatearan. Corredor retrocedió, resoplando y sacudiendo la cabeza, aunque olfateó de nuevo. Whinney puso el hocico en las manos de la mujer, pero sus orejas se agacharon hacia atrás—. Te acostumbraste a Bebé, Whinney, y puedes acostumbrarte a… Lobo. Mañana, cuando se despierte, le traeré aquí. Cuando veas lo pequeño que es, comprenderás que no puede hacerte daño.

Cuando volvió a entrar en el Hogar del Mamut, Jondalar estaba junto a la cama, contemplando al lobezno. Su expresión era inescrutable, pero ella creyó descubrir en su mirada cierta curiosidad y algo parecido a la ternura. Al levantar la vista, su frente se frunció del modo habitual en él.

—¿Por qué habéis tardado tanto, Ayla? —preguntó—. Todos se estaban preparando para salir a buscaros.

—No estaba planeado, pero cuando vi que la loba negra estaba amamantando, no me quedó más remedio que ir en busca de sus cachorros.

—¿Qué importaba eso? Los lobos mueren constantemente, Ayla —Jondalar había comenzado a hablarla en tono razonable, pero sus temores por la seguridad de la muchacha estaban dando acritud a su voz—. Fue una estupidez rastrear así a un lobo. Si te hubieras encontrado con la manada podrían haberte matado.

—Para mí tenía importancia, Jondalar —exclamó ella, saltando en defensa del lobo—. Y no soy una estúpida. Antes de cazar ningún otro animal, cacé carnívoros, y conozco bien a los lobos. De haber existido una manada, yo no hubiera rastreado la guarida de la loba. La manada ya habría cuidado de sus cachorros.

—Aun tratándose de un loba solitaria, ¿por qué pasaste todo el día buscando a un lobezno? —Jondalar estaba alzando la voz. Era una forma de liberar sus pasadas tensiones y de tratar al mismo tiempo de convencerla para que no volviera a correr tales riesgos.

—Ese cachorrito era lo único que la loba tuvo en toda su vida. No podía dejarle morir de hambre después de haber matado a la madre. Yo no estaría viva si otros no me hubieran cuidado cuando era niña. Y a mí me corresponde hacer lo mismo, aunque sea por un lobezno —también Ayla estaba levantando la voz.

—No es lo mismo. Un lobo es un animal. Deberías tener más sentido común, Ayla. No puedes poner en peligro tu propia vida por un cachorro de lobo —Jondalar ya estaba gritando. Al parecer, no podía hacerla entrar en razón—. En esta época no se puede pasar todo el día fuera.

—Tengo sentido común, Jondalar —replicó la muchacha, con un destello de cólera en los ojos—. La que estaba fuera era yo. ¿No te parece que sabía muy bien qué tiempo hacía? ¿No crees que me doy cuenta de cuándo arriesgo mi vida? Me cuidaba muy bien sola antes de que tú llegaras, y frente a peligros mucho peores. Hasta cuidé de ti. No tienes por qué decirme que soy una estúpida y que no tengo sentido común.

Los que se estaban reuniendo en el Hogar del Mamut sonreían, nerviosos,

tratando de restar importancia a la pelea. Jondalar echó una ojeada en torno y reparó en varias personas que conversaban entre sí, sonriendo. Sólo permanecía en pie el joven moreno de ojos centelleantes. ¿Había acaso una insinuación de condescendencia en su amplia sonrisa?

—Tienes razón, Ayla. No me necesitas, ¿verdad? Para nada —espetó Jondalar. Y al ver que Talut se aproximaba, preguntó—: ¿Te molestaría, Talut, si me mudara al hogar de la cocina? Trataré de no estorbar a nadie.

—No, no me molesta, por supuesto, pero…

—Gracias —dijo él.

Acto seguido arrebató sus ropas de cama y sus pertenencias de la plataforma que compartía con Ayla. La muchacha quedó estupefacta y fuera de sí al pensar que pudiera desear acostarse lejos de ella para dormir. Le habría suplicado que no se fuese, pero el orgullo la inmovilizó la lengua. Aunque compartiera su cama, llevaba tanto tiempo sin compartir Placeres que ella tenía la certidumbre de que Jondalar había dejado de amarla. Y si ya no la amaba, no trataría de obligarle a quedarse, aunque se le encogiera el estómago con sólo pensarlo.

—Será mejor que te lleves también tu parte de comida —dijo, mientras él amontonaba algunas cosas en una mochila. A continuación, para dar a la separación un aspecto menos definitivo, agregó—: Pero no sé quién te cocinará allí. No es un hogar de verdad.

—¿Quién crees que me cocinaba cuando estaba de Viaje? ¿Alguna donii? No necesito que ninguna mujer cuide de mí. ¡Cocinaré solo!

Y se marchó a grandes pasos, con los brazos colmados de pieles. Después de atravesar el Hogar del Zorro y el del León, arrojó su carga al suelo, cerca de la zona que utilizaban para trabajar el pedernal. Ayla le siguió con la vista, sin dar crédito a lo que veía.

El albergue era un hervidero de comentarios sobre la separación. Deegie cruzó apresuradamente el pasillo al enterarse, pues le costaba creerlo. Había ido con su madre al Hogar del Uro, mientras Ayla alimentaba al lobezno, para hablar un rato con ella en voz baja. También ella se había cambiado de ropa, pero tenía un aire al mismo tiempo contrito y resuelto. Sí, habían hecho mal en retrasarse más de la cuenta, tanto por su propia seguridad como por la preocupación que habían causado a los demás, aunque, dadas las circunstancias, no habría actuado de forma distinta. Tulie habría querido hablar también con Ayla, pero le pareció inapropiado, sobre todo después de escuchar el relato de Deegie. Ayla le había dicho que regresara antes de iniciar aquella búsqueda insensata, y, por otra parte, eran dos jóvenes adultas, perfectamente capaces de cuidarse solas. De cualquier modo, Tulie se había preocupado como nunca en su vida.

Nezzie dio un codazo a Tronie, y ambas llenaron platos de comida recalentada para llevarlos al Hogar del Mamut. Quizá se arreglarían las cosas, después de que Ayla y Deegie hubieran comido algo y tuviesen oportunidad de contar su historia.

Todo el mundo se había abstenido de hacer preguntas sobre el lobezno, mientras las jóvenes y el pequeño animal eran atendidos. A pesar del hambre, Ayla descubrió que le costaba pasar bocado. No dejaba de mirar hacia el sitio por donde se había ido Jondalar, en tanto los demás se acercaban al Hogar del Mamut, ávidos de escuchar una insólita aventura, que podría ser narrada repetidas veces. No importaba que Ayla estuviera de humor o no: todos deseaban saber cómo había llegado al albergue con un lobezno.

Deegie comenzó por relatar las extrañas circunstancias de los zorros blancos atrapados por los lazos corredizos. Estaba casi segura de que la loba negra, debilitada y hambrienta, imposibilitada de cazar venados, caballos o bisontes sin la ayuda de la manada, se había visto obligada a alimentarse con los zorros de las trampas. Ayla aventuró que la loba negra podía haber seguido el rastro dejado por Deegie al instalarlas. Después, su compañera contó que Ayla deseaba pieles blancas para hacer una prenda para alguien, pero en vez de buscar zorros blancos, prefirió seguir el rastro de los armiños.

Jondalar llegó ya empezado el relato y trató de permanecer silencioso, sin llamar la atención, sentado contra la pared más alejada. Estaba arrepentido de haberse marchado tan precipitadamente, pero el comentario de Deegie hizo que palideciera. Si Ayla estaba haciendo algo con pieles blancas para una persona y no quería zorros blancos, debía de ser porque ya había regalado a esa misma persona aquel tipo de pieles. Y él sabía a quién había regalado zorros blancos en la ceremonia de adopción. Cerró los ojos y apretó los puños. Intentó no pensar en ello, pero no podía evitarlo. Ayla debía estar haciendo algo para el hombre de piel oscura que tan apuesto resultaba con las pieles blancas: para Ranec.

El joven moreno se preguntó asimismo quién sería aquella persona. Sospechaba que se trataba de Jondalar, pero cabía esperar que fuera otro, tal vez él mismo. Eso le dio una idea. No importaba que Ayla estuviera preparándole un regalo o no: él podía hacer algo para obsequiarla. Recordando el entusiasmo con que recibiera su caballo tallado, se encandiló con la idea de tallar algo especial, algo que volviera a entusiasmarla…, sobre todo ahora que el hombre rubio y alto se había mudado de hogar. La presencia de Jondalar había sido siempre un inconveniente, pero si éste renunciaba por propia voluntad a su puesto anterior, abandonando lecho y hogar, Ranec quedaba en libertad para cortejarla con mayor determinación.

El lobito gimió en su sueño; Ayla, sentada en el borde de su cama, alargó la mano y le acarició para tranquilizarle. En su corta vida, el animalito sólo se había sentido así de abrigado y protegido cuando estaba con su madre; sin embargo, ésta le dejaba muchas veces en la oscura y fría guarida. Pero la mano de Ayla le había sacado de aquel sitio lúgubre y atemorizante, dándole abrigo, alimento y la sensación de seguridad. Se acomodó bajo su contacto reconfortante sin tan siquiera despertarse.

Ayla dejó que Deegie continuara con el relato, limitándose a hacer comentarios y dar explicaciones. No tenía grandes deseos de hablar y resultaba interesante oír la

narración de su compañera, pues no era la que ella habría contado. No porque la de Deegie fuera menos cierta, sino porque la veía desde otro punto de vista. Ayla se sorprendió un poco al conocer sus impresiones, pues para ella la situación no había sido tan peligrosa. Deegie tenía mucho más miedo a los lobos. Al parecer, ignoraba que, entre los carnívoros, los lobos eran los menos sanguinarios y más previsibles, y que rara vez atacaban a los seres humanos.

Pero Deegie no los veía así. Según ella, la loba se había vuelto violentamente contra Ayla y eso a ella le dio miedo. En realidad, el ataque no carecía de peligro, pero, aun cuando Ayla no lo hubiera rechazado, era simplemente defensivo. La joven hubiera podido resultar herida, pero en modo alguno muerta. Además, la loba se batió en retirada en cuanto pudo apoderarse del armiño muerto. Cuando Deegie pasó a describir cómo Ayla se había colado, empezando por la cabeza, en la madriguera de la loba, el Campamento la miró con un reverente respeto. Ciertamente Ayla era muy valiente o muy temeraria. Ella en realidad no se consideraba ni lo uno ni lo otro. Sabía que en las inmediaciones no podía haber ningún otro lobo adulto: no había otros rastros. La loba negra era una solitaria, probablemente alejada de su territorio de origen y además estaba muerta.

El gráfico relato de Deegie provocó algo más que respetuoso asombro en uno de los presentes. Jondalar estaba cada vez más agitado. En su mente, la historia adquiría nuevos tintes oscuros; veía a Ayla no sólo en grave peligro, sino atacada por los lobos, herida y sangrando, tal vez peor aún. No pudo soportar la idea y su primitiva ansiedad volvió con fuerza redoblada. Otros pensaban lo mismo.

—No deberías haberte expuesto a semejante peligro, Ayla —observó la jefa.

—¡Madre! —protestó Deegie, pues la mujer había prometido, anteriormente, que no sacaría a relucir sus temores.

Los demás, que estaban fascinados por la narración, la miraron frunciendo el ceño por haber interrumpido aquella dramática aventura. El hecho de que fuera verídica la hacía más excitante; y aunque fuera contada más adelante hasta la saciedad, nunca volvería a causar el impacto de la primera vez. No tenía sentido echar a perder el clima, cuando la muchacha, después de todo, estaba allí sana y salva.

Ayla miró a Tulie y después a Jondalar, cuya presencia había advertido. Había advertido también que estaba furioso. También Tulie estaba, aparentemente, furiosa.

—Pero si no corría ningún peligro.

—¿No te parece peligroso meterte en una guarida de lobos? —inquirió Tulie.

—No, no había peligro. Era la guarida de una loba solitaria, que había muerto. Sólo entré para buscar a sus crías.

—Puede ser, ¿pero era necesario entretenerte tanto rastreando? Cuando volvisteis era casi de noche.

Jondalar había dicho lo mismo.

—Pero yo sabía que la loba negra tenía crías, que estaba amamantando. Sin madre, iban a morir —explicó Ayla, aunque ya lo había dicho antes y lo daba por

entendido.

—¿Y pones en peligro tu vida por la vida de un lobo? Después de que la loba negra te atacó, era una tontería continuar la persecución sólo para recobrar el armiño. Debiste haberla dejado escapar.

—No estoy de acuerdo, Tulie —intervino Talut. Todo el mundo se volvió hacia el jefe—. Había una loba hambrienta en los alrededores, y ya había rastreado a Deegie de trampa en trampa. ¿Cómo sabes que no la habría rastreado hasta aquí? Ahora que el clima no es tan frío, los niños juegan fuera. Si la loba se hubiera sentido muy desesperada, habría podido atacar a uno de los niños sin que nosotros estuviéramos prevenidos. Ahora sabemos que el animal ha muerto. Es mejor así.

Los otros asentían con la cabeza, pero Tulie no se dejó avasallar tan fácilmente.

—Tal vez sea mejor que la loba haya muerto, pero no creo que fuese necesario retrasarse tanto buscando a los cachorros. Y ahora que el lobezno está aquí, ¿qué vamos a hacer con él?

—Creo que Ayla hizo lo correcto al matar a la loba, aunque es una pena que muera una madre con crías. Todas las madres tienen el derecho a criar a su prole, incluso las lobas. Más aún, no fue un esfuerzo inútil buscar la guarida, Tulie. Hicieron algo más que hallar un cachorro de lobo. Puesto que sólo vieron las huellas de la loba negra, ahora sabemos que no hay otros lobos hambrientos en las cercanías. Y si Ayla, en nombre de la Madre, se compadeció de esta cría, no veo en ello nada de malo. Es un cachorrito tan pequeño…

—Ahora es pequeño, pero no lo será por mucho tiempo. ¿Qué vamos a hacer con un lobo adulto en el albergue? ¿Cómo sabemos que no va a atacar a los niños? —preguntó Frebec—. Pronto habrá un bebé en nuestro hogar.

—Teniendo en cuenta la habilidad de Ayla con los animales, creo que sabrá cómo impedir que el lobo hiera a nadie. Más aún, como jefe del Campamento del León, afirmo aquí y ahora que si alguna vez existe la menor posibilidad de que este lobo lastime a alguien —Talut miró directamente a Ayla— lo mataré. ¿Estás de acuerdo, Ayla?

Todos las miradas se clavaron en ella. La muchacha, ruborizada, comenzó a hablar tartamudeando, pero expresó lo que sentía.

—No puedo asegurar que este cachorrito no lastimará a nadie cuando crezca. Ni siquiera puedo decir si se quedará entre nosotros. Crié a una yegua desde que era una potrilla; se marchó en busca de un semental, pasó algún tiempo con la manada, pero al cabo regresó. También crié a un león cavernario hasta que fue adulto. Whinney fue una gran ayuda para cuidar a Bebé mientras fue pequeño, y se hicieron amigos. Aunque los leones cavernarios cazan caballos y podría haberme lastimado con facilidad, él no era una amenaza para ninguna de nosotras. Era, simplemente, mi Bebé.

»Cuando Bebé se marchó en busca de compañera, jamás volvió a quedarse con nosotras, pero me visitaba y a veces le encontrábamos por la estepa. Nunca amenazó

a Whinney y a su potrillo; tampoco a mí, aun después de haber encontrado compañera y formar su propia manada. Bebé atacó a dos hombres que entraron en su cubil y mató a uno de ellos, pero cuando le dije que dejara en paz a Jondalar y a su hermano, se fue. Un león cavernario y un lobo son carniceros por igual. He vivido con un león cavernario y he observado a los lobos. No creo que un lobo criado con la gente de un Campamento hiera jamás a ninguno de sus miembros, pero lo digo aquí, ante todos: si alguna vez existiera la menor señal de peligro para cualquier niño o adulto… —tragó saliva varias veces antes de continuar—, yo, Ayla de los Mamutoi, le mataré personalmente.

Ayla decidió presentar el cachorro a los caballos a la mañana siguiente para que se acostumbraran al mutuo olor y no hubiera nerviosismos innecesarios. Después de alimentarle, cogió al pequeño canino y se lo llevó al anexo. Sin que ella lo supiera, varias personas la habían visto salir.

Antes de acercarse a los caballos con el cachorro, Ayla cogió un poco de estiércol fresco y frotó al lobezno con aquel polvo fibroso, recordando que Whinney había aceptado con más facilidad a Bebé después de que el pequeño león se revolcara en su propio estiércol.

Cuando presentó a Whinney aquel puñado de pelo suave, la yegua se alejó de momento, intimidada, pero pudo más su natural curiosidad. Avanzó cautelosamente para olfatear el olor tranquilizante y familiar de caballo mezclado con el olor más inquietante a lobo. Corredor sentía la misma curiosidad, pero manifestó menor cautela. Aunque los lobos le inspiraban una desconfianza instintiva, nunca había vivido con una manada salvaje y no había experimentado, por tanto, las persecuciones de aquellos eficaces cazadores. Se acercó a aquella cosa peluda, cálida e interesante, aunque vagamente amenazadora, que Ayla sostenía en el hueco de sus manos, y estiró el cuello para inspeccionarla más de cerca.

Cuando los dos caballos hubieron olfateado al cachorro hasta familiarizarse con él, Ayla le dejó en el suelo, frente a los dos grandes herbívoros. En ese momento se oyó una exclamación ahogada. Al mirar hacia la arcada interior, vio a Latie, que sostenía la cortina en alto. Detrás asomaban en tropel Talut, Jondalar y algunos otros. No querían molestarla, pero también ellos sentían curiosidad; no se resistían a presenciar aquel primer encuentro de un lobezno con los caballos. Por pequeño que fuera, el lobo era un depredador, y los caballos eran su presa natural, aunque cascos y dientes llegaran a ser armas formidables. Por todos era sabido que los caballos eran capaces de herir y hasta matar a un lobo adulto que les atacara; por consiguiente, un enemigo tan pequeño podía ser eliminado en nada de tiempo.

Los caballos, seguros de no correr peligro alguno ante aquel diminuto depredador, superaron rápidamente su cautela inicial. Más de un espectador sonrió al ver los movimientos inseguros del lobito, poco más grande que un casco de caballo, al

levantar la vista hacia aquellos extraños gigantes. Whinney bajó la cabeza y adelantó el hocico, una y otra vez. Corredor se aproximó por el otro lado al interesante lobezno. El cachorrito retrocedió, acurrucado, al ver aquellas enormes cabezas; desde el punto de vista del lobezno, el mundo estaba poblado por gigantes; hasta la mujer que le alimentaba y consolaba era gigantesca.

No detectaba amenaza alguna en el cálido aliento de aquellos ollares dilatados. Para su sensible nariz, el olor de aquellos caballos era conocido. Impregnaba las ropas y las pertenencias de Ayla y hasta a la propia mujer. El lobito decidió que aquellos gigantescos cuadrúpedos formaban parte de su manada; y con el afán de complacer que tiene todo cachorro normal, se estiró para tocar con su hociquito negro el hocico cálido y suave de la yegua.

—¡Se están tocando el hocico! —exclamó Latie, con voz susurrante.

Cuando el lobito comenzó a lamer la cara de la yegua, modo habitual con que los cachorros entablan relación con los miembros de su manada, Whinney se apresuró a levantar la cabeza. Pero estaba demasiado intrigada como para mantenerse apartada por mucho tiempo, y pronto aceptó las caricias del pequeño depredador.

Tras esta toma de contacto, Ayla levantó al lobezno para llevárselo adentro. Era un buen comienzo, pero no convenía abusar. Más tarde le llevaría a pasear a caballo.

Durante la presentación de los animales, Ayla había visto una divertida ternura en el rostro de Jondalar. En otros tiempos, esa expresión había sido familiar para ella, la había llenado de inexplicable felicidad. Tal vez ahora, tras haber tenido tiempo para pensarlo mejor, estaría dispuesto a volver al Hogar del Mamut. Pero cuando entró en el hogar y le saludó con una bella sonrisa, él apartó la cara y bajó los ojos; luego se apresuró a volver con Talut al hogar de la cocina. Ayla agachó la cabeza, desvanecida su alegría, convencida de que él ya no la amaba en absoluto.

Nada más lejos de la verdad. Jondalar lamentaba haberse comportado de un modo tan precipitado e inmaduro, pero estaba seguro de que, tras una partida tan brusca, no sería bien recibido. No creyó que aquella sonrisa fuera especialmente para él; creía que la provocaba el satisfactorio encuentro de los animales, pero, con sólo mirarla, se vio inundado de amor y anhelos tan torturantes que se le hizo insoportable estar cerca de ella.

Ranec vio que Ayla seguía al joven rubio con los ojos y se preguntó cuánto tiempo duraría aquella separación, cuáles serían sus consecuencias. Aunque tuviera miedo de concebir esperanzas, no podía evitar el pensamiento de que la ausencia de Jondalar acrecentaba sus posibilidades respecto a Ayla. Tenía una vaga idea de haber sido, en parte, causante de tal separación, pero intuía que el problema de la pareja era más profundo. Ranec no había ocultado en modo alguno su interés por Ayla, sin que ninguno de los dos le diera a entender que estaba fuera de lugar. Jondalar no le había afrontado para aclararle de forma tajante sus intenciones de establecer una Unión exclusiva con Ayla; y la muchacha, si bien no le alentaba, tampoco rechazaba sus insinuaciones.

En realidad, Ayla aceptaba de buen grado la compañía de Ranec. No sabía a ciencia cierta cuál era el motivo de que Jondalar se mostrase distante; tenía, en cambio, el convencimiento de que se debía a algún error cometido por ella. La presencia solícita de Ranec, por otra parte, le hacía pensar que su conducta podía estar muy equivocada.

Latie estaba junto a ella, mirando con mucho interés al cachorrito de lobo. Ranec se reunió con ellas.

—Ha sido un espectáculo inolvidable, Ayla —dijo—. Este diminuto animal frotándose el hocico con el de ese caballo enorme. Es un lobito valiente.

Ella levantó la vista sonriendo; la observación de Ranec la complacía tanto como si el lobezno fuera su propio hijo.

—Al principio Lobo tenía miedo. Ellos son mucho más grandes. Me alegra que entablaran amistad tan pronto.

—¿Así vas a llamarle? ¿Lobo? —preguntó Latie.

—En realidad, no lo he decidido. Pero parece un buen nombre.

—No se me ocurre ninguno otro más apropiado —reconoció Ranec.

—¿Qué te parece, Lobo? —preguntó Ayla, levantando al lobezno para mirarle a los ojos.

El cachorrito se estiró ansiosamente para lamerle la cara. Todos sonrieron.

—Creo que le gusta —dijo Latie.

—Qué bien conoces a los animales, Ayla —comentó Ranec. Y agregó, con una expresión interrogante—: Pero me gustaría preguntarte algo. ¿Cómo sabías que los caballos no le harían daño? Los lobos, en manada, cazan caballos, y he visto lobos muertos por caballos. Son enemigos mortales.

Ayla hizo una pausa para reflexionar.

—No estoy segura. Pero lo sabía. Tal vez por Bebé. Los leones cavernarios también matan caballos, pero ¡si hubieras visto a Whinney con el león cuando era pequeño! Le protegió como una madre, o al menos como una tía. Whinney sabía que un cachorro de lobo no podía hacerle daño, y Corredor pareció adivinarlo también. Creo que si se empieza cuando los animales son pequeños, muchos pueden hacerse amigos, y también amigos de las personas.

—¿Por eso Whinney y Corredor son amigos tuyos? —preguntó la niña.

—Sí, creo que sí. Tuvimos tiempo para acostumbrarnos unos a los otros. Eso es lo que Lobo necesita.

—¿Crees que se acostumbrará a mí?

La ansiedad de Latie hizo sonreír a Ayla.

—Cógele —dijo, entregándole el cachorro—. Cógele tú.

Latie acunó en los brazos a aquel animalito caliente y tambaleante; luego inclinó la mejilla hasta tocar el suave pelaje. Lobo la lamió la cara, incluyéndola en su manada.

—Creo que le gusto —comentó la niña—. ¡Me ha besado!

Ayla sonrió ante su entusiasmada reacción. Sabía que los cachorros de lobo son amistosos por naturaleza, y a los humanos parecían resultarles tan irresistibles como a los lobos adultos. Sólo al crecer se tornaban medrosos y desconfiaban de los desconocidos.

La joven observó al lobezno con curiosidad. Su pelaje tenía aún el gris oscuro y sin matices de los muy pequeños. Más adelante adquiriría bandas más oscuras y más claras, como es típico en todo lobo adulto… o quizá no. La madre era negra de pies a cabeza, aún más que la cría, y Ayla se preguntó de qué color sería más adelante el hijo.

Todos giraron la cabeza al oír un chillido de Crozie.

—¡Tus promesas no valen nada! ¡Me prometiste respeto! ¡Prometiste que siempre sería bien recibida, pasara lo que pasase!

—Ya sé que lo prometí. No hace falta que me lo recuerdes —gritó Frebec.

La riña no era ninguna novedad. El largo invierno había dado tiempo para hacer y remendar ropas; para fabricar armas, utensilios, joyas y adornos; para tallar marfil, hueso, asta y madera; para trenzar canastos, esterillas y recipientes; para contar cuentos, entonar canciones, jugar a distintas cosas y tocar instrumentos musicales; para inventar toda clase de pasatiempos y diversiones. Pero, al acercarse el final de la temporada, llegaba el momento en que el encierro irritaba los ánimos. El conflicto larvado entre Frebec y Crozie había provocado tal tensión en sus relaciones que casi todos esperaban un estallido inminente.

—Ahora quieres que me vaya. ¿Te parece que eso es respetar una promesa?

La batalla verbal se trasladó a lo largo del pasillo hasta llegar, con toda su fuerza, al Hogar del Mamut. El cachorrito, asustado por los gritos, escapó de los brazos de Latie y desapareció sin que ella viera adónde se dirigía.

—Yo respeto mis promesas —dijo Frebec—. No me has entendido bien. Lo que quería decir…

Le había hecho promesas, sí, pero en aquel entonces no imaginaba lo que sería vivir con una vieja bruja. «Ojalá pudiera tener a Fralie sin cargar con su madre», pensó, mientras buscaba un modo de escapar del rincón en que Crozie lo había acorralado.

—Lo que quería decir… —en eso reparó en Ayla y la miró directamente— es que necesitamos más espacio. El Hogar de la Cigüeña no es lo bastante amplio para nosotros. ¿Y qué vamos a hacer cuando llegue el bebé? ¡En este hogar parece haber sitio de sobra, hasta para los animales!

—Los animales no tienen nada que ver en todo esto —dijo Ranec, saliendo en defensa de Ayla—. El Hogar del Mamut era de estas dimensiones antes de que Ayla llegara. Aquí se reúne todo el Campamento: es preciso que sea grande, y aun así nos encontramos apretados. No puedes tener un hogar con este mismo espacio.

—¿Acaso he pedido uno de este tamaño? Sólo he dicho que el nuestro no era lo bastante amplio. ¿Cómo es posible que el Campamento del León haga sitio a los

animales, pero no a las personas?

Se estaba acercando más gente para ver lo que pasaba.

—No puedes robar espacio al Hogar del Mamut —advirtió Deegie, abriendo paso al viejo chamán, que se adelantaba—. Díselo, Mamut.

—Nadie ha hecho sitio al lobo. Duerme en un cesto, cerca de Ayla —comenzó Mamut, con voz apaciguadora—. Das a entender que Ayla tiene todo este hogar a su disposición, pero es poco el espacio que puede considerar como propio. Aquí se reúnen todos, haya ceremonias o no, y los niños en especial. Siempre hay alguien aquí, incluyendo a Fralie y sus hijos.

—Le tengo dicho a Fralie que no me gusta verla con tanta frecuencia por aquí, pero ella afirma que necesita espacio para desplegar sus labores. Fralie no vendría a trabajar aquí si tuviéramos más amplitud en nuestro hogar.

Fralie, ruborizada, se retiró al Hogar de la Cigüeña. Había dado aquella excusa a Frebec, pero no era del todo sincera; también le gustaba el Hogar del Mamut por la compañía que disfrutaba allí y porque Ayla la ayudaba a sobrellevar su difícil embarazo. Y ahora tendría que mantenerse alejada.

—Y de todos modos, no estaba hablando de ese lobo —continuó Frebec—, aunque nadie me ha preguntado si quería compartir albergue con ese animal. Sólo porque una persona quiera traer animales aquí, no creo que tenga que soportarlos yo también. No soy un animal y no me crié con ellos, pero, al parecer, aquí se da más importancia a los animales que a las personas. Este Campamento construyó un cuarto aparte para los caballos, pero a nosotros se nos hacina en el hogar más pequeño del albergue.

Siguió un verdadero alboroto. Todos gritaban al mismo tiempo, tratando de hacerse oír.

—¿Qué es eso de «el hogar más pequeño del albergue»? —tronó Tornec—. Nosotros no tenemos más espacio que tú, tal vez menos, y somos el mismo número de personas.

—Es cierto —dijo Tronie, mientras Manuv asentía vigorosamente.

—Nadie tiene mucho espacio —terció Ranec.

—¡Tiene razón! —convino Tronie, con más vehemencia—. Creo que hasta el Hogar del León es más pequeño que el tuyo, Frebec, y alberga a más personas; personas más grandes, por añadidura. Ellos sí que están apretados. Deberían coger parte del hogar de la cocina. Si alguien lo necesita, son ellos.

—Pero el Hogar del León no ha pedido más espacio —trató de explicar Nezzie.

Ayla miraba a unos y a otros, sin poder comprender cómo era posible que todo el Campamento se hubiera enredado en una discusión tan vociferante. De algún modo, le parecía que todo era culpa suya.

En medio de aquel alboroto, un súbito berrido se impuso al barullo, silenciando a todos. Talut estaba en medio del hogar, con segura autoridad, plantado sobre las piernas abiertas. En la mano derecha blandía el bastón de marfil, decorado con

enigmáticos dibujos. Tulie se acercó a él, aportando su presencia y su propia autoridad. Ayla se sintió intimidada por aquella pareja.

—He traído el Báculo Que Habla —dijo Talut, levantando el bastón para sacudirlo en alto—. Discutiremos este problema apaciblemente y lo solucionaremos con equidad.

—En el nombre de la Madre, que nadie deshonre el Báculo Que Habla —agregó Tulie—. ¿Quién será el primero en hablar?

—Creo que debería ser Frebec —dijo Ranec—. Él es quien ha planteado el problema.

Ayla se iba deslizando hacia la periferia, tratando de alejarse de aquella gente ruidosa y vociferante. Notó que Frebec parecía incómodo y nervioso ante la hostilidad que se había granjeado; el comentario de Ranec insinuaba que aquel embrollo era culpa suya. La muchacha, algo oculta detrás de Danug, estudió a Frebec con atención, quizá por primera vez.

Era de estatura mediana, tal vez algo menos. Ahora que se fijaba, pensó que ella era un poco más alta que él, pero también era algo más que Barzec, y probablemente su estatura era igual que la de Wymez. Estaba tan acostumbrada a ser más alta que todos los demás, cuando vivía con el Clan, que hasta entonces no se había dado cuenta. Frebec tenía el pelo castaño claro, algo ralo; los ojos de un azul intermedio, y sus facciones eran correctas, sin desfiguraciones. En aquel hombre corriente no se apreciaba nada que explicara su conducta belicosa y ofensiva. Ayla habría deseado muchas veces, en su niñez, parecerse tanto al resto del Clan como Frebec a los suyos.

En el momento en que él recibía de manos de Talut el Báculo Que Habla, Ayla vio a Crozie por el rabillo del ojo: en su cara aparecía una sonrisa muy satisfecha. Sin duda, la vieja era culpable, al menos en parte, de que el hombre actuara de aquel modo. Pero ¿se podía reducir todo a eso? Tenía que haber algo más. Ayla buscó a Fralie, pero no la vio entre las personas reunidas en el Hogar del Mamut. Por fin la descubrió; estaba contemplando la escena desde el Hogar de la Cigüeña.

Frebec carraspeó varias veces.

—Sí, tengo un problema —comenzó, aferrando con firmeza el báculo de marfil. Miró en derredor, nervioso, y se irguió con gesto adusto—. Es decir, los del Hogar de la Cigüeña tenemos un problema. No hay espacio suficiente. No tenemos sitio para trabajar; es el más pequeño del albergue…

—No es el más pequeño. ¡Es más grande que el nuestro! —exclamó Tronie, sin poder contenerse.

Tulie la acalló con una mirada severa.

—Cuando Frebec haya terminado tendrás oportunidad de hablar, Tronie.

La muchacha, ruborizada, murmuró una disculpa. Su azoramiento pareció alentar a Frebec, quien adoptó una actitud más agresiva.

—En estos momentos no tenemos suficiente espacio. Fralie no tiene sitio para trabajar y…, y Crozie necesita más amplitud. Y pronto habrá otra persona en el

hogar. Creo que deberíamos contar con más espacio.

Frebec devolvió el báculo a Talut y retrocedió.

—Ahora puedes hablar, Tronie —dijo el jefe.

—No creo… Sólo quería… Bueno —balbuceó la muchacha, adelantándose para tomar el báculo—. Nosotros no contamos con más espacio que el Hogar de la Cigüeña, aunque somos igual número de personas —y agregó, tratando de ganar el apoyo de Talut—: Creo que hasta el Hogar del León es más pequeño.

—Eso no importa, Tronie —dijo Talut—. El Hogar del León no ha pedido espacio. Tampoco estamos tan cerca del Hogar de la Cigüeña como para que nos afecte la solicitud de Frebec. Vosotros, los del Hogar del Reno, tenéis derecho a dar vuestra opinión, pues cualquier cambio en el de la Cigüeña puede provocar cambios en el vuestro. ¿Quieres decir algo más?

—No, creo que no —dijo Tronie, sacudiendo la cabeza al devolverle el báculo.

—¿Alguien más quiere hablar?

Jondalar habría querido decir algo constructivo, pero no era miembro del grupo y no le correspondía intervenir. Deseaba tomar partido por Ayla y se lamentaba como nunca de haber trasladado su cama. Casi se alegró de que Ranec se levantara para coger el bastón de marfil. Alguien tenía que hablar en su favor.

—No tiene demasiada importancia, pero Frebec exagera. No sé si necesitan más espacio o no, pero el Hogar de la Cigüeña no es el más pequeño del albergue. Ese honor le corresponde al Hogar del Zorro, pero como sólo somos dos, estamos contentos.

Hubo murmullos; Frebec fulminó con la mirada al tallista, con quien nunca se había entendido bien. Ranec siempre había pensado que ambos tenían muy poca cosa en común y tendía a no prestarle atención. Frebec lo tomaba como un desdén, en lo que no andaba demasiado descaminado; especialmente desde que había empezado a atacar a Ayla, Ranec le concedía muy poco valor.

Talut, tratando de impedir otra discusión generalizada, elevó la voz para dirigirse a Frebec.

—¿Cómo sugieres que se cambie la distribución del albergue para darte más espacio? —preguntó, entregando al hombre el báculo de marfil.

—Nunca he dicho que quisiera robar espacio al Hogar del Reno, pero me parece que, si algunos tienen espacio para los animales, están disfrutando de más lugar del que les corresponde. A este albergue se agregó un anexo para los caballos, pero a nadie parece importarle que pronto tengamos otra persona más en nuestro hogar. Tal vez pueda hacerse… un traslado —concluyó torpemente.

No le hizo feliz ver que Mamut alargaba la mano hacia el báculo.

—¿Estás sugiriendo que, a fin de proporcionar más espacio al Hogar de la Cigüeña, el del Reno pase al del Mamut? Sería muy incómodo para ellos. En cuanto al hecho de que Fralie venga a trabajar aquí, no sugerirás que se limite a permanecer en el Hogar de la Cigüeña, ¿verdad? No sería saludable y la privaría de la compañía

que aquí tiene. Además, es aquí donde debe traer sus labores. Este hogar tiene por finalidad brindar espacio a los trabajos que requieren un lugar del que carecen los hogares personales. El Hogar del Mamut pertenece a todo el mundo, y es casi demasiado pequeño para las reuniones.

Cuando Mamut devolvió el báculo a Talut, Frebec puso una cara compungida, pero adoptó una decidida actitud defensiva en cuanto Ranec volvió a cogerlo.

—Por lo que respecta al anexo de los caballos, todos nos beneficiaremos con ese nuevo espacio, sobre todo cuando se excaven los sótanos para almacenamiento. Incluso ahora se ha convertido en una entrada más cómoda para muchos. He observado que tienes tus prendas exteriores allí, Frebec, y que utilizas esa salida con más frecuencia que la principal. Además, los bebés son pequeños. No requieren mucho espacio. No creo que necesites más sitio.

—¿Qué sabes tú? —intervino Crozie—. Nunca has tenido un bebé en tu hogar. Requieren mucho espacio, mucho más del que piensas.

Sólo después de hablar comprendió Crozie que, por primera vez, había tomado partido por Frebec. Frunció el ceño, pero acabó por admitir que él podía tener razón. Cierto que el Hogar del Mamut era un sector para reuniones, pero el hecho de que Ayla viviera en un hogar tan grande parecía darle más rango. Todos lo habían considerado como propio mientras Mamut vivía solo allí, pero ahora, descontando las reuniones ceremoniales, se consideraba como propiedad de Ayla. Si se concedía al Hogar de la Cigüeña un espacio mayor, bien podía aumentar el rango de sus miembros.

Todos parecieron tomar esta interrupción como una oportunidad para un comentario generalizado. Talut y Tulie cruzaron una mirada de connivencia, y ambos dejaron que aquel barullo siguiera su curso. A veces la gente necesitaba expresarse con libertad. Después de la interrupción, Tulie buscó los ojos de Barzec. Cuando todos se tranquilizaron, éste se adelantó para pedir el báculo. Tulie hizo un gesto de asentimiento, como si supiera lo que éste iba a decir.

—Crozie tiene razón —dijo Barzec, señalándola con la cabeza. Ella irguió los hombros, aceptando la distinción, y su opinión sobre el orador subió algunos puntos —. Los bebés requieren más espacio del que uno imaginaría al verlos tan pequeños. Tal vez sea el momento adecuado para algunos cambios, pero no creo que el Hogar del Mamut deba ceder espacio. Las necesidades del Hogar de la Cigüeña van en aumento; las del Hogar del Uro, en cambio, son menores. Tarneg se ha quedado a vivir en el Campamento de su compañera, y pronto instalará con Deegie un Campamento nuevo. También ella se marchará. Por tanto, el Hogar del Uro, comprendiendo las necesidades de una familia en aumento, cederá parte de su espacio al Hogar de la Cigüeña.

—¿Te satisface el arreglo, Frebec? —preguntó Talut.

—Sí —respondió el interrogado, sin saber cómo reaccionar ante el inesperado giro de los acontecimientos.

—En ese caso, sois vosotros quienes decidiréis cuánto espacio será cedido por el Hogar del Uro, pero me parece justo que no se hagan cambios hasta que Fralie tenga a su hijo. ¿Estáis todos de acuerdo?

Frebec asintió; estaba abrumado. En su Campamento anterior no se le habría ocurrido nunca pedir más espacio; de haberse atrevido a hacerlo, se hubieran reído de él, pues carecía de prerrogativas y rango para tales exigencias. Al iniciarse la riña con Crozie ni siquiera pensaba en el espacio. Sólo buscaba una forma de responder a sus hirientes acusaciones. Ahora estaba convenciéndose de que la falta de espacio fue, desde un principio, el motivo de la discusión. Y ella, por una vez en la vida, se había puesto de su parte. Experimentaba la emoción del triunfo. Había ganado una batalla, o mejor dicho dos: una contra el Campamento, otra contra Crozie. Mientras todos se iban dispersando, vio a Barzec conversando con Tulie y se le ocurrió que debía expresarles su agradecimiento.

—Os agradezco vuestra comprensión —dijo Frebec a la jefa y al hombre del Hogar del Uro.

Barzec, como correspondía, restó importancia al asunto, pero ni a él ni a Tulie les habría gustado que Frebec hubiera dejado de expresar su gratitud. Sabían perfectamente que la concesión iba mucho más allá de un poco de espacio adicional: significaba que el Hogar de la Cigüeña tenía rango suficiente como para merecer semejante concesión del hogar de la jefa. Sin embargo, era el rango de Crozie y de Fralie lo que Tulie y Barzec habían tenido en cuenta, al considerar previamente la posibilidad de variar los límites. Habían tomado en consideración las necesidades cambiantes de las dos familias, antes de que surgiera la discusión; hacía algún tiempo que Barzec quería sacar a relucir el tema. Tulie, en cambio, sugirió la conveniencia de esperar una ocasión más adecuada, tal vez para ofrecérselo como un regalo para el bebé.

Ambos comprendieron que aquella reunión era el momento justo. Les bastó intercambiar una mirada y un par de gestos. Y como Frebec acababa de ganar, en apariencia, una victoria, el Hogar de la Cigüeña se mostraría conciliador a la hora de fijar los nuevos límites. Barzec acababa de darse cuenta, con orgullo, de lo inteligente que era Tulie cuando Frebec se acercó para darles las gracias. Frebec volvió a su hogar saboreando el incidente y anotando mentalmente los puntos que creía haber ganado.

En realidad, se trataba de un juego, el juego extraordinariamente sutil y totalmente en serio del rango comparativo, al que juegan todos los animales gregarios. Es el método por el cual los individuos se ordenan entre sí: los caballos en un rebaño, los lobos en una manada, las personas en una comunidad, a fin de vivir juntos. El juego enfrenta a dos fuerzas opuestas, ambas igualmente importantes para la supervivencia: la autonomía individual y el bienestar comunitario. El objetivo consiste en lograr un equilibrio dinámico.

En ocasiones y en ciertas condiciones, los individuos pueden ser casi autónomos.

Un individuo puede vivir solo, sin preocuparse por el rango, pero ninguna especie puede sobrevivir sin la interacción de los individuos. El precio último sería más contundente que la muerte: supondría la extinción. Por otra parte, la subordinación total del individuo al grupo tiene un efecto igualmente destructivo. La vida no es estática ni inmutable. Sin individualidad no hay cambios ni adaptación; en un mundo mutable por naturaleza, cualquier especie incapaz de adaptarse está condenada a desaparecer.

Los seres humanos de una comunidad, ya sea ésta la mínima de dos personas o tan grande como el mundo mismo, y cualquiera que sea su forma, se organizarán de acuerdo con alguna jerarquía. Las normas y costumbres de cortesía comúnmente aceptadas ayudan a paliar las fricciones y descargan la tensión que supone mantener un equilibrio aceptable dentro de ese sistema en cambio constante. En algunas situaciones, la mayor parte de los individuos no tiene que comprometer una parte muy grande de su independencia personal por el bien de la comunidad. En otras, las necesidades de la comunidad pueden exigir el máximo sacrificio personal del individuo, hasta la vida misma. Ninguna es más justa que otra: todo depende de las circunstancias; pero ninguno de esos extremos se puede mantener por mucho tiempo, así como una sociedad no puede durar si unas pocas personas ejercen su individualidad a expensas de la comunidad.

Ayla comparaba con frecuencia la sociedad del Clan con la de los Mamutoi, y comenzaba a vislumbrar este principio con respecto a los diferentes estilos de liderazgo que ejercían Brun y los jefes del Campamento del León. Cuando vio que Talut devolvía el Báculo Que Habla a su sitio de costumbre, recordó que, en sus primeros días en el Campamento, había pensado que Brun era mejor jefe que Talut. Brun se limitaba a tomar una decisión y los otros cumplían sus órdenes, les gustara o no. A muy pocos se les habría ocurrido tan siquiera preguntarse si les gustaba o no. Brun no necesitaba nunca gritar ni discutir: con una mirada dura o una orden seca lograba una atención instantánea. Talut, en cambio, parecía no tener control sobre aquel grupo ruidoso y rebelde, que no le guardaba respeto alguno.

Ahora ya no estaba tan segura. Le parecía que era más difícil liderar un grupo convencido de que todo el mundo, hombres y mujeres, tenían derecho a expresarse y ser escuchados. Aún pensaba que Brun había sido un buen líder dentro de su sociedad, pero ponía en duda que hubiera sido capaz de imponerse entre aquellas personas que con tanta libertad expresaban sus puntos de vista. El ambiente se enrarecía cuando cada cual tenía su propia opinión y no vacilaba en darla a conocer, pero Talut nunca permitía que el asunto traspasara ciertos límites. Aunque era lo bastante fuerte para imponer su voluntad, prefería gobernar de acuerdo con todos. Poseía ciertas convicciones y normas aceptadas a las que recurrir, además de técnicas propias para atraer la atención, pero hacía falta una fortaleza diferente para persuadir en vez de obligar. Talut se ganaba el respeto respetando a los demás.

Ayla caminó hacia un grupo que estaba de pie, cerca del fuego, buscando al

lobezno con la mirada. Era un gesto instintivo, y al no verle, supuso que había buscado algún escondrijo durante el barullo.

—… Frebec se ha salido con la suya —estaba diciendo Tornec—, gracias a Tulie y a Barzec.

—Me alegro por Fralie —dijo Tronie, aliviada al saber que el Hogar del Reno no se vería reducido ni trasladado—. Sólo espero que eso mantenga tranquilo a Frebec por algún tiempo. Esta vez sí que ha armado bulla.

—No me gustan esta clase de riñas —dijo Ayla, recordando que la pelea se había iniciado al quejarse Frebec de que sus animales disfrutaban de más sitio que él.

—No te preocupes por eso —aconsejó Ranec—. El invierno ha sido largo. A estas alturas del año siempre ocurre algo. Es sólo un modo de darle a esto alguna animación.

—Pero no necesitaba armar tanto escándalo para que se le diera más espacio —intervino Deegie—. Mucho antes de que él aireara el asunto, oí que madre y Barzec hablaban de eso. Querían dar más espacio al Hogar de la Cigüeña como presente para el bebé de Fralie. Hubiera bastado con que Frebec lo pidiera.

—Eso es lo que hace de Tulie una Mujer Que Manda tan buena —comentó Tronie—. Siempre tiene en cuenta este tipo de cosas.

—Es buena, igual que Talut —dijo Ayla.

—Sí, en efecto —Deegie sonrió—. Por eso Talut sigue siendo el Hombre Que Manda. Nadie se mantiene en el puesto mucho tiempo si no sabe ganarse el respeto de su gente. Creo que Branag también será así; ha aprendido de Talut.

El cálido afecto entre Deegie y el hermano de su madre iban más allá de la relación familiar formal que, junto con el rango y la herencia de su madre, aseguraba a la joven un alto puesto entre los Mamutoi.

—Pero ¿quién sería el jefe si Talut perdiera ese respeto? —preguntó Ayla—. ¿Y cómo llegaría al puesto?

—Bueno…, eh… —tartamudeó Deegie.

Los jóvenes se volvieron hacia Mamut, para que él respondiera a la pregunta.

—Cuando los líderes viejos entregan el liderazgo activo a una joven pareja de hermanos, habitualmente seleccionados entre los familiares, sigue un período de aprendizaje. Después tiene lugar una ceremonia. Y los jefes anteriores se convierten en consejeros —dijo el chamán y maestro.

—Sí. Es lo que hizo Brun. Cuando era más joven, respetaba al viejo Zoug y prestaba atención a sus consejos; cuando envejeció, entregó el liderazgo a Broud, el hijo de su compañera. Pero ¿qué pasaría si el Campamento pierde el respeto a su líder? ¿Nombrarían un líder joven? —preguntó Ayla, muy interesada.

—El cambio no se produciría con inmediatez —dijo Mamut—. Pero al cabo de algún tiempo nadie acudiría a él. Buscarían a otro, alguien capaz de dirigir una cacería con más éxito o de solucionar mejor los problemas. A veces se renuncia al liderazgo; otras veces, el Campamento se disgrega, ya que algunos se van con el

nuevo jefe y otros permanecen junto al antiguo. Pero no es habitual que los jefes renuncien fácilmente a su puesto ni a su autoridad, y eso puede provocar dificultades, incluso luchas. Entonces, la decisión se deja en manos de los Consejos. El Hombre Que Manda o la Mujer Que Manda que han compartido el liderazgo con alguien que causa problemas o que es considerado responsable de un problema, pocas veces está en condiciones de iniciar un Campamento nuevo, aunque la culpa no sea suya… —Mamut vaciló; Ayla notó que lanzaba una rápida mirada hacia la anciana del Hogar de la Cigüeña, que estaba conversando con Nezzie—… la culpa no es suya. La gente quiere jefes con los que pueda contar, y desconfía de los que causan problemas… o tragedias.

Ayla hizo un gesto de asentimiento. Mamut se dio cuenta de que la joven comprendía no sólo lo que había dicho, sino también lo que insinuaba. La conversación continuó, pero los pensamientos de Ayla volvieron al Clan. Brun había sido un buen jefe, pero ¿qué haría su clan si Broud no lo era? Se preguntó si buscarían un nuevo líder, y quién podría ser. Faltaba mucho tiempo para que el hijo de la compañera de Broud tuviera edad suficiente. De pronto se abrió paso en ella una preocupación persistente que pugnaba por llamar su atención desde hacía rato.

—¿Dónde está Lobo? —preguntó.

No le había visto después de la discusión. Los demás tampoco. Todo el mundo empezó a buscarle. Ayla revisó su plataforma-cama; después todos los rincones del hogar y hasta el sector separado por cortinas, donde estaba el cesto de cenizas y estiércol que había preparado al cachorro. Comenzaba a experimentar el mismo pánico de una madre al descubrir que ha desaparecido su hijo.

—¡Aquí está, Ayla! —La voz de Tornec alivió su ansiedad, pero le revolvió el estómago oírle agregar—: Lo tiene Frebec.

Su sorpresa rayó en la estupefacción al ver acercarse a Frebec, y no fue ella la única en seguirle fijamente con la mirada, con auténtico asombro.

Frebec, que nunca dejaba pasar la oportunidad de denigrar a los animales de Ayla o a ella misma, por gustar de su compañía, llevaba el cachorrito en brazos, con gran cuidado. Cuando se lo entregó, ella notó un instante de vacilación, como si le devolviera el animalito contra su voluntad; sus ojos tenían una expresión afable, que hasta entonces nunca había visto en él.

—Sin duda se asustó —explicó Frebec—. Fralie dice que, de pronto, vio que estaba allí, en el hogar, gimiendo. No sabe de dónde salió. Casi todos los niños estaban también allí; Crisavec levantó al animalito para ponerle en una plataforma de almacenamiento próxima a la cabecera de su cama, pero en la pared de ese lugar hay un nicho profundo, que se adentra en la colina. El lobo lo encontró y se arrastró hasta el fondo. No quería salir.

—Seguramente se acordó de su guarida —insinuó Ayla.

—Es lo que dice Fralie. Hinchada como está, no podía ir en su busca; además, creo que tenía miedo, después de haber escuchado a Deegie hablar de cuando te

metiste en la guarida de la loba. Tampoco quiso que fuera Crisavec. En cuanto llegué al hogar, tuve que entrar a sacarle —Frebec hizo una pausa. Cuando continuó, Ayla notó en su voz un tono de maravilla—. Cuando le alcancé, se alegró tanto de verme que me lamió toda la cara. Quise impedírselo —Frebec trató de adoptar una actitud más objetiva y despreocupada, para disimular su emoción ante la simpática reacción del asustado lobezno—. Pero apenas le dejé en el suelo, lloró y lloró hasta que volví a levantarle —para entonces, varias personas se habían agrupado ya en derredor—. No sé por qué eligió el Hogar de la Cigüeña, y a mí, cuando buscaba un sitio seguro.

—Para él, el Campamento es su manada; sabe que tú eres miembro del Campamento, sobre todo ahora que le has sacado del nicho donde se refugió —replicó Ayla, tratando de reconstruir las circunstancias de toda aquella historia.

Frebec había vuelto a su hogar enardecido por la victoria y por algo más profundo, que le hacía sentir una cordialidad desacostumbrada: la sensación de la igualdad reconocida. Los otros no le habían ignorado ni se habían reído de él. Talut siempre le escuchaba, como si su rango lo exigiera, y Tulie, la jefa en persona, ofrecía cederle parte de su espacio. Hasta Crozie se había puesto de su parte.

Con un nudo en la garganta, miró a Fralie, su adorada mujer de alto rango, que lo había hecho todo posible; su bella mujer embarazada, que pronto daría a luz al primer hijo de su propio hogar, el hogar que Crozie le había dado, el Hogar de la Cigüeña. Se contrarió cuando ella le dijo que el lobo estaba escondido en el nicho, pero la ansiosa aceptación del cachorro le sorprendió, a pesar de sus duras palabras. Hasta el nuevo lobezno le daba la bienvenida; después, se dejó consolar por él. Y según Ayla, era porque el lobo le reconocía como miembro del Campamento del León. Hasta los lobos sabían que ése era su asentamiento.

—Bueno, será mejor que le sigas teniendo aquí de ahora en adelante —advirtió, al marcharse—. Y vigílale si no quieres que alguien le pise.

Cuando Frebec se hubo marchado, varios de los presentes se miraron unos a otros, totalmente desconcertados.

—¡Vaya cambio! —dijo Deegie—. ¿Qué le habrá pasado? Si no le conociera bien, diría que Lobo le gusta.

—No le creía capaz de eso —manifestó Ranec, dispensando al hombre del Hogar de la Cigüeña un respeto que nunca había sentido por él.

Capítulo 24

Para el Campamento del León, los cuadrúpedos que habitaban en los dominios de la Madre habían significado siempre comida, pieles o la personificación de algún espíritu. Conocían a los animales en su ambiente natural; sabían de sus movimientos y sus migraciones, dónde buscarlos y cómo cazarlos. Pero los miembros del Campamento no habían conocido a ningún animal individualmente hasta la llegada de Ayla con su yegua y su potrillo.

La compenetración de los caballos con Ayla (y con otras personas, en mayor o menor grado, a medida que pasaba el tiempo) era una constante fuente de sorpresas. A nadie se le había ocurrido hasta entonces que aquellos animales pudieran responder a un ser humano o que se les pudiera adiestrar para que acudieran a un silbido, para que transportaran a un jinete. Pero ni siquiera los caballos causaron tanta fascinación como el lobezno. Los del Campamento respetaban a los lobos como cazadores y, en ocasiones, como adversarios. A veces se cazaba alguno para hacerse una pelliza; de cuando en cuando, aunque con muy poca frecuencia, un ser humano era víctima de alguna manada. En general, lobos y hombres tendían a respetarse y evitarse mutuamente.

Pero los pequeños siempre han ejercido un atractivo especial: es la fuente congénita de su supervivencia. Los jóvenes vástagos, incluidas las crías de los animales, pulsan una sensible cuerda interior que resuena a manera de respuesta. Lobo poseía un encanto especial. Desde el día en que aquel cachorrito peludo dio su primer paso tambaleante en el suelo del albergue, dejó encantados a todos sus habitantes. Sus ansiosos modales de cachorro eran difíciles de resistir, y pronto fue el favorito del Campamento.

Aunque la gente no se diera cuenta, contribuyó a ello el hecho de que las costumbres de los seres humanos y de los lobos no son demasiado diferentes. Unos y otros son animales sociables e inteligentes que se organizan en un marco de relaciones complejas y cambiantes. Debido a las similitudes de la estructura social y a ciertas características que se habían desarrollado respectivamente tanto en los caninos como en los humanos, fue posible una incomparable relación.

La vida de Lobo se inició en circunstancias difíciles y desacostumbradas. Fue el único superviviente de una camada, hijo de una loba solitaria que había perdido a su compañero; por tanto, no conoció la seguridad de la manada. No tuvo el contacto acogedor de unos hermanos o de un pariente próximo solícito, que se mantuviera cerca cuando la madre se ausentaba, y experimentó una soledad desacostumbrada para un lobezno. El único semejante que había conocido era su madre, cuyo recuerdo fue desvaneciéndose a medida que Ayla iba ocupando su puesto.

Pero Ayla era algo más. Al tomar la decisión de criar al lobezno, se convirtió en la mitad humana de un vínculo extraordinario entre dos especies totalmente diferentes: los caninos y los humanos, un vínculo que tendría efectos profundos y duraderos.

Incluso en el supuesto de que hubiera habido otros lobos a su alrededor, Lobo fue recogido a una edad demasiado temprana para que pudiera haber tenido tiempo de vincularse debidamente con ellos. Contaba por entonces un mes de vida, poco más o menos; apenas estaba en condiciones de comenzar a salir de la guarida para conocer a sus parientes, los lobos con los que se identificaría para el resto de su existencia. A cambio de ello, trasladó aquella identificación a las personas y a los caballos del Campamento del León.

Aquélla fue la primera vez, pero no sería la última. La idea iría abriéndose camino y, unas veces por casualidad, otras por decisión, la identificación se repetiría muchas veces en diversos lugares. Los antecesores de todas las razas caninas domésticas fueron los lobos, y en un principio conservaron sus características lobunas esenciales. Con el correr del tiempo, las generaciones nacidas y criadas en un ambiente humano comenzaron a diferenciarse de los caninos salvajes originales.

Con frecuencia, los seres humanos preferían a los animales nacidos con variaciones genéticas normales en cuanto al color, la forma y el tamaño —por ejemplo, un pelaje oscuro, una mancha blanca, una cola encorvada hacia arriba—, los cuales hubieran quedado relegados a la periferia de la manada o expulsados de ella. Hasta las aberraciones genéticas, como los enanos o los gigantes, que no hubieran podido sobrevivir hasta reproducirse, prosperaban entre los seres humanos. Con el paso del tiempo se criaron caninos no habituales o aberrantes, para preservar y fortalecer ciertos rasgos preferidos por los hombres, hasta que el parecido exterior de muchos perros con el lobo fue distanciándose. Pero las características lupinas de inteligencia, lealtad, afán protector y carácter juguetón siguieron conservándose.

Lobo no tardó en captar las claves que indicaban el rango comparativo entre los miembros del Campamento, tal como lo habría hecho dentro de una manada de lobos, aunque su interpretación tal vez no siempre concordaba con las referencias humanas. Si bien Tulie era la jefa del Campamento del León, para Lobo lo era Ayla: en una manada, la madre de la camada era siempre la jefa, y rara vez permitía que otras hembras tuvieran crías.

En el Campamento, nadie sabía con exactitud qué pensaba o sentía el animal, ni siquiera si tenía pensamientos y sensaciones que resultaran comprensibles a los humanos. Pero eso no importaba. Los miembros del Campamento juzgaban según la conducta de cada cual, y los actos de Lobo no dejaban lugar a dudas sobre su adoración por Ayla. Donde quiera que estuviese ella, el cachorro no la perdía de vista; bastaba un silbido, un chasquido de los dedos o una simple señal con la cabeza para que él viniera a echarse a sus pies, mirándola con ojos amorosos y dispuesto a adivinar sus menores deseos. Era completamente sincero en sus reacciones y no guardaba rencor. Gemía con angustiosa desesperación cuando ella le regañaba y se retorcía de éxtasis cuando la veía ceder. Vivía para conseguir sus atenciones. Su mayor alegría era corretear con ella, pero bastaba una palabra o una palmadita para provocar efusivos lametones y otras evidentes muestras de devoción.

Con los demás, Lobo no era tan efusivo. A casi todos los trataba con diversos grados de amistad o aceptación, lo cual causaba asombro, pues nunca hubieran imaginado que el animal pudiera demostrar tal variedad de sentimientos. Sus reacciones con respecto a Ayla fortalecieron la idea general de que la muchacha poseía una mágica habilidad para dominar a los animales, lo cual aumentó su prestigio.

El joven lobo tuvo dificultades para determinar quién era el macho dominante en la manada humana. Entre los lobos, el que ocupaba esta posición era objeto de solícitas atenciones por parte de los otros miembros. La ceremonia del saludo, en la cual la manada se apretaba contra el jefe para lamerle el hocico y olfatear su pelo, solía terminar con un maravilloso concierto de aullidos afirmando así su liderazgo. Pero la manada humana no tributaba este tipo de deferencias a ningún macho en particular.

Sin embargo, Lobo notó que los dos grandes cuadrúpedos de su anticonvencional manada saludaban al hombre rubio y alto con más entusiasmo que a los otros. Por añadidura, su olor persistía con intensidad en la cama de Ayla y la zona cercana, incluido el cesto de Lobo. A falta de otros datos, el lobezno optó por adjudicar a Jondalar el liderazgo masculino. Su inclinación se fortaleció al ver que sus demostraciones amistosas eran recompensadas con cálidas y cariñosas atenciones.

Los cinco o seis niños que jugaban juntos eran sus compañeros de camada; con frecuencia se veía a Lobo con ellos, sobre todo en el Hogar del Mamut. Una vez que los chiquillos prestaron el debido respeto a sus agudos dientecitos y aprendieron a no provocar una dentellada defensiva, Lobo se dejó acariciar y mimar con evidente placer. Era tolerante con los excesos no intencionados; parecía reconocer la diferencia entre cuando Nuvie le apretaba algo excesivamente al cogerle en brazos y cuando Brinan le tiraba del rabo para oírle gritar. Soportaba lo primero con paciencia y respondía a lo segundo con un mordisco. A Lobo le gustaba jugar y siempre se las componía para estar en medio de cualquier batahola; los niños no tardaron en descubrir que le encantaba ir en busca de las cosas que arrojaban. Cuando todos caían en un exhausto montón, para dormir allí donde se encontrasen, el cachorro de lobo solía estar entre ellos.

Tras haber prometido, aquella primera noche, que no permitiría a lobo causar daño alguno a nadie, Ayla decidió adiestrarle con determinación y empeño. Lo había hecho con Whinney de modo accidental: subir a su lomo había sido un impulso, y un aprendizaje intuitivo el dominar a la yegua cuanto más la montaba. Ahora tenía conciencia de las señales que le había transmitido y las empleaba con pleno conocimiento, pero si dominaba a su montura era debido, en gran parte, a la intuición y pensaba que, si Whinney la obedecía, era porque ella la trataba con afecto. El adiestramiento del león cavernario había sido más deliberado; sus primeros esfuerzos se encaminaron a controlar sus demostraciones de afecto. Le moldeaba por medio del amor, tal como se educaba a los niños dentro del Clan. Le recompensaba con

muestras de afecto cuando se comportaba bien y le apartaba con firmeza o le dejaba sólo cuando sacaba las uñas o se comportaba de forma ruda. Cuando saltaba contra ella con excesivo entusiasmo, se paraba en seco si ella levantaba la mano y decía: «¡Basta!», con un tono que no admitía réplica.

Había aprendido tan bien la lección que incluso cuando era ya un león cavernario adulto, casi tan grande como Whinney, pero más pesado, todavía se paraba cuando Ayla se lo ordenaba y, en esos casos, ella le recompensaba rascándole y acariciándole con afecto y, llegado el caso, se revolcaba con él en el suelo. Con el correr del tiempo, el león aprendió muchas cosas, hasta a cazar con ella.

Ayla comprendió pronto que a los niños les vendría bien conocer mejor las costumbres de los lobos. Comenzó a relatarles anécdotas de los tiempos en que aprendía a cazar y estudiaba a los lobos junto con otros animales carnívoros. Les explicó que las manadas tenían un jefe y una jefa, como los Mamutoi, y que se comunicaban entre sí por medio de determinadas actitudes y gestos, además de los sonidos vocales. Les mostró, apoyada sobre las manos y las rodillas, cuál era la postura del jefe: cabeza en alto, orejas erguidas, cola recta hacia atrás, y la del que se acercaba al jefe: algo agazapado y dispuesto a lamer el hocico del líder. Complementó la representación con los correspondientes sonidos, imitados a la perfección. Describió las señales que transmitían la orden de mantenerse lejos y las que invitaban a jugar. El cachorro solía participar.

A los niños les encantaba, y con frecuencia también los adultos escuchaban complacidos. Pronto los niños incorporaron señales de los lobos a sus juegos. Pero nadie las empleaba mejor que el niño cuyo propio lenguaje consistía en señales. Entre el lobezno y Rydag se creó una relación extraordinaria, que sorprendió a la gente del Campamento e hizo que Nezzie meneara la cabeza, sorprendida. Rydag no se limitaba a emplear las señales del lobo, incluyendo muchos de sus sonidos, sino que pareció dar un paso más. Para quienes lo observaban, con frecuencia era como si estuvieran hablando entre sí, y el joven animal parecía comprender que el niño requería cuidados y atenciones especiales.

Desde el principio, Lobo se mostró menos travieso y más dulce con él; a su manera, le protegía. Exceptuando a Ayla, no había allí persona cuya compañía le fuera más querida. Si Ayla estaba ocupada, Lobo buscaba a Rydag; a menudo le hallaban durmiendo cerca de él o en su regazo. La muchacha no acababa de entender cómo habían llegado a entenderse tan bien. Con respecto a Rydag, tal vez se pudiera explicar por su innata capacidad para interpretar las sutilezas de sus ademanes, pero ¿cómo era posible que un lobezno conociera las necesidades de un niño frágil?

Para adiestrar al cachorro, Ayla ideó señales de lobo modificadas, junto con otras órdenes. La primera lección, después de varios incidentes, consistió en enseñarle a usar un cesto de cenizas y estiércol, como hacían los humanos, o salir del albergue. Resultó asombrosamente fácil: Lobo se avergonzaba de ensuciar y se acobardaba cuando Ayla le regañaba por ello.

La siguiente lección fue más difícil. A Lobo le encantaba mascar cuero, sobre todo botas y zapatos; quitarle la costumbre resultó enojoso y frustrante. Cada vez que le sorprendía y le regañaba, el animal se mostraba contrito y compungidamente dispuesto en apariencia a complacerla, pero era recalcitrante y volvía a hacerlo, a veces en cuanto Ayla le volvía la espalda. Cualquier calzado estaba en peligro, pero sobre todo las calzas de cuero blando que usaba la muchacha dentro del albergue. Lobo no podía dejarlas en paz. Era preciso colgarlas a buena altura, fuera de su alcance. No obstante, por mucho que le disgustara verle roer sus cosas, mucho peor era que estropease las ajenas. Ella era responsable de su presencia en el albergue y consideraba que cualquier daño causado por el lobezno era responsabilidad suya.

Ayla estaba cosiendo las últimas cuentas a la túnica blanca cuando oyó un alboroto en el Hogar del Zorro.

—¡Eh! ¡Dame eso! —gritaba Ranec.

Ayla adivinó de inmediato que Lobo se había metido en otro lío y corrió para averiguar de qué se trataba. Ranec y Lobo tiraban cada uno de una bota gastada.

—¡Lobo! ¡Suelta! —ordenó, bajando la mano en un gesto rápido, que pasó junto al hocico del animal.

El cachorro dejó inmediatamente el calzado y se agazapó, con las orejas echadas hacia atrás y la cola caída, gimiendo en tono de súplica. Ranec dejó su bota en la plataforma.

—Espero que no te la haya estropeado —dijo la muchacha.

—No tiene importancia. Es vieja —contestó Ranec, sonriendo. Y agregó, lleno de admiración—: Sabes mucho de lobos, Ayla. Éste hace exactamente lo que le dices.

—Pero sólo cuando le tengo a la vista —objetó ella, mirando al animal. Lobo la observaba, en asustada expectativa—. En cuando vuelvo la espalda se dedica a hacer cosas que tiene prohibidas. No sé cómo enseñarle a no tocar los objetos ajenos.

—Tal vez necesita algo propio —sugirió Ranec, con sus brillantes ojos mirándola afectuosamente—, o algo tuyo.

El cachorro trataba de captar la atención de Ayla. Por fin, impaciente, chilló un par de veces, hasta que ella le ordenó enfadada:

—¡Quieto!

Entonces retrocedió, apoyó la cabeza entre las patas y clavó la mirada en ella, totalmente abrumado.

Ranec, que observaba la escena, dijo a Ayla:

—No soporta que te enfades con él. Quiere saber que le amas. Y yo creo comprender lo que siente.

Se acercó a ella, con los ojos llenos de la pasión y el anhelo que tanto la conmovían. Ayla experimentó una respuesta cosquilleante y retrocedió, azorada. Con el propósito de disimular su agitación, se agachó para coger al lobezno. Lobo le lamió

la cara, retorciéndose de felicidad.

—Mira qué alegre está ahora que te ocupas de él —observó Ranec—. También a mí me haría feliz saber que te interesabas por mí.

—Bueno…, por supuesto que me intereso, Ranec —tartamudeó ella, incómoda.

El hombre moreno esbozó una sonrisa relampagueante; sus ojos brillaron con un asomo de picardía y de algo más profundo.

—Sería un placer demostrarte lo feliz que me hace el saberlo —dijo, rodeándole la cintura con un brazo.

—Te creo —manifestó ella, retirándose—. No hace falta que me lo demuestres, Ranec.

No era la primera vez que él se le insinuaba, por lo general disimulando entre bromas; de ese modo le daba a conocer sus sentimientos, pero también le concedía la posibilidad de rechazarlos sin que ninguno de los dos se violentara. Ella empezó a desandar el trayecto, presintiendo una confrontación más seria, que prefería evitar. Intuía que él la invitaría a compartir su cama, y no sabía si le sería posible evitarlo. Aunque comprendía que tenía derecho a rechazarle, el hábito de complacer estaba tan arraigado en ella que no sabía si tendría la fuerza suficiente.

—¿Por qué no, Ayla? —insistió él, acompañándola—. ¿Por qué no me dejas que te lo demuestre? Ahora duermes sola. No deberías dormir sola.

Ella sintió una punzada de remordimientos al reconocer que era así, pero trató de no dejarlo traslucir.

—No duermo sola —dijo, mostrando al cachorro—. Lobo está conmigo, en un cesto, cerca de mi cama.

—No es lo mismo —el tono de Ranec era grave; parecía dispuesto a insistir de nuevo, pero pronto sonrió. No quería coaccionarla; advertía que estaba inquieta y la separación era todavía muy reciente. Trató de anular aquella tensión acariciando la cabeza de Lobo—. Es demasiado pequeño para que te dé abrigo…, pero admito que es encantador.

Ayla sonrió, poniendo al lobezno en el cesto. El animalito saltó al suelo enseguida, se sentó para rascarse y se alejó en busca de su plato de comida. Ayla comenzó a doblar la túnica blanca; mientras frotaba el cuero suave y las pieles de armiño, enderezando las colitas con sus puntas negras, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. En los ojos le escocieron lágrimas difíciles de dominar. No, no era lo mismo; ¿cómo iba a ser lo mismo?

—Ayla, sabes lo mucho que te deseo, lo mucho que me intereso por ti —dijo Ranec a su espalda—. ¿Verdad?

—Creo que sí —respondió ella, cerrando los ojos.

—Te amo, Ayla. Sé que en este momento te sientes indecisa, pero quiero que lo sepas. Te amé desde que te vi por primera vez. Quiero compartir mi hogar contigo, quiero que nos unamos. Quiero hacerte feliz. Sé que necesitas pensarlo. No te pido que tomes una decisión ahora, pero prométeme que lo pensarás. ¿Lo prometes?

Ayla clavó la vista en la túnica blanca. La cabeza le daba vueltas. «¿Por qué Jondalar no quiere dormir ya conmigo? ¿Por qué dejó de tocarme, de compartir conmigo los Placeres, incluso cuando todavía tenía su cama aquí? Todo cambió desde que me convertí en Mamutoi. ¿Acaso no quería que me adoptaran? Entonces, ¿por qué no me lo dijo? Tal vez quisiera, sí, como dijo. Creí que me amaba, pero es posible que haya cambiado. Quizá ya no me ame. Nunca me pidió que nos uniéramos. ¿Qué haré si Jondalar se marcha sin mí?». Sentía una gran tensión en la boca del estómago. «Ranec me quiere. Es agradable y divertido; siempre me hace reír… y me ama. Pero no estoy enamorada de él. Ojalá pudiera… Tal vez debo tratar de amarle».

—Sí, Ranec, lo voy a pensar —dijo, con suavidad, pero al decirlo sintió un doloroso nudo en la garganta.

Jondalar observaba a Ranec, que salía del Hogar del Mamut. Se había convertido en una especie de vigilante, aunque le avergonzara. No era la suya una conducta correcta. Tanto en aquella sociedad como en la suya propia estaba mal que los adultos miraran fijamente a otra persona o se inmiscuyesen en las actividades de los demás. Jondalar siempre había respetado mucho las convenciones sociales; por eso le preocupaba pasar por un grosero, pero no podía evitarlo. Aunque tratase de disimular, observaba constantemente a Ayla y a todo el que estuviera en el Hogar del Mamut.

El paso elástico del tallista y su radiante sonrisa le llenaron de pavor. Si el mamutoi estaba tan regocijado, debía ser por algo que Ayla había hecho o dicho. Y su morbosa imaginación le hacía temer lo peor.

Jondalar sabía que Ranec era un visitante asiduo desde que él había abandonado el Hogar del Mamut, y se detestaba a sí mismo por haberle brindado aquella oportunidad. Hubiera querido retirar sus palabras y aquella disputa sin sentido, pero estaba seguro de que ya era demasiado tarde para arreglar las cosas. Aunque se sentía desolado, en cierto modo era un alivio haber puesto cierta distancia entre ambos.

Aunque no lo admitiera, sus acciones estaban motivadas por algo más que el simple deseo de permitirle escoger al hombre de sus preferencias. Estaba tan dolido que una parte de él deseaba devolver el golpe; puesto que ella le rechazaba, él podía rechazarla a su vez. Pero también necesitaba darse a sí mismo la posibilidad de elegir, de ver si era posible olvidar su amor por ella. Se preguntaba, sinceramente, si para Ayla no sería mejor permanecer allí, entre gente que la aceptaba y la amaba, en lugar de acompañarle de regreso a su pueblo, para arrostrar una acogida que podía ser muy desagradable. Muy en el fondo, tenía miedo de su propia reacción en el caso de que los suyos la rechazaran. ¿Estaría dispuesto a llevar con ella la vida de un proscrito? ¿Podría volver a partir, abandonar de nuevo a los suyos, sobre todo después de haber viajado tanto para regresar? ¿O le rechazaría también él?

Si ella prefería amar a otro, Jondalar se vería obligado a dejarla allí y no se opondría a tal decisión. Aun así, la sola idea de saberla enamorada le atenazaba la garganta y le quemaba los ojos, a tal punto que no estaba seguro de poder

sobrevivir… ni de desearlo. Cuanto más luchaba por no demostrar su amor, más celoso y posesivo se volvía, y más se detestaba por ello.

El constante esfuerzo por analizar sus emociones, intensas y conflictivas, le estaba agotando. No podía comer ni dormir; se le veía flaco y desmejorado. La ropa comenzaba a colgarle de su alta estructura física. No podía concentrarse, ni siquiera ante un bonito trozo de pedernal. A veces temía estar perdiendo la razón, ser víctima de algún funesto espíritu nocturno. Torturado por el amor de Ayla, el dolor de estar perdiéndola y el miedo a lo que podía ocurrir si no aceptaba su pérdida, hacía que no pudiera soportar el estar cerca de ella. Tenía miedo de perder el dominio de sí mismo y hacer algo que después lamentaría. En cualquier caso, no podía dejar de vigilarla constantemente.

El Campamento del León se mostraba dispuesto a perdonar las pequeñas indiscreciones del visitante. Tenían perfecta conciencia de lo que él sentía hacia Ayla, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo. Todos comentaban el doloroso trance en el que se veían envueltos los tres jóvenes. Para quien lo juzgase todo desde fuera, la solución del problema le parecía muy simple: saltaba a la vista que Ayla y Jondalar se amaban; ¿por qué no se lo decían entonces e invitaban a Ranec a compartir la Unión? Pero Nezzie percibía que no era tan sencillo. La sabia y maternal mujer comprendía que el amor de Jondalar hacia Ayla era demasiado fuerte para dejarse vencer por una falta de comunicación. Entre ellos ocurría algo mucho más profundo. Ella comprendía mejor que nadie lo profundo del amor que Ranec sentía por la joven. No parecía una situación que pudiera resolverse con una Unión compartida. Ayla tendría que elegir.

Como si la idea tuviera un poder especial, desde el momento en que Ranec le había pedido que pensara en compartir el Hogar del Zorro con él, además de hacer hincapié en el penoso hecho de que en la actualidad dormía sola, Ayla no pudo pensar en otra cosa. Se había aferrado a la convicción de que Jondalar olvidaría la áspera discusión que mantuvieron y volvería a su lecho, sobre todo considerando que, cuando ella miraba de soslayo hacia el Hogar de la Cocina, invariablemente le sorprendía apartando la vista, entre los postes de sustentación y los objetos que colgaban del techo. Eso le hacía pensar que aún se interesaba por ella. Pero cada noche que pasaba sola, disminuían sus esperanzas.

«Piénsalo…». La palabras de Ranec se repetían en la mente de Ayla, en tanto cortaba carne para Lobo. Machacó bardana seca y hojas de helecho dulce para preparar una infusión que aliviara la artritis de Mamut, mientras pensaba en el hombre risueño de piel oscura, preguntándose si llegaría a amarle. Pero la sola idea de vivir sin Jondalar le provocaba un vacío extraño. Agregó agua caliente a las hojas trituradas y llevó la taza al anciano.

Aunque correspondió con una sonrisa a sus palabras de agradecimiento, se la veía

preocupada y triste. Había pasado el día entero abstraída desde que Jondalar se mudó y lamentaba no poder ayudarla. Había visto a Ranec hablando con ella momentos antes, y estuvo a punto de llevar la conversación a aquel terreno, pero estaba convencido de que, en la vida de Ayla, nada carecía de finalidad. Si la Madre había creado aquellas dificultades, era por algún motivo. Y vaciló antes de inmiscuirse. Los problemas por los que atravesaban los tres jóvenes eran necesarios. La vio pasar al nexo de los caballos y advirtió también su regreso un rato después.

Ayla cubrió el fuego, se acercó a su plataforma y se desnudó para acostarse. Era una dura prueba afrontar la noche sabiendo que Jondalar no dormiría a su lado. Se ocupó de pequeñas cosas para retrasar el momento de acostarse entre las pieles, segura como estaba de que pasaría despierta la mitad de la noche. Por fin cogió al lobezno y se sentó en el borde de la cama, acariciándole y hablándole, hasta que el cálido y afectuoso animalito se quedó dormido en sus brazos. Entonces le puso en su cesto y le acarició hasta que se quedó inmóvil. Para compensar la ausencia de Jondalar, prodigaba su amor al lobo.

Mamut se dio cuenta de que estaba despierto y abrió los ojos. Apenas podía distinguir algunas siluetas en la oscuridad. El albergue estaba en silencio, un silencio nocturno, lleno de leves estremecimientos, respiraciones profundas y vagos rumores de sueño. Volvió lentamente la cabeza hacia el resplandor rojo de las ascuas, tratando de descubrir qué era lo que le había sacado tan bruscamente de su profundo sueño. Oyó entonces una respiración tensa y un sollozo ahogado, que le hicieron apartar sus cubiertas.

—¿Ayla? Ayla, ¿te encuentras mal? —preguntó con suavidad.

La muchacha sintió una mano caliente sobre el brazo.

—No —repuso con voz ronca; vuelto el rostro hacia la pared.

—Estás llorando.

—Siento haberte despertado. No tenía que haber hecho ruido.

—No has hecho ruido. He despertado porque me necesitabas. La Madre me ha enviado a ti. Estás sufriendo. Estás herida por dentro, ¿verdad?

Ayla aspiró profunda y dolorosamente, tratando de reprimir el grito que pugnaba por escapársele de la garganta.

—Sí —dijo.

Cuando se volvió hacia él, Mamut vio un fulgor de lágrimas a la luz mortecina.

—En ese caso, Ayla, llora. No debes contenerte. Tienes razones para sufrir y derecho a llorar.

—¡Oh, Mamut! —exclamó la muchacha, con un gran sollozo convulsivo. Luego, reprimiéndose, pero aliviada por el permiso que se le había dado, lloró en silencio su dolor y su angustia.

—No te contengas, Ayla. Llorar te hace bien —dijo él, sentado en el borde de la

cama, dándole suaves palmaditas—. Todo saldrá según lo previsto, como está decidido. Todo está bien, Ayla.

Al cabo de un rato, la joven buscó un trozo de piel blanda para limpiarse la cara y la nariz; luego se sentó junto al anciano.

—Ahora me siento mejor —dijo.

—Siempre es mejor llorar cuando se siente la necesidad de hacerlo. Pero esto no ha terminado, Ayla.

Ella inclinó la cabeza.

—Lo sé —se volvió hacia él, con expresión interrogante—. Pero ¿por qué?

—Algún día lo sabrás. Creo que son fuerzas poderosas las que dirigen tu vida. Fuiste elegida para un destino especial. La carga que llevas no es fácil; mira lo que ya has debido superar en tu corta vida. Pero no todo será dolor, Ayla: tendrás grandes alegrías. Eres amada, atraes el amor. Eso te ha sido concedido para ayudarte a aliviar la carga. Siempre tendrás amor…, tal vez demasiado.

—Yo creía que Jondalar me amaba.

—No estés tan segura de que no es así. Pero son muchos los que te aman, incluido este viejo —dijo Mamut, sonriendo. Ayla también sonrió—. Hasta un lobo y dos caballos te aman. ¿No ha sido siempre así?

—Tienes razón. Iza me amaba. Era mi madre, aunque yo no naciera de ella. Antes de morir dijo que me amaba más que a nadie. Creb también…, aunque le decepcionaba y le hacía sufrir —Ayla hizo una pausa antes de continuar—: Uba también me amaba… y Durc —volvió a interrumpirse—. ¿Te parece que volveré a ver a mi hijo alguna vez, Mamut?

El chamán hizo una pausa antes de responder.

—¿Cuánto hace que no le ves?

—Tres años…, no, cuatro. Nació a principios de primavera. Cuando me fui tenía tres años. Tiene, más o menos, la misma edad que Rydag… —de pronto miró al viejo chamán y siguió hablando con entusiasmo—. Mamut, Rydag es un niño de espíritus mezclados, como mi hijo. Si Rydag puede vivir aquí, ¿por qué no Durc? Tú fuiste a la península y regresaste. ¿Por qué no puedo yo ir a buscarle y traerle aquí? No queda tan lejos.

Mamut frunció el ceño, estudiando su respuesta.

—No puedo contestar a eso, Ayla. Sólo tú puedes hacerlo, pero has de pensarlo muy bien antes de tomar una decisión, no sólo por ti, sino por tu hijo. Eres Mamutoi. Has aprendido a hablar nuestro idioma y conoces muchas de nuestras costumbres, pero aún te queda mucho que aprender.

Ayla no estaba escuchando las palabras que el anciano elegía con tanto cuidado. Su mente volaba ya hacia el futuro.

—Si Nezzie adoptó a un niño que ni siquiera podía hablar, ¿por qué no a uno que sí puede? Durc podía hablar, sólo que no tenía idioma que aprender. Él y Rydag podrían ser amigos. Durc podría ayudarle, correr a traerle cosas. Es muy veloz.

Mamut la dejó continuar con su entusiasta enumeración de virtudes hasta que se interrumpió voluntariamente. Entonces le preguntó:

—¿Cuándo irías por él, Ayla?

—En cuanto sea posible. Esta primavera… No, es demasiado difícil viajar en primavera; hay muchas inundaciones. Será mejor en verano —Ayla hizo una pausa —. O tal vez no. Este verano habrá Reunión del Clan, y si no llego a tiempo tendré que esperar meses a que regresen. Pero para entonces Ura estará con ellos.

—¿La niña que fue prometida a tu hijo? —preguntó Mamut.

—Sí. Se aparearán dentro de pocos años. Los niños del Clan crecen con más celeridad que los Otros…, que yo. Iza creía que jamás llegaría a ser mujer, por lo lenta que fui comparada con las niñas del Clan… Ura podría ser ya mujer, estar lista para tener un compañero y un hogar propio —Ayla frunció el ceño—. Cuando la conocí era una criatura, y Durc… Le dejé cuando era pequeño. Pronto será hombre y estará en condiciones de mantener a una compañera, una compañera que tenga hijos. Yo ni siquiera tengo pareja. La compañera de mi hijo podría tener un niño antes que yo.

—¿Sabes qué edad tienes, Ayla?

—Exactamente no, pero siempre cuento mis años al terminar el invierno, por esta época, no sé por qué —volvió a fruncir el ceño—. Creo que es hora de agregar otro año. Eso significa que debo de tener… —cerró los ojos para concentrarse en las palabras de contar—. Ahora tengo dieciocho años, Mamut. ¡Estoy envejeciendo!

—¿Tenías doce años cuando nació tu hijo? —preguntó él sorprendido. Ayla asintió—. He sabido de algunas niñas que se convierten en mujeres a los nueve o diez, pero esto es prematuro. Latie todavía no es mujer, aunque tiene doce años.

—Lo será pronto. Estoy segura.

—Creo que tienes razón. Pero no eres vieja, Ayla. Deegie tiene casi diecisiete años y no se unirá hasta el verano próximo.

—Es cierto. Y prometí que participaría en su Unión. Sin embargo, no puedo ir al mismo tiempo a una Reunión de Verano y a una Reunión del Clan —Mamut la vio palidecer—. De todos modos, no puedo ir a la Reunión del Clan. Ni siquiera estoy segura de poder volver al Clan. Estoy maldita. Estoy muerta. El propio Durc podría pensar que soy un espíritu y tener miedo de mí. ¡Oh, Mamut!, ¿qué debo hacer?

—Debes pensar con mucho cuidado antes de decidirte por lo más conveniente —respondió él. Enseguida, al notarla inquieta, resolvió cambiar el tema—. Pero tienes tiempo. Todavía no ha llegado la primavera, aunque pronto será el Festival. ¿Has pensado en la raíz y en la ceremonia de que me hablaste? ¿Estás dispuesta a incluir esa ceremonia en el Festival de Primavera?

Ayla sintió un escalofrío. La idea la asustaba, pero allí estaría Mamut para ayudarla. Él sabía qué hacer. Además, le veía tan interesado en descubrir de qué se trataba…

—Está bien, Mamut. Sí, lo haré.

Jondalar notó inmediatamente el cambio en las relaciones entre Ayla y Ranec, aunque no quería aceptarlo. Les observó durante varios días, hasta que ya no pudo negar la evidencia: Ranec casi vivía en el Hogar del Mamut, y Ayla aceptaba de buen grado su presencia. Hizo lo posible por convencerse de que era mejor así, de que había hecho lo correcto al alejarse, pero no podía aplacar su dolor por haber perdido el amor de Ayla ni el saberse excluido. A pesar de haber sido él quien se apartó de ella, abandonando voluntariamente su lecho y su compañía, ahora se sentía rechazado.

«No le ha costado mucho», se dijo. «Él apareció al día siguiente para rondarla, y ella apenas pudo aguardar a que yo me marchase para darle la bienvenida. Seguramente estaban esperando a que me fuera. Debí de haberme dado cuenta.

»Pero ¿de qué la culpas? Eres tú quien se marchó, Jondalar. Ella no te lo pidió. Después de aquella primera vez, no volvió con Ranec. Estaba allí, a tu disposición, y tú lo sabías…

»Y ahora es a él a quien está dispuesta a recibir. Y él se desvive por estar a su lado. ¿Puedes reprochárselo? Quizá sea ésa la mejor solución. Aquí se desea su presencia, están más habituados a los cabezas chatas…, al Clan. Y es amada…

»Sí, la quieren. ¿No es eso lo que deseas para ella? Que la acepten y que alguien la ame…

«Pero yo la amo», pensó, con una oleada de dolor y angustia. «¡Oh, Madre! ¿Cómo voy a soportarlo? Ha sido la única mujer a la que he amado. No quiero que sufra. No quiero que la rechacen. ¿Por qué ella? ¡Oh, Doni!, ¿por qué tuvo que ser ella?».

«Tal vez debería irme. Eso es, me iré». Era incapaz de pensar con claridad en aquel momento.

Se dirigió a grandes pasos hacia el Hogar del León, interrumpiendo a Talut y a Mamut, que ultimaban detalles para el Festival de Primavera.

—Me voy —barbotó—. ¿Qué puedo hacer para conseguir algunas provisiones?

Tenía el enloquecido aspecto de un hombre desesperado. El jefe y el chamán cambiaron una mirada de entendimiento.

—Jondalar, amigo mío —dijo Talut, dándole una palmada en el hombro—, sería un placer darte todas las provisiones que puedas necesitar, pero ahora no puedes irte. Viene la primavera, pero echa una ojeada ahí fuera. Y las últimas celliscas son las peores.

Jondalar se calmó, comprendiendo que su repentino impulso era imposible de realizar. Nadie en su sano juicio podía iniciar un viaje en aquellas condiciones.

Talut notó que los músculos tensos de Jondalar se aflojaban y siguió hablando.

—En primavera habrá inundaciones y son muchos los ríos que hay que cruzar. Además, tan lejos; no puedes pasar el invierno con los Mamutoi y no cazar el mamut con ellos. Una vez que estés de vuelta con los tuyos, ya no tendrás oportunidad, Jondalar. La primera cacería será a principios del verano, poco después que asistamos

a la Reunión de Verano. Y el mejor momento para iniciar un viaje es justo por entonces. Me harías un gran favor si quisieras quedarte con nosotros, por lo menos hasta la primera cacería de mamuts, para que nos hagas una exhibición con tu lanzavenablos.

—Sí, por supuesto, lo voy a pensar —dijo Jondalar. Después miró de frente al corpulento pelirrojo—. Y gracias, Talut. Tienes razón: no puedo marcharme todavía.

Mamut estaba sentado, con las piernas cruzadas, en su sitio favorito para meditar: la plataforma-cama situada al lado de la suya, que se utilizaba para guardar pieles, cueros y otra ropa de cama. Pero no estaba meditando, sino pensando. Desde aquella noche en que las lágrimas de Ayla le habían despertado tenía una conciencia más aguda de la desesperación que provocaba en la muchacha la partida de Jondalar. Su desdicha le había causado una profunda impresión. Aunque ella se las componía para disimular ante todos la intensidad de sus sentimientos, él notaba ahora algunos pequeños detalles en su comportamiento que no había advertido hasta entonces. Aunque parecía disfrutar con la compañía de Ranec y reía sus bromas, se la notaba retraída; los cuidados y el afecto que prodigaba a Lobo y a los caballos tenían algo de desolada nostalgia.

Mamut comenzó a observar mejor al rubio y alto visitante; el comportamiento de Jondalar denotaba la misma desolación. Parecía dominado por una ansiedad atormentada, aunque también él tratara de disimularlo. Tras su desesperado intento de partir en medio de una tormenta, el viejo chamán temía que su buen juicio estuviera afectado por la posibilidad de perder a Ayla. Para el anciano, tan habituado a tratar íntimamente con el mundo de los espíritus de Mut y su destino, aquello representaba un impulso más profundo que el simple amor juvenil. Tal vez la Madre tuviera sus planes para él, planes que afectaban también a Ayla.

Mamut era reacio a intervenir, pero se preguntaba por qué la Madre le había demostrado que Ella era la fuerza oculta tras los mutuos sentimientos de ambos jóvenes. Y aunque estaba convencido de que Ella acabaría por recomponer las circunstancias según le conviniera, quizá deseara su ayuda en aquel asunto.

Mientras se preguntaba si podía dar a conocer los deseos de la Madre y, en ese caso, cómo hacerlo, Ranec llegó al Hogar del Mamut en busca de Ayla. Mamut sabía que había salido con Whinney y el lobezno, y tardaría en regresar. Ranec miró en derredor y vio al anciano que se aproximaba.

—¿Sabes dónde está Ayla, Mamut? —preguntó.

—Sí, ha salido con los animales.

—Me extrañaba no haberla visto desde hace rato.

—La ves mucho últimamente.

Ranec sonrió.

—Y espero verla con más frecuencia aún.

—Ella no llegó sola a este albergue, Ranec. ¿No crees que Jondalar tiene algún derecho de prioridad?

—Tal vez lo tuviera cuando llegaron, pero renunció a ella. Abandonó el hogar —dijo Ranec.

Mamut notó cierto tono defensivo en su voz.

—Creo que todavía existen fuertes sentimientos entre ambos. No me parece que la separación sea definitiva, si se permite que el profundo vínculo vuelva a restablecerse, Ranec.

—Si pretendes decirme que me aparte de ella, Mamut, lo siento, pero es demasiado tarde. También mis sentimientos por Ayla son fuertes —la voz de Ranec se quebró de emoción—. La amo, Mamut; quiero emparejarme con ella, crear un hogar juntos. Es hora de que me instale con una mujer, y quiero a sus hijos en mi hogar. Nunca conocí a nadie como ella. Es cuanto he soñado. Si logro convencerla, me gustaría anunciar nuestra Promesa en el Festival de Primavera y unirme a ella en el Nupcial de este verano.

—¿Estás seguro de que es eso lo que deseas, Ranec? —preguntó Mamut. Tenía cariño a Ranec; sabía que Wymez se sentiría feliz si el chico moreno que había traído de sus viajes encontraba una mujer con la cual establecerse—. Hay muchas Mamutoi que aceptarían de buen grado una unión contigo. ¿Qué le dirás a esa bonita pelirroja con la que estás casi comprometido? ¿Cómo se llama? ¿Tricie? —Mamut estaba seguro de que si el rubor hubiera podido hacerse visible en su tez oscura, la cara de Ranec se habría puesto roja.

—Pues le diré… Le diré que lo siento, pero no puedo evitarlo. No quiero a ninguna otra; sólo a Ayla. Ahora ella es Mamutoi. Lo lógico es que se una a otro Mamutoi. Y ése quiero ser yo.

—Así será, si tiene que ser, Ranec —replicó Mamut bondadosamente—. Pero recuerda esto: la elección no depende de ti. Ni siquiera de ella. Ayla fue escogida por la Madre con una finalidad, y recibió muchos dones. No importa lo que tú decidas ni lo que decida Ayla: Mut es quien tiene definitivamente el derecho sobre ella. Cualquier hombre que desee unirse a ella, se unirá también a los designios de Mut.

Capítulo 25

A medida que aquella antigua Tierra volvía imperceptiblemente su gélida faz boreal hacia el astro refulgente en torno del cual giraba, hasta las tierras próximas a los glaciares sentían un beso de suave calidez y paulatinamente despertaban del sueño de un invierno intenso y prolongado. La primavera se agitaba, renuente al comienzo; luego, con la urgencia de una estación cuyo tiempo era breve, se desprendía de la helada capa con exuberante ímpetu inundando y esponjando el suelo.

Las gotas que caían desde las ramas y las frondas abovedadas al primer calor de un mediodía de deshielo se endurecían hasta formar carámbanos con el frío de las noches. Los días posteriores, cada vez más cálidos, aquellos largos colgantes ahusados aumentaban de tamaño; luego, al desprenderse de su gélido asidero, perforarían los montículos de nieve; arroyuelos de nieve y hielo fundidos, convertidos ya en torrenteras, arrastrarían la humedad acumulada que había permanecido hasta entonces en fría suspensión. En su huida, estos cursos de agua se precipitaban hacia los lechos antiguos, hacia los barrancos, o abrían otros en el loess, ayudados y dirigidos a veces por una pala hecha con una cornamenta o por un achicador de marfil.

El río, bordeado por el hielo, gemía y crepitaba en su lucha por quebrar su prisión invernal, a medida que el deshielo se volcaba en su corriente oculta. Por fin, sin previo aviso, un estruendo que se oyó hasta en el albergue, seguido por un segundo crujido y un tronar ensordecedor, anunciaron que el hielo ya no sujetaba la inundación. Los trozos desprendidos y arrastrados dando tumbos marcaron el cambio de estación.

Como si el frío hubiese sido barrido por la corriente, los habitantes del Campamento, tan aprisionados como el río por las bajísimas temperaturas, salieron, a modo de torrentes, del albergue. Si bien hacía calor sólo relativamente, la encorsetada vida interior dio paso a una frenética actividad exterior. Cualquier pretexto para salir era saludado con entusiasmo, aunque no fuera más que para la limpieza de primavera.

Los del Campamento del León eran limpios, según las costumbres de su pueblo. Aunque abundase la humedad, en forma de hielo y nieve, para proveerse de agua se requería fuego y grandes provisiones de combustible. Aun así, parte del hielo y la nieve que fundían para cocinar y beber se utilizaba para la higiene, y todos tomaban periódicos baños de vapor. En general, los sectores individuales estaban ordenados; se limpiaban las herramientas y los utensilios, y se cepillaban las pocas ropas que se usaban dentro del albergue, además de lavarlas de vez en cuando y mantenerlas en buenas condiciones. Pero, al terminar el invierno, había dentro de la vivienda un hedor increíble.

Contribuían a ello los alimentos en diversas etapas de conservación o descomposición, cocinados, sin cocinar y echados a perder; los aceites para quemar, rancios generalmente, pues en las lámparas solían añadirse grumos de grasa fresca al

aceite viejo; las cestas utilizadas para la defecación, que no siempre se vaciaban de inmediato, los recipientes con orina, acumulada para obtener amoníaco por descomposición de la urea, y, por último, la propia gente. Aunque los baños de vapor eran saludables y limpiaban la piel, en poco ayudaban a eliminar los olores normales del cuerpo, lo cual no constituía su finalidad. El olor personal formaba parte de la identidad de cada uno.

Los Mamutoi estaban habituados a los olores naturales, fuertes y penetrantes, de la vida diaria. Su desarrollado sentido del olfato servía, como el del oído y el de la vista, para tener conciencia del medio. Ni siquiera los olores de los animales eran considerados desagradables, pues también eran naturales. Pero al entibiarse el clima, hasta las narices acostumbradas a los ordinarios olores de la vida comenzaban a notar las consecuencias de un encierro de veintisiete personas durante un período prolongado. La primavera ofrecía la oportunidad de descorrer las cortinas para ventilar el albergue; se recogían y se sacaban los desechos acumulados durante todo el invierno.

En el caso de Ayla, la operación incluía retirar el estiércol del anexo. Los caballos habían pasado bien el invierno, lo que suponía un gran alivio para la joven, pero eso no tenía nada de asombroso. Los caballos de la estepa eran animales resistentes, adaptados a los rigores de los inviernos crudos. Aunque Whinney y Corredor debían buscar pasto por cuenta propia, podían refugiarse en un sitio mucho más abrigado que los que podían encontrar, habitualmente, sus congéneres. Por añadidura, se les daba agua y alguna comida. Los caballos maduraban rápidamente en las estepas, en circunstancias normales, porque era necesario para la supervivencia; Corredor, como otros potrillos nacidos en la misma temporada, había alcanzado la plenitud de su desarrollo. Aunque adquiriría un poco más de corpulencia en los años siguientes, era un joven potro, fuerte y resistente, algo más grande que su madre.

La primavera constituía también la época de la escasez. Se habían acabado ya las reservas de ciertos alimentos, sobre todo los productos vegetales, que eran sus favoritos, y otras provisiones comenzaban a agotarse. Al hacer inventario, todos se alegraron de haber organizado aquella última cacería de bisontes. De lo contrario, para entonces les habría faltado carne. Sin embargo, la carne les llenaba sin que llegaran a quedarse satisfechos. Ayla recordó entonces los tónicos que Iza preparaba en primavera para el clan de Brun, y decidió hacer lo mismo para el Campamento. Sus tisanas de hierbas secas (que incluían acedera amarilla, rica en hierro, y rosal silvestre, para prevenir el escorbuto) aliviaron la falta latente de vitaminas que provocaba la necesidad de alimentos frescos, pero no eliminaron el deseo. Todo el mundo esperaba con ansias las primeras verduras. Sin embargo, el recurso a los conocimientos medicinales de Ayla iba más allá de esos tónicos.

El albergue semisubterráneo estaba bien aislado y caldeado por las fogatas, las lámparas y el calor natural de los cuerpos. Aun cuando fuera hacía un frío penetrante, en el interior se usaba poca ropa. Durante el invierno, todos ponían cuidado en

abrigarse debidamente antes de salir, pero se olvidaban de tener esa precaución al comenzar el deshielo. Aunque la temperatura apenas sobrepasaba el punto de congelación, se tenía la sensación de que hacía más calor y la gente del Campamento, al salir, añadía poca ropa a la que usaba habitualmente en el interior. Las lluvias de primavera y la nieve fundida hacían que, con frecuencia, volvieran al albergue mojados y helados. Y eso reducía sus defensas.

Ayla tuvo que tratar más resfriados, toses y gargantas irritadas en ese principio de temporada que en lo más intenso del invierno. La epidemia de reumas y de infecciones respiratorias afectó a todo el mundo. La misma Ayla tuvo que pasar algunos días en cama para curarse una leve fiebre y una fuerte tos pulmonar. Antes de que la primavera hubiera avanzado mucho, ya había atendido a casi todos los del Campamento. Según los casos, les suministraba infusiones medicinales, tratamientos de vapor, cataplasmas calientes para la garganta y el pecho, y asistía a los enfermos con solicitud y eficiencia. Todo el mundo alababa la eficacia de su medicina. Cuando menos, hacía que la gente se sintiera mejor.

Nezzie le dijo que esos resfriados de primavera eran habituales, pero cuando Mamut cayó con los mismos síntomas, poco después que Ayla, ésta se olvidó de sus propios síntomas residuales para dedicarse al anciano. Tenía mucha edad, y eso la preocupaba. Una infección respiratoria grave podía resultar fatal. Sin embargo, el chamán contaba con una gran reserva de energía, a pesar de sus años, y se restableció con mayor prontitud que otros miembros del Campamento. Aunque disfrutaba con sus atenciones, la instó para que atendiese a otros más necesitados y se tomara ella misma algún descanso.

Cuando Fralie cayó presa de fiebre y una fuerte tos convulsiva, Ayla no esperó a que se lo pidieran para ofrecer su ayuda; pero de nada sirvió. Frebec no permitía que entrara en su hogar para atender a la embarazada. Crozie discutió furiosamente con él y todo el Campamento le dio la razón, pero el hombre se mantenía inflexible. La anciana llegó a discutir con Fralie, tratando de convencerla para que no hiciera caso de Frebec; resultó inútil. La enferma se limitaba a sacudir la cabeza, sin dejar de toser.

—Pero ¿por qué? —preguntó Ayla a Mamut, mientras sorbían juntos una bebida caliente, al oír un nuevo ataque de tos.

Tronie había llevado a su hogar a Tasher, cuya edad estaba entre la de Nuvie y la de Hartal. Crisavec dormía con Brinan en el Hogar del Uro, para que la mujer embarazada y enferma pudiera descansar. Pero Ayla sufría cada vez que oía toser a Fralie.

—¿Por qué ese hombre no me deja atenderla? ¿No ve que los otros se sienten mejor? Y ella lo necesita más que nadie. Le hace mucho mal toser así, sobre todo ahora.

—No es difícil contestar a tu pregunta, Ayla. Si uno piensa que los del Clan son animales, es imposible creer que sepan algo de medicina. Y si tú te criaste con ellos,

¿qué puedes saber?

—¡Pero si no son animales! Las curanderas del Clan son muy hábiles.

—Lo sé, Ayla. Lo sé mejor que nadie. Y creo que ya lo saben todos aquí. Hasta el mismo Frebec. Cuando menos, aprecian tu capacidad, pero Frebec no quiere dar su brazo a torcer después de tantas discusiones. Teme quedar humillado.

—¿Qué es más importante? ¿Su orgullo o el bebé de Fralie?

—Fralie parece pensar que el orgullo de Frebec.

—No es culpa de ella. Frebec y Crozie tratan de obligarla a elegir entre uno de los dos, y ella no quiere elegir.

—A Fralie le corresponde decidirse.

—Ése es el problema: ella no quiere decidirse. Se niega a elegir.

Mamut meneó la cabeza.

—No, está eligiendo, aunque no se dé cuenta. Pero la elección no es entre Frebec y Crozie. ¿Cuánto le falta para dar a luz? —preguntó—. A mí me parece que está a punto.

—No estoy segura, pero no creo que esté lista. Se la ve voluminosa porque está muy delgada, pero el bebé aún no está en posición. Eso es lo que me preocupa. Creo que es demasiado pronto.

—No hay nada que puedas hacer, Ayla.

—Pero si Frebec y Crozie no discutieran tanto sobre cualquier cosa…

—Eso no tiene nada que ver con el asunto. No es problema de Fralie: es cosa de Frebec y Crozie. Fralie no tiene por qué dejarse atrapar por lo que pueda haber entre ellos. Puede decidir por su cuenta… y, en realidad, eso es lo que está haciendo. Elige no hacer nada. O más exactamente, si tus temores están bien fundados (y creo que sí), elige entre dar a luz ahora o más adelante. Tal vez esté eligiendo entre la vida y la muerte para su bebé… y poniéndose en peligro, al mismo tiempo. Pero a ella le corresponde escoger, y tal vez lo haga por razones que nosotros desconocemos.

Los comentarios de Mamut siguieron golpeando la mente de Ayla mucho después de terminada la conversación. La muchacha se acostó pensando en ellos. Tenía razón, por supuesto. A pesar de lo que Fralie sentía por Frebec y por su madre, en esa lucha no entraba ella. Ayla trató de buscar un modo de convencer a Fralie, pero ya lo había intentado antes. Ahora, mientras Frebec la mantuviera alejada de su hogar, no había posibilidades de hablar con ella. Se durmió con esta angustiosa preocupación grabada en su mente.

Despertó en medio de la noche y permaneció inmóvil, escuchando. No habría podido decir con certeza qué la había despertado, pero tenía la sensación de haber oído un gemido de Fralie en la oscuridad del albergue. Tras un largo silencio, se hizo a la idea de que había estado soñando. Como Lobo gimiera, alargó una mano para consolarle. Tal vez el cachorro tuviera una pesadilla y eso la había despertado. Pero su mano se detuvo antes de tocar al lobezno. Ayla aguzó el oído, tratando de percibir lo que parecía una queja ahogada.

Apartó sus cobertores y se levantó, en silencio, en busca del cesto para orinar. Después se pasó una túnica por encima de la cabeza y se acercó al hogar. Se oyó una tos sofocada, seguida por un verdadero espasmo, que terminó en otra queja ahogada. Ayla avivó las brasas y echó un poco de yesca y astillas de hueso hasta obtener una pequeña fogata. Después puso a calentar algunas piedras y buscó la bolsa de agua.

—Puedes preparar un poco de tisana para mí también —dijo Mamut en voz baja, desde la oscuridad de su cama. Luego apartó sus pieles y se incorporó—. Creo que muy pronto estaremos todos levantados.

Ayla, asintiendo, vertió un poco más de agua en el cesto de cocinar. Se oyó otro ataque de tos; después, movimientos y voces apagadas en el Hogar de la Cigüeña.

—Necesita algo que le calme la tos y otra cosa para detener el proceso del parto… si no es demasiado tarde. Creo que voy a revisar mis medicinas —Ayla dejó su cuenco a un lado, pero vaciló—. Es sólo por si alguien lo necesita.

Cogió una rama encendida. Mamut la vio revisar las plantas secas que había traído consigo desde el valle. «Es una maravilla verla practicar sus artes curativas», pensó. «Pero se la ve demasiado joven para poseer tanta habilidad. Si yo fuera Frebec, me preocuparía más por su poca edad y su posible inexperiencia que por sus antecedentes. Sé que aprendió con la mejor, pero ¿cómo es posible que sepa tanto? Ha de haber nacido con este don, y esa curandera, Iza, ya lo vio desde un principio».

Otro ataque de tos, en el Hogar de la Cigüeña, interrumpió sus cavilaciones.

—Toma, Fralie. Bebe un poco de agua —dijo Frebec, preocupado.

Incapaz de hablar, sacudió la cabeza negativamente, tratando de dominar la tos. Estaba echada de costado, incorporada sobre un codo, y sostenía un trozo de piel suave contra la boca. Tenía los ojos vidriosos por la fiebre y la cara roja por el esfuerzo. Miró a su madre, que la observaba fijamente, sentada en su cama, al otro lado del pasillo.

El enojo y la aflicción de Crozie eran evidentes. Había hecho todo lo posible para convencer a su hija de que pidiera ayuda, sin que la persuasión, las discusiones y las diatribas sirvieran de nada. Hasta ella había tomado la medicina de Ayla para el resfriado. Fralie cometía una estupidez al no aprovechar la ayuda disponible. Todo por culpa de ese estúpido de Frebec, pero de nada serviría decirlo. Crozie había resuelto no pronunciar una palabra más.

La tos de Fralie cedió y la muchacha se dejó caer en la cama, exhausta. Tal vez el otro dolor, el que ella no quería admitir, no volvería a presentarse. Aguardó, conteniendo el aliento para no molestar a nadie, atenazada por el temor. En la base de la espalda se inició un dolor sordo. Cerró los ojos y aspiró profundamente, tratando de ignorarlo a fuerza de voluntad. Apoyó una mano en el costado de su hinchado vientre y sintió que los músculos se le contraían por el dolor; su preocupación aumentó. «Es demasiado pronto», pensó. «El bebé no debería nacer hasta dentro de

otro ciclo lunar, cuando menos».

—Fralie, ¿estás bien? —preguntó Frebec, que seguía allí, de pie, sosteniendo el tazón de agua.

Ella trató de sonreírle, viendo su preocupación, su desamparo.

—Es por la tos —dijo—. En primavera todo el mundo enferma.

«Nadie le comprende», pensó. Y su madre menos que nadie. Él se esforzaba por demostrar a todos que valía para algo. Por eso no cedía en nada, por eso discutía tanto y se ofendía con tanta facilidad. Su comportamiento avergonzaba a Crozie. No comprendía que el propio valor (el número y la calidad de las vinculaciones, la fuerza de la propia influencia) se demuestra admitiendo lo que los amigos y familiares estén dispuestos a dar, para que todos lo vean. Crozie había tratado de hacérselo comprender haciéndole donación del derecho a la Cigüeña: no sólo el hogar que Fralie había aportado al aparearse con él, sino el derecho a reclamar la Cigüeña como derecho natural propio.

La anciana había esperado de su parte una graciosa aquiescencia a todos sus deseos y peticiones, como demostración de que él apreciaba y comprendía el valor de pertenecer al Hogar de la Cigüeña, que aún era nominalmente de ella, aunque no poseía nada más. Pero las exigencias de Crozie solían ser excesivas. Había perdido tanto que le costaba renunciar a lo que constituía la base de su prestigio, sobre todo en favor de alguien que tan poco podía ofrecer. Crozie temía que él restara valor a su rango y necesitaba asegurarse constantemente de que su honor fuera apreciado. Fralie no quería avergonzarle intentando explicárselo. Era algo sutil, algo que uno aprendía según iba creciendo… cuando se poseía algo. Pero Frebec nunca había poseído nada.

El dolor de espalda de Fralie se reprodujo. Si permanecía acostada y quieta, quizá desapareciera…, siempre que pudiera contener la tos. Comenzaba a lamentarse de no poder acudir a Ayla, por lo menos para que la diera algo contra la tos, pero no quería que Frebec tuviera la impresión de que se estaba poniendo de parte de su madre. Y una explicación larga no haría sino irritarle la garganta, poniendo a Frebec a la defensiva. Empezó a toser otra vez, justo cuando la contracción llegaba a su punto culminante, y ahogó un grito de dolor.

—¿Fralie? ¿Es… algo más que la tos? —preguntó él, mirándola con fijeza, pues no creía que la tos pudiera hacerla gemir así.

Ella vaciló.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, al bebé.

—Pero has tenido ya dos hijos. Sabes qué hacer en esos casos, ¿no?

Fralie cayó en un acceso de tos espasmódica. Cuando recobró su dominio, esquivó la pregunta.

Cuando Ayla volvió a su cama para terminar de vestirse, la luz asomaba ya por los

bordes de la cubierta del agujero para el humo. Casi todo el Campamento había pasado en vela buena parte de la noche. Primero habían sido las toses incontrolables de Fralie, pero pronto fue evidente que no la aquejaba tan sólo el resfriado. Tronie tenía dificultades con Tasher, que deseaba volver junto con su madre. Le cogió en brazos para llevarle al Hogar del Mamut, donde Ayla se hizo cargo de él. Como todavía lloriqueaba, le paseó por el amplio hogar, ofreciéndole objetos para distraerle. El cachorro de lobo la seguía. Caminando con Tasher en brazos, cruzó el Hogar del Zorro y el del León, hasta llegar al de cocinar.

Jondalar la vio aproximarse, tratando de consolar al niño, y su corazón latió más de prisa. Mentalmente deseaba que ella se acercara, pero la idea le ponía nervioso. Apenas se hablaban desde su traslado, y él no sabía qué decirle. Miró en derredor, buscando algo que apaciguara al bebé; encontró un hueso pequeño que había sobrado del asado.

—Tal vez se calme si chupa esto —sugirió, tendiéndole el hueso, cuando la joven entró en el gran hogar comunitario.

Ayla cogió el hueso y lo puso en manos del niño.

—Toma. ¿Te gusta, Tasher?

No quedaba carne, pero aún conservaba algún sabor. El niño metió el extremo redondeado en la boca, lo degustó y decidió que le gustaba. Por fin se quedó tranquilo.

—Fue una buena idea, Jondalar —dijo Ayla, con el pequeño en brazos, levantando los ojos hacia él.

—Mi madre solía hacer algo así cuando mi hermanita se ponía caprichosa —respondió él.

Se miraron, sedientamente ansiosos de su mutua contemplación. Sin decir nada, ambos se saciaban de aquella visión, fijándose en cada rasgo, en cada sombra, en cada detalle cambiante. «Ha adelgazado», pensó Ayla; «parece ojeroso». «Está preocupada y afligida por Fralie; quiere ayudar», pensó Jondalar. «¡Oh, Doni, qué bella es!».

Tasher dejó caer el hueso y a Lobo le faltó tiempo para apoderarse de él.

—¡Deja! —ordenó la muchacha.

El cachorro dejó la presa en el suelo, de mala gana, pero permaneció montando guardia ante él.

—Sería mejor que se lo dejaras. No creo que a Frebec le guste si se entera de que has dado a Tasher el hueso después de haberlo tenido Lobo en la boca.

—No quiero que se apodere de cosas ajenas.

—Pero no se lo ha quitado a nadie. Tasher lo dejó caer. Probablemente Lobo pensó que era para él —observó Jondalar, en tono razonable.

—Quizá tengas razón. Supongo que no hará mal a nadie si se lo dejo.

Hizo una seña; el joven lobo abandonó su posición de alerta y recogió el hueso; luego se encaminó directamente a las pieles que Jondalar había tendido en el suelo,

cerca del sector donde trabajaba el pedernal, y se acomodó en ellas para roer el hueso.

—Sal de ahí, Lobo —dijo Ayla, dando un paso hacia él.

—No importa, Ayla, está bien. Viene con frecuencia y se instala como en su casa. Me… gusta.

—Entonces está bien —dijo ella, y sonrió—. Siempre te entendiste bien con Corredor. Creo que los animales se encariñan contigo.

—Pero contigo mucho más. Te aman. Y yo… —se interrumpió, frunciendo la frente, cerrando los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se irguió un poco más y retrocedió un paso—. La Madre te ha concedido un don singular —comentó, con actitud y de modo mucho más formal.

De pronto Ayla sintió que se le saltaban lágrimas ardientes y que un nudo le apretaba la garganta. Bajó la vista al suelo y ella también retrocedió un paso.

—Por lo que he oído, creo que Tasher tendrá un hermanito dentro de poco tiempo —observó Jondalar, cambiando de tema.

—Eso temo —confirmó Ayla.

—¿Cómo? ¿Crees que no debe tener ese bebé? —se extrañó él.

—Por supuesto que sí, pero ahora no. Es demasiado pronto.

—¿Estás segura?

—No, no estoy segura. No me han permitido examinarla.

—¿Frebec?

Ayla asintió.

—No sé qué hacer.

—No entiendo por qué menosprecia tu capacidad.

—Según dice Mamut, no cree que los «cabezas chatas» sepan nada de medicina; por eso no acepta que yo haya podido aprender nada de ellos. Fralie necesita ayuda, pero Mamut dice que ella misma debe pedirla.

—Probablemente Mamut tiene razón, pero si está a punto tener un bebé, podría pedirla.

Ayla cambió de brazo a Tasher, que se había puesto el pulgar en la boca y parecía satisfecho por el momento. Miró a Lobo tendido en las familiares pieles de Jondalar, que hasta hacía poco habían estado junto a las suyas.

La vista de las pieles y la presencia del joven le hicieron recordar sus manos, las sensaciones que sabía despertar en ella. Hubiera querido que aquellas pieles estuvieran todavía en su plataforma. Cuando volvió a mirarle, sus ojos delataban su deseo. Jondalar experimentó una reacción tan instantánea que sintió un fuerte anhelo de cogerla en sus brazos, pero se contuvo. Su actitud desorientó a Ayla. Hasta un momento antes había estado mirándola de ese modo que siempre le provocaba un cosquilleo muy dentro del cuerpo. ¿Por qué ahora no? Se sintió abrumada, pero por un momento había sentido… algo…, esperanza, quizá. Tal vez encontrara el modo de llegar a él si insistía.

—Espero que lo haga —dijo—, pero tal vez ya sea demasiado tarde para detener

el curso del parto.

Se disponía a marcharse; Lobo se levantó para seguirla. Ayla miró al animal y luego al hombre. Después de una pausa, preguntó:

—Si me reclama, Jondalar, ¿podrás retener a Lobo aquí? No quiero que me siga al Hogar de la Cigüeña y esté siempre en medio.

—Sí, por supuesto —dijo—. Pero ¿se quedará?

—¡Vuelve, Lobo! —ordenó ella. El cachorro la miró con un pequeño gemido, casi una pregunta—. ¡Ve a la cama de Jondalar! —Ayla levantó el brazo, señalándola —. A la cama de Jondalar.

Lobo bajó la cola y volvió atrás, medio agazapado.

—¡Quieto aquí! —le ordenó ella.

El lobezno se tendió en el sitio, con la cabeza entre las patas, y la siguió con los ojos cuando ella abandonó el hogar.

Crozie, que seguía sentada en su cama, observaba cómo Fralie se retorcía y gritaba. Cuando pasó el dolor, la embarazada aspiró profundamente, pero le sobrevino otro ataque de tos. La madre creyó detectar una mirada de desesperación. También ella estaba desesperada. Alguien tenía que hacer algo. El proceso del parto estaba ya muy avanzado y la tos estaba debilitando a Fralie. Ya no había muchas esperanzas para el bebé, que iba a nacer demasiado prematuro; los bebés prematuros no sobrevivían. Pero Fralie necesitaba algo para aliviar la tos y los dolores; más tarde necesitaría también algo que aliviara su angustia. De nada había servido hablar a Fralie mientras aquel estúpido estaba cerca. ¿Cómo no se daba cuenta de que ella se encontraba en dificultades?

Crozie estudió a Frebec, que trajinaba alrededor de la cama, desolado y con aspecto de estar preocupado. Tal vez, después de todo, lo estuviera realmente. Tal vez convenía hacer otro intento, pero ¿serviría de algo hablar con Fralie?

—¡Frebec! —dijo—. Quiero hablar contigo.

El hombre pareció sorprenderse. Crozie rara vez le llamaba por su nombre o le anunciaba que deseaba hablar con él. Por lo general se limitaba a gritarle.

—¿Qué quieres?

—Fralie es demasiado terca y no me escucha, pero a estas horas te habrás dado cuenta de que va a tener el bebé.

Fralie la interrumpió con un ahogado ataque de tos.

—Dime la verdad, Fralie —dijo él, al cesar las toses—, ¿está viniendo el bebé?

—Creo…, creo que sí —fue la respuesta.

Él sonrió haciendo una mueca.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque confiaba estar equivocada.

—Pero ¿por qué? —inquirió él, súbitamente inquieto—. ¿No quieres a ese bebé?

—Es demasiado pronto, Frebec. Los bebés que nacen prematuramente no sobreviven—. Era Crozie quien respondía por ella.

—¿Que no viven? Fralie, ¿hay algo que ande mal? ¿Es cierto que este bebé no vivirá?

Frebec estaba espantado y lleno de miedo. La sensación de que algo andaba muy mal había ido creciendo en él durante todo el día, pero no quería creer que fuera tan grave.

—Es el primer hijo de mi hogar, Fralie. Tu bebé, nacido en mi hogar —se arrodilló junto a la cama para cogerle la mano—. Este bebé tiene que vivir. Dime que vivirá —suplicó—. Fralie, dime que vivirá.

—No puedo decírtelo. No sé —la voz de la mujer brotaba tensa y ronca.

—Creía que sabías de estas cosas, Fralie. Eres madre. Ya has tenido dos hijos.

—Cada vez es diferente —susurró ella—. Éste ha sido difícil desde el principio. Tenía miedo de perderle. Había otros problemas… Hallar un sitio donde instalarnos… No sé, pero creo que es demasiado pronto para que nazca.

—¿Por qué no me lo has dicho, Fralie?

—¿Y qué habrías podido hacer tú? —dijo Crozie, con voz reprimida, casi desolada—. ¿Qué podías hacer tú? ¿Sabes algo de embarazos, de partos, de tos, de dolores? No quería decírtelo porque no has hecho sino insultar a la única que podía ayudarla. Ahora la criatura morirá, y no sé hasta qué extremo llega la debilidad de la madre.

Frebec se volvió hacia Crozie.

—¿Fralie? ¡A Fralie no puede pasarle nada! ¿Verdad que no? ¡Si todas las mujeres tienen hijos, uno tras otro!

—No sé, Frebec. Mírala y juzga por ti mismo.

Fralie estaba tratando de dominar un acceso de tos inminente y empezaba a repetirse el dolor en la espalda. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido, el pelo enredado, el rostro brillante de sudor. Frebec se levantó de un salto e hizo ademán de abandonar el hogar.

—¿Adónde vas, Frebec? —preguntó la parturienta.

—Voy a traer a Ayla.

—¿Ayla? Pero si…

—Desde que llegó ha estado diciendo que tenías problemas. En eso, al menos, tenía razón. Y si sabe de eso, tal vez sea curandera, como todos dicen. No sé si es cierto, pero tenemos que hacer algo… a menos que tú no quieras.

—Trae a Ayla —susurró Fralie.

La excitada tensión se transmitió a todo el albergue, en tanto Frebec iba hacia el Hogar del Mamut.

—Ayla, Fralie está… —pudo decir apenas, demasiado nervioso para preocuparse por su orgullo.

—Sí, lo sé. Manda a alguien a llamar a Nezzie para que venga a ayudarme y trae

ese recipiente. Con cuidado: está caliente. Es una tisana para su garganta.

Y Ayla echó a andar, precipitadamente, hacia el Hogar de la Cigüeña. Fralie, al verla allí, experimentó de súbito un gran alivio.

—Lo primero es arreglar esta cama y ponerte cómoda —dijo la muchacha, tirando de las cubiertas e incorporándola con pieles y almohadas.

Fralie sonrió. De pronto, por alguna razón, notó que Ayla todavía conservaba cierto acento exótico. No, en realidad no era un acento, sino cierta dificultad para pronunciar determinados sonidos. Resultaba extraño que una se acostumbrara a algo así. La cabeza de Crozie apareció junto a la cama, entregó a Ayla una pieza de cuero, bien plegada.

—Es su frazada de parto, Ayla —la desplegaron y, mientras Fralie cambiaba de posición, la extendieron por debajo de ella—. Ya era hora de que te llamaran, pero no queda tiempo para detener el nacimiento —se quejó la anciana—. Lástima; tenía la corazonada de que esta vez sería una niña. Es una pena que muera.

—No estés tan segura de que morirá, Crozie —dijo Ayla.

—Pero si es prematuro. Lo sabes.

—Sí, pero no le mandes todavía al otro mundo. Hay cosas que se pueden hacer, si no llega con demasiada anticipación… y si el parto va bien —Ayla miró a Fralie—. Ya veremos.

—Ayla —exclamó la parturienta, con los ojos brillantes—, ¿crees que hay esperanza?

—Siempre hay esperanza. Ahora bebe esto. Te calmará la tos y te hará sentirte mejor. Después veremos si estás en estado avanzado o no.

—¿Qué contiene eso? —preguntó Crozie.

Ayla observó a la anciana un momento, antes de responder. En su voz había una orden implícita, pero Ayla percibió la preocupación y el interés que la motivaban. Se percató de que aquel modo de preguntar era propio de Crozie, como si estuviera habituada a dar órdenes. Pero este tono autoritario podía ser mal interpretado en boca de alguien que no ostentaba rango de autoridad.

—La corteza interior de un arbusto parecido al cerezo, para tranquilizarla, para calmar su tos y aliviar el dolor del parto —explicó Ayla—, hervida con raíz de ranúnculo azul, pulverizada, para que los músculos trabajen más y aceleren el parto. Ya está demasiado avanzado para poder interrumpirlo.

—Hum —vocalizó Crozie, asintiendo.

Le interesaba tanto verificar la habilidad de Ayla como conocer los ingredientes exactos. La respuesta la dejó satisfecha; Ayla no se limitaba a administrar el remedio que alguien le había indicado, sino que sabía lo que estaba haciendo. Ella no conocía las propiedades de esas plantas, pero era evidente que la muchacha sí.

A lo largo del día, todo el mundo pasó por el Hogar de la Cigüeña para hacer una

visita de pocos minutos y ofrecer a Fralie un apoyo moral. Sin embargo, las sonrisas de aliento tenían un deje de tristeza. Todos sabían que Fralie estaba sometida a una dura prueba que tenía muy pocos visos de llegar a un final feliz.

Para Frebec, el tiempo se arrastraba lentamente. No sabía qué esperar y se sentía perdido, inseguro. Había presenciado algún otro parto, pero no recordaba que fueran tan largos; tampoco le había parecido que el alumbramiento fuera tan difícil para otras mujeres. ¿Acaso todas se retorcían, forcejeaban y gritaban así?

En su hogar, con tantas mujeres allí, no había lugar para él; de cualquier modo, no le necesitaban. Mientras estuvo sentado en la cama de Crisavec, observando y esperando, nadie reparó siquiera en él. Por fin se levantó para alejarse, sin saber adónde ir. Sintió que tenía hambre y se encaminó hacia el primer hogar, con la esperanza de encontrar restos de asado o algo así. En el fondo, pensaba buscar a Talut. Necesitaba hablar con alguien, compartir su experiencia con alguien que pudiera comprenderle. Cuando llegó al Hogar del Mamut, vio allí a Ranec, Danug y Tornec, de pie junto al fuego, conversando con Mamut; bloqueaban parcialmente el pasillo y Frebec se detuvo. No tenía ganas de enfrentarse con ellos y pedirles que se apartaran. Pero tampoco podía quedarse eternamente allí. Por fin empezó a cruzar el espacio central, rumbo a ellos.

—¿Cómo está Fralie, Frebec? —preguntó Tornec.

Aquella pregunta amistosa le sorprendió vagamente.

—Ojalá lo supiera —respondió.

—Te comprendo —manifestó el otro, con una sonrisa agria—. Nunca me siento tan inútil como cuando Tronie está dando a luz. Detesto verla sufrir y querría ayudar de algún modo. Pero no se puede hacer nada. Eso es cosa de mujeres; le corresponde a ella llegar hasta el final. Siempre me sorprende, cuando todo termina, que puedan olvidarse de todo en cuanto ven al bebé y saben que está… —se interrumpió, comprendiendo que había hablado de más—. Disculpa, Frebec, no quise decir…

Frebec frunció el ceño y se volvió hacia Mamut.

—Fralie dice que este bebé está naciendo con demasiada anticipación. Dice que los bebés prematuros no viven. ¿Es cierto? ¿Este bebé va a morir?

—No te puedo responder a eso, Frebec. Está en manos de Mut —dijo el anciano —. Pero sé que Ayla no renunciará. Depende de cuánta sea la anticipación. Los bebés prematuros son débiles y pequeños; por eso, generalmente, mueren. Pero no siempre, sobre todo si no llegan demasiado pronto. Y cuanto más viven, mayores son las posibilidades de que sobrevivan. No sé qué puede hacerse, pero, en cualquier caso, Ayla es la persona indicada. Recibió un don poderoso y tengo por seguro una cosa: ninguna Mujer Que Cura podría haber recibido una preparación mejor. Sé de primera mano lo hábiles que son las curanderas del Clan. Una de ella me curó, cierta vez.

—¡A ti! ¿Te curó una cabeza chata? —se asombró Frebec—. No entiendo. ¿Cómo, cuándo?

—Cuando era joven, en mi Viaje —dijo Mamut.

Los jóvenes esperaron a que continuara el relato, pero pronto fue evidente que no daría más información.

—Me pregunto, viejo, cuántos secretos y cuántas historias ocultan los años de tu larga vida —comentó Ranec con una ancha sonrisa.

—He olvidado más de lo que abarca toda tu vida, joven, a pesar de lo mucho que recuerdo. Ya era viejo cuando tú naciste.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Danug—. ¿Lo sabes?

—En otros tiempos llevaba la cuenta dibujando, en la piel interior de un cuero, cada primavera, un recordatorio, de algún acontecimiento importante que se hubiera producido durante el año. Llené varios; el biombo ceremonial es uno de ellos. Ahora soy tan viejo que no llevo la cuenta. Pero te daré una idea, Danug. Mi primera compañera tuvo tres hijos —Mamut miró a Frebec—. El primero, un varón, murió. La segunda, a su vez, tuvo cuatro hijos. La mayor de esos cuatro, al crecer, dio a luz a Tulie y a Talut. Tú, por supuesto, eres el primer hijo de la compañera de Talut. Y la compañera del primogénito de Tulie puede estar esperando un hijo, a estas horas. Si Mut me concede otra temporada, tal vez vea a la quinta generación. Así de viejo soy, Danug.

El muchacho meneó la cabeza. Mamut era más anciano de lo que él pudiera siquiera imaginar.

—Manuv y tú, ¿no sois parientes, Mamut? —preguntó Tornec.

—Él es el tercer hijo de la compañera de un primo más joven, así como tú eres el tercer hijo de la compañera de Manuv.

En ese momento se produjo cierto alboroto en el Hogar de la Cigüeña y todos se volvieron a mirar en aquella dirección.

—Ahora respira profundamente —dijo Ayla— y empuja una vez más. Ya casi has terminado.

Fralie jadeó, tratando de tomar aliento, y empujó con fuerza, apretando las manos de Nezzie.

—¡Bien! ¡Así está bien! —la alentó Ayla—. Ya viene. ¡Ya viene! ¡Bien! ¡Aquí está!

—¡Es una niña, Fralie! —dijo Crozie—. ¡Te dije que sería una niña!

—¿Cómo está? —preguntó la parturienta—. ¿Está…?

—¿La ayudas a expulsar la placenta, Nezzie? —pidió Ayla, mientras limpiaba el moco de la boca de la criatura, que forcejeaba por aspirar su primera bocanada de aire. Hubo un silencio angustioso. De pronto, el anhelante y milagroso grito de la vida.

—¡Está viva! ¡Está viva! —exclamó Fralie, con lágrimas de alivio y esperanza.

«Sí, está viva», pensó Ayla, «pero es tan pequeña…». Nunca había visto un bebé tan diminuto. Pero estaba viva, pataleaba, se debatía y respiraba. Ayla la puso boca

abajo, atravesada contra el vientre de Fralie. Entonces cayó en la cuenta de que sólo había visto nacer a los bebés del Clan. Tal vez los Otros nacían más pequeños. Ayudó a Nezzie con la placenta; luego puso a la criatura de espaldas para atar el cordón umbilical en dos sitios, con trozos de tendón teñido de rojo. Empleó un afilado cuchillo de pedernal para cortar entre ambas ataduras. Para bien o para mal, la niña estaba librada a sus fuerzas; era un ser humano independiente, vivo y palpitante. Pero los dos días siguientes serían críticos.

Mientras limpiaba a la criatura, Ayla la examinó cuidadosamente. Parecía perfecta, aparte de su excepcional pequeñez y su débil llanto. La envolvió en una cubierta de piel suave y se la entregó a Crozie. Cuando Nezzie y Tulie hubieron retirado la frazada de parto, Ayla verificó que la madre estuviera limpia y cómoda, equipada con una absorbente almohadilla hecha con lana de mamut, y con su hija recién nacida en el hueco del brazo. Después llamó a Frebec por señas, para que viera a la primera hija de su hogar. Crozie no se movió de su sitio.

Fralie la descubrió un poco, mirando a Ayla con lágrimas en los ojos.

—Es tan pequeñita —dijo, arropándola.

Abrió la delantera de su túnica y la acercó a su pecho. La pequeña buscó a tientas, halló el pezón y, por la sonrisa de Fralie, Ayla comprendió que estaba succionando. A los pocos segundos dejó el pecho; parecía exhausta por el esfuerzo.

—Qué pequeña es… ¿Vivirá? —preguntó Frebec a Ayla. Su pregunta parecía una súplica.

—Está respirando. Si puede mamar, hay esperanzas. Pero necesitará ayuda para sobrevivir. Es preciso mantenerla abrigada. La poca fuerza que tiene ha de ser reservada para mamar. Y toda la leche que trague debe estar destinada a crecer —Ayla miró a Frebec y a Crozie con severidad—. Si queréis que viva, no ha de haber más riñas en este hogar. Eso podría inquietarla, y si se inquieta, no podrá crecer. Ni siquiera podemos permitir que llore; no tiene fuerzas para llorar. Impediría que la leche que necesita la haga crecer.

—¿Cómo puedo impedir que llore, Ayla? ¿Cómo sabré cuándo amamantarla si no llora? —preguntó Fralie.

—Tanto Frebec como Crozie deben ayudarte, porque la niña necesita estar contigo constantemente, como si todavía estuviera en tu vientre. Lo mejor será hacer un aparejo que la sostenga contra tu pecho. De ese modo la mantendrás abrigada y la reconfortarás con tu contacto y el sonido de tu corazón, al que está habituada. Y, lo que es más importante, cuando quiera mamar, le bastará girar la cabeza para alcanzar el pecho, Fralie. Así no malgastará en llanto la energía que necesita para crecer.

—¿Y para cambiarla?

—Úntale la piel con un poco de ese sebo blando que te he dado, Crozie. Voy a preparar más. Usa estiércol, bien limpio, para absorber sus deposiciones. Cuando haya que cambiarla, retira el estiércol, para que no la muevas demasiado. Tú debes descansar, Fralie, y no moverte demasiado con ella. También a ti te beneficiará.

Trataremos de que no tosas mucho. Si sobrevive unos cuantos días, cada día que supere la hará más fuerte. Con vuestra ayuda, Frebec y Crozie, tiene posibilidades de sobrevivir.

En el albergue iba reinando una atmósfera de tímida esperanza a medida que iban cerrándose las cortinas contra un sol rojo circundado por un cúmulo de nubes que cruzaban por el horizonte. Casi todos habían terminado la cena y estaban avivando el fuego, limpiando los utensilios o acostando a los niños para reunirse a conversar, como todas las noches. Varias personas se habían sentado ya ante el Hogar del Mamut, pero la conversación se reducía a un murmullo, como si hablar en voz alta fuera una transgresión.

Ayla había dado a Fralie una bebida para relajarla, a fin de que pudiera dormir. En los días siguientes podría descansar muy poco. Casi todos los bebés se adaptaban a una rutina de razonables períodos de sueño entre sus mamadas, pero la recién nacida no podía succionar mucho tiempo y, por lo tanto, no dormía mucho rato cuando ya estaba pidiendo de nuevo más alimento. Fralie tendría que dormir también a intervalos cortos hasta que la niña se fortaleciera.

Resultaba casi extraño ver a Frebec y a Crozie trabajando al unísono, ayudándose mutuamente para atender a Fralie y dando muestras de una comedida cortesía. Tal vez no durara, pero al menos lo estaban intentando y parte de su animosidad parecía haber desaparecido.

Crozie se acostó temprano. El día había sido difícil y ella ya no era tan joven. Se sentía cansada y pensaba levantarse pronto para atender a Fralie. Crisavec aún dormía con el hijo de Tulie; Tasher estaba con Tronie.

Frebec, solo en el Hogar de la Cigüeña, contemplaba el fuego, dominado por emociones confusas. Se sentía ansioso por proteger a la diminuta criatura, la primera hija de su hogar, y temía por ella. Ayla se la había puesto en los brazos un momento, mientras ella y Crozie se ocupaban de Fralie. La estudió prolongadamente asombrado de que un ser tan pequeño pudiera ser tan perfecto; hasta tenía uñas en sus diminutos dedos. Temía moverse, temía romperla; fue un alivio que Ayla volviera a hacerse cargo de ella, pero también le costó entregársela.

De pronto se levantó y echó a andar por el pasillo. No quería estar solo esa noche. Se detuvo en los límites del Hogar del Mamut, contemplando a las personas sentadas alrededor del fuego. Eran los miembros más jóvenes del Campamento. En otros tiempos habría pasado de largo para ir al primer hogar, donde habría conversado con Talut y Nezzie, con Tulie y con Barzec, con Manuv o Wymez; últimamente con Jondalar, y a veces con Danug. Aunque Crozie estaba allí con frecuencia, resultaba más fácil ignorarla que enfrentarse a la posibilidad de verse desdeñado por Ranec o marginado por Deegie. Pero Tornec, aquel día, se había mostrado amistoso; su compañera era madre, él sabía bien lo que sentía un hombre. Frebec aspiró hondo y

se acercó al hogar.

En el momento en que se detenía junto a Tornec, el grupo rompió a reír. Por un instante, Frebec pensó que se reían de él y estuvo a punto de marcharse.

—¡Frebec, estás ahí! —exclamó Tornec.

—Creo que queda un poco de infusión —dijo Deegie—. Voy a servirte un poco.

—Todos dicen que es una niñita preciosa —comentó Ranec—. Y Ayla asegura que hay esperanzas.

—Es una suerte que tengamos a Ayla aquí —agregó Tronie.

—Sí, es una suerte —reconoció Frebec.

Nadie dijo nada durante unos instantes. Era el primer comentario favorable que oían a Frebec con respecto a Ayla.

—Quizá podamos darle nombre en el Festival de Primavera —dijo Latie, que estaba sentada a la sombra, junto a Mamut; el recién llegado no la había visto—. Eso le traería buena suerte.

—Sí, en efecto —comentó Frebec, cogiendo la taza que Deegie le ofrecía. Comenzaba a sentirse algo más cómodo.

—Yo también voy a tomar parte en el Festival de Primavera —anunció la jovencita, entre tímida y orgullosa.

—Latie ya es mujer —le informó Deegie, con la leve condescendencia de toda hermana mayor que se dirige a otro adulto bien enterado de las cosas.

—Este año, en la Reunión de Verano, pasará por el Rito de los Primeros Placeres —agregó Tronie.

Frebec asintió y dedicó una sonrisa a Latie, sin saber qué decir.

—¿Fralie todavía está durmiendo? —preguntó Ayla.

—Dormía cuando la dejé.

—En ese caso, creo que yo también voy a acostarme —dijo ella, levantándose—. Estoy cansada —apoyó una mano en el brazo de Frebec—. ¿Quieres avisarme cuando se despierte?

—Sí, Ayla, te avisaré. Y…, eh…, eh…, gracias —concluyó, con suavidad.

—Creo que está creciendo, Ayla —dijo Fralie—. Estoy segura de que tiene más peso. Y comienza a mirar en derredor. Además, mama durante más tiempo.

—Tiene cinco días. Es posible que se esté fortaleciendo —corroboró Ayla.

Fralie sonrió, con los ojos llenos de lágrimas.

—No sé qué habría hecho sin ti —dijo—. Me he reprochado mucho el no haberte llamado antes. Este embarazo no marchó bien desde el comienzo, pero cuando madre y Frebec empezaron a reñir, no quise tomar partido.

Ayla se limitó a asentir.

—Sé que madre puede ser difícil de soportar, pero ha perdido tanto… Era Mujer Que Manda, ¿sabes?

—Lo suponía.

—Yo era la mayor de cuatro hijos. Tenía dos hermanas y un hermano… Cuando todo ocurrió, tenía aproximadamente la edad de Latie. Madre me llevó al Campamento del Ciervo para presentarme al hijo de la Mujer Que Manda. Quería acordar una Unión. Yo no quería ir, y cuando le vi, no me gustó. Era mayor; además, se interesaba más por mi rango que por mí. Pero antes de que acabara la visita, ella se las compuso para hacerme aceptar. Se dispuso todo para que nos apareásemos en la ceremonia de las Uniones del verano siguiente. Pero cuando llegamos a nuestro Campamento… Oh, Ayla, fue horrible…

Fralie cerró los ojos, tratando de dominarse.

—Nadie sabe lo que pasó, pero hubo un incendio. Era un albergue viejo, construido por el tío de madre. Dijeron que la paja, la madera o los huesos debían de estar resecos, que tal vez se inició por la noche… El caso es que nadie pudo salir.

—Lo siento, Fralie —dijo Ayla.

—Como no teníamos adónde ir, volvimos al Campamento del Ciervo. Se compadecieron de nosotros, pero aquello no les gustó. Tenían miedo a la mala suerte; además, nosotros habíamos perdido rango. Quisieron romper el trato, pero Crozie apeló al Consejo de las Hermanas y les obligó a cumplir. El Campamento del Ciervo habría perdido influencia y respeto si lo rompían. Ese verano nos aparearon. Madre dijo que era preciso, pues no nos quedaba otra solución. Pero nunca hubo mucha felicidad en aquella Unión, exceptuando a Crisavec y a Tasher. Madre siempre discutía con ellos, sobre todo con mi hombre. Estaba habituada a ser la Mujer Que Manda, a tomar decisiones y a recibir muestras de respeto. Para ella no fue fácil perder esas cosas. No podía resignarse. La gente empezó a considerarla amargada y murmuradora, que siempre estaba quejándose y gruñendo; nadie la quería cerca.

Fralie hizo una pausa antes de proseguir:

—Cuando mi hombre fue corneado por un uro, el Campamento del Ciervo dijo que nosotros traíamos mala suerte y nos expulsó. Madre trató de arreglarme otra Unión. Había algunos pretendientes, porque yo tenía aún el rango de mi nacimiento; nadie te puede quitar nunca aquello con lo cual naciste. Pero nadie quería a mi madre. Decían que traía mala suerte, pero creo que era por sus quejas constantes. De cualquier modo, yo no podía criticarla. Ellos no comprendían.

»El único que hizo una oferta fue Frebec. No tenía mucho que ofrecer —Fralie sonrió—, pero ofreció cuanto tenía. Al principio no me atraía mucho. Él no tenía mucho rango y no siempre sabe cómo actuar; esto avergüenza a mi madre. Como quiere ser digno, trata de darse importancia diciendo cosas desagradables de… otras personas. Decidí irme con él por un tiempo, a manera de prueba. A madre le sorprendió que, a nuestro regreso, yo estuviera dispuesta a aceptar su ofrecimiento. Ella nunca ha comprendido…

Miró a Ayla con una suave sonrisa.

—¿Puedes imaginarte lo que se siente cuando estás apareada con alguien que no

te quiere, que nunca se interesó por ti? Después encuentras a un hombre que te quiere hasta el punto de dar todo cuanto posee y de prometer todo lo que en el futuro pueda conseguir… Esa primera noche me trató como…, como si yo fuera un tesoro especial. No podía creer que estuviera en su derecho al tocarme. Hizo que me sintiera…, no puedo explicarlo…, deseada. Aún es así cuando estamos solos. Pero él y madre comenzaron a discutir desde un principio. El hecho de que yo te consultara o no se convirtió en una cuestión de orgullo entre ambos. Y yo no podía rebajar su dignidad, Ayla.

—Creo comprenderte, Fralie.

—Yo trataba de convencerme de que las cosas no estaban tan mal, que lo que me diste surtía efecto. Siempre pensé que él cambiaría de idea cuando llegara el momento, pero quería que fuera idea suya, no algo impuesto.

—Me alegro de que haya sido razonable.

—Pero no sé que habría hecho si mi bebé…

—Todavía no estamos seguros, pero creo que estás en lo cierto: se la ve más fuerte —dijo Ayla.

Fralie sonrió.

—He escogido un nombre para ella. Espero que haga feliz a Frebec. Quiero llamarla Bectie.

Ayla estaba junto a la plataforma de almacenamiento vacía, clasificando vegetales secos. Había pequeños montones de cortezas, raíces y semillas; haces de tallos y cuencos con flores secas, hojas y frutos; hasta algunas plantas enteras. Ranec se aproximó, tratando de no llamar la atención sobre la mano que ocultaba a la espalda.

—¿Estás muy ocupada? —preguntó.

—No, en realidad no, Ranec. He estado revisando mis medicinas, para ver qué me hace falta. Hoy he salido con los caballos. La primavera ya está cerca. Es mi estación favorita, ¿sabes? Ya se ven brotes verdes y pelusas en los sauces. Pronto empezará el verdor.

Ranec sonrió ante su entusiasmo.

—Todo el mundo espera con ansias el Festival de Primavera. Es el momento en que celebramos la vida nueva, los nuevos nacimientos. Con la pequeña de Fralie y el nuevo estado de Latie, hay mucho que celebrar.

Ayla frunció levemente el ceño. No estaba segura de que le gustara su propio papel en el Festival de Primavera. Mamut la había estado adiestrando y ocurrían cosas muy interesantes, pero todo aquello la asustaba un poco. No tanto como había pensado en un comienzo, la verdad. Todo saldría bien. Y volvió a sonreír.

Ranec la estaba observando, preguntándose qué estaría pasando por su mente, mientras buscaba el modo de abordar el asunto que le había llevado allí.

—Este año, la ceremonia podría ser muy especial…

Hizo una pausa, buscando las palabras apropiadas.

—Supongo que tienes razón —dijo Ayla, quien todavía estaba pensando en su propio papel.

—No te veo muy entusiasmada —observó el muchacho moreno, sonriendo.

—¿No? ¡Pero sí me entusiasma que Fralie le dé nombre a su bebé! ¡Y también me alegro por Latie! Recuerdo lo feliz que me sentí al convertirme, finalmente, en mujer. Y qué alivio fue para Iza. Sólo que Mamut tiene ciertos planes y no sé si me gustan.

—Siempre olvido que llevas poco tiempo entre los Mamutoi. Todavía no sabes lo que representa el Festival de Primavera. No me extraña que no te entusiasme tanto como a los demás —frotó los pies contra el suelo, nervioso, y bajó la vista por un momento—. Podría entusiasmarte más, Ayla, y también a mí, si acaso…

Ranec se interrumpió. De pronto decidió cambiar el modo de enfocar el tema y mostró el objeto que estaba ocultando.

—He hecho esto para ti.

Ayla miró aquello y levantó hacia Ranec unos ojos dilatados de sorpresa y placer.

—¿Para mí? Pero ¿por qué?

—Porque así lo deseaba. Es para ti, simplemente. Considéralo como regalo de primavera —dijo, instándola a cogerlo.

Ella aceptó la talla de marfil y la sostuvo con cuidado, examinándola.

—Es una de tus mujeres-pájaro —comentó, con respetuoso placer—. Como la que me mostraste anteriormente, pero no es la misma.

A Ranec se le iluminaron los ojos.

—La hice especialmente para ti, pero debo advertirte algo —añadió, con burlona seriedad—: He puesto en ella cierta magia, para que… te gustara y para que te gustara quien la talló.

—Para eso no tenías que infundirle magia, Ranec.

—¿Te agrada, entonces? Dime qué opinas de ella.

Habitualmente, Ranec no pedía opinión sobre su obra; no le importaba lo que pensaran los demás. Trabajaba para sí mismo y para complacer a la Madre. Pero en aquella oportunidad quería, por encima de todo, complacer a Ayla. Había puesto en cada línea su corazón, sus ansias, sus sueños, con la esperanza de que la figura surtiera su efecto en la mujer a la que amaba.

Ella observó atentamente la estatuilla, reparando en el triángulo apuntado hacia abajo, símbolo de la mujer, una de las razones por las que el tres era el número de la potencia generadora, cifra sagrada para Mut. El ángulo se repetía en cheurones, en lo que debía ser la parte frontal de la talla, si se la consideraba mujer, o la posterior si se la consideraba pájaro. Toda la estatuilla mostraba una decoración de cheurones y líneas paralelas, en un fascinante diseño geométrico, que resultaba agradable a la vista, pero también sugería otras cosas.

—Es muy bello, Ranec. Me gusta mucho el modo en que has trazado estas líneas. El diseño me hace pensar en las plumas, pero también en el agua, tal como se la

representa en los mapas.

La sonrisa de Ranec se ensanchó de placer.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que ibas a darte cuenta! Las plumas son Su Espíritu cuando se convierte en pájaro y retorna volando, en primavera, y las aguas del nacimiento con las que colmó los mares.

—Es una maravilla, Ranec, pero no puedo quedarme con ella —dijo Ayla, tratando de devolvérsela.

—¿Por qué, si la he hecho para ti? —protestó él, rehusando cogerla.

—Pero ¿qué puedo darte a cambio? No tengo nada que iguale el valor de esta figura.

—Si es eso lo que te preocupa, tengo una sugerencia que hacerte. Posees algo cuyo valor es muy superior a este trozo de marfil —los ojos de Ranec centelleaban de humor… y amor. De pronto se puso serio—. Unete a mí, Ayla. Sé mi compañera. Quiero compartir contigo un hogar. Quiero que tus hijos sean los hijos de mi hogar.

Ayla no se decidía a dar una respuesta. Ranec, notando su vacilación, siguió hablando, en un intento por convencerla.

—Piensa en lo mucho que tenemos en común. Eres Mamutoi y yo soy Mamutoi, pero los dos lo somos por adopción. Si nos apareamos, ninguno de los dos tendrá que mudarse a otro Campamento. Podríamos continuar viviendo aquí. Y tú seguirías cuidando de Mamut y de Rydag; eso haría feliz a Nezzie. Pero lo más importante es que te amo, Ayla. Quiero compartir mi vida contigo.

—No sé… qué decir.

—Di que sí, Ayla. Anunciémoslo, incluyamos una Ceremonia de Promesa en el Festival de la Primavera. Así podremos formalizar nuestra Unión este verano, en el Nupcial, cuando lo haga Deegie.

—No estoy segura… No creo que…

—No hace falta que respondas de inmediato —Ranec había abrigado la esperanza de que ella aceptara enseguida. Ahora comprendía que aquello podía requerir más tiempo, pero lo que no deseaba era que la respuesta fuera un «no»—. Di sólo que me darás la oportunidad de demostrarte lo mucho que te amo, lo mucho que te deseo, lo felices que podemos ser juntos.

Ayla recordó lo que Fralie había dicho. En realidad, una se sentía especial al saber que un hombre la quería, que alguien se interesaba por una, en vez de evitarla constantemente. Y le gustó la idea de permanecer allí, entre las personas que la amaban, entre sus seres amados. El Campamento del León era ahora su familia. Jondalar nunca se quedaría: ella lo sabía desde hacía mucho tiempo. Él deseaba retornar a su propio hogar. En otros tiempos había deseado llevársela consigo. Ahora parecía no quererla en absoluto.

Ranec era simpático y agradable; si se apareaba con él, podría permanecer allí. Y si pensaba tener otro bebé, era preferible darse prisa; a pesar de lo que Mamut dijera, tener dieciocho años, en su opinión, era ser vieja. Sería maravilloso tener otro bebé,

pensó. Como el de Fralie, sólo que más fuerte. Con Ranec podría tener un bebé. ¿Saldría con las facciones de Ranec, con sus ojos negros y hondos, sus labios, suaves, su nariz corta y ancha? Una nariz tan diferente de las del Clan, grandes, afiladas y picudas… La de Jondalar era un término medio, en tamaño y en forma… Pero ¿por qué pensaba en Jondalar?

De pronto se le ocurrió una idea que aceleró los latidos de su corazón de puro entusiasmo. «Si me quedo y me uno con Ranec», pensó, «¡podría ir en busca de Durc! El verano próximo, tal vez. Por entonces no habría Reunión del Clan. ¿Y Ura? ¿Por qué no traerla también? Si me voy con Jondalar, jamás volveré a ver a Durc. Los Zelandonii viven demasiado lejos. Y Jondalar no querrá volver por Durc para llevarlo con nosotros. Si Jondalar quisiera quedarse y convertirse en Mamutoi… Pero no quería».

Miró al hombre moreno y vio amor en sus ojos. «Tal vez debería pensar en unirme a él».

—Prometí que lo pensaría, Ranec.

—Lo sé, pero si necesitas más tiempo para pensar en hacer una Promesa, al menos ven a compartir mi cama, Ayla. Dame la oportunidad de demostrarte lo mucho que te quiero. Dime que aceptarás al menos eso. Ven a compartir mi cama, Ayla.

La cogió de la mano. La muchacha bajó la vista, tratando de ordenar sus sentimientos. Experimentaba un fuerte, aunque sutil, impulso de obedecerle. Aunque lo reconocía como lo que era, le costaba sobreponerse a la idea de que era una obligación acompañarle a su cama. Más aún, se preguntaba si debía darle esa oportunidad. Tal vez pudieran pasar por un período de prueba, como Fralie con Frebec.

Por fin asintió, siempre con la mirada baja.

—Iré a compartir tu cama.

—¿Esta noche?

—Sí, Ranec. Si así lo deseas, esta noche iré a compartir tu cama.

Capítulo 26

Jondalar buscó una posición desde la cual pudiera ver casi todo el Hogar del Mamut, a lo largo del pasillo y a través de los hogares que los separaban. El hábito de espiar a Ayla estaba tan arraigado en él que ya no se daba ni cuenta; ni siquiera se avergonzaba de ello. Era parte de su existencia: hiciera lo que hiciese, ella estaba siempre en su mente, con frecuencia en los límites mismos de lo consciente. Sabía todo cuanto hacía, quiénes la visitaban y cuánto tiempo pasaban con ella. Incluso tenía una idea de lo que habían conversado.

Sabía que Ranec pasaba mucho tiempo allí. Aunque no le gustaba verlos juntos, sabía también que Ayla no había mantenido ningún contacto íntimo con él. Este comportamiento de Ayla había calmado sus ansiedades, inclinándole a una cierta aceptación del estado de cosas. Por ello se sorprendió cuando la vio dirigirse al Hogar del Zorro en compañía de Ranec, mientras todo el mundo se preparaba para acostarse. Al principio no pudo creerlo. Supuso que iría en busca de algo y que volvería a su propia cama. Sólo comprendió que pensaba pasar la noche con el tallista cuando la vio ordenar a Lobo que volviera al Hogar del Mamut.

Entonces fue como si en la cabeza le estallara un incendio que estaba esparciendo su ira y su dolor ardoroso por todo su cuerpo. Estaba destrozado. Su primer impulso fue correr al Hogar del Zorro para llevársela a rastras. Su imaginación le mostraba a Ranec burlándose de él; sintió ganas de aplastar aquella cara morena y sonriente, aniquilando aquella sonrisa desdeñosa e irónica. Mientras luchaba por controlarse, tomó su pelliza y salió a la carrera.

Aspiró grandes bocanadas de aire frío, tratando de enfriar sus celos ardientes; el frío estuvo a punto de quemarle los pulmones. Un breve recrudecimiento del tiempo había endurecido la nieve semifundida y el barro pisoteado, formando hoyos y salientes que dificultaban la marcha. A los primeros pasos perdió pie en la oscuridad y le costó mantener el equilibrio. En cuanto llegó al anexo de los caballos volvió a entrar.

Whinney le saludó con un resoplido; Corredor le hociqueó en la oscuridad, buscando afecto. A lo largo de aquel difícil invierno había pasado mucho tiempo con los caballos, y más aún durante la incierta primavera. Ellos recibían de buen grado su compañía y le tranquilizaban con su presencia cálida, incondicional. Le llamó la atención un movimiento de la cortina interior. De inmediato sintió unas patas sobre la pierna y oyó un gemido suplicante. Se agachó para levantar al lobezno.

—¡Lobo! —dijo, sonriendo, aunque echó la cara hacia atrás ante sus ansiosos lametazos—. ¿Qué estás haciendo aquí? —De pronto perdió la sonrisa—. Ella te ha echado, ¿verdad? Estás acostumbrado a tenerla cerca y ahora tú la echas de menos a ella. Te comprendo. Es difícil habituarse a dormir solo cuando se la ha tenido al lado.

Mientras acariciaba al cachorro, Jondalar sintió que se aliviaban sus tensiones; se resistía a dejarle en el suelo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Lobo? No me gusta obligarte a regresar. Supongo que podría dejarte dormir conmigo.

Frunció el ceño, comprendiendo que estaba ante un dilema. ¿Cómo volver con el cachorro a su cama? Afuera hacía frío; no estaba seguro de que el animalito quisiera seguir con él, pero si volvía a través del Hogar del Mamut tendría que pasar por el del Zorro. Por nada del mundo habría pasado por allí en aquellos momentos. Jondalar lamentó no tener consigo las pieles de dormir. El anexo estaba frío por falta de fuego, pero con las pieles y entre los caballos no habría tenido dificultades. No cabía alternativa: tendría que salir con Lobo y utilizar la entrada principal.

Después de dar unas palmaditas a los caballos, acomodó al lobezno contra el pecho y retiró la cortina para adentrarse en la fría noche. El viento, ahora más recio, le hirió la cara con una bofetada gélida, y abrió el pelo de su pelliza. Lobo trató de apretarse contra él, gimiendo, pero no hizo ademán de escapar… Fue un alivio llegar a la otra arcada.

Cuando entró en el hogar de cocinar, el albergue estaba silencioso. Dejó a Lobo sobre sus pieles de dormir, satisfecho de ver que el animal parecía dispuesto a quedarse. Se quitó rápidamente la pelliza y el calzado y se acurrucó entre las pieles, con el lobezno en los brazos. La zona abierta de ese hogar no era tan abrigada como las plataformas con sus cortinas; tardaron un momento en hallar una posición cómoda, pero no pasó mucho tiempo antes de que aquel bulto peludo y caliente estuviera dormido.

Jondalar no tuvo la misma suerte. En cuanto cerraba los ojos oía los ruidos nocturnos y se ponía tenso. Por lo general, las respiraciones, las toses y susurros del Campamento eran sonidos de fondo, fáciles de ignorar, pero esa noche sus oídos percibían lo que no deseaba oír.

Ranec hizo que Ayla se tendiera sobre las pieles y se quedó contemplándola.

—Eres tan bella, Ayla, tan perfecta… Te deseo tanto… Suspiro por tenerte para siempre cerca de mí… ¡Oh, Ayla!

Se inclinó para soplar su aliento en la oreja de la joven, para respirar su perfume de mujer. Ayla sintió en su boca el contacto de los labios dulces y gruesos, y reaccionó a sus caricias. Al cabo de un rato puso una mano sobre su vientre y empezó a describir lentamente círculos ejerciendo una presión ligera.

A continuación tendió la mano para apoderarse de su seno y bajó la cabeza para coger con su boca un pezón endurecido. Ella gimió y tendió sus caderas contra él. Ranec se apretó contra ella, que sintió contra el muslo su dura y cálida virilidad. Él cogió el duro pezón entre sus labios y lo mamó con ligeros ruidos de placer.

Deslizó la mano a lo largo de un lateral de su cuerpo y la introdujo entre sus muslos. Sintió que la registraba, se elevó para pegarse a él…

—Oh, Ayla, mi bella compañera, mi mujer perfecta. ¿Qué me has hecho para que esté preparado tan pronto? Es la voluntad de la Madre. Tú conoces Sus secretos. Mi mujer perfecta.

La acariciaba en sus partes más íntimas y ella se sentía recorrida de escalofríos. El movimiento de la mano de Ranec se iba haciendo más rápido, más insistente. Ella lanzó un grito; también ella estaba dispuesta. Se elevó hacia él, le guió, exhaló un suspiro de placer cuando notó que la penetraba.

Acto seguido, Ranec aceleró el ritmo, sintió que sus sensaciones se concentraban y gritó el nombre de la mujer.

—¡Oh, Ayla, Ayla, cuánto te deseo! Sé mi compañera, Ayla. ¡Sé mi mujer!

Los gritos de Ayla se iban convirtiendo en jadeos y, de repente, una ola de indescriptible pasión sumió a ambos en un torbellino.

Ayla respiró con fuerza para recobrar el aliento, en tanto Ranec se relajaba sobre ella. Hacía mucho tiempo que no tenía Placeres. La última vez había sido en la noche de su adopción, y ahora comprendía cuánto los había echado de menos. Ranec, en su alegría por poseerla y en su ansiedad por darle gusto, se esforzaba casi demasiado, pero ella estaba mejor dispuesta de lo que pensaba y, aunque todo fue rápido, no quedó insatisfecha.

—Para mí fue perfecto —susurró Ranec—. ¿Eres feliz, Ayla?

—Sí. Es agradable gozar Placeres contigo, Ranec —respondió.

Y le oyó suspirar.

Ambos permanecieron quietos, disfrutando del relajamiento, pero los pensamientos de Ayla volvieron a la pregunta: ¿era feliz? No se sentía desdichada. Ranec era bueno y muy considerado; sabía dar Placer, pero… Faltaba algo. No era como con Jondalar, aunque no habría podido decir en qué consistía la diferencia.

Tal vez era sólo que todavía no estaba muy acostumbrada a Ranec, pensó, mientras intentaba buscar una posición más cómoda, pues empezaba a sentir peso. El joven, al percibir su movimiento, le sonrió y se dejó caer a un lado, acurrucándose junto a ella.

Hundió su nariz en el cuello, susurrándole al oído:

—Te amo, Ayla. Te quiero tanto… Dime que serás mi compañera.

Ayla no respondió. No podía decir que sí y no quería decir que no.

Jondalar apretó los dientes y arrugó en el puño las pieles de dormir; escuchaba, contra su voluntad, los murmullos y los movimientos rítmicos en el Hogar del Zorro. Se cubrió la cabeza con los cobertores, pero no pudo dejar fuera los gritos ahogados de Ayla. Mordió un trozo de cuero para no abrir la boca, pero, en el fondo de la garganta, su propia voz gritaba de dolor y desesperación. Lobo gimió al percibirlo y lamió las lágrimas salobres que el hombre trataba de contener.

Era insoportable. No podía aceptar que Ayla estuviera con Ranec. Pero a ellos les correspondía decidir. ¿Y si ella volvía a la cama del tallista? Jondalar comprendió que él no podría tolerar aquello otra vez. ¿Qué hacer? Marcharse. Tenía que marcharse. A la mañana, con la primera luz, se iría.

No pudo dormir. Permanecía tendido, rígido, inmóvil bajo las pieles, cuando se dio cuenta de que aquellos dos no habían terminado, sino que se habían dado un respiro. Cuando, al fin, ya sólo se oían en el albergue los ruidos del sueño, él seguía sin poder dormir, escuchaba a Ayla y a Ranec, una y otra vez, imaginándolos juntos.

Con la primera luz que se insinuó en el agujero para el humo, antes de que nadie se hubiera movido, guardó sus pieles de dormir en un zurrón. Después de ponerse la pelliza y el calzado, cogió sus lanzas y el lanzavenablos. Se encaminó lentamente hacia la entrada y retiró la cortina. Lobo hizo ademán de seguirle, pero Jondalar le ordenó, con voz áspera, quedarse en donde estaba y dejó caer la cortina tras de sí.

Una vez fuera, se encasquetó la capucha y la ató con fuerza alrededor de su cara, dejando apenas una abertura para ver. Se puso los mitones que pendían de las mangas, cambió de posición el zurrón e inició el ascenso de la cuesta. El hielo crujía bajo sus pies. Ahora que estaba solo, las lágrimas quemantes le cegaron, haciéndole tambalear.

El viento frío sopló con fuerza, allá arriba, castigándole con ráfagas cruzadas. Se detuvo, tratando de decidir hacia dónde iría, y se encaminó hacia el sur, siguiendo el curso del río. Andar resultaba difícil. El frío había formado una corteza de hielo sobre algunos montones de nieve suelta y se hundía en ellos hasta las rodillas. En otros sitios el suelo era duro y desigual, además de resbaladizo. Una vez se cayó y se magulló la cadera.

La mañana avanzaba, pero el resplandor del sol no podía abrirse paso a través del cielo cubierto. La única señal de su presencia era una luz difusa que iba en aumento en un día gris sin sombras. Jondalar siguió avanzando, con los pensamientos vueltos hacia adentro, casi sin prestar atención a lo que le rodeaba.

¿Por qué no soportaba imaginar juntos a Ayla y Ranec? ¿Acaso la quería para él solo? ¿Había otros hombres que sintieran eso, ese dolor? ¿Era porque otro hombre la había tocado o por miedo a perderla?

¿O se trataba de algo más? ¿Acaso sentía que merecía perderla? Ella hablaba sin reparos sobre su vida con el Clan y él lo aceptaba como cualquiera, pero todavía pensaba en lo que diría su propio pueblo. Entonces sentía una punzada de desazón. Ella se había adaptado muy bien al Campamento del León, que la aceptaba sin reservas, pero ¿y si se enteraban de la existencia de su hijo? Jondalar se detestaba por pensar así. Si tanto se avergonzaba de ella, tal vez lo mejor sería dejar que se fuera, pero no soportaba la idea de perderla.

Por fin, la sed atravesó los rincones oscuros de su introspección. Se detuvo para sacar su bolsa de agua y, de pronto, descubrió que la había olvidado. En el siguiente montículo de nieve, quebró la corteza de hielo y se llevó a la boca un puñado de nieve, sosteniéndolo contra el paladar hasta que se derritió. Para él era como una segunda naturaleza: no tenía que pensar en ello. Se le había acostumbrado desde niño a no ingerir nieve sin haberla previamente fundido, a ser posible antes de metérsela en la boca.

El odre olvidado le hizo pensar por un momento en su situación. Recordó que también había olvidado la comida, pero volvió a olvidarse de ello inmediatamente. Estaba demasiado distraído con el recuerdo, repetido una y otra vez, de los ruidos escuchados por la noche, las escenas y los pensamientos que ellos le habían hecho concebir.

Al llegar a una extensión blanca, apenas se detuvo antes de avanzar. Si hubiera observado sus alrededores, podría haber visto que no era sólo nieve suelta amontonada. Pero no estaba prestando atención. Cuando sus primeros pasos hubieron roto la superficie, se encontró hundido hasta la rodilla en un estanque en deshielo. Su calzado tenía una capa de grasa, lo bastante impermeable para resistir la nieve, aún medio derretida, pero no el agua. El impacto del frío logró, por fin, sacarle de su distracción. Salió del estanque, rompiendo más hielo, y recibió el frío adicional del viento.

«Qué estupidez», pensó. «Ni siquiera tengo una muda para cambiarme, ni comida ni agua. Tengo que volver. No estoy en absoluto preparado para un viaje. ¿En qué estaba pensando? Sabes bien en qué estabas pensando, Jondalar», se regañó, cerrando los ojos a impulsos del dolor.

El frío y la humedad le estaban congelando los pies y las pantorrillas. Consideró la posibilidad de secarse antes de iniciar el regreso, pero entonces se dio cuenta de que no había llevado piritas, ni siquiera yesca y palillos. Su calzado estaba forrado con lana de mamut. Aun mojado, eso evitaría que se le congelaran los pies, siempre que siguiera caminando. Inició el regreso, recriminándose por su estupidez, pero tomando precauciones cada paso que daba.

Mientras desandaba el trayecto dio en pensar en su hermano. Recordó el momento en que Thonolan había caído en las arenas movedizas, en la boca del Río de la Gran Madre, y por primera vez comprendió del todo por qué Thonolan, tras la muerte de Jetamio, había perdido las ganas de vivir al punto de querer quedarse en la ciénaga. Su hermano había preferido quedarse con el pueblo de la mujer a la que amaba. Pero Jetamio era de aquel pueblo por nacimiento. Ayla, en cambio, era tan poco Mamutoi como él. «No», se corrigió; «ahora Ayla es Mamutoi».

Ya cerca del albergue, Jondalar vio que una silueta corpulenta se encaminaba hacia él.

—Nezzie estaba preocupada por ti y me envió a buscarte ¿Dónde estabas? —preguntó Talut, siguiéndole los pasos.

—Fui a caminar.

El pelirrojo asintió. No era ningún secreto que Ayla había compartido Placeres con Ranec, pero tampoco que Jondalar estaba angustiado, a pesar de lo que él creyera.

—Tienes los pies mojados.

—Me metí en un charco, creyendo que era nieve suelta.

En tanto caminaban hacia el Campamento del León, Talut dijo:

—Deberías cambiarte las botas enseguida, Jondalar. Tengo un par que puedo prestarte.

—Gracias —dijo el joven, comprendiendo súbitamente que allí era un simple forastero. No tenía nada propio y dependía por completo de la buena voluntad de los Mamutoi, hasta si quería las provisiones necesarias para el viaje. No le gustaba pedir más, pero no había alternativa si quería marcharse. Una vez que se fuera, no tenían que seguir compartiendo con él sus reservas.

—Por fin has llegado —exclamó Nezzie al verle entrar—. ¡Jondalar! ¡Estás frío y mojado! Quítate las botas y deja que te sirva algo caliente.

Nezzie le trajo una bebida humeante; Talut le dio un par de botas viejas y pantalones secos.

—Puedes quedártelos —dijo.

—Te agradezco mucho, Talut, todo lo que has hecho por mí, pero quiero pedirte un favor. Debo irme. Debo volver a mi hogar. Llevo demasiado tiempo ausente. Es hora de iniciar el retorno, pero necesitaré prendas de viaje y algunos víveres. Cuando haga más calor me será más fácil encontrar comida, pero necesitaré algunas cosas para el viaje.

—Te daría con mucho gusto todo lo que necesitas, aunque mis ropas te quedan grandes —dijo el pelirrojo. De inmediato, sonriente y atusándose la poblada barba, agregó—: Pero tengo una idea mejor. ¿Por qué no pides a Tulie que te equipe?

—¿A Tulie? ¿Por qué? —preguntó Jondalar, intrigado.

—Su primer hombre era más o menos de tu talla, y ella debe de tener todavía muchas ropas suyas. Eran de primera calidad; Tulie se encargaba de eso.

—Pero ¿por qué va a dármelas?

—Todavía no has cobrado tu prenda; tiene una deuda pendiente contigo. Si le dices que quieres saldarla en forma de provisiones y equipo de viaje, ella se encargará de conseguirte lo mejor para liberarse de su obligación.

—Es cierto —dijo Jondalar, con una sonrisa. Había olvidado la apuesta ganada, y se sentía mejor al saber que no carecía completamente de recursos—. Se lo pediré.

—Pero no pensarás irte, ¿verdad?

—Sí, tan pronto como pueda.

El jefe se sentó para discutir el tema seriamente.

—Todavía no es prudente viajar. Todo se está fundiendo. Mira lo que te ha pasado en un simple paseo —dijo—. Y yo esperaba que nos acompañaras a la Reunión de Verano y que cazaras el mamut con nosotros.

—No sé —musitó Jondalar.

Notó que Mamut estaba comiendo junto a uno de los hogares y pensó en Ayla. No creía poder soportar aquello un día más; ¿cómo iba a quedarse hasta la Reunión de Verano?

—No tienes por qué quedarte hasta el fin de temporada. Poco después del inicio de la primavera tendrá lugar la primera cacería de mamuts. El mejor momento de

iniciar un viaje largo es la primera parte del verano. Es lo más seguro. Deberías esperar, Jondalar.

—Lo pensaré —prometió el visitante, si bien no tenía intenciones de permanecer allí un día más de lo imprescindible.

—Bueno —dijo Talut, levantándose—, Nezzie me encargó cuidar de que tomaras sopa caliente en el desayuno. Le puso las últimas raíces aprovechables.

Jondalar acabó de atarse el calzado de Talut y se levantó para acercarse a la fogata, donde Mamut estaba terminando su cuenco de sopa. Después de saludar al anciano, tomó uno de los cuencos allí guardados y lo llenó para sí. Se sentó junto al chamán, sacó su cuchillo y ensartó un trozo de carne.

Mamut limpió su cuenco y lo dejó en el suelo.

—No estaba escuchando, pero te oí decir que pensabas marcharte pronto —dijo, volviéndose hacia Jondalar.

—Sí, mañana o pasado, en cuanto esté listo —dijo Jondalar.

—¡Es demasiado pronto! —protestó Mamut.

—Lo sé. Talut dijo que era mala época para viajar; pero no será la primera vez que lo haga en estas condiciones.

—No me refería a eso. Debes quedarte hasta el Festival de Primavera —indicó Mamut, con absoluta seriedad.

—Sé que es una gran fiesta, porque todo el mundo habla de ella, pero tengo que irme, de veras.

—No puedes. No es prudente.

—¿Por qué? ¿En qué cambiarían las cosas unos días más o menos? —El joven visitante no comprendía la insistencia del anciano en hacerle participar de un festival que, para él, no tenía especial interés.

—Sé que puedes viajar en cualquier época del año. Pero no pensaba en ti, sino en Ayla.

—¿En Ayla? —Jondalar frunció el ceño; tenía un nudo en el estómago—. No comprendo.

—He estado adiestrando a Ayla en algunas prácticas propias del hogar del Mamut y proyecto una ceremonia especial con ella en ese festival. Usaremos una raíz que trajo del Clan. La usó una vez… bajo la guía de su Mog-ur. Yo tengo experiencia con varias plantas mágicas que pueden llevarte al mundo de los espíritus, pero nunca he probado esa raíz y Ayla tampoco la ha usado sola. Para los dos supondrá probar algo nuevo. Ella parece… algo preocupada y… ciertos cambios podrían perturbarla. Si te vas, el efecto sobre Ayla podría ser imprevisible.

—¿Quieres decir que hay algún peligro para ella en esa ceremonia de la raíz? —preguntó Jondalar, con los ojos llenos de preocupación.

—Siempre existe un elemento de peligro al tratar con el mundo de los espíritus —explicó el chamán—, aunque Ayla ha viajado sola hasta allí. Si vuelve a ocurrir, sin guía ni adiestramiento, podría perder el rumbo. Por esto la estoy adiestrando. Las

plantas mágicas ayudan, pero ésta no la he probado nunca, Jondalar. Ayla necesitará la ayuda de todos los que la aman. Es esencial que estés aquí.

—¿Por qué yo? —inquirió el joven—. Ya no…, ya no estamos juntos. Hay otros que… aman a Ayla. Otros a los que ella dedica sus sentimientos.

El viejo se levantó.

—No puedo explicártelo, Jondalar. Es un presentimiento, una intuición. Sólo puedo decirte que, cuando te oigo hablar de partir, me ataca un presentimiento oscuro, terrible. No sé con seguridad qué significa, pero preferiría… No, me expresaré con más energía: no te vayas, Jondalar. Si la amas, prométeme que no te irás hasta después del Festival de Primavera.

Jondalar se levantó para observar la cara vieja e inescrutable del anciano chamán. No era costumbre en él hacer peticiones semejantes sin motivos, pero ¿por qué era tan importante que él estuviera allí? ¿Acaso Mamut sabía algo que él ignoraba? Fuera lo que fuese, los reparos del anciano le llenaban de aprensión. No podía partir si Ayla estaba en peligro.

—Me quedaré —dijo—. Prometo que no partiré hasta el Festival de Primavera.

Pasaron algunos días antes de que Ayla volviera a la cama de Ranec, pero no porque él no insistiera. Le resultó difícil negarse la primera vez que él se lo pidió directamente. Su educación había dejado en ella una huella profunda y tenía la impresión de haber cometido una falta grave negándose. Se esperaba una reacción colérica de Ranec, pero él lo tomó con calma, comprendiendo que ella necesitaba más tiempo para pensarlo.

Ayla se había enterado de la larga caminata hecha por Jondalar tras la noche que ella pasara con el tallista de piel oscura, y sospechaba que tenía alguna relación con ella. ¿Sería un modo de demostrarle que aún se interesaba por ella? Pero Jondalar seguía aún más distante, si ello era posible. Trataba de evitarla y le hablaba sólo cuando era necesario. Ayla dedujo que se estaba equivocando; él no la amaba. Se sintió desolada, pero trató de no demostrarlo.

Ranec, por el contrario, no dejaba de testimoniarle su amor. Continuaba presionándola, tanto para que compartiera sus pieles como para que se uniera con él formalmente. Por fin, ella consintió en volver a su lecho, sobre todo para agradecer su comprensión, pero sin comprometerse a una relación más permanente. Pasó varias noches con él. Cuando decidió volver a negarse durante algún tiempo, la negativa le resultó más fácil.

Tenía la sensación de que todo avanzaba con demasiada celeridad. Ranec quería anunciar su Promesa en el Festival de Primavera, para el que sólo faltaban unos pocos días, y ella quería tiempo para pensarlo. Le gustaba compartir placeres con Ranec, que era amoroso y sabía complacerla. Ella le tenía cariño. Más aún, le resultaba muy agradable, pero faltaba algo en aquella relación. Por más que se lo propusiera, le era

imposible amarle.

Cuando Ayla estaba con Ranec, Jondalar no dormía, y los efectos de aquellas tensiones comenzaban a notarse. Nezzie estaba segura de que había adelgazado, aunque la barba descuidada y las ropas grandes de Talut lo disimularan. Hasta a Danug le parecía flaco y desgastado. El jovencito creía saber la causa y lamentaba no poder ayudarles, pues tenía mucho cariño a Jondalar y a Ayla. Pero nadie podía prestarles ayuda, ni siquiera Lobo. Sin embargo, el cachorro ofrecía más consuelo de lo que parecía. Cada vez que Ayla se ausentaba del hogar, el lobezno buscaba a Jondalar, haciéndole sentir que no estaba solo en su abandono y su dolor. El hombre también pasaba mucho tiempo con los caballos, a veces hasta dormía con ellos para no presenciar las penosas escenas del albergue; empero, nunca dejaba de apartarse cuando Ayla estaba allí.

Los días siguientes fueron más cálidos, y a Jondalar le fue más difícil esquivarla. A pesar de las inundaciones y de la nieve blanda, Ayla salía a caballo con más frecuencia; aunque él trataba de escabullirse al verla entrar en el anexo, más de una vez debió balbucear alguna excusa para retirarse apresuradamente, después de un encuentro accidental. Ayla solía pasear con el lobezno y con Rydag, pero cuando quería verse libre de responsabilidades, dejaba a Lobo al cuidado del niño, para deleite de éste. Whinney y Corredor se habían habituado ya al lobezno; Lobo, por su parte, parecía encontrarse a gusto con los caballos, tanto si iba con Ayla a lomos de Whinney como si caminaba al lado de las dos bestias tratando de acomodarse a su paso. El ejercicio era una buena excusa para alejarse del albergue, que parecía demasiado estrecho después de tan largo invierno, pero no le permitía huir de los confusos sentimientos que se agitaban en ella.

Había comenzado a dar órdenes a Corredor con la voz, los silbidos y las señales, en tanto montaba a Whinney, pero cuando pensaba en adiestrarle para que llevara a un jinete recordaba a Jondalar y lo postergaba. No era tanto una decisión consciente como una táctica dilatoria; tenía la descabellada esperanza de que todo resultara, por fin, como ella había soñado y que sería Jondalar quien adiestrara el caballo.

Jondalar, por su parte, abrigaba la misma esperanza. En uno de sus encuentros casuales, Ayla le había animado a que se llevara a Whinney a dar una vuelta; ella tenía mucho que hacer, según decía, y el animal necesitaba hacer ejercicio después del interminable invierno. Había olvidado la exultante sensación que experimentaba galopando cara al viento a lomos de la yegua. Cuando vio a Corredor galopando a su lado, antes de distanciarse de su madre, soñó con montar a lomos de joven potro, acompañando a Ayla montada en Whinney. En términos generales, estaba en condiciones de controlar al jumento, pero tenía la impresión de que ella se limitaría a aceptarlo, y eso le disgustaba. Whinney era la montura de Ayla y aun cuando miraba al potro con verdaderas ansias, aun cuando sentía hacia él un verdadero afecto, también Corredor pertenecía a Ayla.

A medida que se suavizaba el clima, Jondalar comenzó a pensar cada vez más en

marcharse. Decidió seguir el consejo de Talut y reclamar a Tulie el pago de su compromiso en ropas y equipo para viajar, que tanto necesitaba. Tal como el jefe esperaba, Tulie se mostró encantada de saldar su deuda con tanta facilidad.

Talut entró en el hogar de cocinar en el momento en que Jondalar ataba un cinturón a su nueva túnica de color pardo oscuro. El Festival de Primavera sería dos días después, y todo el mundo se estaba probando sus mejores galas para el gran día o descansando, después de un buen baño de vapor y un chapuzón en el río. Por primera vez desde el comienzo de su Viaje, Jondalar contaba con una variedad de ropas, bien hechas y bellamente decoradas, además de mochilas, carpas y otros avíos para viajar. Siempre había sabido apreciar la buena calidad, y su satisfacción no pasó inadvertida para Tulie. Quienesquiera fuesen los Zelandonii, ahora estaba segura de que la familia de ese joven debía de ser de alto rango.

—Parece hecha para ti, Jondalar —comentó Talut—. Esas cuentas pegadas a los hombros te sientan a la perfección.

—Sí, esta ropa me queda bien, y Tulie ha sido más que generosa. Gracias por la sugerencia.

—Me alegro de que decidieras no irte de inmediato. Te gustará la Reunión de Verano.

—Bueno…, eh…, no voy a…, Mamut… —Jondalar buscaba el modo de explicarle por qué no se había ido cuando pensaba.

—Voy a encargarme de que te inviten a la primera cacería —continuó el jefe, dando por seguro que el huésped se había quedado gracias a su invitación.

—¡Jondalar! —dijo Deegie, algo emocionada—. ¡Por detrás creía que eras Darnev! —Giró en derredor de él, con una sonrisa, estudiándole: le gustaba lo que estaba viendo—. Te has afeitado —dijo.

—Estamos en primavera. Me pareció que ya era hora —replicó él, devolviéndole la sonrisa. Sus ojos decían que ella también estaba atractiva.

Deegie se sintió prendida por aquellos ojos azules. Luego, riendo, pensó que ya era hora de verle limpio y con ropas decentes. Desharrapado y barbudo, con las ropas que le había prestado Talut, había olvidado lo apuesto que era.

—Este atuendo te sienta bien, Jondalar. Ya verás cuando lleguemos a la Reunión de Verano. Los forasteros siempre llaman mucho la atención, y creo que las Mamutoi se las compondrán para que te sientas muy bien recibido —comentó, con una sonrisa burlona.

—Pero…

Jondalar renunció a explicar que no pensaba acompañarles a la Reunión de Verano. Se lo diría después, en el momento de partir. Cuando Talut y la muchacha se fueron, se probó otro atuendo, más apropiado para viajar o para el uso diario. Después salió en busca de la Mujer Que Manda para darle nuevamente las gracias y

mostrarle cómo le sentaban las ropas. En el vestíbulo se encontró con Danug, Rydag y Lobo, que estaban entrando en aquel momento. El joven sostenía a Rydag con un brazo y al lobezno con el otro. Los tres estaban envueltos en una piel y tenían el pelo húmedo todavía. Danug, que había cargado al niño desde el río, tras un baño de vapor, dejó a ambos en el suelo.

—Bonito, Jondalar —dijo Rydag, por señas—. ¿Listo para el Festival de Primavera?

—Sí, ¿y tú? —preguntó él.

—Yo también ropa nueva. Nezzie me ha hecho para el Festival de Primavera —fue la sonriente respuesta.

—Y también para la Reunión de Verano —agregó Danug—. Ha confeccionado ropas nuevas para mí, para Latie y para Rugie.

Jondalar notó que la sonrisa de Rydag se desvanecía cuando Danug mencionó la Reunión de Verano. No parecía esperarla con tantas ansias como los demás.

Cuando Jondalar apartó la pesada cortina para salir, Danug preguntó a Rydag, en un susurro:

—¿No deberíamos haberle dicho que Ayla está ahí afuera? Cada vez que la ve sale huyendo.

—No —dijo Rydag, con las manos—. Él quiere verla. Ella quiere verle. Hacen señales correctas, palabras equivocadas.

—Tienes razón, pero ¿cómo no se dan cuenta? ¿Por qué no logran entenderse?

—Olvidar palabras. Hacer señales —respondió Rydag, con esa sonrisa tan poco habitual en la gente del Clan. Luego cogió al cachorro en brazos y entró con él en el albergue.

En el momento en que salió al exterior, Jondalar descubrió lo que ellos no le habían dicho. Ayla estaba junto a la entrada, con los dos caballos. Acababa de poner a Lobo en manos de Rydag, para disfrutar de un largo galope y liberarse de sus tensiones. Ranec quería su respuesta antes del Festival de Primavera, y ella no podía tomar una decisión. Era de esperar que la galopada la ayudase a pensar.

Cuando vio a Jondalar, su primera reacción fue dejarle montar a Whinney, pues sabía que eso le encantaba y esperaba que su amor a los caballos le acercaría a ella. Pero necesitaba galopar, lo estaba necesitando desde hacía tiempo y estaba a punto de iniciar el paseo.

Al verle, se quedó sin aliento. Él se había cortado la barba con un afilado cuchillo de pedernal y estaba tal como en el valle el verano anterior. Eso le aceleró los latidos del corazón y le subió el rubor a la cara. El joven reaccionó ante aquellas señales visibles con otras señales inconscientes, atrayéndola con el imán de sus ojos.

—Te has rasurado la barba —comentó ella.

Sin darse cuenta le había hablado en Zelandonii. Jondalar tardó un momento en advertirlo, y entonces no pudo evitar el sonreírse. Hacía mucho tiempo que no oía su propio idioma. Aquella sonrisa alentó a la muchacha, inspirándole una idea.

—Iba a montar en Whinney. Estaba pensando que Corredor debe acostumbrarse a que le monte un jinete. ¿Por qué no vienes conmigo y tratas de montarle? Hace un buen día para ello. La nieve ha desaparecido casi por completo y está brotando hierba nueva y el suelo todavía no está muy duro, en caso de una caída —dijo apresuradamente para no permitirle que volviera a su actitud distante.

—Eh…, no sé —Jondalar vaciló—. Pensé que tú querrías ser la primera.

—Está habituado a ti, Jondalar. No importa quién va a ser el primero. Además, conviene que seamos dos: uno para tranquilizarle mientras el otro le monta.

—Supongo que tienes razón —dijo él, frunciendo el ceño. No estaba seguro de que fuera correcto salir a la estepa con ella, pero no sabía cómo negarse. Realmente deseaba mucho montar a caballo—. Si estás convencida, creo que podría intentarlo.

—Iré a buscar una soga y ese artilugio que hiciste para guiarle —dijo Ayla, corriendo al anexo antes de que él cambiara de opinión—. ¿Por qué no empiezas a subir la cuesta con ellos?

Jondalar lo estaba pensando mejor, pero Ayla desapareció antes de que él se arrepintiera. Entonces llamó a los caballos e inició la marcha hacia las amplias llanuras superiores. La muchacha le alcanzó cerca de la cima, llevando un zurrón y una bolsa de agua, además del freno y una soga. Cuando llegaron a la estepa, Ayla se acercó con Whinney a un montículo que solía aprovechar para que otros miembros del Campamento montaran a caballo. De un salto se alzó a lomos de la yegua pajiza.

—Ven, Jondalar, podemos montar juntos.

—¿Juntos? —repitió él, al borde del pánico. No había pensado en ello y estuvo a punto de escapar.

—Sólo hasta que lleguemos a los llanos abiertos. Aquí no se puede intentar nada. Corredor podría precipitarse por un barranco.

Jondalar se sintió atrapado. ¿Cómo decir que no podía montar con ella siquiera por una corta distancia? Se subió al montículo y se sentó a horcajadas en las ancas de la yegua tratando de no tocar a la muchacha. De inmediato, Ayla puso a Whinney al trote rápido.

No había modo de evitarlo. Por mucho que se esforzara, era imposible no resbalar hacia ella. Sentía el calor de su cuerpo a través de las ropas y el suave aroma de las flores secas que ella usaba para lavarse, mezclado a su personal olor de mujer. A cada paso de la yegua, él sentía las piernas, las caderas y la espalda de Ayla contra él, y su virilidad se erguía como respuesta. La cabeza le daba vueltas; le costaba un gran esfuerzo no besarle el cuello ni alargar la mano hacia uno de aquellos pechos pletóricos y firmes.

¿Por qué había aceptado aquello? ¿Por qué no se negó? ¿Qué importaba adiestrar a Corredor si jamás podría cabalgar con Ayla? Había oído los rumores: Ayla y Ranec anunciarían su Promesa en el Festival de Primavera. Y luego él iniciaría el largo Viaje de retorno.

Ayla hizo que Whinney se detuviera.

—¿Qué te parece, Jondalar? Allí delante hay un terreno llano.

—Sí, me parece adecuado —dijo él, rápidamente, y se apresuró a descender.

Ayla lo hizo por el otro lado, con la respiración agitada, los ojos encendidos y las mejillas rojas. Había aspirado profundamente su olor a hombre, fundiéndose con el calor de su cuerpo. «Sé que me deseaba», pensó. «¿A qué tanta prisa por apartarse de mí? ¿Por qué no me quiere? ¿Por qué ya no me ama?».

Cada uno a un lado de la yegua, trataron de recobrar la compostura, Ayla llamó a Corredor con un silbido diferente del que empleaba para Whinney. Después de darle unas palmadas, rascarle y hablarle, se volvió a Jondalar.

—¿Quieres ponerle ese aparejo en la cabeza? —preguntó, guiando al joven potro hasta un montón de huesos grandes.

—No sé. ¿Qué harías tú? —preguntó él. También había logrado dominarse y la idea de montar al caballo volvía a excitarle.

—Nunca he empleado nada para guiar a Whinney, salvo mis propios movimientos, pero Corredor está acostumbrado a que se le conduzca con correas. Creo que convendría usarlas.

Ambos pusieron el freno a Corredor. El potro presentía algo y estaba más inquieto que de costumbre. Hubo que acariciarle para que se tranquilizara. Reunieron un montículo de huesos para que Jondalar pudiera montar e hicieron que se detuviera al lado. Por sugerencia de Ayla, el joven le frotó el lomo y las patas, recostándose contra él mientras le acariciaba, para que se familiarizara con su contacto.

—Cuando montes, sujétate a su cuello. Tal vez se alce de manos para descabalgarte —advirtió Ayla, dándole los últimos consejos—. Pero como le acostumbramos a llevar una carga cuando regresábamos del valle, tal vez no le cueste mucho habituarse a ti. Sujeta la cuerda, para que no caiga al suelo y haga que tropiece; lo mejor será que le dejes correr cuanto quiera hasta que se canse. Yo te seguiré con Whinney. ¿Estás listo?

—Creo que sí —manifestó él, con una sonrisa nerviosa.

Jondalar subió al montón de huesos y se recostó contra el fuerte animal, hablándole, mientras Ayla le sujetaba la testuz. Luego pasó una pierna sobre el lomo, se acomodó y cerró los brazos en torno al cuello de Corredor. El oscuro potro, al sentir aquel peso, echó las orejas hacia atrás. Ayla le dejó libre. Corredor se alzó de manos una sola vez, sin que Jondalar se soltara. Arqueó varias veces el lomo, tratando de sacudirse su carga, sin éxito. Entonces, fiel a su nombre, partió al galope tendido por las estepas.

Jondalar entornó los ojos contra el viento frío, experimentando una tremenda excitación. El suelo iba borrándose a su paso; parecía increíble. Estaba a lomos del joven potro, gozando de aquella sensación con tanto entusiasmo como se había imaginado. Cerró los ojos para sentir la potencia de los músculos que se contraían y se tensaban bajo él, inundado por una sensación de algo maravilloso, como si, por primera vez en su vida, compartiera la creación de la Gran Madre Tierra.

Cuando el potro comenzaba a dar señales de cansancio percibió otro ruido de cascos y abrió los ojos. Ayla y Whinney corrían a su lado. Les sonrió, lleno de deleite, y la sonrisa con que respondió a la muchacha aceleró los latidos de su corazón. Por un momento, lo demás dejó de tener importancia. El mundo entero estaba concentrado en aquel inolvidable galope a lomos del potro y en aquella sonrisa, dolorosamente bella, del rostro de la mujer amada.

Por fin, Corredor aminoró la marcha y acabó por detenerse. Jondalar desmontó de un brinco, mientras el animal permanecía quieto, con la cabeza muy gacha, las patas separadas y los flancos palpitantes. Ayla desmontó a su lado; sacó del zurrón algunos trozos de cuero blando y entregó uno a Jondalar, para que frotara al animal sudoroso, en tanto ella hacía lo mismo con Whinney. Los dos caballos, agotados, se recostaron el uno contra el otro, para reconfortarse.

—Mientras viva, Ayla, jamás olvidaré esta galopada —dijo Jondalar.

Hacía mucho tiempo que no se le veía tan sereno, y la muchacha percibió su entusiasmo. Se miraron mutuamente, sonrientes, compartiendo lo maravilloso del momento. Ayla, sin pensarlo, se inclinó para besarle; él, en un primer momento, pareció aceptarlo, pero de pronto recordó a Ranec. Se puso rígido y la apartó.

—No juegues conmigo, Ayla —dijo, con voz áspera, tratando de dominarse.

—¿Jugar contigo? —repitió ella, con ojos doloridos.

Jondalar cerró los suyos y apretó los dientes, estremecido por el esfuerzo que tenía que hacer para no perder el dominio de sí mismo. De pronto, como si estallase un embalse helado, la sujetó con fuerza para besarla. Fue un beso duro, desesperado, que le magulló la boca. Un momento después la tenía en el suelo y buscaba por debajo de la túnica, desatando a tirones los cordones de la ropa.

Ayla alargó la mano para guiarle; su propia excitación crecía al comprender que él la necesitaba desesperadamente. Pero ¿qué le impulsaba a una furia tan ardiente? ¿Acaso no se daba cuenta de que ella estaba lista para recibirle? Había estado dispuesta para él durante todo el invierno. Tenía los ojos llenos de lágrimas; lágrimas de deseo y amor. Ni un solo momento había dejado de estar dispuesta. Como si su cuerpo hubiera sido entrenado desde la infancia para corresponder a la necesidad de Jondalar, a su señal, bastaba con que la deseara para sentir ella lo mismo. Lo que ahora les unía era lo que ella había estado esperando.

Con una pasión tan desbordada como la de él, se abrió para recibirle, entregándole lo que él creía estar tomando por la fuerza. Empujó contra su miembro endurecido, se ajustó a sus movimientos para apretar mejor contra él el centro de sus Placeres.

Él gritó con increíble júbilo. Era lo mismo que había sentido desde la primera vez: estaban hechos el uno para la otra; las honduras de Ayla se ajustaban a su tamaño. «¡Oh, Madre, oh, Doni!», pensó. Cuánto la había deseado, amado y echado de menos… Por fin, la última ola de Placer rompió contra ellos.

Descansó sobre ella, en medio de aquellas estepas abiertas, que estallaban de vida

nueva. De pronto la estrechó contra sí, con la cabeza escondida en el cuello de la muchacha, y repitió su nombre:

—¡Ayla, oh, Ayla mía, Ayla mía!

La besó en el cuello, en la boca, en la garganta, en los ojos cerrados. De pronto se detuvo, tan bruscamente como había comenzado. Se incorporó para mirarla.

—¡Estás llorando! ¡Te he hecho daño! Oh, Gran Madre, ¿qué he hecho? —Se levantó de un salto. Ayla estaba tendida en la tierra desnuda, con las ropas desgarradas—. ¡Doni, oh, Doni! ¿Qué he hecho? La he violado. ¿Cómo pude hacer semejante cosa? ¡Y precisamente a ella, que en un principio sólo conoció este dolor! Ahora se lo he inferido yo. ¡Oh, Doni, oh, Madre! ¿Por qué me dejaste hacer esta abominación?

—¡No, Jondalar! —Ayla se incorporó—. No me has hecho daño alguno.

Pero él no le prestó oídos. Incapaz de seguir mirándola, se dio la vuelta para vestirse. Le era imposible volverse hacia ella.

Se alejó caminando, furioso consigo mismo, lleno de vergüenza y remordimientos. Si no sabía dominarse, habría debido permanecer lejos de ella e impedir que ella se acercase a él. «Tiene razón al elegir a Ranec», pensó. «Yo no la merezco». Oyó que Ayla se levantaba para acercarse a los caballos. Después la oyó que se aproximaba a él y sintió su mano en su brazo.

—Jondalar, no me…

Giró en redondo.

—¡No te acerques a mí! —bramó, lleno de remordimientos y furioso contra sí mismo.

Ayla retrocedió. ¿Qué había hecho de malo?

—Pero Jondalar…

—¡No te acerques! ¿No me has oído? Si no te mantienes lejos de mí, podría no dominarme, ¡y violarte de nuevo!

Era como una amenaza. Mientras él se marchaba a grandes pasos, Ayla trató de explicar.

—No me has violado, Jondalar. No puedes hacerlo. No hay momento en que yo no esté dispuesta a entregarme…

Pero los pensamientos del joven estaban tan llenos de desprecio para sí mismo que no la oyó. Siguió caminando hacia el Campamento del León. Ella le siguió con la vista durante un rato, tratando de aclarar sus confusos pensamientos. Por fin fue en busca de los caballos. Cogió la cuerda de Corredor y montó sobre la yegua. No tardó en alcanzar a Jondalar.

—No pensarás volver andando, ¿verdad? —dijo.

En un primer momento, él no respondió, ni siquiera se volvió para mirarla. Si ella creía que iba a convencerle para que montaran juntos… Por el rabillo del ojo vio que llevaba por la soga al joven potro. Por fin se volvió.

La contempló con anhelo y ternura. La veía más atractiva y deseable que nunca.

Y él la amaba como nunca, pero estaba seguro de haberlo echado todo a perder.

Ayla se moría por acercarse, por decirle que aquello había sido maravilloso, que se sentía feliz, colmada, que le amaba. Pero le vio tan furioso que no supo cómo expresarse.

Y aunque se miraron fijamente, deseándose, atrayéndose recíprocamente, el grito silencioso del amor pasó sin ser oído entre el bramido de los equívocos y el estruendo de las acendradas creencias culturales.

Capítulo 27

—Creo que deberías montar a Corredor —dijo Ayla—. El trayecto es largo para ir andando.

«El trayecto es largo», pensó él. ¿Cuánto había caminado desde que se marchó de su hogar? Pero asintió y la siguió hasta una roca al pie de un arroyuelo. Corredor todavía no estaba habituado a ser montado y era mejor subirse a él con suavidad. El potro echó las orejas hacia atrás y se movió con cierta inquietud, pero pronto siguió a su madre, como siempre.

No dijeron una palabra en todo el camino. Fue un alivio que todos estuvieran dentro del albergue o a cierta distancia cuando ellos llegaron. Ninguno de los dos estaba de humor para las conversaciones frívolas. En cuanto se detuvieron, Jondalar desmontó y se encaminó hacia la entrada principal. En el momento en que Ayla iba hacia el anexo, él se volvió; tenía la sensación de que debía decir algo.

—Eh…, ¿Ayla?

Ella se detuvo y levantó la vista.

—Lo dije sinceramente, ¿sabes? Jamás olvidaré esta tarde. Me refiero a la cabalgada. Gracias.

—No me corresponden a mí, sino a Corredor.

—Sí, bueno, pero Corredor no lo hizo solo.

—No, lo hizo contigo.

Jondalar iba a decir algo más, pero cambió de idea y frunció el ceño; con la vista baja, entró por la arcada frontal.

Ayla miró fijamente unos instantes el lugar vacío; luego cerró los ojos, luchando por contener un sollozo que amenazaba con convertirse en un río de lágrimas. Una vez recuperada la compostura, entró en el anexo. Aunque los caballos habían abrevado en los arroyos, llenó de agua los grandes cuencos y buscó cueros suaves para frotar a Whinney otra vez. De pronto se encontró abrazada a la yegua, reclinada contra ella, con la frente apretada sobre el pelaje de su vieja amiga, su única amiga del valle. Corredor no tardó en recostarse contra ella, por lo que quedó atenazada entre los dos caballos; no obstante, aquella presión familiar la reconfortó.

Mamut había visto a Jondalar entrar por delante, mientras oía a Ayla con los caballos en el anexo. Tuvo la clara sensación de que algo andaba muy mal. Cuando la muchacha entró en el hogar del Mamut, su desaliño hizo pensar al anciano que quizá se hubiera hecho daño al sufrir una caída. Pero había algo más. Algo que la afligía.

La observó desde las sombras de su plataforma. La vio quitarse una prenda desgarrada y comprendió que había ocurrido algo. Lobo entró a la carrera, seguido por Rydag y Danug, quienes sostenían orgullosamente una bolsa de red con varios pescados. Ayla, sonriente, elogió a los pescadores, pero en cuanto éstos fueron a depositar su pesca en el Hogar del León y recibir más elogios, la muchacha levantó al lobezno y se meció con él entre los brazos. El anciano estaba preocupado. Por fin se

levantó para acercarse a la cama de Ayla.

—Me gustaría que repasáramos otra vez el rito del Clan con la raíz —dijo—. Sólo para estar seguros de que lo hacemos bien.

—¿Cómo? —Ayla detuvo su mirada sobre él—. Ah…, si lo deseas, Mamut.

Dejó a Lobo en su cesto, pero éste lo abandonó apresuradamente para seguir a Rydag hasta el Hogar del León. No tenía ningún deseo de descansar. Por lo visto, la muchacha estaba sumida en algún pensamiento que la preocupaba. Parecía haber llorado o estar a punto de hacerlo. Mamut trató de hacerla hablar, tal vez así se desahogara.

—Dices que Iza te enseñó a preparar la bebida.

—Sí.

—Y ella te dijo cómo prepararte tú misma. ¿Tienes todo lo que hace falta?

—Es necesario que me purifique. No tengo exactamente las mismas cosas, pues estamos en otra estación, pero puedo emplear otros medios para purificarme.

—Tu Mog-ur, ese Creb, ¿estaba contigo durante la experiencia?

Ella vaciló antes de responder.

—Sí.

—Debió de ser muy poderoso.

—Su tótem era el Oso Cavernario. El Oso le había elegido y le había dado aquel poder.

—En el rito de la raíz, ¿participaban otros?

Ayla bajó la cabeza, pero acabó por asentir.

Mamut se dio cuenta de que la muchacha había callado algo y se preguntó si sería importante.

—¿Ellos le ayudaban a controlarlo?

—No. El poder de Creb era el mayor de todos. Lo sé porque lo sentía.

—¿Cómo lo sentías, Ayla? Nunca me has hablado de esto. Yo estaba convencido de que a las mujeres del Clan se les impedía participar en los ritos más secretos.

Ella volvió a bajar la vista.

—Así es —murmuró.

Él le levantó la barbilla.

—Deberías contarme lo que pasó, Ayla.

La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

—Iza no quiso hacerme una demostración de cómo se hacía; la raíz era demasiado sagrada para malgastarla en una práctica, pero trató de indicarme exactamente cómo prepararla. Cuando llegamos a la Reunión del Clan, los mog-ures no querían que fuera yo quien preparara la bebida. Decían que no era del Clan. Quizá estaban en lo cierto —agregó Ayla, bajando nuevamente la cabeza—. Pero no había nadie más.

Mamut se preguntó si no estaría suplicando que la comprendiera.

—Creo que la preparé demasiado fuerte o en cantidad excesiva, porque no la

bebieron toda. Más tarde, tras la datura y la danza de las mujeres, la probé. Estaba aturdida; sólo se me ocurrió recordar lo que había dicho Iza: que era demasiado sagrada para malgastarla. Y la bebí. No recuerdo qué pasó después y, sin embargo, no lo olvidaré jamás. De algún modo me encontré con Creb y los mog-ures. Y él me guió por el camino de retroceso en el tiempo, hasta el comienzo de los recuerdos. Sé que respiré el agua tibia del mar, medio sepultada en el cieno… Los del Clan y los Otros, todos provenimos de los mismos orígenes, ¿lo sabías?

—No me sorprende —dijo Mamut, pensando que hubiera dado cualquier cosa por aquella experiencia.

—Pero también tuve miedo, sobre todo antes de que Creb me encontrara y me sirviera de guía. Desde entonces… no soy la misma. A veces me asustan mis sueños. Creo que él me cambió.

Mamut movió afirmativamente la cabeza.

—Eso sería una explicación —dijo—. Me extrañaba que lograras tanto sin haber sido iniciada.

—También Creb cambió. Durante mucho tiempo no volvió a tratarme como antes. Conmigo vio algo que no había conocido hasta entonces. Le hice daño; no sé cómo, pero le hice daño —dijo Ayla, anegada en lágrimas.

Mamut la rodeó con sus brazos y la dejó llorar suavemente sobre su hombro. Pero las lágrimas se convirtieron en el río que acechaba, y la muchacha se estremeció a causa de dolores más recientes. Su pena por Creb sacó a la superficie el llanto que había estado conteniendo, el llanto de su angustia, su confusión y su amor contrariado.

Jondalar lo estaba observando todo desde el hogar donde se cocinaba. Habría querido acercarse a ella y tratar de arreglar las cosas. Mientras pensaba en lo que diría, Mamut se acercó para hablar con Ayla. Cuando ella se echó a llorar, el joven quedó convencido de que se lo había contado todo al viejo chamán. Su rostro ardía de vergüenza. No dejaba de pensar en el incidente ocurrido en la estepa, y cuanto más pensaba, peor se sentía.

«Y después», se reprochó, «sólo se te ocurrió alejarte. Ni siquiera trataste de ayudarla, de pedirle perdón, de decirle que lo sentías mucho». Jondalar se odiaba a sí mismo; sentía deseos de empaquetarlo todo y marcharse sin enfrentarse nunca más a Ayla o a Mamut. A nadie. Pero había prometido quedarse hasta pasado el Festival de Primavera.

«Mamut ya debe de encontrarme despreciable», pensó. ¿Empeoraría mucho las cosas el quebrantar su promesa? Sin embargo, no era sólo su palabra lo que le retenía allí. Mamut había dicho que Ayla podía estar en peligro y, por mucho que se detestara, por mucho que ansiara huir, Jondalar no podía permitir que ella afrontara sola aquel peligro.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó Mamut, cuando Ayla se irguió para limpiarse los ojos.

—Sí.

—¿Y no has sufrido daño alguno?

Ayla se sintió sorprendida por la pregunta. ¿Cómo podía estar enterado de todo?

—No, en absoluto, pero él cree que sí. Me gustaría comprenderle —dijo, amenazada otra vez por las lágrimas. Luego trató de sonreír—. Cuando vivía con el Clan no lloraba tanto, porque eso les inquietaba. Iza creía que mis ojos estaban enfermos, porque arrojaban agua cuando me ponía triste, y me los trataba con remedios especiales cada vez que me veía llorar. Yo me preguntaba si yo era un caso aparte o si todos los Otros tenían ojos que manaban agua.

—Ahora ya lo sabes —Mamut sonrió—. Las lágrimas nos fueron dadas para aliviar el dolor. La vida no siempre es fácil.

—Creb solía decir que no siempre es fácil vivir con un tótem poderoso. Tenía razón. El León Cavernario representa una poderosa protección, pero también impone pruebas muy duras. Siempre me han enseñado mucho y estoy agradecida por ello, pero no es fácil.

—Aunque sí necesario, según creo. Fuiste elegida con un propósito especial.

—¿Por qué yo, Mamut? —protestó Ayla—. No quiero ser especial. Quiero ser sólo una mujer: tener un compañero e hijos, como cualquier otra mujer.

—Has de ser lo que debas ser, Ayla. Es tu destino. Si no fueras capaz, no habrías sido elegida. Tal vez se trata de algo que sólo una mujer puede hacer. Pero no te sientas desdichada, hija. Tu vida no consistiría sólo en pruebas difíciles. Habrá también mucha felicidad. Tal vez no resulte como tú la quieres o como crees que debería ser.

—El tótem de Jondalar es ahora el León Cavernario. También él fue elegido y marcado como yo —sus manos, en un gesto inconsciente, buscaron las cicatrices de la pierna, pero estaban cubiertas por los pantalones—. Yo pensaba que había sido elegido para mí, porque una mujer dotada de un tótem poderoso debe tener a un hombre que también esté protegido por un tótem poderoso. Ahora no lo sé. ¿Te parece que va a ser mi pareja?

—A la Madre le corresponde decidir. Hagas tú lo que hagas, no podrás alterar eso. Pero si él fue elegido, tiene que haber una razón.

Ranec sabía que Ayla había salido a caballo con Jondalar. También él fue de pesca con algunos otros, pero pasó todo el día preocupado por la posibilidad de que el visitante la reconquistara. Con las ropas de Darnev, la apostura de Jondalar era formidable; para la sensibilidad estética del tallista, su innegable atractivo era muy evidente. Para él fue un alivio ver que todavía estaban separados y tan distanciados como siempre, pero cuando propuso a Ayla que compartiera su cama, ella adujo que

estaba cansada. Ranec, sonriente, le recomendó que descansara, feliz de ver que, cuando menos, dormía sola.

Ayla no estaba precisamente cansada, sino exhausta en el terreno emocional, y pasó largas horas despierta, pensando. Se felicitaba de que Ranec no se encontrara allí cuando ella y Jondalar regresaron y de que no hubiera reaccionado airadamente a su negativa de irse con él: seguía esperando un arranque de mal humor o un castigo si osaba soliviantarse. Pero Ranec no era exigente y, en vista de ello, temía que cambiara de actitud. Trató de poner en claro lo que había acaecido y, sobre todo, qué sentimientos había despertado en ella. ¿Por qué la había poseído Jondalar si no la quería? ¿Y por qué con tanta rudeza? Era casi como lo de Broud. Y en este caso, ¿por qué ella se había sentido bien dispuesta, si con Broud resultó una prueba tan penosa? ¿Acaso se debía al amor? ¿Sentía Placeres fuera como fuese, tan sólo porque le amaba? Pero también con Ranec experimentaba Placeres. Y, sin embargo, no sentía amor hacia él…, a menos que…

Sí, tal vez sí, en cierto modo. Pero no era de eso de lo que ahora se trataba. La impaciencia de Jondalar la había recordado su experiencia con Broud, pero no era lo mismo. Se había comportado brutalmente, muy nervioso, pero no la había tomado por la fuerza. Percibía la diferencia. El único propósito de Broud había sido mortificarla, someterla a su voluntad. Jondalar la deseaba y ella había correspondido a su deseo con toda su alma, desde lo más profundo de su ser. Se había sentido satisfecha, colmada. No habría sentido aquella plenitud si la hubiera causado algún daño. ¿La habría tomado por la fuerza si ella le hubiera rechazado? «No —se decía—, seguramente no». Si se hubiera resistido, si le hubiera rechazado, no habría seguido adelante; de eso estaba convencida. No se había resistido; por el contrario, le había recibido de buen grado, con deseo, y él tuvo que darse cuenta.

Él la deseaba, pero ¿la amaba, además? El solo deseo de compartir Placeres con ella no significaba que aún la amara. Tal vez el amor aumentaba los Placeres, pero el uno podía existir sin los otros. Ranec se lo había demostrado. Ranec la amaba, de eso no cabía duda; quería unirse con ella, quería formar un hogar, quería hijos suyos. Jondalar nunca le había propuesto que se aparearan ni hablaba de querer hijos suyos.

Sin embargo, la había amado en otros tiempos. Quizá ella experimentaba los Placeres porque le amaba, incluso si él ya no la amaba. Pero él seguía deseándola y la había tomado. ¿Por qué había vuelto a rechazarla? ¿Por qué había dejado de amarla? Con el tiempo había llegado a conocerle. Ahora no le comprendía en absoluto…

Ayla dio una vuelta en la cama y se acurrucó para llorar en silencio, anhelando que Jondalar volviera a amarla.

—Me alegro de haber invitado a Jondalar a la primera cacería de mamuts —comentó Talut a Nezzie, cuando se retiraron al Hogar del León—. Por lo ocupado que le he visto esta noche, preparando su lanza, creo que tiene verdaderos deseos de participar.

Nezzie le miró con una ceja arqueada, meneando la cabeza.

—En lo que menos piensa es en cazar mamuts —dijo, mientras arropaba a la menor de sus hijas. Miró con una sonrisa de afecto a la mayor, que dormía junto a la pequeña—. Tendremos que pensar en poner a Latie aparte el invierno próximo, pues ya es mujer. Pero Rugie la echará de menos.

Talut miró hacia atrás. El visitante estaba sacudiendo astillas de pedernal, mientras intentaba divisar a Ayla a través de los hogares interpuestos. Al no conseguirlo, desvió la vista hacia el Hogar del Zorro. Talut vio que Ranec se estaba acostando solo y que también él echaba frecuentes miradas hacia la cama de Ayla. «Creo que Nezzie tiene razón», pensó.

Jondalar había permanecido levantado hasta que la última persona abandonó el hogar de la cocina; trabajaba en una hoja larga, que sujetaría a una vara firme, tal como lo hacía Wymez; su forma de aprender la técnica de los Mamutoi era hacer una réplica exacta. La parte de su mente que siempre captaba las sutilezas del oficio estaba ya ideando mejoras o, cuando menos, experimentos interesantes. Pero trabajar le exigía poca concentración. No podía pensar sino en Ayla, y sólo recurría al trabajo como pretexto para evitar la compañía de los demás y sus conversaciones. Prefería estar a solas con sus pensamientos.

Sintió un gran alivio al ver que Ayla se acostaba sola; no habría podido soportar verla con Ranec. Plegó con cuidado su ropa nueva y se acostó entre las pieles de dormir, con las manos bajo la nuca, contemplando el techo familiar del hogar de la cocina. Demasiadas noches había pasado estudiándolo. Aún ardía de remordimientos y vergüenza, pero esa noche no sentía la quemazón del deseo. Por muchos motivos que tuviera para odiarse, recordaba los Placeres de la tarde. Rememoró cada detalle, saboreando lentamente lo que, hasta entonces, no había tenido tiempo para pensar.

Desde la adopción de Ayla no se había sentido nunca tan distendido; cayó en un ensoñador duermevela. Ella había parecido tan bien dispuesta… ¿O era sólo producto de su imaginación? Seguramente sí; no era posible que le hubiera deseado tanto como él a ella. ¿Hubiera podido responder con tantas ganas, entregándose como si el deseo de ella respondiese al suyo? Mientras recordaba la escena sintió la urgencia en las ingles. Pero la necesidad era más serena, casi como un recuerdo. No era ya la lacerante obsesión, mezcla de un deseo reprimido, de su amor desmesurado y de unos celos abrasadores. Pensó en darle Placeres de nuevo (le encantaba darle Placeres) y se incorporó para ir a reunirse con ella.

Sólo cuando apartó su cubierta de pieles, actuando bajo el influjo de sus íntimas cavilaciones ensoñadoras, comprendió en toda su transcendencia lo ocurrido aquella tarde. No podía compartir jamás el lecho de Ayla. No podía volver a tocarla. La había perdido. Ya no era cuestión de elección: había destruido toda posibilidad de que ella pudiera decidirse por él. La había poseído por la fuerza, contra su voluntad.

Sentado sobre sus pieles, con los pies en una esterilla y los codos apoyados en las rodillas, agachó la cabeza atormentado por la vergüenza. Su cuerpo se estremeció con

las convulsiones del asco. De todos los excesos despreciables que había cometido en su vida, aquel acto antinatural era con mucho el peor.

No existía abominación semejante: ni el niño de espíritus mezclados, ni la mujer que le daba a luz, podían compararse al hombre que poseía a una mujer contra su voluntad. La propia Gran Madre Tierra lo prohibía. Bastaba con observar a los animales por Ella creados para saber que eso era terriblemente antinatural. Ningún animal macho tomaba nunca a una hembra contra su voluntad.

En época de brama, los ciervos podían combatir entre sí para ganarse el privilegio de dar Placeres a las hembras, pero cuando el macho trataba de montar a la hembra, bastaba con que ésta se alejara si no quería nada con él. Podía repetir los asaltos, pero era la cierva la que daba su consentimiento: no podía forzarla. Lo mismo sucedía con los demás animales. La loba, la leona invitaban al macho preferido. La hembra se apretaba contra él, le daba a respirar su excitante olor, echaba la cola a un lado cuando la montaba. Pero si algún otro se atrevía a intentarlo pagaba muy cara su audacia. El macho podía insistir cuanto quisiera, pero la decisión correspondía a la hembra. Así lo había dispuesto la Madre. Sólo el macho de la especie humana era capaz de violar a una hembra: sólo un macho antinatural y abominable de la especie humana.

Quienes Servían a la Madre decían, con frecuencia, que Jondalar había sido favorecido por la Gran Madre Tierra, y todas las mujeres lo sabían: ninguna podía negársele, ni siquiera la Gran Madre en persona. Éste era Su don. Pero hasta Doni le daría la espalda en adelante. No había amado a Doni, ni a Ayla, ni a nadie. Había simplemente violado a Ayla.

Entre el pueblo de Jondalar, el hombre que cometía semejante perversión era expulsado… o algo peor. En su juventud los muchachitos solían hablar entre ellos de dolorosas castraciones. Aunque él no sabía de nadie que hubiera sufrido tal castigo, lo consideraba adecuado. Y ahora era él quien merecía ser castigado. ¿Cómo había podido hacer semejante cosa?

«Y te preocupaba la posibilidad de que no la aceptaran», se dijo. «Temías que la rechazaran, temías no poder soportar algo así. ¿A quién rechazarán ahora? ¿Qué pensarían de ti si se enteraran? Sobre todo después de… lo que hiciste antes. Ni siquiera Dalanar te aceptaría; te expulsaría de su hogar, negando cualquier parentesco contigo. Zolena estaría horrorizada y Marthona…». No quiso pensar lo que sufriría su madre.

Ayla había estado hablando con Mamut. «Seguramente se lo dijo, por eso lloraba». Apoyó la frente en las rodillas y se cubrió con las manos. Merecía el peor de los castigos que quisieran imponerle. Durante un rato siguió allí encogido. Se imaginó los más horribles castigos. Hasta deseaba que le hicieran algo terrible, para aliviar el peso de la culpa que sentía sobre sí.

Por fin se impuso la razón. Recordó que nadie en toda la tarde le había dicho una palabra al respecto. Mamut había llegado a hablarle del Festival de Primavera, sin

sacar el tema a relucir. Entonces, ¿por qué había llorado Ayla? Quizá por eso, pero sin decir una palabra a nadie. Levantó la cabeza, dirigió su mirada hacia ella a través de los hogares sumidos en la sombra. ¿Era posible? Ella era la única que podía exigir una reparación. Ya había padecido buen número de actos contra natura por parte de aquel cabeza chata…, pero ¿qué derecho tenía él para hablar mal de aquel hombre? ¿Era acaso él mejor que Broud?

Sin embargo, Ayla se lo había callado. No le denunciaba, no exigía castigo. Era demasiado buena para él. No la merecía. Consideraba acertado que se prometiera a Ranec. Y sólo de pensarlo sintió una dolorosa opresión. Comprendió que ése era su castigo. Doni le había dado lo que más deseaba: la única mujer a la que podría amar. Y él no fue capaz de aceptarla. Ahora la había perdido. Era culpa suya y debía aceptar su castigo, pero sin lamentarlo.

Hasta donde alcanzaba su memoria, Jondalar había luchado por dominarse. Otros hombres demostraban sus emociones por medio de la risa, la cólera o el llanto, con mucha mayor facilidad que él. Él se resistía, sobre todo, a llorar. Desde la época en que, obligado a marcharse, perdiera su tierna y crédula juventud en una noche de llanto al verse privado de hogar y de familia, sólo había llorado en los brazos de Ayla por la muerte de su hermano.

Sin embargo, una vez más, en aquel oscuro albergue, a un año de viaje de su hogar, Jondalar rompió a llorar en silencio, con lágrimas incontenibles, por la pérdida que más lamentaba: la de su mujer amada.

El Festival de Primavera, largo tiempo esperado, era a un tiempo la celebración del año nuevo y una fiesta de acción de gracias. No se celebraba a principios de estación, sino en su momento culminante, cuando los primeros brotes estaban bien afirmados y se podía cosechar. Indicaba el inicio del ciclo anual para los Mamutoi, quienes saludaban, con una alegría y un alivio sólo comprensible para aquellos que sobrevivían en el borde mismo de una incierta subsistencia, el reverdecimiento de la tierra, que les aseguraba la vida tanto para ellos como para los animales con los que compartían el territorio.

En lo más crudo del invierno glacial, cuando parecía que el aire mismo podía congelarse, el más confiado de los corazones podía albergar dudas sobre el retorno del calor y de la vida. En aquellos momentos, cuando la primavera parecía tan lejana, los recuerdos y los relatos en torno a los anteriores festivales de Primavera aliviaban los temores profundamente enraizados y traían consigo la esperanza renovada de que el ciclo de la Gran Madre iba a seguir su curso. Esos relatos y esos recuerdos hacían que todos los festejos primaverales fueran inolvidables.

Para el gran festín de primavera no se consumía ningún resto del año precedente. Los Mamutoi salían, individualmente o en pequeños grupos, a cazar, pescar y recoger vegetales. Jondalar hizo buen uso de su lanzavenablos y tuvo la satisfacción de

contribuir con un bisonte hembra, preñada por añadidura, aunque bastante flaca. Se recogían todos los vegetales comestibles que se podían encontrar. Los amentos de abedul y de sauce, las hojas tiernas, apenas desarrolladas, de helechos. Así como los viejos rizomas, que podían ser asados, pelados y reducidos a harina, lo mismo que el cambium de los abetos y los abedules, suavizados por una savia nueva; algunas bayas de zarapito, de un tono violáceo oscuro, con muchos granos duros en su interior, que crecían al lado de pequeñas flores de color rosa, en chaparros espinosos de hojas perennes; y en las zonas abrigadas, donde habían estado cubiertas de nieve, otras bayas, de un rojo vivo, que se habían helado pero que después el deshielo las había prestado una carnosa dulzura, seguían prendidas a las ramas bajas.

Yemas, brotes frescos, bulbos, raíces, hojas, flores de todas las especies: la tierra abundaba en frutos deliciosos. Se utilizaban como legumbres los brotes y las vainas tiernas de vencetósigo, mientras que su flor, rica en dulce néctar, servía para endulzar ciertos platos. Las hojas de un verde suave del trébol, del quenopodio, de las ortigas, de la balsamina, del diente de león, de la lechuga silvestre se comían cocidas o crudas. Los tallos, y sobre todo las raíces de los cardos, merecían una atención especial. Los bulbos de lirio, los brotes de espadaña y los tallos de junco figuraban entre los favoritos. Las sabrosas raíces azucaradas de regaliz podían comerse crudas o asadas entre cenizas. Algunas plantas eran aprovechadas por sus cualidades nutritivas, otras simplemente por su sabor. Muchas de ellas servían para hacer infusiones. Ayla conocía las propiedades medicinales de la mayoría y las recogía para su uso particular.

En las pendientes rocosas recogían los brotes delgados y tubulares de la cebolla silvestre, y en los lugares secos y desnudos, las pequeñas hojas de la acedera redonda. La farfara se criaba en los terrenos húmedos próximos al río: su sabor ligeramente salado constituía un apreciado aliño, pero Ayla la utilizaba también contra la tos y el asma. El ajo de los osos daba gusto a los alimentos, lo mismo que las bayas de enebro, los bulbos del lirio atrigado con sabor a pimienta, la albahaca, la salvia, el tomillo y la menta. Las recogían en cantidad, las almacenarían para que se secasen y emplearían el resto para sazonar los peces recién pescados y las diferentes variedades de carne reunida para el festín.

La pesca era abundante y componía el alimento favorito de la temporada, puesto que casi todos los animales estaban aún demasiado flacos debido a los estragos del invierno. Sin embargo, el festín incluía, cuando menos, un animal joven nacido en primavera, a manera de símbolo. Preparar una gran comida únicamente con productos frescos era una demostración de que la Madre Tierra volvía a ofrecer generosamente sus frutos y continuaba proveyendo para sus hijos.

La ilusionada espera hacía vibrar al Campamento entero. Hasta los caballos la percibían, y Ayla les notaba nerviosos. Aquella mañana los condujo a cierta distancia del albergue para cepillarlos; aquella tarea la relajaba tanto como a los animales y le brindaba una excusa para pasar un rato a solas, entregada a sus pensamientos. Era

justo el día en que estaba obligada a dar a Ranec una respuesta. A la mañana siguiente comenzaría el Festival de Primavera.

Lobo la observaba, acurrucado en el suelo a poca distancia. De pronto levantó la cabeza, olfateando el aire, y golpeó el suelo con la cola, indicando que se aproximaba algún amigo. Ayla, al volverse, sintió que le palpitaba el corazón y se le encendía el rostro.

—Tenía la esperanza de encontrarte a solas, Ayla —dijo Jondalar con voz extrañamente apagada—. Me gustaría hablar contigo, si no te molesta.

—No, no me molesta.

Estaba rasurado y tenía el pelo rubio recogido sobre la nuca; vestía uno de los atuendos nuevos que le había dado Tulie. Ayla le vio tan apuesto (como decía Deegie) que se sintió sin aliento y perdió la voz. Pero no era sólo su aspecto lo que la conmovía. Para ella siempre era apuesto, hasta con las ropas desechadas por Talut. Su presencia colmaba el aire y la envolvía, como si él fuera una brasa encendida que calentase incluso desde lejos. Sintió deseos de tocar aquel calor, de encerrarse en él, y se inclinó hacia Jondalar. Pero algo en sus ojos hizo que se contuviera; era algo indeciblemente triste, que nunca hasta entonces había visto en ellos. Permaneció en silencio, esperando que él hablara.

Jondalar cerró los ojos un instante, ordenando sus pensamientos, sin saber por dónde comenzar.

—Recordarás que, cuando vivíamos juntos en el valle, antes de que supieras hablar bien, cierta vez quisiste decirme algo muy importante. Como no dominabas las palabras necesarias, empezaste a hablarme por señas. Recuerdo haber pensado que tus movimientos eran hermosos, casi como una danza.

Ella lo recordaba muy bien. Entonces trataba de decirle lo mismo que hubiese deseado decirle en aquel momento: lo que sentía por él, aquel sentimiento que la inundaba gracias a él y para el que aún no tenía nombres. Decirle simplemente que le amaba no le parecía suficiente.

—Ahora es a mí a quien le faltan palabras para expresar lo que necesito decirte. La palabra «perdóname» es tan sólo un sonido que me brota de los labios, pero no sé de qué otro modo decirlo. Lo siento, Ayla, más de lo que acierto a expresar. No tenía derecho a violarte, pero no puedo borrar lo que ya está hecho. Sólo puedo prometerte que no volverá a ocurrir. Me iré pronto, en cuanto Talut considere que puedo viajar sin peligro. Tu hogar está aquí. Aquí te quieren…, te aman. Eres Ayla de los Mamutoi. Yo soy Jondalar de los Zelandonii. Es tiempo ya de que vuelva a mi hogar.

Ayla no podía pronunciar palabra. Clavó la vista en el suelo, intentando disimular las lágrimas que no podía reprimir. Luego se volvió para cepillar a Whinney; no podía mirar a Jondalar. Se marchaba. Volvía a su hogar y no le había pedido que le acompañara. No la quería. No la amaba. Ahogó sus sollozos y continuó frotando a la yegua con el cepillo. Jamás, desde que viviera con el Clan, había luchado tanto para contener las lágrimas.

Jondalar, de pie tras ella, pensó: «No le importa. Debería haberme marchado mucho antes». Ayla le había vuelto la espalda. Él hubiera querido hacer lo mismo y dejarla con sus caballos, pero el silencioso lenguaje de los movimientos del cuerpo femenino le estaba enviando un mensaje que él no era capaz de comprender; aun así, tenía la sensación de que algo no iba bien. Y no se decidió a partir.

—Ayla…

—Sí —dijo ella, siempre de espaldas y tratando de que no le traicionara la voz.

—¿Hay algo que yo pueda… hacer antes de marcharme?

Ella tardó en responder. Ansiaba decir cualquier cosa que le hiciera cambiar de idea. Buscó frenéticamente un modo de retenerle, de mantenerle interesado. Los caballos. Él quería a Corredor. Le gustaba montarlo.

—Sí, hay algo —dijo, por fin, esforzándose para que su voz sonara normalmente.

Ante la falta de respuesta, Jondalar se había alejado un paso, pero se apresuró a regresar.

—Podrías ayudarme a adiestrar a Corredor… mientras estás aquí. Yo no tengo demasiado tiempo para eso.

Sólo entonces se volvió para mirarle.

¿Aquella palidez, aquellos temblores eran reales o fruto de su imaginación?, se preguntó Jondalar.

—No sé cuánto tiempo voy a quedarme, pero haré lo que pueda.

Iba a decir algo más; quería decirle que la amaba, que se iba porque ella merecía algo mejor. Merecía a alguien que la amara sin reservas, un hombre como Ranec. Mientras buscaba las palabras adecuadas, bajó la cabeza.

Ayla, temiendo no poder reprimir sus lágrimas por más tiempo, volviose para seguir cepillando a la yegua. De pronto, dejó caer el cepillo y montó de un salto, con un movimiento ágil, y se lanzó al galope. Jondalar levantó la vista y retrocedió algunos pasos, sorprendido. Ayla y la yegua galopaban cuesta arriba, seguidas por Corredor y el lobezno. Él permaneció allí un rato, hasta que los perdió de vista. Entonces volvió lentamente al albergue.

La emoción y la tensión eran tan intensas que, en la noche previa al Festival de Primavera, nadie pudo dormir. Tanto los niños como los adultos se quedaron levantados hasta tarde. Latie, sobre todo, era presa de una excitación especial; impaciente ahora, nerviosa un momento después, pensaba en la breve ceremonia de pubertad con que se anunciaría que estaba lista para iniciar los preparativos, con miras a la Celebración de la Feminidad que tendría lugar en la Reunión de Verano.

Aunque había alcanzado la madurez física, su condición de mujer no estaría completa hasta la ceremonia que culminaba con la Primera Noche de Placeres, momento en que sería abierta por un hombre para quedar en condiciones de recibir los espíritus fecundantes de la Madre. Sólo cuando pudiera ser madre se la

consideraría mujer en todos los aspectos y, por tanto, disponible para establecer un hogar y aparearse formalmente con un hombre. Hasta entonces la suya sería una condición intermedia; ya no era una niña, pero tampoco una mujer; mientras tanto aprendería todo lo necesario sobre la condición de mujer, de madre y también sobre los hombres, aleccionada por las mujeres mayores y por Quienes Servían a la Madre.

Los hombres, con excepción de Mamut, habían sido expulsados del Hogar del Mamut. Todas las mujeres se reunieron allí, pues Latie iba a recibir instrucciones para la ceremonia de la noche siguiente. A ellas les correspondía ofrecer apoyo moral, consuelos y sugerencias útiles. Ayla, aunque estuviera presente como mujer adulta, estaba aprendiendo tanto como la jovencita.

—Mañana por la noche no tendrás gran cosa que hacer, Latie —explicó Mamut —. Más adelante aún tendrás que aprender, pero esta ceremonia es sólo un preliminar. Talut hará el anuncio; después, yo te daré la muta. Guárdala en lugar seguro hasta que estés lista para establecer tu propio hogar.

Latie, que estaba sentada frente al anciano, asintió con timidez, aunque disfrutaba siendo el centro de atención.

—Sabes que, a partir de mañana, no deberás estar sola con ningún hombre, ni siquiera hablar con uno de ellos a solas, hasta que seas plenamente mujer.

—¿Ni siquiera con Danug o Druwez? —preguntó Latie.

—No, ni siquiera con ellos.

El viejo chamán explicó que, durante aquel período de transición, carecía de la protección de los espíritus que custodiaban a los niños y no tenía aún el poder de las mujeres; por tanto, sería muy vulnerable a las influencias malignas. Se le exigiría que permaneciera siempre bajo la mirada vigilante de alguna mujer y no debía estar sola, ni siquiera con su hermano o su primo.

—¿Y Brinan o Rydag? —preguntó la joven.

—Ellos todavía son niños. Los niños no ofrecen peligro, pues en derredor de ellos rondan siempre espíritus protectores. Por eso debes ser protegida en esos momentos. Tus espíritus guardianes te han abandonado, dejando espacio para que entre la fuerza vital, el poder de la Madre.

—Pero Talut o Wymez no me harían daño. ¿Por qué no puedo estar a solas con ellos?

—Los espíritus masculinos se ven atraídos hacia la fuerza vital, así como, ya lo irás descubriendo, los hombres se sienten atraídos por ti. Algunos espíritus masculinos envidian el poder de la Madre. Podrían tratar de quitártelo en estos momentos, cuando eres vulnerable. No pueden usarlo para crear la vida, pero es una fuerza poderosa. Sin las debidas precauciones, puede entrar un espíritu masculino, y aunque no robe tu fuerza vital, puede dañarla o doblegarla. Como consecuencia, es posible que no tengas hijos jamás o que tus deseos sean los de un hombre; entonces, querrás compartir Placeres con otras mujeres.

Latie abrió mucho los ojos. No sabía que la cosa fuera tan peligrosa.

—Tendré cuidado. No dejaré que ningún espíritu masculino se me aproxime, pero…, Mamut…

—¿Qué, Latie?

—¿Y tú? Tú eres hombre, Mamut.

Varias mujeres rieron entre dientes. Latie se ruborizó, pensando que había preguntado algo muy estúpido.

—Yo habría hecho la misma pregunta —comentó Ayla.

La muchachita le dedicó una mirada de gratitud.

—Es una buena pregunta —confirmó Mamut—. Soy hombre, pero también Sirvo a la Madre. Probablemente no haya peligro en que hables conmigo en cualquier momento. Además, tendrás que hacerlo para algunos ritos en los que he de actuar como El Que Sirve, Latie. Pero sería aconsejable no visitarme ni dirigirme la palabra sino en compañía de otra mujer.

Latie asintió, el ceño fruncido en un gesto muy serio. Comenzaba a comprender la responsabilidad de establecer nuevas relaciones con las personas que conocía y amaba desde su nacimiento.

—¿Qué pasa cuando un espíritu masculino roba la fuerza vital? —preguntó Ayla, curiosa por conocer aquellas interesantes creencias de los Mamutoi, tan semejantes por un lado pero tan diferentes por otro a las del Clan.

—En este caso concreto tienes un chamán poderoso —dijo Tulie.

—O maligno —agregó Crozie.

—¿Es cierto eso, Mamut? —preguntó Ayla.

Latie parecía sorprendida e intrigada. Hasta Deegie, Tronie y Fralie se volvieron hacia el anciano, interesadas.

El viejo ordenó sus pensamientos. Estaba tratando de buscar con mucho cuidado una respuesta.

—Nosotros somos sólo hijos de la Madre —comenzó—. Nos cuesta saber por qué Mut, la Gran Madre, elige a unos con propósitos especiales. Sólo sabemos que tiene sus motivos. Tal vez, en determinadas épocas, necesita a alguien de poder excepcional. Algunos nacen con ciertos dones. Otros pueden ser elegidos más adelante. Pero nadie es escogido sin que Ella lo sepa.

Varios ojos se clavaron en Ayla, tratando de disimular.

—Ella es la Madre de todo lo que existe —continuó Mamut—. Nadie puede conocerla por completo en todos sus aspectos. Por eso el rostro de la Madre no es visible en las estatuillas que la representan —Mamut se dirigió a la mujer más anciana del Campamento—: ¿Qué es lo maligno, Crozie?

—Lo maligno es un mal cometido con aviesa intención. Lo maligno es la muerte —respondió la anciana con convicción.

—La Madre es todas las cosas, Crozie. El rostro de la Madre es el nacimiento de la primavera, la abundancia del verano, pero también la pequeña muerte del invierno. Suyo es el poder de la vida, pero la otra cara de la vida es la muerte. ¿Qué es la

muerte sino el retorno a ella para renacer? ¿Es maligna la muerte? Sin la muerte no puede haber vida. ¿Es maligno el mal cometido con aviesa intención? Tal vez, pero hasta aquellos que parecen obrar mal lo hacen por razones que derivan de Ella. El mal es una fuerza que Ella domina, un medio para la consecución de sus propósitos. Es sólo una cara desconocida de la Madre.

—Pero ¿qué pasa cuando una fuerza masculina roba la fuerza vital de una mujer? —preguntó Latie, que no deseaba filosofías, sino información.

Mamut la miró con aire pensativo. Era casi mujer y tenía derecho a saberlo.

—La mujer muere, Latie.

La muchachita se estremeció.

—Aun cuando le sea robada, le puede quedar un poco, lo suficiente como para que ella inicie una vida nueva. La fuerza vital que reside en la mujer es tan poderosa que ella puede ignorar que le ha sido robada hasta el momento de dar a luz. Cuando una mujer muere en el parto, es siempre porque un espíritu masculino le robó la fuerza vital antes de que fuera abierta. Por eso no es saludable esperar demasiado para la ceremonia de la Feminidad. Si la Madre te hubiera hecho madurar en el otoño, yo habría acordado con Nezzie que organizáramos una reunión entre varios Campamentos a fin de efectuar una ceremonia. Así no hubieras tenido que pasar el invierno sin protección, aunque de ese modo te habrías perdido las celebraciones de la Reunión de Verano.

—Me alegro de no habérmelas perdido, pero… —Latie hizo una pausa. Le preocupaban más las fuerzas de la vida que la celebración—. ¿Siempre muere la mujer?

—No. A veces lucha por conservar su fuerza vital. Si es poderosa, puede hacer más que eso: puede quedarse también con la fuerza masculina o, por lo menos, con una parte. Entonces tiene el poder de ambos en un solo cuerpo.

—Ésos son los individuos que se convierten en chamanes poderosos —intervino Tulie.

Mamut asintió.

—Con frecuencia, así es. A fin de aprender a utilizar el poder conjunto masculino y femenino, muchas personas acuden en busca de guía al Hogar del Mamut. Y abundan entre ellas las que se sienten llamadas para Servir a la Madre. Con frecuencia se convierten en Las Que Curan, y lo son excelentes, o en Viajeros por el mundo misterioso de la Madre.

—¿Y qué pasa con el espíritu masculino que llega a robar la fuerza vital? —preguntó Fralie, apoyando a su pequeña contra el hombro para darle suaves palmaditas. Sabía que su madre deseaba hacer aquella pregunta.

—Ése es el que resulta maligno —dijo Crozie.

Mamut sacudió la cabeza.

—No, eso no es exacto. La fuerza masculina es atraída simplemente por la fuerza vital femenina, eso es todo. No puede remediarse, y con frecuencia los hombres

ignoran que su fuerza masculina ha arrebatado la fuerza vital de una joven hasta el momento en el que descubren que ya no les atraen las mujeres; prefieren la compañía de otros hombres. Los jóvenes se tornan entonces muy vulnerables. No quieren ser diferentes, no quieren que nadie se entere de que su espíritu masculino puede haber perjudicado a una mujer. Con frecuencia sienten mucha vergüenza y, en vez de acudir al Hogar del Mamut, tratan de ocultar lo que les sucede.

—Pero entre ellos existen seres malignos de gran poder —insistió Crozie—. Con poder suficiente para destruir todo un Campamento.

—La fuerza conjunta de macho y hembra en un solo cuerpo es muy poderosa. Sin guía puede pervertirse, hacerse maligna y tal vez provocar enfermedades, desgracias, incluso la muerte. Aun sin ese poder, una persona que desee la desgracia de otra puede provocarla. Si se posee, los resultados son casi inevitables. Sin embargo, con la orientación debida, el hombre que tenga ambas fuerzas puede convertirse en un chamán poderoso, al igual que la mujer dotada de ambas fuerzas, pero suele utilizarlas sólo para el bien.

—¿Y qué pasa si una persona así no quiere ser chamán? —preguntó Ayla. Tal vez había nacido con «dones», pero aún tenía la sensación de que la empujaban a algo que quizá no deseaba.

—No tiene por qué serlo —respondió Mamut—. Pero les resulta más fácil encontrar compañía, seres semejantes, entre Quienes Sirven a la Madre.

—¿Te acuerdas de aquellos viajeros de Sungaea que conocimos hace muchos años, Mamut? —preguntó Nezzie—. Por aquel entonces yo era joven, pero ¿no había cierta confusión en uno de sus hogares?

—Sí. Ahora que lo mencionas, lo recuerdo. Regresábamos de una Reunión de Verano; cuando los encontramos, aún viajábamos con varios Campamentos más. Nadie sabía qué actitud tomar, pues se habían producido algunas incursiones. Pero por fin encendimos una hoguera de amistad con ellos. Algunas Mamutoi se pusieron nerviosas porque un hombre de los de Sungaea quería unirse a ellas «en el sitio de la Madre». Hicieron falta muchas explicaciones para aclarar que el hogar en cuestión no estaba constituido por una mujer y sus dos compañeros, como nosotros pensábamos, sino por un hombre y sus dos compañeras, sólo que una de ellas era hombre. Los Sungaea se dirigían a «ella» como si fuera mujer. Aunque tenía barba, vestía ropas femeninas; carecía de pechos, pero era la «madre» de uno de los niños. En realidad, actuaba como si fuera una verdadera madre. No sé si el niño le había sido dado por la mujer de ese hogar o por alguna otra, pero me dijeron que había experimentado todos los dolores del embarazo y los dolores de parto.

—Sin duda deseaba mucho ser mujer —comentó Nezzie—. Tal vez no robó la fuerza vital de ninguna mujer. Es posible que naciera en un cuerpo que no le correspondía. A veces ocurre.

—Pero ¿tenía dolor de vientre durante el tiempo lunar? —preguntó Deegie—. Así es cómo se sabe quién es mujer.

Todo el mundo se echó a reír.

—¿Tienes dolor de vientre durante el tiempo lunar, Deegie? Si quieres, puedo darte algo que te alivie —dijo Ayla.

—La próxima vez quizá te lo pida.

—Una vez que tengas un hijo ya no te molestará tanto, Deegie —aseguró Tronie.

—Y mientras estás embarazada no tienes por qué preocuparte por usar lanas absorbentes que después no sabes dónde tirar —agregó Fralie—. Eso sí, no ves la hora de tenerlo —añadió sonriendo al rostro dormido de su hijita, pequeña pero saludable, mientras secaba la leche que le caía por la comisura de la boca. De pronto miró a Ayla, llena de súbita curiosidad—. ¿Qué usabas tú cuando estabas…, cuando eras jovencita?

—Tiras de cuero blando. Dan resultado, sobre todo si hay que viajar, pero a veces las doblaba o las rellenaba con algo: lana de cordero, piel o plumón de aves. En ocasiones, con pelusilla de algunas plantas. Hasta ahora no había probado el estiércol seco de mamut, pero también da resultado.

Mamut tenía la habilidad de disimular su presencia a voluntad, de modo que las mujeres se olvidaban de él y hablaban con una libertad que no habrían sentido delante de otros hombres. Ayla, empero, era consciente de su presencia y notaba que él la estaba observando en silencio. Por fin, cuando la conversación perdió interés, se dirigió otra vez a Latie.

—Dentro de poco querrás buscar un sitio para tu comunión personal con Mut. Presta atención a tus sueños: ellos te ayudarán a encontrar el lugar adecuado. Antes de visitar tu altar personal, deberías ayunar y purificarte, saludando siempre en las cuatro direcciones, hacia el submundo y hacia el cielo; harás ofrendas y sacrificios, sobre todo si necesitas Su ayuda o Su bendición. Eso será más importante que nunca cuando quieras tener un hijo o cuando descubras que vas a tenerlo, Latie. Entonces deberás ir a tu altar personal y quemar un sacrificio para Mut, una ofrenda que suba a Ella con el humo.

—¿Cómo sabré qué ofrecerle? —preguntó Latie.

—Puede ser algo que encuentres o algo que tú fabriques. Ya sabrás si es lo adecuado. Siempre lo sabrás.

—Y si quieres a un hombre en especial, también puedes decírselo a Ella —agregó Deegie, con una sonrisa de conspiración—. No sé cuántas veces le pedí a Branag.

Ayla echó una mirada a su amiga y resolvió averiguar más sobre los altares personales.

—¡Hay tanto que aprender! —se admiró Latie.

—Puedes pedir ayuda a tu madre y también a Tulie —dijo Mamut.

—Nezzie me ha pedido que este año actúe como Mujer Vigía —comentó Tulie—, y he aceptado, Latie.

—¡Oh, Tulie, cuánto me alegro! —exclamó la jovencita—. Así no me sentiré tan sola.

La jefa sonrió al ver la satisfacción que expresaba.

—Bueno —apostilló—, no todos los años hay una mujer nueva en el Campamento del León.

Latie frunció el ceño, concentrada en sus pensamientos. Por fin preguntó, con voz suave.

—Tulie, ¿cómo es eso? Lo de la tienda. Esa noche.

La jefa intercambió una mirada con Nezzie y sonrió:

—¿Es que eso te preocupa?

—Sí, un poquito.

—No te preocupes. Ya te lo explicarán todo y sabrás qué puedes esperar.

—¿Se parece a lo que hacíamos jugando Druwez y yo, cuando éramos niños? Él rebotaba con tanta fuerza contra mí… Creo que trataba de parecerse a Talut.

—No tanto, Latie. Ésos eran juegos de niños: imitabais a los adultos. Erais muy jóvenes, demasiado jóvenes entonces.

—Es cierto, éramos muy jóvenes —reconoció Latie, que se sentía ya mucho mayor—. Aquéllos eran juegos para niños. Dejamos de hacerlo hace mucho tiempo. En realidad, ya no jugamos a nada. Últimamente, ni Danug ni Druwez me dirigen siquiera la palabra.

—Ya querrán acercarse a ti —aseguró Tulie—. No lo dudes, pero recuerda que ahora no debes hablar demasiado con ellos y nunca a solas.

Ayla alargó la mano hacia la gran bolsa de agua que pendía de una correa de cuero de una percha, sujeta a un pilar de sustentación. Estaba hecha con un estómago de un ciervo gigante, un megacero, curtido de modo que mantuviera su impermeabilidad natural. Se llenaba por la abertura inferior, que se plegaba y se cerraba herméticamente. Para formar un canal vertedor, se ataban los bordes de la abertura a un hueso naturalmente ahuecado, en el que se había practicado una ranura alrededor del extremo, a la que se ceñía un cordón.

Ayla retiró el tapón (una tira estrecha de cuero, pasada por el hueco y atada en un mismo lugar varias veces) y llenó de agua el cesto impermeable que utilizaba para hacer su infusión especial de la mañana. Luego volvió a poner el tapón de cuero. La piedra calentada al rojo siseó y soltó vapor al caer en el agua. La joven movió el líquido unas cuantas veces, para aprovechar el calor en lo posible, y retiró la piedra con dos palos planos, para volver a colocarla en el fuego. Retiró otra de la fogata y la puso en el agua. Una vez se inició el hervor, echó en el cesto cierta cantidad de hojas secas, raíces y, en especial, los tallos asarmentados de hilos de oro para que cociera todo junto.

No olvidaba nunca la medicina secreta de Iza. Era de esperar que su poderosa magia le diera a ella tan buen resultado como a Iza. No quería tener un bebé en aquellos momentos. Se sentía demasiado insegura.

Después de vestirse, vertió la infusión en una taza personal y se sentó en una esterilla, cerca del fuego, para beber aquella mezcla fuerte y amarga. Se había acostumbrado a su sabor. Era su momento de despertar por completo y formaba parte de su rutina matinal. Mientras bebía, pensó en las actividades que se desarrollarían durante la jornada. Había llegado la fecha feliz que todos esperaban con tanta ansiedad: el Festival de Primavera.

Para ella, el acontecimiento más feliz era la asignación de un nombre al bebé de Fralie. La diminuta criatura había crecido y prosperado; ya no era necesario sostenerla junto al pecho de su madre continuamente. Tenía fuerzas para llorar y dormía sola durante el día, aunque Fralie prefería tenerla consigo y seguía utilizando el artilugio por gusto propio. El Hogar de la Cigüeña se sentía mucho más feliz, no sólo porque compartían el júbilo por la presencia de la pequeña, sino porque Frebec y Crozie estaban aprendiendo a convivir sin discusiones constantes. Aún tenían problemas, pero los solucionaban mejor; la misma Fralie actuaba con mayor decisión como mediadora.

Mientras pensaba en la pequeña de Fralie, levantó la vista y vio que Ranec la estaba observando. Aquélla era también la fecha en que él deseaba anunciar su Promesa. Con un sobresalto, Ayla recordó que Jondalar le había comunicado su partida. De pronto recordó la noche terrible en que murió Iza.

«No eres Clan, Ayla», le había dicho la anciana. «Naciste de los Otros, debes estar con ellos. Ve al norte, Ayla. Encuentra a tu propia gente. Encuentra a tu propio compañero». Encuentra a tu propio compañero…, recordó. En otros tiempos, Ayla había pensado que Jondalar era su pareja, pero se marchaba. Volvía a su hogar sin llevarla consigo. Jondalar no la quería…

En cambio, Ranec sí. Y ella ya no era tan joven. Si quería tener otro bebé, era hora de iniciarlo pronto. Tomó un sorbo de la preparación y removió los posos en la taza. Si dejaba de tomar esa medicina y compartía Placeres con Ranec, ¿se iniciaría un bebé dentro de ella? Podía hacer el intento y salir de dudas. Tal vez debería unirse a Ranec. Instalarse con él, tener hijos de su hogar. ¿Serían hermosos bebés oscuros de ojos negros y pelo muy rizado? ¿O de piel clara como ella? Tal vez ambas cosas.

Si se quedaba allí, unida a Ranec, no estaría lejos del Clan. Podría ir en busca de Durc. Ranec era bondadoso con Rydag; no le molestaría tener un niño de espíritus mezclados en su hogar. Tal vez pudiera adoptar formalmente a Durc y convertirle en Mamutoi.

La idea de que a lo mejor sería posible recobrar a su hijo la llenó de excitación. Tal vez era mejor que Jondalar se marchara sin ella. Si le acompañaba, jamás vería a su hijo. Pero si él se marchaba sin llevarla consigo, jamás volvería a ver a Jondalar.

Ya no había dudas para ella. Se quedaría. Se uniría a Ranec. Trató de pensar en todos los elementos positivos, para convencerse de que era mejor así. Podría tener bebés, recobrar a Durc. Tendría un buen compañero, un pueblo. Era más de lo que en otros tiempos había creído posible. ¿Qué más se podía pedir? Sí, ¿qué más,

considerando que Jondalar se iba?

«Se lo diré», pensó. «Diré a Ranec que puede anunciar hoy nuestra Promesa». Pero cuando se levantó para acercarse al Hogar del Zorro, en su mente había un solo pensamiento: Jondalar se marchaba sin ella. No volvería a verle jamás. Al tomar conciencia de aquella realidad, sintió todo su aplastante peso y cerró los ojos para luchar contra el dolor.

—¡Talut! ¡Nezzie! —Ranec salió corriendo del albergue, en busca del jefe y de su madre adoptiva. Estaba tan excitado que, al verlos, apenas pudo hablar—. ¡Aceptó! ¡Ayla aceptó! ¡La Promesa! ¡La vamos a hacer! ¡Ayla y yo!

No vio a Jondalar. En cualquier caso, no le habría importado. Ranec sólo podía pensar en la mujer a la que amaba, la mujer a la que deseaba como a nadie en el mundo había aceptado ser suya. Pero Nezzie sí vio al visitante, observó cómo palidecía y se aferraba al colmillo de la arcada para no caerse, distinguió el dolor en su rostro. Jondalar se alejó en dirección al río. Una vaga preocupación cruzó la mente de la mujer. El río estaba muy crecido. Sería fácil alejarse nadando y dejarse arrastrar por él.

—No sé qué ponerme, madre —gimió Latie, pensando, nerviosa, en la primera ceremonia que anunciaría su elevado rango—. No me decido.

—Vamos a echar una mirada —dijo Nezzie, mirando de reojo por última vez hacia el río.

Jondalar se había perdido de vista.

Capítulo 28

Jondalar pasó toda la mañana caminando a lo largo del río con la mente convertida en un torbellino, repitiéndose una y otra vez las jubilosas palabras de Ranec. Ayla había aceptado. Anunciarían su Promesa en la ceremonia de aquella noche. De nada servía decirse que él lo esperaba desde un principio; en realidad, no era así. La noticia le había causado una impresión mucho mayor de lo que hubiera sido capaz de imaginar. Al igual que Thonolan tras la muerte de Jetamio, deseaba morirse.

Los temores de Nezzie no carecían de fundamento. Jondalar había bajado hacia el río sin propósito alguno, pero al llegar al turbulento curso de agua, se sintió extrañamente atraído hacia él. Parecía ofrecerle paz, alivio para el dolor, para la tristeza y para la confusión. Pero se limitó a mirarlo fijamente. Algo igualmente poderoso le retenía. A diferencia de Jetamio, Ayla no había muerto, y mientras estuviera viva, podía seguir conservando una llama de esperanza. Más aún, temía por la seguridad de la muchacha.

Buscó un lugar apartado, escondido entre malezas y arbustos, y trató de prepararse para la dura prueba de las festividades de la noche, que incluirían la Ceremonia de Promesa. Después de todo, ella no iba a unirse definitivamente con Ranec esa misma noche; sólo prometería establecer un hogar con él en algún momento futuro. También Jondalar había hecho una promesa a Mamut: no iniciar su viaje hasta pasado el Festival de Primavera. Pero no era aquella promesa lo que le retenía. No podía dejar a Ayla frente a un peligro desconocido, aunque se viera forzado a verla comprometida con otro. Si Mamut, que tan bien conocía el mundo de los espíritus, presentía un peligro, Jondalar sólo podía esperar lo peor.

Cerca de mediodía, Ayla dijo a Mamut que iba a iniciar sus preparativos para la Ceremonia de la Raíz. Había repasado repetidas veces todos los detalles hasta que estuvo razonablemente segura de que no olvidaba nada. Recogió ropas limpias, un cuero suave y absorbente, y varias cosas más. Pero en vez de salir por el anexo, lo hizo por el hogar de cocinar. Esperaba y temía, a un tiempo, ver allí a Jondalar; fue una desilusión y un alivio encontrar sólo a Wymez en el rincón donde se elaboraban las herramientas. Éste dijo que no había visto a Jondalar desde la mañana, pero le dio con gusto el pequeño nódulo de pedernal que ella le pidió.

Al llegar al río, Ayla siguió corriente arriba, buscando un sitio adecuado. Se detuvo allí donde un arroyo pequeño desaguaba en el gran río, a la vuelta de un saliente rocoso que protegía del viento. Varios matorrales y arbustos, que empezaban a brotar, formaban un rincón abrigado y oculto, además de proporcionar leña seca.

Jondalar contemplaba el río desde su escondrijo, pero estaba tan ensimismado que en

realidad no se fijaba en las aguas violentas y cenagosas. Ni siquiera había reparado en el movimiento de las sombras cambiantes, a medida que el sol ascendía en el cielo. Por eso se sobresaltó al oír que alguien se aproximaba. No estaba de humor para conversaciones ni gestos amistosos en aquel día de fiesta para los Mamutoi. Se deslizó rápidamente tras unas matas para aguardar a que la persona pasara de largo.

Al ver que se trataba de Ayla, decididamente dispuesta a quedarse, se sintió desconcertado. Pensó en retirarse en silencio, pero Ayla era muy buena cazadora y no dejaría de oírle. También se le ocurrió que podía salir de entre los arbustos, como si hubiera estado orinando, y alejarse tranquilamente. Pero no hizo ninguna de las dos cosas.

Permaneció oculto lo más discretamente posible, observándola. No podía evitarlo. Ni siquiera pudo apartar la vista cuando comprendió que se estaba preparando para la ceremonia de la noche y que creía estar sola. Al principio se sintió encantado por su presencia, pero no tardó en quedar fascinado. No tenía otra solución que seguir mirándola.

Ayla encendió rápidamente una fogata con pedernal y sílex, y puso piedras a calentar. Quería que sus ritos de purificación fueran lo más parecidos posible a los del Clan, pero algunos cambios eran inevitables. Había pensado encender el fuego al estilo del Clan, haciendo girar rápidamente entre las palmas de las manos una varita seca sobre un trozo plano de madera hasta que surgiera una brasa, pero a las mujeres no se les permitía transportar el fuego ni encenderlo con fines rituales. De todos modos, si había de transgredir la tradición encendiendo su propio fuego, pensó Ayla, no veía inconveniente en servirse de la pirita.

Sin embargo, las mujeres tenían derecho a fabricar cuchillos y otros útiles de piedra, a condición de que no los emplearan para cazar. Ayla había decidido que necesitaba un nuevo saquito para sus amuletos. El decorado bolso mamutoi que ahora usaba no era adecuado para un rito del Clan. Y para hacer un saquito al estilo del Clan necesitaba un cuchillo parecido a los del Clan; para eso había pedido a Wymez un nódulo de pedernal sin romper. Buscó cerca del agua hasta hallar una piedra redondeada por el roce, del tamaño de un puño, que le serviría de martillo. Con ella quitó a pequeños golpes la ganga de creta y comenzó a darle forma. Aunque llevaba algún tiempo sin fabricar herramientas, no había olvidado la técnica y pronto se enfrascó por completo en la tarea.

Al terminar, la piedra oscura y lustrosa tenía una forma toscamente ovalada con un extremo plano. Después de examinarla, hizo saltar otro pedacito y, con mucho cuidado, desprendió una esquirla del extremo plano en la parte más estrecha del óvalo, a fin de formar una plataforma para golpear. Giró la piedra para situarla en el ángulo adecuado y volvió a golpear en el mismo sitio. Se desprendió una lasca bastante gruesa, que tenía la forma del óvalo aplanado y un corte afilado como una

navaja.

Aunque sólo había empleado una piedra redondeada a manera de martillo, había trabajado con la habilidad y la rapidez que da la experiencia y manufacturado un cuchillo muy cortante y manejable. No tenía ninguna intención de conservarlo. No tenía mango y había que cogerlo con toda la mano. Con todos los útiles refinados que ahora poseía, la mayoría de ellos provistos de mangos, no necesitaba un cuchillo como los del Clan, salvo para aquella ocasión especial.

Sin detenerse a embotar el corte para que fuera más fácil de sostener y menos peligroso, Ayla cortó en el borde de su piel de ante una larga tira y trazó, en una extremidad del resto, un pequeño círculo. Volvió a coger el guijarro que le servía de martillo. Tras haber desprendido con sumo cuidado dos o tres fragmentos de sílex, el cuchillo quedó transformado en un punzón con la punta aguzada. Se sirvió de él para perforar alrededor de todo el círculo de cuero una serie de agujeros, a través de los cuales pasó la tira.

Entonces retiró de su cuello el bolso decorado, lo abrió y volcó en su mano los objetos sagrados, los emblemas de su tótem. Tras haberlos examinado unos momentos, los estrechó contra su pecho, antes de volver a introducirlos en el nuevo saco más sencillo, al estilo del Clan, y apretar el lazo. Había tomado la determinación de quedarse con los Mamutoi y de unirse a Ranec, pero no esperaba que pudiera descubrir una señal de su León de las Cavernas que viniera a confirmar que su elección había sido la acertada.

Se acercó al río y llenó de agua el cesto, en el que sumergió las piedras candentes sacadas del fuego. Apenas se había iniciado la temporada y no había posibilidad de encontrar raíces de saponaria; la zona estaba demasiado al descubierto para que brotara la cola de caballo, que crecía en lugares sombríos y húmedos. Tendría que buscar otras hierbas.

Tras haber echado en el agua caliente flores secas de coelanthus, de las que se desprendía un perfume agradable, al tiempo que se espumaba, añadió puntas de helechos y algunas flores de aguileña que había recogido por el camino y, finalmente, ramas tiernas de abedul, en razón de su olor de la gama de las gaulterias. Después retiró el cesto del fuego. Había estado durante mucho tiempo pensando en qué podía emplear para sustituir al insectífugo a base de un ácido obtenido mediante la cocción de helechos para matar pulgas y piojos, cuando Nezzie, sin proponérselo, le había dado la solución.

Ayla se desnudó rápidamente, cogió los dos cestos tejidos e impermeables y bajó hacia el río. Uno de ellos contenía la mezcla aromática que acababa de preparar y el otro orina de varios días.

Ya una vez había pedido Jondalar a la joven que le hiciera una demostración de las técnicas empleadas por el Clan para tallar las piedras y había quedado impresionado.

Pero ahora estaba fascinado viéndola trabajar con tanta seguridad y destreza. Sin martillos de hueso, sin percutores, fabricaba con enorme rapidez los útiles que necesitaba. Jondalar se preguntaba si él sería capaz de hacerlo sirviéndose tan sólo de un simple guijarro. Súbitamente su apreciación de las técnicas de los cabezas chatas ganó muchos puntos.

El saquito quedó también rápidamente confeccionado. Era rudimentario, pero respondía a un concepto muy ingenioso. Sólo al ver cómo manejaba los diferentes objetos que iba a introducir en él y se fijó en la forma en que los sostenía en la mano advirtió en su actitud cierto aire de melancolía, un aura de tristeza y de pena. Debería sentirse contenta; en cambio, parecía desdichada. Él lo achacó a su propia imaginación.

Cuando Ayla comenzó a desnudarse, Jondalar contuvo la respiración. Su belleza en sazón hizo renacer en él un deseo que le abrumaba, pero su incalificable conducta de la última vez frenó sus impulsos. Durante el invierno se había dedicado a recoger su cabello en forma de trenzas, al estilo de Deegie; cuando soltó su larga cabellera se acordó de la primera vez que la vio desnuda, en la cálida atmósfera de su valle, dorada, espléndida, todavía mojada tras el baño. Se hizo el firme propósito de no mirarla y, cuando penetró en el río, tuvo ocasión de escabullirse, pero no habría sido capaz de moverse aunque le fuera en ello la vida.

Ayla inició su aseo personal con la orina. El líquido amoniacal era corrosivo y despedía un fuerte olor, pero disolvía los aceites y las grasas de la piel y de los cabellos, y mataba los piojos y las pulgas que hubiera podido coger. Tendía incluso a aclarar la cabellera. El agua del río, tras el deshielo, estaba todavía muy fría, pero el impacto resultaba vigorizante y las arenas gredosas que su corriente transportaba, incluso en la franja más calmosa de la orilla, se llevaban a la vez la suciedad y el penetrante olor del amoníaco.

La enérgica limpieza y la frialdad del agua habían revestido de un color rosado la piel de Ayla de los pies a la cabeza. Se estremeció al salir del agua, pero la mezcla perfumada que había preparado estaba aún caliente; se frotó con ella todo el cuerpo y los cabellos, y se produjo una abundante y resbaladiza capa de burbujas saponíferas. Para enjuagarse se dirigió hacia una pequeña poza de aguas tranquilas que se formaba en la desembocadura del arroyuelo, menos cenagosas que las del río. Después de salir, se envolvió en la piel de ante para secarse, al tiempo que se desenredaba el cabello con su duro cepillo y una aguja de marfil. Fresca y completamente limpia, se sentía a gusto.

Jondalar ardía en deseos de reunirse con ella y compartir Placeres al mismo tiempo que experimentaba cierta satisfacción en recrear en ella su vista. Y no se trataba sólo

de contemplar aquel cuerpo magnífico, abundante en curvas femeninas pero bien formado y bien modelado, cuyos músculos planos y duros eran una manifestación de fuerza. Disfrutaba observándola, siguiendo sus movimientos naturalmente graciosos. Ya encendiera fuego o elaborara un utensilio que necesitaba, sabía exactamente cómo hacerlo y no malgastaba un solo movimiento. Jondalar había admirado siempre su destreza, la precisión de sus gestos, su inteligencia. Todo aquello formaba parte del atractivo que ejercía sobre él. Había perdido la compañía de Ayla, pero el simple hecho de contemplarla apaciguaba su necesidad de estar junto a ella.

Ayla estaba ya casi completamente vestida cuando un ligero ladrido del joven lobo hizo que levantara la cabeza. Sonrió.

—¡Lobo! ¿Qué haces ahí? ¿Te has escapado a la vigilancia de Rydag?

El lobezno saltó hacia ella para saludarla, completamente feliz de haberla encontrado. Comenzó a recoger sus cosas y el pequeño animal se puso a olisquear por todas partes.

—Bueno, ahora que me has descubierto, podemos regresar. Vamos, Lobo. Vámonos. ¿Pero qué andas buscando por entre esas matas?… ¡Jondalar!

Ayla enmudeció, estupefacta, al descubrir lo que el lobezno andaba buscando; Jondalar estaba demasiado abochornado como para hablar, pero ambos se miraron a los ojos y se dijeron más que con las palabras. No obstante, ninguno de los dos podía dar crédito a lo que veía. Por fin, Jondalar aventuró una explicación.

—Estaba… Pasaba por aquí y…

Abandonó el intento, sin siquiera terminar su débil excusa, y se alejó caminando a paso rápido. Ayla le siguió hacia el Campamento, con más lentitud, subiendo trabajosamente la cuesta. No terminaba de comprender la conducta de Jondalar. Ignoraba cuánto tiempo llevaba allí, pero sin duda la había estado observando. Pero ¿por qué así, escondido? No sabía qué pensar. Entró en el albergue por el anexo de los caballos, que comunicaba con el Hogar del Mamut, para ir a ver a Mamut y dar el último toque a los preparativos. Sólo entonces recordó el modo en que él la había mirado.

Jondalar no volvió al Campamento de inmediato. No estaba seguro de poder enfrentarse a ella ni a cualquier otro. Al acercarse al sendero que ascendía desde el río hacia el albergue, giró en redondo y desanduvo el trayecto; pronto se encontró en el mismo sitio aislado.

Se acercó a los restos de la pequeña fogata, se arrodilló y buscó con la mano el ligero calor que aún quedaba. Entornó los ojos, recordando la escena que había presenciado. Al abrirlos descubrió los restos del pedernal que ella había dejado allí; los recogió, colocó algunos en su sitio originario y se dedicó a estudiar con detalle el procedimiento que había seguido. Cerca de algunos fragmentos de cuero encontró el punzón, y también lo recogió para examinarlo. No estaba hecho según él acostumbraba; parecía demasiado simple, casi tosco, pero constituía una herramienta eficaz. Y bien afilada, pensó, al pincharse el dedo.

Aquella herramienta le hizo pensar en Ayla; a su modo, parecía representar el enigma de la muchacha y sus aparentes contradicciones: su inocente candor, envuelto en el misterio; su simplicidad, impregnada de antiguos saberes; su franqueza, su ingenuidad, envueltas en la profundidad y la riqueza de su experiencia. Decidió quedarse con el adminículo para recordarla siempre, y lo envolvió en los restos de cuero para llevárselo consigo.

Celebraron el festín en el calor de la tarde, en el hogar de cocinar, pero con las pesadas cortinas de cuero del hogar de los caballos recogidas para permitir la circulación del aire y la de los comensales. Muchos de los festejos se llevaron a cabo en el exterior, sobre todo los juegos y las competiciones, las canciones y el baile.

Hubo intercambio de regalos como augurio de buena suerte, felicidad y buena voluntad, emulando a la Gran Madre Tierra, que volvía a traer la vida y el calor a la tierra, y para manifestar su aprecio a los dones que Ella dispensaba a Sus criaturas. Los obsequios eran, en general, cosas pequeñas, como cinturones y vainas para cuchillos, dientes de animales perforados para usar como colgantes, y sartas de cuentas, que podían llevarse tal cual o cosidas en las prendas de vestir. Aquel año, el artículo favorito para dar y recibir fue el nuevo pasahilos, junto con estuches hechos de marfil o huesos huecos de pájaros para guardarlos. La idea original había sido de Nezzie; llevaba su estuche, junto con un cuadradito de piel de mamut que le servía de dedal, en su costurero ricamente decorado. Algunas otras mujeres la habían imitado.

Las piedras de fuego que poseía cada uno de los hogares eran tenidas por mágicas y sagradas. Se las guardaba en un nicho junto con la efigie de la Madre. Barzec, por su parte, regaló varios estuches ideados por él y que fueron objeto de la más cálida acogida. Eran fáciles de llevar y contenían materiales fácilmente inflamables por efecto de una chispa —fibras vegetales deshilachadas, boñigas secas y pulverizadas, astillas de madera—, con un compartimento para la piedra de fuego y el sílex cuando se iba de viaje.

Con el viento frío del atardecer, el Campamento albergó en el interior los actos de efusión recíproca y corrió las cortinas aislantes. Se empleó algún tiempo en instalarse, en ponerse la ropa de ceremonia, en colocar los últimos elementos ornamentales, en llenar nuevamente las tazas con la bebida favorita: una infusión de hierbas o la bouza de Talut. Por fin, todos se reunieron en el Hogar del Mamut para asistir a la parte más seria del Festival de Primavera.

Ayla y Deegie hicieron señas a Latie para que se sentara con ellas; era prácticamente una de ellas, casi una mujer. Danug y Druwez la miraban con desacostumbrada timidez. Ella irguió los hombros y mantuvo la cabeza en alto, pero no les dirigió la palabra. Los jovencitos la siguieron con la mirada. Cuando se sentó entre las dos mujeres, estaba sonriente: tenía la impresión de haberse convertido en un personaje y de estar en su sitio.

Latie y los dos muchachos habían sido amigos y compañeros de juego durante la infancia, pero ella ya no era una niña a la que se pudiera ignorar o desdeñar. Había pasado a pertenecer a un mundo mágicamente atractivo, levemente amenazador y plenamente misterioso: el mundo de las mujeres. Su cuerpo había cambiado de forma y podía provocar en los jóvenes emociones, sensaciones inesperadas, incontrolables, sólo con pasar junto a ellos. Una simple mirada suya podía desconcertarles.

Pero lo más misterioso era algo de lo que apenas habían oído hablar: ella podía hacer brotar sangre de su propio cuerpo sin heridas y sin dolor. De algún modo, eso le daba capacidad de atraer hacia sí la magia de la Madre. Ellos no sabían cómo, pero sí que algún día Latie sacaría vida nueva de su cuerpo, algún día Latie tendría hijos. Pero antes era necesario que un hombre la convirtiera en mujer. Esa función les correspondía a ellos… No con Latie, por supuesto, porque era una pariente demasiado cercana. Pero algún día, cuando fueran mayores y más experimentados, podrían ser seleccionados para llevar a cabo esa importante función, porque, aunque pudiera sangrar sin herida, una joven no era capaz de producir hijos hasta que un hombre hiciera de ella una mujer.

La próxima Reunión de Primavera sería iluminadora para ambos jóvenes, sobre todo para Danug, que era el mayor. Nunca se les obligaba a nada, pero cuando estuvieran preparados, encontrarían mujeres que, habiéndose dedicado a honrar a la Madre durante una estación, se pondrían a disposición de ellos para facilitarles experiencia y enseñarles las vías y los misteriosos goces de las mujeres.

Tulie avanzó hasta el centro del grupo, mostrando en alto el Báculo Que Habla, y esperó a que todos guardaran silencio. Cuando atrajo la atención de todos, entregó el decorado bastón de marfil a Talut, que iba vestido de gran gala, con su enorme gorro adornado con colmillos de mamut. Apareció el chamán, envuelto en una capa de cuero blanco, llena de ornamentos. Llevaba una vara de madera ingeniosamente diseñada; aunque parecía de una sola pieza, uno de los extremos era una rama seca, desnuda y muerta; el otro estallaba en brotes nuevos y hojas tiernas. El chamán la entregó a Tulie. A ella, en su condición de Mujer Que Manda, le correspondía abrir el Festival de Primavera. La primavera era la estación de la mujer: el tiempo del nacimiento y la vida nueva, el tiempo de los nuevos comienzos. Tulie sostuvo con ambas manos la doble vara, por encima de la cabeza, e hizo una pausa para que su gesto produjera el efecto buscado. Luego la bajó bruscamente contra su rodilla, partiéndola en dos. Su acción simbolizaba el fin del viejo y el comienzo del año nuevo, así como el inicio de las mismas ceremonias.

—En este ciclo pasado —comenzó Tulie—, la Madre nos ha sonreído con gran abundancia. Tenemos tanto para celebrar que resulta difícil saber cuál, entre todos los acontecimientos importantes, servirá para marcar la cuenta del año. Ayla fue adoptada como Mamutoi; por tanto, contamos con una mujer nueva. Además, la Madre quiso que Latie quedara preparada para convertirse en mujer, de modo que pronto tendremos otra —Ayla quedó sorprendida al oír que la incluían—. Tenemos

una nueva criatura que va a recibir su nombre y se sumará a todos nosotros, y tenemos también una nueva Unión que anunciar —Jondalar cerró los ojos y tragó saliva con fuerza. Tulie continuó—: Hemos sobrevivido al invierno bien y con salud. Es hora de que el ciclo vuelva a comenzar.

Cuando Jondalar abrió de nuevo los ojos, Talut se había adelantado y tenía en las manos el Báculo Que Habla. Vio que Nezzie hacía una señal a Latie. Ésta se levantó, sonriendo nerviosamente a los dos jóvenes, que la habían hecho sentir tan segura, y se aproximó al inmenso pelirrojo de su hogar. Vio que Wymez estaba de pie junto a su madre; la sonrisa del artesano, aunque menos comunicativa, estaba llena de orgullo por su sobrina y heredera, que pronto sería mujer. Era un momento importante para todos ellos.

—Me enorgullece notificar que Latie, la primera hija del Hogar del León, está lista para convertirse en mujer —dijo Talut—, y que será incluida en la Celebración de la Mujer, durante la Reunión de este verano.

Mamut se adelantó hacia ella y le entregó un objeto.

—He aquí tu muta, Latie —dijo—. Con el espíritu de la Madre que reside en ella, podrás algún día establecer tu propio hogar. Guárdala en lugar seguro.

Latie tomó el objeto de marfil y volvió a su sitio, encantada de poder mostrarlo a quienes estaban cerca. Ayla demostró interés; sabía que era una talla de Ranec, pues ella tenía una parecida. Al recordar las palabras que acababa de oír, comprendió por qué se la había regalado: necesitaba una muta con la cual establecer un hogar.

—Ranec debe de estar tratando de lograr algo nuevo —comentó Deegie examinando la mujer-pájaro—. Nunca había visto nada semejante. Es muy rara, y no estoy segura de comprender. La mía se parece más a una mujer.

—Él me regaló una como la de Latie —dijo Ayla—. Me pareció que era, a un tiempo, mujer y pájaro, según como la mires —tomó la muta de Latie y la examinó desde distintas perspectivas—. Ranec me dijo que deseaba representar a la Madre en su forma espiritual.

—Sí, ahora que me lo dices, lo veo —reconoció Deegie, mientras devolvía la figurilla a Latie, que la acunó cuidadosamente entre las manos.

—Me gusta. Es distinta a las corrientes y significa algo especial —comentó, feliz de tener una muta única.

Aunque Ranec no vivía en el Hogar del León, era su hermano; pero le llevaba tantos años a Danug que él mismo se consideraba más bien como un tío suyo. La niña no siempre le comprendía, pero le merecía respeto y conocía su fama de buen tallista entre los Mamutoi. Cualquier muta hecha por él le habría gustado, pero la complacía recibir una como la de Ayla: Ranec sólo podía regalar a Ayla una talla que le pareciera excelente.

Ya se había iniciado la ceremonia para dar nombre a la niña de Fralie; las tres jóvenes prestaron atención a su desarrollo. Ayla reconoció la placa de marfil con marcas de cuchillo que Talut tenía en alto; experimentó una momentánea inquietud al

recordar la ceremonia de su adopción, pero estaba claro que se trataba de algo habitual: Mamut debía de saber lo que hacía. Mientras Fralie presentaba a su niña ante el chamán y el jefe del campamento, Ayla rememoró súbitamente una ceremonia similar. Fue en primavera; en aquel entonces la madre había sido ella, que presentaba a su bebé con miedo, esperando lo peor.

Oyó que Mamut preguntaba:

—¿Qué nombre has escogido para esta criatura?

Y Fralie respondió.

—Se llamará Bectie.

Pero en su mente, Ayla oyó la voz de Creb, que decía: «Durc. El nombre del niño es Durc».

Con lágrimas en los ojos, sintió otra vez su gratitud y su alivio al saber que Brun aceptaba a su hijo y que Creb le había dado nombre. Levantó la vista y vio a Rydag, que estaba sentado entre varios niños, con Lobo en el regazo. El pequeño la observaba con sus grandes ojos pardos, antiguos, que tanto se parecían a los de Durc. Experimentó un súbito anhelo de ver nuevamente a su hijo, pero de pronto recordó que el niño era del Clan y que ella había muerto para su pueblo. Estremecida, trató de alejar aquellos pensamientos.

El súbito gemido de un bebé le hizo volver su atención a la ceremonia. La criaturita acababa de recibir una pequeña punzada en el brazo, hecha con un cuchillo afilado, con el que se marcó una raya en la placa de marfil. Bectie ya tenía nombre y un sitio entre los Mamutoi. El chamán estaba mojando el pequeño corte con una solución desinfectante, provocando gritos más agudos de la pequeña, que nunca había conocido el sufrimiento. Pero aquel llanto insistente provocó una sonrisa en Ayla. A pesar de su nacimiento prematuro, la niña estaba fuerte y saludable. Tenía fuerza suficiente para gritar.

Fralie levantó a su hija para que todo el grupo la viera; luego, acurrucándola contra sí, entonó con voz aguda y dulce una canción de consuelo y alegría, que tranquilizó a la pequeña. Por fin volvió a su sitio, junto a Frebec y Crozie. A los pocos segundos, Bectie volvió a llorar, pero sus gritos cesaron con una brusquedad reveladora de que había recibido el mejor de los consuelos.

Cuando Deegie le dio un codazo, Ayla comprendió que había llegado el momento, ahora le tocaba a ella. Le hicieron señas de que se acercara, pero, de momento, se sintió incapaz de moverse. Habría echado a correr, pero no había adónde ir. No quería hacer la Promesa a Ranec, al que amaba era a Jondalar, quería suplicarle que no se fuera sin ella. Pero levantó la vista y vio a Ranec sonriente, feliz. Entonces tomó aliento y se levantó. Jondalar ya no la quería. Ella había aceptado a Ranec. Contra su voluntad, caminó hacia los dos jefes del Campamento.

El hombre moreno la vio acercarse a él, saliendo de entre las sombras a la luz del fuego central, y quedó sin aliento. Llevaba el atuendo de cuero claro que le había regalado Deegie, pero no se había peinado con trenzas ni rodetes; tampoco lucía

ninguno de los complicados peinados con cuentas y adornos, habituales entre las Mamutoi. Como muestra de respeto a la ceremonia del Clan, se había dejado la cabellera suelta; las espesas ondas que le caían por debajo de la espalda relumbraban a la luz del fuego, enmarcando su rostro, finamente modelado, con un halo de oro. En ese momento, Ranec quedó convencido de que ella era la encarnación de la Madre, nacida en el cuerpo del perfecto Espíritu Mujer. La deseaba tanto como compañera que le resultaba casi doloroso; le costaba creer que aquella noche fuera real.

Ranec no era el único en admirar su belleza. Cuando ella se adelantó hacia el fuego, todo el Campamento quedó sorprendido. Su atuendo mamutoi, de una rica elegancia, y la magnífica belleza natural de su cabellera se fundían en una sorprendente combinación, resaltada aún más por aquella dramática iluminación. Talut pensó en el valor que añadiría a su Campamento; Tulie decidió que pediría por ella un alto Precio Nupcial, aunque tuviera que pagar la mitad con sus propios bienes, por el rango que eso concedería a todos. Mamut, convencido ya de que estaba destinada a Servir a la Madre en un plano destacado, tomó nota de su instintiva sincronización y su dramatismo natural; algún día poseería un poder innegable con el que había que contar.

Pero nadie acusó tanto como Jondalar el impacto de su presencia. Su belleza le impresionó tanto como a Ranec. Su madre fue jefa, y más adelante su hermano. Dalanar había fundado y era jefe de un nuevo grupo, y Zolena alcanzó el rango más alto de la Zelandonia. En resumen, se había criado entre los líderes naturales de los Zelandonii y percibía las mismas cualidades que habían detectado en ella los jefes y el chamán del Campamento. Como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago, dejándole sin aliento, comprendió de súbito todo lo que había perdido.

En cuanto Ayla llegó junto a Ranec, Tulie comenzó:

—Ranec de los Mamutoi, hijo del Hogar del Zorro en el Campamento del León: has pedido a Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar del Mamut en el Campamento del León, protegida por el Espíritu del León Cavernario, que se una a ti para establecer un hogar. ¿Es cierto esto, Ranec?

—Sí, es cierto —respondió él, y se volvió hacia la muchacha con una sonrisa de júbilo total.

Talut se dirigió entonces a Ayla.

—Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar del Mamut en el Campamento del León, protegida por el Espíritu del León Cavernario, ¿aceptas esta Unión con Ranec de los Mamutoi, hijo del Hogar del Zorro en el Campamento del León?

Ayla cerró los ojos y tragó saliva antes de responder.

—Sí —dijo finalmente, con voz apenas audible—, acepto.

Jondalar, sentado cerca de la pared, cerró los ojos y apretó los dientes hasta que le palpitaron las sienes. Era culpa suya. Si él no la hubiera violado, tal vez ella no habría preferido a Ranec. Pero ella compartía la cama del moreno desde antes, desde el día en que fuera adoptada por los Mamutoi… No, eso no era del todo cierto; ella no había

vuelto a dormir con Ranec hasta después de que, tras aquel estúpido incidente, él abandonara el Hogar del Mamut. ¿Por qué habían discutido? Ya no se sentía resentido contra ella, y eso le inquietaba ¿Por qué se había mudado?

Tulie se volvió hacia Wymez, que estaba de pie junto a Ranec, acompañado por Nezzie. Ayla ni siquiera le había visto.

—¿Aceptas esta Unión entre el hijo del Hogar del Zorro y la hija del Hogar del Mamut?

—Acepto esta Unión, y de buen grado —replicó Wymez.

—¿Y tú, Nezzie? —preguntó Tulie—. ¿Aceptas una Unión entre tu hijo Ranec y Ayla, si se conviene un Precio Nupcial adecuado?

—La acepto —respondió la mujer.

Talut fue el siguiente en hablar, dirigiéndose al anciano que acompañaba a Ayla.

—Buscador de Espíritus de los Mamutoi, el que ha renunciado a nombre y hogar, el que ha recibido la Llamada, el que está dedicado al Hogar del Mamut, el que habla con la Gran Madre de todo, el que Sirve a Mut —dijo el jefe, recitando cuidadosamente todos los nombres, todos lo títulos del chamán—, ¿accede el Mamut a una Unión entre Ayla, hija del Hogar del Mamut, y Ranec, hijo del Hogar del Zorro?

Mamut tardó en responder. Miró a Ayla, que estaba en pie delante de él y tenía la cabeza inclinada. Al notar que no hablaba, ella levantó la vista. El chamán estudió su expresión y su postura, el aura que la rodeaba.

—La hija del Hogar del Mamut puede unirse al hijo del Hogar del Zorro si así lo desea —dijo, por fin—. No hay nada que impida esta Unión. Ella no necesita mi aprobación ni mi acuerdo, lo mismo que no necesita el de nadie. A ella le corresponde elegir, siempre le corresponderá a ella, esté donde esté. Si acaso necesita mi permiso, se lo doy. Pero siempre seguirá siendo la hija del Hogar de Mamut.

Tulie miró al viejo de reojo. En sus palabras parecía haber algo oculto. Su respuesta resultaba ambigua. Se preguntó qué habría querido decir, pero decidió pensarlo más tarde.

—Ranec, hijo del Hogar del Zorro, y Ayla, hija del Hogar del Mamut, han declarado su intención de aparearse. Desean formar una Unión para mezclar sus espíritus y compartir un mismo hogar. Todos los afectados están de acuerdo —dijo. Se volvió hacia el tallista—. Ranec, si os unís, ¿prometes dar a Ayla tu protección y la de tu espíritu masculino? ¿La cuidarás cuando sea bendecida por la Madre con vida nueva y aceptarás sus hijos como hijos de tu hogar?

—Sí, lo prometo. Es lo que más deseo en la vida —dijo Ranec.

—Ayla, si os unís, ¿prometes cuidar de Ranec y darle la protección del hogar de tu Madre? ¿Recibirás sin reservas el Don Vital de la Madre y compartirás tus hijos con el hombre de tu hogar? —preguntó Tulie.

Ayla abrió la boca para hablar, pero en un principio no emitió sonido alguno. Tosió y carraspeó. Finalmente pudo responder, pero de un modo casi inaudible:

—Sí, lo prometo.

—¿Todos vosotros oís y atestiguáis esta Promesa? —preguntó Tulie a los allí reunidos.

—Oímos y atestiguamos —respondió el grupo.

Entonces Deegie y Tornec iniciaron un ritmo lento en sus instrumentos de hueso, cambiando sutilmente el tono para acompañar a las voces que comenzaban el cántico.

—Os uniréis en el Nupcial de Verano, para que todos los Mamutoi puedan ser testigos —dijo Tulie—. Dad tres vueltas al hogar para confirmar la promesa.

Ranec y Ayla marcharon juntos alrededor del hogar, lentamente, siguiendo la música de los instrumentos y del cántico. Estaban prometidos. Ranec parecía en estado de éxtasis. Se sentía como si sus pies apenas rozaran el suelo al caminar. Su felicidad era tal que le resultaba imposible creer que Ayla no la compartiera. Había notado en ella cierta reticencia, pero la atribuyó a la timidez, al cansancio o a los nervios. De tanto como la amaba, le era imposible pensar que ella no le amara del mismo modo.

Pero Ayla sentía el corazón oprimido mientras caminaban en derredor de la fogata, aunque trataba de disimularlo. Jondalar encorvó los hombros, sin poder sostenerse, como si hasta los huesos se le derrumbaran. Se sentía como un saco viejo e inservible. Lo que más deseaba era marcharse, huir de aquella hermosa mujer a la que amaba y a la que veía caminar junto al hombre moreno, feliz, sonriente.

Al completar la tercera vuelta, se produjo una pausa en las ceremonias para desear felicidades y entregar regalos a todos los que habían participado en ellas. Entre los presentes para Bectie figuraba el espacio cedido por el Hogar del Uro al de la Cigüeña, además de un collar de ámbar y conchas marinas; también recibió un cuchillo pequeño en una vaina decorada; era el principio de la fortuna que acumularía en el curso de su vida. Latie recibió objetos personales, importantes para toda mujer, y una bella túnica de verano, decorada por Nezzie, para que la usara durante los festejos de la Reunión de Verano. Recibiría muchos regalos más de los parientes y amigos íntimos de otros Campamentos.

Ayla y Ranec recibieron artículos para el hogar: un cazo de cuerno tallado, un raspador con dos asas para suavizar la parte interior de las pieles, esterillas, tazas, cuencos y bandejas. Ayla tuvo la impresión de que recibía multitud de objetos. A pesar del asombro de la muchacha, aquello era tan sólo una pequeña muestra: habría muchos más regalos en la Reunión de Verano, pero entonces, tanto ellos como el Campamento del León deberían corresponder. Grandes o pequeños, los regalos nunca se recibían sin una obligación, y el saber quién debía qué a quién era un juego complejo, aunque interminable y fascinante.

—¡Oh, Ayla, cuánto me alegro de que nos unamos al mismo tiempo! —exclamó Deegie—. Será muy divertido hacer planes contigo. Pero tú volverás aquí y yo me iré para construir un albergue nuevo. El año que viene te echaré de menos. Sería muy emocionante saber cuál es la primera en recibir la bendición de la Madre. Debes

sentirte tan feliz, Ayla…

—Creo que sí —respondió la muchacha. Y sonrió, aunque su corazón no compartía aquella sonrisa.

Deegie se extrañó por su falta de entusiasmo. Por algún motivo, Ayla no parecía tan entusiasmada tras su Promesa como ella. También Ayla se extrañó. Quería sentirse feliz, pero sólo experimentaba el dolor de la esperanza perdida.

Durante la conversación generalizada, Ayla y Mamut se escabulleron hacia el Hogar del Uro para dar los últimos toques a los preparativos. Cuando estuvieron listos, volvieron por el pasillo, pero el anciano se detuvo en la sombra, entre el Hogar del Reno y el del Mamut. La gente se había distribuido en pequeños grupos, plenamente absortos en la conversación. El chamán esperó a que nadie estuviera mirando en su dirección. Entonces hizo una seña a Ayla y ambos avanzaron rápidamente hasta la zona ceremonial, permaneciendo ocultos entre las sombras hasta el último momento.

Mamut, sin que nadie reparara al principio en él, se irguió silenciosamente delante del hogar, cerca del biombo. Mantenía la capa cerrada ante sí, con los brazos cruzados contra el pecho y los ojos aparentemente cerrados. Ayla estaba sentada a sus pies, con la cabeza inclinada y las piernas cruzadas; ella también tenía una capa sobre los hombros. Los otros, al descubrirlos allí, experimentaron una sensación extraña. Nadie les había visto llegar: estaban allí, simplemente. Todos se apresuraron a buscar un sitio en donde sentarse, llenos de expectación y entusiasmo, ya preparados para el misterio y la magia del Hogar del Mamut y curiosos con respecto a la nueva ceremonia.

Pero antes, Mamut deseaba afirmar la existencia del mundo espiritual, para mostrar la realidad sublimada del mundo del conocimiento, en donde él se movía, a quienes lo conocían sólo de oídas o quizá por los resultados. El grupo guardó silencio. El sonido de las respiraciones cobró volumen, junto con el chisporroteo del fuego. El aire móvil era una presencia invisible que se filtraba por los respiraderos, gimiendo con una queja ahogada. Tan gradualmente que nadie se dio cuenta de cómo sucedía, el viento gemebundo se convirtió en un zumbido monótono; luego, en un cántico rítmico. Cuando las personas allí congregadas unieron sus voces, acrecentando el tono ondulante con armonías naturales, el viejo chamán inició un movimiento de danza oscilante, casi como si se meciera. Entonces el ritmo se acentuó con el tambor tonal y el repiqueteo de una sonaja que parecía hecha con varios brazaletes entrelazados.

De pronto, Mamut arrojó a un lado su capa y se irguió delante de su público, totalmente desnudo. No tenía bolsillos, mangas ni pliegues secretos donde pudiera ocultar nada. Imperceptiblemente, pareció crecer ante su vista; su presencia reverberante y translúcida colmaba el espacio. Ayla parpadeó, aun cuando sabía que el viejo chamán no había cambiado. Si se concentraba podía distinguir la silueta familiar del anciano, con su piel floja y sus miembros flacos; pero resultaba difícil

lograrlo.

Cuando él se redujo a su tamaño normal, parecía haber absorbido aquella presencia reverberante, lo que hacía que su silueta se recortara envuelta en cierto resplandor y pareciera así más grande de lo habitual. Mamut extendió las manos abiertas hacia adelante. Estaban vacías. Dio una palmada y unió las manos. Permaneció un momento con los ojos cerrados, inmóvil, pero pronto comenzó a temblar, como si luchara contra una fuerza muy poderosa. Poco a poco, con gran esfuerzo, apartó las palmas. Entre ellas apareció una forma indefinida, negra. Más de un espectador se estremeció al verla. Producía la sensación indescriptible, el olor de lo maligno, de algo infecto, repugnante, horrible. Ayla sintió que se le erizaba el pelo de la nuca y contuvo el aliento.

A medida que Mamut iba separando las manos, la forma crecía. Del grupo sentado emanaba el olor acre del miedo. Todo el mundo se estiraba hacia delante, cantando con una intensidad tremebunda; la tensión, dentro del albergue, era casi insoportable. La forma se fue oscureciendo, se hinchó, se retorció con vida propia…, tal vez la antítesis de la vida. El viejo chamán temblaba por el esfuerzo. Ayla se concentró en él, temerosa de que sufriera algún daño.

Sin previo aviso, la muchacha sintió que algo la atraía. De pronto se encontró con Mamut, en su mente o en su visión. Ahora veía con claridad; al comprender la magnitud del peligro, quedó horrorizada. Él estaba manejando algo que quedaba más allá de las palabras y de la comprensión. Mamut la había atraído a sí, tanto para protegerla como para contar con su ayuda. Mientras él se esforzaba por dominar aquella cosa, Ayla le acompañaba, sabiendo y aprendiendo al mismo tiempo. Cuando él impulsó las manos para unirlas, aquella forma se hizo más pequeña; la muchacha comprendió entonces que él la estaba rechazando para que regresara a sus orígenes. Cuando las palmas llegaron a juntarse, en la mente de Ayla sonó una explosión semejante a un trueno.

Había desaparecido el mal. Mamut acababa de expulsarlo. Ayla comprendió que había convocado a otros espíritus para que le ayudaran a luchar contra aquella cosa. Percibió vagas siluetas de animales, espíritus guardianes: el Mamut, el León Cavernario, tal vez hasta el Oso Cavernario, el mismo Ursus. De pronto se encontró de regreso, sentada en una esterilla, contemplando al anciano, que era de nuevo el viejo Mamut. Estaba físicamente cansado, pero sus capacidades mentales se habían acentuado, afinadas por aquel enfrentamiento de voluntades. También Ayla parecía ver con más claridad, y percibió que los espíritus guardianes todavía estaban presentes. Ahora estaba ya iniciada como para saber que el propósito del chamán había sido apartar cualquier influencia maléfica que pudiera haberse hecho la remolona para poner en peligro la ceremonia. Si alguna había, fue atraída por el mal que él convocara y expulsada al mismo tiempo que éste.

Mamut hizo una seña pidiendo silencio. El cántico y los tambores cesaron a un tiempo. Era hora de que Ayla iniciara la ceremonia con la raíz del Clan, pero el

chamán quería subrayar la importancia de la colaboración de todo el Campamento cuando, llegado el momento, sus miembros rompieron de nuevo a cantar. Dondequiera que les condujese el rito de la raíz, el sonido de sus voces habría de servirles de guía para regresar.

En el expectante silencio de la noche, Ayla comenzó a marcar una rara serie de ritmos con un instrumento distinto de todos los que ellos conocían. Era exactamente lo que parecía: un gran cuenco de madera, tallado de una sola pieza y vuelto boca abajo. Ella lo había traído de su valle; resultaba sorprendente, tanto por su tamaño como por el uso que de él hacía. En las estepas, secas y batidas por el viento, no crecían árboles que alcanzaran tamaño suficiente como para hacer un cuenco así. Ni siquiera en el valle del río crecían árboles de aquel tamaño, a pesar de las inundaciones periódicas. En cambio, el pequeño valle en donde ella había vivido quedaba al abrigo de los vientos más crueles y estaba regado tan abundantemente como para nutrir algunas grandes coníferas. Una de ellas había sido derribada por el rayo y Ayla había tallado una copa en un trozo del tronco.

Ayla utilizaba un palillo de madera pulida para producir el sonido. Aunque podía obtenerse cierta variación tonal golpeándolo en distintos lugares, no era un instrumento de percusión propiamente dicho como el resonante tambor de cráneo o de escápula; estaba hecho más bien para marcar el ritmo. Los del Campamento estaban intrigados; sin embargo, no era su tipo de música y, en consecuencia, no se sentían plenamente identificados con ella. Los sonidos rítmicos que la muchacha le arrancaba tenían un carácter muy exótico. Empero, tal como ella esperaba, creaban una atmósfera adecuada, evocadora de los sentimientos del Clan. Mamut se sintió abrumado por los recuerdos del tiempo pasado con las gentes del Clan. Los golpes finales no produjeron la sensación de cosa terminada; por el contrario, crearon cierta expectación, anticipaban algo suspendido en el aire.

El Campamento no sabía a qué atenerse, pero cuando Ayla arrojó su capa y se puso en pie, todos quedaron sorprendidos por los dibujos que le cubrían el cuerpo; eran círculos de color rojo y negro. Exceptuando algunos tatuajes faciales, característicos de quienes componían el Hogar del Mamut, los Mamutoi no se decoraban el cuerpo, sino la ropa. Por primera vez tuvieron conciencia de que Ayla provenía de una cultura diferente, tan extraña que no llegaban a comprenderla. No se trataba simplemente de una túnica de estilo diferente, de la elección de unos colores predominantes, de la preferencia por un determinado modelo de lanza, ni siquiera de un lenguaje diferente. Correspondía a un modo de pensar distinto, pero era posible reconocer que se trataba al menos de un pensamiento humano.

Todos observaron, fascinados, mientras Ayla llenaba de agua el cuenco de madera que había dado a Mamut. Luego la vieron coger una raíz seca que no habían visto y comenzar a masticarla. Al principio fue difícil, pues era vieja y estaba endurecida, había que escupir el jugo en el cuenco, sin tragar nada. Ante las dudas de Mamut con respecto a la eficacia de la raíz, después de tanto tiempo, Ayla le había explicado que,

probablemente, sus efectos serían más potentes.

Al cabo de un rato, que pareció muy largo (ella recordó que la primera vez también había tenido la misma impresión), escupió la pulpa mascada y el resto del jugo en el cuenco de agua. Lo revolvió con el dedo hasta obtener un líquido blanco, acuoso. Cuando le pareció que había adquirido el punto adecuado, entregó el cuenco a Mamut.

Con el sonido de su propio tambor y de su sonaja de brazaletes, el chamán marcó el ritmo correcto que debía mantener el Campamento. A continuación indicó a Ayla, mediante una señal, que estaba listo. Ella se sentía nerviosa; su anterior experiencia con la raíz estaba asociada a recuerdos desagradables. Repasó mentalmente todos los detalles de la preparación y trató de memorizar todo lo que Iza le había dicho. Hizo todo lo posible para que la ceremonia resultara lo más aproximada a los rituales del Clan. Luego de indicar a Ma-mut que estaba preparada, éste se llevó el cuenco a los labios y tomó el primer sorbo. Cuando hubo bebido la mitad del cuenco, dio el resto a Ayla, que bebió la otra mitad.

El sabor mismo era ancestral; recordaba el arcilloso cieno de las profundas y umbrosas selvas primordiales, de árboles gigantescos y singulares, por cuyo dosel de verdor se filtraba el sol y la luz. Ayla comenzó a sentir casi inmediatamente los efectos. Se apoderó de ella una especie de náusea, acompañada de una sensación de vértigo. Las paredes del albergue giraban a su alrededor una y otra vez, su vista se fue nublando; su cerebro parecía expandirse, quedarse presionado en la cabeza. De pronto, el albergue desapareció. Se encontró en otro sitio, en un lugar oscuro. Estaba perdida, tuvo un momento de pánico. En seguida tuvo la sensación de que alguien le tendía una mano. Entonces notó que Mamut estaba en el mismo lugar. Fue un alivio encontrarle, pero Mamut no estaba en su mente, como Creb en la ocasión anterior; tampoco parecía dominar la situación, a diferencia de Creb. Se limitaba a permanecer allí, en espera de lo que iba a acontecer.

Débilmente, como si los otros estuvieran dentro del albergue y ella en el exterior, Ayla oyó los cánticos y el retumbar de los tambores, concentrándose en el redoble de éstos. Se acercó a aquel ruido. Ejercía un efecto reconfortante. Le servía de punto de referencia, le producía la sensación de no estar sola. La proximidad de Mamut también ejercía una influencia tranquilizadora, aunque ella hubiera preferido la potencia de aquella mente que le había indicado el camino en la ocasión anterior.

La oscuridad, al volverse gris, se tornó luminosa; luego, iridiscente. Percibió un movimiento, como si ella y Mamut estuvieran volando de nuevo sobre el paisaje. Pero no distinguía en él detalles que pudiera reconocer: sólo la sensación de ir pasando a través de la nube opalescente que les envolvía. Poco a poco, al aumentar la velocidad de su desplazamiento, la nube fue condensándose en una fina película con los rielantes colores del arco iris. Ayla se deslizaba por un largo túnel translúcido,

cuyas paredes semejaban el interior de una burbuja; la velocidad era cada vez mayor. Iba en línea recta hacia una luz blanca, cegadora como el sol, pero helada. Lanzó un grito, pero no se produjo sonido alguno. Y de pronto penetró brutalmente en la luz, atravesándola.

Se hallaba en un vacío profundo, negro y frío, que le resultaba espantosamente familiar. Ya había estado en él una vez, pero en aquella ocasión Creb la había encontrado, sacándola de allí. Muy vagamente, sintió que Mamut aún estaba con ella, pero comprendió que no podía ayudarla. El cántico del Campamento era tan sólo una opaca reverberación. Ayla tuvo la certidumbre de que, si dejaba de oírlo, jamás hallaría el camino de regreso. Sin embargo, no estaba segura de querer regresar. En aquel lugar no había sensaciones ni emociones: sólo una ausencia que la hacía percibir su confusión, su doloroso amor y su desesperada infelicidad. El vacío negro era aterrador, pero no parecía peor que la desolación que experimentaba en su interior.

De nuevo percibió un movimiento. La negrura se desvaneció. Volvía a estar en otra nube neblinosa, aunque diferente: era más densa, más espesa. Cuando la nube se deshizo, apareció ante ella un panorama que no tenía sentido alguno. No se trataba del paisaje suave y natural que conocía. Estaba lleno de formas y siluetas desconocidas; aunque su aspecto fuera casi normal, estaban constituidas por superficies planas y líneas rectas y por grandes masas de colores intensos, sobrenaturales. Algunas cosas se movían con celeridad, o tal vez fuera sólo en apariencia. Ayla ignoraba la causa, pero no le gustó el lugar. Luchó por apartarse de allí, por huir cuanto antes.

Jondalar había observado a Ayla mientras bebía el brebaje; arrugó el ceño, preocupado, cuando la vio vacilar, palidecer. La muchacha se tambaleó unas cuantas veces, y terminó por derrumbarse en el suelo. También Mamut se había desplomado, pero no era raro que el chamán rodara por tierra cuando se trasladaba al otro mundo, en busca de espíritus, con o sin la ayuda de alguna preparación.

Tendieron a Mamut y a Ayla de espaldas, mientras el cántico y los tambores continuaban sonando. Jondalar vio que Lobo trataba de llegar hasta la muchacha, pero alguien le retuvo. El joven comprendía muy bien lo que sentía el animal. También él quería correr hacia Ayla, y hasta miró de soslayo a Ranec para ver cómo reaccionaba. Pero los del Campamento no parecían alarmados; por tanto, Jondalar no se atrevió a interferir en el ritual sagrado. En cambio, se unió al cántico. Mamut había insistido en que era importante.

Como transcurriera mucho tiempo sin que ninguno de los dos se moviese, su miedo por Ayla se acentuó. Creyó divisar entonces cierta preocupación en los rostros de algunos de los presentes. Se levantó, tratando de verla, pero las fogatas ya no tenían llamas y el albergue estaba a oscuras. Al oír un gemido, bajó la vista: era

Lobo; el cachorro gimió otra vez y le miró con ojos suplicantes. Echó a andar hacia Ayla varias veces, pero al fin se quedó junto al joven.

Whinney relinchaba en el anexo; parecía inquieta, como si presintiera el peligro. Jondalar decidió ir a ver lo que ocurría. Aunque improbable, quizá algún depredador podía haberse introducido en el anexo, amenazando la seguridad de los caballos mientras todos estaban ocupados. La yegua relinchó otra vez al verle. No advirtió nada que justificara su conducta, pero era evidente que estaba nerviosa. Ni siquiera las caricias y las palabras reconfortantes parecieron tranquilizarla. Insistía en acercarse a la arcada que comunicaba con el Hogar del Mamut, aunque hasta entonces nunca había tratado de entrar. También Corredor estaba intranquilo, tal vez contagiado por el nerviosismo de su madre.

Lobo apareció otra vez a sus pies, gimiendo. Corría hacia la arcada interior y volvía junto a él.

—¿Qué te pasa, Lobo? ¿Por qué estás así?

«Y por qué está así Whinney», agregó para sus adentros. De pronto se le ocurrió qué era lo que podía inquietar a ambos animales. ¡Ayla! ¡Estaban percibiendo algún peligro que amenazaba a Ayla!

Entró precipitadamente en el Hogar del Mamut y se encontró con que varias personas, en torno de Mamut y Ayla, trataban de despertarles. Sin poder contenerse más, corrió hacia la muchacha. Estaba rígida, con los músculos tensos y la piel fría. Apenas respiraba.

—¡Ayla! —gritó Jondalar—. ¡Oh, Madre, parece casi muerta! ¡Ayla! Oh, Doni, no la dejes morir. ¡Vuelve, Ayla! ¡No te mueras! ¡Por favor, no te mueras!

La estrechó entre sus brazos, llamándola por su nombre con gran urgencia, una y otra vez, rogándole que no se muriera.

Ayla sentía que se deslizaba cada vez más lejos. Trató de escuchar la música de los tambores y las voces, pero eran sólo un vago recuerdo. De pronto creyó oír su nombre. Prestó más atención. Sí, allí sonaba otra vez: su nombre pronunciado con desesperación, con apremiante urgencia. Percibió un lejano rumor de voces y se sintió atraída hacia el sonido. Por fin, a distancia, percibió la voz grave, vibrante y seca de los tambores que pronunciaban la palabra «v-v-v-e-e-e-n-n-n…». Ahora con más claridad, oyó gritar su nombre, con angustia, con amor infinito. Sintió que algo la buscaba suavemente y tocó su esencia misma y la de Mamut al mismo tiempo.

De pronto estaba avanzando, arrastrada a lo largo de una sola hebra centelleante. Tuvo una impresión de intensa velocidad. La nube densa se cerró en derredor de ella y desapareció. Traspasó el vacío en un instante. El arco iris rielante se convirtió en una neblina gris. Y un momento después estaba en el albergue. Debajo de ella, en el suelo, su propio cuerpo, extrañamente quieto y muy pálido, con el rostro gris. Vio la espalda de un hombre rubio que se acurrucaba sobre ella, estrechándola contra sí. Y

de pronto sintió que Mamut la empujaba con fuerza.

Los párpados de Ayla se estremecieron. Abrió los ojos y vio el rostro de Jondalar, que la miraba. El intenso temor que reflejaban sus ojos azules se convirtió en un alivio inconmensurable. Ella trató de hablar, pero sentía la lengua dormida y un frío terrible.

—¡Han vuelto! —oyó decir a Nezzie—. No sé dónde estaban, pero han vuelto. ¡Y tienen frío! Traed pieles y algo caliente para beber.

Deegie trajo una brazada de pieles de su cama y Jondalar se apartó para que pudiera envolver a Ayla con ellas. Lobo se precipitó sobre ella para lamerle la cara. Ranec se presentó con una taza de infusión ardiendo. Talut la ayudó a incorporarse, mientras el hombre moreno le acercaba la bebida a los labios. Ella sonrió, agradecida. Cuando Whinney relinchó en el anexo, Ayla reconoció en el sonido su inquietud y se incorporó, preocupada; emitió a su vez un relincho para calmar y reconfortar a la yegua. Entonces preguntó por Mamut e insistió en que deseaba verle.

La ayudaron a levantarse, y después de echarle una piel sobre los hombros, la condujeron hasta el viejo chamán. Estaba envuelto en pieles y también sostenía una taza de infusión caliente; sonrió a Ayla, pero en sus ojos había una sombra de preocupación. Para no preocupar innecesariamente al Campamento, había tratado de restar importancia al peligroso experimento, pero no quería que Ayla ignorara el grave riesgo que habían corrido. También ella deseaba hablar sobre la experiencia, pero ambos evitaron cualquier referencia directa. Nezzie captó rápidamente la necesidad que ambos tenían de conversar a solas y, con mucha discreción, se llevó a todos para dejarles tranquilos.

—¿Dónde hemos estado, Mamut? —preguntó Ayla.

—No sé, Ayla. Jamás había estado nunca allí. Era otro sitio, tal vez otro tiempo. Quizá no se trataba de un lugar real —respondió él, pensativo.

—Tiene que haberlo sido —replicó ella—. Aquellas cosas parecían muy reales, y algo me resultó familiar. Aquel lugar vacío, aquella oscuridad. Allí estuve con Creb.

—Cuando dices que Creb era muy poderoso, te creo. Tal vez más de lo que tú piensas, si era capaz de dirigir y dominar aquel lugar.

—Sí, lo era, Mamut, pero… —a Ayla se le ocurrió una idea, aunque no estaba segura de poder expresarla—. Creb dominaba aquel lugar, me mostró sus recuerdos y nuestros comienzos, pero no creo que estuviera nunca donde nosotros estuvimos, Mamut. Creo que no podía. Tal vez por eso me protegió. Tenía ciertos poderes y podía controlarlos, pero eran diferentes. El lugar adonde fuimos esta vez era un lugar nuevo. Él no podía ir a un lugar nuevo, sólo a los que ya conocía. Pero es posible que se diera cuenta de que yo podía. ¿Tal vez sería eso lo que le entristeció tanto?

Mamut asintió.

—Quizá, pero hay algo más importante. Aquel lugar era mucho más peligroso de lo que yo había imaginado. Traté de no darle importancia para no preocupar a los

otros, pero si hubiéramos tardado mucho más, nos habría sido imposible regresar. Y no volvimos por nuestra propia fuerza. Nos ayudó… alguien… cuyo deseo de… hacernos regresar era tan fuerte que superó todos los obstáculos. Cuando una fuerza de voluntad tan concentrada se aplica en la consecución de un propósito, no hay frontera que se le resista, salvo, quizá, la muerte misma.

Ayla frunció el ceño, visiblemente preocupada. Mamut se preguntó si ella sabía quién la había ayudado a regresar, si comprendía por qué hacía falta aquella fuerza de voluntad para su protección. Con el tiempo lo sabría todo, pero no le correspondía a él explicárselo. Ella debía averiguarlo sola.

—Jamás volveré a ese lugar —continuó él—. Soy demasiado viejo. No quiero que mi espíritu se pierda en aquel vacío. Tal vez tú quieras volver algún día, cuando hayas desarrollado tus poderes. No te lo aconsejaría, pero si lo haces, asegúrate de contar con una protección adecuada. Asegúrate de que te espera alguien que pueda llamarte para que regreses.

Al encaminarse hacia su cama, Ayla buscó a Jondalar, pero él había retrocedido para dejar paso a Ranec cuando traía la taza, y ahora se mantenía lejos. No había vacilado en correr a su lado al advertir que estaba en peligro, pero ya de nuevo se sentía desconcertado. Ella se había comprometido con el tallista Mamutoi. ¿Qué derecho tenía él, pues, a cogerla en sus brazos? Y todo el mundo parecía saber lo que correspondía hacer: traían pieles y bebidas calientes. Él había tenido la sensación de que podía ayudarla, de algún modo extraño, sólo porque la adoraba. Pero, pensándolo bien, comenzó a tener sus dudas. Tal vez ella estaba reaccionando sola. Era pura coincidencia. Ayla ni siquiera lo recordaría.

Cuando la muchacha terminó su conversación con Mamut, Ranec se acercó y le rogó que compartiera su cama, no para hacer el amor, sino para tenerla en sus brazos y mantenerla abrigada. Pero ella aseguró que se sentiría más cómoda en su propia cama. Ranec acabó por ceder, pero pasó largo rato despierto, sin dejar de pensar.

Hasta entonces había podido ignorar el constante interés de Jondalar por Ayla, que era evidente para todos. Sin embargo, a partir de esa noche le sería imposible negar que el rubio visitante, a pesar de haber abandonado el Hogar del Mamut, seguía albergando hondos sentimientos hacia ella, sobre todo después de haberle visto suplicar a la Madre por su vida.

Estaba convencido de que Jondalar había sido instrumento fundamental en el regreso de la muchacha, pero no estaba dispuesto a creer que ella le correspondiera. Aquella noche se había comprometido con él. Ayla iba a ser su compañera, compartiría su hogar. Había temido por ella, y la idea de perderla, ya fuera a causa de cualquier peligro o en favor de otro hombre, no hacía sino aumentar la pasión que le inspiraba.

Jondalar vio que Ranec se acercaba a Ayla; respiró con más tranquilidad cuando el joven moreno volvía solo a su hogar, pero de inmediato se envolvió en las pieles hasta cubrirse la cabeza. ¿Qué importaba que ella no compartiera su lecho esa noche?

Tarde o temprano iría hacia él. Acababa de comprometerse con él.

Capítulo 29

Ayla solía contar un nuevo año en su vida al terminar el invierno, y la primavera del decimoctavo fue resplandeciente por la profusión de flores silvestres y el lozano verdor de los retoños tiernos. Fue recibida con tanta alegría como sólo podían hacerlo los habitantes de aquellas tierras áridas y glaciales, pero tras el Festival de Primavera, la estación maduró con celeridad. Cuando se marchitaron las flores multicolores de las estepas, fueron reemplazadas por abundante hierba tierna, que crecía con rapidez…, y por los herbívoros trashumantes atraídos por el pasto. Comenzaba la época de las migraciones.

Por las llanuras abiertas avanzaba un nutrido número de animales, de gran diversidad de variedades. Algunos se reunían allí hasta formar manadas numerosísimas; otros se agrupaban en pequeños rebaños o por familias, pero todos obtenían su sustento, su vida misma, de las enormes y riquísimas praderas barridas por el viento, así como de los muchos ríos que las atravesaban, alimentados por la masa glaciar.

Inmensas hordas de grandes bisontes de largos cuernos cubrían colinas y hondonadas con sus aglomeraciones ondulantes, mugientes e incansables, que dejaban la pradera descarnada y pisoteada a su paso. Los uros se contaban por millares en las zonas más o menos boscosas que se extendían a lo largo de los valles de los cursos de agua. Se dirigían hacia el norte y a veces se mezclaban con rebaños de alces y de venados gigantescos. Los tímidos corzos viajaban en grupos pequeños a través de los bosques y florestas boreales en busca de sus pastos de primavera y verano, junto con el insociable anta, que también frecuentaba los pantanos y los lagos de las estepas. Las cabras y ovejas salvajes, habitualmente montaraces, bajaban a las planicies y se confundían, en los abrevaderos, con las familias de antílopes y caballos de la estepa.

El movimiento estacional de los animales lanudos era más limitado. Dada su gruesa capa de grasa y el doble pelaje, estaban adaptados para vivir cerca del glaciar y no podían subsistir con demasiado calor. Durante todo el año vivían en las regiones periglaciares del norte, donde el frío era más intenso, pero seco, y la nieve más escasa; en invierno se alimentaban del áspero y reseco heno que permanecía en pie. Los bueyes almizcleros, similares a ovejas, eran habitantes permanentes del helado norte y se trasladaban en pequeños rebaños, dentro de un territorio limitado. Los rinocerontes lanudos, que solían formar sólo grupos familiares, así como los grandes rebaños de mamuts, viajaban con más amplitud, pero durante el invierno permanecían en el norte. En las estepas continentales del sur, algo más cálidas y húmedas, las grandes capas de nieve sepultaban el alimento a gran profundidad y dificultaban la marcha. En primavera bajaban a zonas más meridionales, para engordar con las hierbas tiernas, pero en cuanto aumentaba el calor, volvían al norte.

Los miembros del Campamento del León se regocijaban al ver las llanuras

rebosantes de vida nueva y hacían comentarios sobre cada especie, según aparecían una tras otra, fijándose especialmente en los animales que prosperaban en zonas de frío intenso. Eran los que más les ayudaban a sobrevivir. El enorme e imprevisible rinoceronte, de dos cuernos, uno más largo que otro, y dos capas de pelaje rojo, la interior velluda y la exterior formada de largos pelos, siempre arrancaba exclamaciones de asombro.

Sin embargo, nada enardecía tanto a los Mamutoi como la aparición de los mamuts. Cuando se acercaba el momento en que solían pasar a poca distancia, siempre había alguien de guardia sobre el techo del albergue. Desde que abandonó el Clan, Ayla sólo había visto a los mamuts de lejos. Por eso se excitó tanto como los demás cuando una tarde Danug bajó corriendo por la cuesta gritando:

—¡Mamuts, mamuts!

Ella fue de los primeros en salir corriendo para verlos. Talut, que solía llevar a Rydag encaramado sobre sus hombros, estaba en las estepas con Danug; Ayla notó que Nezzie, al llevar al niño sobre la cadera, se estaba retrasando. Iba a retroceder para ayudarla cuando vio que Jondalar cogía a Rydag y se lo echaba al hombro. Ambos se lo agradecieron con cálidas sonrisas. También Ayla sonrió, sin que él la viera; aún conservaba la expresión en su cara cuando se volvió hacia Ranec, que había corrido para alcanzarla. Aquella tierna sonrisa provocó en él un feroz deseo de saberla suya, y la muchacha no pudo sino responder al amor que brillaba en aquellos ojos oscuros, centelleantes. Su sonrisa acabó siendo para él.

Ya en las estepas, los miembros del Campamento vieron pasar a aquellas enormes bestias con silencioso respeto. Eran los animales más grandes de su tierra; a decir verdad, lo habrían sido casi en cualquier otra. El rebaño pasaba a poca distancia, con varias crías, y la vieja matriarca miró a los humanos con cautela. Medía unos tres metros de alzada; tenía la cabeza alta y convexa, y una joroba en la cruz, en donde almacenaba una reserva de grasa para el invierno. El lomo corto, que descendía pronunciadamente hacia la pelvis, completaba la silueta característica, fácilmente reconocible. Su cráneo era grande en proporción con su tamaño, pues equivalía a la mitad de su trompa, relativamente corta; en el extremo tenía dos proyecciones móviles y sensibles, a manera de dedos, una debajo de otra. También su rabo era corto; las orejas, pequeñas, para conservar el calor.

Los mamuts estaban eminentemente adaptados a su glacial medio. El pellejo era muy grueso, aislado por siete u ocho centímetros de grasa subcutánea; lo cubría un denso pelaje interior, con un espesor de más de dos centímetros. El áspero y largo pelaje externo, cuyas capas alcanzaban en ocasiones una longitud de hasta medio metro, era de color pardo-rojizo oscuro y pendía a modo de guedejas sobre la lana de abajo, protegiéndoles del viento y de la humedad. La eficacia de sus molares, que semejaban limas, les permitía consumir en invierno una dieta de hierba seca y dura, a la que se añadía un complemento de ramitas y cortezas de abedul, sauce y alerce, con tanta facilidad como, en verano, hierba verde, juncos y otras plantas.

Lo más impresionante eran sus inmensos colmillos, que nacían en la mandíbula inferior, poco separados entre sí; en el primer tramo apuntaban hacia abajo; después trazaban una marcada curva hacia afuera, luego hacia arriba y, por fin, hacia dentro. En los machos viejos, un colmillo podía superar los cuatro metros y medio de longitud, en cuyo caso se cruzaban en el centro. En los animales jóvenes, constituían armas muy eficaces y herramientas naturales para desarraigar árboles y despejar de nieve los pastos para poder alimentarse. No obstante, cuando las dos puntas se superponían y se cruzaban, resultaban molestas y estorbaban en vez de ayudar.

La aparición de los gigantescos animales provocó en Ayla un alud de recuerdos. Recordó la primera vez que pudo admirar a los mamuts y cuánto había deseado en aquel momento poder ir de caza acompañando a los hombres del Clan. Talut la había invitado a participar en la primera cacería del mamut con los Mamutoi. Era una apasionada de la caza; la idea de que ahora podía realmente participar en una junto a los hombres y las mujeres del Campamento del León provocó en su piel un escalofrío de gozosa impaciencia. Ya estaba gozando de antemano la perspectiva de la próxima Reunión de Verano.

La primera cacería de la temporada encerraba un importante significado simbólico. Por enormes y majestuosos que fueran aquellos mamíferos, el sentimiento que inspiraban en los Mamutoi iba mucho más allá de la mera admiración. Ellos dependían del animal, y no sólo en cuanto a su alimento. La necesidad y el deseo de asegurar la supervivencia de las grandes bestias les había hecho establecer con respecto a los mamuts una relación especial. Los reverenciaban, porque en ellos basaban su propia identidad.

Los mamuts no tenían realmente enemigos naturales; ningún carnívoro dependía regularmente de ellos para su sustento. Los enormes leones cavernarios, que duplicaban en tamaño a cualquier otro felino, se alimentaban de grandes herbívoros como uros, bisontes, ciervos gigantes, alces, uapitis o caballos y podían hacerse con ejemplares adultos en plenitud de fuerzas. En ocasiones podían matar a algún mamut muy joven o muy viejo, o también un individuo enfermo. Pero ningún depredador cuadrúpedo, solo o en grupo, era capaz de dar muerte a un ejemplar adulto en la flor de su edad. Sólo los Mamutoi, los hijos humanos de la Gran Madre Tierra, habían recibido la capacidad de cazar a la más grande de Sus criaturas. Eran los elegidos. Entre todas Sus creaciones, ellos eran los preeminentes. Eran los Cazadores de Mamuts.

Cuando el rebaño hubo pasado, la gente del Campamento lo siguió con ansiedad. No para cazarlos, pues eso vendría más tarde, sino para recoger la suave lana del pelaje invernal, que se desprendía en grandes mechones a través de los pelos exteriores, más ásperos y largos. Este material, cuyo color natural era el rojo oscuro, que se recogía del suelo y de las ramas espinosas en que quedaba prendido, era considerado un don especial del Espíritu del Mamut.

Llegado el caso, se recogía con el mismo entusiasmo la lana blanca del muflón,

de la que este carnero salvaje se desprendía en primavera, la lana pardusca, increíblemente suave, del buey almizclero o el vellón más claro del rinoceronte lanudo. Los Mamutoi daban mentalmente gracias a la Gran Madre Tierra, que sacaba de Su abundancia cuanto necesitaban Sus hijos: los vegetales comestibles, los animales y materiales como el sílex y la arcilla. Bastaba con saber dónde y cuándo había que buscarlos.

Los Mamutoi agregaban con sumo gusto a su dieta habitual los vegetales frescos (hidratos de carbono), de la rica variedad disponible en primavera, y se cazaba poco a poco hasta mediados de verano, a menos que las reservas de carne estuvieran ya muy mermadas. Los animales estaban aún demasiado flacos. El duro invierno les privaba de su fuente de energía, concentrada en forma de grasa, y las migraciones obedecían precisamente a la necesidad de reponerla. Se escogían unos pocos bisontes machos, siempre que la piel todavía fuera negra en la base del cuello, señal de que aún existía cierta cantidad de grasa, y algunas hembras preñadas de diversas especies, para hacerse con la carne del tierno feto y, sobre todo, su piel, que servía para hacer ropa interior o suaves prendas para los bebés. La principal excepción era el reno.

Grandes rebaños de renos emigraban hacia el norte. Las hembras, con la cabeza coronada de cuernos, acompañadas de las crías del año anterior, abrían camino a lo largo de las pistas que conducían a los territorios en donde tradicionalmente iban a parir. Los machos seguían tras ellas. Como sucedía con todos los animales gregarios, sus filas eran diezmadas por los lobos, que acechaban sus flancos y se cobraban los ejemplares más débiles y más viejos, y por diversas especies de felinos: los grandes linces, los leopardos de cuerpo alargado y, de cuando en cuando, algún enorme león cavernario. Los grandes carnívoros regalaban los restos de sus festines a otros carnívoros de menor porte y a los carroñeros, cuadrúpedos o aves: zorros, hienas, osos pardos, gatos de algalia, pequeños felinos de las estepas, glotones, cuervos, milanos, halcones y otros muchos.

Los cazadores bípedos elegían sus presas entre todas esas especies. No hacían ascos ni a las pieles ni a las plumas de sus competidores, si bien el reno era la presa preferida por el Campamento del León. No tanto por su carne, aun cuando tampoco la despreciaban; especial atención les merecía la lengua, y también desecaban la carne en general para convertirla en alimento durante los viajes. Pero lo que principalmente les interesaba a los Mamutoi eran las pieles. Aunque generalmente era de un color leonado grisáceo, el pelaje de la mayoría de los renos del Norte podía virar del blanco cremoso hasta una coloración oscura, casi negra, pasando por un tono pardo rojizo en los ejemplares más jóvenes, aislante por naturaleza. No había nada mejor para prendas de invierno y no tenía igual para ropa de cama. Todos los años el Campamento del León organizaba batidas o ponía trampas para cazar renos, con el fin de proveer a sus reservas o tener a mano regalos que llevaban consigo cuando partían para sus migraciones de verano.

El entusiasmo iba en aumento a medida que el Campamento del León se preparaba para la Reunión de Verano. Una vez al día, cuando menos, alguien explicaba a Ayla lo mucho que le gustaría conocer a algún pariente o amigo, y la alegría que experimentarían al conocerla a ella. Sólo una persona parecía carecer de entusiasmo respecto a aquella reunión de los Campamentos. Ayla nunca había visto a Rydag tan deprimido y estaba preocupada por su salud.

Durante varios días le observó atentamente. Una tarde insólitamente cálida, mientras el niño miraba a varias personas que curtían pieles de reno, se sentó a su lado.

—Te he preparado un remedio nuevo, Rydag, para que lleves a la Reunión de Verano —dijo—. Es más reciente y tal vez sea más eficaz. Tendrás que decirme si notas alguna diferencia, para mejor o para peor —dijo, utilizando a un tiempo la voz y las señas, como siempre—. ¿Cómo te sientes ahora? ¿Has notado algún cambio últimamente?

A Rydag le gustaba conversar con Ayla. Le estaba profundamente agradecido por la posibilidad de comunicarse con los suyos, pero los del Campamento poseían un dominio esencialmente simple y directo de las señales; aunque él comprendía su idioma oral desde hacía años, al hablar con él tendían a simplificarlo para ceñirse a los signos que empleaban. Los de Ayla, en cambio, se aproximaban más, en cuanto a sutileza y sentimiento, al lenguaje oral y realzaban el sentido de sus palabras.

—No, me siento igual —contestó el niño.

—¿Cansado?

—No…, sí. Siempre un poco cansado. No demasiado —añadió sonriendo.

Ayla asintió, al tiempo que le estudiaba con atención en busca de algún síntoma visible; trataba de asegurarse de que no había habido cambios en su estado, al menos hacia un empeoramiento. En realidad, no se apreciaban síntomas de deterioro físico, pero se le veía decaído.

—¿Hay algo que te preocupe, Rydag? ¿Te sientes desdichado?

Él se encogió de hombros, apartando la vista. Luego volvió a mirarla.

—No quiero ir —indicó por señas.

—¿Adónde no quieres ir? No comprendo.

—No quiero ir a la Reunión —aclaró él, desviando nuevamente la vista.

Ayla frunció el ceño, pero no insistió. Al parecer, Rydag no quería hablar del tema, y no tardó en volver al albergue. Ella le siguió, tratando de disimular, y desde el hogar de cocinar le vio tenderse en su cama. Eso le preocupó. Rara vez le veía acostarse voluntariamente durante el día.

Cuando vio que Nezzie entraba y se detenía a atar la cortina, corrió hacia ella para ayudarla.

—Nezzie, ¿sabes qué es lo que le pasa a Rydag? Parece tan… desdichado —comentó.

—Lo sé. Siempre se pone así en esta época del año. Es por la Reunión de Verano.

No le gusta.

—Eso me ha dicho. Pero ¿por qué?

Nezzie se detuvo para mirarla de frente.

—No lo sabes, ¿verdad?

La joven sacudió la cabeza. Nezzie se encogió de hombros.

—No te preocupes, Ayla. No hay nada que puedas hacer.

La muchacha atravesó el albergue a lo largo del pasillo y echó un vistazo al niño. Tenía los ojos cerrados, pero ella adivinó que no dormía. Sacudió la cabeza, lamentando no poder ayudarle. Para ella el abatimiento de Rydag derivaba del hecho de que era distinto de los demás. Sin embargo, ya había asistido a otras Reuniones.

Cuando penetró en el Hogar del Mamut, tras cruzar el Hogar del Zorro, que estaba desierto, Lobo llegó dando brincos por la entrada delantera y cayó sobre sus talones, juguetón. Ella le ordenó por medio de una señal que se estuviera quieto. El lobezno obedeció, pero con un aire tan contrito que Ayla, cediendo, le arrojó un trozo de cuero blando, muy mascado; en otros tiempos había sido uno de sus zapatos de interior favoritos, pero se lo había dado a Lobo; parecía ser el único modo de que no royera el calzado ajeno. Se cansó enseguida de su viejo juguete, dobló las patas delanteras y comenzó a gemir meneando la cola. Ayla, sin poder contener una sonrisa, decidió que el día era demasiado bonito para quedarse bajo techado. Siguiendo un repentino impulso, cogió la honda y un saquito de guijarros e hizo señas a Lobo para que la siguiera. Al ver a Whinney en el anexo, decidió llevarse también a la yegua.

Salió por la arcada del anexo, seguida por la yegua y el lobezno gris, cuyo pelaje era, a diferencia del de su madre, el típico de su especie. Vio a Corredor que bajaba hacia el río en compañía de Jondalar. El sol era cálido y el joven se había quitado la camisa; conducía al potro con una soga atada al cuello. Tal como prometiera, había estado adiestrando a Corredor; pasaba con él casi todo el tiempo, cosa que parecía gustarles a ambos.

Cuando el joven divisó a Ayla, le indicó por señas que esperara y empezó a subir la cuesta en dirección a ella. Era extraño que se le acercara, que manifestase deseos de hablarle. Jondalar había cambiado desde el incidente de la estepa. Ya no la evitaba, pero rara vez se esforzaba en dirigirle la palabra, como no fuera de un modo distante, reservado y cortés. Si Ayla tuvo esperanzas de que el joven potro les acercara, Jondalar parecía, por el contrario, haberse distanciado aún más de ella.

Aguardó, con la mirada fija en la alta y musculosa silueta que se acercaba hacia ella. Sin que hiciera nada por activarlo, volvió a sentir de nuevo su ardiente respuesta al deseo de Jondalar. Se quedó inmediatamente sorprendida al darse cuenta de que también ella le deseaba. Era una reacción de su cuerpo que no podía controlar, pero en el momento en que Jondalar se acercaba vio cómo su rostro se coloreaba y sus bellos ojos azules adquirían aquella expresión que ella conocía tan bien. Aun cuando no había orientado deliberadamente su mirada en aquella dirección, advirtió el

abultamiento que su virilidad provocaba en su pantalón-polaina. Sintió entonces que también ella se ruborizaba.

—Disculpa, Ayla; no quisiera molestarte, pero me pareció conveniente mostrarte esta brida que he ideado para Corredor. Tal vez te interese usar una así para Whinney —dijo Jondalar, con voz normal, pero lamentando no poder dominar de igual modo el resto de su persona.

—No me molestas —aclaró Ayla, aunque en realidad estaba azorada, y se dedicó a estudiar el artefacto, elaborado con estrechas correas trenzadas.

La yegua había entrado en celo a principios de temporada. Apenas Ayla descubrió su estado, oyó el relincho característico de un semental de las estepas. A pesar de que anteriormente Ayla había recobrado a la yegua, después de que ésta pasara algún tiempo con un semental y su manada, no quería que se marchara de nuevo. Tenía miedo de que su amiga no volviera nunca. Razón por la que usaba una especie de freno y una soga para sujetar a los caballos, manteniéndolos dentro del anexo cuando le era imposible acompañarles. Pasado el celo, continuó usando el freno de vez en cuando, aunque prefería dejar a Whinney en libertad para moverse a sus anchas.

—¿Cómo funciona? —preguntó Ayla.

Él le hizo una demostración con un segundo adminículo que había fabricado para la yegua. Ayla formuló varias preguntas, con aparente normalidad, pero apenas prestaba atención a las respuestas, mucho más atenta al ardor viril de Jondalar y al cautivador olor masculino que desprendía. Le era imposible dejar de mirar sus manos, el movimiento de los músculos en su pecho y el bulto de su virilidad. Ella confiaba en que sus preguntas alargarían la conversación, pero Jondalar se marchó bruscamente en cuanto acabó sus explicaciones. Ayla le vio recoger su camisa, montar a Corredor y subir la cuesta, conduciendo al animal con aquel nuevo aparejo. Durante un instante pensó en seguirle, montada sobre Whinney, pero desechó la idea. Si tanto deseaba alejarse de ella, debía de ser porque no quería tenerla cerca.

Le siguió con la mirada hasta perderle de vista, y aún continuó mirando, durante un rato, al espacio vacío. Por fin Lobo, con sus ansiosos chillidos, le hizo volver a la realidad. Después de colocarse la honda alrededor de la cabeza, comprobó los guijarros que llevaba en su bolsa, levantó al cachorro y lo colocó sobre la cruz de Whinney. Una vez a lomos de la yegua, inició el ascenso de la cuesta en dirección diferente a la que había tomado Jondalar. Su idea original había sido salir de caza con Lobo, y aquélla era una buena ocasión. El cachorro ya sabía acechar y cazar ratones y pequeños animales por su cuenta, y Ayla había descubierto que era muy hábil en levantar la caza a fin de que ella pudiera abatir a las aves con su honda. Aunque en un principio fue por casualidad, el lobezno aprendía con celeridad y comenzaba a hacerlo siguiendo las órdenes de la muchacha.

Ayla tenía razón en un punto: si Jondalar se había retirado apresuradamente no era

porque no quisiera tenerla cerca en aquel momento, sino más bien porque sentía el deseo de estar con ella en todo momento. Necesitaba alejarse de sus propias reacciones ante su proximidad. Ahora estaba prometida a Ranec; él había perdido cualquier derecho que pudiera tener sobre la muchacha. En los últimos tiempos había tomado la costumbre de montar a caballo para alejarse de cualquier situación difícil, de las emociones contradictorias o, simplemente, para pensar. Comenzaba a comprender por qué Ayla montaba con frecuencia cuando algo la perturbaba. Galopar a campo abierto por la pradera, sintiendo el viento en la cara, era a un tiempo un sedante y un reconstituyente.

Una vez en las estepas, lanzó a Corredor al galope y se aplastó contra su vigoroso cuello, proyectado hacia delante. Conseguir que el potro aceptara a alguien sobre su lomo había resultado sorprendentemente fácil, pero Ayla y Jondalar le habían ido acostumbrando de diferentes modos y maneras. Más difícil había sido convencer al caballo para que siguiera la dirección marcada por su jinete.

Jondalar comprendía que el dominio que Ayla ejercía sobre Whinney lo había conseguido de una forma absolutamente natural, hasta el punto de que las señales que Ayla le transmitía eran aún en gran medida inconscientes. Él, en cambio, actuaba de un modo más estudiado: al tiempo que adiestraba al animal, él mismo aprendía mucho. Aprendía cómo mantenerse sobre el caballo, cómo adaptarse al juego de sus poderosos músculos en vez de rebotar sobre su lomo. Iba descubriendo cómo la sensibilidad del animal a una simple presión de sus piernas, a ligeras modificaciones en la posición de su cuerpo facilitaba mucho la tarea de guiarle.

A medida que iba ganando en seguridad y se sentía más cómodo, montaba más a menudo, que era precisamente lo que uno y otro necesitaban. Al mismo tiempo, cuanto más conocía a Corredor, mayor era el afecto que sentía hacia él. Ese afecto lo sintió desde el principio, cuando aún era el caballo de Ayla. Aunque se repetía que lo estaba adiestrando para ella, detestaba la idea de marcharse sin él.

Jondalar había planeado partir inmediatamente después del Festival de Primavera, pero aún seguía allí, sin saber realmente el porqué. Trataba de inventarse razones; la estación no estaba aún lo suficientemente avanzada, el tiempo era todavía imprevisible y, además, había prometido a Ayla adiestrar a Corredor, pero sabía que se trataba tan sólo de pretextos. Talut tenía la certeza de que se retrasaba para poder ir a la Reunión de Verano. Jondalar no se molestaba en sacarle de su error, aunque tuviese decidido irse antes de que ellos iniciaran el viaje. Todas las noches, al acostarse, especialmente cuando Ayla iba al Hogar del Zorro, se prometía a sí mismo partir al día siguiente. No obstante, todas las mañanas lo posponía. Luchaba contra sí mismo: en cuanto pensaba seriamente en preparar su equipaje, la recordaba tendida en el suelo, fría e inmóvil, en el Hogar del Mamut, y se sentía incapaz de marcharse.

Mamut, que había estado hablando con él al día siguiente del Festival, le dijo que la raíz era demasiado poderosa, que le resultaba imposible controlarla y que era excesivamente peligrosa. El chamán añadió que no volvería a probarla. Había

aconsejado a Ayla que tampoco ella volviera a probarla, pero que, si tenía que hacerlo, necesitaría una fuerte protección. Así, sin decirlo de una manera directa, dejó entrever a Jondalar que, de algún modo, había sido él quien logró llegar hasta la muchacha con su pensamiento y hacer que regresara.

Las palabras del chamán le conturbaron, pero también le proporcionaron un extraño consuelo. Si Mamut había temido por la seguridad de Ayla, ¿por qué le había pedido a él que no se fuera? ¿Por qué estaba tan seguro de que era él quien la había hecho regresar? Ayla se había comprometido con Ranec y no cabían dudas de los sentimientos del tallista. Si Ranec estaba allí, ¿qué falta hacía su propia presencia? ¿Por qué no había sido Ranec quien la hiciera regresar? ¿Acaso el anciano sabía algo que él ignoraba?

Fuera lo que fuese, Jondalar no soportaba la idea de que Ayla pudiera volver a necesitar su ayuda encontrándose él ausente. Lo malo era que tampoco podía soportar la idea de verla vivir con otro hombre, por lo que no sabía si marcharse o quedarse definitivamente.

—¡Lobo! ¡Deja eso! —chilló Rugie, enojada. Ella y Rydag estaban jugando en el Hogar del Mamut, a donde Nezzie les había enviado para poder así ella preparar el equipaje—. ¡Ayla, Lobo se ha apoderado de mi muñeca y no la quiere soltar!

Ayla estaba sentada en medio de su cama, rodeada por los varios montones en que había dispuesto sus pertenencias.

—¡Lobo! ¡Suéltala! —ordenó—. Ven aquí.

Lobo dejó caer la muñeca, que estaba hecha con restos de cuero, y se acercó a Ayla con la cola entre las patas.

—Sube —indicó ella, dando unas palmaditas a la cabecera de su cama, donde él solía dormir. El cachorro subió de un brinco—. Ahora, échate y no molestes más a Rugie y a Rydag.

El animal se echó, con la cabeza entre las patas, mirándola con ojos tristes y contritos.

Ayla volvió a la tarea de ordenar sus cosas, pero pronto se detuvo para observar a los dos niños, que jugaban en el suelo del hogar. La intrigaban. Estaban jugando a los «hogares», fingiendo que compartían uno, como los adultos. El hijo era la muñeca de cuero, que tenía forma humana, con su cabeza redonda, su cuerpo, sus brazos y sus piernas, y estaba envuelto en una piel suave. Fue la muñeca lo que fascinó a Ayla. Ella nunca había tenido ninguna, pues los del Clan no hacían imágenes de ninguna especie, pero recordó a un conejo herido que había llevado cierta vez a la cueva, para que Iza lo curara. Había acunado al conejo tal como Rugie lo hacía con su muñeca.

Ayla sabía que, generalmente, era Rugie la que iniciaba los juegos. A veces jugaban a que estaban unidos, otras veces a que eran los «jefes», dos hermanos, varón y mujer, a cargo de su propio campamento. Ayla observaba a la chiquilla rubia y al

muchacho de pelo castaño, en el que, de pronto, descubrió las facciones características del Clan. «Rugie le consideraba como un hermano», pensó, «pero es difícil que compartan algún día la jefatura de un Campamento».

Rugie entregó la muñeca a Rydag y se levantó para salir, como si tuviera que realizar alguna tarea imaginaria. Rydag la siguió con la vista y dejó el juguete en el suelo, mirando a Ayla con una sonrisa. No le interesaba ya el supuesto bebé; prefería los de verdad, aunque no le importaba acompañar a Rugie en el juego, cuando ella estaba presente. Al cabo de un rato, él también salió. La niña había olvidado el juego de la muñeca. Rydag iba tras ella o a buscarse otra distracción.

Ayla volvió a su tarea de elegir lo que iba a llevar a la Reunión de Verano. Le parecía que, en el espacio de un año, se había visto con demasiada frecuencia ante la disyuntiva entre lo que debía llevar y lo que debía dejar de sus pertenencias. Esta vez se trataba de un simple viaje. Cogería tan sólo lo que pudiera llevar. Tulie le había hablado ya de utilizar los caballos y los travesaños para transportar los regalos; esto aumentaría su prestigio y el del Campamento del León.

Recogió el cuero que había teñido de rojo y lo desplegó, preguntándose si lo necesitaría; aún no había decidido el uso que haría de él. El rojo era sagrado para el Clan; además, le gustaba. Volvió a plegarlo y lo puso con otros objetos que deseaba llevar consigo aparte de lo necesario: el caballito tallado, que tanto le gustaba y que Ranec le había regalado el día de su adopción, y su nueva muta, la bella punta de pedernal que le regalara Wymez, algunas sartas de cuentas, el atuendo que le regaló Deegie, la túnica blanca hecha por ella y el manto de Durc.

Mientras elegía algunos otros objetos, su mente divagaba y se puso a pensar en Rydag. ¿Llegaría alguna vez a tener una compañera como Durc? No esperaba encontrar muchachas así en la Reunión de Verano. Ni siquiera esperaba que pudiera llegar a la edad adulta. Una vez más se alegró de haber tenido un hijo fuerte y sano que pronto tendría una compañera. A aquellas alturas, el clan de Broud debía de estar preparándose para acudir a la Reunión del Clan, si es que no se había puesto ya en camino. Seguro que Ura contaba con volver con ellos para unirse a Durc y era probable que no se hiciera fácilmente a la idea de abandonar su propio clan. Pobre Uba, qué doloroso debía de resultarle tener que dejar a sus gentes para ir a vivir en un lugar desconocido con un clan desconocido. De repente se vio asaltada por una idea que aún no se le había pasado por la cabeza: ¿Durc y Uba se gustarían mutuamente? Así lo esperaba; seguramente ninguno de los dos tendría otra elección.

Mientras pensaba en su hijo, cogió una bolsa que había traído de su valle, la abrió y vació su contenido. El corazón le dio un vuelco al ver aquella estatuilla de marfil. Representaba a una mujer, pero no se parecía a ninguna de las que ella había visto antes; entonces se dio cuenta de su originalidad. La mayoría de las mutas, a excepción de las mujeres-pájaro de Ranec, presentaban formas opulentas, maternales, rematadas por una simple protuberancia, a veces decorada, a modo de cabeza. Se suponía que representaban a la Madre. Aquella estatuilla, en cambio, representaba a

una mujer esbelta, con el cabello peinado en múltiples pequeñas trenzas, como ella misma se había peinado tiempo atrás. Pero lo más sorprendente era que tenía el rostro minuciosamente modelado, con una fina nariz, una barbilla y un esbozo de ojos.

A medida que se le amontonaban los recuerdos, la estatuilla que tenía entre los dedos se iba desdibujando ante su mirada. La había esculpido Jondalar cuando estaban en el valle. Cuando la talló dijo que quería capturar el espíritu de Ayla con el fin de que jamás quedaran separados. Ésa había sido la razón que le había impulsado a hacerla a semejanza de la joven, a pesar de que nadie debía modelar una imagen que representara a una persona real, por temor a tender una trampa a su espíritu. Por eso precisamente le había dicho que guardara ella la escultura con el fin de que nadie pudiera utilizarla contra ella con un propósito maléfico. Aquélla era su primera muta, se dijo. Él se la había regalado después de sus Primeros Ritos, cuando la convirtió en una verdadera mujer.

Jamás olvidaría aquel verano en su valle, cuando los dos estaban solos. Pero ahora Jondalar se iba a marchar sin ella. Apretó contra su pecho la figurilla de marfil; deseaba poder acompañarle. Lobo, por simpatía, la miró gimiendo y arrastrándose insensiblemente hacia ella: se suponía que debía quedarse donde estaba y él lo sabía. Ayla lo atrajo hacia sí, hundió su rostro en el pelaje del animal, que trataba de lamer sus lágrimas salobres.

Oyó que alguien se acercaba por el pasillo central. Se incorporó rápidamente, limpiándose la cara, y trató de dominarse. Cuando Barzec y Druwez pasaron junto a ella, concentrados en su conversación, fingió buscar algo a su espalda. Luego guardó la talla en el saco y lo puso, cuidadosamente, sobre el cuero rojo, para llevárselo consigo. Jamás podría abandonar su primera muta.

Esa misma noche, cuando el Campamento del León se preparaba para compartir una comida, Lobo lanzó un súbito gruñido amenazador y corrió hacia la entrada principal. Ayla se levantó de un salto y se lanzó en su persecución, preguntándose qué podía pasar. Algunos más la siguieron. Al apartar la cortina, la muchacha se llevó la sorpresa de encontrarse ante un desconocido, muy asustado, que retrocedía al ver a aquel lobo casi adulto en posición de atacar.

—¡Lobo! ¡Aquí! —ordenó Ayla.

El cachorro retrocedió contra su voluntad, pero no apartó la vista del hombre; mantenía los dientes a la vista y no dejaba de gruñir.

—¡Ludeg! —exclamó Talut, adelantándose, con una gran sonrisa. Estrechó al visitante en un abrazo de oso—. Pasa. Ven adentro. Hace frío.

—Yo… no sé —vaciló el hombre, mirando al lobezno—. ¿Hay otros como éste ahí dentro?

—No, no hay más —aseguró Ayla—. Lobo no te hará daño. Yo no se lo permitiré.

Ludeg miró al jefe, sin saber hasta qué punto podía fiarse de aquella desconocida.

—¿Por qué tenéis un lobo en el albergue?

—Es una larga historia, pero es mejor escucharla ante un buen fuego. Pasa, Ludeg. El lobezno no te hará daño, te lo aseguro.

Talut dirigió a Ayla una significativa mirada cargada de intenciones y condujo al joven al interior del albergue.

Ayla comprendió con exactitud el significado de dicha mirada: era mejor que Lobo no lastimara a aquel forastero. Siguió a los dos hombres, indicando al cachorro que se mantuviera a su lado, pero no sabía cómo ordenarle que dejara de gruñir. Se trataba de una situación nueva. Sabía que los lobos solían atacar y matar a los extraños que osaran invadir su territorio. La conducta de Lobo era totalmente comprensible, pero no por eso aceptable. Tendría que habituarse a los desconocidos, le gustaran o no.

Nezzie saludó calurosamente al hijo de su prima, le liberó de su zurrón y de su pelliza, y entregó ambas cosas a Danug para que las llevara a una plataforma vacía en el Hogar del Mamut. Luego llenó un plato y le buscó asiento. Ludeg no dejaba de mirar al lobo, lleno de nerviosa aprensión; cada vez que el lobezno advertía aquellas miradas intensificaba sus gruñidos. Cuando Ayla le hacía callar, aplastaba las orejas y se echaba en el suelo, pero un momento después volvía a gruñir. Pensó en pasarle una soga al cuello, pero decidió que eso no haría más que acentuar la inquietud de un animal a la defensiva y el nerviosismo del visitante.

Rydag, que se había retirado un poco, intimidado por el viajero, aunque parecía conocerle, se dio perfecta cuenta del problema y comprendió que la actitud tensa del hombre lo agravaba. Tal vez si Ludeg veía que el lobo era manso, se tranquilizaría. Casi todos estaban reunidos en el hogar de cocinar. Al advertir que Hartal se había despertado, Rydag tuvo una idea. Fue al Hogar del Reno y tranquilizó al pequeño; después le cogió de la mano para conducirle al hogar de cocinar, pero no junto a su madre, sino hacia donde estaban Ayla y Lobo.

En los últimos tiempos, Hartal había experimentado una fuerte atracción por el nervioso cachorro. En cuanto vio su pelaje gris, emitió un gorgorito de júbilo y corrió hacia él, pero sus pasos eran todavía inestables, y acabó cayéndose sobre el animal. Lobo lanzó una especie de ladrido, pero su única reacción fue lamer la cara del pequeño, que se echó a reír. Hartal le apartó la cálida y húmeda lengua, e introdujo sus manitas regordetas en aquellas grandes fauces, llenas de dientes agudos; luego agarró un puñado de pelo y trató de atraer al cachorro.

Ludeg, olvidando su nerviosismo, miraba las maniobras del pequeño con los ojos desorbitados por la sorpresa, pero sobre todo observaba la actitud paciente del feroz depredador. Por otra parte, tras aquel asalto, Lobo no podía persistir en su actitud defensiva y desconfiada. Todavía era un cachorro y no había adquirido la obstinación que caracterizaba a los adultos de su especie. Ayla miró a Rydag con una sonrisa; había adivinado de inmediato que se había traído a Hartal con el objetivo concreto que se había conseguido. Cuando Tronie se acercó para llevarse a su hijo, Ayla cogió

en brazos a Lobo y decidió que era hora de presentárselo al desconocido.

—Creo que Lobo se acostumbrará a ti más rápidamente si le dejas que se familiarice con tu olor —dijo la joven.

Hablaba el mamutoi a la perfección, pero Ludeg detectó cierta diferencia en la forma de pronunciar algunas palabras. Por primera vez la observó con atención, preguntándose quién sería. Estaba seguro de no haberla visto en el Campamento del León el verano anterior. Más aún, no recordaba haberla visto nunca, y su belleza no era fácil de olvidar. ¿De dónde había venido? Al levantar la vista vio que un forastero, alto y rubio, le observaba.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Creo que bastará con que le dejes oler tu mano. También le gustan las caricias, pero yo en tu lugar no me apresuraría. Necesita un poco de tiempo para familiarizarse contigo —dijo Ayla.

Ludeg, con cierta desconfianza, alargó la mano. Ayla dejó a Lobo en el suelo para que olfateara, pero se mantuvo cerca por precaución. No creía que Lobo se decidiera a atacar, pero no estaba segura. Al cabo de un rato, el hombre estiró el brazo para tocar el pelaje espeso. Hasta entonces nunca había tocado a un lobo vivo, y eso le entusiasmó. Miró a Ayla con una sonrisa y, al verla sonreír a su vez, volvió a admirar su belleza.

—Será mejor que os dé mis noticias de inmediato, Talut —dijo Ludeg—. Creo que también el Campamento del León tiene mucho que contarme.

El corpulento jefe sonrió. Ésa era la clase de interés que le agradaba. Los mensajeros siempre traían algo que contar: eran escogidos no sólo por la celeridad de su carrera, sino también por su habilidad como narradores.

—Dinos, entonces. ¿Qué noticias traes?

—La más importante es que se ha cambiado el sitio para la Reunión de Verano. Actuará como anfitrión el Campamento del Lobo. El paraje que elegimos el verano pasado ha sido devastado por una inundación. También traigo noticias tristes. Pasé una noche en un Campamento de los Sungaea. Hay entre ellos una enfermedad mortal. Han muerto entre ellos varios; cuando les dejé, el hijo y la hija de la Mujer Que Manda estaban muy enfermos, se dudaba que pudieran sobrevivir.

—¡Oh, eso es terrible! —exclamó Nezzie.

—¿Qué clase de enfermedad es? —preguntó Ayla.

—Parece ser algo de pecho. Fiebre alta, mucha tos y dificultad para respirar.

—¿A qué distancia queda ese sitio? —preguntó Ayla.

—¿No lo sabes?

—Ayla vino a hacernos una visita, pero la hemos adoptado —aclaró Tulie. Y se volvió hacia la joven—. No queda muy lejos.

—¿Podemos ir, Tulie? ¿O hay alguien que me acompañe? Si esos niños están enfermos, tal vez pueda servir de ayuda.

—No sé. ¿Qué te parece, Talut?

—Si la Reunión de Verano va a celebrarse en el Campamento del Lobo, tendríamos que desviarnos. Y ni siquiera son parientes, Tulie.

—Creo que Darnev tenía parientes lejanos en ese Campamento —precisó Tulie —. Y es una pena que una pareja de hermanos tan jóvenes estén enfermos.

—Quizá debamos ir, pero tendríamos que partir lo antes posible —apostilló el jefe.

Ludeg estaba escuchando con gran interés.

—Bueno, ahora que os he dado mis noticias, me gustaría saber algo más de este miembro nuevo que tiene el Campamento, Talut. ¿Es de verdad una Mujer Que Cura? ¿Y de dónde ha salido este lobo? Nunca he oído hablar de nadie que tuviera un lobo en un albergue.

—Y eso no es todo —agregó Frebec—. Ayla tiene además dos caballos: una yegua y un potro joven.

El visitante le miró con incredulidad. Luego se acomodó para escuchar lo que el Campamento tenía que contarle a él.

A la mañana siguiente, tras una larga velada consumida en relatos apasionantes, Ludeg presenció una demostración de las habilidades de Jondalar y Ayla con los caballos. Quedó satisfactoriamente impresionado. Cuando partió hacia el Campamento más próximo, iba dispuesto a extender la noticia de que había una nueva mujer entre los Mamutoi, además del cambio de sede para la Reunión de Verano. Como el Campamento del León pensaba partir a la mañana siguiente, pasó el resto del día ocupado con los preparativos de último momento.

Ayla decidió llevar más medicinas de las que normalmente llevaba en su bolsa. Mientras conversaba con Mamut, que estaba preparando su equipaje, revisó su provisión de hierbas. Al observar que el anciano renqueaba a causa del dolor de sus articulaciones, recordó que los viejos del Clan, cuando no estaban en condiciones de efectuar el largo viaje, se quedaban en sus cavernas. ¿Cómo iba a poder Mamut viajar tanto? Esto la preocupó a tal punto que fue en busca de Talut para preguntárselo.

—Yo lo cargo a mi espalda la mayor parte del trayecto —explicó el jefe.

Ayla notó que Nezzie se disponía a añadir un bulto al montón de cosas que serían transportadas en las angarillas tiradas por los caballos. Rydag, sentado en el suelo a poca distancia, parecía desconsolado. De pronto Ayla fue en busca de Jondalar. Le encontró llenando la mochila que Tulie le había dado para el viaje.

—¡Jondalar, estabas aquí! —dijo.

Él levantó la vista, sobresaltado. Ayla era la última persona a la que esperaba ver en aquellos momentos. Había estado pensando en ella, preguntándose cómo se despediría de ella. Acababa de decidir que era la mejor ocasión para marcharse, mientras todos se preparaban para abandonar el albergue. En vez de irse con el Campamento del León a la Reunión de Verano, él tomaría otra dirección e iniciaría el

largo retorno a su hogar.

—¿Sabes cómo viaja Mamut a las Reuniones de Verano? —preguntó la muchacha.

La pregunta le pilló por sorpresa. Era lo que menos le preocupaba en aquel momento. Ni siquiera estaba seguro de haber oído bien.

—No…, ni idea.

—Talut tiene que llevarle sobre su espalda. Y además está Rydag, con el que también hay que cargar. Estaba pensando, Jondalar… Tú has adiestrado a Corredor y ahora ya está acostumbrado a llevar a alguien sobre el lomo, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú puedes guiarle. Va adonde tú quieres, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—¡Bueno! Entonces no hay ninguna razón para que Mamut y Rydag no puedan ir a la Reunión montados a caballo. Aunque no sepan conducirlos, tú y yo los guiaremos. Será mucho más fácil para todos. Y tal vez eso reanime a Rydag, que tan deprimido se siente últimamente. ¿Te acuerdas de su alegría la primera vez que se encaramó a Whinney? No te molesta, ¿verdad, Jondalar? Tú y yo podemos caminar, como todo el mundo.

Parecía feliz, muy contenta de haber tenido aquella idea. Estaba claro que ni se le había pasado por la imaginación que él no les acompañara. ¿Cómo negarse?, pensó Jondalar. Era una idea estupenda y, después de todo lo que el Campamento del León había hecho por él, era lo menos que él podía hacer en contrapartida.

—No, no me molesta caminar —dijo.

Experimentó un extraño alivio al ver que Ayla iba a hablar con Talut; era como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Se apresuró a terminar lo que estaba haciendo, cogió su equipaje y fue a reunirse con el resto del Campamento. Ayla estaba supervisando la carga de los travesaños. Ya estaban casi listos para partir.

Nezzie, al ver que se acercaba, le sonrió:

—Me alegra que hayas decidido acompañarnos y ayudar a Ayla con los caballos. Mamut viajará mucho más cómodo. ¡Y mira a Rydag! Nunca ha estado tan contento de partir hacia una Reunión de Verano.

Jondalar se quedó pensativo. ¿Era una suposición suya o Nezzie estaba enterada de lo que él había estado planeando hasta aquel momento?

—¡Y piensa en la impresión que causaremos al llegar, no sólo con caballos, sino con gente montada en ellos! —agregó Barzec.

—Te estábamos esperando, Jondalar. Ayla no estaba segura de quién debía montar en la yegua y quién en el potro —dijo Talut.

—Creo que da igual —respondió Jondalar—. Whinney es algo más cómoda. No hace saltar tanto a su jinete.

Observó que Ranec estaba ayudando a Ayla a equilibrar la carga. Se le encogió el corazón al ver que reían juntos y comprendió que sólo gozaba de una tregua

momentánea. No había hecho sino retrasar lo inevitable, pero ahora tenía que llegar hasta el final.

Mamut hizo algunos gestos misteriosos y pronunció unas palabras esotéricas; luego clavó una muta en el suelo, frente a la entrada, para que custodiara el albergue. Después montó en Whinney con ayuda de Ayla y de Talut. Parecía nervioso, aunque tratara de no demostrarlo. Jondalar pensó que sabía disimularlo.

El que no estaba nervioso era Rydag: ya había montado a caballo. Sólo se sintió un tanto excitado cuando el joven alto le levantó del suelo para colocarle sobre Corredor. Nunca antes había montado en el potro. Dedicó una amplia sonrisa a Latie, que le estaba observando con una mezcla de preocupación por su seguridad, de alegría al verle experimentar una nueva sensación y de un poco de envidia. Había estado observando cómo adiestraba Jondalar al caballo, hasta donde podía hacerlo desde tan lejos: era difícil convencer a otra mujer para que la acompañara. El paso a la edad adulta tenía sus inconvenientes. El adiestramiento de un potro no era necesariamente algo mágico, pensaba ella. Bastaba con tener paciencia y, naturalmente, un caballo que domar.

Después de efectuar una última inspección al Campamento, iniciaron el ascenso de la cuesta. A medio camino, Ayla se detuvo. Lobo hizo lo mismo, observándola con atención. Ella se volvió para mirar hacia el albergue donde había hallado un hogar y había sido acogida por gentes de su propia raza. Echaba de menos la seguridad que representaba, pero allí estaría cuando regresaran, para acogerles de nuevo durante el frío invierno. El viento agitó la pesada cortina que cubría la arcada hecha con colmillos de mamut. Sobre ella destacaba el cráneo del León Cavernario. El Campamento del León parecía vacío sin sus habitantes. Ayla de los Mamutoi se estremeció por efecto de una súbita punzada de tristeza.

Capítulo 30

Las grandes praderas, abundante fuente de vida en aquellas regiones frías, desplegaron ante los ojos del Campamento del León otra faz del ciclo renovado. Las flores violáceas y amarillas de los últimos iris enanos ya se estaban marchitando, aunque todavía conservaban sus colores; las peonías aún estaban en plena floración. Un amplio lecho de pimpollos rojos, que llenaba toda la depresión entre las dos colinas, arrancó exclamaciones de asombro a los viajeros. Pero lo que predominaba eran los pastos tiernos, la cañuela y el espolín emplumado, que convertían las estepas en oleadas de suave plata ondulante, subrayada por la sombra de la salvia azul. Sólo más adelante, cuando la hierba tierna madurara y el espolín perdiera sus plumas, aquellas ricas planicies adquirirían un tono dorado.

El lobezno gozaba a sus anchas descubriendo la multitud de pequeños animales que vivían en la vasta pradera. Se lanzaba en persecución de los turones y de los armiños revestidos de sus oscuros mantos de verano, pero retrocedía ante los intrépidos carniceros que le hacían frente. Cuando las ratas, los ratones y las musarañas, acostumbrados a zafarse de la persecución de los zorros, se escabullían en sus agujeros cavados a ras del suelo, Lobo iba a la caza de jerbos, hamsters y erizos de largas orejas y cubiertos de púas. Ayla se divertía viendo cómo se sobresaltaba sorprendido cuando el jerbo de espesa cola, patas delanteras cortas y largas patas tridáctilas traseras se sumergía en la madriguera en donde había pasado el invierno. Las liebres, los hamsters gigantes constituían una sabrosa comida asados al atardecer directamente sobre el fuego. La honda de Ayla se cobró un buen número de ejemplares levantados por Lobo.

Los roedores que excavaban madrigueras prestaban un buen servicio a la estepa, volteando y aireando la capa de tierra superficial, pero algunos de ellos, los más activos, modificaban el aspecto del paisaje. A medida que avanzaba, el Campamento del León tropezaba continuamente con las madrigueras de los susliks moteados, numerosísimos, y en algunos sitios los viajeros tenían que sortear centenares de montículos cubiertos de hierba, que medían cerca de un metro de altura, en cada uno de los cuales vivía una comunidad de marmotas esteparias.

Los susliks eran presa preferida de los milanos negros, aun cuando estas rapaces de largas alas se alimentaban también de otros roedores, sin contar los insectos y la carroña. En general, las elegantes aves descubrían a sus víctimas durante sus vuelos ascendentes, pero también planeaban al estilo de los halcones o volaban bajo para abalanzarse contra su presa. También el águila leonada gustaba de estos prolíficos roedores. Un día, Ayla sorprendió a Lobo en una postura que la impulsó a mirar más de cerca. Al aproximarse vio a una de estas grandes rapaces de un castaño intenso aterrizar cerca de su nido, construido a ras del suelo: llevaba un suslik para sus polluelos. La joven observó la escena con interés, pero ni ella ni el lobo hostigaron a la nidada.

Otras muchas aves vivían de la generosidad de las grandes planicies. Sobre la estepa se veían por doquier alondras, calandrias, urogallos, perdices blancas, gangas, magníficas avutardas, hermosas grullas de un tono gris azulado, con la cabeza negra y una capa de plumas blancas entre los ojos. Llegaban al comienzo de la primavera para anidar, se alimentaban abundantemente con insectos, lagartos y serpientes y, en otoño, surcaban el cielo en grandes formaciones en V, en medio de un concierto de agudos chillidos.

Al principio Talut había marcado el paso que estaba acostumbrado a llevar cuando viajaba con todo el Campamento, para no exigir demasiado a los miembros más lentos. Pronto descubrió que estaban avanzando mucho más de prisa que de ordinario. Los caballos establecían la diferencia. Al llevar en los travesaños los regalos, las mercancías destinadas al trueque y los cueros para las tiendas, y en el lomo a quienes requerían ayuda, habían aligerado la carga de todos. Al jefe le alegró aquella inesperada celeridad, sobre todo teniendo en cuenta que debían desviarse, pero eso también le planteaba al mismo tiempo un problema. Había planeado la ruta y las paradas para aprovechar ciertos abrevaderos conocidos; ahora debía cambiarlo todo sobre la marcha.

Se habían detenido en las inmediaciones de un riachuelo, aunque todavía era temprano. A intervalos, en las proximidades de las corrientes de agua, la estepa daba paso a algunos bosquecillos; montaron el campamento en una pradera parcialmente rodeada de árboles. Después de liberar a Whinney de sus angarillas, Ayla decidió llevar a Latie a cabalgar, pues a la muchachita le gustaba ayudarle en el cuidado de los animales, que, a su vez, le demostraban un gran afecto. Ayla detuvo su montura y susurró al oído de la joven, sentada a horcajadas delante de ella:

—No hagas el más mínimo gesto, Latie, pero mira hacia allá, cerca del agua.

Latie dirigió la vista en la dirección indicada y frunció el ceño, pues en un primer momento no vio nada extraño. Por fin sonrió: un antílope hembra, con dos crías, acababa de levantar la cabeza con cautela. Luego divisó varios más. Los cuernos retorcidos en espiral surgían rectos de la frente del animal para curvarse ligeramente hacia atrás en la punta. El pronunciado hocico, un poco caído, le confería un aspecto característico.

Mientras permanecían quietas y silenciosas, el canto de los pájaros se tornó más audible: el arrullo de las palomas, la alegre cadencia de la curruca, la llamada de un pájaro carpintero. Ayla oyó la bella nota aflautada de una oropéndola y la imitó con tanta exactitud que confundió al ave. Latie lamentó no poder silbar así.

Ayla dio a Whinney una leve señal, haciéndola acercarse poco a poco hasta el calvero. Latie se estremeció de entusiasmo al aproximarse a los antílopes y al descubrir a otra hembra con dos crías. De pronto cambió el viento; todos los animales levantaron la cabeza y, un instante después, se alejaban hacia la estepa abierta, brincando por entre los árboles. Un trazo gris seguía su marcha; Ayla comprendió entonces lo que les había ahuyentado.

Cuando Lobo regresó, jadeante, para dejarse caer al suelo de golpe, Whinney pastaba serenamente, mientras las dos jóvenes, sentadas en la hierba soleada, recogían fresas silvestres. En el suelo, junto a Ayla, había un ramo de flores de vivos colores: corolas de un rojo brillante, de largos y finos pétalos, y manojos de grandes flores amarillas, mezcladas con cabezuelas blancas y peludas.

—Ojalá hubiera muchas para llevar al campamento —comentó Ayla, mientras se llevaba a la boca otra fresa muy pequeña, pero excepcionalmente sabrosa.

—Harían falta muchísimas. Sólo lamento que no haya más para mí sola —dijo Latie, con una gran sonrisa—. Además, me gusta pensar que éste es un sitio especial, sólo para nosotras dos, Ayla. —Mientras saboreaba una fresa, con los ojos cerrados, su expresión se tornó pensativa—. Esas crías de antílope debían de ser muy pequeñas, ¿verdad? Nunca he estado tan cerca de un antílope tan pequeño.

—Ha sido Whinney la que nos ha permitido acercarnos tanto. Los antílopes no temen a los caballos. Pero este Lobo… —el animal levantó la vista al oírse nombrar —. El que los espantó fue él.

—¿Puedo preguntarte algo, Ayla?

—Por supuesto. Puedes preguntar siempre lo que quieras.

—¿Crees que podré encontrar un caballo algún día? Querría uno pequeño, para cuidarlo como tú cuidaste a Whinney. Así se familiarizaría conmigo.

—No sé. Yo no busqué a Whinney. La encontré por casualidad. Será difícil hacerse con un potrillo, pues todas las madres protegen a sus crías.

—Si quisieras otro caballo, uno pequeño, ¿qué harías?

—Nunca se me ha ocurrido… Si quisiera otro caballo, supongo… Deja que lo piense… Tendría que atrapar a la madre. ¿Recuerdas la cacería del bisonte el otoño pasado? Si estuvieras cazando caballos y cercaras así a una manada, no tendrías la necesidad de matarlos a todos. Podrías quedarte con una o dos crías. Hasta podrías separar un potrillo del resto y soltar a los demás, si no los necesitabas a todos —Ayla sonrió—. Ahora me cuesta más cazar caballos.

Cuando volvieron al campamento, casi todos estaban sentados alrededor de una gran fogata, comiendo. Las dos jóvenes llenaron sus platos y tomaron asiento.

—Hemos visto algunos antílopes —dijo Latie—. Incluso tenían crías.

—Creo que también habéis visto algunas fresas silvestres —comentó Nezzie irónicamente, viendo las manos manchadas de rojo de su hija.

La muchachita se ruborizó, recordando que había querido quedárselas todas.

—No había suficiente para traer al campamento —explicó Ayla.

—Eso no hubiera cambiado nada. Conozco a Latie y a las fresas. Es capaz de devorar toda una pradera llena de fresas, si la encuentra, y no guardar una sola para los demás.

Ayla advirtió el bochorno de la jovencita y cambió de tema.

—He recogido uña de caballo contra la tos, para el Campamento que tiene enfermos, y una planta de flores rojas, cuyo nombre desconozco: su raíz es muy

buena para curar las toses roncas y para expulsar las flemas del pecho —dijo.

—No sabía que hubieras recogido flores con ese fin —comentó Latie—. ¿Cómo sabes que existe esa enfermedad en el Campamento?

—No lo sé, pero, al ver esas plantas, he pensado que haría bien en recogerlas. Nosotros mismos hemos padecido esa enfermedad. ¿Cuánto tardaremos en llegar hasta allí, Talut?

—Es difícil decirlo —respondió el jefe—. Estamos viajando con más rapidez que de costumbre. Deberíamos llegar al Campamento Sungaea dentro de uno o dos días. Ludeg me dio un mapa muy bueno. Espero que no sea demasiado tarde. Están más graves de lo que creía.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ayla, frunciendo el ceño.

—He encontrado señales que alguien dejó.

—¿Qué señales? —se extrañó la muchacha.

—Acompáñame y te las mostraré.

Talut dejó su taza. La condujo hasta un montón de huesos, apilados cerca del agua. Había huesos, especialmente huesos grandes, como cráneos, por doquier en la planicie, pero, al acercarse, Ayla notó que no se trataba de algo casual: alguien había apilado los huesos con una finalidad concreta. Encima de todo se veía un cráneo de mamut, con los colmillos rotos, puesto boca abajo.

—Esto es señal de malas noticias —comentó el pelirrojo, señalando el cráneo—. Muy malas. ¿Ves esa mandíbula inferior, con esas dos vértebras apoyadas contra ella? La punta de la mandíbula indica la dirección, y el Campamento está a dos días de marcha.

—Deben de necesitar ayuda, Talut. ¿Por eso pusieron aquí esta señal?

El jefe señaló un trozo de corteza chamuscada, sostenida por el extremo roto del colmillo izquierdo.

—¿Ves esto?

—Sí, está negra, quemada, como si hubiera estado en un incendio.

—Esto quiere decir «enfermedad», «enfermedad mortal». Alguien ha fallecido. La gente siente miedo de estas enfermedades, y este sitio es un abrevadero muy frecuentado. Esta señal no fue puesta aquí para pedir ayuda, sino para advertir a la gente que no se acerque.

—¡Oh, Talut, tengo que ir! Vosotros no tenéis por qué acompañarme, pero yo debo ir. Puedo partir ahora mismo, con Whinney.

—¿Y qué les dirías al llegar? —preguntó Talut—. No, Ayla, no permitirán que les ayudes. Nadie te conoce. Ni siquiera son Mamutoi; son Sungaea. Ya hemos hablado de esto. Sabíamos que querrías ir. Nos desviamos en esta dirección y te acompañaremos. Creo que, gracias a los caballos, podremos llegar en un solo día, en lugar de en dos.

El sol rozaba el borde de la tierra cuando el grupo de viajeros del Campamento del León divisó un asentamiento grande, situado en una amplia terraza natural, a unos nueve metros por encima de un río torrencial. Se detuvieron al ver que habían llamado la atención de varias personas, que les miraron, atónitas, antes de correr al interior de un refugio. De él salieron un hombre y una mujer; tenían la cara cubierta con ungüento de ocre rojo y el pelo cubierto de cenizas.

«Es demasiado tarde», pensó Talut. En compañía de Tulie, se aproximó al Campamento Sungaea, seguidos ambos por Nezzie y Ayla, que conducía a Whinney, con Mamut a su lomo. Era evidente que habían interrumpido una ceremonia importante. Cuando los visitantes estuvieron a unos tres metros, un hombre con la cara teñida de rojo levantó el brazo, con la palma hacia delante. Era una evidente señal para que se detuvieran. Habló con Talut en un idioma desconocido para Ayla, pero detectó en él algo familiar. Tuvo la sensación de que habría debido entenderlo: tal vez tenía cierta similitud con el mamutoi. Talut respondió en su propio idioma. Luego el hombre volvió a hablar.

—¿Por qué ha venido el Campamento del León de los Mamutoi en un momento como éste? —dijo, empleando el idioma de los Mamutoi—. En este Campamento hay una enfermedad y gran tristeza. ¿No habéis visto las señales?

—Sí, las hemos visto —repuso Talut—. Traemos con nosotros a una hija del Hogar del Mamut, una Mujer Que Cura, con gran experiencia. Ludeg, el mensajero que pasó por aquí hace algunos días, nos habló de vuestros problemas. Estábamos preparándonos para ir a nuestra Reunión de Verano, pero Ayla, nuestra Mujer Que Cura, quiso venir primero a ofrecer sus habilidades. Uno de nosotros era pariente vuestro. Por eso hemos venido.

El hombre miró a la mujer que estaba a su lado. Su dolor era evidente, pero hizo un gran esfuerzo para dominarse un poco.

—Es demasiado tarde —dijo ella—. Han muerto —su voz se apagó en un gemido —. ¡Han muerto! —gritó, angustiada—. Mis hijos, mis pequeños, mi vida… ¡Han muerto!

Dos personas se aproximaron, una por cada lado, para llevársela.

—Mi hermana ha sufrido un gran dolor —dijo el hombre—. Ha perdido a dos hijos, varón y hembra. La niña era casi una mujer; el varón tenía unos años menos. Todos estamos sufriendo mucho.

Talut meneó la cabeza como muestra de solidaridad.

—Es una gran pena, en verdad. Compartimos vuestro dolor y os ofrecemos cualquier consuelo que esté a nuestro alcance. Si vuestras costumbres lo permiten, nos gustaría quedarnos aquí para agregar nuestras lágrimas a las vuestras, cuando ellos regresen al seno de la Madre.

—Apreciamos tu bondad y os recordaremos siempre, pero todavía hay entre

nosotros algunos enfermos. Podría ser peligroso que permaneciéseis aquí. Tal vez haya sido peligroso que viniérais.

—Talut —dijo Ayla, en voz baja—, pregúntale si puedo ver a los enfermos. Quizá puedo ayudarles.

—Sí, Talut —agregó Mamut—. Pregúntale si Ayla puede ver a los enfermos. Ella nos dirá si podemos quedarnos sin peligro.

El hombre de la cara pintada de rojo miró con mucha atención al viejo montado a caballo. La aparición de los animales le había sorprendido, pero no quería demostrar demasiado asombro; por otra parte, estaba tan aturdido por el dolor que había dejado a un lado su curiosidad, mientras actuaba como portavoz de su hermana y su Campamento. Pero al oír hablar a Mamut, recuperó inmediatamente la plena conciencia de aquel extraño espectáculo: un hombre sentado a lomos de un caballo.

—¿Cómo es que ese hombre está sentado en ese animal? —explotó, por fin—. ¿Cómo es posible que el caballo lo tolere? ¿Y ese otro, el de allí atrás?

—Es una larga historia —dijo Talut—. El hombre es nuestro Mamut, y los caballos obedecen a nuestra Mujer Que Cura. Cuando haya tiempo será un placer explicaros todo, pero antes Ayla querría ver a tus enfermos. Tal vez pueda ayudarles. Ella nos dirá si los espíritus malignos aún están aquí, si puede dominarlos y quitarles poder. Ella nos dirá también si podemos quedarnos sin peligro.

—Dices que es hábil. Debo creerte. Si puede hacerse obedecer por el espíritu del caballo, ha de poseer una magia poderosa. Deja que hable con los demás.

—Hay otro animal al que deberías ver —indicó Talut. Y se volvió hacia la mujer —. Llámalo, Ayla.

Ella emitió un silbido. Antes de que Rydag pudiera soltar al lobezno, éste se liberó de sus brazos. El Sungaea y los otros presentes se quedaron asombrados al verlo correr en dirección a ellos, pero más aún cuando se detuvo a los pies de Ayla, mirándola con expresión alerta. A una señal de la muchacha, se dejó caer al suelo, pero su mirada alerta, fija en aquellos extraños, hacía que los del Campamento Sungaea se sintieran incómodos.

Tulie, que observaba con atención las reacciones de los Sungaea, comprendió de inmediato que los animales domesticados habían causado una gran impresión, aumentando el prestigio de quienes les acompañaban y de todo el Campamento. Mamut acababa de ganar prestigio por el simple hecho de ir montado en la yegua. Le miraban con cierta circunspección y en sus palabras había cierta carga de autoridad, pero la reacción ante Ayla resultaba aún más reveladora: parecía inspirarles respeto reverencial.

Tulie, además, cayó en la cuenta de que ella misma se había acostumbrado a la presencia de los caballos y todavía recordaba su aprensión cuando vio por primera vez a Ayla con ellos. Por eso no le resultaba difícil ponerse en el lugar de aquellas gentes. Ella estaba presente cuando Ayla se presentó en el Campamento del León con el diminuto lobezno y le había visto crecer, pero, mirándole con ojos extraños,

comprendía que nadie, de entrada, podía considerarle como un animalito juguetón. Su apariencia era la de un lobo en plenitud de fuerzas y el caballo era un ejemplar adulto. Si Ayla era capaz de someter a su voluntad a unos caballos fogosos, de dominar el espíritu de unos lobos independientes, ¿qué otras fuerzas no sería capaz de dominar? Sobre todo cuando se la presentaba como la hija del Hogar del Mamut y como una Mujer Que Cura.

Tulie se preguntó qué acogida se les brindaría cuando llegaran a la Reunión de Verano, pero no le sorprendió en absoluto que Ayla fuera invitada a examinar a los miembros del Campamento que estaban enfermos. Los Mamutoi se acomodaron para esperar. Al salir, Ayla se dirigió a Mamut, Talut y Tulie.

—Creo que padecen lo que Nezzie llama «enfermedad de primavera»: fiebre y opresión en el pecho, con dificultad para respirar. Pero la han contraído ya avanzada la estación y con mayor virulencia —explicó—. Ya han muerto dos personas mayores, pero es más triste que mueran los niños. No sé qué ha podido pasar, pues los pequeños suelen recobrarse con más facilidad de estas enfermedades. De cualquier modo, los demás parecen haber superado el período más peligroso. Algunos tosen muchísimo y voy a tratar de aliviarles un poco, pero, aparentemente, nadie está grave. Me gustaría preparar algo para ayudar a la madre; está muy afectada, pero no lo puedo censurar. No estoy del todo segura; sin embargo, no creo que haya peligro en permanecer aquí para el entierro. Eso sí, aconsejaría que no nos quedáramos en sus albergues.

—Precisamente yo iba a sugerir que instaláramos nuestras tiendas si decidimos quedarnos —dijo Tulie—. Ya tienen demasiados problemas para, por añadidura, acoger a un grupo de desconocidos. Y ni siquiera son Mamutoi. Los Sungaea son… diferentes.

A Ayla la despertaron por la mañana algunas voces, cerca de la tienda. Se levantó de prisa y se vistió para echar un vistazo fuera. Varias personas estaban cavando una zanja larga y estrecha. Tronie y Fralie, sentadas cerca de una fogata, amamantaban a sus bebés. Ayla, sonriente, fue a reunirse con ellas. De un cesto impermeable brotaba un vapor con aroma de salvia. Llenó una taza y se sentó con las dos mujeres para saborear el líquido caliente.

—¿Les van a enterrar hoy? —preguntó Fralie.

—Creo que sí —respondió Ayla—. Supongo que Talut no ha querido preguntarlo directamente, pero a mí me ha dado esa impresión. No comprendo su idioma, aunque capto algunas palabras sueltas.

—Sin duda están cavando la tumba. Me gustaría saber por qué la hacen tan larga —se extrañó Tronie.

—No sé, pero me alegro de que nos vayamos pronto. Hemos hecho bien en quedarnos, pero, aunque no haya peligro, no me gustan los entierros —declaró Fralie.

—A nadie le gustan —dijo Ayla—. Lástima que no hayamos llegado algunos días antes.

—De todas formas, no sabes si habrías podido hacer algo por esos niños —adujo Fralie.

—Lo siento por la madre —comentó Tronie—. Perder a un solo hijo ya es en sí muy duro, pero perder a dos al mismo tiempo… No creo que yo pudiera soportarlo.

Y estrechó a Hartal contra su pecho, pero el pequeño forcejeó para liberarse.

—Sí, es muy duro perder a un hijo —la voz de Ayla sonaba tan sombría que Fralie levantó la vista hacia ella, extrañada. Ayla dejó la taza y se levantó—. Ayer descubrí un poco de ajenjo en las cercanías. Con la raíz se prepara un tranquilizante muy potente. No suelo utilizarlo, pero quiero preparar algo que calme y relaje a la madre, y tiene que ser fuerte.

El Campamento del León presenció o participó marginalmente en diversas actividades y ceremonias a lo largo del día. Pero hacia el anochecer cambió la atmósfera, cargándose de una intensidad que sorprendió a los visitantes. Las emociones exacerbadas arrancaron auténticos gritos de pena y de dolor en los Mamutoi, cuando los dos niños eran sacados solemnemente en una especie de hamaca y presentados a cada persona para la última despedida.

Cuando los que llevaban las parihuelas pasaron lentamente ante los visitantes, Ayla notó que los niños estaban vestidos con ropas muy bellas y decoradas con elegancia, como si fueran a asistir a una fiesta importante. No pudo dejar de sentirse impresionada y llena de curiosidad; las túnicas y los largos calzones estaban hechos con trozos de cuero, en estado natural o teñidos en diversos tonos, que habían sido cuidadosamente unidos en intrincados diseños geométricos; algunas partes estaban cubiertas por miles de pequeñas cuentas de marfil. Un pensamiento fugaz cruzó por su mente: ¿era posible que todo aquel trabajo hubiera sido elaborado con sólo un punzón? Seguro que a aquella gente le sería muy útil el fino vástago de marfil agujereado en un extremo.

Se fijó igualmente en las diademas y los cinturones, así como en la capa que cubría los hombros de la niña; sus fascinantes dibujos parecían realizados a partir de las fibras mullidas dejadas a su paso por los animales de vellón lanudo. Habría querido tocarlo para averiguar cómo estaba tejido, pero no le pareció apropiado. También Ranec, de pie junto a ella, reparó en aquel trabajo excepcional e hizo algunos comentarios sobre el diseño de espirales formando ángulo recto. Ayla esperaba que tal vez, antes de partir, pudiera enterarse de la técnica a cambio de una de sus agujas perforadas en un extremo.

Los dos niños estaban engalanados con joyas hechas de conchas, colmillos y hueso; el varón lucía una piedra grande, extraña, que había sido perforada para llevar como colgante. A diferencia de los adultos, cuyo cabello estaba revuelto y cubierto de

cenizas, ambos habían sido pulcramente peinados de manera bastante complicada: el niño con trenzas; la niña, con grandes rodetes a ambos lados de la cabeza.

Ayla no podía quitarse la sensación de que los niños estaban tan sólo dormidos y podían despertar en cualquier momento. Parecían demasiado jóvenes y saludables, con caritas de redondeadas mejillas, sin una arruga, para haber pasado al reino de los espíritus. Sintió un escalofrío y miró involuntariamente a Rydag, pero se encontró con los ojos de Nezzie y apartó la vista.

Por fin, los cadáveres fueron llevados hasta la zanja larga y estrecha, donde los pusieron con las cabezas una contra la otra. Una mujer, que lucía un tocado peculiar y una túnica larga, con bordado de cuentas, se puso en pie para iniciar un cántico fúnebre de tonos agudos, que estremeció a todos los presentes. Llevaba alrededor del cuello muchos collares y colgantes, que se entrechocaban a cada uno de sus movimientos, además de brazaletes de marfil, consistentes en varias bandas de un centímetro de ancho. Ayla notó su parecido con los que usaban algunos Mamutoi.

Se oyó un redoble de tambor, profundo y resonante, con el tono familiar del cráneo de mamut. La mujer, sin dejar de cantar, comenzó a balancearse y contorsionarse, elevándose sobre la punta de los dedos y levantando alternativamente los pies, mirando en diferentes direcciones, pero sin moverse del mismo sitio. Mientras bailaba, hacía ondular los brazos enérgica y rítmicamente, entre el repiqueteo de sus brazaletes. Se la habían presentado a Ayla y ésta se sentía atraída por ella, aunque no habían podido conversar. Mamut le explicó que no era curandera como ella, sino alguien capaz de comunicarse con el mundo de los espíritus. Ayla cayó en la cuenta de que era el equivalente Sungaea de Mamut… o de Creb. Eso la dejó intrigada; aún le costaba imaginar a una mujer mog-ur.

El hombre y la mujer de cara teñida de rojo salpicaron con ocre pulverizado los cuerpos de los niños; Ayla recordó el ungüento rojo con que Creb había untado el cadáver de Iza. Varios objetos más fueron ceremoniosamente agregados a la tumba: colmillos de mamut enderezados, lanzas, cuchillos y puñales de pedernal, figurillas de un mamut, de un bisonte y de un caballo, menos hábilmente talladas que las de Ranec, según pudo apreciar Ayla. La muchacha se sorprendió al ver cómo colocaban al lado de cada uno de los niños un largo báculo de marfil, decorado con una talla en forma de rueda, en cuyos radios se habían prendido plumas y otros objetos. Cuando los del asentamiento se unieron al canto fúnebre de la mujer, Ayla se inclinó para susurrar a Mamut:

—Esos báculos de marfil se parecen al de Talut. ¿Son también Báculos Que Hablan?

—En efecto. Los Sungaea son más parecidos a los Mamutoi de lo que muchos quieren admitir. Existen algunas diferencias, pero esta ceremonia del entierro es muy similar a la nuestra.

—¿Y por qué ponen Báculos Que Hablan en una tumba con niños?

—Se les provee de las cosas que necesitarán cuando despierten en el mundo de

los espíritus. Hija e hijo de la Mujer Que Manda, estos dos hermanos estaban destinados a convertirse en jefes pariguales, si no en esta vida, al menos en la otra —explicó Mamut—. Es necesario que demuestren allí su rango, para que no pierdan prestigio.

Ayla estuvo observando durante un buen rato. Después, cuando empezaron a cubrir la tumba, volvió a hablar con Mamut.

—¿Por qué los entierran así, cabeza contra cabeza?

—Porque son hermanos —dijo, como si no fuera necesario explicar nada más. Al ver la expresión perpleja de la muchacha, añadió—: El Viaje al mundo de los Espíritus puede ser largo, difícil y confuso, sobre todo para los que son muy jóvenes. Necesitan poder comunicarse y reconfortarse mutuamente, pero es una abominación para la Madre que dos hermanos compartan Placeres. Si despertaran el uno junto a la otra, podrían olvidar que son hermanos y aparearse por error, pensando que estaban durmiendo juntos porque estaban destinados a unirse. Así, cabeza contra cabeza, pueden alentarse mutuamente durante el Viaje, sin confundirse con respecto a su relación cuando lleguen al otro lado.

Ayla asintió. Parecía una explicación lógica. Pero mientras veía cómo la tierra se acumulaba en la tumba, seguía lamentando no haber llegado algunos días antes. Tal vez hubiera podido salvar a los niños o, al menos, habría podido intentarlo.

Talut se detuvo al borde de un pequeño arroyo y miró hacia arriba y hacia abajo. Luego consultó el trozo de marfil marcado con señales que tenía en la mano, verificó la posición del sol, estudió algunas formaciones nubosas hacia el norte y olfateó el viento. Por último, estudió la zona circundante.

—Acamparemos aquí para pasar la noche —dijo, dejando en el suelo su mochila y su zurrón.

Se acercó a su hermana, que estaba tratando de decidir dónde se instalaría la tienda principal, para que las otras, que utilizaban parte de los mismos soportes, tuvieran una superficie nivelada suficientemente amplia.

—Tulie, ¿qué te parece si nos detenemos a traficar un poco? He estado estudiando estos mapas trazados por Ludeg. Al principio no me di cuenta, pero al ver ahora dónde estamos, fíjate —dijo, mostrándole dos piezas diferentes de marfil grabadas con varias marcas—, aquí está el mapa que indica el camino hacia el Campamento del Lobo, el nuevo emplazamiento de la Reunión de Verano, y aquí el que dibujó a toda prisa señalando el camino hacia el Campamento Sungaea. Desde aquí no tendríamos que desviarnos mucho de nuestro camino para visitar el Campamento del Mamut.

—Te refieres al Campamento del Buey Almizclero —dijo Tulie, con un aburrido desdén—. Fue muy presuntuoso por su parte que cambiaran el nombre de su Campamento. Todo el mundo tiene un Hogar del Mamut, pero nadie debe dar ese

nombre a su Campamento. ¿Acaso no somos todos Cazadores de Mamuts?

—Pero los Campamentos siempre se llaman como el hogar del jefe, y el nuevo jefe es a la vez su Mamut. Además, eso no es un impedimento para que podamos comerciar con ellos…, siempre que no se hayan ido ya para el verano. Sabes que están relacionados con el Campamento del Ámbar y siempre tienen algo de ámbar para traficar —Talut conocía la debilidad de su hermana por aquellas piedras cálidas y doradas de resina petrificada—. Wymez dice que también consiguen pedernal de buena calidad. Nosotros tenemos muchos cueros de reno, por no mencionar algunas otras pieles muy bonitas.

—No sé cómo es posible que un hombre establezca un hogar si ni siquiera tiene una mujer a su lado, pero yo he dicho simplemente que eran unos presuntuosos. De cualquier modo, podemos pararnos a traficar con ellos. Claro que debemos pasar por allí, Talut —la expresión de la jefa se transformó en una sonrisa enigmática—. Sí, ya lo creo. Será interesante que el Campamento «del Mamut» conozca a nuestro Hogar del Mamut.

—De acuerdo. En ese caso, será mejor que partamos mañana temprano —dijo Talut.

Pero Talut se quedó mirándola con un aire de perplejidad, al tiempo que meneaba la cabeza, preguntándose qué estaría pensando su avispada y astuta hermana.

Cuando el Campamento del León llegó a un río grande y sinuoso, que abría una garganta entre los dos altos barrancos de suelo loéssico, Talut subió a un promontorio y estudió atentamente el terreno circundante. Venados y uros pastaban al borde del agua, en una verde pradera salpicada de árboles pequeños. A cierta distancia había un gran montón de huesos, apilados contra un barranco en donde el río describía un meandro cerrado. Varias siluetas diminutas correteaban cerca de los huesos secos, transportando algunas piezas.

—Todavía están aquí —anunció—. Parecen estar construyendo algo.

Los viajeros bajaron hacia el Campamento, situado en una terraza amplia, a no más de cuatro metros y medio sobre el nivel del río. Si Ayla se sorprendió cuando vio el albergue del Campamento del León, el del Mamut la dejó atónita. No se trataba de una sola vivienda larga, semisubterránea y cubierta de hierba, a la que la joven encontraba cierta similitud con una caverna o con una madriguera a escala humana, sino que se componía de varios albergues redondos, individuales, arracimados sobre la terraza. También eran sólidos y resistentes, bajo una gruesa capa de tierra cubierta de arcilla; y algunos manojos de hierba brotaban en torno a ellos, pero no en la parte superior. Ayla los comparó con enormes y peladas madrigueras de marmotas.

Al aproximarse le fue fácil comprender por qué la parte superior estaba desnuda. También el Campamento del Mamut utilizaba el techo como plataforma de observación, y dos de los albergues sostenían a una muchedumbre de curiosos. En aquel momento, la atención estaba centrada en los visitantes, pero no era ésa la razón de que todos hubieran subido a los techos redondeados. Cuando el Campamento del

León dejó atrás un albergue que les bloqueaba la visión, Ayla descubrió cuál era el objeto de su interés y se quedó atónita.

Talut había acertado: estaban construyendo. La muchacha había oído los comentarios de Tulie con respecto al nombre escogido por el grupo, pero al ver el albergue que estaban levantando, el título le pareció muy apropiado. Tal vez, cuando estuviera terminado, acabaría pareciéndose a todos los demás, pero el modo en que utilizaban los huesos de mamut como soportes para la estructura parecía captar una cualidad característica del animal. Cierto que el Campamento del León empleaba huesos de mamut como soporte de su albergue, los escogían y los adaptaban para cumplir ese cometido, pero los que aquí se empleaban no actuaban sólo como soportes. Cada pieza había sido elegida y dispuesta de tal modo que el conjunto lograba expresar la esencia misma del mamut, reflejando las convicciones de los Mamutoi.

Para crear el diseño, comenzaban por traer una gran cantidad de elementos similares de los esqueletos de mamuts, que encontraban amontonados en su propia terraza. Empezaban por formar un semicírculo, de casi cinco metros de diámetro, con cráneos de mamut con la sólida frente hacia dentro. La abertura era la arcada familiar, constituida por dos grandes colmillos, anclados en las órbitas oculares de sendos cráneos y unidos en la parte alta. Alrededor y hasta la mitad de la altura, la pared circular estaba compuesta por unas cien quijadas inferiores, en forma de V, apiladas con el ángulo boca abajo, de cuatro en cuatro.

El efecto de conjunto de estas pilas de V yuxtapuestas era quizá el concepto más impresionante de la construcción y el más significativo. Creaban un diseño en zigzag, similar al que se utilizaba para representar el agua. Además, tal como Ayla había aprendido de Mamut, este signo representaba también el símbolo más profundo de la Gran Madre, Creadora de toda Vida. Representaba el triángulo, con la punta hacia abajo, de Su sexo, la expresión exterior de Su matriz. Reproducido múltiples veces, aquel símbolo representaba toda vida, no sólo el agua, sino también el líquido amniótico de la Madre, que había inundado la tierra y llenado los mares y los ríos cuando Ella dio a luz toda vida. No cabía duda de que aquél sería el albergue para el Hogar del Mamut.

El muro circular no estaba terminado, pero estaban trabajando en el resto del albergue, encastrando escápulas y huesos pélvicos de un modo rítmico y simétrico, en un montaje perfecto. Por dentro, una estructura de madera proporcionaba el soporte adicional al armazón. Al parecer, el techo sería construido con colmillos de mamut.

—¡Es la obra de un verdadero artista! —dijo Ranec, acercándose para admirar el trabajo.

Ayla estaba segura de esa aprobación. Notó que Jondalar se mantenía a cierta distancia, sosteniendo a Corredor por la soga, y comprendió que no estaba menos impresionado por la inspirada mente que había concebido aquella idea. En realidad, todo el Campamento del León había enmudecido. Sin embargo, tal como Tulie

esperaba, los componentes del Campamento del Mamut quedaron igualmente atónitos ante los visitantes…, mejor dicho, ante los animales domesticados que viajaban con ellos.

Ambos grupos se contemplaron unos instantes con asombro y admiración. Por fin, un hombre y una mujer, algo más jóvenes que los jefes del Campamento del León, se acercaron para saludar a Tulie y a Talut. El hombre había estado acarreando pesados huesos de mamut cuesta arriba; estaba desnudo de cintura para arriba y cubierto de sudor. Su cara tenía tantos tatuajes que a Ayla le costaba trabajo no mirarle con fijeza. No sólo tenía un diseño de cheurones en la mejilla izquierda, como el Mamut del Campamento del León, sino también una serie de zigzags, triángulos y rombos, además de espirales en ángulos rectos, de dos colores, azul y rojo.

Era obvio que también la mujer había estado trabajando: tenía el torso desnudo y, en lugar de pantalones, llevaba sólo una falda envolvente que le cubría hasta por debajo de las rodillas. Aunque no tenía tatuajes, el costado de su nariz estaba atravesado por un trocito de ámbar tallado y pulido.

—¡Tulie, Talut, qué sorpresa! No os esperábamos, pero, en nombre de la Madre, os damos la bienvenida al Campamento del Mamut —dijo la mujer.

—En nombre de Mut, os agradecemos la bienvenida, Avarie —correspondió Tulie—. No era nuestra intención llegar en un momento inoportuno.

—Estábamos cerca, Vincavec —agregó Talut—, y no podíamos pasar sin detenernos.

—Nunca es mal momento para recibir una visita del Campamento del León —replicó el hombre—. Pero ¿cómo se explica que estuviérais cerca? Esto no se halla en el camino que debéis seguir para llegar al Campamento del Lobo.

—El mensajero que vino a advertirnos sobre el cambio de sitio de la Reunión nos contó que, en un Campamento Sungaea por donde había pasado, había enfermos graves. Tenemos un nuevo miembro, una Mujer Que Cura: Ayla del Hogar del Mamut —presentó Talut, haciéndole señas de que se adelantara—. Ella quiso prestar ayuda. Venimos de allá.

—Sí, conozco ese Campamento —dijo Vincavec.

Y se volvió hacia Ayla. Por un momento la muchacha sintió que aquellos ojos se centraban en ella. Vaciló unos segundos, pues aún no estaba del todo habituada a sostener la mirada directa de un desconocido, pero consideró que no era el momento de exteriorizar la timidez y el pudor de las mujeres del Clan y afrontó la mirada de Vincavec sin bajar la vista. De pronto, él se echó a reír, y sus ojos grises, muy claros, relucieron de aprobación, apreciando su feminidad. Ella reconoció entonces que Vincavec era un hombre atractivo, no porque sus facciones fueran particularmente bellas, aunque los tatuajes llamaban la atención, sino porque reflejaban inteligencia y fuerza de voluntad. Él levantó la vista hacia Mamut, que seguía a lomos de Whinney.

—Con que todavía estás con nosotros, anciano —dijo, visiblemente complacido. Y agregó, con una sonrisa de complicidad—: Y todavía con sorpresas. ¿Desde

cuándo te has convertido en Llamador? ¿O necesitamos otro nombre? ¿Dos caballos y un lobo, viajando con el Campamento del León? Esto supera al Don de la Llamada.

—Se necesitaría otro nombre, Vincavec, pero este don no es mío. Los animales obedecen a Ayla.

—¿Ayla? Parece que el viejo Mamut ha encontrado una hija digna de él.

Vincavec la estudió nuevamente, con evidente interés. No vio el destello de ira en los ojos de Ranec, pero Jondalar sí, y comprendió sus sentimientos; por primera vez experimentó un extraño parentesco con el tallista.

—Basta de estar aquí conversando de pie —objetó Avarie—. Para eso habrá tiempo de sobra. Los viajeros deben de estar cansados y hambrientos. Dejad que os prepare algo de comer y un lugar para que descanséis.

—Ya vemos que estáis construyendo un nuevo albergue, Avarie. No hace falta que os molestéis por nosotros. Bastará con un sitio donde podamos montar las tiendas —dijo Tulie—. Más tarde será un placer compartir una comida con vosotros y, tal vez, mostraros algunas pieles de reno y de otros animales que hemos traído.

—¡Tengo una idea mejor! —tronó Talut, dejando su mochila—. ¿Y si os ayudamos? Quizá no sepa dónde poner las piezas, pero tengo espaldas lo bastante anchas para llevar uno o dos huesos de mamut.

—Sí, a mí también me gustaría ayudar —se ofreció Jondalar, adelantándose con Corredor, tras haber depositado a Rydag en el suelo—. Esa cabaña es muy extraña. Nunca he visto nada igual.

—Por favor, os aceptamos con gusto la ayuda. Algunos están impacientes por acudir a la Reunión de Verano, pero debemos dejar esto terminado antes de partir: para que una cabaña quede bien asentada es preciso hacerla en verano. El Campamento del León es muy generoso —dijo Vincavec.

Mientras hablaba, Vincavec se preguntó cuántas piezas de ámbar le costaría aquella generosidad cuando se iniciara el intercambio. No obstante, decidió que valía la pena terminar la cabaña y acalló a algunos descontentos.

No había reparado, en un principio, en el hombre rubio que acompañaba a los visitantes. Le miró dos veces y volvió sus ojos hacia Ayla, que estaba liberando a Whinney de los travesaños. Él era forastero, como la muchacha, y parecía igualmente familiarizado con los caballos. Pero también el pequeño cabeza chata parecía familiarizado con el lobo, y él no era forastero. Sin duda aquello tenía algo que ver con la muchacha. El mamut-jefe del Campamento del Mamut volvió a fijar su atención en Ayla. Notó que el tallista moreno la rondaba; Ranec siempre había sabido reconocer lo bello y lo excepcional. Más aún, actuaba de modo posesivo. Pero en ese caso, ¿qué papel desempeñaba el desconocido? ¿Tenía algo que ver con la mujer? Vincavec miró de reojo a Jondalar; entonces advirtió que también éste observaba a Ayla y a Ranec.

Llegó a la conclusión de que allí pasaba algo y sonrió. Cualesquiera que fuesen las relaciones existentes entre ellos, si los dos hombres estaban tan interesados era

probable que la mujer aún no estuviera definitivamente emparejada. Y la estudió una vez más. Era hermosa, hija del Hogar del Mamut y una Mujer Que Cura, por añadidura; al menos, eso aseguraban. Y poseía un dominio inigualable sobre los animales. Una mujer de alto rango, sin duda, pero ¿de dónde provenía? ¿Y por qué eran siempre los del Campamento del León quienes aparecían con las cosas más extrañas?

Las dos jefas estaban de pie, dentro de una cabaña nueva, ya terminada, pero aún vacía. Aunque la parte exterior estaba cubierta, el diseño en zigzag era sutilmente visible en el interior.

—¿Estás segura de que no quieres viajar con nosotros, Avarie? —preguntó Tulie. Una nueva sarta de grandes cuentas de ámbar le adornaba el cuello—. Para nosotros no sería un inconveniente esperar algunos días más, hasta que estéis dispuestos.

—No, adelantaos vosotros. Sé que estáis ansiosos por llegar a la Reunión y ya nos habéis ayudado demasiado. La cabaña está casi concluida, y sin vosotros no habríamos podido correr tanto.

—Ha sido un placer trabajar con vosotros. Confieso que la cabaña es impresionante, un verdadero honor para la Madre. Tu hermano es una persona realmente notable. Aquí dentro se puede sentir la presencia de la Madre.

Lo decía sinceramente, y así lo comprendió Avarie.

—Gracias, Tulie. No olvidaremos vuestra ayuda. Por eso no queremos reteneros más. Ya os habéis retrasado por ayudarnos. Los mejores sitios estarán ocupados.

—No tardaremos mucho en llegar. Nuestra carga ha quedado bastante aligerada. El Campamento del Mamut sabe negociar.

Los ojos de Avarie se fijaron en el nuevo collar de la jefa.

—No tanto como el Campamento del León.

Mentalmente Tulie estaba de acuerdo, convencida de que su Campamento había sacado la mayor ventaja del trueque, pero no sería correcto admitirlo. Por tanto, cambió de tema.

—Bueno, os esperaremos allí con impaciencia. Si es posible, trataremos de reservaros un lugar.

—Os lo agradeceríamos, pero sospecho que seremos los últimos en llegar. Habrá que aceptar lo que quede. De todas formas, buscaremos a tu grupo —dijo Avarie mientras salían.

—Entonces nos iremos por la mañana —declaró Tulie.

Las dos mujeres se abrazaron, mejilla contra mejilla. Luego, la jefa del Campamento del León echó a andar hacia las tiendas.

—Ah, Tulie, si no veo a Ayla antes de que os marchéis, por favor, agradécele otra vez la piedra de fuego —exclamó Avarie. Y agregó, como sin darle importancia—: ¿Habéis fijado ya su Precio Nupcial?

—Hemos estado pensando en eso, pero tiene que ofrecer… Es difícil —Tulie dio algunos pasos más, pero se volvió, sonriente—. Ella y Deegie son tan íntimas que Ayla es como otra hija para mí.

Apenas pudo contener una sonrisa, mientras se alejaba. Creía haber advertido que Vincavec prestaba una especial atención a Ayla y estaba segura de que el comentario de Avarie no era gratuito. Sin duda había sido él quien había pedido a su hermana que tanteara el asunto. «No sería una mala Unión», pensó Tulie. Además, tener vínculos con el Campamento del Mamut podía ser beneficioso. Claro que Ranec tenía más derechos que ningún otro; al fin y al cabo, habían pronunciado la Promesa. Pero si alguien como Vincavec hacía una propuesta, no se perjudicaba a nadie teniéndola en cuenta. Cuanto menos, aumentaría el valor de la muchacha. Sí, Talut había tenido una buena idea al sugerir que se detuvieran para efectuar algunos trueques.

Avarie la siguió con la vista. «Conque Tulie va a negociar personalmente el Precio Nupcial», pensó. «Ya me lo imaginaba. Quizá convenga que, al pasar, nos detengamos en el Campamento del Ámbar. Sé dónde guarda madre las piedras en bruto. Y si Vincavec quiere pedir a Ayla, necesitará todo lo que pueda reunir. Nunca vi a nadie con tanta maña como Tulie para negociar», reconoció Avarie, admirándola a pesar suyo. Hasta entonces no había sentido un especial aprecio por la corpulenta jefa del Campamento del León, pero durante aquellos pocos días en que habían tenido ocasión de conocerse mejor, había llegado a respetarla y hasta a cobrarle cierto afecto. Tulie había trabajado duro junto a ellos y era generosa en sus elogios, cuando los consideraba merecidos. Si negociaba de un modo formidable, tal era el papel de las jefas. «Por cierto», pensó Avarie, «si yo fuera más joven y quisiera establecer una Unión, me gustaría que mi Precio Nupcial fuera negociado por alguien como ella».

Cuando el Campamento del León abandonó el Campamento del Mamut, se dirigió hacia el norte, siguiendo por lo general el curso del río. En los parajes por donde discurrían las grandes vías fluviales que surcaban el continente, el paisaje cambiaba continuamente y ofrecía una gran variedad de vida vegetal. En su marcha, los Mamutoi habían de pasar de las ondulaciones rocosas de la tundra y las planicies loéssicas a los lagos forestales poblados de juncos, de los pantanos rebosantes de vida a los cerros barridos por el viento y a las praderas salpicadas de flores estivales. Aunque las plantas del norte eran achaparradas, sus flores solían ser más grandes y de colores más vistosos que las de las variedades meridionales. Ayla podía identificarlas casi todas, aunque no siempre conociera sus nombres. Con frecuencia, cuando se paseaba a pie o a caballo, recogía alguna y se las mostraba a Mamut, a Nezzie, a Deegie o a algún otro para que le dijeran cómo se llamaban.

Cuanto más se acercaban a la sede de la Reunión de Verano, más excusas buscaba Ayla para aislarse de los demás. El verano había sido siempre la estación en que necesitaba soledad. Siempre lo había hecho así desde que tenía memoria. En el

invierno aceptaba el confinamiento impuesto por el clima riguroso, ya fuera en la cueva de Brun, en su valle o en el albergue de los Mamutoi. Pero en verano, aunque no le gustaba estar sola por la noche, disfrutaba paseando en solitario durante el día. Era el tiempo en que podía dar rienda suelta a sus propios pensamientos y seguir sus propios impulsos, libre de restricciones y vigilancias impuestas por la sospecha o el amor.

Cuando acampaban al atardecer, le resultaba fácil poner el pretexto de que salía en busca de plantas o a cazar. Y hacía ambas cosas: cogía su honda y su lanzavenablos para traer carne fresca. Pero, en realidad, lo que deseaba era estar sola. Necesitaba tiempo para pensar. Sin saber por qué, temía el momento de la llegada. Ya conocía a muchas personas y había sido aceptada con facilidad, de modo que el problema no era ése. Pero cuanto más se acercaban, más se entusiasmaba Ranec y más deprimido se veía a Jondalar. Y ella deseaba con mayor anhelo poder evitar aquella reunión de los Campamentos.

En la última noche del viaje, Ayla volvió de una larga caminata trayendo un puñado de flores. Notó que habían alisado la tierra junto al fuego y que Jondalar estaba trazando marcas en ella con el cuchillo de dibujar. Tornec tenía en la mano un trozo de marfil y otro cuchillo; estaba estudiando las marcas.

—Aquí viene —dijo Jondalar al verla—. Ella te lo indicará mejor que yo. No estoy seguro de poder hallar el camino que conduce al valle desde el Campamento del León, pero sí estoy seguro de que me sería imposible desde aquí. Nos hemos desviado demasiadas veces.

—Jondalar estaba tratando de hacer un mapa para señalar el camino hasta el valle donde encontraste las piedras de fuego —explicó Talut.

—Las he estado buscando desde que partimos, pero no he visto una sola —agregó Tornec—. Me gustaría dar una vuelta por allí un día de éstos y conseguir otras. Las que tenemos no durarán toda la vida. La mía ya tiene un surco profundo.

—Me cuesta calcular las distancias —dijo Jondalar—. Como viajábamos a caballo, resultaba difícil saber cuántos días tardaríamos a pie. Y explorábamos mucho, nos deteníamos cuando nos parecía bien, no seguíamos ninguna senda lógica. Estoy casi seguro de que retrocedimos cuando cruzamos el río que atraviesa vuestro valle, más al norte; quizá en más de una oportunidad. Al regresar era casi invierno, y muchos de los puntos de referencia habían cambiado.

Ayla dejó las flores y cogió el cuchillo de dibujar, tratando de imaginarse un mapa del valle. Comenzó a trazar una línea, pero se interrumpió, vacilante.

—No trates de trazar el camino desde aquí —la alentó Talut—. Piensa en cómo llegarías desde el Campamento del León.

Ayla frunció la frente, concentrándose.

—Estoy segura de poder guiaros desde el Campamento del León —dijo—, pero aún no entiendo muy bien esto de los mapas. No me creo capaz de poder dibujar uno.

—Bueno, no te preocupes —dijo Talut—. No necesitamos mapas si tú puedes

indicarnos el camino. Tal vez hagamos ese viaje al regresar de la Reunión de Verano. ¿Qué has traído esta vez, Ayla? —preguntó, señalando las flores con su barba roja.

—Espero que tú me lo digas, Talut. Las conozco, pero no sé cómo las llamáis vosotros.

—Sé que ésta, la roja, es un geranio —dijo Talut—. Y ésta, una amapola.

—¿Más flores? —preguntó Deegie, acercándose al grupo.

—Sí. Talut me ha dicho los nombres de estas dos.

—Veamos. Esto es un brezo; aquello, claveles silvestres —indicó Deegie, identificando a las dos restantes. Y se sentó junto a Ayla—. Casi hemos llegado. Talut dice que estaremos allí mañana. Ya no soporto la espera. Mañana veré a Branag, y entonces no faltará mucho para nuestra Unión. Me parece que no voy a poder dormir esta noche.

Ayla le sonrió. Deegie estaba tan excitada que resultaba difícil no contagiarse de su entusiasmo, pero aquello sirvió sólo para recordarle que también ella se emparejaría dentro de poco tiempo. Escuchar a Jondalar mientras hablaba sobre el valle y el camino que conducía allí había renovado el doloroso deseo que tenía de él. Le había estado observando disimuladamente y tenía la impresión de que él hacía otro tanto. Sus miradas se cruzaban con frecuencia.

—¡Oh, Ayla, quiero presentarte a tanta gente! Y me alegra que nos unamos las dos en el mismo Nupcial. Es algo que tendremos siempre en común.

Jondalar se levantó.

—Tengo que ir…, eh…, a preparar mi ropa de cama —dijo, y se marchó apresuradamente.

Deegie notó que Ayla le seguía con la vista. Estaba casi segura de que su amiga estaba conteniendo el llanto. Meneó la cabeza; Ayla no se comportaba como las jóvenes que estaban a punto de emparejarse y establecer un nuevo hogar con el hombre amado. No había alegría ni entusiasmo en ella. Faltaba algo. Algo llamado Jondalar.

Capítulo 31

Por la mañana, el Campamento del León continuó río arriba, a lo largo de la meseta, pero sin perder de vista la rápida corriente que fluía abajo, a su izquierda, enturbiada por los aluviones del deshielo, que removían los fondos fangosos. Cuando llegaron a la confluencia de dos ríos importantes, tomaron por el de la izquierda. Después de vadear dos grandes afluentes, cargando la mayor parte de sus pertenencias en el bote de cuero que habían traído con ese fin, descendieron hacia la planicie aluvial prosiguiendo viaje a través de los bosques y las praderas del valle.

Talut no dejaba de observar a su derecha el sistema de depresiones y barrancos que configuraba la elevada orilla, comparando el paisaje real con las marcas esquemáticas trazadas en el marfil, cuyo significado aún se le escapaba a Ayla. Un poco más lejos, junto a un pronunciado recodo, se erguía el punto más elevado de la orilla opuesta: se levantaba a unos ochenta metros sobre el nivel del río. Por el lado donde estaban los viajeros se extendía una amplia manta de hierba sembrada de bosquecillos en un área de varias leguas. Ayla reparó en un mojón hecho de huesos, con un cráneo de lobo en la parte superior. En la dirección que seguía Talut se veía una peculiar distribución de rocas, extendidas a través del río.

En aquel punto el río era ancho, no muy profundo y, en todo caso, vadeable, pero alguien había facilitado la travesía: de trecho en trecho se habían apilado rocas, guijarros y algunos huesos; con la cima aplanada, estos montículos constituían una especie de estriberones, que formaban como una senda al tiempo que dejaban pasar la corriente por entre ellos.

Jondalar se detuvo a mirar aquel dispositivo con más atención.

—¡Qué idea más ingeniosa! —comentó—. Se puede cruzar el río sin tan siquiera mojarse los pies.

—Los mejores sitios para construir albergues están en aquel sector, donde las profundas depresiones ofrecen protección contra el viento. Pero los buenos terrenos de caza están en la orilla —explicó Barzec—. Este vado desaparece con cada inundación, pero el Campamento del Lobo construye uno nuevo todos los años. Esta vez se tomaron más trabajo que de costumbre, probablemente para comodidad de los visitantes.

Talut inició el cruce. Ayla notó que Whinney estaba muy agitada; pensó que aquella senda de estriberones rodeados de agua la ponían nerviosa; sin embargo, la yegua la siguió sin incidentes.

El jefe se detuvo a más de la mitad de la travesía.

—Aquí hay buena pesca —anunció—. La corriente es rápida, pero tiene profundidad. Hasta aquí vienen los salmones. También los esturiones. Y otros peces: lucios, truchas, barbos.

Aunque destinaba sus comentarios a Ayla y Jondalar, los hacía también en atención a los jovencitos que no habían estado allí anteriormente, pues hacía algunos

años que el Campamento del León no visitaba en grupo al Campamento del Lobo.

Ya en la otra orilla, mientras Talut les conducía hacia un amplio barranco, de unos ochocientos metros de altura, Ayla oyó un sonido extraño, parecido a un zumbido potente o a un rugido apagado. Fueron ascendiendo poco a poco la colina. A unos veinte metros sobre el nivel del río, llegaron al fondo de la gran garganta. Ayla miró hacia delante y ahogó una exclamación. Bajo la protección de las altas murallas cortadas a pico, seis cabañas individuales, de forma redondeada, configuraban una bien dispuesta hilera en la concavidad, que parecía tener un kilómetro y medio de longitud. Pero no fueron las cabañas las que asombraron a Ayla, sino la gente.

En toda su vida, la muchacha no había visto tantas personas reunidas. Más de mil almas, más de treinta Campamentos se habían concentrado allí para la Reunión de Verano de los Mamutoi. Había allí por lo menos cuatro o cinco veces más gente que en cualquier Reunión del Clan…, y todo el mundo tenía los ojos fijos en ella.

Mejor dicho, en los caballos y en Lobo. El joven canino se apretó contra la pierna de Ayla, sobresaltado como ella. La muchacha percibió el pánico de Whinney y no dudó de que Corredor sentía lo mismo. El temor por sus animales la ayudó a superar su propio terror ante semejante muchedumbre. Al levantar la vista, vio a Jondalar que tiraba de la soga, tratando de evitar que Corredor se alzara de manos, mientras el asustado jinete se aferraba con todas sus fuerzas.

—¡Nezzie, desmonta a Rydag! —gritó.

La mujer ya había comprendido el peligro y no necesitaba la advertencia de Ayla para ponerse en movimiento. Mientras tanto, la muchacha ayudó y rodeó con un brazo el cuello de la yegua, para conducirla junto a su potro, con el propósito de que le tranquilizara. El lobo la siguió.

—Lo siento, Ayla —dijo Jondalar—. Debía haberme imaginado que los caballos reaccionarían así ante tanta gente.

—¿Sabías que serían tantos?

—No lo sabía, pero supuse que habría tantos como en la Reunión de Verano de los Zelandonii.

—Creo que convendría instalar el Campamento de la Espadaña algo apartado —sugirió Tulie, levantando la voz para que todos la escucharan—. Tal vez aquí, cerca de los límites. Estaremos más lejos de todo, pero este año el Campamento del Lobo tiene un arroyo que cruza su recinto y se desvía hacia este lugar.

Se había anticipado a la reacción de la gente y no sufrió desilusión alguna. Les habían visto al atravesar el río y todos se agolparon para presenciar la llegada del Campamento del León. Sin embargo, lo que no esperaba era que los animales se asustaran tanto al verse ante aquella grey humana.

—¿Qué te parece aquí, cerca de la pared de roca? —propuso Barcec—. El terreno no está nivelado, pero lo igualaremos.

—A mí me parece bien. ¿Hay alguna objeción? —preguntó Talut, mirando significativamente a Ayla.

Ella y Jondalar se limitaron a guiar a los animales en la dirección indicada para que se calmaran lo antes posible, mientras sus compañeros de viaje comenzaban a retirar rocas y maleza, nivelando un espacio en el que instalar la gran tienda comunitaria de doble cubierta.

La vida en tienda de campaña era mucho más cómoda si se utilizaban dos cubiertas de cuero virgen. La capa de aire ayudaba a aislar el interior y la humedad que se condensaba durante la noche se deslizaba por el cuero exterior hasta el suelo. El cuero interior se introducía por debajo de las esterillas, con lo cual se evitaba la entrada del viento. Esta estructura no constituía ni mucho menos un alojamiento permanente como el habitáculo semisubterráneo del Campamento del León, pero era más resistente que la tienda de una sola cubierta en donde los Mamutoi pernoctaban cuando viajaban. Sus ocupantes se referían a esa sede de verano con el nombre de Campamento de la Espadaña, para diferenciar el alojamiento de verano del albergue invernal, aunque seguían considerándose como componentes de un grupo conocido como el Campamento del León.

La tienda estaba dividida en cuatro secciones cónicas interdependientes, cada una de ellas con un hogar separado y sostenida por árboles tiernos, resistentes y flexibles, aunque en otras ocasiones se habían utilizado huesos de mamut. La parte central, que era la más grande, albergaría al Hogar del León, al del Zorro y al del Mamut. Aunque la tienda no era tan espaciosa como el albergue, se la utilizaba principalmente para dormir y no era normal que todos descansaran allí al mismo tiempo. Las otras actividades, privadas, sociales y públicas, se llevarían a cabo al aire libre, de modo que, para instalarse en cualquier sitio, también había que marcar un territorio más allá de la tienda. El emplazamiento del Hogar de la Espadaña, principal hogar exterior para la cocina, era un asunto de cierta importancia.

Mientras todos trabajaban en la instalación de la tienda y la demarcación del territorio, los otros concurrentes a la Reunión comenzaron a reponerse de la sorpresa inicial y a entablar animadas conversaciones. Por fin, Ayla descubrió el origen de aquel rugido ahogado: era el mismo ruido que percibiera al entrar en el Campamento del León por primera vez, pero multiplicado, suma de las voces de toda la muchedumbre.

No era extraño que Whinney y Corredor estuvieran tan desazonados; también a ella la ponía nerviosa aquel zumbido humano, al que no estaba acostumbrada. La reunión del Clan no era tan frecuentada, pero, de todos modos, nunca habría sido tan ruidosa. Las gentes del Clan empleaban pocas palabras para comunicarse y, cuando estaban reunidas, hacían muy poco ruido; en cambio, este pueblo que se expresaba verbalmente, salvo en contadas ocasiones, armaba una gran algarabía en el campamento. Como el viento en las estepas, no cesaba nunca: sólo variaba de intensidad.

Muchos corrieron a saludar al Campamento del León y ofrecieron su ayuda. Fueron recibidos calurosamente, pero Talut y Tulie intercambiaron varias miradas

significativas. No recordaban haber tenido nunca tantos amigos dispuestos a colaborar. Ayla, auxiliada por Latie, Jondalar, Ranec y a ratos por Talut, preparó un establo para los caballos. Los dos jóvenes aunaron sus esfuerzos sin dificultad, pero casi sin hablar. Ella rechazó toda ayuda de los curiosos, explicando que los caballos eran tímidos y se asustaban ante la presencia de desconocidos. Lo malo fue que estas palabras sirvieron para resaltar que ella estaba a cargo de los animales, lo que aumentó la curiosidad. Pronto se esparció la noticia de su presencia.

En el borde más alejado de su sector, contra la pared del barranco que se abría al valle del río, construyeron una especie de cobertizo con toldo, utilizando la tienda de cuero virgen que ella y Jondalar habían usado en sus viajes, sostenida por árboles pequeños y ramas resistentes. Quedaba más o menos oculto a la vista de quienes acampaban en la hoya, pero desde allí se disfrutaba de un amplio panorama, con el río y las bellas praderas boscosas.

Mientras se instalaban y acomodaban sus pieles de dormir en el interior, llegó una delegación del Campamento del Lobo para darles la bienvenida oficial. Como estaban en territorio de los anfitriones, la cortesía obligaba a éstos a ofrecer a los recién llegados no sólo los frutos de la tierra, sino también parajes donde abundaba la pesca y la caza. Aunque la Reunión de Verano no se prolongaría durante toda la estación, la estancia de un grupo tan numeroso tenía sus inconvenientes y era necesario determinar si se debía reservar alguna zona en particular para no agotar los recursos de la región.

Para Talut había sido una sorpresa enterarse de la nueva sede para la Reunión. Por lo general, los Mamutoi no se congregaban en los territorios de un Campamento, sino en las estepas o en el valle de un gran río, que les diera cabida con más facilidad.

—En nombre de la Gran Madre de todas las cosas, damos la bienvenida al Campamento del León —dijo una mujer, flaca y canosa.

Tulie se sorprendió al verla. La recordaba como mujer de un atractivo poco común y robusta salud, que llevaba con facilidad las responsabilidades del coliderazgo; pero en el último año parecía haber envejecido diez.

—Agradecemos tu hospitalidad, Marlie, y te damos las gracias en nombre de Mut.

—Ya veo que habéis vuelto a hacerlo —dijo un hombre, estrechando ambas manos a Talut.

Valez era más joven que su hermana, pero Tulie notó en él, por primera vez, las huellas del envejecimiento. Eso la hizo cobrar súbita conciencia de su propia condición mortal. Siempre había pensado que Marlie y Valez no eran mucho mayores que ella.

—Pero creo que ésta es vuestra mayor sorpresa —continuó Valez—. Cuando Toran llegó corriendo para decirnos que unos caballos estaban cruzando el río junto con vosotros, todos salieron para ver el espectáculo. Y para colmo, alguien divisó al lobo…

—No os pedimos que nos lo contéis ahora —agregó Marlie—, aunque admito que me muero de curiosidad. Tendríais que repetir las cosas demasiadas veces. Preferimos esperar hasta la noche, para que nos enteremos todos al mismo tiempo.

—Marlie tiene razón, por supuesto —dijo Valez, aunque no le habría molestado escuchar el relato allí mismo.

También él se daba cuenta de que su hermana estaba más cansada que nunca. Temía que aquella Reunión de Verano fuera la última para ella. Por eso había aceptado servir de anfitrión al inundarse el lugar escogido previamente a causa de un cambio en el curso del río. Pensaban ceder esa misma temporada su coliderazgo del Campamento.

—Por favor, utilizad cuanto necesitéis. ¿Estáis cómodos en este sitio? Lamento que debáis acampar tan lejos, pero os habéis retrasado. Temía que no viniérais —dijo Marlie.

—Dimos un rodeo —explicó Talut—. Pero este lugar es más conveniente para nosotros, por los animales. No están habituados a tanta gente.

—¡Me gustaría saber cómo llegaron a habituarse al trato de una sola persona! —clamó una voz.

Los ojos de Tulie se iluminaron al ver que se acercaba un joven de elevada estatura, pero Deegie fue la primera en salir a su encuentro.

—¡Tarneg, Tarneg! —exclamó, echándose en sus brazos.

El resto del Hogar del Uro la siguió a muy poca distancia. Tarneg abrazó a su madre y a Barzec. Todos tenían los ojos llenos de lágrimas. Después, Druwez, Brinan y Tusie reclamaron su atención. Él rodeó con los brazos los hombros de ambos muchachos y los estrechó contra sí, comentando lo mucho que habían crecido. Por último levantó a Tusie en vilo. Después de un mutuo abrazo y unas cosquillas que provocaron risitas encantadas, Tarneg la dejó en el suelo.

—¡Tarneg! —tronó Talut.

—¡Talut, viejo oso! —fue la respuesta, igualmente sonora.

Los dos se abrazaron. El parecido familiar era acentuado, pues el joven era tan corpulento como su tío, aunque su pelo tenía la tonalidad oscura del de su madre. Después de frotar su mejilla contra la de Nezzie, esbozó una sonrisa traviesa y levantó del suelo a la mujer de redondeadas formas.

—¡Tarneg! ¿Qué haces? ¡Bájame! —le regañó ella.

El muchacho la soltó con suavidad y le guiñó un ojo.

—Ahora sé que soy tan hombre como tú, Talut —dijo, riendo a carcajadas—. ¿Sabes cuánto tiempo hace que deseaba hacer esto, sólo para demostrarte que era capaz?

—No es necesario… —refunfuñó Nezzie.

Pero Talut echó atrás la cabeza, riéndose ruidosamente.

—Hace falta mucho más que eso, jovencito. Cuando puedas compararte conmigo entre las pieles, serás tan hombre como yo.

Nezzie renunció a salvaguardar su dignidad mediante protestas y se limitó a mirar al gigantesco oso que tenía por compañero, meneando la cabeza con exasperado cariño.

—No sé qué tienen las Reuniones de Verano, pero todos los viejos quieren demostrar que todavía son jóvenes —dijo—. Bueno, al menos eso me da un poco de descanso.

—¡No estés tan segura! —protestó Talut—. No soy tan viejo que no pueda llegar hasta la leona de mi hogar, aunque tenga que descombrar el camino.

—Hummm —Nezzie se encogió de hombros, desdeñosa, y le volvió la espalda, sin hacer comentarios.

Ayla se mantenía cerca de los dos caballos, reteniendo a Lobo para que no asustara a la gente con sus gruñidos, pero había observado la escena con mucho interés, incluidas las reacciones de los presentes. Danug y Druwez parecían azorados. Aunque todavía no tenían experiencia, sabían de qué se estaba hablando, y desde hacía algún tiempo el tema les interesaba mucho. Tarneg y Barzec sonreían de oreja a oreja. Latie, ruborizada, trataba de esconderse detrás de Tulie, que ponía cara de estar por encima de esas tonterías. Casi todos sonreían con aire complaciente, incluido Jondalar, cosa que Ayla advirtió no sin sorpresa. Había estado preguntándose si los motivos de su actitud para con ella no tendrían alguna relación con costumbres muy distintas. Tal vez, a diferencia de los Mamutoi, los Zelandonii no concedían a la gente el derecho de elegir pareja. Pero él no parecía desaprobar aquello.

Cuando Nezzie pasó junto a ella para entrar en la tienda, Ayla vio que esbozaba una sonrisita comprensiva.

—Todos los años pasa lo mismo —le dijo en un susurro—. Tiene que montar una gran escena y proclamar ante todos lo hombre que es y retirar algunos «escombros» los primeros días…, aunque siempre se parecen a mí: rubias y regordetas. Después, cuando considera que nadie le presta atención, se siente muy feliz de pasar casi todas sus noches en el Campamento de la Espadaña… y muy desdichado si yo no estoy allí.

—¿Adónde vas?

—Quién sabe… En reuniones como ésta puedes llegar a conocer a todo el mundo o al menos a cada uno de los Campamentos, pero nunca conoces a nadie íntimamente. Por lo que a mí respecta, he de confesar que, por lo general, se trata de mujeres con hijos mayorcitos o de una receta para sazonar el mamut. A veces un hombre atrae mi atención o yo le atraigo a él, pero no por eso voy a montar una escena. Talut no puede permitirse jactarse de ello, pero, todo hay que decirlo, a él no le haría ninguna gracia que yo me jactase.

—Y tú no lo haces.

—Es poca cosa, si con eso preservo la armonía y las buenas relaciones en mi hogar… y le complazco.

—Le amas de verdad, ¿eh?

—¡Ese viejo oso! —exclamó Nezzie, como si le costase admitirlo. Pero de

inmediato sonrió; la ternura asomó a sus ojos—. Al principio tuvimos nuestros malos momentos (ya sabes lo gritón que puede ser), pero nunca dejé que me acobardara ni que me hiciera callar sólo porque él grite. Creo que por eso le gusto. Talut sería capaz de quebrar en dos a un hombre si se lo propusiera, pero no es ése su modo de ser. Aunque a veces se enfade, no hay en él crueldad. Jamás lastimaría a otro más débil. ¡Y casi todos son más débiles que él! Sí, le amo, y cuando amas a un hombre estás dispuesta a complacerle.

—¿Llegarías a… no acompañar a otro hombre que te gustara, aun cuando eso le complaciera? —preguntó Ayla.

—A mi edad no me costaría mucho, Ayla. La verdad es que no tengo mucho de qué presumir. Cuando era más joven me gustaba encontrar caras nuevas y divertirme un poco en las Reuniones de Verano, y hasta compartir alguna vez las pieles ajenas. Pero creo que Talut tiene razón al menos en un punto: no hay muchos que puedan comparársele. No por todos los «escombros» que pueda despejar, sino porque pone sumo cuidado en cómo lo hace.

Ayla asintió, comprendiendo. Luego frunció el ceño, pensativa. «¿Qué se hace cuando los hombres son dos y los dos muestran mucho interés?».

—¡Jondalar!

Ayla levantó la vista al oír una voz femenina desconocida que pronunciaba el nombre del joven rubio. Le vio sonreír y acercarse a una mujer, a la que saludó calurosamente.

—¡Todavía sigues estando con los Mamutoi! ¿Dónde está tu hermano? —dijo la mujer. Tenía un aspecto imponente; aunque de poca estatura, su cuerpo era musculoso.

La frente de Jondalar se ensombreció con un gesto de dolor. Ayla adivinó, por la expresión de la mujer, que había comprendido.

—¿Cómo ocurrió?

—Una leona le robó la presa y él la persiguió hasta la madriguera. El macho le mató y a mí me dejó herido —dijo él, con la mayor brevedad de que fue capaz.

La mujer asintió, haciéndose cargo de su pesar.

—¿Dices que te hirió? ¿Cómo te salvaste?

Jondalar miró hacia Ayla, que les estaba observando. Entonces se acercó a ella con su interlocutora.

—Ayla, te presento a Brecie de los Mamutoi, la Mujer Que Manda del Campamento del Sauce… o más bien del Campamento del Alce. Talut dice que así se llama tu campamento de invierno. Ella es Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar del Mamut, del Campamento del León.

Brecie quedó asombrada. ¡Hija del Hogar del Mamut! ¿De dónde había salido aquella mujer que no estaba en el Campamento del León el verano anterior? Ayla no era un nombre Mamutoi.

—Brecie —dijo Ayla—. Jondalar me habló de ti. Eres la que le rescató, con su

hermano, de las arenas movedizas del Río de la Gran Madre. Y eres amiga de Tulie. Es un placer conocerte.

«Ese acento no es mamutoi. Tampoco sungaea», pensó Brecie. «Y no se parece al acento de Jondalar. Ni siquiera estoy segura de que se trate de un acento. Habla muy bien el mamutoi, pero tiene un modo peculiar de comerse algunas palabras».

—Encantada de conocerte… ¿Ayla, dijiste?

—Ayla, sí.

—Qué nombre tan extraño… —como no recibiera ninguna explicación, Brecie continuó—: Pareces ser la que… cuida de estos… animales.

En aquel momento pensó que nunca había estado tan cerca de un animal vivo sin que éste huyera.

—Por eso la obedecen —intervino Jondalar, sonriendo.

—Pero ¿no te he visto con uno de ellos? Desde luego, me has sorprendido, Jondalar. Así vestido, por un momento te confundí con Darnev. Y al verte con un caballo pensé que estaba viendo visiones o que Darnev había retornado del mundo de los espíritus.

—Ayla está enseñándome a comprender a los animales —dijo Jondalar—. Además, ella me salvó del león cavernario. Domina bien a los animales, créeme.

—Eso es evidente —dijo Brecie, echando una ojeada a Lobo, que no estaba tan nervioso, aunque su actitud resultaba amenazadora—. ¿Por eso la ha adoptado el Hogar del Mamut?

—Ése es uno de los motivos —respondió Jondalar.

Había sido un golpe a ciegas por parte de Brecie, basado en la suposición de que Ayla había sido adoptada por el Mamut del Campamento del León. La respuesta de Jondalar confirmaba sus sospechas. De cualquier modo, no explicaba de dónde provenía. Casi todos daban por sentado que acompañaba al hombre rubio y alto, tal vez como pareja o como hermana, pero ella sabía que Jondalar había llegado a aquel territorio con su hermano por única compañía. ¿De dónde habría sacado a aquella mujer?

—¡Ayla! ¡Cuánto me alegro de volver a verte!

La joven levantó la vista y se encontró con Branag, que venía del brazo de Deegie. Se abrazaron con afecto, frotando mejilla contra mejilla. Ella le había visto una sola vez, pero parecía un viejo amigo; resultaba agradable conocer por lo menos a alguien en medio de aquella muchedumbre.

—Madre quiere que vengas para presentarte al Hombre y a la Mujer Que Manda del Campamento del Lobo —dijo Deegie.

—Por supuesto.

Para Ayla era un alivio poder alejarse de la inquisitiva Brecie. Había notado la rapidez de su mente por las astutas preguntas que hacía, y se sentía incómoda.

—Jondalar, ¿quieres quedarte con los caballos? —preguntó. Había notado que quienes acompañaban a Branag y a Deegie se estaban acercando a los animales—.

Todo esto es demasiado nuevo para ellos; se sienten mejor en compañía de alguien conocido. ¿Dónde está Rydag? Él puede encargarse de Lobo.

—Está dentro —dijo Deegie.

Ayla le vio a la entrada de la tienda, con aire tímido.

—Tulie quiere presentarme a la Mujer Que Manda. ¿Quieres vigilar a Lobo? —le preguntó Ayla, con palabras y por señales.

—Vigilo —respondió él con señas, mirando a toda la gente reunida con cierta aprensión.

Salió lentamente y se sentó junto a Lobo, rodeándole con un brazo.

—¡Mirad eso! Hasta habla con los cabezas chatas. ¡Ha de ser buena para los animales! —gritó alguien de entre la multitud, con acento burlón.

Varias personas rieron. Ayla giró en redondo y les fulminó a todos con la mirada, buscando al que había alzado la voz.

—Cualquiera puede hablarles. Puedes hablar a una piedra, si te da la gana. La cuestión es que te respondan —dijo otra voz, provocando nuevas carcajadas.

Ayla se volvió hacia aquella dirección, tan furiosa que apenas podía articular palabra.

—¿Alguien trata de insinuar que este niño es un animal? —preguntó otra voz más familiar.

Ayla frunció el ceño al ver que un miembro del Campamento del León se adelantaba.

—Yo, Frebec. ¿Por qué no? Él no sabe lo que estoy diciendo. Los cabezas chatas son animales. Con frecuencia lo has dicho tú mismo.

—Y ahora digo que me equivocaba, Chaleg. Rydag sabe exactamente lo que estás diciendo, y no es difícil lograr que te responda. Sólo hace falta que aprendas su lenguaje.

—¿Qué lenguaje? Los cabezas chatas no saben hablar. ¿Qué historia te han contado?

—El lenguaje de las señales. Él habla con las manos —dijo Frebec.

Estalló una burlona carcajada general. Ayla le observaba con curiosidad. A Frebec no le gustaba que se rieran de él.

—Pues no me creas si no quieres —dijo. Se encogió de hombros e hizo ademán de alejarse, como si el asunto no tuviera importancia, pero de pronto se volvió hacia el hombre que había estado ridiculizando a Rydag—. Pero te diré una cosa. Este niño puede hablar también con el lobo. Y si le ordena que te ataque, no apostaré por tu vida.

Sin que Chaleg lo notara, Frebec había estado haciendo señas al niño. Los movimientos de sus manos no tenían significado alguno para el desconocido. Rydag, a su vez, había consultado con Ayla. Todo el Campamento del León les observaba, encantados de saber por medio del lenguaje secreto lo que se gestaba. Podían hablar delante de toda aquella gente sin que nadie se enterara.

Sin volverse, Frebec continuó:

—¿Por qué no le haces una demostración, Rydag?

Y de pronto Lobo dejó de estar apaciblemente sentado junto al niño. De un solo brinco cayó sobre el hombre, con el pelo erizado y mostrando los dientes. Su gruñido puso la piel de gallina a todos los presentes. El hombre dilató los ojos y saltó hacia atrás, aterrorizado. Casi todos los que estaban cerca retrocedieron con él, pero Chaleg se apresuró a desaparecer. A una señal de Rydag, Lobo volvió tranquilamente a su sitio, como si estuviera muy satisfecho de su actuación. Después de dar varias vueltas en redondo, se acomodó con el hocico entre las patas y la vista fija en Ayla.

La muchacha reconoció para sus adentros que habían corrido un riesgo. Sin embargo, la señal no había sido exactamente la de atacar. Se trataba tan sólo de un juego al que los niños jugaban con Lobo: un ataque simulado como el que practicaban los lobeznos entre ellos. Habían enseñado a Lobo a que no mordiera de veras. Cuando Ayla cazaba con él y quería simplemente que le levantara la pieza, le hacía una señal similar. Cierto que, a veces, saltaba y mataba al animal por propia iniciativa, pero esta vez no se trataba de una señal que le había impulsado a atacar realmente a un ser humano. Lobo no había atacado al hombre, se había limitado a saltar sobre él. Pero había existido el peligro de que lo hiciera.

Ayla sabía muy bien que un lobo puede matar para defender su territorio o su manada. Sin embargo, al ver cómo volvía a su sitio, pensó: «Si los lobos pudieran reír, éste se estaría riendo». Daba la sensación de que había captado la idea: se trataba de dar un susto y sabía cómo hacerlo. El ataque no había sido sólo un amago, sus movimientos no parecían ser un juego. Tal parecía tratarse de una verdadera agresión, pero sin llegar a ejecutarla. Encontrarse de buenas a primeras ante tanta gente había representado una prueba para el lobo, pero desempeñó magníficamente su papel. La satisfacción de ver la expresión de terror reflejada en la cara del hombre bien valía la pena de haber corrido el riesgo. ¡Rydag no era un animal!

Branag parecía algo asustado, pero Deegie sonreía encantada, cuando se reunieron con Tulie y Talut junto con otra pareja. Ayla fue oficialmente presentada a los líderes del campamento anfitrión. De inmediato notó lo que todos sabían: Marlie estaba muy enferma. Incluso le resultaba perjudicial estar allí de pie. Mentalmente la muchacha eligió medicinas y remedios para ella. Reparó en el color de su piel, en la expresión de sus ojos y la textura de su pelo. Parecía difícil que algo pudiera ayudarla, pero no cabía duda de que no le faltaba entereza: no se entregaría con facilidad, y eso podría ser más eficaz que los remedios.

—Ha sido toda una demostración, Ayla —dijo Marlie. Había notado la interesante peculiaridad de su pronunciación—. ¿Quién controlaba al lobo? ¿El niño o tú?

—No lo sé —contestó sonriente—. Lobo responde a señales, pero se las dimos los dos.

—¿Lobo? Lo dices como si fuera su nombre —observó Valez.

—Así se llama.

—¿También los caballos tienen nombres? —preguntó Marlie.

—La yegua se llama Whinney —Ayla pronunció la palabra imitando un relincho, y el animal respondió con otro igual, provocando sonrisas algo nerviosas en el grupo —. Casi todos lo pronuncian como si fuera un nombre: Whinney. El potro es hijo suyo. Jondalar le llamó Corredor. En su idioma significa alguien que corre mucho y llega el primero.

Marlie asintió. Ayla la miró un momento con atención. Luego se volvió hacia Talut.

—Estoy cansada de tanto trabajar para hacer el cobertizo. ¿Ves ese tronco grande? ¿Te importaría traerlo aquí para que pueda sentarme?

Por un momento, el corpulento jefe quedó totalmente sorprendido. No era propio de Ayla interrumpir una conversación con la jefa de un Campamento para pedir semejante cosa. En cualquier caso, si alguien necesitaba un asiento, ésa era Marlie. Y de repente comprendió. ¡Por supuesto! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Corrió en busca del tronco y lo llevó adentro personalmente.

Ayla se sentó.

—Espero que no os moleste, pero estoy realmente cansada. ¿No me acompañas, Marlie?

La enferma se sentó, algo estremecida. Al cabo de unos instantes, sonrió y dijo:

—Gracias, Ayla. No pensaba pasar tanto tiempo aquí. ¿Cómo te diste cuenta de que me sentía mareada?

—Es una Mujer Que Cura —dijo Deegie.

—¿Convocadora y curandera? ¡Qué combinación tan poco habitual! No me extraña que el Hogar del Mamut la reclamara para sí.

—Me gustaría prepararte algo, si estás dispuesta a tomarlo —dijo Ayla.

—Me han atendido varios curanderos, pero si quieres probar, hazlo, Ayla. Ahora, antes de dejar el tema definitivamente, querría hacerte una pregunta. ¿Estabas segura de que el lobo no haría daño a ese hombre?

Ayla hizo una pausa antes de responder.

—No, no estaba segura. Aún es un cachorro y no siempre se puede confiar en él. Pero yo estaba lo bastante cerca como para cortar su ataque, si no lo hacía él mismo a tiempo.

Marlie meneó la cabeza: había comprendido.

—Tampoco las personas son de fiar por completo; no hay por qué esperar que lo sean los animales. Si me hubieras dado otra respuesta, no te habría creído. Chaleg se quejará en cuanto se recobre, ¿sabes?, para salvar su orgullo. Presentará el caso al Consejo de los Hermanos, y ellos lo trasladarán al nuestro.

—¿Al nuestro?

—El Consejo de las Hermanas —dijo Tulie—. Las Hermanas son la autoridad final. Están más próximas a la Madre.

—Me alegro de haberlo presenciado. Ahora no tendré que escuchar relatos

contradictorios y en todo caso increíbles —dijo Marlie. Por un momento estudió a los caballos y a Lobo—. Parecen animales perfectamente comunes, no espíritus ni cosas mágicas. Dime, Ayla, ¿qué comen los animales cuando están contigo? Porque comen algo, ¿no?

—Lo mismo que todos los de su especie. Lobo come carne, sobre todo, ya sea cruda o cocida. Es como cualquier persona del albergue, y habitualmente come lo mismo que yo, hasta verduras. A veces cazo para él, pero está aprendiendo a atrapar ratones y otros animales pequeños para alimentarse. Los caballos comen hierba y cereales. Estaba pensando en llevarles a aquella pradera, al otro lado del río, y dejarles allí algún tiempo.

Valez miró al otro lado del río e intercambió una mirada con Talut. Ayla adivinó lo que estaba pensando.

—No me gusta decirlo, Ayla, pero podría ser peligroso dejarles solos allí.

—¿Por qué? —preguntó ella, con un dejo de pánico en la voz.

—Por los cazadores. Se parecen a cualquier otro caballo, sobre todo la yegua. El color oscuro del potro le diferencia un poco. Podríamos dar órdenes de no matar a ningún caballo pardo, sobre todo si parece dócil. Pero la otra…, casi todos los caballos de la estepa son de ese color, y no podemos pedir que nadie mate caballos. Es la carne favorita de algunas personas —explicó Valez.

—Entonces tendré que quedarme con ella —dijo Ayla.

—¡No puedes hacer eso! —protestó Deegie—. Te perderás todas las diversiones.

—No voy a permitir que nadie le haga daño —replicó la muchacha—. Si me pierdo algo, mala suerte.

—Sería una verdadera lástima —agregó Tulie.

—¿No se te ocurre una solución? —preguntó Deegie.

—No. Si al menos fuera parda…

—¿Y por qué no la tiñes?

—¿Teñirla? ¿Cómo?

—Podríamos preparar un tinte, como para teñir cuero, y frotarla con él.

Ayla lo pensó unos instantes.

—Creo que no daría resultado. Es una buena idea, Deegie, pero el problema es que teñirla no cambiaría mucho las cosas. El mismo Corredor está en peligro; los caballos pardos siguen siendo caballos, y quien estuviera cazando olvidaría la advertencia de no matar a los de ese color.

—Eso es cierto —intervino Talut—. Los cazadores sólo piensan en cazar, y dos caballos pardos que no se asustan de la gente son blancos muy tentadores.

—¿Y si los tiñéramos de un color diferente? Rojo, por ejemplo. ¿Por qué no teñimos a Whinney de rojo? Un rojo vivo. Así destacaría mucho.

Ayla hizo una mueca.

—No me gusta la idea de teñirla de rojo, Deegie. Quedaría demasiado extraña. Pero no está mal pensado. Todo el mundo comprendería que no se trata de un caballo

común. Creo que debemos hacer algo así, pero… Un caballo rojo… ¡Espera! ¡Se me ocurre algo!

Ayla corrió a la tienda. Vació sobre las pieles de dormir su mochila de viaje; cerca del fondo encontró lo que buscaba y salió a la carrera con ello.

—¡Mira, Deegie! ¿Te acuerdas de esto? —Ayla desplegó el cuero que había teñido de rojo intenso—. Nunca decidí qué uso darle. Me gustaba sólo por el color. Ahora puedo atárselo a Whinney cuando la deje en la pradera.

—¡Qué rojo tan intenso! —comentó Valez, asintiendo—. Creo que dará resultado. Cualquiera que la vea sabrá que se trata de un caballo especial y vacilará en matarla, aunque nadie diga nada. Podemos anunciar esta noche que el caballo pardo y el que tiene una cobertura roja no deben ser cazados.

—No vendría mal atar algo también a Corredor —observó Talut—. Aunque no de color tan fuerte, debe ser algo de apariencia humana, para que quien esté a punto de arrojar la lanza se dé cuenta de que no es un caballo común.

Marlie intervino:

—Se me ocurre otra solución. No siempre se puede confiar en las personas; sólo una advertencia no bastaría. Sería prudente que Mamut ideara una prohibición especial. Una buena maldición sería suficiente para asustar a quien intentara averiguar si estos animales son mortales.

—Podríamos decir que Rydag lanzará a Lobo contra quien pretenda hacerles daño —dijo Branag, sonriendo—. A estas alturas, la historia ha de estar circulando entre todos los reunidos, corregida y aumentada en cada transmisión.

—No es mala idea —convino Marlie, levantándose para retirarse—. Al menos que circule como un rumor.

Siguieron con la mirada a los dos jefes del Campamento del Lobo que se retiraban. Tulie, meneando tristemente la cabeza, se marchó a concluir sus tareas. Talut decidió salir a averiguar quién organizaba las competiciones, a fin de incluir un concurso basado en el lanzavenablos, y se detuvo a conversar con Brecie y Jondalar. Los tres partieron juntos. Deegie y Branag acompañaron a Ayla hasta el cobertizo de los caballos.

—Conozco a la persona adecuada para poner en circulación ese rumor —dijo Branag—. Creo que nadie querrá enfrentarse al riesgo de que Rydag lance al lobo contra él. Quería preguntar algo: ¿cómo supo Rydag que debía hacer la señal al lobo?

Deegie miró con sorpresa a su prometido.

—No lo sabes, ¿verdad? Siempre pienso que, cuando yo sé algo, tú también has de saberlo. Frebec no inventó ninguna fantasía para defender a nuestro Campamento, se limitó a decir la verdad. Rydag comprende todo lo que se dice, siempre fue así. Nosotros no lo supimos hasta que Ayla nos enseñó a hablar por medio de señales, para que le comprendiéramos. Cuando Frebec fingió alejarse, hizo una señal a Rydag, y el niño consultó a Ayla. Todos sabíamos lo que se estaban diciendo y lo que iba a pasar.

—¿Es cierto eso? —preguntó el joven—. ¡Estabais hablando entre vosotros y nadie lo sabía! —se echó a reír—. Bueno, si quiero estar al corriente de las sorpresas que trae tu Campamento, tendré que aprender ese lenguaje secreto.

—¡Ayla! —llamó Crozie desde la entrada de la tienda. Los tres se detuvieron para que la anciana les alcanzara—. Tulie acaba de decirme que habéis decidido marcar a los caballos —dijo, acercándose—. Es una buena idea, y el rojo resaltará sobre el color claro de la yegua. Pero no tienes dos cueros rojos. Mientras deshacía los bártulos he encontrado algo que me gustaría darte.

Desplegó un bulto recién desatado. Era un cuero plegado.

—¡Oh, Crozie! —exclamó Ayla—. ¡Es bellísimo!

Se trataba de una capa de cuero, de color blanco tiza, decorada con cuentas de marfil en triángulos repetidos y con plumas teñidas de rojo, formando espirales y zigzags. Los ojos de Crozie se iluminaron ante aquella maravilla. Ayla, después de haber hecho una túnica, conocía las dificultades que implicaba teñir un cuero de blanco.

—Es para Corredor. Creo que el blanco resaltará sobre su pelaje oscuro.

—Pero es demasiado bonito para el caballo, Crozie. Se ensuciará por completo y perderá sus adornos, sobre todo si Corredor trata de revolcarse. No puedo ponérselo para llevarle a la pradera.

Crozie la miró con severidad.

—Si algún cazador de caballos ve un potro pardo con una capa blanca y bordada, ¿crees que le disparará una lanza?

—No. Pero has trabajado demasiado en ella como para que se eche a perder de ese modo.

—Ha pasado mucho tiempo desde que la hice —respondió la anciana. Sus ojos se nublaron al añadir—: Era para mi hijo, el hermano de Fralie. Nunca he podido regalárselo a otra persona. No soportaría que otro la llevara, y tampoco soy capaz de tirarla. He estado llevándola de un lado a otro. Es un cuero inútil y el trabajo valdrá para algo. Quiero dártelo a cambio de lo que tú me has dado.

Ayla cogió por fin el bulto que le ofrecía, pero quedó intrigada.

—¿Qué te he dado yo, Crozie?

—Eso no tiene importancia —fue su brusca respuesta—. Acepta esto.

Frebec, que corría hacia la tienda, levantó la vista y, al verlas, sonrió muy satisfecho de sí. Ellas respondieron de igual modo.

—Fue una verdadera sorpresa que Frebec saliera en defensa de Rydag —comentó Branag—. Siempre hubiera pensado que él sería el último en hacerlo.

—Ha cambiado mucho —dijo Deegie—. Todavía le gusta discutir, pero ya no cuesta tanto entenderse con él. A veces se muestra dispuesto a escuchar.

—Bueno, nunca tuvo reparos en decir lo que pensaba —reconoció Branag.

—Tal vez ése fuera el problema —dijo Crozie—. Nunca entendí lo que había visto Fralie en él. Hice lo posible para convencerla de que no le aceptara. No tenía

nada que ofrecer: su madre no tenía rango y él no demostraba ningún talento especial. Pensé que mi hija se estaba malogrando. Tal vez el coraje que puso en pedirla ya decía algo en su favor. Deseaba de veras hacerla compañía. Yo debería haber confiado en el buen juicio de Fralie; después de todo, es hija mía. El hecho de que alguien tenga un origen humilde no significa que no quiera superarse.

Branag miró a Deegie y después a Ayla, por encima de la cabeza de la anciana. En su opinión, ella misma había cambiado más que el propio Frebec.

Capítulo 32

Ayla estaba sola en el interior de la tienda. Echó una mirada al sector que sería suyo mientras estuviera allí, tratando de hallar algo más para ordenar o cambiar de sitio, un motivo más para retrasarse en dejar los confines del Campamento de la Espadaña. En cuanto estuviera lista, Mamut la llevaría ante la gente con quien ella estaba vinculada de un modo único: los Mamutoi que pertenecían al Hogar del Mamut.

Aquella entrevista le parecía una prueba de fuego; estaba segura de que todos querían interrogarla para juzgar si tenía derecho a estar incluida entre sus filas. En el fondo, ella creía no tenerlo. No se consideraba en posesión de aptitudes incomparables ni de dones especiales. Era curandera porque había aprendido los conocimientos de Iza. En su amistad con los animales tampoco existía ninguna magia. La yegua la obedecía porque la había recogido cuando era joven y habían vivido juntas en el valle. Corredor había nacido allí mismo. En cuanto a Lobo, le había salvado porque se lo debía a su madre y sabía, por entonces, que cualquier animal criado entre seres humanos se comportaría dócilmente. No había en ello gran misterio.

Rydag había pasado algún tiempo con ella dentro de la tienda en tanto le examinaba y le hacía algunas preguntas específicas sobre lo que sentía. Mientras ella decidía que era necesario cambiar algunas de sus medicinas, el niño salió a sentarse con Lobo para contemplar a los otros. Nezzie coincidía con Ayla en que parecía más animado. Estaba encantado con Frebec, y éste había oído tantas alabanzas, directas o indirectas, que se sentía casi abochornado. Nunca se le había visto sonreír demasiado, y la muchacha sabía que esa felicidad se debía, en parte, a la sensación de ser aceptado. Ella lo comprendía muy bien.

Miró en derredor una vez más; después de sujetar un saquito de cuero virgen a su cinturón, salió dando un suspiro. Al parecer, se habían ido todos, menos Mamut, que estaba conversando con Rydag. Cuando estuvo a su altura, Lobo levantó la cabeza.

—¿No hay nadie? Podría quedarme a cuidar de Rydag hasta que alguien vuelva —se ofreció ella, apresuradamente.

—Lobo me cuida —indicó Rydag, con una gran sonrisa—. Nadie se queda mucho si está Lobo. Digo a Nezzie: «Vete». Vete tú también Ayla.

—Tiene razón —confirmó Mamut—. Lobo parece satisfecho de quedarse con él, y no conozco mejor guardián.

—¿Y si se encuentra mal? —preguntó Ayla.

—Si encuentro mal, digo a Lobo: «Trae Ayla» —Rydag hizo la señal que habían practicado. El lobezno se levantó de un salto, apoyó las patas en el pecho de la joven y le lamió el mentón para atraer su atención.

Ella le rascó el cuello, sonriente, y le indicó que se echara.

—Quiero estar aquí, Ayla. Me gusta mirar. Río. Caballos en pradera. Gente que pasa —el niño sonrió—. Pocos me ven. Miran tienda, miran lugar caballos. Después

ven Lobo. Gente divertida.

Mamut y Ayla sonrieron ante el infantil placer que le causaba la sorpresa de los demás.

—Bueno, supongo que no habrá problema. Nezzie no le habría dejado solo si le creyera en peligro —reconoció Ayla, renunciando a su última excusa—. Estoy lista, Mamut.

Mientras caminaban hacia los albergues permanentes del Campamento del Lobo, Ayla reparó en una densa concentración de tiendas y de gente. Le gustó el emplazamiento, porque desde allí se divisaban los árboles y la pradera, además del río. Algunos les saludaron con la cabeza o de viva voz al pasar. Ayla observaba a Mamut y tomaba nota de sus respuestas para actuar del mismo modo.

Un albergue, situado a un extremo de una hilera algo desigual de seis alojamientos, parecía ser el polo de atención de una gran actividad. A poca distancia había una zona despejada, seguramente el sector de la reunión. Los Campamentos adyacentes a dicha zona despejada no tenían el aspecto habitual de viviendas. Uno de ellos estaba rodeado por una cerca hecha con huesos de mamut, ramas y heno seco, marcando los límites del sector. Al pasar junto a ella, Ayla oyó que la llamaban por su nombre y se detuvo, sorprendida.

—¡Latie!

Entonces recordó lo que Deegie le había explicado. En el albergue del Campamento del León, la restricción impuesta a la jovencita en cuanto a su trato con hombres no limitaba demasiado sus actividades; sin embargo, en la sede de la Reunión estaba completamente recluida. Con ella estaban algunas otras jovencitas. Cuando presentó a Ayla a sus compañeras, éstas parecieron sobrecogidas.

—¿Adónde vas, Ayla?

—Al Hogar del Mamut —respondió el anciano, en su lugar.

La muchacha asintió como si estuviera al corriente. Ayla vio a Tulie dentro del cercado, en una tienda decorada con pinturas rojas; estaba conversando con otras mujeres y la saludó con la mano.

—¡Mira, Latie! ¡Una pies-rojos! —exclamó una de las amigas, en un tono de sofocado entusiasmo. Todo el mundo se paró para observarla, entre las risitas de las más jóvenes. Ayla contempló con gran interés a la mujer que pasaba; iba descalza, con las plantas de los pies pintadas de rojo brillante. Aunque le habían hablado de aquellas mujeres, era la primera vez que veía a una. Parecía normal y corriente, pero había en ella algo que atraía las miradas.

La mujer se aproximó a un grupo de jóvenes a los que Ayla no había visto jamás y que acechaban tras un grupo de árboles pequeños, al otro lado del claro. Ayla tuvo la sensación de que su andar se tornaba más insinuante y su sonrisa más lánguida al acercarse a ellos; de pronto, sus pies rojos se hicieron más llamativos. Se detuvo a hablar con los jóvenes y su risa argentina flotó a través del espacio despejado. Mientras se alejaban, recordó la conversación de Mamut con las mujeres en la víspera

del Festival de Primavera.

Las Todavía No Mujeres, aquellas jóvenes que no habían sido iniciadas aún en los Placeres, eran mantenidas bajo vigilancia constante; pero no sólo por parte de las encargadas. Ayla reparó en varios grupos de jóvenes que rodeaban la zona vedada donde se encontraban Latie y sus compañeras, con la esperanza de divisar a las muchachas, que eran tanto más deseables cuanto prohibidas. No había otra edad en que una mujer fuera objeto de mayor interés por parte de la población masculina. A las muchachitas les encantaba aquel estado incomparable y la atención especial que despertaban; además, aunque no lo demostraran abiertamente, se sentían atraídas a su vez por el sexo opuesto. Pasaban casi todo el día espiando fuera de la tienda o en torno de la cerca, haciendo comentarios sobre los muchachos que desfilaban por el perímetro, con exagerada indiferencia.

Aunque los jóvenes, que vigilaban y eran a su vez vigilados, acabasen por formar un hogar con las que estaban a punto de convertirse en mujeres, difícilmente serían elegidos para la primera e importante iniciación. Las muchachitas analizaban diversas posibilidades entre hombres mayores y más experimentados, asesoradas por las mujeres con quienes compartían la tienda. A los candidatos eventuales se les solía hablar en privado, por lo general antes de que se efectuara la selección final.

El día antes de la ceremonia, las jóvenes alojadas en una gran tienda salían en grupo. Cuando hallaban a un hombre con el que les gustaría pasar la noche, le rodeaban para «capturarle». Los así capturados debían acompañar a las iniciadas, y pocos se negaban a la solicitud. Esa noche, después de algunos ritos preliminares, los hombres y las jóvenes entraban en la tienda en penumbra, se buscaban a tientas y pasaban la noche explorando las diferencias y compartiendo Placeres. Supuestamente, ni las muchachas ni los hombres sabían con quién acababan compartiendo el lecho, pero, en la práctica, lo sabían. Las mujeres mayores vigilaban para que no hubiera rudezas innecesarias y se mantenían disponibles para la rara contingencia de que hiciera falta su consejo. Si, por cualquier motivo, alguna de las jóvenes quedaba sin abrir, el problema se podía solucionar discretamente en una segunda noche ritual, sin que nadie cargara abiertamente con la culpa.

Ni Danug ni Druwez serían invitados a la tienda de Latie; en primer lugar, porque el parentesco con ella era demasiado cercano, pero también porque eran demasiado jóvenes. Otras mujeres, que habían celebrado sus Primeros Ritos en años anteriores (sobre todo las que aún no tenían hijos), podrían representar a la Gran Madre durante la Reunión y enseñar Su camino a los jovencitos. Después de una ceremonia especial en su honor y de permanecer una temporada aisladas, se les teñía las plantas de los pies con una tintura de color rojo intenso, que no desaparecía con el lavado, aunque sí con el roce prolongado, para indicar que estaban a disposición de los jóvenes necesitados de experiencia. Algunas llevaban también bandas de cuero rojo atadas al antebrazo, el tobillo o la cintura.

Aunque algunas bromas eran inevitables, estas mujeres se tomaban en serio su

función. Comprendían la timidez natural de los jóvenes y la urgencia oculta bajo su ansiedad; por eso les trataban con consideración, enseñándoles a conocer a las mujeres; así, algún día serían escogidos para convertir a una niña en mujer, a fin de que pudiera tener un hijo. Y para demostrar cuánto valor concedía a su generosa entrega, Mut bendecía a muchas de esas mujeres. Incluso las que llevaban cierto tiempo viviendo con un hombre sin haber portado vida en sus vientres, solían estar embarazadas antes de terminar la estación.

Junto con las Todavía No Mujeres, las pies-rojos eran las más buscadas por los hombres de todas las edades. Nada estimulaba tanto a un Mamutoi como el destello de una planta roja; algunas mujeres, conocedoras de esta debilidad, daban a sus pies un tinte rojizo para hacerse más atractivas. Aunque las pies-rojos podían escoger a cualquier hombre, sus servicios eran para los más jóvenes; cuando uno de los mayores lograba sus favores, se consideraba muy afortunado.

Mamut condujo a Ayla hacia un Campamento no muy alejado del de los Ritos de la Feminidad. A primera vista, parecía una tienda corriente; la diferencia consistía en que todos sus ocupantes estaban tatuados. Algunos, como Mamut, llevaban simplemente un motivo en forma de cheurones de un azul intenso tatuado en la parte superior del pómulo derecho: tres o cuatro V superpuestas y encajadas unas en otras. Este tatuaje recordaba a Ayla los maxilares inferiores de mamuts utilizados para construir el albergue de Vincavec. Algunos tatuajes eran más elaborados, sobre todo los de los hombres. Incorporaban no sólo cheurones, sino también triángulos, zigzags, rombos y espirales de ángulos rectos, en rojo y azul.

Ayla se alegraba de que se hubieran detenido en el Campamento del Mamut antes de llegar a la Reunión. De no haber conocido a Vincavec, se habría sobresaltado al ver aquellos rostros tatuados. Por muy fascinantes y complicados que fuesen, ninguno de aquellos tatuajes era tan elaborado como el de Vincavec.

El siguiente detalle que llamó la atención de Ayla fue que si bien parecía darse una preponderancia de mujeres en aquel Campamento, no se veían niños. Por lo visto, los habían dejado al cuidado de otras personas. Ayla no tardó en comprender que aquel lugar no era para criaturas; era un sitio donde se reunían los adultos para discusiones serias, ritos… y apuestas. Varias personas estaban jugando con huesos marcados, palos y trozos de marfil junto a la entrada.

Mamut se acercó a la tienda, que estaba abierta, y rascó en el cuero para avisar de su llegada. Ayla miró hacia dentro por encima de su hombro, tratando de no llamar la atención. Sin embargo, todos la observaban disimuladamente, curiosos por conocer a la joven a quien el viejo Mamut había aceptado no sólo como discípula, sino como hija. Se decía de ella que era forastera, ni siquiera Mamutoi, y nadie sabía de dónde procedía.

La mayor parte de aquella gente había ido a dar una vuelta por el Campamento de la Espadaña para ver a los caballos y al lobo y habían quedado fuertemente impresionados por los animales, pero no lo habían exteriorizado. ¿Cómo era posible

domar a un potro u obligar a una yegua a que se quedara tan tranquila con tanta gente a su alrededor? ¿Y qué decir de aquel lobo que vivía con ellos? ¿Cómo se explicaba que se mostrara tan dócil con los miembros del Campamento del León al tiempo que se comportaba como un lobo normal con los extranjeros? Nadie podía pasar al interior del Campamento del León a menos de que fuera invitado y se decía que había atacado a Chaleg.

El anciano indicó a Ayla que le siguiera al interior y ambos se sentaron junto a un gran hogar en el que sólo ardía una llama pequeña. Frente a ellos estaba la mujer más gorda que la muchacha había visto en su vida, tanto que se preguntó cómo habría podido caminar hasta allí.

—He traído a mi hija para presentártela, Lomie —dijo el viejo Mamut.

—Os esperaba —respondió ella.

Antes de seguir hablando, retiró del fuego una piedra calentada al rojo vivo, sobre la cual dejó caer algunas hojas que había sacado de un paquete y se inclinó para aspirar el humo que despedían. Ayla percibió el olor de la salvia y, con menor intensidad, el del verbasco y la lobelia. Al observar a la mujer con atención, notó cierta pesadez en la respiración, que no tardó en aliviarse, y comprendió que sufría una tos crónica, probablemente asmática.

—¿No preparas también un jarabe con la raíz del verbasco? —le preguntó—. Eso te podría aliviar.

No sabía si había hecho bien en hablar antes de ser presentada, pero su deseo de ayudar la impulsó a ello.

Lomie levantó bruscamente la cabeza, sorprendida, y miró con renovado interés a la joven rubia. En el rostro de Mamut se dibujó un esbozo de sonrisa.

—¿También es Mujer Que Cura? —preguntó Lomie a Mamut.

—Creo que no la hay mejor, ni siquiera tú, Lomie.

La mujer comprendió que él no hablaba con ligereza. El viejo Mamut sentía un gran respeto por sus talentos.

—¡Y yo pensaba que sólo habías adoptado a una joven bonita para que aliviara tus últimos años, Mamut!

—En efecto, Lomie. Me ha aliviado la artritis y varios dolores más.

—Me alegra saber que tiene dones ocultos. Pero es joven para eso.

—Hay en ella más de lo que supones, Lomie, a pesar de su juventud.

—Te llamas Ayla —dijo Lomie volviéndose hacia ella.

—Sí, soy Ayla del Campamento del León de los Mamutoi, hija del Hogar del Mamut… y protegida del León Cavernario —respondió Ayla, tal como le había indicado Mamut.

—Ayla de los Mamutoi. Ayla… Hum… Suena extraño, pero también tu voz es extraña. Nada desagradable, eso sí. Destaca, hace que la gente se fije en ti. Soy Lomie, Mamut del Campamento del Lobo y Mujer que Cura de los Mamutoi.

—Primera Mujer Que Cura —corrigió Mamut.

—¿Cómo puedo serlo, viejo Mamut, si ella es mi igual?

—No dije que Ayla fuera tu igual, Lomie, sino que no la hay mejor. Sus antecedentes son… insólitos. Aprendió con… alguien que poseía conocimientos muy profundos sobre cierta forma de curar. ¿Hubieras sido tú capaz de identificar el sutil aroma del verbasco, disimulado por el fuerte olor de la salvia, si no supieras que estaba ahí? ¿Y saber de inmediato cuál es la enfermedad que te aqueja?

Lomie iba a hablar, pero vaciló y no respondió. Mamut prosiguió:

—Creo que ella lo habría sabido con sólo mirarte. Tiene un raro don para diagnosticar y un asombroso conocimiento sobre remedios y modos de curar. Pero le falta habilidad en lo que tú sobresales: en descubrir y atacar la causa que crea la enfermedad y en hacer que el enfermo quiera curarse. Podría aprender mucho de ti y confío en que aceptes adiestrarla, pero también creo que tú podrías aprender bastante de ella.

Lomie se volvió hacia Ayla.

—¿Es eso lo que quieres?

—Eso es lo que quiero.

—Si tanto sabes ya, ¿qué crees poder aprender de mí?

—Soy mujer de medicina. Es… lo que soy…, mi vida. No podría ser otra cosa. Me adiestró alguien que era… la Primera. Pero desde un principio me enseñó que siempre se puede aprender algo más. Y sería un honor aprender de ti.

La sinceridad de Ayla no era fingida. Estaba deseosa de compartir con alguien sus ideas, de analizar tratamientos, de adquirir conocimientos nuevos.

Lomie se quedó pensativa. ¿Mujer de Medicina? ¿Dónde había oído antes aquel sinónimo de curandera? Por el momento, dejó la cuestión a un lado. Ya lo recordaría.

—Ayla tiene un regalo para ti —dijo Mamut—. Llama a cuantos desees, pero después cierra la solapa de la tienda, por favor.

Mientras ellos hablaban, la mayoría de los que estaban fuera habían penetrado en la tienda o estaban de pie a la entrada. La multitud se agolpó en el interior. Nadie quería perder detalle. Cuando todo el mundo se hubo acomodado y la entrada de la tienda quedó cerrada, Mamut dibujó con la mano un círculo en el suelo, cogió un puñado de polvo y apagó la llama. Sin embargo, la luz del sol se filtraba por el agujero para el humo y, vagamente, a través de las paredes de cuero virgen. La demostración de Ayla no sería tan dramática como en la absoluta oscuridad del Campamento del León, pero todos los Mamutoi comprenderían las múltiples posibilidades de aquel regalo.

Ayla desató el saquito fabricado por Barzec que llevaba a la cintura, para sacar la yesca, la pirita ferrosa y el pedernal. Luego hizo una pausa y, por primera vez en muchos ciclos lunares, dirigió una silenciosa petición a su tótem; necesitaba una chispa grande, impresionante y rápida, para lograr el efecto deseado por Mamut. Cuando golpeó con el pedernal la pirita de hierro, surgió un relámpago brillante que se apagó de inmediato. Al segundo intento, la chispa prendió en las hierbas secas. Un

instante después, un segundo fuego ardía en el hogar.

Los Mamutoi eran expertos en materia de artificios y estaban habituados a crear efectos. Se enorgullecían de saber inmediatamente cómo se lograban y rara vez se sorprendían, pero la demostración de Ayla los dejó mudos.

—La magia está en la piedra de fuego —dijo el viejo Mamut, mientras Ayla guardaba los materiales en el saquito para entregárselos a Lomie. Entonces cambió el tono de su voz—: Sin embargo, el modo de sacarle llama le fue desvelado a Ayla. No hizo falta que yo la adoptara, Lomie. Ella nació para el Hogar del Mamut, elegida por la Madre. No puede por menos de seguir su destino, pero ahora sé que yo debía formar parte de él, y por eso me fueron concedidos tantos años de vida.

Sus palabras provocaron escalofríos y erizaron los cabellos de todos los presentes. Mamut acababa de tocar el verdadero misterio, la profunda atracción que sentía cada uno de ellos, más allá de las charlas superficiales y del cinismo aparente. El viejo Mamut era un fenómeno; su misma longevidad era en sí un acto de magia, pues nadie había vivido nunca tanto tiempo. Hasta su nombre se había perdido en el transcurso de los años. Cada uno de ellos era un Mamut, el chamán de su propio Campamento, pero él era, simplemente, Mamut. Su nombre y su vocación se habían convertido en una sola cosa. Nadie dudaba de que su larga existencia tenía una finalidad. Si él decía que esa finalidad era Ayla, la muchacha debía de estar impregnada de los inexplicables misterios de la vida y del mundo que les rodeaba, esos misterios con los que cada uno de ellos tenía que enfrentarse.

Cuando ambos abandonaron la tienda, Ayla seguía preocupada por las palabras de Mamut. También ella había experimentado una repentina tensión y un erizamiento del vello cuando le oyó hablar de su destino. No le hacía ninguna gracia sentirse objeto de un interés tan marcado por parte de unas fuerzas que no podía controlar. El simple hecho de que Mamut hubiera hablado de su destino la hacía estremecerse. No se consideraba tan distinta de los demás y no quería serlo. Tampoco le gustaban los comentarios sobre su forma de hablar. En el Campamento del León nadie se fijaba ya en aquel detalle. Ella misma había terminado por olvidarse de que algunas palabras le fallaban a pesar de sus esfuerzos.

—¡Ayla! ¿Estás ahí? Te estaba buscando.

Levantó la vista y se encontró con los ojos rutilantes y la ancha sonrisa del hombre moreno con el cual estaba comprometida, sonriendo a su vez. Él era quien le hacía falta para librarse de aquellos pensamientos obsesivos. Cuando se volvió hacia Mamut, para ver si él todavía la necesitaba, el anciano sonrió, diciéndole que fuera a dar una vuelta con Ranec.

—Quiero presentarte a algunos tallistas. Hay aquí varios que están haciendo obras muy buenas —Ranec se la llevó abrazada por la cintura—. Siempre instalamos nuestro campamento cerca del Hogar del Mamut. Está reservado a los escultores: en él se dan cita todos los artistas.

Estaba entusiasmado. Ayla comprendió que era el mismo entusiasmo

experimentado por ella al darse cuenta de que Lomie era curandera. Si bien podían establecerse ciertas rivalidades con respecto a la habilidad de cada uno, sólo con alguien que practicara el mismo oficio era posible discutir detalles de la especialidad. Si quería controlar las virtudes del verbasco y de la vincapervinca para el tratamiento de la tos, por ejemplo, sólo podía hacerlo con una Mujer Que Cura, cosa que ella no podía hacer. Había observado que Jondalar, Wymez y Danug pasaban horas enteras discutiendo sobre el sílex y la elaboración de herramientas y se daba cuenta de que al propio Ranec le encantaba encontrarse con quienes, lo mismo que él, trabajaban el marfil.

Mientras cruzaban una parte de la zona despejada, Ayla notó que Danug y Druwez, en medio de un grupo de jóvenes, sonreían nerviosos ante una pies-rojos con quien estaban conversando. Danug, al verla, se disculpó rápidamente y cruzó a toda prisa la hierba seca y pisoteada para reunirse con la pareja.

—Te he visto discutir con Latie, Ayla; quería presentarte a algunos amigos, pero no podemos acercarnos mucho al Campamento de las Risitas…, ejem…, quiero decir…

Danug se interrumpió y se ruborizó al darse cuenta de que acababa de emplear el apodo puesto al espacio cuya entrada estaba vedada.

—Está bien, Danug. Desde luego, hay muchas risitas por allí.

El corpulento joven se relajó.

—Bueno, eso no tiene nada de malo. ¿Llevas mucha prisa? ¿No puedes venir ahora para que te presente a mis amigos?

Ayla consultó a Ranec con la mirada.

—Yo también quería presentarla a algunas personas —dijo el hombre moreno—. Pero no hay prisa. Podemos empezar por tus amigos.

Al acercarse al grupo de jóvenes, Ayla vio que la pies-rojos seguía allí.

—Quería conocerte, Ayla —dijo ésta, cuando Danug les hubo presentado—. Todo el mundo habla de ti, preguntándose de dónde vienes y por qué esos animales te obedecen. Todo eso es tan misterioso que dará que hablar durante años —sonrió, guiñándole un ojo—. Acepta un consejo: no digas a nadie de dónde vienes. Mantén la incertidumbre, es más divertido.

Ranec se echó a reír.

—Es posible que tenga razón, Ayla —dijo—. Cuenta, Mygie, ¿por qué estás de pies-rojos este año?

—Cuando Zacanen y yo deshicimos el hogar no quise quedarme en su Campamento, pero tampoco tenía muchos deseos de volver al de mi madre. Esto me pareció lo mejor. Así tengo un sitio en donde alojarme por algún tiempo, y si la Madre quiere darme un hijo, no lo lamentaré. ¡Oh! Ahora que me acuerdo: ¿Sabías que la Madre dio a otra mujer un bebé de tu espíritu, Ranec? ¿Recuerdas a Tricie, la hija de Marlie? ¿La que vive aquí, en el Campamento del Lobo? El año pasado estuvo de pies-rojos. Este año tiene un varoncito. La niñita de Toralie era morena,

como tú, pero éste no. Le he visto. Tiene la piel clara y el pelo rojo como ella, pero se te parece mucho. La misma nariz que tú y los mismos rasgos. Le ha llamado Ralev.

Ayla miró a Ranec con una sonrisa peculiar, notando que su color se acentuaba. «Está ruborizado», pensó, «pero hay que conocerle bien para darse cuenta. Estoy segura de que recuerda a Tricie».

—Será mejor que nos vayamos, Ayla —dijo el joven, rodeándole de nuevo la cintura con un brazo para instarla a cruzar la zona despejada. Pero ella se resistió unos instantes.

—Ha sido muy interesante conversar contigo, Mygie. Espero que volvamos a encontrarnos—. Después se volvió hacia el hijo de Nezzie—. Me alegra que me hayas presentado a tus amigos, Danug —dedicó a los jóvenes de su Campamento una de sus arrebatadoras sonrisas y agregó, mirando a cada uno por separado—: Y ha sido un placer conocer a todos los amigos de Danug.

Luego se marchó con Ranec. Danug la siguió con la mirada, ahogando un gran suspiro.

—Cómo lamento que Ayla no esté de pies-rojos —comentó.

Hubo varias exclamaciones de asentimiento.

Cuando Ranec y Ayla pasaron frente al albergue grande, rodeado por la zona despejada en tres de sus costados, un redoble de tambores surgió del interior, acompañado de otros sonidos interesantes que la joven no había oído hasta entonces. La entrada estaba cerrada. En el momento en que iban a penetrar en otro Campamento instalado al borde de la zona despejada, una mujer se atravesó en su camino.

—Ranec —dijo deteniéndose.

Era más baja de lo normal, de piel muy blanca, salpicada de pecas. Sus ojos, pardos, con motas verdes y doradas, brillaban de enojo.

—Conque has llegado acompañado al Campamento del León. ¿Por qué no pasaste por nuestro albergue para saludarnos? Pensé que te habrías caído al río o habrías muerto aplastado por una desbandada de animales.

Su tono era venenoso.

—¡Tricie! Yo…, eh…, iba a…, teníamos que montar el campamento.

Ayla nunca había visto tan aturdido al parlanchín de Ranec. Parecía que le habían comido la lengua. De no ser por la piel oscura, su rostro se habría puesto tan rojo como los pies de Mygie.

—¿No vas a presentarme a tu amiga, Ranec? —pregunto Tricie, sarcástica.

Era obvio que estaba alterada.

—Sí, por supuesto. Ayla, te presento a Tricie, una…, una… amiga.

—Tenía algo para mostrarte, Ranec —dijo Tricie, ignorando groseramente las presentaciones—, pero supongo que ya no te importa. Una Promesa que no es oficial no significa gran cosa. Supongo que ésta es la mujer con quien vas a unirte en la Ceremonia de la Unión de esta temporada.

Su voz denotaba no solamente irritación, sino dolor. Ayla adivinó cuál era el problema y se solidarizó con ella, pero no sabía bien cómo enfrentarse a la delicada situación. Por fin dio un paso hacia delante, con las manos extendidas.

—Tricie, soy Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar del Mamut del Campamento del León, protegida del León Cavernario.

La formalidad del saludo recordó a Tricie que ella era hija de una jefa y que el Campamento del Lobo actuaba de anfitrión. En consecuencia, a ella le cabía también cierta responsabilidad.

—En nombre de Mut, la Gran Madre, el Campamento del Lobo te da la bienvenida, Ayla de los Mamutoi —dijo.

—Me han dicho que tu madre es Marlie.

—Sí, soy hija de Marlie.

—Ya me la han presentado. Es una mujer notable. Es un placer conocerte.

Ayla percibió que Ranec daba un suspiro de alivio. Por encima del hombro, vio que Deegie se encaminaba hacia el albergue donde había oído los tambores y, dejándose llevar por un impulso, decidió dejar que Ranec resolviera a solas sus asuntos con Tricie.

—Ranec, allí veo a Deegie. Me gustaría discutir algunas cosas con ella. Más tarde vendré a conocer a los tallistas —y se alejó presurosa.

Ranec se quedó atónito ante su inesperada desaparición. De pronto comprendió que estaba condenado a dar algunas explicaciones a Tricie, le gustara o no. La bonita joven aguardaba, furiosa y lastimada. Fijó la mirada en aquella joven que estaba de pie frente a él: a pesar de su cólera, parecía muy vulnerable. Su cabello rojo, de un matiz vibrante poco usual, junto con sus pies rojos, hicieron que el pasado verano resultase doblemente atractiva. Ella también era artista y a Ranec le impresionaba la calidad de su obra: sus cestos eran de una belleza exquisita, y la espléndida esterilla de su hogar era igualmente obra suya. El verano anterior había tomado tan en serio su papel de pies-rojos que, en un principio, no quiso dedicarse a un hombre experimentado; fue precisamente su resistencia lo que inflamó los deseos de Ranec.

Pero en realidad no se habían comprometido. Fue ella quien rechazó la posibilidad de una Promesa formal, temiendo que eso enfadara a Mut, privándola de su bendición. Ranec pensó que, por lo visto, la Madre no debía de haberse enfadado gran cosa, puesto que extrajo su esencia para hacer el hijo de Tracie. Adivinó que era eso lo que ella quería enseñarle, tenía ya un hijo que aportar al hogar, un hijo de ambos. Esto la hubiera hecho irresistible en otras circunstancias, pero Ranec amaba a Ayla. De haber tenido mucho que ofrecer, habría pedido a las dos; pero era preciso escoger, y el asunto no admitía discusión. Con sólo pensar en vivir sin Ayla se le hacía un nudo de pánico en el estómago. La deseaba más que a ninguna otra mujer.

Ayla llamó a Deegie y, cuando la alcanzó, caminaron juntas.

—Veo que ya conoces a Tricie —dijo Deegie.

—Sí, pero, al parecer, necesitaba hablar con Ranec; por eso me ha alegrado verte.

Así he tenido una excusa para dejarlos solos.

—¡Ya lo creo que quiere hablar con él! El verano pasado todo el mundo comentaba que iban a comprometerse.

—Tiene un hijo, ¿sabes?

—¡No lo sabía! Apenas he podido saludar a unos cuantos y nadie me lo ha dicho. Eso va a aumentar su Precio Nupcial. ¿Quién te lo ha contado?

—Mygie, una de las pies-rojos. Dice que el niño es del espíritu de Ranec.

—¡Cómo se mueve ese espíritu! Ya hay un par de críos con su esencia. Con los otros hombres nunca se sabe con certeza, pero tratándose de él, sí. Se nota por el color —comentó Deegie.

—Dice Mygie que este pequeño es de piel clara y pelirrojo, pero que se parece a él.

—¡Eso sí que es interesante! Más tarde tendré que visitar a Tricie —decidió Deegie, con una sonrisa—. La hija de una Mujer Que Manda tiene que visitar a la hija de otra Mujer Que Manda, sobre todo a la del Campamento anfitrión. ¿Me acompañarás?

—No estoy segura… Sí, creo que sí.

Habían llegado a la entrada del albergue de cuyo interior brotaban los sonidos extraños.

—Iba a pasar un rato por aquí. Esto es el Albergue de la Música. Tal vez te guste —sugirió Deegie, y arañó la cobertura de cuero. Mientras esperaban a que alguien la desatara por dentro, Ayla echó un vistazo en derredor.

Al sudoeste de la entrada había una empalizada, hecha con siete colmillos de mamut y otros huesos. Posiblemente un cortavientos, dedujo Ayla. El campamento estaba situado en una hondonada y el viento sólo podía soplar desde el valle por donde corría el río. Al nordeste había cuatro grandes hogares al aire libre y dos zonas de trabajo bien delimitadas: una para la fabricación de herramientas de hueso y marfil, otra para la talla del pedernal. Allí estaban Jondalar y Wymez, con varias personas más, hombres y mujeres, todos ellos expertos en el oficio. Debería de haber imaginado que le encontraría allí.

Cuando retiraron la cortina, Deegie indicó a Ayla que la siguiera, pero alguien la detuvo.

—Deegie, sabes que no se permite la entrada a los visitantes. Estamos practicando.

—Pero es una hija del Hogar del Mamut, Kylie —dijo la muchacha, sorprendida.

—No veo ningún tatuaje. ¿Cómo puede ser Mamutoi sin tatuajes?

—Es Ayla, hija del viejo Mamut. Él la adoptó para su hogar.

—Espera un momento. Voy a preguntar.

Deegie se mostraba impaciente, pero Ayla aprovechó para observar el albergue con más detenimiento. Daba la impresión de haberse derrumbado en parte.

—¿Por qué no me dijiste que era la de los animales? —protestó Kylie, cuando

Ayla volvió—. Pasad.

—Deberías de saber que yo no traigo a nadie que no sea aceptable.

El interior no estaba a oscuras, pues el agujero para el humo era algo más amplio de lo habitual y permitía la entrada de luz, pero los ojos tardaban un rato en adaptarse, tras haber estado en la luminosidad exterior. Al principio, Ayla pensó que su interlocutora, mucho más baja que Deegie, era una chiquilla. Al verla más de cerca pudo apreciar que era, quizá, algunos años mayor que ella. Kylie era baja y menuda, casi frágil; al lado de Deegie era fácil confundirla con una niña, pero sus movimientos ágiles revelaban la seguridad de una mujer hecha y derecha.

Dentro había menos espacio del que Ayla había supuesto desde el exterior. El techo era más bajo que de costumbre, y la mitad del espacio utilizable estaba ocupado por cuatro cráneos de mamut, parcialmente enterrados en el suelo, con los alvéolos de los colmillos hacia arriba, en los cuales se habían insertado troncos de árboles pequeños como soportes para el techo, que amenazaba derrumbarse. Al observar el ambiente, la muchacha comprendió que aquel albergue distaba mucho de ser nuevo. Los montantes de madera y el techo de chamiza habían adquirido con el tiempo un color grisáceo. Se había barrido el suelo y aún se veían señales de antiguos hogares. No había enseres domésticos ni fuegos para cocinar; sólo una pequeña fogata.

Entre los soportes de madera se habían tendido unas cuerdas, de las que pendían unas cortinas cuya finalidad debió de ser la de dividir los espacios y que ahora estaban levantadas. De las cuerdas y de las clavijas que atravesaban los montantes de madera colgaba toda suerte de objetos: prendas coloreadas, tocados de aspecto fantástico, collares de cuentas de marfil y de conchas colgantes de hueso y ámbar, y otras cosas más que a Ayla le resultaban completamente desconocidas.

En el albergue había varias personas. Algunas estaban tomando una infusión, sentadas alrededor del pequeño fuego; una pareja cosía prendas de vestir a la luz del agujero para el humo. A la izquierda de la entrada, algunos estaban sentados o arrodillados junto a grandes huesos de mamuts, decorados con líneas rojas y zigzags. Ayla reconoció inmediatamente un fémur, un omoplato, dos mandíbulas inferiores, un hueso de la pelvis y un cráneo. Las saludaron con cordialidad, pero Ayla tuvo la sensación de que había interrumpido algo. Todos tenían los ojos fijos en ellas, como preguntándose qué habrían ido a buscar allí.

—No dejéis de practicar por culpa nuestra —rogó Deegie—. He traído a Ayla para que os conociera, pero no queremos interrumpir. Esperaremos a que hayáis terminado.

Todos volvieron a su tarea, mientras ellas se sentaban en esterillas, a poca distancia.

Una mujer, que estaba arrodillada frente a un fémur grande, comenzó a marcar un ritmo monótono en su instrumento con un mogote de reno en forma de martillo; pero los sonidos no eran puramente rítmicos: cuando golpeaba el fémur en diferentes lugares, surgía una melodía resonante que cambiaba de tono y de timbre. Ayla

observó con más atención para averiguar el origen de aquella sorprendente sonoridad.

El fémur medía unos setenta y cinco centímetros; no reposaba directamente sobre el suelo, sino que estaba colocado horizontalmente sobre dos soportes. Se había eliminado la epífisis, así como una parte del tejido esponjoso, con el fin de agrandar el canal medular. En la parte superior del hueso se habían pintado con ocre rojo, a intervalos regulares, bandas en zigzag que semejaban los motivos que ornaban casi todos los objetos que salían de las manos de los Mamutoi, desde sus botas hasta sus construcciones. Pero en este caso concreto, esas marcas no tenían precisamente una finalidad decorativa o simbólica. Al cabo de un rato de haber estado observando a la mujer que tocaba, Ayla llegó a la conclusión de que dichas marcas eran referencias para saber qué punto había que golpear para producir el sonido que se deseaba obtener.

Ayla ya había visto a los Mamutoi tocar el tambor y a Tornec golpear un omoplato. Los sonidos que arrancaban a aquellos instrumentos eran muy variados, pero era la primera vez que escuchaba tal variedad de sonoridades musicales. Los Mamutoi parecían estar convencidos de que ella poseía dotes mágicas, pero su música le parecía mucho más mágica que la que ella hacía. Un hombre comenzó a golpear el omoplato de mamut, semejante al de Tornec, con un martillo de asta. El timbre y la sonoridad del omoplato eran más agudos que los del fémur, pero su sonido completaba y potenciaba la música que la mujer ejecutaba sobre el fémur.

Este gran omoplato, de forma triangular, tenía una altura de unos sesenta y cinco centímetros. La parte más ancha del hueso (casi cincuenta centímetros) se apoyaba en el suelo y el hombre sujetaba el instrumento por su extremidad superior, la parte más estrecha del omoplato. Estaba igualmente marcado con bandas en zigzag y paralelas de color rojo. Cada banda tenía la anchura del dedo meñique de la mano y su diseño era perfectamente regular. La separación entre bandas era siempre la misma. En el punto en que el ejecutante golpeaba con más frecuencia, en el centro de la parte inferior, las bandas se habían borrado y el hueso estaba brillante por el uso.

Cuando el resto de los instrumentistas se unió a los dos primeros, Ayla contuvo la respiración. Al principio, subyugada por aquellos complejos sonidos, se limitó a escuchar. Después concentró su atención en cada uno de los músicos.

El hombre maduro que golpeaba la quijada inferior no empleaba un mogote como martillo, sino un trozo de colmillo de mamut, de unos treinta centímetros, cuyo extremo más grueso estaba tallado en forma de bola. Sólo su mitad derecha estaba pintada de rojo, lo mismo que los demás instrumentos. La parte izquierda descansaba en el suelo y el hombre sólo tocaba en la parte pintada, la que no estaba en contacto con el suelo, de forma que arrancaba a su instrumento un sonido claro, no del todo sordo. Con su martillo de marfil tocaba tanto sobre las bandas paralelas pintadas de la parte interior como sobre el borde exterior o bien lo dejaba correr por la superficie desigual de los dientes para producir unos sonidos estridentes.

La otra quijada, procedente de un animal más joven, estaba al cargo de una mujer.

Tenía cincuenta centímetros de largo y treinta y cinco centímetros en su parte más ancha; la parte derecha estaba pintada con bandas rojas en zigzag. Se había arrancado un diente para dejar una cavidad, de cinco por doce centímetros, lo que modificaba la sonoridad del instrumento y potenciaba su registro agudo.

La mujer que tocaba en el hueso pélvico había apoyado una de las extremidades en el suelo y mantenía igualmente su instrumento en sentido vertical. Dejaba caer su martillo de mogote principalmente sobre el centro del hueso, ligeramente curvado en ese punto, lo que le convertía en caja de resonancia y permitía arrancarle sonoridades especiales. Las bandas rojas pintadas en ese punto estaban completamente borradas.

Ayla conocía ya los sonidos más graves, potentes y resonantes que un joven le arrancaba a un cráneo de mamut. Tocaba este instrumento tan bien como Deegie y Mamut. Golpeaba en la frente y en la bóveda craneal, que, en lugar de estar decorada con bandas en zigzag, estaba adornada con líneas ramificadas, con marcas discontinuas y con puntos.

Cuando todos dejaron de tocar, con una nota satisfactoria como final, se entabló una discusión en la que Deegie participó. Ayla se limitaba a escuchar, tratando de reconocer los términos poco familiares que empleaban, pero sin intervenir en la discusión.

—Esta pieza necesita equilibrio, además de armonía —dijo la mujer que tocaba el instrumento de fémur—. Creo que deberíamos introducir una cañafístula antes de que Kylie baile.

—Podrías convencer a Barzec para que cantara esa parte, Tharie —propuso Deegie.

—Será mejor que lo haga más adelante. Kylie y Barzec al mismo tiempo sería demasiado. Saldrían los dos perjudicados. No, me parece mejor una cañafístula de cinco agujeros. Probemos, Manen —dijo a un hombre, de barba bien recortada, que se les había reunido apartándose del otro grupo.

Tharie volvió a tocar y esta vez los sonidos que arrancaba al fémur le parecieron a Ayla casi familiares. Se sentía feliz de poder asistir a aquella repetición y no deseaba otra cosa que seguir escuchando a los músicos. Le encantaba aquella experiencia nueva. La cañafístula que empleaba Manen era una pata de cigüeña, vaciada en su interior. Cuando se puso a tocar, aquellas obsesionantes sonoridades del instrumento recordaron a Ayla la voz sobrenatural de Ursus, el Gran Oso Cavernario, durante la Reunión del Clan. Sólo un mog-ur podía producir un sonido como aquél. Era un secreto al que sólo ellos tenían acceso y que se transmitían de unos a otros. También ellos debían de utilizar un instrumento similar a aquél, pensó Ayla.

Kylie se puso a bailar. En sus brazos llevaba unos brazaletes similares a los de la danzarina sungaea. Cada uno de ellos estaba compuesto por cinco círculos muy finos en marfil de mamut, de un centímetro de ancho. En cada uno de los brazaletes se habían grabado unas marcas en diagonal que irradiaban a partir de un rombo central, pero, cuando los brazaletes se juntaban, se formaba un diseño de conjunto en zigzag.

En cada uno de los extremos se había practicado un agujero para enlazarlos unos con otros; cuando Kylie ejecutaba determinados movimientos, repiqueteaban al unísono.

Kylie se mantenía más o menos en el mismo lugar, adoptando a veces posiciones increíbles que mantenía durante un rato, otras veces ejecutaba movimientos acrobáticos, que provocaban un enfático repiqueteo de sus brazaletes. Los gestos de esta joven, fuerte y flexible, eran tan graciosos que hacía que parecieran fáciles, pero Ayla comprendió que a ella le habría sido imposible imitarlos. Quedó encantada con la actuación y le dedicó sinceras y calurosas alabanzas, a la manera de los Mamutoi.

—¿Cómo lo conseguís? ¡Es maravilloso! Todo: el sonido, los movimientos…, nunca vi nada igual.

Las sonrisas de agradecimiento de Kylie y de los músicos demostraron que sus elogios eran bien recibidos. Deegie percibió que los músicos estaban satisfechos y que había pasado el momento de concentración intensa. Ahora estaban dispuestos a descansar y a satisfacer su curiosidad acerca de la misteriosa mujer que, al parecer, había surgido de la nada para convertirse en Mamutoi. Se sentaron alrededor del fuego, avivaron las brasas, agregaron leña y pusieron piedras a calentar y agua a hervir en un cuenco de madera para preparar una infusión.

—Parece imposible que tú no conozcas algo parecido, Ayla —observó Kylie.

—No, en absoluto —aseguró la visitante.

—¿Y los ritmos que me enseñaste? —recordó Deegie.

—No es lo mismo. Sólo son simples ritmos del Clan.

—¿Ritmos del Clan? —preguntó Tharie—. ¿Qué es eso?

—El Clan es el pueblo con el que me crié…

—Son engañosamente simples, pero evocan fuertes sentimientos —la interrumpió Deegie.

—¿Por qué no nos enseñas de qué se trata? —sugirió el joven que tocaba el tambor de cráneo de mamut.

Deegie miró a su compañera.

—¿Lo hacemos, Ayla? —y explicó a los otros—: Hemos estado practicando un poquito con ellos.

—Creo que podríamos —se animó Ayla.

—Vamos a verlo. Necesitamos algo para marcar un ritmo intenso y cadencioso, apagado, sin resonancia, como si algo golpeara contra el suelo. Marut, ¿le prestas tu tambor a Ayla?

—Creo que podemos envolver mi martillo con un trozo de cuero —ofreció Tharie, tendiéndole su largo instrumento de hueso.

Los músicos estaban intrigados. Siempre les interesaba la perspectiva de algo nuevo. Deegie se arrodilló en la esterilla delante del fémur de Tharie y Ayla se sentó con las piernas cruzadas ante el tambor, golpeándolo suavemente para conocer su sonido. Luego Deegie golpeó el fémur en varios puntos, hasta que su compañera le hizo señas de que había dado con el tono.

Una vez preparadas, Deegie comenzó a golpear el fémur lenta y regularmente, produciendo siempre el mismo sonido pero variando ligeramente el tempo hasta que Ayla hizo un signo de aprobación con la cabeza. Ayla cerró los ojos y, cuando se consideró preparada para seguir el ritmo regular de Deegie, comenzó a golpear el tambor. El timbre de éste tenía demasiada resonancia para reproducir con exactitud los sonidos que ella recordaba. Era difícil, por ejemplo, recrear el estallido seco de un trueno; el staccato de los golpes del tambor se parecía más a un retumbar continuado. Pero Ayla había tocado ya un tambor de aquel tipo y estaba habituada. No tardó en entretejer, en contrapunto con el batir regular del instrumento de Deegie, un ritmo extraño, que no parecía obedecer a ninguna norma, una serie de sonidos que no tenían nada que ver unos con otros y cuyo tempo variaba. Los dos ritmos eran tan diferentes que no parecían tener ninguna relación entre sí. Sin embargo, un batir más pronunciado del ritmo de Ayla coincidía, una vez de cada cinco, con el repiqueteo regular de Deegie, casi como por casualidad.

Los dos ritmos producían una sensación de suspenso e incluso, a la larga, una ligera ansiedad. De repente, cuando ya parecía imposible, las dos mujeres se ponían a tocar al unísono. Todo el mundo se sintió aliviado. Acto seguido, nuevamente empezaron a tocar cada cual su ritmo y la tensión subió de punto. Justo en el momento en que aquello parecía estar haciéndose insoportable para los asistentes, Ayla y Deegie se interrumpieron, tras un golpe final, dejando planear de nuevo la sensación de suspenso. Después, con gran sorpresa de todos, incluida Deegie, se escuchó un silbido gangoso, similar al de la flauta, un sonido sobrenatural y obsesivo, que no era precisamente melodioso y que provocó un escalofrío entre los allí presentes. Cuando se quebró la última nota, una sensación de encontrarse fuera de este mundo planeó en el ambiente durante un buen rato.

Durante unos momentos, todos guardaron silencio.

—¿Quién ha tocado la flauta? —preguntó finalmente Tharie, segura de que no había sido Manen, pues estaba a su lado.

—Nadie —dijo Deegie—. No era un instrumento. Era Ayla quien silbaba.

—¿Silbaba? No es posible. ¿Quién puede silbar así?

—Ayla es capaz de imitar cualquier tipo de silbido —aseguró la muchacha—. Tendrías que oírla cuando llama a los pájaros. Hasta ellos se confunden. Puede hacerles bajar a comer de su mano. Es parte de su dominio sobre los animales.

—¿Por qué no nos muestras cómo canta algún pájaro, Ayla? —solicitó Tharie, con cierto tono de incredulidad en la voz.

Aun cuando el sitio no le parecía del todo apropiado, Ayla ejecutó una parte de su repertorio, que provocó la admiración del auditorio, tal como Deegie había imaginado.

Cuando Kylie le propuso echar un vistazo a la tienda, se sintió aliviada. La joven danzarina le mostró algunas prendas y otros complementos. Descolgó uno de los tocados para que lo viera de cerca y Ayla comprobó que se trataba en realidad de una

máscara. Casi todos aquellos complementos eran de colores chillones. Pero por la noche, al resplandor del fuego, los colores de las prendas debían de resultar llamativos y parecerles prácticamente normales a los espectadores. Una mujer acababa de sacar ocre rojo de una bolsa y estaba a punto de mezclarlo con grasa. Esto recordó a Ayla la pasta de ocre rojo con la que Creb había untado el cuerpo de Iza antes de enterrarlo y sintió un escalofrío. Le habían dicho que aquella pasta se empleaba para colorear la cara y el cuerpo de los músicos y de los danzantes; vio también creta y carbón de madera.

Al ver que un hombre cosía cuentas en una túnica, utilizando un punzón, se le ocurrió que la tarea sería mucho más fácil con un tirahebras, y decidió sugerir a Deegie que les llevara uno un poco más tarde. De momento ya había llamado bastante la atención, y eso la ponía incómoda. Mientras examinaban collares y otras joyas, Kylie le mostró dos conchas cónicas y se las colocó delante de las orejas.

—Es una lástima que no tengas los lóbulos perforados —comentó—. Te quedarían muy bonitas.

—Son hermosas —dijo Ayla.

En ese momento notó que su interlocutora tenía agujeros en las orejas y en la nariz. Aquella mujer le gustaba; su admiración por ella bien podía convertirse en amistad.

—De todas formas, ¿por qué no te las llevas? Deegie o Tulie pueden hacerte las perforaciones. Y también deberías hacerte un tatuaje, Ayla. Así podrás ir adonde quieras, sin explicar a todos que perteneces al Hogar del Mamut.

—Pero no soy Mamut, realmente.

—Yo diría que sí. No conozco los ritos, pero estoy segura de que Lomie no vacilaría si le dijeras que estás dispuesta a dedicarte a la Madre.

—Es que no estoy segura de estar dispuesta.

—Tal vez no, pero ya lo estarás. Lo percibo en ti.

Cuando ella y Deegie se despidieron, Ayla comprendió que se le había otorgado algo muy especial: una visita privada a la parte oculta del escenario, cosa que muy pocos veían. Incluso ahora que había descubierto algunos secretos, la Cabaña de los Músicos seguía siendo un lugar misterioso, más mágico y más sobrenatural aún de lo que cabría imaginarse visto desde fuera. Ayla echó un vistazo al sector donde se trabajaba el pedernal, pero Jondalar no estaba allí.

Siguió a Deegie a través del acampamiento; se encaminaron hacia la parte trasera de la hondonada, saludando a amigos y parientes al pasar. Llegaron a un sitio donde había tres Campamentos, asentados entre la maleza, frente a un claro. Ayla percibió en esa zona algo diferente, sin que le fuera posible al principio detectar el porqué. Después comenzó a advertir ciertos detalles específicos: las tiendas aparecían raídas, con los agujeros a la vista o mal reparados, y además, no estaban bien sujetas. Un olor desagradable y el zumbido de las moscas le hicieron reparar en un trozo de carne podrida, que había quedado en el suelo, entre dos tiendas; entonces vio más basura

esparcida por todas partes. Sabía que los niños se ensuciaban mucho con frecuencia, pero los que había allí tenían aspecto de no haber sido lavados en mucho tiempo. En todo aquel lugar cundía la mugre.

Entonces vio que Chaleg holgazaneaba frente a una de las tiendas. La aparición de la muchacha le pilló por sorpresa, y su primera expresión fue de un odio avieso. Ayla se asustó. Sólo Broud la había mirado así. Chaleg disimuló de inmediato, pero su sonrisa hipócrita y malévola fue casi peor que su odio flagrante.

—Alejémonos de aquí —dijo Deegie, con un resoplido desdeñoso—. Conviene saber por dónde están, para saber por dónde no ir.

De pronto se produjo un estallido de gritos y alaridos; un niño en los albores de la adolescencia y una niña de unos once años aparecieron a todo correr.

—¡Devuélveme eso! ¿Me oyes? ¡Devuélveme eso enseguida! —aullaba la niña, persiguiendo al chico.

—Antes tendrás que atraparme —la desafió él, sacudiéndole algo delante de la cara.

—Pedazo de… Oh, grandísimo… ¡Devuélveme eso! —gritó la niña, y corrió tras él con un nuevo arrebato.

La sonrisa del muchacho revelaba sin lugar a dudas que se deleitaba con la contrariedad y la frustración de su perseguidora, pero, al volver la cara para mirarla, tropezó con una raíz saliente. Cayó como un saco, y la niña se arrojó sobre él, golpeándole con saña. El chico le pegó en pleno rostro, haciéndole sangre en la nariz. Ella lanzó un grito y le partió el labio de un puñetazo.

—¡Ayúdame, Ayla! —exclamó Deegie, precipitándose hacia los niños que se revolcaban en el suelo.

Aunque no era tan fuerte como su madre, sujetó al muchachito, que en aquel momento estaba montado sobre su hermana, y éste no tuvo forma de resistirle. Ayla apresó a la niña, que aprovechó la intervención de Deegie para atacar otra vez a su hermano.

—¿Qué significa este comportamiento? —dijo Deegie con severidad—. ¿Cómo podéis hacer algo tan vergonzoso? ¡Golpearse de este modo, dos hermanos! Bueno, ambos vendréis conmigo. ¡Vamos a arreglar esto ahora mismo!

Y arrastró al reacio muchachito por un brazo. Ayla la siguió, llevando a la niña, que se debatía tratando de escapar.

La gente, al verlas pasar con los niños ensangrentados, las miraba fijamente y se unía a la marcha. Cuando Deegie y Ayla llegaron a los albergues situados en el centro del campamento, la noticia se les había anticipado y un grupo de mujeres las esperaba. Ayla vio allí a Tulie, a Marlie y a Brecie, las jefas que componían el Consejo de las Hermanas.

—¡Ella empezó! —gritó el chico.

—¡Él me quitó el…!

—¡Silencio! —ordenó Tulie, en voz alta y con firmeza. Sus ojos lanzaban

furiosos destellos.

—No hay excusas para golpear a otra persona —agregó Marlie, tan enojada como su compañera—. Los dos tenéis edad suficiente para haberlo aprendido. Y si no lo sabéis, lo aprenderéis ahora. Traed las correas —ordenó.

Un hombre joven corrió al interior de un albergue; pronto salió Valez, llevando varias tiras de cuero. La niña parecía horrorizada; su hermano dilató los ojos, forcejeando por liberarse. Logró escapar y echó a correr, pero Talut, que salía en aquel momento del Campamento de la Espadaña, le atrapó en un instante y le llevó de nuevo hasta las mujeres.

Ayla estaba preocupada. Ambos niños necesitaban ser atendidos de las lesiones. Además, ¿qué iban a hacerles? Después de todo, no eran más que unas criaturas.

Mientras Talut sostenía al niño, otro hombre cogió una de las largas correas y comenzó a atarle el brazo derecho al costado, inmovilizándoselo sin cortarle la circulación. Alguien se encargó de la niña, que se echó a llorar cuando le ataron el brazo derecho.

—Pero… es que él… me quitó…

—No importa lo que te haya quitado —dijo Tulie.

—Hay otros medios de recobrar las cosas —añadió Brecie—. Debiste acudir al Consejo de las Hermanas. Para eso están los Consejos.

—¿Qué pasaría si cualquiera tuviese derecho para golpear a otro porque no están de acuerdo o porque han discutido o sustraído alguna cosa? —inquirió otra de las mujeres.

Mientras ataban el tobillo izquierdo del niño al derecho de su hermana, Marlie agregó:

—Ambos debéis aprender que no hay vínculo tan fuerte como el que une al hermano y a la hermana. Es el vínculo de nacimiento. Y para que lo recordéis, pasaréis dos días atados. Las manos que se golpearon estarán atadas, para que no vuelvan a levantarse con enojo. Ahora tendréis que ayudaros mutuamente. El uno no podrá ir adonde no vaya el otro, ni podrá dormir hasta que el otro se tienda. Ninguno de los dos podrá comer, beber, lavarse ni hacer ningún acto personal sin la ayuda del otro. Aprenderéis a depender el uno del otro, como deberéis hacerlo durante toda la vida.

—Y cuantos os vean así sabrán de la abominación que habéis cometido —agregó Talut, en voz tan alta que todos le oyeron.

—Deegie —intervino Ayla, en voz baja—, estos niños necesitan asistencia. La niña sigue sangrando por la nariz y el chico tiene el labio hinchado.

Su amiga se acercó a Tulie y le susurró algo al oído. La jefa, asintiendo, se adelantó un paso.

—Antes de volver a vuestro Campamento, acompañad a Ayla al Hogar del Mamut, donde ella os curará las heridas que os habéis hecho mutuamente.

La primera lección que ambos tuvieron que aprender fue la de acoplar sus pasos:

con los tobillos atados, se veían obligados a caminar al mismo paso y en la misma dirección. Deegie les acompañó al Hogar del Mamut. Después de lavados y curados, las jóvenes les siguieron con la vista mientras ellos se alejaban renqueando.

—Es cierto que se pegaron bien —dijo Ayla, mientras volvían al Campamento de la Espadaña—, pero también que el muchacho le quitó algo a su hermana.

—Eso no importa —replicó Deegie—. Ésa no es forma de recuperar algo. Han de aprender que pelearse es inadmisible. Como es indudable que en su Campamento no se lo enseñaron, tendrán que aprenderlo aquí. Ahora comprenderás por qué Crozie se resistía a la unión de Fralie con Frebec.

—No. ¿Por qué?

—¿No lo sabías? Frebec es originario de uno de estos tres Campamentos. Los tres están muy emparentados entre sí. Chaleg es primo de Frebec.

—Pero Frebec ha cambiado mucho, por cierto.

—Es verdad, pero te seré franca: todavía no me fío demasiado de él. Me reservo la opinión hasta que se le ponga a prueba.

Ayla no podía quitarse a los niños de la cabeza; era como si le correspondiera aprender algo de esa experiencia. El juicio había sido rápido y sin apelación. Ni siquiera se les había dado la posibilidad de justificarse; nadie pareció pensar en atender antes sus magulladuras. Sin embargo, ni las heridas eran graves ni el castigo doloroso, aunque la humillación y el ridículo pudiesen perdurar durante años.

—Deegie —preguntó—, esos niños tienen un brazo libre cada uno, ¿qué les impide desatarse?

—Todo el mundo se daría cuenta. Por humillante que les resulte caminar atados, mucho peor sería quitarse las ligaduras. Todos dirían que están dominados por los espíritus malignos de la ira y que no saben dominarse ni aprender el valor de la mutua ayuda. Todo el mundo les daría de lado y la vergüenza sería aún mayor.

—No creo que olviden jamás la lección.

—Ni ellos ni otros muchos de su edad. Hasta las discusiones escasearán por algún tiempo, aunque unos cuantos gritos no dañan a nadie.

Ayla estaba ansiosa por volver a la familiaridad del Campamento de la Espadaña. Había visto tanto y conocido a tanta gente que su cabeza era un torbellino. Sin embargo, no pudo evitar echar una ojeada cuando pasaron de nuevo junto al sector en donde se trabajaba el pedernal. Esta vez vio a Jondalar, pero también a alguien más a quien no esperaba encontrar allí: Mygie contemplaba con adoración aquellos asombrosos ojos azules, y su postura resultaba algo atrevida a los ojos de la muchacha. Jondalar le sonreía con una soltura que Ayla no le había visto en mucho tiempo, al igual que la audacia de su mirada.

—Me habían dicho que las pies-rojos debían dedicarse a la formación de los adolescentes —observó, pensando que Jondalar no necesitaba ningún tipo de enseñanzas.

Deegie vio su expresión y adivinó en el acto el motivo. La comprendía, pero, por

otra parte, también para Jondalar había sido un invierno largo y difícil.

—Tiene necesidades físicas, Ayla, lo mismo que tú.

De pronto, la joven se ruborizó. Después de todo, ella había compartido el lecho de Ranec, mientras Jondalar dormía solo. ¿Por qué le molestaba que él compartiera Placeres con otra mujer durante la Reunión de Verano? En realidad, no la inquietaba que eligiera a Mygie, sino que no la hubiera elegido a ella.

—Si necesita una mujer —continuó Deegie—, es preferible que se entienda con una pies-rojos. Ellas no se pueden comprometer. A menos que se enamore, esto no durará más que una estación. Este invierno todo habrá terminado. No creo que sus sentimientos por Mygie sean muy fuertes, Ayla, y no le vendrá mal ir con una mujer; eso puede ayudarle a relajarse y a pensar con más claridad.

—Tienes razón, Deegie. ¿Qué importancia tiene? Se irá después de la cacería del mamut, según ha dicho… Y yo he prometido unirme a Ranec.

«Y después», pensó, mientras caminaban por entre una verdadera muchedumbre, «volveré al Clan para buscar a Durc y me le traeré a vivir con nosotros. Podrá convertirse en Mamutoi y compartir nuestro hogar. Será un buen amigo para Rydag. Y también podré traerme a Ura, para que tenga una compañera. Y yo viviré aquí, con todos mis amigos, con Ranec, que me ama, y con Durc, mi hijo, Rydag, los caballos y Lobo… Y nunca jamás volveré a ver a Jondalar».

Una fría tristeza se apoderó de ella.

Capítulo 33

Rugie y Tusie entraron corriendo en el sector principal de la tienda, muy sonrientes.

—Hay otra afuera —anunció Rugie.

Ayla se apresuró a bajar la vista. Nezzie y Tulie intercambiaron una mirada de inteligencia. Fralie sonrió. Frebec esbozó una amplia sonrisa.

—¿Otra qué? —preguntó Nezzie, para estar segura, aunque lo sabía.

—Otra «legación» —explicó Tusie, con el tono de altivez de quien está cansada de tonterías.

—Entre las delegaciones y tus obligaciones de guardiana, estás pasando el verano muy ocupada, Tulie —comentó Fralie, mientras cortaba un poco de carne para Tasher, pero le constaba que la jefa estaba más que encantada de ser el centro de atracción del interés que despertaba el Campamento del León y sus miembros.

Tulie salió con Ayla. Nezzie las siguió por si la necesitaban, pues los demás ya habían desaparecido. Fralie y Frebec se acercaron a la abertura de la tienda para saber de quiénes se trataba. Frebec fue a reunirse con las tres mujeres, mientras que Fralie se quedó para cuidar a los niños con el fin de que no molestaran a los visitantes.

Había un grupo esperando fuera del territorio que Lobo había marcado como perteneciente al Campamento del León. Había trazado una frontera imaginaria con su orina y la patrullaba sin cesar. Cualquiera podía acercarse, pero nadie ponía un pie dentro de sus terrenos sin que previamente alguien en quien el animal confiara le diera la bienvenida.

Lobo estaba entre el grupo y la tienda, en actitud defensiva y gruñendo. Ninguno de los visitantes se mostraba dispuesto a comprobar sus intenciones. Ayla le llamó, haciéndole la señal de «amigo», que a ella y a sus compañeros les había costado toda una mañana de adiestramiento. Si bien toleraba mejor a los visitantes ya conocidos que a los extraños, dejaba ver bien claro que no le gustaba la compañía y se sentía a sus anchas cuando se marchaban.

Eso significaba para él que, contrariamente a lo que le dictaba su instinto, debía dejar pasar a los extranjeros. Aun cuando toleraba más fácilmente a los que visitaban con regularidad el Campamento del León que a los desconocidos, siempre daba a entender que no le gustaba la compañía y parecía relajarse cuando se iban.

De cuando en cuando, Ayla le llevaba a dar una vuelta por el campamento para que se acostumbrara a la gente, pero sin que se separara de su lado. Cuando la veían pasar tranquilamente acompañada de un lobo, la miraban sorprendidos, lo que le contrariaba mucho. Pero no por eso dejaba de pasearse en su compañía por el recinto; lo consideraba indispensable, pues Lobo no volvería a vivir con sus congéneres. Si había de compartir su vida con la gente, tenía que acostumbrarse a ciertas cosas. Los seres humanos gustan de la compañía, incluso de la de los extraños, y a veces se juntan y forman grupos muy nutridos. Lobo tenía que aceptar esa realidad.

De cualquier modo, Lobo no pasaba todo su tiempo dentro del Campamento de la

Espadaña. A veces se llegaba hasta la pradera con los caballos o simplemente a dar una vuelta él solo; otras veces salía a cazar con Ayla, Jondalar o Danug; y en ocasiones, para asombro de muchos, con Frebec.

El hombre del Hogar de la Cigüeña le llamó y se alejó con él hacia el cobertizo de los caballos, para quitarle de en medio. El lobezno ponía nerviosa a la gente y podía ejercer un efecto negativo sobre las delegaciones que acudían a tantear a Ayla, en nombre de algún interesado. Aquellos hombres no querían formar un hogar con la muchacha, pues la sabían comprometida con Ranec. No buscaban en ella a una compañera, sino a una hermana. Las delegaciones que llegaban al Campamento del León venían con ofertas para adoptarla.

Tulie, astuta como era y conocedora de la costumbre de su pueblo, no había llegado a calcular el alcance de aquellas posibilidades. Lo comprendió de inmediato cuando se le acercó una mujer amiga suya, que sólo tenía hijos varones, preguntándole si estaba dispuesta a considerar un ofrecimiento de su Hogar y de su Campamento para la adopción de Ayla.

—Debería haber sabido desde el primer momento —explicó más tarde al Campamento del León— que una mujer libre de su rango, su belleza y sus talentos sería muy deseable como hermana, sobre todo desde que pertenece al Hogar del Mamut. Normalmente no se considera a éste como hogar familiar. No hace falta aceptar a nadie, a menos que Ayla así lo desee, pero bastan estos ofrecimientos para aumentar su valor.

Tulie no cabía en sí de gozo pensando en lo mucho que Ayla contribuía al rango y a la prosperidad del Campamento del León. Para sus adentros habría preferido que Ayla no hubiera hecho su Promesa a Ranec. Si estuviera libre de todo compromiso, su Precio Nupcial sería asombroso. Pero, por otro lado, el Campamento del León la perdería. Era mucho mejor conservar aquel tesoro que perderla para siempre, aun a costa de un buen precio. Mientras no se fijara un valor definitivo, la especulación podía seguir aumentando su Precio Nupcial. Además de que las ofertas que se le hacían a Tulie abrían las puertas a toda una gama de posibilidades. Bien podría suceder que se tratara de una adopción de pura fórmula que no la obligaría en modo alguno a dejar el Campamento del León. Si su potencial hermano tuviera buenos apoyos y ambición, bien podría convertirse en la Mujer Que Manda. Y si Ayla y Deegie fuesen las dos jefas, al igual que tenían lazos de parentesco directo con el Campamento del León, eso significaría que la influencia de este último subiría considerablemente… En esto iba pensando Tulie mientras se dirigía hacia la delegación que acababa de llegar.

Ayla empezaba a comprender que las variaciones en los motivos ornamentales de la ropa o el calzado eran una manera de establecer la identidad de un grupo. Aunque todos utilizaran las mismas formas básicas geométricas, la preponderancia de algunas —cheurones sobre rombos, por ejemplo— y la manera en que estaban combinadas eran indicios significativos de la filiación del Campamento y sus vinculaciones con

otros Campamentos. A diferencia de Tulie, sin embargo, aún no sabía reconocer en el acto, mediante tales signos externos, la categoría de quienes los lucían, ni tampoco dónde situarlos en el conjunto de las jerarquías y los lazos de sangre y amistad dentro del grupo.

El rango de algunos Campamentos era tan elevado que Tulie habría aceptado un menor precio material, en razón de las vinculaciones así ganadas. Otros sólo eran aceptables si estaban dispuestos a pagar bien. Basándose en las ofertas recibidas, Tulie descartó al grupo recién llegado con sólo una mirada; no tenían suficiente que ofrecer. Por tanto, se mostró muy simpática, pero no les invitó a pasar, y ellos comprendieron que llegaban demasiado tarde. Sin embargo, el solo hecho de presentar una oferta tenía sus ventajas, pues era un modo de aliarse con el Campamento del León, lo cual sería favorablemente recordado.

Mientras intercambiaban cortesías frente a la tienda, Frebec notó que Lobo tomaba una posición defensiva y gruñía en dirección al río. De pronto salió a todo correr.

—¡Ayla! —anunció el hombre—. ¡Lobo va a atacar a alguien!

Ella lanzó un silbido agudo y penetrante, y acto seguido echó a correr por la senda que conducía al río. Lobo volvía ya, seguido de otro grupo de visitantes. Pero no se trataba de desconocidos.

—Es el Campamento del Mamut —anunció Ayla—. Estoy viendo a Vincavec.

Tulie se volvió hacia Frebec.

—¿Quieres ir en busca de Talut? Tenemos que recibirles debidamente. También podrías avisar a Marlie o a Valez, que han llegado al fin.

Frebec hizo una señal de asentimiento y partió para cumplir con el encargo.

La delegación que ya se encontraba allí sentía demasiada curiosidad como para retirarse. Vincavec iba al frente del Campamento del Mamut. En cuanto vio al grupo con Ayla y Tulie, comprendió enseguida lo que estaba sucediendo. Dejó caer su mochila y se adelantó, sonriendo.

—Es un buen auspicio, Tulie, que tú seas la primera en aparecer ante mí —dijo, alargando las manos y frotando su mejilla contra la de ella, como si fueran viejos amigos—. Tú eres la persona a quien más deseaba ver.

—¿Y a qué se debe eso? —preguntó Tulie, sonriendo a pesar suyo, pues aquel hombre era encantador.

Vincavec pasó por alto la pregunta.

—Dime, ¿por qué tus visitantes están vestidos de gala? —inquirió—. ¿Se trata de alguna delegación?

—Hemos ofrecido adoptar a Ayla —dijo una de las visitantes, con dignidad, como si su oferta no hubiera sido rechazada—. Mi hijo no tiene hermana.

Hasta Ayla vio que la mente de Vincavec era rápida, tanto que sólo necesitó unos segundos para tomar una decisión.

—Bueno, yo también voy a hacer una oferta. Más adelante lo haré de modo más

oficial, Tulie, pero para que lo pienses, te propongo una Unión —se volvió hacia Ayla y le cogió ambas manos—. Quiero unirme contigo, Ayla. Quiero llevarte conmigo y que hagas de mi Hogar del Mamut algo más que un nombre. Sólo tú puedes darme eso. Tú traerás tu Hogar, pero, a cambio, puedo darte el Campamento del Mamut.

Ayla quedó sorprendida y abrumada. Vincavec sabía que ella había hecho una Promesa. ¿Por qué la solicitaba? Aun cuando lo deseara, ¿podía de repente cambiar de idea y unirse con él? ¿Era tan fácil romper una Promesa?

—Ya está comprometida con Ranec —observó Tulie.

El visitante miró de frente a la corpulenta mujer, con una sonrisa astuta; luego hundió la mano en un saco y sacó un puño cerrado. Cuando la abrió, en su palma relucían dos magníficos trozos de ámbar.

—Espero que él pueda pagar un buen Precio Nupcial, Tulie.

Los ojos de la jefa se abrieron como platos. Aquel ofrecimiento bastaba para cortarle la respiración. En un planteamiento práctico, le había pedido que fijara un precio, que lo fijara en ámbar si así lo prefería, pero ella no le había contestado, al menos no de una manera concreta.

—No soy yo quien debe decidir, Vincavec —precisó Tulie, entornando los párpados—. Ayla toma sus propias decisiones.

—Lo sé, Tulie, pero acepta esto como un regalo para ti, por la ayuda que me prestaste en la construcción de mi albergue.

Tulie quedó desconcertada. Su obligación era rehusar. Si aceptaba el presente, le daba ventaja. Pero la decisión corría por cuenta de Ayla, quien, comprometida o no, estaba en libertad de tomarla. Entonces, ¿por qué rechazar el obsequio?

Al cerrar la mano sobre el ámbar, vio la expresión de triunfo de Vincavec y sintió que se había vendido por dos trozos de resina petrificada. Él sabía que ahora rechazaría todas las demás ofertas. Sólo le restaba convencer a Ayla. «Pero Vincavec no conoce a Ayla», se dijo. «Nadie la conoce». Aunque fuera considerada Mamutoi, seguía siendo una extraña, y nadie podía prever sus reacciones. Estudió la reacción de la muchacha ante las atenciones del hombre tatuado; saltaba a la vista que estaba interesada.

—¡Tulie! ¡Qué alegría volver a verte! —Avarie se acercaba con las manos extendidas—. Llegamos demasiado tarde; tengo la impresión de que todos los lugares buenos están ya ocupados. ¿Podrías indicarme un sitio donde acampar? ¿Dónde os instalásteis vosotros?

—Aquí mismo —dijo Nezzie, saliendo para saludarla.

Había seguido con mucho interés el diálogo entre Tulie y Vincavec. A Ranec no iba a hacerle feliz saber que Vincavec había pedido a Ayla, pero la muchacha no estaba muy segura de que Ayla se dejaría convencer, cualquiera que fuese la oferta.

—¿Estáis aquí? ¿Tan lejos de todo? —se extrañó Avarie.

—Es el mejor sitio para nosotros, a causa de los animales. Se ponen nerviosos cuando hay mucha gente —explicó Tulie, como si hubiesen escogido el sitio

deliberadamente.

—Vincavec —propuso Avarie—, ya que el Campamento del León está aquí, ¿por qué no acampamos cerca?

—No es mal lugar —aseguró Nezzie—. Tiene sus ventajas. Hay más espacio para instalarse.

«Si el León y el Mamut acampan aquí», pensaba, «parte del interés del centro se trasladará a este lugar».

—No se me ocurre un lugar mejor que la proximidad del Campamento del León —aseguró Vincavec sonriendo a Ayla.

En ese momento llegó Talut, a zancadas, y saludó a los dos jefes del Campamento del Mamut con su voz atronadora.

—¡Vincavec, Avarie! ¡Por fin habéis llegado! ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Hemos hecho el viaje en varias etapas —aclaró Vincavec.

—Dile a Tulie que te muestre lo que le ha traído —sugirió Nezzie.

La jefa se sentía algo abochornada. Hubiera preferido que Nezzie no dijera nada, pero abrió la mano y enseñó el ámbar a su hermano.

—Son piezas muy bellas —reconoció Talut—. Por lo que veo, decidisteis hacer algunos trueques. ¿Sabéis que el Campamento del Sauce ha traído conchas blancas acaracoladas?

—Vincavec desea algo más que conchas —informó Nezzie—. Quiere hacer una oferta por Ayla… para su Hogar.

—¡Pero si está comprometida con Ranec!

—Una Promesa es sólo una promesa —intervino Vincavec.

Talut miró a Ayla, después a Vincavec, luego a su hermana. Y entonces se echó a reír.

—Bueno, de esta Reunión de Verano sí que nos acordaremos durante mucho tiempo.

—Si hemos llegado con tanto retraso no ha sido sólo porque nos hemos detenido en el Campamento del Ámbar —explicó Avarie—. También porque nos hemos visto obligados a dar un gran rodeo a causa de un león que parecía seguir nuestra misma dirección. Tenía una melena de color rojo como el de tus cabellos, Talut. No hemos visto su manada. Pero quizá merecía la pena avisar a la gente de que había leones rondando no lejos de aquí.

—Siempre hay leones cerca —comentó Talut.

—Sí, pero éste actuaba de modo extraño. Los leones no suelen interesarse tanto por la gente, pero acabé por creer que éste nos acechaba. En una ocasión se acercó tanto que estuve toda la noche sin dormir. Nunca vi un león cavernario tan enorme. Todavía tiemblo al recordarlo.

«Un león enorme, con una melena roja…», pensó Ayla, frunciendo el entrecejo. «Es pura coincidencia», añadió para sus adentros, levantando los hombros. «Hay muchos leones que son grandes».

—Cuando estéis instalados, venid a reuniros con nosotros en el claro —propuso Talut—. Hemos empezado a proyectar la caza del mamut y el Hogar del Mamut está organizando la Ceremonia de la Caza. No estará de más contar con otro buen Convocador. Si tienes pensado desempeñar un papel de primer orden en la Ceremonia de la Unión, pienso que no te vendrá mal un buen trozo de mamut, Vincavec. —Se levantó para marcharse, pero se volvió hacia Ayla—. Ya que vas a cazar mamuts con nosotros, ¿por qué no me acompañas y traes tu lanzavenablos?

—Iré con vosotros —dijo Tulie—. Tengo que volver al Campamento de la Feminidad para ver a Latie.

—Este pedernal es de buena calidad, sobre todo para herramientas de filo como cinceles, rascadores, taladros… —dijo Jondalar apoyándose sobre una rodilla para examinar la blanda cara interior, color gris, del pedernal de excelente estructura. Había empleado una pieza de cornamenta fresca, de forma especial, lo bastante fuerte y elástica para no romperse, a modo de escoplo y palanca. De esta forma consiguió extraer el duro núcleo de sílex de su matriz. Después lo partió con una piedra-martillo.

—Según Wymez —comentó Danug—, parte del mejor pedernal procede de aquí.

Jondalar señaló con la mano la cara perpendicular del acantilado que se alzaba frente a ellos, en la garganta de un río, desgastado en el transcurso del tiempo por el azote de las aguas agitadas. Más trozos del duro pedernal, cubierto por una corteza de un blanco opaco, sobresalían de la piedra de cuarzo, algo menos dura.

—El pedernal siempre es mejor si lo puedes obtener en la fuente —afirmó—. Éste es similar al de la mina de pedernal de Dalanar, y sus piedras son las mejores de nuestra región.

—Desde luego, el Campamento del Lobo cree que éste es el mejor pedernal —dijo Tarneg—. La primera vez que vine aquí estaba con Valez. Había que ver su entusiasmo. Como este sitio está tan cerca de su Campamento, lo consideran poco menos que suyo. Hiciste bien, Jondalar, pidiéndoles permiso para venir aquí.

—Es simple cortesía. Sé muy bien lo que Dalanar piensa de su mina.

—¿Qué es lo que hace que esta piedra sea tan especial? —inquirió Tarneg—. A menudo he visto pedernal en las llanuras aluviales de los ríos.

—Algunas veces es posible encontrar nódulos estupendos, recientemente desprendidos, en las llanuras aluviales, y son mucho más fáciles de coger. Es un trabajo duro arrancarlos de la roca. Pero el pedernal tiende a secarse si permanece mucho tiempo a la intemperie —dijo Jondalar—. Entonces las hojas salen más cortas y es más pesado conseguirlas.

—Si ha estado en la superficie más de lo debido, algunas veces Wymez entierra el pedernal en terreno húmedo durante algún tiempo —explicó Danug—. Así resulta más fácil trabajarlo.

—Yo también lo he hecho. Puede ayudar, pero depende del tamaño del nódulo y de lo seco que esté. Si es una pieza grande, no debe ser demasiado viejo. De todos modos, el sistema funciona mejor con los nódulos más pequeños, incluso de menor tamaño que un huevo. Lo que ocurre es que no vale la pena trabajarlos, a no ser que su calidad sea realmente buena.

—Nosotros hacemos algo parecido con los colmillos de mamut —dijo Tarneg—. Para empezar, envolvemos el colmillo en cueros húmedos y lo enterramos en cenizas calientes. El marfil cambia; se vuelve más denso, pero se curva mejor y es más fácil trabajarlo. Es la forma más sencilla de enderezar un colmillo entero.

—Siempre me ha intrigado cómo lo lograbais —se quedó pensativo unos instantes. Luego continuó—: A mi hermano le hubiera gustado aprender. Hacía lanzas; conocía perfectamente las propiedades de la madera, cómo curvarla y darle forma. Seguramente habría comprendido vuestras técnicas. Quizá fuera el conocimiento de vuestros métodos una de las razones por las que Wymez captó con tanta rapidez la idea de calentar el pedernal para hacerlo más manejable. Es uno de los mejores tallistas de pedernal que conozco.

—Tú también eres bueno trabajando el pedernal, Jondalar —comentó Tarneg—. Hasta Wymez habla maravillas de ti, y no suele ser pródigo en sus elogios. He estado pensando, ¿sabes? Voy a necesitar un buen fabricante de herramientas para el Campamento del Uro. Sé que planeas volver a tu Hogar, pero parece un viaje muy largo. Si decidieras quedarte, ¿no te gustaría establecerte con nosotros? Mi proposición es que te incorpores al Campamento del Uro.

Jondalar arrugó la frente, tratando de hallar un modo de negarse sin ofender a Tarneg.

—No estoy seguro. Tendría que pensarlo.

—Sé que Deegie te tiene simpatía; estoy seguro de que ella estaría de acuerdo. Y no te costaría nada encontrar una mujer para formar un hogar —le alentó el muchacho—. He visto cómo te rodean las mujeres, incluso las pies-rojos. Primero fue Mygie, pero ahora todas buscan pretextos para visitar el sector del pedernal. Tal vez sea porque eres nuevo aquí. Las mujeres siempre sienten curiosidad por los extranjeros —sonrió—. Sobre todo cuando ese extranjero es alto y rubio. Seguro que más de un hombre ha lamentado no ser un extranjero alto y rubio, porque a todos les gustaría interesar a las pies-rojos otra vez. Pero este año le toca a Danug —Tarneg miró a su joven primo y le hizo una mueca de connivencia.

Jondalar se sentía tan incómodo como Danug y apartó la vista, tratando de desviar la atención hacia otro sitio. De modo incidental, notó que su estatura no se destacaba mucho entre sus dos compañeros, pues los tres eran aproximadamente de la misma altura, y el adolescente aún seguiría creciendo; iba a ser tan alto como Talut. Pero en aquella Reunión de los Mamutoi había hombres de todos los tamaños, como en las de los Zelandonii.

—Bueno, espero que pienses lo del Campamento del Uro, Jondalar —dijo Tarneg

—. Ahora que, por fin, Deegie y Branag van a unirse, este otoño nos dedicaremos a la construcción, aunque todavía no he decidido si hacer un albergue común, como el del Campamento del León, o un conjunto de viviendas individuales más pequeñas. Tiendo a ser anticuado: me gustan los grandes. Pero muchos de los más jóvenes quieren un lugar para vivir solos con sus familias, y admito que, cuando empiezan las discusiones, ha de ser agradable tener un sitio propio adonde ir.

—Te agradezco el ofrecimiento, Tarneg —dijo Jondalar—. Lo digo sinceramente, pero no quiero engañarte. Quiero volver a mi hogar. Tengo que regresar. Podría darte muchas razones: que necesito informar sobre la muerte de mi hermano, por ejemplo. Pero la verdad es que no sé por qué voy. Simplemente, me siento obligado.

—¿Es por Ayla? —preguntó Danug, con un cierto aire suspicaz.

—Ella es una de las razones, lo admito. No me gustaría verla compartir un hogar con Ranec. Pero cuando nos encontramos con vosotros estaba tratando de convencerla para que me acompañara a mi pueblo. Ahora parece que deberé viajar solo. Eso tampoco me gusta, pero no hay modo de cambiar las cosas. Aun así, tengo que ir.

—No estoy seguro de comprender lo que te impulsa a irte, pero te deseo buena suerte. Y que la Madre te sonría en tu Viaje. ¿Cuándo calculas partir? —preguntó Tarneg.

—Poco después de la cacería de mamuts.

—Hablando de la cacería, es hora de volver. Esta tarde van a planearla —observó Tanug.

Echaron a andar a lo largo del río, un afluente del que pasaba junto al asentamiento; en un determinado punto tuvieron que trepar entre rocas, pues las paredes se estrechaban. Cuando apenas acababan de salir de la garganta, rodeando una cornisa que daba sobre el abismo, encontraron a un grupo de jóvenes que insultaban o alentaban a gritos a dos de ellos, que se estaban peleando. Entre los espectadores estaba Druwez.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Tarneg, abriéndose paso a codazos para separar a los contrincantes.

Uno sangraba por la boca. Al otro se le estaba cerrando un ojo, cada vez más hinchado.

—Es sólo una… competición —dijo alguien.

—Sí, están… practicando… para los concursos de lucha —precisó otro espectador.

—Esto no es una competición —dijo Tarneg—. Es una pelea.

—No, de veras, no estábamos peleando —dijo el muchacho del ojo hinchado—. Sólo nos divertíamos un poco.

—¿Te parece que hincharse un ojo y romperse los dientes es divertirse un poco? Si estuviérais sólo practicando no habríais venido a este lugar tan alejado. No, esto ha sido premeditado. Será mejor que me digáis lo que ha pasado.

Ninguno de los dos jóvenes le dio una respuesta, pero hubo mucho restregar de pies contra el suelo.

—Y vosotros, ¿qué me decís? —preguntó Tarneg, observando a los otros jóvenes —. ¿Qué estabais haciendo todos aquí? La pregunta va para ti también, Druwez. ¿Qué van a decir tu madre y Barzec cuando sepan que estabas aquí, animando una pelea? Será mejor que me lo cuentes todo.

Aun así nadie hablaba.

—Entonces vendréis conmigo al Campamento y os conduciré ante los Consejos, para que ellos decidan lo que corresponde hacer. Las Hermanas ya encontrarán la manera de que desahoguéis vuestra agresividad, algo que sin duda servirá de lección. Tal vez hasta os prohíban participar en las cacerías.

—No los denuncies, Tarneg —rogó Druwez—. Dalen sólo trataba de impedirlo.

—¿Impedir qué? Convendría que me dijeras por qué empezó la pelea.

—Creo que yo lo sé —dijo Danug. Todo el mundo se volvió hacia el alto jovencito—. Es por la incursión.

—¿Qué incursión? —preguntó Tarneg. Aquello comenzaba a parecer grave.

—Algunos hablaban de hacer una incursión contra un campamento sungaea — explicó Danug.

—Sabéis que las incursiones están prohibidas. Los Consejos están tratando de compartir un fuego de la amistad y de traficar con los Sungaea. No quiero pensar en los problemas que provocaría una incursión. ¿De quién fue la idea?

—No lo sé —dijo Danug—. Un día todo el mundo se puso a hablar de eso. Alguien descubrió un Campamento de los Sungaea a pocos días de distancia. El plan era decir que salían de caza y, en cambio, ir a destrozar el Campamento, robar la comida y perseguir a sus ocupantes. Les dije que no tenía ningún interés para mí y que me parecía algo estúpido, que sólo se meterían en problemas y causarían dificultades a todo el mundo. Además, al venir hacia aquí pasamos por un Campamento Sungaea. Acababan de morir dos hermanitos. No sé si sería ése u otro Campamento el que pensaban atacar, pero probablemente todos estarán afligidos por la tragedia. No me pareció correcto atacarles.

—Danug puede negarse sin que nadie le llame cobarde —observó Druwez—, porque nadie se atreve a pelear con él. Pero cuando Dalen dijo que no participaría en ninguna incursión, algunos empezaron a decir que era porque tenía miedo. Entonces él quiso demostrar que no le asustaba pelear contra quien fuera. Resolvimos venir para no dejarle solo y que le atacaran en grupo. Ésta es la razón por la que estamos aquí.

—¿Quién de vosotros es Dalen? —preguntó Tarneg.

El muchacho del diente roto dio un paso hacia delante.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó al otro, cuyo ojo estaba amoratándose.

Éste se negó a responder.

—Se llama Cluve. Es el sobrino de Chaleg —aclaró Druwez.

—Ya sé lo que te propones hacer —dijo Cluve, sombrío—. Vas a cargarme con toda la culpa, sólo porque Druwez es hermano tuyo.

—No, no pensaba echarle la culpa a nadie. Voy a dejar que decida el Consejo de los Hermanos. Todos vosotros seréis convocados, incluido mi hermano. Ahora será mejor que os lavéis. Si vais a la Reunión con esas pintas, todo el mundo se enterará de que habéis estado peleándoos y será imposible ocultar la historia a las Hermanas. Y bien sabéis lo que pasará si ellas descubren que estuvisteis riñendo por una incursión contra los Sungaea.

Los muchachos se apresuraron a alejarse, antes de que Tarneg cambiara de idea, pero se retiraron en dos grupos: uno con Cluve, el otro con Dalen. Tarneg no dejó de observar quiénes acompañaban a cada uno. Después, los tres regresaron hacia la Reunión.

—Hay algo que me gustaría saber, si no te molesta —comentó Jondalar—. ¿Por qué dejas que sea el Consejo de los Hermanos quien decida qué hacer con los chicos? ¿Lo ocultarán realmente a las Hermanas?

—Las Hermanas no toleran las riñas y no escucharán ninguna excusa. Los Hermanos actuarán de distinta forma. Muchos de ellos han participado en incursiones cuando eran jóvenes, o en alguna pelea, sólo por el placer de la aventura. ¿Nunca te liaste a golpes con alguien cuando no debías, Jondalar?

—Bueno, sí, creo que sí. Y también me llamaron al orden.

—Los Hermanos serán más tolerantes, sobre todo con Dalen, que ha peleado por una buena causa. De todos modos, Dalen debió haber hablado con alguien sobre lo de la incursión, en vez de pelear para demostrar que no tenía miedo. A los hombres nos es más fácil perdonar este tipo de cosas. Las Hermanas, en cambio, piensan que las luchas siempre conducen a nuevas luchas. Tal vez sea cierto, pero Cluve tenía razón en un aspecto: Druwez es hermano mío. Él no estaba fomentando la riña, sino tratando de ayudar a su amigo a escapar de ella. No me gustaría verle en dificultades por algo así.

—¿Alguna vez te peleaste con alguien, Tarneg? —preguntó Danug.

El futuro jefe miró unos instantes a su primo menor; luego asintió.

—Una o dos veces, pero son pocos los que están dispuestos a desafiarme. Me pasa lo que a ti: soy demasiado grande para la mayoría. A veces, empero, esas competiciones organizadas encierran más elementos de lucha de lo que nadie está dispuesto a reconocer.

—Lo sé —dijo Danug, con expresión pensativa.

—Pero al menos hay quienes vigilan para que nadie salga malherido, y nadie se siente impulsado a buscar venganza —Tarneg levantó la vista al cielo—. Ya es cerca de mediodía, más tarde de lo que yo pensaba. Será mejor que nos demos prisa, si queremos saber cómo van los preparativos de la cacería.

Cuando Ayla y Talut llegaron al claro, subieron hasta una pequeña explanada en donde se reunían cuando los participantes no eran muchos y que utilizaban tanto para concentraciones improvisadas como para asambleas oficiales. En cuanto llegaron, Ayla paseó la mirada por entre la gente por si descubría entre ellos a Jondalar. Desde que llegaron apenas si se habían visto. Jondalar abandonaba el Campamento de la Espadaña muy temprano y no volvía hasta por la noche, cuando volvía.

Las contadas veces que le veía de lejos siempre estaba acompañado de una mujer, nunca la misma. Cuando se encontraba con Deegie, no podía evitar hacer algún comentario molesto respecto a sus numerosas acompañantes. Y no era ella la única que había advertido aquel comportamiento de Jondalar. El propio Talut se permitía comentar que, tras la prolongada abstinencia del invierno, parecía dispuesto a desquitarse en la breve temporada de verano. Eran muchos los que comentaban sus hazañas, generalmente en clave de humor, pero también a veces con cierto tono de admiración un tanto equívoco, impresionados por su aparente vigor y su evidente encanto. No era la primera vez que oía hablar de la atracción que ejercía sobre las mujeres, pero ahora parecía que a él le traía sin cuidado.

Cuando esos comentarios se hacían delante de ella, Ayla se sumaba a las risas de los demás. Pero por la noche, cuando estaba sola, se preguntaba, con lágrimas en los ojos, qué era lo que no marchaba bien. ¿Por qué no la elegía nunca a ella? De todas formas, le producía cierto alivio el ver que cambiaba continuamente de acompañante: era una prueba de que todavía no había encontrado a ninguna en particular que la reemplazara.

No podía saber que Jondalar se las componía para permanecer lo menos posible en el Campamento de la Espadaña. Cuando dormía fuera de la tienda se olvidaba más fácilmente de que Ayla y Ranec dormían juntos; no siempre en la misma cama, pues de cuando en cuando Ayla sentía la necesidad de dormir sola, pero nunca lejos el uno de la otra. Normalmente, Jondalar pasaba el día en la zona reservada a los talladores de sílex, lo que le permitía conocer a la gente que, con frecuencia, le invitaba a comer. Por primera vez, desde hacía muchos años, estaba ganando amigos sin necesidad de su hermano y estaba descubriendo que no era tan difícil como creía.

Las mujeres le proporcionaban una buena excusa para no volver en toda la noche o hacerlo lo más tarde posible, cuando todos estaban durmiendo. Ninguna de ellas le inspiraba sentimientos profundos y, como se sentía un tanto avergonzado de aprovecharse de su hospitalidad, se las componía para que no olvidaran inmediatamente la noche que habían pasado con él. Dado su atractivo, ellas mismas se imaginaban que Jondalar estaba más interesado en satisfacer su propio placer que el de ellas, pero él se las arreglaba para que quedaran plenamente satisfechas, lo que también era conveniente para él: no tenía necesidad de refrenar sus deseos y no se torturaba tratando de analizar sus propios sentimientos. Estas mujeres le satisfacían al

igual que lo habían hecho todas las mujeres con las que había compartido Placeres antes de conocer a Ayla: de una manera superficial. Estaba ansioso de sentimientos más profundos que nunca mujer alguna había conseguido despertar en él, con excepción de Ayla.

Ayla le vio en el momento en que regresaba de la mina del Campamento del Lobo en compañía de Tarneg y de Danug, y, como siempre que le veía, se le aceleraron los latidos del corazón y se le anudó la garganta. Observó cómo Tulie se acercaba a los tres hombres y entablaba conversación con Jondalar mientras que Tarneg y Danug seguían hacia la reunión. Talut les hizo señas de que se acercaran a él.

—Quiero hacerte algunas preguntas acerca de las costumbres de tu pueblo, Jondalar —dijo Tulie, cuando hubieron encontrado un sitio para hablar a solas—. Sé que vosotros, lo mismo que nosotros, honráis a la Madre, pero ¿también tenéis una ceremonia de iniciación para las mujeres, que se realiza con gentileza y comprensión?

—¿Los Primeros Ritos? Sí, por supuesto. ¿A qué pueblo puede no importarle cómo se abre por primera vez a una joven? Nuestros ritos no son exactamente iguales a los vuestros, pero el propósito es el mismo —dijo Jondalar.

—Bien. He estado conversando con algunas mujeres que te han recomendado, y eso es importante. Pero lo más importante es que Latie te ha solicitado. ¿Estarías dispuesto a tomar parte en su iniciación?

«Debería haberlo sospechado», se dijo Jondalar, que había creído que Tulie quería simplemente hacerle algunas preguntas sobre las costumbres de su pueblo. No era, ni mucho menos, la primera vez que le pedían que iniciara a una joven. En el pasado siempre le había halagado este tipo de proposiciones y nunca se había negado, sino todo lo contrario, pero esta vez dudaba en si aceptar o no. ¿Iba a exponerse de nuevo a experimentar aquel terrible sentimiento de culpabilidad pensando que quizá se había aprovechado de aquella ceremonia sagrada para saciar su necesidad de sentimientos más profundos que inevitablemente despertaba? Se encontraba tan desconcertado que no estaba seguro de poder dominar sus sentimientos, particularmente con alguien como Latie, a la que tanto quería.

—He participado en ritos similares, Tulie, y comprendo el honor que tú y Latie me hacéis, pero creo que no debo. Aunque no haya parentesco entre nosotros, he pasado todo el invierno con el Campamento del León y, en ese tiempo, he llegado a considerar a Latie como una hermana menor, muy querida —Tulie asintió.

—Lo lamento, Jondalar, pues habría sido muy adecuado en más de un sentido. Pero comprendo lo que piensas. Vienes de muy lejos como para que podamos ser parientes, pero comprendo que hayas terminado por considerar a Latie como una hermana. Aun cuando no hubiérais compartido el mismo hogar, Nezzie te ha tratado con tanto cariño como si fueras hijo suyo y no hay razón para hipotecar el futuro de Latie. No hay abominación peor, a los ojos de la Madre, que ver a un hombre iniciar a

una hermana. Si tienes hacia ella sentimientos de hermano, temo que eso mancillaría la ceremonia. Me alegro de que me lo hayas dicho.

Volvieron juntos al claro. Jondalar notó que Talut estaba haciendo uso de la palabra. Lo más interesante era que Ayla estaba de pie junto a él, con el lanzavenablos.

—Ya habéis visto todos a qué distancia puede colocar Ayla una lanza gracias a este artefacto —estaba diciendo Talut—, pero me gustaría que Jondalar y ella os hicieran una demostración del partido que se puede sacar de esta arma en circunstancias más favorables. Ya sé que la mayoría de vosotros prefiere utilizar para la caza del mamut una lanza más grande, provista de una punta especialmente fabricada por Wymez. Pero el artefacto de Ayla tiene también sus ventajas. Algunos cazadores del Campamento del León ya la han experimentado. Gracias a esta arma se pueden lanzar venablos del tamaño que se quiera con tal de que se sepa utilizarla: exactamente igual que cuando se lanzan con la mano. Casi todos vosotros sabéis emplear la lanza desde la infancia. Estoy seguro de que cuando hayáis visto cómo se comporta esta arma sentiréis deseos de probarla. Ayla me ha dicho que tenía intención de utilizarla para la caza del mamut y supongo que Jondalar querrá hacer lo mismo. Por consiguiente, todo el mundo podrá apreciar su efectividad. Hemos hablado de celebrar un concurso, pero todavía no están ultimados los preparativos. Mi opinión es que podríamos organizar uno a la vuelta de la cacería. Una gran competición con toda clase de pruebas —concluyó Talut.

Se alzaron voces de asentimiento general.

—Creo que lo del certamen es una buena idea, Talut —dijo Brecie—. Y he de confesar que no me importaría que el certamen durase dos o tres días. Nosotros hemos estado trabajando con un Bastón Que Regresa, con el que se pueden matar varios pájaros de una misma bandada con un solo tiro. Mientras tanto, convendrá que los Mamuts fijen el mejor día para partir y hagan algunos Llamamientos de ritual para atraer a los mamuts. Si no hay otra cosa de que hablar, debo volver a mi Campamento.

Cuando la reunión comenzaba a disolverse, se produjo entre sus componentes un súbito interés ante la llegada de Vincavec, seguido por los miembros de su Campamento, así como por la delegación que deseaba adoptar a Ayla, junto con Nezzie y Rydag. Los de la delegación comenzaron a propagar la noticia de que el Mamut-jefe recién llegado estaba dispuesto a pagar cualquier Precio Nupcial que Tulie pidiera por la muchacha, a pesar de que ella ya estaba comprometida con Ranec.

—Como sabes, quiere reivindicar para su Campamento el nombre del Hogar del Mamut, sólo porque él es Mamut —oyó Jondalar que le decía una mujer a otra—, pero no puede reclamar ningún hogar mientras no tenga pareja: es la mujer la que trae el hogar. Por eso quiere a la muchacha: porque ella es hija del Hogar del Mamut. De ese modo, llamar a su Campamento «del Mamut» sería aceptable.

Jondalar estaba casualmente al lado de Ranec cuando éste se enteró de la noticia, y se sorprendió ante sus propios sentimientos de compasión cuando observó la cara que ponía su rival. Nadie mejor que él sabía lo que Ranec estaba experimentando en aquel momento, cosa que le alegraba: al menos el tallista amaba a Ayla. Vincavec, en cambio, sólo la quería para valerse de ella en provecho propio.

También Ayla oía fragmentos de conversaciones en los que se mencionaba su nombre. No le gustaba sorprender conversaciones ajenas. Si estuviera viviendo con el Clan, habría cerrado los ojos para no ver los gestos, pero allí le era imposible taparse los oídos. Y de pronto dejó de oírlo todo, salvo el tono burlón con que varios niños mayores pronunciaban el término «cabeza chata».

—Mira a ese animal, vestido como si fuera una persona —decía uno, un poco mayor que los demás, riendo, mientras señalaba a Rydag con el dedo.

—Si visten a los caballos, ¿por qué no al cabeza chata? —agregó otro, entre nuevas carcajadas.

—Ella afirma que es una persona, ¿sabéis? Quieren hacernos creer que comprende todo lo que decimos y que incluso sabe hablar —comentó otro de los chiquillos.

—Por supuesto, y si ella pudiera hacer que el lobo caminara sobre las patas traseras, probablemente también diría que es una persona.

—Será mejor que vayas con cuidado con lo que dices. Según Chaleg, el cabeza chata puede hacer que el lobo te ataque. Dice que a él le pasó y que va a denunciar el caso ante el Consejo de los Hermanos.

—Si puede hacer que otro animal ataque, eso demuestra que es un animal, ¿no?

—Mi madre dice que no debería permitirse traer animales a una Reunión de Verano.

—Pues mi tío dice que los caballos no le molestan, ni tampoco el lobo, siempre que estén lejos. Pero opina que debería prohibirse venir a las reuniones y ceremonias a quienes traen a un cabeza chata.

—¡Oye, cabeza chata! Anda, vete de aquí. Vuelve con tu manada, con los otros animales, como corresponde.

Al principio, Ayla estaba demasiado aturdida para reaccionar ante aquellos comentarios, abiertamente insultantes. Entonces vio que Rydag cerraba los ojos, bajaba la cabeza y se encaminaba hacia el Campamento de la Espadaña. Ardiendo de furia, se enfrentó a los muchachos.

—¿Qué os pasa a todos vosotros? ¿Cómo podéis ser tan malvados? ¿Cómo os atrevéis a tomar a Rydag por un animal? ¿Estáis ciegos? —Apenas podía reprimir su cólera. Varias personas se detuvieron para ver lo que estaba pasando—. ¿No os dais cuenta de que entiende todo lo que decís? ¿Cómo podéis ser tan crueles? ¿No os da vergüenza?

—¿Por qué tiene que darle vergüenza a mi hijo? —exclamó una mujer, saliendo en defensa de su retoño—. Ese cabeza chata es un animal y no se le debería traer a las

ceremonias en honor de la Madre.

Algunas personas más se estaban arremolinando en torno, incluyendo la mayoría de los miembros del Campamento del León.

—No les prestes atención, Ayla —dijo Nezzie, tratando de calmar su ira.

—¡Animal! ¿Cómo puedes decir que es un animal? ¡Rydag es tan persona como tú! —gritó Ayla, volviéndose contra la mujer.

—No voy a permitir que me insultes así —dijo la mujer—. No soy cabeza chata.

—¡No, no lo eres! Una cabeza chata sería más humana que tú. Tendría más compasión de Rydag y sería más comprensiva.

—¿Y cómo lo sabes?

—Nadie lo sabe mejor que yo. Ellos me recogieron y me criaron cuando perdí a mi pueblo y quedé completamente sola. Habría muerto de no ser por la compasión de una mujer del Clan —dijo Ayla—. Yo me siento orgullosa de ser mujer del Clan y madre.

—¡No, Ayla! ¡No!

Oyó la voz de Jondalar, pero ya nada le impedía proseguir.

—Ellos son humanos, y también Rydag. Lo sé, porque yo tengo un hijo como él.

—¡Oh, no…!

Jondalar, con un gesto de dolor, se abrió paso para colocarse junto a ella.

—¿Ha dicho que tiene un hijo como ése? —preguntó un hombre—. ¿Un hijo de espíritus mezclados?

—Temo que ahora la has hecho buena, Ayla —murmuró Jondalar.

—¿Esta mujer es madre de una abominación? Será mejor que te alejes de ella —un hombre se adelantó hacia la mujer que había estado discutiendo con Ayla—. Si ella atrae ese tipo de espíritus, bien podrían meterse dentro de otras mujeres.

—¡Es cierto! Aléjate tú también —otro hombre se llevó a la mujer embarazada que tenía a su lado.

Algunas otras personas se estaban retirando, con expresión de miedo y repugnancia.

—¿Clan? —dijo uno de los músicos—. Esos ritmos que tocaba, ¿no dijo que eran ritmos del Clan? ¿A eso se refería? ¿A los cabezas chatas?

Al mirar en derredor, Ayla tuvo un momento de pánico y sintió el impulso de echar a correr, para huir de aquella gente que la miraba con tanto asco. No obstante, cerró los ojos, aspirando profundamente, y levantó el mentón, sin retroceder un solo paso, desafiante. ¿Qué derecho tenían ellos para decir que su hijo no era humano? Por el rabillo del ojo vio a Jondalar a su lado y se sintió más agradecida de lo que hubiera podido expresar.

En aquel momento, dos hombres se adelantaron para situarse junto a ella, al otro lado. Ella se volvió para sonreír a Mamut y a Ranec. Un instante después, Nezzie estaba a su lado, y Talut, y también Frebec, nada menos. En un instante, el Campamento del León entero estaba junto a ella.

—Os equivocáis —dijo Mamut a la multitud, con una voz que parecía demasiado potente para su avanzada edad—. Los cabezas chatas no son animales. Son personas, tan hijos de la Madre como vosotros. También yo viví con ellos durante un tiempo y cacé en su compañía. La curandera del Clan me curó el brazo, y gracias a ellos encontré mi camino hacia la Madre. La Madre no mezcla los espíritus: no hay caballos-lobo ni leones-venado. La gente del Clan es diferente, pero esa diferencia es insignificante. Si ellos no fueran humanos, no podrían nacer niños como Rydag o como el hijo de Ayla. No son abominaciones. Son simplemente niños.

—No me importa lo que digas, viejo Mamut —gritó una embarazada—. No quiero tener un hijo cabeza chata ni un espíritu mezclado. Si ella ha tenido uno, ese espíritu puede estar rondando cerca.

—Ayla no representa amenaza alguna para ti, mujer —replicó el viejo chamán—. El espíritu que fue elegido para tu hijo ya está en ti. Ahora no puede cambiar lo que sea. No fue voluntad de Ayla lo que confirió a su pequeño el espíritu de un cabeza chata; ella no atrajo a ese espíritu hacia ella. Fue decisión de la Madre. Todos sabéis tan bien como yo que el espíritu de un hombre nunca está lejos del hombre en sí. Ayla creció con el Clan. Se hizo mujer mientras vivía con ellos. Cuando Mut decidió darle un hijo, sólo podía elegir entre los hombres que estaban cerca, y todos eran hombres del Clan. Naturalmente, el espíritu de uno de ellos fue el elegido por Ella. Pero aquí no se ve ningún hombre del Clan, ¿verdad?

—¿Y qué sucedería si hubiera un cabeza chata cerca, viejo Mamut? —gritó una mujer de entre la multitud.

—Para que la Madre elija su espíritu, tendría que estar muy cerca de una mujer, que compartiera su hogar. Aun cuando los del Clan son humanos, hay algunas diferencias. No es fácil mezclar dos espíritus que no sean absolutamente similares. Para la Madre, la vida es mejor que la ausencia de vida. Por eso, cuando Ayla quiso un hijo, como estaba rodeada de hombres del Clan, la Madre no tuvo elección. Pero aquí los Mamutoi son muy numerosos, y si una mujer quiere tener un hijo, la Madre comenzará por elegir el espíritu de un Mamutoi.

—Eso es lo que tú dices, viejo —clamó otra voz—. Yo no estoy tan seguro, y voy a mantener a mi mujer lejos de ella.

—No me extraña que se entienda tan bien con los animales si creció entre ellos.

Ayla giró la cabeza. Quien había hablado era Chaleg.

—¿Significa eso que la magia de los cabezas chatas es más poderosa que la nuestra? —replicó Frebec.

Su intervención provocó un cierto malestar entre los asistentes.

—Ella ha dicho que eso no es magia. Dice que cualquiera puede hacerlo.

Frebec reconoció la voz del Mamut del Campamento de Chaleg.

—En ese caso, ¿por qué nadie lo había hecho hasta ahora? —preguntó—. Tú eres un Mamut. Si es cierto que cualquiera puede hacerlo, quiero verte montar a caballo. ¿Por qué no dominas a un lobo como ella? ¡La he visto hacer que los pájaros bajen

del cielo con su silbido! ¿Por qué no lo intentas tú?

—¿Por qué la defiendes contra tu propia familia, Frebec, contra tu propio Campamento? —preguntó Chaleg.

—¿Cuál es mi Campamento? ¿El que me expulsó o el que me acogió? Mi hogar es el Hogar de la Cigüeña. Mi Campamento, el Campamento del León. Ayla ha vivido con nosotros todo el invierno. Ayla estaba allí cuando nació Bectie, y la hija de mi hogar no es un espíritu mezclado. La hija de mi hogar no estaría viva si no hubiera sido por Ayla.

Jondalar escuchaba a Frebec con un nudo en la garganta. No tenía inconveniente en decir que ahora pertenecía al Campamento del León. Hacía falta mucho coraje para enfrentarse a su propio primo, a sus parientes, al Campamento donde había nacido. Costaba creer que aquel mismo hombre les hubiera causado tantos problemas. Al principio, él mismo se había apresurado a condenar a Frebec, pero ¿quién se había sentido avergonzado a causa de Ayla? ¿Quién tenía miedo de ser rechazado por sus parientes y su pueblo si la defendía? ¿Quién era el que temía lo que la gente podría decir si ella mencionaba sus orígenes? Frebec estaba demostrándole cuán cobarde era. Frebec y Ayla.

Nunca se había sentido tan orgulloso como al verla sobreponerse al miedo y erguir la cabeza para enfrentarse a todos. Cuando el Campamento del León la respaldó, él fue el primero en quedar sorprendido. Eso era lo que importaba: que se diera la cara por ella.

Pero Jondalar olvidaba, al enorgullecerse así de Ayla y del Campamento del León, que él fue el primero en acudir a su lado.

Capítulo 34

El Campamento del León regresó a la tienda para analizar aquella crisis inesperada. La primera sugerencia, abandonar inmediatamente la zona, fue desechada sin tardanza. Después de todo, eran Mamutoi y aquello era la Reunión de Verano. Tulie había ido al Campamento de la Feminidad a buscar a Latie para que participara en las discusiones y estuviera preparada para hacer frente a eventuales comentarios desagradables en torno a Ayla y al Campamento del León. Cuando se le preguntó si deseaba retrasar sus Primeros Ritos, Latie defendió a Ayla con vehemencia y decidió volver al Campamento reservado para la ceremonia ritual… ¡y pobre del que dijera algo inconveniente contra Ayla o contra el Campamento del León!

Después, Tulie quiso saber por qué Ayla no había mencionado anteriormente la existencia de su hijo. La muchacha explicó que aún le dolía demasiado hablar de él y Nezzie se apresuró a aclarar que ella estaba enterada desde un principio. Mamut también admitió que lo sabía. Aunque la mujer lamentaba no haber sido informada, no por ello se lo reprochó a Ayla. No pudo por menos de preguntarse si, de haberlo sabido, habría variado su opinión sobre la joven; quizá no le habría concedido tanto valor potencial, pero ¿acaso Ayla era diferente por una cosa así?

Rydag estaba muy inquieto y deprimido; nada de cuanto Nezzie dijo e hizo logró animarle. No quería comer, salir de la tienda ni hablar con nadie, salvo para responder a alguna pregunta directa. Permanecía sentado en el suelo, abrazado al lobo, y Nezzie se alegró de que el animal fuera tan paciente.

Cuando Ayla decidió averiguar si podía ayudarle en algo, le encontró sentado en sus pieles de dormir, con el lobo, en un rincón oscuro. El animal levantó la cabeza y golpeó el suelo con la cola.

—¿Te molesta que me siente aquí contigo, Rydag? —le preguntó ella.

Por toda respuesta el niño se encogió de hombros. Ayla se sentó y le preguntó cómo se sentía, hablándole a un tiempo en voz alta y con señales. De pronto se dio cuenta de que, en la oscuridad, él no podía verle las manos. Y entonces comprendió la verdadera ventaja de hablar con palabras. Se daban las mismas diferencias que entre las armas de caza del Clan, las lanzas, con las que sólo se podía asestar un golpe, y los dardos que se podían lanzar a distancia. Con estos dos tipos de armas se podían cobrar piezas, pero la segunda tenía más posibilidades. Ayla había comprobado en más de una ocasión cómo con ademanes y gestos se podía expresar lo mismo, pero quienes se comunicaban de esta manera estaban limitados por lo que su vista podía alcanzar; además, con palabras era posible hablar a través de un obstáculo, a distancia o con un grupo más numeroso, con alguien que estuviera de espaldas y también con las manos ocupadas. Igualmente era posible hablar en la oscuridad.

Ayla pasó un rato con el niño, sin hacer preguntas, ofreciéndole sólo su presencia y su compañía. Transcurrido algún tiempo, comenzó a hablarle de su vida con el Clan.

—En algunos aspectos, esta Reunión me recuerda las del Clan. Aquí me siento distinta, aunque parezca igual a todos. Allí yo era diferente, más alta que cualquiera de los hombres, una mujer grande y fea. La primera vez fue horrible cuando llegamos. Casi no permitieron que se quedara el clan de Brun por haberme llevado con ellos. Decían que yo no era Clan, pero Creb insistió en que sí. Y como era el Mog-ur, no se atrevieron a desmentirle. Menos mal que Durc era sólo un bebé. Cuando le vieron pensaron que era deforme; no le quitaban ojo. Ya sabes cómo se siente uno. Pero él no era deforme. Era una mezcla, como tú. O tal vez tú te parezcas más a Ura. Su madre era Clan.

—Dijiste antes: ¿Ura se unirá con Durc? —preguntó Rydag, girando hacia la luz del fuego para que viera sus gestos, intrigado a pesar suyo.

—Sí. Su madre acudió a mí y lo arreglamos todo. Ella se sintió muy aliviada al saber que había un varón como su hija; temía que Ura jamás hallara compañero. Para serte franca, a mí no se me había ocurrido pensar en eso. Me bastaba con que el Clan aceptara a Durc.

—¿Durc es Clan? ¿Es espíritu mezclado, pero Clan? —preguntó el niño.

—Sí, Brun le aceptó en el Clan y Creb le dio un nombre. Hasta Oga, la compañera de Broud, que le amamantó junto con su propio hijo cuando yo perdí la leche. Grev y él crecieron juntos, como hermanos, y son buenos amigos. El viejo Grod hizo una pequeña lanza para Durc, de su tamaño —Ayla sonrió al recordarlo—. Pero Uba es quien más le quiere. Uba es mi hermana, como Rugie lo es tuya. Ahora es la madre de Durc. Yo se lo entregué cuando Broud me expulsó. Tal vez sea un poco diferente; pero sí, Durc es Clan.

—Detesto estar aquí —los dedos de Rydag se movieron ágiles, con vehemente enojo—. Me gustaría ser Durc y vivir con el Clan.

El comentario sobresaltó a Ayla. Incluso después de haber convencido al niño para que comiera algo y acostarle, seguía grabado en su mente.

Ranec la observó con atención toda la tarde. Notó que no estaba en lo que hacía, que se interrumpía en medio de cualquier actividad, por ejemplo al llevarse un bocado a la boca, con los ojos empañados por una expresión lejana o con arrugas de concentración en la frente. Sabía que estaba muy agobiada por graves pensamientos y deseaba compartirlos para servirle de consuelo.

Esa noche todos se quedaron a dormir en el Campamento de la Espadaña; la tienda estaba atestada. Ranec esperó a que Ayla se introdujera entre sus pieles de dormir y se acercó a ella.

—¿Quieres compartir mis pieles, Ayla? —Vio que fruncía el ceño y se apresuró a agregar—: No para los Placeres, a menos que tú lo desees. Sé que has tenido un día difícil.

—Creo que más difícil ha sido para el Campamento del León —respondió ella.

—No estoy tan seguro; además eso no tiene importancia. Sólo quiero darte algo, Ayla: mis pieles para abrigarte, mi amor para servirte de consuelo. Quiero estar cerca

de ti.

Ella hizo un gesto de aquiescencia y se deslizó en el lecho de Ranec, pero no pudo dormir. Ni siquiera se sentía cómoda, y él se dio cuenta.

—¿Qué es lo que te aflige, Ayla? ¿No quieres decírmelo?

—He estado pensando en Rydag y en mi hijo, pero no sé si es el momento de hablar de ello. Sólo necesito pensar.

—Preferirías estar en tu propia cama, ¿verdad?

—Sé que quieres ayudarme, Ranec. Y eso para mí significa más de lo que soy capaz de expresar con simples palabras. No sé cómo decirte lo importante que fue verte allí, a mi lado. Y estoy muy agradecida a todo el Campamento del León. Todos han sido muy buenos, maravillosos, tal vez demasiado. He aprendido mucho de todos vosotros y me he sentido orgullosa de ser Mamutoi, de decir que eran mi pueblo. Pensaba que todos los Otros eran como los del Campamento del León, pero ahora sé que no es así. Al igual que en el Clan, la mayoría son buenas personas, aunque no todos, y hasta los buenos no lo son en todos los aspectos. Tenía algunas ideas y… estaba haciendo algunos planes…, pero ahora necesito pensar.

—Y para pensar estarás mejor en tu propia cama, no apretada aquí contra mí. Anda, Ayla. Aun así estarás a mi lado —dijo Ranec.

No era el único que había estado pendiente de Ayla. Cuando Jondalar la vio apartarse de Ranec para acostarse en su propia cama, experimentó extraños y confusos sentimientos. Era un alivio no tener que apretar los dientes al oírles compartir Placeres, pero sentía cierta pena por el tallista. De haber estado en el lugar del hombre moreno, él habría querido abrazar a Ayla, reconfortarla, y se habría sentido herido al verla abandonar sus pieles para dormir sola.

Cuando Ranec se quedó dormido y se hizo el silencio en el campamento, Ayla se levantó sin hacer ruido, se puso una pelliza liviana y salió a la noche iluminada por las estrellas. Un momento después, Lobo estaba a su lado. Caminaron hacia el cobertizo de los caballos, donde les recibió un suave relincho de Corredor y un resoplido de Whinney. Después de hablarles en voz baja, entre palmaditas y caricias, Ayla rodeó con sus brazos el cuello de la yegua y se recostó contra ella.

¿Cuántas veces había sido su amiga la yegua de color del heno, cuando ella necesitó que lo fuera? Ayla sonrió. ¿Qué pensaría el Clan de sus amigos? ¡Dos caballos y un lobo! Agradecía la presencia de los animales, sus compañeros, pero todavía sentía cierto vacío en su interior. Le faltaba algo, o más bien alguien: el hombre al que más quería. Pero había estado a su lado, incluso antes de que el Campamento del León saliera en su defensa. Como surgido de la nada, Jondalar se había presentado allí, plantándoles cara a todos los que la injuriaban, a cuantos manifestaron repugnancia y desprecio hacia su persona. Era terrible, peor que en la Reunión del Clan. No la creían diferente: la temían, la odiaban. Eso era lo que él había estado tratando de advertirle desde un principio. De todos modos, aun sabiéndolo de antemano, ella no habría podido dejar que se ensañaran con Rydag ni

que hablaran mal de su hijo.

Ayla no era la única que no podía conciliar el sueño; lo mismo le sucedía a Jondalar. La había visto levantarse. De pie a la entrada de la tienda, la miraba desde lejos. No era la primera vez que la veía abrazar a Whinney. Le complacía que pudiera consolarse con los animales y ansiaba ocupar el puesto de la yegua, pero ya era demasiado tarde. Ella no le quería, y no podía reprochárselo. De repente vio su comportamiento bajo una nueva luz y comprendió que él mismo había provocado aquella situación. Desde un principio, creyendo «ser justo» y permitiéndole elegir, se había vuelto a apartar de ella por sus necios celos. Se sentía herido y quería herir a su vez.

«Peor aún», se dijo. «Admítelo, Jondalar: te sentías herido, aun sabiendo cómo había sido educada Ayla. Porque ella ni siquiera comprendía tus celos; al compartir el lecho de Ranec sólo se comportaba como una "buena mujer del Clan". Ése era el problema: sus antecedentes en el Clan. Te avergonzabas de eso y de amarla. Te asustaba tener que enfrentarte con una escena como la de hoy y no estabas seguro de si podrías soportar que la trataran así. Por más que dijeras que la amabas, no estabas seguro de que fueras a salir en su defensa. Amarla no es una vergüenza; lo vergonzoso es tu cobardía, y ahora es ya demasiado tarde. Ella no te necesita. Es lo suficientemente fuerte para defenderse ella sola y todo el Campamento del León ha salido en su defensa. No sólo no te necesita, sino que tú no la mereces».

El frío terminó por obligar a Ayla a entrar. Echó un vistazo al sitio donde estaba Jondalar acostado; se había tendido de costado, de espaldas a ella; no podía verle la cara. Cuando se acostó, Ranec, dormido, alargó una mano hacia ella. Era indudable que Ranec la amaba; y ella también le amaba a su manera. Permaneció muy quieta, escuchando la tranquila respiración de su compañero. Al cabo de un rato, él se dio la vuelta y la mano desapareció.

Ayla trató de dormir, pero no podía dejar de pensar. Había planeado ir a buscar a Durc para traérselo a vivir con ella en el Campamento del León. Pero ahora no estaba segura de que fuera lo mejor para él. ¿Acaso podía ser más feliz allí que con el Clan, entre gente que odiaba a los de su especie y que le insultaría? ¿Entre gente que le diría que es medio bestia, medio hombre, que le trataría de cabeza chata y de monstruo? Formaba parte del Clan y allí le amaban. Aun cuando Broud le detestara, eso no le impediría hacer amigos en las Reuniones del Clan. Era aceptado, tenía derecho a participar en las ceremonias y en las competiciones. Quizá incluso había heredado los recuerdos del Clan.

Y si no se lo traía con ella, ¿podría ella volver al Clan para vivir con él? Ahora que ya había vivido con sus semejantes, ¿aceptaría someterse otra vez al tipo de vida del Clan? Jamás le permitirían tener consigo a sus animales. ¿Podría renunciar a Whinney, a Corredor y a Lobo para ser sólo la madre de Durc? Cuando tuvo que irse, Durc era un bebé, pero ahora ya estaría crecido y Brun estaría enseñándole a cazar.

Seguramente ya habría cobrado su primera pieza pequeña y se la habría llevado a

Uba para enseñársela. Ayla sonrió figurándose la escena. Uba estaría orgullosa de él y le habría dicho que era un gran cazador.

«¡Durc tiene una madre!», se dijo. «Uba es su madre. Ella le ha criado, le ha atendido, le ha curado cuando se ha hecho alguna pupa en sus primeros pasos como cazador. ¿Cómo puedo yo ahora quitárselo? Y si no está ya allí, ¿quién cuidará de ella cuando envejezca? Cuando era todavía un bebé, las otras mujeres del Clan le dieron de mamar porque yo no tenía leche.

»De todos modos, no puedo volver a buscarle. Fui maldecida de muerte, para el Clan estoy muerta. Si Durc me ve, se asustará y todo el mundo reaccionará contra él. Y aun en el caso de que no hubiera sido maldecida, ¿le gustaría verme? ¿Se acordará siquiera de mí?

»Era todavía muy pequeño cuando me fui. Ahora estará en la Reunión del Clan y seguramente ha conocido a Ura. Aun cuando es aún muy joven para hacerlo, seguramente ya ha pensado en el momento en que se emparejará con ella. Debe pensar en su futuro hogar, lo mismo que yo. Aun en el supuesto de que llegue a convencerle de que no soy un espíritu, tendré que traerme también a Ura. Aquí sería tremendamente desgraciada. Le va a resultar muy difícil dejar su propio clan para irse a vivir con el de Durc; y si, además, se ve repentinamente obligada a vivir con un mundo tan diferente del suyo, va a ser muy difícil para ella. Sobre todo porque no encontrará más que odio e incomprensión.

»¿Y si me volviera al valle y me llevo allí a Durc y Ura? Pero Durc necesita vivir entre gente… y yo también. Ya no puedo vivir sola. ¿Por qué habría de aceptar vivir solo en el valle conmigo?

»En realidad he estado pensando en mí y no en él. No sería conveniente para él vivir aquí, no sería feliz. A mí me gustaría que viniera a vivir conmigo, pero yo no soy su madre: su madre es Uba. Para él yo he muerto y quizá sea mejor así. Su mundo es el Clan, me guste o no, y el mío está aquí. No hay un lugar en el mundo donde mi hijo y yo podamos vivir juntos y ser felices».

A la mañana siguiente Ayla se despertó muy temprano. Se había acostado muy tarde y se había despertado varias veces durante la noche; había soñado que la tierra temblaba y que las cavernas se derrumbaban. Se sentía mal y deprimida. Ayudó a Nezzie a poner agua a calentar para hacer el desayuno y a moler cereales y aprovechó la ocasión para hablar con ella.

—Me siento abrumada por haberos causado tantas contrariedades, Nezzie. Ahora desprecian a todo el Campamento del León por culpa mía —dijo.

—No se te ocurra decir eso. No es culpa tuya, Ayla. Nosotros teníamos que elegir y lo hicimos. No hacías sino defender a Rydag, que también es miembro de nuestro Campamento, al menos para nosotros.

—Todo este problema me ha hecho comprender algo —continuó la muchacha—. Desde que me alejé del Clan he estado pensando en volver, algún día, en busca de mi hijo. Ahora sé que jamás podré hacerlo. No puedo traerle aquí ni volver allá. Pero al

convencerme de que no volveré a verle, siento que le he perdido otra vez. Querría llorar, llorar por él, pero me siento seca y vacía.

Nezzie, ocupada en quitar el tallo a las moras recogidas el día anterior, interrumpió la tarea para mirar a Ayla de frente.

—Todos sufrimos desencantos en la vida. Todos tenemos que perder a un ser amado. A veces hay verdaderas tragedias. Tú perdiste a los tuyos cuando eras pequeña. Fue una tragedia, pero no podías evitarla. Si te lo reprochas, es peor. Wymez pasa todos los días de su vida culpándose de la muerte de la mujer a la que amaba. Creo que Jondalar se culpa por la muerte de su hermano. Tú has perdido a tu hijo. Para una madre es duro perder a un hijo, pero al menos tienes alguna esperanza: sabes que, probablemente, está vivo. Rydag perdió a su madre… y algún día me tocará a mí perderle a él.

Después del desayuno, Ayla volvió a salir. Vio que casi todos estaban en las cercanías del Campamento de la Espadaña. Miró hacia el centro de la Reunión y luego al Campamento del Alerce, la sede de verano del Campamento del Mamut. Fue una sorpresa descubrir que Avarie la estaba observando, y se preguntó si se sentirían tan contentos como el primer día por haberse instalado junto al Campamento del León.

Avarie se encaminó hacia la tienda que su hermano había designado como Hogar del Mamut. Rascó el cuero y, sin esperar respuesta, pasó al interior. Vincavec había tendido sus pieles de tal forma que ocupaban casi la mitad del espacio. En el centro había colocado un apoyo para la espalda: una piel muy decorada, tensada por un armazón de huesos de mamut y cuyos montantes estaban sujetos con cuero virgen. El hombre estaba instalado allí, cómodamente reclinado en el respaldo.

—Los sentimientos son ambivalentes —dijo ella, sin preámbulos.

—Ya lo imagino —replicó Vincavec—. El Campamento del León trabajó mucho para ayudarnos en la construcción de nuestra cabaña. Cuando se fueron, todo el mundo sentía más que amistad hacia ellos; además, Ayla, con sus caballos y su lobo, era fascinante…, inspiraba un respeto casi religioso. Pero ahora, si vamos a creer en las viejas historias y en las costumbres ancestrales, el Campamento del León está albergando a una abominación, a una mujer nefasta, de maldad desenfrenada, que atrae a los espíritus animales de los cabezas chatas, como el fuego atrae por las noches a las polillas, transmitiéndoselos a las otras mujeres. ¿Qué piensas tú, Avarie?

—No lo sé, Vincavec. Ayla me gusta y no me parece que tenga nada de maligna. Tampoco creo que ese niño sea un animal. Es débil y no puede hablar, pero parece cierto que nos entiende. Tal vez sea humano, y también los otros cabezas chatas. Quizá el anciano Mamut tenga razón. Cuando la Madre concedió un hijo a Ayla, escogió el espíritu del hombre que estaba a su lado. Pero yo no sabía que tanto ella como Mamut habían vivido con una horda de cabezas chatas.

—Ese anciano ha vivido tantos años que ha olvidado más de lo que un montón de hombres más jóvenes son capaces de aprender en toda su vida. Y con frecuencia le asiste la razón. Tengo un presentimiento, Avarie: no creo que los efectos de este episodio sean negativos. Algo en Ayla me hace pensar que la Madre cuida de ella. Tal vez salga de todo esto más poderosa aún que antes. Averigüemos qué opina el Campamento del Mamut sobre si debemos apoyar al Campamento del León o no.

—¿Dónde está Tulie? —preguntó Fralie, mirando al interior de la tienda.

—Volvió con Latie al Campamento de la Feminidad —dijo Nezzie—. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de esa delegación que ofreció adoptar a Ayla, justo antes de que llegara el Campamento del Mamut?

Ayla clavó en Fralie una mirada interrogante.

—Sí —contestó Nezzie—. Tulie pensó que no estaban en condiciones de ofrecer lo suficiente.

—Están aquí; solicitan ver a Tulie otra vez.

—Iré a averiguar qué es lo que quieren —se ofreció Nezzie.

Ayla esperó dentro, no deseaba ver a ningún extraño mientras no fuera necesario. A los pocos minutos, Nezzie volvió a entrar.

—Todavía quieren adoptarte, Ayla —dijo—. La Mujer Que Manda de ese Campamento tiene cuatro hijos. Te quieren por hermana. Dice que si ya has tenido un hijo, eso prueba tu capacidad de ser madre. Han aumentado su oferta. Acaso convenga que vayas a darles la bienvenida en nombre de la Madre.

Tulie y Latie caminaban con paso decidido por entre las tiendas, una junta a la otra, con la mirada al frente, sin prestar atención a la curiosidad que despertaban a su paso.

—¡Tulie, Latie! Esperad un momento —llamó Brecie, apresurándose para alcanzarlas—. Estábamos a punto de enviaros un mensajero, Tulie. Quisiéramos invitaros a compartir una comida con nosotros, en el Campamento del Sauce, esta noche.

—Gracias, Brecie. Agradezco tu invitación. Acudiremos, por supuesto. Debí haber imaginado que podíamos contar con vosotros.

—Hace mucho tiempo que somos amigas. A veces una cree en las viejas historias sólo porque son viejas. A mí me parece que la pequeña de Fralie tiene un aspecto de lo más normal.

—A pesar de haber nacido prematuramente. Bectie no estaría viva de no ser por Ayla —intervino Latie, apresurándose a defender a su amiga.

—Con todo, me he preguntado muchas veces de dónde vendría esa muchacha —intervino Latie—. Todo el mundo pensaba que había llegado con Jondalar, porque los dos son altos y rubios. La gente se contentaba con esa explicación, pero yo sabía que

había algo más. Recuerdo que, cuando saqué a ese hombre y a su hermano de la ciénaga, cerca del mar de Beran, ella no les acompañaba. Además, su acento no es mamutoi ni sungaea. Pero aún no me explico cómo se las arregla para dominar a esos caballos y al lobo.

Mientras continuaban su camino hacia el centro de la hondonada y las cabañas del Campamento del Lobo, Tulie se sentía ya mucho mejor.

—¿Cuántas van con ésta? —preguntó Tarneg a Barzec, en el momento en que otra delegación se retiraba.

—Casi la mitad de los Campamentos han hecho algún gesto de reconciliación con nosotros —respondió Barzec—. Sé de uno o dos más que aún podrían decidirse a apoyarnos.

—Pero aún queda, más o menos, la otra mitad —observó Talut—. Y algunos tienen fuertes argumentos contra nosotros. Hasta hay algunos que dicen que deberíamos irnos.

—Sí, pero fíjate en quiénes son. Además, sólo a Chaleg le he oído decir que deberíamos marcharnos —apuntó Tarneg.

—Sin embargo, ellos también son Mamutoi —intervino Nezzie—, y hasta la semilla llevada por malos vientos puede echar raíces.

—No me gusta esta división —reconoció Talut—. En ambos bandos hay mucha gente buena. Ojalá se me ocurriera alguna forma de solucionar esto.

—Ayla también se siente trastornada. Dice que está causando problemas al Campamento del León. ¿Viste la expresión de su cara cuando esos chicos que se estaban peleando comenzaron a llamarla «mujer animal»?

—¿Te refieres a los que sorprendimos junto al…? —comenzó Danug.

—Se refiere a los hermanos que Ayla y Deegie sorprendieron pegándose… —se apresuró a interrumpirle Tarneg.

Danug debería andarse con cuidado. Había estado a punto de mencionar la riña de los muchachos.

—Nunca he visto a Rydag tan alterado —continuó Nezzie—. Cada año, estas Reuniones le pesan más. No le gusta el modo en que le trata la gente, pero este año es peor… Tal vez porque ahora lo pasa mucho mejor en el Campamento del León. Temo que todo esto no le haga ningún bien, pero no sé qué hacer. Hasta Ayla está preocupada, y eso me aflige más todavía.

—¿Dónde está Ayla ahora? —preguntó Danug.

—Fuera, con los caballos —respondió Nezzie.

—Creo que debería sentirse halagada cuando la llaman «mujer animal». Es preciso admitir que se entiende bien con los animales —observó Barzec—. Algunos llegan a decir que ella habla con los espíritus del otro mundo.

—Y algunos del otro bando dicen que eso sólo prueba que ha vivido con animales

—le recordó Tarneg—. Y la acusan de atraer espíritus diferentes, no tan deseables.

—Ayla sigue diciendo que cualquiera puede hacerse amigo de los animales —dijo Talut.

—Trata de no darle importancia —opinó Barzec—. Por eso, quizá, algunos de los otros le quitan valor. La gente está más habituada a tratar con personas como Vincavec, que se cree superior y no se priva de recordárselo a los demás.

Nezzie miró al compañero de Tulie, preguntándose por qué parecía tener en tan poca estima a Vincavec. Después de todo, el Campamento del Mamut había sido uno de los primeros en ponerse de su lado.

—Tal vez tengas razón, Barzec —dijo Tarneg—. Es extraño, pero uno se acostumbra enseguida a vivir con animales. Parece absolutamente natural. Pero si te paras a pensarlo, es incomprensible. ¿Por qué motivo tiene un lobo que obedecer una señal de un niño débil, al que podría hacer pedazos? ¿Y por qué los caballos dejan que alguien se les siente en el lomo? ¿Y cómo se le puede ocurrir algo así a una persona?

—No me extrañaría que Latie lo intentara cualquier día de éstos —comentó Talut.

—Si alguien lo intenta, será ella —confirmó Danug—. ¿Visteis lo que hizo en cuanto llegó? El primer lugar que visitó fue el cobertizo de los caballos. Los añoraba más que a nadie. Creo que está enamorada de esos animales.

Jondalar había estado escuchando sin hacer comentarios. La situación que Ayla había provocado al revelar sus antecedentes era dolorosa y degradante, pero no tan grave como él había supuesto. En realidad era raro que no la hubieran atacado más abiertamente, cuando él esperaba que fuera vilipendiada y se la aislara por completo. ¿Acaso este tabú era más fuerte entre los Zelandonii que entre los Mamutoi, o era sólo que él lo creía así?

Cuando los miembros del Campamento del León la respaldaron, pensó que era una excepción y que sin duda eran más indulgentes a causa de Rydag. Luego, cuando Vincavec y Avarie, del Campamento del Mamut, secundaron su postura, empezó a reconsiderar el asunto, y cuantos más Campamentos acudían por propia voluntad a ofrecer su apoyo al Campamento del León, acabó por verse obligado a revisar sus propias convicciones.

Hombre más vitalmente pragmático que intelectual, entendía conceptos tales como amor, compasión, cólera, según su propio criterio, aunque no acertara a expresarse. Podía discutir inteligentemente sobre cuestiones filosóficas intangibles y de orden espiritual; sin embargo, eran temas que no le apasionaban; en consecuencia, aceptaba las posturas de su sociedad sin calentarse demasiado la cabeza. Pero Ayla había desafiado a la multitud con una dignidad tal y con una fuerza tan comedida, que vino a reforzar el respeto que sentía hacia ella. Y ahora tenía sus dudas.

Comenzaba a comprender que una conducta determinada no era necesariamente

errónea sólo porque algunos la consideraran así. Una persona podía rechazar las creencias populares, defendiendo principios personales, sin perderlo todo, aunque pudieran seguirse ciertas consecuencias desagradables. Más aún: se podía ganar algo importante, aunque sólo fuera dentro de uno mismo. Ayla no había sido expulsada por el pueblo que la había adoptado recientemente. La mitad de los Mamutoi estaban dispuestos no sólo a aceptarla, sino que la consideraban mujer de coraje y de singulares cualidades.

La otra mitad era de diferente opinión, pero no siempre por las mismas razones. Para algunos Campamentos, oponerse era una oportunidad de acrecentar su rango e influencia en detrimento del poderoso Campamento del León, justo en el momento en que la posición de éste estaba amenazada. Otros se sentían auténticamente indignados de que una mujer tan depravada pudiera vivir entre ellos.

Según ellos, personificaba a los espíritus maléficos tanto más cuanto más invisibles eran. Se parecía a las demás mujeres, era más atractiva que la mayoría de ellas, y les había embaucado con ciertas mañas aprendidas cuando vivía con los cabezas chatas. Esos monstruos habían conseguido incluso convencer a algunos de que no eran animales, sino humanos.

Para esos Campamentos, Ayla constituía una auténtica amenaza. Ella misma había reconocido que había parido un engendro, mitad animal, mitad humano, y representaba un peligro para las otras mujeres de la Reunión de Verano. Dijera lo que dijera el viejo Mamut, todo el mundo sabía que determinadas mujeres atraían invariablemente a determinados espíritus masculinos. El Campamento del León había permitido que Nezzie se quedara con aquel pequeño animal y a la vista estaba lo que les había pasado. Ahora vivían con animales y con aquella mujer, aquel monstruo, aquella abominación, seguramente atraído por aquel espíritu mezclado. Había que expulsar al Campamento del León sin más contemplaciones.

Los Mamutoi estaban relacionados entre sí por vínculos muy estrechos. Todos ellos tenían, al menos, un pariente o un amigo en cada Campamento. Esos vínculos estaban a punto de romperse para siempre a causa de lo sucedido. Había muchos, Talut entre ellos, que estaban consternados. Se habían reunido los Consejos, pero no se resolvió nada; todo terminó en un altercado generalizado. Aquella situación no tenía precedentes. Ni las Hermanas ni los Hermanos encontraron fórmula alguna que pusiera remedio a la situación.

El brillante sol de las primeras horas no pudo aclarar la sombría atmósfera que reinaba en la acampada. Mientras ascendía, acompañada por Whinney, por el sendero que conducía al Campamento de la Espadaña, Ayla descubrió el sitio donde habían ido a buscar el ocre rojo, lo que le recordó su visita a la Cabaña de los Músicos. A pesar de que los músicos habían vuelto a los ensayos y de que seguían los preparativos para la celebración de una fiesta tras el regreso de los cazadores, nadie

parecía estar realmente alegre. Ni siquiera el entusiasmo de Deegie en vísperas de la Ceremonia de la Unión ni el que embargaba a Latie al pensar que pronto iba a convertirse en mujer habían influido para apaciguar los enfrentamientos que amenazaban con hacer estallar la Reunión de Verano.

Ayla habló de marcharse, pero Nezzie le aseguró que con eso no solucionaría nada. No era ella quien había provocado el problema; su presencia no hizo sino sacar a la superficie una diferencia profunda y básica que existía ya entre las dos facciones. Nezzie dijo que el problema se estaba gestando desde que ella había adoptado a Rydag; muchos seguían desaprobando que se le permitiera vivir con ellos.

Ayla estaba preocupada por Rydag. Rara vez le veía sonreír y notaba que no se distraía ni siquiera con ella. El niño no tenía apetito y no parecía dormir bien. Aunque siguiera gustándole oírla hablar de su vida con el Clan, rara vez participaba en las conversaciones.

Después de dejar a Whinney en el cobertizo, vio a Jondalar allá abajo en la amplia pradera; montado en Corredor, se dirigía al vado del río. Últimamente le advertía cambiado: menos distante, pero parecía triste.

Siguiendo un impulso, Ayla decidió dirigirse al claro, en el centro de la acampada, para ver qué tipo de actividades se estaban desarrollando allí. El Campamento del Lobo, debido a su papel de anfitrión, insistía en que no podía tomar partido por unos o por otros, pero, aun así, estaba convencida de que apoyaba la postura del Campamento del León. Por su parte, no se ocultaría. No era un monstruo, una «abominación»; los del Clan eran humanos, al igual que Rydag y su hijo. Ayla tenía que hacer algo, dejarse ver. Tal vez visitaría el Hogar del Mamut o la Cabaña de la Música, o quizá a Latie.

Se puso en marcha con paso decidido, saludando con la cabeza a quienes le dirigían la palabra e ignorando a quienes no lo hacían. Cuando se acercaba a la Cabaña de la Música vio salir a Deegie.

—¡Ayla! Me alegro de verte, precisamente estaba pensando en ti. ¿Vas a algún sitio en particular?

—No, sencillamente quería alejarme del Campamento de la Espadaña.

—¡Bien hecho! Iba a visitar a Tricie para conocer a su bebé. Cada vez que lo he intentado, ella había salido, y Kylie acaba de decirme que ahora está en el Campamento del Lobo. ¿Me acompañas?

—Sí —respondió.

Ya en la entrada del albergue habitado por la jefa, Deegie explicó:

—Venimos a hacerte una visita, Tricie, y a ver a tu bebé.

—Entrad —dijo la muchacha—. Acabo de acostarle, pero no creo que se haya dormido.

Ayla se quedó algunos pasos más atrás, mientras Deegie cogía al niño en brazos, lo arrullaba y le hablaba.

—¿No quieres verlo, Ayla? —propuso Tricie en tono de desafío.

—Por supuesto que sí.

Cogió al bebé de los brazos de su compañera y le observó con atención. Su piel, a fuer de blanca, era casi translúcida; sus ojos, de un azul tan claro que parecían no tener color. El pelo era de un intenso rojo anaranjado, pero tenía la textura apretada y ensortijada del de Ranec. Más aún: su cara era una versión infantil de la del hombre moreno. Ayla dedujo, sin lugar a dudas, que Ralev era hijo de Ranec. Él lo había iniciado, con tanta seguridad como Broud había iniciado a Durc dentro de ella. Ayla no pudo dejar de preguntarse si, una vez formalizada su unión con él, tendría un bebé como aquél.

Comenzó a hablar al pequeño que tenía en los brazos, y él la miró con interés, como fascinado; luego, sonriente, le dedicó unos gorgoritos de placer. La muchacha le estrechó contra sí, con los ojos cerrados, sintiendo la suavidad de su mejilla contra la de ella; el corazón se le fundía.

—¿Verdad que es hermoso, Ayla? —dijo Deegie.

—Sí, ¿no es hermoso? —preguntó la madre, con acento áspero.

Ayla miró fijamente a Tricie.

—No, no es hermoso —Deegie quedó boquiabierta por la sorpresa—. Nadie podría decir que es hermoso, pero es el bebé más… adorable que he visto en mi vida. Estoy segura de que no existe mujer en el mundo que se le resista. No le hace falta ser hermoso. Hay algo singular en él, Tricie. Creo que eres muy afortunada por ser su madre.

La expresión de Tricie se suavizó.

—Yo también lo creo, Ayla. Y estoy de acuerdo: no es hermoso, pero es bueno, y tan adorable…

De pronto, fuera estalló una conmoción; se oyeron gritos y gemidos. Las tres jóvenes corrieron a la entrada.

—¡Oh, Gran Madre! ¡Mi hija! ¡Que alguien la ayude! —sollozaba una mujer.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está? —preguntó Deegie.

—¡Un león! ¡La ha atrapado un león! Allá abajo, en la pradera. ¡Que alguien la ayude, por favor!

Varios hombres corrían ya hacia el sendero, armados de lanzas.

—¿Un león? ¡No, no puede ser!

También Ayla, al decirlo, echó a correr tras los hombres. Deegie la llamó, tratando de alcanzarla.

—¡Ayla! ¿Adónde vas?

—A rescatar a la niña —respondió Ayla sin detenerse.

Corrió hacia la pendiente a toda velocidad. Cerca de la parte más alta se había reunido una multitud para observar a los hombres armados que bajaban por la senda. Más allá, en un sitio perfectamente visible de la pradera, al otro lado del río, un gran león cavernario, de apelmazada melena rojiza, describía círculos alrededor de una muchacha alta, tan asustada que no podía moverse. Ayla estudió atentamente al

animal para asegurarse y corrió hacia el Campamento del León. Al verla, Lobo brincó hacia ella.

—¡Rydag! —ordenó—. ¡Sujeta a Lobo! Tengo que ir a buscar a esa muchacha.

Cuando Rydag salió de la tienda, ella empleó su tono más firme para ordenar al lobezno:

—¡Quieto!

Sólo después de indicar al niño que no le dejara escapar, silbó para llamar a Whinney.

Montó de un salto y voló sendero abajo. Los hombres ya estaban cruzando el río, pero ella guió a la yegua dando un rodeo. En cuanto llegó a la otra orilla, hizo que Whinney se lanzara al galope, directamente hacia el león y la muchacha. Quienes observaban la escena desde lo alto estaban perplejos y atónitos.

—¿Qué pretenderá hacer? —protestó alguien, furioso—. Ni siquiera lleva lanza. Hasta ahora, la muchacha parece estar indemne, pero correr hacia el león con un caballo puede incitar a la fiera. Si la niña resulta herida, será culpa de esa mujer.

Jondalar oyó el comentario, así como otras personas del Campamento del León, que se volvieron hacia él con un gesto interrogante. Él se limitó a observar a Ayla, ahogando los temores que le asaltaban. No estaba seguro, pero ella sí debía de estarlo, de lo contrario, jamás hubiera llevado allí a Whinney.

Al acercarse Ayla y la yegua, el enorme león cavernario se detuvo frente a ellas. En el hocico tenía una cicatriz, una cicatriz conocida. Ella recordaba bien cómo se la había hecho.

—Whinney, ¡es Bebé! ¡Es realmente Bebé! —gritó, mientras frenaba a la yegua y desmontaba.

Corrió hacia el león, sin tener siquiera en cuenta la posibilidad de que no la recordara. Era su Bebé. Ella era su madre, le había criado desde cachorrito, le había cuidado y cazado con él.

Fue justamente esa falta de miedo lo que el animal recordó. Echó a andar hacia ella, mientras la muchacha esperaba, aterrorizada. Sin que Ayla supiera cómo, el león la hizo tropezar para que cayera. Se encontró rodeando con los brazos aquel cuello ancho y peludo, mientras él la envolvía con las patas delanteras, del modo más parecido a un abrazo que era capaz de efectuar.

—¡Oh, Bebé, has vuelto! ¿Cómo has podido encontrarme? —exclamó ella, enjugándose las lágrimas de júbilo en la gruesa melena del león.

Por fin se incorporó. Una lengua áspera le lamía la cara.

—¡Basta! —protestó, sonriendo—. No me vas a dejar ni un pedacito de piel.

Le rascó en sus puntos favoritos, y un ronroneo suave, resonante, la hizo saber que el león estaba complacido. Hasta se puso patas arriba para que ella pudiera rascarle el vientre. Ayla notó que la muchacha les miraba con los ojos muy abiertos. Era muy alta para su edad y tenía una cabellera larga y rubia.

—Me estaba buscando —le explicó—. Creo que te confundió conmigo. Ahora ya

puedes irte, pero camina despacio: no corras.

Continuó rascando a Bebé en el vientre y detrás de las orejas hasta que la muchacha se arrojó en los brazos de un hombre, que, evidentemente aliviado, la estrechó contra sí y se la llevó sendero arriba. Los demás se mantenían a cierta distancia, con las lanzas preparadas. Entre ellos estaba Jondalar, con el lanzavenablos listo. De pie junto a él estaba un hombre más bajo, de piel oscura. También estaba allí Talut, en compañía de Tulie.

—Tienes que marcharte, Bebé. No quiero que te hagan daño. Aunque seas el león cavernario más grande de la tierra, una lanza puede detenerte.

Ayla le estaba hablando con el lenguaje especial, compuesto de palabras del Clan, señales y ruidos de animales, que había empleado en el valle. Bebé conocía aquellos sonidos y el significado de aquellos gestos. Giró de costado y se levantó. Ayla, al abrazarle una vez más, no pudo resistirse: deslizó una pierna sobre el lomo del animal y se aferró a su melena rojiza. No era la primera vez y sabía cómo iba a reaccionar Bebé.

Sintió cómo los músculos duros y poderosos del león se tensaban bajo su cuerpo. De pronto, de un salto, el león echó a correr y, en un instante, alcanzó la máxima velocidad que estos animales pueden desarrollar cuando persiguen una presa. No era la primera vez que Ayla montaba en él, pero nunca había podido dirigir su carrera: él iba donde quería, simplemente se limitaba a dejar que fuera con él. Estas cabalgadas salvajes siempre habían resultado muy excitantes y a ella le encantaban. Fuertemente asida a su melena, el rostro azotado por el viento, aspiraba con delicia su fuerte olor animal.

Sintió que aminoraba la marcha (la punta de velocidad de un león, al contrario que la del lobo, es de muy corta duración). Bebé dio media vuelta y se dirigió a Whinney, que esperaba paciendo tranquilamente. Cuando se estaban acercando, la yegua relinchó y meneó la cabeza. Por fuerte e inquietante que fuese el olor del león, no sentía miedo, pues había ayudado a Ayla a criarle y se consideraba en cierto modo como su madre. Bebé tenía casi tanta alzada como ella, era más pesado, pero sabía que no representaba ningún peligro, sobre todo estando Ayla presente.

Cuando el león se detuvo, Ayla se dejó deslizar hasta el suelo. Le estrechó una vez más entre sus brazos y le rascó; después le impulsó con la mano, como si lanzara una piedra con su honda, para indicarle que había llegado el momento de que se fuera. Mientras Bebé se alejaba, balanceando la cola, las lágrimas inundaron el rostro de Ayla. Al oír el característico «hnga, hnga», un gruñido que ella habría reconocido en cualquier parte, correspondió con un sollozo. A través de sus lágrimas vio al enorme felino desaparecer, con su melena rojiza, por entre las altas hierbas. Sabía que nunca más volvería a ver a aquel hijo salvaje e increíble.

De repente dejaron de percibirse los «hnga, hnga» y el enorme león cavernario lanzó un formidable rugido que se oyó en varios kilómetros a la redonda. Su despedida hizo temblar a la propia tierra.

Ayla hizo una señal y regresó a pie a la acampada. No la apetecía volver a montar en Whinney inmediatamente; quería conservar el mayor tiempo posible el recuerdo de su última cabalgada a lomos del león.

Cuando Jondalar logró, finalmente, sacudirse la sensación que le había producido aquella alucinante escena, paseó su mirada por los que le acompañaban. Él ya había experimentado aquel tipo de sensación y adivinaba fácilmente lo que ellos estaban pensando. Una cosa eran los caballos y hasta un lobo, pero ¡un león cavernario! A renglón seguido esbozó una amplia sonrisa, una sonrisa de orgullo y de alivio. ¿Quién se atrevería ahora a dudar de lo que él contaba?

Los hombres iniciaron el ascenso por el sendero en pos de Ayla. Se sentían un tanto ridículos con aquellas lanzas que no les habían servido para nada. Los espectadores concentrados en lo alto de la senda retrocedieron para dejar paso a la mujer y a su yegua. Completamente atónitos y sobrecogidos, los Mamutoi vieron cómo se dirigía hacia el cobertizo de Whinney; estaban dominados por una mezcla de respeto y de temor. Ni siquiera los del Campamento del León, que ya estaban al corriente por los relatos de Jondalar, podían dar fácilmente crédito a lo que sus ojos acababan de presenciar.

Capítulo 35

Ayla había estado seleccionando la ropa que llevaría a la expedición de caza (le habían dicho que, por las noches, solía hacer mucho frío). Iban a acercarse a la gigantesca muralla de hielo, borde principal del glaciar. Wymez la sorprendió llevándole varias puntas de lanza, fabricadas con gran esmero, y le había explicado las ventajas de las que había ideado para cazar mamuts. Era un regalo inesperado, y después del extraño comportamiento de los Mamutoi y de todas las excesivas alabanzas de que había sido objeto, no estaba segura de sus reacciones. Sin embargo, él logró, con su peculiar sonrisa afectuosa, que se sintiera a gusto. Le explicó que pensaba hacerle aquel presente desde que ella se prometió con el hijo de su hogar. La muchacha acababa de preguntarle si podría adaptarlas al lanzavenablos, cuando Mamut entró en la tienda.

—Los mamuts quieren hablar contigo, Ayla —dijo—. Desean que les ayudes en el Llamamiento ritual al Espíritu del Mamut para atraer a los mamuts. Creen que, si tú hablas con el Espíritu del Mamut, él estará dispuesto a poner muchos a nuestro alcance.

—Pero ya te he dicho que no tengo poderes especiales —protestó ella—. No quiero hablar con ellos.

—Lo sé, Ayla. Les he explicado que, si bien tienes talento de Convocadora, no estás adiestrada. Ellos insisten en que te lo pida. Después de haberte visto montar a ese león y ordenarle que se fuera, están convencidos de que ejercerás una fuerte influencia sobre el Espíritu del Mamut, adiestrada o no.

—Pero ése era Bebé, Mamut, el león al que crié de pequeño. No podría hacer lo mismo con cualquier otro león.

—¿Por qué hablas de ese león como si fueras su madre? —preguntó una voz procedente de una gran silueta que se dibujaba en la entrada. Era Lomie, que avanzó a una indicación de Mamut.

—¿Es que eres realmente su madre? —apostilló este último.

—En cierto modo, sí. Era un bebé cuando le recogí. Había recibido una coz en la cabeza; entonces yo le curé, le crié y le llamé Bebé. Así seguí llamándole cuando creció. Tienes que creerme, Lomie, yo no sé llamar a los animales.

—En ese caso, ¿por qué apareció ese león en el momento más providencial si tú no le llamaste? —preguntó Lomie.

—Fue pura casualidad, no hubo nada misterioso en ello. Probablemente captó mi olor o el de Whinney y vino a buscarme. A veces venía de visita, aun después de haber formado su propia manada. Pregúntaselo a Jondalar.

—Y si no estaba bajo tu influencia especial, ¿por qué no hirió a la muchacha? Con ella no tenía ninguna relación afectiva. Ella dice que la derribó; pensó que iba a devorarla, pero el león se limitó a lamerle la cara.

—Creo que perdonó a esa muchacha porque se me parece un poco: es rubia y

alta. Bebé creció con un ser humano, no con otros leones; para él, las personas humanas son su familia. Cuando pasaba algún tiempo sin verme, saltaba sobre mí y me derribaba si yo no se lo impedía. Es su modo de jugar. Quería que le abrazara y le rascara —explicó Ayla.

Notó entonces que, mientras hablaba, la tienda se había llenado de Mamutoi.

Wymez se retiró algunos pasos, con una sonrisa astuta. «Como ella no iba a verles, han acudido ellos», pensó. Al ver que Vincavec se acercaba más, frunció el ceño. Si ella se decidía por él, Ranec pasaría un momento difícil. Nunca había visto tan alterado al hijo de su hogar como al enterarse del ofrecimiento de Vincavec. Wymez admitió, para sus adentros, que también él se había inquietado.

Vincavec observaba a Ayla mientras ésta respondía a todas las preguntas. Como jefe y mamut de un Campamento, no se dejaba impresionar con facilidad; conocía bien las influencias temporales y los senderos de los poderes sobrenaturales. Pero él, como los otros Mamutoi, había sido llamado al Hogar del Mamut porque sentía pasión por explorar terrenos desconocidos, porque tenía sed de descubrir las razones profundas que rigen todas las cosas más allá de las apariencias; le preocupaban los misterios a los que no encontraba explicación y la manifestación evidente de un poder sobrenatural.

Desde el primer encuentro había percibido en Ayla un misterio que le intrigaba, una silenciosa fuerza, como si su temple ya hubiera sido puesto a prueba. Vincavec había llegado a la conclusión de que la Madre la protegía y que siempre era capaz de superar cualquier adversidad. No tenía la más remota idea de los métodos que empleaba y los resultados que obtenía le sorprendían al máximo. Sabía que nadie se atrevería a enfrentarse a ella, ni siquiera quienes la habían acogido. Nadie le reprocharía sus antecedentes ni despreciaría a su hijo. Su poder era demasiado grande. El que ella lo usara para el bien o para el mal era secundario: como el verano o el invierno, la noche o el día, eran dos caras de la misma sustancia. Nadie querría exponerse a los rayos de su cólera. Si ella podía dominar a un león cavernario, ¿quién sabe qué otras cosas podría hacer?

Mamut y Vincavec, como los otros Mamutoi, se habían educado en el mismo medio, estaban imbuidos en la misma cultura y tenían muy grabados los sistemas de creencias desarrollados con arreglo a esa existencia y que formaban parte de su engranaje mental y moral.

En general, pensaban que su vida estaba ordenada de antemano, puesto que en poco podían alterarla. Las enfermedades atacaban al azar, y aunque pudiesen ser combatidas con remedios, algunos morían en tanto otros lograban sobrevivir. Los accidentes eran también imprevisibles y si acometían a una persona cuando estaba sola, el desenlace solía ser fatal. El rigor de las temperaturas y los rápidos cambios climáticos, provocados por la proximidad de imponentes glaciares, producían sequías o inundaciones que tenían un efecto inmediato sobre el medio natural del que todos dependían. Un verano demasiado frío o en exceso lluvioso podía retrasar el

crecimiento de las plantas, diezmar las poblaciones animales y cambiar sus pautas de migración. Los cazadores de mamuts se verían entonces en serias dificultades.

La estructura de su universo metafísico se inspiraba en el mundo físico y les proporcionaba respuestas a las cuestiones imposibles de resolver por otros medios y que, a falta de otras explicaciones aceptables, habían desencadenado un cúmulo de situaciones angustiosas, insuperables. Pero cualquier estructura, por grande que sea su utilidad, también impone sus limitaciones. En su mundo, los animales vagaban libremente, las plantas crecían por sí mismas. Siempre había sido así y no se imaginaban posibles cambios. Sabían dónde encontrar tal o cual planta y conocían las costumbres de los animales, pero no se imaginaban que era posible influir en la fauna y en la flora. No suponían en absoluto que las plantas, los animales y los seres humanos tienen la capacidad de cambiar y de adaptarse. Por consiguiente, ignoraban que esa capacidad era su única posibilidad de supervivencia.

El dominio de Ayla sobre los animales que había criado no les parecía natural; hasta entonces, nadie había tratado de domesticar a un animal. Los Mamutoi, anticipándose a la necesidad de explicaciones que aliviaran la ansiedad provocada por aquella gran innovación, habían revisado el edificio teórico de su mundo metafísico en busca de respuestas satisfactorias. Lo que Ayla había hecho no era una simple domesticación de animales: demostraba un poder sobrenatural, superior a todo lo imaginable. Su dominio sobre los animales sólo se podía explicar si ella tenía acceso al Espíritu original y, por tanto, a la Madre misma.

Vincavec, como el viejo Mamut y el resto de los Mamutoi, estaba íntimamente convencido de que Ayla no era sólo una mamut, una de los que Servían a la Madre; debía ser algo más. Tal vez encarnaba una presencia sobrenatural; hasta podía ser la misma Mut materializada. Y eso era tanto más creíble cuanto que la muchacha no hacía ostentación de sus poderes. De todas formas, cualquiera que fuese su poder, era indudable que la esperaba un gran destino y él deseaba con fervor ser parte de ese destino. Ayla era la elegida de la Gran Madre Tierra.

—Todas tus explicaciones son meritorias —dijo Lomie con convicción tras escuchar las alegaciones de Ayla—, pero ¿estarías dispuesta a participar en la Ceremonia del Llamamiento, aunque no creas poseer don especial para comunicar con los Espíritus? Muchos están convencidos de que traerías buena suerte a los cazadores si aceptases invocar al Espíritu del Mamut con nosotros. Eso no te haría daño alguno. Darías una gran alegría a los Mamutoi.

Ayla no halló modo de negarse, pero no se sentía cómoda en medio de las adulaciones de que era objeto. Ahora le resultaba casi desagradable caminar por el acampamiento y esperaba con impaciencia la cacería del día siguiente. A la excitación de su primera cacería de mamuts se sumaría el alivio de poder alejarse durante algún tiempo.

Al despertar, Ayla miró por la abertura triangular de la tienda de viaje. La luz del día comenzaba a iluminar el cielo por oriente. Se levantó en silencio, tratando de no despertar a Ranec ni a los demás, y se deslizó al exterior. El frío húmedo del amanecer impregnaba la atmósfera, pero, por suerte, habían desaparecido los enjambres de insectos voladores que pululaban por allí el día anterior.

Caminó hasta el borde de una poza de agua estancada cubierta de cieno y polen, un auténtico criadero de nubes de moscas y mosquitos de todas clases que les habían salido al paso la noche anterior, semejantes a una tromba zumbadora y arremolinada de humo negro, metiéndose bajo la ropa, en los ojos y en la boca, para dejar un rastro de picaduras rojas e hinchadas en cazadores y caballos.

Los cincuenta hombres y mujeres elegidos para participar en la primera cacería de la temporada habían llegado a los pantanos, desagradables pero imposibles de soslayar. Por debajo de la capa superficial ablandada por el deshielo de primavera y verano, la tierra congelada permanentemente no dejaba que el agua se filtrase. Allí donde la acumulación del deshielo era mayor de lo que se podía eliminar por evaporación, el resultado era una zona de aguas estancas. Durante la estación cálida no podía recorrerse una gran distancia sin encontrarse con suelos esponjosos, grandes lagos o pequeñas charcas de agua fundida, fangales pantanosos en donde se reflejaba el cielo cargado de nubes.

Llegaron demasiado avanzada la tarde para cruzar los pantanos o tratar de dar un rodeo. Se apresuraron a montar el campamento y a encender fogatas, tratando de alejar las nubes de insectos voladores. La primera noche que se detuvieron para pernoctar, aquellos que todavía no habían visto a Ayla utilizar su piedra de fuego lanzaron las acostumbradas exclamaciones de sorpresa, pero, a partir de entonces, ya se daba por sentado que a ella le correspondía encender el fuego.

Las tiendas de campaña utilizadas eran simples refugios de piezas de cuero virgen cosidas entre sí. La forma dependía de los materiales que hallasen o que transportasen en su bagaje: huesos o árboles flexibles; a veces se contentaban con tenderlos en el suelo. Un cráneo de mamut con grandes colmillos todavía intactos solía utilizarse para mantener levantada la solapa de cuero, o bien se podía atar al colmillo el flexible fuste de un sauce enano vivo. En ocasiones las defensas de mamut cumplían una doble función como postes para una tienda que, a veces, sólo se usaba para guardar la ropa o vestirse. Ahora el refugio de cuero, compartido por los cazadores del Campamento del León y algunos otros, estaba tendido a través de un caballete inclinado, con un extremo metido en la tierra y el otro sujeto a la horquilla de un árbol.

Una vez instalado el campamento, Ayla buscó entre la densa vegetación próxima al pantano y tuvo la gran alegría de encontrar una pequeña planta de hojas de un verde oscuro en forma de mano. Cavando con cuidado pudo desprender el conjunto

de raíces y rizomas, con los que preparó una cocción que servía para aliviar los ojos y la garganta de los caballos y también para repeler a los insectos. Cuando la usó en su propia piel acribillada por las picaduras de los mosquitos, varias personas quisieron imitarla y acabó por tratar las picaduras de todo el grupo. Después molió un poco de raíz y le añadió grasa, a fin de preparar un ungüento para el día siguiente. Encontró también un macizo de pulicarias, recogió algunas y las echó al fuego; su acción insectífuga aumentaba el poder repelente del humo, manteniendo una pequeña zona relativamente libre de insectos.

Con el frío húmedo de la mañana, las plagas voladoras habían mermado su actividad. Ayla se estremeció, frotándose los brazos, pero no hizo ademán alguno de regresar al refugio. Permaneció quieta, contemplando el agua oscura; apenas reparaba en el aumento gradual de luz que iba colmando toda la bóveda celeste y dando relieve a la enmarañada vegetación. De pronto sintió que una abrigada piel le rodeaba los hombros. La estrechó contra sí, agradecida, mientras unos brazos le ceñían la cintura desde atrás.

—Estás fría, Ayla. Hace largo rato que estás aquí fuera —dijo Ranec.

—No podía dormir —respondió ella.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Estoy inquieta, pero no puedo explicarlo.

—Estás intranquila desde la ceremonia del Llamamiento, ¿verdad?

—No se me había ocurrido. Tal vez tengas razón.

—Pero si no participaste. Lo único que hiciste fue estar presente.

—No quería participar, pero no estoy segura. Tal vez haya ocurrido algo.

Inmediatamente después del desayuno, los cazadores empaquetaron sus cosas y reemprendieron viaje. En un primer momento trataron de rodear el pantano, pero aparentemente no había forma de evitarlo sin desviarse mucho. Talut y algunos maestros de caza escrutaron la espesa vegetación pantanosa envuelta en una fría niebla y después conferenciaron con los otros jefes. Por fin se decidieron por una ruta que parecía ser la más fácil.

La tierra empapada pronto dio paso a ciénagas movedizas. Muchos de los cazadores se quitaron el calzado y avanzaron con los pies descalzos por el agua lodosa, mientras Ayla y Jondalar guiaban a los nerviosos caballos con la mayor cautela. Las plantas trepadoras y los líquenes, adheridos a sauces, alisos y abedules enanos, formaban una jungla ártica en miniatura. Había que mirar dónde se ponían los pies, ya que, al carecer de un suelo firme que diera estabilidad a las raíces, los árboles crecían en ángulos inesperados, a veces casi se arrastraban. Era preciso avanzar entre troncos caídos, malezas retorcidas y raíces sumergidas en parte, exponiéndose a que los pies quedaran atrapados. Los juncos y las hierbas altas producían una engañosa sensación de solidez; las charcas malolientes estaban

camufladas por musgos y helechos.

El avance era lento y fatigoso. A media mañana, cuando se detuvieron a descansar, todos estaban sudorosos y acalorados, incluso a la sombra. Cuando reanudaron la marcha, Talut tropezó con una rama de aliso, más tenaz que las otras; en un repentino estallido de ira, golpeó furiosamente el árbol con su enorme hacha. El líquido anaranjado que brotó a borbotones del árbol herido se parecía mucho a la sangre; Ayla tuvo un desagradable presentimiento.

Nunca fue mejor acogida la presencia de tierra firme. En el claro, cerca del pantano, crecían helechos y hierbas que superaban la altura de un hombre.

Giraron hacia el este para evitar las tierras húmedas y ascendieron por una cuesta, saliendo de la depresión pantanosa. Entonces distinguieron la confluencia de un gran río con su afluente. Talut, Vincavec y los líderes de otros Campamentos se detuvieron para consultar mapas trazados en marfil, y dibujaron otras marcas en el suelo con sus cuchillos.

Al aproximarse al río atravesaron un bosque de abedules, de altura reducida dadas las condiciones periglaciares, pero no carentes de belleza. Cada árbol parecía deliberadamente podado, como modelado en infinitas formas fascinantes, con una gracia desvaída y delicada. Sin embargo, sus ramas finas y frágiles resultaban engañosas: cuando Ayla trató de quebrar una, la encontró resistente como un tendón. Estas mismas ramas, agitadas por el viento, azotaban a la vegetación que competía con ellas y la doblegaban.

—Los llaman «Viejas Madres».

Ayla giró en redondo y se encontró con Vincavec.

—Creo que el nombre es adecuado —continuó él, señalando el suelo con el dedo —. Nos recuerda que no debemos subestimar la fuerza de las viejas. Este bosquecillo es sagrado, pues los abedules son los guardianes de los somuti.

Las pequeñas y temblorosas hojas de los abedules, de un verde claro, no ocultaban por completo el sol, y motas de sombra danzaban ligeras sobre el suelo del bosque, cubierto de mantillo.

Ayla notó entonces que entre el musgo, bajo ciertos árboles, brotaban unos grandes hongos de sombrero de color rojo intenso con manchas blancas.

—¿Son esos hongos a los que llamáis somuti? —preguntó Ayla—. Son venenosos. Pueden causar la muerte.

—Sí, por supuesto, a menos que conozcas el modo de prepararlos. Son venenosos con el fin de no ser utilizados inadecuadamente. Sólo quienes han sido elegidos pueden explorar impunemente el mundo de los somuti.

—¿Tienen propiedades medicinales? No conozco ninguna.

—No lo sé. No soy un Hombre Que Cura. Tendrás que preguntar a Lomie —dijo Vincavec. Y de pronto, sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo, le cogió las dos manos, mirándola a los ojos, como si escrutara dentro de ella—. ¿Por qué te opusiste a mí en la ceremonia del Llamamiento, Ayla? Había preparado el camino al mundo

inferior para los dos, pero te resististe.

Ayla experimentó un extraño conflicto interno entre dos atracciones opuestas. La voz de Vincavec era cálida e incitante; le inspiraba un gran deseo de perderse en las negras profundidades de aquellos ojos, de flotar en aquellos charcos fríos y oscuros, de ceder a cuanto él quisiera. Pero también experimentaba una abrumadora necesidad de romper el encanto, de alejarse de su influjo, de mantener su propia identidad. Con un poderoso esfuerzo de voluntad, apartó la vista. Entonces divisó a Ranec, que les estaba observando; el hombre moreno se apresuró a desviar la mirada.

—Tal vez tú hayas preparado el camino, pero yo no estaba preparada —respondió ella, evitando la mirada de Vincavec.

Al oír su risa, levantó la vista. Las pupilas de Vincavec no eran negras, sino grises.

—¡Tienes carácter! Eres fuerte, Ayla. Nunca había conocido a nadie como tú. Eres digna del Hogar del Mamut, digna del Campamento del Mamut. Dime que compartirás mi hogar —la voz de Vincavec expresaba todo el sentimiento y la persuasión de que era capaz.

—Me he prometido a Ranec —objetó Ayla.

—Eso no importa, Ayla. Tráele contigo si quieres. No me molestaría compartir el Hogar del Mamut con un tallista de su categoría. ¡Tómanos a ambos! O yo os tomaré a los dos —volvió a reír—. No sería la primera vez. ¡También el hombre tiene su atractivo!

—Yo… no sé —respondió ella. Luego, un apagado resonar de cascos le hizo levantar la vista.

—Ayla, voy a llevar a Corredor hasta el río para cepillarle las patas —dijo Jondalar—. El barro se está secando pegado a la piel. ¿Quieres que lleve también a Whinney?

—Iré yo misma —replicó ella, feliz de encontrar una excusa para alejarse. Vincavec era fascinante, pero la asustaba un poco.

—Está por allá, cerca de Ranec —informó Jondalar, antes de dirigirse hacia el río.

Vincavec siguió con la mirada al joven alto y rubio. «¿Qué papel juega él en todo esto?», se preguntó, perplejo. «Llegaron juntos y él comprende a los animales, tal vez tanto como ella. Pero no parecen amantes, y no porque él tenga dificultades con las mujeres. Avarie me ha dicho que todas andan locas por el Zelandonii. Me ha asegurado también que no se acuesta con Ayla y que ni siquiera la toca. Se dice que se negó al Rito de la Mujer por sus sentimientos fraternales. ¿Es este cariño el que siente por Ayla? ¿Algo fraternal? ¿Por eso nos interrumpió para llevarla junto al tallista?».

Vincavec frunció el ceño. Luego arrancó cuidadosamente varios hongos y los ató con un cordel, colgándolos de las ramas de una «vieja madre», en posición invertida, para que se secasen. Tenía el propósito de recogerlos en el viaje de regreso.

Después de cruzar el afluente llegaron a una zona más seca, donde los pantanos, abiertos y sin árboles, estaban más separados entre sí. El chillido de las aves acuáticas les anunció la proximidad de un gran lago producto del deshielo. Acamparon a poca distancia, y varias personas se encaminaron hacia el agua, para buscar la cena. En aquellos lagos estacionales no había pesca, a menos que estuvieran alimentados por ríos o torrentes permanentes. Pero entre las raíces de las cañas, juncos, espadañas y colas de zorro abundaban los renacuajos de las ranas verdes y de los sapos campaneros.

Respondiendo a una misteriosa señal estacionaria, una nutrida masa de aves, acuáticas principalmente, había llegado del norte para unirse a las perdices, a las águilas doradas, a los harfangos de las nieves. El deshielo de primavera, que impulsaba el crecimiento de la vegetación y hacía revivir los pantanos en donde prosperaban los cañaverales, invitaba a infinidad de aves migratorias a permanecer allí el tiempo suficiente para hacer sus nidos y reproducirse. Muchas aves se alimentaban de batracios jóvenes, y también adultos, así como de tritones, serpientes, semillas, bulbos y de los inevitables insectos e incluso de pequeños mamíferos.

—A Lobo le encantaría este lugar —comentó Ayla a Brecie, mientras observaba a una pareja de pájaros que describían círculos en el cielo. (Siempre llevaba la honda preparada para el caso de que los pájaros se dignaran acercarse lo suficiente a la orilla. No quería mojarse para ir a recoger las piezas cobradas por sus piedras)—. Le he enseñado a que me traiga las presas y está haciendo muchos progresos.

Brecie había prometido mostrarle su Bastón Que Vuelve y deseaba ver la tan alabada pericia de la joven con su honda. Ambas quedaron recíprocamente impresionadas. El arma de Brecie era una sección de fémur, alargada y en forma romboidal, a la cual le había sido retirada la epífisis para afilar el extremo. Describía un vuelo circular; si se la arrojaba contra una bandada, era posible matar varios pájaros a la vez. Resultaba más adecuada que la honda para cazar aves, pero el arma de Ayla permitía también matar animales más grandes.

—Ya que has traído a los caballos, ¿por qué has dejado al lobo allá? —preguntó Brecie.

—Porque Lobo todavía es un cachorro. No sé cómo se comportaría delante de los mamuts y no quise correr el riesgo de que echara a perder la cacería de mamuts. Los caballos, en cambio, pueden servir para cargar la carne al regreso. Además, creo que Rydag le habría echado de menos y —añadió Ayla— los añoro a ambos.

Brecie iba a preguntarle si de verdad tenía un hijo con las mismas taras físicas que Rydag, pero cambió de idea. El tema era demasiado delicado.

A medida que transcurrían los días mientras seguían avanzando hacia el norte, se hizo perceptible un gran cambio en el paisaje. Los pantanos desaparecieron, y una vez que dejaron atrás a las ruidosas aves, el silbido del viento llenó las planicies abiertas,

desprovistas de árboles, con un fantasmagórico gemido, entre el silencio y la desolación. El cielo se cubrió de nubarrones grises e informes, que oscurecían el sol y ocultaban las estrellas de noche, aunque rara vez llovía. En cambio, el aire era más frío y más seco, pues el viento parecía robar hasta la humedad del aliento. Al atardecer, algún claro entre las nubes rompía la opaca monotonía del cielo, con un crepúsculo tan luminoso y brillante que hechizaba a los viajeros con su pura belleza. Era una tierra de horizontes lejanos. Las colinas dejaban paso a otras colinas, sin picos mellados que rompieran la perspectiva, sin pantanos verdes de juncos que aliviaran los interminables grises, pardos y dorados polvorientos. La planicie parecía prolongarse en todas direcciones, salvo hacia el norte. Allí se la tragaba una niebla densa, que ocultaba todo rastro del mundo y engañaba el sentido de la distancia.

La naturaleza del terreno era una mezcla de verdes estepas y de tundra helada. Rodales de hierbas resistentes al hielo y a la sequía, herbáceas de raíces profundas, matas de salvia y de artemisa mezcladas con brezo grisáceo, rododendros en miniatura y flores de mirto dominaban sobre el delicado púrpura de la landa. Matojos de arándanos, de apenas diez centímetros de altura, prometían, a pesar de todo, una cosecha abundante; los abedules se arrastraban por el suelo como cepas.

Ninguno de los dos climas era propicio para las plantas arbustivas enanas que surgían de forma muy espaciada. El frío era demasiado intenso en la tundra para la germinación de las gramíneas. En las estepas, los ululantes vientos, que absorbían la humedad antes de que se posara en el suelo, barrían las planicies y frenaban el crecimiento de los árboles con tan cruel eficacia como el frío. Atenazada por la combinación de ambos elementos, la tierra estaba a la vez helada y seca.

A medida que los cazadores se iban acercando a las espesas brumas blanquecinas, les iba saliendo al paso una región cada vez más desolada. Rocas desnudas y pedregales sembraban el suelo. Sobre ellas se asentaban los líquenes, costras escamosas amarillentas, grises, pardas y a veces de un verde vivo, más parecidas a piedras que a plantas. Resistían como podían algunas herbáceas floridas y algunos arbustos enanos, mientras que la hierba espesa y los carrizos dibujaban amplios tapices verdes. Hasta en aquella región salvaje y desolada, batida por vientos glaciales y agostadores, seguía existiendo vida.

Pronto se dibujaron algunos contornos por entre la bruma opaca. Amplias placas de rocas quebradas, largas franjas de arena, piedras y gravas, rocas venidas de ninguna parte, como depositadas allí por una mano de gigante. El suelo pedregoso era lavado por las aguas, pequeños riachuelos o torrentes que discurrían anárquicamente, y a medida que los cazadores avanzaban más se iba percibiendo la humedad en el ambiente. En los recodos sombreados seguía habiendo manchones de nieve sucia, y en una depresión, junto a una gran roca, una capa de nieve rodeaba una pequeña charca en donde algunos bloques de hielo en suspensión pintaban el agua de vivos colores azulados.

Por la tarde cambió la dirección del viento. Cuando los viajeros decidieron acampar estaba nevando. Descorazonados, Talut y los demás se detuvieron para analizar la situación. Vincavec había hecho repetidas veces un Llamamiento al Espíritu del Mamut, pero sin resultado. A aquellas alturas ya deberían haber topado con las grandes bestias.

Por la noche, tendida silenciosamente en sus pieles, Ayla cobró conciencia de misteriosos sonidos que parecían provenir de las entrañas del suelo: chirridos, bufidos, gorgoteos. No podía identificarlos y no tenía idea de cuál podía ser su origen. Eso la puso nerviosa. Trató de dormir, pero se despertaba una y otra vez. Por fin, ya de amanecida, la venció el cansancio, obligándola a ceder a un pesado sopor.

Al despertar notó que ya era tarde. La luz parecía demasiado intensa y no había nadie más en la tienda. Cogió su pelliza y se disponía a salir, pero sólo llegó hasta la abertura: al mirar hacia fuera quedó petrificada, con la boca abierta. Los vientos cambiantes habían barrido de momento las brumas procedentes del glaciar, dejando al descubierto una gigantesca pared de hielo, tan increíblemente grande que la cima se perdía entre las nubes.

Su mismo tamaño hacía que pareciese más próxima de lo que estaba, pero a unos cuatrocientos metros se veían algunos bloques gigantescos, desprendidos de la muralla, formando montículos. Había numerosas personas alrededor de ellos, las cuales le proporcionaron una escala para apreciar el verdadero tamaño de aquella barrera de hielo. El glaciar ofrecía un espectáculo increíble, de asombrosa belleza. Relumbraba bajo el sol, en millones de cristales descompuestos en todos los tonos del prisma. Pero sobre el color profundo, subyacente, dominaba el mismo azul irreal que había visto en la charca el día anterior. No había palabras para describir aquel espectáculo.

Ayla terminó apresuradamente de vestirse, con la impresión de haberse perdido algo importante. Se sirvió una taza de algo que parecía una infusión, aunque ya se estaba formando una película de hielo. Al descubrir que era caldo, tardó sólo un momento en decidir que daba lo mismo. Después de beberlo, tomó un poco de cereal cocido, ya congelado, y lo envolvió en una gruesa tajada de carne asada. Luego se encaminó hacia el grupo a paso rápido.

—Creí que no ibas a levantarte nunca —comentó Talut al verla llegar.

—¿Por qué no me habéis despertado? —preguntó ella, al tiempo que tomaba el último bocado.

—No es prudente despertar a nadie de un sueño tan profundo, salvo en caso de una emergencia —apostilló Talut.

—El espíritu necesita tiempo para sus viajes nocturnos, a fin de volver renovado —agregó Vincavec, que se había acercado a saludarla. Hizo ademán de cogerle las manos, pero ella las apartó y se limitó a rozarle la mejilla con la suya, y se alejó para examinar el hielo.

—Sube por aquí, Ayla —la llamó Ranec—. Es más fácil si das la vuelta por este

lado.

Ayla levantó la vista y le vio de pie en lo alto de un bloque ligeramente irregular. ¡Cuál no fue su sorpresa al ver que Jondalar estaba a su lado!

Ayla trepó por una serie de placas y fragmentos quebrados. La arenisca pegada al hielo hacía que fuera menos resbaladizo; con un poco de cuidado, no era difícil escalar sin riesgo. Al llegar a lo más alto, se irguió de cara al viento y cerró los ojos. Las ráfagas la empujaban, como si pusieran a prueba su resolución a resistirlas, y la voz de la gran muralla retumbaba, gimiente, a poca distancia. Giró la cabeza hacia la intensa luz de lo alto, perceptible aun a través de los párpados cerrados, y sintió en la piel la lucha cósmica entre el calor del astro celeste y el frío del glaciar. El aire mismo se estremecía con indecisión.

Luego abrió los ojos. El glaciar dominaba el panorama, colmando su vista. La enorme, majestuosa, formidable extensión de hielo que llegaba hasta el cielo avanzaba por toda la amplitud de la tierra que ella era capaz de divisar. Las montañas eran insignificantes a su lado. El espectáculo la llenó de una exaltación humilde y sobrecogida. Su sonrisa provocó una respuesta similar en Jondalar y Ranec.

—No es la primera vez que lo veo —dijo el tallista—, pero podría verlo tantas veces como estrellas hay en el firmamento y jamás me cansaría de contemplarlo.

Tanto Ayla como Jondalar se manifestaron de acuerdo.

—Pero puede ser peligroso —agregó Jondalar.

—¿Cómo llegó aquí tanto hielo? —preguntó Ayla.

—El hielo se mueve —explicó Ranec—. A veces crece, otras veces se retira. Estos bloques se desprendieron cuando la pared llegaba hasta aquí. Al principio eran mucho más grandes. Se han estado reduciendo, al igual que la muralla —Ranec estudió el glaciar—. Creo que la última vez estaba más lejos. Está creciendo de nuevo.

Ayla paseó la mirada por el paisaje abierto, notando que, desde aquella altura, se abarcaba una distancia mucho mayor.

—¡Oh, mirad! —gritó de pronto, señalando hacia el sudeste—. ¡Mamuts! ¡Veo un rebaño de mamuts!

—¿Dónde? —preguntó Ranec, súbitamente excitado.

El entusiasmo se extendió como un incendio entre los cazadores. Talut, que se había sobresaltado al oír la palabra «mamut», ya iba por la mitad del montículo. Llegó a la cima en pocas zancadas y, con la mano a modo de visera, miró en la dirección indicada por Ayla.

—¡Tiene razón! ¡Allí están! ¡Son mamuts! —tronó, sin poder contener la emoción ni el volumen de su voz.

Otros empezaron a trepar, en busca de un sitio para ver a las grandes bestias. Ayla bajó algunos pasos para dejar su sitio a Brecie.

La aparición de los animales provocó cierto alivio, además de excitación. Por fin se dejaban ver. Nadie sabía qué había estado esperando el Espíritu del Mamut, pero al

fin había permitido que sus criaturas de este mundo se presentaran a los elegidos por Mut para cazarlas.

Una de las mujeres del Campamento de Brecie comentó a uno de los cazadores que había visto a Ayla de pie en el montículo de hielo, con los ojos cerrados, girando la cabeza como si buscara algo o tal vez como si lo Convocara. Y, al abrir los ojos, había visto a los mamuts. El hombre escuchó como entendiendo lo que quería decir.

Cuando Ayla se disponía a descender, Talut apareció junto a ella, con la sonrisa más grande que había visto en su cara.

—Has hecho muy feliz a este Hombre Que Manda —dijo el gigantesco pelirrojo.

—Yo no he hecho nada —protestó ella—. Los he visto simplemente.

—Con eso basta. Quienquiera que los hubiera visto primero me habría hecho muy feliz, pero me alegro de que hayas sido tú.

Ayla le sonrió. Quería de corazón a aquel hombrón. Le consideraba una especie de tío, hermano o amigo, y sabía que él la correspondía con el mismo cariño.

—Ibas ya a bajar, Ayla, pero ¿qué estabas mirando? —preguntó Talut, mientras iniciaba el descenso con ella.

—Nada en particular. Sólo estaba examinando la forma de este montículo. ¿Notas cómo se ahueca en el sitio por donde subimos, para curvarse luego hacia fuera?

Talut echó una ojeada indiferente, pero de pronto puso más atención.

—¡Ayla! ¡Otra vez has hecho una de las tuyas! —gritó.

—¿Otra vez, qué?

—¡Otra vez has hecho de este Hombre Que Manda un hombre muy feliz!

Su sonrisa era tan contagiosa, que ella sonrió a su vez.

—¿Y ahora por qué, Talut?

—Gracias a ti he reparado en la forma de este montón de hielo. Es como un cañón sin salida. No está completo, pero podemos arreglarlo. ¡Ahora ya sé cómo vamos a cazar a esos mamuts!

No había tiempo que perder. Los mamuts podían alejarse o el tiempo cambiar otra vez. Los cazadores tenían que aprovechar inmediatamente la oportunidad. Después de conferenciar, los jefes de la cacería enviaron a varios exploradores para que investigaran el paraje y la importancia del rebaño. Mientras tanto se construyó una pared de rocas y hielo, para bloquear el espacio abierto a un lado del cañón. De ese modo, el bloque de hielo se convertía en un corral, provisto de una sola entrada. Al regresar los exploradores, todos se reunieron para estudiar la mejor manera de llevar a los enormes animales lanudos hacia la trampa.

Talut explicó cómo Ayla, montada en Whinney, les había ayudado a capturar un bisonte. Todos escucharon con interés, pero se llegó a la conclusión de que un caballero montado en su caballo no podía por sí solo forzar a los mamuts a dirigirse hacia el pasaje sin salida. Su colaboración sería útil, pero había que buscar otro medio

más seguro.

La solución era el fuego. Las tormentas de verano con aparato eléctrico incendiaban con frecuencia algunos pastizales, de tal forma que hasta los enormes mamuts, tan poco propensos al miedo, sentían por las llamas un prudente respeto. Sin embargo, en aquella época podía resultar difícil iniciar un incendio. Habría que hostigar a aquellos monstruos con antorchas.

—¿Con qué fabricaremos las antorchas? —preguntó alguien.

—Con hierba seca y estiércol de mamut —dijo Brecie—. Una vez mezcladas con grasa, las antorchas prenderán fácilmente.

—Podríamos utilizar la piedra de fuego de Ayla para encenderlas —añadió Talut.

Esta sugerencia mereció la aprobación de todos.

—Habrá que encender fogatas en distintos lugares y a espacios apropiados —observó Brecie.

—Ayla ha proporcionado a cada hogar del Campamento del León una piedra de fuego. Tenemos varias aquí —dijo Talut—. Nosotros tenemos varias. Yo tengo una, Ranec también. Y Jondalar tiene la suya.

Talut lamentó que no estuviera allí Tulie, pues sabía que a ella le habría encantado el prestigio que para el Campamento del León suponía la posesión de las famosas piedras, tanto más cuanto que eran muy raras.

—Una vez que hayamos puesto a los mamuts en movimiento, ¿cómo podremos estar seguros de que irán hacia el cañón? —preguntó una mujer del Campamento de Brecie—. Este paraje es muy abierto.

El plan elaborado fue simple y eficaz. Construyeron dos hileras de mojones, utilizando rocas y bloques de hielo, que se abrían en abanico desde el cañón. Talut, con su enorme hacha, en un abrir y cerrar de ojos redujo el tamaño de los bloques más grandes para que pudieran ser transportados con mayor facilidad. Detrás de cada uno dejaron varias antorchas preparadas. De los cincuenta cazadores, unos cuantos se colocaron dentro del mismo cañón, protegidos por bloques de hielo, para el primer ataque frontal. Otros se situaron entre los mojones. Los corredores más veloces y fuertes (a pesar de su tamaño, los mamuts eran capaces de desarrollar una gran velocidad en distancias cortas) se distribuirían en dos grupos, para rodear al rebaño.

Brecie explicó, para información de los más jóvenes, que nunca habían cazado a las gigantescas y peludas bestias, algunas características y puntos vulnerables de los mamuts. Ayla, después de escuchar con atención, entró con ellos en el cañón de hielo. La jefa del Campamento del Alce quería dirigir desde dentro el ataque frontal; necesitaba inspeccionar la trampa y elegir el sitio que considerase más adecuado.

Tan pronto como se encontraron dentro de los muros helados, Ayla notó la bajada de la temperatura. Con el fuego que habían encendido para derretir la grasa destinada a las antorchas, y el ejercicio de cortar hierba y acarrear bloques de hielo, no se había dado cuenta del frío. No obstante, estaban tan próximos al enorme glaciar que el agua aparecía con una película de hielo por la mañana, a pesar de estar en verano, y era

necesario usar las pellizas durante el día.

Dentro del recinto, el viento era glacial, pero Ayla estaba tan cautivada por la belleza del paraje que no se daba cuenta. Tenía la sensación de haber entrado en otro mundo, un mundo azul y blanco, de gélida y desnuda belleza. Al igual que en los cañones rocosos cerca de su valle, en el suelo yacían, rotos, grandes bloques de hielo desprendidos recientemente de los muros helados. Sobre sus cabezas, carámbanos afilados y vertiginosas espirales, de un blanco centelleante, se hundían en las grietas y en los rincones umbrosos, transformándose en un azul vívido, deslumbrante. De pronto pensó en los ojos de Jondalar.

La superficie redondeada de los picos más antiguos o de los bloques desmoronados, desgastada por el tiempo y cubierta de grava fina arrastrada por el viento, invitaba a la escalada y a la exploración. Mientras los demás buscaban sitios donde apostarse, Ayla aceptó la invitación. A fin de cuentas, ella no esperaría a los mamuts dentro del recinto. Whinney y ella, junto con Jondalar y Corredor, ayudarían a empujar a aquellas bestias lanudas hacia la trampa de hielo. La rapidez de los caballos sería de una gran utilidad, y tanto Ayla como Jondalar prestarían sus piedras de fuego a cada uno de los dos grupos de cazadores. Ayla advirtió que la gente iba juntándose a la entrada del cañón. Silbó a Whinney, que salía del campamento junto con Jondalar y Corredor. La yegua acudió a la llamada de la joven.

Los dos grupos de cazadores expertos se encaminaron hacia la manada de mamuts trazando un amplio círculo para rodearlos, sin pronunciar más palabras que las necesarias, por temor a espantarlos. Ranec y Talut se habían situado cada uno de ellos detrás de una hilera de montones de piedra que convergían en dirección al cañón de hielo, dispuestos a encender fuego tan pronto como fuera preciso. Ayla saludó con la mano a Talut y dedicó una sonrisa a Ranec. Cada uno esperaba al lado de una pila de hielo y piedras. Vincavec, que estaba del lado de Ranec, sonrió, y la muchacha le correspondió.

Ayla caminó delante de Whinney, con sus lanzas y su lanzavenablos sujetos a las alforjas, junto con un juego de antorchas. Había otros cazadores a corta distancia, pero nadie hablaba mucho. Todos estaban concentrados en los mamuts, deseando fervientemente que la cacería tuviera éxito. Ayla echó un vistazo a Whinney y después estudió al rebaño; aún seguía pastando en el mismo sitio en donde lo había visto desde el promontorio. Todo se había preparado con tanta rapidez que no había tenido tiempo de reflexionar. Siempre había querido cazar mamuts, y un estremecimiento recorrió su cuerpo al comprender que estaba a punto de participar en la primera cacería de mamuts de su vida. Sin embargo, cuando reflexionó sobre ello le pareció que en todo aquello había algo de grotesco. ¿Cómo podían unas criaturas tan pequeñas y débiles como los humanos desafiar a las enormes bestias lanudas, de poderosos colmillos, y confiar en el éxito? Aun así, allí estaba ella, dispuesta a cazar al mayor animal conocido en aquellas tierras, con sólo unas pocas lanzas, la inteligencia y la cooperación de sus compañeros y el lanzavenablos de Jondalar.

¿Daría resultado aquel nuevo artefacto con las pesadas lanzas que empleaban para cazar el mamut? Lo habían probado, pero aún no estaban familiarizados con él.

Ayla vio cómo Corredor y el grupo de cazadores que había rodeado a la manada por el lado opuesto avanzaban ahora hacia los mamuts, que parecían haberse puesto en movimiento. ¿Se daban cuenta de que los humanos trataban de cercarles? También el grupo de Ayla aceleró el paso. La tensión estaba llegando a su punto máximo. Se dio la señal de que se prepararan las antorchas. Ayla sacó las que llevaba en los cestos de Whinney y las distribuyó. Todos esperaron, ansiosos, mientras el otro grupo hacía lo mismo. Por fin, el jefe de la cacería dio la señal de encenderlas.

Ayla se quitó los mitones, arrodillada junto a un montoncito de velludillo y estiércol seco. Los otros esperaban a poca distancia. La primera chispa murió, pero la segunda pareció prender la yesca. Volvió a golpear el pedernal, agregando nuevas chispas a la yesca, y trató de avivar el fuego soplando. Una súbita ráfaga de viento vino en su ayuda, y las llamas envolvieron bruscamente el montón de velludillo y estiércol. Después de agregar algunos trozos de sebo para avivar la combustión, se retiró para que los cazadores fueran encendiendo sus antorchas. A continuación comenzaron a desplegarse en abanico.

No hubo señal alguna que indicara el inicio del acoso. La operación comenzó lentamente, según avanzaban los desorganizados cazadores hacia las gigantescas bestias, entre gritos, agitando las humeantes antorchas. Pero casi todos los Mamutoi eran cazadores experimentados, y estaban habituados a cazar juntos. Pronto concentraron sus esfuerzos y los peludos elefantes iniciaron el avance hacia los mojones.

Una gran hembra, la matriarca del rebaño, pareció notar cierta intención agresiva en la aparente confusión y torció hacia un lado. Ayla echó a correr en dirección a ella, aullando y agitando su antorcha. Le asaltó el súbito recuerdo de una vez en que, años atrás, encontrándose sola, pretendió dar caza a una manada de caballos sin otra ayuda que unas antorchas humeantes. Todos los caballos escaparon, excepto uno… o mejor dos, la madre cayó en la trampa que ella había preparado, pero no así la pequeña yegua baya.

Se volvió a echar una ojeada a Whinney. El fuerte bramido del mamut hembra la cogió por sorpresa. Giró a tiempo para ver que la vieja matriarca observaba a aquellas criaturas, débiles e insignificantes, con olor a peligro. Y de pronto se lanzó contra la muchacha. Pero esta vez no estaba sola. Al levantar la vista vio a Jondalar a su lado; después, a algunos más. La enorme bestia no deseaba enfrentarse a tantos. Levantó la trompa, bramó largamente para avisar a los demás y retrocedió.

La zona de heno seco estaba en tierras más elevadas, donde no la afectaban los riachuelos del deshielo estival, y hacía varios días que no llovía. Las fogatas que habían servido para encender las antorchas quedaron sin vigilancia; pronto se extendieron por entre las hierbas, avivadas por el fuerte viento. Cuando los mamuts percibieron el olor de la hierba y la tierra chamuscada, la vieja matriarca volvió a

bramar, acompañada ahora por un coro de grandes alaridos, mientras las bestias parduzcas y rojizas tomaban velocidad, lanzándose en desbandada hacia un peligro mucho mayor, que aún no conocían.

Una ráfaga de viento que sopló de costado envió una bocanada de humo hacia los cazadores que perseguían a la manada. Ayla, que estaba a punto de montar en Whinney, volvió la mirada hacia el incendio y comprendió cuál era la causa del pánico de las gigantescas bestias. Se quedó un instante mirando, fascinada, las llamas rojas y crepitantes que devoraban voraces el heno, escupiendo chispas y eructando humo. Sabía que el fuego no representaba una amenaza real; aunque lograse cruzar los terrenos rocosos, el cañón de hielo lo detendría. Notó que Jondalar, ya montado sobre Corredor, seguía de cerca a los mamuts, y corrió tras él.

Cuando adelantó a una joven del Campamento de Brecie, que había ido corriendo todo el camino, Ayla pudo oír su pesada respiración y se acercó a las grandes bestias. Les resultaría más difícil desviarse una vez enfilaran la ruta que las conduciría inevitablemente al frío cañón. Las dos mujeres se miraron sonrientes cuando, por fin, la manada enfiló el sendero marcado por los mojones. Ayla continuó avanzando: ahora le tocaba a ella azuzarlos.

Comprobó que las antorchas de los mojones estaban siendo encendidas con cautela, para que el rebaño no se desviara a tan poca distancia. De pronto se vio ante la abertura del cañón. Hizo que Whinney se echara a un lado y desmontó de un salto, con las lanzas en la mano. La tierra vibraba al paso de los mamuts que se precipitaban inconscientemente hacia la trampa. Ayla salió a la carrera y se unió a la persecución, siguiendo de cerca a un viejo macho, cuyos colmillos se cruzaban por delante. Otros cazadores hacían fuego con diversos materiales combustibles, amontonados ante la abertura, en un intento de mantener dentro a los asustados animales. Ayla rodeó una fogata para entrar nuevamente en el frío recinto.

Ya no era un rincón de serena belleza. Los bramidos de los animales resonaban contra los muros helados, atronando los oídos y alterando los nervios. Ayla sintió una tensión casi insoportable, en parte miedo, en parte entusiasmo. Se sobrepuso al miedo y colocó la primera lanza en el lanzavenablos.

La matriarca había avanzado hacia el extremo más alejado, buscando una salida por donde conducir al rebaño, pero allí esperaba Brecie, encaramada a un bloque de hielo. La vieja hembra levantó la trompa y bramó su rabia y su frustración, en el momento en que la jefa del Campamento del Arce arrojaba una lanza contra su garganta abierta. El bramido se quebró en un gorgoteo de líquido que brotó de sus fauces salpicando la fría blancura del hielo con sangre caliente.

Un joven miembro del Campamento de Brecie arrojó una segunda lanza. La punta de pedernal atravesó el duro cuero, para alojarse profundamente en el abdomen. Siguió otra, que también hizo blanco en su vientre, desgarrándole una amplia franja por el peso del venablo. El mamut hembra bramó áspera y reiteradamente de dolor, mientras de la herida asomaban grisáceos revoltijos de intestinos. Las patas traseras

se le enredaron en sus propias vísceras que se desparramaron por el suelo. Alguien arrojó otra lanza contra la malhadada bestia, pero rebotó contra una costilla. La siguiente se abrió paso entre dos costillas.

La vieja hembra cayó de rodillas, hizo un intento de levantarse y se derrumbó de costado. La trompa se elevó una vez más, en un esfuerzo por bramar una última advertencia a sus compañeros, pero cayó a tierra, lenta, casi graciosamente. Brecie tocó con una lanza la cabeza de aquella hembra valiente, elogiando su valerosa lucha, y agradeció a la Gran Madre el sacrificio que permitía sobrevivir a los Hijos de la Tierra.

Brecie no era la única que, erguida junto a aquella valiente mamut, manifestaba su gratitud a la Madre. Los cazadores habían formado grupos improvisados para lanzar ataques múltiples contra el animal que habían elegido. Las lanzas arrojadizas les permitían mantenerse lejos del mamut escogido, pero también era preciso cuidarse de los que otros cazadores atacaban a poca distancia. La sangre de los heridos y moribundos reblandeció el hielo de la tierra, antes de congelarse en estrías y regueros resbaladizos que representaban un serio obstáculo para andar. El helado cañón era una auténtica marabunta en la que se mezclaban gritos de cazadores y alaridos de mamuts, todo ello amplificado al retumbar contra las paredes centelleantes.

Después de observar la escena unos segundos, Ayla se dirigió hacia un joven macho cuyos colmillos, aunque largos y curvos, aún eran útiles como armas. Ajustó en el lanzavenablos la pesada lanza, tratando de apuntar bien. Recordó las advertencias de Brecie en cuanto a que el estómago era uno de los sitios más vulnerables del mamut, apuntó cuidadosamente al blanco y despidió el arma letal al otro lado del cañón.

El arma, veloz y certera, se hundió en su cavidad abdominal. Pero Ayla, contando con la fuerza del arma y sin la compañía de otros cazadores dispuestos a ayudarla, habría debido de apuntar hacia un sitio más vital. Aquella herida no mataba en el acto. El macho estaba mortalmente herido, pero el dolor le enfureció, dándole ánimos para volverse contra su atacante. Bramó desafiante, bajó la cabeza y se lanzó contra la joven.

La única ventaja de Ayla era la larga distancia desde donde había apuntado. La muchacha dejó caer sus lanzas y su artefacto y corrió hacia un bloque de hielo, pero perdió pie al tratar de subir. Logró resguardarse en el instante justo en que el gigantesco mamut chocaba con todas sus fuerzas contra el bloque. Sus grandes colmillos lo partieron en dos, dejando a Ayla sin aliento por el impacto. El mamut, bramando su impotencia y su agonía, se cebó en el trozo de hielo, tratando de alcanzar a la muchacha escondida detrás. De pronto, dos lanzas arrojadas en veloz sucesión dieron contra el macho enfurecido. Una se le clavó en el cuello; la otra quebró una costilla con tanta fuerza que le llegó al corazón.

El mamut se desplomó junto al montón de hielo. Su sangre formó charcos humeantes sobre el hielo antes de endurecerse. Ayla, todavía temblorosa, salió

arrastrándose de su escondrijo.

—¿Estás bien? —pregunto Talut, llegando a tiempo para ayudarla a levantarse.

—Sí, creo que sí —respondió ella, sin aliento.

El jefe arrancó de un tirón la lanza clavada en el pecho del mamut, provocando la salida de otro chorro de sangre, en el momento en que Jondalar se unía a ellos.

—¡Habría asegurado que te había alcanzado, Ayla! —exclamó. La expresión de su rostro era de algo peor que preocupación—. Debiste esperar a que yo viniera…, a que viniera alguien para ayudarte. ¿Estás bien, de veras?

—Sí, pero me alegro mucho de que los dos estuviérais cerca —Ayla sonrió—. Cazar mamuts es muy excitante.

Talut la estudió un momento. Se había salvado por muy poco, pero no parecía demasiado afectada. Sí muy nerviosa, lo que era normal. Hizo un gesto de asentimiento, muy sonriente, y se dedicó a examinar su lanza.

—¡Ja! ¡Todavía está dispuesta a matar a otro! —y volvió a perderse en aquella barahúnda.

Ayla le siguió con los ojos, pero Jondalar tenía la vista fija en ella; aún le palpitaba el corazón. ¡Había estado a punto de perderla! El mamut pudo haberla matado. Con la capucha echada hacia atrás, el pelo en desorden y los ojos brillantes de entusiasmo, estaba tan hermosa que el efecto fue inmediato, irresistible. ¡La encontraba tan bella! Era la única mujer a la que había amado. ¿Qué habría sucedido si la hubiera perdido? Un hormigueo familiar le recorrió el cuerpo. El temor a perderla había despertado su deseo y se sintió tentado de cogerla en brazos. La deseaba, la deseaba más que nunca hasta entonces. Habría podido poseerla en aquel instante, en el suelo helado y ensangrentado del gélido cañón.

Ella levantó la vista, sorprendió su mirada y el encanto irresistible de sus ojos azules, tan límpidos como el agua de la charca helada, la conmocionó. Adivinó que Jondalar la deseaba. Le deseó, a su vez, con un fuego imposible de sofocar. Le amaba, le amaba tanto como jamás había soñado que fuera posible. Se inclinó hacia él, hambrienta de sus besos, de su contacto, de su amor.

—¡Acabo de enterarme por Talut! —exclamó Ranec, con el pánico agarrado a la voz, corriendo hacia ellos—. ¿Es éste el macho? —Parecía aturdido—. ¿Es seguro que no estás herida, Ayla?

Ella le miró unos instantes sin comprender. Mientras tanto, Jondalar dio un paso atrás. Sobre sus ojos cayó una especie de velo. Sólo entonces comprendió Ayla lo que significaba la pregunta de Ranec.

—No, Ranec, estoy bien. No estoy herida —dijo.

Pero no estaba segura de que fuera cierto. Su mente era un torbellino. Vio cómo arrancaba Jondalar su lanza del mamut y se alejaba.

«Ya no me pertenece, ya no es mi Ayla, y todo por mi culpa», pensó Jondalar. Recordó de pronto el incidente en las estepas, cuando montó a Corredor por vez primera, sintiéndose abrumado por el remordimiento y la vergüenza. Le constaba que

su delito había sido horrible, pero aun así estaba dispuesto a cometerlo de nuevo.

Para Ayla era mejor que él se esfumara y diera paso a Ranec. Él había vuelto la espalda a Ayla y, por si fuera poco, la había violado. No la merecía. Había llegado al convencimiento de que empezaba a aceptar lo inevitable y de que algún día, cuando hubiera vuelto a los suyos, olvidaría a Ayla. Comenzaba incluso a considerar normal su amistad con Ranec. Pero también comprendía que el dolor estaría siempre con él y que no podría olvidar a Ayla.

Quedaba en pie un solo mamut, un animal joven que, de algún modo, había escapado a la matanza. Jondalar arrojó su lanza contra él, con tal potencia que el mamut cayó de rodillas. Salió a toda prisa del cañón. Necesitaba alejarse, estar a solas. Caminó hasta asegurarse de que los otros cazadores no pudieran verle. Entonces se llevó las manos a la cabeza y apretó los dientes, tratando de dominarse; pero cayó de rodillas y golpeó el suelo con los puños.

—¡Oh, Doni! —gritó, tratando de liberarse de su dolor y de su angustia—. Sé que es por mi culpa. Fui yo quien le volvió la espalda y la alejó, no sólo por celos, sino porque me avergonzaba de amarla. Tenía miedo de que mi pueblo la considere indigna de mí y de que me dé de lado a causa de ella. Soy yo quien no la merece, pero, a pesar de todo, la amo. ¡Oh, Gran Madre, yo la amo! Tú eres testigo de ello. ¡Doni, necesito a Ayla! Las demás mujeres me son indiferentes. ¡Doni, devuélvemela! Ya sé que es demasiado tarde, pero, por favor, quiero que me la devuelvas.

Capítulo 36

Talut nunca se sentía tan en su elemento como cuando descuartizaba mamuts, con el torso desnudo, sudando profusamente y manejando su enorme hacha como si fuera un juguete. Rompía huesos y marfil, cortaba tendones y desgarraba el duro pellejo. Disfrutaba con su trabajo y, consciente de que ayudaba a su pueblo, le encantaba emplearse a fondo y ahorrarles esfuerzos a otros. Sonreía mientras utilizaba sus poderosos músculos, y cuantos le observaban no podían por menos de sonreír a su vez.

Sin embargo, hacía falta mucha gente para desollar a los grandes animales, así como para curar y curtir las pieles, una vez que volvieran al Campamento. El solo transporte de la carne requería un esfuerzo colectivo, por lo que se elegían sólo las mejores pieles; todavía seleccionaban con mayor cuidado las carnes, prefiriendo los trozos ricos en grasa, y dejaban el resto.

Pero el desperdicio no era tan grande como parecía. Los Mamutoi debían llevarlo todo a cuestas, y el transporte de la carne de inferior calidad suponía un gasto de calorías superior al que aportaban. Con una cuidadosa selección, la carga alimentaría a muchas personas por largo tiempo, sin que hiciera falta volver pronto a cazar. Quienes dependían de la caza para su alimentación nunca mataban en exceso; se limitaban a aprovechar la carne con prudencia, sin malgastar los recursos de la Gran Madre Tierra.

El clima se mantuvo notablemente despejado mientras los cazadores realizaban el descuartizamiento de los mamuts, produciéndose tremendos cambios de temperatura entre el día y la noche. Aun tan cerca del glaciar, el sol llegaba a calentar mucho en verano; combinado con la acción del viento, facilitaba la desecación de las carnes menos grasas, lo que facilitaba su transporte. Pero las noches estaban siempre a merced de las heladas. El día en que iban a emprender el regreso, un cambio en la dirección del viento provocó la aparición de nubes por el oeste y la temperatura descendió de forma muy acusada.

Cuando los caballos de Ayla estuvieron cargados para iniciar el regreso, los Mamutoi apreciaron por fin su verdadera utilidad. Las angarillas habían despertado un especial interés. A muchos de ellos les extrañó la insistencia de Ayla por llevar aquellas largas pértigas, que no eran precisamente lanzas. Ahora lo estaban entendiendo y manifestaban su aprobación con expresivos gestos. Uno de ellos se divertía tratando de mover una de las angarillas a medio llenar.

Aunque se despertaron temprano, ansiosos por regresar, no se pusieron en camino hasta media mañana. Algo después del mediodía, ascendieron una larga y angosta colina de arena y grava, depositadas allí, mucho tiempo antes, por el borde delantero del glaciar al abrirse más hacia el sur, y se detuvieron en la cima para tomarse un descanso. Al mirar hacia atrás, Ayla vio por primera vez a distancia la muralla de hielo, libre de neblinas, marcando un límite más allá del cual nadie podía llegar. Era,

en verdad, el confín de la tierra.

El borde frontal era accidentado, produciéndose allí ciertas desigualdades del terreno, y una ascensión a la cumbre habría revelado simas y crestas, seracs y grietas desmesuradas según la escala humana, pero en relación con su propio tamaño, la superficie ofrecía un nivel uniforme. Extendiéndose más allá de todo lo imaginable, el vasto glaciar cubría una cuarta parte de la superficie de la tierra con un brillante caparazón de hielo. Cuando reanudaron la marcha, Ayla se volvió varias veces para contemplar las nubes que avanzaban por occidente y la niebla creciente. El glaciar se ocultaba de nuevo en el misterio.

A pesar de las pesadas cargas, el trayecto de regreso se cubrió más de prisa que el de ida. Todos los años el invierno cambiaba el aspecto de la ruta, hasta el punto de obligar a quienes la recorrían a explorarla otra vez. Por suerte, el camino de ida al glaciar septentrional, así como el de regreso, ya eran conocidos. Todos estaban jubilosos por el éxito de la cacería; reinaba la ansiedad por volver a la Reunión de Verano. Nadie parecía abrumado por su carga, salvo Ayla. A medida que avanzaban, los malos presagios que había tenido en el viaje hacia el norte cobraron mayor fuerza aún. Sin embargo, evitó hacer mención de su inquietud.

El tallista estaba tan nervioso que le costaba contenerse. Su intranquilidad se basaba, principalmente, en el constante interés que Vincavec demostraba por Ayla, aunque también experimentaba vagamente algunos conflictos más profundos. Pero Ayla seguía siendo su Prometida y llevaban la carne para el Festín Nupcial. Hasta Jondalar parecía haber aceptado dicha Unión y, aunque ninguno de los dos hubiera dicho nada al respecto, Ranec percibía que el rubio visitante se aliaba con él contra Vincavec. Para Ranec, el Zelandonii era hombre de admirables cualidades; entre ambos iba naciendo una especie de amistad. De cualquier modo, Ranec pensaba que la presencia de Jondalar era una amenaza tácita para su Unión con Ayla y podía representar un obstáculo entre él y la felicidad total; se sentiría aliviado cuando, por fin, emprendiera su viaje.

Ayla no sentía la menor impaciencia por que llegara el día de la Ceremonia de la Unión, aun sabiendo cuánto la amaba Ranec y convencida como estaba de que podría ser feliz con él. La idea de tener un bebé como Tricie la llenaba de placer. En su fuero interno, Ayla estaba convencida de que Ralev era hijo de Ranec y no el producto de espíritus mezclados. Estaba segura que había introducido al niño en el vientre de Tricie con su esencia al compartir Placeres con ella. Aquella joven pelirroja le inspiraba simpatía y algo de lástima. Decidió que no le molestaría compartir a Ranec y su hogar con ella y Ralev, si la muchacha así lo deseaba.

Sólo en la más oscura profundidad de la noche admitía, para sus adentros, que tal vez no la hiciera nada feliz compartir el hogar con Ranec. En general, durante el viaje al norte había evitado dormir con él, salvo en contadas ocasiones en que parecía ansioso por tenerla cerca de él, no tanto por deseo físico como por estar seguro. En el trayecto de regreso se sintió incapaz de compartir Placeres con el escultor. Sólo podía

pensar en Jondalar. Las mismas preguntas volvían a su mente una y otra vez, sin llegar a solución alguna.

Cuando recordaba la angustia reflejada en los ojos de Jondalar, el día en que el mamut estuvo a punto de matarla, se preguntaba si aún la amaría. De ser así, no entendía que se hubiera mostrado tan distante aquel invierno. ¿Por qué había dejado de buscar Placeres con ella? ¿Por qué había abandonado el Hogar del Mamut? Rememoró aquel día en las estepas, cuando él cabalgó por primera vez en Corredor. Al pensar en el frenético ardor con que él la hizo suya, y en su consciente y ávida aceptación, le era imposible conciliar el sueño de tanto como deseaba a Jondalar. Por desgracia, el recuerdo quedaba empañado por el rechazo del hombre, así como por sus propios sentimientos de pena y confusión.

Después de una jornada especialmente larga y una cena tardía, Ayla fue de los primeros que se encaminaron hacia la tienda de campaña. Había rechazado con una sonrisa la esperanzada invitación de Ranec a compartir su cama, arguyendo que estaba muy cansada. Su desilusión le inspiró remordimientos, pero estaba realmente cansada e insegura con respecto a sus propios sentimientos.

Antes de entrar en la tienda había visto a Jondalar cerca de los caballos. Él se había dado la vuelta y ella le observaba, fascinada sin pretenderlo por su figura, la forma en que se movía o permanecía en pie. Le conocía tan bien, que se creía capaz de reconocerle sólo por su sombra. Luego se dio cuenta de que su cuerpo había respondido al del hombre, también sin proponérselo. Su respiración se hizo más rápida y su rostro enrojeció; se sentía atraída de tal forma por él que dio un paso en su dirección.

«Pero no serviría de nada», pensó. «Si me acerco a hablarle, pondrá alguna excusa y se alejará para charlar con cualquier otra persona». Ayla entró en la tienda, todavía agitada por las sensaciones que acababa de experimentar, y se zambulló en su cama.

Sin embargo, no pudo dormir. Daba vueltas y más vueltas en su lecho, tratando de ignorar sus ansias por Jondalar. ¿Qué le estaba ocurriendo? Si él no la quería, ¿por qué le deseaba ella tanto? ¿Y por qué Jondalar la miraba de aquel modo algunas veces? ¿Por qué la había deseado tanto aquel día en la estepa? Entonces pensó en algo que la hizo fruncir el ceño. Tal vez se sentía atraído por ella sin realmente quererla. Pensándolo bien, eso parecía tener sentido. La evitaba porque no quería quererla.

El rubor le subió a las mejillas, pero esta vez era más bien por despecho. Vistas las cosas así, todo se aclaraba, sus huidas y sus desplantes. ¿Sería tal vez porque estaba defendiéndose contra el deseo que despertaba en él? Reflexionando en todos sus intentos de acercarse a él, de hablarle, de comprenderle, mientras que él no pensaba más que en rehuirla, se sintió humillada y llegó a la conclusión de que no la

amaba. «No me ama como Ranec. Jondalar pretendía que me amaba y hablaba de llevarme con él cuando estábamos en el valle, pero nunca me ha propuesto la Unión. Nunca ha dicho que quería compartir su hogar conmigo y jamás me ha pedido que le diera hijos.

»¿Por qué sigo interesándome por él cuando él se burla de mí?», se preguntó, con los ojos inundados de lágrimas. Se sorbió las lágrimas y se limpió los ojos con el dorso de la mano; tanto pensar en él, tanto desearle, cuando él sólo buscaba olvidarla…

«Bueno, Ranec me quiere», pensó. «Y él también sabe darme buenos Placeres. Es muy bueno y quiere compartir su hogar conmigo, a pesar de que yo no soy buena con él. Y hace bonitos bebés, por lo menos el de Tricie lo es. Creo que debería empezar a ser más complaciente con Ranec y olvidarme de Jondalar». Pero mientras estas reflexiones desfilaban por su mente, volvieron a brotar las lágrimas, sin que pudiera reprimirlas. Pero por más que le diera vueltas al asunto, no podía negar la evidencia: «Sí, Ranec es bueno conmigo, pero no es Jondalar. Y yo amo a Jondalar».

Aún estaba despierta cuando los demás comenzaron a entrar en la tienda. Vio que Jondalar se detenía en la entrada y miraba hacia ella, vacilando. Le sostuvo la mirada un instante, pero acabó por alzar el mentón y apartar la vista. En aquel momento entró Ranec. Ella se incorporó, sonriente.

—¿No te acostaste temprano porque estabas cansada? —se extrañó él.

—Eso pensé, pero no puedo dormir. Tal vez necesite compartir tus pieles, después de todo.

La sonrisa de Ranec habría podido rivalizar con el sol, si hubiera estado en el cielo.

—Menos mal que, cuando estoy cansado, no hay nada que pueda mantenerme despierto —comentó Talut, con una sonrisa bonachona, mientras se sentaba en sus pieles para desatarse las botas.

Pero Ayla notó que Jondalar no sonreía. Había cerrado los ojos, sin que ello disimulara su mueca de dolor ni el gesto de derrota con que se dirigió hacia sus pieles de dormir. De pronto giró en redondo y salió precipitadamente. Ranec y Talut intercambiaron una mirada, e inmediatamente el hombre moreno se volvió hacia Ayla.

Al llegar a la zona pantanosa decidieron buscar un desvío. Llevaban demasiado peso para cruzarla tan fatigosamente como la vez anterior. Tras consultar el itinerario del año anterior, grabado en una placa de marfil, decidieron cambiar de rumbo a la mañana siguiente. Talut estaba seguro de que el camino más largo llevaría el mismo tiempo, aunque le costó convencer a Ranec, que no estaba dispuesto a tolerar demoras.

Esa noche, Ayla se sintió especialmente nerviosa. También los caballos habían

estado inquietos todo el día; ni siquiera el cepillado y las caricias sirvieron para calmarles. Algo iba a cambiar. Ella no sabía qué, pero lo presentía. Echó a andar por las estepas abiertas, tratando de relajarse.

Vio una bandada de perdices blancas y levantó la mano hacia su honda, pero la había olvidado. De pronto, sin motivo aparente, las aves levantaron el vuelo, como impulsadas por el pánico. Un águila dorada apareció por el horizonte. Con un amplio pero lento batir de alas, se acercaba pausadamente siguiendo la corriente de aire. Alcanzó a la bandada, que volaba a menor altura, y se lanzó en picado. Sujetó a una de las aves y la estranguló entre sus fuertes garras.

Ayla, estremecida, volvió de prisa al campamento. Permaneció levantada hasta tarde, conversando con unos y otros y tratando de distraerse, pero no lo consiguió. Cuando se acostó, el sueño tardó en venir; tuvo pesadillas inquietantes y se despertó varias veces. Cerca del amanecer se encontró completamente desvelada. Entonces se deslizó fuera de la tienda y encendió fuego para hervir agua.

Mientras que el cielo grisáceo se iba aclarando lentamente, Ayla bebió su infusión matinal y se quedó mirando distraídamente una flor, con la corola seca, que surgía en una ramita cerca del fuego. Sobre el hogar se había dejado, pendiente de tres lanzas, un cuarto de mamut a medio consumir, fuera del alcance de los animales merodeadores. Saliendo de su ensimismamiento, reconoció al fin la flor de la zanahoria silvestre. Sobre un montón de madera localizó una rama rota con una punta acerada; utilizándola como un palo de cavar, ahondó la tierra unos centímetros para liberar las raíces de la planta. Vio también otras plantas con flores y, mientras las desenterraba, tropezó con una cardencha, sabrosa y jugosa una vez despojada de las espinas. Junto a las cardenchas había un gran pedo de lobo todavía blanco y fresco como esperando que alguien lo cogiera en medio de pequeños lirios con tiernos y crugientes brotes. Cuando los cazadores se levantaron les estaba esperando una sopa de cereales hirviendo lentamente.

—¡Es estupenda! —ponderó Talut, sirviéndose una segunda ración con un cucharón de marfil—. ¿Cómo se te ocurrió preparar un desayuno tan delicioso?

—No podía dormir. He salido a tomar el aire y he encontrado todas estas cosas que estaban esperando a que alguien las cociera. Eso me ayudó a no pensar en… algunas cosas.

—Yo he dormido como un oso en invierno —dijo Talut. Luego la estudió con más atención, lamentando que Nezzie no estuviera allí—. ¿Te preocupa algo, Ayla?

Ella sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Me siento… extraña. También los caballos presienten algo. Corredor se resiste a obedecer y Whinney está nerviosa…

De pronto, Ayla dejó caer su taza y cruzó los brazos contra el pecho, como para protegerse. Sus ojos, horrorizados, estaban fijos en el cielo del sudeste.

—¡Talut! ¡Mira! ¿Qué es eso?

Una columna de humo oscuro se elevaba a lo lejos, cubriendo el cielo con

enormes nubes negras.

—No sé —reconoció el jefe, asustado como ella.

—Yo tampoco estoy seguro —la voz del chamán tatuado les hizo volverse—. Proviene de las montañas del sudeste —Vincavec luchaba por mantener la compostura, pues no era correcto que demostrara sus temores, pero le resultaba difícil —. Sin duda es una señal de la Madre.

Ayla estaba segura de que la tierra debía de estar sufriendo una terrible conmoción para vomitar de aquel modo, con tanta fuerza. La columna de humo gris tenía que ser increíblemente grande para que se la viera de aquel tamaño a tanta distancia, y la gigantesca nube, arremolinada con furia, seguía aumentando. Los vientos altos comenzaban a empujarla hacia el oeste.

—Es la leche de los Pechos de Doni —dijo Jondalar, con más indiferencia de la que sentía, empleando un término de su propio idioma.

Todos habían salido ya de las tiendas para observar aquella aterrorizante erupción y la nube de cenizas volcánicas.

—¿Qué…, qué significa eso que has dicho? —preguntó Talut.

—Es el nombre de una montaña, una montaña que vomita. Cuando era pequeño vi una. La llamamos «Pechos de la Madre». El viejo Zelandoni nos contó una leyenda al respecto. La que yo vi estaba muy lejos, en las tierras altas del medio. Más tarde, un viajero que había estado cerca nos contó lo que había presenciado. Era un relato muy interesante, pero él estaba verde de miedo. Primero hubo pequeños terremotos; después, la cima de la montaña saltó por los aires. Despidió un chorro grande, como éste, y formó una nube negra que llenó el cielo. No es propiamente una nube como todas; es polvo o ceniza. Ésta —señaló la enorme nube negra que se deslizaba hacia el oeste— parece estar alejándose. Ojalá no cambie el viento. Esa ceniza, cuando se posa, lo cubre todo, a veces con una capa muy espesa.

—Debe de estar muy lejos —comentó Brecie—. Desde aquí no se divisan siquiera las montañas. Y no se oyen ruidos ni se estremece la tierra. Sólo vemos ese enorme chorro y esa inmensa nube oscura.

—Gracias a eso, aunque la ceniza caiga, tal vez no sea tan grave. Estamos bastante lejos —dijo Mamut.

—¿Has dicho que hubo terremotos? Los terremotos siempre son una señal de la Madre. Esto también ha de serlo. Los Mamutoi tendrán que meditar sobre lo que hemos visto y hallar su significado —dijo Vincavec, por no parecer menos informado que el extranjero.

Ayla no oyó gran cosa, aparte de la palabra «terremoto». No había nada a lo que temiera tanto. Había perdido a su familia a los cinco años, por una violenta sacudida de la corteza terrestre; otro terremoto había matado a Creb cuando Broud la estaba expulsando del Clan. Los temblores de tierra siempre fueron presagio de pérdidas devastadoras y cambios desgarradores en su vida. Apenas logró mantener el dominio de sí misma.

Y en ese momento, por el rabillo del ojo, detectó un movimiento familiar. Un segundo después, una bola de pelo gris saltó hacia ella, apoyándole en el pecho dos patas mojadas y embarradas. Una lengua áspera le lamió la barbilla.

—¡Lobo! ¡Lobo! ¿Qué haces aquí? —dijo, rascándole el cuello. De pronto se interrumpió sobrecogida de espanto—. ¡Oh, no! ¡Es por Rydag! ¡Lobo ha venido a buscarme para que vuelva junto a Rydag! Tengo que irme. ¡Debo partir inmediatamente!

—Deja aquí las angarillas y la carga de los caballos —aconsejó Talut—. Ya volverás a buscarlos más tarde.

En los ojos del jefe del Campamento del León era evidente el dolor. Rydag era hijo de su hogar, tanto como los otros hijos de Nezzie, y Talut le quería mucho. De no haber sido por su corpulencia, Ayla le habría ofrecido a Corredor para que la acompañara.

Corrió a la tienda para vestirse y allí encontró a Ranec.

—Es Rydag —dijo.

—Lo sé. Acabo de oírte. Deja que te ayude. Pondré en tu mochila un poco de comida y agua. ¿Necesitarás tus pieles de dormir? Las pondré también —propuso el tallista, mientras ella se ataba las botas.

—Oh, Ranec, ¿cómo puedo agradecerte tanta bondad? —preguntó Ayla.

—Es hermano mío, Ayla.

«¡Por supuesto! Ranec también quiere a Rydag».

—Disculpa. La cabeza no me funciona bien. ¿Quieres venir conmigo a caballo? Pensé proponérselo a Talut, pero es demasiado grande para montar a Corredor. Tú, en cambio, podrías.

—¿Yo? ¿Sentarme en un caballo? ¡Jamás! —exclamó Ranec, sobresaltado, retrocediendo un paso.

Ayla frunció el ceño. No sabía que los caballos le aterrorizaran hasta ese extremo, pero en aquel momento recordó que nunca se había interesado por montar y se preguntó por qué.

—No tengo la menor idea de cómo dirigirle y… creo que me caería, Ayla. Para ti es normal montar a caballo, es una de las cosas por las que me gustas, pero yo no montaré jamás a lomos de un caballo, prefiero mis dos pies. Ni siquiera me gustan los botes.

—Pero alguien tendrá que acompañarla. No puede volver sola —observó Talut, que se había acercado a la entrada de la tienda.

—No volverá sola —dijo Jondalar, que estaba vestido con su atuendo de viaje, de pie junto a Whinney; llevaba a Corredor cogido de la rienda.

Ayla exhaló un gran suspiro de alivio, pero, acto seguido, frunció el ceño. ¿Por qué quería acompañarla si no deseaba estar a solas con ella, si hasta se burlaba de ella? Se alegraba de que fuera con ella, pero jamás lo confesaría. Ya se había humillado demasiadas veces.

Mientras ataba al lomo de Whinney los cestos laterales, notó que Lobo estaba bebiendo agua en el cuenco de Ranec. El hombre moreno le había puesto también medio plato de carne.

—Gracias por darle de comer, Ranec —dijo.

—El hecho de que no quiera montar a caballo no significa que no me gusten los animales, Ayla —dijo el tallista, sintiéndose avergonzado por haberle revelado su temor a los caballos.

Ella asintió con una sonrisa.

—Nos volveremos a ver en el Campamento del Lobo —dijo. Se despidieron con un abrazo y un beso, que Ayla consideró en exceso apasionado. Luego besó también a Talut y a Brecie. Después de rozar su mejilla contra la de Vincavec, montó en la yegua. El lobo se puso inmediatamente a su lado.

—Espero que Lobo no esté demasiado exhausto para volver corriendo —comentó la muchacha.

—Si se cansa, puedes subirle a la yegua —observó Jondalar, que trataba de mantener quieto al nervioso potro.

—Tienes razón. No lo había pensado.

—Cuida de ella, Jondalar —suplicó Ranec—. Cuando está preocupada por otra persona se olvida de pensar en sí misma. Quiero que llegue bien a la Ceremonia de la Unión.

—La cuidaré, Ranec, no te preocupes. Será una mujer sana y salva la que lleves a tu hogar —fue la respuesta de Jondalar.

Ayla paseó la mirada de uno a otro. Estaban diciéndose mucho más de lo que expresaban las palabras.

Cabalgaron a buen ritmo hasta el mediodía; sólo entonces se detuvieron a comer parte de lo que llevaban. Ayla estaba tan preocupada por Rydag que habría preferido seguir adelante, pero los caballos necesitaban esa pausa. Se preguntó si no habría sido el propio Rydag quien había enviado a Lobo en su busca. Era lo más probable. A cualquier otra persona se le habría ocurrido enviar un mensajero. Sólo Rydag podía comprender que Lobo tenía la inteligencia suficiente para captar el mensaje y seguir el rastro de Ayla hasta encontrarla. Pero Rydag no lo habría hecho de no existir una extrema urgencia.

La erupción volcánica hacia el sudeste la tenía asustada. El gran chorro lanzado hacia el cielo había cesado, pero la nube aún estaba allí, extendiéndose. El temor a las convulsiones de la tierra estaba tan arraigado en ella, era tan profundo, que la mantenía en un ligero estado de conmoción. Sólo el agudo temor por Rydag la ayudaba a mantener el dominio de sí misma.

Pero, a pesar de sus temores, sus miedos y sus angustias, no dejaba de advertir la presencia de Jondalar. Estaba descubriendo de nuevo el placer de estar en su compañía. ¡Había soñado tantas veces que cabalgaba al lado de Jondalar, escoltada por Lobo! Mientras descansaban le observó subrepticiamente, con aquella especial

habilidad de las mujeres del Clan para hacerse invisibles, para ver sin ser vistas. Su mera presencia le inspiraba un cálido deseo de echarse en sus brazos. Pero su reciente interpretación del inexplicable comportamiento de Jondalar y su reciente humillación, al comprender que le había estado buscando sin ser deseada, le impedía demostrar su interés. Si él no la deseaba, tampoco ella a él, o por lo menos no permitiría que conociera sus sentimientos.

Jondalar también la estaba observando. Buscaba un modo de hablar con ella, de decirle lo mucho que la amaba, de reconquistarla. Sin embargo, el joven parecía evitarla, le era imposible sorprender su mirada. Sin duda estaba afligida por Rydag (él mismo temía lo peor), y era preferible no molestarla. No era un buen momento para sacar a relucir sus sentimientos personales y, después de tanto tiempo, ni siquiera sabía cómo empezar. Mientras cabalgaban se le ocurrieron los planes más extraños: no detenerse en el Campamento del Lobo, continuar con ella quizá hasta estar de vuelta entre los suyos. Sabía, no obstante, que eso era imposible. Rydag la necesitaba y, por otro lado, estaba prometida a Ranec. Iban a unirse. ¿Por qué iba a querer acompañarle?

No descansaron mucho tiempo. En cuanto Ayla consideró que los caballos estaban en condiciones, volvieron a montar. Apenas habían avanzado nada cuando vieron que se aproximaba un hombre, que les hizo señas desde lejos. Al acercarse descubrieron que se trataba de Ludeg, el mensajero que les había informado sobre la nueva sede de la Reunión de Verano.

—¡Ayla! ¡A ti te busco! Nezzie me envió por ti. Lamento que sean malas noticias. Rydag está muy enfermo. —Ludeg miró en derredor—. ¿Dónde están los demás?

—Vienen detrás. Nos adelantamos en cuanto lo supimos —dijo Ayla.

—Pero ¿cómo os enterásteis? Soy el único mensajero enviado.

—No —dijo Jondalar—. Eres el único mensajero humano enviado. Pero los lobos corren más de prisa.

Sólo entonces vio Ludeg al joven lobo.

—Él no fue a cazar con vosotros. ¿Cómo es que está aquí?

—Creo que le envió Rydag —dijo Ayla—. Nos encontró al otro lado de los pantanos.

—Por suerte —completó Jondalar—. Te habría costado dar con los cazadores, pues han decidido volver rodeando el pantano. Es más fácil, con tanta carga.

—Con que encontrasteis mamuts. Me alegro; eso hará felices a todos —Ludeg miró a Ayla—. Será mejor que os apresuréis. Es una suerte que estéis tan cerca.

Ayla sintió que el rostro se le quedaba sin sangre.

—¿Quieres volver a caballo, Ludeg? —preguntó Jondalar, antes de reanudar la marcha—. Podemos montar juntos.

—No. Eso os retrasaría. Ya me he ahorrado un largo viaje y no me importa volver a pie.

Ayla puso a Whinney al galope hasta el Campamento del Lobo. Desmontó de un salto y entró en la tienda antes de que nadie hubiera advertido su regreso.

—¡Ayla, ya estas aquí! —exclamó Nezzie—. Menos mal que has llegado a tiempo. Temía que muriera antes. Ludeg debe de haber corrido mucho.

—No ha sido Ludeg quien nos ha encontrado, sino Lobo —explicó Ayla, mientras se liberaba de su abrigo para correr a la cama de Rydag.

Tuvo que cerrar los ojos un instante para superar su impresión. Las apretadas mandíbulas del enfermo, así como sus tensas facciones, le revelaron, mejor que las palabras, lo terrible de su sufrimiento. Estaba pálido, grandes círculos oscuros rodeaban sus ojos; los pómulos y la frente sobresalían en fuertes ángulos. Cada aliento era un esfuerzo que le causaba más dolor. Ayla miró a Nezzie, que estaba de pie junto a la cama.

—¿Qué ha pasado, Nezzie? —preguntó, luchando por contener las lágrimas ante el estado del niño.

—Ojalá lo supiera. Estaba bien, y de pronto le atacó ese dolor. Traté de hacer todo lo que me enseñaste y le di el remedio. De nada sirvió.

Ayla sintió un leve contacto en el brazo.

—Me alegro de que hayas venido —expresó Rydag por medio de gestos.

¿Dónde había visto, en el pasado, aquel esfuerzo por hacer gestos con un cuerpo demasiado débil para moverse? «Iza. Así estaba cuando murió», pensó Ayla. En aquella ocasión acababa de regresar tras un largo viaje y una prolongada estancia en la Reunión del Clan; pero ahora sólo se había ausentado para cazar mamuts. ¿Qué le había pasado a Rydag? ¿Cómo había podido enfermar así? ¿O acaso era algo que se había estado gestando lentamente?

—Tú enviaste a Lobo a buscarme, ¿verdad? —preguntó.

—Sabía él encontrarte —dijo el niño—. Lobo inteligente.

Cerró entonces los ojos, exhausto. Ayla tuvo que apartar la vista. Era penoso presenciar el esfuerzo que hacía para respirar.

—¿Cuándo tomaste tu remedio por última vez? —preguntó, al verle abrir de nuevo los ojos.

—No sirve —Rydag meneó levemente la cabeza—. Nada sirve.

—¿Cómo que nada sirve? Tú no sabes de eso. La curandera soy yo, confía en mí —replicó ella, con voz firme.

—No, Ayla. Yo sé —insistió el niño.

—Bueno, voy a examinarte. Pero antes voy a buscarte un remedio.

El niño, al ver que se levantaba para alejarse, le tocó la mano.

—No te vayas —consiguió gesticular entre dos respiraciones que le arrancaron una agónica expresión.

—¿Lobo aquí? —preguntó él, por fin.

La muchacha emitió un silbido. Alguien estaba fuera de la tienda, atento a impedir que el animal entrara, pero de pronto le fue imposible retenerlo. Lobo

apareció de un brinco y saltó sobre la cama, tratando de lamer la cara de Rydag. El niño sonrió, y a la joven le resultó casi insoportable ver aquella sonrisa en un rostro que era del Clan y a la vez tan característico de Rydag. Como el travieso lobezno podía agotar aún más al enfermo, ella le obligó a bajar.

—Envío Lobo. Quiero Ayla —indicó Rydag otra vez—. Quiero…

Parecía no conocer el signo correspondiente a la palabra.

—¿Qué es lo que quieres, Rydag? —le alentó Ayla.

—Trató de decírmelo —intervino Nezzie—, pero no comprendí nada. Espero que tú lo entiendas. Parece tener mucha importancia para él.

El niño cerró los ojos, arrugando la frente, y Ayla tuvo la sensación de que intentaba recordar algo.

—Durc suerte. Él… raíces. Ayla, quiero… Mog-ur.

Se estaba esforzando demasiado, pero lo único que Ayla podía hacer era intentar comprenderle.

—¿Mog-ur? —El gesto era silencioso—. ¿Te refieres a un hombre del mundo de los espíritus? —agregó en voz alta.

Rydag asintió, alentado, pero la expresión del rostro de Nezzie era inescrutable.

—¿Era eso lo que trataba de decir? —preguntó.

—Sí, creo que sí —dijo Ayla—. ¿Te ayuda algo?

Nezzie hizo un gesto de desaliento; después un rayo de cólera brilló en sus ojos.

—Ya sé lo que quiere. No quiere ser un animal, desea ir al mundo de los espíritus. Que le entierren… como a un ser humano.

Rydag asentía para demostrar su acuerdo.

—Por supuesto —manifestó Ayla, perpleja—. Es un ser humano.

—No, no lo es. Nunca fue considerado como un Mamutoi. Ellos no lo aceptarán. Decían que era un animal —aclaró Nezzie.

—¿Eso significa que no será enterrado? ¿Que no puede transitar por el mundo de los espíritus? —Los ojos de Ayla refulgían de ira—. ¿Quién ha decidido semejante cosa?

—El Hogar del Mamut. No lo permitirán.

—Bueno, ¿acaso no soy yo hija del Hogar del Mamut? ¡Y lo autorizo!

—No servirá de nada. También Mamut lo haría. Pero el Hogar del Mamut tiene que estar de acuerdo, y no es así.

Rydag había estado escuchando, lleno de esperanza, pero en esos momentos su ilusión se desvanecía. Ayla vio su expresión, su desencanto, y se enfureció como nunca.

—El Hogar del Mamut puede reservarse su opinión. No es a ellos a quienes les corresponde decidir si alguien es humano o no. Rydag es una persona, lo quieran ellos o no. Lo mismo que mi hijo. Que el Hogar del Mamut se trague su entierro. A él no le hace falta. Cuando llegue el momento lo haré yo, a la manera del Clan, como hice con Creb, el Mog-ur. ¡Rydag caminará por el mundo de los espíritus, diga el

Hogar del Mamut lo que quiera!

Nezzie echó un vistazo al niño. Ahora parecía relajado. No, más bien en paz. La tensión había desaparecido. Rydag tocó a Ayla en el brazo.

—No soy animal —gesticuló.

Parecía querer decir algo más, y la muchacha esperó. De pronto vio que no había sonido alguno, que el dolor que deformaba su rostro había desaparecido en su último aliento. Ya no sufría.

Ayla, en cambio, sí. Al levantar la vista vio a Jondalar, que había estado allí desde el principio. Su rostro estaba tan alterado por el dolor como el de ella y el de Nezzie. De pronto, los tres se abrazaron, tratando de consolarse mutuamente.

En ese momento, alguien más expresó su dolor. Desde el suelo, bajo la cama de Rydag, surgió un gemido grave, prolongado en lamentos que se fueron intensificando, hasta convertirse en el primer aullido de Lobo, potente y sonoro. Cuando se le acabó el aliento volvió a empezar, aullando a la muerte en el tono fantasmagórico y escalofriante de todos los lobos.

Varias personas se habían reunido delante de la tienda, pero dudaban en entrar. También Ayla, Jondalar y Nezzie dejaron de sollozar y escucharon sobrecogidos el lamento del lobo. Nadie podría haberse imaginado una elegía más patética.

Después de haber secado sus lágrimas, Ayla se sentó, inmóvil, junto a aquel cuerpecito desmedrado. Con los ojos enrojecidos, entreveía su vida en el Clan, a Rydag, que había terminado por reemplazar a Durc. Le habían quitado a su hijo, pero, gracias a Rydag, podía imaginarse cómo iría creciendo, a quién se parecería y cómo pensaría. Cuando un arranque suyo de afecto la hacía sonreír, o cuando se quedaba sorprendida de su inteligencia, se imaginaba a Durc con sus mismas cualidades, su misma comprensión. Con Rydag desaparecía el vínculo que todavía la unía a Durc. Y lloraba a sus dos hijos.

El dolor de Nezzie no era menor, pero había que atender a las necesidades de los vivos. Rugie trepó a su regazo, desilusionada porque su compañero de juegos, su amigo, su hermano, ya no pudiera jugar ni hacer señales con las manos. Danug sollozaba, tendido cuán largo era en su cama, con la cabeza escondida bajo las cubiertas de piel. Alguien tenía que salir para comunicar la noticia a Latie.

—¿Ayla? ¡Ayla! —dijo Nezzie, por fin—. ¿Qué debe hacerse para enterrarle a la manera del Clan? Tenemos que prepararle.

La muchacha tardó un momento en darse cuenta de que alguien le estaba hablando. Con el ceño fruncido, centró su atención en Nezzie.

—¿Qué?

—Tenemos que prepararle para el entierro —repitió Nezzie—. ¿Cómo se hace? No sé nada sobre las costumbres del Clan.

No, ninguno de los Mamutoi las conocía, mucho menos el Hogar del Mamut. Ayla sí las conocía. Recordó los entierros que había visto durante su vida con el Clan y estudió lo que se debía hacer por Rydag. Antes de sepultarle a la manera del Clan,

era preciso introducirle en el Clan. Para eso había que darle un nombre y un amuleto, con un trozo de ocre rojo. De pronto, Ayla se levantó precipitadamente y salió.

Jondalar fue tras ella.

—¿Adónde vas?

—Si queremos que Rydag sea del Clan, tengo que hacerle un amuleto.

Ayla atravesó el campamento a grandes pasos, visiblemente furiosa; pasó junto al Hogar del Mamut, sin echarle siquiera una mirada, encaminándose directamente hacia el sector donde se trabajaba el pedernal. Jondalar la seguía; creía saber lo que la muchacha iba a hacer. Ésta pidió un nódulo de pedernal, que nadie tuvo ánimos de negarle. Miró en derredor, encontró una maza de piedra y despejó un sitio en donde trabajar.

Mientras comenzaba a dar forma al pedernal, a la manera del Clan, los artesanos Mamutoi comprendieron lo que se proponía y se agruparon discretamente para observar su técnica. Nadie quería irritarla más de lo que estaba, pero se trataba de una oportunidad excepcional. En cierta ocasión, Jondalar trató de explicar las técnicas del Clan, cuando ya todos estaban al tanto de los antecedentes de Ayla, pero su formación era diferente. No poseía el suficiente dominio al emplear métodos ajenos. Incluso cuando tenía éxito, los Mamutoi pensaban que era gracias a su pericia, no por realizar un proceso desacostumbrado.

Ayla decidió hacer dos herramientas: un cuchillo afilado y un punzón, que llevaría al Campamento de la Espadaña para preparar el amuleto. Consiguió hacer un cuchillo utilizable, pero estaba tan acongojada y dolorida que le temblaban las manos. Cuando trató de dar forma a la punta estrecha y afilada, se le hizo pedazos; luego notó que estaba rodeada de observadores y eso la puso nerviosa. Tuvo la sensación de que los artesanos mamutoi estaban dispuestos a juzgar las técnicas del Clan, y que ella no las estaba empleando debidamente. Se encolerizó aún más por prestarles atención.

En un segundo intento, la punta del punzón volvió a quebrarse. La frustración le llenó los ojos de lágrimas. Mientras intentaba enjugarlas, vio a Jondalar arrodillado frente a ella.

—¿Es esto lo que quieres, Ayla? —le preguntó, mostrándole el taladrador que ella había hecho para la ceremonia del Festival de Primavera.

—¡Es una herramienta del Clan! ¿De dónde la sac…? ¡Es la que hice yo!

—Lo sé. Aquel día volví a buscarla. Espero que no te moleste.

Ayla se sentía sorprendida, intrigada y extrañamente complacida.

—No, no me molesta. Me alegra. Pero ¿por qué la recuperaste?

—Quería… estudiarla —respondió Jondalar. No se decidía a decirle que deseaba la herramienta como recuerdo suyo cuando pensó en marcharse sin ella. No quería irse sin ella.

Ayla llevó las herramientas al Campamento de la Espadaña y pidió a Nezzie un trozo de cuero blando. La mujer, después de dárselo, se quedó observando cómo

cosía el bolso de cuero.

—Parecen instrumentos toscos —comentó—, pero dan muy buen resultado. ¿Para qué es esa bolsita?

—Es el amuleto de Rydag, igual que el que hice para el Festival de Primavera. Tengo que meter en él un trozo de ocre rojo y dar un nombre a Rydag, como se hace en el Clan. Debería llevar también un tótem que le proteja y le ayude a encontrar su camino hacia el mundo de los espíritus —hizo una pausa, con el ceño fruncido—. No sé qué es lo que hacía Creb para descubrir el tótem de una persona, pero acertaba siempre. Tal vez pueda compartir mi tótem con Rydag. El León Cavernario es poderoso y a veces cuesta vivir con él, pero este niño sufrió muchas pruebas duras. Necesita un tótem fuerte y protector.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Nezzie—. ¿Hay que prepararle, vestirle…?

—Sí, yo también quiero ayudar —dijo Latie, que estaba de pie, a la entrada de la tienda, con Tulie.

—Y yo —agregó Mamut.

Al levantar la vista, Ayla vio que casi todos los miembros del Campamento del León estaban allí, dispuestos a cooperar y esperando sus indicaciones. Sólo faltaban los cazadores. La invadió un cálido afecto hacia todos ellos, que habían aceptado a un huérfano extraño como si fuera uno de los suyos, y un justiciero enojo contra los del Hogar del Mamut, que no estaban dispuestos a concederle siquiera una sepultura.

—En primer lugar, alguien podría buscar un poco de ocre rojo, como el que utiliza Nezzie para colorear el cuero, molerlo y mezclarlo con grasa, para hacer un ungüento. Hay que frotarle todo el cuerpo con eso. Debería ser grasa de oso cavernario, para que todo fuera correcto, pues el oso cavernario es sagrado para el Clan.

—No tenemos grasa de oso cavernario —se lamentó Tornec.

—Por aquí no hay muchos osos cavernarios —agregó Manuv.

—¿Por qué no grasa de mamut, Ayla? —sugirió Mamut—. Rydag no era sólo Clan: era mezclado. Tenía una parte de Mamutoi, y entre nosotros es sagrado el mamut.

—Sí, creo que podríamos utilizarlo. Él también era Mamutoi; no debemos olvidarlo.

—¿Y para vestirle, Ayla? —preguntó Nezzie—. Ni siquiera estrenó la ropa nueva que le hice este año.

La muchacha frunció el ceño y acabó por asentir.

—¿Por qué no? Después de colorearlo con ocre rojo, como se hace en el Clan, se le podría vestir con sus mejores ropas, como es costumbre entre los Mamutoi. Sí, me parece una buena idea, Nezzie.

—Nunca habría imaginado que también entre ellos fuera sagrado el rojo para los muertos —comentó Frebec.

—Yo ni siquiera sabía que sepultasen a sus muertos —añadió Crozie.

—Por lo visto, tampoco el Hogar del Mamut lo sabía —dijo Tulie—. Se van a llevar una sorpresa.

Ayla pidió a Deegie uno de los cuencos de madera que le había regalado por su adopción, hecho al estilo del Clan, y mezcló en él grasa de mamut con ocre rojo, formando un ungüento coloreado. Después fueron Nezzie, Crozie y Tulie, las de mayor edad entre las mujeres del campamento, quienes untaron con él el cuerpo de Rydag y lo vistieron. Ayla apartó con el dedo un poco de ungüento para después y puso un trozo de ocre rojo en el saquito que había hecho.

—¿Y para el sudario, Ayla? —preguntó Nezzie.

—Un sudario. ¿Qué es eso? —dijo Ayla.

—Nosotros usamos un cuero o una piel para sacar el cadáver; luego lo utilizamos para envolverlo antes de depositarlo en la tumba —explicó la mujer.

Ayla se dijo que, después de vestir a Rydag tan suntuosamente, con todas sus alhajas, el entierro sería más Mamutoi que Clan. Pero las tres mujeres la miraban expectantes. Sí, tal vez Nezzie tuviera razón: era preciso usar algo para transportarle. Fijó la vista en Crozie y de pronto recordó algo en lo que no pensaba desde hacía mucho tiempo.

El manto de Durc: el manto que había usado para llevarle junto a su pecho cuando era bebé, y sobre la cadera antes de que aprendiera a andar. Era lo único que se había llevado consigo, al abandonar el Clan, sin ningún propósito determinado. Sin embargo, ¿cuántas noches, en su soledad, había hallado en aquel manto un vínculo con los seres que amaba? ¿Cuántas veces había llorado abrazada a él? Era el único recuerdo de su hijo y no estaba segura de poder renunciar a él. Pero ¿por qué llevarlo consigo el resto de su vida? Ayla notó que Crozie la miraba, y recordó la capa blanca que ésta confeccionó para su hijo. No se había desprendido de ella durante años, porque significaba mucho para ella. No obstante, renunció a aquella prenda por una buena causa, proteger a Corredor. En lugar de llevar el manto de Durc de un lado a otro, ¿acaso no era más importante que Rydag fuera envuelto en algo que procedía del Clan, cuando iba a ser enviado a caminar por el mundo de los espíritus? Así como la anciana había renunciado al recuerdo de su hijo, quizá era ya hora de que ella renunciara a Durc, agradeciendo, simplemente, que él no fuera sólo un recuerdo.

—Tengo algo para envolverle —dijo.

Fue hasta su cama y sacó, de debajo de un montón, un cuero plegado. Lo apoyó contra su mejilla una vez más y cerró los ojos, llena de recuerdos. Luego se lo entregó a la madre de Rydag.

—Aquí tienes un sudario del Clan —dijo a Nezzie—. Pertenecía a mi hijo. Ahora protegerá a Rydag en el mundo de los espíritus. Y quiero darte las gracias, Crozie —agregó.

—¿Por qué?

—Por todo lo que has hecho por mí. Y por enseñarme que todas las madres deben renunciar, llegado el momento.

—¡Hummff! —resopló la vieja, tratando de mostrarse severa, pero sus ojos brillaban de emoción. Nezzie cogió el manto y cubrió con él a Rydag.

Para entonces ya había oscurecido. Ayla había planeado efectuar una simple ceremonia dentro de la tienda, pero Nezzie le pidió que esperara hasta el día siguiente y la llevara a cabo fuera. De este modo demostraría a todos los presentes que Rydag era un ser humano. Además, los cazadores tendrían así un poco más de tiempo para llegar. Nadie quería que Talut y Ranec se perdieran los funerales. De todos modos, no podían esperar demasiado.

Al día siguiente, ya avanzada la mañana, sacaron el cuerpo al exterior y lo tendieron en el manto. Circulaba el rumor de que Ayla iba a dirigir el funeral de Rydag según la costumbre del Clan y muchos Mamutoi, curiosos, se habían reunido y estaban llegando otros.

Cuando Ayla cogió el pequeño cuenco de pasta roja y el amuleto, para convocar a los espíritus tal como había visto hacer siempre a Creb, se produjo una nueva conmoción. Para gran alivio de Nezzie, acababan de llegar los cazadores, con toda la carne de mamut. Se habían turnado para tirar de los dos aparejos, y ya estaban planeando introducir ciertas modificaciones para convertirlos en trineos que pudieran ser arrastrados por los hombres con más facilidad.

La ceremonia fue aplazada hasta que la carne quedó almacenada; Talut y Ranec fueron rápidamente puestos al corriente. La muerte de Rydag durante la Reunión de los Mamutoi planteaba un duro dilema. Se le había tratado de monstruo, de abominación, de animal, y no se enterraba a los animales. Se almacenaba su carne. Sólo los humanos tenían derecho a unos funerales y, en general, no se tardaba mucho en darles sepultura. A pesar de su negativa a celebrar unos funerales para Rydag, los Mamutoi sabían que no era animal. No reverenciaban a los espíritus de los cabezas chatas como no lo hacían tampoco con los espíritus de los ciervos, los bisontes y los mamuts, pero nadie había pensado almacenar el cuerpo de Rydag al lado de un costillar de mamut. Lo que realmente encontraban monstruoso era su aspecto humano. La solución ideada por Ayla y el Campamento del León suponía un alivio para todos.

Ayla subió a un montículo para reanudar la ceremonia, tratando de recordar los gestos que Creb hacía en esa parte de la misma. No conocía exactamente su significado, pues sólo los aprendían los Mog-ures, pero tenía la suficiente como para explicar al Campamento del León y a quienes la observaban lo que estaba haciendo.

—Ahora estoy llamando a los espíritus —dijo—. El Espíritu del Gran Oso Cavernario, del León Cavernario, del Mamut, de todos los demás, y también a los espíritus antiguos del Viento, de la Niebla y de la Lluvia —alargó la mano hacia el pequeño cuenco—. Ahora voy a darle un nombre y a convertirle en miembro del Clan —hundió el dedo en la pasta roja y trazó una línea vertical en el rostro del cadáver, desde la frente hasta la nariz. Luego se incorporó, diciendo con señales y a viva voz:

—El nombre del niño es Rydag.

Mientras se esforzaba por recordar exactamente los gestos y los movimientos correctos, su voz, su expresión y su porte, hasta su extraña pronunciación, cobraron un magnetismo tal que mantuvo a la gente en vilo. La historia de su Llamamiento a los mamuts, desde lo alto del hielo, estaba circulando con celeridad. Nadie dudaba de que aquella hija del Hogar del Mamut tenía todo el derecho del mundo a celebrar aquella ceremonia y todas las demás, llevara o no el tatuaje de los Mamutoi.

—Ahora ha recibido su nombre a la manera del Clan —explicó Ayla—, pero también necesita un tótem para que le ayude a encontrar el camino hacia el mundo de los espíritus. Como no sé cuál es el suyo, compartiré mi tótem con él: el Espíritu del León Cavernario. Es poderoso y protector, pero Rydag lo merece.

A continuación dejó al descubierto la flaca pierna derecha del niño y, con la pasta de ocre rojo, trazó cuatro líneas paralelas en el muslo. Luego se irguió para anunciar, con voz y ademanes:

—Espíritu del León Cavernario, el niño Rydag es puesto bajo tu protección —le colocó en el cuello un amuleto, atado a un cordón—. Rydag ya tiene nombre y ha sido aceptado por el Clan —dijo, con la ferviente esperanza de que así fuera.

Ayla había escogido un sitio, algo apartado del asentamiento, y el Campamento del Lobo había dado su autorización al Campamento del León para que el niño fuera enterrado allí. Nezzie amortajó el pequeño cadáver rígido con el manto de Durc. Talut lo alzó para llevarle a su sepultura, sin avergonzarse de las lágrimas que derramaba al depositar a Rydag en el hoyo, poco profundo.

Los del Campamento del León se concentraron en torno a la excavación, mientras se colocaban diversos objetos junto al cadáver. Nezzie le dejó a un lado algunos alimentos. Latie agregó el silbato favorito del niño. Tronie, la sarta de vértebras que él utilizaba para entretener a los bebés del Campamento del León el invierno pasado. A Rydag le encantaba cuidar a los bebés; era una forma de considerarse útil.

A una señal de Ayla, todos los miembros del Campamento del León recogieron una piedra y la depositaron cuidadosamente sobre la silueta amortajada: era el comienzo de su túmulo funerario. Sólo entonces inició Ayla la ceremonia del entierro. No intentó dar explicaciones, pues la finalidad era evidente. Empleando las mismas señales que había ejecutado Creb en el funeral de Iza y que ella había repetido en honor del Mog-ur cuando se lo encontró en la cueva derruida. Ejecutó también una danza gestual cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos y cuya belleza majestuosa sorprendió a más de uno.

No utilizaba el lenguaje simplificado que había enseñado al Campamento del León, sino el rico y complejo idioma del Clan, que comprendía movimientos y posturas del cuerpo entero, lo que añadía matices y sutilezas al significado. Aunque muchos de los gestos eran esotéricos (la misma Ayla ignoraba su sentido completo), algunos eran familiares para el Campamento del León, que de esa forma pudo comprender su esencia: era el rito mediante el cual se facilitaba a alguien el acceso al otro mundo. Para el resto de los Mamutoi, los movimientos de la muchacha tenían la

apariencia de una danza sutil y expresiva. Evocaba en ellos, con su silenciosa gracia, el amor y la pérdida, el dolor y la mítica esperanza del más allá.

Entusiasmado, con las mejillas inundadas de lágrimas, como todos los miembros del Campamento del León, Jondalar contemplaba la danza silenciosa recordando el día —que le parecía ya tan lejano— en que, allá en el valle, intentó explicar algo importante con aquella misma gracia. Ahora, aunque todavía no comprendía la naturaleza de aquella curiosa danza, presentía que sus gestos ocultaban un sentido oculto. Ahora se sorprendía igualmente de su pasada ignorancia y se estaba dejando ganar por la belleza del ritual.

Se acordó de la postura que Ayla adoptaba al comienzo de su encuentro, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, la cabeza inclinada, en espera de que la tocara en el hombro. Incluso cuando aprendió a hablar siguió adoptando aquella postura, que a él le incomodaba tanto más cuanto que se había enterado de que se trataba de una costumbre del Clan. Pero ella le había explicado que no conocía otro medio de dar a entender lo que no podía decir con palabras. Recordó, sonriendo, que no hacía mucho tiempo aún no sabía hablar. Ahora se expresaba correctamente en dos lenguas: el zelandonii y el mamutoi. Tres, si se contaba el lenguaje del Clan. Incluso había aprendido algunas expresiones sungaea durante los pocos días que habían estado con ellos.

Contemplando el ritual del Clan, dominado por los recuerdos de sus amores en el valle, la deseaba más que nunca. Pero al lado de Ayla descubrió a Ranec, tan cautivado como él, y cada vez que miraba a la joven, no podía evitar al hombre de piel oscura. Desde su regreso, Ranec no se separaba de Ayla y le daba claramente a entender a Jondalar que seguía siendo su Prometida. Jondalar había tratado de hablar a Ayla y expresarle su dolor por la muerte de Rydag, pero ella no se había mostrado sensible a sus esfuerzos por consolarla. Ella estaba anegada de tristeza, ¿qué esperaba él?

De pronto, el sonar de un ritmo monótono y cadencioso hizo que todas las cabezas se volvieran. Marut, el tambor, había ido en busca de su cráneo de mamut a la casa de los músicos y lo estaba tocando allí. Era habitual que se tocara música en los funerales de los Mamutoi, pero los sonidos que ahora se oían no eran los habituales. Se trataba de los ritmos extraños y fascinantes que Ayla les había enseñado, tomados del Clan. De pronto, el barbado Manen comenzó a tocar en su flauta los simples tonos que ella había silbado. La flauta y el tambor se ajustaban, de modo inexplicable, a los movimientos de la danza ritual de Ayla, enriquecidos por la dimensión evanescente de la música misma.

El rito estaba casi terminado, pero Ayla decidió repetirlo, ya que estaban tocando sonidos del Clan. En esta segunda oportunidad, los músicos empezaron a improvisar. Dada su experiencia y su habilidad, convirtieron los simples sonidos del Clan en otra cosa, que no era ni Clan ni Mamutoi, sino una mezcla de ambos. Ayla no pudo por menos de pensar que se trataba del acompañamiento perfecto para el funeral de un

niño en quien se fundían los dos pueblos.

Ayla inició la última repetición con los músicos. No habría podido decir en qué momento empezaron a correr sus lágrimas, pero pronto vio que no era la única. Había muchos ojos húmedos, y no sólo entre los del Campamento del León.

Cuando terminaron, una densa nube oscura que venía aproximándose desde el sudeste comenzó a cubrir el cielo. Era la estación de las tormentas, con gran aparato eléctrico, por lo que varias personas fueron en busca de refugio. Pero lo que caía no era agua, sino un polvo ligero, muy tenue al principio. Luego, la ceniza volcánica proveniente de la lejana erupción se fue haciendo más densa.

Ayla permaneció de pie junto al túmulo funerario de Rydag, dejando que aquella ingrávida ceniza volcánica fuera posándose sobre ella, cubriéndole el pelo y los hombros, adhiriéndose a sus brazos e incluso a sus pestañas, convirtiéndola en una figura monocroma, de pálido gris amarillento. El fino polvo lo cubrió todo: las piedras del túmulo, la hierba y hasta el polvo pardusco del camino. Troncos y maleza adquirieron el mismo color. También cubrió a los que estaban junto a la tumba. Así, para Ayla, todos comenzaron a parecer iguales. Las diferencias desaparecían ante poderes tan sobrecogedores como los movimientos de la tierra y de la muerte.

Capítulo 37

—¡Esto es terrible! —se quejó Tronie, sacudiendo una piel de dormir desde el borde de un barranco, lo que provocó que se levantara una nube de ceniza—. Llevo días y días limpiando, pero se mete en todas partes, en la comida, en el agua, en la ropa, en las camas. Es imposible librarse de ella.

—Lo que necesitamos es una buena lluvia —dijo Deegie, arrojando el agua sucia con que había lavado la tienda—. O una buena nevada. Así se asentaría todo. Ésta es la primera vez que espero con ganas el invierno.

—No me extraña —exclamó Tronie, mirándola de soslayo con una gran sonrisa —, pero es porque cuando llegue estarás viviendo con Branag.

Una beatífica sonrisa transformó la cara de Deegie, al pensar en la inminente ceremonia nupcial.

—No lo voy a negar —dijo.

—¿Es cierto que el Hogar del Mamut hablaba de retrasar la Ceremonia Nupcial por culpa de esta ceniza? —preguntó Tronie.

—Sí, y también los Ritos de la Feminidad. Pero todo el mundo se opuso —respondió Deegie—. Sé que Latie no quiere esperar, y yo tampoco. Por fin dieron su conformidad. No quieren despertar más animosidad. Muchos piensan que se equivocaron con los funerales de Rydag.

—Pero algunos están de acuerdo con ellos —comentó Fralie, que se acercaba con un cesto de cenizas para arrojarlas al abismo—. Cualquiera que hubiera sido su decisión, alguien habría estado en desacuerdo.

—Supongo que era preciso vivir con Rydag para entenderlo —dijo Tronie.

—No estoy tan segura —observó Deegie—. Vivimos mucho tiempo con él, pero para mí sólo fue verdaderamente humano cuando llegó Ayla.

—A propósito de Ayla, no creo que ella espere la Ceremonia Nupcial con tantas ansias como tú, Deegie —observó Tronie—. A veces pienso que la pasa algo. ¿No estará enferma?

—No lo creo —dijo Deegie—. ¿Por qué?

—Actúa de un modo raro. Se está preparando para unirse, pero no se la ve entusiasmada. Recibe muchísimos regalos, pero no parece feliz. Tendría que estar como tú, Deegie. Cada vez que alguien menciona la palabra «unión», sonríes y tu cara pone una expresión soñadora.

—No todo el mundo espera lo mismo de una Unión —comentó Fralie.

—Ella amaba mucho a Rydag —dijo Deegie—. Sufre tanto como Nezzie. Si ese niño hubiera sido Mamutoi, probablemente habrían aplazado la Ceremonia de la Unión.

—Yo también echo mucho de menos a Rydag, que era tan bondadoso con Hartal —admitió Tronie—. Todos lo lamentamos de corazón, aunque el pobrecito sufría tanto que, para mí, fue un alivio. Creo que Ayla está alterada por otro motivo.

No comentó que, desde un principio, la Unión de Ayla con Ranec le resultaba extraña. No había por qué sacar a relucir el tema, pero la muchacha parecía sentir inclinación más honda hacia Jondalar que hacia el escultor, aunque últimamente aparentara ignorarle.

Vio entonces que el Zelandonii salía de la tienda y se encaminaba hacia el centro del asentamiento. Parecía preocupado.

Jondalar respondía con gestos de cabeza a los saludos de la gente, sumido como estaba en sus pensamientos. ¿Era imaginación suya o Ayla le rehuía? Después de tanto como él se había esforzado por evitarla, ahora que deseaba estar a solas con ella le parecía increíble que se mostrara esquiva. A pesar de la Promesa hecha a Ranec, en el fondo estaba convencido de que le bastaba dejar de evitarla para que ella estuviera de nuevo a su disposición. No era precisamente que ella pareciera ansiarlo, pero daba la impresión de que se dejaría convencer. Y ahora ella se recluía en sí misma. Jondalar había decidido afrontarla directamente, pero le estaba resultando difícil encontrarse con ella en el momento y el lugar adecuados para conversar.

Cuando vio a Latie avanzar hacia él sonrió y se detuvo a observarla. La muchacha andaba ahora con más soltura, tenía una sonrisa confiada. «Cómo ha cambiado», pensó. Siempre le sorprendía notar la alteración provocada por los Primeros Ritos. Latie ya no era una niña ni una muchachita nerviosa, llena de risitas tontas. Aunque todavía era muy joven, caminaba con el porte seguro de la mujer.

—Hola, Jondalar —saludó sonriente.

—Hola, Latie. Pareces feliz.

«Una jovencita encantadora», pensó para sí, mientras correspondía a su sonrisa, y sus ojos dejaron traslucir sus pensamientos. La muchacha respondió aspirando hondo, sus ojos se dilataron en respuesta a su invitación inconsciente.

—Sí, soy muy feliz. Estaba harta de no poder moverme. Ésta es mi primera oportunidad de pasear un rato sola… o con quien desee. ¿Adónde vas? —preguntó al tiempo que se acercaba.

—Busco a Ayla. ¿La has visto?

Latie se sintió un tanto decepcionada y suspiró.

—Sí —dijo, no obstante, con una sonrisa amistosa—, está cuidando al bebé de Tricie. También Mamut la busca.

—No los culpes a todos, Ayla —dijo Mamut. Estaban sentados en la caliente resolana, a la sombra de un gran aliso—. Hubo algunos que se declararon en desacuerdo. Yo fui uno de ellos.

—Pero si no te reprocho nada, Mamut. En realidad no culpo a nadie. Es su ceguera lo que me saca de quicio. ¿Por qué les detestan tanto?

—Quizá porque las similitudes les desconciertan, al mismo tiempo que se fijan más en las diferencias… Deberías ir al Hogar del Mamut antes de mañana —

prosiguió—. Es indispensable que accedan a unirte. Sabes perfectamente que eres la última.

—Sí, supongo que debería ir.

—Con tu actitud dilatoria estás dando esperanzas a Vincavec. Hoy ha vuelto a preguntarme si yo creía que estabas estudiando su ofrecimiento. Me ha dicho que, si no querías romper tu Promesa, trataría de convencer a Ranec para que le aceptara como compañero de la pareja. Ese ofrecimiento podría aumentar mucho tu Precio Nupcial y elevaría el rango de los tres. ¿Qué te parece, Ayla? ¿Estarías dispuesta a aceptar a Vincavec junto con Ranec?

—Ya en la cacería me habló de eso. Tengo que consultar a Ranec y preguntarle qué piensa —repuso Ayla.

Mamut la notó muy poco entusiasmada, tanto en un sentido como en otro. Era un mal momento para una Unión, dado lo intenso de su dolor, pero con tantos ofrecimientos y atenciones como se le estaban brindando resultaba difícil aconsejar una espera. Al advertir en la muchacha una súbita distracción, se volvió para ver a quién miraba.

Jondalar venía hacia ellos. Ayla pareció nerviosa e hizo un movimiento como si tuviera prisa por retirarse, pero no podía cortar tan de golpe su conversación con Mamut.

—Por fin te encuentro, Ayla. Quería hablar contigo.

—Ahora estoy ocupada con Mamut.

—Si quieres conversar con Jondalar —intervino el anciano—, yo he terminado.

Ayla bajó la vista. Luego miró al chamán, evitando los ojos afligidos de Jondalar.

—Creo que no tenemos nada que decirnos, Mamut.

Jondalar se sintió palidecer, aunque inmediatamente después una oleada de calor encendió su rostro. ¡Ella le estaba esquivando! ¡Ni siquiera deseaba hablar con él!

—Eh…, bueno…, eh…, yo… lamento haberte molestado.

Retrocedió y se alejó a toda prisa, como si buscara un sitio en donde esconderse.

Mamut observó atentamente a la muchacha. Seguía a Jondalar con la vista, más afligida aún que él. El chamán sacudió la cabeza, pero la acompañó hacia el Campamento del León sin decir una palabra.

Cuando se acercaban al Campamento, Nezzie y Tulie les salieron al encuentro. La muerte de Rydag había sido penosa para su madre adoptiva. Tan sólo el día anterior, al entregar a Ayla lo que sobraba de sus remedios, ambas habían llorado juntas. Nezzie no quería guardarlos como un simple recuerdo, pero no estaba segura de poder tirarlos. Y la muchacha comprendió entonces que una vez que Rydag había desaparecido, Nezzie no tenía necesidad de su ayuda.

—Te estábamos buscando, Ayla —dijo Tulie.

Parecía satisfecha de sí misma, como quien ha estado preparando una gran sorpresa, cosa rara en la corpulenta jefa. Las dos mujeres desplegaron algo que llevaban cuidadosamente doblado. Los ojos de Ayla se abrieron como platos,

mientras las dos intercambiaron una sonrisa de complicidad.

—Todas las Prometidas necesitan una túnica nueva —declaró Tulie—. Habitualmente la cose la madre del hombre, pero me ha encantado ayudar a Nezzie.

Era una prenda asombrosa, de cuero amarillo dorado, exquisitamente decorada; algunas zonas estaban completamente cubiertas de cuentas de marfil, entre las que destacaban pequeñas cuentas de ámbar.

—¡Es bellísima! ¡Y cuánto trabajo! —admirose Ayla—. Tan sólo el bordado ha debido llevar muchos días. ¿Cuándo la habéis hecho?

—Empezamos después de que anunciaste tu Promesa y la hemos terminado aquí —dijo Nezzie—. Entra a probártela.

Ayla miró a Mamut, que asintió con una sonrisa: estaba enterado del proyecto y hasta había conspirado en la sorpresa. Las tres mujeres se encaminaron hacia el hogar de Tulie. Ayla se desnudó, pero no sabía cómo ponérsela; sus compañeras la ayudaron a hacerlo. Estaba cortada de un modo especial, abierta por delante y sujeta con un corselete de lana roja de mamut, tejida a mano.

—Si quieres mostrársela a alguien, puedes abrirla de este modo —echó hacia atrás la parte alta de la abertura y ató el corselete de otro modo—. La mujer que va a unirse con un hombre luce sus pechos con orgullo.

Ambas retrocedieron para admirar a la Prometida. «Bien puede enorgullecerse de sus pechos —pensó Nezzie—; pechos maternos, aptos para amamantar. Lástima que no tenga madre. Cualquier madre se enorgullecería de ella».

—¿Podemos entrar? —preguntó Deegie, metiendo la cabeza por la abertura de la tienda.

Todas las mujeres del Campamento entraron para admirar a Ayla vestida de ceremonia. Al parecer, todas estaban al tanto de la sorpresa.

—Ahora ciérrala, y puedes salir para enseñársela a los hombres —indicó Nezzie, ajustando de nuevo la túnica—. No debes usarla abierta en público hasta la ceremonia.

Ayla salió de la tienda, ante la aprobación y la sonriente complacencia de los hombres. Había algunos que no eran del Campamento del León. Vincavec, que estaba en el secreto, había puesto especial empeño en estar cerca. Al verla, resolvió unirse a ella a cualquier precio, aunque fuera preciso compartirla con diez hombres.

Entre los espectadores había alguien que no era del Campamento del León, aun cuando todos le consideraban como uno de sus miembros. Jondalar había seguido a Mamut y a Ayla, sin dar crédito al rechazo de que había sido objeto. Danug le había puesto en antecedentes y esperaba fuera como todo el mundo. Cuando Ayla salió de la tienda, su belleza le dejó impresionado, pero su rostro se fue poco a poco crispando en una expresión de dolor. ¡Había perdido a Ayla! Ella estaba proclamando ante toda esa gente que se uniría a Ranec al día siguiente. En un arranque de crispación decidió que no presenciaría su Unión con el escultor de piel oscura. Había llegado para él la hora de marcharse.

Cuando Ayla se hubo cambiado, volvió a salir con Mamut. Jondalar se apresuró entonces a entrar en la tienda, contento de hallarla vacía, y preparó su equipo de viaje; cuando todo estuvo listo, cubrió el equipaje con una piel de dormir. Pensaba esperar hasta la mañana siguiente, despedirse de todos y partir después del desayuno. Hasta entonces no diría nada a nadie.

Jondalar pasó el día visitando a algunos amigos que había hecho en la Reunión; a ninguno le dijo adiós, pero pensaba en ello. Por la noche se entretuvo con los miembros del Campamento del León, a los que consideraba como de su familia. Sabía que no volvería a verles y la despedida no sería tarea fácil. Más difícil aún le resultaba encontrar la manera de hablar con Ayla por última vez. La observó con atención. Al verla salir con Latie hacia el cobertizo de los caballos, se apresuró a seguirlas.

La conversación fue superficial e incómoda, pero Ayla notó en él una tensión que la llenó de inquietud. Cuando ella regresó a la tienda, Jondalar se quedó cepillando al joven potro hasta que oscureció. Había visto a Ayla por primera vez cuando estaba ayudándole a nacer; también a él le echaría de menos. Jondalar sentía por Corredor un cariño que no hubiera creído posible sentir por un animal.

Por fin volvió a la tienda, se deslizó entre sus pieles y cerró los ojos. Pero ni aun así pudo conciliar el sueño. Permaneció despierto pensando en Ayla, en los felices días pasados en el valle, en el amor que fue concentrándose poco a poco. ¡No, la amó desde el primer momento! Lo que sucedió fue que tardó mucho tiempo en reconocerlo y por eso la había perdido. Toda su vida lamentaría haber rechazado su amor. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? No estaba dispuesto a perdonárselo. Jamás olvidaría a Ayla.

Fue una noche larga y difícil. Cuando la primera luz del alba asomó por la abertura de la tienda, Jondalar no pudo soportar más. No podía despedirse de Ayla ni de nadie. Debía partir, simplemente. Sin hacer ruido, recogió sus ropas de viaje, sus mochilas y su equipo de dormir. Cargado con todo, salió en silencio.

—Conque has decidido no esperar —dijo Mamut—. Ya lo suponía.

Jondalar giró en redondo.

—Yo…, eh…, tengo que irme. No puedo seguir aquí. Es hora de…

—Lo sé, Jondalar, y te deseo buen viaje. Te espera un largo camino. Debes decidir por ti mismo lo que creas mejor. Pero recuerda esto: no se puede elegir cuando no hay alternativa —y el anciano desapareció dentro de la tienda.

Cuando Ayla se despertó, el sol entraba a raudales en la tienda. El día era espléndido. Entonces recordó que era el día de la Ceremonia de la Unión, y dejó de parecerle tan espléndido. Sentada en la cama, miró en derredor. Notó algo raro. Tenía la costumbre de mirar hacia el sector de Jondalar apenas despertaba. No estaba allí. «Jondalar se ha levantado muy temprano esta mañana», pensó. No podía quitarse de la cabeza la idea de que algo andaba mal.

Ayla miró hacia el cobertizo de los caballos. Whinney y Corredor parecían estar

tranquilos. Lobo estaba con ellos. Volvió a la tienda y echó una ojeada en torno. La mayoría de sus ocupantes ya habían salido. Y entonces notó que el sector de Jondalar estaba desierto; no se había limitado a salir, puesto que faltaban su rollo de dormir y sus mochilas. «¡Jondalar se ha ido!».

Ayla se precipitó fuera, presa del pánico.

—¡Nezzie! ¡Jondalar se ha marchado! ¡Y me ha dejado!

—Lo sé, Ayla. Era de esperar, ¿no lo crees así?

—¡Pero no se ha despedido siquiera! Pensé que se quedaría hasta después de la Ceremonia.

—Eso es precisamente lo que ha querido evitar.

—Pero…, pero… él no me amaba, Nezzie. ¿Qué otra cosa podía hacer yo?

—Todo depende de lo que tú quieras hacer.

—¡Quería irme con él! Pero se ha marchado. ¿Cómo ha podido abandonarme? Iba a llevarme con él, lo teníamos planeado. ¿Qué ha sido de todos nuestros proyectos, Nezzie? —preguntó, en un súbito estallido de sollozos.

La mujer le tendió los brazos y trató de consolarla.

—Los planes cambian, Ayla. La vida cambia, todo cambia. ¿Qué pasa con Ranec?

—No soy la mujer que le conviene. Debería unirse con Tricie. Ella le ama.

—¿Y tú no le amas? Él sí.

—Quería amarle, Nezzie, traté de hacerlo, pero amo a Jondalar. Y ahora él se ha ido —Ayla volvió a sollozar—. No me ama.

—¿Estás segura? —preguntó Nezzie.

—Me ha abandonado sin tan siquiera despedirse, Nezzie. ¿Por qué se ha marchado sin mí? ¿Qué he hecho de malo?

—¿Crees haber hecho algo malo?

Ayla frunció el ceño.

—Ayer quiso hablar conmigo y no se lo permití.

—¿Por qué?

—Porque…, porque él no me quería. Todo el invierno he estado deseando estar con él y él me rehuía. Ni siquiera me dirigía la palabra.

—Y cuando él quiso, por fin, hablar contigo, tú te negaste. A veces ocurre eso.

—Pero sí que quiero hablar con él, Nezzie. Quiero estar con él. Aunque no me ame, quiero estar con él. Pero ya es demasiado tarde, se ha ido. Se levantó y se fue sin más. ¡No, no puede ser! ¡No puede haberme hecho esto!

Nezzie la miró, casi sonriente.

—¿Qué distancia puede haber recorrido caminando, Nezzie? Soy rápida. Tal vez pueda alcanzarle. Tal vez deba seguirle y preguntarle qué era lo que quería decirme ayer. ¡Oh, Nezzie! Debería estar con él… Le amo.

—Entonces ve tras él, hija. Si le quieres, si le amas, ve tras él. Dile lo que sientes. Dale, al menos, la oportunidad de decirte lo que deseaba.

—¡Tienes razón! —Ayla se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, tratando

de pensar—. Eso es lo que debo hacer. Y lo haré ahora mismo.

Ayla echó a correr sendero abajo, aun antes de que Nezzie pudiera agregar una palabra más. Voló por las piedras del río hasta llegar a la pradera. Y allí se detuvo. No sabía hacia dónde ir. Tendría que rastrearlo. Y de ese modo no le alcanzaría jamás.

De pronto, Nezzie oyó dos silbidos penetrantes. Sonrió al ver que el lobo pasaba como una flecha junto a ella. Whinney, con las orejas erguidas, le siguió. Corredor cerraba la marcha. La mujer les siguió con la mirada, cuesta abajo, hacia donde estaba Ayla.

Cuando Lobo llegó junto a ella, le habló, subrayando sus palabras con gestos del Clan.

—Busca a Jondalar, Lobo. ¡Busca a Jondalar!

El animal olfateó el suelo y el aire, y eligió una dirección. Cuando inició la marcha, Ayla reparó en leves marcas de piedras y ramitas rotas. Entonces montó en Whinney de un salto y se lanzó al galope.

Mientras cabalgaba comenzó a hacerse preguntas. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo recordarle que prometió llevarla consigo? ¿Y si se negaba a escuchar? ¿Y si ya no la amaba?

La lluvia había lavado las cenizas volcánicas de los árboles, pero Jondalar caminaba sin preocuparse de la belleza de las praderas y de los bosques que resplandecían en aquel raro día estival. No sabía del todo hacia dónde iba, se limitaba a seguir el río. Pero cada paso que le alejaba del Campamento tornaba sus pensamientos más sombríos.

«¿Por qué la he dejado? ¿Qué me obliga a caminar solo? Tal vez debería dar media vuelta y proponerle que se venga conmigo. Pero ella se niega a seguirte, Jondalar. Es una Mamutoi, está con su pueblo. Ha preferido a Ranec. Sí, ha preferido a Ranec, pero ¿le diste la oportunidad de que eligiera? ¿Qué había dicho Mamut? Había hablado de elección. Ah, sí: “No se puede elegir cuando no hay alternativas”. ¿Qué quería decir?».

Jondalar se había detenido. Exasperado, volvió a ponerse en marcha y, de repente, comprendió. «Nunca le di una oportunidad de elegir. Ayla no eligió a Ranec, al menos al principio. La noche de la adopción sí eligió…, pero ¡aun así! Fue educada por el Clan y jamás se le explicó el significado de la palabra “opción”. Y yo la he rechazado. ¿Por qué me he negado a dejarle una opción antes de irme? Porque no quería escucharte, Jondalar.

»No, porque tenías miedo de que eligiera a otro. ¡Deja ya de mentirte a ti mismo! Ha terminado por cansarse y se ha negado a escucharte. Pero era porque tenías miedo de que prefiriera a otro, Jondalar. Nunca le has dado una opción. ¡Puedes estar orgulloso de ti!

»¿Por qué no te vuelves y le das opción para que elija entre Ranec y tú? ¡Atrévete a ofrecerle tu propuesta! Se está preparando para una ceremonia importante. ¿Qué propuesta le vas a hacer?

»Podrías quedarte. Podrías incluso cohabitar con Ranec. ¿Lo podrías soportar? ¿Aceptarías compartirla con Ranec? Antes que perderla, ¿aceptarías quedarte con los Mamutoi y compartir a Ayla?

Jondalar reflexionó largamente. Sí, se dijo al fin, si no le quedara otro remedio. Pero no era eso lo que él quería. Quería llevársela consigo a su pueblo y establecerse allí con ella. Si los Mamutoi habían aceptado a Ayla, ¿por qué no podían los Zelandonii hacer lo mismo? Habría entre ellos quienes la aceptarían, pero ¿y los demás?

«Ranec puede apoyarse en el Campamento del León y en numerosas relaciones familiares. Pero tú, tú no puedes ofrecerle tu pueblo ni tus relaciones familiares. Existe la contingencia de que los Zelandonii la rechacen, de negarte a ti. Tú no tienes otra cosa que ofrecerle más que a ti».

¿Qué sería de ellos si los Zelandonii les rechazaban? «Nos iríamos a otra parte. Podríamos volver aquí. No sé. Es un viaje muy largo. Quizá fuera más sensato quedarnos aquí, establecernos aquí. Tarneg andaba buscando un tallador de pedernal para el Campamento que proyectaba fundar. ¿Y qué pinta Ranec en todo esto? Más aún, ¿qué pasa con Ayla? Supongamos que se niega».

Sumido en sus pensamientos, Jondalar no oyó el sordo golpear de los cascos y se sobresaltó cuando Lobo, bruscamente, saltó sobre él.

—¡Lobo! ¿Qué haces aquí…? —levantó la vista, incrédulo. Ayla descendía de Whinney. La joven se acercó, súbitamente intimidada por la posibilidad de que él la volviera la espalda otra vez. ¿Qué podía decirle? De pronto recordó los primeros días, antes de que ella aprendiera a hablar, y el modo en que la habían enseñado en el Clan a pedir ser escuchada muchos años atrás. Se dejó caer al suelo, con la gracia de una larga práctica, y aguardó con la cabeza inclinada.

Jondalar la contemplaba boquiabierto, sin comprender. Luego recordó la señal. Ella deseaba decirle algo importante, pero no hallaba las palabras apropiadas, por eso empleaba la señal del Clan. ¿Por qué adoptaba esa postura? ¿Qué quería decirle tan importante?

—Levántate —protestó—. No tienes por qué hacer eso.

Entonces le vino a la memoria el gesto adecuado y le dio una palmadita en el hombro. Cuando Ayla levantó los ojos, los tenía llenos de lágrimas. Él se arrodilló en el suelo para limpiárselos.

—¿Por qué haces esto, Ayla? ¿Por qué has venido?

—Ayer trataste de decirme algo, Jondalar, y no te escuché. Ahora soy yo quien pretende decirte algo. Me he sentado al estilo del Clan para pedirte que me escuches. Te lo ruego. ¿Me escucharás sin volverme la espalda?

La esperanza aceleró los latidos del corazón de Jondalar, que quedó enmudecido. Se limitó a asentir con la cabeza, sin soltar las manos de Ayla.

—En otros tiempos querías que yo te acompañara —comenzó ella—, pero yo no quería abandonar el valle —se interrumpió para aspirar profundamente—. Ahora

quiero ir contigo adondequiera que vayas. Una vez me dijiste que me amabas, que me querías. Ahora creo que ya no me amas. Aun así quiero ir contigo.

—Levántate, Ayla, por favor —suplicó él, ayudándola a incorporarse—. ¡Yo creía que amabas a Ranec! ¿No ibas a unirte a él? —Aún la tenía entre sus brazos.

—No amo a Ranec. Te amo a ti, Jondalar. Nunca dejé de amarte, y no sé por qué perdí tu amor.

—¿Me amas? ¿Todavía me amas? ¡Oh, Ayla, Ayla mía…!

Jondalar la estrechó contra sí, mirándola como si la viera por primera vez, con ojos rebosantes de amor. Ella levantó la cabeza y encontró su boca. Se abrazaron con una pasión desbordada y tierna a la vez, llena de amor, de deseo.

Ayla no podía creer que estuviera en sus brazos, que la deseara, que la amara después del largo tiempo transcurrido. Sus ojos se llenaron de lágrimas que trató de contener, temerosa de que él, de nuevo, la interpretara mal. Luego las dejó fluir libremente, sin importarle.

Él se inclinó hacia su hermoso rostro.

—Estás llorando, Ayla…

—Sólo porque te amo. Tengo que llorar. Ha pasado tanto tiempo y te amo tanto…

Él la besó los ojos, las lágrimas, la boca, y sintió abrirse los labios femeninos para él, con ternura, con firmeza.

—¿Estás realmente aquí, Ayla? Creía haberte perdido y sabía que era por mi culpa. Te amo, Ayla, nunca dejé de amarte. Debes creerme. Nunca dejé de amarte, pero comprendo que hayas pensado lo contrario.

—No querías amarme, ¿verdad?

Él cerró los ojos, con la frente surcada por el dolor de la verdad.

—Me avergonzaba amar a alguien que procedía del Clan, y me odiaba por esa vergüenza. Nunca he sido tan feliz con nadie como contigo. Mientras estuvimos solos, todo fue perfecto. Pero cuando estábamos en compañía…, siempre que hacías algo aprendido del Clan, me sentía abochornado. Y siempre temía que dijeras algo que descubriera tu pasado. Me avergonzaba que se supiera que amaba a una mujer que…, que estaba enamorado de una… abominación.

Le costó decir la palabra. Por fin continuó:

—Todos me decían que toda mujer deseaba ser mía. Que ni la misma Madre podía negárseme. Y parecía verdad. Pero nunca amé realmente a una mujer antes de conocerte. Ahora bien: ¿qué dirían los míos si te llevara conmigo? «Si Jondalar puede tener a la mujer que desee, ¿por qué vuelve con… la madre de un cabeza chata…, con una abominación?». Temía que no te aceptaran y que nos rechazasen a los dos… o que yo acabara rechazándote. No quería optar entre mi pueblo y tú, por temor a que me decantara por ellos.

Ayla, con el ceño fruncido y la vista baja, murmuró:

—No comprendí que era una decisión difícil para ti.

Él le alzó la cara para obligarla a mirarle de frente.

—Te amo, Ayla. Tal vez sólo ahora comprendo lo importante que eres para mí. Y sabiéndolo, sólo tengo una alternativa: tú eres más importante que mi pueblo. Quiero estar dondequiera que estés.

Los ojos de Ayla volvieron a llenarse de lágrimas, por mucho que intentara reprimirlas.

—Si quieres vivir con los Mamutoi —continuó él—, me quedaré y seré Mamutoi. Si quieres que te comparta con Ranec…, lo haré también.

—¿Es eso lo que deseas?

—Si eso es lo que deseas tú… —Jondalar recordó entonces las palabras de Mamut. Tal vez correspondía darle una verdadera oportunidad de elegir, revelándole sus preferencias—. Lo que yo quiero es vivir contigo; eso es lo más importante, créeme. Estaría dispuesto a quedarme, si es lo que deseas. Pero si me preguntas qué es lo que realmente quiero, deseo volver a casa y llevarte conmigo. Eso me haría feliz.

—¿Que te acompañe? ¿Ya no te avergüenzas de mí? ¿No te avergüenzas del Clan y de Durc?

—No. Al contrario, estoy orgulloso de ti. Y tampoco me avergüenzo del Clan. Tú y Rydag me habéis enseñado algo muy importante; quizá sea hora de enseñárselo a los demás. He aprendido muchas cosas que deseo llevar a mi pueblo. Quiero mostrarles el lanzavenablos, los métodos de Wymez para trabajar el pedernal, tus piedras de fuego, el pasahebras, los caballos, el lobo… Con todo eso, tal vez estén dispuestos a escuchar a quien les explique que los del Clan también son hijos de la Madre Tierra.

—Tu tótem es el León Cavernario, Jondalar —dijo Ayla con una certeza absoluta.

—No es la primera vez que me lo dices. ¿Por qué estás tan segura?

—¿Recuerdas lo que te dije? ¿Que era difícil vivir con un tótem poderoso? Sus pruebas son muy duras, pero sus dones, lo que de ellos aprendes, hacen que valga la pena. Has pasado una dura prueba, pero ¿lo lamentas ahora? Este año ha sido difícil para los dos, pero yo he aprendido muchísimo, sobre mí y sobre los Otros. Ya no les tengo miedo. Tú también has aprendido mucho sobre ti y sobre el Clan. Creo que tenías miedo, un miedo diferente. Ahora lo has superado. El León Cavernario es un tótem del Clan, y tú ya no odias a ese pueblo.

—Creo que tienes razón, y me alegro de que el tótem del Clan me haya elegido, si eso me hace más aceptable a tus ojos. No tengo nada que ofrecerte, Ayla, salvo mi persona. No puedo prometerte una integración, ni siquiera el apoyo de mi pueblo. No puedo hacer promesas, porque no sé si los Zelandonii te aceptarán. En caso contrario, tendremos que buscar otro sitio adonde ir. Me haré Mamutoi, si así lo deseas, pero preferiría llevarte con los míos y que los Zelandonii anuden el lazo entre nosotros.

—¿Es eso como la Unión? —preguntó Ayla—. Nunca me pediste que me uniera a ti. Me pediste que te acompañara, pero nunca me propusiste formar un hogar.

—Ayla, Ayla, ¿qué me pasa? ¿Por qué doy por seguro que tú lo sabes todo? Tal

vez porque sabes tantas cosas y aprendes tan deprisa… Debería buscar una señal para decirte cosas cuando no hallo palabras para expresarme.

Con una sonrisa complacida, se sentó, con las piernas cruzadas, delante de Ayla, pero como no podía decidirse a inclinar la cabeza, se quedó mirándola. La encontró desconcertada e incómoda, lo mismo que él cuando ella adoptaba la postura de las mujeres del Clan.

—¿Qué haces, Jondalar? ¡Un hombre no debe sentarse así delante de una mujer! Los hombres no necesitan pedir permiso para hablar.

—Pero yo sí, Ayla. Tengo que hacerte una pregunta. ¿Vendrás conmigo, te unirás a mí, dejarás que los Zelandonii anuden el lazo, me harás el favor de fundar un hogar conmigo y tendrás hijos para nuestro hogar?

Ayla volvió a llorar, aunque se sentía avergonzada por hacerlo.

—Nunca quise otra cosa, Jondalar. Sí, sí a todo. Y ahora levántate, por favor.

El joven se incorporó y la tomó en sus brazos, feliz como nunca, para besarla y abrazarla. Parecía tener miedo de perderla si la soltaba. Cuando la besó de nuevo, su necesidad de ella creció ante el asombro de tenerla allí. El cuerpo de Ayla reaccionó preparándose para recibirlo. Pero esta vez no habría violencias. Cuando Jondalar sacó un cuero y lo extendió en el suelo, Lobo apareció dando saltos.

—Tendrás que ir a darte un paseo —le indicó él, sonriendo.

Ella dio al animal la orden de alejarse y correspondió a la sonrisa de Jondalar.

El joven se sentó en el cuero y la invitó, alargando una mano. Ayla se reunió con él, estremecida, deseándole con todas sus fuerzas.

Él empezó a besarla suavemente y, al llegar a los pechos, oprimió con sus labios las suaves y familiares redondeces, apenas veladas por su delgada túnica. También ella recordaba aquella caricia, y mucho más. Rápidamente se quitó la túnica. El hombre la cogió con ambas manos, y al instante la joven yacía de espaldas, con la boca de él sobre la suya. Una mano experta le acariciaba un pecho, encontró el pezón, y enseguida una boca caliente y húmeda succionó su otro pezón. Gimió mientras una fuerte oleada de deseo agitaba sus entrañas, hambrientas de Jondalar. Le acarició los brazos, la poderosa espalda, la nuca y el cabello. Durante un fugaz instante la sorprendió que ésta no ofreciera apretados rizos. El pensamiento desapareció con tanta rapidez como había aparecido.

Él la besó de nuevo, probando suavemente con la lengua. La mujer la acogió, saboreándola, sin excederse, pues sabía que él nunca se propasaba ni se dejaba arrastrar por un ímpetu frenético. Por el contrario, actuaba de forma sensible y experta. Ella se deleitaba renovando sus recuerdos. Era casi como la primera vez, aprendiendo a conocerle y recordando lo bien que él la conocía. ¡Cuántas noches había pasado echándole de menos!

Él probó el calor de su boca, luego la sal de su garganta. Ella notó cálidos estremecimientos en torno a su mandíbula y, a renglón seguido, a su cuello. A continuación la besó en los hombros, mordisqueando los puntos más sensibles.

Inesperadamente buscó otra vez sus pezones, mientras ella gemía de placer.

Jondalar se incorporó para mirarla; después cerró los ojos, como si quisiera aprendérsela de memoria. Cuando los abrió, ella le contemplaba sonriente.

—Jondalar, te amo. Si supieras lo mucho que te he deseado…

—¡Oh, Ayla! Me sentía enfermo de tanto desearte. Sin embargo, he estado a punto de perderte. ¿Cómo he podido ser tan imbécil, amándote como te amo?

Volvió a besarla, estrechándola fuerte, como si aún temiera perderla. Ella se aferró a él con idéntico fervor. Y de pronto, ya no pudieron esperar más. Él buscó sus pechos, desatándole después el cinturón. La joven levantó las caderas y se quitó los pantalones de verano, mientras él hacía lo mismo con los suyos, deshaciéndose también en un periquete de la camisa y el calzado.

La abrazó por la cintura, con la cabeza sobre su estómago y a continuación entre sus piernas, besándole el vello del pubis. Descansó unos segundos antes de abrirle las piernas para contemplar los rosados pliegues de sus profundidades, semejantes a los suaves pétalos de una flor, húmedos de rocío. Entonces, como una abeja, ahondó y libó. Ella gritó, arqueándose hacia él, mientras el hombre exploraba cada pétalo, cada pliegue, cada doblez, deleitándose en darle Placeres, los Placeres de los que él se había privado innumerables días.

Aquélla era Ayla. Su Ayla. Aquél era su perfume, su sabor a miel. Jondalar notaba su virilidad colmada, ávida. Hubiera querido esperar, prolongar la situación, pero ella, de pronto, no pudo más. Su respiración era agitada, jadeaba, le llamaba. Incapaz de contenerse, se aferró a él y le guió hacia la calidez de sus profundidades.

Jondalar lanzó un hondo suspiro y dejó que su miembro se deslizase cada vez más adentro, hasta que ella lo envolvió por completo. Aquélla era su Ayla. La única mujer que encajaba perfectamente con él. Había sido así desde la primera vez, y todas las demás. ¿Cómo pudo soñar en renunciar a ella? La Madre había hecho a Ayla justo para él; por tanto, debían honrar a Mut plenamente, para complacerla con sus Placeres, igual que Ella hacía con ellos.

Retrocedió y notó el impulso de Ayla hacia él, igual que ella sentía el suyo. De golpe estuvo dispuesto. Ambos subieron y bajaron al unísono; ella gritó mientras la ola alcanzaba la cúspide y se estrellaba sobre ellos, inundándoles con un último estremecimiento de deleite.

El resto formaba parte del Placer. A ella la encantaba sentir después el peso del cuerpo masculino encima del suyo. Nunca le resultaba pesado. Él solía ser el primero en levantarse, antes de que ella intentara hacerlo. Ayla aspiraba su propio olor en él y eso la hacía sonreír al recordarle los Placeres que acababan de compartir. Nunca se sentía tan completa como entonces, cuando él estaba todavía dentro de ella.

Al hombre le gustaba sentir el cuerpo de Ayla debajo del suyo, y hacía tanto tiempo que, estúpidamente, se había visto privado de aquella sensación… Pero ella le amaba. ¿Cómo podía seguir amándole, después de todo lo ocurrido? ¿Cómo podía él ser tan dichoso?

Se apartó por fin, rodó de costado y le sonrió.

—¿Jondalar? —dijo Ayla al cabo de un rato.

—¿Sí?

—Vamos a nadar. El río no está lejos. Vamos a nadar, como lo hacíamos en el valle, antes de volver al Campamento del Lobo.

El joven se incorporó junto a ella, sonriente.

—¡Buena idea! —asintió.

En un instante se puso de pie, ayudándole a levantarse. También Lobo se acercó, meneando el rabo.

—Sí, puedes acompañarnos —le dijo Ayla, mientras recogían las cosas para dirigirse hacia el río.

Lobo les siguió, brincando alegremente.

Después de nadar y jugar con el lobo en el río, después de que los caballos hubieron pastado y descansado, lejos de la multitud, Ayla y Jondalar se vistieron, refrescados y hambrientos.

—¿Jondalar? —dijo Ayla, de pie junto a los caballos.

—¿Sí?

—Montemos los dos en Whinney. Quiero sentir tu cuerpo contra el mío.

Durante todo el trayecto de regreso, Ayla no hizo sino pensar en lo que le diría a Ranec. No le agradaba aquella situación. Le encontró esperándola, nada feliz. La había estado buscando. Todo el mundo se estaba preparando para la Ceremonia del atardecer. Tampoco le gustó verlos a ambos montados en Whinney, mientras Corredor les seguía sin jinete.

—¿Dónde estabas? Ya deberías estar vestida.

—Necesito hablar contigo, Ranec.

—No tenemos tiempo de hablar —repuso él, con desaforada expresión en la mirada.

—Lo siento, Ranec, pero es preciso que lo hagamos. En algún sitio tranquilo, donde estemos solos.

No quedaba sino aceptar. Ayla entró primero en la tienda y cogió algo de su mochila. Después caminó con él cuesta abajo, hacia el río; continuaron a lo largo de la ribera. Por fin Ayla se detuvo y sacó de su túnica la figura de la mujer trascendida en su forma espiritual de pájaro: la muta que Ranec había tallado para ella.

—Tengo que devolverte esto, Ranec —dijo, tendiéndosela.

Ranec dio un salto hacia atrás, como si le hubieran quemado.

—¿Qué estás diciendo? ¡No puedes devolverme esto! La necesitas para el hogar. La necesitas para la Ceremonia de la Unión —objetó; su voz había adquirido un matiz de pánico.

—Por eso debo devolvértela. No puedo formar un hogar contigo. Me voy.

—¿Te vas? No puedes irte, Ayla. Hiciste una Promesa. Todo está dispuesto. Esta noche es la Ceremonia. Dijiste que te unirías conmigo. Te amo, Ayla. ¿No comprendes que te amo? —El pánico iba en aumento en cada frase.

—Lo sé —replicó Ayla, con suavidad. El súbito dolor de aquellos ojos le hacía daño—. Hice una Promesa y todo está dispuesto. Pero debo partir.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora, tan de repente? —inquirió Ranec, con un hilo de voz aguda, casi estrangulada.

—Porque debe ser ahora. Es el mejor momento para viajar y nos espera un largo trayecto. Me voy con Jondalar. Le amo. Nunca dejé de amarle. Creía que él no me amaba…

—Y mientras creías que él no te amaba, yo era lo suficientemente aceptable para ti, ¿no es eso? Cada vez que estábamos juntos deseabas que yo fuera él. Nunca me has amado.

—Eso no es cierto. Quería amarte, Ranec. La Madre es testigo de ello. Siento afecto por ti y no siempre pensaba en Jondalar cuando estaba contigo. Muchas veces me hiciste feliz.

—Pero no siempre. Yo no era lo bastante bueno. Tú eres perfecta, pero yo no siempre lo era para ti.

—Nunca busqué la perfección, Ranec. Amo a Jondalar. ¿Por cuánto tiempo seguirías amándome si me supieras enamorada de otro?

—Te amaría hasta el día de mi muerte, Ayla, incluso más allá. ¿No lo comprendes? Jamás amaré a nadie como a ti. No puedes abandonarme.

El seductor artista de piel oscura le suplicaba con lágrimas en los ojos. Era la primera vez en su vida que el artista de irresistible encanto suplicaba a alguien.

Ayla sintió su dolor y lamentó no poder aliviarlo. Pero no podía darle lo único que él deseaba. Su corazón pertenecía a Jondalar.

—Lo siento, Ranec. Perdóname. Quédate con la muta, por favor —se la volvió a tender.

—¡Quédatela! —exclamó él, con el acento más venenoso de que era capaz—. Quizá no te merezca, pero tampoco te necesito. Puedo elegir. Anda, corre, vete con tu artesano de herramientas. No me importa.

—No puedo quedarme con ella.

Ayla dejó la muta en el suelo, a los pies de Ranec, y se volvió para alejarse, con la cabeza baja. Desanduvo el trayecto a lo largo del río, con el corazón dolorido por el sufrimiento que acababa de provocar. No había sido su intención herirle tanto. Deseaba no ser jamás amada sin poder corresponder.

—¿Ayla? —llamó Ranec. Ella le esperó—. ¿Cuándo te vas?

—En cuanto tenga mis cosas preparadas.

—Espero que no me hayas creído. Me importa que te vayas —tenía grabado en el rostro el dolor de la pérdida. Ella habría querido correr a consolarle, pero no se atrevió a darle alientos—. Siempre supe que le amabas, desde el principio, pero te

quería tanto que me negué a verlo. Trataba de convencerme de que me amabas a mí. Y esperaba que, con el tiempo, así sería.

—Lo siento muchísimo, Ranec —dijo Ayla—. De no haber sido por Jondalar, me habrías conquistado. Pude haber sido muy feliz contigo. Siempre fuiste muy bueno y supiste hacerme reír. Te amo, ¿sabes? Aunque no como tú deseas, te amo.

Los ojos negros estaban llenos de angustia.

—Jamás dejaré de amarte, Ayla. Jamás te olvidaré. Este amor me acompañará a la tumba.

—¡No digas eso! Mereces ser feliz.

Él soltó una risa dura y amarga.

—No te preocupes, Ayla. No estoy listo aún para la sepultura. Al menos, no pienso buscarla. Y tal vez algún día forme un hogar con una mujer que me dé hijos. Hasta es posible que la ame. Pero ninguna mujer podrá ser como tú. Sólo aparece una como tú en la vida de un hombre.

Reanudaron el camino de regreso.

—¿No puede ser Tricie? —preguntó Ayla—. Ella sí te ama y tú lo sabes.

Ranec asintió.

—Tal vez, si me acepta. Ahora que tiene un hijo estará más solicitada que nunca, y ya ha recibido numerosas proposiciones.

Ayla se detuvo para mirarle de frente.

—Creo que Tricie será una buena compañera para ti. Ahora está ofendida, pero sólo porque te ama mucho. Hay otra cosa que debes saber, Ranec. El pequeño Ralev es hijo tuyo.

—¿Quieres decir que es hijo de mi espíritu? —Ranec frunció el ceño—. Es posible que tengas razón.

—No, quiero decir que Ralev es tu hijo, hijo de tu cuerpo, de tu esencia. Ralev es tu hijo tanto como de Tricie. Tú lo hiciste crecer dentro de ella cuando compartisteis Placeres.

—¿Cómo sabes que compartí Placeres con ella? —preguntó Ranec, algo incómodo—. El año pasado estuvo de pies-rojos y con gran dedicación.

—Lo he adivinado al ver a Ralev y yo te digo que es hijo tuyo. Así se inicia la vida, y por eso los Placeres honran a la Madre. Es el comienzo de la vida. Lo sé, Ranec. Te lo aseguro: es verdad, y esta seguridad no hay quien la destruya.

Ranec arrugó la frente, concentrando sus pensamientos. Qué idea más extraña. Las mujeres eran madres, ellas daban a luz a los niños. ¿Era posible que un hombre tuviera hijos? ¿Que Ralev fuera hijo suyo? Pero así lo había dicho Ayla y así debía de ser. Ella era portadora de la esencia de Mut. Era la Mujer Espíritu. Era, quizá, la misma Madre Tierra encarnada.

Jondalar volvió a revisar los bultos. Luego llevó a Corredor a lo alto del sendero,

donde Ayla se estaba despidiendo de los Mamutoi. Whinney esperaba con paciencia, ya cargada, pero Lobo corría entre ambos, excitado, sabiendo que algo estaba ocurriendo.

Para Ayla había sido difícil dejar el Clan después de su expulsión, pero entonces no había tenido otra alternativa. Despedirse por su propia voluntad del Campamento del León, de aquellos seres a los que tanto amaba, sabiendo que no volvería a verlos jamás, era mucho más difícil. Había derramado tantas lágrimas desde por la mañana que creía que sus ojos se habían secado, pero cada vez que besaba a un amigo, volvían a correrle las lágrimas.

—Talut —sollozó, abrazando al corpulento pelirrojo—, ¿nunca te dije que fue tu risa lo que me decidió a visitaros? Tenía tanto miedo de los Otros que estaba a punto de volver al valle al galope. Y entonces te oí reír…

—Pues vas a verme llorar dentro de un momento, Ayla. No quiero que te vayas.

—Yo ya estoy llorando —dijo Latie—. Tampoco quiero que te vayas. ¿Te acuerdas de la primera vez que me dejaste tocar a Corredor?

—Recuerdo el día en que Rydag montó a Whinney —agregó Nezzie—. Nunca le había visto tan feliz.

—Y también voy a echar de menos a los caballos —gimió Latie, abrazándose a la muchacha.

—Tal vez tengas un caballito propio algún día.

—Yo también añoraré a los caballos —dijo Rugie.

Ayla la alzó para besarla en la mejilla.

—Entonces quizá tengas tú también tu caballito —y de pronto exclamó—: ¡Oh, Nezzie! ¿Cómo puedo agradecerte todo lo que has hecho por mí? Perdí a mi madre cuando era muy pequeña, pero he tenido mucha suerte: he tenido a dos madres que la reemplazaron. Iza me cuidó cuando era niña, pero tú fuiste la madre que necesitaba para hacerme mujer.

—Toma —dijo Nezzie, entregándole un paquete, mientras se esforzaba por no deshacerse en llanto—. Es tu túnica nupcial. Quiero que la lleves para tu Unión con Jondalar. Él también es como un hijo para mí. Y tú eres mi hija.

Ayla volvió a abrazarla. Después levantó la vista hacia su enorme y atractivo hijo. Danug la estrechó sin reservas, haciéndole experimentar la virilidad de su fuerza y el calor de su cuerpo; en un chispazo momentáneo de atracción hacia ella, le susurró al oído:

—Ojalá hubieras sido mi pies-rojos.

Ella retrocedió sonriendo.

—¡Danug! ¡Qué hombre vas a ser! Ojalá pudiera ver cómo te conviertes en otro Talut.

—Tal vez, cuando sea mayor, haga un largo Viaje para ir a visitarte.

El siguiente fue Wymez. Ayla le abrazó buscando a Ranec con la mirada, pero no estaba allí.

—Lo siento, Wymez —dijo.

—También yo. Me habría gustado que siguieras con nosotros, ver los hijos que dieras a su hogar. Pero Jondalar es un buen hombre. Que la Madre os sonría durante vuestro Viaje.

Ayla cogió a Hartal de los brazos de Tronie, encantada con sus gorgoritos risueños, mientras Manuv levantaba a Nuvie para que la diera un beso.

—Está viva sólo por ti, Ayla; no lo olvidaré, y ella tampoco —dijo el anciano.

Ayla le dio un beso, y también a Tronie, y a Tornec.

Frebec sostuvo a Bectie en sus brazos para que Ayla pudiera despedirse de Fralie y de los dos varones. Luego abrazó a Crozie. Al principio, la anciana se mantuvo rígida y erguida, aunque la muchacha la sentía temblar. Por fin, Crozie la estrechó con fuerza. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—No olvides cómo se hace el cuero blanco —recomendó.

—No lo olvidaré —prometió Ayla—, me llevo la túnica —con una sonrisa, agregó—: Pero tú, Crozie, recuerda que no debes jugar a los huesecillos con un miembro del Hogar del Mamut.

Crozie la miró, sorprendida, y estalló en una carcajada, mientras Ayla se volvía hacia Frebec, que estaba rascando a Lobo tras las orejas.

—Voy a echar de menos a este animal —dijo.

Ayla le dio un gran abrazo, diciendo:

—Y este otro animal también va a echarte de menos.

—También yo a ti, Ayla.

De repente, Ayla se encontró inmersa entre los miembros del Campamento del Uro, estrujada por los besos y abrazos de Barzec y de los niños. Allí estaba también Tarneg con su compañera. Deegie esperaba, un poco apartada, en compañía de Branag, y las dos jóvenes se fundieron en un abrazo y llorando a moco tendido.

—En cierto sentido, me cuesta más despedirme de ti que de nadie, Deegie —dijo Ayla—. Nunca tuve una amiga como tú: de mi edad y capaz de comprenderme.

—Lo sé, Ayla. No puedo creer que te vayas. Y ahora, ¿cómo sabremos quién será la primera en tener un bebé?

Ayla retrocedió un paso para observar con ojo crítico a Deegie. Luego sonrió.

—Serás tú. Ya lo has iniciado.

—¡Tenía la sospecha! ¿De veras lo crees?

—Sí, estoy segura.

Ayla advirtió que Vincavec estaba de pie junto a Tulie y le rozó apenas la mejilla tatuada.

—Me has sorprendido —dijo—. No sabía que él sería el elegido. Bueno, todos tenemos nuestras debilidades —y clavó en Tulie una mirada de resentimiento.

Vincavec estaba muy disgustado por haber enfocado tan mal la situación. No había contado en absoluto con el rubio extranjero, y estaba un tanto enfadado con Tulie. La jefa había aceptado sus piezas de ámbar sabiendo que difícilmente podría él

conseguir lo que deseaba. Aunque él la había instado a recibirlas, sus comentarios daban a entender que ella las había aceptado porque sentía debilidad por el ámbar, pero que no era honrada en sus negocios. Como las piezas eran, ostensiblemente, un regalo, Tulie no podía devolvérselas, y Vincavec se cobraba con sus indirectas.

La jefa le echó una mirada de reojo antes de acercarse a Ayla. Una vez segura de que el hombre tatuado la observaba, dio a la joven un sincero y cálido abrazo.

—Tengo un regalo para ti, y estoy segura de que todos estarán de acuerdo en que es un regalo perfecto: tú lo lucirás mejor que nadie —y dejó caer en la mano de Ayla dos bellos trozos de ámbar, exactamente iguales—. Harán juego con tu túnica nupcial. Podrías ponértelas en las orejas.

—¡Oh, Tulie, es demasiado! —protestó Ayla—. ¡Son bellísimas!

—No es demasiado, Ayla. Estaban destinadas a ti —replicó Tulie, mirando a Vincavec con aire triunfal.

Ayla notó que Barzec también sonreía y que Nezzie hacía gestos de asentimiento.

También a Jondalar le resultaba difícil abandonar el Campamento del León. Los Mamutoi le habían hecho sentirse a gusto entre ellos, se habían ganado su cariño. Sus adioses estuvieron bañados en lágrimas. La última persona con quien habló fue Mamut. Mientras se abrazaban, frotándose las mejillas, Ayla se acercó a ellos.

—Quiero darte las gracias —dijo Jondalar—. Estoy seguro de que sabías desde el principio que yo debía aprender una lección dura —el viejo chamán asintió—. He aprendido mucho de ti y de los Mamutoi. He aprendido a distinguir lo importante de lo superficial, y la profundidad de mi amor por Ayla. Ya no tengo reservas. Estaré a su lado contra mis peores enemigos y contra mis mejores amigos.

—Te diré algo más que debes saber, Jondalar —declaró Mamut—. Desde un principio supe que el destino de Ayla estaba a tu lado. Cuando la erupción del volcán adiviné que se marcharía contigo. Pero recuerda esto: el destino de Ayla es mucho más grandioso de lo que nadie puede creer. La Madre la ha escogido; en su vida habrá muchos desafíos, y también en la tuya. Ella necesitará de tu protección, de la fuerza que tu amor ha desarrollado. Por eso debías aprender la lección. Eso ha fortalecido tu amor. Nunca es fácil ser escogido, pero también hay en ello grandes beneficios. Cuida de ella, Jondalar. Ya sabes que, cuando está preocupada por los demás, se olvida de sí misma.

Jondalar lo prometió, mientras Ayla abrazaba al anciano, que sonreía, con los ojos empañados de lágrimas.

—Ojalá Rydag estuviera aquí —suspiró Ayla—. Le echo tanto de menos… También yo he aprendido algunas lecciones. Quería ir a buscar a mi hijo, pero Rydag me enseñó que debía dejar que Durc viviera su propia vida. ¿Cómo podré agradecértelo todo, Mamut?

—No hace falta ningún agradecimiento, Ayla. Nuestros caminos estaban destinados a cruzarse. Te he estado esperando sin saberlo. Y me has dado grandes alegrías, hija mía. No estaba escrito que volvieras en busca de Durc: él fue tu regalo

para el Clan. Los hijos son siempre un regocijo, pero también un dolor, y es bueno dejar que sigan su propio camino. Hasta Mut dejará que Sus hijos sigan su propio camino algún día. Pero temo por nosotros si alguna vez nos olvidamos de Ella. Si olvidamos respetar a nuestra Gran Madre Tierra, Ella nos retirará Sus bendiciones y dejará de proveer por nosotros.

Ayla y Jondalar montaron a caballo y agitaron las manos, en un último adiós. Casi todos los acampados habían acudido a desearles buen Viaje. En el momento de emprender la marcha, Ayla aún buscaba a una determinada persona. Pero Ranec ya se había despedido y no soportaba la idea de hacerlo otra vez en público.

Por fin le vio, cuando ya iniciaban el descenso de la cuesta. Estaba solo, lejos de todos los demás. Con el ánimo muy apesadumbrado, Ayla se detuvo para saludarle, agitando la mano.

Él también levantó una mano a manera de saludo; en la otra apretaba contra su pecho un trozo de marfil, tallado en forma de mujer trascendida en pájaro. Y en cada curva, en cada línea grabada había puesto, con amor, las esperanzas de su alma estética y sensible. Lo había hecho para Ayla, a fin de conquistarla para su hogar, así como deseaba conquistarla para su corazón con sus ojos risueños y su ingenio chispeante.

Mientras aquel artista, de gran talento, de risa encantadora, seguía con los ojos a la mujer amada, ninguna sonrisa animaba su rostro. Y sus risueños ojos negros estaban llenos de lágrimas.

JEAN M. AUEL. Jean Marie Auel, de soltera Untinen, nació el 18 de febrero de 1936 en Chicago, Illinois (Estados Unidos).

A los 18 años se casó con Ray Bernard Auel, y a los 25 años ya tenía 5 hijos. La familia reside en Portland, Oregón. Tras finalizar su etapa universitaria, en 1977, comenzó sus investigaciones para escribir un libro ambientado en la Edad de Hielo. Además de pasar muchas horas en la biblioteca estudiando, tomó parte de cursos de supervivencia para aprender cómo construir un refugio de hielo y vivir la experiencia de habitar en uno de aquéllos. Aprendió también los métodos primitivos de hacer fuego, curtir el cuero y tallar piedra para hacer herramientas.

Finalmente decidió que en vez de un libro escribiría una saga. El primero de los libros, El clan del oso cavernario, publicado en 1980, fue un auténtico éxito. El libro tenía como protagonista a Ayla, una niña Cromañón que queda huérfana tras un terremoto y es recogida por un grupo de hombres de Neanderthal. Cada uno sus siguientes libros fue creado como una secuela del precedente; sin embargo, aunque la acción continúa inmediatamente de un libro en el siguiente, el tiempo de publicación entre los distintos volúmenes ha demorado hasta 12 años. La saga se compone de seis libros.